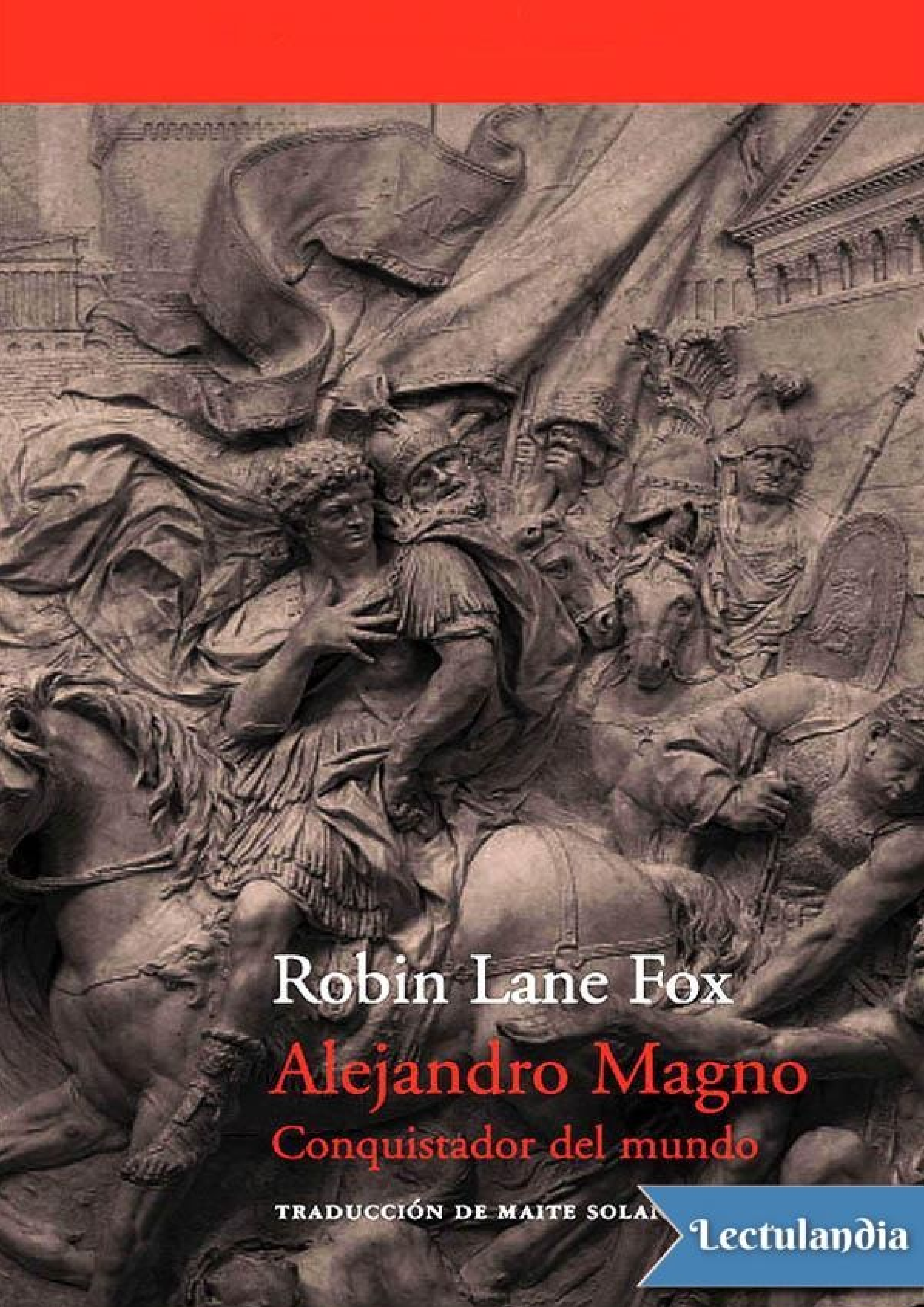

Robin Lane Fox
Alejandro Magno
Conquistador del mundo
TRADUCCIÓN DE MAITE SOLA
Lectulandia

Monumental y excepcionalmente bien documentada, esta biografía de *Alejandro Magno* se sumerge en el misterio de uno de los más extraordinarios personajes de la historia, feroz conquistador de Asia y discípulo de Aristóteles, que terminó por sentar, a través de sus gestas, las bases mismas del helenismo. Lejos de ofrecer una mirada romántica y fantasiosa de la vida de Alejandro, Lane Fox recupera, con un lenguaje de insuperable maestría, todos los matices de una época histórica, desde las tácticas de batalla hasta las costumbres culinarias y sexuales, y nos acerca así a la dimensión humana de uno de los más grandes mitos de la historia de la humanidad.

Lectulandia

Robin Lane Fox

Alejandro Magno

Conquistador del mundo

ePub r1.0
Yorik 24.11.13

Título original: *Alexander the Great*
Robin Lane Fox, 1973
Traducción: Maite Solana Mir

Escaneado: Akhenaton
Editor digital: Yorik
ePub base r1.0

Para *Louisa*

PRÓLOGO

La primera vez que me encontré con Homero y Alejandro fue hace catorce años, y desde entonces, por distintas razones, me he sentido intrigado por ellos; si algún lector, al acabar este libro, siente el deseo de leer a Homero o experimenta la sensación de lo que debió de ser seguir a Alejandro, entonces no lo habré escrito en vano. No me he dirigido a ninguna clase de lector en particular, puesto que no creo que tales clases existan; he escrito este libro de manera autocomplaciente, guiándome por cómo me gusta a mí leer sobre el pasado. No me gusta que se citen los nombres propios de personajes insignificantes, que se enumeren fechas de años desconocidos o la sucesión de los puntos de vista de otros. El pasado, como el presente, está formado por estaciones y caras, por sentimientos, decepciones y cosas que se han visto. Me aburren las instituciones y no creo en las estructuras. Otras personas pueden no estar de acuerdo conmigo.

Esto no es una biografía ni pretende tampoco establecer certezas en nombre de Alejandro. Más de veinte contemporáneos de Alejandro escribieron libros sobre él y ninguno se ha conservado. Son conocidos a través de las citas de autores posteriores, pero ninguno preservó la redacción original: a su vez, estos autores posteriores sólo los conocemos gracias a los manuscritos de copistas aún más tardíos, y, en las cuatro fuentes principales, estos manuscritos no están completos. La historia más detallada se remonta a un único manuscrito cuyo texto no puede ser cotejado; otra, muy utilizada, a menudo se copió de manera ilegible. Alejandro no dejó ninguna carta de carácter informal cuya autenticidad esté más allá de toda duda, y los dos extractos conocidos de documentos de carácter formal se refieren a cuestiones políticas. En el bando enemigo, su nombre sobrevive en una inscripción funeraria licia, en inscripciones egipcias de dedicatorias a templos y en algunas tablillas babilónicas que tratan temas relacionados con la construcción y la astronomía. La creencia de que el pasado lejano puede recuperarse a partir de los textos escritos no deja de ser ingenua, pero, en el caso de Alejandro, incluso los testimonios escritos escasean y, los que se conservan, a menudo son peculiares. Sin embargo, conozco mil cuatrocientos setenta y dos libros y artículos sobre el tema publicados en los últimos ciento cincuenta años, muchos de los cuales adoptan un tono de seguridad que, ya sólo por eso, pueden ser descartados. San Agustín y Cicerón, y quizá también el emperador Juliano, son las únicas figuras de la Antigüedad cuya biografía se puede intentar recuperar, y Alejandro no está entre ellas. Este libro es una búsqueda, no un relato, y cualquier lector que lo tome por una pintura detallada de la vida de Alejandro lo empezará con

una suposición equivocada.

Tengo muchas deudas, ninguna más eterna que la contraída con el Magdalen College de Oxford por el generoso apoyo y la completa libertad de obligaciones de la que he disfrutado, primero como estudiante universitario y después como miembro del cuerpo docente. Durante el tiempo que estuve allí, C.E. Stevens fue el primero que me enseñó que la historia no tiene que ser aburrida para ser cierta. G. E. M. de Sainte Croix reavivó mi interés por Alejandro y lo alimentó con muchas observaciones perspicaces y fascinantes sobre el pasado clásico. J.K. Davies ha sido una constante fuente de sugerencias y comentarios sagaces. A.D.H. Bivar me orientó en el camino de los problemas iranios, que desde entonces se convirtieron en un incentivo primordial. Las conferencias de Stefan Weinstock, ya fallecido, sobre la religión romana suscitaron muchas de las cuestiones que quería indagar acerca de Alejandro, y su excelente libro sobre César habría suscitado muchas más si hubiera podido tenerlo en cuenta. Sin embargo, en una época en la que buena parte de la historia antigua es un desierto, he sacado el mayor provecho de las conferencias y escritos de Peter Brown; lo que más me entristece es que aún no hay indicios de que se vaya a empezar a tratar la época de Alejandro como él trató la Antigüedad tardía.

Estoy agradecido a The Hogarth Press y a Harcourt Brace Jovanovich, de Nueva York, por haberme permitido reproducir el poema «In the Year 200 B.C.» procedente de *The Complete Poems of P. C. Cavafy*, traducido al inglés por Rae Dalven, y también a Faber & Faber Ltd. y Random House Inc., de Nueva York, por haberme permitido citar el poema de W. H. Auden *The Shield of Achilles*.

Otras deudas son de carácter más personal. Como al tesorero de Alejandro, me han ayudado a sobrellevar estos solitarios años una dama y un jardín, y en ambos aspectos he sido más afortunado. El jardín ha crecido de forma más armoniosa, y la dama, aunque no sea una diosa, es por lo menos mi mujer.

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

La presente traducción de mi libro sobre Alejandro Magno, cuyo manuscrito he revisado, aparece en un momento en el que la historia de Alejandro continúa siendo un tema vivo de discusión, interpretación e investigación. He corregido cuestiones de contenido y de lenguaje en relación con la anterior traducción alemana, que se terminó en 1974. He dejado sin modificar las principales líneas narrativas e interpretativas, pero, al menos, he podido hacer alusión a algunos de los espléndidos descubrimientos que han tenido lugar desde que lo escribí por primera vez. Los más espectaculares se encuentran en las excavaciones dirigidas por Manolis Andronicos y su equipo en Vergina, en Macedonia, que de este modo confirman mi teoría de 1973 de que Vergina era, en efecto, el lugar en el que se encontraba el cementerio real de Egas, cuyo teatro fue el escenario de la muerte de Filipo. Andronicos sugirió, con la debida precaución, que la doble tumba que hay en Vergina era la del propio Filipo, un punto de vista que ha resistido varias contrapropuestas y que incluso se ha visto reforzado por la reconstrucción que otros han hecho de los huesos incinerados del cráneo de un hombre, que han resultado ser parecidos a la estructura ósea de Filipo y a los retratos que de él conservamos. Estos grandes hallazgos amplían nuestra comprensión acerca de los honores funerarios que recibió. Añaden una prueba visual en relación con los metales preciosos y la destreza artística de la que fue mecenas la casa real macedonia, lo que en buena medida ya estaba atestiguado en los textos literarios. En el libro he hecho alusión a estos hallazgos, cuya detallada publicación esperamos, aunque no los he tratado extensamente.

Vergina-Egas es el hito más importante, pero no es el único avance significativo desde 1973. Hay otros hallazgos que merecen ser destacados: la nueva comprensión del lenguaje de la Bactriana tal como se hablaba en la patria de Roxana, la novia de Alejandro; ejemplos nuevos y más claros de monedas de importancia que muestran a Alejandro y a Poro sobre su elefante; monedas relacionadas, que hasta la fecha eran desconocidas, que muestran a un arquero indio y un elefante; una inscripción fragmentaria sobre una disputa fronteriza en Filipos y su sumisión a Alejandro; una inscripción métrica griega de Kandahar, la Alejandría de Aracosia de Alejandro; hasta 1978, continuos hallazgos en Ai Khanum, en Afganistán; importantes hallazgos también en Takh-i-Sangin, en el río Oxo; una nueva e importante inscripción griega de la Bactriana helenística, recuperada y transcrita con habilidad por los estudiosos; el descubrimiento, al fin, de unas columnas de estilo griego en la propia Balj que prueban la ocupación griega de la ciudad, así como importantes estudios de los

antiguos niveles de Samarcanda. Todos estos descubrimientos son importantes para el tema del capítulo final del libro sobre la helenización y sus límites. Sin embargo, más cerca de casa tenemos otros: los hallazgos submarinos de construcciones y estatuaria en Alejandría, en Egipto; las continuas propuestas que se realizan en relación con el emplazamiento, o incluso con los restos, de una u otra tumba de Alejandro en Egipto, así como también continuas excavaciones en Pela que indican el probable emplazamiento del palacio en el que Alejandro creció; y, en Vergina, tenemos una dedicatoria grabada de su abuela y un retrato esculpido que se ha dicho que es Hefestión. Los textos babilónicos que se han publicado hace poco resultan particularmente fascinantes. No sólo muestran la pervivencia, mucho después de Alejandro, de nombres antiguos para unos tipos de tenencia de tierras que ya me llamaron la atención como clasicista. Los mejores de todos incluyen fragmentos de un desconocido dietario babilónico, conservado como una crónica para propósitos de adivinación astronómica, que incluye los días anteriores y posteriores a la gran batalla de Gaugamela, en el año 331 a.C. El ejército persa, ahora lo sabemos de una fuente no griega, vivió un momento de pánico antes de la llegada del ejército, más reducido, de Alejandro.

Desde 1974, he continuado manteniéndome al día con la extraordinaria avalancha de erudición que ha ido apareciendo sobre cualquier cosa, desde la lectura y datación más probable de las inscripciones griegas que mencionan a Alejandro, conocidas desde hace tiempo, hasta los comentarios de las principales narraciones antiguas acerca de la carrera de Alejandro y la comprensión, cada vez mayor, de su sistema monetario. Todos los estudiosos estamos ahora en deuda con dos excelentes ediciones de Arriano, nuestra fuente antigua principal: la más concisa y simple, fruto de la lúcida mente de P. A. Brunt, y la más larga y meticulosa de A. B. Bosworth, un excepcional crítico de muchas teorías y asunciones modernas sobre nuestro tema. Constituye un placer y un continuo desafío reaccionar ante los numerosos estudios de Bosworth, que desde 1980 se han ido centrando cada vez más en Alejandro y sus contemporáneos. Su trabajo me ha estimulado para recomponer algunos detalles del mío, aunque el modo en que me han resultado más provechosas sus interpretaciones y los nuevos argumentos que esgrime ha sido estando en desacuerdo con ellos y trabajando sus puntos débiles. Para Curcio, en latín, tenemos los comentarios de J. E. Atkinson, y para las inscripciones griegas los de A. J. Heisserer, otra fuente de desacuerdo constructivo. También disponemos de un magnífico volumen sobre el sistema monetario de Alejandro de M. J. Price, y un segundo, de G. le Eider, que constituye un estudio inestimable acerca de ciertos aspectos de dicho sistema.

Escribí este libro cuando también yo era muy joven, pero si bien describí a Alejandro como «romántico», utilicé la palabra de un modo más cuidadoso de lo que algunos de mis críticos concluyeron de un modo un tanto precipitado. Mi Alejandro

no fue «romantizado», idealizado por mí como si yo fuera un joven adorador: en mi opinión, Alejandro se «romantizó» a sí mismo, y un «romántico» no es en absoluto un héroe de una sola cara. De resultas de mi tesis doctoral, empecé a ocuparme de algunos de los temas principales, con los que comenzó este libro: una particular visión de las fuentes; una insistencia en el contexto, decisivo, de los antecedentes de la Macedonia de Alejandro y su relación con Homero, su ídolo declarado; un enfoque crítico de la prosopografía cuando se aplica sin sentido crítico y, por encima de todo, un interés por el Imperio persa y el impacto que Alejandro tuvo sobre él. Desde 1973, cada una de estas áreas ha sido objeto de un aluvión de nuevos estudios.

A principios de los años setenta, creía que los testimonios contradictorios en las fuentes de la «vulgata» —Diodoro, Curcio y Justino— podían utilizarse no sólo para complementar al respetado Arriano, sino también, en realidad, para corregir y contradecir a este autor que, en buena medida, se basó en dos «sinópticos» contemporáneos, Aristóbulo y Ptolomeo. Ahora considero que esta preocupación por corregir a Arriano a través del material de la vulgata se llevó demasiado lejos. Puede demostrarse que mucho de lo que hay en la vulgata es erróneo, ya sea por ignorancia o invención, y sus partes menos controvertidas posiblemente sólo tienen un valor positivo cuando se remontan, a través de dos, o incluso de tres intermediarios, a los contemporáneos, incluyendo al dudoso Onesícrito o a Nearco. Los volúmenes del comentario de Bosworth, sobre todo el primero, también son muy propensos a mostrarse extremadamente a favor de la vulgata, un enfoque que también debilita su método. No obstante, continúo creyendo, en especial contra la opinión de Hammond, que los autentificados Diarios Reales no son la base factual de nuestras fuentes principales, sino que son un texto tendencioso, surgido para «resolver» la polémica cuestión de la causa de la muerte de Alejandro. Sin embargo, no admito las teorías modernas sobre el valor «propagandístico», ni sobre los contextos precisos, de otros textos que están vinculados al nombre de Alejandro, a su voluntad, a los discursos recogidos durante los días anteriores a su muerte o a las listas de Alejandrías en autores posteriores. La invención o la «ficción» que los acompaña es, me parece, el origen más defendible para estos y otros textos parecidos. El *Román d’Alexandre* empezó en una fecha temprana: el reciente estudio de C. Mosses, a diferencia del mío, se dedica mucho más a la historia de estas leyendas más tardías y se ocupa sólo de manera breve de la dimensión histórica de la carrera de Alejandro.

Todavía veo Macedonia como provocativamente homérica, pero, por supuesto, no afirmo que cada detalle de su sociedad y de su reino fuera realmente homérico, o que una «sociedad homérica» histórica y singular pueda haber existido. Para mi propósito, me basta con que hubiera aspectos de Macedonia que evocaran aspectos de Homero y que, por tanto, una rivalidad con el Aquiles de Homero no fuera algo tan irracional o anacrónico para Alejandro como se pretendió bajo el dominio de la Roma

imperial. Alejandro creció en un mundo pseudohomérico, y podría afirmarse que su comprensión de Homero y Aquiles no era lo bastante profunda. Aun así, todavía considero que esta identidad homérica era tan central a su personalidad como a su publicidad.

Los trabajos sobre Macedonia también han proliferado, en particular en los estudios realizados por N. E. L. Hammond y M. B. Hatzopoulos. Estoy de acuerdo con que los macedonios se veían a sí mismos como griegos, si bien a veces en clara oposición con los «otros griegos», y que los recientes intentos de los estudiosos para disminuir su «etnicidad» y asignarles el papel de «bárbaros» eran erróneos, aunque resultaran de lo más atractivo para quienes contemplan este extraordinario reino y sus grandes nombres con una indignación mal disimulada. Por mi parte, todavía prefiero el punto de vista de mi libro acerca de los «títulos de distinción» de la corte y de la unidad y el equilibrio fundamental que caracterizaba al ejército. Ha sido un desafío, y también una gran suerte, poder participar en la reconstrucción de las armaduras, las tácticas y las unidades de batalla de un ejército de estilo macedonio para la película épica de Oliver Stone sobre Alejandro (2004). Me ha enseñado mucho, pues los estudiosos no entienden en su totalidad el contexto militar de Alejandro.

El estudio del Imperio persa me interesó muchísimo y, desde que escribí este libro, ha sufrido transformaciones. Se han publicado más textos, pero los documentados estudios de los profesores Lewis, Taplin, Briant, Kuhrt, Stronach, Schmitt, Stolper, Rosius, Wiesehofer y muchos otros, incluyendo los que anualmente se han reunido en Groningen, le han proporcionado al tema lo que yo echaba en falta, a saber, una profunda y extensa base de estudios especializados del que los historiadores de Alejandro pudieran ocuparse. El «enfoque persa» ya acaparaba mi atención en 1973, pero desde los años ochenta dicho enfoque ha contribuido a que se ponga un inesperado énfasis en la solidez, el alcance y el simbolismo del Imperio persa que Alejandro conquistó. Los magníficos estudios y artículos de Pierre Briant se han opuesto a la noción de un imperio «decadente», que no creo que tampoco yo aceptara, pero su argumento adicional de que el Imperio que Alejandro conquistó era mucho más fuerte y estaba mucho más cohesionado de lo que muchos creen es, en mi opinión, más elogioso hacia Alejandro y sus rápidas victorias que convincente en relación con el propio Imperio. El capítulo final de este libro, referente a la helenización, todavía me parece válido. Se basa en estudios franceses, en particular de esa época, pero desde 1974 una preocupación moderna en relación con lo políticamente correcto «poscolonial», con las múltiples identidades culturales y con los (supuestos) males del Imperio, así como la miopía de quienes una vez vivieron en uno, han causado un importante, aunque desde mi punto de vista infundado, abandono de ideas como las de «imperialismo cultural» o incluso las de «helenización». Me parece que, como manera para aproximarse a Alejandro y sus

sucesores, esta moda es un error. Desde mi punto de vista, también ellos eran propensos al «orientalismo», y los fragmentos de su propia etnografía no son ciertamente prueba de ningún «relativismo» cultural. En los confines del mundo griego, los propios macedonios promovieron y patrocinaron la cultura griega. En mi opinión, Alejandro y otros con y después de él fueron hasta cierto punto unos «imperialistas culturales». Comprendemos mallas Alejandrías, sus percepciones de Asia y su actitud si únicamente adscribimos esta mentalidad a fragmentos tardíos de la retórica de Plutarco y a los «imperialistas» recalcitrantes de una época imperial francesa o británica.

Este punto es relevante para la continuidad del debate sobre los objetivos y los orígenes de las Alejandrías. El reciente libro de P. M. Fraser es una erudita obra maestra de crítica de las fuentes y de topografía, pero su segunda parte es mucho menos acertada y sus afirmaciones sobre el comercio, la actitud cultural de Alejandro y el número de las Alejandrías genuinas (sólo «seis» en el cálculo poco persuasivo de Fraser) son tendenciosas y nada convincentes. Para Bosworth, las Alejandrías fueron instrumentos de explotación que sirvieron para que las gentes del lugar se mataran trabajando y labrando exclusivamente para griegos y macedonios, quienes llevaron «una nueva ola de barbarie desde Occidente». Las fuentes no dicen esto y, en mi opinión, deberíamos prestar atención a su diversidad. El debate es antiguo y está lejos de haber concluido, pero lo políticamente correcto poscolonial de nuestro tiempo no constituye la clave del mismo.

En cuanto al propio Alejandro, las opiniones están divididas. Sus críticos continúan liderados por Ernst Badian, a cuya escuela pertenece Peter Green, y cada vez más por Brian Bosworth, a cuya escuela pertenece Ian Worthington. Tanto Bosworth como Badian estuvieron influenciados por Ronald Syme y su enfoque frío, incluso «agresivo», de los supuestos «grandes hombres» de la revolución romana. No estoy de acuerdo con la interpretación que Badian hace de Alejandro sirviéndose de un enfoque similar, como alguien que (como Augusto o Julio César) hubiera querido promover a su leal ejército contra los oficiales, que básicamente lo odiaban, y que, al igual que Stalin, solía inventar conspiraciones para quitarse de encima las amenazas que subjetivamente percibía. Tampoco acepto el principio subyacente de Badian de que las discusiones basadas en métodos prosopográficos (posibles gracias al excelente libro de Berve) puedan imponerse sobre la evidencia explícita de los textos antiguos que conservamos. A mi entender, Filipo, y después Alejandro, pusieron fin a las discusiones sobre parentesco y localidad que habían prevalecido en el pasado del debilitado reino antes de 340. En 330 incluso podemos encontrar a Alejandro insistiendo en que las antiguas vendetas dejaran de aplicarse en la corte y el ejército tras la condena de Filotas. El ejército y los oficiales eran ahora hombres de Alejandro, unidos a él gracias a la promoción, la recompensa y el enfoque político en

un grado que representaba una verdadera transformación de la sociedad macedónica. Si los realineamos en las tradicionales facciones, perdemos los cambios que comportaron su servicio a la corte y al ejército.

Quienes detestan a Alejandro lo detestan (dan a entender) por las vidas que se perdieron en la prosecución de sus propias ambiciones. Su desaprobación moral es perfectamente comprensible, aunque casualmente los contemporáneos de Alejandro no describieron las proezas de Alejandro en la Sogdiana o en la India en estos términos. Sin embargo, todavía tenemos necesidad de preguntarnos por qué miles de hombres lo siguieron y veneraron (incluyendo a indios e iranios) y qué fue lo que conquistó sus corazones y sus mentes. Este libro aborda esta cuestión convencido de que los modernos estudiosos que son enemigos de Alejandro han tenido que deshacerse de la grandeza y prescindir de las pruebas para poder modelar a su personaje y convertirlo en un tirano paranoico que seguramente debería haber sido asesinado a las pocas semanas de haber entrado en Asia. Alejandro no era un soñador, pero puede reconocérsele que tenía visión de futuro. Hizo algunas cosas espantosas, pero no creo que simplemente dejara de pensar o de planificar cuando estaba fuera del campo de batalla. Sus «últimos planes» tenían que parecer plausibles, dignos de él; ciertamente había planes para colonizar el golfo Pérsico: tras las Alejandrías, unas veinte, había algo más que meros acuartelamientos; había sin lugar a dudas una política de inclusión e incorporación de los orientales, el antiguo enemigo, que no puede reducirse a la política de un pragmático y paranoico «divide y vencerás». Pero Alejandro murió tan joven que, por fortuna, nunca podremos estar seguros de lo que esperaba provocar con su política. Este libro todavía constituye un intento de presentar lo que su magnitud e impacto pudieron haber sido.

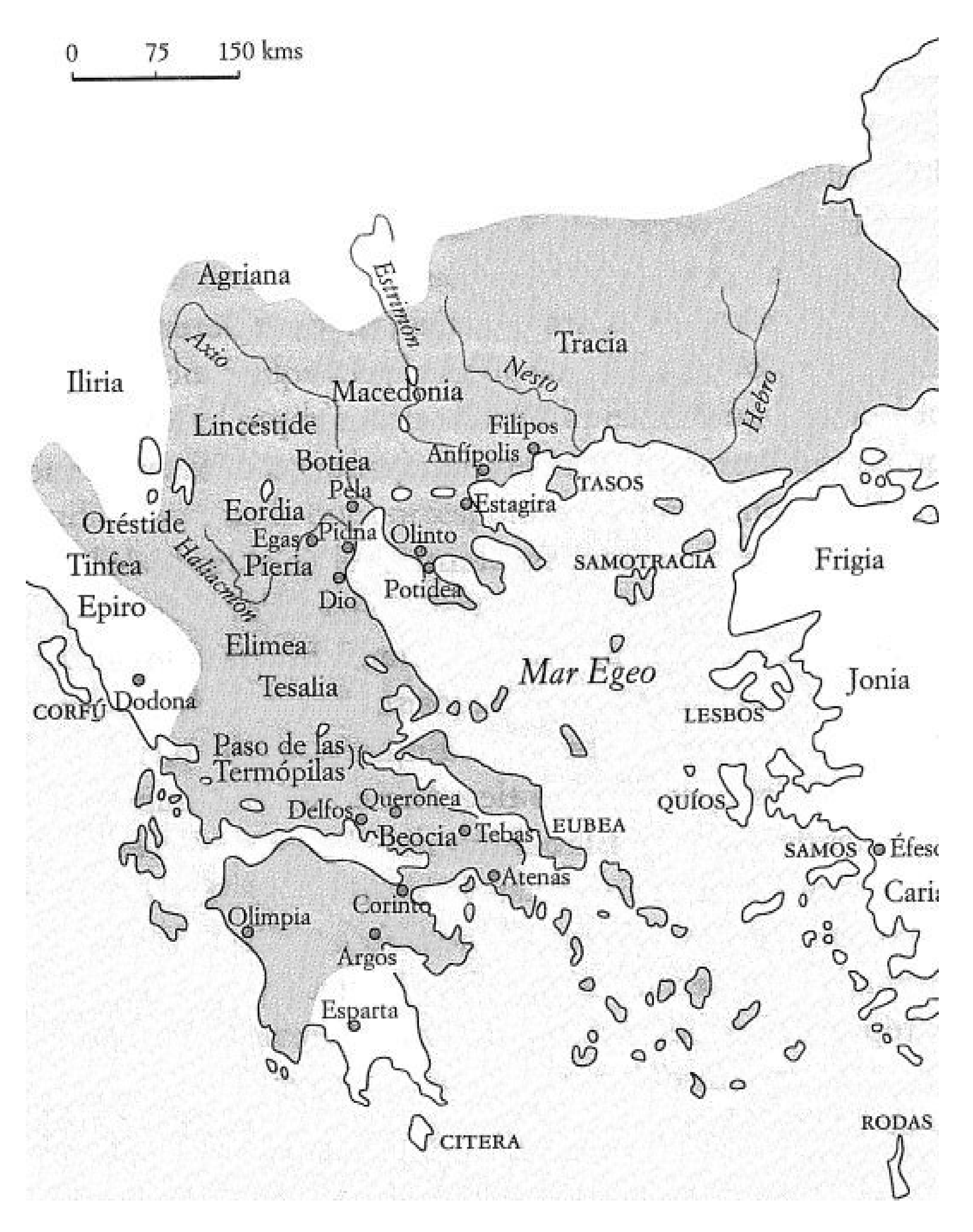
ROBIN LANE FOX

Oxford, 2004

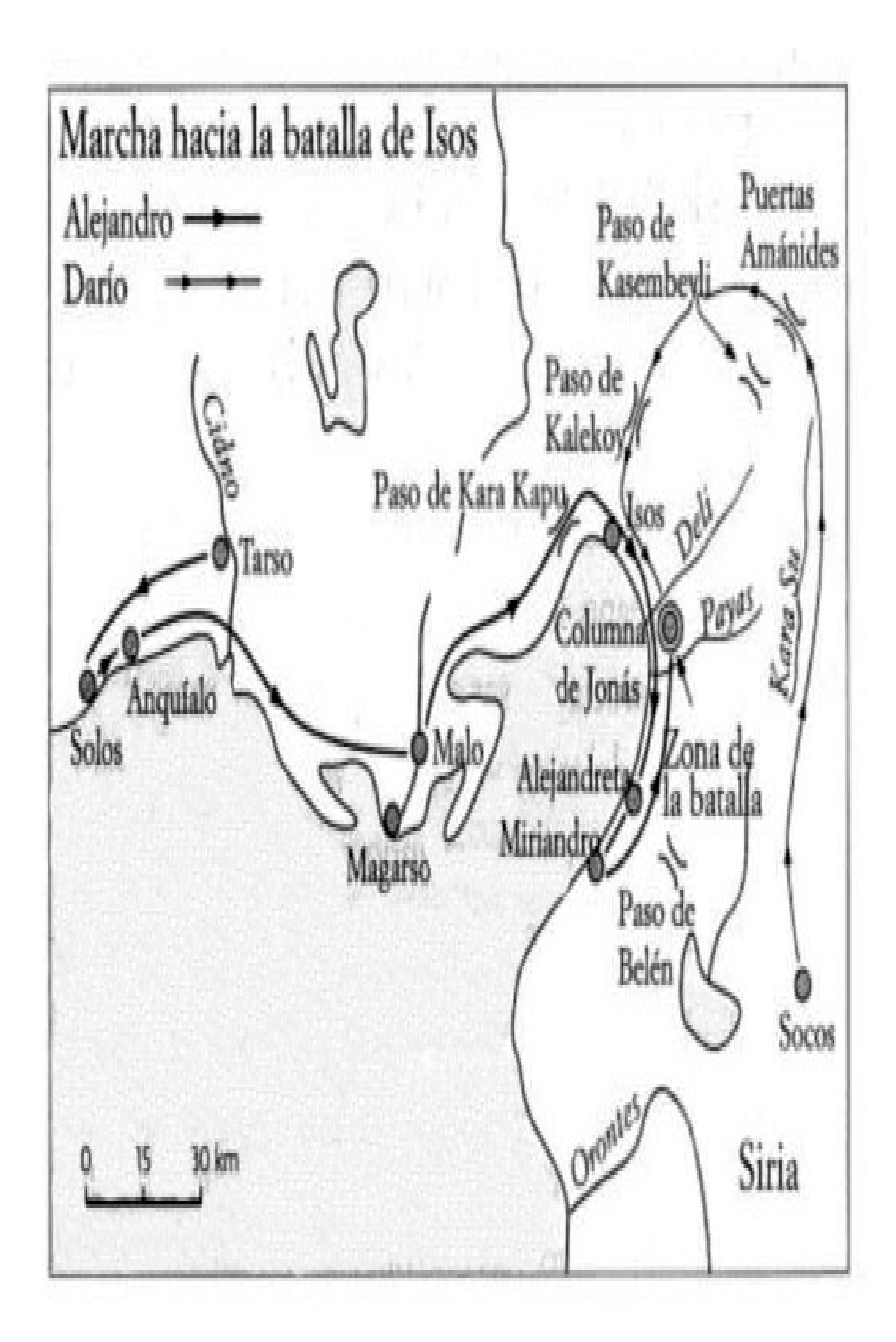
LISTA DE MAPAS

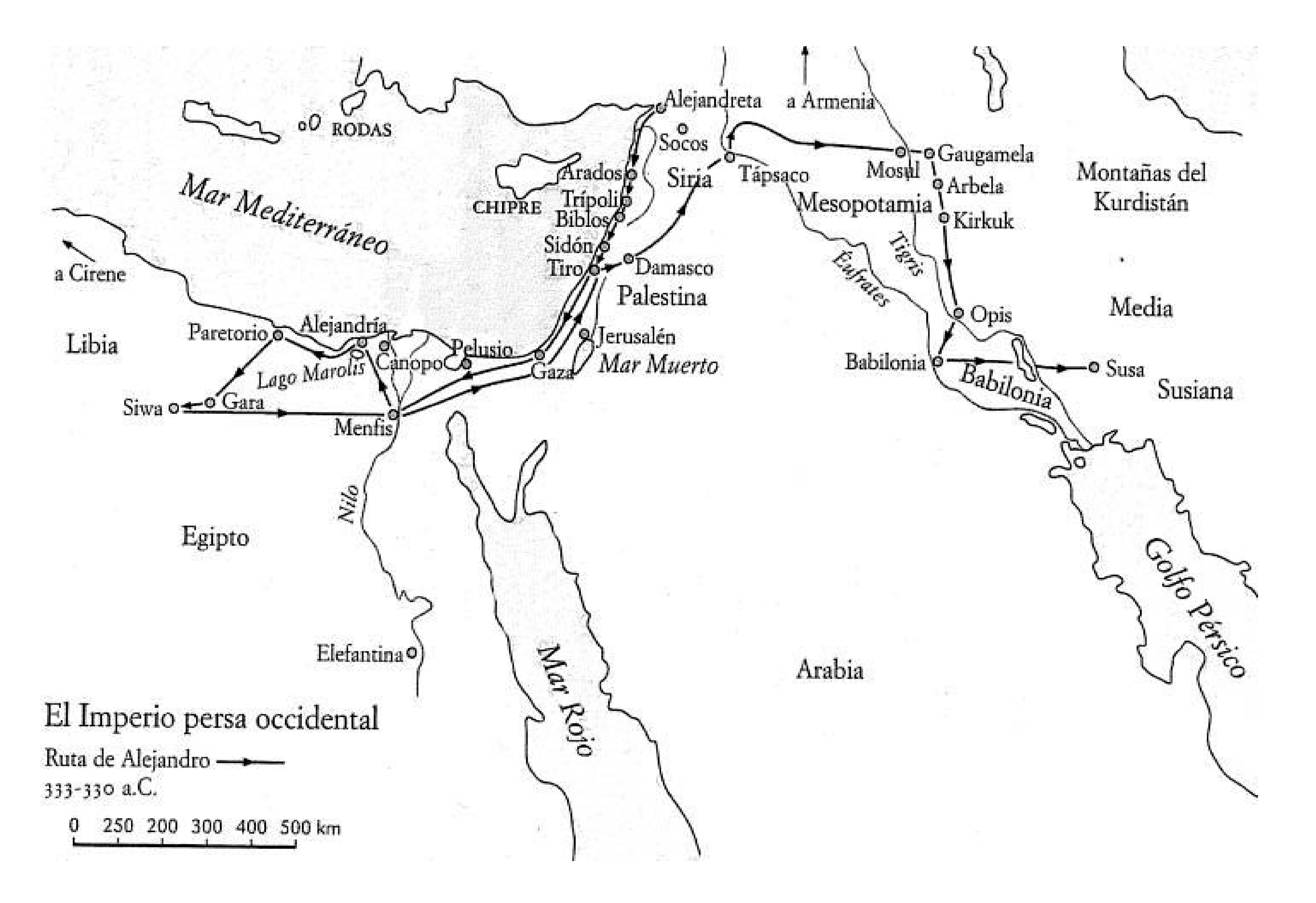
Grecia, Macedonia y el Egeo

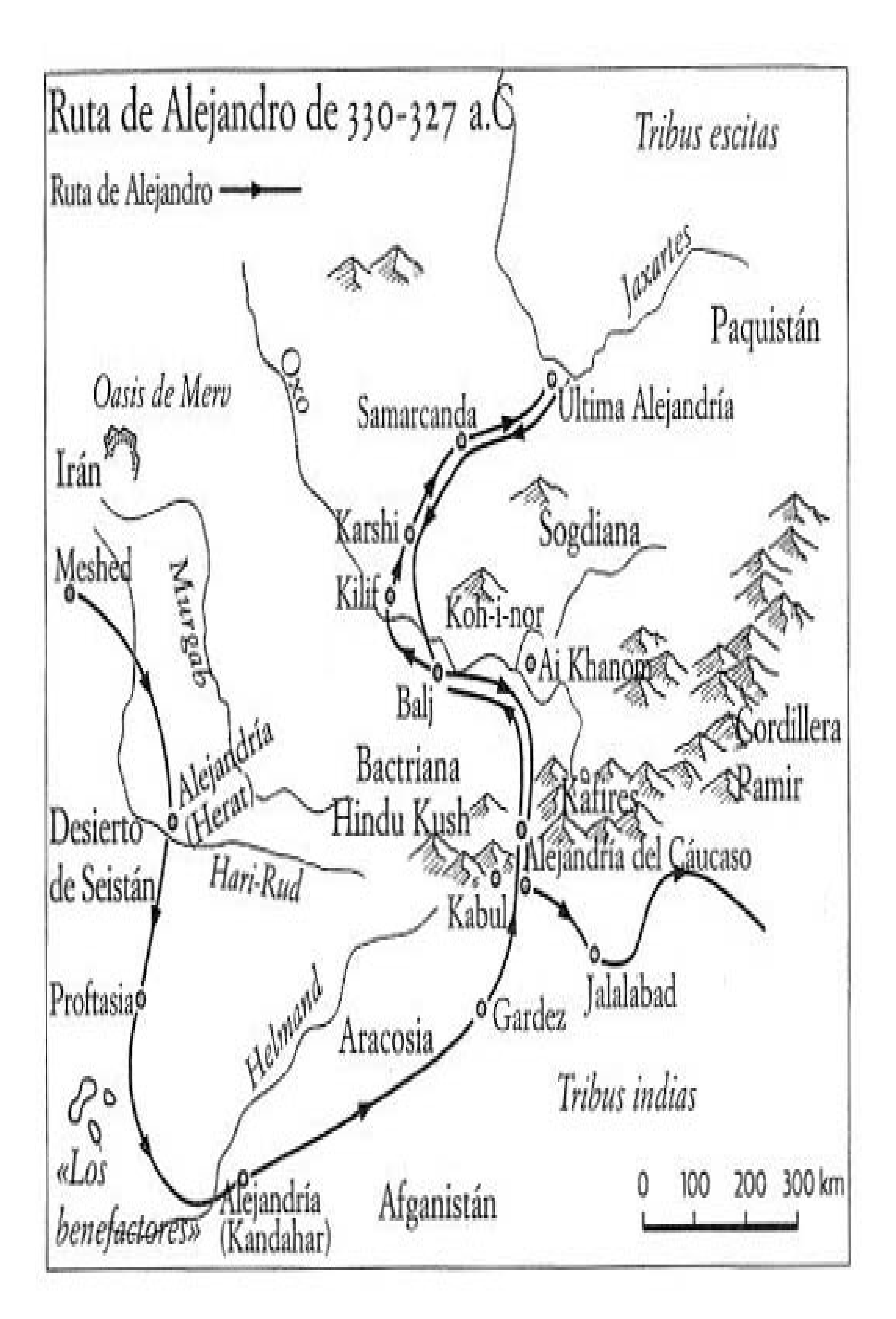
Territorio bajo el control de Filipo II

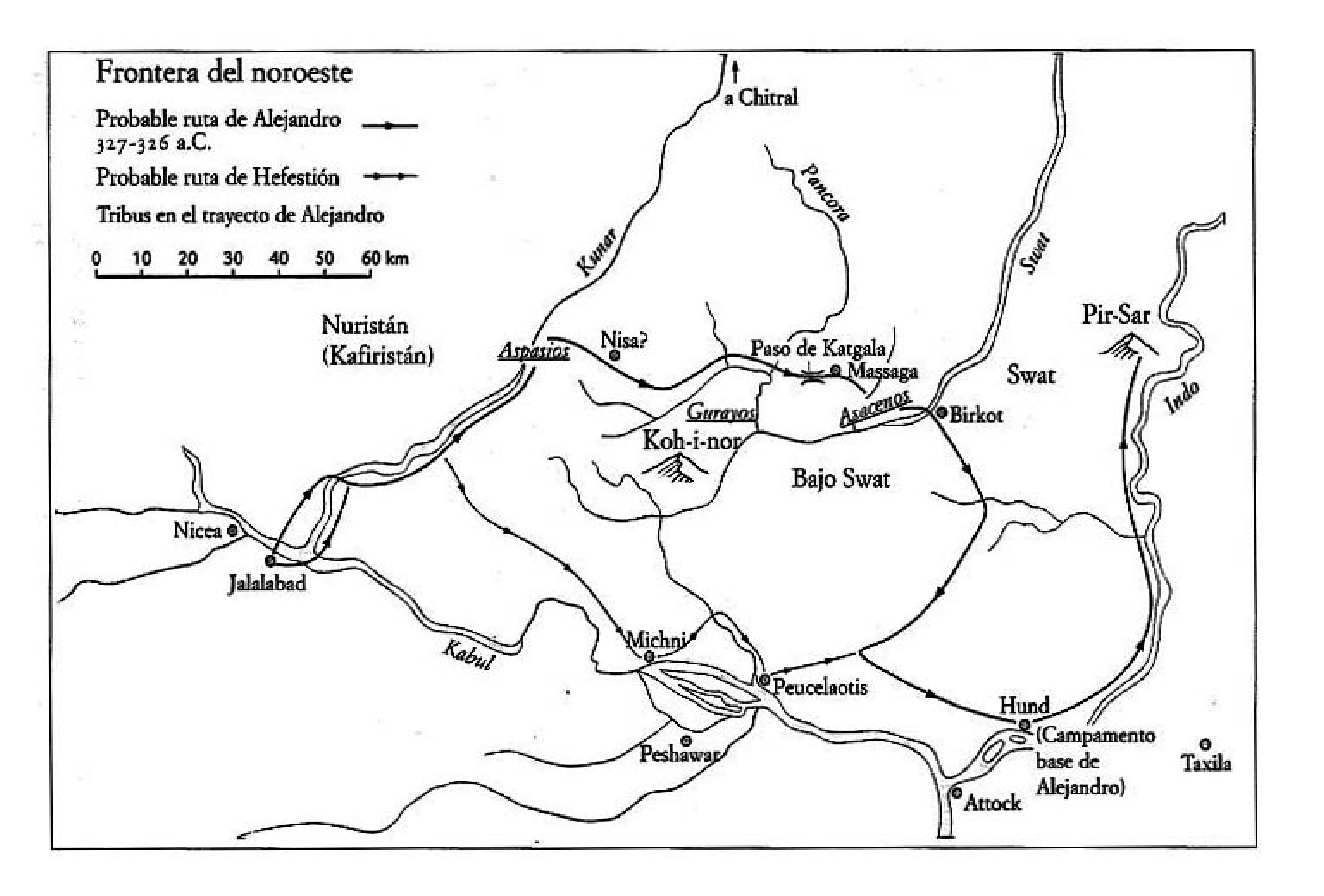


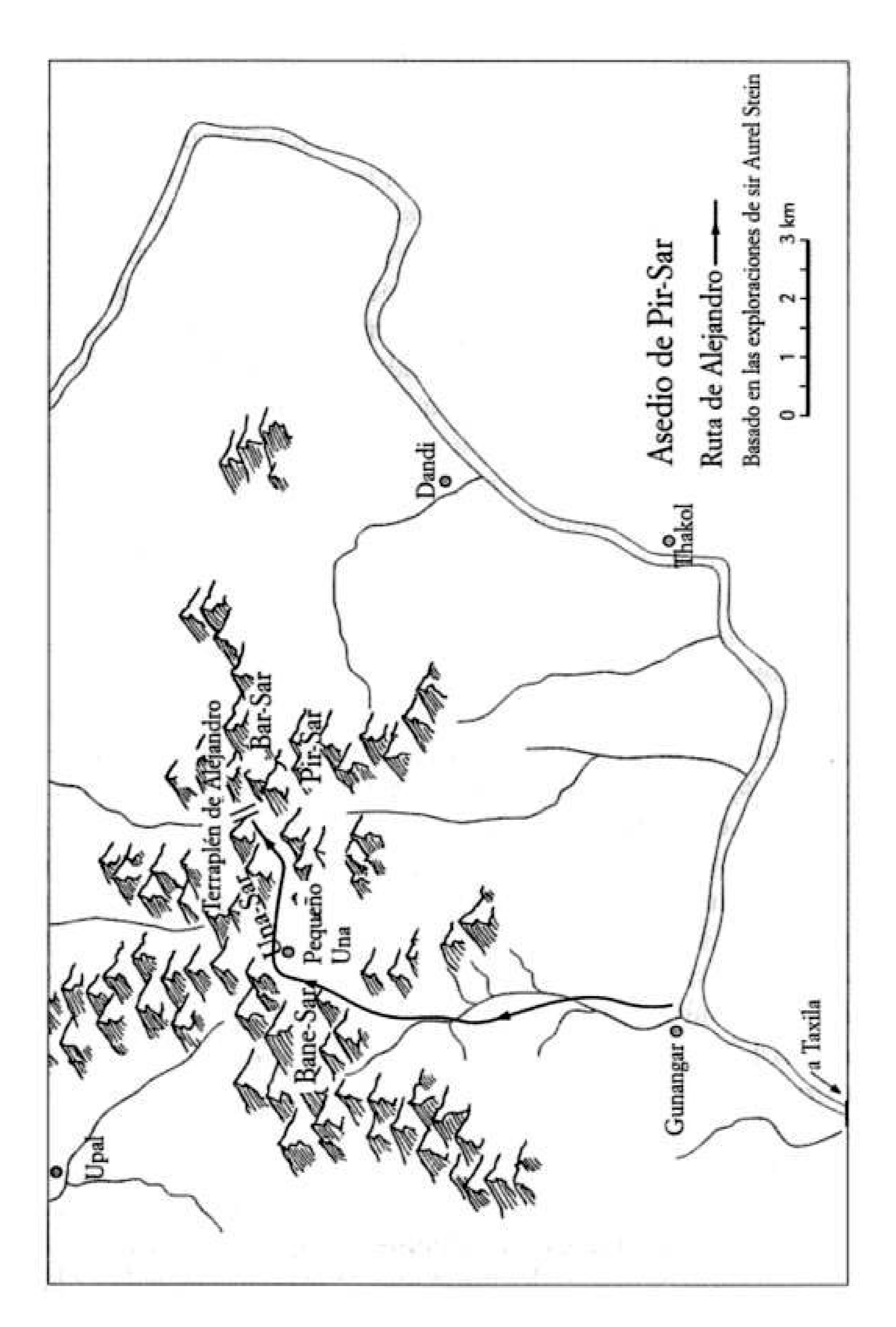

Paflagonia
Asia Menor
0 50 100 150 km
Sesto
TÉNEDOS
Lámpsalo
Dascilio
Ancira
Troya
Abidos
Zelea
Eolia
Frigia
Gordio
Capadocia
Mitilene
Jonia
Lidia
Halis
LESBOS
Sardes
Celenas
QUIOS
Mileto
Efeso
Meandro
SAMOS
Sagalasos
Panfilia
Puertas Cilicias
Halicarnaso
Caria
Termessos
Aspendos
Tarso
Malo
Licia
Sida
Anquialo
Isos
COS
Janto
Faselide
Cilicia
Solos
Alejandreta
Patara
RODAS
Mar Mediterráneo
CHIPRE


Marcha hacia la batalla de Isos
Alejandro
Darío
Puertas
Amánides
Paso de
Kasembeyli
Paso de
Kalekoy
Cidno
Paso de Kara Kapu
Isos
Deli
Tarso
Columna
de Jonás
Payas
Kara Su
Anquíalo
Solos
Malo
Zona de
la batalla
Alejandreta
Miriandro
Magarso
Paso de
Belén
Socos
0 15 30 km
Orontes
Siria

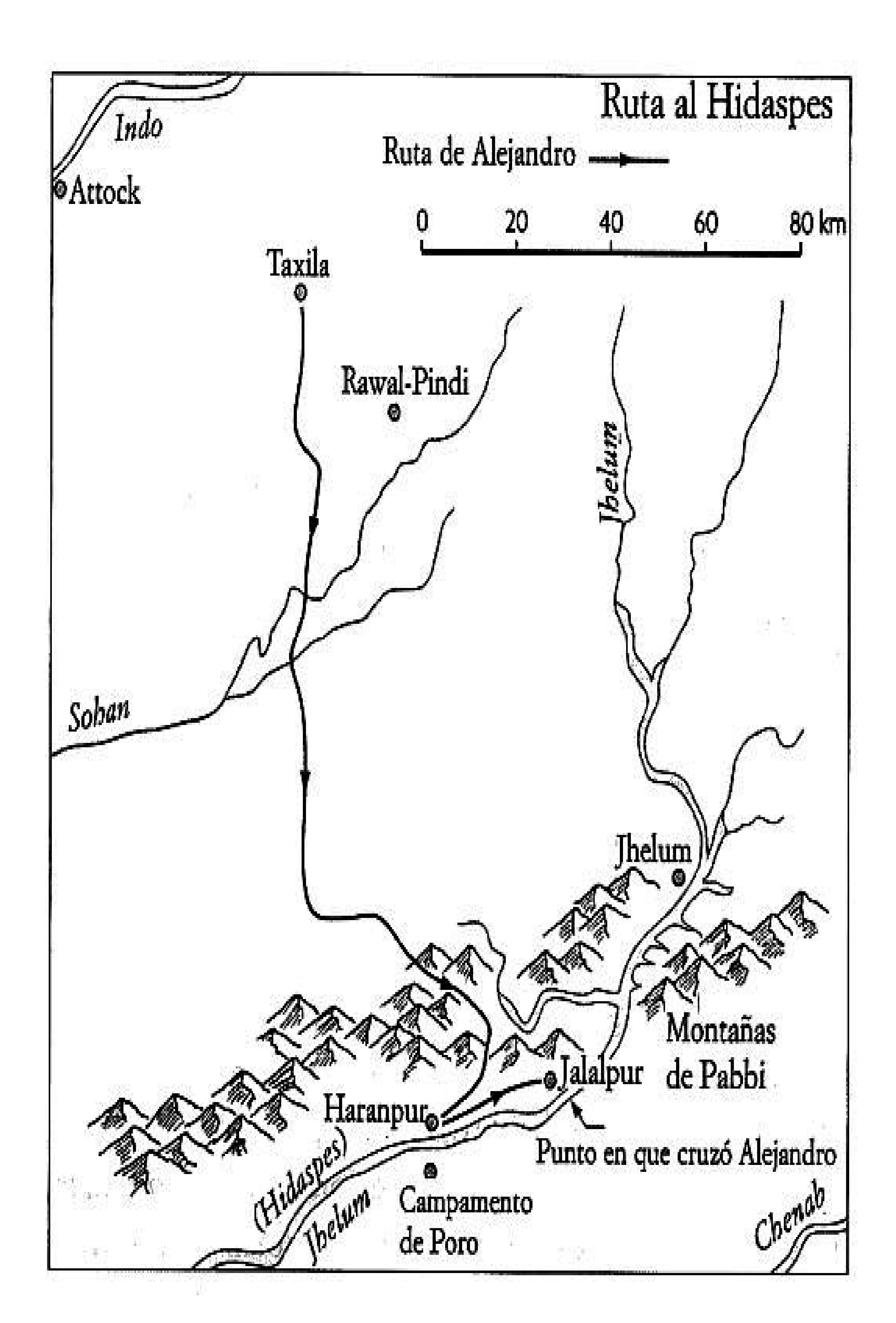

RODAS
Mar Mediterráneo
CHIPRE
a Cirene
Libia
Paretorio
Alejandría
Lago Marolis
Canopo
Pelusio
Siwa
Gara
Menfis
Nilo
Egipto
Elefantina
Mar Rojo
Alejandreta
a Armenia
Socos
Arados
Trípoli
Biblos
Sidón
Tiro
Damasco
Palestina
Jerusalén
Mar Muerto
Gaza
Siria
Tápsaco
Mosul
Gaugamela
Arbela
Kirkuk
Mesopotamia
Tigris
Éufrates
Opis
Babilonia
Babilonia
Susa
Montañas del Kurdistán
Media
Susiana
Golfo Pérsico
Arabia
El Imperio persa occidental
Ruta de Alejandro
333-330 a.C.
0 250 200 300 400 500 km


Ruta de Alejandro de 330-327 a.C
Ruta de Alejandro
Tribus escitas
Jaxartes
Paquistán
Oxo
Oasis de Merv
Samarcanda
Última Alejandría
Irán
Karshi
Sogdiana
Meshed
Murgab
Kilif
Koh-i-nor
Ai Khanom
Balj
Cordillera
Pamir
Bactriana
Alejandría (Herat)
Hindu Kush
Kafires
Desierto de Seistán
Alejandría del Cáucaso
Hari-Rud
Kabul
Jalalabad
Proftasia
Gardez
Helmand
Aracosia
Tribus indias
«Los benefactores»
Alejandría (Kandahar)
Afganistán
0 100 200 300 km


Frontera del noroeste
Probable ruta de Alejandro
327-326 a.C.
Probable ruta de Hefestión
Tribus en el trayecto de Alejandro
0 10 20 30 40 50 60 km
a Chitral
Pancora
Kunar
Swat
Pir-Sar
Indo
Nuristán
(Kafiristán)
Aspasios
Nisa?
Paso de Katgala
Massaga
Swat
Gurayos
Asacenos
Birkot
Koh-i-nor
Bajo Swat
Nicea
Jalalabad
Kabul
Michni
Peucelaotis
Hund
(Campamento
base de
Alejandro)
Peshawar
Attock
Taxila



Asedio de Pir-Sar
Ruta de Alejandro
Basado en las exploraciones de sir Aurel Stein
0 1 2 3 km
Dandi
Thakol
Bar-Sar
Pir-Sar
Terraplén de Alejandro
Una-Sar
Pequeño Una
Bane-Sar
Upal
Gunangar
a Taxila


Ruta al Hidaspes
Ruta de Alejandro
0
20
40
60
80 km
Indo
Attock
Taxila
Rawal-Pindi
Jhelum
Sohan
Jhelum
Montañas
de Pabbi
Jalalpur
Haranpur
Punto en que cruzó Alejandro
(Hidaspes)
Jhelum
Campamento
de Poro
Chenab

Cuando le trajeron del santuario el sarcófago de Alejandro, Augusto miró el cuerpo y, a continuación, dejó una corona de oro sobre la caja de cristal y esparció algunas flores para mostrarle sus respetos. Cuando le preguntaron si quería ver también a Ptolomeo, Augusto contestó: «Lo que deseaba era ver a un rey, no cadáveres».

SUETONIO, *Vida de Augusto* 18, I

En lo que se refiere a los pensamientos exactos que había en la mente de Alejandro, ni soy capaz de adivinarlos ni estoy interesado en hacerlo, pero esto es lo que creo que puedo afirmar: que su intención no debió de ser en absoluto ni común ni mezquina; que no se habría contentado con ninguna de sus conquistas, ni aun si hubiera añadido las Islas Británicas a Europa; que siempre habría ido más allá, en busca de lo desconocido, y que si no hubiera existido ningún otro competidor, Alejandro habría competido consigo mismo.

ARRIANO (hacia 150 a. C.),
Expedición de Alejandro 7, I

PRIMERA PARTE

FLUELLEN

Creo que fue en Macedonia donde nació *Alejandru*: os digo, capitán, si miráis en los mapas del *mundu os aseguru* que en la comparación entre Macedonia y Monmouth, encontraréis que las situaciones son muy parecidas. Hay un río en Macedonia, y también hay un río en Monmouth, que en Monmouth se llama Wye; pero se me ha ido de la cabeza el nombre del otro río; pero es lo mismo, son tan *parecidus* como los *dedus* de mi *manu*, y los dos tienen salmones.

Enrique V, IV, 7.

1. ASESINATO DESPUÉS DE LA BODA

Hace dos mil trescientos años, durante el verano de 336 a. C., el rey de los macedonios celebraba otra boda real. Para el rey Filipo el matrimonio no era nada nuevo, puesto que ya había convivido al menos con siete esposas de rango diverso, si bien hasta entonces nunca había sido él el padre de la novia; Filipo iba a entregar a su hija a un joven rey del Epiro que estaba bajo su protección y que vivía al otro lado de la frontera occidental de su reino. El matrimonio no tenía nada de romántico: el novio era el propio tío de la novia. Sin embargo, y con razón, a los griegos no les desagradaba la relación entre un tío y una sobrina, ni tampoco veían ningún peligro en ella; para Filipo, que por lo general había combinado sus pasiones con las responsabilidades políticas, éste era el momento apropiado para introducir a una hija en el seno de su propio círculo cortesano y forzar con el rey vecino una relación más estrecha que fuera objeto de aprobación.

La ocasión se preparó con toda magnificencia y con la intención de que los invitados la encontraran de su agrado. Durante mucho tiempo, los reyes macedonios habían reivindicado ser de ascendencia griega, aunque a los griegos casi nunca les había convencido esta insistencia de los norteños. Cuantas más inscripciones, nombres de persona y de meses del calendario y cultos se descubren y estudian, más evidente resulta que el rey y la «etnicidad» de la corte, o la «personal ascendencia común», eran históricamente correctas y, en efecto, griegas. Sin embargo, sus enemigos los llamaban «bárbaros». Dos años antes, Filipo había vencido al último de sus oponentes griegos y se había convertido en el primer rey que controlaba las ciudades de la península griega; estas ciudades, según había dispuesto, iban a ser sus aliadas, unas aliadas que compartían una paz común y que lo reconocían como caudillo, un título novedoso que confirmaba que su conquista era inherente a una ambición mucho mayor. Como caudillo de los aliados griegos, Filipo no pretendía quedarse y oprimir a las ciudades que había ocupado, sino marchar junto a dichos aliados contra un enemigo exterior. La primavera anterior a la boda, Filipo había hecho honor a este título y había enviado una avanzadilla del ejército al este para combatir al Imperio persa en Asia. Ahora, en pleno verano, esperaba llevar a cabo la invasión total; el consejo griego, que era su aliado, lo había elegido como comandante supremo, y la boda de su hija constituía su gran oportunidad para organizar una espléndida despedida. Se había invitado a amigos extranjeros procedentes de las conquistas, que abarcaban desde el Mar Negro hasta las costas del Adriático, y desde el Danubio hasta el extremo meridional de Grecia: los invitados

griegos se desplazarían al norte para ver el reino macedonio desde dentro, y esta boda entre tío y sobrina podía ser de utilidad para persuadirlos de que su caudillo macedonio no era tan tirano como pretendían en sus protestas.

Sin embargo, los griegos y la opinión que éstos tenían de él no eran la única preocupación de Filipo. Otros recuerdos incómodos perturbaban la paz del hogar y le traían a la memoria su última boda, celebrada en Macedonia hacía más de un año; una boda que había provocado un cisma en la familia real debido a sus repentinas implicaciones. Cerca ya de la madurez, Filipo se había enamorado de Eurídice, una joven procedente de una noble familia macedonia, y había decidido casarse con ella, quizá porque ella esperaba un hijo suyo, quizá también porque la joven tenía poderosas relaciones en la corte y el ejército. Sus otras cinco mujeres habían contemplado el asunto con indiferencia, pero la reina Olimpia no podía considerarlo como una frivolidad más entre muchas otras del pasado. Como madre de Alejandro, el único hijo legítimo de Filipo, y como princesa del vecino Epiro, Olimpia se había ganado el mérito de ser reconocida como reina de Macedonia durante los últimos veinte años. Sin embargo, Eurídice era una macedonia y Filipo se había enamorado; los hijos de una muchacha macedonia, que no era una princesa epirota extranjera, podían alterar los planes de Olimpia en relación con los derechos de sucesión de su propio hijo, y tan pronto como las familias de las dos esposas coincidieron con motivo del banquete nupcial, el tío de Eurídice expresó en voz alta esta teoría. Empezó una trifulca, y Alejandro desenvainó su espada y amenazó a Filipo. Alejandro y Olimpia huyeron de la corte, y, si bien Alejandro tardó poco en regresar, Olimpia se marchó a su Epiro natal y se quedó allí. Mientras tanto, Eurídice dio a luz a una niña a la que Filipo puso el nombre de Europa; en otoño, Eurídice estaba de nuevo encinta. En esta ocasión, días antes de la despedida de Filipo con motivo del viaje a Asia, Eurídice le había dado un hijo varón; cuando los invitados extranjeros de Filipo llegaron para las celebraciones nupciales, la corte y la familia real eran conscientes de que iba a producirse un cambio en la balanza de la popularidad. El niño era la gota que colmaba el vaso: parecía imposible que a esas alturas Olimpia recuperara su antigua autoridad.

Aun durante su ausencia, Olimpia seguía teniendo dos razones para ser respetada por Filipo: su hijo Alejandro y su condición de princesa del vecino Epiro. Sin embargo, la primera razón, su hijo, ya no era única, y la segunda, su realeza epirota, iba a verse desbaratada con la boda de despedida organizada por Filipo. Era una cuestión obvia, aunque compleja. Olimpia era la madre de la novia y la hermana mayor del novio, pero el matrimonio iba rotundamente en contra de sus intereses; por esa razón Filipo lo había organizado. El hermano de Olimpia, el novio, también era el rey del Epiro; con motivo del nuevo matrimonio de Filipo, en su huida Olimpia acudió a él para vengarse. No encontró ninguna ayuda en su hermano, cuya juventud

había transcurrido en la corte macedonia; allí los rumores sugerían que en otro tiempo Filipo había sido su amante y que él debía el reino a las intrigas que Filipo había urdido apenas cinco años atrás. Al acceder a casarse con su sobrina y convertirse en yerno de Filipo, el hermano de Olimpia exacerbó el agravio que se le había hecho a la reina. La tradición política exigía que Filipo estuviese vinculado a sus vecinos y súbditos del Epiro a través del matrimonio, y, durante los últimos veinte años, Olimpia había satisfecho esta obligación al ser ella misma una princesa epirota. Ahora bien, si su hermano, el rey del Epiro, se casaba con alguien de la familia de Filipo, ella ya no sería necesaria para la vida política o privada del caudillo macedonio. Durante las celebraciones en la vieja capital real de Macedonia, los invitados a la boda iban a ser testigos de algo más que de la despedida de su señor. Iban a asistir al último repudio de la reina Olimpia, planeado para afianzar el reino natal de Filipo y sus fronteras antes de que él partiera hacia Asia.

Los invitados fueron a Egas, donde se encuentra el palacio más antiguo de Macedonia, en un lugar que, durante mucho tiempo, escapó de las pesquisas de los investigadores modernos. De hecho, el palacio fue descubierto hace mucho, sólo que el nombre se aplicó mal. Egas no se encuentra en la verde y pronunciada ladera de la moderna Edesa, junto a las cordilleras del Bermio y el Barnous, donde las cascadas de agua se precipitan en los huertos que hay más abajo y donde ningún arqueólogo ha encontrado prueba alguna, excepto la muralla de Egas ubicada allí por los mapas griegos modernos. Este palacio de Egas es el palacio de Vergina, situado más al sur y conocido desde hace mucho tiempo, donde mil años antes del nacimiento de Filipo empiezan a construirse tumbas macedonias y donde las estribaciones septentrionales del monte Olimpo todavía provocan que las nubes retrocedan cuando entran en la dorada llanura de la Baja Macedonia, una característica del clima que un griego que visitó la Egas de Filipo observó como una peculiaridad local. Hoy en día, el palacio de Vergina muestra los mosaicos y el trazado de la planta de la época de los últimos reyes, pero el palacio ancestral de Filipo debía de encontrarse junto a él, siendo fácil de alcanzar desde la frontera griega a la que viajaron los invitados a la boda utilizando embarcaciones y caballos; un pequeño canal fluvial los habría llevado hasta el límite de la primera llanura de Macedonia, por lo que no habrían visto mucho más de esta tierra que, sin embargo, conocían por sus bosques de abetos blancos, sus caballos criados en libertad y sus reyes, unos hombres que rompían su palabra y que nunca disfrutaban de una muerte pacífica.

Los invitados se encontraron con que la boda que los había llevado hasta allí había sido planeada en su propio estilo griego. Se celebraron banquetes y competiciones atléticas, hubo premios para artistas de todo tipo y recitales ofrecidos por famosos actores atenienses, los cuales habían gozado durante mucho tiempo del favor de Filipo en calidad de invitados y enviados a su corte. Durante varios días, el

vino oscuro y fuerte de Macedonia corrió con generosidad, y las ciudades griegas aliadas, que sabían dónde radicaba su ventaja, agasajaron a Filipo con coronas de oro. Fueron recompensadas con excelentes noticias, que afectaban tanto al interior como al exterior. En Grecia, hacía tiempo que el oráculo de Delfos había abrazado la causa de Filipo, y la profecía sobre la invasión parecía de lo más favorable a la luz de los despachos que llegaban del este. Su fuerza expedicionaria había sido bien recibida por los súbditos griegos de Persia que se encontraban en la lejana costa de Asia Menor; en Egipto, había levantamientos protagonizados por los nativos, y se rumoreaba que en el lejano palacio de Susa un eunuco real había envenenado al anterior rey de los persas, que después le había ofrecido el trono a un príncipe al que también envenenó y, luego, a un cortesano de menor rango conocido ahora como el rey Darío III. El fin de la dinastía real por medio de un doble envenenamiento no alentaba precisamente a los gobernadores persas a defender la periferia occidental de su Imperio, y era probable que ello propiciase un triunfo mayor en Asia. Se trataba de una agradable perspectiva y, cuando la ceremonia nupcial hubo concluido, Filipo, caudillo de los griegos, anunció un espectáculo en el que él mismo iba a participar; a la mañana siguiente, en el teatro de Egas, los juegos empezarían con una procesión solemne y las gradas deberían ser ocupadas a la salida del sol.

Al amanecer, las imágenes de los doce dioses griegos del Olimpo, realizadas por los artesanos griegos más hábiles, serían escoltadas ante el público; en la vida urbana del mundo clásico, pocas celebraciones perdurarían durante tanto tiempo como las largas y lentas procesiones en honor de los dioses, y era lógico que Filipo se mantuviera fiel a esta arraigada tradición. Sin embargo, Filipo añadió un elemento que no era tan habitual, pues hizo que se entronizase una estatua suya entre las de los inmortales: fue una comparación atrevida que, al parecer, no resultó odiosa a sus escogidos invitados. Con anterioridad, los griegos habían recibido honores iguales a los de los dioses, e incluso en las ciudades griegas había pistas de que Filipo habría sido adorado en vida por sus poderes benéficos. Los súbditos, agradecidos, creían que estaba especialmente protegido por Zeus, antepasado de los reyes macedonios, y era fácil relacionar su retrato, en el que lucía una barba negra, con el del rey de los dioses, por lo que exponerlo de manera prominente en los templos locales no parecía un atrevimiento excesivo. Puede que el entronizamiento sagrado de su estatua fuera una innovación del propio Filipo, pero su objetivo explícito era complacer a sus invitados griegos, no conmocionarlos con un acto impío. Filipo lo consiguió, pues su ejemplo en Egas se convirtió en una costumbre que pasó a los reyes macedonios, a los que posteriormente se adoraría en la Asia griega, de éstos a Julio César y, después, a los emperadores de Roma.

Cuando las imágenes fueron llevadas a la arena, Filipo ordenó a los escoltas que se apartaran. No habría sido adecuado aparecer en público entre hombres armados,

pues eso constituía el distintivo de un tirano, no de un caudillo aliado. Sólo lo acompañaban dos jóvenes príncipes: Alejandro, el hijo que había tenido con Olimpia, y otro Alejandro, el rey del Epiro cuya boda se acababa de celebrar. Entre su hijo y su yerno, el rey Filipo empezó a avanzar, con el cuerpo envuelto en una túnica blanca que dejaba al descubierto las numerosas heridas recibidas tras veinte años de lucha, exhibiendo la negra barba y su condición de tuerto, él, un hombre al que los visitantes griegos habían alabado por su belleza apenas diez años atrás.

Filipo no llegaría a reunirse con su público. En la entrada del teatro, un joven escolta desobedeció sus órdenes y se quedó detrás de sus compañeros oficiales sin ser visto; cuando Filipo se aproximó, el joven se abalanzó sobre él, lo agarró y lo apuñaló hundiéndole una corta daga celta entre las costillas. Después corrió, aprovechando la ventaja que le proporcionaba la total sorpresa de los presentes ante lo sucedido; los escoltas reales que no se habían lanzado a perseguirlo se dirigieron apresuradamente hasta donde yacía Filipo. Pero ya no había esperanza: Filipo estaba muerto, y Pausanias, el escolta real procedente del montañoso reino oriental de la Oréstide, había cumplido su venganza.

A las puertas de la ciudad había caballos y colaboradores concertados de antemano que lo esperaban, de modo que parecía que Pausanias lograría escapar. Sólo unas cuantas zancadas más y se habría reunido con ellos, pero, en su prisa por saltar una valla, calculó mal, tropezó y cayó, pues una de sus botas quedó atrapada en la rama de una vid. De inmediato, tres de sus perseguidores se abalanzaron sobre él; eran nobles de las tierras altas, y uno de ellos incluso del mismo reino que Pausanias. Sin embargo, los vínculos territoriales no contaban en ese caso para nada, y, según dicen algunos, lo ejecutaron allí mismo y en ese mismo momento; otros afirman, lo cual resulta más plausible, que lo llevaron a rastras de vuelta al teatro, donde pudo haber sido interrogado acerca de sus cómplices, y que después fue condenado a muerte. Siguiendo el habitual castigo que entre los griegos recibían los ladrones y los asesinos, le colocaron cinco argollas de hierro sujetas a una tabla de madera alrededor del cuello, los brazos y las piernas, y lo dejaron morir públicamente de inanición antes de bajar su cadáver para darle sepultura.

«El toro está engalanado; el final está cerca, el sacrificador está en camino». El repentino asesinato de Filipo les pareció un verdadero misterio a sus invitados y, en cuestión de misterios, se consideró que el oráculo délfico era el que, una vez más, había dicho la única verdad. El oráculo, dijeron después, había dado esta respuesta a Filipo la primavera anterior a su asesinato; Filipo pensó que el toro simbolizaba al rey persa, que el sacrificador era él y que el verso del oráculo confirmaba la victoria cuando invadiera Asia. Para Apolo, dios del oráculo, el toro era Filipo, engalanado para la boda de su hija, y el sacrificador Pausanias; la respuesta se convirtió en la verdad, pero un oráculo no es una explicación y, en Historia, y sobre todo cuando se

trata de la historia de un asesinato, no sólo es importante saber qué es lo que sucedió. También es importante saber por qué.

Entre muchas habladurías y confusión, sólo se conserva una explicación contemporánea de los motivos que tenía Pausanias. El asesinato de Filipo, escribió el filósofo Aristóteles, fue un asunto personal, y puesto que Aristóteles había vivido en la corte macedonia, donde fue tutor de la familia real, su juicio merece ser tenido en cuenta: Pausanias asesinó al rey «porque habla sido objeto de abusos por parte de los seguidores de Átalo», que era tío de Eurídice, la nueva esposa de Filipo, y que gozaba por tanto de alta estima por parte de Filipo. Otros parecían conocer la historia con mayor detalle y, al cabo de unos cincuenta años, el relato se había ampliado y se había vuelto más inverosímil: contaban que Pausanias había sido amante de Filipo, hasta que los celos lo involucraron en una riña con Átalo, un noble al que no se podía insultar a la ligera. Átalo invitó a Pausanias a cenar, consiguió emborracharlo y lo entregó a los encargados que cuidaban sus mulas para que abusaran sexualmente de él a su antojo; Pausanias se habría dirigido a Filipo en busca de venganza, pero Filipo no iba a volverse contra el tío de su nueva novia, por lo que desoyó sus quejas. Poco después, Átalo fue enviado a Asia para dirigir la invasión, y, según dijeron, Pausanias tuvo que volverse contra el único blanco que le quedaba en Macedonia: en un ataque de venganza irresponsable, asesinó al rey que lo había decepcionado.

El resentimiento de Pausanias puede ser cierto, pero la historia que Aristóteles apadrinó no es una explicación completa ni suficiente. Aristóteles se refiere a ella de pasada, en un libro de filosofía en el que el asesinato de Filipo es uno más entre una serie de acontecimientos de la época, y es posible demostrar que el filósofo trató el episodio de un modo demasiado superficial; Aristóteles conocía bien Macedonia, aunque sólo como funcionario de la corte, y, en el asunto de Pausanias, no es difícil criticar su opinión. Aun cuando Pausanias hubiera estado tan trastornado como lo están la mayoría de los asesinos, era extraño que eligiese a Filipo para vengar un ultraje de tipo sexual infligido por otro hombre y que, supuestamente, había tenido lugar muchas semanas antes; en el caso de Grecia, las malas lenguas han querido explicar demasiados crímenes recurriendo a la homosexualidad, de manera que es difícil que un ejemplo más resulte convincente. Es probable que hubiera otros motivos que justificaran el origen de la historia; pocas semanas después de la muerte de Filipo, Átalo sería asesinado en Asia por orden de Alejandro, heredero de Filipo y antiguo alumno de Aristóteles. Posiblemente los amigos del nuevo rey habían culpado del crimen cometido por Pausanias a la arrogancia de un enemigo, Átalo, que ya no podía replicar; oficialmente, puede que hicieran circular la historia de que Átalo había violado a Pausanias, y Aristóteles los creyó, involucrando a Átalo en un asesinato del que no era responsable; es fácil demostrar que otros enemigos del rey fueron calumniados de manera similar, y, para los amigos de Alejandro, no había otro

nombre más odioso que el de Átalo.

Es posible proponer un enfoque diferente si partimos de la fecha que se eligió para el asesinato y de quienes se beneficiaron de él. Ambos son argumentos de carácter muy general, pero están respaldados por unos hechos relacionados con el entorno de Pausanias que no dependen en absoluto de Átalo ni de historias de amor no correspondido. Pausanias era un noble de las lejanas marcas occidentales de Macedonia, cuyas tribus no fueron anexionadas al reino hasta que Filipo ocupó el trono; no era en modo alguno un auténtico macedonio, pues los miembros de su tribu habían pagado previamente tributo al Epiro, al otro lado de la frontera, y ellos se denominaban a sí mismos con un nombre epirota. Ahora bien, el Epiro era la tierra natal de Olimpia y un lugar de refugio: Olimpia podía reivindicar sus antiguos vínculos de realeza con el pueblo de Pausanias, al que incluso habría tenido acceso durante su exilio, y puede que no encontrara difícil influir sobre un noble que Filipo había reclutado fuera del círculo de sus amistades locales. El misterio radica en el momento del asesinato, pues no hay duda de que un macedonio que buscara venganza no habría asesinado a Filipo durante una boda familiar y ante un público extranjero; Pausanias, según dicen algunos, era uno de los siete escoltas reales, y, de ser esto cierto, habría tenido muchas oportunidades para asesinar a Filipo en privado. Sin embargo, para los intereses de Olimpia, el asesinato se planificó y ejecutó en una fecha inmejorable; Filipo fue asesinado durante la boda diseñada para deshacerse de ella, pocos días después del nacimiento del hijo varón de Eurídice y a las pocas horas de haberse producido el enlace familiar que hacía que su ascendencia epirota se convirtiese en algo irrelevante. Tan pronto como Filipo muriera, su propio hijo Alejandro podría apoderarse del reino antes de que lo hicieran sus rivales y restaurar su anterior influencia. Oficialmente, el arrebato de Pausanias podía atribuirse a la acusación vertida contra Átalo; puede que Olimpia supiera que esta acusación había partido de una instigación más desesperada.

Sobre la conveniencia del asesinato, se dice que Olimpia no albergó ninguna duda:

La misma noche que regresó a Macedonia, puso una corona de oro sobre la cabeza de Pausanias, pese a que ésta todavía colgaba de su estaca de asesino; pocos días después, hizo bajar el cuerpo y lo incineró sobre los despojos de su difunto esposo. Allí construyó un túmulo para Pausanias y vio cómo la gente ofrecía en ese lugar sacrificios anuales tras habérsele inculcado la superstición. Utilizando su nombre de doncella, dedicó a Apolo la daga con la que Filipo había sido apuñalado: todo esto se hizo de un modo tan público que parecía que lo que Olimpia temía era que pudiera pensarse que el crimen no había sido obra suya.

Puede que esta historia sea exagerada, pero no hay ninguna razón que justifique que se descarten los pequeños detalles, como si sólo fueran falsedades o simples rumores malévolos; la fuente de dichas informaciones no puede contrastarse de manera independiente, pero está claro que Olimpia era una mujer de sentimientos salvajes

que posteriormente demostraría carecer de escrúpulos a la hora de asesinar a los rivales que la amenazaban en el seno de su familia. Por sí sola, la gratitud hacia Pausanias no puede incriminarla, pero es un dato más que la involucra en lo que Aristóteles, quizás a propósito, no acertó a explicar.

Estos datos pueden ampliarse. Es evidente que Pausanias había contado con ayuda, como mínimo la de los hombres que lo esperaban con otros caballos, y si Olimpia hubiese sido su asesora no se habría quedado satisfecha con el mero hecho del crimen. La reina estaba maquinando su regreso, y sólo su hijo, el probable heredero de Filipo, podía garantizarlo. Si había razones que justificaban que Olimpia hubiese recurrido a Pausanias, también las había para justificar que hubiese recurrido a su hijo Alejandro; por ello, aunque nunca se mencionó contra él ninguna prueba remotamente fiable, es conveniente que consideremos también su posición.

Un año antes, cuando Filipo desposó a Eurídice, Alejandro discutió agriamente con su padre y siguió a su madre en su retiro; pronto se reconcilió con él y recuperó su favor, como lo confirma su presencia al lado de su padre el día del asesinato, aunque Alejandro no se sintió seguro durante los meses posteriores a su regreso. Pese a la edad, su capacidad lo señalaba como el probable sucesor de Filipo, aun viviendo bajo la vergüenza del repudio de Olimpia. Alejandro se mostraba demasiado ansioso por la herencia que esperaba recibir, y unos meses antes su comportamiento había provocado el exilio de sus amigos más próximos; cuando Eurídice dio a luz a un hijo varón, sus miedos sólo pudieron volverse más apremiantes. Átalo ya había dicho que el hijo de Eurídice sería más legítimo que los hijos de las otras esposas, y, a pesar de que el niño sólo era un bebé, ya disponía de relaciones poderosas que lo ayudarían a ocupar un trono que, partiendo de esta base, nunca pasaría al hijo mayor. Era una amenaza, aunque quizá no inmediata, y sin embargo, cuando a Filipo se le asestó el golpe mortal, Átalo estaba convenientemente lejos, en Asia, y el bebé apenas tenía unas pocas semanas de vida. Tan pronto como Alejandro fue proclamado rey, el niño fue asesinado, mientras que Átalo, que se encontraba demasiado lejos de la corte para poder reunir a sus amigos, fue ejecutado con el cargo de traición.

Los temores respecto a la sucesión habían separado un par de veces a Filipo y Alejandro, pero, aun así, una cosa es beneficiarse del padre, como heredero, y otra muy distinta asesinarlo para conseguir la herencia. A lo sumo, Alejandro fue sospechoso en las habladurías griegas a posteriori; no había pruebas de ninguna clase contra él, y las teorías sobre su presunta crueldad apenas pueden llenar este vacío. Un cruel parricidio no habría servido más que para alentar en secreto un golpe de Estado, mucho más seguro y ejecutado con mayor destreza, para hacerse con un trono que a Alejandro parecía escapársele de las manos. Los festejos de una boda a la que asistían destacados invitados extranjeros era un momento absurdamente torpe para que el aspirante a heredero de Filipo cometiera su asesinato, pues los testigos habrían

difundido rápidamente la noticia y exacerbado a los muchos súbditos extranjeros a los que Alejandro se habría visto obligado a retener. El primer año de Alejandro como rey puso de manifiesto los peligros que esto podía comportar. La cuestión de si Alejandro pudo ser cómplice del asesinato de Filipo sólo puede responderse desde la fe o el prejuicio; habían discutido, cierto, pero Alejandro también había salvado la vida de su padre en una ocasión anterior, y no hay pruebas de que Alejandro odiara el recuerdo de Filipo, por no hablar de que tampoco se atribuyó el mérito de su muerte. Los argumentos sobre la fecha escogida y los beneficios que le reportó hacen probable la culpabilidad de Olimpia. La participación de Alejandro sólo es una especulación; es más relevante, y de eso era consciente el propio Alejandro, que esos argumentos pudieran utilizarse con más convicción en otros lugares.

«Los persas dicen que hasta ahora nadie ha osado asesinar a su propio padre o a su propia madre, y que siempre que parece que se ha producido un crimen de esta naturaleza, es inevitable que la investigación demuestre que el supuesto hijo o era adoptado o era ilegítimo. Pues, según dicen, es impensable que un padre sea asesinado por su verdadero hijo». Para los persas, como observó un cronista griego, la complicidad de Alejandro habría sido impensable por una cuestión de principios de carácter humano; para Alejandro, esta complicidad quedaba descartada por motivos mucho más poderosos. Los propios persas, dijo Alejandro, habían planeado el asesinato: «Mi padre murió a causa de los conspiradores que tú y tu gente habéis organizado, como tú mismo te has vanagloriado en las cartas que has enviado a unos y a otros». Alejandro habría redactado estas palabras en un despacho hecho público y dirigido al rey persa cuatro años más tarde, y la referencia a las cartas públicas prueba que la jactancia de los persas fue, al menos, un hecho histórico. Si el beneficio, por sí solo, es una prueba de culpabilidad, entonces los persas tenían muchos más motivos para asesinar a Filipo que cualquier hijo o esposa ultrajados, pues su Imperio, a once días de marcha fácil desde Macedonia, acababa de ser invadido; si Filipo era asesinado, podía esperarse que el ejército se desmoronara con las consabidas disputas familiares. Sin embargo, la jactancia de los persas no garantiza que su implicación sea verdad, sobre todo porque puede que obraran así para atraer a los aliados en contra del heredero de Filipo. Entre quienes se beneficiaron del asesinato, dentro y fuera del país, Olimpia sigue siendo la más sospechosa, su culpabilidad nunca se demostró y no es posible hacer conjeturas sobre el papel que jugó su hijo, pero es perfectamente plausible que Filipo fuera asesinado por la esposa de la que intentó deshacerse.

Aunque podamos hacer elucubraciones sobre el asesinato, es un error dar a entender que su autoría llegará a dilucidarse algún día, puesto que incluso para los contemporáneos se convirtió en un misterio famoso. No tanto sus probables efectos, pues Filipo, el «hombre que al parecer nunca fue visto en Europa», estaba muerto, y

no había razón alguna para pensar que su hijo mayor, que tenía veintidós años, no reivindicaría su herencia en una contienda que enfrentaría incluso a hermanos contra hermanos y a padres contra hijos, que es lo que un cambio de rey siempre había comportado. Sin embargo, en cinco años aquel muchacho habría de dejar muy lejos los extraordinarios logros de su padre. Con imparcialidad, Alejandro podría contemplar retrospectivamente a su padre como un hombre de menor valía: había derrocado un Imperio que se había mantenido en pie durante doscientos años, se había hecho mil veces más rico que cualquier otro hombre en el mundo y estaba preparado para una marcha que les parecía sobrehumana a quienes libremente lo adoraban como a un dios. En numerosas ocasiones la Historia ha dado la impresión de ser una disciplina que consiste en el estudio de hechos que están bajo nuestro control. Con Alejandro, la Historia iba a depender de los caprichos y elecciones de un hombre de veinticinco años que terminó gobernando sobre más de tres millones de kilómetros cuadrados.

Si bien las decisiones que tomó Alejandro tuvieron unos efectos necesariamente rápidos, sus consecuencias habían de revelarse más duraderas. «Nos sentamos alrededor de nuestro mar —había dicho Sócrates, el filósofo, a sus amigos— como ranas alrededor de una charca». El arte griego ya había alcanzado París; los griegos habían trabajado como artesanos cerca de la actual Múnich o vivido en las lagunas del Adriático, al sur de Venecia, pero ningún griego de la Península había estado nunca al este de Susa ni había visitado las estepas de Asia central, por lo que la charca de ranas recuerda el mar Mediterráneo. Tras las conquistas de Alejandro, los deportes griegos se practicarían bajo el abrasante calor del golfo Pérsico, y la historia del caballo de Troya se contaría en el Oxo y entre los habitantes del Punjab; a mucha distancia de la charca de ranas, los griegos practicarían el budismo y Homero sería traducido a una lengua india; cuando se excavó una ciudad en el noroeste de la India, los arqueólogos encontraron una talla de marfil con la historia de amor de Cupido y Psique, y a su lado, a la izquierda, los focinos de un conductor de elefantes o *mahout* indio local. La historia de Alejandro no se agota en la guerra o en los problemas de su personalidad; si sus elecciones hubieran sido otras, nunca se habría despejado el terreno para que en Asia se desarrollase una tendencia completamente nueva surgida de los esfuerzos de su ejército.

Desde el punto de vista personal, la fascinación que ejerció fue más inmediata y en modo alguno murió con él. La tienda de Alejandro, su anillo, sus copas, su caballo o su cadáver siguieron siendo ambicionados por sus sucesores, que incluso imitaron el modo en que Alejandro ladeaba la cabeza. Un ejemplo puede servir para todos ellos. En una ocasión, en la víspera de una batalla, Alejandro se le apareció en sueños a Pirro, el más osado de los generales griegos, y cuando Pirro preguntó qué ayuda podía prometer un fantasma, Alejandro contestó: «Te presto mi nombre». Fiel al

episodio, el nombre mantuvo viva la fascinación durante dos mil años. Atrajo a Pompeyo en su juventud, que incluso se inspiró en él en su manera de vestir; el joven Augusto jugó con este nombre, que también se utilizó contra el emperador Trajano; entre los poetas, Petrarca lo atacó y Shakespeare no se dejó engañar por él; a los cristianos les molestaba, mientras que los paganos lo mantuvieron vivo, y a los obispos Victorianos les parecía que era el nombre más admirable del mundo. La grandiosidad no podía resistírsele: cuando era joven, Luis XIV bailó representando a Alejandro en un ballet, Miguel Ángel diseñó el trazado de la plaza del Capitolio de Roma con la forma del escudo de Alejandro y, para Napoleón, la historia de Alejandro era su libro de cabecera, aunque no es más que una leyenda que cada mañana se vistiese ante un lienzo que representaba la mayor victoria del macedonio. Como nombre, poseía el encanto de la juventud y la gloria: en una ocasión, leyendo una historia de Alejandro, Julio César alzó la mirada, se quedó pensando un momento y después rompió a llorar «porque Alejandro había muerto a la edad de treinta y dos años, rey de tantos pueblos, mientras que él todavía no había logrado ningún éxito notable».

Alejandro es, por tanto, una figura rara y compleja: un héroe que, a lo largo de su vida, deseó ser considerado como el rival del ideal heroico de su sociedad. A través del continuado interés del Occidente culto por el pasado griego, y también de la propagación, fundamentalmente en lenguas orientales, de un romance legendario sobre las hazañas de Alejandro, su fama se extendió desde Islandia hasta China. El pozo de la inmortalidad, los submarinos, el valle de los diamantes y la invención de una máquina voladora son sólo algunas de las aventuras ficticias que se vincularon a su nombre en un proceso que cada época continuó de acuerdo con sus preocupaciones; cuando los tres Reyes de Oriente fueron a rendir homenaje a Jesús, de hecho el oro de Melchor era, según una leyenda judía, un regalo que procedía del tesoro de Alejandro. Tampoco se olvidaron de él los hombres corrientes, ni siquiera en los confines del Imperio. A causa de la difusión del *Román d'Alexandre*[1], hay jefes de tribu afganos que todavía proclaman descender de su linaje. Hace setenta años, fueron a la guerra con la bandera roja que ellos creían era el estandarte de Alejandro, mientras que durante las noches tormentosas en el Egeo, los pescadores de la isla de Lesbos todavía hacen callar a gritos al mar con la pregunta «¿Dónde está Alejandro Magno?», y al entonar la tranquilizadora respuesta «Alejandro Magno vive y es rey», descansan seguros de que las olas amainarán.

«¿Pero dónde está Alejandro, el soldado Alejandro?». Ni la fama ni la leyenda han ayudado a sacar a la luz su historia, y el joven que tomó el poder gracias a un asesinato en Egas se ha perdido entre relatos diversos y un despliegue de historias que nos han llegado a medias. Más de veinte contemporáneos escribieron sobre su carrera, pero de sus libros no se ha conservado ningún original; sólo un extracto de

una carta de Alejandro es genuino y está fuera de controversia. Unos cuatrocientos años —o más— después de su muerte, dos historiadores y dos compiladores entretejieron o recortaron las historias originales, y es fundamentalmente gracias a estas largas narraciones por lo que se puede recuperar la vida de Alejandro. Al escribir bajo el Imperio romano, estos historiadores no entendieron la época de Alejandro, lo cual es como si la historia de los Tudor en Inglaterra sólo pudiese recuperarse a partir de los ensayos de Macaulay y de las historias del filósofo David Hume. Y sin embargo, a través de una comparación minuciosa, es posible vislumbrar el perfil de los originales, mientras que el arte y las inscripciones pueden, por su parte, ayudar a separar lo que corresponde a prejuicios; todo ello da lugar a un cuadro y, al elaborar distintos marcos a partir de cada una de las sociedades en las que se movió Alejandro, a menudo este cuadro puede situarse en una perspectiva convincente. Alejandro es tema para una búsqueda, no para una narración, pues hasta tal punto era ése el estilo y el contenido de las primeras historias que se escribieron sobre él que cualquier relato con pretensiones de fiabilidad sólo puede resultar dudoso. Alejandro es menos aún una lección o una advertencia moral. Estudiar el pasado por capricho o por superstición popular sólo es ser condescendientes con nuestros propios miedos y esperanzas, expresados en una sociedad distinta. El mérito de la historia griega antigua radica en que no es un sermón moral, sino un estudio que se extiende hacia atrás a lo largo de un dilatado lapso de tiempo; todavía es posible compartir lo que los hombres, incluido Alejandro, experimentaron en un tiempo tan distante, y aunque la búsqueda, transcurridos dos mil años, no resulta fácil, a menudo es tan apasionante que siempre acaba mereciendo la pena.

2. MACEDONIA:
EL PAÍS Y SUS GOBERNANTES

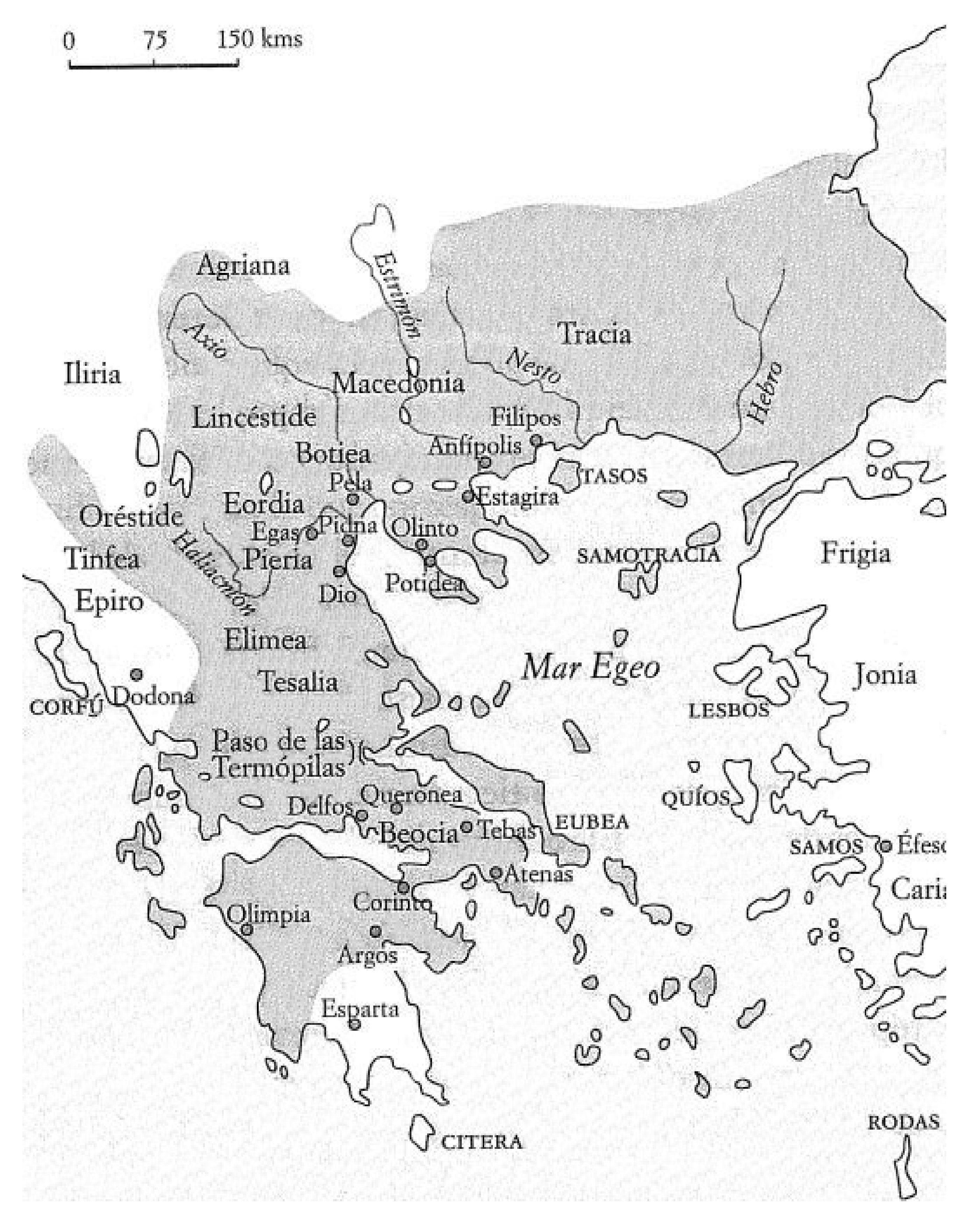
La búsqueda de Alejandro empieza de un modo misterioso, por no decir dramático. Cuando Filipo fue asesinado, la corte macedonia sólo podía esperar que tuviera lugar otra de las luchas familiares que habían ido debilitando el reino durante los últimos cien años; tales luchas raras veces aparecen relatadas con detalle, pero a menudo las pistas pueden encontrarse en los lugares más insólitos y, todas juntas, sugieren una pauta que quizás engaña por su pobreza, pero que concuerda con el modo en que los reyes macedonios siempre habían tenido que comportarse. Ahora bien, una pauta necesita, en primer lugar, un contexto.

Situada en la frontera septentrional del mundo de habla griega y lindando con las tribus de Europa, la Macedonia de Filipo era un amplio mosaico de reinos ensamblados gracias a la conquista, el matrimonio, los sobornos y los atractivos que ofrecía su fortuna en alza. En la época del nacimiento de Alejandro, parecía una tierra de contrastes imposibles; después de trece años, la energía de Filipo no había eliminado totalmente las diferencias de intereses que tanto habían preocupado a los reyes anteriores. Todavía era un territorio formado por tierras bajas y tierras altas, que Filipo y sus antepasados gobernaron desde las llanuras del sureste, un terreno pantanoso dominado por cuatro grandes ríos cuyas aguas riegan los cultivos y los pastos de invierno con su limo rico y ligero. Territorio cenagoso, aunque densamente arbolado, estos pantanos y sus colinas fronterizas fueron una tierra para colonizadores, y Filipo y sus antepasados acometieron esta tarea con el temple necesario. El drenaje canalizó las inundaciones de los ríos en favor de la irrigación; se abrieron caminos entre los densos bosques de pinos y, por medio de una técnica local, los troncos se hervían para extraer la resina, que después se vendía a los constructores griegos de barcos en los astilleros del sur, que carecían de ella; en la frontera oriental del reino de Filipo, se confiscaron viejas minas de oro y se consiguió que rindieran mil veces más gracias a los numerosos nuevos esclavos y a las técnicas griegas de extracción; se cazaban a caballo bueyes salvajes, osos y leones, por deporte y también para obtener alimento; los macedonios que vivían cerca de la costa habían llegado a dominar en sus ríos el arte de la pesca de la trucha con mosca, y habían introducido la higuera y el olivo en unas tierras en las que estos árboles daban fruto dos veces al año. «Maravillosa Emacia», así es como Homero había llamado a estas ondulantes llanuras que constituían un hogar apropiado para los rebaños de ganado; una antigua danza macedonia imitaba la vida de los ladrones de ganado, sin duda el oficio de

muchos granjeros locales. El ganado nunca había abundado en Grecia, donde salvo en los sacrificios religiosos apenas se consumía carne; la dieta de los macedonios, más rica en este alimento, puede que no sea irrelevante para explicar su resistencia en el campo de batalla.

Grecia, Macedonia y el Egeo

Territorio bajo el control de Filipo II



Estas llanuras constituían la envidia de todo visitante griego que cruzara la frontera meridional por el angosto valle del Tempe y las faldas del monte Olimpo. Tendría que pasar por el puesto fronterizo de Heracleon, ciudad de Heracles, y detenerse en la ciudad portuaria de Dio, así llamada por el dios griego Zeus, antepasado de los reyes macedonios, un lugar donde cada año se celebraba un festival de las artes en honor a Zeus y las nueve Musas griegas que duraba nueve días. En ese lugar, el visitante podía atravesar las puertas de la ciudad, flanqueadas por un muro de ladrillo, y descender por la pendiente pavimentada de un camino sagrado, situado entre un teatro, varios gimnasios y un templo con pilares dóricos; como era de suponer, los pueblos que había en los alrededores estaban vinculados con el mito de Orfeo, el famoso aedo de la leyenda griega. El visitante aún se encontraba en un mundo de dioses griegos y sacrificios, de juegos griegos y lengua griega, aunque puede que los nativos hablaran griego con un acento norteño que articulaba la «ch» como «g» y la «th» como «d», y que pronunciaba el nombre del rey Filipo como «Bilipo».

Siguiendo la costa, el visitante descubriría la llanura, no menos rica, y se encontraría con las ciudades de actitud más desafiantemente griega. Las siguientes dos ciudades costeras a orillas del Golfo Termaico habían sido levantadas originariamente por emigrantes griegos y, desde entonces, habían estado esperando una oportunidad para liberarse de la corte macedonia que había acabado controlándolas. A veces lo lograron, y, en medio de sus vicisitudes, siguieron siendo pueblos de mucho temple: sus líderes eran hombres ricos, y la clase media podía equiparse por sí misma para la guerra; cultivaban la espléndida tierra que había a su alrededor, mientras que los ingresos suplementarios, que los hacían tan deseables, procedían del mar y sus comerciantes. Una reconocida ruta comercial corría por el oeste desde la costa hasta Macedonia, y las ciudades costeras tenían tribunales, con un sistema legal que hacía que los mercaderes griegos estuviesen contentos de ser juzgados por ellos; se cobraban impuestos portuarios sobre el comercio que pasaba por allí, y los ricos acaparaban el valioso derecho de recaudarlos una vez al año. No eran los últimos campeones de la cultura griega en la frontera de un mundo bárbaro: los palacios macedonios de Pela y Egas se encontraban en el interior pero muy cerca, y estaban conectados con la costa por medio del río, la vía más rápida y barata que conocía la Antigüedad para el transporte pesado. Por lo tanto, los palacios eran accesibles y el mecenazgo que procuraban a los artistas griegos más destacados había hecho que su aspecto externo no fuera menos civilizado que el de las ciudades de la costa, que por otro lado codiciaban.

«Nadie iría a Macedonia para ver al rey, pero muchos irían incluso más lejos para ver su palacio…», se dice que comentó Sócrates cuando rechazó una invitación para escapar de la sentencia de muerte dictada por Atenas y retirarse a la ciudad

macedonia de Pela. A finales de siglo reinaba Arquelao, cuyo mecenazgo de la cultura griega excedió incluso el ejemplo de sus antecesores; su energía hizo que la capital del reino se trasladase, de manera que pasó de Egas, en el noreste, a Pela, un lugar con más fácil acceso al mar y bien situada en las carreteras que recientemente se habían construido en el reino. En aquellos días, Pela era una ciudad emplazada a orillas de un lago, situada junto al río Loudías y dotada con un puerto natural en el que el río se desplegaba como un manto de agua y barro. Hacia 380 Pela era conocida como la ciudad más grande de Macedonia; sin duda Filipo la mejoró y, durante los veinte años que siguieron a la muerte de Alejandro, Pela se convertiría en una ciudad en auge gracias a los beneficios obtenidos en la conquista del mundo. Una ciudad que alardeaba de templos y palacios de casi cien metros de largo, con dos o tres grandes patios cada uno, cuyas columnatas de pilares griegos sostenían frisos ricamente pintados; las paredes eran de ladrillo y se alzaban sobre umbrales de mármol, y había suelos de mosaico con teselas formando dibujos. Era un lugar donde podían celebrarse banquetes en escenarios que resultaban acordes con el gusto griego más opulento; las casas que había en la ciudad eran espaciosas y estaban construidas alrededor de un patio central abierto, con vestíbulos también abiertos, y disponían de una segunda planta que, en el lado norte, albergaba los dormitorios y proporcionaba una sombra que era bien recibida en verano. Actualmente, conocemos muy bien estas casas palaciegas gracias a recientes hallazgos arqueológicos; probablemente datan de poco después de la muerte de Alejandro. Este, por su parte, se había criado en el antiguo palacio de Arquelao, en la más occidental de las dos colinas de Pela, y sus pesados pilares de mármol seguían tanto la moda griega como las últimas casas que se encontraban en la parte baja de la ciudad. Era una mansión refinada, probablemente al estilo de los palacios que siguieron; uno de los suelos de mosaico, de época posterior, debe probablemente su diseño de centauros a una pintura que Arquelao encargó a un maestro griego. Estos famosos mosaicos de teselas, obra también de artistas griegos, se diseñaron probablemente poco después de la estancia de Alejandro en Pela, pues uno de ellos muestra una escena de caza desde su propio carro, otro al dios Dioniso, antepasado de los reyes, otro a un león-grifo atacando a un venado, quizás el sello real del reino o, como mínimo, el emblema de Antípatro, el hombre que Alejandro dejó como general al mando en Macedonia. Aunque son muy admirados, estos mosaicos rozan la vulgaridad; puede que el antiguo palacio de Arquelao también contuviera mosaicos, pues los primeros que conocemos en la península griega se encontraron en la ciudad de Olinto, al norte de Grecia, hasta donde había llegado la influencia de los palacios de Macedonia, y sus diseños fueron desarrollados por escuelas de pintores griegos cuyo mecenazgo promovió Arquelao. Excepto para un amante de los jardines, no hay mejor prueba para calibrar el grado de civilización de un hombre que su gusto por la pintura: en la Macedonia de Alejandro,

que con demasiada frecuencia es recordada sólo por las conquistas llevadas a cabo, las tumbas con columnas de la nobleza ofrecen, en sus fachadas arquitectónicas, los primeros trampantojos conocidos en la historia del arte, y, en el palacio de Egas, es muy posible que el patio central se trazara como un jardín secreto. En la nueva ciudad de Filipos, los colonos macedonios de Filipo —la «escoria del reino», como los denominaron los críticos— plantaron rosas salvajes para aliviar el carácter inhóspito de un hogar situado en la lejana costa de Tracia.

Al otro lado de estas llanuras civilizadas de la costa y las tierras bajas, donde el Jardín de Midas lo volvía todo verde, si no oro, se alzaban las cordilleras de los montes Barnous y Bermio, con sus pasos bloqueados por la nieve, y detrás, al oeste y el noroeste, las tierras altas, un mundo de cañadas repletas de árboles y lagos gigantescos que se encontraba muy alejado de los lujos de la costa y el palacio. En esta región los hombres siempre habían vivido en tribus, no en ciudades, y a menudo los pueblos, situados a orillas de los lagos, estaban construidos sobre pilotes de madera y sólo disponían de un único fortín de mampostería, que se alzaba en una cima cercana y protegida del agua, para refugiarse en caso de invasión. Entre los oficiales de Alejandro y entre los macedonios posteriores, la distinción entre unos y otros permaneció en los títulos tribales por medio de los cuales identificaban sus hogares; los habitantes de las tierras altas eran hombres de las tribus y no disponían de ninguna de las ciudades a las que los habitantes de las tierras bajas reclamaban pertenecer. Cada uno de sus reinos estaba cerrado como una cápsula por el paisaje, y, sobre los acantilados que servían de defensa, el gobierno tribal de jefes de poblado perduró durante siglos, sobreviviendo durante mucho tiempo a la dinastía de los reyes de las tierras bajas y a sus intentos de construir ciudades fronterizas. La madera, los minerales, la pesca y el pastoreo de las tierras altas mantenían a una densa población cuyas familias reales reclamaban, cada una de ellas, ser descendientes de un héroe griego distinto. En el lejano suroeste, junto a la Tesalia griega, los hombres de una tribu de Tinfea adoraban a su propia forma primitiva de Zeus; hasta que Filipo los conquistó, no fueron más aceptados entre los macedonios que los cercanos oréstidas, que honraban a su fundador Orestes y se unieron formalmente a las tribus occidentales del Epiro. En el lejano norte, alrededor de los lagos de Prespa y Gastona, y a caballo del principal camino-corredor de Europa, vivían los reyes de la Lincéstide, hombres ricos y rebeldes que remontaban sus orígenes a los famosos reyes Baquíadas de la griega Corinto, una camarilla familiar tan cerrada como cualquiera en la historia griega del siglo VII. Estos Baquíadas habían sido expulsados de Corinto y embarcados hacia el norte, a Corfú, desde donde es posible que establecieran su hogar en la península de la Lincéstide, en el filo de los reinos ilirios de Europa, y que impulsaran el comercio corintio de mercancías que después apareció en el noroeste de Macedonia. Sus supuestos descendientes no los habían

defraudado. Como otros habitantes de las tierras altas, los lincestas vestían la ruda capa de lana del moderno pastor valaco y hablaban un primitivo dialecto griego que los habitantes del sur ya no podían comprender. Trabajaban la tierra con carretas tiradas por bueyes y con la ayuda de sus mujeres, y quizá no sea una coincidencia que, en las listas de las propiedades confiscadas a ricos atenienses a finales del siglo V, el precio más elevado que se pagó por un esclavo correspondiera a una mujer macedonia. La madre de Filipo había sido una noble lincesta y no había aprendido a leer ni a escribir hasta entrada la madurez; su pariente Leónato es uno de los dos únicos amigos de Alejandro que es de familia lincesta, y se lo recordaba por su belicosidad y porque le gustaba tanto la lucha, que se decía que llevó consigo entrenadores y camellos cargados con fardos de arena cuando marchó a Asia.

Durante cien años al menos, la mayoría de estas tribus de las tierras altas se conocieron formalmente como la Alta Macedonia, pero sus simpatías para con los reyes de las tierras bajas era superficial y ni mucho menos antigua. La Lincéstide, por ejemplo, fue duramente hostigada tanto por sus vecinos ilirios del norte como por los antepasados de Filipo en la llanura, y sus jefes a menudo habían preferido los intereses ilirios a los de la corte de Egas. Sin embargo, podía conseguirse cierto equilibrio. Los habitantes de las tierras bajas necesitaban la lealtad de las tierras altas, pues sus tribus controlaban los pasos y los ríos hasta los que se habían aventurado los bárbaros europeos del norte y el noroeste para invadir las llanuras por el mar. Los habitantes de las tierras altas también necesitaban a los de las tierras bajas por una razón más mundana: las ovejas. Los rebaños de ovejas eran el eterno vínculo entre los paisajes del interior en la Antigüedad. En verano, los habitantes de las tierras altas los apacentaban en sus cañadas y valles, pero en invierno los conducían a las llanuras para el pastoreo y, por tanto, la vida ambulante del pastor era también una vida de incesantes disputas. En primavera, las ovejas pateaban las cosechas de los habitantes del llano, y en verano se las oía a través de las montañas, sin que les preocupase demasiado de quién era la propiedad de este eventual hogar; de la Oréstide nos ha llegado una inscripción que regulaba los derechos de los terratenientes frente al pastoreo de verano y que ponía límites a la tala de madera en esta época por parte de los pastores. Para favorecer a los terratenientes de las tierras bajas, Filipo intentó desalentar el pastoreo de ovejas y extender la instauración de cultivos, lo cual resultaba más apropiado para las llanuras. Si lo conseguía, habría roto un vínculo natural entre las tierras altas y el llano; por tanto, Filipo intentó poner en práctica métodos más formales para unir esos dos mundos a su entorno.

Allí donde fue posible, sus antepasados de las tierras bajas expulsaron totalmente a las tribus de las colinas, como las que había en Pieria, en torno a Dio, o las de Eordia, por ejemplo, «con el este, el oeste y el norte amurallados por precipicios que eran como la torre del homenaje de un castillo». En otras partes tomaron esposas

políticas, la mayoría de las veces de Elimea, en el sudoeste, donde los nobles eran ricos y los hombres de las tribus muy resistentes en la batalla. Filipo también mantuvo a una amante elimiota, fundó ciudades en las fronteras de las tierras altas y trasladó a la fuerza a población de las tierras bajas con la excusa de protegerla. Necesitaba esta nueva fuerza en las fronteras, pues al mismo tiempo estaba desplazando el antiguo poder de la nobleza de las tierras altas, así como a sus jóvenes hijos, a la corte de Pela, donde los sobornó para que se asentaran en exuberantes estados que procedían de los pastizales conquistados por Filipo en el este y el sudeste. Así, los jefes de las tierras altas se encontraron vinculados de un modo más estrecho con una corte y un rey al que servían como señores feudales en estados conquistados; los primeros meses de Alejandro conforman el estudio de una nueva sociedad macedonia en la que lentamente se habían ido destruyendo los antiguos vínculos de la realeza y el territorio local con el fin de agruparlos de un modo más cohesionado alrededor del rey. En parte, el interés que tienen estos meses es que permiten ver hasta qué punto las antiguas tradiciones continuaron determinando las lealtades de los hombres.

Durante mucho tiempo, para los reyes de las tierras bajas esta ruptura con las viejas raíces había sido una necesidad en aras de la supervivencia. Entre los ilirios, al otro lado de la frontera septentrional, como también en la actual Albania, los nobles todavía querían ir a la guerra con sus camarillas de criados y parientes; sin embargo, en el ejército que Filipo heredó, lo que hasta entonces había agrupado en brigadas a los habitantes de las tierras altas era la geografía desperdigada de las tribus, no la estrecha alianza de los clanes. Los nobles locales y la realeza todavía iban al frente de estas brigadas tribales pero ya habían sido despojados de sus comitivas privadas, y, durante los últimos doscientos años, se habían unido al séquito del propio rey, al que servían como Compañeros honorarios, o incluso, en ocho casos al menos, como Escoltas. Por tanto, cuando Alejandro llegó al poder se encontró con más de sesenta Compañeros nobles, algunos de ellos ancianos, cada uno de los cuales había heredado el puesto que ocupaba durante el reinado de su padre: nominalmente estaban ahí para asistirlo y aconsejarlo, pero, si bien era quizás una coincidencia que la palabra macedonia que significaba consejero pudiera derivarse de la palabra que se utilizaba para designar a un hombre de cabello cano, ciertamente resultaba significativo que los reyes hubieran extendido de manera profusa los regios títulos honoríficos a las miles de personas de inferior condición que estaban a su cargo y con las que deseaban mantener la amistad. El nombre de escoltas reales se aplicaba ahora también a los tres mil Portadores de Escudo, que, aunque de rango inferior, eran nuevos hombres del rey; el nombre de Compañero se extendió a las unidades formadas por pequeños terratenientes, que constituían la caballería real. En otro tiempo había habido un escuadrón real de caballería, de carácter especial, pero, al igual que los Regimientos

del Rey del ejército británico que se reclutaban entre los escoceses, toda la caballería pasó a llamarse entonces caballería del rey; incluso los hombres de las tribus que constituían la infantería de las tierras altas fueron conocidos como compañeros de a pie del rey con el fin de vincular a los nuevos amigos a la corona. Sólo los antiguos Compañeros, que eran nobles, salieron perdiendo con esta extensión de su título, pues dicha proliferación se dirigía contra ellos. Como advirtieron estos nuevos círculos de hombres del rey, era entre los nobles donde se encontraban los enemigos que Alejandro más había de temer.

Puesto que en Macedonia el poder era personal, los nobles lo habían ejercido a través de los vínculos tentaculares de la familia. La justicia que impartían consistía, presumiblemente, en un sistema de venganzas de sangre que enfrentaban a las familias unas contra otras. Los reinos antiguos no conocían los tribunales ni ningún código legal escrito; confiaban en la venganza, atenuada por un precio fijado en sangre. Para una nobleza preocupada por este poder familiar y por la propiedad, el matrimonio no era una cuestión romántica, sino una expresión de buena voluntad entre las casas de dos grandes familias. Ni la edad de las novias ni su grado de afinidad constituía un obstáculo mayor que para otras clases altas en Grecia. Los reyes Baquíadas, de quienes decían descender los nobles lincestas, se habían casado entre ellos de un modo que llegó a ser célebre, por lo que debía de tolerarse un elemento de endogamia entre los Compañeros de Filipo que pertenecían a las tierras altas. Este laberinto de matrimonios y vínculos de sangre podía imponer rígidos deberes de ayuda y venganza, como todavía sucede hoy en día entre los pastores del noroeste de Grecia, y estos deberes no siempre son obvios para los foráneos. Alejandro era el heredero de una banda de nobles a quienes la manera de actuar de un miembro de la mafia les habría parecido más normal que la de un moralista.

Una vez más, durante mucho tiempo los reyes de las tierras bajas intentaron reemplazar estas lealtades locales a través de su propia autoridad central. En el caso de aquellos crímenes que podían costarle la vida al acusado, la justicia que aplicaban no era la venganza de la sangre, sino un alegato público ante el pueblo. Sólo si la audiencia estaba de acuerdo, el rey y sus agentes infligían un castigo. Por supuesto, sus métodos todavía eran rudos, pues ejecutaban tanto al acusado como a sus parientes. Los casos urgentes de asesinato todavía se conducían de un modo privado, y ni siquiera los alegatos públicos tenían un carácter democrático. La audiencia expresaba su voluntad entrechocando las espadas, no levantando la mano para que los votos pudieran contarse. Era el rey quien decidía para qué veredicto las habían hecho sonar más alto. Lo mismo sucedía con el matrimonio, pues el rey podía tomar esposas de familias rivales y desposar a sus leales con mujeres de la gran familia que él presidía. También podía promover matrimonios entre sus cortesanos y, si le parecía que aquéllos ofrecían un futuro prometedor, las esposas que proponía no podían ser

rechazadas. Era asunto del rey permanecer como un centro rival de poder, al margen de los vínculos de la tribu y la familia. Filipo y sus antepasados debilitaron estos vínculos hasta que no pudieron seguir dictando el comportamiento de la gente; cuando Alejandro subió al trono, se sintieron presionados por una cuestión más amplia: nada más y nada menos que por las esperanzas que despertaba el propio Alejandro.

La sangre real de Alejandro inspiraba respeto, pero no era el único príncipe que disfrutaba de ella. En la práctica, el trono no siempre había pasado al hijo mayor, y la costumbre de que el rey debía ser de sangre real era vana, pues los nobles podían aclamar a un niño pequeño y después gobernar a través de él, mientras que muchos otros podían invocar la sangre de su realeza local. El benjamín de Filipo y Eurídice era uno de estos peligros, pues había nobles, como su tío abuelo Átalo, que esperarían poder gobernar en su nombre. Aunque era posible una regencia, era poco probable que se produjera mientras otros príncipes con la edad adecuada estuvieran vivos. En este aspecto, el principal rival de Alejandro era su primo Amintas, que de hecho había sido un niño-heredero del reino veintitrés años atrás. Su tío Filipo fue designado regente y continuó gobernando como rey cuando demostró sus extraordinarios poderes de conquista y diplomacia, pero Amintas, que tenía unos veinticinco años cuando Filipo murió, había sobrevivido; además, como signo del continuado favor del que gozaba, acababa de casarse con una hija que Filipo había tenido de una amante iliria. Frente a Alejandro, Amintas tenía la decisiva ventaja de la edad y, hasta donde importaban los derechos, de que podía reclamar que se le devolviese el reino que en su día había sido demasiado joven para heredar. Junto a Amintas estaban los príncipes de las tierras altas, que podían conducir a sus tribus a la independencia; y estaba, en última instancia, Arrideo, el hijo de Filipo y una amante de Tesalia que las habladurías describían como una frívola bailarina. Sin duda la madre de Arrideo no era de sangre real, por lo que su baja cuna hacía que su estatus se viese disminuido; también era un poco retrasado, y buena prueba del nerviosismo que sentía Alejandro es que varios meses antes de la muerte de Filipo temió ser sustituido por él como último recurso.

Como preludio a la invasión de Asia planeada por Filipo, el gobernador nativo de Caria se había puesto en contacto con él. Caria era un país situado al sur, en la costa oeste del Imperio persa, y resultaba muy valioso para un invasor con una flota tan débil como la de Filipo. La diplomacia, como siempre, debía sellarse con el matrimonio, y Filipo decidió ofrecer a su hijo Arrideo a la hija del gobernador cario. Era un trato tan delicado como los otros que había hecho, pues un hijo retrasado constituía un precio bajo para una alianza de este tipo, aunque sin la intervención de Alejandro habría funcionado. Éste acababa de regresar de sus meses de exilio voluntario, pero no se había adaptado al hecho de que su padre se hubiese divorciado

de Olimpia. Pensando que el honor que se le hacía a Arrideo constituía otra amenaza a su herencia, reunió a sus amigos y envió a Tésalo, un famoso actor griego que era amigo suyo, para que defendiese su causa en la corte caria: Alejandro no era un idiota bastardo; él era un hijo legítimo y el heredero, y por tanto los carios debían aceptar su matrimonio en lugar del otro. El gobernador de Caria se alegró, pues aquello era mucho más de lo que podía esperar, pero las noticias del ofrecimiento llegaron primero a Filipo, que se puso en marcha hacia los cuarteles de Alejandro, lo acusó de entrometido y exilió a los amigos que lo habían ayudado a inmiscuirse en el asunto; presintiendo problemas, el gobernador cario se asustó y finalmente ofreció a su hija a un aristócrata persa. Un brillante golpe maestro de la diplomacia de Filipo fracasó por culpa del nerviosismo de Alejandro y porque éste no pudo entender que su padre nunca habría desaprovechado a su heredero con un incidental matrimonio oriental.

El asunto con los carios puso de manifiesto la juventud de Alejandro e hizo sonar la primera nota de la fatal discordancia que seguiría al asesinato de Filipo. La secuencia de acontecimientos resultaba bastante familiar. Filipo, como cualquier otro rey macedonio, había empezado su reinado con una purga familiar de rivales, algo necesario y habitual en cualquier monarquía antigua, ya fuera persa, griega, romana o egipcia, que ciertamente Alejandro no iba a descuidar. Una vez que estos asuntos de palacio empezaran a estabilizarse, el heredero llamaría a cuantos plebeyos y soldados tuviera a su alcance; por lo general, su apoyo era importante y podía utilizarse para rematarla purga de rivales, aunque ningún rey macedonio fue proclamado nunca por el mero hecho de ser secundado por los plebeyos; valía la pena tener ese apoyo, pero la familia y los nobles contaban mucho más. No era fácil que a estos últimos los conquistara un hombre más joven.

A la edad de veinte años, con sus jóvenes amigos en el exilio, Alejandro había puesto de manifiesto hasta qué punto necesitaba un apoyo más práctico para su herencia, y, de repente, en el teatro de Egas quedó claro dónde podría encontrarlo. Mientras su padre yacía muerto, el primero que se pronunció a su favor fue Alejandro, un príncipe homónimo de las tierras altas lincestas, que se puso el peto y siguió al rey que había elegido a palacio: había en este gesto algo más que el primer signo de la lealtad de las tierras altas, pues este Alejandro era yerno del anciano Antípatro, uno de los dos oficiales más respetados de Filipo y un noble lo suficientemente poderoso como para designar al nuevo rey. Este homenaje tan inmediato era sospechoso, y el vínculo lincesta a través del matrimonio se fue a pique a causa de otras incertidumbres; la secuencia de acontecimientos no puede fecharse, pero, tan pronto como Alejandro fue aclamado, los dos hermanos del lincesta fueron asesinados con el cargo de complicidad en el asesinato de Filipo.

Alrededor del Alejandro lincesta, y no por última vez, los vínculos de dos familias macedonias entraban, al parecer, en conflicto, hasta el punto que el lincesta

tuvo que elegir entre sus hermanos y su matrimonio; posiblemente se apresuró a tributar el homenaje porque conocía las conspiraciones de sus hermanos y porque su vinculación con la familia de Antípatro bastaba para mantenerlo a salvo. Los tres hermanos eran hijos de un hombre con el nombre lincesta de Aéropo, y sabemos que casi dos años antes un tal Aéropo se había enfrentado a Filipo y había sido enviado al exilio por la ofensa trivial, según contaban, de haber estado coqueteando con una flautista en vez de estar en la formación. Es probable que dos de sus hijos hubieran jurado vengar a su padre pero que no hubieran podido alistar en la empresa a un hermano que se había casado fuera de su círculo. En vez de eso, puede que se unieran a la conspiración de Pausanias y que fueran los hombres que lo habían estado esperando con los caballos; tal vez, pero las acusaciones de los enemigos nunca son una prueba de culpabilidad, y es posible que los dos hermanos lincestas fueran más unos rivales que unos asesinos. Para los seguidores de Alejandro, esa distinción apenas era importante; un reguero casi invisible de amigos y relaciones sugiere que sus arrestos estuvieron tan justificados como la antigua historia de Macedonia hizo que parecieran.

Cuando Filipo murió, escribió un biógrafo cuatrocientos años después del acontecimiento, «Macedonia estaba herida y miraba a los hijos de Aéropo, junto con Amintas», y el pasado de Amintas sugiere que esta informada opinión puede ser correcta. Amintas, antiguo niño-heredero del reino, se había casado recientemente por mediación de Filipo con una mujer que era medio iliria. Puede que esto lo ayudara a vincularlo con la tribu de los lincestas, situada en el noroeste; además, al igual que Alejandro, Amintas podía señalar a una abuela de sangre lincesta. Sólo dos hechos más pueden imputársele, ambos tentadores: en alguna fecha, posiblemente cuando era muy joven, es probable que Amintas viajara a la Grecia central y visitara la famosa cueva de Trofonio, a la que habría accedido mediante un ceremonial que se celebraba antes de afrontar el descenso para consultar el oráculo y ofrecerle un presente en su propio favor, tal como indica una inscripción. De manera sorprendente, Amintas fue registrado como «rey de los macedonios», tal vez porque conservaba aún su título cuando Filipo lo suplantó, o posiblemente porque su visita había tenido lugar cuando Filipo todavía era su regente. Amintas reaparece como delegado macedonio en relación con una ciudad fronteriza en disputa, también en Beocia, y este honor fue compartido por otro macedonio que desertó a Persia cuando Alejandro fue entronizado. Es probable que esta coincidencia sea irrelevante por lo que toca a las lealtades que mantenía en 336, puesto que el honor compartido le había sido concedido al menos dos años antes, quizá diez. Sin embargo, otra dedicatoria en el santuario de la misma ciudad fronteriza nombra a un griego contemporáneo, probablemente un general de Tesalia que se sabe que había luchado en el contingente de avanzada de Filipo mucho antes de que también él desertase a Persia. Es discutible

que se puedan utilizar estas inscripciones locales para vincular a los dos desertores con el «rey» Amintas. Puede que sus amigos fueran los dos hermanos lincestas que abogaron por él, tal vez porque lo consideraron un rey más apropiado para su tribu. Sin embargo, tal vez los desertores fueron desplazados de un modo diferente, quizá a través del golpe siguiente, dirigido contra el contingente de avanzada en el que uno de ellos, quizá los dos, servían. No obstante, hubo otro lincesta que también desertó; tal vez se trataba del hijo de uno de los hermanos sospechosos. Por tanto, los vínculos entre Amintas, los lincestas y la deserción siguen siendo poco claros, aunque esta buena disposición de los macedonios para luchar contra sus compatriotas constituye una prueba de la gravedad del asunto.

Alejandro emprendió contra Amintas la acción tradicional, aunque no sabemos exactamente cuándo la llevó a cabo; la muerte de Filipo no puede fecharse en un mes concreto de ese verano, aunque al parecer julio es el que goza de más consenso, y sólo se sabe que la entronización de Alejandro se resolvió antes de octubre. En estos tres meses, puede muy bien ser que sus amigos de la nobleza estuviesen inquietos; tan pronto como fue posible, Alejandro hizo ejecutar a los dos lincestas y, presumiblemente, muy poco después hizo asesinar también a su rival Amintas, aunque su muerte no puede fecharse con precisión y sólo sabemos que se produjo en los diez meses siguientes al asesinato de Filipo. Puede que fuera una cacería, debió de ser un drama, y estas tres muertes sólo eran una cara de la historia.

Incluso sin este «rey» Amintas, Alejandro todavía estaba expuesto a dos frentes diferentes y necesitaba apelar a tres grupos separados: el ejército y los plebeyos de Macedonia, los nobles de palacio, y el contingente de vanguardia, formado por unos diez mil hombres, que se encontraba en Asia. Las principales líneas de oposición confluían ahora en los tres comandantes supremos que estaban aislados en Asia, algo que resultaba una ventaja si, en su ausencia, Alejandro actuaba con rapidez. Uno de ellos era el noble Átalo, cuyo interés en las intrigas de palacio pasaba por su sobrina Eurídice y su pequeño hijo. Otro era también un Amintas, probablemente hijo de uno de los lincestas ofendidos; el tercero era Parmenión, que rondaba los sesenta años y era el general más respetado del reino. «Los atenienses eligen a diez generales cada año —se rumoreaba que Filipo había dicho una vez— pero yo sólo he encontrado uno: Parmenión». Con Antípatro de su parte, Alejandro sólo necesitaba a uno de los otros dos comandantes, y, puesto que no podía tener tratos con Átalo, que estaba vinculado a la familia de la segunda esposa de Filipo y era aborrecido por haber comentado en el pasado que Alejandro ya no era el verdadero heredero, era de esperar que Alejandro se volviese hacia Parmenión. Aun así, los lazos que había entre dos familias apartaban al anciano general de las aspiraciones de Alejandro; la hija de Parmenión estaba casada con Átalo, y su hijo Filotas era conocido por la amistad que había mantenido con el «rey» Amintas, una razón que explica tal vez por qué Filotas

permaneció en la periferia y no en el centro del círculo de jóvenes amigos de Alejandro.

Alejandro tenía una ventaja y la utilizó de manera decisiva: a diferencia de sus principales enemigos, estaba en casa, en Macedonia, con las tropas y en la corte. Antes de que Átalo pudiera contrariarlo, dio órdenes para que ejecutaran a su hermanastro, el hijo de Eurídice; perdonó a las mujeres y al retrasado Arrideo, puesto que nadie habría gobernado nunca a través de ellos, y acto seguido se presentó ante el ejército como el único heredero decidido a serlo. Alejandro les dijo que el gobierno cambiaba sólo de nombre y que el ejemplo de Filipo permanecería en todo; sin embargo, habría una pequeña rebaja de los impuestos, y de este modo el ejército de su padre lo aceptó a pesar de las dudas. En casa estaba a salvo y podía organizar el funeral de Filipo para complacer a los hombres de su padre. Filipo yacería en una capilla ardiente, tras las puertas tachonadas y la fachada con columnas de un mausoleo macedonio situado cerca del antiguo palacio de Egas, sede de la dinastía real. Desde 1977, esta fase final de los honores que se rindieron a Filipo ha despertado una nueva fascinación gracias a los sensacionales hallazgos efectuados en Vergina (antigua Egas) por el arqueólogo Manolis Andronicos. La pieza central es una tumba doble cuya cámara posterior contiene los huesos calcinados y los objetos funerarios de un varón, evidentemente de linaje real, que a tenor de los huesos se encontraría en la cuarentena. Reconstrucciones independientes de los huesos del cráneo dieron como resultado un rostro que presentaba heridas atestiguadas en la cara de Filipo II y rasgos sugerentes que recuerdan los de Filipo en los retratos que aparecen en sus monedas. Los argumentos arqueológicos contra esta particular datación no se sustentan de manera satisfactoria: el ocupante es un rey, sólo de mediana edad, y Filipo II o el retrasado Filipo III, su hijo, son los únicos candidatos. En la fachada de la doble tumba tenemos una espléndida pintura de una escena de caza en la que, a la derecha, un anciano con los mismos rasgos que Filipo II presenta en las monedas y en un busto de marfil en miniatura, arremete contra una presa en el «gran juego» a caballo, rodeado por jóvenes miembros de su séquito. Seguramente se trata de los pajes reales, el cuerpo que, según se ha dicho de manera explícita, Filipo II había instituido. Dicha escena de caza no tiene una relevancia especial para un hombre corto de luces como Filipo III, que fue asesinado en el otoño de 317. Todavía la tiene menos la figura central de toda la escena, evidentemente un retrato del joven Alejandro. La tumba nos permite completar los últimos ritos de Alejandro para con su padre: la cremación, el lavado de los huesos, la acción de envolverlos en una tela valiosa y de colocarlos en una magnífica urna de oro. En la cámara mortuoria se encontraron asimismo algunas de las armas de Filipo y varias copas de plata, un maravilloso escudo con incrustaciones de marfil, seguramente para uso ceremonial de la realeza, y un lecho funerario decorado de manera similar. La destreza de los

griegos es insuperable y da testimonio del buen gusto de los reyes y de su mecenazgo. A partir de las breves descripciones que poseemos de los funerales que posteriormente celebró la realeza macedonia, podemos representarnos la armadura de Filipo y el modo en que el escudo ceremonial fue llevado en procesión militar antes de proceder a su sepultura, encabezada sin duda por Alejandro. Por tradición, los juegos funerarios de Filipo incluirían duelos entre guerreros, y puede que también la ejecución de los nobles acusados de su asesinato, después, el ejército sería purificado mediante un antiguo ritual, presidido por Alejandro, entre las dos mitades del cadáver de un perro. El ritual los vincularía a Alejandro y, aunque el «rey» Amintas todavía no hubiese sido detenido, empezaba a quedar claro que sus esperanzas eran infundadas. Uno de los diplomáticos más experimentados de Filipo también fue ejecutado, quizá por el bien de todos ellos; en cuanto al ejército, era indiferente a los asesinatos familiares que marcaban el inicio de cada reinado.

Desde Asia, el panorama parecía mucho menos satisfactorio que antes. Átalo había perdido al hijo de su sobrina, el único príncipe que había en su familia; el viejo estadista estaba en peligro, Olimpia regresaba y las tropas se estaban retirando atraídas por las promesas de Alejandro. Átalo era popular entre sus hombres y, atrapado en Asia, sólo podía esperar. No se sabe con seguridad cuántos meses esperó, pero, según sus enemigos, pronto recibió una carta de Atenas sugiriéndole una rebelión común; Átalo envió la carta a Alejandro, una prueba demasiado insustancial de su inocencia, y Alejandro aprovechó la oportunidad. Persuadiendo a una parte de sus recién ganados militares de que Átalo era peligroso, designó como caudillo a un amigo griego y les ordenó que fueran al este y arrestaran a Átalo, o que lo ejecutaran si oponía resistencia. Este griego, Hecateo, fue un seguidor de importancia crucial; amigo posteriormente de Antípatro, puede que fuera la primera contribución del viejo general al reinado de Alejandro. Se dirigió al Helesponto, donde después gobernó como tirano local, cruzó a Asia y, cuando Átalo se resistió, lo mató. El único hombre que todavía importaba contempló el golpe con la más grata indiferencia: Parmenión permitió la muerte de su yerno Átalo porque prefirió la causa de sus propios tres hijos, que estaban atrapados en una corte que se había protegido contra él. Otros huyeron hacia el alto mando persa, pero un griego, un lincesta y un macedonio de alto rango no constituían ninguna pérdida en comparación con lo que se ganaba con Parmenión.

Con la muerte de Átalo finalizó la primera fase de la entronización de Alejandro. Su madre y sus amigos íntimos podían regresar, y Alejandro podía comprometerse con las tribus de las tierras altas a través de su nueva camarilla de cortesanos; los lincestas vieron cómo se favorecía a su Alejandro, y los oréstidas podían buscar un vínculo con la epirota Olimpia y disfrutar del honor de que tres nobles oréstidas fueran Compañeros íntimos de Alejandro; de Eordia vinieron dos amigos de la

infancia que serían futuros Escoltas; Elimea vio ascender su nobleza con la caída de Átalo, y quizás era un elimiota el hombre al que se honró como uno de los amigos de Alejandro que regresaron: el viejo rey de los tinfeos prometió su apoyo ayudado por los jóvenes nobles tinfeos, de los que Parmenión pronto se haría amigo. Cada reino de la montaña tenía su representante para el futuro y, sobre todos ellos, Parmenión y Antípatro estaban ejerciendo la misma influencia que antes. Sin embargo, en el ejército, cuando pensaban en el rey, todavía había quienes dudaban de Alejandro.

Es difícil no formarse una imagen de Alejandro: Alejandro marchando a través del desierto de Libia para plantear misteriosas preguntas al oráculo de Siwa; Alejandro recibiendo a la reina persa cautiva y a sus hijas; o Alejandro borracho, atravesando con una lanza a un Compañero insolente en un momento de cólera ciega. Más difícil es estar seguro de cuál era su aspecto, pues las únicas descripciones son póstumas y están diseñadas para ajustarse a una determinada visión de su carácter, o, por el contrario, derivan de sus muchas estatuas y retratos. A Alejandro le gustaba controlar estas cuestiones de manera oficial; ya de adulto, sólo se sentaría para ser pintado por Apeles, esculpido por Lisipo o grabado sobre joyas por Pirgóteles; se conservan algunos originales y otros pueden recuperarse a través de copias, pero todos son estilizados cuando no son oficiales, y como una vez señaló Napoleón, «certes, Alexandre n’a jamais posé devant Apelles». Ninguno de estos retratos lo muestra con todas sus imperfecciones.

Sin embargo, hay algunos rasgos que son demasiado inusuales o que constituyen un lugar demasiado común como para ser invenciones de los artistas. La piel del cuerpo era blanca, pero la de la cara era de un rojo curtido; a diferencia de su padre y de los anteriores reyes macedonios, llevaba el rostro bien afeitado, una moda que los enemigos consideraban afeminada pero que era común entre los cortesanos de Filipo y que se convirtió en un precedente para todos los sucesores de Alejandro. Llevaba la raya en medio y el cabello le caía a los lados, dejándole la frente despejada; la melena enmarcaba su cara y se deslizaba con profusión sobre el cuello, un estilo que contrastaba profundamente con el pelo cortado al rape de los atletas y los soldados, y que, en la Antigüedad, ya era vilipendiado como un signo de moral relajada. En el mosaico de Pela que tiene como tema la caza del león, Alejandro aparece con el pelo rubio y los ojos oscuros, mientras que en una temprana copia de una pintura contemporánea hecha para un comprador romano, sus ojos de color marrón oscuro son apropiadamente latinos, mientras que sus cabellos de tono castaño oscuro muestran un mechón más claro, lo que resultaba más realista. No hay nada que objetar al testimonio que proporcionan, aunque leyendas posteriores afirmaron que el ojo izquierdo de Alejandro era negro y el derecho, verde-azul, un color doble que pretendía sugerir poderes mágicos de hechicería. La intensidad líquida de su mirada era famosa e indiscutible, sobre todo porque el propio Alejandro creía en ella; Lisipo,

el escultor, fue quien mejor la captó. Sus sucesores lo imitarían, no sólo en el porte sino también en los retratos que hicieron de Alejandro, donde se exageraban los ojos y se lo representaba mirando hacia arriba para sugerir su reconocida divinidad; junto con esa famosa mirada iba la inclinación del cuello y la cabeza, que se acentuó en el arte y también en la vida, y que fue, de nuevo, un ejemplo para sus sucesores; es erróneo explicar que esta forma de ladear la cabeza se debiera a una herida, pues de haber sido así los artistas oficiales no la habrían acentuado. Y en cuanto al cuerpo, un discípulo de Aristóteles dijo que olía particularmente bien, hasta el punto de que sus ropas estaban perfumadas; puede que se trate de un cumplido a su divinidad, ya que la dulce fragancia era lo que distinguía a los dioses, pero es más probable que el comentario se refiriese a la sospechosa afición de Alejandro a los ungüentos y las especias dulces.

Como su padre, Alejandro era un joven muy apuesto. La nariz, como subrayan las estatuas y las pinturas, era recta; la frente era prominente y el mentón, aunque corto, sobresalía un poco; la boca revelaba emoción y los labios se representaron a menudo con una mueca de desdén. Sin embargo, el arte no podía mostrar su actitud general y, para sus súbditos, esto era más importante. Caminaba y hablaba deprisa, así que esto es lo que hicieron sus sucesores; según contaron sus contemporáneos, se creía que tenía la apariencia de un león y, a menudo, también el temperamento. Para un joven de cabellos ondulantes y mirada penetrante la comparación resultaba adecuada, con mayor razón aún porque Alejandro había nacido bajo el signo de Leo y era conocido sobre todo a partir de los retratos que aparecían en sus monedas, los cuales lo mostraban con el tocado de piel de león de su antepasado Heracles, un adorno que podría haber llevado en la vida cotidiana. Posteriormente, la comparación se exageró; llegaría a decirse que su cabello era leonado y que incluso sus dientes eran afilados como los de un cachorro de león.

Sin embargo, el problema es su estatura, pues ninguna pintura la delata más de lo que los cuadros de Van Dyck revelan la pequeña estatura de Carlos I. Ciertamente era más bajo que Hefestión, el hombre al que amaba, y es muy posible que fuera más pequeño que la mayoría; cuando se sentaba en el trono del rey persa, necesitaba una mesa para apoyar los pies, no un taburete, y aunque el trono se había diseñado para que fuese alto, esto sugiere una cortedad de piernas confirmada. La única cifra en relación con su estatura nos la proporciona el ficticio *Román d’Alexandre*, donde se dice que media tres codos (o un metro y treinta y siete centímetros); probablemente esta cifra no es correcta y no puede confirmar su proverbial baja estatura, aunque a la leyenda le gustaba jugar con el tema de que el mayor conquistador del mundo se reducía a tres codos terrestres. Sólo en el mito germano Alejandro era recordado como rey de los enanos, pero sería precipitado explicar su ambición sobre la asunción de que era extraordinariamente bajito. Sin embargo, físicamente Alejandro había

heredado toda la resistencia de su padre contra las heridas y el clima.

A los macedonios, este nuevo rey les habría parecido, por encima de todo, joven. El cabello largo, la barba rasurada y la energía nerviosa pertenecían a la verdadera esencia de la juventud, y había muy pocas cosas en el pasado de Alejandro que indicaran que la audacia se templaría ahora con la discreción. Dos años antes, Alejandro había galopado a la cabeza de la carga de caballería que había derrotado al ejército de los enemigos griegos de Filipo y, tras la batalla, se había ido a Atenas, la ciudad a la que tanto afectaron sus últimas políticas en Grecia, formando parte de un grupo de tres enviados. Había acompañado a su padre en una marcha por el Danubio y, dos años antes, cuando tenía dieciséis años, había empuñado el sello del reino mientras su padre estaba en Bizancio. Y lo que es más notable, había conducido a un ejército a la victoria contra una tribu de Tracia que se había rebelado y había fundado su primera ciudad, Alejandrópolis, para conmemorar este gallardo éxito. Alejandro estaba decididamente comprometido con esta conducta, pero se necesitaba algo más que promesas para mantener unida la herencia de Filipo.

Las tribus de Iliria amenazaban el norte y el oeste; en el este, muchas de las nuevas ciudades de Filipo apenas podían contener a los tracios a lo largo de las orillas del Danubio y de la lejana ribera del Mar Negro. La avanzadilla del ejército, dividida a causa de una pelea, había empezado a ser duramente presionada en Asia; al sur, sólo unos pocos estados griegos no habían visto la muerte de su caudillo aliado como el inicio de una nueva independencia. Los problemas en el interior de Macedonia se habían resuelto con tanta rapidez y crueldad que, después de todo, las tierras altas no desertaron y los dos generales más respetados de Filipo hicieron oídos sordos a sus familias para prometerle su apoyo. Sin embargo Olimpia estaba de regreso, y no era amante de la paz. Puede ser significativo que los dos generales macedonios en los que Alejandro más confiaba, Pérdicas y Crátero, procedieran de la Oréstide, el montañoso reino que en otro tiempo había estado políticamente muy cercano al de Olimpia. Hay razones para suponer que Ptolomeo, su íntimo amigo y futuro historiador, también había nacido en la Oréstide. De ser así, puede que la camarilla personal de Alejandro hubiese recaído de un modo excesivo en amistades derivadas de su madre, y, a partir del posible papel desempeñado por su madre en el asesinato de Filipo, estas alianzas no debieron de ser del agrado de todos los cortesanos. La acuciante pregunta sobre las habilidades del nuevo rey seguía en el aire, y la respuesta sólo podía vislumbrarse a partir de los recuerdos que se tenían de sus primeros años. Los hombres mirarían hacia atrás y, en la búsqueda de Alejandro que llevamos a cabo, es el momento de que también nosotros emprendamos esta dirección.

3. INFANCIA Y JUVENTUD

Nacido en una época en que la biografía no se había desarrollado, Alejandro tiene la fortuna de que carezcamos de informaciones sobre sus primeros años. Si los niños consideran que la infancia es una época aburrida, pocas veces están de acuerdo con ello sus biógrafos, pues en nuestros días se considera que la infancia es el origen de muchas de las cosas que siguen y que las experiencias de juventud quizá son importantes y perduran. En la Antigüedad no disponían de teorías psicológicas y, hasta san Agustín, nadie escribió unas memorias en las que se tratase al niño como padre del hombre. La perspectiva vital estaba invertida, y la juventud se describía fundamentalmente a través de una serie de anécdotas que reflejaban, de un modo falso, las proezas del futuro adulto; reyes u obispos consumados eran recordados como reyes u obispos cuando eran jóvenes, y por eso se dijo del niño Alejandro, futuro conquistador de Persia, que en una ocasión asombró a los embajadores persas que había en la corte de su padre con preguntas precoces acerca de los recursos del país y de sus carreteras. Tales historias son aún más sospechosas por el hecho de estar de moda. Como mínimo, tres de los historiadores que tuvo Alejandro crecieron con él, y uno de ellos escribió un libro sobre su educación; otros libros pueden haber estado relacionados con su primer profesor de literatura, pero ninguna de sus obras se ha conservado; por lo general, la juventud de Alejandro se confía a lo romántico y lo extravagante, y se deja a merced de tres figuras famosas: su madre, su caballo y su tutor, que por sí mismas han inspirado un mundo de leyenda.

Alejandro era hijo de Filipo y Olimpia. Había nacido en 356 a.C., en un momento en que la expansión de su padre hacia el norte, el sur y el este ya se estaba demostrando diplomática y extremadamente fructífera. En relación con el día de su nacimiento, se apuntan tres fechas; la precisión documental sobre los nacimientos es una incorporación moderna a la historia y, en efecto, en otro tiempo a los griegos les pareció extraño que los persas celebraran los cumpleaños, pero, en el caso de Alejandro, el desacuerdo no sólo se debía a la ignorancia. De las tres fechas propuestas, la de mediados de julio —el día 20 o alrededor de este día— es la más plausible; posteriormente, uno de sus oficiales dio fe de una fecha en octubre, pero puede tratarse de una confusión con su cumpleaños oficial que, como en Persia, se acabó celebrando el día de su entronización. La tercera fecha, el 6 de julio, refleja una costumbre diferente, pues ese día estaba consagrado a Ártemis, diosa de la infancia y era, por consiguiente, especialmente auspicioso. En el mismo sentido, podía decirse que el nacimiento de Alejandro había coincidido con el incendio que destruyó el gran

templo de la diosa en Éfeso porque Ártemis estaba fuera supervisando la llegada de Alejandro al mundo y había dejado el templo a su suerte, un hecho que provocó que los sacerdotes orientales de la diosa profetizaran el nacimiento de un desastre para los pueblos de Asia.

También había cierta controversia en relación con sus padres. Buena parte de esta polémica era debida a una leyenda póstuma, y posteriormente los persas encajaron a Alejandro en su propio linaje de reyes por medio de una breve historia según la cual Olimpia habría visitado la corte persa y el rey habría hecho el amor con ella, si bien después la había enviado de regreso a Macedonia porque su aliento olía terriblemente mal. Ahora bien, en esta discusión había algo más que mero romanticismo nacionalista. Se decía, probablemente por parte de los propios historiadores de la corte de Alejandro, que Olimpia propagó historias absurdas sobre el modo en que nació Alejandro y que remontaba sus orígenes a un dios: esto le causaría más tarde graves problemas en su vida, pero por el momento basta con recordar que Olimpia era una mujer divorciada que podría muy bien haber renegado del marido que la traicionó. Tanto el comportamiento de Olimpia en el pasado como su carácter, en sí mismo un problema, hacen que esta hipótesis sea muy plausible.

Olimpia era una huérfana bajo la custodia de su tío cuando Filipo la conoció; sus miradas se encontraron, según cuenta la leyenda, mientras ambos eran iniciados en una religión mistérica de divinidades de ultramundo en la isla de Samotracia; se enamoraron e inmediatamente se casaron. Debe de haber pocos lugares más teatrales para un idilio que una ceremonia nocturna a la luz de las antorchas en el enorme salón con tres puertas de Samotracia, y ciertamente el culto mistérico fue más tarde promovido por los macedonios y sus reyes de un modo patente, una moda que pudo haber iniciado el propio Filipo. Hay problemas de edad y de fechas que complican la historia; quizá Filipo y Olimpia se vieron por primera vez en Samotracia, pero otros sostienen, de forma más razonable, que se casaron sólo un año antes del nacimiento de Alejandro, cuando Filipo ya había extendido su poder hacia el sur y el noroeste de Macedonia y, por tanto, cuando un matrimonio político con una princesa epirota habría sido bien recibido. No obstante, la leyenda de su aventura amorosa en Samotracia encajaba con las opiniones populares sobre su persona, y éstas son más difíciles de juzgar.

Los antepasados reales de Olimpia se remontaban al héroe Aquiles, y se creía que la sangre de Helena de Troya corría por sus venas por línea paterna; no hay ningún retrato contemporáneo de Olimpia, pero las anécdotas sobre su comportamiento alocado se multiplicaron más allá de lo que es posible verificar. Principalmente tenían que ver con la religión. Hacía mucho tiempo que el culto a Dioniso, dios griego de las fuerzas vitales de la naturaleza, se había establecido en Macedonia, y las procesiones que comportaban el sacrificio de una cabra y la ingestión de su sangre, o incluso, en

casos extremos, un sacrificio humano, no eran nada nuevo para las mujeres del país. Para los griegos, Olimpia era conocida como una bacante devota, es decir, como alguien que se deleitaba honrando al dios, y esto debe de ser cierto en sus exageraciones; ella misma encabezaba las procesiones y, algo que nunca había sucedido antes, en las monedas macedonias de Filipo, el retrato de Heracles, antecesor de los reyes, a menudo se combinaba con los racimos y las copas de Dioniso, una deidad honrada en Macedonia pero, probablemente, una referencia también a las preferencias religiosas de la reina. «Durante los ritos —se decía— Olimpia arrastraba grandes serpientes domesticadas para que las tocaran los fieles; éstas quedaban ocultas en la hiedra y las cestas ceremoniales, levantaban la cabeza y ellas mismas se enroscaban alrededor de los bastones y las guirnaldas de las mujeres para de este modo aterrorizar a los hombres». De nuevo, hay en todo esto algo de verdad, pues, según Cicerón, Olimpia tenía una serpiente como animal de compañía, además de que el manejo de serpientes es una práctica conocida en los ámbitos más extravagantes de la religión griega; cuando se excavó en Dodona el lugar donde había transcurrido la infancia de Olimpia, los arqueólogos quedaron muy impresionados por los reiterados indicios que testimoniaban la afición que sus gentes tenían a las serpientes. Gracias a recientes excavaciones arqueológicas, disponemos ahora de una prueba contemporánea, en un adorno de oro, de la adoración de que era objeto Dioniso por parte de las mujeres en Pela.

«Mientras otros sacrificaban decenas o cientos de animales —escribió el discípulo más inteligente de Aristóteles—, Olimpia los sacrificaba por millares». Teofrasto debió de conocer a Olimpia personalmente y, aunque fue el causante de su difamación, su observación confirma el fuerte vínculo que la madre de Alejandro mantenía con el ritual religioso, como sugieren cartas y relatos de dudosa autoridad. En Alejandro, este ejemplo no se desperdiciaría. El misticismo salvaje de su madre se combinaba también con un temperamento pendenciero y con la fama, merecida al menos en parte, de cometer atrocidades; es cierto que Olimpia se peleó con los oficiales reales y con otras mujeres de la familia, y, sea cual sea la verdad sobre el asesinato de Filipo, Olimpia demostró que ella, como cualquier otro macedonio, era capaz de asesinar a los rivales que la amenazaran en el seno de la familia. En Grecia, las habladurías amplificaron los métodos y el número de estos asesinatos, en tanto que en Macedonia no resultaban algo inexplicable, pero en este caso el chismorreo desmedido se basaba en la verdad. Cuando Alejandro oyó que su madre se había estado peleando con Antípatro en su ausencia, dicen que se quejó de que ella reclamara tan alto precio a su paciencia a cambio de los nueve meses que lo llevó en su vientre. No puede haber ninguna duda de que la madre de Alejandro era violenta y testaruda. Sin embargo, pocas veces lo era sin que mediara alguna provocación.

Podemos hacer conjeturas sobre la influencia que ejerció el carácter altamente

emocional de Olimpia en el crecimiento de Alejandro, pero nunca podremos demostrarlas. Durante los últimos once años de su vida, Alejandro nunca la vio; ella todavía se preocupaba por él, y, por ejemplo, quiso enviar una ofrenda a Atenas, a la diosa de la Salud, cuando oyó que su hijo se había recuperado de una grave enfermedad asiática; aunque intercambiaban correspondencia, no se ha conservado ninguna carta de importancia. Cuando Alejandro era un bebé, Olimpia lo entregó a una nodriza macedonia de alta cuna, si bien todavía se tomó un interés maternal en su educación; los primeros años de vida de Alejandro apenas pueden rastrearse más allá de los diversos tutores que tuvo, pero fue Olimpia quien inició la elección de los mismos. De su propia familia escogió a Leónidas, y, del noroeste de Grecia, un área cercana a su tierra natal pero no famosa por sus conocimientos, vino Lisímaco, un hombre de mediana edad. Sus respectivos recibimientos muestran un divertido contraste: Lisímaco fue muy querido por Alejandro, al que posteriormente siguió a Asia, donde un día su alumno arriesgó la vida para salvarlo. Leónidas era severo, mezquino y entrometido. Creía en el ejercicio duro y se dice que hurgaba en los baúles donde Alejandro guardaba sus ropas para asegurarse de que no había escondido en su interior nada lujoso o excesivo, y también le reprochaba a su pupilo que fuera demasiado generoso con las ofrendas sacrificiales. Sin embargo, a los veintitrés años, Alejandro era capaz de replicar. Ya había derrotado al rey persa y, desde el Líbano, le envió a Leónidas una gran cantidad de valioso incienso, enfatizando su regalo con un mensaje: «Te hemos enviado incienso y mirra en abundancia para que dejes de ser tacaño con los dioses»; no hay nada peor que un anciano tacaño, y Alejandro utilizó el humor y la generosidad para ponerlo de manifiesto.

De sus otros profesores griegos no se sabe nada seguro; en cuanto a Alejandro, la primera vez que aparece en la historia contemporánea tiene ya diez años. Esta aparición es en sí misma poco corriente y constituye una prueba de que los profesores estuvieron ocupados con su trabajo: hay que buscarla en el discurso de un político ateniense. En la primavera de 346, la corte de Filipo estaba atestada de embajadores de toda Grecia, siendo los de Atenas los más prominentes de todos; con ellos, tras muchas negociaciones, Filipo estaba preparando la firma de un acuerdo de paz y una alianza. Los embajadores cenaron con él, y, tras la cena, vieron a Alejandro por primera vez: «Alejandro entró —dijo el embajador Esquines— para tocar la lira, y también recitó y debatió con otro chico». El recuerdo fue revivido sólo un año después en Atenas, cuando los embajadores habían empezado a discutir entre ellos por las acusaciones vertidas en público de que uno u otro ateniense había flirteado secretamente en Macedonia con el muchacho Alejandro. En estas calumnias, la representación que había hecho Alejandro ante los embajadores después de la cena se utilizó como un *double entendre* sexual; estos difusos cargos de homosexualidad

constituyen una observación interesante sobre su sociedad, y, diez años más tarde, cuando un Alejandro ya crecido marchó sobre Atenas y pidió la rendición de sus líderes políticos, debieron parecer una lejana ironía.

La poesía y la música continuaron atrayendo la atención de Alejandro a lo largo de toda su vida; sus certámenes musicales y literarios fueron famosos en toda Asia, y su predilección por los actores, los músicos y los escritores cordiales no necesita ilustrarse con ningún ejemplo. En música, sobre todo, su interés tuvo quizás un carácter más popular que instruido. Disfrutaba con las vehementes obras de Timoteo, un poeta y compositor que en una ocasión había visitado Macedonia, y sabemos que era capaz de tocar un instrumento porque aparece descrito con precisión en un relato muy conseguido, si no original: cuando Alejandro preguntó a su profesor de música qué sucedería si tocaba una cuerda en vez de otra, el profesor le dijo que no importaba en absoluto en el caso de un futuro rey, pero que sí importaba para alguien que quisiera ser músico. Para los macedonios, la música era uno de los lujos de la vida, y cuando Alejandro hace su siguiente aparición, más o menos a la edad de once años, lo hace en el más puro estilo macedonio.

«Un hombre que haya amado la caza —había escrito recientemente el general griego Jenofonte— ha sido un verdadero hombre». En la corte de Filipo ningún macedonio habría rebatido esta última afirmación, pues la caza constituía el elemento central de la vida en Macedonia. Todavía deambulaban osos y leones por las tierras altas, mientras que en otros lugares había ciervos en abundancia; para practicar este deporte, los macedonios se agrupaban en sociedades de cazadores que tenían al héroe Heracles como patrón, honrado bajo un apropiado título relacionado con la caza. Alejandro permaneció fiel a este pasatiempo local. Si tenía alguna afición favorita, ésta era la caza: cuando era posible, le gustaba cazar pájaros y zorros todos los días; le entusiasmaba que le mostrasen magníficos perros, y estaba tan encariñado con un perro indio de su propiedad que lo conmemoró bautizando con su nombre una de las nuevas ciudades que fundó. Alejandro también necesitaba un caballo, tanto para la guerra como para divertirse. Tenía unos doce años cuando encontró uno, pues a esa temprana edad topó por primera vez con su negro caballo Bucéfalo, con el que un día cabalgaría hasta la India y más lejos aún, en la leyenda y el recuerdo distante: Bucéfalo, el primer unicornio de la civilización occidental; Bucéfalo, el devorador de hombres cuyo dueño conquistaría el mundo; Bucéfalo, nacido de la misma simiente que su dueño, que relinchaba y hacía fiestas con sus patas delanteras cuando avistaba al único hombre en quien confiaba.

La historia de la llegada de Bucéfalo es una leyenda irresistible; probablemente fue referida por el futuro maestro de ceremonias de Alejandro, un hombre propenso a fantasear pero que solía estar presente en los banquetes reales, donde con frecuencia habría oído la historia. El corintio Demarato, el más apreciado de los amigos griegos

de Filipo, le había comprado el caballo a un criador tesalio por el elevado precio de, se decía, 13 talentos, o sea, tres veces más de lo que se pagó por otros caballos conocidos en la Antigüedad, y después de comprarlo se lo entregó como regalo a Filipo; Bucéfalo debía de ser joven para ser tan caro, y la fecha del regalo es un detalle interesante. Posteriormente, los oficiales de Alejandro creyeron que Bucéfalo había nacido el mismo año que su dueño, pero por entonces el caballo estaba envejecido, por lo que las fechas que proponen sólo pueden ser una suposición; hay que tener en cuenta que los griegos nunca supieron calcular la edad de un caballo adulto observando sus dientes. La llegada de Bucéfalo puede datarse mejor a partir de la persona que hizo el regalo que del propio caballo, pues cuando Alejandro tenía doce años Demarato navegó hasta Sicilia como general, donde se quedó luchando unos cuatro o cinco años; seguramente había entregado a Bucéfalo antes de su partida y, por tanto, Alejandro todavía era un muchacho, una probabilidad que hace que la leyenda sea aún más sorprendente.

Al llegar a Macedonia, Bucéfalo fue conducido a la llanura para ser inspeccionado por Filipo, pero el caballo se resistía, se erguía y se negaba a hacer caso de ninguna orden, y Filipo mandó que se lo llevaran. Alejandro lo vio de un modo diferente. Prometiendo dominar al animal, corrió hacia él, lo cogió por el ronzal y lo volvió de cara al sol; por medio de un convincente truco de habilidad en el manejo del caballo, se había dado cuenta de que Bucéfalo se asustaba de su propia sombra, por lo que le dio palmadas, lo acarició y lo tranquilizó, saltó sobre él, lo montó y finalmente cabalgó con él entre los vítores y aplausos de los cortesanos y las lágrimas de alegría de Filipo, del que se dice que predijo que Macedonia nunca contendría a semejante príncipe. Bucéfalo estaría ya siempre junto a Alejandro, que lo amó durante los veinte años siguientes; incluso le enseñó a arrodillarse con todos sus arreos ante él, de manera que Alejandro podía montarlo con más facilidad llevando puesta la armadura, un truco que los griegos aprendieron de los persas.

Alejandro pasó sus primeros años en Pela, sabiendo ya música y conociendo el arte de montar, y los contrastes de la vida macedonia resultaban más agudos aún por el hecho de encontrarse en la corte de Pela. Los reyes macedonios, que sostenían que sus antepasados griegos se remontaban hasta Zeus, habían proporcionado desde hacía mucho tiempo alojamiento y mecenazgo a los artistas más distinguidos de Grecia: Píndaro y Baquílides, los poetas líricos; Hipócrates, el padre de la medicina; Timoteo, compositor de versos corales y músico; Zeuxis, el pintor; Quérilo, el poeta épico, y Agatón, el dramaturgo. Todos ellos escribieron y trabajaron para los reyes de Macedonia durante el siglo anterior. El más memorable de todos ellos era Eurípides, el autor de tragedias, que dejó Atenas al llegar a la vejez y se fue a vivir a la Pela del rey Arquelao, donde fue nombrado Compañero honorífico; se decía que había muerto atacado por una jauría de perros que pertenecían a un noble de la Lincéstide.

«Loudías —escribió Eurípides acerca del principal río de Pela—, dador generoso y padre de la prosperidad de los hombres, cuyas valiosas aguas riegan una tierra muy rica en caballos». Alejandro podía citar de memoria las obras de Eurípides, y parece que mandó a buscarlas, junto con las de Sófocles y su gran predecesor, Esquilo, para leerlas en su tiempo libre en el lejano Irán. Quizá fue Macedonia la tierra que dejó la marca más profunda en su visitante, pues probablemente fue allí donde Eurípides escribió las *Bacantes*, la obra más perturbadora y poderosa de toda la literatura griega; su tema era el culto a Dioniso, y fue quizás el culto desenfrenado que los macedonios rendían al dios, que Olimpia posteriormente mantuvo, lo que puso en marcha su imaginación. Quizá también su paisaje verde y exuberante, que movió al poeta trágico a escribir algunas de las pocas líneas de la poesía griega en las que se percibe un sentimiento romántico hacia la naturaleza.

La acogida de estos artistas sólo era una parte de un plan mucho más amplio para fomentar el establecimiento de colonos griegos. Los reyes habían recibido a muchos refugiados griegos, en una ocasión a un pueblo entero; habían dado la bienvenida a los políticos exiliados de ciudades como Atenas, que podían ser útilmente sobornados con propiedades en las tierras bajas. A finales del siglo V, algunos nobles macedonios habían escapado buscando refugio en Atenas. Unos treinta años antes del nacimiento de Alejandro, Pela fue invadida por los griegos vecinos y, cuando Filipo era joven, más de cincuenta Compañeros fueron llevados como rehenes a Tebas. Cada uno de estos intervalos en la cultura griega debió de dejar su marca, aun cuando otros contactos no tuvieron un carácter tan positivo: «Mientras estábamos en Macedonia —explicó el ateniense Demóstenes a su audiencia, de regreso de su embajada a la Pela de Filipo—, fuimos invitados a otra fiesta en casa de Jenofronte, hijo de Fédimo, que había sido uno de los Treinta; por supuesto, no asistí». El orador jugaba con todos los prejuicios de su público democrático: Macedonia, una fiesta y, lo que era peor, un hijo de los Treinta, pues los Treinta Tiranos habían sido la junta militar más severa de la historia de Atenas, a la que tiranizaron por poco tiempo en el cambio de siglo. «Jenofronte compró una cautiva al griego Olinto, atractiva pero nacida libre y modesta, como probaron los acontecimientos. Al principio la forzaron discretamente a beber, pero cuando se animaron —o así me lo contó Yatrocles a la mañana siguiente —, la obligaron a que se recostara y les cantara una canción». El vino se apoderó de ellos, los sirvientes salieron presurosos para ir a buscar látigos, la mujer perdió el vestido y acabaron dándole una paliza. «El asunto estuvo en boca de toda Tesalia, y también de Arcadia». Demóstenes había dado su opinión: la Pela en la que creció Alejandro constituía un hogar agradable para un miembro de la junta militar, y la corte que auspiciaba el arte griego también recibía a aristócratas persas en el exilio e invitaba al filósofo Sócrates, aun cuando éste había sido condenado en la democrática Atenas debido al círculo de discípulos de noble cuna, excesivamente conservador,

que frecuentaba.

Las gentes que tienen que importar todo su arte nunca pierden por completo su desparpajo. «Juegan, beben y despilfarran el dinero —escribió acerca de los Compañeros de Filipo un escritor de panfletos que estaba de visita—, de un modo más salvaje que los bestiales Centauros, y no se privan de la sodomía por el hecho de llevar barba». Teopompo, el autor de estas líneas, se dedicó a escribir calumnias, no historia, y sin duda su juicio es exagerado. A Filipo lo llamó «el hombre sin precedentes en Europa», un comentario que se refería más a sus presuntos vicios que a su energía y habilidades diplomáticas. Pero Teopompo tenía algo de razón, pues los macedonios, sobre todo los de las tierras altas, eran en efecto una compañía ruda, tan bárbaros como los rústicos estilos de su alfarería autóctona, que aun careciendo de méritos artísticos, persistió mucho después de las conquistas de Alejandro. El joven Alejandro tuvo que arreglárselas entre ellos solo, pero amigos y leyendas muestran que, en la corte, la educación griega lo atraía más. Su reinado y su mecenazgo vieron una edad de oro de la pintura griega, muchos de cuyos grandes maestros procedían de las ciudades gobernadas por sus amigos, y, desde una época temprana, hay relatos que demuestran que Alejandro sabía cómo tratarlos. En una ocasión, cuando acordó con Apeles, su pintor favorito, que bosquejase un desnudo de Campaspe, su primera amante griega, Apeles se enamoró de ella, y Alejandro lo encontró con la muchacha a la que estaba pintando. Entonces Alejandro le dio a Campaspe como regalo, el más generoso que podía hacer cualquier patrón y que permanecería como modelo para mecenas y pintores a lo largo del Renacimiento y en la Venecia de Tiépolo.

A medida que la fortuna de Filipo aumentaba, la corte de Pela se volvía cada vez más cosmopolita, un cambio que contribuye en gran medida a explicar el repentino éxito de su hijo. De las minas de oro recién conquistadas en la frontera oriental entraba un repentino flujo de oro para atraer a artistas griegos, secretarios, médicos de la escuela de Hipócrates, filósofos, músicos e ingenieros, en la mejor tradición de la monarquía macedonia. Venían de todo el mundo egeo: un secretario del Helesponto, pintores de Asia Menor, incluso un adivino de la distante Licia que escribió un libro sobre la correcta interpretación de los augurios; también había, como cabía esperar, los bufones de la corte, esos «complementos necesarios de la monarquía absoluta», y los aduladores que escribían a cambio de un salario. Mientras Alejandro crecía, podía hablar con un hombre que había vivido en Egipto o con un sofista, o con un secretario de las poblaciones griegas de los Dardanelos: a finales de la década de 350, el sátrapa persa exiliado Artabazo llevó a su familia a Pela desde el Asia Helespóntica, y fue allí donde Alejandro habría conocido a su hermosa hija, Barsine. Unos diez años mayor que Alejandro, nunca podría haber supuesto que, tras dos matrimonios con sendos hermanos griegos que estaban al servicio de los persas, regresaría a manos de este muchacho formando parte del botín de la victoria sobre los persas y que sería

honrada como su amante, mientras que su padre Artabazo se rendiría más tarde cerca del mar Caspio y sería recompensado con satrapías iranias en el Imperio de Alejandro. La visita de Barsine abrió una senda muy extraña para el futuro. Ningún otro contacto fue más útil que esta familia bilingüe de generales persas a los que finalmente Alejandro incorporó al personal que estaba a su servicio en Asia.

En Pela, entre los griegos, Alejandro hizo amigos para toda la vida: trabó amistad con el cretense Nearco, versado en las cuestiones del mar, y con Laomedonte de Lesbos, que conocía una lengua oriental, mientras que, de la zona más occidental del mundo griego, Demarato, un viejo amigo de la familia, regresó de Sicilia con noticias sobre las recientes luchas de los griegos por la libertad. Seis de los catorce griegos conocidos como los Compañeros de Alejandro fueron por primera vez a Macedonia durante el reinado de Filipo, y hubo otros, con menos talento en la guerra, con los que mantuvo una amistad duradera. Aristónico, por ejemplo, el flautista de su padre que murió más tarde en Afganistán, «luchando no como un músico, sino como un valiente», y cuya estatua Alejandro erigió en Delfos; o Tésalo, el actor trágico cuya interpretación de Edipo había ganado premios en Atenas y que siguió siendo su amigo íntimo desde la infancia hasta su muerte.

Este grupo de amigos griegos del rey fueron escogidos por su mérito; la aristocracia macedonia de los Compañeros del rey estaba asegurada por nacimiento, y la creciente presión de los griegos foráneos fue una de las preocupaciones habituales en la corte de Filipo y Alejandro. Bajo Alejandro, los macedonios se definieron tajantemente a sí mismos como una clase distinta frente a los griegos, si bien no en términos de raza, pues los macedonios proclamaban ser de linaje griego, y algunos emigrantes griegos, como el cretense Nearco o como Andróstenes, hijo de un político ateniense exiliado, empezaron a ser reconocidos como macedonios cuando recibieron estados cerca de la costa, en las tierras bajas. La distinción era una cuestión de prestigio, y por eso hacía que las diferencias fueran más agudas; el secretario Eumenes, el médico Critóbulo o el soldado de caballería Medeio siguieron siendo simples griegos contra los cuales nunca dejó de flotar en el ambiente una atmósfera de superioridad macedonia. Por tanto, Alejandro se convirtió en un macedonio que vivía en un rudo mundo macedonio, más aún teniendo en cuenta que su padre había traído la vida de las tierras altas de Macedonia directamente a su círculo cotidiano: había decretado que los hijos de los nobles de las tierras altas sirvieran y fueran educados como pajes en Pela. El plan beneficiaba en gran medida a Filipo, pues los pajes eran valiosos rehenes en relación con la conducta que mantenían los nobles, sus padres, y, mientras ellos crecían, a los nobles se les daban nuevos estatutos y rentas de las granjas recién conquistados en las tierras bajas para fomentar su aprecio por su segundo hogar. Alejandro también se aprovechó de esto; hombres de dos mundos, los pajes se convirtieron en oficiales más propensos a ser leales, pues llegaban a las

tierras bajas a los catorce años y se volcaban de un modo natural, por amistad, hacia un príncipe de su misma edad. En cuatro casos conocidos, los hijos de la nobleza de las tierras altas realojados en Pela serían futuros miembros de la guardia personal de Alejandro, esa camarilla íntima formada por siete u ocho de sus amigos más dignos de confianza. El hecho de haber tendido este puente entre los contrastes de Macedonia fue una de las consecuencias más importantes para la época que vino después.

En cuanto pajes reales, se educaba a estos jóvenes y se los situaba en el núcleo de los principales asuntos. Cenaban y escuchaban al rey sentados a su mesa, vigilaban su dormitorio, lo ayudaban a montar su caballo y lo acompañaban en la caza o en la guerra; en contrapartida, sólo el rey podía azotarlos. Su vida todavía era ruda y desinhibida, pero tenía un componente nuevo: ni siquiera en los pueblos que Filipo estaba construyendo en las tierras altas había signos de vida refinada, pero en Pela, en cambio, los hijos de la Alta Macedonia podían entender sin problema el argumento de una obra griega, aprender un poema griego, escuchar a oradores griegos, moverse entre pintores y escultores griegos, discutir sobre estrategia moderna y conocer su historia y teoría, ser atendidos por un médico griego y ver a los ingenieros griegos trabajando. Como los señores de la guerra del Japón en el período de Heian, que absorbieron todas sus habilidades de China, los nobles macedonios debían a Grecia la ampliación de sus horizontes. Antes habían sido montañeses de renombre, diplomáticos, por ejemplo, o intrépidos jefes de caballería, y habían estado en contra de la larga tradición de la cultura griega. Los macedonios de otras épocas ya se habían destacado: Antípatro, el anciano virrey de Alejandro, escribió una historia militar y editó su correspondencia, y el propio Filipo era un orador que en público hacía alarde de una gran desenvoltura. Pero el grupo de la edad de Alejandro dio lugar a una nueva variedad. Ptolomeo, al igual que el cretense Nearco, escribió una ingeniosa historia, más valiosa por su actitud hacia Alejandro que por su rudimentario estilo literario, y Marsias, hermano de Antígono el Tuerto, es autor de tres libros sobre temas macedonios. A Hefestión, el favorito de Alejandro, dos filósofos griegos le dedicaron montones de cartas, mientras que Lisímaco escuchó atentamente al gurú Brahmin en la India y se interesó por la botánica y los árboles. Aunque la madre de Filipo no aprendió a leer y escribir hasta alcanzar la madurez, Peucestas aprendió a hablar persa y mostró una marcada inclinación por las costumbres y vestidos de los persas que llegó a gobernar. Como correspondía a la nueva generación que planeaba invadir Persia, la gran historia de las Guerras Médicas de Heródoto fue leída y disfrutada por los amigos de Alejandro; uno de los visitantes griegos de Filipo había elaborado una versión reducida de la misma, quizás a instancias de Filipo, y Alejandro la conocía lo bastante como para citar y seguir sus historias; tanto Ptolomeo como Nearco estuvieron influenciados por el modo en que Heródoto veía a

las tribus extranjeras del norte y el este, aunque ninguno de los dos podía aspirar a su estilo. Mientras que lo propio de sus padres de las tierras altas era la cerámica tosca, los primitivos brazaletes de hueso y las espadas arcaicas con empuñaduras chapadas en oro, esta nueva generación poseía dinero y gusto por la pintura y los suelos de mosaico; sus madres habían llevado joyas de oro de estilo basto y primitivo y se habían incorporado a las batallas contra los bárbaros, pero los amigos de Alejandro mantuvieron amantes atenienses e introdujeron a sus mujeres en los brazaletes y collares de elegancia oriental, y a sus artistas en el arte de las alfombras iranias, cuyos dibujos copiaban en la decoración de los frisos. La dura vida de la guerra, la caza y la bebida persistía, pero había más cosas para los oficiales de Alejandro de lo que habitualmente se creía; en Babilonia, Hárpalo ayudaría a supervisar el mayor tesoro del mundo y se ocuparía de cultivar nuevas plantas para un jardín oriental, mientras que uno de los hijos de Antípatro se convertiría en un marginado, fundaría una comunidad en el monte Atos e inventaría un alfabeto. Nada podía quedar más lejos de las costumbres de las tierras altas de los contemporáneos de su padre; una vez más, Alejandro huía de una vida puramente macedonia.

Por consiguiente, Alejandro se estaba estableciendo entre amigos aventureros en un mundo que se ensanchaba. Su padre Filipo poco más podía hacer aparte de guiar el proceso, pues durante los años que marchó entre los Dardanelos y las costas de Dalmacia, luchando, fundando ciudades y negociando siempre por el control sobre las ciudades griegas del sur, sólo pudo designar al tutor griego más conveniente para un hijo que ya había dejado atrás al séquito de su niñez. El puesto era codiciado, y los candidatos que aspiraban a él constituían una muestra de la nueva influencia de Filipo. Durante mucho tiempo, cuando era un niño, y también más tarde como político, el padre de Alejandro había mantenido estrechos vínculos con los discípulos de Platón; en Atenas, el orador y maestro más famoso de la época había intercambiado una continuada correspondencia con él, de manera que, como contrapartida a sus aduladoras cartas, podía esperar que el puesto de tutor recayera en alguno de sus antiguos alumnos. Se tanteó a los candidatos de las lejanas islas del Egeo y de las ciudades de Jonia, donde fueron sondeados con el usual enfrentamiento académico, pero, mientras los aspirantes entonaban alabanzas hacia Filipo, el rey preparó su plan; desde la isla de Lesbos mandó llamar al discípulo más brillante de Platón, Aristóteles, hijo de Nicómaco, «de piernas delgadas y ojos pequeños», y cuyas publicaciones filosóficas eran desconocidas hasta entonces.

«Le enseñó a escribir griego, hebreo, babilonio y latín. Le enseñó la naturaleza del mar y de los vientos; le explicó el recorrido de las estrellas, las revoluciones del firmamento y la duración del mundo. Le enseñó justicia y retórica, y le previno contra las mujeres libertinas». Esta, sin embargo, sólo es la opinión de un poeta francés medieval, pues en las obras de Aristóteles que se han conservado éste nunca

menciona a Alejandro ni alude directamente a su estancia en Macedonia. Según Bertrand Russell, Alejandro «debió de aburrirse con el viejo y prosaico pedante», pero esto también es la suposición de un colega filósofo.

Aristóteles se habría sentido atraído por Macedonia debido a ciertas conexiones de carácter personal, pues su padre había ejercido como médico en la corte del rey Amintas III; Filipo también había mantenido relaciones amistosas con su antiguo patrón, Hermias, que conservaba una formidable tiranía local en la costa occidental de Asia y había casado a su hija con el filósofo. Posteriormente, se dijo que Aristóteles aceptó el trabajo a fin de persuadir a Filipo para que reconstruyera en Estagira su pueblo natal, que se encontraba en ruinas y que ahora había sido anexionado a la frontera oriental de Macedonia; sin embargo, esta historia se contaba de demasiados filósofos en la corte como para que resulte especialmente convincente, por lo que la destrucción de Estagira fue, con toda seguridad, un error de la leyenda; puede que el motivo hubiese ganado crédito como respuesta a los que se quejaron, probablemente de manera injusta, de que Aristóteles llegó incluso a desdeñar a sus conciudadanos. En privado, Aristóteles recibió una gran suma por sus servicios, y este hecho, así como su testamento, prueban que murió como un hombre rico: según los rumores, Filipo y Alejandro también financiaron sus investigaciones sobre historia natural, asignándole guardabosques para catalogar los animales salvajes de Macedonia. Puesto que es posible demostrar que las observaciones de sus asombrosas obras sobre zoología se hicieron casi exclusivamente en la isla de Lesbos, el rumor es falso.

«En opinión de Aristóteles —dijo el más fidedigno de sus biógrafos—, el hombre sabio debe enamorarse, intervenir en la política y vivir en la casa de un rey». Esta afirmación, si es auténtica, sugiere que la visita a Macedonia le habría dejado a Aristóteles un grato recuerdo. Los críticos se quejaron de que el filósofo se hubiese ido a vivir a un «hogar de barro y cieno», en alusión al emplazamiento de Pela a orillas de un lago, a pesar de que, al poco tiempo, Alejandro y sus amigos fueran enviados a la ciudad de Mieza, en las tierras bajas, donde pudieron estudiar en un apacible refugio con grutas y paseos umbrosos que se creía que estaba consagrado a las Ninfas; recientemente se han encontrado rastros del entorno escolar cerca de la moderna Naousa, pero estamos lejos de saber cuánto tiempo duró este interludio y con qué continuidad se enseñó a los muchachos. Dos años después, Alejandro estaba involucrado en asuntos de gobierno, y aunque es sabido que Aristóteles permaneció en Macedonia el siguiente verano, posiblemente ya no estaba allí en calidad de tutor.

Tanto si fue por poco tiempo como si no, Alejandro pasó esas horas escolares con una de las mentes más infatigables y de intereses más amplios que jamás han existido. Hoy en día Aristóteles es recordado como filósofo, aunque además de obras filosóficas también escribió libros sobre las constituciones de ciento cincuenta y ocho

estados distintos, editó una lista de los vencedores en los juegos de Delfos, se ocupó de temas de música, medicina, astronomía, magnetismo y óptica, hizo observaciones sobre Homero, analizó la retórica, esbozó las formas de la poesía, consideró las partes irracionales de la naturaleza humana y puso la zoología en una correcta trayectoria experimental, en una serie de compendios que constituyen obras maestras, cuyos hechos se convirtieron en arte gracias al amor de un raro observador de la naturaleza; le intrigaron las abejas y empezó el estudio de la embriología, aunque la disección de cuerpos humanos estaba prohibida y sólo tuvo ocasión de procurarse y examinar fetos procedentes de abortos. El contacto entre el mayor cerebro de Grecia y su mayor conquistador es un tema irresistible, y su mutua influencia ha despertado desde siempre la imaginación.

«Los jóvenes —escribió Aristóteles— no son el auditorio más adecuado para la ciencia política; no tienen experiencia de la vida y, puesto que todavía siguen a sus emociones, sólo escucharán sin un propósito, de manera vana». Probablemente quien habla aquí es un hombre que intentó inculcarle la filosofía a Alejandro y fracasó, pues no hay ni la más pequeña prueba de que Aristóteles influyera en Alejandro, ni en sus objetivos políticos ni en sus métodos. Sin embargo, escribió panfletos para él, quizás a petición suya, aunque no se ha conservado ninguno que pueda fecharse: sus títulos, *Sobre el reino*, *En defensa de las colonias*, y posiblemente también la *Asamblea de Alejandro y los Méritos de las riquezas*, parecen temas adecuados para un hombre que habría de convertirse en el más rico de los reyes y en el fundador de ciudades más prolífico del mundo; sin embargo, Aristóteles ya había demostrado que era capaz de adular a sus patronos, y puede que estas obras hubiesen sido más un halago a los logros de Alejandro que un medio para aconsejarle nuevas ideas. Mucho se ha dicho del supuesto consejo de Aristóteles de «tratar a los bárbaros como a plantas y animales», pero puede que el consejo pertenezca a la ficción. A pesar de que Aristóteles compartía el punto de vista común de sus contemporáneos griegos de que la cultura griega era superior a las costumbres del este bárbaro, no se lo puede condenar como a un racista recalcitrante; Aristóteles se interesó por la religión oriental y alabó abiertamente la constitución por la que se gobernaban los cartagineses. Cuando Alejandro nombró a orientales para ocupar altos cargos en su Imperio, se ha dicho muchas veces que la práctica le demostró la estrechez de miras de su tutor en relación con los extranjeros, pero sus diferencias no son tan agudas. El pensamiento político de Aristóteles se basaba en la vida de una ciudad griega, y fueron estas mismas ciudades griegas las que su discípulo diseminó desde el Nilo hasta las faldas del Himalaya, donde perduraron y fueron importantes durante mucho más tiempo que ninguna etapa monárquica, y a menudo se ha criticado a Aristóteles por no haber sido capaz de prever su supuesta importancia. Alejandro no sólo siguió siendo un griego en el mundo oriental a través de las ciudades que fundó, sino

también a través de la cultura, y aunque la política y las amistades lo llevaron a incluir a orientales en el gobierno de su Imperio, nunca adoptó la religión persa y es probable que nunca llegara a aprender de manera fluida una lengua oriental.

Pese a que la política no fuera el tema, un muchacho no podía evitar aprender de Aristóteles la curiosidad. Y, para el muchacho de catorce años que era Alejandro, Aristóteles debió de parecerle menos un filósofo abstracto que un hombre que conocía las costumbres de las sepias, que podía explicarle por qué los torcecuellos tienen lengua o que los erizos copulan de pie; Aristóteles era un hombre que había practicado la vivisección a una tortuga y que había descrito el ciclo vital de un mosquito del Egeo. La medicina, los animales, la naturaleza de la tierra o la forma de los mares: eran intereses que Aristóteles podía contagiarle y que Filipo ya había tratado, y cada uno de ellos formó parte del Alejandro adulto. Alejandro prescribió curas para la mordedura de serpientes a sus amigos, sugirió que una nueva variedad de ganado debía enviarse por barco desde la India hasta Macedonia y compartió el interés de su padre por la canalización y el riego, así como por la recuperación de las tierras yermas; sus agrimensores midieron a pasos los caminos de Asia, y él destinó a su flota para que explorara el mar Caspio y el océano Indico; su tesorero experimentó con plantas europeas en un jardín babilonio y, gracias a los hallazgos de la expedición, el discípulo más inteligente de Aristóteles pudo incluir el baniano, la canela y una mata de mirra en libros que marcan el inicio de la botánica. Alejandro fue algo más que un hombre duro y ambicioso; tenía el amplio arsenal de intereses de un hombre curioso, y, durante los días que pasó en Mieza, hubo temas suficientes para que dichos intereses salieran a la luz. «Es el único filósofo —dijo amablemente un amigo refiriéndose a él— al que he visto siempre armado».

A Aristóteles, el encuentro pudo haberle parecido más irritante. Así escribió:

[Los jóvenes] están a merced de sus veleidosos deseos. Son apasionados e irascibles, y siguen sus impulsos: están gobernados por sus emociones. Luchan por el honor, especialmente por la victoria, y por el deseo mucho más que por dinero. Son de naturaleza simple y confiada porque no han visto otra cosa. Sus esperanzas vuelan tan alto como las de un borracho, sus recuerdos son cortos. Son valientes pero convencionales y, sin embargo, se avergüenzan con facilidad. Como todavía no están escarmentados por la vida, prefieren lo noble a lo útil: los errores que cometen son a gran escala, fruto del exceso. Les gusta reír, se compadecen de un hombre porque siempre creen lo mejor de él… a diferencia de los viejos, piensan que ya lo saben todo.

Tras este confidencial análisis debe de haber recuerdos de Alejandro y de sus compañeros. «A los niños hay que castigarlos…»; «los más jóvenes no se están quietos por sí mismos —escribió Aristóteles—, pero la educación sirve de musiquilla para distraer a los mayores». Por lo visto, la disciplina tampoco era nada fácil en Mieza.

Alejandro no fue el único alumno macedonio de Aristóteles. El filósofo entabló amistad con Antípatro, un hombre cuya amplia inteligencia se olvida a menudo, y los hijos de Antípatro habrían ido a Mieza para tomar lecciones; lo mismo habrían hecho

los pajes reales, y quizá también Hefestión, el hijo de Amintor, a quien Aristóteles dedicó una gran cantidad de cartas. Hefestión fue el hombre al que Alejandro amó, y, durante el resto de sus vidas, su relación siguió siendo tan íntima como ahora irrecuperable: Alejandro sólo fue derrotado una vez, dijeron los filósofos cínicos mucho después de su muerte, y fue por los muslos de Hefestión. Sólo hay una estatua que se le ha atribuido: de cabellos cortos y nariz larga, no parece excesivamente imponente, aunque su aspecto no debía de constituir su atractivo. Filipo había estado fuera en demasiadas campañas como para dedicar personalmente mucho tiempo a su hijo, y no siempre es descabellado explicar la homosexualidad de los jóvenes griegos como la necesidad de un hijo de reemplazar a un padre ausente o indiferente por medio de un amante mayor. No conocemos la edad de Hefestión, pero si se descubriera podría poner su relación con Alejandro bajo una luz inesperada: puede que fuera el mayor de los dos, como el héroe homérico con el que lo comparaban sus contemporáneos, un Patroclo mayor para el Aquiles de Alejandro.

En la Grecia antigua, una homosexualidad moderada era una alternativa sexual aceptable a las esposas y las prostitutas. Era una costumbre, no una perversión, y Heródoto dijo abiertamente que los persas la habían aprendido de los griegos, del mismo modo que los emigrantes ingleses la pusieron de moda entre la elegante sociedad australiana. El deseo homosexual extremo y promiscuo, así como la prostitución masculina, eran tan absurdos o aborrecibles como a menudo parecen serlo en nuestros días, pero entre dos jóvenes, o un joven y un adulto, estas relaciones no resultaban algo extraño; la homosexualidad, como había escrito Jenofonte recientemente, también formaba parte de la educación, en la que un hombre joven aprendía de un amante mayor. Estas relaciones amorosas podían costar caras, pero si era posible idealizarlas no eran censurables en absoluto.

Puede que la nobleza macedonia fuera más extremista: muchos griegos creían que la homosexualidad había sido introducida por los invasores dorios, que se creía habían azotado Europa en su marcha hacia el sur alrededor del año 1000 a.C., instaurando los estados de Creta y Esparta. Es irrelevante que esta creencia fuera probablemente falsa. Los griegos cultos la aceptaban por lo que veían a su alrededor y actuaban de acuerdo con lo que creían; se consideraba, e incluso se esperaba, que los descendientes de los dorios fueran abiertamente homosexuales, especialmente entre las clases dirigentes, y durante mucho tiempo los reyes macedonios habían insistido acerca de su linaje puramente dorio. En Grecia, las habladurías sostenían que para los macedonios tener efebos era lo habitual, y también se decía que el rey Arquelao había besado al poeta Eurípides. Cuando Teopompo, el panfletista griego, regresó de su visita a la corte de Filipo, se extendió del modo más virulento al hablar sobre la homosexualidad de los nobles, descalificándolos como *hetairai* y no *hetairoi*, es decir, como prostitutas y no como compañeros. Teopompo suscitó la desconfianza

debido a lo desmesurado de sus insultos, pero es probable que, aunque magnificara el asunto, no todo fuera invención suya; de ser así, probablemente Alejandro habría crecido en una corte donde las convenciones de edad no eran tan respetadas y donde la homosexualidad era practicada con una determinación añadida. La relación masculina más intensa que mantuvo Alejandro fue con Hefestión, una relación que se presentaba según el modelo de la que en Homero mantenían Aquiles y Patroclo: hacia 350 a.C. ésta se entendía como una relación de tipo sexual, aunque los poemas de Homero no lo dicen claramente. En fuentes posteriores, Alejandro y Hefestión son descritos de manera explícita como «amante» y «amado», y sus contemporáneos daban este hecho por seguro. El sexo habría formado parte de su relación, aunque no sabemos exactamente quién hizo qué a quién. Tampoco sabemos, lo que es importante, hasta dónde llegaba Alejandro en sus relaciones. Ciertamente, esto no le impidió tener primero una amante y después una esposa: quizá, como sucedía en el caso de muchos otros griegos jóvenes, se trataba de un *affaire* de la niñez, pero se apoyaba en un amor real que era mucho más fuerte y profundo que el mero sexo casual. Más tarde, Alejandro planeó los matrimonios de sus oficiales de manera que sus propios hijos se convirtiesen en primos hermanos de los de Hefestión. Cuando Hefestión murió, la pena que sintió fue inmensa y las conmemoraciones que planeó, sorprendentemente extravagantes, incluyendo la promoción de un culto de carácter heroico a Hefestión. Éste llegó a dirigir la caballería de Alejandro del modo más hábil y a servirlo como su «segundo en el mando», como se veía al quiliarca. Excavaciones recientes realizadas en Macedonia afirman haber descubierto un busto esculpido de Hefestión: su aspecto es convenientemente distinguido, un amante adecuado en el asunto amoroso que se consideraba el más extravagante de la Antigüedad hasta que lo superó la pasión del emperador Adriano por el joven Antínoo, unos cuatrocientos años más tarde. A los treinta años Alejandro todavía era el amante de Hefestión, aunque hacia esa edad normalmente la mayoría de los griegos más jóvenes ya habían dejado a un lado esa costumbre y un hombre mayor habría renunciado o se habría decantado por otros chicos más jóvenes. La relación de Alejandro y Hefestión era sólida; Hefestión acabaría dirigiendo la caballería de Alejandro con mucha habilidad y convirtiéndose en su visir antes de morir como un héroe divino y de merecer un culto póstumo.

«El sexo y dormir —se dice que comentó Alejandro— son lo único que hace que sea consciente de que soy mortal»; la impaciencia en el dormir la compartía con su tutor, y hay muchas historias que ilustran la continencia de la que hacía gala y su consideración hacia las mujeres: una cuenta que Alejandro perdió los estribos con un hombre que le ofreció niños pequeños; otra, que Alejandro castigó a los Compañeros por violación; una tercera, que ayudó a un soldado que carecía de medios económicos para cortejar a una mujer libre. Puede que el tema sólo esté cerca de la verdad, pero a

los filósofos les gustó difundirlo y, en realidad, no puede decirse nada más sobre el hecho de que Alejandro respetara a las mujeres en vez de abusar de ellas. No fue ni casto ni mojigato. Según Teofrasto, discípulo de Aristóteles, Filipo y Olimpia se lamentaron en alguna ocasión de la falta de interés de su hijo por el sexo, por lo que alquilaron a una cara prostituta de Tesalia y le pidieron que lo provocase; sin embargo, Alejandro rechazó con testarudez sus insinuaciones, como si fuera impotente. Si sus padres trataron de forzarlo a estar con una chica, puede que fuera duramente difamado en caso de rechazarla; no obstante, es sabido que Teofrasto rebosaba de prejuicios contra Alejandro y Olimpia, y que la acusación de impotencia es una calumnia, puesto que Alejandro fue padre de tres o cuatro hijos. Otras historias son más concisas: cuando Alejandro oyó que su hermana tenía una aventura amorosa, se dice que comentó que no veía por qué ella, por el hecho de ser una princesa, no había de disfrutar. Para un hombre que durmió al menos con un hombre, cuatro amantes, tres esposas, un eunuco y, según creían los rumores, una amazona, el comentario era bastante honesto.

Los años en los que Aristóteles estuvo cerca de Alejandro no sólo fueron memorables por los primeros amores y el placer físico. Hay una curiosa anécdota sobre los progresos de Alejandro: se trata de una carta que le escribió el anciano ateniense Isócrates, que mantenía correspondencia con Filipo y había confiado en que éste le daría la tutoría a uno de sus discípulos. «Escucho en todas partes —escribió poco después de la llegada de Aristóteles—, que sientes un gran afecto por tus compañeros de estudios filosóficos y por los de Atenas, y que es un afecto sensato, no irreflexivo». Y a estas frases corteses añadía el sano consejo de evitar las sutilezas académicas y emplear el tiempo en el arte de la discusión práctica. El consejo era un malicioso insulto contra Aristóteles, cuya escuela filosófica dedicaba tiempo a este árido debate, pero la cortesía que introdujo tiene cierta relevancia; la ampliación de intereses que tan perceptible era entre los amigos de Alejandro constituía, en sí misma, una ampliación a través de la cultura griega, y aquí Aristóteles se alza como el símbolo de un proceso que le dio a Alejandro el fruto más valioso. Una vez más, los hijos de los nobles de las tierras altas entraban en contacto con un mundo de pensamiento civilizado que había sido negado a sus padres; se decía que Ptolomeo, un noble de Eordia, se sonrojaba cuando le preguntaban el nombre de su abuela, y sin embargo murió como faraón de Egipto, presidiendo un reino burocrático y un sistema de monopolio estatal que exigía unas habilidades que no tenían nada que ver con la vida tribal de las tierras altas. Lo mismo podría decirse de Pérdicas y Seleuco, así como de los otros gigantes de la era de los sucesores; la joven nobleza aprendía poco a poco lo que significaba adaptarse; además, al explicar el extraordinario éxito de Alejandro, hay que reservar un lugar destacado a sus oficiales, cuya amplitud de miras en esos días de juventud no pudo sino contribuir a engrandecer la carrera de su

caudillo. La propia generación de Alejandro terminó compartiendo sus ambiciones y apoyándolas, con una autoconfianza nueva que podía llegar a ser alarmante y con una inteligencia que, a menudo, iba más allá de la mera belicosidad. Curiosamente, el único macedonio que se adaptó a un estilo de vida persa era también un hombre de Mieza.

Aunque Aristóteles se alza como un símbolo de los nuevos horizontes, en realidad el filósofo añadió más a la leyenda que a los hechos de la vida de Alejandro; para Oriente, en especial el Oriente árabe, ambos constituían una pareja fascinante, y sus hazañas eran tan interminables como el propio mundo: Aristóteles y el valle de los diamantes, la piedra maravillosa o el pozo de la inmortalidad; Aristóteles como visir de Alejandro o como el mago que le dio una caja con modelos de cera de sus enemigos y, de este modo, aseguró su éxito. En sus propios escritos, el filósofo no dejó nada que pusiera a Alejandro a nuestro alcance, mientras que las anécdotas sobre Pela, Olimpia, Hefestión y Bucéfalo constituyen un estudio en sí mismos, aunque son demasiado inconexas para enmarcar su personalidad. Da la impresión de que cualquier búsqueda sobre el joven Alejandro está abocada al fracaso, pero, aun así, la cuestión de su personalidad es algo que no puede pasarse por alto, pues la personalidad de Alejandro es, probablemente, su contribución más extraordinaria a la historia. Como conquistador, Alejandro se dedicó menos a cambiar que a heredar o restaurar; sin embargo, como hombre, inspiró y pidió lo que pocos líderes desde él se han atrevido a considerar posible. De su infancia sólo quedan algunas leyendas: Alejandro lamentándose de que Filipo no le dejara nada glorioso que lograr; Alejandro desdeñando una pregunta imposible de Aristóteles con una sensata respuesta práctica; o Alejandro negándose a competir en las carreras hasta que todos sus oponentes fueran reyes; estas leyendas son pintorescas, pero la mayoría son inventadas y no contribuyen en absoluto a dilucidar la cuestión de su personalidad.

Embarcarse en una búsqueda centrada en lo personal a partir de los desperdigados vestigios que sobreviven de su infancia puede parecer, sin lugar a dudas, una empresa imposible, y, de hecho, se ha afirmado con frecuencia que los juicios vertidos sobre la personalidad de Alejandro son más deudores de los juicios psicológicos que se hacen de él que de él mismo. No obstante, hay un delicado hilo del que se puede tirar. Empieza en los relatos que hablan de su juventud y conduce, a través de la propaganda que él mismo diseñó y de su imagen popular, al modo en que Alejandro deseaba ser visto; en la búsqueda de Alejandro es erróneo sugerir que hay que separar al hombre del mito, pues a veces el mito es obra suya y constituye la clave más certera para llegar a su pensamiento. En tal caso, hay vestigios contemporáneos que apoyan dicho punto de vista, y la adulación de la que Alejandro fue objeto ayuda a darle cuerpo; hay razones, muchas de ellas relacionadas con la propia Macedonia, para asumir que Alejandro quería que su modelo fuese tomado en serio. Desde

cualquier punto de vista se trata de un hecho poco corriente, pues no depende del poder o del provecho, sino del poeta Homero.

«“Llévate a este hijo mío —se pone en boca del rey Filipo, dirigiéndose a Aristóteles, en el ficticio *Romand d’Alexandre*— y enséñale los poemas de Homero”, y en efecto, ese hijo suyo se fue y estudió durante todo el día, por lo que leyó la *Ilíada* de Homero de un tirón». En el fondo, esta encantadora ficción está cerca de la realidad, pues el tema de la *Ilíada* de Homero, y sobre todo de su héroe Aquiles, es el vínculo que une las figuras y leyendas de la juventud de Alejandro. A través de su madre Olimpia, Alejandro descendía de Aquiles; su primer tutor, Lisímaco, debe parte del favor del que gozó toda su vida al hecho de haber dado a su discípulo el sobrenombre de Aquiles; los contemporáneos compararon a su amado Hefestión con Patroclo, el compañero íntimo del héroe de Homero; Aristóteles le enseñó los poemas de Homero y, a petición suya, le ayudó a preparar un texto especial de la *Ilíada* que Alejandro valoraba por encima de todas sus posesiones; según uno de sus oficiales, solía dormir con una daga y con su ejemplar de la *Ilíada* debajo de la almohada: lo denominaba su libro de viaje sobre la excelencia en la guerra. El segundo año de la campaña, cuando el rey persa había sido derrotado de forma aplastante, «le llevaron [a Alejandro] un cofre que por lo visto era el más valioso de los arcones para guardar tesoros que poseía Darío, y Alejandro preguntó a sus amigos qué era lo que ellos consideraban tan particularmente valioso como para ser guardado allí. Sus amigos expresaron diversas opiniones, pero Alejandro dijo que pondría allí la *Ilíada* y la mantendría en lugar seguro». Ahora bien, la *Ilíada* estaba entre los poemas griegos más antiguos, pues al menos era trescientos años más vieja que Alejandro y, aparentemente, la distancia que la separaba del mundo de Alejandro era similar a la que hoy separaría a Shakespeare de un rey actual.

Al tener que decidir cómo entendía Alejandro todo esto, es peligroso tomar la propaganda demasiado en serio o llevar una cuestión de adulación demasiado lejos. Los sobrenombres homéricos eran populares en Grecia: Néstor para un hombre sabio, Aquiles para uno valiente, y, para el heredero de Filipo, revivir la atmósfera de la *Ilíada* no era un asunto irrelevante. Los poemas de Homero eran ampliamente conocidos en Macedonia. Uno de los hijos de Antípatro citaba a Homero con fluidez, y se ha hallado cerámica pintada con escenas del saqueo de Troya. A Filipo ya se lo había comparado con el rey Agamenón, caudillo de los aliados griegos que lucharon durante diez años alrededor de Troya, y el estilo de su infantería se relacionó con el de Agamenón; la guerra de Troya había sido citada por Heródoto como primera causa de la antigua enemistad entre Grecia y las monarquías de Asia, y los propagandistas de Filipo continuaron estableciendo paralelismos entre una nueva invasión griega de Asia y la expedición descrita por Homero. La historia pasada atestiguaba que Agamenón y la guerra de Troya eran temas que a un invasor griego de Asia le venía

bien imitar y evocar. Pero Alejandro estrechó su vínculo con Aquiles, un héroe más joven y apasionado, y no precisamente un símbolo de liderazgo majestuoso. En esta elección había también un trasfondo público, pues Aquiles era un héroe de Tesalia y el heredero de Filipo gobernó a los tesalios, un pueblo esencial para su ejército y para el control de la Grecia meridional. Aquiles también era un héroe griego conmovedor, útil para un rey macedonio cuyos antepasados griegos no lograron que los griegos dejaran de calificarlo de bárbaro; en el mismo sentido, el gran Kolokotronis, héroe de la libertad de Grecia, se vestiría y desfilaría como un nuevo Aquiles cuando liberó a Grecia de los turcos en la década de 1820. Sin embargo, se decía que «Alejandro era un émulo de Aquiles, con quien mantenía una rivalidad desde muy joven»; la propaganda y la política no determinan al héroe elegido por un joven muchacho, de manera que, si puede probarse que Aquiles forma parte de la juventud de Alejandro y que no se trata de una invención posterior, entonces el personaje todavía puede estar a nuestro alcance.

La prueba es difícil, pero una vez más no es imposible: depende de una famosa broma ateniense. El año del asesinato de Filipo, Alejandro estuvo luchando cerca del Danubio y, de regreso a Atenas, su enemigo político Demóstenes lo ridiculizó tratándolo de simple Margites; este confuso insulto vuelve a aparecer en el libro de historia de un cortesano macedonio, y la anécdota debió de ser recordada y repetida con frecuencia. Ahora bien, Margites era una de las figuras más extremas en la poesía griega. Era el antihéroe de una parodia de la *Ilíada* de Homero (que erróneamente se creía que era del propio Homero), y era conocido como un tonto famoso, incapaz de contar más allá de diez y tan ignorante de las cosas de la vida que, entre muchas otras, sólo se convenció de hacer el amor con una mujer cuando le dijeron que eso curaría una herida en sus partes nobles. Al llamar a Alejandro el nuevo Margites, Demóstenes quería decir que Alejandro estaba muy lejos de Aquiles y que no era más que un bufón homérico; Demóstenes y Alejandro se habían conocido en Macedonia, cuando el segundo aún era un niño, y la broma no tenía sentido a menos que las pretensiones homéricas de Alejandro fueran conocidas antes de que invadiera Asia.

Por si fuera poco, hay muchos indicios de que los demás tomaban en serio dichas pretensiones, no sólo el propio Alejandro. Es por ello que empezó la expedición a Asia con un peregrinaje a Troya para honrar la tumba de Aquiles, llevándose del templo troyano la armadura sagrada para que lo acompañara a la India; su propio historiador en la corte, que escribía para agradarle, recogió este tema y estableció paralelismos con los poemas de Homero en los informes sobre sus progresos en la costa asiática; en el arte, los efectos fueron más sutiles, pues si bien la apariencia de Alejandro se ajustaba de un modo deliberado a la de un héroe griego juvenil, sus rasgos habrían de influir también en los retratos de Aquiles, hasta el punto de que apenas podía distinguirse a ambos héroes fuera de su contexto; Lisipo, escultor de la

corte, retrató a Alejandro sosteniendo una lanza homérica, y en las monedas del pequeño pueblo de Tesalia que afirmaba ser el lugar de nacimiento de Aquiles, las pinturas del joven Aquiles llegaron a parecerse a Alejandro. La comparación importaba, y se sabía que importaba: cuando el pueblo de Atenas quiso suplicar por el regreso de los prisioneros griegos de Alejandro, enviaron como embajador al único hombre llamado Aquiles que conocemos en la Atenas del siglo IV; los embajadores anteriores habían fracasado, pero un Aquiles le gustó al otro y, en esta ocasión, los prisioneros atenienses fueron puestos en libertad. Los detalles más pequeños son los que siempre resultan más reveladores.

Por tanto, la emulación existía y se consideraba importante, pero otra cosa es cómo se percibía. Tanto si estaban escritos como si eran cantados o dictados, los poemas de Homero eran, como mínimo, trescientos años más antiguos que Alejandro, y su código heroico de conducta, cuando los hombres luchaban por la gloria personal y no conocían mayor castigo que la vergüenza y la desgracia pública, pertenecía probablemente a una sociedad que, como mínimo, era seiscientos años más antigua. En este mundo de héroes, cuyos últimos antecesores eran los palacios en ruinas de Troya y Micenas, ninguna otra figura es más convincente que la elección de a Aquiles por parte de Alejandro; al igual que Alejandro, Aquiles es joven y arrogante, un hombre movido por la pasión y también por la acción, y con un corazón que, aunque a menudo es despiadado, todavía puede responder a la nobleza indiscutible del otro. En la guerra no conoce igual, e incluso cuando se enfurruña en su tienda, con el negro odio llenándole el corazón, su reputación ensombrece la batalla en la que se niega a entrar. Como sus compañeros héroes, lucha en nombre de una gloria personal, cuyo primer ideal es la proeza y cuyo incumplimiento es la vergüenza y el deshonor, pero el éxito y la posición no son sus únicos estímulos: ahí están también el respeto por un padre de más edad, el amor ciego por su compañero favorito y por una amante que su caudillo le ha arrebatado, así como una aflicción que no sólo es la autocompasión de un héroe que se ha visto privado de su premio. Entre todas las figuras poéticas, el Aquiles de Homero es un hombre de emociones inteligibles. Sobre todo, es una figura trágica, pues su madre-diosa Tetis, que conoce su infelicidad desde mucho antes de que él se la cuente, todavía tiene la sensatez de preguntárselo para que él se lo vuelva a decir: «Son dos las Parcas que a la meta me llevan de la muerte; si quedándome aquí, por ambos lados de la ciudad de los troyanos lucho, se me acabó el regreso, mas mi gloria será imperecedera; en cambio, si a mi casa yo me llego, a la querida tierra de mis padres, se acabó para mí la noble fama, mas durará mi vida largo trecho, ni habría de alcanzarme raudamente la meta de la muerte».[2] Con determinación, Aquiles elige la fama en vez del regreso; como Alejandro, murió siendo un hombre joven.

Así era el héroe de Alejandro. Y si en efecto él se tomaba la emulación al pie de

la letra, aspirando a lo que había leído, entonces su ambición y su carácter todavía pueden sacarse a la luz. A simple vista, no parece en absoluto razonable la emulación de un poema que se refiere a una edad de reyes y proezas que tuvo lugar mil años antes. Sin embargo, la rivalidad con el mundo de Homero no era un sueño intrascendente; los poemas homéricos todavía eran considerados por muchos griegos como una fuente de enseñanzas éticas y, por lo que sabemos de la vida política en la Atenas de Alejandro, el código de combate de la *Ilíada* no había sido en modo alguno superado. Se trataba de una sociedad que confiaba implacablemente en sí misma, y lo que todavía estaba implícito en la Atenas democrática estaba escrito de un modo más profundo en el norte. En la aristocrática Tesalia, en la frontera de los reyes macedonios, los cuerpos de los asesinos todavía eran arrastrados por un carro alrededor de la tumba de la víctima, al igual que el Aquiles de Homero arrastró al difunto Héctor por el polvo en memoria de su víctima, Patroclo. No obstante, la ética de Homero pertenece a una tradición incluso más antigua. Para los héroes homéricos, la vida no era tanto una etapa como una competición, y la palabra para esta lucha en el exterior por conseguir el honor, *philotimon*, todavía es fundamental en el modo de vida de los griegos modernos; es un ideal extrovertido, no un ideal moral, y depende más de las emociones y las luchas que de la razón y el castigo; pertenece a un estilo de vida al aire libre donde la fama es el medio más seguro para conseguir la inmortalidad. Es una actitud que tiene hondas raíces en Grecia, y es esta palabra, *philotimon*, la que se utiliza para describir las ambiciones homéricas de Alejandro. El Aquiles de Homero resume las dudas y conflictos de *philotimon*, la lucha emuladora de un héroe por la gloria; el ideal es de carácter imperecedero y, considerando que Macedonia era el escenario, su sentido habría permanecido vigente.

Gracias a Aristóteles y al delicado arte griego de Pela, es fácil hacer demasiado hincapié en un único aspecto de los contrastes que presentaba el entorno macedonio de Alejandro. Pela también era una sociedad palaciega, pero los reyes y los palacios habían desaparecido unos trescientos años atrás del mundo griego; era el centro de una aristocracia tribal a la que los caudillos de las tierras altas habían acudido desde su mundo carente de ciudades, y, en ambos aspectos, Pela era más arcaica de lo que sugieren su mecenazgo del arte y el intelecto griego. «Idomeneo —había dicho el Agamenón de Homero juzgando a un héroe en términos de la antigua edad heroica—, yo a ti te estimo sobre todos los dánaos de rápidos corceles tanto en la guerra como en una empresa de diferente especie, o en el banquete, cuando, justamente, los más nobles de entre los argivos mezclan en la crátera para sí mismos chispeante vino». Los caballos y la fiesta, los banquetes y la lucha: ésos eran los campos en los que el héroe llevaba a cabo sus hazañas, pero, en Macedonia, los reyes y los nobles continuaban obrando cada uno a su manera. En otra época, según una vieja costumbre macedonia, un macedonio no podía hacerse merecedor de un verdadero cinturón

hasta que no hubiese matado a un hombre en la batalla, y, en los días de Alejandro, el combate singular no sólo formaba parte de la ceremonia de los funerales reales, sino que era una costumbre recurrente de los oficiales, que luchaban, competían en justas y se alanceaban en duelos dignos de cualquier héroe homérico. La caza prometía una gloria similar, y Alejandro la ejercitó a fondo, practicándola desde el Líbano hasta las montañas de Afganistán; según la costumbre, un macedonio no podía reclinarse en la cena hasta que hubiera matado un jabalí, otro vínculo con el mundo de los poemas de Homero, pues sólo en la sociedad homérica, y no en la Grecia contemporánea, los griegos cenaban sin reclinarse.

Durante las cenas, el rey entretenía a los nobles y a los amigos que eran sus invitados personales con un estilo ceremonial que recordaba los grandes banquetes de la vida homérica. Las malas lenguas sostenían que los macedonios estaban borrachos antes de que llegase el primer plato, pero este modo de beber era más un desafío que una orgía indiscriminada. Se brindaba formalmente por los éxitos conseguidos en la batalla, y un noble ofrecía a otro una copa que no podía rechazar y que tenía que ser igualada por una cuestión de honor. Estos festines reales eran una parte vital del holgado entramado que constituía el reino. Unían al rey y a los nobles en una relación formal, al igual que los festines en las salas de palacio habían confrontado cotidianamente a los reyes homéricos con sus consejeros y aristócratas vecinos. Era una relación personal, gobernada por el favor y la amistad; las antiguas tradiciones homéricas de presentes majestuosos, generosidad y respeto piadoso por los amigos ancestrales todavía estaban vigentes en la época de Alejandro, que siempre respetó los vínculos anteriores de los reyes macedonios, tanto si se trataba de poetas griegos fallecidos desde hacía mucho tiempo, de un general ateniense o de los parientes de sus antepasados míticos, incluso cuando el intervalo transcurrido fuese de más de cien años.

Esta manera de honrar a los amigos invitados había sido fundamental para los vínculos personales que modelaban la vida de los reyes de Homero; otros vínculos —los de tipo familiar y las enemistades de sangre— también encontraban su paralelismo en el hogar macedonio de Alejandro. Sin embargo, los propios nobles compartían un honor diferente y no menos evocador, pues en la corte del rey de las tierras bajas ellos lo servían como sus Compañeros, y, para cualquier amante de Homero, los Compañeros son una parte inolvidable de la vida heroica. En términos generales, los Compañeros podían ser socios en alguna empresa común, como los compañeros que remaban junto a Odiseo o los reyes que luchaban junto a Agamenón antes de partir hacia Troya, pero también realizaban un servicio en un sentido más estricto. En la *Ilíada* cada rey o héroe tiene su propio grupo personal de Compañeros, unidos por el respeto, no por el parentesco. Serviciales e inquebrantables, cenan en su tienda o escuchan cómo el héroe toca la lira; se ocupan de su carro con montura de

bronce y conducen sus ungulados caballos a la batalla; luchan a su lado, le sostienen la espada y, cuando es herido, lo llevan de regreso a su bando. Son los hombres a los que el héroe ama y cuya pérdida lo entristece: Patroclo para el pensativo Aquiles, Polidamante para el desenfrenado Héctor. Con el declive de los reyes y los héroes, es como si los Compañeros se retiraran al norte y sólo siguieran existiendo en Macedonia, en la periferia de Europa. Expulsados de allí cuando las conquistas de Alejandro pusieron a los macedonios de actualidad, se alejaron aún más de un mundo que cambiaba y escaparon de él retirándose a las ciénagas y bosques de los germanos; sólo reaparecieron después, como vasallos de los primeros reyes germanos y formando parte de las comitivas de los condes en los duros inicios de la caballería andante.

En la Macedonia de Alejandro había Compañeros selectos que todavía asistían al rey en la batalla, pero su rango se habían ampliado para incluir a los nobles de las tierras altas y las tierras bajas, mientras que los amigos extranjeros de Grecia y de otras partes incrementaron su número hasta llegar al menos a cien. No todos los Compañeros eran amigos del rey; cenaban con él, lo aconsejaban y no habían perdido en absoluto su orgullo aristocrático; cada año se celebraba un festival en su honor y, cuando morían, eran enterrados en tumbas subterráneas, abovedadas, tras una fachada de afiladas columnas griegas y dobles puertas forradas de bronce. Era un estilo grandioso, y los macedonios se lo llevaron consigo a Oriente. Sus raíces eran más antiguas y estaban más a tono con el nombre de Compañeros, pues las tumbas abovedadas de Macedonia recuerdan los túmulos funerarios de la real Micenas, antecesora del mundo heroico de Homero.

Entre estos Compañeros turbulentos y de noble cuna, el rey macedonio tenía que forzar el respeto a su voluntad y, una vez más, sus métodos recogían el estilo de la realeza de Homero. La costumbre y la tradición sustentaban aquello para cuya definición no había ninguna ley, y, al igual que en los poemas de Homero, las proezas excepcionales podían justificar que un hombre fuera más allá de las convenciones: los reyes empezaban con la baza de su noble nacimiento y, como los reyes de Homero, podían reivindicar que eran descendientes de Zeus, un aspecto de primera importancia tanto para Alejandro como para su padre. Sin embargo, la noble cuna necesitaba apoyarse al menos en un éxito. No había ninguna constitución ni derechos que protegieran al rey; su gobierno era personal y su autoridad tan absoluta como podía lograr que fuera; acuñaba sus propias monedas, vinculaba a sus gentes con tratados, dirigía las cargas en la batalla, repartía el botín y se ocupaba de realizar los necesarios sacrificios y rituales anuales de purificación, esperando «dirigir por la fuerza», según una frase favorita de Homero, y acometía sus deberes con la energía apropiada de un rey rodeado de reyes menores. Era una posición difícil, y si la edad o el éxito se volvían en su contra era depuesto o asesinado. Ninguno de los antepasados

de Alejandro murió en la cama. El pueblo llano, la mayoría hombres salvajes de las tribus, respetaba la ascendencia de los reyes y era consultado, sobre todo a modo de contrapeso frente a los nobles turbulentos: si la voluntad de estos últimos le desagradaba, un rey fuerte la desafiaría. Como el rey Agamenón de Homero, Alejandro desdeñó en dos ocasiones la opinión de sus soldados reunidos en asamblea. La recompensa de Agamenón fue una plaga de nueve días que cayó desde el cielo; en una ocasión Alejandro fracasó, pero en otra asustó tanto a sus hombres que logró un acuerdo en tres días.

En este mundo de tradición y proezas en el que se movía el rey, donde todo el poder era personal y el gobierno todavía tenía lugar entre Compañeros, el éxito y los logros eran los mecanismos de la autoridad, por lo que el infatigable ideal de un héroe homérico era una reivindicación muy real de ambos elementos. En las cartas que los eruditos griegos enviaban a Filipo, la temática de la gloria personal en la batalla o el combate se repite deliberadamente; semejante gloria es divina, digna de los antepasados reales, y es la recompensa apropiada de un rey macedonio; y Filipo, como un nuevo rey Agamenón, estaría a la cabeza de los griegos en el saqueo y la venganza de los bárbaros del este. Dicha gloria constituyó el principal estímulo para los reyes de Homero, pero allí donde Filipo fue exhortado a seguir a Agamenón, Alejandro señaló a Aquiles para él, más glorioso, más individual, y no tanto un rey y un caudillo. Entre sus macedonios, este ideal combativo tenía sentido, pero Alejandro llegó a gobernar a muchos otros hombres aparte de sus macedonios; por consiguiente, parte de su carrera es la historia de un Aquiles que eligió, no siempre felizmente, hacer frente a los problemas de un Agamenón.

Desde la posición de un nuevo Aquiles sería un error buscar la paz o una nueva filosofía. Su emulación era una respuesta a los valores de su propia sociedad. El miedo, el provecho y la gloria habían sido señalados como los tres estímulos básicos de los hombres por el observador griego más perspicaz, y era al último de los tres al que un héroe dedicaba su vida; todos estaban de acuerdo en que la gloria que se conseguía mediante la realización de hazañas era el camino más directo al cielo, y por eso la emulación homérica de Alejandro conducía, a través de sus proezas, al culto libre que le rindieron sus contemporáneos como dios viviente. Era un viejo ideal, que también Aristóteles había compartido, pero también tenía su lado débil. Un héroe dirige más gracias a su reputación que a la majestad heredada, y no puede permitir que sus proezas sean desafiadas o superadas demasiado a menudo. Si fracasa, una parte de la culpa suele atribuirse a los demás o a causas externas a él, pues el desprestigio comporta la pérdida del título mediante el cual vive y gobierna. Quien se empeña en alabar el valor de otro hombre sobre el de su señor es un atrevido. La generosidad de Alejandro fue elogiada en numerosas ocasiones, pero dicha generosidad subrayaba la excelencia incomparable de sus propias riquezas y posición.

La calumnia de los rivales y un gusto por mofarse de los fracasos de los otros son el reverso natural del despliegue de generosidad del héroe. El propio historiador de Alejandro denigró las proezas de Parmenión, probablemente después de su muerte; los aedos entretenían a los oficiales más jóvenes humillando a los generales que murieron ordenando la única derrota grave de la carrera de Alejandro; se dice que el propio Alejandro añadió ciertas pinceladas a una sátira cómica contra un amigo íntimo, escenificada para divertir a la corte poco después de que éste hubiera desertado a Atenas. Sin embargo, estas lisonjas y calumnias no son, por sí solas, una prueba de que un déspota y la verdad nunca puedan gobernar juntos. Pertenecen, de un modo más sutil, a la necesaria ética del héroe. «Ser siempre el mejor y mantenerse alejado, por encima de todos los demás»: se estaba de acuerdo en que éste era uno de los versos de Homero favoritos de Alejandro. La excelencia personal y echar la culpa a los otros del fracaso siempre habían sido los principios de la vida política, pero eran más pronunciados en una sociedad gobernada por un ideal heroico.

Alejandro todavía está vivo a gracias a Homero. Sólo hay constancia de un sueño que tuvo una vez, pero éste difícilmente podría ser más apropiado. En Egipto, cuando levantó la nueva Alejandría, se dice que un venerable anciano con el aspecto del propio Homero se le apareció en sueños y recitó unos versos de la *Odisea* que lo aconsejaron sobre el lugar en que debía emplazar la ciudad. Más tarde se creyó que Alejandro, incluso en sus sueños, vivía los poemas que amaba, y, para cualquier amante de Homero, su ideal no es, después de todo, tan extraño. Pues, de todos los poemas, la *Ilíada* de Homero todavía es el más inmediato, un mundo cuya realidad nunca decae, no sólo cuando se contempla a través de la nueva dimensión de los símiles que hay en el poema —donde los reyes celebran banquetes bajo los robles y los niños construyen castillos de arena, donde las madres mantienen alejadas a las moscas de los bebés que duermen y las ancianas miran desde sus porches cómo danzan las procesiones nupciales—, sino también a través de un progreso lento de la narrativa, rica en frases rituales y repetidas, decepcionantemente simple pero infinitamente verdadera, en la que los héroes luchan por la gloria sabiendo que la muerte es ineluctable, en la que una mujer de blancos brazos ríe bajo las lágrimas y regresa para calentarle el baño a un marido que sabe que nunca volverá de la batalla, en la que los dioses y las diosas no son seres más lejanos por el hecho de ser poderosos: uno llora lágrimas de sangre por la muerte de su héroe favorito, otro construye juguetes, otra soborna al Sueño con la promesa de una de las jóvenes Gracias y después hace el amor con Zeus, su marido, sobre una alfombra de azafrán y jacintos. Sólo Homero posee esta magia, y si todavía hoy en día llega directamente al corazón, con mucha más intensidad debieron de haber penetrado sus versos el corazón de Alejandro, que vio los ideales que el poema proclama en torno suyo y eligió vivirlos, no como un lector distante sino más bien en el espíritu de un caballero

en marcha, viviendo las baladas que reflejaban su propio lugar en el mundo.

Contaban que, en una ocasión, cuando llegó un mensajero con noticias y éste apenas podía disimular su satisfacción, Alejandro lo detuvo con una sonrisa: «¿Qué puedes contarme que merezca tanta excitación —preguntó—, excepto quizás que Homero ha vuelto a la vida?». Alejandro no podía hacer revivir a su poeta favorito, pero su emulación homérica aún da una última vuelta de tuerca, más extraordinaria quizá de lo que él nunca supo. En su caballería servía un regimiento de las tierras bajas cuyos antepasados se habían anexionado a la frontera oriental; según Aristóteles, habían emigrado de la antigua Creta varios cientos de años atrás. En las mismas tierras bajas vivían también refugiados griegos cuyos antepasados les habían ofrecido un lugar para vivir: venían del antiguo pueblo de Micenas, pues su pueblo natal estaba en ruinas. Sin embargo, las sociedades palaciegas de Creta y Micenas eran los gigantes de esa edad heroica que, siglos después, Homero utilizaría como tema para sus poemas; sus únicos descendientes vivían, por casualidad, en Macedonia, y ante la llamada de un nuevo Aquiles se prepararían para llevar a cabo la última emulación homérica de Grecia, para marchar muy lejos, hasta el Oxo y el Punjab, en busca de las mismas proezas que una vez convirtieron a sus reyes en el famoso tema de un cantar.

4. EL EJÉRCITO DE LOS MACEDONIOS

En Macedonia, Alejandro ya había demostrado una rapidez digna de su héroe homérico. A mediados de otoño llegó el momento de que el nuevo rey desplegase su autoridad en el exterior, pues Filipo había dejado un legado extranjero que abarcaba desde el Danubio y la costa de Dalmacia hasta los cabos meridionales de Grecia y las islas del Egeo. El trono macedonio estaba asegurado y Grecia era lo que primero requería su atención de heredero.

Cuando le preguntaron a Alejandro cómo se las arreglaría para controlar a los griegos, respondió: «No dejando para mañana lo que debería hacerse hoy». Tan pronto como los asuntos de palacio se resolvieron a su favor, puso esta austera pero admirable filosofía en práctica. Capitaneando a los soldados macedonios de los que se había hecho amigo, se encaminó al sur y marchó desde Egas hasta las estribaciones contiguas del monte Olimpo, es decir, en dirección a la frontera con la griega Tesalia, donde hacía tiempo que su padre había sido reconocido como gobernante. Al valle del Tempe se accedía a través de un desfiladero de unos ocho kilómetros de largo, tan estrecho que la caballería sólo podría pasar en fila india; el paso estaba custodiado por los hombres de las tribus locales de Tesalia, y si la historia de la guerra griega tenía alguna lección que enseñar era que los desfiladeros montañosos eran impenetrables para la caballería y la infantería en formación y que su travesía no debía emprenderse confiadamente, ni siquiera con las modernas unidades ligeras de peltastas. Alejandro improvisó una audaz alternativa: ordenó que cortaran escalones en una de las laderas del cercano monte Osa y, ascendiendo por ellos, condujo a sus macedonios con los métodos propios de un alpinista. Rodearon el desfiladero y los nobles de Tesalia dieron la bienvenida al hombre al que no habían conseguido detener. Alejandro no olvidó una estratagema que podría servirle de nuevo en su carrera.

Al igual que su padre Filipo, Alejandro fue rápidamente reconocido como soberano de los tesalios, un honor excepcional para un extranjero; el reconocimiento tenía una importancia crucial, tanto para las finanzas como porque le daba derecho a disponer de la disciplinada caballería tesalia. De regreso, les recordó a sus súbditos la realeza que los vinculaba a él a través del héroe Heracles, antepasado de los reyes macedonios, y también a través de Aquiles, a quien la familia de su madre decía que se remontaba su descendencia. El reino de Aquiles había estado en Tesalia y, a modo de tributo personal, Alejandro le dedicó ahora la región a su héroe. La diplomacia de su padre le había legado una extensa herencia, pero Alejandro la interpretó a su

propia manera heroica; el modelo se retrotraía a sus primeros años.

Si bien era el soberano de Tesalia, Alejandro también era, por derecho hereditario, el caudillo de los aliados griegos, pues Filipo les había arrancado el juramento de que el cargo de caudillo, recientemente creado por él, pasaría a sus descendientes. Sin embargo, su muerte provocó el inicio de disturbios en todas las ciudades aliadas que tenían algún motivo de queja, por lo que Alejandro sólo podía conseguir su legítimo reconocimiento mediante un avance tremendamente rápido. Marchando a través de las Termópilas, las angostas Puertas de Grecia, Alejandro se hizo con las tribus de la Grecia central y reunió al consejo de Delfos, una institución con más prestigio que poder. Puesto que él los controlaba, hizo que ratificaran su caudillaje; en Tebas y Atenas, donde las noticias del asesinato de Filipo habían llegado con mucha rapidez gracias a los agentes del norte, se produjeron disidencias que ocasionaron que la gente aprobara honrar a Pausanias con un santuario. Pero Alejandro se dirigió al sur a toda velocidad, a la frontera; asustó a Tebas hasta que se rindió y, en Atenas, consiguió que los granjeros y el ganado se agruparan en el interior de las murallas por miedo a la invasión. Los atenienses aprobaron honores exagerados para Alejandro, incluyendo la ciudadanía; Alejandro los aceptó y atravesó después el istmo, al sur de Corinto, para convocar al consejo griego aliado del que ahora era caudillo, tanto por el ejemplo dado como por derecho. Les había demostrado a sus tropas el valor de la velocidad, y no sería la última vez que lo hiciera. Este era el hombre al que los políticos atenienses habían vaticinado que nunca abandonaría Pela.

La guerra era el estado natural de toda ciudad griega. En teoría, se consideraba que cada ciudad estaba en guerra con las otras, excepto para casos particulares en los que se había jurado una alianza temporal, y la teoría, por lo general, se confirmaba en la práctica. La Grecia con la que Filipo se había mostrado más hábil y que Alejandro había intimidado era una sociedad obsesionada por la inestabilidad y envenenada por la revolución. No era una sociedad decadente, que de algún modo habría traicionado los ideales de la llamada edad de oro de la Atenas de Pericles cien años antes; era un mundo más estable, tanto por el equilibrio de poder entre sus estados como por el hecho de abrir el acceso a los cargos a quienes no pertenecían a las tradicionales clases dirigentes. Al ser más estable, también era más diverso. Sin embargo, era asimismo una prueba viviente de que los griegos habían fracasado a la hora de producir, para toda esta diversidad, alguna forma política o económica que pudiera mantener unida a la comunidad u ofrecer a la mayoría de sus ciudadanos una vida con un poco de comodidad, situados como estaban en un paisaje desesperadamente pobre en el que la tecnología disponible para hacerle frente resultaba ridícula. Durante los últimos veinticinco años, el equilibrio de poder en Grecia se había debilitado a causa de las enemistades que enfrentaban a los estados y a la agitación que había entre las diferentes clases, y se había convertido en un precario equilibrio de debilidades.

Filipo había explotado esta situación en su calidad de extranjero sin vínculos, y lo que finalmente propuso —una paz común entre aliados griegos «libres e independientes»— fue concebido para frenar la disensión, tanto entre las ciudades griegas como en el interior, en beneficio propio. Filipo ya había instaurado gobiernos amigos allí donde era necesario, y, por mor de la estabilidad, Alejandro los congeló en el poder por medio de la prohibición absoluta de los disturbios revolucionarios; en nombre de la independencia, como habían hecho los espartanos cincuenta años atrás, desmanteló los imperios locales de los estados más grandes, en los que se había basado buena parte de su mutua agresión, y esta medida le valió popularidad entre muchos otros estados vecinos más pequeños. Se redactaron elaboradas disposiciones para que las disputas entre ciudades fueran objeto de un arbitraje, pero las cláusulas detalladas de esta paz común entre aliados hoy por hoy no pueden recuperarse; aunque pudiéramos hacerlo, resultarían tan aburridas como cualquier otra constitución desaparecida del pasado. Los únicos puntos que importaban eran que Filipo y sus macedonios mantenían el control, a pesar de la consigna de reivindicar la libertad griega, y que no pretendían exprimir a Grecia para conseguir tributos ni buscaban más colaboración que una hosca aquiescencia en relación con sus objetivos en Asia.

«Los pactos sin espada no son más que palabras y carecen de fuerza para proteger a los hombres»; esto es lo que escribió Thomas Hobbes en la Inglaterra del siglo XVII, y, como Platón y Aristóteles, Hobbes estaba desarrollando su filosofía política en un mundo real de revoluciones y estabilidad precaria. Los tres vieron la necesidad de la autoridad a su alrededor, y Filipo y Alejandro, en no menor medida que Cromwell, apreciaron una verdad escrita con mayúsculas en las filosofías políticas de su tiempo. En cuatro estados clave, las guarniciones macedonias hicieron que los griegos mantuvieran sus pactos, y si bien una de ellas fue retirada por Alejandro para apaciguar a los nativos, que ya se habían rebelado para expulsarla, en Tebas se mantuvo una segunda guarnición a pesar de las protestas similares de los tebanos. Los acontecimientos le demostrarían muy pronto que tenía razón; mientras tanto, una reunión del consejo aliado de su padre lo confirmó como general supremo para la expedición a Asia, y, de este modo, el último eslabón de la herencia griega de Filipo se forjó sin problema en beneficio de Alejandro: «Por medio de su autoridad, tiene a su disposición tanta fuerza y poder como el terror es capaz de provocar, y puede conformar las voluntades de todos para mantener la paz en casa y para que se ayuden mutuamente contra los enemigos exteriores». Más que ninguna de las cláusulas de la alianza griega que forjó Filipo, es el ideal soberano de Hobbes el que mejor sintetiza al líder macedonio de los griegos.

Sólo un estado griego se opuso con firmeza a su autoridad: los espartanos enviaron a Alejandro un mensaje diciendo que la costumbre de sus padres no era

seguir a otros, sino dirigirlos. Este comentario, de una testarudez espléndida, no fue tan mal recibido como hubieran podido esperar. Debido a su pasada historia en el sur de Grecia, Esparta se había ganado la inquieta aversión de sus vecinos más pequeños, que recordaban cómo los llamamientos de los espartanos a la libertad o la independencia habían conducido de manera persistente a su sometimiento. Durante treinta y cinco años el poder espartano había estado desmembrado, pero cuando empezó a mostrar signos poco gratos de recuperación, Filipo jugó con astucia con los miedos de sus vecinos más pequeños sobre la posibilidad de otra tiranía espartana. Aunque había quienes en los estados más poderosos llamaban a Filipo y Alejandro los tiranos de Grecia, sus pequeños y vulnerables vecinos no veían la ascensión de Macedonia como la muerte de la libertad griega. Un concepto como éste suscita muchas preguntas. En el sur de Grecia, algunos enemigos de Esparta se habían mostrado inquietos ante la muerte de su protector Filipo, pero la continuada oposición de Esparta a Alejandro les recordó que su mejor esperanza de protección seguía residiendo en un líder macedonio.

Así pues, a Alejandro le convenía dejar sola a Esparta, de modo que lo que hizo fue dedicarse a conversar con un filósofo griego que encontró en los suburbios de Corinto. Diógenes, fundador de la escuela cínica, estaba visitando Corinto y, puesto que creía devotamente en la vanidad de las riquezas del mundo, vivía en un tonel de madera: al pasar por ahí, Alejandro lo vio y le preguntó a aquella lamentable figura si había algo que quisiera. «Sí —contestó Diógenes—, que te apartes un poco, pues me tapas el sol». Más tarde, uno de sus discípulos se unió a Alejandro como almirante y escribió un pintoresco relato, incluyendo la historia de su encuentro con Diógenes, pero es probablemente invención suya el que Alejandro llegase a comentar: «Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes». Y, en efecto, si bien por caminos diferentes, ambos compartieron el hecho de estar dotados de una extraordinaria resistencia física.

Puesto que empezaba el invierno, Alejandro dejó Corinto y regresó al norte, no sin detenerse para hacer una ofrenda al oráculo de Delfos. Su visita marcó el inicio de un tema nuevo y persistente. La clase sacerdotal siempre había recompensado los favores que le había hecho Filipo, pero, según contaban, a Alejandro le negaron la consulta del oráculo porque había ido en un día desfavorable. Ante esta negativa, agarró a la sacerdotisa de las manos y la arrastró hasta el santuario; durante el forcejeo, ella reconoció que Alejandro era invencible. Estos «días desfavorables» no se conocen hasta la época romana, por lo que la historia del forcejeo y la negativa es probablemente una calumnia romana que denigraba la invencibilidad de Alejandro frente a la de sus propios emperadores. No obstante, el tema es rico en consecuencias. Las tropas creerían que, de algún modo, el oráculo de Delfos le había garantizado la invencibilidad, tal vez porque el propio Alejandro fomentó la leyenda en el mismo Delfos. Cuando más tarde fue propuesto para recibir honores divinos en Atenas como

un dios invencible, debía de saberse que éste era su título favorito. Ningún hombre, sólo un héroe, había sido llamado invencible antes que él, y únicamente por un poeta, pero ese héroe era Heracles, antepasado de los reyes macedonios. Alejandro resaltó el tema de la Victoria en sus monedas, sus dedicatorias y en los nombres de las ciudades que fundó; como resultado de sus hazañas, un Heracles el Invencible, más nuevo y poderoso, entró a formar parte de la religión griega y romana. En Irán, sus Sucesores continuaron con los títulos que él había iniciado, y la idea de la Invencibilidad pasó de la Grecia oriental a Julio César y, finalmente, al Sol, cuya adoración creció para rivalizar con la de Cristo. Cuando Alejandro empezó a subrayar el poderoso vínculo que lo unía a la Victoria y al héroe Heracles, cuya ayuda nunca dejó de reconocer, nació un nuevo concepto de realeza divina. Fue el primero, aunque no el último, de sus legados a la religión, y también reflejaba la confianza que a veces tenía en sí mismo; al volver a Macedonia, convocó al ejército de su padre para llevar a cabo el entrenamiento y la instrucción militar: más que de cualquier invocación a la Victoria, su invencibilidad siempre dependió de este ejército. A los mariscales de campo de nuestro tiempo el ejército macedonio les ha parecido la fuerza más envidiable de la historia. Su diseño es fascinante y conduce directamente a Filipo, la razón más inmediata de por qué Alejandro se convirtió en Magno.

A lo largo de veintitrés años, Filipo unificó una Macedonia en expansión a través de la guerra. La resistencia física era algo obligado y se reflejaba en numerosas anécdotas: Filipo colocando a sus jinetes detrás de las líneas para que ejecutaran a cualquiera que abandonara la batalla; Filipo negándose a permitir que hubiera mujeres en el campamento; o Filipo amonestando a un macedonio por lavarse con agua caliente porque, en Macedonia, sólo se permitía bañarse con comodidad a las mujeres que acababan de dar a luz. La disciplina se complementaba con el saqueo y los diezmos en el exterior, y con las nuevas tierras de labranza y las viejas minas de oro que se confiscaron en las fronteras orientales de Macedonia y que se transformaron para producir un sólido excedente de monedas de oro; de este modo podía mantenerse un ejército permanente, al que Filipo enseguida se dispuso a enseñarle cómo marchar; un ejército de este tipo era un lujo que, entre los griegos, sólo Esparta se podía permitir. Mientras que los hombres que componían la infantería de los ejércitos formados por ciudadanos griegos se llevaban, cada uno de ellos, un sirviente para ir a la guerra, Filipo sólo permitía un ayudante para cada diez soldados; prohibió los carruajes para los oficiales y los obligó, por ejemplo, a marchar cuarenta y ocho kilómetros diarios en pleno verano o a transportar provisiones de harina para treinta días sobre sus espaldas cuando salían hacia el campamento de verano. Para el transporte dependían de unas pocas mulas y carretas tiradas por bueyes, las menos posibles. El ejército llevaba consigo manos de almirez para moler el grano, y la dieta regular de pan y aceitunas se complementaba sólo con los animales procedentes de

los saqueos, aunque Macedonia también era rica en pescados y frutas, especialmente higos, cuyo alto contenido en azúcar se pensaba que era apropiado para los soldados. El ejército aprendió a vivir al aire libre en cualquier estación del año, incluso cuando, paralizado por el invierno búlgaro, tuvo que sobrevivir en los hoyos de almacenamiento de los nativos. Por primera vez, la distancia dejó de ser importante en la guerra balcánica.

Este entrenado ejército se mantenía equilibrado gracias a las tácticas de Filipo, pero las grandes tácticas no nacen tanto de la originalidad como de una hábil utilización de las costumbres contemporáneas, y el ejército de Filipo, a diferencia de la diosa Atenea, no nació perfectamente armado de la cabeza de su padre. La sociedad griega pocas veces había analizado sus capacidades en escritos de carácter técnico, pero había atendido mejor las habilidades bélicas que otras artes tan básicas como la minería o la silvicultura, y los escritos de hombres como el general Jenofonte eran una fuente accesible de ideas, tanto en lo que se refiere a los peligros de Oriente como al equipamiento de los caballos que tanto le gustaban. Las tácticas de la infantería se aprendían mejor a través del ejemplo y la discusión, y, paulatinamente, habían pasado en los últimos sesenta años de la aristocracia rural de Grecia a una nueva raza de profesionales comunes y corrientes, hijos de zapateros o comerciantes, que ofrecían sus servicios fuera y pasaban la mayor parte de su vida en un campamento militar. Macedonia estaba cerca de su teatro de operaciones y, al evaluar el ejército de Filipo, la influencia de la teoría griega y de los profesionales resulta crucial; Filipo había heredado de su predecesor máquinas para atacar lugares fortificados, pero contrató a su propio ingeniero griego, Poliído de Tesalia, y patrocinó sus inventos. «Un conjunto de pruebas circunstanciales sugiere que el principio de torsión se inventó bajo los auspicios de Filipo II», que fue el primero que aplicó el resorte de un nervio o una crin a una ballesta, recientemente descubierta, duplicando su alcance y su fuerza. Poliído también diseñó un sistema de murallas dentadas y una torre de asedio de treinta y seis metros y medio de altura, y fue el maestro de los discípulos que luego inventarían una maquinaria todavía más poderosa para la sección de asedio de Alejandro. Ningún macedonio podría haberlo hecho por sí mismo.

En el campo de batalla, la caballería y la infantería eran las dos unidades básicas de Filipo, que él equilibró de un modo coherente. En el ala derecha, la caballería repartía golpes como un martillo, y, en el centro, la infantería continuaba arrollando como una pesada prensa; ésta era su táctica habitual, y también la de Alejandro, y se compensaba mediante la combinación de distinto armamento. Ello ya les proporcionaba ventaja. Puesto que la infantería griega se desviaba hacia la derecha, es decir, por el lado en el que sostenían el escudo, los generales solían situar las unidades más potentes a sus respectivas izquierdas, con el resultado de que nunca

combatían. La izquierda y la derecha de los macedonios estaban igualmente equilibradas para desbaratar la formación del enemigo, y la infantería nunca se apartaba del centro; Filipo pudo haber aprendido la estrategia del general tebano Pámenes, que lo hospedó durante su juventud, transcurrida en Tebas. La caballería, como fuerza de choque, tenía el honor de decidir la batalla campal, generalmente al galope; este método es espectacular, aunque muchos no lograban controlarlo debido a que las unidades de caballería son un grupo indisciplinado de sangre joven y de caballeros que sólo responden a un ejemplo gallardo. Alejandro les proporcionó esta gallardía, incluso más que su padre, y su liderazgo convirtió a los Compañeros en la unidad de caballería más lograda de la historia, incluida la de Gengis Khan. Pero para su adiestramiento necesitaban primero una tierra adecuada.

En el sur de Grecia, el escaso pastoreo de verano y la falta de hombres lo bastante ricos como para poseer caballos habían impedido que la caballería desarrollara un estilo o que llegara a constituir un contingente decisivo. Ahora bien, la nobleza feudal de Macedonia estaba formada por hombres nacidos para cabalgar, y el clima europeo de cañadas y llanuras proporcionaban pastos abundantes. También las tierras altas habían apacentado buenos caballos, y, gracias a que Filipo había conquistado fértiles prados al otro lado de la frontera oriental en los diez primeros años de su reinado, poseía una amplia superficie de acres de tierra en la que instalar a los nobles y a una nueva clase de terratenientes en los nuevos pastos para caballos, hasta el punto de poder decirse que ochocientos Compañeros soldados de caballería disfrutaban de estados tan extensos como el total de las tierras que poseían los diez mil hombres más ricos de Grecia. Estados fértiles significaban más caballos y rentas para un grupo más amplio de jinetes, y el número de los Compañeros soldados de caballería se incrementó, pasando de unos seiscientos cuando Filipo fue entronizado a cerca de cuatro mil al final de su reinado. En cuanto a los caballos, se multiplicaron y diversificaron con el saqueo de yeguas procedentes del norte bárbaro, un cruce que tal vez los hiciera más veloces. Para cualquier ojo acostumbrado a los equinos de sangre árabe, los caballos de la Antigüedad son corpulentos y pesados, y los dibujos sobre monedas y pinturas revelan que los de raza macedonia se volvieron más robustos aún durante los cien años anteriores a Alejandro. A la mayoría de los caballos griegos de batalla se les practicaba la castración, y la técnica de atar dos tacos de madera a los testículos era tan moderna y efectiva como podía esperarse en un mundo bien provisto de eunucos. No obstante, es casi seguro que Filipo y sus cortesanos mantenían sementales cuidadosamente guardados, del mismo modo que más tarde los romanos o los normandos llevarían registros de los antecedentes y del pedigrí de los caballos, lo que constituía la clave para su mejora.

Las defensas del Compañero jinete eran modestas. En las obras de arte, nunca es mostrado portando un escudo, aunque su mozo de cuadra podía llevarlo. Vestía el

habitual peto de piel o de metal de diseños variados, equipado con protectores para los brazos con vistas al combate cuerpo a cuerpo cuando tenía que utilizar la espada o una curvada cimitarra. No disponía de estribos y se sentaba sobre una tela que se sujetaba con una correa alrededor del cuello del caballo y que, a veces, estaba acolchada con fieltro para proporcionarle un asiento mullido y una protección blanda para las rodillas. Sobre la túnica, atada con un cinturón, lucía una larga y suelta capa macedonia y un faldón con flecos de piel o de metal para proteger sus partes nobles; los zapatos eran característicamente macedonios y, como las sandalias, dejaban el pie al descubierto, sin defensas. El yelmo parecía un sueste de metal acanalado y, a veces, llevaba una cubierta metálica para el cuello: Jenofonte había recomendado estos elementos en sus libros sobre caballería, y el yelmo distintivo, al que se refirió particularmente diciendo que permitía lograr una visión más amplia, fue inventado en la griega Beocia, donde Filipo pasó los primeros años de su vida como rehén. Sin embargo, en cuanto a la propuesta de Jenofonte de utilizar escudos de metal para las piernas y armadura para los caballos, los Compañeros no hicieron caso.

Las técnicas de escaramuza y retirada fueron desarrolladas por los aristócratas y los hombres de las tribus en las vastas llanuras de Sicilia y en el norte bárbaro, y estas fluidas maniobras tuvieron eco en las tácticas griegas por las armaduras más ligeras, las jabalinas y un uso más distanciado de la caballería. Filipo no hizo concesiones a esto. En las pocas ocasiones en las que los encorsetados jinetes de Macedonia fueron avistados por los ejércitos griegos en los últimos cien años, estos jinetes siempre los dejaron asombrados por el simple impacto de sus cargas, de modo que Filipo no rechazó esta melodramática forma de ataque. Los estribos aún no se habían inventado, de manera que, ante un choque, las piernas de los jinetes no tenían dónde apoyarse; las lanzas que llevaban no resistían el embate y los jinetes tampoco podían sostenerlas bajo el brazo. Sin embargo, los Compañeros salían al encuentro del enemigo y lo atacaban con lanzas. Las lanzas que llevaban iban equipadas con una hoja de metal y estaban hechas de cornejo macho, una madera cuya resistencia alabó Jenofonte; eran finas, pero, si se clavaban en la espalda o el costado del enemigo y después el lancero tiraba de ellas mientras cabalgaba, podían ser extraídas del cuerpo de la víctima sin romperse. Se utilizaban principalmente como una amenaza para dispersar la línea, por lo que los hombres las agitaban y empujaban contra un enemigo desconcertado por sus bravuconadas. Todas las heridas que Alejandro recibió de la caballería procedían de dagas y espadas, no de lanzas. Sin embargo, el enemigo tampoco tenía estribos, y los experimentos realizados demuestran que un golpe rápido derribaría a un hombre que no los llevase, sobre todo si cargaba con una pesada armadura.

Se supone que los jinetes se estabilizaban sujetándose a las crines, pero, para que una carga fuese efectiva, ni siquiera este recurso era tan fundamental como el estribo;

Filipo había reclutado una fuerza de exploradores a caballo, cuyo modo de cabalgar resultaba más ventajoso para efectuar reconocimientos y regresar después para cargar en la primera línea con una lanza tan larga que se necesitaban ambas manos para sostenerla. Guiaban a los caballos con la presión de sus rodillas, como cualquier jinete moderno, y, lejos de ser un experimento inútil, su técnica a dos manos sobrevivió no sólo entre la caballería rusa en África, sino también entre los nómadas escitas de las estepas meridionales de Rusia. Los estribos han sido al arte de montar lo que la escritura a la memoria: sin ellos, los hombres simplemente habrían tenido que agarrarse con fuerza y cabalgar mejor de como lo hacen hoy en día la mayoría de jinetes.

Con todo, había un aspecto técnico que ayudaba a los Compañeros a conseguir la victoria. Su unidad básica no era un bloque, sino una formación en cuña, afilada como el vértice de un triángulo. La caballería nunca había sido capaz de cargar contra un frente compacto de infantería pesada por medio de un ataque frontal, por lo que los Compañeros rompían o confundían a la caballería del ala enemiga y cambiaban entonces de dirección para cortar diagonalmente los flancos de la infantería en movimiento por el centro. La formación en cuña acababa en punta y, por tanto, era más penetrante; sin duda estaba adaptada para realizar en diagonal cambios en el recorrido, «porque todos sus miembros fijaban la vista en el líder del escuadrón, como una bandada de grullas que volara en formación», y por tanto seguían el ejemplo de un conspicuo jefe de instrucción. Los giros controlados no eran fáciles, ni siquiera en una cuña. Las riendas y bridas de que disponían los Compañeros eran modernas en apariencia, pero, puesto que no existían las hebillas, no podían ajustarse con rapidez para adecuarse a las circunstancias; no había cadenas de freno, de manera que los bocados, especialmente la variedad «erizo» con púas, eran muy severos. Sin embargo, las bocas de los caballos se insensibilizaban y no había artilugios para que mantuvieran la cabeza baja cuando los bocados apretaban demasiado. No obstante, Alejandro todavía podía arreglárselas para alcanzar con sus Compañeros el ala derecha, hacer un amago de intervenir por la derecha y atravesar el centro en cada batalla campal. Probablemente lo que le permitía hacerlo era la fluida formación en cuña descubierta por los brillantes jinetes de los bárbaros escitas y tracios, la cual Filipo, quien repetidamente había combatido en el norte contra ella, copió.

Los Compañeros golpeaban y penetraban por la derecha; los Compañeros de a Pie, en el centro, estaban dispuestos para ser un sólido apoyo en el ataque. Unos nueve mil en número, luchaban espalda contra espalda en seis brigadas cuyas filas centrales se conocían, al parecer, con el nombre de Compañeros Ciudadanos, un título cuyo propósito es oscuro. Iban increíblemente armados para causar un terror masivo. Llevaban la pica macedonia, la «sarisa», un arma de lo más extraordinaria; la variedad más larga medía unos cinco metros y medio y, en la punta, llevaba una

cuchilla de hierro que medía unos treinta centímetros, con el acostumbrado remache de metal en el extremo, que ayudaba a equilibrarla y permitía clavarla en el suelo, bien para descansar o como defensa ante una carga frontal enemiga. Tenía que sostenerse con ambas manos y, como la lanza de la caballería, estaba hecha de madera de cornejo macho, un árbol de la familia de las cornáceas cuyas puntas y pinchos a menudo se cortaban debido a su dureza. El cornejo macho crecía abundantemente en diversas variedades, no sólo en las colinas de Macedonia sino también en Grecia y las colinas occidentales de Asia que Filipo planeó conquistar; su forma más común, el *Cornus mas*, tiene unas ramas aparentemente delgadas que se despliegan, y en la actualidad es un arbusto admirado por los jardineros entendidos por sus flores primaverales, de color amarillo pálido. Probablemente los silvicultores macedonios los podaban para que sacaran tallos bajos y gruesos. Las sarisas más largas se fabricaban uniendo dos ramas escogidas en un tubo central de bronce que ayudaba a equilibrar el centro de gravedad.

A causa de la longitud de la sarisa, las puntas de metal de las cinco primeras filas sobresalían, quizás en una serie escalonada, más allá de la primera línea de Compañeros de a Pie. No sabemos con seguridad si las filas del centro también llevaban sarisas o si sólo se incluían para dar peso a la formación; podía pedírseles que se abrieran en abanico y ampliaran el frente, por lo que probablemente también blandían sarisas. De ser así, podían mantenerlas verticales en formaciones en fondo e interceptar el vuelo de los proyectiles enemigos, mientras que las filas traseras podían dar media vuelta, bajar las lanzas y ponerlas en posición horizontal para formar un rectángulo compacto. La maniobra tenía que ser perfecta, pues los Compañeros de a Pie estaban en desventaja si se dividían, y tras las sucintas órdenes de maniobra se ocultaban años de complicado entrenamiento. Podían marchar en columnas, en rectángulos o en cuña, ampliando la primera línea mediante la reducción de su profundidad a filas o pelotones básicos de ocho hombres, o apretándola y estrechándola a dieciséis, treinta y dos o incluso, en un momento de crisis, a ciento veinte hombres. Las primeras filas eran las mejor pagadas y estaban formadas por las tropas más experimentadas de la unidad. Marcando el ritmo, podían girar sobre sus talones y avanzar en ángulo, y, si ponían las sarisas en posición vertical, podían contramarchar o dar una vuelta completa; si después las bajaban y las ponían en horizontal, podían dar media vuelta. Ante una carga enemiga, clavaban las sarisas en tierra y se preparaban de manera conjunta, dejando menos de un metro de distancia entre cada hombre, de tal modo que los pequeños escudos atados a sus espaldas quedaban contiguos. Ahora bien, nunca eran tan efectivas como cuando desplegaban su poder sobre la infantería enemiga, a la que previamente la caballería había desviado. Nadie que se enfrentase a ellos olvidaría nunca la visión que ofrecían. Tenían tiempo para rugir el estruendoso y antiguo grito de guerra griego, *Alalalalai*;

las capas escarlatas se hinchaban, y las sarisas, que vibraban al agitarlas en el aire —arriba y abajo, a izquierda y derecha—, parecían, a los ojos de los aterrorizados observadores, las púas de un puercoespín de metal.

El escudo en forma de botón de los Compañeros de a Pie se convirtió en el emblema nacional de Macedonia, aunque puede que la unidad no fuera una creación enteramente macedonia. Los Compañeros de a Pie habían luchado en filas de a diez antes del reinado de Filipo, y, si bien fue él quien introdujo las sarisas y la formación compacta en múltiplos de ocho, es muy significativo que Filipo hubiera pasado su juventud como rehén en la ciudad griega de Tebas, donde los dos generales más osados de la época, Epaminondas y Pelópidas, ya estaban experimentando con las formaciones en fondo y los frentes de batalla oblicuos que Filipo y Alejandro fomentarían más adelante. En cuanto a las largas picas, se las comparó con las de la infantería de Homero; sin embargo, un paralelismo más acertado se encuentra en Egipto, donde los nativos siempre habían luchado con largas lanzas y escudos de mimbre. En los últimos cuarenta años, algunos capitanes atenienses profesionales habían estado aconsejando a los faraones sobre sus ejércitos, y, como resultado, uno de ellos dobló la longitud de las lanzas griegas. Otro ateniense, Ifícrates, hizo lo mismo en las llanuras abiertas de Asia; era un amigo muy conocido de la familia real macedonia, especialmente de la madre de Filipo, a la que sirvió probablemente poco después de que los Compañeros de a Pie fueran reclutados por primera vez. Caridemo, otro profesional ateniense, a menudo hizo campaña en las fronteras de Macedonia, y se dice que fue gracias a él que Filipo aprendió la estrecha formación escudo contra escudo que los Compañeros de a Pie utilizaban para la posición defensiva. Sin embargo, la ciudad de Tebas sería destruida por su antiguo ejército visitante y, siguiendo órdenes de Alejandro, Caridemo fue obligado a exiliarse a Asia, donde aconsejó a los persas cómo luchar contra las tropas a las que en el pasado había ayudado a adiestrar.

La infantería armada con sarisas fue lo que más ambicionaron todos los estados griegos en la época que siguió, y los Compañeros de a Pie se convirtieron en la unidad más famosa de Macedonia. No obstante, su formación tenía muchos problemas, y quienes la vieron en acción con Alejandro lo sabían. En las batallas campales, los Compañeros de a Pie o bien actuaban poco o se separaban de la formación cuando se encontraban en terrero desnivelado; antes de invadir la India, abandonaron totalmente la sarisa. Sólo eran una fuerza de batalla decisiva si la caballería cargaba primero contra el enemigo, pero no podían mantener el paso cuando la caballería empezaba a galopar; una vez que se partía el muro formado por sus sarisas, ya fuera por el carácter agreste del terreno o por incompetencia, los hombres que había en su interior eran extremadamente vulnerables. Probablemente siempre habían llevado grebas en las piernas y petos de piel o de metal, una defensa

costosa pero necesaria contra los proyectiles, al menos en las primeras filas; los yelmos también estaban hechos de metal y, puesto que tenían ocupadas ambas manos con la sarisa, los escudos debían ser pequeños, de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, y los llevaban colgando de una correa alrededor del hombro izquierdo y la parte superior del brazo. A menudo eran de bronce y tenían forma convexa, como un botón, llevaban tachuelas y estaban pintados con dibujos geométricos; contra la infantería pesada eran una pobre protección cuando la línea se había roto. Sin duda, las sarisas resultaban casi inútiles en el combate cuerpo a cuerpo, y las dagas cortas que los Compañeros de a Pie llevaban sobre la cadera eran, como mucho, un último recurso.

Tanto los Compañeros como los Compañeros de a Pie eran tropas pensadas para territorio abierto y para cualquier tipo de clima. Los caballos de los Compañeros, como toda la caballería antigua, no tenían herraduras claveteadas, y las botas de piel que se ponían en las patas cuando se veían obligados a cabalgar sobre la nieve helada pronto se volvían tan finas como la propia pezuña. Sin embargo, el territorio agreste abundaba en Grecia, Tracia y Asia, y Filipo era un planificador demasiado versátil como para no tener en cuenta la cojera, las filas rotas y la imposibilidad de realizar cargas; a partir de tres unidades diferentes, creó una unidad de escaramuzas que también podía luchar en primera línea. No había otras tropas que lucharan tan duro ni con tanta frecuencia. En una fecha temprana, Filipo contrató arqueros de Creta, la famosa cuna griega del tiro con arco, y a ellos se añadieron los honderos de Rodas; sus piedras arrojadizas han sido encontradas en las ruinas de una de las ciudades saqueadas por Filipo, con inscripciones convenientemente groseras a modo de mensaje. La flor y nata de las tropas eran los tres mil soldados de infantería que Filipo había concebido como hombres del rey y a quienes había dado el nombre de Portadores de Escudo Reales, que antiguamente se habían limitado a los mozos de cuadra del rey y los escoltas. Constituían la fuerza de infantería más selecta de la Antigüedad, y merecen el prestigio que con demasiada frecuencia se reserva a los hombres armados con sarisas.

Los Portadores de Escudo eran tropas con dos funciones. Debido a que los Compañeros de a Pie llevaban escudos pequeños en el hombro izquierdo, su flanco derecho habría quedado expuesto si los Portadores de Escudo no se hubieran situado allí y no se les hubiese ordenado protegerlos apiñando los amplios escudos circulares de los que recibían su nombre. Servían, por tanto, como parte del bloque de los Compañeros de a Pie, conectándolos con el ala de los jinetes. Al parecer, según se desprende de las esculturas, al ser tropas de primera línea llevaban yelmos con penacho, grebas de metal y petos, y luchaban con espadas y, presumiblemente, con lanzas. No obstante, también servían como tropas de asalto para realizar incursiones nocturnas, escaladas y marchas forzadas de cincuenta kilómetros diarios, y la

evidencia indiscutible de los relatos confirma que eran más ligeras y rápidas que los Compañeros de a Pie; sin duda no disponían de sarisas, y es probable que dejaran atrás sus pesados escudos y armaduras cuando se adelantaban para realizar misiones de comando. Como tropas con un doble propósito, su forma física era extraordinaria. Cuando muchos de ellos ya habían cumplido los sesenta años todavía podían cubrir casi cincuenta kilómetros a través del desierto en un día de verano; eran los primeros en subir las escaleras en las ciudades sitiadas o los fuertes de montaña en el Hindu Kush; los primeros también en atacar con fiereza a los elefantes y destruir los carros con hoces de los persas. Tras la muerte de Alejandro no emprendieron el camino de la jubilación, sino que decidieron las batallas más importantes de los sucesores, mostrando a improvisados Compañeros de a Pie cómo sus líneas podían ser despedazadas por hombres lo bastante viejos como para ser sus abuelos; habían sido instruidos exclusivamente para la guerra, y les encantaba.

Había, pues, arqueros y honderos para una provocación de largo alcance; catapultas que disparaban flechas para cubrir a los hombres y para despejar las murallas; Compañeros para cargas devastadoras; Compañeros de a Pie para derrotar a la infantería desbaratada; Portadores de Escudo para misiones peliagudas y para proteger las sarisas y a la caballería en un sólido y bien flanqueado frente de batalla: Filipo había entrenado al primer ejército permanente y equilibrado de los Balcanes y podía añadir a sus súbditos extranjeros, ya fuera la caballería pesada de los tesalios, con sus formaciones en forma de diamante, los jinetes con armamento ligero, los lanzadores de jabalina de las tribus tracias o la infantería griega mercenaria que servía contra sus compañeros griegos sin ningún signo de reticencia. Sin embargo, el equilibrio era algo vano sin la libertad de poder emprender una campaña cuando fuera necesario, y ésta fue la última, aunque no la menor, de las innovaciones de Filipo.

En los estados griegos, los ejércitos estaban formados por ciudadanos que se reclutaban a medida que se necesitaban; pero, puesto que los ciudadanos también eran terratenientes, el ejército no podía ir a la guerra durante los meses de la recolección. Sólo en Esparta, donde un millar de aristócratas había terminado tiranizando a un numeroso cuerpo de siervos griegos, existía suficiente mano de obra en las haciendas como para apostar por un ejército permanente; por medio de la conquista y el saqueo, Filipo había elevado Macedonia a la situación de Esparta. Se ha hecho demasiado hincapié en el aparente aumento de la tasa de natalidad de Macedonia entre la entronización de Filipo y la muerte de Alejandro. Las cifras son engañosas y están influenciadas también por los amplios límites del reino y, tal vez, por el reclutamiento de nuevas tribus y clases. Las brutales importaciones de prisioneros son mucho más relevantes, pues todos aquellos que no se vendían eran convertidos en esclavos, como era habitual en un mundo agrícola y sin mecanizar en el que el tiempo libre no existía, el talento griego para la literatura, la democracia

directa y el bienestar de los ciudadanos siempre dependió de la explotación de mano de obra esclava. Filipo llevó a su tierra unos diez mil esclavos para que trabajasen en las minas y en las tierras de sus estados feudales. Algunos de ellos, como observaron los visitantes atenienses en Pela, fueron enviados a los propios viñedos de Filipo. El efecto general que tuvo la llegada de esta mano de obra esclava fue liberar a los militares macedonios de las obligaciones del calendario de los terratenientes y los silvicultores.

«No establece diferencias —se lamentaba uno de los enemigos de Filipo— entre el verano y el invierno; no reserva una parte del año para la inactividad». El ejército de Filipo no sólo estaba equilibrado, sino que también estaba respaldado por suficientes esclavos como para hacerlo móvil. A finales de otoño, Alejandro había hecho que se apresurase cuando atravesaba Grecia; la primavera siguiente, en el mes de la cosecha, lo dirigiría hacia el Danubio, a través de Iliria, y de nuevo hacia el sur para llevar a cabo la venganza en Grecia, en una marcha tan versátil y rápida como cualquiera de las que había hecho su padre. El ejército sólo carecía de un elemento, un líder con talento natural. A los veintiún años, Alejandro demostraría que, después de todo, el tema de su invencibilidad podía llegar a ser una cuestión fundamental.

5. EL JOVEN REY

Grecia parecía sumisa, pero en el legado de Filipo todavía quedaban viejas cuentas pendientes entre los reinos bárbaros del norte de Europa. Filipo había enfrentado a un rey tracio contra otro más allá de la frontera noreste de Macedonia e instaurado una red impresionante de nuevas ciudades a través de la actual Bulgaria, llegando a lugares situados tan al norte como el río Danubio y el Mar Negro. Había controlado la mayor parte del inmenso y abrupto interior, donde se encontraba la ruta que conducía a Asia, y había disfrutado de la rica recompensa de sus diezmos reales. Se trataba de la más brillante de sus conquistas, pero no estaba completa: tres años antes de morir, en otoño, Filipo regresaba de una conquista en las orillas del Danubio con un rico botín compuesto por ganado, muchachas, niños y camadas de yeguas cuando, en Tracia, la impetuosa tribu de los tribalos asaltó sus líneas, le arrebató el botín y lo hirió gravemente en el muslo. Las pérdidas fueron especialmente irritantes, pues las finanzas de Filipo atravesaban un momento delicado y las tropas esperaban la paga; Alejandro había participado en la marcha y ahora, en la primavera de 335, se disponía a vengar a su padre y a proteger los flancos de la ruta que habría de llevarlo hasta Asia. Sabía cuánto importaban las líneas de comunicación y, además, cualquier botín que pudiera recuperarse sería bienvenido en el tesoro.

Por primera vez, Alejandro estaba completamente solo. Antípatro se había quedado en Macedonia y Parmenión estaba probablemente en Asia con otros generales de probada valía. Alejandro conocía por experiencia la dureza de las tribus tracias y las dificultades del terreno; no los vencería mediante una experta utilización de armamento de diverso tipo, el principio básico de su éxito militar. Todas las unidades de Filipo iban a ser utilizadas, a excepción de los exploradores a caballo, con sus lanzas que había que manejar con las dos manos, pues estos ya se encontraban en Asia, donde las llanuras abiertas eran más apropiadas para ellos. Sólo se añadió al ejército la propia unidad de Alejandro, que, aunque pequeña, era muy significativa. A lo largo de su vida, Filipo se había hecho amigo personal del rey de los agríanos, una tribu de la montaña en el curso alto del río Estrimón, cerca de la frontera septentrional de Macedonia; unos mil lanzadores de jabalina de dicha tribu iban ahora con su rey para unirse a las tropas de refriega de Alejandro y, como complemento a los Portadores de Escudo de Filipo, mostrarían la ferocidad más admirable. Los *gurkhas* del ejército de Alejandro son el único punto en el que éste ya superaba al equilibrado contingente de su padre.

La marcha se planeó siguiendo el modelo de la expedición que Filipo había

llevado a cabo cuatro años atrás; sus objetivos eran el Danubio y los tribalos, los enemigos de Filipo. Se enviaron órdenes para que la pequeña flota de largas naves de guerra remara desde Bizancio, donde estaban protegiendo los Dardanelos. Siguieron la orilla del Mar Negro dirigiéndose al norte, hacia la desembocadura del Danubio, y entonces remontaron el río para reunirse con el ejército de tierra. De entre los generales griegos, tan sólo Filipo había alcanzado el Danubio, pero Alejandro también había estado allí con él; emulando a su padre, ya pensaba de manera ambiciosa y, mientras se ocupaba de los sacrificios, que eran tarea obligada de todo general, encontró por casualidad apoyo a sus ideas. Mientras ofrecía una víctima a Dioniso en el famoso santuario de Crestonia, situado en el este de Macedonia y muy cerca de su ruta, el fuego despidió una llamarada inusualmente alta, una circunstancia muy extraña en ese santuario, y sus adivinos reconocieron rápidamente el tradicional augurio de un rey victorioso. El augurio de la llama no tardó en confirmarse en el campo de batalla.

En un país tremendamente escarpado, la carretera corría a través de un estrecho desfiladero, quizá por el actual paso de Shipka; los hombres de las tribus habían acampado tras una línea defensiva de carros. Primero, como en Tesalia, Alejandro buscó un camino para rodearlos; no lo encontró, por lo que calculó las posibilidades de un ataque directo. Los carros parecían un parapeto defensivo, pero Alejandro se dio cuenta rápidamente de que también podían ser empujados colina abajo hacia sus compactas filas; se ordenó a los hombres que avanzaran y que los que tuvieran espacio para maniobrar se desplegaran si los carros empezaban a rodar, mientras que los que tuvieran escudos adecuados debían tenderse en el suelo y utilizarlos para cubrirse. Los carros rodaron y algunas filas se abrieron; otras se echaron al suelo, tal como se les había ordenado, y los carros retumbaron a través de los huecos o rebotaron sobre la barrera de escudos, «y ni uno solo de los macedonios perdió la vida», apuntó Ptolomeo,[3] el amigo de Alejandro, en el relato que hizo de este incidente. Cuando, cuatro años más tarde, Alejandro se encontrara de frente con los carros de guerra de los persas, los derrotaría como derrotó estos carros tracios; los grandes generales recuerdan las astucias que han funcionado antes, y Alejandro pronto demostraría que las había memorizado bien, tanto las que procedían de sus lecturas como las que eran fruto de la experiencia.

El boscoso paisaje de Tracia era un obstáculo mayor que sus desarmadas tribus, hasta el punto de que Filipo utilizó en una ocasión una jauría de perros para hacer salir al enemigo de los matorrales. Alejandro sopesó sus armas con precisión. Los arqueros y honderos de su padre hicieron que los bárbaros salieran de los bosques, y entonces la infantería cayó sobre ellos, incluso cuesta arriba, y la caballería los empujó o aguijoneó desde los flancos donde había claros. Al poco tiempo, había derrotado de un modo tan aplastante a los tribalos que su rey se retiró con unos pocos

hombres leales a una isla en el Danubio, donde fue visto desde la otra orilla por las tribus nómadas. Alejandro envió el botín a Macedonia, pues recordaba las desgraciadas pérdidas de su padre, y avanzó hasta el río más largo de Europa para rematar su primera campaña en el exterior.

Sus barcos se reunieron con él, como se les había pedido, pero había muy pocos y eran demasiado frágiles para irrumpir en la isla de los tribalos, de modo que Alejandro renunció a imponerse en el mar, que, como Napoleón, nunca dominó, y decidió que sus tropas vadearan el Danubio para ofrecer un espectáculo de terror en la otra orilla. Se requisaron canoas de pescadores y se dieron órdenes para que las tropas rellenaran con barcia sus tiendas de piel y las cosieran unas con otras para hacer balsas; sobre estos improvisados transportes, cruzaron el río protegidos por la noche mientras los caballos nadaban junto a ellos. Desembarcaron con sigilo cerca de un trigal, resguardados por sus altas espigas, y fueron guiados a través de los cultivos por los Compañeros de a Pie, que allanaron el camino con las cuchillas planas de sus sarisas. En campo abierto, lanzaron una carga clásica, empujando hacia adelante con los Compañeros en el ala derecha y prestando apoyo con las sarisas en formación cuadrada en el centro. Los hombres de las tribus huyeron primero a un fuerte y después se retiraron galopando a las estepas. Alejandro sabía demasiado como para emprender la persecución de una retirada enemiga a través de una yerma tierra esteparia y, por tanto, regresó para contar el botín y hacer un sacrificio a «Zeus Salvador, a Heracles y el río Danubio, por haberle permitido cruzar por él».

El modo en que Alejandro atravesó el Danubio no se relacionaba sólo con la mansedumbre del río. Se sabía que los parientes nómadas de los habitantes de las tribus del Danubio rellenaban con barcia la piel de sus caballos cuando morían, pero no hay ninguna prueba de que las balsas rellenas de barcia de Alejandro fueran una costumbre local; pertenecían más bien a Oriente, al Éufrates, el Oxo y los ríos del Punjab, donde las pieles rellenas, que permiten transportar unos noventa kilos de peso, todavía son utilizadas como balsas *kilik* por los nativos. Ningún macedonio había visto jamás algo así en Asia, y sólo un general griego había descrito este método: el ateniense Jenofonte, que llevó a los Diez Mil griegos a través de Mesopotamia en el cambio de siglo y que dejó constancia de su marcha en sus memorias. Al enfrentarse con el Éufrates, le habían mostrado cómo cruzarlo en balsas de piel rellenas; en el Danubio, sin duda Alejandro convirtió en una baza lo que había leído en la historia militar.

Tras ver el ejemplo audaz de las primeras tropas de los Balcanes que cruzaron el Danubio, las tribus situadas a lo largo del río enviaron presentes de amistad y los tribalos se rindieron en su isla; posteriormente, más de dos mil se unieron a Alejandro en Asia. Incluso los llamados celtas de la Europa occidental, que habían vivido en el curso alto del río cerca de las costas del Adriático, enviaron emisarios para suplicar

una alianza. Alejandro les preguntó, según escribió su amigo Ptolomeo, «qué era lo que más temían en el mundo, esperando que le contestarían que a él, pero replicaron que lo que más miedo les daba era que el cielo cayera sobre sus cabezas», una vieja creencia celta que ya había sido descrita por Heródoto; no sería la última vez que un macedonio describiera una tribu desconocida a través de los ojos de Heródoto. Sin embargo, la presencia de los celtas era más grata que su terquedad, pues Macedonia estaba sirviendo a la historia de un modo que sus súbditos griegos no podían reconocer en ese momento; al haber cruzado los Balcanes, Macedonia actuaba como una barrera contra la presión de los inquietos habitantes de las tribus de Europa, y una Macedonia fuerte garantizaba la seguridad de la vida urbana de los griegos en el sur. Durante otros cincuenta años, las hordas galas no entrarían en tropel en Grecia desde Europa ni amenazarían su civilización, y, cuando lo hicieran, sería durante una época de pasajera confusión en la familia real macedonia. Las conquistas europeas de Filipo y Alejandro formaban parte de una perspectiva más amplia, esencial para la seguridad, si no para la libertad de Grecia. Pero había otro corredor que comunicaba con Europa y, tan pronto como Alejandro recibió a los celtas, se enteró de que también aquél estaba dando problemas.

Al oeste y el noroeste de las tierras altas macedonias vivían las tribus de los ilirios, cuyos poblados controlaban la ruta principal hasta Grecia de los invasores procedentes de Europa y cuyos reyes eran peligrosos por mérito propio. Cuando Filipo se hizo cargo del reino, estas tribus ya habían invadido gran parte de Macedonia, asesinando al rey y reclamando un costoso tributo. Filipo los expulsó y dispersó hacia el norte, a las costas del Adriático, acosándolos en todas las estaciones del año; había poblado la frontera noroeste con nuevas plazas fuertes, desarraigando a sus súbditos «como un pastor que mueve a sus rebaños desde los pastos de invierno a los de verano», pero nunca había garantizado su seguridad, y los ilirios resultaron ser uno de los fracasos de su reinado. El rey, al que había llegado a respetar, se llamaba Bárdilis, quien había exigido a Macedonia el pago de tributos en dos ocasiones y tenía fama de ser un hombre extraordinariamente rico; hacía poco que había fallecido a la edad de noventa años y ahora era su hijo el que amenazaba a Alejandro con una guerra en la frontera.

En pocas semanas, el Danubio pasó al olvido, y Alejandro se adentraba en los pantanos ilirios y las zonas fronterizas. Tras acorralar al hijo de Bárdilis en una fortaleza a finales de verano, Alejandro se instaló en una estrecha cañada para sitiarlo, pero se encontró con que un rey vecino se presentaba debidamente pertrechado, desplegándose a lo largo de los pasos que bloqueaban su huida. Era una situación muy desagradable. Alejandro andaba escaso de comida y sus partidas de reconocimiento habían tenido que ser rescatadas debido al hostigamiento que sufrían; no podía retirarse sin presentar batalla, pues el hijo de Bárdilis saldría del fuerte y

caería sobre su retaguardia con tropas que ya habían demostrado su gusto por los sacrificios humanos. La ruta de huida era un valle estrecho y boscoso entre el pie de una escarpada montaña y un río que corría más abajo, el cual sólo era lo bastante ancho como para dar cabida a una fila de cuatro hombres. Atrapado, Alejandro recurrió a un imprudente farol.

En la zona de terreno abierto donde se encontraba, Alejandro agrupó a su infantería alineándola en una formación de ciento veinte en fondo y situó una parte de la caballería a cada lado. Las sarisas tenían que sostenerse en alto y, cuando se diese la orden, las primeras cinco filas las bajarían preparándose para la carga y las agitarían de manera precisa de izquierda a derecha; todas las tropas avanzarían, pasando de un lado a otro para alcanzar la delantera de los portadores de sarisas, formarían en cuña a la izquierda y cargarían contra el enemigo. Los escudos entrechocarían y el grito de guerra *Alalalalai* resonaría en la cañada. Cuando empezaron a avanzar con paso rápido, el grueso principal del enemigo salió huyendo presa del pánico desde las cimas de las colinas, asustados por la entrenada disciplina y el estruendo del grito de guerra.

La tarea siguiente era proteger las pendientes más bajas de la montaña de las pocas guarniciones que quedaban. Una tropa de Compañeros llegó al galope, desmontó y presentó batalla, pero las guarniciones huyeron de nuevo a su llegada y la montaña pasó a manos de Alejandro y de sus tropas de refriega formadas por agríanos, arqueros y Portadores de Escudo. Mientras defendían la ladera de los ataques del enemigo, situado más arriba en la montaña, el resto del ejército vadeó el río por un lado de la angostura, sin dejar de emitir el grito de guerra y formando rápidamente en la otra orilla para disuadir a los atacantes; Alejandro reforzó la retaguardia con sus leales encargados de realizar escaramuzas y sólo se unió a ellos cuando le pareció seguro. Más griterío y un sólido ejercicio de la infantería ahuyentaron lo peor del peligro, y cuando Alejandro se vio finalmente forzado a vadear él mismo el río, dispuso catapultas en la otra orilla para que lo cubrieran mientras cruzaba. Resistiendo con sus tropas de asalto, cubierto por su artillería y amenazando con las tropas pesadas, escapó del desastre mediante una retirada calculada con inteligencia. Tres días más tarde, se deslizaba de noche por el río y lanzaba dos brigadas de Compañeros de a Pie y a sus valiosísimos arqueros y agríanos contra un enemigo que había acampado tranquilamente y que no esperaba verlo de nuevo. Muchos fueron masacrados, otros muchos capturados, y los reyes ilirios huyeron desprestigiados hacia el norte.

Sin embargo, noticias poco gratas lo previnieron de perseguirlos más lejos. Habían transcurrido las primeras semanas de septiembre y, al pasar rodeando la frontera septentrional, Alejandro dio por supuesto que los griegos le obedecerían y que la avanzadilla de Filipo seguía estando segura en Asia. Se equivocaba en ambos

puntos. En Asia, Átalo había sido asesinado, y Olimpia, quizás a raíz de estas noticias, se había vengado con sus propias manos en Macedonia y había mandado asesinar a Eurídice, que era sobrina de Átalo, además de la muchacha que la había suplantado en el corazón de Filipo; para rematarlo, había ordenado también el asesinato de su hija Europa. Tal vez los efectos de estos asesinatos todavía sean visibles en la doble tumba real que hay en Vergina, cuya cámara frontal albergaba los huesos incinerados de una mujer joven, en la veintena, envueltos en una magnífica tela «regia» de oro y púrpura y acompañados por la corona de oro más fabulosa de todas las maravillas conocidas de la joyería griega. Es muy probable que esta dama no sea otra que Eurídice, que fue colocada en la cámara frontal cuando Filipo ya había sido depositado en la cámara posterior. La tumba doble de Egas no sólo es una maravillosa proeza arquitectónica y un receptáculo arqueológico, cuyos contenidos todavía no se han publicado en su totalidad: también es una prueba de un drama real de venganza, amor y celos digna de cualquiera de los relatos trágicos de las «dinastías» legendarias representadas como obras griegas en el teatro recién excavado, que fue el escenario del asesinato de Filipo y que se encuentra muy cerca del propio palacio.

En Asia, los acontecimientos también eran persistentemente dramáticos. Quizás a causa de la desaparición de Átalo, el contingente de avanzada había titubeado y el vigor de los generales persas lo había hecho retroceder; como parte de una coherente estrategia, se dijo que se habían enviado 300 talentos a Demóstenes, el más hostil de los políticos atenienses, y que había esperanzas de que los griegos se rebelasen contra sus jefes. En efecto, la rebelión se produjo, pero no dependió en absoluto de Persia o de los políticos atenienses.

Tres años antes, Filipo había castigado con dureza en el campo de batalla a la ciudad de Tebas, en la Grecia central, por su oposición. Tebas había sido su aliada, pero después cambió de bando porque sus esperanzas se vieron defraudadas; tras la derrota de los griegos, la ciudad vio cómo vendían a los prisioneros como esclavos y cómo enterraban a sus muertos sólo después de haber pagado por este privilegio. En la ciudad, se ejecutó o exilió a los tebanos prominentes y sus propiedades se confiscaron; una guarnición macedonia sitió la fortaleza de Tebas y un Consejo de trescientos tebanos, muchos de los cuales ya habían sido enviados al exilio por sus conciudadanos, copó los puestos de autoridad situándose por encima de unos hombres que los detestaban por su deuda con Macedonia. Lo peor de todo era que, en nombre de la independencia, Filipo había prometido restablecer las pequeñas ciudades de los alrededores de Beocia; Tebas había intentado tiranizar de forma permanente estas ciudades tebanas para conseguir más tierra y poder, y podrían escribirse unos doscientos años de historia de Tebas en torno al tema de la dominación de sus vecinos pequeños y reacios. Ahora iban a ser independientes por

orden de un macedonio.

Por tanto, no era a Alejandro a quien se iba a echar la culpa del último levantamiento tebano. La severidad de Filipo funcionaba por sí misma independientemente del nombre de Alejandro, y la causa fue el retorno secreto de los tebanos a los que Filipo había expulsado tres años atrás. Hablaban de libertad y alegaban que Alejandro había sido asesinado en una batalla cerca del Danubio. La noticia sonaba demasiado convincente como para no creerla, y cuando describieron la mala conducta de la guarnición macedonia, a la que los tebanos no habían podido expulsar el otoño anterior por ser excesivamente lentos, dos de sus jefes fueron detenidos y asesinados. Ahora se trataba de una rebelión abierta, pero su discurso sobre la libertad era muy poco desinteresado; entre los exiliados que regresaron había antiguos oficiales de la liga a través de la cual Tebas había dominado a sus vecinos y, si bien protestaban contra la tiranía de Macedonia, también estaban indignados porque sus dulces días de dominio local habían terminado.

Alejandro reaccionó a las noticias con la rapidez y gravedad que merecían. No perdió tiempo regresando a Macedonia, sino que a marchas tremendamente forzadas irrumpió en la frontera occidental de Macedonia, a través de las doradas llanuras que hay cerca de Trikkala, marchó a través de las colinas y los pasos de montaña y se plantó delante de Tebas en catorce días. Tebas había estado esperando la llegada de las tropas atenienses y a los ejércitos de ciudadanos de las ciudades griegas del sur, pero sólo los arcadios se movilizaron para unirse a ellos; otros estados estaban probablemente a un paso de permanecer neutrales, o incluso de ayudar al caudillo niacedonio del que eran aliados bajo juramento. Cuando un ejército macedonio, más de treinta mil hombres en plena forma, fue avistado desde las murallas de la ciudad, los tebanos no podían dar crédito a lo que veían: este «Alejandro» —supusieron— tenía que ser Antípatro, o quizás Alejandro de la Lincéstide, que había sido puesto al frente de Tracia. Sin embargo, como les enseñaría la experiencia, se trataba de Alejandro y, en una semana, dio comienzo lo que podría denominarse «el desastre más rápido y de mayores proporciones» que nunca había sufrido una ciudad griega.

Los movimientos de Alejandro fueron decisivos y muy lamentados, y, como en muchas otras ocasiones, la controversia sobre lo sucedido se manifiesta en la delicadeza con que se trató en las diversas historias. Ptolomeo, su amigo y oficial, destacó su reticencia a atacar la ciudad y los repetidos intentos de retrasar el ataque con la esperanza de que Tebas enviaría embajadores; sin duda había cierta división entre los tebanos que deseaban parlamentar y los instigadores que no lo deseaban en absoluto; otros historiadores coincidían en la cuestión de la demora de Alejandro, pero cuando Alejandro pidió la rendición de los jefes rebeldes, los tebanos, según dijeron dichos historiadores, le respondieron pidiendo a gritos, desde lo alto de una torre, ayuda para liberar a los griegos de su tirano, y acto seguido Alejandro puso

irrevocablemente en marcha los planes para atacar. Tres días más tarde entablaba batalla con el ejército tebano fuera de las murallas, y fue muy duramente acosado, pues los tebanos se habían estado entrenando en los gimnasios de la ciudad; hasta que Antípatro no condujo al frente de reserva a la acción, los macedonios no empezaron a recuperar terreno. Mientras volvían a formar, Alejandro descubrió en la muralla una puerta trasera que los tebanos habían dejado sin protección, y eso cambió el curso de la batalla. Alejandro hizo que Pérdicas y su regimiento se apresuraran a tomarla y, una vez que hubieron entrado en la ciudad por la retaguardia de los tebanos, su defensa fue inútil; las guarniciones macedonias que hasta entonces habían estado bloqueadas dentro de sus fortalezas ayudaron en el saqueo, y éste no conoció límites.

Ptolomeo lo planteó con más malicia: lejos de atacar intencionadamente, Alejandro continuó demorándose, y sólo cuando Pérdicas actuó sin recibir órdenes y decidió por su cuenta atacar la empalizada tebana, empezó a librarse la batalla. Así pues, Pérdicas intentó una incursión extraoficial y fue «gravemente herido» y «casi abandonado»; sólo cuando los tebanos condujeron a sus hombres hacia el campo de Alejandro, éste se sintió obligado a cargar para rescatarlo. Por casualidad, algunos de los macedonios lo habían seguido con tanta rapidez que se vieron atrapados dentro de la propia ciudad; casi no encontraron oposición y, con la ayuda de la guarnición macedonia, la ciudad cayó en sus manos, más por casualidad que siguiendo un plan despiadado. Esta astuta apología es muy interesante. Ptolomeo escribió después de la muerte de Alejandro y tenía poderosas razones para calumniar a su rival y enemigo Pérdicas, y por eso explicó la captura de Tebas como si se hubiera producido a causa de la insubordinación y como si las represalias de su líder se debieran al azar. Alejandro también se hacía pasar por protector de la libertad de Grecia y tenía motivos para ocultar la oposición griega a los macedonios.

Y todavía hubo acuerdo en otro hecho, cuyo significado es importante. En el brutal saqueo de la ciudad, los aliados griegos de Alejandro de las ciudades vecinas a Tebas se destacaron por ser peores que cualquier tracio y, dada su historia pasada, el entusiasmo que pusieron estaba plenamente justificado. En Grecia, Filipo había apoyado repetidas veces a las pequeñas ciudades contra sus vecinos más poderosos; ahora que Alejandro desmantelaba el poder de Tebas, eran esas pequeñas ciudades las que se unían a él incondicionalmente como aliados. El saqueo de Tebas no puede reducirse a un mero ultraje a la libertad de los griegos, ya que los propios tebanos habían violado esta libertad a través del dominio local que ejercían, y lo que hicieron sus compatriotas griegos fue devolver a Tebas con creces, en nombre de Alejandro, todo lo que habían sufrido por su culpa en el pasado. Con gran habilidad, Alejandro encomendó el destino de la ciudad a la decisión de esos aliados griegos, probablemente en una reunión celebrada en ese mismo momento, más que en un pleno del Consejo de los «aliados» que tenían en toda Grecia. Votaron por la total

destrucción de Tebas, como sabía que harían. Así pues, la ciudad fue destruida, se entregaron como recompensa todos los terrenos privados a los aliados para que los cultivaran, y se cree que treinta mil tebanos fueron convertidos en esclavos, incluyendo a mujeres y niños, que se vendieron a un precio razonable teniendo en cuenta el exceso de oferta que la cifra suponía en el mercado local. Se exoneró a los sacerdotes, pues se habían opuesto a la rebelión, así como a todos los amigos y representantes de los intereses macedonios, incluyendo a los descendientes del poeta Píndaro, que le había dedicado poemas al rey de Macedonia ciento cincuenta años atrás. Se pidió especialmente que su casa fuera perdonada.

Por tanto, en nombre de sus aliados griegos, Alejandro destruyó uno de los tres grandes poderes de Grecia que lo había amenazado. Se decía que los hombres recordaban cómo en una ocasión Tebas había secundado a Persia en los lejanos días de la invasión de los persas, y resultaba conveniente revivir con astucia ese recuerdo en un momento en que Alejandro iba a invadir el Imperio persa con la excusa de vengar las antiguas ofensas contra los griegos. Aunque el consejo aliado no hubiera votado la inmediata destrucción de Tebas, sin duda habría decretado la aprobación de un acto que le asustaba demasiado condenar; sólo los arcadios se habían movilizado para ayudar a Tebas, si bien ajusticiaron rápidamente a sus propios jefes y se sintieron aliviados de que sus tropas no hubiesen cruzado el istmo. Otros obraron de un modo parecido, pero quedaba el centro del poder de Atenas, y fue ahí donde intervino Alejandro.

A pesar de los rumores, incluso de los testigos, de la «muerte» de Alejandro en el Danubio, Atenas no había enviado tropas para apoyar la causa tebana. Alejandro todavía controlaba los puertos de los Dardanelos a través de la flota y el contingente de avanzada, y posiblemente sus barcos ya retenían la flota que traía el grano desde el Mar Negro, del que Atenas dependía para el suministro de alimentos. El paso a ofrecer abiertamente ayuda a Tebas por parte de Atenas habría sido el bloqueo más riguroso de esta tabla de salvamento, por lo que Atenas había permanecido neutral, aun cuando Demóstenes envió dinero y armas procedentes de los regalos que le había hecho el rey persa. Además, los atenienses habían odiado a Tebas durante al menos doscientos años; su acercamiento se remontaba sólo a los últimos cuatro años, mientras que Tebas, por su parte, había votado destruir a una indefensa Atenas sólo setenta años atrás, un hecho que no se olvidaba fácilmente. En el momento del saqueo, la ciudad estaba celebrando un festival religioso, y ningún ejército griego habría interrumpido los honores a los dioses para emprender una marcha hacia la guerra. Recién terminada su devastadora acción en Tebas, Alejandro estaba sin embargo ansioso por darle una lección a Atenas. No podía arriesgarse a asediar sus grandes murallas, lo cual no resultaría nada fácil, y no quería ultrajar a una ciudad cuya flota y reputación necesitaba utilizar contra Persia, por lo que simplemente

ordenó la rendición de los generales y los políticos que de forma más evidente se habían opuesto a él. La lista de víctimas fue objeto de discusión, pero una embajada de Atenas lo persuadió mediante súplicas para que moderara sus términos, y Alejandro se contentó con que sólo Caridemo abandonara Atenas. Quizá sea cierto que Alejandro cambió de opinión; el objetivo habría sido mantener el decoro legal, pues Caridemo era el único de los enemigos de Alejandro que no había nacido en Atenas, y quizá no lo habían hecho ciudadano plenamente honorario, por lo que podía ser forzado al exilio sin que se infringieran las leyes de la ciudad. En la práctica fue un grave error, pues de este modo el general ateniense más experimentado entró al servicio del rey persa, y hubo otros dos ciudadanos atenienses, sospechosos a los ojos de Alejandro, que lo siguieron por decisión propia. Alejandro tenía que haberlos detenido, ciudadanos o no, mientras podía; un año más tarde, estaban alentando la resistencia en Asia, y su fuga, más que la destrucción de Tebas, debió haberle parecido lamentable al bando macedonio.

Con este broche de terror, Alejandro regresó a Macedonia a finales de octubre, dejando las cuatro fronteras aseguradas y estando en disposición de planificar una invasión de Asia a gran escala. Como su padre, hizo preceder su partida de una gran pompa. El festival anual de Zeus y las Musas debía celebrarse en la ciudad fronteriza de Dio, y, aquel año, Alejandro invitó a amigos, oficiales e incluso a embajadores de las ciudades griegas aliadas para compartir con ellos el festival. Se alzó una enorme tienda en la que cabía un centenar de sofás y, durante nueve días, la corte estuvo de fiesta y disfrutó de la cultura y las artes, totalmente despreocupada de un tesoro cuya deuda monetaria casi había sido liquidada gracias al botín conseguido en Tebas y el Danubio. Todo el ejército recibió regalos y animales para los sacrificios, que se comieron después de haber ofrendado una parte a los dioses. Los oficiales recibieron presentes de acuerdo con su influencia y más estados como un soborno a cambio de su lealtad.

También era el momento de promover matrimonios entre las familias nobles de las tierras altas y las tierras bajas. Parmenión y Antípatro tenían hijas en edad casadera y sugirieron a Alejandro que también él debería casarse y tener un heredero antes de invadir Asia; Alejandro se negó, quizá porque estaba receloso debido al embrollo matrimonial de su padre, quizá porque no quería arriesgarse a tener un heredero a través del cual sus ancianos generales podrían intentar gobernar. Dio la hija de Antípatro a uno de sus Escoltas y la de Parmenión a un noble elimiota cuyos hermanos destacaban en los mandos del ejército. A éstos siguió la celebración de otros matrimonios, algunos con el fin de cerrar viejas heridas, otros para crear la clase de oficiales del futuro, pero Parmenión y Antípatro no se quedaron sin su recompensa.

Antípatro, que se acercaba a los sesenta años, permanecería como general para los

Balcanes y Europa; Parmenión, que ya había cumplido los sesenta y cinco, sería comandante segundo del ejército, con autoridad sobre toda el ala izquierda en el frente de batalla. Uno de sus hijos, Filotas, dirigiría la caballería de los compañeros, y otro a los Portadores de Escudo; un sobrino, o un primo, capitaneaba a la mitad de los exploradores a caballo, mientras que el líder de las brigadas de a pie elimiotas era ahora su yerno. Otros tres oficiales de infantería y un destacado coronel de caballería puede que ya se hubieran convertido en íntimos amigos suyos, y todavía no se ha probado que Alejandro fuese forzado a promover a los amigos y a la familia de Parmenión en contra de sus propios deseos. El alto mando reflejaba la influencia de Parmenión, lo que no era de extrañar, y nada sugiere que el rey y su segundo estuvieran ya enfrentados entre sí.

De haber habido algo, sería lo contrario. Entre los nobles Compañeros había muchos que se oponían a una invasión de Asia, pero sólo Parmenión instó a Alejandro a seguir adelante, quizá porque ya había visto el país por sí mismo. Sin embargo, había una alternativa en el lejano oeste; Alejandro preguntó por ella haciendo planes para una guerra en dos frentes a la vez. Mientras el ejército principal se encontrara cruzando los Dardanelos en Asia, una flota de transporte y doce barcos de guerra navegarían con la caballería y la infantería al sur de Italia bajo el mando de su cuñado, el rey Alejandro del Epiro, hermano de Olimpia, que de este modo dejaba sola a su mujer con una niña pequeña y un hijo después de tan sólo dos años de matrimonio. Por medio de los Compañeros griegos, Alejandro conocía el equilibrio político de la Grecia occidental; los colonos griegos de Tarento le habían pedido que los ayudara contra los habitantes de las tribus vecinas, y él había ordenado a su cuñado que interviniese a favor de los asentamientos griegos en Italia. Los problemas de piratería en el Adriático ya habían llamado la atención de Alejandro, y había mantenido correspondencia con Roma acerca de cómo limpiar los mares; en tres años, Roma, que los discípulos de Aristóteles describieron como una ciudad griega, sellaría una alianza con la invasión de su cuñado y la causa macedonia en Italia parecía haberse consolidado.

El despliegue de los ejércitos de Macedonia a través de las ciudades griegas para ir a enfrentarse a los bárbaros en ambas orillas del mundo mediterráneo fue un momento soberbio, y sin duda no faltaron cortesanos recelosos. Cuando Alejandro terminó de repartir los presentes de tierras y dinero entre los amigos, su fiel Pérdicas, líder de una de las dos brigadas oréstidas, se sintió obligado a preguntarle: «¿Y para ti, mi señor —cuentan que dijo—, qué dejas?». «Mis esperanzas», contestó Alejandro. Merece la pena tener en cuenta cómo debieron de valorarse estas esperanzas.

6. MIRADA HACIA ORIENTE

Como idea, una campaña griega contra Persia no era nada nuevo. Durante más de sesenta años había figurado entre los temas de los oradores profesionales y los panfletistas, y, a través de las elocuentes cartas del anciano ateniense Isócrates —quien, según él mismo admitió, escribía para alardear y no era tomado en serio—, se había instado repetidamente a Filipo y a otros extranjeros para que la emprendieran. Estas expediciones sobre el papel no tenían en cuenta el equilibrio de poder en una Grecia dividida, y tampoco conciliaban las exigencias y recompensas de un líder extranjero con las esperanzas de los aliados griegos, que estaban obligados a luchar en calidad de subordinados; su consejo era puramente teórico, y, como le dijo una vez Catalina la Grande a Diderot, el consejo de los teóricos «*existe seulement sur le papier qui souffre tout*». La realidad se demostraría muy distinta, y los griegos sólo se convencieron de que la campaña se iba a llevar a cabo cuando Alejandro se preparó para ponerse en camino.

Diez años antes del reinado de Filipo, se había alardeado de que Asia sería más fácil de conquistar que Grecia, lo que dependía de la idea que se tenía de dónde terminaba Asia. Sin duda alguna, el sometimiento de Grecia era el primer paso, y el más delicado, y resultaba fundamental para cualquier invasor que pretendiera cruzar el Egeo. Como heredero del consejo griego de su padre, Alejandro fue el dictador de Grecia en todo salvo en el nombre. Hay tres factores reconocidos que sustentan una dictadura: la policía, un mito y un ejército. Al marchar hacia Asia, Alejandro arregló los asuntos políticos griegos con ayuda de los tres.

Su madre Olimpia iba a actuar como reina de Macedonia, mientras que su hermana Cleopatra lo haría como reina del Epiro; Antípatro fue nombrado general para Grecia y Europa, con doce mil soldados de infantería y mil ochocientos soldados de caballería macedonios, y tenía el poder de reclutar más tropas en tiempos de crisis, tanto en Macedonia como entre los aliados griegos. Personalmente, Antípatro y Olimpia nunca se habrían adaptado a la situación, pero Grecia contaba con los métodos de vigilancia de Filipo para simplificar su tarea; al menos tres ciudades estratégicas habían sido acuarteladas, y en otros lugares estaban esos gobiernos favorables que habían sido mantenidos en el poder por medio de los tratados de Filipo. Se había acordado una «paz común» entre las ciudades griegas, cuyo Consejo presidencial impedía las revoluciones internas y el regreso de los exiliados indeseables a ningún estado miembro. Se habían creado «supervisores de la estabilidad común» para comprobar que ninguno de los tres mecanismos

tradicionales de agitación social —la redistribución de la tierra, la liberación de los esclavos y la abolición de las deudas— se implantara en la constitución de las ciudades aliadas. Desde un punto de vista externo, el balance político era convenientemente malo; Tebas se había desmoronado, Esparta era detestada por sus vecinos, que la temían debido a su historia pasada, y, de los principales poderes griegos, sólo quedaba Atenas. Los roces que Alejandro había tenido con Atenas habían quedado sin resolver, pero en cuanto dominó los Dardanelos y sus ciudades, «el granero del Pireo», controló la ruta del trigo desde el Mar Negro, de la que Atenas dependía para el suministro de alimentos y de la que, por tanto, era su principal dueña. Se trataba de una relación desigual. Aunque el consejo griego aliado garantizaba la estabilidad de las ciudades griegas, los atenienses estaban tan temerosos de que Filipo y Alejandro pudieran interferir en las leyes de su ciudad que designaron una comisión para que recomendara protección para su democracia. Sin embargo, Filipo y Alejandro ya habían considerado que esta ciudad fuertemente amurallada era vital para sus planes, y las actividades que llevaron a cabo al respecto fueron muy reveladoras, pues fue pensando en Atenas como se decantaron por la utilización del mito.

En las monedas de oro, Alejandro hizo representar en una cara a la diosa Atenea y, en la otra, la figura de la Victoria sosteniendo un símbolo naval y con el aspecto de la estatua de la Victoria de la Acrópolis de Atenas. Es muy posible que durante el primer otoño de su reinado Alejandro hubiera contribuido a restaurar dos de las estatuas de bronce de la Acrópolis, y esta publicidad deliberada se adecuaba al tema de la Victoria y la Invencibilidad, así como a las esperanzas que había depositado en Atenas con relación a la invasión de Asia. La victoria, parecían decir sus monedas, estaba próxima y se conseguiría mediante una flota en combinación con los atenienses; Macedonia era dueña de la mejor madera para barcos en los Balcanes, pero sólo gracias a las ciudades griegas que le servían como puertos poseía algunos barcos de su propiedad, mientras que los astilleros de Atenas albergaban más de trescientos cincuenta barcos de guerra, aunque a la ciudad le resultaba demasiado costoso proveerlos de hombres; sin embargo, todavía era una flota mucho más poderosa que cualquier otra fondeada en el Egeo, y había el terrible peligro de que los barcos cayeran en las ricas manos de los persas. El mito de una victoria naval significaba buscar el apoyo de esta flota, y, pese a que los acontecimientos negaron este mito, la flota ateniense permaneció finalmente neutral ante las tentativas de acercamiento de los reyes espartanos y los almirantes persas durante los siguientes nueve años. «Atenas, ¿sabes qué peligros soporto para ganar tus elogios?»; el vicealmirante de Alejandro lo recordaba pronunciando estas palabras, y el mito de la Victoria fue parte de su calculada política. Dicha política se apoyaba además en la consigna de la invasión total.

La guerra, había anunciado Filipo, «iba a ser declarada a los persas en favor de los griegos, para castigar a los bárbaros por el anárquico tratamiento que dieron a los antiguos templos griegos»: Filipo iba a luchar como un cruzado de los griegos, y eligió esta consigna por sus numerosas y sutiles implicaciones. Históricamente, ésta se remonta a los oscuros días de 480, cuando el rey persa Jerjes invadió Grecia y dejó un reguero de sacrilegios que sólo finalizó con las estrepitosas derrotas en Salamina y Platea: sin embargo, no se trataba de un mero eco del pasado, pues la cruzada griega disimulaba a la perfección una empresa macedonia liderada por macedonios y, sobre todo, adulaba los intereses de Atenas. En 480, fueron los templos de la Acrópolis los que Jerjes incendió y, durante más de treinta años, los dejaron sin restaurar como un recuerdo de guerra para sus aliados; Atenas condujo a estos aliados a una liga protectora que rápidamente degeneró en imperio, pero su consigna también había sido una cruzada de venganza contra el sacrilegio persa. Al revivir el viejo tema político, Filipo apelaba directamente a la memoria viva de Atenas en relación con su pasado imperial, y el tono de los discursos contemporáneos y de los decretos confirma que en 480 todavía valía la pena invocar la pasada gloria y el «espíritu Dunkirk»; desde su derrota a manos de Filipo, los horizontes de Atenas se habían estrechado en el espacio y habían retrocedido en el tiempo, y el clima político que imperaba combinaba el sentimentalismo con amargos esfuerzos por comprometerse. Una cruzada griega contra los «bárbaros» de Persia implicaba justicia y religión, y prometía también un botín abundante del que los griegos dependían para la guerra; coloreaba el modo en que los aliados griegos veían la empresa macedonia, y este colorido contribuyó a lograr lo más básico de la expedición. La pequeña ciudad griega de Tespias había ayudado encantada a provocar la ruina de su dominante vecina Tebas, y por ello envió un escuadrón de caballería para que se uniera al ejército de Alejandro; cuando estos soldados de caballería regresaron de Hamadán ricos y victoriosos, hicieron una dedicatoria del botín, no como griegos que habían servido a los intereses macedonios de Alejandro, sino como vengadores de la virtud de sus antepasados frente a los insultos de los bárbaros asiáticos. La cruzada griega era un mito, pues los macedonios luchaban con la ayuda de los bárbaros tracios e ilirios, mientras que los griegos figuraban principalmente como rehenes de Alejandro y aliados de los persas; tan sólo setecientos atenienses acompañaron al ejército de tierra, ocupando un mero séptimo lugar entre los participantes griegos. Sin embargo, el mito no estaba anticuado ni carecía de efectividad real.

Para los líderes macedonios, el mito tenía otros atractivos además del *glamour*. Gracias a la cruzada empezaría la venganza en casa, pues la consigna permitía la utilización de aliados griegos contra los focos conflictivos de resistencia griega, ya fueran griegos «traidores» al servicio persa o tebanos rebeldes cuya ayuda prestada a los persas de Jerjes en 480 no se había olvidado; no se decía, por descontado, que los

macedonios y sus aliados tesalios también habían ayudado a Persia cuando esta ayuda más importaba. El mito era algo más que una flexible llamada a las armas; creaba un clima que sus líderes podían compartir, y una de las razones por las que Filipo eligió Corinto como centro del consejo griego era, seguramente, porque Corinto había sido el punto de encuentro de la famosa «Alianza helénica» que provocó la derrota de Grecia frente a los persas en 481-479 y que después había acarreado una guerra deliberación y venganza contra Asia. Corinto era también la única ciudad griega que recientemente había rechazado a los bárbaros en el mundo griego. En Sicilia, como le habían contado sus amigos a Filipo, Corinto había apoyado a su propio Timoleonte para liberar triunfalmente las ciudades griegas de la amenaza de Cartago, un espejo en el oeste de los propósitos declarados de Filipo en el este. Ésta era también la actitud de Alejandro; sin duda los intereses de los aliados griegos seguían siendo secundarios para él, pero un clima de venganza griega y de retribución religiosa respaldaría sus acciones; por otro lado, no contradecía las ideas griegas sobre una expedición de estas características el hecho de que Alejandro alojara a los nobles persas en su corte a cambio de la rendición, ni que designara a «bárbaros» para que asumieran el mando allí donde éstos conocían el entorno y la lengua. Todavía era posible castigar a los persas gobernando a través de ellos, y la venganza por lo sucedido en Grecia en el pasado no excluía la ambición de ser el futuro rey de Asia. Parte de la fascinación que despierta Alejandro proviene de ver cómo este segundo objetivo llegó a convertirse en dominante, pero es erróneo restar importancia al tema de la cruzada como si se tratara de mera publicidad que se adoptó cínicamente y en la que nunca se creyó. El énfasis en el papel de los aliados griegos era una formalidad cortés, pero la exhortación a vengar el pasado sacrilegio sólo se mantuvo porque fue tomada en serio.

También Alejandro fomentó este clima, que fue cuidadosamente relatado en la historia que se escribió sobre él, pues el líder de la guerra vengativa de los griegos necesitaba su propio cronista; con la ayuda de Aristóteles, el hombre idóneo para esta lucrativa tarea estaba a punto de llegar. Calístenes, sobrino segundo de Aristóteles, ya era conocido entre los griegos cultos por su obra las *Helénicas*, que abarcaban desde la Paz de Antálcidas hasta la Guerra Sagrada. Había trabajado con Aristóteles y aprendido de él, y ambos habían elaborado conjuntamente una lista de los vencedores de los Juegos Píticos de Delfos, una tarea que es fruto de la pasión por la cronología y que contrasta con el frívolo desprecio que muestra por los hechos históricos en otros escritos que nos resultan más familiares. Calístenes era un hombre de espíritu académico; le interesaba el origen de los nombres de los lugares y tenía teorías sobre la fecha de la caída de Troya; como su mentor Aristóteles, utilizaba los primeros poemas griegos como una prueba de carácter histórico; tenía conocimientos de botánica y geografía, y quizá también de astronomía; teorizó sobre la influencia del

mar en los terremotos y apoyó sus argumentos no sólo en observaciones propias, sino en el hecho de que Homero había llamado al dios del mar «sacudidor de la tierra». Tenía bien aprendido a Heródoto, como correspondía a un autor que debía describir una marcha a través de Asia, y era un hombre que pertenecía plenamente al mundo griego; en la controversia vigente sobre los orígenes de los faraones egipcios del delta del Nilo, Calístenes se puso del lado de los que argumentaban absurdamente que su antepasado era un ateniense. Como sucede a menudo, los intereses académicos iban decididamente de la mano de una sarta de tonterías, principalmente por querer mantener actitudes que compartían Aristóteles y sus discípulos: Calístenes encontró una explicación convincente para el estallido de la guerra de Crisa en la causa, absurdamente personal, del secuestro de una heredera; admiraba la represiva constitución de Esparta, una opinión común entre los intelectuales griegos que no tenían que vivir allí; estaba de acuerdo con Aristóteles en el mito de que el filósofo Sócrates mantuvo dos esposas, y, peor aún, sostenía que Esquilo, el más grande de los trágicos griegos, escribió sus obras cuando estaba borracho. Cuando quería podía ser perverso, pero su conciencia nunca se vio perturbada por el hecho de que su hogar natal de Olinto, en la frontera oriental de Macedonia, hubiera sido reducido a ruinas por el mismo Filipo a cuyo hijo ahora adulaba. Presumiblemente por mediación de Aristóteles, Calístenes fue primero a la corte, y Alejandro le encargó que escribiera sus hazañas de un modo adecuadamente homérico; como Aristóteles, ya había demostrado que sabía cómo componer un panegírico, e hizo que su presencia fuera bien recibida ayudando a preparar la apreciada copia de la *Ilíada* para Alejandro.

«La fama de Alejandro —dicen que observó Calístenes, lo cual es muy plausible — depende de mí y de mi historia». Esto es verdad, y una de las dificultades que plantea la búsqueda de Alejandro es que esta historia sólo sobrevive en unas diez citas informativas de otros autores. Los modelos literarios para estos trabajos eran más panegíricos que históricos, y Calístenes escribió utilizando un estilo retórico y fluido. El tono del libro era extremadamente favorable, ya que fue escrito para complacer a Alejandro, el cual era presentado como el glorioso igual de los dioses, expresado en los términos de la cultura griega que dominaba la perspectiva de Calístenes. Su punto de partida y su conclusión son desconocidos, y no parece que enviara su trabajo por entregas para mantener informados a los griegos. Es muy posible que hiciera hincapié en el tema de la cruzada griega, aunque ningún extracto conservado lo menciona; sin duda era del agrado de Alejandro que Calístenes estuviera perfectamente familiarizado con los poemas de Homero y fuese capaz de coronar sus hazañas gloriosas con citas de la *Ilíada*. «Un hombre que intenta escribir con corrección —señaló Calístenes— no debe perder de vista al personaje que está describiendo, pero debe intentar adecuar sus palabras al hombre y a sus acciones»; gracias a sus esfuerzos, Alejandro todavía puede ser visto como él deseaba que lo

vieran, y este deseo es el camino que más nos acerca a su personalidad. Otros historiadores, ya fueran funcionarios o autores literarios, debieron de leer a Calístenes para ampliar las explicaciones que dieron de los acontecimientos, si bien no estuvieron dominados por sus puntos de vista; por lo que se desprende de los hechos que son comunes a todos ellos, la historia de Calístenes parece haber sido un informe detallado y adulador de la ruta y las proezas de Alejandro; no sólo las personalidades, sino también las estadísticas relativas al número de enemigos y bajas se distorsionaron en buena medida para resaltar las hazañas del nuevo cruzado de Homero. En definitiva, Calístenes fue el promotor del mito personal de Alejandro, de manera que la búsqueda de Alejandro es al mismo tiempo una búsqueda del sobrino académico de Aristóteles.

Para los hombres que se enfrentaban a la invasión de Asia, estos toques de exageración heroica no estaban totalmente fuera de lugar. A los griegos que únicamente conocían la costa occidental de Asia Menor, el Líbano y las costas de Egipto, la conquista de Asia podía parecerles sin duda tan fácil como la de Grecia. En la sociedad estrictamente jerarquizada de Persia, incluso un noble de rango menor podía ser llamado «esclavo» de sus superiores, que eran el rey o los nobles de las Siete Familias. «*Mana bandaka,* mis esclavos», de este modo se dirigía el Gran Rey a sus sátrapas, aunque su imperio nunca había sido el imperio esclavista de un señor todopoderoso. Los gobiernos centralizados son víctimas del tiempo y la distancia, y, en un imperio en el que una carta real podía tardar tres meses en ir desde Frigia hasta el golfo Pérsico, el poder tenía que ser local para evitar que se debilitara a causa de las montañas y la lentitud de los caminos. Los griegos habían visto cómo las satrapías de Asia occidental se convertían en los dominios privilegiados de las familias influyentes o en los reinos sometidos de los gobernadores nativos, quienes conocían el lenguaje y a los aldeanos y jefes de tribu de las montañas, siempre presentes. Al Gran Rey le convenía permitir que el Imperio pasara por estos gobernadores locales, ninguno de los cuales sentía estima alguna por unos vecinos que eran sus iguales; esto también parecía convenirle a un invasor, que podía enfrentar un interés contra otro y viajar a través del imperio gracias a su propia falta de coordinación. Ahora bien, para un invasor que quisiera controlar sus conquistas no resultaba fácil. Cuando no hay ningún cimiento que sostenga el conjunto del edificio del imperio, la derrota del centro nunca es definitiva y la libertad sigue floreciendo en una periferia que no se relaciona entre sí.

A los persas, el mundo les parecía tanto más extremadamente hostil cuanto más lejos se desplazaban fuera de los círculos de Parsa, su provincia natal. Puesto que la corte viajaba sin cesar de un palacio a otro para atender a su itinerante rey, no necesitaban recordar la fatigadora presencia de la periferia independiente del imperio. «Tomando una lámina hecha con una piel de buey reseca y curtida, la dejó en el suelo

y pisó uno de sus extremos —dijeron que había hecho un filósofo indio que habló en la India con los oficiales de Alejandro—, y, cuando lo pisó, los otros extremos se levantaron del suelo. Después paseó alrededor del resto de la lámina, apretando fuerte cada esquina para mostrar cómo obtenía el mismo resultado, hasta que se detuvo en el centro y el conjunto de la piel se hundió. Esta fue su manera de probar que Alejandro debía presionar fuertemente en el centro de su Imperio y nunca alejarse mucho de él». El Gran Rey sabía que el centro era lo que más importaba, pero no estaba dispuesto a renunciar a su periferia sin luchar. Nunca había reconocido a Egipto como un reino independiente, aunque éste sólo había estado sometido al imperio durante los últimos setenta años. El canal de Suez, creación de los faraones, se había vuelto inservible, y los reyes marineros de Chipre y Fenicia tenían un considerable historial de rebeliones recientes; en dos ocasiones en vida de Filipo, los sátrapas y las dinastías locales de Asia occidental habían amenazado con desertar del Imperio; en una ocasión, amenazaron incluso con marchar hacia el Éufrates y tomar Babilonia. Entre 336 y 335 hubo un «rey» babilonio rebelde en la propia Babilonia. Contra cada uno de estos peligros occidentales se había enviado a los generales del rey para que reclutaran ejércitos de tamaño variable: tras repetidos intentos, que a veces fueron espectaculares, los ejércitos pisotearon la periferia del Imperio y pusieron las cosas en su sitio. Si bien el recuerdo de la revuelta seguía ahí para ayudar a Alejandro, el Asia occidental había acabado regresando a su alianza con el rey.

La preocupación de los persas por el oeste no se explica con facilidad si no es por el deseo de conservar un Imperio ancestral. Como reino intermedio entre China y el Mediterráneo, Irán no tiene un interés natural por el mar Mediterráneo; los observadores egeos, que habían crecido entre los recuerdos de las invasiones de Grecia realizadas por los persas, olvidaron fácilmente que el Imperio existía gracias a los iranios que vivían en él y que éstos querían tres cosas de él. Querían protección para sus estados y castillos rurales contra las tribus de las montañas y los bosques, y querían seguridad ante los temidos nómadas de Asia central, a los que la sequía y la necesidad de pastos podían forzar a entrar a través del Oxo o por el sur desde el mar Caspio; querían también una corte con un ceremonial que señalara la majestad única de su rey y que lo situara por encima de su aristocrático círculo de iguales honorarios. Estos ideales de seguridad y ceremonial dependían de los alimentos y los metales preciosos, sin los cuales no podía haber ni guarniciones ni honores cortesanos; de ahí el elevado valor del Creciente Fértil de Babilonia, de cuyas tierras de labranza artificialmente regadas procedía un tercio de la comida anual consumida en la corte y una gran cantidad de la plata sin refinar que poseía, productos que eran transportados al este para los palacios de los persas y los cortesanos desde el mundo más agreste de la meseta de Irán. Incluso entre los griegos, que conocían poco el Imperio oriental de los persas, había quienes pensaban que el Éufrates o los ríos que delimitaban Asia

Menor eran la frontera natural del dominio persa. Sin embargo, a los persas les había supuesto un gran gasto y muchos problemas su desacuerdo con esto último; los reyes que habían preparado grandes expediciones contra Occidente habían tenido que permitir que los antiguos territorios conquistados en el Punjab regresaran a los rajás locales, que las tierras que están al otro lado del Oxo fueran gobernadas por nobles aliados desde unos fuertes construidos en rocas inaccesibles, y que todos los recuerdos del dominio persa se debilitaran en el curso bajo del río Indo. No obstante, mientras las tierras de labranza de Babilonia estuvieran aseguradas, Egipto, las flotas de Levante y las ciudades del Asia griega habían de ser irrelevantes para las necesidades de la corte irania.

La geografía puede ayudar a explicar las prioridades del Gran Rey, pues Irán y las «satrapías superiores» al este del río Tigris era una tierra con dos paisajes principales, ninguno de los cuales resultaba adecuado para el paso de grandes ejércitos. Quedaba la posibilidad ilimitada de las estepas del desierto, en el centro y el norte del Imperio, donde los hombres avanzaban al ritmo de los rebaños y donde el único movimiento rápido era el del veloz correo de los mensajeros y el de los grupos de trabajo del rey en las postas del agreste Camino Real. La comida se concentraba en unos pocos oasis cuya agua los iranios siempre adoraron. Si un hombre se perdía en el desierto, no podía ir muy lejos sin la ayuda del camello bactriano, resistente tanto a los inviernos en la montaña como al calor del verano. «Cuando se avecina el viento del desierto, sólo los viejos camellos lo saben de antemano», escribió un viajero chino que los había visto; «en una ocasión, los camellos permanecieron en grupo, gruñendo y enterrando sus bocas en la arena. Los hombres también se cubrieron la nariz y la boca con un paño y, aunque el viento amainó con rapidez, habrían encontrado la muerte si no hubieran tomado esta precaución». El desierto no era un terreno deseable para una administración rigurosa, pero al menos era más accesible que las montañas que formaban un anillo a su alrededor.

Al oeste, los montes Zagros; al este, el Hindu Kush; al norte, los impenetrables bosques de Gurgán y la cordillera de Elburz; y al sur, el refugio de la Persia propiamente dicha, una provincia que Artajerjes III, contemporáneo de Filipo, nunca había visitado durante su reinado: estas cordilleras eran la guardia de los habitantes de las cuevas y los pastores de las montañas, las tribus de los bosques y los nómadas; en aquellos territorios, los ejércitos se veían obligados a abrir caminos si querían seguir adelante, y la nieve y el barro hacían que las estaciones fueran inusualmente cortas. En las afueras de los palacios persas, los viajeros podían encontrar nómadas a los que el rey dejaba tranquilos a cambio de un paso seguro por sus rutas de migración, más antiguas y básicas que cualquier imperio centralizado. A las tribus de las colinas también se las dejó en libertad, de modo que ahora tenían menos motivos de queja contra sus gobernantes. El Imperio persa se extendía como una neblina baja

a través de las llanuras y los valles, pero cuando alcanzaba una montaña sólo podía detenerse y manifestar su propio poder lo más firmemente posible al pie de la misma. No fue la menor de las expresiones del poder de Persépolis, centro ritual del Imperio, el hecho de alzarse en una llanura rodeada por cadenas montañosas que el rey nunca había controlado.

Para la supervivencia del Imperio, los reyes confiaban en estas audaces manifestaciones de su poder, a su vez carentes de compromiso: era mucho más fácil realizarlas en el Imperio occidental. El Camino Real era más liso y rápido: no había un Hindu Kush o un desierto inevitable que bloqueara las pocas rutas de que disponían las autoridades. Desde el punto de vista político, la diferencia se sintetizaba en los diferentes sistemas de suministro de agua, el corazón de la vida en Asia. En el Alto Irán, las ingeniosas «minas de agua» o *qanats* subterráneas alimentaban las aldeas y permanecían bajo el control de la nobleza local. El poder, como el agua, se distribuía a través de estas aristocracias, y el alcance del poder real era amplio. Sin embargo, al oeste, en Babilonia, el agua estaba centralizada en los largos canales reales. Los oficiales ocupaban el centro y se multiplicaban: se vinculó a jueces y funcionarios a las guarniciones provinciales y a los tribunales de los sátrapas para que hicieran respetar la ley del rey en las disputas públicas, ala que otorgaban prioridad sobre los códigos legales de sus súbditos. La burocracia del rey trabajaba con unos sistemas de escritura que los iranios iletrados no podían leer; su detallado testimonio todavía se está recuperando, y, si bien el número de documentos no se amplió durante los setenta años posteriores a la marcha de Alejandro, éstos no pueden seguir siendo infravalorados. Los impuestos concretos que se cobraba a los colonos del rey, la consideración que merecían las peticiones en la corte del sátrapa, el sistema unificado de pesos y medidas, los elaborados documentos para los viajeros del Camino Real que eran merecedores de recibir raciones diarias en los puntos regulares de suministro…, estas huellas de un gobierno tan intrincado plantean preguntas acerca de los intérpretes, los escribas y los funcionarios civiles que sólo las nuevas tablillas de arcilla y los papiros egipcios permitirán responder. Sería erróneo omitir, a falta de pruebas detalladas, una burocracia que, por una cuestión de principios, enviaba la misma cantidad de medias raciones a las madres que habían tenido una hija recién nacida entre el personal del rey y a las que habían tenido un hijo varón, y que destinaba exactamente el mismo número de mujeres que de hombres a cada grupo de trabajo local.

A pesar de los escribas y los códigos legales, el poder en la corte persa era personal y dependía del acceso que se tenía al rey. La política en Persia era la política que hacían la puerta de palacio y el portero, el copero, el eunuco y las novias del harén real: del mismo modo que el rey recibía su poder por la gracia del buen dios Ahura Mazda, el cortesano recibía su rango de manos del rey y era distinguido con el

honor de una capa púrpura, un broche o un collar de oro, o con el derecho a besar al rey en la mejilla o verlo cara a cara. También en Persia los antiguos títulos de la corte habían adquirido nuevas facetas; los iguales honorarios se habían convertido en un escuadrón entero del ejército, y los parientes reales constituían un grupo de prestigio en el que no todos los miembros podían reivindicar una relación consanguínea con el rey; había los mismos banquetes que en Pela, cuyo gasto era minuciosamente controlado y cuyas celebraciones proporcionaban al rey y a sus consejeros un contacto diario. «Y el rey dio un festín para toda la gente que estaba presente en Shushan, el palacio, tanto para los grandes como para los pequeños; fueron siete días en el patio del jardín del palacio real, donde había tapices blancos, verdes y azules sujetos con cuerdas de fino lino y con púrpura a anillas de plata y pilares de mármol; las camas eran de oro y plata sobre un pavimento rojo y azul, y de mármol blanco y negro». No hay evocación más intensa del funcionamiento de la corte persa que la ficción histórica del Libro de Ester de la Biblia.

En esta corte, el rey era una figura de una majestad sobrehumana, de una santidad que derivaba de su posición y que no dependía de la fuerza de sus logros. Sabemos pocas cosas de Darío III, el oponente de Alejandro, pero las que conocemos son sugestivas. Su padre y su madre eran hermanos, y Darío se casó también con su hermana, que se convirtió en su segunda esposa. Puede que este tipo de incesto se hubiera convertido en un símbolo necesario de la familia real persa, que subrayaba su superioridad sobre los tabúes de las familias corrientes. Sus efectos psicológicos todavía son inciertos. Darío era apuesto, al menos, y tenía fama de valiente, pues se decía que se había distinguido en un combate singular contra la tribu más sediciosa del Irán central. Naturalmente, había griegos que difamaban a este endogámico rey diciendo que era hijo de un esclavo, o que había sido correo del Camino Real; de hecho, su tío era descendiente de una rama de la familia real y se había hecho un nombre como sátrapa de la montañosa Armenia; quizá mientras desempeñaba este oficio se casó con su primera esposa, procedente de la vecina Capadocia. Cabe destacar cómo este salvaje reino tribal, tan a menudo rebelde, lucharía por su causa repetidamente y se convertiría en el refugio de los nobles iranios durante las conquistas de Alejandro y en la época de los sucesores. Desde esta pequeña y respetada satrapía, Darío había progresado hasta llegar al trono por medio de envenenamientos. Su amigo, el visir Bagoas, poseía la influencia y la severidad suficientes para fabricar un rey o para destruirlo, y fue con su ayuda como Darío eliminó a los rivales de su familia y, a falta de otros adultos en la realeza, se hizo con el reino. El joven hijo del gran Artajerjes III todavía estaba vivo, y debió de haber persas que lo preferían a él antes que a Darío, cuya sangre real era tan remota. No es posible hacerse una idea de las habilidades de Darío, pues no disponemos de ninguna prueba sólida; sin embargo, es probable que la manera en que ascendió al poder

ayudara a la dispersión de la corte y debilitara las lealtades de algunos gobernadores provinciales. No en vano Alejandro lo acusó públicamente de ser un mero usurpador.

La reciente rebelión en Asia occidental y esta intriga real en la corte persa no podían quitarle méritos al masivo poder que el rey debía de ser capaz de movilizar. La flota de Alejandro totalizaba apenas ciento sesenta barcos, un número despreciable para una expedición griega cuando sólo Atenas controlaba cuatrocientos; desde Chipre y Fenicia el rey persa podía manejar más de trescientos barcos de guerra con entrenadas tripulaciones nativas y con técnicas más poderosas que cualquiera de las conocidas en Grecia. Los gastos monetarios de Alejandro ya igualaban los ingresos de su padre, y un endeudamiento extra de 800 talentos se había acumulado como resultado de la invasión; los reyes persas recibían más de 10.000 talentos en metales preciosos como tributo anual, probablemente después de la deducción de los gastos de las provincias, y sus palacios albergaban reservas de metal valoradas en 235.000 talentos, algunos en monedas, la mayoría en lingotes que probablemente servían como moneda al este de Babilonia y al norte del río Oxo. El ejército de Alejandro ascendía a unos cincuenta mil hombres, seis mil de los cuales eran soldados de caballería; la población de Asia ascendía a millones, y sólo el territorio y los problemas de abastecimiento limitaban la cifra de hombres que integraban los ejércitos del Gran Rey. Unos ciento veinte mil hombres o más podían desplegarse para una batalla decisiva, treinta mil de los cuales podían ser soldados de caballería de las tribus nómadas y de los colonos feudales del rey; en cuanto a los caballos, había ponis para arrastrar los carros, famosos sementales en el noroeste de Asia y Media, y tribus de jinetes en Armenia, Capadocia y el Alto Irán, mientras que sólo en los campos de alfalfa de Nisa, cerca de Hamadán, pastaban doscientos mil resistentes caballos de guerra. En su juventud, todo noble persa aprendía a montar, decir la verdad y disparar con el arco; Alejandro apenas tenía mil arqueros y honderos, y sólo contaba con un millar de lanzadores de jabalina, mientras que la provincia de Persia podía proporcionar treinta mil entrenados honderos y arqueros, cuyo arco compuesto podía matar en un radio de más de ciento ochenta metros.

Sólo en la infantería el Gran Rey estaba en desventaja. Tenía a sus entrenados guardias de a pie de palacio, en número de diez mil, pero el caluroso clima, la falta de una clase de pequeños terratenientes y la tradición de formar arqueros y jinetes entre sus colonos significaba que el Imperio no tenía infantería pesada aparte de los iguales honorarios de la corte. La infantería griega había servido en los ejércitos de los faraones egipcios durante los últimos trescientos años, y el rey persa los había contratado; se decía que cincuenta mil griegos, tantos como todo el ejército de Alejandro, exagerando un poco, habían luchado contra la cruzada emprendida por él; la mayoría de ellos fueron contratados para la ocasión, algunos de ellos retenidos como guarniciones y ninguno prestó un servicio permanente al este del Éufrates. No

hay muestra más elocuente de cuál era la dura realidad en la antigua Grecia. Cincuenta años de revoluciones griegas y guerras civiles habían hecho crecer las hordas de exiliados, que de todos modos la diplomacia de Filipo había fomentado. La pobreza continuada y salvaje de Grecia siempre había comportado la realización de servicios retribuidos en Asia, la forma más razonable de sobrevivir y mejorar socialmente que tenían los hombres sin tierra; era, además, una forma mucho más segura que las azarosas empresas del comercio marítimo o la vida temporal del trabajo remunerado en un mundo bien provisto de esclavos. Los más imaginativos se convertían en piratas, el resto en mercenarios; hijos sin herencia, terratenientes aburridos o incompetentes, mercaderes fracasados o hijos bastardos, todos ellos podían mirar por un nuevo comienzo, por su sustento y por una aventura si decidían luchar en Asia. Algunos estaban desesperados por el hambre, otros por el exilio; algunos se habían embarcado para luchar contra los macedonios, a los que odiaban, a otros simplemente les gustaba servir como soldados o se quedaron como veteranos de recientes campañas en Egipto y Levante. Muchos habían sido incapaces de asentarse, otros no deseaban hacerlo; su implacable vagabundeo había provocado el horror de los hacendados griegos, y, entre la opinión griega conservadora, nadie se quejaría si Alejandro, el caudillo griego, invadía a los bárbaros para hacer la guerra, a pie, a griegos que amenazaban la seguridad de los terratenientes.

Hemos de guardar reservas ante cualquier estadística persa, pero hay una cifra que no puede ser refutada; los persas gobernaban un Imperio de vastos horizontes, demasiado amplio para que los griegos conocieran su extensión. Para Aristóteles, el límite del mundo se extendía hasta el otro lado de las montañas del Hindu Kush, en Afganistán, y, aunque sabía que el mar Caspio no era un océano, se imaginaba que desde el Mar Negro hasta el golfo Pérsico Asia se estrechaba, sin que eso se hubiera comprobado. Sin embargo, bajo una misma alianza, las atalayas persas vigilaban a los comerciantes de pieles de zorro del alto Oxo y las caravanas con especias de los jeques árabes del Hadramut; la madera de teca del Punjab, los bosques poblados de tigres de Gurgán, la madera de cedro del Líbano, y los pinos de tea en las faldas del monte Ida hacían que los deseos del Rey de Reyes se satisficieran en un radio de ocho mil kilómetros. Los sacerdotes del desierto de Libia enviaban sales aromáticas a su mesa, y el lapislázuli procedente de las minas azules de Badajshán adornaba su palacio; durante doscientos años, el Imperio persa había mantenido y abierto caminos para las culturas de Oriente, transportando hierro a través de los territorios de los negros del Sudán que habían invadido y llevando constructores griegos de puentes desde el Egeo hasta el Éufrates, así como melocotones, pavos reales y las diosas del agua de los nómadas iranios a los templos y pueblos de la Asia Menor griega. Mientras, los reyes persas trasladaban su corte del palacio de invierno al palacio de verano; se encontraban en el centro de su Imperio, a tres meses de distancia de las

costas del Egeo, aunque todavía en estrecho contacto con los asuntos urgentes gracias al Camino Real y a su sistema, envidiablemente rápido, de señales de fuego, por medio de cuyas hogueras y almenaras las noticias podían viajar desde Sardes hasta Susa en menos de una semana. Más adelante, las montañas terminaban en una extensa pradera cubierta de hierba y el desierto daba paso a verdes arrozales que brillaban como espejos; la lengua era tan variada como los numerosos paisajes del Imperio y, para uniformizarla. Los gobernadores persas gobernaban en una lengua oficial que no podían hablar ni escribir correctamente. Sin mapas y sin intérpretes preparados, era en esta variedad donde Alejandro quería encontrar un lugar donde vivir.

Sin embargo, lo que más impresiona y causa perplejidad es el nivel de su organización. Es sabido que Alejandro llevó consigo a agrimensores griegos, hombres entrenados en recorrer grandes distancias que medían a pasos los caminos de Asia y registraban su longitud; uno de ellos, un cretense, se había destacado por haber realizado una famosa carrera a través del sur de Grecia transmitiendo de ciudad en ciudad las noticias acerca del saqueo de Tebas llevado a cabo por Alejandro. Había médicos griegos de la escuela hipocrática que ofrecían sus servicios a los enfermos y heridos, y los exploradores griegos buscaban minerales, ya fueran los rubíes de la India o el oro rojo de Kirman, pues Alejandro tenía la aguda visión de su padre para los recursos minerales. Sobre los cocineros, los mozos de cuadra y los peleteros, la historia no ha dejado ni una palabra; son conocidos los ingenieros griegos y fenicios, pero los soldados carpinteros que diseñaban las tablas de madera para los barcos y se ocupaban del mantenimiento de los carros del ejército nunca son mencionados, pese a que debían de contarse por millares. Como el número de sirvientes era limitado, los héroes olvidados de la expedición deben buscarse, como siempre, entre los suministros. Incluso aunque se pagara dinero a cada individuo para que éste comprase lo que pudiera y después lo cocinara él mismo, las tareas de organización eran formidables. El pan, la fruta y el queso eran el alimento básico de los soldados, y aunque el ejército llevaba molinillos para moler el grano sobre la marcha, el propio grano tenía que conseguirse en un mercado acordado con los comerciantes privados, los sátrapas o las ciudades de la zona. En este aspecto, Alejandro seguramente recibía ayuda de las reservas de grano y los almacenes de alimentos que acumulaban quienes estaban en la cúspide de la pirámide social de Asia, bien fuera para proceder a su redistribución o para hacer frente a un año de mala cosecha: los hombres de Alejandro podían comerse el excedente de Asia a su paso. Los invasores apenas podían demorarse para recoger ellos mismos la cosecha del enemigo, pero durante los primeros cuatro años no se sabe que el ejército hubiera pasado nunca hambre. Era fundamental que el transporte fuera eficiente pero, excepto cuando tenía lugar por vía acuática, era lento y costoso; la flota podía transportar la comida del ejército

siguiendo la costa y los ríos, pero, tierra adentro, los suministros de una semana para cincuenta mil hombres raramente podían acarrearse, y el interminable séquito de carros tirados por bueyes o de mulas y alforjas habría sido impensable excepto en la superficie allanada de una carretera. De todos los amigos que tenía Alejandro en Asia, el Camino Real, que corría de posta en posta desde Sardes hasta Susa, era con diferencia el más valorado; por esta única carretera, que los persas heredaron y mejoraron, éstos abrieron su Imperio a la invasión, pues Alejandro no tenía guías más precisas a través de Asia que el relato de Heródoto, las memorias de Jenofonte sobre la marcha que él mismo llevó a cabo y el consejo directo de los amigos y guías locales. Sin embargo, Alejandro sólo tenía que seguir el Camino Real y sus postas para alcanzar un día un palacio; es más correcto decir que Alejandro conquistó las principales rutas de Asia que decir que conquistó Asia.

La campaña que Alejandro aceptó de su padre se anunció como una marcha contra los bárbaros, y, de todas sus falsedades, ésta, como descubrió, sería la peor. Habían pasado más de doscientos años desde que los persas dejaron de ser nómadas y se transformaron en una corte reinante; la tienda de audiencias del Gran Rey y su acceso ritual todavía recordaban aquellos viejos días de nomadismo y la vida autosuficiente de los rebaños en movimiento. Pero desde que abandonaron el modo de vida más gratificante de la historia, los persas se habían convertido en una sociedad que muchos envidiaban como civilización; la vida rural de los hacendados era rica y los hombres tenían tiempo para plantar árboles y atender sus reservas de caza, para cazar y criar pájaros ornamentales. En las cortes y castillos de los sátrapas, los hombres podían mantener un jardín privado y adornar sus logias con quincunces y canales; «allí donde está el rey persa, su preocupación es crear jardines magníficos, llamados *paradeisoi*, rebosantes de las flores y frutos más escogidos de la tierra… ¡qué espléndidos son incluso los árboles, qué rectas sus hileras, cómo están perfectamente alineadas en ángulos rectos, qué embriagador el perfume de las flores!». Los jardines griegos de hortalizas y plantas aromáticas nunca alcanzaron un arte tan elevado, y, de hecho, los maceteros encontrados en los alrededores de uno de los templos de Atenas estaban hechos con el peor gusto local. De manera similar, ningún griego escribió nunca una obra en prosa que mereciera ser leía como ficción hasta que la influencia de los romances persas y las historias de amor despertaron su imaginación. Los discípulos de Aristóteles escribieron que los reyes persas habían prometido recompensas a los inventores de nuevos placeres y, de este modo, la derrota se aceleró por culpa de su sensualidad; había harenes, ciertamente, pero también tinturas de color púrpura y alfombras de diseños muy hermosos, especias, cosméticos, alta cocina, danzas fantásticas, pieles de armiño y leopardo moteado, arneses de oro y marfil, y anillos con incrustaciones de calaíta y lapislázuli; algunos recordaban que, cuando un sátrapa visitó a los griegos, se llevó sirvientes persas por

considerar que eran los únicos hombres que sabían cómo preparar una cama confortable. La sociedad que los griegos llamaban esclavista era también expresiva y espiritual; la desnudez era escandalosa, la justicia, severa, y las mujeres eran cortésmente respetadas; hacia mediados del siglo IV a.C. los iranios veneraban a Anahita y habían extendido su adoración; era la diosa más sugestiva antes de la aparición de la Virgen María, y se había desplazado al oeste desde su tierra natal como diosa del agua del Oxo, llegando a dominar a la cazadora Ártemis, diosa de los griegos en Asia. Es aún más notable, aunque se trata de una cuestión controvertida, cómo la sabiduría filosófica de su profeta Zoroastro pudo haber influido en los intelectuales más admirados entre los propios griegos.

«No estamos viviendo vidas normales, humanas —escribió un político ateniense durante las conquistas de Alejandro—, sino que hemos nacido para transmitir una paradójica lección a los tiempos futuros. Pues el rey persa, que se atrevía a escribir que él era el amo de todos los hombres, desde la salida hasta la puesta del sol, está luchando ahora, no para ser señor sobre otros, sino por su propia vida». En Grecia, para el hombre corriente, la cruzada de Alejandro coincidía con una realidad más cruda. En el mundo mediterráneo, las cosechas habían padecido sequías de verano durante siete años consecutivos, y los conflictivos piratas del mar, la política y los nuevos centros de demanda no habían previsto otras áreas productoras de cereales para resolver la desesperada búsqueda de alimento. Para la mayoría de los griegos de la época, Alejandro sólo era un nombre en medio del hambre y la supervivencia precaria, la lucha constante que condicionaba cualquier gloria que le correspondiese a Grecia. No obstante, la «era de la paradoja» era cierta, y fue sentida como cierta entre los persas, cuyo pasado la hacía aún más dolorosa.

Cuando un persa permanecía de pie en el gran templo que albergaba el fuego sagrado, contemplando la llama elevándose veloz desde una plataforma de troncos dispuesta como el trono del Gran Rey, sentía que el eterno *fravashi* o espíritu del rey estaba presente en cada movimiento del fuego, agitándose, sin extinguirse jamás. Cuando la veía, se sentía seguro en un Imperio destinado a durar para siempre; en una temporada normal, el precio que costaba la comida de los trabajadores del rey nunca varió respecto a los índices conocidos en Irán hasta la Edad Media, y el sistema monetario de los gobernadores locales nunca decayó en relación con el valor que los reyes fijaron primero. Era un mundo tan estable como el clima y los nobles permitían, y, fuera de Babilonia, un persa podía incluso arrendar una de sus casas de campo por un período de tiempo tan largo como sesenta años. Para sus antepasados, los macedonios sólo eran conocidos como *yona takabara*, los «griegos que llevan escudos en la cabeza», una alusión a sus anchos cascos; se habían encontrado con ellos por primera vez hacía ciento setenta años, cuando el rey macedonio prometió a Darío I los obsequios de sometimiento, la tierra y el agua, o *tin min*, como eran

conocidos en el lenguaje burocrático del Imperio. En la tumba de Darío I estos macedonios aparecían tallados bajo el trono del Gran Rey, ayudándolo a sostenerse, en una postura de sumisión; en la tumba del rey Artajerjes III, que murió casi dos siglos más tarde, el mismo año de la victoria de Filipo sobre los griegos, las antiguas esculturas se repitieron indiscriminadamente, entre ellas los *yona takabara* que hacía mucho tiempo que se habían perdido para el Imperio. «Si ahora preguntaras —reza la inscripción que hay bajo las esculturas— cuántas son las tierras que el rey Darío ha dominado, observa a quienes sostienen este trono; sólo entonces lo sabrás, y sólo entonces sabrás lo que debes saber: la lanza de los persas ha llegado muy lejos». En menos de cuatro años, la lanza de los *yona takabara* llegaría mucho más lejos, al corazón del Imperio persa. Sería la última, aunque no la menor, de las jactancias de los persas.

SEGUNDA PARTE

Ella miró por encima del hombro de él
para las devociones rituales,
vaquillas con guirnaldas de flores blancas,
sacrificio y libación,
mas allí sobre el metal reluciente
donde debería haber estado el altar,
a través del titilante brillo de su forja
vio una escena bastante dispar.

W.H. AUDEN
«El escudo de Aquiles»

7. EL PASO A ASIA MENOR. LA VISITA DE TROYA

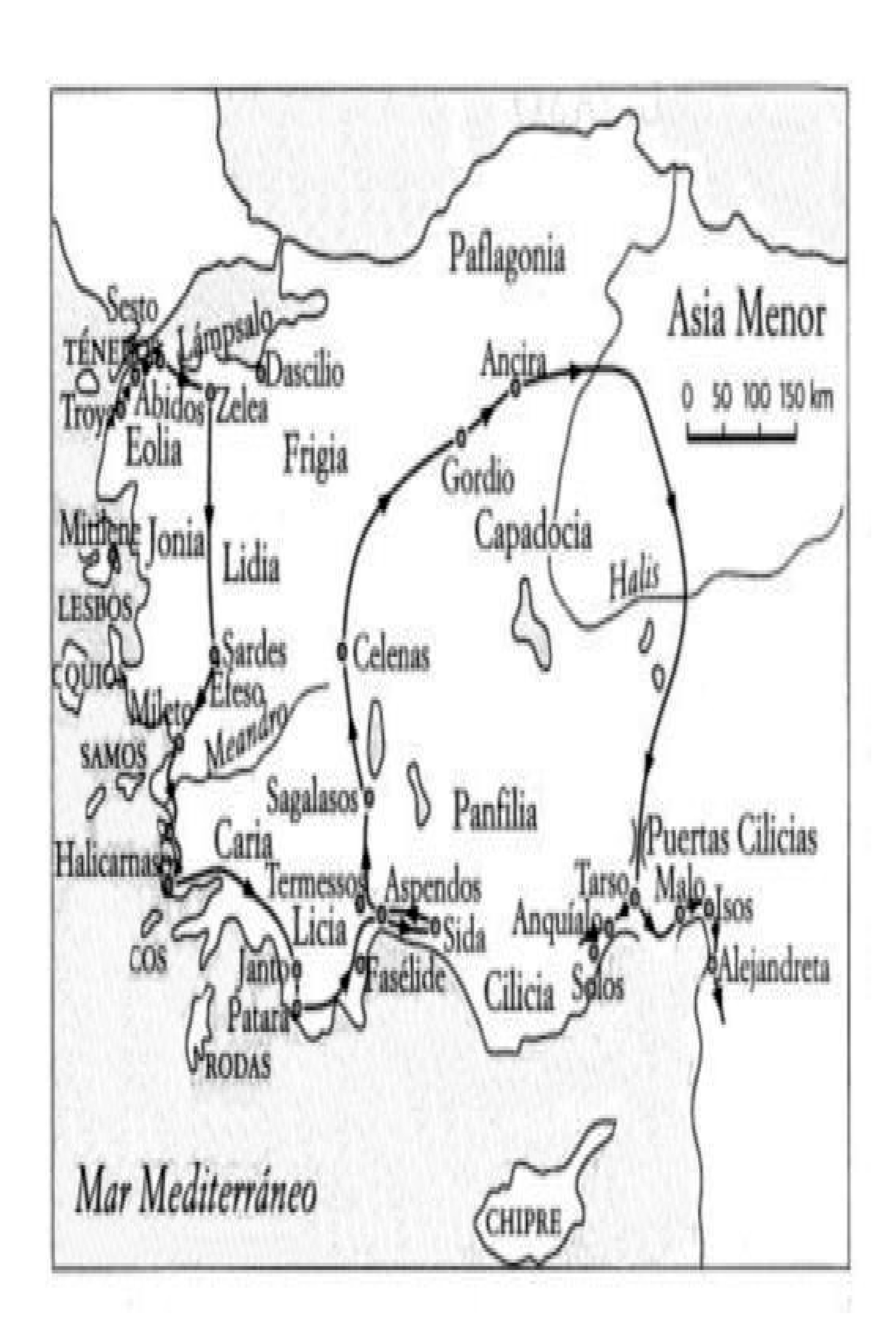
A principios de mayo del año 334, Alejandro partió para Asia. Una marcha por tierra hacia el este a paso ligero, siguiendo las rutas del litoral hasta Tracia, lo condujo sano y salvo a través de sus cuatro grandes ríos y, por tanto, en veinte días llegó a los Dardanelos, donde lo que quedaba de la avanzadilla del ejército de su padre se encontraba acampado y alerta. Lo había animado a realizar el viaje Olimpia, que le había «revelado el secreto de su nacimiento», como ella creía, y le había «pedido que pensara y actuara de un modo digno de su linaje»; con esta nota de misterio personal, madre e hijo se separaron y no volvieron a verse nunca más.

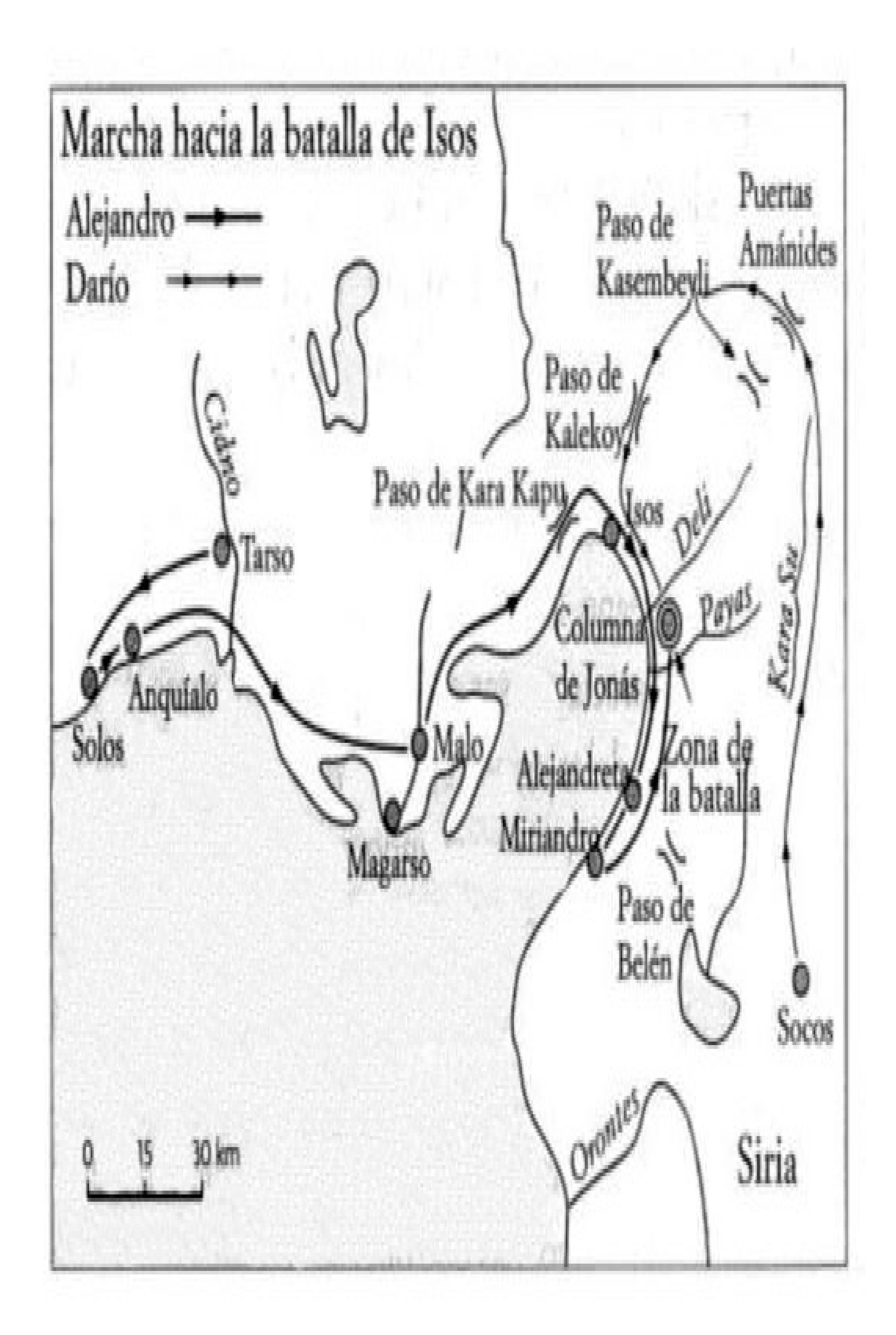
En Sesto, en el estrecho entre Europa y Asia, Alejandro se encontró con los ciento sesenta barcos de guerra de la flota griega aliada. Ante él se extendían casi cinco kilómetros de un mar conocido por su habitual brío primaveral; los caballos y la maquinaria de asedio habían tenido que ser enviados por mar en una embarcación de pequeño calado, y si la flota persa, que era inmensamente más poderosa, los amenazaba en medio del océano, la travesía podía correr un serio peligro. Alejandro no parecía pensar en los riesgos. Mientras Parmenión se ocupaba del transporte, dio la vuelta para emprender una aventura por su cuenta; cuando volvió a reunirse con el ejército principal, se encontraba ya en la otra orilla. La travesía, tal como se llevó a cabo, tuvo lugar sin contratiempos, y a menudo se ha atribuido el mérito a la suerte, y no a Alejandro. Sin embargo, hay ciertas circunstancias que contribuyen a explicar que hubo algo más que buena suerte.

En la guerra, la historia siempre tiene dos caras, y en Asia una de ellas debería trazarse a partir del enemigo de Alejandro, el Imperio persa, cuyo funcionamiento interno fue básicamente ignorado por los historiadores que estaban al servicio de Alejandro. Los persas son testigos escurridizos, pues nunca escribieron su historia; la mayoría de ellos, al igual que el Gran Rey, eran totalmente incapaces de leer o escribir; excepto por su arte, por las inscripciones reales y por los documentos comerciales que se escribieron sobre arcilla, papiro o piel, apenas es posible ver nada de lo que ocurría tras las líneas enemigas. No obstante, en los Dardanelos podemos penetrar en la oscuridad y ver que, por el parte, el enemigo había tenido problemas. Egipto, la llaga abierta del Imperio persa, había obligado a los persas a demorarse allí, y Egipto es una provincia cuya historia sí puede empezar a recuperarse a través de los papiros.

«El sur —escribió un cronista nativo— no estaba en orden; el norte se había

rebelado». Dos años antes, el rebelde Khabbesha, posiblemente un etíope, había tomado por asalto Menfis, la capital, y había derrocado al gobernador persa; sus proyectiles de piedra han sido encontrados en los cimientos del palacio en ruinas. Posteriormente, temiendo represalias, Khabbesha se dedicó a inspeccionar el delta del Nilo y las marismas locales, pero, después de un año de gracia, la marina persa se hizo a la mar para aplastarlo; las embarcaciones entraron en el río en otoño, cuando, al no estar crecido, el río ya no resultaba infranqueable. Hacia enero de 335, el rey rebelde del Alto y el Bajo Egipto, el imperecedero, semejante al dios Tenen, elegido de Ptah, hijo de Ra, se vio en apuros. Los navios persas se quedarían para restablecer la paz hasta que mejorara el tiempo en el mar, pero a principios de mayo del año siguiente Alejandro ya había alcanzado los Dardanelos y, como sucedía a menudo, las fuerzas del Imperio no pudieron desviarse contra este segundo peligro. La travesía de Alejandro no fue ni precipitada ni afortunada; había, al menos, un oficial de Egipto que había vivido en Pela, y sin duda Alejandro se enteró de que la revuelta de los nativos iba a proporcionarle una buena oportunidad.


Paflagonia
Asia Menor
0 50 100 150 km
Sesto
TÉNEDOS
Lámpsalo
Dascilio
Ancira
Troya
Abidos
Zelea
Eolia
Frigia
Gordio
Capadocia
Mitilene
Jonia
Lidia
Halis
LESBOS
Sardes
Celenas
QUIOS
Mileto
Efeso
Meandro
SAMOS
Sagalasos
Panfilia
Caria
Puertas Cilicias
Halicarnaso
Termessos
Aspendos
Tarso
Malo
Isos
Licia
Sida
Anquialo
COS
Janto
Fasélide
Cilicia
Solos
Alejandreta
Patara
RODAS
Mar Mediterráneo
CHIPRE


Marcha hacia la batalla de Isos
Alejandro
Darío
Puertas Amánides
Paso de Kasembeyli
Paso de Kalekoy
Cidno
Paso de Kara Kapu
Isos
Deli
Tarso
Columna de Jonás
Payas
Kara Su
Anquíalo
Solos
Malo
Alejandreta
Zona de la batalla
Miriandro
Magarso
Paso de Belén
Socos
Orontes
Siria
0 15 30 km

Sin embargo, una vez a salvo del peligro en el mar, Alejandro iba a comportarse de un modo sorprendente. En Sesto empezó con una visita a un monumento muy conocido, la tumba de Protesilao, el primero de los héroes griegos que pisó el suelo de Asia en los lejanos días de la guerra de Troya; como se había profetizado, la hazaña le costó la vida a Protesilao, por lo que Alejandro le dedicó un sacrificio con la esperanza de que su primer desembarco fuera más prometedor. No obstante, al igual que Protesilao, Alejandro ya había decidido que él sería el primer hombre que desembarcara en Asia; Alejandro también estaba adaptando la invasión al episodio más grandioso del pasado épico de Grecia, cuando los aliados griegos, al igual que los suyos, marcharon finalmente a Asia para asediar Troya. El esmerado ritual, esencia de la épica griega, estaba creando ya la atmósfera para la continuación. Mientras Parmenión y el ejército principal planificaban la travesía desde Sesto, él se hizo a la mar desde la tumba de Protesilao; por primera y única vez en su vida, Alejandro se iba en la dirección opuesta a la que requerían las tácticas, pero su lugar de destino era demasiado imperioso para pasarlo por alto.

Con él navegaban sesenta barcos de guerra en las aguas abiertas de los Dardanelos, pero Alejandro insistió en coger él mismo el timón del trirreme real. A mitad de viaje, cuando los árboles que rodeaban la tumba desaparecieron de su vista, hizo una pausa para aplacar al océano, para lo cual sacrificó un toro en honor al dios del mar Posidón y vertió libaciones para las Nereidas, las ninfas del mar, utilizando una copa de oro. La copa que eligió estaba relacionada con el culto a los héroes. Después, cuando empezó a aproximarse a las costas de Asia, Alejandro se vistió con todos los arreos de su armadura y se trasladó a proa; cuando la embarcación llegó a tierra, arrojó su lanza contra el suelo del Imperio persa para reclamarlo desde entonces como propio, recibido de los dioses y ganado por el derecho de conquista. Una vez más su gesto procedía del pasado heroico. Como Protesilao, saltó a tierra asiática y fue el primero de los macedonios que pisó la playa, que todavía se conoce como el puerto de los aqueos.

El paisaje que lo rodeaba no podía haber sido más evocador. En el puerto de los aqueos pudo ver la playa en la que se creía que estuvieron anclados los barcos de la flota de los héroes griegos cuando los hijos de los aqueos fueron hasta allí para recuperar a la rubia Helena y saquear la ciudadela de Troya; al otro lado de la playa se extendían las dunas y las lomas en donde se pensaba que los héroes de Homero habían sido enterrados, y tierra adentro se encontraba la propia Troya, que todavía se alzaba en la misma llanura azotada por el viento. Alejandro se había propuesto desembarcar en el país de su relato predilecto, la *Ilíada*; con sus compañeros escogidos, el nuevo Aquiles podía ir en busca del mundo homérico y empezar su cruzada nada menos que con un peregrinaje.

Cuando Alejandro la visitó, hacía mucho tiempo que Troya estaba en decadencia

y que su estatus era el de una aldea, más conocida por su templo de Atenea y sus sacerdotes. La «ciudad sagrada» de Homero, Troya VIIIA cuando Schliemann la encontró, permanecía enterrada bajo los escombros de unos ochocientos años, y si Troya todavía importaba a los griegos que Alejandro dirigía, era más por constituir el centro de un peligrosísimo juego del escondite que como monumento del pasado heroico. La historia era de lo más extraña. El héroe tesalio Áyax había asesinado a la profetisa Casandra al final de la guerra de Troya, por lo que los oráculos habían ordenado a los nobles de las Cien Familias de la Lócride, en Tesalia, que enviaran cada año dos vírgenes a los Dardanelos y que las dejaran en aquel lugar para que hicieran por su cuenta el recorrido hasta Troya. Por tradición, los nativos salían para darles caza y asesinarlas armados con hachas y piedras, y sólo si las vírgenes escapaban podían penetrar en el templo de Atenea a través de un pasadizo secreto; allí vivían a salvo, vistiendo como esclavas y con la cabeza rapada hasta que un reemplazo conseguía liberarlas. El ritual debía durar mil años, pero se sabe que en algún momento de la vida de Alejandro fue interrumpido. Como gobernador de los tesalios, quizás Alejandro fue el primero que dispensó a sus súbditos de estas obligaciones.

Vírgenes aparte, en cada punto de su camino Alejandro se ocupó de manera respetuosa del ceremonial. Entre los griegos, era una creencia común que, si uno de los participantes en una empresa ofendía o descuidaba a los dioses pertinentes, todos sus compañeros pagarían las consecuencias; como rey, líder aliado y general, Alejandro siempre observó cuidadosamente la costumbre religiosa y acomodó el sacrificio a la situación. Por tanto, en su camino hacia Troya, Alejandro continuó vinculándose a la primera invasión griega realizada en el pasado homérico: dedicó sacrificios heroicos en las tumbas de Áyax y Aquiles, y los honró como dignos predecesores. Alejandro pensaba que, en la primera invasión de Asia, el favor de los divinos héroes griegos de la guerra de Troya era lo más importante para su campaña.

En la propia Troya, los ciudadanos no tuvieron claro cómo recibirlo. Habían oído que un rey llamado Alejandro se acercaba, y pensaron que sin duda querría ver las reliquias de su homónimo, el Alejandro de Homero, más conocido como Paris de Troya. Sin embargo, cuando le ofrecieron mostrarle la lira de Alejandro, parece ser que respondió: «Poco me importa esta lira, ya que he venido por la lira de Aquiles, con la que, como dijo Homero, cantó las proezas y glorias de los hombres audaces». El Alejandro de Homero, más entusiasta de las mujeres que de la guerra, no era del gusto de su homónimo macedonio; Aquiles era el héroe con el que se identificaba este Alejandro, pero, a diferencia de Aquiles, él no tenía a ningún Homero que inmortalizara su nombre. Lo más necesario, por tanto, era hacer explícito su propio punto de vista; hasta en el más mínimo detalle, la visita a Troya no dejaría lugar a dudas acerca de sus preferencias personales.

Al entrar en la ciudad, Alejandro aceptó una corona de oro que le ofrecía su timonel, probablemente como tributo al control que había demostrado tener de la nave cuando estaban en medio del mar. Sin embargo, el nombre del timonel era más significativo que la corona: se llamaba Menecio y, después de Troya, este nombre no había vuelto a aparecer nunca en la historia, si bien gracias a la *Ilíada* de Homero el nombre de Menecio era muy conocido por tratarse del padre de Patroclo, el amigo más íntimo de Aquiles. Una vez más, el hombre fue elegido a causa de un nombre que resultaba adecuado para el momento; después de que los dignatarios griegos locales ofrecieran más coronas de oro para dar fe de su sumisión, Alejandro empezó a mostrarles cuán hondamente lo conmovían estas sutilezas homéricas.

Tras ungirse con aceite, corrió desnudo entre sus compañeros hasta el sepulcro de Aquiles y lo honró con una guirnalda, mientras que Hefestión hizo lo mismo en la tumba de Patroclo. Era un tributo extraordinario, rendido de un modo único, y constituye también la primera vez que se menciona a Hefestión en la carrera de Alejandro. Ambos ya eran íntimos, incluso eran Patroclo y Aquiles para quienes estaban a su alrededor; la comparación se mantendría hasta el final de sus días y es una prueba de su vida como amantes, pues en la época de Alejandro era creencia común que Aquiles y Patroclo habían disfrutado de una relación que Homero nunca mencionó explícitamente. Después, ante un altar de Zeus, el tema de un nuevo Aquiles volvió a subrayarse. Alejandro hizo un sacrificio e invocó a Príamo, legendario rey de Troya, suplicándole que aplacase su ira contra este nuevo descendiente de su asesino, pues el hijo de Aquiles había dado muerte al viejo Príamo precisamente en un altar de Zeus.

Quedaba por honrar el templo de Atenea, y de nuevo la piadosa emulación de Alejandro no lo abandonó. Hizo un sacrificio y dedicó su propia armadura a la diosa; a cambio, tomó de los sacerdotes las reliquias más magníficas de los tiempos heroicos, un escudo y un conjunto de armas que, según se creía, databan de los días de la guerra de Troya. Ningún gesto podría haber expresado con más claridad sus ideales personales. También el Aquiles de Homero había recibido una armadura divina antes de ir a la batalla, y no había otro escudo más famoso que el suyo, «bien grande y robusto, labrado en todas direcciones, y en cuyo derredor se había colocado un cerco brillante, de tres capas, refulgente, y hacía partir de él un talabarte hecho de plata. Cinco capas tenía el escudo, justamente, en sí, y sobre él, con expertos sentidos, se labraron mil relieves». Ahora Alejandro había igualado a su héroe, y era tal su preferencia por el escudo y la armadura troyanos que quiso que lo acompañaran a la guerra, a un lugar tan alejado como la India, y también en el camino de regreso, siendo transportados en brazos por sus escoltas. El diseño del escudo debía de ser impresionante en extremo, y la posteridad desplegaría mucho ingenio para adivinar cuáles eran sus probables emblemas: vestido con su armadura sagrada, Alejandro

viviría el esplendor de otro tiempo.

Con la recepción de la armadura y el escudo sagrados, finalizó la visita a Troya. En toda la carrera de Alejandro no hay ningún comportamiento más memorable, ninguno que exprese con mayor elocuencia sus ideales personales. Sólo en el ficticio *Roman* de sus hazañas le hacen manifestar desacuerdo con lo que vio: el río Escamandro, le hicieron decir, era tan pequeño que él podía atravesarlo de un salto, y el «escudo con siete capas de piel de buey» apenas era más notable. Los contemporáneos no tuvieron ninguna duda sobre el entusiasta interés de su rey. Como contrapartida, se le concedieron a Troya generosos privilegios, entre los cuales no fue el menor una nueva democracia, y más tarde un discípulo de Aristóteles, un hombre «con una de las mentes más penetrantes», escribiría un panfleto titulado *El sacrificio en Ilión*. Por desgracia no ha sobrevivido, pero el título implica que el autor se dio cuenta de la importancia de la visita.

Desde el principio hasta el final, el propósito de Alejandro estaba ampliamente escrito en su minucioso comportamiento. Es cierto que el rey persa Jerjes, cuyos errores Alejandro estaba vengando, había visitado Troya ciento cincuenta años atrás y había ofrecido también un sacrificio antes de lanzarse a los Dardanelos; sin embargo, las ofrendas de Jerjes se planearon y dispusieron de un modo diferente, y nada demuestra que Alejandro hubiera tenido en cuenta el precedente de su enemigo: ningún rey persa había pilotado personalmente su navío o había corrido desnudo alrededor de la tumba de su héroe. La visita de Alejandro era griega y espontánea; dependía de un vínculo con la guerra de Troya, y, por encima de todo, cada uno de los tributos ofrecidos había evocado al héroe Aquiles, su camarada también en la búsqueda de gloria y fama. La propaganda de Aquiles tenía su importancia, al menos para las tropas tesalias. Los jinetes tesalios, se dijo más tarde, cabalgaron simulando una batalla alrededor de la tumba de Aquiles e invocaron a los caballos de su carro de guerra por sus nombres, instándolos a formar parte de su bando en la guerra que se avecinaba. Pero para Alejandro, amante de Homero y émulo de Aquiles, la visita seguramente dependía más de su personalidad que de la política. Al ir a enfrentarse a su prueba más dura, el nuevo Aquiles fue primero a honrar a su predecesor, no por motivos de poder o por una vana sofisticación, sino porque el héroe de Homero había encendido su imaginación y, como rey macedonio, vivía por unos ideales que estaban vinculados al viejo mundo homérico. La visita a Troya es propia de un auténtico romántico, y el romanticismo formaba parte de la manera en que el propio Alejandro deseaba ser visto. La lección, sin embargo, no se olvidaría.

Cerca de quinientos cincuenta años más tarde, el emperador romano Caracalla elegiría a Alejandro como un héroe al que emular. Marchando a través de Tracia, se vistió como Alejandro, se armó como él y reclutó elefantes y una falange macedonia de dieciséis mil hombres. Cruzó el Helesponto con menos destreza que su héroe, pues

su nave zozobró, fue a Troya, hizo un sacrificio a Aquiles y corrió, no desnudo pero sí completamente armado, alrededor de la tumba del héroe. La visita tuvo una secuela cuya historia es aún más irresistible. Siete años más tarde, Alejandro cabalgaba de nuevo: un extraño personaje salió del Danubio y se divirtió rehaciendo su camino a través de Tracia, asistido por cuatrocientos juerguistas báquicos que agitaban sus bastones de mando en una alegre procesión, corriendo como conquistadores detrás de Alejandro. Cada día el impostor anunciaba su ruta de antemano y disfrutaba de comida y techo a expensas del erario público, puesto que ningún oficial se atrevía a desafiar sus credenciales. Sin embargo, al alcanzar Bizancio, este personaje pasó a Asia, soltó su última carcajada —un hueco «caballo de Troya» de madera— y desapareció. Obviamente se hacía pasar por Caracalla, de regreso para realizar un segundo viaje al estilo de Alejandro, y de este modo pudo salirse con la suya gracias a las pretensiones de su propio emperador. Es el tributo más extraordinario a su memoria; se decía que Alejandro había envidiado a Aquiles por haber tenido a un Homero que difundió su fama, pero incluso sin un poeta semejante su viaje a Troya continuó siendo una fuente de inspiración duradera.

Así pues, era una larga perspectiva la que Alejandro dejaba tras de sí cuando regresó al este desde Troya para reunirse con Parmenión. No había escapatoria posible del pasado heroico, pues la ruta por la que viajó era tan vieja como Homero y aparecía expresamente mencionada en su poema favorito. Su mito personal estaba con él; delante, el ejército aguardaba. Los dioses y los héroes fueron convocados a su lado, pero el tiempo del romanticismo y el ceremonial había concluido.

8. LA BATALLA DE GRÁNICO

El grueso del ejército cruzó los Dardanelos por una ruta más convencional, y cuando Alejandro se reunió con su comandante Parmenión, todas las esperanzas se centraban en un encuentro rápido con el enemigo. El ejército llevaba consigo provisiones para treinta días, una cantidad para la que los macedonios habían sido entrenados por Filipo; la mitad ya había sido consumida, por lo que debían conquistar o concertar los suministros habituales del mercado con un número suficiente de ciudades griegas para poder alimentar a las tropas. La base más probable de los persas era el castillo de su sátrapa, a unos trece kilómetros al este; antes de emprender la marcha en esta dirección, Alejandro pasó revista e hizo el recuento del conjunto de sus tropas.

Llevaba con él a unos treinta y dos mil hombres de infantería: nueve mil pertenecían a las seis brigadas de los Compañeros de a Pie macedonios, tres mil a los Portadores de Escudo, mil a las tropas de refriega extranjeras y sólo siete mil eran aliados griegos. Siete mil soldados de infantería bárbaros, procedentes de Tracia e Iliria y probablemente provistos de armamento ligero, aportaban una nota de valiosa ferocidad; los tracios, en particular, eran soldados para los que la decencia común significaba muy poco, y «pueden encontrarse interesantes paralelismos con el modo en que los británicos, los franceses y los americanos utilizaron a los pieles rojas a finales del siglo XVII».[4] Las victorias del verano anterior habían convencido a sus jefes de unirse a la expedición, incluidos los tribalos; sus cifras se incrementaron con los refuerzos y, hasta que fueron abandonados como guarniciones en la India, los tracios son un recordatorio de que no debe echarse la culpa de todas las atrocidades cometidas a Alejandro y sus macedonios.

Aparte de unos pocos griegos aliados, de los tracios ligeramente armados y los entrenados jinetes de Peonia procedentes de la frontera norte de Macedonia, el poder de la caballería residía en mil ochocientos Compañeros y mil ochocientos tesalios pesadamente equipados, menos de la mitad de los efectivos ecuestres del único estado griego que disponía de la nobleza y las llanuras necesarias para igualar a los jinetes macedonios. Juntamente con la vanguardia, que contenía a la mayoría de los exploradores a caballo macedonios, la caballería totalizaba unos seis mil hombres; la infantería de vanguardia contenía macedonios y muchos griegos mercenarios, y esto hacía que el cuerpo de infantería sumase unos cuarenta y tres mil hombres. En el contingente principal de Alejandro había también cinco mil griegos mercenarios, probablemente armados para desempeñar un cometido sencillo más que para prestar

servicio en primera línea contra los persas en las llanuras abiertas, para lo cual su equipamiento no era el adecuado. La paga, al igual que la comida, pronto se convertiría en otro elemento de presión, a menos que se consiguiese una rápida victoria.

Cuando los dos ejércitos se juntaron, todas las ciudades, a excepción de unas pocas poblaciones pequeñas de la costa noroccidental del Imperio, se perdieron de nuevo en favor de Persia; sólo un aliado leal era todavía significativo, pero importaba más desde el punto de vista de los persas. Al oeste, la ciudad isleña de Cícico continuaba apoyando la nueva invasión: los persas habían intentado conquistarla, incluso disfrazando a sus soldados con los anchos cascos macedonios, pero Cícico había aguantado, y esta resistencia les costaba cara a los persas. El hecho más notable era que los sátrapas persas de la provincia del Helesponto eran los únicos gobernadores de Asia occidental que nunca habían acuñado sus propias monedas; cada año tenían que enviar al rey el tributo de la provincia en forma de dinero, y para hacer frente a esta necesidad los sátrapas sólo podían haber utilizado un sucedáneo local; lo más probable es que usaran la abundante moneda de Cícico, que poseía uno de los sistemas monetarios más ampliamente conocidos en el mundo griego. Sin embargo, la ciudad no pertenecía al rey persa, pues no formaba parte del Asia continental; era libre de cerrar sus puertas y, al barrarlas en favor de Macedonia, causó importantes inconvenientes al ejército persa, muchos de cuyos soldados habían sido contratados para la ocasión; se esperaban, por tanto, pagos regulares de dinero para la comida y los salarios. Su comandante se había forjado una reputación por pagar puntualmente el dinero de la pensión alimenticia, pero sin Cícico no podría continuar haciéndolo con tanta facilidad.

En otros lugares, Alejandro sólo podía confiar en la política de su padre de liberar las ciudades griegas de Asia. Sin embargo, la liberación siempre es una promesa dudosa, y ya se había visto cómo el contingente de avanzada la traicionaba; Alejandro no tardó mucho en topar con la desconfianza que suscitaba en los nativos lo que la libertad podía significar esta vez, pues los tres primeros días de marcha lo llevaron hacia el noreste, siguiendo la costa asiática, donde su objetivo era evidentemente Lámpsaco, una próspera ciudad griega situada junto al mar. Sin embargo, Lámpsaco fue más reticente a dejarlo entrar. Los sátrapas persas habían estado acuñando moneda en la ciudad y los generales habían recurrido a sus fondos, quizá porque Cícico estaba cerrada: los empleados de Persia no harían ningún movimiento en favor de Alejandro, y, por tanto, la primera ciudad griega que él acudió a liberar lo rechazó como a quien no se necesita. Posteriormente, cuando la victoria dio un mayor significado a su promesa de libertad, unos enviados acudieron a suplicarle que Lámpsaco fuera perdonada, pero hasta que Alejandro no mostrase su fuerza no podría ni subvertir ni convencer a los jefes de las ciudades griegas que, con

demasiada frecuencia, habían oído y padecido la oferta de «libertad» por parte de invasores.

En consecuencia, Alejandro retrasó su liberación y se volvió hacia el sureste, en dirección al castillo del sátrapa local, esperando que la batalla se librara a lo largo del camino. Los pueblos que no eran importantes lo recibieron con su rendición, de manera amistosa en todas partes, pero aunque los jinetes de Alejandro exploraron los montes, no se encontró al enemigo por ninguna parte. El terreno daba paso a una generosa llanura, y los exploradores se dirigieron de nuevo hacia el mar cercano; allí no había nada de lo que informar, excepto de la bienvenida dispensada por algún pueblo más. Mientras tanto, en el sur, a sólo treinta y dos kilómetros de distancia, las tropas persas se estaban concentrando sin haber sido todavía avistadas.

Al recibir noticias de la invasión, el alto mando persa dejó la fortaleza a orillas del lago Dascilio y se desplazó a través de sus campos y bosques, densamente arbolados, hasta una zona montañosa más empinada en el oeste. Allí, en la pequeña ciudad griega de Zelea, el tirano local los acogió, y los persas discutieron sobre las posibles tácticas. Había dos alternativas: o bien enfrentarse directamente a Alejandro, o bien quemar las cosechas a su paso e intentar rechazarlo por la falta de víveres. El segundo plan era de Memnón, un griego de la isla de Rodas que había seguido a su hermano al servicio de los persas; Memnón había sobrevivido a los cambios que habían tenido lugar a lo largo de quince años y había brillado en el papel desempeñado como general contra la avanzada del ejército macedonio. Con la ayuda de la infantería griega mercenaria, hizo retroceder al enemigo tras las primeras victorias; una prueba de su don de mando puede verse quizás en una serie única de monedas persas sobre cuyos reversos está grabado lo que parecen ser mapas de los alrededores de Éfeso, escenario de la campaña de Memnón; cuando pagaba a sus tropas mercenarias, les estaba dando, al parecer, un práctico recordatorio de la geografía local en el reverso de sus pagas. Creador de los primeros mapas de campo que se utilizaron en la guerra griega, Memnón no era un general al que se pudiera despreciar; unos diez años antes había vivido también como exiliado en Macedonia y había visto por sí mismo el estilo del ejército de Filipo.

Su plan era sensato y, cuando se adoptó un año más tarde, casi se demostró que era acertado. Sin embargo, aunque Memnón se había casado con una mujer persa, era un griego aconsejando a los persas sobre cómo luchar contra los griegos y hubo profundas objeciones a su política. Memnón les pedía a los sátrapas que incendiaran una tierra que era altamente productiva; además, ellos y sus compañeros iranios se habían apoderado de las mejores tierras para crear sus propios estados. Alrededor de Zelea, por ejemplo, donde estuvieron discutiendo, se extendían los bosques y campos de los antiguos reyes lidios que ahora los persas mantenían para practicar su deporte favorito, la caza; en unos relieves de mármol procedentes del lugar donde se

encontraba el castillo del sátrapa, todavía se los puede ver disfrutando de la caza a caballo, mientras que el castillo se alza sobre los lagos y reservas de caza cuyos árboles y animales supusieron una revelación para los ojos griegos; la región todavía es famosa por sus pájaros exóticos. Los persas cultivaban la tierra tan bien como cazaban. Por la costa, los nobles persas vivían en el interior de unas haciendas en las que trabajaban centenares de siervos locales; los castillos privados, de gran altura, servían como espaciosos graneros, hasta el punto de que un oficial de la zona podría haber abastecido con cereales a un considerable ejército durante casi un año. Estando así las cosas, Memnón consideró oportuno proponer una devastación, pero él no era más que un extranjero hablando de los cotos de otros. Él mismo era propietario de una gran hacienda, pero se trataba de un regalo reciente; otros habían visto antes cómo sus antiguos hogares ardían, y el recuerdo era de lo más desagradable. También era dudoso que los súbditos quisieran ayudar quemando sus propias cosechas.

De un modo audaz, pero equivocado, el mando persa rechazó el plan de Memnón y ordenó el ataque a discreción que Alejandro había esperado. Desde Zelea, la ciudad de la que Homero había dicho «que está al pie del monte Ida, donde los hombres son ricos y beben las oscuras aguas del Esopo», el ejército persa descendió por el oeste hasta la llanura, mientras que a unos cuarenta y ocho kilómetros de distancia, una mañana de mediados de mayo, Alejandro todavía estaba marchando sin haberse dado cuenta de ello, con la infantería en doble fila, la caballería a cada lado y el séquito con los pertrechos situado prudentemente en la retaguardia. Pasó un día antes de que los exploradores a caballo regresaran galopando a través de la maleza de los campos abiertos: el ejército persa, le informaron finalmente, estaba esperando para la batalla en la otra orilla del río Gránico.

Después de la ansiosa búsqueda llevada a cabo durante los últimos seis días, Alejandro debió de recibir la noticia con alivio. Sin embargo, algunos de los oficiales no se mostraron tan confiados; no alcanzarían el río hasta la tarde, y el mes, observaron, era el mes macedonio de Desio, durante el cual los reyes nunca iban a la guerra. Con todo, sus escrúpulos eran irrelevantes, pues probablemente la prohibición había surgido de la necesidad de recoger la cosecha durante ese mes; sin embargo, Macedonia disponía ahora de esclavos y trabajadores suficientes para hacer este trabajo sin la ayuda del ejército. Alejandro rebatió a los oficiales de un modo propio de él, ordenando que se modificara el calendario y que se insertara un segundo mes de Artemisio en el lugar del de Desio. Seguiría adelante costara lo que costara y, a primera hora de la tarde, el ejército alcanzó el río Gránico y pudo inspeccionar al enemigo: el examen justificó la decisión de prescindir de la fecha.

Posteriormente los rumores exageraron las cifras de un modo ridículo, pero no hay duda de que en el Gránico el ejército persa era sensiblemente más pequeño que el de Alejandro, quizás unos treinta y cinco mil hombres frente a sus cincuenta mil.

Excepto en el caso de Memnón, los comandantes eran aristócratas iranios, la mayoría sátrapas o gobernadores de las tribus de Asia occidental, algunos de ellos parientes reales u Honoríficos del rey persa. Sin embargo, ninguna unidad de Persia, la provincia que gobernaba el Imperio, estaba presente, y la caballería, su fuerza tradicional, procedía de las reales colonias militares que, como compensación por los servicios prestados, hacía mucho tiempo que se habían establecido en las ricas llanuras cercanas a la costa de Asia, lejos de sus hogares allá por el mar Caspio o el Oxo; otros jinetes procedían de las tribus montañesas de Capadocia y Paflagonia, cuyos caballos eran famosos pero cuyos gobernadores iniciaron una rebelión contra el Imperio poco rígido de los persas hacía menos de treinta años. Algunos de ellos llevaban una pesada armadura con las protecciones de metal que Jenofonte había observado y que confirman las esculturas persas; los flancos de los caballos y las piernas de algunos jinetes estaban protegidos con anchas placas de metal, mientras que de las sillas de montar de otros jinetes sobresalían, como alerones, los protectores para las piernas que los resguardaban contra los golpes de espada. Los petos y arreos para la cabeza de los caballos también eran de metal, mientras que los jinetes ricos llevaban una armadura recubierta de plata y un yelmo revestido de metal, precursores de las catafractas de cota de malla de los persas sasánidas, a quienes el ejército romano puso el sobrenombre de «muchachos caldero» por el casco y el metal de su armadura. Estos jinetes tenían muy poca movilidad, pero, situados al borde de la orilla de un río, donde era más probable un empujón que una justa, la pesada armadura resultaba más útil que la capacidad de maniobra; no obstante, era un punto a favor de Alejandro que los miembros de la caballería de los persas estuvieran armados con jabalinas arrojadizas, mientras que sus Compañeros llevaban lanzas más fuertes y ofensivas de madera de cornejo. Ahora bien, esto sólo resultaría favorable si sus hombres podían disponer de espacio para cargar, y el lecho de un río no parecía el lugar más adecuado.

En la infantería, los persas no habían mandado llamar a los arqueros, pero habían contratado a casi ciento veinte mil griegos de las habituales fuentes de reclutamiento. Por el momento estaban posicionados tras la línea de batalla, pero Memnón era un experimentado comandante de mercenarios y, si la batalla se libraba de inmediato, indudablemente los haría avanzar; a los Compañeros les resultaría difícil romper su sólida formación a menos que pudieran tomarla por el flanco, y, hasta que no la hubieran roto, los Compañeros de a Pie no podrían atacar con sus sarisas. La lucha prometía ser dura.

Había un elemento que descartaba la esperanza de una justa medición de fuerzas: el río que corría entre los dos ejércitos. Alineadas en la otra orilla, las tropas persas mantenían una espléndida posición defensiva; una parte del curso del río Gránico fluía rápido y bajo entre los escarpados terraplenes de lodo que las historias de

Alejandro mencionan expresamente como producto del azar; su anchura era de unos dieciocho metros, y el tramo constituido por una escarpada pendiente al pie del monte Ida apenas dejaba libertad de movimientos para que las tropas subieran o bajaran por ahí. El ejército macedonio había marchado recorriendo probablemente unos dieciséis kilómetros al día y necesitaba tiempo para desplegarse en orden de batalla, fundamentalmente porque las órdenes se transmitían de boca en boca a través de las líneas. Cuando estuvieran preparados para llevar a cabo la estrategia de Alejandro, la tarde estaría ya muy avanzada. Mientras cabalgaba a lo largo de la orilla del río sobre su segundo caballo, pues Bucéfalo estaba cojo o lo consideraba demasiado valioso para arriesgarlo de este modo, la silueta de Alejandro, con el yelmo adornado con dos plumas blancas, recortaba una estampa singular. Sin embargo, el tipo de estrategia que eligió es una cuestión más controvertida.

De acuerdo con uno de sus oficiales, que escribió poco después de la muerte de Alejandro, no había ninguna duda. El anciano Parmenión se había acercado hasta él para darle su consejo: sería más prudente, se rumoreaba que había dicho, acampar durante la noche a la orilla del río, pues la infantería del enemigo era inferior en número y no se atrevería a acampar cerca de la ribera. Al alba, los macedonios podrían cruzar el río antes de que los persas hubieran formado, pero por el momento no debían arriesgarse a una batalla, puesto que sería imposible conducir las tropas a través de aguas tan profundas y con tantos escalones y terraplenes. «Fracasar en el primer ataque sería peligroso para la batalla que tenemos entre manos y perjudicial para el desenlace de la campaña en su conjunto».

Alejandro rechazó el consejo: su oficial escribió que replicó a Parmenión diciendo que «sabía que éste era el caso, pero que se sentiría avergonzado si, tras haber cruzado el Helesponto con facilidad, la insignificante corriente del Gránico le impidiera cruzarlo allí mismo y en aquel preciso momento. Consideraba que posponer el ataque no era digno de la gloria de sus macedonios o de su propia capacidad de reacción ante los peligros. Además, si los persas no sufrían el ataque inmediato que temían, eso contribuiría a que pensaran que ellos eran un contrincante fácil para sus hombres». Parmenión fue enviado para dirigir el ala izquierda, mientras que él mismo se desplazó a la derecha; hubo una larga pausa y entonces, para probar su punto de vista, lanzó a los exploradores a caballo, seguidos por los Compañeros, contra la caballería enemiga que estaba alineada en la otra orilla; mediante un despliegue de heroicidad personal contra los generales persas que le hizo perder la lanza y que casi le costó la vida, Alejandro abrió un paso para los Compañeros de a Pie y el camino para lograr una victoria vespertina.

Probablemente esta conversación con Parmenión sea una ficción, pues resulta sospechoso lo a menudo que Parmenión aparece como el «consejero» de Alejandro, no sólo en las historias de los oficiales sino también en las leyendas, tanto las griegas

como las judías, en las que por lo general el consejo es refutado y eso sirve para resaltar la osadía y la inteligencia de su señor. Es más relevante que, cuatro años después de la batalla, Parmenión fuera asesinado por orden de Alejandro debido a la conspiración de su hijo. De los pocos retazos que se conservan de la historia oficial de Calístenes puede deducirse que el papel de Parmenión en la gran batalla campal de Gaugamela fue duramente criticado, probablemente de manera injusta. La historia sobre Parmenión que se utilizó en Gaugamela podría muy bien haberse aplicado en el Gránico, de nuevo quizá por obra de Calístenes, o quizá por uno o por ambos de sus historiadores posteriores, es decir, Ptolomeo, el amigo de Alejandro, y su viejo apologista Aristóbulo. Si Calístenes fue quien empezó a contar dicha historia, entonces esta «refutación» de Parmenión debió de producirse para agradar a Alejandro, posiblemente porque se escribió después de que Parmenión fuera asesinado y se pensaba que su memoria había de desacreditarse. Sin embargo, el episodio no sólo era un recurso para resaltar la audacia de Alejandro; también era fraudulenta, pues otros describieron una batalla que se libró exactamente como Parmenión había sugerido, y, por diversas razones, probablemente estaban en lo cierto.

Alejandro, escribió un historiador que no le debía nada, acampó para pasar la noche a orillas del Gránico. No hubo ninguna conversación con Parmenión, sino que, al alba, Alejandro cruzó el río sin encontrar oposición, probablemente porque, en efecto, los persas habían establecido su campamento en una colina, unos dos o tres kilómetros más abajo; no era una práctica habitual de los persas iniciar una marcha antes de la salida del sol, y su costumbre universal de acampar tranquilamente a distancia, e incluso de manear a sus caballos frente al campamento, ya había sido subrayada por Jenofonte como una buena oportunidad para los atacantes. Habiendo iniciado una marcha furtiva y sigilosa al amanecer, Alejandro abrió en abanico la primera línea y se enfrentó con una carga precipitada de la caballería persa, que saltó sobre los caballos al conocer la noticia de que estaban cruzando por sorpresa y se puso a galopar a la cabeza de la infantería. Contra ellos, Alejandro mostró un heroísmo digno de Aquiles, derribando a varios sátrapas y recibiendo el impacto de una enorme cantidad de armas sobre su escudo troyano, si bien, en el flanco izquierdo, la gallardía de Parmenión y la caballería tesalia obtuvo un apretado segundo lugar, un hecho que los oficiales evitaron mencionar. Tras un prolongado zarandeo y después de hacer buen uso de la cimitarra, la caballería persa huyó tras perder a varios sátrapas y generales; cuando despuntaba el alba, la primera línea de Alejandro cayó sobre el campamento enemigo y rodeó a la infantería griega contratada por los persas, que intentó oponer resistencia. Inferiores en número, los mercenarios consiguieron herir al caballo de Alejandro, pero muchos de ellos fueron asesinados y apenas dos mil fueron hechos prisioneros. Alejandro no podía permitirse

el lujo de contratarlos, por lo que decidió dar un escarmiento al resto de los griegos rebeldes; a juzgar por las cifras de sus oficiales, esto significa una masacre de más de quince mil hombres.

Según esta versión, la batalla se libró y se ganó exactamente de la forma en que Parmenión, de acuerdo con los oficiales de Alejandro, le había aconsejado erróneamente. Visto de manera retrospectiva, ¿les dio la impresión que esta astuta táctica, que tuvo lugar al amanecer, no era tan digna de un héroe ni tan aguerrida, por lo que inventaron una que sucedía por la tarde para sustituirla, y echaron la culpa de la batalla que realmente tuvo lugar a la excesiva precaución de Parmenión? En la búsqueda de Alejandro, los diversos vestigios que quedan de los recuerdos de sus amigos deben cotejarse con el esquema que sigue la narración de un autor literario, puesta por escrito durante los quince años siguientes a la muerte de Alejandro a partir de lo que habían oído y leído de los participantes. Sin embargo, dicho esquema es equivocado en relación con otras batallas de Alejandro y con la secuencia de otros acontecimientos. Frente a la versión de Ptolomeo, que fue testigo ocular, en este caso no deberíamos aceptar esta segunda versión.

Sobre las secuelas de la victoria no hay ningún margen de duda, y poco de lo que lamentarse. Como caudillo de hombres, Alejandro proyectó un hechizo personal que estaba firmemente basado en el esfuerzo, y los acontecimientos en el Gránico pusieron de manifiesto el notable modo en que comenzó. Memnón y varios sátrapas escaparon, pero Alejandro enterró a los líderes persas, un gesto griego de piedad que habría afligido a sus destinatarios, pues muchos persas no creían en la inhumación por razones religiosas. Con un estilo más acertado, Alejandro «mostró gran preocupación por los heridos, visitándolos a todos, uno a uno, interesándose por sus heridas y preguntándoles cómo las habían recibido». Humano hasta el fin, «les dio la oportunidad de que alardearan y le explicaran cómo habían actuado en la batalla». Veinticinco hombres de la caballería de los compañeros murieron en la carga que Alejandro capitaneó, por lo que a la mañana siguiente ordenó que fueran enterrados con gran magnificencia y decretó que sus padres e hijos debían quedar exentos de los impuestos, las obligaciones del servicio y los reclutamientos básicos; a Lisipo, su escultor oficial, se le encargó que realizara estatuas de bronce de cada uno de ellos para erigirlas en la fronteriza ciudad macedonia de Dío. Y en lo que respecta a los griegos mercenarios al servicio de los persas, se enterró a miles de muertos, pero los prisioneros fueron encadenados y enviados a realizar trabajos forzados a Macedonia «porque habían luchado como griegos contra griegos, a favor de los bárbaros, contrariamente a los decretos comunes de los aliados griegos». Bajo la cobertura del mito del padre de Alejandro, Macedonia consiguió mano de obra, y, con un pretexto legal, se dio ejemplo para disuadir a cualquier reemplazo griego futuro de unirse a la causa del enemigo.

El botín se trató con la misma astucia y sofisticada aparatosidad. El excedente se envió a Olimpia, en cuanto reina de Macedonia, pero se eligieron trescientas armaduras persas para consagrarlas en Atenas a Atenea, la diosa de la ciudad, y se ordenó que se añadiera la siguiente inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos, de los bárbaros que viven en Asia». Por esta sencilla fórmula debe reconocerse a Alejandro el mérito de una de las consignas más brillantes y diplomáticas de la historia antigua; se denominaba a sí mismo Alejandro, no rey Alejandro, ni caudillo, ni general, sino meramente el hijo de Filipo, en un estilo impecablemente humilde; de los griegos, escribió, no de los macedonios ni de los agríanos, ni de las tribus de Europa que habían ganado una batalla en la que los griegos sólo habían destacado de un modo prominente en el bando enemigo; de los bárbaros, cuyos ultrajes Alejandro estaba vengando pero a cuyos líderes, sin embargo, había enterrado; de una victoria, sobre todo, de los griegos «excepto los espartanos», tres palabras que resumen las emociones de toda la historia griega de los doscientos años anteriores. Por un lado, no había espartanos presentes: ninguno de los soldados griegos mejor entrenados, ninguno de los espartanos que habían hecho retroceder a Jerjes hacía mucho tiempo en las Termópilas, a los que nada importaban las flechas que oscurecían el sol porque «Esparta no consideraba que la costumbre de sus padres fuera seguir, sino dirigir»; sin embargo, tampoco había ninguno de los espartanos a los que las ciudades más pequeñas del sur de Grecia todavía temían y detestaban, cuya impopularidad había sido hábilmente explotada por Filipo y cuya sombra había oscurecido la historia de las democracias, no sólo en Atenas, sino también en todo el mundo griego; los espartanos, que habían ido a liberar a los griegos de Asia setenta años antes y que cínicamente los habían entregado al rey persa; era un mensaje con un significado claro y dice mucho el hecho de que su destinataria fuera Atenas, la ciudad cuya cultura Alejandro y su padre habían respetado, pero cuya mala conducta habían temido y combatido durante dos décadas.

Dicen los historiadores que mil años separan la victoria lograda en el Gránico de la caída de Troya, que según calculó Calístenes ocurrió en el mismo mes en que tuvo lugar la invasión de Alejandro: mil años, por tanto, entre un Aquiles y la llegada de su émulo a las llanuras de Némesis, diosa de la venganza, como Calístenes denominó el lugar de la batalla. Era, en efecto, el comienzo de una nueva era, aunque ninguno de los que regresaron de aquel lugar podía darse cuenta de hasta qué punto lo era; no se trataba de una nueva filosofía o una nueva ciencia, sino del vasto alcance geográfico de la conquista y la incidental expansión del modo de vida de un pueblo.

Podemos figurarnos fácilmente
la total indiferencia de los espartanos
ante esta inscripción. «Excepto los lacedemonios»,[5]
es evidente. No eran los espartanos
quienes se dejaban conducir y gobernar

como dóciles siervos. Además,
una expedición panhelénica que no estaba
mandada por un rey de Esparta
les parecía indigna de preocuparse.
Evidentemente «excepto los lacedemonios».

Una actitud como otra. Se comprende.

Y así, excepto los lacedemonios sobre el Gránico;
y también en Isos; y por fin en la decisiva
batalla, donde fue destruido el inmenso ejército
que los persas habían concentrado en Arbela,
que desde Arbela avanzó hacia la victoria y fue destruido.

Y es de esa gigantesca expedición panhelénica,
la victoriosa, la ilustre,
la renombrada, la glorificada
como ninguna otra lo fuera nunca,
de tal expedición, de quien nacimos nosotros;
un mundo griego inmenso, nuevo.

Nosotros: los alejandrinos, los de Antioquía,
los seléucidas y tantos otros
griegos de Egipto y de Siria,
y los de Media, y los de Persia, y de otros sitios.
Con nuestros opulentos estados,
con la acción sutil de nuestros gobernantes.
Y nuestra común Lengua Griega
conocida por todos desde Bactria hasta la India.

¡Hablar ahora de los lacedemonios![6]

K. KAVAFIS
«En el año 200 antes de Cristo»

9. LA CAMPAÑA PUNITIVA CONTRA LOS PERSAS

«Mi capacidad de reacción ante el peligro…». En las semanas que siguieron a la victoria en el Gránico, Alejandro se ganó la divisa que posteriormente pusieron en su boca sus propios historiadores. Desde un punto de vista táctico, el problema era sencillo. Alejandro tenía que mantener su ventaja antes de que los persas pudieran recuperar el equilibrio y desafiarlo en alguno de los estratégicos bastiones fortificados que había en la costa. La distancia jamás detuvo a Alejandro y, además, la costa occidental de Asia nunca había estado excesivamente ocupada por las guarniciones del rey y los colonos feudales; sin embargo, Alejandro se estaba moviendo en un mundo de intereses complicados, cada uno de los cuales había de ser tenido en cuenta si quería acelerar su avance.

En la jerga administrativa del Imperio persa, la costa de Asia Menor estaba dividida entre el campo y las ciudades; el propietario reconocido del campo era el rey, que recibía impuestos fijos y distribuía a su antojo las haciendas a los colonos, los administradores o los nobles persas y griegos con una petición de favor real. Los contrafuertes de los montes que se interponían y las partes más remotas del interior se habían dejado en manos de las salvajes tribus nativas, que eran todo lo independientes que les permitían sus propios medios; sin embargo, la costa estaba densamente poblada de ciudades griegas, y su estatus había sido durante mucho tiempo objeto de discusión entre las potencias de la Grecia continental, que querían dominarlas, y el rey persa, que quería gravarlas con impuestos. Durante los últimos cincuenta años, estas ciudades habían acordado que pertenecían al rey mediante un tratado de paz; siguiendo la consigna de su padre, Alejandro estaba ahora obligado a cumplir el ideal familiar de liberarlas.

En lo tocante a las finanzas y la religión, los persas no habían sido ni unos entrometidos ni unos amos extorsionadores; la escala de los tributos era fija y la mayoría de las ciudades eran ricas gracias a sus tierras, en especial aquellas que tenían una activa banca en el templo. Y del mismo modo que en Asia Menor había muchos magos que habían encontrado un hogar en Éfeso, así el rey persa respetó los derechos de los predios cercanos de los dioses griegos Apolo y Ártemis, a los que identificaba con sus propios dioses. Sin embargo, al igual que los romanos o los británicos, los persas habían descubierto que, desde un punto de vista político, resultaba más conveniente llegar a un acuerdo con las camarillas de los ricos y poderosos. Las tiranías locales florecían en las ciudades griegas más pequeñas y

menos accesibles, sabiendo que su limitado poder contaba con el apoyo de la administración persa. En las ciudades más grandes, los hiparcas, los generales, los jueces y los comandantes de las guarniciones persas convivían sobre la base de unos términos que resultaban satisfactorios para los peces gordos locales, estableciendo relaciones de amistad que, en varios casos, salvaron las diferencias del este y el oeste con una cordialidad encomiable. Puesto que las ciudades estaban rodeadas por el campo, los ciudadanos ricos habían establecido una doble alianza, ya que como terratenientes debían impuestos al rey persa, pero como ciudadanos conservaban su elegibilidad para un cargo dentro de la ciudad. Inevitablemente, ambas alianzas tendían a fusionarse en una, y, por lo general, era la libertad de sus conciudadanos la que se veía afectada, pues los ricos y los poderosos seguían simpatizando con los persas y establecían tiranías políticas. Gobernar a través de los ricos era algo natural en el sistema de control de los persas, quienes a menudo intervinieron para promoverlo, mientras que los sentimientos de la ciudad entraban en amargo conflicto y la gente vivía una de las situaciones más revolucionarias del mundo antiguo. Los ricos estaban separados de los pobres, por tanto clase contra clase, y los demócratas detestaban a los oligarcas con una intensidad tal que superaba incluso la de las odiosas divisiones sociales de Grecia, libres al menos de la provocación de un imperio extranjero. «Las ciudades —escribió Luciano, un sofista griego de Asia, cuando los romanos desempeñaron el papel de los persas— son como colmenas: cada hombre tiene su aguijón y lo usa para aguijonear a su vecino». La metáfora se adecuaba, más aún si cabe, a la época de Alejandro, pues entonces los aguijones eran igual de virulentos y las ciudades, como verdaderos enjambres, estaban activamente divididas en clases.

En esta maraña de conflictos civiles y odio entre clases, Alejandro necesitaba, para ejercer su liderazgo, hallar una rápida solución. La campaña de su padre sólo se había llevado a cabo para castigar a los persas en favor de los griegos; también se había hablado de la liberación de las ciudades griegas de Asia, pero el castigo y la libertad apenas significarían algo más que deshacerse de los amos persas. El caudillo aliado de los griegos era a la vez un conquistador macedonio: no sería difícil lograr que estas dos vertientes dejaran de estar en conflicto.

Inmediatamente después del Gránico, Alejandro hizo tres movimientos reveladores. Dictó órdenes de que el ejército no debía saquear el territorio; sin embargo, eso significaba poseerlo como un rey persa, y por ello designó al líder macedonio de la primera fase de la invasión sátrapa de la Frigia Helespóntica, manteniendo un título del enemigo que honoraba al gobierno persa y que puede que sorprendiera a los macedonios. En cuanto a los lugareños que bajaron de los montes para rendirse, Alejandro los mandó de regreso de un modo tan desinteresado como cualquiera de sus predecesores persas. En toda la provincia, el tributo se pagaría con

la misma frecuencia que se pagaba a Darío. Troya fue declarada libre y se le concedió una democracia, lo cual constituía una pista de adonde podría conducir la liberación de Alejandro, aunque hasta entonces no se había hecho ninguna previsión general para las ciudades griegas; los hombres de Zelea, el cuartel general de los persas, habían sido «exculpados puesto que se les forzó a abrazar el bando persa». Presumiblemente su tirano iba a ser depuesto, si es que no había huido ya.

Desde el campo de batalla se envió a Parmenión para que tomase el castillo de Das cilio, que pertenecía a un sátrapa; puesto que los guardianes habían desertado, su conquista no presentaba problemas. Mientras tanto, Alejandro tomó la antigua ruta del suroeste a través de la llanura hasta Sardes, sede del sátrapa de los lidios, de cuyo imperio se habían apoderado los persas hacía más de doscientos años tras la derrota de Creso, su célebre rey. Presto para atacar, Alejandro no era el único que tenía prisa. Unos once kilómetros fuera de las murallas salió a su encuentro Mitrines, el comandante del fuerte persa y el hombre más poderoso de Sardes, que le ofreció su ciudad, su fortaleza y su dinero. Alejandro incorporó a Mitrines al personal a su servicio en calidad de amigo honorario y permitió que Sardes y el resto de Lidia pudieran «utilizar las antiguas leyes de los lidios y ser libres». Puesto que no sabemos nada del gobierno persa en Sardes, excepto que los lidios fueron acuartelados y desarmados, es imposible decidir qué privilegios restauró esta concesión; sin embargo, los persas eran famosos por sus jueces provinciales, y los documentos de Babilonia y Egipto muestran cuán ampliamente se invocó la «ley del rey» contra sus súbditos. En teoría, Alejandro tuvo un gesto hacia la sensibilidad de los lidios, aunque la cruzada griega no les debía nada, ya que no eran griegos. Al subir a lo más alto de la acrópolis, que, partida en dos, todavía está en pie y domina las tumbas de los viejos reyes lidios en la llanura que hay al lado, Alejandro se maravilló ante la solidez del fuerte persa y admiró la triple muralla y el pórtico de mármol. Momentáneamente consideró la posibilidad de construir un templo a Zeus Olímpico en la cima, pero los rayos rasgaron el cielo de verano y la lluvia se precipitó sobre el antiguo palacio de los reyes lidios: «Alejandro consideró que era un signo de la divinidad que indicaba dónde debía construirse el templo de Zeus y dio las órdenes necesarias de acuerdo con ello». En este augurio de Zeus Tonante, la idea de un templo en el emplazamiento de la antigua dominación implicaba un generoso reconocimiento de los reyes lidios, que fueron subyugados por los persas en los últimos doscientos años; desde un punto de vista diplomático, Alejandro tenía más razones para optar por esto último que para obedecer a un chaparrón.

Ser un conquistador significaba tener que gobernar. Alejandro dejó a un Compañero en el fuerte persa, y uno de los hermanos de Parmenión se convirtió en sátrapa de Lidia y Jonia con las fuerzas de apoyo necesarias. Esta separación de los mandos estaba en consonancia con la práctica de los persas y dividía la carga del

trabajo en una área que todavía no era segura; como después advirtieron los romanos, un oficial podía observar el comportamiento de otro e informar al rey. Además, se le encomendó a un griego el cobro de «tributos, contribuciones y regalos». Como ciudad libre, probablemente Sardes pagó la «contribución» en vez del tributo imperial, y el hecho de que se la dotara de una guarnición de griegos argivos no constituía necesariamente una violación de su libertad. Era probable que se produjesen represalias por parte del enemigo y que la ciudad necesitase disponer de una defensa. Ahora bien, aunque Sardes salió ganando, el resto de Lidia sólo cambió un amo por otro.

No se trataba de perder el tiempo en nuevas reorganizaciones. El tesoro de la fortaleza era una adición muy valiosa a los fondos del ejército. El próximo objetivo era Éfeso, a unos ochenta kilómetros al suroeste por el Camino Real. Esta poderosa ciudad había dado la bienvenida a la avanzada de Filipo dos años antes, y todo inducía a pensar que se mostraría amistosa de nuevo. No obstante, Alejandro envió en primer lugar a todas las fuerzas griegas aliadas hacia el norte, al «país de Memnón» que quedaba detrás, y puede que, si éste era el estado del general Memnón, Alejandro esperara capturar a su enemigo personalmente. Las fuerzas griegas aliadas se reunirían con él más tarde, pues su ayuda era valiosa.

Al oír las noticias del Gránico, la guarnición contratada en Éfeso huyó. «Al cuarto día», Alejandro alcanzó la ciudad, restituyó por cuenta propia a los exiliados que habían sido expulsados e instauró una democracia en lugar de una oligarquía. Este momento, el primer contacto con una ciudad griega desde su victoria, era importante, en particular porque Éfeso ejemplificaba de lleno las luchas civiles. Dos años antes, Éfeso había sido gobernada por una junta pro persa; después, la avanzada de Filipo había expulsado a la junta y restaurado la democracia; un año más tarde la junta regresó, exiliando a los demócratas del año anterior; ahora Alejandro había inclinado la balanza y restaurado la democracia de un modo decisivo. Rebelándose a su vez, los habitantes de Éfeso se descontrolaron y empezaron a apedrear a las familias que habían gobernado gracias al apoyo persa, buena prueba del rencor que sentían por los tiranos. Alejandro tenía la experiencia necesaria para darse cuenta de que todas las clases son siempre tan vengativas como sus clases rivales, por lo que prohibió cualquier tipo de inquisición y venganza a sabiendas de que, en nombre de la restitución democrática, se sacrificarían vidas inocentes. «Fue por lo que hizo en Éfeso, más que en ninguna otra parte, por lo que Alejandro se ganó buena fama en esa época».

Las noticias pronto se difundieron, lo que dio poder a Alejandro. Dos ciudades cercanas le ofrecieron su rendición, quizás en términos democráticos, y se envió a Parmenión por tierra con el suficiente número de soldados para lograr que dichas ciudades mantuvieran su palabra. Alejandro empezó a sentirse más confiado a

medida que se extendía su influencia, de modo que despachó a uno de los diplomáticos macedonios más experimentados «a las ciudades de Eolia que quedaban detrás y a todas las ciudades de Jonia que todavía estaban bajo dominio bárbaro». Sus disposiciones se hicieron famosas, y con razón: Alejandro iba a «derribar las oligarquías en todas partes y a instaurar democracias en su lugar: los hombres tendrían sus propias leyes y quedarían exentos del tributo que pagaban a los bárbaros». Alejandro, que con demasiada frecuencia es recordado sólo como un conquistador, estaba dando un cuidadoso golpe maestro.

Había resuelto de un plumazo las contradicciones que suscitaba su propia posición. Las democracias hicieron sobradamente justicia a la consigna de libertad de Alejandro y, al invertir el apoyo que prestaban los persas a los tiranos y los nobles, liberaron el odio de clase y el fervor de los demócratas reprimidos a fin de conquistar las ciudades de Eolia y Jonia. Alejandro no se había comprometido a dar un trato similar a las ciudades griegas que había más al sur, pero había garantizado el agradecimiento y la lealtad de los nuevos gobiernos griegos que dejaba tras él y a su alrededor. Había sólidos precedentes para su método. En Éfeso al menos, la avanzada de Filipo había instaurado una democracia; en un pasado más lejano, el rey persa Darío I había reconocido la fuerza del odio que sentían las ciudades griegas de Asia hacia sus tiranos y les había dado democracias después de que se rebelaran para protestar. Lejos de improvisar, Alejandro estaba explotando la corriente política más antigua del Asia griega y, sin duda, también las eternas aspiraciones de los griegos más humildes, dondequiera que vivieran; sólo cinco años antes, en el otro extremo del mundo griego, las ciudades griegas de Sicilia habían sido conquistadas por el aventurero corintio Timoleonte y por su promesa, de tinte similar, de liberarlas por medio de la democracia, un precedente que tal vez los macedonios tuvieron en cuenta. Demarato de Corinto, el apreciado compañero de Filipo, había luchado por la liberación de Sicilia y, puesto que acompañó a Alejandro a Asia, pudo haberle explicado lo que significaban las lealtades democráticas en una ciudad griega en el extranjero; se supone que el propio Alejandro prefería el gobierno de los aristócratas. Puede que este golpe maestro fuera obvio, pero otros lo pasaron por alto: así lo hicieron nada menos que los invasores espartanos sesenta años atrás, que dominaron o abandonaron cínicamente a las ciudades griegas de Asia a las que habían ido a liberar.

«No hay mayor bendición para los griegos —proclamó la ciudad griega de Priene cincuenta años después de Alejandro— que la bendición de la libertad». Semejante actitud no tenía en cuenta en absoluto a los habitantes nativos de Asia, muchos de los cuales eran siervos al servicio de los griegos y sus ciudades, pero hubo una ciudad de la que Alejandro sacó el máximo provecho. El anuncio de su liberación marcó el fin de una era y así es como se interpretó. Entre aquellos a los que restituyó, el clima

imperante era el de la peculiar exultación de los políticos que regresan al poder cuando ya no contaban con ello; muchas ciudades jónicas empezaron a elaborar sus calendarios oficiales con unas fechas totalmente nuevas, y, a partir de entonces, la libertad se identificaría con el gobierno democrático, como si los dos siglos de tiranías persas hubieran constituido un interludio ilógico. El vocabulario de la política cambió y, en contrapartida, es probable que los nuevos gobiernos, bien en aquel momento o más adelante, rindieran a Alejandro honores que por otra parte estaban reservados a los dioses. El momento en que empezó a sondearse una cuestión que se plantearía abiertamente en los años posteriores no puede datarse con precisión. En Éfeso, quizá poco después de su visita, cuando Alejandro pidió que la reconstrucción del templo de Ártemis se dedicara en su propio nombre, los ciudadanos se negaron «porque no es propio de un dios honrar a otro», lo que prueba, de ser cierto, que la gente ya lo veneraba. Una vez más, Apeles, el artista de la corte, pintó para el templo de Éfeso un retrato de Alejandro sosteniendo el rayo de Zeus; esto también sugiere que Alejandro había sido identificado como un nuevo Zeus, aunque la fecha de la pintura no es segura. Se decía que Lisipo, el escultor de la corte, protestó porque consideraba que la lanza de un héroe habría sido más apropiada que el rayo de Zeus; sin embargo, Lisipo era rival de Apeles y estaba orgulloso de la estatua que había hecho de Alejandro, en la que éste sostenía precisamente una lanza. No era un efesio humilde, proscrito por creer en la democracia y que ahora regresaba milagrosamente a su ciudad natal por cortesía de un rey de veintidós años. Alejandro no era el primer griego que era honrado como un dios por motivos políticos; también la breve liberación de varias ciudades griegas de Asia llevada a cabo por su padre había sido recompensada con honores religiosos que casi llegaban a la adoración; la exultación del momento la hizo, por tanto, natural, pero una prueba de la profunda gratitud que sintieron las ciudades la constituye el hecho de que la adoración divina que profesaron a Alejandro no fue algo temporal ni una reacción forzada. Durante más de cuatro siglos, esta adoración persistiría de forma espontánea y se completaría con templos, sacerdotes y juegos sagrados; los ricos llegarían a valorar los diversos oficios religiosos que se le tributaban, pero unos pocos oligarcas de la época debieron de ver su inicio únicamente con disgusto y resentimiento.

Junto al hecho de garantizar la democracia, Alejandro había abolido en sus ciudades griegas el pago de tributos, un privilegio más generoso de lo que ningún otro señor les había concedido nunca. Sin embargo, al igual que los gobiernos modernos, Alejandro tenía el suficiente sentido político para ponerle otro nombre al impuesto que decía haber suprimido; en vez de un tributo, algunas ciudades griegas, si no todas, tuvieron que pagar una «contribución», probablemente un pago temporal hasta que Alejandro pudiera financiar por entero la flota, el ejército y las guarniciones con el botín conseguido. En Éfeso, seguirían satisfaciendo el tributo; éste tenía que

pagarse a Ártemis, la diosa de la ciudad, a la que desde hacía mucho tiempo los iranios habían identificado con la diosa del agua Anahita, y los excedentes se utilizaron presumiblemente para costear la reconstrucción de su magnífico templo; se puso a un oficial iranio a cargo de la recaudación de los fondos y la administración del templo, una tarea de responsabilidad que le iba bien a la naturaleza oriental del culto, y en honor a la diosa Alejandro encabezó una procesión de su ejército formado en orden de batalla. Después dejó la ciudad para ir a Mileto, una ciudad jónica situada en la costa, cuya rendición había prometido su gobernador en una carta. Al llegar a las primeras colinas de la ciudad, el camino serpenteaba a través de campos de heno; por ahí transportó Alejandro el equipaje más ligero en carromatos, mientras que la maquinaria y el equipo pesado fueron enviados por mar, siguiendo la costa, utilizando los navíos de transporte de su flota. En el camino, Parmenión y sus tropas se unieron a él y marcharon a través del valle del río Meandro, recibiendo la rendición de pequeñas ciudades en las que pudieron instaurar democracias y solicitar contribuciones.

En Mileto, una ciudad jónica, las esperanzas de Alejandro iban a verse defraudadas; la ciudad se alzaba sobre un prominente cabo y, tan pronto como su comandante de guarnición oyó que la armada persa que acudía en su ayuda estaba en camino, cambió de parecer acerca de la rendición. Era una noticia preocupante, puesto que el apoyo naval persa podía mantener indefinidamente abierta esta destacada posición; como tantas otras veces, la solución de Alejandro se basó en la rapidez. Capturó la parte exterior de la ciudad, colocó la flota griega aliada en el puerto para bloquear el anclaje de los persas, se instaló al pie de la muralla de la ciudad y la sitió para conseguir su sumisión por medios lentos pero tradicionales. Tres días más tarde, apareció la flota persa, que se encontraba en Egipto; constaba de cuatrocientos imponentes barcos, en opinión de los oficiales de Alejandro. Por primera vez en Asia, Alejandro se encontraba en inferioridad numérica. Puesto que ahora mantenía una fuerte posición defensiva, sólo necesitaba seguir bloqueando el puerto de la ciudad para impedir el ataque y continuar con el asedio del modo habitual; sin embargo, la visión de los navíos persas impulsó una vez más a Parmenión a brindarle su consejo; después de la conversación que hablan mantenido en el Gránico, este episodio despierta una inquietante desconfianza.

Parmenión aconsejo a Alejandro que atacara, tanto porque esperaba que la flota griega se haría con el triunfo, como porque estaba convencido de ello gracias a un augurio del cielo: un águila se había posado en la orilla, junto a la popa de los barcos de Alejandro. Si ganaban, la victoria sería una gran ayuda para la guerra en general; si perdían, el desastre no sería muy grave, pues los persas ya eran dueños del mar. Él mismo en persona iría a bordo de la capitana y compartiría el peligro.

Sin embargo, Alejandro consideró que

la opinión de Parmenión estaba equivocada y que su interpretación del augurio era poco probable. No tenía sentido luchar con unos pocos barcos contra muchos más, especialmente porque los chipriotas y los fenicios que estaban en el bando enemigo formaban una unidad experimentada, mientras que su propia flota no estaba entrenada del todo: en una posición insegura, no deseaba rendir la experiencia y la osadía de los macedonios a los bárbaros. La derrota en el mar supondría un serio golpe a la gloria inicial de la guerra, sobre todo porque los griegos se rebelarían si se sentían alentados por la noticia de un desastre naval.

En cuanto al augurio, «el águila estaba en efecto a su favor, pero puesto que se había posado en tierra, en su opinión eso significaba que derrotaría a la flota persa por tierra».

Esta negativa a luchar en el mar estaba justificada desde un punto de vista táctico. Habría sido una insensatez arriesgarse a una batalla naval contra tantos barcos, muchos de los cuales eran técnicamente superiores a la flota griega de Alejandro. Eran un contingente experimentado, aun cuando sus tripulaciones procedieran de Chipre y Fenicia, áreas en las que la cultura griega había dejado su huella y donde la rebelión contra Persia era reciente. Es muy improbable que el experimentado Parmenión propusiera nunca una aventura de este tipo, excepto, claro está, en las páginas de la historia cortesana, donde primero Calístenes y después Ptolomeo, el amigo de Alejandro, pudieron fabricar su «propuesta» como un complemento al mito de Alejandro. Los acontecimientos pronto explican por qué inventaron semejante discusión; en cuanto al águila, pájaro de Zeus, era un augurio apropiado para un rey al que Zeus protegía, y también el símbolo de las primeras monedas de oro que Alejandro acuñó en Asia.

Al principio, Mileto optó por rogar que se la dejara permanecer neutral, pero Alejandro se negó de un modo tajante y destrozó las calles a su paso con la ayuda de las máquinas de asedio. Muchos ciudadanos milesios «se postraron ante Alejandro y le imploraron como suplicantes, poniendo a la ciudad y a ellos mismos en sus manos»; sin duda, se trataba de hombres corrientes que anhelaban el retorno de la democracia. Sin embargo, unos pocos milesios lucharon a muerte junto a las guarniciones de mercenarios griegos hasta que se vieron forzados a lanzarse al agua y nadar o remar a una isla para salvarse; ciertamente, se trataba de los ciudadanos ricos que habían dominado la ciudad con el apoyo persa. Incluso en la isla, se prepararon para resistir heroicamente, hasta que Alejandro intervino y les ofreció el perdón, «apoderándose de él la piedad porque le pareció que eran hombres nobles y sinceros». Alejandro enrolo a trescientos de ellos en su ejército, sin estigmatizarlos por más tiempo como traidores; a diferencia de las hordas que castigó en el Gránico, les hizo una promesa a cambio de su rendición y la cumplió, ya que la cifra de trescientos soldados no había de constituir una carga para el tesoro de su ejército.

Mercenarios aparte, fuera del mar iba a obtenerse una rotunda victoria. Como todos los navíos de guerra en el mundo antiguo, los buques de guerra persas eran como «pretenciosos botes oxonienses de ocho remos», y el espacio del que disponían

a bordo para almacenar provisiones era tan pequeño que se veían forzados a estar diariamente en contacto con una base en tierra. Debido al movimiento, los alimentos no podían cocinarse, y el agua dulce debía recogerse situando a los navíos cerca de la desembocadura de algún río. Con la perspicacia que le caracterizaba, Alejandro se había anticipado a los persas y había enviado varias unidades por tierra para rechazarlos. Frustradas y sedientas, las tripulaciones salieron navegando hacia la isla de Samos, donde se abastecieron de alimentos, puede que con la ayuda de los atenienses resistentes. Al regresar a Mileto todavía no habían resuelto el problema del agua, y por eso, en interés de sus estómagos, dejaron la lucha y pusieron rumbo al sur. Tras haber conseguido esta victoria en tierra, como había profetizado, Alejandro tomó una decisión que iba a determinar su ruta durante los próximos dos años; a excepción de una veintena de barcos atenienses que llevarían el equipo de asedio siguiendo la costa y servirían como rehenes para propiciar la obediencia de sus conciudadanos, Alejandro disolvió toda la flota.

Ya en la Antigüedad, los méritos de esta orden tan audaz fueron objeto de vehementes discusiones, y, desde una fecha temprana, los historiadores que habían servido a Alejandro se sintieron obligados a defender la sensatez de su rey. Por consiguiente, al principio del asedio insertaron un diálogo con Parmenión sobre la conveniencia del ataque naval como preámbulo de la desarticulación de la flota. Del mismo modo que Parmenión fue introducido en la historia que transcurría a orillas del Gránico con el fin de resaltar el valor de Alejandro y minimizar la prudente verdad, en Mileto fue utilizado al revés, subrayando la prudente lógica de Alejandro y suavizando el verdadero riesgo que pronto iba a correr al disolver a la armada aliada.

«Alejandro consideró —escribieron sus oficiales— que, puesto que ahora ocupaba Asia con la infantería, ya no necesitaba una flota». Esto hace tan poca justicia a la capacidad de previsión de Alejandro que sólo puede tratarse de publicidad piadosa; pues, lejos de no necesitar una flota —y no hablemos de una flota griega—, siete meses más tarde Alejandro se vería forzado a ordenar que los barcos aliados acudieran para hacer frente al contraataque persa que siempre había temido. La flota griega aliada había empleado al menos treinta y dos mil hombres al exorbitante coste de 160 talentos al mes y, pese a los tesoros de Sardes y las esperanzas de recaudar tributos y contribuciones, Alejandro estaba seriamente preocupado por sus finanzas; probablemente los aliados griegos no estaban obligados a costear el mantenimiento de las tripulaciones, una imposición que sólo se intentó con posterioridad en un caso especial. La primavera siguiente, Alejandro enviaría 600 talentos a Macedonia para Antípatro y un suplemento de 500 para financiar el reclutamiento de una segunda armada aliada, pero puede que no dispusiera de este excedente en Mileto y, en cualquier caso, las tácticas, tanto como el dinero, pesaron en la decisión de disolver la flota. Inferior en número e incapaz de arriesgarse a un

combate frontal contra unas tripulaciones mejores, «Alejandro pensó que si capturaba las ciudades costeras podría desbaratar la flota persa, dejándola sin ningún lugar donde reclutar tripulaciones o que utilizar como puerto marítimo en Asia». En vista de la antigua dependencia de los barcos de guerra respecto a sus bases en tierra para los suministros diarios, Alejandro calculó esta estrategia con astucia. A menor escala, ya había funcionado en Mileto, y, si la repetía, finalmente obligaría a los barcos chipriotas y fenicios a rendirse y unirse a su bando. Posteriormente, sus amigos calificarían esta estrategia de segura y exenta de riesgo, pero se necesitaron dos años de fe y paciencia para conseguirlo. Durante este tiempo, la flota persa amenazó todo el Egeo, recuperó la posibilidad de utilizar muchos puertos que Alejandro pensaba que había cerrado y, de haber tenido más suerte, podrían haberlo forzado incluso a regresar a la costa asiática. A corto plazo, era una estrategia sumamente peligrosa. Sin embargo, las finanzas y las cifras hacían que fuera la única opción sensata. Alejandro tuvo la previsión y la audacia de proseguir con ella hasta su azaroso final.

Así pues, anclado en tierra como su águila, Alejandro se preparó para dejar Mileto y seguir la costa meridional. Puesto que era una ciudad jónica, a Mileto se le dio una democracia, «libertad» y la exención de pagar el tributo, pero, según era la costumbre, todos los prisioneros extranjeros fueron esclavizados y vendidos. Más allá de la gratitud debida, los restituidos demócratas acordaron que el magistrado honorario de la ciudad para el primer año de su nueva era debía ser Alejandro; con todo, Alejandro no se entretuvo, pues las primeras colinas de la satrapía de Caria se alzaban ante él y era allí donde podía esperar que Memnón se uniría a los persas que venían del Gránico y a su flota indemne. Desde la victoria de Alejandro, los persas apenas se habían dejado ver; probablemente fue durante las últimas semanas cuando un hijo fugitivo de Darío intentó conseguir la ayuda de Alejandro, sólo para ser asesinado por orden de su propio padre. Tales traiciones en la familia real eran más de lo que se podía desear, pero en Caria parecía inevitable una ofensiva mayor mientras Memnón estuviese vivo para supervisarla.

Como en Jonia, las ciudades griegas todavía seguían alineándose en la costa cada vez más recortada de Caria, pero sus habitantes tenían una importancia secundaria para los nativos que habitaban en los bosques de pinos y en las parcelas de tierra llana. En las últimas dos décadas, muchos de estos nativos fueron introducidos en el estilo de vida urbana helenizada por las dinastías locales, que también habían gobernado como sátrapas de los persas. Este mecenazgo voluntario de la cultura griega se convirtió en una cuestión política, puesto que alentó a la familia que gobernaba en Caria a tratar de conseguir la independencia cuando el Imperio persa parecía debilitarse. Incluso en las alejadas zonas del interior se construyeron templos con columnas en honor a los dioses griegos, y, en las cuatro ciudades principales, se aprobaron decretos conservando el protocolo griego. Los nombres griegos y la lengua

griega ya se habían implantado en las áreas más accesibles, de modo que Alejandro ya no se enfrentaba a serias barreras de lenguaje; las barreras eran más bien políticas. Unos veinte años atrás, muchos pueblos se habían fusionado con la reconstruida ciudad de Halicarnaso, una capital helenizada de origen griego, y el helenismo siempre fomentaba la independencia respecto a Asia; sin embargo, Caria no compartía lo bastante la cultura griega como para ser conquistada con otra promesa de democracia y con la consigna de la venganza griega. En Caria no había odio de clases que explotar, y Alejandro necesitaba una línea de ataque que pudiera apelar a los asuntos políticos de los nativos sin involucrarse él mismo en un esfuerzo demasiado prolongado. Al cruzar la frontera, encontró precisamente lo que buscaba: a una noble dama en apuros.

Ada, antigua reina de Caria, había llevado una vida dependiente en grado sumo y plagada de tristezas. Nacida en una familia de gobernantes en la que las mujeres conservaban ciertos derechos de sucesión, vio cómo en la década de 350 su famoso hermano Mausolo civilizaba y extendía su reino natal, hasta que ella finalmente se doblegó a las presiones de la política familiar y se casó con el único hijo de Mausolo, resignándose a tener un marido que era unos veinte años más joven y, probablemente, poco dado a responder con pasión a las insinuaciones de su tía, cuya edad rondaba la madurez. Aunque no tuvieron hijos, la pareja permaneció fiel, hasta que primero el hermano de Ada y después su sobrino-marido fallecieron, y Ada acabó siendo viuda, heredera de un reino que no constituía un legado precisamente atrayente para una mujer de mediana edad. Por otro lado, Pixódaro, su hermano más joven, estaba vivo y era un intrigante. Jubiló a Ada y la desterró, adoptó el título de sátrapa y se dedicó de lleno a la política exterior con la energía propia de los hombres. Pixódaro era quien había intercambiado mensajeros con el rey Filipo, tres años antes, para negociar un matrimonio entre su hija y uno de los hijos de Filipo, el plan que Alejandro frustró debido a su exceso de ansiedad. En su lugar, Pixódaro casó a su hija con un administrador iranio y, poco después, también él falleció; por primera vez en cincuenta y siete años, la satrapía de Caria fue heredada por un iranio, que resultó ser ese yerno llamado Orontóbates que debía su matrimonio y su posición a una torpeza juvenil de Alejandro. Mientras envejecía confinada en la misma fortaleza, la reina Ada tenía razones para reflexionar sobre las tristezas de su pasado.

Entonces, de manera extraña, la esperanza renació a partir del laberinto de su historial familiar. Aquel Alejandro que se acercaba era el mismo, pero ahora ya no era un muchacho nervioso de diecinueve años. Ada dejó la ciudadela de Alinda y fue a encontrarse con él en la frontera, pues deseaba conservar al menos lo poco que todavía controlaba. Ada conocía los convencionalismos de la familia del macedonio; sabía también que ella era de sangre real y que no tenía hijos, que los años pasaban. Por tanto, llegó allí con una propuesta tentadora; rendiría su fuerte con la esperanza

de la restitución, pero también le pediría a Alejandro que se convirtiera en su hijo adoptivo.

Alejandro no tardó en reconocer la oportunidad que le caía llovida del cielo, si bien se trataba de algo poco habitual, y recibió a Ada con respeto. A través de Ada, Alejandro podía mostrarse ante los carios como el protector de sus intereses locales, que eran más débiles, frente a Persia; el apoyo a un miembro de su helenizada dinastía encajaba con la liberación de los griegos residentes. La adopción gozó de popularidad, y, durante varios días, las ciudades cercanas a Caria le enviaron coronas de oro; Alejandro «le confió a Ada su fortaleza de Alinda y no desdeñó el nombre de hijo». Su nueva madre regresó presurosa y encantada, y «continuó enviándole manjares y exquisiteces cada día, hasta ofrecerle finalmente cocineros y panaderos considerados maestros en su arte». Educadamente, Alejandro puso algunos reparos: «Dijo que no los necesitaba; para el desayuno, la preparación era una marcha nocturna; para el almuerzo, un desayuno frugal»; fue una diplomática forma de evadirse de la hospitalidad asiática, y su madre respondió rebautizando la fortaleza caria con el nombre de Alejandría en honor a su hijo recientemente adoptado.

Los asuntos culinarios no eran la única preocupación de Ada. Confirmó las noticias, que no auguraban nada bueno, de que Memnón y los fugitivos persas del Gránico se habían reunido de nuevo en Halicarnaso, la capital costera de Caria; Memnón había sido ascendido por medio de una carta real a la «jefatura del Asia inferior y de su flota», y, como garantía de su lealtad, había enviado a sus hijos al interior, a la corte de Darío. Con barcos, soldados imperiales y una poderosa guarnición de soldados mercenarios, Memnón había bloqueado Halicarnaso confiando en la línea de murallas circundantes y en la ciudadela del sátrapa, obra del hermano mayor de Ada. Lo que Alejandro podía esperar, por tanto, era tener que enfrentarse a un importante asedio, de manera que llevó por barco el equipo necesario al puerto abierto que se encontraba más cerca y tanto él como el ejército marcharon hacia el sur para reunirse con el equipo por el camino que discurría por el interior.

El asedio de Halicarnaso es el preludio de uno de los principales temas relacionados con los logros de Alejandro como general. En nuestros días, Alejandro es recordado por las batallas campales y por la extraordinaria extensión que abarcó su marcha, pero, entre sus contemporáneos, quizá dejó una huella más profunda como asaltante de ciudades amuralladas. Ni antes ni después de Alejandro llegaría a dominarse con tanto éxito este arte. Filipo fue constante en el arte del asedio sin salir victorioso, y ésta es la prueba más clara de las diferentes cualidades que tenían padre e hijo, pues mientras Filipo fracasó obstinadamente, el recuerdo de Alejandro como asediador fue único en el mundo antiguo. Aunque un asedio implica hombres y máquinas, una compleja coordinación en la que pronto empezaron a destacar los métodos de Alejandro, también es el examen más duro para evaluar la personalidad

de un general. Alejandro era imaginativo, impertérrito y, por ello, más propenso a tener suerte. En Halicarnaso no confió en el armamento técnico ni en las innovaciones; las catapultas, la única novedad destacable, se utilizaron para repeler las incursiones del enemigo más que para abrir una brecha en las murallas, probablemente porque no estaban equipadas con resortes de torsión hechos con tendones. Alejandro fue desafiado por la ciudad más firmemente fortificada que se conocía entonces en Asia Menor, una ciudad que se alzaba «como un teatro» en niveles semicirculares desde su bien protegido puerto, que contaba con un arsenal que le proporcionaba armas y con un prominente castillo para proteger a su gobernador. Puesto que los persas defendían con su flota la parte que daba al mar, Alejandro se vio forzado a atacar desde el noroeste o el oeste, donde las murallas exteriores, aunque de piedra sólida, descendían hasta un nivel accesible del terreno. El desafío era poco prometedor y no es fácil determinar por qué salió victorioso, aun haciendo justicia a su estilo tan personal.

Se han conservado dos descripciones del asedio, y ambas se complementan de un modo sumamente interesante; la primera, escrita por los oficiales de Alejandro, de nuevo minimiza las dificultades, lo que confirma la manera en que los contemporáneos desarrollaron posteriormente el mito de la invencibilidad; la segunda, que probablemente se basó en los recuerdos de los soldados y en las adulaciones publicadas por Calístenes, subraya insistentemente la resistencia de la ciudad y observa que los sitiados estaban dirigidos por dos generales atenienses con los conmovedores nombres democráticos de Trasibulo y Efialtes, cuya rendición Alejandro había exigido el pasado otoño; aunque fueron perdonados, cruzaron a Asia para oponer resistencia al hombre que se suponía iba a vengar las pasadas injusticias de su ciudad. Se estaba de acuerdo en que había un tercer líder, un desertor macedonio que probablemente era el hijo de uno de los lincestas asesinados durante la ascensión al trono; constituían un poderoso equipo, pero ninguna de las historias deja claro que la etapa principal de su defensa había de durar dos meses, incluyendo los días de la canícula de agosto.

Al principio, las arremetidas de Alejandro fueron leves, probablemente porque sus máquinas de asedio todavía no habían acabado de recorrer el lento camino por carretera desde el puerto que se encontraba a unos nueve kilómetros y medio de la retaguardia, desde la única dársena que no estaba ocupada por la flota persa. Alejandro acampó en un terreno llano, a poco menos de un kilómetro del sector noreste de la muralla, y ocupó primero a sus hombres en un infructuoso intento de apoderarse de un puerto marítimo situado a unos veinte kilómetros al oeste de la ciudad, que falsamente había ofrecido su rendición; después hizo que rellenaran la zanja, de casi catorce metros de ancho y siete metros de profundidad, que hacía que la muralla noroeste de Halicarnaso fuera inaccesible para las torres de asedio rodadas.

Los excavadores y los encargados de rellenar la zanja se protegieron con cobertizos provisionales hasta que ésta estuvo nivelada y las torres de asedio, recién llegadas por la carretera, pudieron rodar hasta su posición; inmediatamente, las catapultas quitaron de en medio a los defensores, se bajaron los arietes desde las torres de asedio a las murallas y muy pronto dos contrafuertes y una apreciable extensión de muralla se vinieron abajo. Sin dejarse intimidar, los asediados realizaron una incursión nocturna dirigidos por el lincesta renegado; arrojaron antorchas a las máquinas de asedio, que eran de madera, y los vigilantes macedonios fueron desagradablemente sorprendidos en la oscuridad antes de poder ponerse la armadura. Una vez hecho el trabajo, los sitiados se retiraron para reparar el agujero de la muralla exterior y levantar una barrera semicircular de ladrillos en un terreno empinado. También terminaron de construir una torre altísima que estaba repleta de ballestas.

El siguiente incidente se adscribió de manera unánime al efecto euforizante del alcohol. Una noche, dos o más soldados del batallón de Pérdicas se dejaron llevar por la insolencia y el vino, y animaron a sus compañeros a realizar una demostración de fuerza contra el nuevo muro semicircular. El terreno era desfavorable, los sitiados estaban alerta y, entre ráfagas de proyectiles procedentes de las catapultas, Memnón dirigió tal contraataque que el propio Alejandro se vio forzado a rescatar al alborotado regimiento. Y si bien los sitiados se retiraron, lo hicieron del modo que quisieron: Alejandro tuvo que admitir la derrota y pedir la devolución de los macedonios muertos, el signo convenido de que una batalla se había perdido. En su historia, el rey Ptolomeo dejó constancia del inicio de esta incursión de borrachos sabiendo que eso desacreditaba a Pérdicas, el rival con el que se enfrentó tras la muerte de Alejandro, aunque Ptolomeo eliminó la derrota que siguió porque no estaba dispuesto a revelar un fracaso de su amigo; por consiguiente, no se contó que, en el interior de la ciudad, el exiliado ateniense Efialtes exortó a sus compañeros sitiados a que no devolvieran los cadáveres a los enemigos: tan intenso era su odio hacia los macedonios.

Inquieto por este contratiempo, Alejandro golpeó las murallas y utilizó las catapultas con una furia como nunca antes había desplegado. Los persas hicieron otra incursión, y de nuevo, cubiertos por sus compañeros desde la zona más alta, la estratagema les salió bien. Era sólo el preludio. Unos pocos días después, planearon la incursión más ingeniosa dividiéndose en tres grupos sucesivos, según dispuso Efialtes. La primera oleada arrojaría antorchas a las torres de asedio de Alejandro en el sector noreste; la segunda correría hacia la puerta más occidental y se apoderaría de los guardas macedonios situados en el flanco, mientras que la tercera esperaría con Memnón y presentaría batalla cuando hubieran conseguido que avanzara un número conveniente de oponentes. Según los oficiales, estas incursiones se repelieron «sin dificultad» en las puertas oeste y noroeste; de hecho, las dos primeras oleadas

hicieron su trabajo de un modo magnífico, y el propio Alejandro se vio obligado a soportar el castigo de sus ataques. La entrada de la tercera oleada en la batalla sobresaltó incluso a Alejandro, y sólo una famosa ofensiva librada escudo contra escudo por uno de los batallones de veteranos más experimentados de Filipo impidió que los macedonios más jóvenes se asustaran y se fueran directos al campamento. Sin embargo, Efialtes murió luchando gloriosamente a la cabeza de sus mercenarios griegos, y, puesto que los sitiados cerraron las puertas de forma prematura, muchos de sus hombres se vieron atrapados fuera, quedando a merced de los macedonios. «La ciudad estuvo a punto de ser capturada —escribieron los oficiales—, de no haber sido porque Alejandro retiró al ejército, pues todavía deseaba salvar Halicarnaso si sus ciudadanos mostraban algún gesto de amistad». La noche había caído y, presumiblemente, los hombres estaban algo alborotados; si Alejandro hubiese pensado que podía atacar con éxito, con ciudadanos o sin ellos, como en Mileto, lo habría hecho.

Esa noche, los persas que estaban al mando decidieron abandonar la parte exterior de la ciudad: la muralla estaba rota, Efialtes había muerto y las pérdidas eran numerosas; ahora que su guarnición había menguado, quizá temían también la traición por parte de algún grupo dentro de la ciudad. «En la segunda guardia de la noche», sobre las diez, prendieron fuego a la torre de asedio, a los arsenales y a todas las casas cercanas a las murallas, dejando que el viento hiciera el resto. El sátrapa Orontóbates decidió preservar los dos promontorios que había en la entrada del puerto, confiando en sus murallas y su dominio del mar.

Cuando la noticia llegó al campamento de Alejandro, éste se apresuró a ir a la ciudad, dando órdenes, dijeron sus oficiales, de que todos los incendiarios fueran ejecutados, pero que los ciudadanos de Halicarnaso que estuvieran en sus casas debían ser perdonados. Cuando el amanecer le mostró la magnitud del daño, Alejandro «arrasó completamente la ciudad», un detalle que se recuerda en ambas versiones, pero que evidentemente es una exageración, puesto que los famosos monumentos de la ciudad quedaron indemnes. Probablemente Alejandro sólo despejó un espacio desde el que asediar los dos bastiones que le quedaban a Orontóbates, pues se ordenó que unos tres mil soldados continuaran el asedio y se acuartelaran en la ciudad. Dado que Halicarnaso se había mostrado terca, no había razón para darle una democracia o reivindicar su libertad. Era una ciudad griega, pero no era una ciudad jónica o eolia, y no se le había prometido nada; sus promontorios iban a resistir otro año entero y a servir a la flota persa como base de suministros. No obstante, Caria, al final, había caído; Ada, la madre, fue nombrada sátrapa y se le dieron tropas bajo mando macedonio para que se ocupasen de realizar aquellos trabajos que resultaran demasiado extenuantes para una mujer anciana. Por tanto, bajo una mirada femenina, el principio de Alejandro de dividir el gobierno de las

provincias entre un sátrapa nativo y un general macedonio se introdujo por primera vez.

El asedio de Halicarnaso deja una impresión desigual. Alejandro perseveró y, desde un punto de vista personal, luchó con su habitual valor, pero su victoria, sólo de carácter limitado, no se debió tanto al ingenio audaz o a las sutilezas mecánicas como al hecho de sobrepasar en número a un enemigo que hizo repetidas incursiones. No obstante, se abrió una importante brecha en un punto de aprovisionamiento para la flota egea, si no es que se abrió del todo, y, puesto que el otoño estaba muy avanzado, la mayoría de generales se hubiese relajado. Sin embargo, cosa típica en él, Alejandro no hizo nada de esto.

Antes de avanzar, dio órdenes de que todos los macedonios que se habían casado «poco antes de iniciarse la campaña asiática» fueran enviados de regreso a Macedonia con el fin de que pasasen el próximo invierno con sus esposas. «De todas sus acciones, ésta le valió mucha popularidad entre los macedonios», además de que contribuyó a que hubiera más nacimientos en su tierra natal y fomentó la aparición de nuevos refuerzos. Conducidos por el esposo de una de las hijas de Parmenión, los maridos regresaron a sus hogares y Alejandro disminuyó sus efectivos, destinando a Parmenión para que tomara a su cargo los carromatos de suministros, los aliados griegos y dos escuadrones de caballería, los llevara de regreso por la ruta a Sardes, y lo esperara allí, al este del Camino Real. El equipo de asedio fue enviado a Trales, e, infatigable como siempre, Alejandro anunció que iría hacia el sur, a la costa de Licia y Panfilia, «para controlar el litoral e inutilizarlo para el enemigo».

Así pues, al poner en marcha sus tácticas en tierra firme, Alejandro dio para siempre la espalda a las ciudades griegas de Asia que había ido a liberar. Por supuesto, la libertad de estas ciudades dependía de él y sólo abarcaba hasta donde él quería; a menudo podía llegar a extremos importantes, y también las apoyó en la planificación de nuevas edificaciones: construyó aquí un paso elevado, realizó allí un nuevo trazado de calles; en la ciudad jónica de Priene, centro del festival panjónico, dedicó el nuevo templo de la ciudad a Atenea, contribuyendo probablemente a su financiación. Del mismo modo que había honrado a Zeus en Sardes o a Ártemis en Éfeso, dio su apoyo a los dioses locales de las ciudades griegas hasta en los más pequeños detalles del culto y la decoración. Al igual que los proyectos que concibió para reconstruir Troya, algunos de los planos de sus edificios se retrasaron o sólo se llevaron a cabo por decisión local, pero, al menos en el Asia griega, la cruzada griega se convirtió en una guerra sagrada de venganza y restitución. Su fervor no debe ser minimizado.

Otros planes tuvieron un futuro más dilatado y calculado. Parece ser que con Alejandro se inició una ingeniosa política allí donde el favor real había recompensado la lealtad con estados, pues ahora los habitantes fueron forzados a vincularse al

territorio «libre» de una ciudad griega y convertirse en ciudadanos honorarios. El resultado fue un sistema de mecenazgo local. Bajo los persas, estas concesiones de tierras se habían hecho sin restricciones y habían creado una nobleza provincial separada del rey y una clase de terratenientes ausentes que vivían lejos de su localidad. Alejandro y los sucesores dispusieron que sus favoritos deberían ser ciudadanos del lugar, capaces de informar y defender los intereses del rey en los asuntos urbanos, mientras que las ciudades griegas se beneficiaron de un rico benefactor local y de una superficie adicional de tierra. Al vincular los estados del campo a la vida urbana, se estableció un equilibrio de intereses, y dicho equilibrio perduró. Como de costumbre, la vida urbana fue lo primero que Alejandro implantó en su Imperio.

La vida rural, como siempre, cambió menos. Los pueblos coloniales pertenecientes a las provincias militares de los reyes persas permanecieron en sus viejos emplazamientos. Las mismas torres de los nobles, quizás ahora en manos macedonias, vigilaban el paisaje desde Pisidia hasta la llanura de Cícico, y su nombre todavía se conserva en la palabra Burgaz, el nombre turco común del lugar; allí la tierra todavía era labrada por siervos a los que nadie liberó, aunque muchos de ellos vivían con cierta comodidad en sus propias casas. Sin embargo, a través de esta continuidad, empezó a aflorar una nueva corriente. En el valle del Caico, por ejemplo, los colonos de la lejana Hircania, que habían luchado con sus sátrapas en el Gránico, vivían en un territorio denominado la llanura Hircaana, donde Ciro se había asentado dos siglos antes; sin embargo, con los años, sus pueblos se fusionaron en una ciudad y se mezclaron con los macedonios. Mantuvieron el tradicional culto al fuego, pero cuando aparecen en la historia romana son representados como ciudadanos vestidos y armados al estilo de los macedonios occidentales.

Después de Alejandro, la fuerza de la cultura griega estaría garantizada en Asia occidental; el reconocimiento de las ciudades de que se asistía a una nueva era significaba algo más que una anécdota en sus calendarios, pues fueron muchos los que sintieron que Alejandro era lo que decía ser: un salvador de los griegos frente a la esclavitud persa y un vengador, en nombre de la libertad griega, del sacrilegio cometido por los persas. Por tanto, fue entre los iranios del antiguo Imperio donde, al paso de Alejandro, este clima se dejó sentir con más intensidad. Repetidamente, en los siguientes cien años, sabemos que los iranios que vivían en Asia Menor se unieron a las asambleas y magistraturas de las ciudades griegas, cuyo futuro Alejandro había asegurado; era una vida de deberes cívicos que contrastaba con el aislamiento de las regiones del pasado. Sólo su religión se conservó como un sólido referente en un mundo cambiante. La adoración de la diosa del agua Anahita fue continuada por los magos, que se reunían para leer los textos sagrados en celebraciones de fe irania en el interior del Asia griega. Un iranio ya no podía estar

seguro de encontrar sus torres en el campo, pero todavía podía encontrar un espacio en la adoración de su diosa; se dejó que un eunuco iranio se encargase de llevar los asuntos del templo de Ártemis en Éfeso, y, en vida de Alejandro, en una pequeña ciudad caria, dos iranios se convirtieron en ciudadanos de honor con el fin de servir como sacerdotes de Anahita, a quien los griegos veían como Ártemis, una tarea para la que su experiencia resultaba apropiada y que pasó de padre a hijo durante otras tres generaciones. Estos sacerdocios demostrarían ser el único refugio seguro en un mundo de deberes cívicos, el resto del cual mantenía pocas semejanzas con su pasado. Pero, puesto que Alejandro se dirigió hacia el sur, a Licia, dejando las ciudades griegas en manos de una incontestada flota persa, todavía estaba lejos de ser cierto que los días de la política de las satrapías en Irán no se habían interrumpido sólo de forma pasajera.

10. EL NUDO GORDIANO

Mientras Parmenión organizaba el transporte para el equipo de asedio y conducía a la mayor parte de la caballería, junto con las carretas de suministros, de vuelta a Sardes, Alejandro avanzó hasta Licia y Panfilia, más al sur. El recorrido diario de un barco de guerra era de unas treinta millas desde su base, y lo que Alejandro quería era controlar las bases que la flota persa utilizaba cuando navegaba desde el Egeo a Siria y Levante. En la dura campaña de invierno, muy poco conocida excepto en los controvertidos detalles de su ruta, Alejandro dio el primer indicio de su más valiosa cualidad de liderazgo: la negativa a someterse a ninguna dificultad derivada de la estación y el paisaje. Incluso en nuestros días, la curva meridional de la moderna costa turca, el tramo más espléndido del país, todavía puede presumir de sus ruinas griegas y constituye todo un desafío para el viajero. Las tierras altas al norte del Janto, las serpenteantes carreteras litorales de Licia, las ciudadelas de la longeva Liga de los Licios o las llanuras del río de Panfilia, todos estos lugares aún pueden visitarse; son imponentes y, a principios de verano, conservan su belleza natural, pero resultan extremadamente sobrecogedores durante los meses de invierno. Aunque hay senderos y pasos que permanecen abiertos a través de la nieve, son lo suficientemente numerosos como para engañar incluso a los pastores, y Alejandro no tenía ni mapas ni suministros de reserva, ni siquiera una flota para apoyar su avance por el litoral; el tesoro era demasiado pesado para llevarlo consigo en los viajes, de modo que, tanto para pagar al ejército como para los regalos, Alejandro recurría a cualquier tipo de moneda que pudiera conseguir de las ciudades que encontrara a su paso. Desde el primer día hasta el último debió de andar escaso de comida.

Puesto que viajaba ligero, Alejandro tuvo que ser selectivo, no arriesgándose nunca a llevar a cabo un largo asedio; debió de detenerse sólo en las ciudades de los aliados serviciales o en los puertos más importantes. Por lo general, el terreno era demasiado agreste para los caballos, y pasó de largo ante aquellas ciudadelas que estaban en una posición demasiado prominente: en Termessos, Alejandro se marcó un farol siguiendo el camino que atravesaba las defensas naturales del desfiladero, pero dejó incólume la altísima ciudad; mientras que en Aspendos, donde se había establecido un pacto en unos términos moderados que fueron rechazados tan pronto como él se dio la vuelta, asustó a sus habitantes amenazándolos con una sumisión más severa al reaparecer y desplegar sus fuerzas. A merced de la información local, casi se extravió al alejarse del camino de los amigos y aliados nativos; Aristandro, el adivino, y quizá también su amigo cretense Nearco, tenían contactos en varias

ciudades, pero Licia, al igual que Jonia, era un enredo de facciones hostiles donde no mediaba ni una pizca de afecto entre una ciudad y su vecina, una tribu salvaje y sus rivales saqueadores. Si el ejército de Alejandro quería disponer de información local del terreno, tenía que pagar para que le enseñaran la ruta que convenía a los intereses de las facciones locales. De ahí sin duda las vacilaciones y retiradas en el avance del ejército macedonio.

Los colonos iranios habían vivido en Licia, pero las tribus y las montañas nunca habían sido propiamente domeñadas ni se les había asignado un sátrapa propio; Alejandro hizo rápidos progresos, pidiendo ayuda contra la flota persa y mostrándose favorable a las ciudades costeras, que apenas reivindicaban que se las considerase griegas. Sin embargo, sus pensamientos estaban con Parmenión, ahora en el norte, con el que sólo podía contactar a través de caminos que el enemigo podía cortar, y cuando alcanzó la ciudad de Janto, donde el litoral de Licia torcía hacia el sur, Alejandro titubeó y se preguntó si no debía volver atrás. Aun así, dijeron sus oficiales, «vieron cómo una fuente del lugar se desbordaba y hacía emerger de las profundidades una tablilla de bronce grabada con letras arcaicas, lo que probaba que el Imperio persa sería destruido por los griegos». El augurio, un signo de que Alejandro dudaba entre dos opciones, justificó la decisión del rey de seguir adelante hacia el este por la serpenteante costa. Siempre que fue posible, Alejandro reservó las energías de sus hombres; sólo las utilizó en una breve campaña en las heladas tierras altas de Licia, posiblemente con la pretensión de abrir un camino hacia la ruta principal y las llanuras del interior. De ningún modo podía arriesgarse a que le cortaran la comunicación con Parmenión y las unidades que pasaban el invierno en Frigia, y esta preocupación por sus líneas en el norte pronto fue la causa de una intriga en el alto mando. La historia contiene detalles curiosos.

Alejandro había ido a descansar a Fasélide, una ciudad costera que posteriormente se hizo famosa por poseer la espada original de Aquiles. Los ciudadanos se mostraron amistosos y ofrecieron coronas de oro en señal de sumisión, y también prometieron que los guías nativos conducirían al ejército hacia el este siguiendo el litoral. Con una compañía tan agradable, Alejandro pudo descansar y encontrar tiempo para divertirse durante una sobremesa, en el transcurso de la cual arrojó guirnaldas a una estatua de Teodectes, un ciudadano que en vida había sido muy famoso en Grecia como orador y cuyos escritos le resultaron familiares, como mínimo, a un oficial del séquito de Alejandro. Enardecido por el vino, el rey bromeó y comentó que le debía a Teodectes un gesto de reconocimiento, «pues, en su momento, ambos se habían asociado con Aristóteles y la filosofía». Sin embargo, pronto iban a presentarse asuntos más serios. De la base de Parmenión, en Frigia, llegó un oriental llamado Sisines trayendo información de máxima urgencia. El rey se reunió en consejo con sus nobles Compañeros, y el resultado fue que un oficial

oréstida de confianza se disfrazó como un nativo y fue enviado al norte con un mensaje verbal para Parmenión. Los guías locales lo verían al cruzar las montañas: «Se pensó que no convenía comprometer nada por escrito en semejante asunto». Ahora bien, de qué asunto se trataba es otra cuestión.

Según Ptolomeo, el amigo de Alejandro, el oriental Sisines fue enviado por Darío para que entrase en contacto con Alejandro el lincesta, hermano de los dos príncipes de las tierras altas que habían estado involucrados en el asesinato del rey Filipo. Hasta la fecha, este otro Alejandro había prosperado en el ejército macedonio, ostentando un alto cargo tras otro hasta ser nombrado general de la caballería tesalia, un puesto prestigioso. Sisines había «fingido visitar al sátrapa de Frigia», pero, «en realidad», tenía órdenes de encontrarse con el lincesta en el campamento de Parmenión, ofrecerle 1000 talentos de oro y el reino de Macedonia, y persuadirlo para que asesinara a su homónimo, el rey. Se creía que las cartas ya habían pasado del Alejandro lincesta a un pariente lincesta que había desertado a las filas persas. Sisines cayó en manos de Parmenión y reveló el verdadero propósito de su misión; de inmediato, Parmenión lo envió al sur, a través de territorio enemigo, para que el rey tuviera conocimiento de lo sucedido. Apoyado por los Compañeros, Alejandro envió órdenes a Parmenión en las que se indicaba que el lincesta sospechoso tenía que ser arrestado; sólo unas pocas semanas antes, en Halicarnaso, se había visto a una golondrina gorjeando sobre la cabeza del rey, lo que los adivinos consideraron como una advertencia contra la traición de un amigo íntimo. A través del lincesta, el augurio se hizo realidad.

Ésta sólo era la opinión de Ptolomeo, y lo que contó resulta altamente improbable para quien esté dispuesto a dudar de la palabra de un amigo de Alejandro; a Ptolomeo le gustaba incluir buenos augurios en su historia, pero el presagio de una golondrina quizá sea demasiado sutil como para no levantar sospechas. ¿Por qué se había arriesgado Parmenión enviando a un prisionero tan valioso como Sisines a través de kilómetros y kilómetros de territorio enemigo? En cambio, las propias precauciones de Alejandro, los guías nativos, el disfraz y el mensaje verbal demuestran que, incluso sin un prisionero y su guardia a remolque, el viaje no podía tomarse a la ligera. ¿Por qué era el arresto oficial del lincesta tan importante que no podía confiarse a la escritura por miedo a que fuera interceptada por el enemigo? Aun en el caso de que el enemigo se apoderara del escrito, ¿cómo podría sacar provecho de él? Parmenión había escuchado la historia de Sisines, y seguramente era lo bastante astuto como para mantener a un sospechoso importante bajo arresto hasta que su rey, que se encontraba a unos trescientos kilómetros de distancia y con la barrera de una montaña helada, pudiera acudir para tomar una decisión. ¿Por qué reveló Sisines el «verdadero propósito» de su misión en vez de dar el «pretexto» de que estaba visitando a su sátrapa en Frigia, una historia verosímil de la que Parmenión

difícilmente podría haber desconfiado? La historia es muy poco creíble y merece ser puesta bajo sospecha, pues Alejandro el lincesta era un oficial rodeado de considerable misterio y un personaje incómodo.

No se trataba sólo de que sus hermanos hubieran sido ejecutados con el cargo de haber asesinado a Filipo; en Seistán, cuatro años más tarde, sería sacado de la prisión y acusado ante los soldados en una época de purga y crisis en el alto mando. Juzgado culpable, inmediatamente se le perdonó la condena a muerte, un hecho embarazoso que los oficiales de Alejandro omitieron en sus historias. Por lo que parece, Ptolomeo nunca mencionó de nuevo al lincesta, satisfecho con su historia del arresto por traición; Aristóbulo, que escribió cuando contaba ya unos ochenta años y defendió celosamente a Alejandro, parece ser que adoptó una posición aun más extrema. Lo más probable es que diera a entender que el lincesta había sido asesinado por un enemigo antes de alcanzar Asia. Durante el asedio de Tebas, escribió Aristóbulo, un macedonio llamado Alejandro que capitaneaba un escuadrón de tracios irrumpió en la casa de una noble dama y le exigió que le entregara su dinero. Era un «hombre insolente y estúpido, cuyo nombre era el mismo que el del rey, pero no se le parecía en absoluto», y, como orgullosa hija que era de un general griego, la dama le enseñó un pozo en el jardín y precipitó al macedonio dentro de un empujón, arrojando después piedras en él para asegurarse de haberlo matado. Alejandro le perdonó este acto de desafío y la libró de la esclavitud, un perdón que ilustraba su caballerosidad. Sin embargo, Alejandro el lincesta era el comandante general de los tracios en esa época y se sabía que había estado presente en Tebas con un ejército de tracios; es muy improbable que hubiera dos macedonios llamados Alejandro al mando de los tracios en la misma época y, en efecto, el tono del relato de Aristóbulo sugiere que estaba predispuesto contra el lincesta, cuyo verdadero destino omite y al que trata como a un saqueador sin escrúpulos que encontró una muerte merecida. Siendo contemporáneo y testigo ocular, se consideró a Aristóbulo una autoridad en la historia de Alejandro, pero en lo concerniente a un oficial que era conocido como comandante de caballería en Asia y víctima de la purga de Seistán, el historiador pudo haber construido una falsedad apologética monstruosa. La historia que escribió no parece que destacase por sus minuciosos detalles o por ofrecer las listas de oficiales de alto rango, excepto los referidos ya por Calístenes, quien, en cualquier caso, habría omitido el arresto del lincesta de su panegírico. Es como si Aristóbulo se hubiese sentido empujado a ocultar la verdad, y no merece que en otros asuntos confiemos en él.

Frente a la versión de los amigos de Alejandro tenemos, una vez más, un relato rival escrito a partir de los recuerdos de los soldados, cuya visión de Sisines y el lincesta es muy distinta. Sisines, alegaron, era un oriental que había navegado desde Egipto hasta la corte de Filipo y que había seguido a Alejandro ocupando una

posición de confianza; por tanto, no pudo haber sido arrestado como espía del ejército persa durante el invierno que pasó en Licia. Hasta el siguiente otoño no se sabe nada de su suerte, pues fue poco antes de la batalla de Isos, mientras los persas amenazaban por todas partes, cuando resultó sospechoso de haber recibido una carta del visir persa en la que se le pedía que asesinara a Alejandro; sin embargo, él mismo fue asesinado por arqueros cretenses que, «sin duda, seguían órdenes de Alejandro». Puede que la sospecha tuviese fundamento o que su asesinato sólo se hubiera ejecutado por precaución, pero el hecho de que este tal Sisines fuera uno de los cortesanos de Alejandro sitúa la historia de Ptolomeo y el asunto de Licia bajo una luz muy diferente. Si este Sisines es una y la misma persona, entonces el carácter injustificado de esta historia desaparece. Unos trescientos kilómetros al norte de Fasélide, Parmenión debía de estar ansioso por comunicarse con su rey; ansioso, además, por un buen motivo, pues el propio Alejandro había realizado escaramuzas en las tierras altas de Licia para despejar el único camino principal para sus generales ausentes. Quizá Parmenión quería comprobar los planes y el ritmo a que se llevaban a cabo: quizá se habían interceptado repentinamente noticias de una amenaza persa. Únicamente había un oficial de quien se podía tener la seguridad de que pasaría sin ser descubierto por un camino flanqueado por el enemigo, a través de una satrapía que todavía estaba en manos persas: Sisines, el oriental leal y discreto, conocedor de las lenguas necesarias. Sisines, por tanto, se deslizó hacia el sur con un mensaje secreto; Alejandro envió de regreso a uno de sus amigos, disfrazado de nativo, como señal de que el mensajero de confianza había cumplido su misión y de que las órdenes que lo acompañaban eran genuinas. Era un elemento teatral en una obra inteligente que, sin embargo, afectaba a la estrategia; no tenía nada que ver con el lincesta, ni tampoco con su traición, y aquí también se ha conservado una historia alternativa.

Unos nueve o diez meses más tarde, en la época del asesinato de Sisines, se dijo que el lincesta había sido arrestado por una razón muy distinta. Poco antes de la batalla de Isos, llegaron unas cartas de Olimpia que alertaban contra el lincesta, y Alejandro lo arrestó. Posiblemente Olimpia había conseguido información poco fiable, pues en esta época reinaban las intrigas y la agitación en Grecia, y puede que el principal motivo que tenían contra el lincesta fueran los celos; estaba casado con la hija de Antípatro, y las feroces peleas entre el general Antípatro y la reina regente Olimpia pronto se convertirían en una seria dificultad. Por una extraña casualidad, puede demostrarse que el relato se situó en un momento tan plausible que es posible creer en él. Unas pocas semanas después de recibir a Sisines y de dejar Fasélide, Alejandro entró en batalla tras haber puesto a toda el ala izquierda de su ejército bajo el mando de un hombre que, probablemente, era el sobrino del lincesta ofendido; la confianza que se le otorgaba habría sido una tremenda locura si el lincesta hubiese

sido atrapado en una conspiración. Sin embargo, la batalla fue la última aparición del sobrino en la historia, ya que diez meses más tarde fue depuesto para siempre del alto mando. Era un hombre joven y no se vio envuelto en ningún altercado que pudiera haberle costado la vida; seguramente su caída se debió al arresto de su tío, no a causa de la visita de Sisines, de la que salió indemne, sino de las cartas de Olimpia, que le costaron el puesto al otoño siguiente.

En la búsqueda de Alejandro esta intriga resulta esclarecedora. Tiene cierto interés el hecho de que, poco antes de la batalla de Isos, Alejandro depusiera al último de los comandantes lincestas, pese a que estuviera en deuda con ellos cuando accedió al trono; sin embargo, resulta mucho más revelador que su amigo Ptolomeo y su oficial Aristóbulo pudieran eludir los arrestos por medio de una intrincada senda de engaños. Es posible que no tenían un recuerdo claro de los altos mandos en los primeros días de la invasión; es posible, pero es mucho más plausible que estuvieran ocultando la verdad desnuda en relación con la ejecución del lincesta en la purga de Seistán, a la que ellos quitaron importancia. Nunca volvieron a mencionarlo, pues Aristóbulo alegó que el hombre había sido asesinado cinco años antes por una mujer tebana, y Ptolomeo que había sido un probado traidor; quizá Ptolomeo tenía motivos para realizar esta falsa sugerencia. Sisines fue asesinado y el lincesta arrestado en el mismo mes, cada uno por razones distintas; en Seistán, un hecho relacionado con la muerte del lincesta provocó el comentario de que éste, cuando fue denunciado, flaqueó y no encontró nada que decir en su defensa. Quizás el nombre de Sisines fue usado contra él, un misterioso oriental que había muerto en la época del primer arresto del lincesta con el cargo de traición, pero del que no se sabía nada en absoluto. Puede que Ptolomeo oyese la historia y que la pusiese falsamente en conexión con la única otra hazaña llevada a cabo por Sisines durante la expedición. Como en Tebas o Halicarnaso, y también con motivo de la disolución de la flota en el Gránico, la historia de Alejandro no puede escribirse exclusivamente a partir de los relatos basados en lo que dicen sus amigos o sus oficiales; el rival literario de éstos, como cualquier otro historiador de la expedición, no admiraba menos a Alejandro y sus logros, pero mantuvo también una honestidad apaciguadora; y cuando los oficiales caían o incluso eran denunciados con cargos espurios, esta honestidad, al parecer, era muy fácil de perder.

Al dejar Fasélide, con los lincestas todavía considerados hombres honorables, Alejandro continuó por poco tiempo, aunque con ímpetu, su campaña en el litoral, dando sólo la vuelta para asustar a los súbditos disidentes de la ciudad de Aspendo. Cerca del monte Clímaco, alcanzó la orilla para tomar un atajo siguiendo la bahía y evitar tener que cabalgar durante seis horas a través de las colinas que había detrás. Mientras rodeaba el promontorio, el viento del sur dejó de soplar y abrió un camino a través de las olas para que pasase un jinete, una suerte que Alejandro entendió que se

producía «no sin la ayuda del cielo», y que Calístenes convirtió en una formal reverencia del mar ante su nuevo dueño. En Termeso y Sagalaso, Alejandro rechazó a los hombres de las tribus y limpió el camino que había al norte sin capturar sus fortalezas. Cerca de allí no había más ciudades portuarias, por lo que a principios de primavera regresó finalmente al norte para reunirse con Parmenión tras haber hecho cuanto pudo para cerrar los puertos licios. Sin embargo, sus esfuerzos no impedirían que al verano siguiente la flota persa navegase entre Siria y las islas del Egeo. Alejandro había medio cruzado el litoral, pero no había cortado ninguna ruta marítima de importancia, y sería necesario realizar largas marchas antes de que su política en tierra firme empezara a funcionar.

Al menos era un comienzo, pero, tras las hazañas realizadas durante el crudo invierno, Alejandro estuvo encantado de encontrar el paisaje de la satrapía frigia extendiéndose ante él en dirección al norte, sin refugios posibles para el enemigo, y de pisar su pedregosa tierra cultivada, cuyo paisaje sólo era interrumpido por algún cinturón ocasional de álamos. Aquella llanura era alentadora para un ejército cansado de las tierras altas invernales, más aún cuando, en cinco días, alcanzaron la región central de Frigia y acamparon ante la ciudadela del sátrapa en Celenas. Tan pronto como la guarnición extranjera se dio cuenta de que, por estar avanzado el invierno, las fuerzas persas no irían a rescatarlos, y quizá porque Parmenión se había desplazado para cortarles el paso, Celenas rindió sus suntuosos palacios y jardines a sus nuevos dueños, el anciano Antigono, que además de tuerto era un personaje prominente entre los oficiales veteranos de Filipo, recibió esta satrapía, cuya importancia era vital para mantener las vías de comunicación despejadas ante un ataque enemigo. Tras enviar a otro oficial al oeste para obtener más tropas del sur de Grecia, Alejandro cabalgó hacia el norte, a las tierras más ricas de Gordio, el punto de encuentro acordado. Allí, detrás de las almenas persas de la ciudad, aguardó la llegada de Parmenión.

Gordio se encontraba en el Camino Real. Mientras se esperaban refuerzos de Macedonia, había sido elegida como el punto de encuentro adecuado entre el ejército de Parmenión y sus tropas de reclutas recién llegadas de los Balcanes. Parmenión apareció pronto, pero los refuerzos tardaban en llegar. No podían navegar por mar, pues no había ninguna flota para protegerlos, por lo que tuvieron que recorrer los ochocientos kilómetros que separaban Pela de Gordio por tierra. Cuando empezó la primavera, los refuerzos todavía no habían llegado; habían transcurrido los primeros días de mayo y, mientras se recibían noticias inquietantes de una ofensiva marítima de los persas, los refuerzos seguían sin llegar, tal vez porque se demoraron en los Dardanelos. Gordio, una antigua capital, tenía pocas cosas emocionantes que ofrecer; los soldados estaban inquietos y desocupados, y Alejandro necesitaba una diversión para mantener alta la moral.

Le llegaron noticias de una curiosidad local, una cuadriga en el palacio del antiguo rey de Frigia que estaba vinculada a la leyenda de cómo el rey Midas había accedido al poder en Gordio cuatrocientos años atrás. La cuadriga estaba dedicada a un dios frigio al que los oficiales identificaron con Zeus soberano, antepasado real de Alejandro y su guardián, y la yunta iba atada mediante un nudo de corteza de cornejo que ningún hombre había sido capaz de deshacer; esto, en sí mismo, constituía un desafío, y la historia tenía además un reclamo mítico. El rey Midas estaba relacionado con Macedonia a través de la leyenda, donde los Jardines de Midas de las tierras bajas todavía llevaban su nombre —y con razón se creía que unas tribus frigias habían vivido en otro tiempo en Macedonia—, en memoria de la temprana migración durante la cual, según Calístenes, habían gobernado el país y minado sus riquezas desde las montañas del Bermio; además se creía, con razón, que las tribus frigias habían vivido en otro tiempo en Macedonia. Aristandro, el adivino de Alejandro, un hombre en cuyas «profecías Alejandro siempre quiso confiar», también tenía interés en la cuadriga, pues se decía que el padre de Midas había consultado al propio pueblo de Aristandro, los telmiseos de Licia, que eran famosos por sus poderes de adivinación. Varios temas convergían en la cuadriga, y Alejandro la reservó para un público lo más numeroso posible.

No fue hasta finales de mayo cuando llegaron los refuerzos, unos tres mil macedonios y mil griegos y aliados, junto con el contingente de los maridos macedonios que regresaban de pasar el invierno con sus esposas. Con ellos vinieron embajadores de Atenas para suplicar la liberación de los prisioneros atenienses capturados en el Gránico, pero Alejandro se negó, «pues pensaba que no era correcto ahorrarles ningún terror a los griegos que no tuvieron reparo en luchar contra Grecia en favor de los bárbaros mientras la guerra con Persia estuviese en marcha. Debían dirigirse de nuevo a él más tarde». No se dijo que, en Sardes, se encontraron cartas que probaban que los generales persas habían enviado dinero al ateniense Demóstenes para promover la rebelión durante el primer año de su reinado; escudándose en el mito fomentado por su padre de una expedición griega, Alejandro mantuvo el control sobre la única ciudad griega en la que éste resultaba imprescindible.

También era el momento apropiado para impulsar el mito en una nueva dirección. El día antes de dejar Gordio, subió a la acrópolis con la intención de intentar liberar la cuadriga, un espectáculo que había reservado para su despedida; los amigos se reunieron en torno a Alejandro para mirar, pero, por más que tiró, el nudo que había alrededor de la yunta permaneció obstinadamente apretado. Cuando parecía que no iba a conseguir nada, Alejandro empezó a perder la paciencia, pues el fracaso no sentaría bien a sus hombres. Tras desenvainar la espada, partió el nudo en dos, dando lugar al necesario final y afirmando, con razón, que el nudo se había aflojado, si no

deshecho. El anciano Aristóbulo, reacio quizás a dejar constancia de la petulancia del rey, explicó más tarde que Alejandro había tirado de una anilla del carro y sacado el yugo de lado a través del nudo; sin embargo, el corte de la espada tenía el peso de la autoridad tras él, y resulta más creíble que el estilo apologético de un viejo historiador de ochenta años; en cualquier caso, lo que hizo Alejandro no fue tanto desenredar el problema como mostrarse más hábil. Y consiguió llamar la atención: «Esa noche hubo truenos y relámpagos», lo que significaba, convenientemente, que Zeus lo aprobaba, por lo que Alejandro ofreció un sacrificio a los «dioses que habían enviado las señales y habían ratificado que él había deshecho el nudo». Como rey bajo la protección de Zeus, fomentó después el chismorreo y la adulación para difundir sus proezas.

Como era habitual, las habladurías se extendieron como la pólvora. Puede que, de acuerdo con la leyenda local, el hecho de deshacer el nudo se hubiese puesto en relación con la reivindicación de gobernar a los habitantes de Frigia; ciertamente, en todos los relatos que se han conservado sobre este tema, esta hazaña se convirtió en una prueba de que Alejandro estaba destinado a gobernar Asia, y probablemente fue el propio Calístenes, uno de sus cronistas, quien habló de ello por primera vez. El carácter inevitable de la victoria se mantiene como un tema recurrente en las historias de la campaña, y al día siguiente, mientras el ejército partía de Gordio inquieto por las noticias de que la flota persa estaba organizando un serio contraataque en el mar, hubo rumores mucho peores que Calístenes tuvo interés en difundir por el campamento. «Reinar sobre Asia» era un rumor alentador, pero también era intencionadamente vago. Pues, ¿dónde terminaba el dominio de Asia? Tal vez en Asia Menor, o puede que incluso en el río Tigris y los palacios del rey persa; cuando Asia hubiera sido conquistada, había anunciado recientemente Alejandro, devolvería a todos los griegos a sus hogares. Sin embargo, mientras los refuerzos se congregaban y los maridos ocupaban de nuevo su lugar, nadie, y menos aún Alejandro, se habría atrevido a proclamar que, en ocho años, Asia significaría el Oxo, cruzar el Hindu Kush y luchar contra los elefantes de un rajá indio del noroeste.

11. LA ESTRATEGIA DE LOS PERSAS

«Según los magos de Oriente —escribió Aristóteles, quien no en vano había pasado sus primeros años de vida en Asia Menor—, en el mundo hay dos principios fundamentales: un espíritu bueno y un espíritu malo; el nombre de uno de ellos es Zeus o Ahura Mazda, el del otro, Hades o Ahriman». Cuando el rey Darío se sentó para escuchar el relato de lo que Alejandro había llevado a cabo en los últimos doce meses, apenas puede haber dudas sobre el lado en que debió de situar a su oponente en esta tajante división. Con el aspecto de un león y llevando el tocado de piel de león de su antepasado Heracles, Alejandro era el verdadero símbolo de Ahriman encarnado en león. «Durante tres mil años, dicen los magos, un espíritu gobernará sobre el otro; durante otros tres mil años, lucharán y batallarán hasta que uno derrote al otro y, finalmente, Ahriman desaparezca». Para Darío III, elegido por el gran dios Ahura Mazda, no podía haber devaneos con los poderes de las tinieblas. En nombre del Espíritu Bueno, que «creó la tierra, creó al hombre y creó la paz para los hombres», debía rechazar la avanzadilla formada por las Mentiras, la Doblez y el Mal, y, desde Susa, romper una lanza en favor del desarrollo del mundo del tiempo.

La esperanza, con todo, aún estaba viva y recaía en el leal Memnón, a quien el Gran Rey acababa de ascender al mando supremo. Desde su base en la isla de Cos, Memnón barrería el Egeo con trescientos barcos de guerra de la flota del Imperio, tripulados por marineros procedentes del Levante y por todos los mercenarios griegos que seguían estando contratados después de la rendición en masa que se produjo en el Gránico y de la pérdida de bases de reclutamiento en el Asia griega; era una forma costosa de hacer la guerra, pero la flota podía hacerse a la mar en cualquier lugar en el que se establecieron bases de suministros. Alejandro no tenía barcos para impedirlo. Las comunicaciones a través de los Dardanelos podían cortarse y era posible bloquear la llegada de los refuerzos de Alejandro que venían de los Balcanes; los barcos mercantes podían hundirse o requisarse, y el hecho de interferir en la navegación de la flota que transportaba el grano desde los reinos del Mar Negro hasta Atenas durante la estación de otoño podía ejercer una presión extrema para que ésta se uniese a una rebelión, a pesar de los veinte ciudadanos, miembros del Consejo, que Alejandro mantenía como rehenes. Los sobornos y las negociaciones secretas con Esparta y otros firmes aliados podían conducir a un levantamiento contra Antípatro en Grecia y a un motín entre los macedonios en Asia, que verían amenazada su tierra natal. Alejandro se vería forzado a regresar a los Balcanes y, con este final, Darío no tendría necesidad de reunir un gran ejército ni de desafiar primero a su rival dentro

del Imperio; sería mejor que atraerlo hacia el interior de Asia y quemar las cosechas a su paso, cortando a la vez las comunicaciones tras sus líneas. Alejandro había recibido refuerzos y no dependía de los suministros de su retaguardia, ya que vivía de la tierra; no era descabellado pensar que, aun habiendo perdido el Egeo y los Balcanes, él se atreviera a continuar hacia el interior, pero sin duda los soldados se negarían a seguirlo.

En la primavera de 333, Memnón emprendió su nuevo cometido. Empezó con Quíos y las principales ciudades de Lesbos, todas ellas miembros juramentados de la alianza griega de Alejandro; en dichas ciudades derrocó a todos los gobiernos democráticos que databan de los últimos años del reinado de Filipo y los reemplazó con tiranos y guarniciones, esos ominosos indicios para los isleños humildes de que la represión persa, al igual que los acaudalados propietarios que se encontraban en el exilio, iban a volver. Excepto en el caso de Mitilene, en Lesbos, que había recibido tropas de Alejandro, las ciudades de ambas islas renunciaron a sus democracias y obedecieron a regañadientes.

Mientras esperaba la llegada de refuerzos en Gordio, Alejandro escuchó las noticias que probablemente esperaba recibir. Inquieto por las mismas, envió 500 talentos a Antípatro y dio otros 600 al jefe de los exploradores a caballo y a Anfótero, hermano del oréstida Crátero, ordenándoles que reclutaran una nueva flota griega aliada «de acuerdo con los términos de la alianza»; el tributo del nuevo año y los tesoros capturados en Sardes permitieron revocar enseguida la orden de disolución de la flota, pero 600 talentos sólo servirían para financiar la navegación, de una flota del tamaño de la de Memnón durante apenas un par de meses. No se sabe si los dos oficiales elegidos tenían experiencia en asuntos navales, pero el regreso a Grecia con la carga de dinero sería arriesgado si se hacía por mar y lento si se emprendía por tierra. Memnón tenía por delante varios meses sin responsabilidades, mientras que Alejandro sólo podía analizar las perspectivas que le ofrecía la situación. Después de todo, lo que el propio Memnón pretendía no era fácil. Antípatro tenía un ejército y guarniciones; seguían manteniendo a los atenienses como rehenes, y muchos griegos desconfiaban de Esparta y de las promesas de los persas, cuya brutalidad en el pasado no podía olvidarse, lo que probablemente detendría cualquier sublevación general de los griegos, mientras que todo lo demás resultaría más conflictivo que peligroso. Si Alejandro no hubiera creído que podía confiar en algunos de sus aliados griegos para luchar contra Persia, nunca les habría pedido una segunda flota. Además, en el bando enemigo también había problemas económicos. Memnón tenía fondos del rey, pero, tras haberse perdido el tributo de Asia Menor y al no haber ninguna otra zona que pagara con monedas, la pérdida podía limitar el plan persa relativo a una guerra de mercenarios. Memnón ya había recurrido al pillaje y la piratería, aunque ninguna de estas dos actividades iba a granjearle la simpatía de los griegos con algún interés en el

comercio marítimo. Podía triunfar a escala local, pero Grecia exigía tácticas más estrictas. Nada más podía hacerse para defender aquellas ciudades salvo esperar inútilmente una segunda flota, por lo que, en junio, dejó Gordio y se preparó para seguir el Camino Real, primero hacia el este y después hacia el sur, en dirección a los pueblos de la costa de Cilicia, para continuar conquistando los puertos persas.

Las posibilidades de Memnón quedarían sin ponerse a prueba, pues en junio, mientras la ciudad de Mitilene sufría un bloqueo, «se sintió enfermo y murió, y esto, en todo caso, perjudicó los asuntos que Darío tenía entre manos». Para Alejandro constituyó un maravilloso golpe de suerte, pues en el otro bando no había ningún otro general griego que tuviera un conocimiento de Macedonia como el que tenía Memnón, que contase con una larga carrera al servicio de los persas, ni que supiera tratar a los griegos mercenarios que estaban bajo su mando. Persia se daría cuenta de ello muy pronto. Las noticias sobre la muerte de Memnón tardaron algún tiempo en llegar a Susa; la lenta y pesada maquinaria del Imperio persa no iba a tomar con facilidad una nueva dirección, pero fue tal la consternación del Gran Rey ante la pérdida de este comandante único que, tan pronto como supo la noticia, a finales de junio o ya en julio, planeó modificar por completo la estrategia de la guerra. Memnón no podría haber deseado un epitafio más elocuente que este cambio, pero, mientras los nuevos planes se hacían efectivos, los acontecimientos que se sucederían hasta finales de julio habían de proporcionarle a Alejandro la oportunidad de mejorar su suerte y, a Persia, menos margen de maniobra para lograr una recuperación rápida de su fisonomía.

No está claro cuándo se enteró Alejandro de la muerte de Memnón, pero esta noticia sólo pudo haberlo reafirmado en la empresa que llevaba a cabo en el interior. Siguiendo el Camino Real, Alejandro se encaminó al este y recibió con los brazos abiertos la rendición simbólica de las tribus perdidas de las montañas, al norte de Ancira, de las cuales los persas nunca se habían preocupado y que Calístenes quizá había identificado mediante citas complacientes y con sus comentarios a los versos homéricos. Paflagonia hizo las paces y se añadió a una satrapía occidental; después, los cincuenta mil soldados siguieron a su rey por la zona limítrofe con el desierto de sal, al otro lado del río Halis, siguiendo el Camino Real, pues esta ruta era la que resultaba más llana para sus carretas de suministros. Capadocia es un área desolada, tan gris y reseca como el pellejo de un elefante muerto, de manera que Alejandro la puso bajo el control de un oriental, probablemente un nativo; los persas habían dividido el norte, pues era un reino indómito, y si bien el centro y el sur de la región lindaban con el Camino Real, Alejandro no perdió el tiempo protegiéndolo. Las montañas seguían siendo más o menos independientes, un refugio para los persas fugitivos, y desde entonces constituirían un foco rebelde en las guerras de los sucesores de Alejandro. Aunque habitadas por muchas tribus, las montañas no eran

particularmente importantes.

Unas dos semanas después de cruzar el río Halis, Alejandro alcanzó la frontera sureste de Frigia, donde seguramente dio con el emplazamiento del campamento que utilizaron los soldados de Jenofonte en 401 a.C. A partir de la lectura de las obras de Jenofonte, Alejandro podía calcular que pronto se enfrentaría al desfiladero de las Puertas Cilicias, «intransitable si está ocupado por el enemigo». Existen caminos por encima de las laderas de los montes circundantes del Golek Boghaz que evitan la extrema estrechez del paso, pero Alejandro decidió forzarlo. Tanto si no había hecho ningún reconocimiento, a falta de guías nativos, como si lo tuvo en cuenta, como Jenofonte, Alejandro estaba en condiciones de asustar a quienes lo defendían hasta conseguir su retirada. Para ello tenía motivos justificados; se ordenó a las unidades de arqueros equipados con armamento ligero, a los Portadores de Escudo y a los agríanos que se reunieran al caer la noche; Alejandro en persona los guió y, gracias a un ataque nocturno, puso tan nerviosos a los defensores del paso que su sátrapa se batió en retirada, quemando las cosechas tras él mientras se encaminaba hacia el sur, a la capital en Tarso. Aliviado, Alejandro marchó sin dificultades a través del paso con el resto del ejército.

Al otro lado, Alejandro «examinó la posición, y dicen que se maravilló de su buena suerte: admitió que podría haber sido aplastado por las grandes rocas si alguno de los hombres que defendían el paso las hubiera empujado sobre sus soldados. El camino apenas era lo bastante ancho para permitir el paso a cuatro soldados marchando en columna». Contento con esta entrada en Cilicia, probablemente a finales de junio, Alejandro descendió a la «extensa llanura que había al otro lado, bien abastecida de agua y rebosante de árboles de diversa clase y de vides», como Jenofonte la había encontrado, «y de sésamo, mijo, trigo y cebada en abundancia». Habría lo suficiente para ir alimentando a las hambrientas tropas a medida que el rey y el ejército recorrieran los aproximadamente cien kilómetros que los separaban de Tarso, mientras que Calístenes, por su parte, se dedicaba a identificar los emplazamientos de las viejas ciudades homéricas situadas en los alrededores; en otro tiempo, sin duda para gran alborozo de Alejandro, estas ciudades fueron saqueadas por la espada de Aquiles, el de los pies ligeros.

Con independencia de lo que el propio Alejandro pudiera haber dicho, no fue únicamente su buena estrella lo que le permitió franquear las Puertas Cilicias. Por esta vez, el motivo reside en parte allí donde Alejandro no podía ver: en la corte enemiga del rey persa. A lo largo de los meses de junio y julio, nada de lo que sucedió en el palacio real de Susa tuvo un carácter homérico o estuvo exento de conflictos. Estos meses se habían iniciado con la esperanza de que continuarían llegando buenas noticias por parte de Memnón, de que Alejandro sería atraído al interior de Asia y de que, mientras se arrasara la tierra a su paso, tal como al principio

había sugerido Memnón que debía hacerse en el Gránico, se evitaría la confrontación. Es exactamente la política que había seguido el sátrapa de las Puertas Cilicias. A finales de junio, Alejandro entró en Cilicia cuando la estrategia de Memnón todavía seguía en pie, pero, mientras su ejército pasaba sin encontrar oposición a través del desfiladero, la noticia de la muerte de Memnón llegó a Sus a, lo que constituyó un duro golpe, de modo que el Gran Rey decidió poner en marcha planes más expeditivos. Por entonces, el desfiladero de las Puertas Cilicias ya se había desaprovechado: Alejandro había sido invitado a pasar por ellas en nombre de una estrategia que ahora iba a ser abandonada.

A finales de junio o principios de julio, al enterarse de la muerte de Memnón, el rey Darío convocó con preocupación una reunión de consejeros nobles. Puesto que Alejandro resistía en la lejana Tarso, por la corte corrió la voz de que las tácticas se estaban revisando. Los amigos honorarios y los parientes reales —algunos de carácter honorífico, otros sin duda descendientes del harén imperial—, los sátrapas y los responsables del personal, los compañeros de mesa, los Vitaxas, los benefactores del rey, los ataviados con la púrpura real, los quiliarcos de los inmortales, los Orosangas y todos los Hazarápatas menores se reunieron inquietos sabiendo que en Susa iba a decidirse su futuro. En la sala donde se reunieron, los asistentes mostraron la obediencia debida a la presencia superior de su rey; se expresaron opiniones y se discutieron cuestiones de estrategia, pero consideraron correcta la convicción de Darío de que, sin Memnón, ya no cabía confiar en que la guerra se desplazara a los Balcanes. Había que hacer un nuevo movimiento contra el propio Alejandro, y lo que se discutía era dónde sería más efectivo realizarlo. El general ateniense Caridemo, que se había unido a los persas tras haber sido enviado al exilio por Alejandro, propuso que él mismo tomaría cien mil hombres, incluyendo treinta mil griegos mercenarios, y que haría frente a Alejandro él solo. Sin embargo, Darío no estaba dispuesto a dividir su ejército y se molestó por las insolentes observaciones que Caridemo había añadido; por tanto, «lo agarró por el cinturón, de acuerdo con la costumbre persa, y lo entregó a los miembros de su séquito para que lo ejecutaran». Puede que la historia fuera dramatizada por un griego patriota, pero el episodio central del desacuerdo probablemente es cierto. La reacción de Darío fue la de insistir en reunir el contingente más amplio posible e ir a la guerra en persona; ningún ateniense renegado lo haría cambiar de parecer. Por consiguiente, los representantes comunicaron la palabra del rey, los escribas tradujeron los detalles al arameo y los mensajeros cabalgaron llevando las cartas selladas; los hiparcas y los eparcas las leyeron, se resignaron a lo peor y dejaron los cuarteles generales de sus distritos. Los Ojos y los Oídos del rey merodearon en busca de los rezagados, mientras las esposas reales y las concubinas imperiales se engalanaron, como era la costumbre, para hacer acto de presencia ante un ejército en movimiento y esperar el paso de sus carros y

camellos.

Bajo el asfixiante calor de julio, Darío se desplazó hacia el oeste, a Babilonia, una ciudad sofocante con un palacio bajo que sus antepasados siempre habían intentado evitar cuando el verano alcanzaba su plenitud. El sol y la arena ardían por igual, pero el Gran Rey sabía que tenía que pasar incomodidades; por entonces, ya habrían llegado noticias de que Alejandro había entrado en Cilicia y que, en seis semanas, podía estar amenazando las sólidas murallas de Babilonia. Se disponía de muy poco tiempo para convocar a las tropas de las satrapías superiores del este y el noreste de Hamadán a fin de hacer frente a la situación de emergencia, pero, no obstante, las fuerzas de que se disponía eran suficientes. Los dos principales territorios del Imperio cuyos pastos servían de alimento a los caballos todavía eran accesibles: los campos de Nisea de los medos, con sus famosos sembrados de alfalfa, y las pasturas igualmente productivas de Armenia, que tenían fama de enviar cada año veinte mil caballos como tributo. Los jinetes armados podrían reclutarse entre los colonos del rey y la nobleza local; el único problema era la infantería de apoyo, pues los únicos nativos entrenados, aparte de los honderos y los arqueros, eran la famosa guardia de palacio de los diez mil Inmortales. Los persas necesitaban aliados más fuertes, y la única alternativa que tenían era debilitar la campaña marítima en el Egeo convocando a la mayoría de los griegos mercenarios que estaban en la flota.

En el lecho de muerte, Memnón designó a su sobrino persa y a su ayudante como almirantes temporales; ambos habían luchado con valentía. Finalmente, hacia agosto, estos hombres forzaron la rendición de Mitilene, «instando a sus habitantes a convertirse en aliados de Darío según la paz de Antálcidas establecida con Darío»; se trataba de un acuerdo extraordinariamente sinuoso, ya que esta paz de Antálcidas, convenida hacía cincuenta y tres años con el rey Artajerjes II, no había comprometido a las islas del Egeo, por lo que las gentes de Mitilene no estaban en modo alguno obligadas a Persia. El tratado quizás había sido infringido lo bastante a menudo como para que una nueva generación de isleños lo hubiese olvidado; de ser así, Mitilene fue recompensada por su pobre sentido de la historia con una guarnición, un comandante extranjero, el retorno de los exiliados, la devolución a estos últimos de la mitad de sus propiedades, un tirano y una multa de castigo. La conquista de Lesbos abrió el camino a la flota a los Dardanelos, pero antes de que los dos almirantes pudieran ponerse en marcha, llegaron órdenes de que entregasen a la mayoría de las tropas formadas por mercenarios griegos. De este modo, quizás a mediados de agosto, cerca de doscientos barcos fueron desviados hacia el este, siguiendo los puntos de abastecimiento abiertos en Cos y Halicarnaso hasta Trípoli, en la costa de Siria, donde podrían entregar a los mercenarios a otro sobrino de Memnón. Los barcos fondearían en este lugar y los mercenarios marcharían tierra adentro para encontrarse con Darío, «treinta mil griegos» según la gente de Alejandro, una cifra que debería

rebajarse o reducirse incluso a la mitad.

Los almirantes persas se reincorporaron a las fuerzas destacadas en el Egeo para continuar la guerra con apenas tres mil mercenarios y un centenar de navíos de guerra. Sus posibilidades eran ahora mucho más reducidas, pero Darío no había importunado a los almirantes por capricho: el rey necesitaba tener en tierra toda la infantería que pudiera reunir. De la corte, había mandado llamar a los reclutas novatos de las juventudes del ejército persa, unos muchachos que eran alistados en gran número para talar árboles, cazar y luchar como preparación para el servicio en el ejército. En medio de la crisis, se arrojó a estos jóvenes a la vida adulta sin tener en cuenta ni su edad, ni su inexperiencia. Todos los hombres sanos que estaban disponibles fueron reclutados, y, en los territorios que había alrededor de los cuarteles reales de Babilonia, los efectos de esta convocatoria urgente todavía pueden detectarse. Si levantamos el telón del Imperio persa, es posible poner al descubierto los problemas que a nivel local acarreaba un llamamiento a filas y, asimismo, ver cómo era realmente la vida de un soldado imperial.

Cuando los persas conquistaron por primera vez Babilonia, doscientos años atrás, dividieron sus tierras, de una fertilidad espléndida, para adaptarlas a sus propios intereses. Buena parte del territorio se había repartido entre los sirvientes y los soldados con el fin de proporcionarles un medio de subsistencia; los persas tuvieron que hacer frente a la necesidad de disponer de armamento caro y complejo, y, puesto que se trataba de una sociedad rural, carente de dinero o de un sistema monetario, sólo las concesiones de tierra podían financiarlo, por lo que introdujeron un sistema feudal que, como muchas de las aportaciones que después se sofisticaron gracias al lenguaje y los métodos del gobierno persa puede demostrarse que se remonta a sus predecesores imperiales, los medos. De este modo, tanto en las llanuras de Lidia como en las de Mesopotamia, las familias e os soldados extranjeros, procedentes de lugares muy alejados, se asentaron en las concesiones de tierra —cuya extensión, en los pocos casos en los que es conocida, era de unos setenta acres—, y se distribuyeron en demarcaciones de acuerdo con su clase o nacionalidad, ya fueran árabes, judíos, egipcios, sirios o indios; cada una de ellas estaba bajo la supervisión de los oficiales de distrito, que eran también los responsables de recaudar los impuestos anuales que los beneficiarios de las concesiones debían satisfacer al rey. A diferencia de los colonos extranjeros de Lidia y otros lugares, los colonos de Babilonia registraron sus transacciones comerciales en tablillas de arcilla utilizando el desaparecido lenguaje acadio, y, puesto que la arcilla cocida puede perdurar a través de los años, cerca de la ciudad de Nippur se descubrió un tesoro de estas tablillas, que se conservaban intactas. Proporcionan información acerca de las actividades de una perspicaz compañía de comerciantes nativos llamada Murasu, que significa, apropiadamente, «gato salvaje», y de su minucioso testimonio puede

extraerse un importante modelo.

Se han identificado tres tipos principales de concesiones de tierras: las tierras de caballos, las tierras de arcos y las tierras de carros de guerra; los mismos nombres ofrecen la oportunidad de ver cómo funcionaba el ejército persa, pues los propietarios de dichas concesiones servían en él como arqueros feudales, como caballería pesada o como aurigas estos últimos provistos de un carro de guerra y un caballo A todos ellos les correspondía satisfacer los impuestos anuales: «harina para el rey», «un soldado para el rey» e «impuestos para la casa real», que eran pagados en plata al peso, sin acuñar. Las familias no podían vender ninguna parte de su concesión de tierra y, como muchos preferían dejarla yerma en vez de cultivarla, paulatinamente llegaron a acuerdos con los nativos, como la banca Murasu, que estaban preparados para ofrecer un contrato de arrendamiento a su concesión de tierra, hacer frente a los impuestos anuales de lo recaudado y cultivar los campos en su propio beneficio. A diferencia de los colonos, los banqueros recibieron la ayuda de un masivo refuerzo de hombres, plata, bueyes, simientes, derechos de regadío y molinos para bombear agua. Sin embargo, aunque los impuestos y la tierra podían alquilarse a un «gato salvaje», en algunas demarcaciones, si no en todas, a los colonos también les correspondía realizar el servicio militar. El deber del servicio militar era personal, y era la propia familia la que tenía que hacerse cargo de él; no podía arrendarse con la tierra, y, como muestran de un modo tan cuidadoso los registros de los Murasu, el sistema ya presentaba problemas noventa años antes de la llegada de Alejandro. Es poco probable que se hubiese transformado en la época en la que Alejandro realizó la invasión, pues siguió persistiendo bajo los sucesores.

En un documento extraordinario, estos problemas aparecen especificados con gran detalle. En 422, el rey Artajerjes convocó a sus colonos para atacar la ciudad de Uruk, pero la citación cogió por sorpresa al propietario judío de una concesión de tierra. Probablemente a causa de una situación financiera embarazosa, el padre judío se había visto forzado a adoptar como hijo a un miembro de la banca Murasu, de manera que el banquero podía heredar una parte de la repartición familiar; puesto que sólo los miembros de la familia podían ser propietarios de la concesión de tierra, la adopción era el único medio de eludir la ley del rey e introducir a alguien de fuera. Cuando el padre murió, el banquero adoptado se hizo con una parte de la hacienda, y los verdaderos herederos varones con el resto. En 422, recibieron la exigencia del rey de proporcionarle plata, armas y el servicio personal de un miembro de la familia, que consistía en un jinete totalmente equipado, caballo incluido. Gracias a su «hermano» banquero, los judíos alcanzaron un ventajoso acuerdo: a los banqueros Murasu no les gustaría tener que ir a luchar y, por tanto, el miembro adoptado financiaría la armadura, el impuesto en plata, el caballo y, muy probablemente, el mozo de cuadra, mientras que el judío cabalgaría arriesgando la vida.

Con gran alegría en su corazón, el judío Gadal-Iama habló de este modo al hijo del Murasu: los campos arados y sembrados, la tierra de caballos de mi padre, tú la tienes ahora porque una vez mi padre adoptó al tuyo. Dame, por tanto, un caballo con un mozo de cuadra y arreos, una gualdrapa de hierro, un yelmo, un peto de piel, un escudo, ciento veinte flechas de dos tipos, una sujeción de hierro para el escudo, dos espadas de hierro y una mina de plata para provisiones, y yo cumpliré con los deberes del servicio que recaen sobre nuestras tierras.

Puesto que los jinetes no poseían arco, presumiblemente las flechas se entregaban al tesorero y se repartían después entre los propietarios de tierras de arcos y de carros de guerra.

Sin embargo, en el verano de 333, no todos los colonos compartían su tierra con un rico banquero Murasu que pudiera costear el equipo militar; la adopción del banquero es, en sí misma, al igual que el paulatino aumento de los contratos de arrendamiento y de las hipotecas en los documentos Murasu, un indicio de que la vida de los colonos se había vuelto más extenuante o más difícil a medida que pasaban los años. El impuesto anual era fijo y no tenía en cuenta las malas cosechas, o, peor aún, las adjudicaciones seguían siendo del mismo tamaño, aunque luego tenían que pasar a todos los miembros masculinos de la familia; hacia el año 420, los colonos estaban viviendo en terceras, cuartas, octavas o incluso en quinceavas partes de la concesión original. Sus obligaciones seguían siendo las mismas —un soldado completamente armado para el conjunto total de la hacienda—, incluso cuando el número de bocas que alimentar en la familia hubiese aumentado. Los indios y los sirios no podían hacer frente por su cuenta al incremento mediante un cultivo intensivo a la escala de los comerciantes Murasu, de manera que, mientras el excedente anual de los colonos era cada vez más pequeño, las necesidades de sus hogares exigían que éste fuera cada vez mayor. Tenían que endeudarse o adoptar a un banquero como hijo; en cualquier caso, ya no eran capaces de armarse a sí mismos para los costosos requerimientos del rey. Los caballos y los carros de guerra necesitaban mantenimiento, y una hacienda dividida en quince partes difícilmente es un hogar para ninguna de las familias que la ocupan; ciertamente no pueden construirse demasiadas teorías a partir de los documentos de una pequeña área, especialmente cuando Babilonia estaba mucho más urbanizada que otras satrapías, pero parece ser que la única razón que impulsó al Gran Rey a confiar en las tropas griegas mercenarias en el siglo IV fue la menguada capacidad de sus apretujados colonos.

Por consiguiente, a Darío no se le pueden reprochar los sueños que le atribuyeron los historiadores griegos mientras aguardaba la llegada de los arqueros y jinetes feudales: eran visiones del resplandeciente campamento macedonio y de Alejandro desapareciendo en un templo babilonio vestido con el atuendo real persa. Unos jinetes feudales envejecidos y un cuerpo real formado por muchachos no eran, precisamente, el adversario ideal para la infantería macedonia y la caballería de los Compañeros; no obstante, en las llanuras cercanas a la ciudad, el Gran Rey encontró

refugio en las cifras y se consoló contando a los soldados que había reunido. Para ello, hizo que se vallara un recinto circular capaz de albergar a diez mil hombres a la vez. El recinto se fue llenando y vaciando hasta que todo el ejército hubo pasado por él, y después se contaron los grupos de diez mil. Medos, armenios, hircanos, norteafricanos y también persas: «Desde el alba hasta el anochecer», según el exagerado punto de vista de los historiadores, cuatrocientos mil soldados procedentes de estos pueblos pasaron por la empalizada. Su verdadero número no puede calcularse, ni tampoco importa para lo que vino después; en cualquier caso, una mañana temprano, a finales de agosto o principios de septiembre, levantaron el campamento y todos los miles, fueran los que fueran, avanzaron pesadamente hacia el oeste, entre los canales de la bien abastecida tierra de Asiria.

Al sonido de la trompeta, el Fuego Sagrado avanzó, alzado sobre altares de plata: los sacerdotes magos iban detrás entonando el himno tradicional; trescientos sesenta y cinco jóvenes Ataviados con la Púrpura caminaban acompasadamente tras ellos, «iguales al número de días del año persa». Los caballos blancos de los campos de Media volteaban y piafaban ante el Carro de Ahura Mazda; los aurigas iban vestidos de blanco, con las correspondientes fustas de oro; el caballo más grande de todos se preparaba para llevar el Carro Sagrado del Sol. Los guardias inmortales, así llamados por los griegos porque su número nunca bajaba de diez mil, marchaban justo detrás en solemne orden, mientras que los parientes reales y los poseedores de espada abrían el camino al carro del rey. El oro de su carrocería refulgía de un modo que no podemos imaginar, y la yunta, adornada con diferentes piedras preciosas, centelleaba; en cada uno de los lados había pinturas representando a los dioses, entre las cuales podía verse un águila de oro, símbolo de Ahura Mazda, desplegando con benevolencia sus alas pintadas. Dentro del carro, de pie, se encontraba el rey Darío, en cuyo rostro enjuto destacaba la barba, ataviado con una túnica blanca bordeada de púrpura: de sus hombros caía una capa bordada «sobre la que había halcones de oro que luchaban con sus picos curvados»; del cinturón de oro colgaba una cimitarra cuya vaina estaba hecha de una única gema; en la cabeza llevaba ceñida la ondulada corona del Rey de Reyes, ribeteada con una franja de tela blanca y azul. La caballería y la infantería desfilaban formando la guardia, protegiendo los carros de la reina y la reina madre, a los que seguían de cerca; un poco más atrás, quince carros tirados por mulas transportaban a los eunucos, las institutrices y los infantes que estaban a su cargo; trescientas sesenta y cinco Concubinas del Rey guardaban las distancias vestidas para la ocasión, mientras, a su lado, seiscientas mulas y trescientos camellos, cargados con una selección de los tesoros imperiales, avanzaban despacio.

Si regresamos al campamento macedonio veremos que, en los dos meses que se tardó en reunir el ejército de Darío, los acontecimientos tomaron un giro desafortunado. Tras franquear las Puertas Cilicias en julio, Alejandro se apresuró a

derrotar Tarso y salvó la ciudad de ser incendiada por los persas. Marchó deprisa bajo el sofocante calor, descendiendo unos novecientos metros hasta una llanura en la que no corría nada de aire, y, cuando llegó a la ciudad, estaba comprensiblemente cansado y cubierto de polvo. A través de Tarso corrían las amarillentas aguas del Cidno, un anchuroso río que tenía fama de ser frío; según Aristóbulo, Alejandro ya tenía fiebre. Otros contaron que nadó en el río cuando todavía se sentía bien. No obstante, las aguas del lugar tienen un historial nefasto: en 1189, el Calicadno le provocó un enfriamiento a Federico Barbarroja, que también se zambulló para nadar en sus aguas de un modo bastante imprudente en el transcurso de una cruzada. En pocas horas, Alejandro incubó un resfriado que se aceleró debido a la frialdad del agua. Sus ayudantes lo instalaron en la tienda real; no podía dormir y tenía escalofríos. Al aumentar los calambres, los médicos perdieron las esperanzas depositadas en el tratamiento que le estaban aplicando, hasta que se presentó ante ellos el griego Filipo, un hombre «mucho más fiable en asuntos médicos y que no pasaba inadvertido en el ejército». Había atendido a Alejandro cuando era un niño y, conociendo su temperamento, propuso administrarle un fuerte purgante. Alejandro estaba desesperado por recobrarse y dio su consentimiento.

Se contaba que mientras Filipo reunía los fármacos necesarios, a Alejandro se le entregó una carta de parte de Parmenión; algunos dicen, lo cual es improbable, que la carta había llegado dos días antes y que Alejandro la había ocultado bajo la almohada. Según Parmenión, Darío había sobornado a Filipo para que asesinara a su real paciente, pero, cuando el médico reapareció, Alejandro desoyó las advertencias que se le hacían. A la vez que le entregaba la carta a Filipo, él tomó el vaso con la medicina y se la bebió mientras su médico leía el mensaje. Entonces Filipo «dejó muy claro que no había nada malo en su remedio: no se inquietó lo más mínimo con la carta, sino que simplemente ordenó a Alejandro que obedeciera cualquier otra instrucción que él pudiera darle. Si lo hacía, se recuperaría». Finalmente, el purgante funcionó y la fiebre cesó: «Entonces Alejandro dio pruebas a Filipo de que confiaba en él, convenciendo a los otros miembros de su séquito de que era leal con los amigos, que hacía caso omiso de las sospechas y que era valiente cuando se enfrentaba a la muerte». Puede que Aristóbulo estuviese de acuerdo, aunque negase el baño.

En buena medida, el relato de esta carta ha despertado la incredulidad porque parece un episodio demasiado dramático. Sin embargo, la Historia no es verdad sólo cuando resulta aburrida, y, aunque no debemos fiarnos a la ligera de las intervenciones de Parmenión, no hay ninguna prueba externa que ponga en entredicho esta reveladora escena. Ciertamente, en la leyenda, Parmenión se convierte más tarde en un enemigo personal del médico, incluso en un astuto envenenador que espera poder asesinar a Alejandro y librarse de antemano de la

culpa mediante esta carta de advertencia. Sin embargo, estos aderezos legendarios no prueban que el relato surgiera, en principio, para desacreditarlo. La confianza y el valor son dos virtudes que se le suponen a todo gran general, e incluso aunque Alejandro no discriminara tanto en sus lealtades como insinúa la adulación, tenía la agudeza suficiente para distinguir entre los amigos verdaderos y los falsos, premiando a los primeros y purgando a los segundos. Hay muchos elementos a favor de esta historia del médico y la carta que sitúan estos dos rasgos en un primer plano.

La enfermedad de Alejandro en Tarso supuso una demora más grave de lo que ninguno de sus historiadores dilucidó. Durante las largas semanas de julio y agosto, y hasta mediados de septiembre, el rey permaneció en cama, aparentemente sin ser informado de que Darío había convocado al ejército y lo había conducido al oeste desde Babilonia, por no hablar de sus cifras. Para Alejandro, las tácticas todavía se centraban en el litoral y, a medida que se recobraba lentamente, había demasiadas cosas de las que preocuparse en el mar. Incluso sin los mercenarios griegos, los sucesores de Memnón iban a hacerse notar; habían navegado hasta Ténedos, al norte, a una base isleña para barcos de mercancías justo a la salida de los Dardanelos, y se habían apoderado de la isla, de nuevo con una falsa referencia a la paz del pasado. Diez barcos habían sido desviados a las islas Cicladas, hacia el sur de Grecia, donde tenían que aguardar las tentativas de acercamiento de los espartanos y otros griegos descontentos; Antípatro, que estaba preocupado por la seguridad de la costa griega, reunió cuantos barcos de guerra pudo encontrar y los puso bajo el mando de un macedonio, probablemente el sobrino de la nodriza de Alejandro. Una incursión capturó ocho barcos de la flota de vanguardia persa y puso en fuga al resto, pero no pasaría mucho tiempo antes de que centenares de barcos enemigos acudiesen al sur. Los dos oficiales reclutados de la flota aliada de Alejandro iban a encontrar el trabajo lento y difícil, quizá porque la mayoría de los griegos preferían permanecer neutrales. Alejandro sólo pudo presionar mediante la ocupación de las bases terrestres de Asia, un proceso poco sistemático que lo llevó a situarse más cerca de los puertos de Siria y Fenicia, si bien los puertos de las islas y el de Halicarnaso todavía permanecían abiertos para el enemigo que se encontraba detrás de él.

Desde entonces, Alejandro se encontró sin mapas detallados y sin contactos locales, y, para saber lo que había más adelante, seguramente debió de consultar la narración de la marcha de Jenofonte, donde se especificaban detalladamente las horas de marcha y las distancias. A partir de ahí, Alejandro pudo deducir que la próxima fortaleza del enemigo en la costa era el paso de la Columna de Jonás, de Cilicia a Siria, a algo más de cien kilómetros de distancia; basándose en lo que había leído, envió a Parmenión a paso lento para que, siguiendo el litoral, la tomase por adelantado, confiando en que tanto su complejo de murallas con torretas dobles como el río que discurría por la zona no estuvieran excesivamente protegidos. Alejandro,

por su parte, marcharía hacia el oeste, en la dirección opuesta, tan pronto como se sintiera con fuerzas.

¡Qué irónica resulta ahora la lectura de estos minuciosos planes! Durante todo ese tiempo, Darío fue aproximándose a las llanuras de Siria, donde debió de acampar y esperar para atacar en cuanto Alejandro apareciese por la planicie después de atravesar las colinas del Amano. Mientras tanto, Alejandro avanzó y retrocedió, ignorando probablemente el paradero del Gran Rey, sin contar con su cambio de planes, pues de otro modo no se habría atrevido a dividir sus tropas. A los macedonios, este trabajo rutinario iba a parecerles una fase más en la laboriosa conquista de la costa; se retrasaron hasta que el rey se sintió mejor, vieron a Parmenión desaparecer en dirección al este con la caballería y, a finales de septiembre, cuando Alejandro finalmente se hubo recuperado, rehicieron el camino hacia la decadente ciudad de Anquíalo sin saber el riesgo que pronto correrían. En el centro de esta ciudad de altas murallas se alzaba la tumba de Asurbanipal, su fundador, que fue rey de Asiría a mediados del siglo VII a.C. En la tumba había una talla del rey aplaudiendo, con las manos situadas sobre la cabeza y, debajo, una inscripción en escritura cuneiforme. Intrigado, Alejandro hizo que los colonos del lugar se la tradujeran: «Sardanápalo, hijo de Anacindaraxes —decía la inscripción— construyó Anquíalo y Tarso en un solo día; desconocido, come, bebe y haz el amor, pues el resto de los asuntos humanos no son merecedores de esto», y «esto» era el aplauso del rey. El historiador Aristóbulo, que escribió su libro cuando ya había cumplido ochenta años, eludió esta referencia directa al sexo, pues parafraseó así el consejo: «Come, bebe y diviértete»; en cualquier caso, la inscripción se había vuelto ininteligible, y lo que los habitantes del lugar le dijeron a Alejandro sólo eran habladurías. No obstante, la historia de Calístenes registró con exactitud las indecorosas palabras para divertir a Alejandro, quien después, como una negación viviente de cualquier tipo de filosofía del pasotismo, prosiguió con su avance.

Los diez días siguientes fueron la prueba de que el rey había recobrado la salud. Los hombres de las tribus salvajes fueron derrotados en una campaña que duró siete días, una ciudad pro persa fue multada y llegaron noticias, que fueron muy bien recibidas, de que las fortalezas de Halicarnaso que seguían en pie, así como su costa, incluyendo Cos, habían caído finalmente en manos de los macedonios. Alejandro quiso celebrar su primer éxito en la campaña naval, por lo que ofreció un sacrificio al dios griego de la Salud dando gracias por su recuperación y organizó una carrera de antorchas, juegos atléticos y certámenes literarios. El éxito se revelaría efímero, pues Cos y Halicarnaso se verían muy pronto amenazadas de nuevo y terminarían perdiéndose. A pesar de todo, Alejandro se desplazó hacia el sureste, a Malo, donde detuvo las luchas civiles y abolió el pago de los tributos, satisfecho por el vínculo de alianza con sus legendarios antepasados griegos; generoso y moviéndose libremente

en el mundo del mito, estaba claro que el rey había recuperado la velocidad de su paso. Octubre estaba ya muy avanzado cuando, de repente, llegó un mensaje de Parmenión, que se encontraba lejos, en la frontera entre Siria y Cilicia: Darío había sido visto acampando con un gran ejército a sólo dos días de marcha de las Puertas Sirias y la Columna de Jonás.

Debió de ser duro mantener la calma tras recibir esta información. Durante el mes anterior, Alejandro se había entretenido en la costa sureste de Turquía, con sus efectivos ampliamente divididos y el invierno aproximándose; sus pensamientos se habían centrado en la flota persa y en las maniobras que peligrosamente llevaban a cabo en dirección a Grecia sin encontrar oposición alguna; sólo podía confiar en que el riguroso clima otoñal diese pronto por terminada la estación de navegación. También había problemas dentro y fuera del alto mando.

Recientemente había recibido cartas de Olimpia que le advertían finalmente contra Alejandro el lincesta, y fue ahora, y no un año antes, cuando decidió arrestar al comandante de caballería. Al mismo tiempo, su íntimo amigo Hárpalo, que era cojo y estaba poco avezado a la vida militar, había partido para Grecia cruzando un mar hostil para contactar con la ciudad portuaria de Mégara, situada al sur, presumiblemente con la intención de rechazar a la flota persa que se acercaba. Otro enviado lo había acompañado en un viaje por mar todavía más audaz, a través de Grecia hasta el sur de Italia, con el propósito de hablar con el hermano de Olimpia, el rey Alejandro del Epiro, sin duda acerca de una posible ayuda por mar para Grecia. Era un momento preocupante en todos los frentes, y a esto se añadía ahora la amenaza de un gran ejército persa.

Alejandro, que nunca era más feliz que cuando se sentía desafiado, «reunió a sus nobles Compañeros y les explicó las noticias; los Compañeros insistieron en que los condujera directamente al lugar exacto donde se encontraban los persas. Alejandro disolvió la reunión al tiempo que les dedicaba elogios, y, al día siguiente, los condujo hacia el este para ir al encuentro de Darío y los persas». Comparando sus observaciones con la historia de Jenofonte, Alejandro pudo calcular que, a un paso razonable, el ejército alcanzaría la frontera de Siria en tres días o, lo que era lo mismo, en unas veinticinco horas de marcha regular por carretera. Sin embargo, no era el momento de ser razonable, y además el ejército estaba menguado debido a la ausencia de Parmenión; Alejandro hizo que los hombres doblaran el ritmo de la marcha y que cubrieran los ciento trece kilómetros en cuarenta y ocho horas. El camino oriental de la costa era llano y tentador, pues lo flanqueaban fértiles haciendas; cuando la orilla del Mediterráneo se tuerce abruptamente hacia el sur, en dirección a Siria, el camino se pega al litoral y lo sigue; Alejandro todavía tenía el mar a la derecha y la sombra de los montes Amánides a la izquierda. En la frontera de Cilicia se encontraba la ciudad de Isos, que enlazaba el camino entre la satrapía de

Siria y el sur, y allí Alejandro abandonó a todos los rezagados e inválidos para los que era evidente que la marcha resultaba demasiado rápida. Mientras tanto, Parmenión regresó del reconocimiento para encontrarse con Alejandro, y juntos, rey y general se apresuraron a llegar a las fortificadas Puertas de Siria, la actual Columna de Jonás, que la vanguardia del ejército ya había ocupado. Se detuvieron en Miriandro, situado unos pocos kilómetros al sur de este puesto fronterizo, sabiendo que por fin se encontraban en la cordillera del paso de Belén. Desde aquí podían cruzar los límites de la cordillera de los Amánides y encaminarse hacia el este, a Asiría, y, por tanto —eso esperaban—, hacia el campamento del rey Darío antes de que éste se enterara de su proximidad. Por entonces, caída ya la tarde del segundo día, la marcha había puesto a prueba al máximo a la infantería; fue una bendición que durante la noche «estallase una fuerte tormenta y que la lluvia cayera desde el cielo con fuertes ráfagas de viento. Esto mantuvo a Alejandro en el campamento». Lo que implica que, de otro modo, Alejandro habría vuelto a ponerse en camino antes del alba.

Alejandro no podía saber que este vendaval de finales de otoño resultaría ser una bendición del cielo. Habían transcurrido al menos cuatro días desde que los espías de Parmenión observaron por última vez a Darío en el este, en las llanuras cercanas a Socos, y las tácticas del Gran Rey merecen una consideración más detallada de la que ninguno de los macedonios le concedió. Posiblemente Darío alcanzó Socos a finales de septiembre y, como le aconsejaron sus oficiales, esperó en los espacios abiertos para desplegar allí toda su fuerza contra Alejandro, que aparecería por los montes de la costa en el paso de Belén. Pero Darío se impacientó. Desvió el cortejo con el equipaje hacia el suroeste, a Damasco, una elección que curiosamente quedaba lejos, pero cuya intención era quizás aliviarla carga de los suministros de alimentos de la llanura de Socos y poner al séquito no militar más cerca de los barcos que transportaban mercancías y que estaban fondeados en el cercano puerto de Trípoli. La elección quizá resultaría más comprensible si la antigua ciudad de Socos pudiera localizarse con cierta precisión. Tras haberse deshecho del equipaje, Darío empezó a desplazarse hacia el norte para ir él mismo al encuentro de Alejandro, en contra del firme consejo del desertor macedonio Amintas.

Los informes que recibió de su servicio de inteligencia sólo pueden conjeturarse. Probablemente había oído algún rumor acerca de la enfermedad de Alejandro; posiblemente los exploradores o los fugitivos ya se habían dado cuenta de que Parmenión se acercaba a la costa, a la Columna de Jonás. De ser así, parece ser que Alejandro se entretuvo al otro lado, en Cilicia, y que dividió sus fuerzas de la manera más imprudente. El momento parecía propicio para marchar al norte, hacia la ladera interior de los montes Amánides, penetrar por el paso de Hasenbeyli, a una altura de unos mil trescientos metros, y llevar después el ejército al sur y de vuelta al camino

principal por el paso de Kalekoy, en Isos. Si Darío ya conocía el avance de Parmenión, puede que también supiera que estos puertos se habían dejado sin defensas; si no lo sabía, la suerte le sonreiría y lo llevaría sin novedad a través de ellos.

Darío debió de haber empezado esta marcha hacia el norte muy poco después de que los exploradores de Parmenión se hubieran retirado con las noticias de su paradero. En unos cuatro o cinco días habría alcanzado el paso de Hasenbeyli, todavía confiando en poder virar hacia el camino principal y ocupar Isos. Darío esperaría allí para luchar con Alejandro cuando apareciera por el camino desde el este, por el paso de Kara Kapu desde Tarso, o bien se desplazaría hacia el oeste, a Tarso, y esperaría atraparlo en su lecho de enfermo. No podía saber que, mientras él marchaba hacia el norte, por la ladera interior de la cordillera de los Amánides, Alejandro se estaba desplazando hacia el sur por la ladera de la costa, y menos aún que lo hacía marchando a un paso que debe de parecer increíble para quienes nunca han intentado realizar una marcha forzada. Durante la noche, sin descanso, Alejandro recorrió a toda velocidad el camino que serpenteaba la costa, mientras Darío estaba acampado o marchando en el otro lado; hay pocos episodios tan extraños como éste sobre el hecho de no realizar adecuados reconocimientos en la historia de la guerra antigua. La misma noche en que Darío atravesó el paso de Kalekoy en dirección a Isos, esperando encontrarse con Alejandro marchando hacia el este, Alejandro cruzó la Columna de Jonás esperando encontrarse con Darío acampado en el este, en Socos. Ninguno de los dos conocía el paradero del otro.

Cuando Darío llegó a Isos, se encontró con los macedonios inválidos que Alejandro había abandonado. Se hallaba ahora a unos veinticuatro kilómetros al norte de Alejandro, tras su retaguardia, y, por tanto, fue sólo la velocidad excepcional con que avanzó Alejandro lo que le proporcionó esta envidiable posición. A lo sumo, Darío podía haber esperado separar a Alejandro de Parmenión; no podía creer que había alcanzado la retaguardia de ambos. A modo de celebración, amputó las manos de los macedonios enfermos que encontró en Isos, una atrocidad inútil que iba a costarle cara, pues otros macedonios, horrorizados, escaparon en barcas y alertaron a Alejandro de que el Rey de Reyes estaba en realidad acampado en su retaguardia. En Miriandro, Alejandro no podía dar crédito a lo que le contaban. Sin embargo, envió a varios Compañeros a la costa, en un esquife de treinta remos, para que lo comprobasen por sí mismos; mientras remaban en el golfo de Alejandreta, los Compañeros vislumbraron las hogueras del ejército persa y se dieron cuenta de que había sucedido lo peor. Al final, parecía que la legendaria buena suerte de Alejandro lo había abandonado.

Con los pies doloridos por la marcha forzada y empapado por el pasado día de lluvia, Alejandro se encontró con que los nativos que voluntariamente ayudaban al

ejército de Darío no iban a darle muchas oportunidades. Había una esperanza de huir de la trampa a la que el precipitado avance había arrojado a sus hombres. Presumiblemente, Darío marcharía hacia el sur por el desfiladero, esperando caer sobre la retaguardia de Alejandro una vez que hubiera salido al espacio abierto que se extiende al otro lado del paso de Belén. Pero ¿qué sucedería si Alejandro daba media vuelta y se encontraba primero con el Gran Rey en el desfiladero de Cilicia?

Con un ejército calado hasta los huesos y cansado, ésta era una orden difícil de dar. Sin embargo, como Amintas, el desertor macedonio, le había dicho al rey persa, «Alejandro iría allí donde le dijesen que se encontraba Darío». En pocas horas, los soldados se habrían echado al hombro las sarisas, los caballos habrían dado media vuelta y la lucha se iniciaría en los términos de Alejandro; En efecto, Alejandro acudiría allí donde le habían dicho que se encontraba su rival. Darío, en cambio, todavía no tenía noticias del regreso de Alejandro y, en la batalla que se produciría con la llegada del nuevo día, la sorpresa no iba a ser la menor de las desventajas a las que tendría que hacer frente el Gran Rey.

12. ISOS

En Miriandro, al dar la vuelta hacia la posición de Darío, el primer paso que dio Alejandro fue arengar a las tropas. Por lo visto dedicó comentarios diferentes a cada unidad e informó a los hombres de que los dioses estaban de su lado: «También recordó sus anteriores éxitos como equipo e hizo alusión a todas las hazañas individuales de carácter valeroso que habían sido particularmente brillantes o llamativas, identificando en cada caso al hombre por su nombre y mencionando la hazaña que había llevado a cabo. Sin hacer ningún tipo de alarde u ostentación, describió su propia y esforzada actuación en las batallas». También se decía que añadió un estímulo de carácter histórico, recordando a los hombres la larga y segura marcha de Jenofonte a través del Imperio persa setenta años atrás; como respuesta, dijeron los historiadores macedonios exagerando posiblemente lo sucedido, «los hombres se agolparon en torno suyo y estrecharon las manos de su rey, pidiéndole que los condujera hacia allí de inmediato». En aquella tarde invernal, Alejandro ordenó que primero cenaran mientras el contingente de avanzada regresaba para proteger las Puertas Sirias por las que habían pasado la noche anterior.

Al caer la noche, el resto del ejército dio la vuelta y fue derecho a la frontera entre Siria y Cilicia, que, como estaba previsto, alcanzaron a medianoche. Se organizaron guardias para vigilar el campamento, desde el que se veía la orilla del mar Mediterráneo abajo, a la izquierda, y los soldados pudieron disfrutar de un descanso frío pero merecido en la ladera que circundaba las Puertas. Contaban que, a la luz de las antorchas, Alejandro llevó a cabo ciertos sacrificios; sólo en una narración posterior, de la que únicamente se han conservado unas pocas y breves frases escritas sobre papiro, se especifica en qué consistieron estos sacrificios: «Con gran inquietud, Alejandro recurrió alas plegarias, invocando a Tetis, a Nereo y las Nereidas, las ninfas del mar, y conjurando a Posidón, el dios del mar, en cuyo honor ordenó que se lanzara una cuadriga al oleaje; también hizo sacrificios a la Noche». Este retazo de información no puede contrastarse, pero era de lo más apropiado que el nuevo Aquiles dirigiera plegarias a la madre de su héroe, Tetis, la de los argénteos pies, en su cueva bajo las olas; también la diosa había consolado al Aquiles de Homero en momentos similares de crisis.

El primero de noviembre de 333, o alrededor de esa fecha, cuando a las cinco y media de la mañana rompió el alba, la trompeta anunció el comienzo de la marcha más importante. En columnas, las tropas bajaron a paso ligero el camino del angosto paso rocoso que atraviesa la Columna de Jonás; el mar quedaba a su izquierda y los

montes se alzaban a su derecha. A unos seis kilómetros y medio de la posición en la que se encontraba Darío, según habían informado, el terreno se ensanchaba ligeramente, y la infantería encontró espacio suficiente para abrirse en abanico, en formación de batalla, mientras la caballería trotaba detrás en la formación tradicional. Allí, desde la orilla del mar, las montañas empezaban a perderse de vista, pues se curvaban hacia el interior y daban paso a una sinuosa llanura que se extendía entre sus laderas y la playa. Alejandro desplegó la infantería de un modo todavía más amplio, disponiéndola en el clásico orden de batalla: los Portadores de Escudo a la derecha, protegiendo el flanco vulnerable de la infantería, los Compañeros de a Pie en el centro y los mercenarios extranjeros lindando con el ala izquierda. Puesto que la escarpada vertiente de la montaña cedía y la llanura se extendía todavía más lejos, Alejandro hizo correr la voz entre las formaciones de que se ensancharan de nuevo, disminuyendo su profundidad de dieciséis hombres a meramente ocho —si bien esta disminución fue exagerada por los panegiristas—, mientras que la caballería subió desde la retaguardia, situándose las brigadas aliadas a la izquierda, y los Compañeros, los tesalios y los Lanceros a la derecha. La línea se extendía ahora desde las faldas de la montaña hasta la orilla del mar, con Alejandro al mando del ala derecha y Parmenión comandando la izquierda, a la espera de que la batalla tuviera lugar en un frente ventajosamente estrecho. Hacia el mediodía, el ejército de Darío se haría plenamente visible.

En este punto interviene la geografía. Como en el Gránico, el ejército persa adoptó una posición defensiva detrás de un río, al sur de la ciudad de Isos; sin embargo, en esta ocasión el río no ha sido plenamente identificado pese a que la cuestión ha suscitado una inmensa y laboriosa actividad, que tuvo su punto culminante en las seiscientas noventa páginas, que no se han publicado, escritas por un comandante francés que se basó en una falsa premisa. Hay tres ríos principales y cinco riachuelos en juego, y este ámbito de elección resulta de lo más incómodo para quienes afirman haber encontrado la solución. Con todo, antes de analizar el terreno, debe tomarse una decisión más importante: se han conservado partes de la narración de la batalla que escribió Calístenes, pero ¿podemos fiarnos de los detalles que nos proporciona el propio historiador de Alejandro?

Ya en la antigüedad, se criticó la descripción que Calístenes hizo de la batalla, y, aunque las críticas carecen de lógica, proporcionan la única pista sobre lo que él escribió: Calístenes especifica tres de las mediciones y describe las orillas del río donde tuvo lugar la batalla como «escarpadas y difíciles de cruzar». Los numerosos expertos que han situado la batalla en el río que se encuentra lo más al norte posible, el Deli Chai, desdeñan las indicaciones que Calístenes proporciona. Ninguno de los pretextos que aducen es lo bastante convincente. Es posible, como observan, que Calístenes exagerara el aspecto agreste de las riberas para glorificar la victoria de su

rey, y que dos de sus mediciones, que se dan en números redondos, sean sólo estimaciones; esto no implica que, en conjunto, no sean verdaderas, y la tercera medida que proporciona, la más importante para lo que sigue, no puede eludirse con tanta facilidad. El lugar de la batalla, afirmó Calístenes, medía catorce estadios de anchura, y, aunque la longitud exacta de un estadio puede discutirse en dos decimales, esta cantidad equivale a algo menos de dos kilómetros y medio. Sin duda un adulador habría ampliado, más que reducido, el campo de batalla, pues los desfiladeros constituían el único golpe de suerte imprevista a favor de Alejandro; un observador no habría dado con tanta seguridad una cifra de catorce estadios si sólo hubiera hecho conjeturas midiendo a simple vista desde una colina situada tras las líneas. Puesto que Alejandro pagaba a agrimensores griegos profesionales para medir a pasos distancias precisas de cualquier longitud en Asia, es muy posible que su cortesano compañero Calístenes utilizara las mediciones en su historia y que, de este modo, llegase a la cifra de catorce. Aun en el caso de que no fuera así, es un mal método rechazar la única prueba precisa de un testigo ocular con tal de salvar las teorías de los generales alemanes, que racionalizaron la a la y minimizaron lo emocionante y azaroso de su desarrollo situándola demasiado al norte.

Aceptar lo que dice Calístenes significa despedirse de las riberas más anchas del Deli y apostar por el río Payas situado más al sur. Alejandro y Darío debieron de luchar en un frente muy estrecho, más angosto incluso de lo que creen la mayoría de los críticos, y puesto que los macedonios sólo estaban colocados en columnas de ocho en fondo, probablemente sus cifras reales eran menores, y se situaban más cerca de los veinticinco mil hombres que de los treinta y cinco mil. El día del enfrentamiento, la marcha que llevaron a cabo desde el campamento hasta el lugar de la batalla habría sido así más corta, pero habrían tenido que hacer frente a un río más desigual y escarpado que el Deli, que estaba más al norte. En cuanto a Darío, sus tácticas también deben revisarse, pese a que los historiadores de Alejandro las ignoraran en sus escritos. Dos días antes de la batalla, al atardecer, Darío apareció por las montañas al noreste de Isos, en la retaguardia de Alejandro, sin duda esperando, dado que Alejandro desconocía su posición, poder moverse hacia el oeste a través de Cilicia y encontrar a su enemigo todavía entretenido o dividido en la costa sur de la actual Turquía, quizás en las cercanías de Tarso. Tan pronto como los nativos lo sorprendieron con las noticias de que Alejandro ya había pasado al sur el día antes con rumbo a Siria, Darío debió de bendecir su suerte y, sin perder tiempo, seguramente empezó a seguirlo: las amplias llanuras de Asiría eran su objetivo; su propósito, un ataque total desde la retaguardia. Es muy probable que la mañana del día de la batalla el ejército de Darío se encontrase tan al sur de Isos como del estrecho río Payas, esperando derrotar a Alejandro en terrero abierto al día siguiente; Darío seguramente no había contado con el giro de su enemigo y, por tanto, la repentina

reaparición de Alejandro, volviendo audazmente sobre sus pasos desde Miriandro, debió de significan para el Gran Rey una conmoción mucho mayor de lo que habitualmente se admite. Si Isos fue una batalla que sobre el papel Alejandro debería haber perdido, también fue una contienda que se libró más temprano de lo que Darío había esperado. Cuando oyó las inesperadas noticias acerca del giro que habían realizado los macedonios, el Gran Rey prefirió quedarse instalado en las orillas del Payas en vez de retirarse hacia el norte, a un lugar ligeramente más amplio de la llanura cercana a la ciudad de Isos. Su ejército podría abrirse en abanico cuando acampara, mientras que una avanzadilla defendería el río hasta que él estuviera preparado. Prudentemente, Darío ordenó que se levantara una empalizada en diversos puntos llanos de las orillas del río con el fin de dificultar una carga enemiga. «Fue en este momento —escribió un historiador macedonio— cuando quienes estaban al lado de Alejandro se dieron perfecta cuenta de que Darío era esclavo de su forma de pensar». Atrapado en un paso de Cilicia en el que sus efectivos, mayores que los de Alejandro pero no tan incontrovertiblemente grandes como su enemigo pretendió, no servían para nada, puede perdonársele al Gran Rey que organizara una defensa suplementaria.

Las características del campo de batalla, con independencia de dónde estuviera situado, están fuera de discusión. Recorriendo hacia el norte unos dieciséis kilómetros desde el campamento que habían levantado la noche anterior, Alejandro bajó a través de una región montañosa a la pequeña llanura que separa la costa mediterránea de los montes Amánides, en el interior. Los persas y los macedonios estaban ahora separados por un río que corría directamente a través del camino por donde avanzaba Alejandro, un río que fluía desde las faldas de los montes hasta el mar y que formaba un terraplén natural que favorecía la defensa de Darío. La estrechez de la llanura, sin embargo, constituía una enorme ventaja para Alejandro, pues un frente de catorce estadios detendría a Darío sin permitirle hacer ningún uso de su superioridad numérica. Sin embargo, aunque se encontraba apretujado, en esta ocasión el Gran Rey lo planificó todo de un modo competente. Tenía que sacar provecho de los dos límites naturales del campo de batalla: a la derecha de Alejandro, las laderas combadas de la cadena montañosa; a la izquierda, la playa llana del Mediterráneo. En aquel lugar podía distribuir al contingente de sus hombres del modo más efectivo con la esperanza de caer sobre los flancos del enemigo y rodearlo. Mientras, la barrera natural del río que se interponía dificultaría el avance de la infantería macedonia.

Antes de que el propio Alejandro tuviera tiempo de pensar en esta idea, Darío envió tropas a las montañas para que rodearan, sin ser vistas, el flanco derecho de Alejandro por detrás, y descendieran para atacarlo desde la retaguardia. Esta táctica podría haber sido decisiva si Alejandro no hubiese ordenado a los agríanos y los arqueros que se rezagaran y los detuvieran. Al inmovilizar a las tropas de Darío en las

estribaciones, pronto lo forzaron a retirarse. Si la estratagema en el ala derecha fracasó, la de la izquierda parecía más prometedora. Sorprendentemente, Alejandro había colocado poca caballería en el ala izquierda, donde el río se nivelaba para desembocar en el mar, aunque la orilla no era el único punto obvio donde podía producirse una carga enemiga. Dándose cuenta de esta debilidad, Darío concentró a sus jinetes para aprovecharla; de nuevo, Alejandro se dio cuenta a tiempo de su error y trasladó a escondidas a sus jinetes tesalios tras las líneas, a fin de fortalecer las defensas. Como su traslado debilitaba el ala derecha, donde el frente más amplio de los persas ensanchaba la línea de Alejandro, dos unidades de la caballería de los compañeros fueron desplazadas a la derecha, también en secreto, tras las líneas, y los agríanos y los arqueros regresaron para unirse a ellos ahora que su trabajo en las estribaciones había terminado. Lo que resulta más interesante es que estas adiciones bastaron para dar a Alejandro un frente de batalla más amplio que el de su enemigo, a pesar de que las cifras que se atribuyeron a Darío eran mayores. Sin embargo, ambos ejércitos estaban constreñidos por el mar y las montañas, y Darío, en particular, mantuvo a gran parte de la infantería en reserva.

Tras estos movimientos furtivos en el tablero del ajedrez militar, Alejandro tenía que evaluar su nueva posición. Debió de agradecer que su rápido regreso la noche anterior hubiera atrapado a Darío en el paso estrecho, pero por su parte tenía bastantes preocupaciones. El ala izquierda de Darío todavía podía virar desde la playa, lo que permitiría que los persas los flanquearan y galoparan alrededor de su retaguardia, y sólo podía confiar en que Parmenión previera esta posibilidad. Y había algo más urgente aún, pues el centro y la derecha se enfrentaban a un río con orillas escarpadas y aguas crecidas a causa del reciente temporal. Esta vez Alejandro estaba limitado por las montañas y no podía desplazarse río arriba y repetir la decisiva maniobra que le había funcionado en el Gránico. La caballería podía arreglárselas en el suelo resbaladizo sin perder demasiado ímpetu contra los arqueros y la infantería ligera de los persas, pero los Compañeros de a Pie forzosamente encontrarían el camino más dificultoso. Su formación siempre tendía a resbalar sobre terreno accidentado, y, si el enemigo conseguía cortarle el camino en el interior, las dagas cortas y los pequeños escudos no constituirían una protección suficiente contra su arremetida; el plan más sensato era tener en cuenta esta debilidad y dejar la carga principal a la caballería de Alejandro, que vadearía el río impetuosamente con la intención de dispersar al enemigo en el ala opuesta. Si lo lograban, rodearían y desviarían a los soldados griegos mercenarios situados en el centro de Darío, de modo que dejaran de hostigar a los Compañeros de a Pie de avance dificultoso, a los cuales los mercenarios detestaban por constituir un símbolo de la tiranía macedonia. Todo dependía entonces de los jinetes, y, en este cuerpo del ejército, la moral y el liderazgo son fundamentales. Observarían a su rey para tomar ejemplo: en un sentido

literal, la batalla de Isos iba a recaer sobre la personalidad de Alejandro.

Los planes y las modificaciones llevan más tiempo del que a menudo calculan los historiadores, especialmente en el caso de un ejército en el que los mensajes sólo podían pasarse de un ala a la otra de boca en boca, y debió de haber sido hacia la mitad de esa tarde de noviembre cuando Alejandro pudo gritar su exhortación final, recordando a los hombres de cada unidad sus pasadas glorias individuales y llamando a los comandantes por su nombre y título: «De todas partes procedía el grito de respuesta: no más retrasos, carga al enemigo». Al principio, las tropas avanzaron lentamente y su *Alalalalai* resonó en la llanura ribeteada por las montañas, y entonces, a una señal del rey, la caballería de la derecha espoleó a las monturas y se lanzó hacia el río, con Alejandro a la cabeza y los arqueros persas en mente. Sin embargo, en ambos flancos la caballería de Darío había empezado a moverse, iniciando una carga; los dos lados chocaron y la batalla que siguió es tan oscura para la posteridad como sin duda lo fue para sus participantes, que chapotearon valientemente en medio del agua y el barro; la reconstrucción detallada de una batalla antigua siempre es una cuestión de fe, pero hay cuatro hechos vitales que no pueden ser refutados y, por una vez, es poco probable que la actuación de Alejandro haya sido sobrevalorada por sus historiadores. En efecto, Alejandro iba a jugar un papel de gran importancia.

A la derecha, al pie de los montes, el encuentro de Alejandro con la caballería de Darío fue audaz y estuvo marcado por el éxito. Los arqueros enemigos, la infantería ligera y la caballería pesada cedieron al primer choque; hubo muchos empujones, con lo cual, tirando fuerte de los bocados, los Compañeros consiguieron hacer pasar sus caballos a la izquierda y castigar el centro persa, donde, de acuerdo con una costumbre real, Darío había instalado su carro. El coraje de los Compañeros fue oportuno; en el centro macedonio, la falange había titubeado al borde del río y empezó a ir a la deriva, como si intentara igualar la velocidad de la caballería y del rey; las filas se rompieron, el muro de sarisas se abrió y los mercenarios griegos de Darío se arrojaron al río por las brechas abiertas, «poniendo en entredicho la reputación, ampliamente extendida, que tenía la falange de ser invencible». La lucha fue feroz y las pérdidas de los macedonios habrían sido más graves si los jinetes de Alejandro, dando la vuelta hacia el centro persa, no hubieran cortado el paso a los mercenarios griegos por detrás y los hubieran forzado a volver la vista hacia atrás, a su retaguardia amenazada.

En la orilla del mar, a la izquierda, las brigadas de Parmenión se habían mantenido firmes frente a los honderos orientales y la caballería pesada. Lejos de abrir una brecha junto al mar, los jinetes de Darío se vieron abocados a unirse a su centro mientras los tesalios los rebasaban atropelladamente por el ala izquierda, lo que significaba dar la vuelta y unirse a Alejandro en la persecución. Puesto que era

invierno y caía la noche, y puesto que la caballería se abría camino por ambos lados hacia Darío, el Gran Rey se dio cuenta del peligro que corría y decidió virar su carro y huir, dejando que su hermano Oxatres se defendiera heroicamente entre los jinetes macedonios que avanzaban. Al final, Darío iba a ganar este asalto; su hermano Oxatres murió, pero el monarca, bajo la protección de sus parientes reales, pudo hacer traquetear su carro de guerra sobre el accidentado terreno hasta que los riachuelos y los surcos le impidieron el avance y se vio forzado a montar su caballo. El Gran Rey abandonó el escudo y las vestiduras persas en el carro vacío, para que Alejandro los encontrara tras él; mientras Darío sacaba ventaja, la llegada de la noche hizo que los macedonios y los tesalios desistieran de llevar a cabo una persecución más apremiante.

Los historiadores dijeron que en la batalla murieron ciento diez mil persas, mientras que los macedonios totalizaron trescientos dos muertos; el acuerdo generalizado sugiere que estas cifras absurdas procedían de Calístenes, que redactó un informe sobre el triunfo para deleite de su rey. Ptolomeo, que participó en la persecución, rebasó incluso la cifra de Calistenes y afirmó haber cabalgado a través de un barranco sobre los cadáveres de los persas, que lo llenaban. A pesar de las cifras oficiales, no hay duda de que la infantería macedonia, rota y sin protección, debió de sufrir gravemente a manos de sus enemigos griegos, y quizá sea relevante que entre estos fantásticos embustes se registre una cifra de cuatro mil macedonios heridos, la cual posiblemente se acerca más a la verdad. Así pues, la batalla de Isos puso de manifiesto las recurrentes limitaciones de los Compañeros de a Pie cuando se veían forzados a marchar por un terreno lleno de baches; la victoria, como nunca antes había sucedido en las guerras griegas y raras veces después en los tiempos modernos, se ganó únicamente por los méritos de la caballería, inferior en número y seriamente dificultada por la inclinación del terreno, aunque todavía capaz de encontrarse con el ala derecha de los persas, girar a la izquierda y atravesar los flancos del centro. Semejantes jinetes no volverían a verse hasta la doble carga de los cartagineses en Cannas, donde el terrero estaba nivelado y los oponentes romanos no eran tan expertos ni iban tan pesadamente armados como los soldados orientales de Darío. La victoria de Alejandro no puede atribuirse a ninguna superioridad notable del armamento, aunque algunos caballos y jinetes persas, si no todos, llevaban una armadura tan pesada que ralentizó la retirada final. Los persas fueron derrotados porque primero los derribó una carga y porque después fueron empujados hasta que perdieron el equilibrio; la manera en que los macedonios los arrojaron al suelo fue el resultado de ese entrenamiento, ese ímpetu y esa moral alta que hicieron de los Compañeros la mejor caballería de la historia, y de ello su comandante Alejandro debe ser considerado directamente responsable.

Desde el campo de batalla, las fuerzas persas se dispersaron por los cuatro puntos

cardinales. Muchos siguieron a Darío hacia el este, al corazón del Imperio, un lugar seguro; muchos se arriesgaron por la ruta norte a través de Cilicia, a los refugios de los montes Tauro; otros fueron al oeste por la costa de Asia Menor, y otros aún, unos cuatro mil soldados de fortuna, se unieron al desertor macedonio Amintas y dieron vueltas por el sur para probar suerte con el premio más suculento de Asia, la satrapía de Egipto. A lo largo de unos treinta y dos kilómetros, quienes iban con Darío fueron perseguidos por Alejandro y sus Compañeros, que esperaban poder atrapar a la presa que convertiría la victoria en un triunfo. Sin embargo, con casi un kilómetro de ventaja a través de un país desconocido, el Gran Rey tuvo tiempo de escapar hacia el este a través de los montes Amánides y, finalmente, Alejandro dio por finalizada la cacería y regresó al campamento al filo de la medianoche. Su fracaso supuso una grave decepción, pero de vuelta al campo de la victoria había suficientes premios para compensar la pérdida de la persona de Darío.

Incluso en el campamento militar, Darío se había rodeado de riquezas y parafernalia, aunque éstas sólo constituían un anticipo de lo que dejó abandonado en su base de Damasco. Los macedonios saquearon cuanto pudieron llevarse consigo, pero reservaron la tienda real para el hombre que ahora se la merecía, por lo que, cuando Alejandro regresó a medianoche, ensangrentado y cubierto de barro, y expresó el deseo de lavarse el sudor en la bañera de Darío, pudieron conducirlo hasta el premio que le correspondía por derecho propio, mientras un Compañero le recordaba que la bañera de Darío se conocería en el futuro como la de Alejandro. En el umbral de la tienda real, Alejandro permaneció de pie, mudo de asombro ante una visión que ningún joven de Pela ni siquiera podía haber imaginado:

> Cuando vio los cuencos, las jarras, las tinajas y los cofres, todos de oro, trabajados de la forma más exquisita y colocados en una cámara que desprendía una maravillosa fragancia de incienso y especias, y cuando la atravesó para llegar hasta la tienda, cuyo tamaño y altura no eran menos notables, y cuyas mesas y sofás incluso estaban preparados para la cena, entonces miró largo y tendido a sus Compañeros y comentó: «¡Por lo visto, en esto consiste ser un rey!».

Pero la realeza es algo más que tesoros. Alejandro estaba cansado; quería bañarse y cenar, y cojeaba debido a una herida de daga que había recibido en el muslo y que las habladurías de la corte atribuyeron a una estocada del propio Darío. Sin embargo, se alteró al escuchar el llanto de unas damas procedente de un lugar cercano, y, cuando preguntó qué damas eran las causantes de ese llanto, le dijeron que eran la esposa, la madre y los hijos de Darío que lloraban por el rey, al que creían muerto. Al punto, Alejandro envió a un Compañero, a Leónato, para que las tranquilizara y les comunicara, quizás en persa, que Darío estaba vivo, aunque su capa y las armas hubiesen sido capturadas en su carro. Alejandro les concedería a todas estatuto real y a la reina le permitiría conservar su rango, pues era a Darío, y no a su familia, a quien estaba haciendo la guerra.

A la mañana siguiente, Alejandro mandó llamar a Hefestión y juntos fueron a visitar a las prisioneras reales. Dicen que cuando entraron en su tienda, la reina madre hizo una reverencia a Hefestión porque lo confundió con Alejandro, pues claramente parecía el más regio de los dos. Hefestión retrocedió, y un miembro del séquito corrigió a la reina; ella se apartó, nerviosa por el error cometido. Alejandro, como con Ada, su madre caria, afrontó con sumo tacto la turbación de la dama: «No es ningún error —replicó—, pues él también es un Alejandro». Después saludó a la esposa de Darío y a su hijo de seis años, y confirmó los privilegios de las damas; las obsequió con vestidos y joyas, y les dio permiso para que dieran sepultura a cuantos persas muertos quisieran; vivirían sin ser molestadas en sus propios alojamientos, un honor que se tributaba a su belleza. Una vez más, Alejandro demostró ser capaz de respetar la nobleza femenina; sus cautivas podrían haber sido valiosos rehenes, pero él nunca las utilizó para la negociación política; hasta que no pasaron nueve años, no se casó con la hija de Darío. El respeto de los derechos de las cautivas tenía una larga historia en el antiguo Oriente, y no sería Alejandro el hombre que la traicionara; la reina madre, en especial, llegó a reconocer su caballerosidad.

Como en el Gránico, Alejandro mostraría a su ejército esta cualidad a su inimitable manera:

A pesar de la herida, paseó entre los otros heridos y habló con ellos; juntó a los muertos y los enterró con gran magnificencia, con el ejército al completo ataviado con sus mejores galas de guerra; tuvo palabras de felicitación para todos aquellos a los había visto que se distinguían de manera particular por su bravura, o para aquellos de cuyo valor oyó hablar en los informes: mediante regalos adicionales de dinero, los honró a todos de acuerdo con sus méritos.

Esto sí que es saber liderar a los soldados.

La tienda real y la familia real no fueron la única recompensa de Alejandro. Parmenión fue enviado a Damasco con órdenes de capturar los tesoros; los guardias le entregaron 2600 talentos en monedas y unos 225 kilos de plata sin acuñar, como era la costumbre del Gran Rey. Sólo las monedas equivalían a los ingresos de un año de la Macedonia de Filipo y bastaban para saldar todas las deudas relacionadas con los pagos del ejército y el salario de seis meses; siete mil valiosas bestias de carga transportaron el tesoro hasta el campamento principal. Parmenión informó además de que «trescientos veintinueve músicos de sexo femenino, trescientos seis cocineros diversos, trece maestros pasteleros, setenta catadores y cuarenta expertos en el arte de elaborar esencias» habían sido capturados. Con ellos iban dos premios de carácter más personal. El primero era el valioso cofre en el que Alejandro, tras mucho debate, decidió guardar su copia de la *Ilíada*; el segundo, la dama persa Barsine, de unos treinta años, con una interesante historia familiar. Barsine se había casado primero con el hermano de Memnón y después con el propio Memnón, por lo que se había visto empujada a llevar un estilo de vida griego. Hija del respetado sátrapa persa

Artabazo, que era de sangre real por parte de madre, Barsine se había refugiado en la Pela de Filipo unos veinte años atrás, cuando su padre fue exiliado de Asia Menor. Barsine conoció a Alejandro cuando era un muchacho. «Siguiendo el consejo de Parmenión —escribió Aristóbulo—, Alejandro se unió a esta noble mujer, hermosa y de buenos modales». Era la culminación adecuada de lo que tal vez había sido una amistad de, la infancia, y Alejandro conservó a su primera amante bilingüe durante los siguientes cinco años.

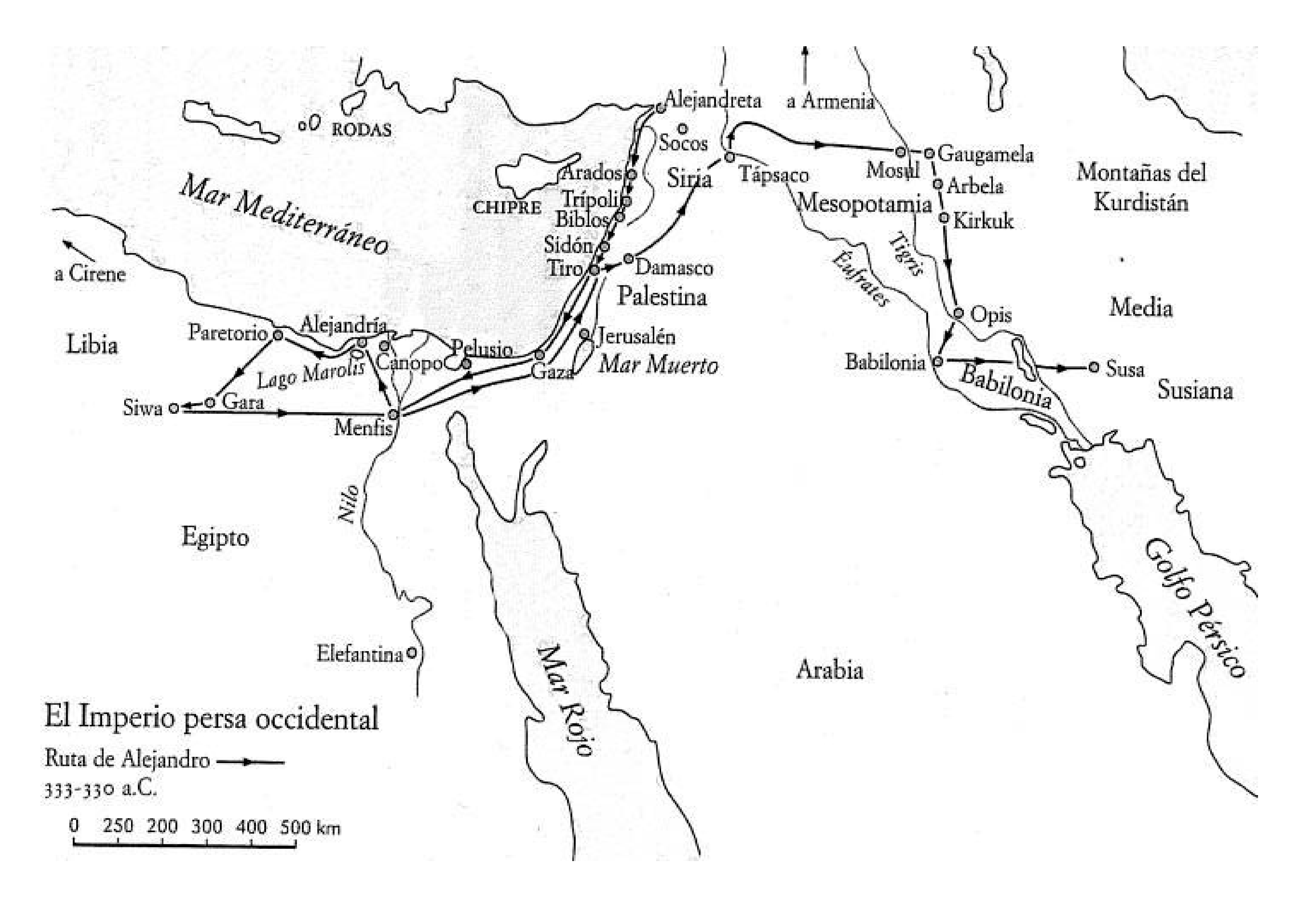
El favoritismo hacia Barsine era comprensible, pero ella sólo fue una más entre varias mujeres de elevada posición y educación diversa. En Damasco, Parmenión capturó a la esposa y a las tres hijas del anterior rey persa, a la esposa y al hijo de Artabazo, a las otras dos sobrinas de Memnón, que eran medio griegas por nacimiento, y al hijo de Memnón. Estas familias bilingües llegarían a ocupar un lugar central en los planes de Alejandro relativos al matrimonio de sus comandantes, pero, por el momento, interesaban por la influencia que podían ejercer sobre las lealtades de sus maridos, entre los cuales se encontraban nada menos que el sobrino de Memnón y el hijo de Artabazo, hermano de Barsine, que compartía el mando de la flota persa en el Egeo.

Esta colección de esposas persas e hijos emparentados fue el primer signo, apenas perceptible, de dónde podría situarse un día el futuro de Alejandro. «En Cilicia —le escribió posteriormente un educado corresponsal griego— los hombres mueren por vuestra realeza y por la libertad de los griegos». No hay que olvidar tampoco que los aduladores todavía podían hacer referencia a la libertad griega, pero el tema de la realeza fue el que empezó a imponerse. A orillas del río Payas, Alejandro dedicó altares a Zeus, Atenea y Heracles; también ordenó fundar la primera de sus muchas ciudades conmemorativas, Alejandría de Isos, en la costa de la actual Alejandreta. El ejemplo de crear nuevas ciudades ya había sido establecido por su padre Filipo, y estas ciudades de Cilicia se organizarían como cecas reales y se les encomendaría acuñar las monedas de plata de Alejandro. Su peso se adecuaría al peso estándar difundido por Atenas, que ya gozaba de favor en la zona. Filipo también lo había usado, pues Macedonia, el Egeo y Asia estaban vinculados para las transacciones comerciales y los pagos al ejército. Poco a poco, el camino emprendido por el rey conducía a un imperio estable, y una campana griega de venganza no bastaría para satisfacer las ansias de un emperador.

13. SUPERIORIDAD TÉCNICA. EL ASEDIO DE TIRO

En tierra, la victoria en Isos no fue rotunda, fundamentalmente debido a que Darío logró huir, pero en el mar los efectos que tuvo fueron más definitivos. Los fugitivos griegos del rey se pusieron al mando del aproximadamente centenar de barcos que habían permanecido varados para ellos en Trípoli, o los incendiaron, y ni los barcos ni los griegos volverían a ser vistos de nuevo al servicio persa. La caída de Asia occidental y la captura del equipaje en Damasco imposibilitó el envío de monedas acuñadas a los almirantes persas, puesto que sólo en Asia occidental el tributo a los reyes se pagaba con monedas y no se había dejado ninguna ruta abierta por la que Darío pudiese enviar reservas monetarias al Egeo. Pero, lo que es más importante, los aliados griegos de Alejandro vacilaron menos a la hora de enviar otra flota ahora que el propio Alejandro se había probado a sí mismo en una batalla que habían supuesto que perdería. Los almirantes persas sólo podían esperar una primavera difícil, durante la cual deberían improvisar la forma de conseguir hombres, barcos y dinero: los intentos de acercarse a Agis, rey de Esparta, tuvieron escasa respuesta, y el plan de reclutar a los fugitivos de Isos tenía decididamente un aire de desesperación.

Para Alejandro, la victoria abrió el camino a las ciudades de la costa de Fenicia, donde su política de derrotar a la flota por tierra podría finalmente dar resultados. Estas ciudades y la cercana Chipre proporcionaban tripulaciones a la flota persa, aunque no constituían un mundo que Alejandro no pudiera controlar; sus reyes y comerciantes ya habían dispensado una acogida favorable y espontánea a la cultura y la lengua griegas, mientras que los chipriotas hablaban griego y la mayoría se esforzaba por ser griegos; más aún, habían pasado sólo doce años desde la enérgica rebelión que tanto Chipre como la importante ciudad naval de Sidón protagonizaron contra sus amos persas. Este recuerdo, así como algunos de sus participantes, todavía estaba vivo, y sin él la estrategia de Alejandro puede que hubiera fracasado. Los reyes locales y los marineros estaban fuera, en el Egeo, pero Alejandro pudo negociar con sus hijos y con los ancianos, y, una vez más, utilizar los odios locales en nombre de la liberación.


El Imperio persa occidental
Ruta de Alejandro
333-330 a.C.
0 250 200 300 400 500 km
a Cirene
Libia
Paretorio
Alejandría
Lago Marolis
Cánopo
Pelusio
Siwa
Gara
Menfis
Nilo
Egipto
Elefantina
RODAS
Mar Mediterráneo
CHIPRE
Alejandreta
Socos
Arados
Trípoli
Biblos
Sidón
Tiro
Damasco
Palestina
Jerusalén
Mar Muerto
Gaza
Mar Rojo
Siria
Tápsaco
a Armenia
Mosul
Gaugamela
Arbela
Kirkuk
Mesopotamia
Tigris
Éufrates
Opis
Babilonia
Babilonia
Susa
Montañas del Kurdistán
Media
Susiana
Golfo Pérsico
Arabia

Empezó con Arados, una fortaleza que se alzaba en su propia isla. Sus murallas de piedra medían nueve metros, y disponía de un pequeño imperio en tierra con un ingenioso sistema para obtener agua en caso de asedio. El rey estaba en el mar, y su hijo ofreció a Alejandro una corona de oro como muestra de sumisión, un gesto que inició una larga historia marcada por los favores que recibieron de los macedonios. Acto seguido, llegaron unos mensajeros con una diplomática carta de Darío. Estaba apenado por la pérdida de su familia y le escribía de rey a rey para pedir amistad, una alianza y el regreso de sus allegados. Darío aún no estaba de humor para concesiones, pero se ha conservado una extraña anécdota según la cual Alejandro falsificó una de las cartas y mostró una versión más arrogante a sus Compañeros para asegurarse de que la rechazaran. La cronología y la naturaleza de las cartas que Darío envió a Alejandro fueron objeto de controversia y confusiones en los relatos históricos, pero no hay ninguna razón para creer en esta improbable historia. En la primera carta, dijeron los oficiales de Alejandro, Darío no prometió ni recompensa ni rescate; otros dicen que ofreció 10.000 talentos, y, en caso de que Alejandro hubiese suprimido parte de su redacción, quizá podría haber eliminado esta mención al rescate y al hecho de garantizarle tierras en su retaguardia. En cuanto a la información que conservamos sobre la respuesta de Alejandro, se está de acuerdo en los puntos principales y debe de estar cerca de su forma original.

En la carta, Darío culpaba a los macedonios del estallido de la guerra y quitaba importancia a la idea de que su derrota fuese un acto divino; en respuesta, Alejandro invocó los sacrilegios que los reyes persas cometieron en Grecia y su hostilidad hacia Filipo, incluyendo los planes de Darío para asesinarlo, al tiempo que explicaba su propia invasión como una campaña de venganza. Darío, escribió Alejandro, se hizo con el trono persa por medio de crímenes y sobornó a los griegos para que se rebelaran; y en cuanto a los dioses, estaban del lado de su ejército y, en el futuro, Darío debería dirigirse a él como rey de Asia. Sólo como suplicante ante un rey recuperaría a su familia. «Si disputas tu derecho al reino, quédate en tu tierra y lucha por ella; no salgas corriendo, pues vendré tras de ti, dondequiera que vayas». Se trataba de una declaración tajante cuya justificación de la invasión era o bien cosmética, «la venganza de 480», o imposible de verificar, el cargo de «soborno» cuando Filipo ya estaba invadiendo Asia. El tema de la venganza griega estaba empezando a esfumarse ante la perspectiva más amplia del reino de Asia. Sin embargo, el aspirante a ser reconocido como rey de Asia todavía podía verse confinado a la costa occidental del continente; eso dependía de la estrategia que siguiera en los puertos marítimos, y él lo sabía.

Por el momento, todo estaba funcionando a las mil maravillas. En Biblos, Alejandro dio la bienvenida a otro hijo de un rey ausente; en Sidón, un puerto crucial, el pasado lo ayudó a dar un golpe decisivo. Unos doce años atrás, los persas habían

sofocado las tentativas de independizarse protagonizadas por Sidón, y tras los acostumbrados episodios de violencia dejaron la ciudad en manos de un rey dócil. Los recuerdos de aquellos emocionantes días, cuando la ciudadanía de Sidón taló y destruyó los árboles de los jardines del gobernador persa, todavía no habían muerto, y en cuanto Alejandro pudiera prometerles la deposición de Persia y de su representante, la ciudad lo trataría como él quería. Unos cincuenta barcos tripulados por sidonios navegaban en Ja flota persa, y la rendición de su ciudad natal seguramente los persuadiría para que desertaran o regresaran de manera pacífica; al parecer, la elección del nuevo rey se dejó en manos de Hefestión, que se decantó por un hombre que hasta entonces había estado empleado en un jardín. ¿Quién mejor para gobernar que un jardinero, aun cuando esta historia pueda reflejar un antiguo mito de la realeza semita? Promovido desde sus parterres, el rey Abdalónimo era una elección popular para el conjunto de los sidonios, como Alejandro pensaba; a cambio, este rey entretuvo a los Compañeros con una cacería del león en la cercana reserva real de caza; cuando murió, sobre su sarcófago se tallaron escenas de caza en las que él mismo aparecía representado como un Compañero.

Sin embargo, la amistad con Sidón implicaba seguramente que habría problemas en la antigua ciudad portuaria de Tiro, pues mientras que Sidón había sufrido recientemente a causa de Persia, la rival Tiro había florecido y, por tanto, era poderosa e impedía la ruta de Alejandro por la costa hacia el sur. Cuando Alejandro se aproximó a la ciudad, fue recibido por los ancianos y el hijo de su rey ausente; le ofrecieron regalos y una corona de oro, y le prometieron que harían cualquier cosa que Alejandro ordenase. Alejandro replicó que deseaba ofrecer un sacrificio a Melqart, un dios tirio al que identificaba con su antepasado Heracles: un oráculo se lo había aconsejado. En una ocasión había visto a su padre utilizar el mismo pretexto para justificar una guerra inevitable; se trataba de un plan astutamente calculado, pues desenmascaraba la oferta de los tirios y revelaba que, en el fondo, querían permanecer neutrales. Si Alejandro deseaba realizar un sacrificio, había un templo dedicado a Heracles en la vieja Tiro, en la península; Alejandro, decidieron los tirios, no entraría en la nueva ciudad erigida en una isla. Esta réplica puso furioso a Alejandro y, en pocos días, empezó a demoler la vieja Tiro con la intención de utilizar sus piedras y vigas para asaltar la posición costa afuera de la nueva Tiro.

El enojo que sentía no fue su principal motivo. Tiro, como Sidón, era uno de los puertos que acogían a las tripulaciones de la flota persa, y puesto que Alejandro ya había decidido poner rumbo al sur, a Egipto, no podía dejarla indómita en su principal ruta de comunicación, especialmente cuando un gran número de barcos de guerra tirios permanecían en la ciudad. En un frente más amplio, los tirios habían estado celebrando un gran festival en honor a Melqart al que habían acudido representantes de Cartago, una ciudad fundada en otro tiempo por Tiro; estos cartagineses

prometieron ayudar en caso de asedio. Alejandro no podía conocer sus promesas, pero era consciente del vínculo entre Cartago y Tiro, así como de la posibilidad de que le proporcionaran a ésta ayuda naval en cuanto él se diera la vuelta. Podía ser importante ahuyentar esta nueva amenaza que procedía del oeste.

El proceso estaba destinado a ser laborioso. La nueva Tiro se alzaba en una isla amurallada, de unos cuatro kilómetros y medio de perímetro, y estaba separada de la costa por unos ochocientos metros de mar, que, aunque poco hondo al principio, pronto alcanzaba una profundidad de ciento ochenta metros. La ciudad estaba provista de dos puertos, uno en el norte y otro en el sureste, extramuros, y la propia muralla se elevaba unos cuarenta y cinco metros, al menos en opinión de los sitiadores. Si bien en una ocasión, cuarenta años atrás, hubo un rey de Chipre que tomó Tiro por la fuerza —un éxito notable del que, por desgracia, sabemos muy pocas cosas—, debió de hacerlo con el apoyo de su poderosa flota; a principios de enero, un mes de aguas embravecidas, Alejandro se proponía asaltar una ciudad isleña y su flota, al menos la que permanecía anclada allí, cuando él, por su parte, no tenía barcos. A principios del siglo VI, Tiro había resistido el asedio de Nabucodonosor, rey de Babilonia, durante trece años consecutivos, y frente a Alejandro, que estaba retenido en tierra, los tirios debieron de considerar que sus posibilidades de supervivencia eran igualmente altas. Evidentemente, los soldados macedonios tenían sus reservas; Alejandro se vio forzado a decirles que había visto en sueños cómo Heracles extendía su mano derecha y lo invitaba a entrar en la ciudad, mientras que Aristandro, su adivino favorito, interpretó de un modo alentador diversos augurios, entre ellos el de las raciones de pan empapadas de sangre. En el fondo, había razones más sólidas para confiar en la victoria, aunque los historiadores nunca las explicaron.

En la antigüedad, el asalto a una ciudad amurallada ya requería la combinación de hombres y máquinas. Ensalzar los inventos por encima del temperamento y las ideas de los hombres es pecar de ingenuidad; en Alejandría, los griegos descubrirían más tarde la energía del vapor, pero sólo la utilizarían para propulsar artefactos de juguete, mientras que los budistas se contentaban con que la recién descubierta energía del agua hiciera girar pacíficamente sus ruedas de oración. Sin embargo, en el campo de batalla, los inventos se aplican de un modo más rápido y pueden contribuir a conquistar el coraje de la mayoría de los soldados. Había una carrera de armamentos, que venía de lejos, entre la técnica de asedio y las ciudades amuralladas. El eje, la polea y la escalera de mano amenazaban las murallas de ladrillo y barro desde hacía tres milenios, pero en el segundo milenio se mejoró la construcción de las murallas y éstas volvieron a ser decisivas. Los arietes y las torres de asedio alcanzaron su esplendor en Asiría en el siglo VII, con lo que las murallas, que eran aporreadas y rebasadas por la parte superior, empezaron a reforzarse con terraplenes inclinados en

la base y bastiones y ángulos en los perfiles, y a menudo reemplazaron los ladrillos, que eran solubles en agua, por sólidas capas de piedra. Desde el apogeo de Asiría, la técnica de asedio en el este había sido exportada al Mediterráneo, pero hasta fechas recientes no había avanzado; las ciudades amuralladas, por su parte, habían añadido más innovaciones, y no había uniformidad en los tipos de piedra o de defensas entre las ciudades griegas. En 332, Alejandro, como el rey Tiglath-Pileser III de Asiría con su ariete ligero, estaba un paso adelante en la carrera armamentística; auspició la creación de una catapulta para arrojar piedras que estaba provista de arandelas y propulsada por resortes hechos con tendones retorcidos.

Resulta irónico que las murallas de Tiro hubiesen de ser la primera fortificación que sintió la fuerza de las rocas arrojadas por las máquinas de guerra griegas. Comparados con los remos del este, los griegos habían sido lentos a la hora de desarrollar un equipo de asedio avanzado; los conocimientos que poseían en relación con las torres de asedio y los arietes los debían a los contactos que durante el siglo v mantuvieron con Oriente; probablemente, las técnicas habían pasado de Asiría a Tiro, de Tiro a Cartago y de Cartago a los campos de batalla de Sicilia, donde los griegos que residían allí las podrían haber aprendido de sus enemigos cartagineses. Tiro, por tanto, había sido un vínculo vital, dando un rodeo, en la transmisión a los griegos de las técnicas de asedio. Sin embargo, la ruta también había funcionado a la inversa. En el cambio de siglo, Dionisio I, tirano de Siracusa, auspició una forma elemental de artillería para disparar flechas gigantes que después se volvió contra los asustados cartagineses: sin duda, Cartago informó a Tiro acerca de las nuevas heridas que había recibido, y de ahí que en 332 los ingenieros tirios copiaran la idea de Dionisio e hicieran evolucionar por sí mismos las ballestas. Sin embargo, no contaron con Filipo y el ascenso intervencionista de Macedonia. Hacia 340, bajo el mecenazgo de Filipo, los ingenieros griegos descubrieron las ventajas del resorte de torsión; al principio lo adaptaron a un viejo tipo siciliano de catapulta, pero muy pronto los discípulos del ingeniero jefe de Filipo, el tesalio Poliído, avanzaron experimentando con el lanzamiento de piedras mediante la fuerza de torsión, de lo que se beneficiaría Alejandro. La vieja catapulta de Siracusa, que presumiblemente todavía se utilizó en Tiro, era de disparos de repetición, pero no tenía resorte de torsión; su alcance era de unos ciento ochenta metros, y el arma que utilizaba era una flecha con la punta de metal, mientras que las nuevas catapultas para lanzar piedras de Alejandro, perfeccionadas desde su primera aparición en Halicarnaso, podían rebasar las filas de los asediados a más de ciento cincuenta metros; a ciento treinta y cinco metros, podían dañar la muralla de una ciudad. A juzgar por diferentes historias, la precisión de la artillería antigua era impresionante; la primera vez que le mostraron al rey espartano Arquidamo una ballesta, exclamó: «¡Por Heracles, el coraje de los hombres es ahora una cosa del pasado!».

Los ingenieros de Alejandro no se limitaron a las catapultas. Torres de asedio más altas y más fuertes, como nunca las había habido antes, esperaban para ser montadas; en estas torres, los arqueros y los arietes podían acomodarse nada menos que en veinte niveles diferentes, el más alto de los cuales se encontraba a una altura de cinco metros y medio; constituían un extraordinario trabajo de carpintería, pues los ejes eran de roble y las tablas, de abeto, las torres de madera que contenían estaban revestidas de cal y de ellas colgaban pieles de oveja para protegerlas de los proyectiles enemigos. Disponían de garfios perfeccionados, aunque el jefe de los ingenieros de Alejandro dudaba de su eficacia; también disponían de una torre más pesada, que iba sobre ruedas, cuya larga punta de metal se clavaba en los muros de ladrillos gracias a un sistema recientemente mejorado. En cada uno de los diferentes niveles de la torre había anchos puentes levadizos que se abrían y por donde podían salir más soldados que en los diseños habituales; los arietes se colocaban sobre una forma superior de «tortuga», cuya área era de más de dos metros cuadrados, bajo la cual los arietes eran accionados con cuerdas y un rodillo; iban protegidos con pieles de animales y una torre de tres pisos; además, en a parte de arriba, las torres transportaban catapultas y, en la e abajo, dos baldes para almacenar agua que servían para apagar las llamas. No obstante, sin un liderazgo excepcional, las nuevas máquinas, por numerosas que fueran, no harían hecho caer Tiro. Los hombres, tanto como las mulas, levantaran estas gigantescas torres en la posición, y sería a Alejandro a quien correspondería alentarlos, separado por ochocientos metros de agua del punto en el que podía iniciarse la técnica de asedio convencional. «El genio —observó Napoleón en una ocasión— es la medida inexplicable de un gran general». Antes de Tiro, la actuación de Alejandro como general habla sido correcta, más que excepcional; con uno de sus característicos saltos hacia delante para ir al encuentro e un desafío, Alejandro iba a demostrar, por primera vez ese genio que lo hizo sobresalir en la historia militar. Antes de prepararse para el asedio, había enviado heraldos para ofrecer a Tiro la paz a cambio de la rendición. Los tirios los detuvieron, los asesinaron y arrojaron sus cuerpos fuera de a muralla, a plena vista del enemigo. «Una tregua no debe romperse, ni se debe asesinar a un heraldo; un hombre que se a rendido a uno superior no debe ser maltratado»: los tirios habían desobedecido una ley no escrita de la guerra griega.

Como respuesta, el primer plan de Alejandro fue audaz Si no podía navegar hasta Tiro, construiría un malecón a través de las aguas y lo cruzaría andando. En cuanto al malecón, tenía un afortunado precedente. En 398, Dionisio I tomó la ciudad de Mocia, en el noroeste de Sicilia, tras reconstruir su paso elevado, que se había hundido, a lo largo de más de un kilómetro y medio en el mar. Tiro sólo estaba a la mitad e esa distancia, y, si bien no conservaba ningún terraplén que pudiera servir como cimiento, el cauce marino era, en general, tan poco profundo que el lodo podía

utilizarse para unirla construcción, hecha con piedras. Sería interesante saber como calculó Alejandro, si es que lo hizo, la profundidad del mar, pues de repente, a algo menos de cien metros de la isla, las aguas se volvían profundas. Sin embargo, incluso a esa distancia, el paso elevado de Alejandro habría servido a su propósito. Las torres de asedio todavía podían alcanzar la muralla, permitiendo a los arqueros disparar sobre sus defensores, mientras que las nuevas catapultas podían abatir las fortificaciones. Por suerte, los bosques del Líbano eran una fuente cercana de provisión de madera, mientras que la vieja Tiro, que fue rápidamente demolida, proporcionó las piedras necesarias. El transporte de materiales de construcción desde cualquier lugar que se encontrara más lejos habría sido extremadamente lento, sobre todo al carecer de una flota. La Grecia antigua no conocía ningún collar eficaz para los caballos de tiro, y ni siquiera había ideado una carretilla.

En la zona poco profunda, el trabajo se desarrolló a un ritmo acelerado y bajo la atenta vigilancia de Alejandro, que, contaron sus oficiales, «explicaba cada paso en persona, animando a unos con una palabra amable y aligerando las fatigas de quienes habían trabajado extraordinariamente bien regalándoles unas monedas de plata». Las gentes de Tiro eran escépticas; hostigaban a los constructores desde los barcos de guerra y se mofaban de Alejandro por atreverse a rivalizar con el Dios del Mar. Sin embargo, el malecón se iba acercando, a pesar de Posidón, y los tirios pronto se dedicaron a acribillar a los macedonios lanzándoles flechas con las ballestas; como respuesta, Alejandro colgó pieles de animales para proteger a sus hombres y ordenó que se levantaran dos altas torres de asedio para devolver los disparos. Los tirios, a su vez ingenieros con una respetable historia, replicaron con un despliegue de artilugios técnicos.

En secreto, construyeron en el puerto de la ciudad un barco de transporte para llevar tanta leña seca, virutas y antorchas de madera como fuera posible, añadiendo brea, azufre y otros materiales inflamables. La idea de un barco cargado con materiales inflamables no era nueva, pero en cada uno de los dos mástiles próximos a la proa ataron dos baos y colgaron de ellos calderos llenos de combustible; cuando los baos ardieran, los calderos se inclinarían y avivarían el fuego, como las famosas ollas de fuego que Rodas popularizaría un siglo después. Tras lastrar la popa para que la proa estuviera bien vacía de agua, la tripulación esperó un viento favorable e hizo entonces que los trirremes remolcaran el brulote hacia el malecón. Cuando el dique estuvo a su alcance, prendieron fuego a la carga, se zambulleron para ponerse a salvo y dejaron que el barco chocase de lleno contra las torres de asedio de Alejandro. Los trirremes acribillaron a los defensores macedonios, y los esquifes, dispuestos en otras partes del malecón, destruyeron todas las catapultas disponibles. Víctima de una maniobra de lo más inteligente, Alejandro ordenó que se construyeran nuevas máquinas y que el malecón se ampliara a unos seis metros a fin de poder albergar

más torres de asedio. Él, por su parte, partió hacia Sidón con las gratas noticias de que finalmente la flota fenicia, que servía a los persas, se encontraba de regreso a casa; sin duda, ahora que habían oído que sus bases se habían rendido, los fenicios se verían obligados a unirse a él, y puesto que los hombres que talaban madera en los bosques de cedros del Líbano estaban siendo hostigados por los nativos, los Portadores de Escudo y los agríanos se dirigieron también allí, preparados para llevar a cabo una misión breve y contundente.

Al alcanzar Sidón, Alejandro fue más que recompensado por el lento y desastroso progreso con que avanzaba el malecón. Los reyes de Biblos y Arados habían regresado para poner en sus manos los barcos con los que habían desertado del mando de los almirantes persas. Sidón hizo lo mismo, complacida con el cambio de rey, y Rodas envió nueve naves de guerra, un valioso gesto por parte de una isla cuyas habilidades mercantiles empezaban a ser indispensables para el comercio en el sureste mediterráneo. En total se unieron a Alejandro un centenar de barcos de guerra, un número que bastaba para paralizar la flota persa cuando se iniciaba la estación de navegación, así como para reafirmar su política, a más largo plazo, de capturar los puertos marítimos uno por uno. No debió de parecer muy preocupante el hecho de que una pinaza de cincuenta remos llegara de parte de Antípatro con un mensaje urgente de su capitán; a través de aguas enemigas y con el viento de marzo en contra, seguro que el viaje había sido dramático y que no se había emprendido por una mera trivialidad. Como el capitán era el héroe que había pillado por sorpresa a los diez trirremes persas en las Cicladas el anterior otoño, el mensaje que traía probablemente se relacionaba con los evidentes intentos del rey Agis de Esparta de rebelarse con el apoyo naval y monetario de Persia. Alejandro ya era consciente del descontento de Esparta y no estaba demasiado preocupado por el hecho de que los aliados griegos la secundaran; los barcos persas eran ahora una amenaza que se desvanecía, por lo que dejó Sidón durante diez días y se dedicó a fustigar a las tribus de los bosques de cedros del Líbano para salvaguardar a sus leñadores, sin escatimar, por su parte, ningún esfuerzo en el proceso, como pone de manifiesto un divertido incidente.

Lisímaco, que fue el tutor favorito de Alejandro en sus días de infancia, había insistido en unirse a la marcha hacia los bosques; sin embargo, cuando la noche cayó sobre las montañas, fría y hostil, Lisímaco se quedó muy rezagado tras los soldados profesionales. En vez de abandonarlo al enemigo, Alejandro dio la vuelta y ambos, pupilo y tutor, pronto se encontraron aislados del resto de los soldados, excepto de un puñado de ellos. La noche era cada vez más fría y el pequeño grupo no tenía con qué encender un fuego; en la distancia, Alejandro vio hogueras en el campamento enemigo y «confiando en su propia agilidad, pues, como siempre, consoló a sus macedonios compartiendo sus dificultades», salió en busca de fuego para sus

hombres. Al llegar a la hoguera, sorprendió y apuñaló a dos centinelas enemigos con su propia daga, agarró una antorcha de las brasas y se la llevó para calentar a sus compañeros. Tras ahuyentarlas represalias del enemigo, el tutor, el discípulo y los soldados pasaron la noche junto a su propia fogata centelleante. Una investigación que pretenda acercarse a la personalidad de Alejandro no debe menospreciar esta historia; Cares, que fue quien la contó, era el maestro de ceremonias de Alejandro, la habría oído relatar en los banquetes de boca de su rey; las exageraciones no proceden de él, sino de los comensales. Alejandro demostró una seria preocupación por sus soldados y un valor personal que, en un hombre de menor valía, habría sido una forma insensata de arriesgar la vida: que el nuevo Aquiles se hubiese puesto en peligro a la manera de su héroe por el tutor que por primera vez le dio su sobrenombre homérico resultaba de lo más apropiado.

Al regresar a Sidón, Alejandro debió de pensar que las buenas noticias no terminarían nunca. Ciento veinte barcos chipriotas y los reyes de tres destacadas ciudades de Chipre habían dejado a los persas para prometerle sus servicios; ahora tenía una flota que era casi tres veces mayor que la de Tiro y podía recurrir a la invención más moderna en el dominio del mar, el quinquerreme. Los chipriotas y los fenicios lo utilizaban con pericia, lo que significaba que lo manejaban como los barcos de guerra normales, que constaban de tres hileras de remos, pero con dos hombres en cada remo en los dos niveles inferiores y un hombre en cada remo del nivel superior; esta duplicación de fuerza en los niveles inferiores incrementó la velocidad y el poder de embestida del trirreme habitual. Para los reyes chipriotas, este prestigioso barco era motivo de orgullo; en la época posterior a Alejandro, el quinquerreme iniciaría una carrera de remeros acorde con la habitual pomposidad real: un rey compitiendo con otro hasta llegar a la definitiva futilidad de una nave de treinta niveles que se bamboleaba en el Egeo. Ningún rey era más digno de un quinquerreme que el viejo Pnitágoras de Salamina, un hombre cuyo pasado puede que decidiera el destino de la flota chipriota; su abuelo era el valiente Evágoras, quien luchó por la independencia contra el Imperio persa. Veinte años antes de la llegada de Alejandro, su nieto Pnitágoras fue elevado al trono de Salamina con el fin de librarla del control persa en una época de revueltas en Egipto y Fenicia. Finalmente, buscó su propia salvación cambiando de bando mediante un acuerdo con Persia, pero el recuerdo de la independencia era aún reciente y, cuando se dirigió a Alejandro, no se vio en modo alguno decepcionado. Casi único entre los reyes chipriotas, Pnitágoras gobernaba una ciudad que carecía de minerales, por lo que Alejandro le concedió una cercana mina de cobre en Chipre. Al igual que los reyes de las ciudades fenicias, los reyes chipriotas fueron restituidos y reconocidos como aliados, y aunque tenían que acuñar monedas con el nombre y la tipografía de Alejandro, no se les obligó a mantener una estricta uniformidad, y, de hecho, sus propias monedas continuaron

apareciendo en pequeñas cantidades.

Junto con los chipriotas, llegó de Sidón una última bendición: cuatro mil soldados de refuerzo griegos contratados que habían sido reclutados la primavera anterior en el sur de Grecia. Si éstos hubieran marchado por tierra habrían traído noticias aún mejor bienvenidas que su número, pues, durante el invierno, Alejandro no había sido consciente del grave riesgo que amenazaba Asia Menor y el Camino Real, que se encontraba detrás de él. Desde Isos, las tropas persas habían huido hacia el norte, a la tierra desolada y salvaje de Capadocia, que él apenas se había preocupado de someter aquel otoño, y durante los meses de invierno se habían desplazado hacia el oeste con la ayuda de las tribus nativas y la caballería, en un esfuerzo por huir a la costa y reunirse con los almirantes persas. Se libraron tres batallas campales de gran trascendencia, y el oficial veterano de Filipo, Antígono el Tuerto, se cubrió de gloria en la vecina satrapía de Frigia. Cada vez que los fugitivos persas fueron derrotados, puede que con la ayuda reciente de estos refuerzos, de nuevo el plan del enemigo, en ausencia de Darío, destacaba por la clara percepción de sus posibilidades, pero se vio frustrado antes incluso de que Alejandro oyese hablar de él. Antígono ganó la partida, y los iranios sólo sobrevivieron en los refugios de Anatolia, donde su número también se había reducido y ya no constituía un problema. Había sido un invierno extremadamente crudo y peligroso, y la victoria con que se superó tuvo tanto mérito como la mayoría de las batallas campales que se libraron en el frente.

De regreso a Tiro, Alejandro se encontró con que, en su ausencia, el malecón había sido severamente dañado por una tormenta de primavera. Sin embargo, el nuevo poder conquistado en el mar lo consoló de la pérdida: el siguiente paso sería desafiar a los barcos de guerra tirios, inferiores en número, con los suyos. Sin embargo, los tirios bloquearon el puerto y pudieron eludir sin problemas la batalla: sus pérdidas se limitaron a tres barcos que resultaron embestidos; a falta de una estrategia nueva y definitiva, Tiro parecía resuelta a resistir, al menos hasta que mediante un bloqueo —una empresa que no era nada fácil— sus habitantes fueran obligados a rendirse por hambre. Sin embargo, tras las líneas, todo el mundo tenía en mente la celebración de una de las muchas reuniones internacionales que tuvieron lugar durante el reinado de Alejandro. Al igual que los marineros, también se habían unido a Alejandro ingenieros procedentes de Chipre y Fenicia, y ahora estaban disfrutando de un intercambio de ideas con sus homólogos griegos. Su primera sugerencia fue lo bastante valiosa como para que fuera adoptada por muchos reyes posteriores: atarían, proa con proa, dos grandes barcos y suspenderían un ariete sobre las cubiertas para que as tripulaciones pudieran llevarlo remando hasta las murabas de la isla. Una vez allí, fondearían en la base misma, sin duda protegidos por cubiertas hechas con pieles, y de este modo podrían utilizar los arietes contra los muros de piedra como si estuvieran en tierra firme.

Aunque este tipo de barcos-ariete reducía la necesidad de un malecón de gran tamaño, Alejandro era demasiado eficiente como asediador para limitar el asalto a una única zona; la combinación de soldados y armas diversas fue su especialidad militar, de manera que el dique fue reconstruido, orientándolo hacia el viento preponderante, y en el extremo, en el que también había puentes levadizos, se dispusieron torres de asedio —las más altas hasta entonces conocidas—, mientras las catapultas realizaban una constante descarga de piedras contra el muro desde el barco y el malecón. Los tirios trabajaron enérgicamente en cada lado; repararon las brechas y pusieron en práctica los planos de sus propios ingenieros.

Para amortiguar el impacto de las flechas y las rocas, los tirios colgaron anchas pieles, que previamente habían rellenado con algas marinas, a lo largo de sus construcciones e instalaron grandes ruedas de mármol que se hacían girar con un mecanismo sin especificar; el zumbante movimiento de sus rayos bastaba para romper la trayectoria de los proyectiles. También arrojaron piedras al mar contra los barcos con arietes, que ya habían fondeado en aguas revueltas, confiando en que impedirían que los marineros de Alejandro anclasen en un radio donde ellos quedasen a su alcance; dando un golpe maestro, los hombres de Alejandro reaccionaron: subieron las rocas sujetándolas con sogas, las cargaron en las catapultas y las arrojaron lejos, quitándolas de en medio. Impertérritos, los tirios enviaron barcos acorazados para cortar los cables de las anclas; cuando fueron abatidos por los centinelas recurrieron a los submarinistas, una fuerza habitual en la guerra griega, los cuales cortaron las maromas hasta que los macedonios sustituyeron las cuerdas de las áncoras por sólidas cadenas. La paciencia se estaba terminando y el bloqueo no había puesto a Tiro más cerca de la rendición.

Cuando los barcos-ariete consiguieron anclar al pie de las murallas, les fue un poco mejor. Los tirios usaron fuertes poleas para deslizar por las cuerdas de las que colgaban los arietes, y a esto siguieron cortinas de fuego procedentes de primitivos lanzallamas. Contra las torres de asedio que estaban en el malecón, los tirios ataron tridentes en largas cuerdas y arponearon a los enemigos en sus distintos niveles, arrastrándolos al mar como peces ensartados. Quienes se aventuraron por los puentes levadizos de las torres, fueron atrapados en grandes redes de pesca y lanzados contra las rocas. Los obreros que trabajaban al pie de la muralla fueron rociados con arena, que se calentaba en escudos vueltos del revés. Cuando la arena estaba al rojo vivo, la arrojaban dentro de las armaduras y llevaban a los hombres al paroxismo.

Esta gallarda resistencia de los tirios al bloqueo naval y a la destrucción de la muralla continuó desde abril hasta principios de junio. Parecía que las catapultas nada podían contra ella. Ahora que la flota fenicia se había rendido, había muchas razones para pactar una tregua con Tiro y desplazarse a Egipto, pero Alejandro se negaba a dejar una ciudad enemiga tras él mientras los almirantes persas anduvieran sueltos

por el Egeo y el sur de Grecia estuviera desestabilizado a causa de Esparta. Por lo visto, sólo uno de los Compañeros respaldó su parecer en el Consejo.

No era difícil encontrar una alternativa tentadora. Mientras Tiro todavía se mantenía firme, Darío envió un segundo comunicado ofreciendo un gran rescate, la mano de su hija en matrimonio, amistad y una alianza, así como todas las tierras que se encontraban por encima del río Éufrates, que posteriormente se convertiría en la frontera oriental más extrema del Imperio romano. La oferta llegó en un momento muy oportuno, y cuando Alejandro se la planteó a sus amigos, puede que pensara, antes que nada, en la acertada falsificación de una de las cartas de Darío mencionada anteriormente. Sin embargo, la recepción de la carta fue un hecho comúnmente aceptado, presumiblemente porque fue registrada por Calístenes, que redactaba informes sobre las personalidades de la corte para complacer a su patrón, «Si yo fuera Alejandro —se dice que comentó Parmenión, al menos en el mito oficial de su rey—, aceptaría la tregua y el final de la guerra sin correr más riesgos». «Yo también la aceptaría —respondió Alejandro de manera irrefutable— si fuera Parmenión».

El comunicado en que se rechazaba la propuesta hecha por Darío tenía este mismo tono desafiante. Darío lo recibió al mismo tiempo que escuchaba, de labios de un eunuco que se había escapado del campamento, la noticia de que su esposa había fallecido mientras daba a luz y que Alejandro le había ofrecido un magnífico funeral, un tributo que no tenía ninguna necesidad política de rendir. Las noticias de la muerte de su esposa y del rechazo de Alejandro a la oferta de paz determinaron finalmente a Darío a reunir un ejército verdaderamente grande desde el Punjab hasta el golfo Pérsico, una tarea que le llevaría un año entero; era evidente que la ofensiva en el Egeo estaba condenada al fracaso, dado que la flota oriental se había rendido, aunque sus almirantes todavía emprenderían una hábil batalla con la ayuda de los piratas, ese azote de los marineros griegos y los comerciantes marítimos. La costa occidental de Asia, pese al intento de cerrar sus puertos, había sido hostigada a conciencia por tierra y por mar en los últimos nueve meses. Cos fue tomada de nuevo, y cincuenta embarcaciones piratas de gran tamaño ayudaron a realizar una incursión incluso en el aparente baluarte de Mileto, restaurando a un gobernador persa y exigiendo un dinero que hacía mucha falta. La nueva democracia de Éfeso pudo haberse visto también alterada y, como si formara parte del plan, las salvajes tribus montañesas de tres satrapías de Asia Menor consiguieron que los generales de Alejandro que dirigían expediciones de castigo tuvieran que retirarse. Estos fueron los últimos éxitos destacados que tuvieron, pues la segunda flota griega de Alejandro finalmente se hizo a la mar. Una vez que se despejó el Helesponto, los macedonios liberaron las islas y persiguieron a los persas en dirección al sur Acabaron además con sus secuaces, entre los que hay que destacar a Cares, el soldado de fortuna ateniense que se instaló en Mitilene tres años después de haber coronado a Alejandro en roya Cares nunca se

sentía mejor que cuando se encontraba en medio del caos y el desorden, pero no era la primera vez que el ateniense cambiaba de bando demasiado tarde, por lo que fue expulsado por los almirantes macedonios.

Volviendo a Tiro, el siguiente incidente seleccionado por los historiadores se centró en el propio Alejandro. Una mañana de julio, después de haberse parapetado cuidadosamente tras unas mamparas hechas con pieles, los tirios salieron a navegar en sus mejores treinta barcos de guerra con la idea de sorprender a la flota chipriota de Alejandro, que se hallaba anclada en el puerto norte, mientras la tripulación estaba ausente comiendo, como era habitual. Su aventura empezó de manera auspiciosa. Los tirios se aproximaron sigilosamente, y, lanzando los remos al agua, remaron más rápido de lo que los timoneles podían soñar y redujeron a pedazos tres quinquerremes reales chipriotas antes de que las tripulaciones pudieran regresar. Alejandro estaba almorzando en el puerto del sur pero no regresó a la tienda real como era su costumbre; al enterarse de la incursión, corrió a su quinquerreme y se apresuró a dar la vuelta a la ciudad con algunos barcos para llevar a cabo el rescate, exhortando a los marineros a acometer y hundir a los atacantes tirios. El papel que jugó Alejandro fue brillante, y el resultado de su actuación, importante, puesto que con su inesperada reacción consiguió capturar las naves más veloces del enemigo. Se dijo que la incursión había sido provocada por una borrachera pero es más probable que fuera inspirada por el odio, pues Alejandro llevaba tiempo organizando un bloqueo en ambos puertos. Sin sus mejores barcos, los tirios estaban ahora más cercados que nunca. Incluso Cartago retiró sus ofertas de ayuda.

Tras dos días de descanso, los macedonios estaban preparados para seguir adelante con la victoria naval. De acuerdo con los métodos de Alejandro, el golpe final iba a asestarse con armamento diverso y en lugares diferentes. Los barcos-ariete abrirían brechas en la muralla, mientras que las naves que transportaban máquinas de guerra se encargarían de cubrirlos; dos cargamentos más de infantería aparecerían en los recién inventados puentes levadizos, y abrirían camino a través de las posibles brechas. Mientras tanto, la flota atacaría ambos puertos, el del norte y el del sur, y los arqueros y las catapultas se desplazarían alrededor de la isla en una flotilla de barcos de guerra para crear una incómoda diversión. Esta mezcla de tácticas concentradas y de distracción es la marca de los grandes generales, capaces de ver una oportunidad decisiva y aprovecharla. Como estaba planeado, las murallas fueron golpeadas hasta que se tambalearon, la artillería remató el daño provocado, los barcos de guerra y los arqueros echaron a los centinelas, los puentes levadizos se bajaron y los Portadores de Escudo entraron en tropel por la brecha que se había logrado abrir liderados por su capitán Admeto, con Alejandro encabezando la segunda oleada de atacantes. Admeto fue el primero en subir la muralla y murió como un héroe. Alejandro pronto estuvo sentado en las almenas para ocupar su lugar, y llamó tanto la atención por su

armadura como por su actuación: alanceó a algunos, acuchilló a otros y arrojó a los tirios al mar. Como la infantería siguió el ejemplo de su jefe, Tiro cayó rápidamente en manos macedonias al no tener ya barcos para contener a los atacantes en el muelle. La resistencia desesperada que ofrecieron alrededor del santuario del fundador de la ciudad no serviría de nada.

Enfurecido por las atrocidades cometidas por los tirios y los siete largos meses de asedio, el ejército de Alejandro asesinó a unos ocho mil ciudadanos y, entre los que no se hicieron a la mar para ponerse a salvo en Cartago y Sidón, esclavizó a algo más de treinta mil; siguiendo las órdenes de Alejandro, dos mil ciudadanos más fueron crucificados a lo largo de la orilla. La crueldad no era totalmente gratuita. Cuando el ejército se desplegó por la ciudad, se anunció una tregua para todos los que pudieran refugiarse en los santuarios o los templos. Aunque la mayoría de los tirios todavía se mostraban demasiado reacios a obedecer, quienes lo hicieron fueron perdonados, incluyendo a Acemilco, rey de Tiro, y a los treinta enviados de Cartago, contra quienes no habría sido prudente ejercer la violencia. A Acemilco se le restituyó la realeza, mientras que la ciudad se repobló con guarniciones leales y con los nativos supervivientes; como signo de los tiempos, se le dio a la ciudad una constitución griega.

Al día siguiente, Alejandro ofreció los correspondientes sacrificios a Heracles o Melqart; le dedicó la catapulta con la que primero había resquebrajado las murallas de la ciudad y la nave sagrada de Tiro, de cuyo hundimiento él mismo había sido responsable. Los dioses nunca recibirían un sacrificio tan manchado de sangre: «Tiro —dijo un historiador macedonio, posiblemente Calístenes— cayó en el mes de julio, cuando Aniceto era magistrado en Atenas». Sin embargo, se sabe que el nombre del magistrado era Nicérato; el término «Aniceto» significa Invencible y, en un estallido perdonable de entusiasmo, incluso el nombre con que se fechaba el año se alteró para adaptarse a la cualidad de invencible de Alejandro como sitiador.

Animando, explicando, «compartiendo personalmente las dificultades» en el malecón o entre los cedros del Líbano, Alejandro se hizo merecedor de su toque de glamour histórico. Como es habitual, las historias centran el relato en el rey, pero es oportuno recordar que el nuevo Aquiles ya no podía saquear ciudades a la manera de su antepasado homérico, «dejándolas fuera de combate por el poderío de su lanza». En una obra de ingeniería técnica, Díades, un griego de Tesalia que era discípulo del inventor del rey Filipo, es descrito posteriormente como el «hombre que asedió Tiro con Alejandro». La caída de la ciudad quizá deba más a la mesa de dibujo de lo que nunca sabremos.

Una vez que Tiro cayó, Alejandro pudo continuar hacia el sur, a través de las llanuras costeras, hasta Egipto, seguro de recibir la rendición de las ciudades menos importantes que había en Siria y Palestina. Dor, Ashdod y la Torre de Estratón

llegaron a un acuerdo porque dependían de Tiro y Sidón, pero, a ciento setenta kilómetros escasos al sur, Alejandro se encontró con algunas ciudades más obstinadas. Gaza, la ciudad filistea más grande y antigua, se cruzaba en su ruta, a unos tres kilómetros tierra adentro; gracias al comercio de incienso del Líbano y al comercio árabe de especias, Gaza se había convertido en una ciudad muy rica. Estaba guarnecida con árabes mercenarios, y Batis, su gobernador oriental, la exhortó a resistir. Batis pasaría a la historia como un eunuco feo y gordo.

La defensa más formidable de Gaza era su terraplén, pues, como muchas de las ciudades que se alzaban en tierras bíblicas, estaba encaramada en un *tall* o montículo formado por las capas de sus asentamientos anteriores, desde donde vigilaba el desierto. La ciudad estaba bien abastecida y, tan pronto como Alejandro dio órdenes para que ensamblasen la maquinaria que se había traído en barco desde Tiro, los ingenieros protestaron diciendo que la ciudad estaba en una posición «demasiado alta para tomarla por la fuerza». Sin inmutarse, Alejandro «pensó que cuanto más imposible pareciera, más necesario se hacía el conquistarla; la hazaña sería tan extraordinaria que pondría enormemente nerviosos a sus enemigos, mientras que el fracaso sería una desgracia si los griegos o Darío llegaban a saberlo». Gaza, al igual que Tiro, era demasiado poderosa para dejarla en la única ruta de comunicación de Alejandro, y este factor debió de haber pesado tanto como cualquier sentimiento de atracción hacia lo imposible que pudiera albergar.

La solución de Alejandro fue típica de él. Los ciudadanos de Gaza estaban orgullosos de sí mismos en su empinado fuerte; muy bien, si la ciudad era demasiado alta, entonces había que alzar el nivel del suelo para enfrentarse a ella. Se dieron órdenes para que, contra la muralla sur de la ciudad, se construyese un montículo de ciento veinte metros de ancho y setenta y seis metros de altura, de acuerdo con los cálculos macedonios; probablemente estos cálculos son una exageración, pues el asedio sólo duró dos meses y habría sido imposible, e incluso innecesario, apilar tanta arena en tan corto espacio de tiempo. El método de levantar un montículo de estas características era extremadamente antiguo y había sido utilizado dos siglos antes por los generales persas. Ahora iba a servir para un nuevo propósito: las catapultas y las torres de asedio se subirían hasta la cima, probablemente utilizando rampas de madera, y los asediados serían hostigados desde un punto que los sobrepasaría. Al mismo tiempo, los zapadores abrirían túneles bajo las murallas para provocar su hundimiento, una práctica habitual y un método efectivo contra las ciudades situadas en un *tall* de tierra; en 83 a.C., mientras los romanos asediaban una ciudad en Asia Menor, los sitiados, a fin de atosigar a los sitiadores incluso se acercaron sigilosamente y soltaron un oso y un enjambre de avispas en el túnel excavado por el enemigo.

Golpeada por la artillería y atacada por las torres de asedio, las murallas de la

ciudad de Gaza pronto se hundieron en la zona del túnel que habían abierto los zapadores. Cuando los macedonios se echaron sobre ellos, los nativos resistieron de forma heroica, y el propio Alejandro sufrió dos heridas. Una procedía de un árabe que, fingiendo que iba a rendirse, se arrodilló y lo apuñaló con una daga que llevaba escondida en la mano izquierda; la otra, más grave, fue debida a una ballesta enemiga. La flecha atravesó el escudo y el peto, y se le incrustó en la espalda causándole una herida que «fue tratada» con dificultad. Sin embargo, Alejandro vio su propósito culminado: al cuarto intento, los macedonios consiguieron subir al *tall* y escalar las destrozadas murallas mediante escaleras de mano móviles. Una vez dentro, abrieron las puertas para que entrara el ejercito y, hacia finales de octubre, a pesar de la enérgica defensa de los sitiados, Gaza cayó.

Si tan sólo se conocieran algunos detalles más, la ocupación de Gaza se situaría probablemente entre las hazañas más notorias de Alejandro. Como en Tiro, entró a la fuerza a partir de un plan teórico de admirable osadía y con una noción casi extravagante de lo que era posible. El hecho de haber logrado convencer a un ejército, cansado de las pruebas a que había sido sometido en Tiro, para que amontonase un enorme montículo de arena a finales de verano no es un tributo insignificante a la inspiración de Alejandro. En cuanto a su capacidad de mando, una vez más demostró ese estilo provocador y esa disposición para atacar por diferentes medios a la vez que caracterizan al gran asediador. Ningún otro general en la historia antigua puede presumir de haber realizado con éxito dos asedios consecutivos, comparables a la caída de Tiro y Gaza, en tan sólo diez meses.

Sobre el tratamiento que recibió Gaza se sabe algo más, y ya en la antigüedad la información suscitó encendidos comentarios. Todos los varones, sin excepción, fueron ejecutados, la mayoría durante la conquista de la ciudad, mientras que las mujeres y los niños fueron esclavizados, lo que estaba en consonancia tanto con las costumbres de la época como con el tratamiento habitual que Alejandro daba a los «rebeldes». La ciudad se repobló con vecinos nativos y fue utilizada como fuerte durante el resto de la guerra, prueba de hasta qué punto Alejandro valoraba ese lugar. El destino de Batis es más controvertido: no se sabe que los oficiales de Alejandro hicieran ninguna referencia a él, pero en el campamento corrieron rumores de que le pasaron correas alrededor de los pies, que las ataron a la parte posterior del carro de Alejandro y que los caballos lo arrastraron alrededor de la ciudad mientras Alejandro comparaba este castigo con el que recibió el Héctor de Homero en el salvaje remate al que Aquiles, su asesino, lo sometió. A medida que pasó el tiempo, las descripciones del episodio se hicieron más escabrosas, aunque esto no es razón para dudar de que, en efecto, el castigo se produjese; hay que tener en cuenta que en Tesalia, por ejemplo, los hombres todavía arrastraban con sus caballos el cuerpo de los asesinos alrededor de la tumba de la víctima, y Alejandro iba acompañado por un

amplio contingente de caballería tesalia. Es muy posible que le sugirieran un castigo que convenía a sus pretensiones de ser un dirigente homérico; en Gaza, Alejandro fue herido dos veces, y el ejército siempre se vengaba de un modo especialmente feroz en las ciudades donde le infligían una herida.

La caída de Gaza abrió el camino a Egipto a través de las marismas y el desierto, y por tanto, tras nueve meses de derramamiento de sangre, Alejandro pudo entrar sin oposición en el reino más poderoso del Imperio de Darío. Durante los últimos nueve meses había introducido en Siria y Palestina el armamento macedonio, que iría y vendría de una ciudad a otra durante más de un siglo en las guerras que entablaron a causa de sus bosques, sus flotas y los metales preciosos; Gaza fue repoblada y Tiro reasentada con una forma griega de gobierno, pero las familias de los miles de hombres que encontraron la muerte poca gratitud podrían sentir por el alud de cultura griega que, con resultados tan fructíferos, habría de abrumarlos en el transcurso de los cien años siguientes.

14. EGIPTO Y LOS SECRETOS DEL OASIS DE SIWA

En cierta ocasión, según una divertida historia, Alejandro y su anciano historiador Aristóbulo estaban navegando en la misma barca, descendiendo por el río indio Jhelum; para hacer más llevadero el viaje, Aristóbulo iba leyendo en voz alta la historia que escribía, en la que adornaba la verdad, pues pensaba que complacería más a su rey si añadía heroicidades ficticias. Pero Alejandro le arrebató el libro y lo arrojó al río diciendo: «Y esto mismo, Aristóbulo, es lo que te espera si libras estos duelos en mi favor y arponeas a todos esos elefantes sólo con una jabalina». Si Alejandro hubiese sido alguna vez tan honesto en lo que respecta a los meses que siguieron al asedio de Gaza, sus historiadores podrían muy bien haber corrido el riesgo de recibir un chapuzón similar. En noviembre de 332, Alejandro cruzó el desierto hacia el interior de Egipto; en abril del año siguiente, su mito había tomado una nueva y extraña dirección. La leyenda y la adulación pronto influyeron en este cambio de tono, pero tras ellas subyacen las cuestiones más profundas acerca de la personalidad de Alejandro: ¿era Alejandro, en algún sentido, un místico? ¿Hasta qué punto se tomaba en serio los honores divinos que se le rindieron en vida? ¿Llegó a renegar de su padre Filipo? Y, en este caso, ¿qué es lo que esto pudo significar para él? Se trata de algo muy distinto de las sarisas y la maquinaria de asedio del año anterior y contrasta fuertemente con la carnicería que tuvo lugar en Tiro y Gaza; si una parte de la fascinación que ejercía Alejandro residía en su juventud y otra parte en la impetuosa curiosidad que lo animaba, la parte más extraordinaria se debió a los acontecimientos que tuvieron lugar en los cinco meses posteriores.

El camino de Gaza a Egipto era particularmente peligroso, pues suponía primero una travesía de tres días por el desierto y después tener que cruzar la famosa laguna Baratra o Serbónida, que ya había ocasionado problemas a un ejército persa hacía apenas doce años. No sabemos de qué manera logró Alejandro abastecerse de agua —quizá desde la flota—, o cómo evitó esas marismas de la costa, pero lo cierto es que, hacia el mes de noviembre, Alejandro se encontraba en el brazo más oriental del delta del Nilo, con el premio de Egipto ante él y la perspectiva de un invierno con abundante provisión de alimentos para el ejército. En noviembre, el Nilo ya no estaba prohibitivamente desbordado, y el invierno era la estación de ocio para los agricultores egipcios. En Isos, el antiguo sátrapa de Egipto había muerto liderando a sus tropas; tras la batalla, el renegado macedonio Amintas había conducido en barco a unos cuatro mil fugitivos, mercenarios del Gran Rey, primero a Chipre y después, poniendo rumbo al sur, al Nilo, donde desembarcaron y fueron objeto de una

entusiasta acogida por parte de los nativos. Posteriormente, cuando los griegos de Amintas empezaron a saquear las haciendas egipcias, perdieron popularidad; Amintas y sus soldados fueron asesinados, posiblemente por instigación persa. Sin embargo, su ejemplo permaneció como un acicate para el próximo aventurero; Egipto estaba esperando, los nativos eran receptivos y el ejército, como siempre, no constituía un serio obstáculo.

La civilización de Egipto era tan antigua como el mundo y estaba orgullosa de ello. La filosofía griega, asilo proclamaban sus sacerdotes, había sido descubierta por un egipcio, un hijo del Nilo, 48.863 años antes de la llegada de Alejandro. Hacía casi doscientos años que los persas conquistaron por primera vez a su faraón y se apoderaron de un reino muy rico en hombres y cereales; el rey persa fue reconocido como nuevo faraón y un sátrapa gobernó en su nombre, apoyado por los colonos militares de todas las áreas del Imperio, ya fueran los ews o los nómadas de Khwarezm, que vivían acuartelados en enclaves situados muy al sur, como es el caso de la primera catarata del Nilo, que constituye la frontera entre Egipto y la Nubia independiente. A pesar de las leyendas sobre la atrocidad de los persas, recordadas entre los sacerdotes, el dominio persa no fue tan duro como cabría suponer. Los nobles persas disfrutaban de los estados egipcios, que cultivaban con esclavos nativos, a través de agentes egipcios; el tributo anual, cuando era más elevado, consistía meramente en 700 talentos de plata, y los pagos en especie no eran excesivos. El cambio a un monopolio estatal y la creación de un impuesto sobre toda la producción rendirían posteriormente a los Ptolomeos más de veinte veces su valor, pero, bajo el dominio persa, este monopolio fue en todo caso parcial, y en varios mercados y cosechas vitales no había comenzado en absoluto. Los aristócratas de las ciudades del delta del Nilo habían sobrevivieron a la conquista persa ocupando los mismos altos cargos que antes, mientras que los templos todavía podían poseer unos veinte kilómetros cuadrados de tierras de labranza; sin embargo las clases cultas no aceptaron a los persas durante mucho tiempo. Las rebeliones fueron persistentes y, excepto en cinco de los setenta años que transcurrieron antes de la llegada de Alejandro, Egipto mantuvo su independencia bajo diversos faraones, algunos de ellos probablemente sureños de Etiopía que habían instaurado nuevas dinastías en el delta del Nilo. Los intentos de reconquista de los persas se repitieron, a menudo de forma espectacular. En cuatro ocasiones, hasta el invierno de 343, invadieron el país sin llegar a recuperarlo. Incluso entonces el éxito fue breve; a los cinco años de la caída del faraón del delta del Nilo, el aspirante Khabbesha incitó de nuevo al país a la revuelta y hubieron de pasar tres años antes de que fuera depuesto.

Heredero de la reciente y repetida rebelión, Alejandro fue recibido con entusiasmo por los nativos. El sátrapa persa se encontró con él en el fuerte de Pelusio y le ofreció 800 talentos y todos sus muebles a cambio de un pase seguro; los

macedonios fueron enviados en barca por el Nilo a Menfis, que era la capital, y Alejandro marchó por tierra para encontrarse con ellos. Al cabo de una semana, entró en el palacio monumental del Alto Egipto, hogar de los faraones durante más de mil años.

La sociedad egipcia que le dio la bienvenida estaba tan rígidamente modelada como cualquiera de sus pirámides; en la base se encontraban los millones de campesinos nativos, las gentes a las que los invasores y los aristócratas habían abrumado con impuestos y dominado, puesto que no podían escapar; cerca de la cúspide se situaban las dinastías familiares de las regiones del delta del Nilo, hombres como Semtutafnakht o Patesi, que acordaron la paz con Alejandro y continuaron controlando sin problemas los sacerdocios y los gobiernos locales que sus familias habían mantenido durante más de doscientos años; en la cima se encontraba el rey persa (representado en el arte y el ceremonial como el faraón), y a su alrededor la clase sacerdotal, cuya educación y ceremonial hizo de esta institución la clase más articulada de la historia de Egipto. «En Egipto —escribió Platón expresando el mismo punto de vista que los sacerdotes—, a un rey no le es posible gobernar sin el arte de los sacerdotes; si ha forzado su acceso al poder desde otra clase, entonces debe alistarse en la clase de los sacerdotes antes de poder gobernar». Los sacerdotes estaban ahí para controlar las coronaciones y juzgaban a cada portador de la corona en términos de su propia ley, el Ma’at o código de orden social, en el que abundaban los rituales y las complejidades; incluso los audaces faraones nativos de las rebeliones recientes fueron denunciados como «pecadores» por los sacerdotes porque ofendieron sus arcanas disposiciones de vida intachable. Los sacerdotes dictaron un severo veredicto sobre los doscientos años de «desgobierno y negligencia» persa, exagerando el sacrilegio cometido por los persas más allá de lo que puede admitirse; Artajerjes III, que había reconquistado Egipto once años atrás, era conocido por los sacerdotes como la Espada, y fue acusado de haber asesinado al toro sagrado del dios Apis, de habérselo comido asado y haberlo sustituido por un animal execrable, el mono. Puede que bajo el dominio persa los templos vieran reducidos sus regalos y privilegios, pero las leyendas relacionadas con tales atrocidades estaban lejos de ser ciertas. No obstante, servían al propósito de Alejandro, el aclamado vengador de la impiedad de los persas.

En Menfis, Alejandro no tardó en agradar a sus probables críticos. «Hizo sacrificios a otros dioses, en especial a Apis». Por medio de este único sacrificio, Alejandro invirtió el recuerdo que habían dejado los persas de su falta de decoro y rindió honores al dios egipcio Apis en la forma de toro sagrado, el más famoso de los numerosos animales sagrados que había en Egipto. Este animal representaba al dios en Menfis hasta una edad de veinte años aproximadamente, momento en que pasó a ser un buey más joven, murió y fue enterrado con gran pompa en un refinado

sarcófago. A cambio, se dice que Alejandro fue coronado faraón del Alto y el Bajo Egipto, un honor que sólo aparece mencionado en el legendario *Roman d'Alexandre*: no puede precisarse el mes en que se produjo esta coronación, pero está apoyada por los títulos propios del faraón que se le aplicaron en las inscripciones de los templos del país. Como faraón, Alejandro era el representante reconocido de dios en la tierra, adorado como un dios accesible y viviente por sus súbditos egipcios: fue aclamado como Horus, hijo divino de Ra, el dios del Sol, cuyo culto había prevalecido en el Bajo Egipto, y como amado hijo de Amún, el dios creador del universo, cuyo culto floreció en los templos del Alto Egipto y se extendió hasta incorporar el culto a Ra, el dios más meridional. Esta filiación divina encajaba en el pasado dinástico de los faraones nativos, pues de Alejandro podía decirse que compartía a su padre común, Amun-Ra, quien visitaba a la madre del faraón para engendrar a cada futuro rey; los cortesanos seguramente le habían explicado la doctrina a Alejandro y se dirigirían a él por sus títulos, pero no tuvieron que transcurrir muchos meses antes de que se hiciera patente que esta situación ofrecía grandes posibilidades.

«Faraón, Faraón —había escrito un sacerdote egipcio de la reconquista persa—, ven a cumplir el trabajo que te aguarda»; como rey coronado de dos tierras, «señor de la juncia y la abeja», Alejandro colmó sin duda las esperanzas de los templos y soportó la rutina diaria del Ma'at sacerdotal. Su coronación se había producido en una época de confusión. El último faraón, Nectanebo II, había huido al sur, probablemente a Etiopía, para evitar la reconquista de los persas, pero los egipcios creían que estaba preparado para regresar y reasumir el gobierno: Alejandro lo había reemplazado, y quizá fuera algo más que un rumor la noticia de que consideraba emprender una marcha a Etiopía, el refugio fronterizo de los posibles seguidores de Nectanebo. En lugar de eso, se cuenta que su historiador Calístenes fue hacia el sur, remontando el Nilo, para investigar las causas del desbordamiento del río en verano, una historia que puede muy bien ser cierta. Las inundaciones habían estimulado durante mucho tiempo la imaginación de los autores griegos, algunos de los cuales conjeturaron una respuesta, pero fue Aristóteles quien se encargó de escribir que la cuestión había dejado de ser un problema ahora que unos visitantes griegos habían visto por sí mismos que las lluvias de verano en Etiopía existían realmente. Probablemente estos testigos eran su pariente Calístenes y otros soldados del ejército macedonio.

En cuanto a Alejandro, embarcó en Menfis a principios del año 331 y navegó hacia el norte, descendiendo por el Nilo, para hacer su contribución más duradera a la civilización. En la desembocadura del río visitó el fuerte fronterizo del faraón en Racotis y exploró los otros brazos del delta del Nilo. Se quedó impresionado por las posibilidades que el lugar ofrecía en su extremo occidental:

Le pareció que aquel sitio era el más hermoso para fundar una ciudad, y que la ciudad se vería grandemente

favorecida; la tarea lo llenaba de entusiasmo e hizo personalmente el trazado, mostrando dónde debería construirse la plaza pública y qué dioses deberían tener un templo, y eligió a dioses griegos junto con la egipcia Isis; también dispuso dónde debía construirse el perímetro de la muralla.

De este modo nació Alejandría, un nuevo centro de gravedad en toda la historia mediterránea subsiguiente, que «se alzaría como un ombligo en medio del mundo civilizado».

Como las otras Alejandrías, ésta creció en tomo al emplazamiento de un fuerte utilizado por los persas. Racotis se convirtió en un barrio de la nueva ciudad y absorbió a los pastores que, durante mucho tiempo, habían vivido en aldeas a su alrededor; el emplazamiento habla sido admirablemente elegido, y su puerto natural puede que ya hubiera sido explotado por los egipcios. Para Alejandro, prometía un clima particularmente benigno, protegido por la isla de Faros y por una posición elevada en la costa que, en verano, se beneficiaría de la brisa del noroeste. Un lugar situado más al este en el delta del Nilo, pronto se habría visto reducido a ruinas debido al limo que la corriente natural que hay en la desembocadura del río vierte en la ribera desde el oeste.

Aparte de la fama y del deseo de que la ciudad prosperase, los motivos para fundar Alejandría sólo son conjeturas. Su emplazamiento no estaba bien defendido y su posición, en el límite de la administración egipcia, sugiere que el acceso al Egeo era el principal atractivo que ofrecía, quizá por razones económicas. Los griegos habían mantenido durante mucho tiempo una base comercial en Náucratis, en el delta del Nilo, y no hay noticias de que su comercio con Egipto hubiera disminuido antes de la llegada de Alejandro, si bien las invasiones persas no lo habían favorecido. Hasta qué punto las relaciones comerciales con Grecia y su posible crecimiento pesaron en la decisión de Alejandro es una cuestión más incierta. Cuando Alejandro fundó la ciudad, el Egeo estaba infestado de piratas y era demasiado hostil para tener posibilidades de prosperar; incluso cuando la ciudad ya se había desarrollado plenamente, se creía que llegaba más comercio a Alejandría desde el interior de Egipto que de todo el Mediterráneo. Los graneros del interior podían enviar con rapidez los cereales a la ciudad en barco a través del río y los canales para alimentar a la numerosa población; este suplemento disponible de alimentos era más importante para su fundador que el comercio esporádico con el excedente o que los impuestos portuarios procedentes del comercio en el puerto. En Alejandría, como en otras ciudades griegas, los comerciantes pocas veces eran ciudadanos, y su organización en grupos oficiales tuvo un desarrollo muy lento. Por consiguiente, el comercio no constituía una fuerza genuina en la política de la ciudad y, durante el siglo siguiente, el comercio de Alejandría floreció más gracias a los empresarios de Rodas que a sus propios ciudadanos; cuando se fundó la ciudad, Rodas era para Alejandro una amiga incierta.

Los ciudadanos formaban un conjunto selecto, más que mercantil. Los veteranos macedonios, los griegos y los prisioneros, y quizá también un contingente de judíos, fueron destacados como nuevos ciudadanos, mientras que los nativos egipcios se añadieron, en su mayoría, como hombres de estatus inferior. Las leyes y los estatutos de la ciudad están muy lejos de conocerse con seguridad; quizá hubo una asamblea y un consejo desde el principio, pero los requisitos exigidos a los miembros no aparecen mencionados en ninguna parte. El arquitecto era un griego de Rodas, y la construcción se confió a Cleómenes, un griego de Náucratis con una mente sagaz para las finanzas. Puesto que se espolvoreó harina de cebada para trazar la ciudad y se le dio la forma de una capa militar macedonia, el adivino Aristandro predijo que «Alejandría sería próspera en otros aspectos, pero especialmente en los frutos de la tierra»; la principal preocupación de la ciudad no fue el equilibrio comercial o la exportación de sogas para embarcaciones, de drogas y especias, ni la importación de vino griego y cerámica decorada, sino los alimentos cultivados en casa.

Cuando empezaron las construcciones, Alejandro fue recompensado con una agradable sorpresa. En el Egeo, en una época muy temprana para navegar, uno de sus almirantes se hizo a la mar para entregar prisioneros e informar de la campaña; ahora que las flotas de Chipre, Rodas y Fenicia habían cambiado de bando, las noticias sólo podían ser bien recibidas. A los almirantes persas se los dejó con los fondos menguados, con sólo tres mil mercenarios griegos y únicamente con las embarcaciones que pudieran reclutar de los piratas del Egeo. Sus tiranos y oligarcas habían sido expulsados de las ciudades de Ténedos, Lesbos, Quíos y Cos, por lo general para complacer a la masa de sus ciudadanos; a los piratas y a uno de los dos almirantes persas les habían tendido una emboscada en el puerto de Quíos. Sin embargo, el almirante persa había escapado y su compañero estaba oculto en algún lugar; Cares, el ateniense que había sometido a una de las ciudades de Lesbos, también deambulaba en libertad, y al final no se había sabido nada de ninguno de ellos. Por el momento, era más alarmante que los barcos del Egeo todavía estuvieran a merced de las largas embarcaciones piratas. Menos graves eran los informes de que Agis, rey de Esparta, cuyas negociaciones con los almirantes persas habían terminado en nada, había trasladado ocho mil fugitivos griegos de Isos a Creta y había vencido a las ciudades y fortalezas cretenses con ayuda persa. Los forajidos persas acudirían allí ahora que había terminado la guerra en el Egeo, pero aunque Agis embarcase a sus bandidos de vuelta a Grecia, no era probable que éstos provocasen una revuelta incontrolable. Contra Antípatro y los aliados, su número era despreciable, y la cuestión de la paga pronto sería motivo de disputa, especialmente porque Esparta no utilizaba un sistema monetario y carecía de medios para financiar un ejército mercenario. Entre los trofeos de Isos, Alejandro había capturado a los embajadores espartanos que se dirigían al encuentro de Darío; desde entonces se habían enviado

dos más, pero era poco probable que recibieran ninguna otra ayuda de un rey cuya estrategia se centraba ahora en Asia.

Como líder de los griegos aliados, Alejandro dispuso los castigos que habían de recibir todos los prisioneros del Egeo. Los piratas fueron ejecutados, mientras que a la mayoría de los tiranos se les envió de regreso para ser juzgados en sus ciudades natales, cuyas democracias habían sido restauradas; la legalidad no servía de consuelo, pues, en una ciudad liberada, dos terroristas pro persas fueron condenados a muerte por 883 votos a favor frente a 7 en contra, una prueba rotunda del odio con que los contemplaba una corte democrática. Los cabecillas de Quíos eran tan peligrosos que Alejandro trató con ellos personalmente y los envió encadenados a servir en una vieja guarnición persa en la primera catarata del Nilo; otros malhechores de Quíos serían juzgados de manera local o bien se les negaría el asilo si huían. Alejandro no esperó los informes sobre la sentencia; a principios de primavera, mientras empezaba a construirse Alejandría, marchó hacia el oeste a lo largo de la costa del Mediterráneo dejando que el ejército especulara sobre sus intenciones. Con estas especulaciones, empiezan los problemas que suscita la personalidad de Alejandro.

Al mes siguiente, Alejandro viajaría hacia el oeste con un pequeño séquito y después giraría hacia el sur, durante casi quinientos kilómetros a través de un fantasmagórico tramo de desierto, para plantear ciertas preguntas al oráculo de Amón, un dios con cabeza de carnero que era adorado en el oasis de Siwa, en la remota frontera occidental de Egipto y Libia. A lo largo de su vida, Alejandro no revelaría ni las preguntas ni las respuestas, pero se han desvelado pistas sobre cuál era su contenido a partir del propio comportamiento de Alejandro y del modo en que los historiadores lo describieron. Sólo en otra ocasión anterior, en Asia, Alejandro se había desviado de la ruta que requería la estrategia, y entonces fue únicamente para peregrinar a Troya; esto sugiere que, fuera lo que fuera lo que le condujo al oasis de Amón, no era nada que pudiera satisfacerse con facilidad. En la explicación más completa que se ha conservado de sus motivos, proporcionada por Arriano cinco siglos más tarde sobre la base de lecturas amplias y variadas, se dice que Alejandro se vio atrapado por el ardiente deseo de ir allí, «pues estaba haciendo que una parte de su nacimiento se remontara a Amón… y quería descubrir cosas sobre sí mismo, o al menos decir que lo había hecho».

Esta observación, que invita a reflexionar, anuncia la tendencia más extraña en la vida y la leyenda de Alejandro. Como resultado de su visita al oasis, en varios puntos de sus diversas historias se dirá que renegó de su padre Filipo y que empezó a reivindicar a Amón como padre. En las monedas, especialmente en las acuñadas por sus Sucesores, se le representa con los ojos redondeados y con un aspecto místico, adornado con un cuerno curvado de carnero, símbolo del dios Amón. En el *Román*

d'Alexandre, escribe cartas que firma como hijo de Amón; en la Biblia, en el Libro de Daniel, aparece bajo el aspecto del conquistador con cuernos de carnero. En su leyenda, desde la antigua Siria musulmana hasta el moderno Afganistán, es recordado como Iskander Dhulkarnien, Alejandro Bicorne, que se identifica con el profeta bicorne del Corán que busca las Fuentes de la Inmortalidad, desafía a los bárbaros al otro lado de Irán y todavía vigila la frontera noroeste contra la invasión rusa. A causa de esta singular aventura en el desierto, Alejandro cambió de padre y le brotaron cuernos, pero hasta qué punto es cierta esta evolución de su personalidad es un tema aparte.

Desde un punto de vista histórico, la visita al oasis de Amón sufrió durante mucho tiempo los efectos de las miradas retrospectivas y de la leyenda, y en ningún lugar se ve esto con mayor claridad que en los controvertidos motivos que impulsaron la expedición. Según Calístenes, que escribió que Alejandro deseaba ser famoso, «era una gloriosa ambición de Alejandro ir hasta Amón porque había oído que Perseo y Heracles fueron allí antes que él»; si bien la rivalidad con dos héroes griegos era propia de Alejandro, Calístenes estaba escribiendo unos veinte meses después del acontecimiento. Todo el mundo estaba de acuerdo en que tanto Perseo como Heracles eran hijos del dios Zeus, y puesto que Alejandro fue reconocido como un hijo de Zeus después de su visita, tiene sentido para un adulador retrotraer el resultado de la visita a los motivos que lo impulsaron a ella; Calístenes «intentó hacer de Alejandro un dios» y le dio los atributos de Zeus, por lo que presentó el peregrinaje a Siwa como la emulación de un hijo de Zeus con otro desde el principio. Aunque es de máxima importancia el hecho de que este motivo fuera posteriormente del gusto de Alejandro, Perseo y Heracles forman también una interesante pareja. Heracles era el antepasado de los reyes macedonios y fue honrado por Alejandro con regularidad, pero Perseo no aparece en ningún otro lugar del mito de Alejandro. Ni siquiera es seguro que se creyera que Perseo había visitado previamente Siwa. Quizás el personaje tenía otros atractivos; es muy revelador que los griegos confiaran en los juegos de palabras, especialmente cuando se trataba de los nombres de gentes extranjeras que designaban lugares. Mediante un juego de palabras, un nombre extranjero podía vincularse con los círculos de la cultura griega y, en este sentido, los griegos creían seriamente que los persas eran descendientes del héroe griego Perseo, así como que los medos descendían de Medea. Esta creencia era compartida por Jenofonte, que conocía y admiraba a los persas, y también por Platón y Heródoto, e incluso fue mantenida por los propios persas, mientras que, después de Alejandro, Perseo volvería a aparecer a nivel local como símbolo de los mitos urbanos y de las monedas en muchos lugares de Asia Menor, donde era sabido que griegos y persas habían convivido. En definitiva, Perseo se convirtió en el héroe de la integración de Oriente y Occidente, y para Alejandro, el primer rey que gobernó a ambos pueblos

ala vez, emular a Perseo y Heracles no era una cuestión irrelevante. A los ojos de los griegos, Heracles y Perseo eran sus antepasados, al igual que el rey persa y macedonio, y cuando Calístenes escribió sobre la visita a Siwa, Alejandro ya había reemplazado a Darío como rey de Asia e iba a convertirse de repente en heredero de ambos héroes. Un año y medio antes, cuando partió hacia Siwa, es poco probable que ambos personajes ocuparan un lugar destacado en sus pensamientos.

Otros autores se ocuparon del tema con posterioridad. Además de emular a los héroes griegos, «Alejandro se encaminó hacia Amón con la intención añadida —escribió el romano Arriano, posiblemente basándose en la historia de Ptolomeo— de aprender cosas más precisas acerca de sí mismo, o al menos de decir que había hecho este aprendizaje». Este problema personal se relacionaba ya con su parentesco, «pues estaba haciendo que una parte de su nacimiento se remontara a Amón», y esta creencia puede explicarse de un modo más lógico en base a su nueva posición como faraón, que al final heredaría Ptolomeo. Pues el faraón era el «hijo engendrado de Amún-Ra, amado de Amún»; desde este punto de vista, Alejandro fue al oasis de Siwa, en Libia, con el fin de descubrir el significado de los títulos del faraón, un motivo que parece tan confuso como la emulación de los héroes de la leyenda griega. ¿Cómo podría el Amón de Libia conocer las verdades del Amún-Ra egipcio, y por qué se le habría presentado a Alejandro el remoto oasis de Siwa como el lugar apropiado para encontrar la verdad? Sólo si Amón y Siwa están relacionados pueden reducirse los motivos del peregrinaje a algo que resulte plausible; se sabe que Ptolomeo añadió algunos milagros a su visita, y es poco probable que la explicación que da de dichos motivos sea imparcial.

En el dios Amón se combinaron durante mucho tiempo las tradiciones de tres pueblos diferentes. Originalmente el oasis de Siwa había sido la patria de un dios libio local que quizá esté relacionado con el Baal Hamón de los cartagineses en su frontera occidental; su santuario está a unas cuatro semanas de viaje desde el centro del reino de los egipcios, y es muy posible que, durante mil años, nunca hubiera llegado a estar bajo el control de los faraones. Sin embargo, doscientos años antes de Alejandro, si no en una fecha más temprana, no hay ninguna duda acerca de que Egipto había dominado Siwa; gracias a los jeroglíficos sabemos que el faraón Amasis construyó el templo oracular que Alejandro se disponía a visitar. La arquitectura del templo no es característicamente egipcia, y sus relieves muestran al rey libio nativo del oasis en una posición independiente. Parece ser que Egipto se fusionó con Libia sin llegar a dominarla por completo, y que por esta razón se dejó a un nuevo dios extranjero para explicarlo. Egipto se identificaba con su propio señor Amún, dios-carnero y engendrador del universo, casado con Mut y padre de Khonsu; en Siwa, las ceremonias habían adquirido un sesgo egipcio y los oráculos se emitían según el estilo egipcio.

Hubo un tercer pueblo que también se vio inmiscuido. Durante el reinado de Amasis, los colonos de Grecia se asentaron en Cirene, una ciudad libia al oeste del desierto de Siwa, donde se casaron y mezclaron con los bereberes nativos y oyeron hablar de las divinidades locales. Siempre atraídos por los oráculos, visitaron Siwa en su fase egipcia y dieron a su dios el nombre griego de Amón, que sugería tanto al Amún de los egipcios como la palabra griega *ammos* o arena, como correspondía a un dios del desierto. Del mismo modo que Egipto ya había identificado al dios de Siwa con su propio y preeminente dios-carnero Amón, así los griegos también explicaron este Amún, altamente honrado, como una forma de su Zeus Olímpico, rey de los dioses griegos. En Cirene pronto construirían un espléndido templo dórico a Zeus Amón y utilizarían sus rasgos, caracterizándolo con un cuerno de carnero en las abundantes monedas de la ciudad. Los complejos orígenes del dios fueron establecidos por fuentes griegas, libias y egipcias, y ya sólo quedaba su propagación.

Desde 500 a. C. la expansión de Amón fue sorprendente. No obstante, fue la ciudad griega de Cirene la que pasó el nombre del dios a Grecia, y resulta muy llamativo que el faraón Amasis, el primer egipcio conocido que se interesó por Siwa, hubiera tenido una amante de Cirene. Muchos de los colonos griegos de Cirene tenían vínculos familiares con Esparta, en la península griega, por lo que este culto a Amón pronto se extendió por mar a la ciudad portuaria meridional de Esparta, y de ahí al interior; el gran santuario de Zeus en Olimpia estableció un culto a este nuevo Zeus que Cirene había descubierto, y Amón encontró en el poeta tebano Píndaro, ciento treinta años antes de la visita de Alejandro, a su publicista más capacitado. Píndaro había visitado al rey de Cirene para escribir un himno en su honor y se había quedado tan impresionado con Zeus Amón que, a su regreso, erigió una estatua del dios en su ciudad natal de Tebas y le dedicó un poema; se decía que los sacerdotes de Siwa rezaron para que Píndaro recibiera grandes bendiciones en su vida, con lo que, en cumplimiento de esas plegarias, el poeta murió pacíficamente. Además, Píndaro mantuvo honrosos contactos con los reyes macedonios.

Píndaro no fue el último de los célebres admiradores griegos de Amón. Presumiblemente a través de Cirene, la familia de Lisandro, el general espartano, tenía relaciones con Siwa, y Lisandro utilizó al dios a lo largo de su carrera a finales del siglo V. Mientras asediaba una ciudad en la frontera oriental de Macedonia, anunció que había visto a Amón en un sueño y se retiró del asedio siguiendo el consejo del dios; lo hizo de un modo tan inesperado que la ciudad asediada instituyó un culto a Amón como muestra de gratitud, culto que Alejandro pudo haber conocido desde su cercana residencia antes de poner siquiera los pies en Egipto. Mientras tanto, Atenas se había mostrado igualmente receptiva. En la década de 460, el general ateniense Cimón intentó realizar una consulta al oráculo de Siwa mientras su flota estaba amarrada cerca de Chipre; antes de invadir Sicilia, los atenienses enviaron a

unos embajadores con el mismo propósito, y durante los últimos treinta años antes de la visita de Alejandro se construyó un templo a Zeus Amón en el puerto del Pireo, quizá a expensas de los mercaderes que conocían al dios a través del comercio de grano con Cirene. Desde Atenas se enviaba oro a Siwa; Amón era un oráculo reconocido entre los poetas atenienses, lo que no resultaba sorprendente, puesto que la fama del dios se había extendido por Asia Menor, desde Cícico, en el mar de Mármara, hasta los reyes licios, al sur, y había entrado en las islas del Egeo griego. Zeus Amón se extendió por el mundo griego durante más de cien años antes de que Alejandro fuera en su busca, y esta circunstancia ayuda a explicar su decisión.

Como dios griego bien conocido, Amón habría atraído la atención de Alejandro tanto si hubiera llegado a ser faraón en Menfis como si no. A pesar de que en Siwa las ceremonias seguían un modelo egipcio, apenas se sabe si Egipto y los faraones molestaron a los sacerdotes del oasis, como también se desconoce si algún faraón llegó a recorrer los ochocientos kilómetros a través del desierto que separan Menfis de Siwa, un esfuerzo innecesario para un hombre que creía que el dios medio libio era una forma de su propio señor Amún, pues Amún tenía templos más ilustres que resultaban fácilmente accesibles para un barco que navegara por el Nilo. Tampoco se pensaba que el oráculo fuera un títere en manos de los egipcios. Cuando las tribus cercanas a la frontera quisieron saber si debían apoyar o no al faraón, fue a Amón a quien se dirigieron en busca de un consejo imparcial. Sólo hay una excepción al aparente desinterés de los faraones por el oráculo. Unos diez años antes de la llegada de Alejandro, Nectanebo II, el último faraón independiente, dedicó un templo de menor importancia en el oasis de Siwa al Amún-Ra egipcio, pero, como puede que el propio Nectanebo fuera de ascendencia libia, su repentino interés por Siwa no tiene consecuencias para la política egipcia o para el macedonio Alejandro. Siwa no era un lugar conveniente ni obvio para aprender cosas sobre la mística de Amún, incluso aunque Alejandro hubiese partido con esta idea en mente; era el Delfos del Oriente griego, y como heleno, no como faraón, Alejandro sintió curiosidad por un dios que era conocido y auspiciado por los griegos a causa de su veracidad. En Siwa, Zeus Amón era el último oráculo disponible acreditado por los griegos antes de que Alejandro condujese a sus tropas al interior de Asia, y Alejandro deseaba consultarlo por esta mera y sencilla razón. Se está de acuerdo en que la curiosidad se mezclaba con el espíritu de aventura, con la atracción por los azares del viaje, y puede ser relevante que, en un trabajo sobre la sed, su tutor Aristóteles le hubiera contado la elocuente historia de un peregrino argivo que privó de comida a su cuerpo hasta el límite de sus fuerzas y que viajó durante muchas semanas a través del desierto hasta Siwa sin beber agua ni una sola vez. Esta hazaña de resistencia pudo haber cautivado a su emulador discípulo, si es que alguna vez Aristóteles se la contó en el aula.

Sin embargo, en Egipto Aristóteles parecía estar muy lejos, y se necesitaba un

recordatorio de Amón más cercano que no tuviera nada que ver con los títulos del faraón como hijo de Amún-Ra. Mientras estaba ocupado con el emplazamiento de su nueva ciudad, Alejandro recibió enviados de Cirene que lo invitaron a honrar sus ciudades con una visita, ofreciéndole su amistad y alianza, trescientos caballos y cinco cuadrigas. En la historia de Arriano, que sugiere que Alejandro fue en busca de Amón presa de un repentino deseo de investigar cosas sobre sí mismo, este detalle se suprime, probablemente porque estaba siguiendo el relato del rey Ptolomeo, que, en la época en que redactó su historia era gobernante de Cirene y no un aliado, y puede que no le entusiasmara una referencia al pacto de la ciudad con su predecesor. Sin embargo, se trata de una pista importante pues fue a través de Cirene como el mundo griego empezó a pensar profundamente en Amón, y fueron seguramente los mismos enviados de la ciudad quienes primero recordaron a Alejandro la existencia del dios. Es muy posible que no mencionaran el oasis hasta que Alejandro aceptó la oferta de ir a visitar sus ciudades y llegar hasta la ciudad de Paretonio, a unos doscientos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Alejandría y dieciséis kilómetros más allá del punto habitual en que los peregrinos que iban a Siwa daban la vuelta. De ser así, Alejandro no habría puesto rumbo al oeste para consultar al dios, sino para seguir a sus enviados desde Cirene y asegurar a frontera con Libia, un objetivo que resulta acorde con sus métodos como general. Sólo cuando se llevó a la práctica la estrategia, pensó Alejandro en dar un rodeo hasta Amón, un oráculo familiar y verídico. No partió desde Alejandría como un místico con un plan maestro, y, puesto que el tema de su padre divino sólo surgió por accidente en Siwa a partir de un incidente impredecible que tuvo lugar en las escalinatas del templo, ello no pudo haber constituido el motivo que lo impulsó a salir de Alejandría para ir hacia el desierto.

Desde Alejandría, Alejandro viajó al oeste a lo largo de la costa con un pequeño grupo de amigos, siguiendo el blanquecino sendero hasta Paretonio. En Paretonio, donde un día Cleopatra se despediría de Marco Antonio, Alejandro dejó a los enviados de Cirene y se dirigió hacia el sur a través de la arena, con el séquito viajando en camello y con agua para cuatro días de viaje. Lo que sucedió a continuación no puede dilucidarse sin un conocimiento del escenario y, por fortuna, la ruta de Alejandro ha sido seguida y descrita a menudo; el relato más revelador procede de Bayle St. John, como mínimo porque, al igual que Alejandro, él también se perdió. En septiembre de 1847, tras haber efectuado una lectura cuidadosa de los textos antiguos, St. John se dotó de camellos, guías beduinos y un moderado suplemento de agua, añadiendo el lujo de brandy y cigarros; sus notas son de lo más útil para lo que sigue.

Poco después de dejar Paretonio, Alejandro se encontró con una enorme extensión de arena, probablemente porque los guías lo habían llevado demasiado al oeste de la ruta directa que, como St. John y otros observaron, debía de discurrir por

las colinas de pizarra. Alejandro padeció este error de manera muy desagradable, pues a través del desierto soplaba un viento fustigador procedente del sur que cegó a los viajeros en el transcurso de una tormenta de arena. Durante cuatro días deambularon lo mejor que pudieron, habiéndose agotado el agua y con una sed cada vez más intensa; los alimentos ya casi se habían terminado cuando aparecieron unas nubes y se desató una repentina tormenta, «no sin ayuda de los dioses», pues eso creyeron, y esto les permitió llenar sus cantimploras de piel.

Al salir de la tormenta de arena, alcanzaron la larga cadena de montañas que se extiende tierra adentro desde el mar, subiendo y bajando un valle tras otro hasta donde se ciernen los rojos precipicios, con grotescas laderas veteadas de blanco, y donde el paso final desciende por un barranco a las llanuras arenosas que hay al otro lado. Para aprovechar el fresco, Alejandro seguramente sólo se movía de noche, guiándose por la claridad de las estrellas del desierto y confiando en que la luna iluminaría su camino; en esas circunstancias, debía de hallarse lo más cerca que un hombre puede estar de su refugio de silencio ideal, todo quietud a su alrededor excepto por la débil brisa del desierto. Incluso el suelo cobró vida en medio de la calma, pues en los márgenes y por la superficie del paso se alineaban resecos caparazones que atraían la atención de los viajeros y que, de acuerdo con St. John, reflejaban los rayos de la luna hasta el punto de que toda la carretera centelleaba, como un mítico valle de Diamantes.

Un desfiladero negro como el Erebo corre a lo largo del camino —escribió—, y, a la derecha, hay un enorme montón de piedras que parece la fortificación de alguna vasta y fabulosa ciudad, como las que Martin elegiría para pintar o Beckford para describir. Había enormes puertas flanqueadas por bastiones, de una altitud tremenda, había torres y pirámides, y calles en forma de media luna, y cúpulas, y vertiginosos pináculos y alturas majestuosas con almenas, todo investido con una grandeza sobrenatural por los mágicos rayos de la luna, sin embargo, las amplias brechas y las indescriptibles ruinas mostraban que todo aquello había sido abatido y socavado por el huracán, el rayo, el torrente de invierno y toda la poderosa artillería del tiempo.

En medio de esta grandiosidad gótica, una vez más Alejandro se perdió.

De acuerdo con Calístenes, dos cuervos acudieron a rescatarlo, graznaron para congregar a los rezagados y volaron continuamente delante de ellos hasta que restituyeron a Alejandro en el camino correcto. Ptolomeo, al que nunca se puede superar, afirmó en su historia que dos serpientes parlantes habían actuado como guías, no sólo hasta Siwa, sino también durante todo el camino de regreso. Estos milagros no deberían ser descartados: son, como mínimo, una advertencia de que, como Alejandro, la verdad de la visita a Siwa se perdió desde un buen comienzo; los viajeros observaron, en efecto, muchas serpientes en el camino hacia el oráculo. Este hecho puede deducirse de Teofrasto, el discípulo de Aristóteles, que menciona la cantidad de serpientes en su libro sobre botánica, una obra que obtuvo su información original de los miembros de la expedición de Alejandro. En cuanto a los cuervos de Calístenes, fueron vistos no hace mucho; también St. John se perdió en las montañas

y, mientras esperaba a sus guías beduinos, observó a dos cuervos trazando círculos en el aire hacia el sureste. Si los hubiese seguido, habría dado con el camino que buscaba, por lo que quizá no sea una coincidencia que el valle en cuestión todavía es conocido entre los nativos como el paso del Cuervo.

Tras superar los terrores del paso, Alejandro llegó a una planicie de arena, demasiado caliente para que creciera en ella vegetación alguna, que se extendía unos dieciséis kilómetros hasta el pie de las Montañas Blancas. Aquí, entre nuevos precipicios con las formas arquitectónicas más salvajes, siguió el camino hasta llegar a un espacio abierto, pasando por una cuenca de grava gris. Con un cambio muy típico del desierto, en el otro lado la grava daba paso de manera abrupta a una llanura de espléndidas palmeras, rodeada de precipicios por todas partes y cercada en la parte central por enormes rocas aisladas, de formas macizas. En este oasis de Gara se encuentran las primeras ciudades de la gente de Amón; el agua, la hospitalidad y la sombra estaban al final garantizadas, y «el vivido contraste entre la aridez y la fertilidad —escribió St. John—, donde la vida y la muerte ejercen su influjo bajo el emblema infinito de la serenidad inmortal, excita emociones entremezcladas de asombro y deleite».

Desde estas primeras ciudades de Amón bastaba un día de viaje para llevar a Alejandro al segundo oasis, el emplazamiento del oráculo de Siwa. Aunque rápido, el viaje no le resulto más fácil, pues al dejar el palmeral de Gara debió de recorrer todavía un camino que serpenteaba por otra serie de precipicios, para encontrarse de nuevo en otra extensión de grava golpeada por el calor. Es un lugar sin comodidades cuyo extremo también se precipita en una última quebrada a sólo dieciséis kilómetros de Siwa, primero a través de valles de arena blanquecina, después a través de una tierra endurecida y fracturada por terrones de sal natural, un rico depósito que los sacerdotes de Amón recogían en sus canastos y enviaban a la mesa de los reyes persas. El paisaje deslumbra, pues las salinas y los lagos de sal secos poseen todo el resplandor de los glaciares cubiertos de nieve. Antes de que su blancura pudiera abrumar al viajero, intervino el oasis de Siwa, barriendo con su verdor los restos de esterilidad que quedaban: las palmeras y los árboles frutales se apiñaban alrededor de los arroyos, refugio de codornices y halcones, de granados y prados de hierba, y, también de Amón cabeza de carnero, uno de los cuatro oráculos más veraces conocidos en el mundo griego.

El oasis está aislado entre campos de sal y marismas que ocupan un espacio de unos ocho kilómetros de largo y cinco de ancho. Acercándose al extremo oriental, Alejandro habría llegado directamente a su destino, la ciudadela actualmente conocida como Aghurmi, que, en lo alto de un precipicio de piedra caliza de casi veinticinco metros de altura, descuella sobre la llanura. En la época en que la visitó, la ciudadela estaba dividida en tres recintos, uno interior para el palacio de los

gobernantes, el siguiente para sus familias, el harén y el santuario del dios, y uno exterior para los guardas y los cuarteles. Junto al templo, se alzaba una fuente sagrada en la que se purificaban las ofrendas al dios; ésta todavía es visible y conecta con los patios interiores del templo. Unos ochocientos metros al sureste se alzaba un segundo santuario, también conocido por los egipcios pero menos auspiciado por los peregrinos griegos, aunque éstos conocían la fuente y creían, erróneamente, que era milagrosa, ya que pensaban que alternaba el agua fría y la caliente en diferentes momentos del día. Ahora bien, los griegos no tenían termómetros. Los oficiales de Alejandro recogieron el nombre nativo de Pozo del Sol y, a su peculiar manera, lo vincularon con su propio mito griego de Faetonte, el fracasado conductor del carro del Sol.

Tanto para los visitantes como para los anfitriones, esta repentina llegada fue trascendental. Alejandro había estado viajando al menos durante ocho días a través de un país en el que, a cada vuelta que daba, se encontraba con los más fantásticos perfiles, ilusiones y espejismos. Tenía suerte de haber sobrevivido, y su sentimiento de alivio al alcanzar el oasis no es difícil de imaginar. La gente de Siwa no debía de estar menos emocionada. Históricamente, el oasis había sido durante mucho tiempo un lugar atrasado. Nunca fue visitado por los faraones y estuvo resguardado de la vida moderna gracias al desierto circundante; incluso en el siglo XX, sus costumbres locales seguían vigentes, incluyendo la homosexualidad, hasta el punto de darse matrimonios entre hombres. La visita de un conquistador macedonio conmocionó seguramente de manera profunda a todos los nativos, y sin duda Alejandro se dio rápidamente a conocer a la familia gobernante que, como todos los libios, se distinguían por llevar un tocado con una pluma sujeto a sus cabellos. Las habladurías afirmaban que Alejandro también sobornó a los sacerdotes de Amón para asegurarse de recibir las respuestas que quería oír, pero cualquier consultante de un oráculo griego había de rendir primero honor al dios, y es impensable que Alejandro anunciara de antemano sus preguntas y las respuestas deseadas; su consulta está supeditada, precisamente, al secreto y la ambigüedad.

Por tanto, los encargados del templo fueron advertidos mediante un regalo, y los nativos seguramente condujeron a Alejandro a través de sus casas situadas al pie de la ciudadela y lo dejaron en las escalinatas del templo, cuyos vestigios todavía pueden verse. Con sus amigos, debió de subir a la puerta frontal del patio exterior del templo; en la entrada, o justo en el interior del primer patio, el sumo sacerdote debió de dirigirse hacia allí saludando al rey a la vista de todos sus seguidores. Era consciente del alto rango de su visitante, pues únicamente a Alejandro le permitió que entrase en los patios interiores, y a nadie más, y no le pidió que cambiara su atuendo de diario; el resto de los macedonios esperaron fuera, más probablemente en las escalinatas del templo que en el patio interior, y sólo pudieron oír la emisión del oráculo a través de

las barreras de dos, si no tres, muros de piedra.

«Los oráculos no se emitían verbalmente, como en Delfos o Mileto —escribió Calístenes, repitiendo lo que Alejandro deseaba que se conociera—, sino que en su mayor parte se transmitían por medio de asentimientos con la cabeza y gestos simbólicos, del mismo modo que, en Homero, "Zeus, el hijo de Cronos, hablaba y asentía con sus oscuras cejas"; el sacerdote respondía entonces en nombre de Zeus». Esta apreciación oficial de lo que sucedió dice muchas cosas Hay cuatro maneras de tratar a los dioses extranjeros: combatiros, no creer en ellos, aceptarlos o identificarlos con alguno propio. En Siwa, Alejandro eligió la identificación, del mismo modo que los atenienses y otros griegos había rendido culto durante mucho tiempo a Amón por estar vinculado con su propio Zeus. Es una muestra del tacto de Calístenes y permite vislumbrar los gustos de su patrón, pues, para el nuevo Aquiles, el proceder del dios se explicó por medio de una referencia a Zeus en la *Ilíada* de Homero.

En cuanto a los asentimientos y detalles simbólicos se corresponden con todo lo que conocemos acerca del funcionamiento de un oráculo egipcio. Como los griegos y los romanos, los egipcios imaginaban a sus dioses en términos de la sociedad en que vivían; al igual que Jesucristo en el Imperio romano iba a estar revestido del protocolo de un emperador romano, del mismo modo se pensaba que el dios Amún se comportaba como un faraón de Egipto. Nadie podía acercarse a sus aposentos, y, si alguno de los suyos tenía algún problema, solo podía planteárselo durante los días solemnes y en las fiestas, cuando el dios, como el gobernante, dejaba la corte y salía a las calles. Del mismo modo que el faraón era transportado en público sobre una plataforma que su séquito portaba sobre sus espaldas, asimismo la imagen de Amún se colocaba en una barca sagrada, era izado sobre una tabla y sostenido en alto ante la gente por sus purificados costaleros; el dios, como el faraón, se mantenía fresco durante el viaje gracias a los encargados de llevar las plumas y los abanicos. En Siwa, desde que los egipcios identificaron al dios de los nativos con Amún, se observó el mismo procedimiento: el dios era tratado como un faraón. «Cuando se solicita un oráculo —explicaron los testigos que iban con Alejandro—, los sacerdotes transportan el símbolo cubierto de joyas del dios en una barca dorada, de cuyos lados penden copas de plata; las vírgenes y las damas siguen la barca cantando el tradicional himno en honor a la deidad».

Esa aparatosidad debió de sorprender a Alejandro, pues la forma de emitir los oráculos resultaba convenientemente excéntrica. En el ritual egipcio, el que efectuaba la pregunta podía leer su problema al dios, escribirlo de manera simple en un trozo de cerámica o contárselo primero al sacerdote, quien después lo repetiría ante la barca. Los portadores cargarían la nave sagrada sobre sus espaldas y se prepararían para moverse en la dirección adonde sintieran que se los presionaba. Si el dios quería decir

«no», forzaría a los costaleros a ir hacia atrás; si quería decir «sí», los obligaría a ir hacia adelante; si se enojaba con la pregunta, se agitaría furiosamente de un lado a otro. El sacerdote interpretaría sus movimientos, «respondiendo en nombre de Zeus»; las preguntas por escrito también podían dejarse en el suelo en versiones alternativas de «sí» o «no» para que el dios pudiera dar la respuesta que se le antojara. Este ritual se mantuvo en Egipto durante dos mil años hasta la llegada del Islam, y todavía tiene paralelismos entre ciertas tribus africanas; del mismo modo que los jeques que yacen en los ataúdes resultan a veces muy pesados para quienes los transporta en parihuelas, a fin de impedir que su cuerpo sea conducido al funeral, asimismo en Sudán los fieles todavía son conducidos de un lado a otro por el impulso de una imagen sagrada que cargan sobre sus espaldas.

En Siwa, los asentimientos y los gestos simbólicos sólo se daban «en su mayor parte», y por eso Alejandro además atravesó el pequeño patio en el que se encontraba la barca y entró en el santuario más sagrado que había detrás y que estaba cubierto con un techo de troncos de palmeras. En esta cámara sagrada, Alejandro podría plantear las preguntas directamente al dios, un privilegio que tal vez sólo estaba reservado a los faraones y los gobernantes; Alejandro no se daría cuenta de que un estrecho pasadizo, todavía visible en el lugar donde se emplazaba el templo, corría por detrás de la pared que había a la derecha y estaba conectado con el santuario por una serie de pequeños agujeros. En aquel lugar, el sacerdote podía permanecer de pie sin ser visto en un pequeño cuarto y dar las respuestas a su visitante a través de la pared como si fuera el propio Amón hablando en persona. Quizás una vez dentro del santuario, Alejandro sólo reveló su pregunta al sumo sacerdote, que después la puso en la barca que había en el exterior y regresó para anunciar la respuesta; tal vez Alejandro consultó primero a la barca y después preguntó cuestiones más íntimas en el interior del santuario. Fuera cual fuera el orden de los acontecimientos, los amigos que estaban fuera no tenían ni idea de las preguntas que su rey estaba planteando. Como máximo, oirían los cantos de las vírgenes y el ruido de pasos de los costaleros; la mención de «gestos simbólicos» sugiere que es posible que Alejandro no hablara, sino que escribiera sus preguntas en un trozo de cerámica y que las enviara a la barca para obtener una respuesta. Sus amigos sólo podrían haber contemplado todo esto con perplejidad.

Alejandro nunca reveló lo que había preguntado, pero «solía decir que oyó algo que lo complació». Sin embargo, sus preguntas no son irrecuperables del todo. Cuatro años más tarde, en la desembocadura del río Indo, en la India, ofreció sacrificios a los «dioses a quienes Amón había distinguido», e hizo lo mismo al día siguiente, en esta ocasión a un conjunto distinto de dioses; evidentemente preguntó al oráculo a qué dioses debería propiciar en determinados puntos de su viaje hacia el este, una pregunta que Jenofonte, el último general griego que marchó al interior de Asia,

había formulado en Delfos. Amón aconsejó, entre otros, a Posidón y demás dioses del mar, quizá porque Alejandro preguntó concretamente a quién debía honrar si alcanzaba el Mar Exterior. No es probable que ésta fuera la única pregunta de Alejandro, y tanto su secretismo como los honores que permanentemente tributó a Amón sólo tienen sentido si preguntó algo de carácter más personal, posiblemente si saldría victorioso y cuándo. Sin embargo, en el campamento, los chismes difundían otra versión, y durante los doce años que siguieron a la muerte de Alejandro ganaron crédito dos preguntas: se decía que Alejandro había preguntado al dios si llegaría a gobernar sobre toda la tierra y si había castigado a todos los asesinos de su padre, pero el sacerdote le advirtió que su padre era ahora Amón, no Filipo. Estas extravagantes conjeturas son una prueba muy interesante de cómo lo recordaban sus propios soldados. La primera pregunta se hacía eco de los temas de la invencibilidad y el dominio del mundo, ambos fomentados por el propio Alejandro; también cabe destacar que los «sacrificios de acuerdo con el oráculo de Amón» aparecen mencionados por primera vez en los límites de su marcha por la India, cuando Alejandro alcanzó lo que él creía que era el Mar Exterior; también hizo dos sacrificios distintos, como si el consejo de Amón se hubiera referido detalladamente a ese momento particular. La segunda «pregunta» no mostraba en absoluto el desprecio hacia Filipo que otros posteriormente le atribuyeron, y suscita el problema de su propia relación con Amón. Dicha relación es lo que proporciona a la consulta su peculiar importancia.

Tras la visita al oasis, Zeus Amón significó mucho para Alejandro durante el resto de su vida. Invocaba su nombre entre sus amigos íntimos y le dedicó sacrificios durante la marcha que llevó a cabo como si fuera uno de sus dioses habituales; en un momento extremadamente emotivo, del que se conocen con seguridad las palabras exactas, juró en nombre de Amón como prueba de profunda gratitud. En lo personal, Alejandro se volvió hacia Zeus Amón en las crisis más dolorosas de su vida, y cuando su querido Hefestión murió, envió a unos embajadores desde el Irán central al oasis de Siwa para preguntar si su amado debía ser adorado como un dios o como un héroe; cuando murió el propio Alejandro, se anunció que había pedido que lo enterrasen en Siwa, y, aunque esta petición es tan dudosa como todos los últimos planes que se le atribuyeron, es evidente que sus sucesores consideraron que Siwa era una elección plausible para hacerla circular entre los soldados. Ningún rey macedonio, ni siquiera el propio Alejandro, había tenido antes vínculo alguno con Amón o Siwa, y esta relación personal sólo pudo haber surgido de su visita al oráculo. En el arte, este vínculo se mostró especialmente profundo: en las monedas locales de las ciudades, Alejandro aparece ataviado con el simbólico cuerno de carnero de Amón, probablemente poco después de haber efectuado la visita; y durante los tres años que siguieron a su muerte, Ptolomeo, su amigo de toda la vida,

lo representó con cuernos de carnero en las primeras monedas de Egipto, y Ptolomeo fue quien llegó a conocerlo mejor. Zeus Amón y Alejandro iban a convertirse en una pareja normal en los tiempos venideros, y fue Alejandro quien confirmó su íntima relación; favoreció al dios del oasis, pero, a partir de Siwa, también le gustaba que se supiera que era el hijo engendrado por Zeus.

Se trataba de un tema extraordinario. En Siwa, escribió Calístenes, «el sacerdote le dijo expresamente a Alejandro que era hijo de Zeus», y, a su regreso a Menfis, Alejandro se reunió con los enviados procedentes de los oráculos griegos en Asia Menor, uno de los cuales, escribió Calístenes, rompió su silencio de los últimos ciento cincuenta años para saludar al nuevo vengador de los errores persas como hijo de Zeus. Seis meses más tarde, escribió Calístenes, en la vigilia de su mayor batalla, Alejandro rezó para que los dioses lo ayudaran «si en efecto había salido de Zeus»; Calístenes escribía para complacer a Alejandro, y el único motivo que tenía para subrayar su filiación divina era porque ello satisfacía a su rey. Otros contemporáneos lo siguieron, y la conexión entre la visita a Siwa y la filiación divina siguió estando viva; Seleuco, el eventual sucesor de Alejandro en Asia, dio origen a una leyenda treinta años después de haber visitado un oráculo griego en su reino de Asia y de ser reconocido de manera similar como el hijo engendrado por Apolo. Para quienes conocieron personalmente a Alejandro, el escenario de Siwa 110 perdió ni un ápice de su credibilidad.

Posteriormente, la filiación divina de Alejandro se derivó de manera errónea de las respuestas que habría recibido en el santuario de Amón, pero, puesto que nunca reveló lo que había preguntado o oído, no pudo haber sido esto lo que dio la primera pista a Calístenes. Cuando escribió que «el sacerdote le había dicho expresamente a Alejandro que era hijo de Zeus», el sacerdote debió de haberlo hecho en público, desde donde Calístenes pudiera oírlo, presumiblemente durante el saludo efectuado en las escalinatas del templo. Puede que el sacerdote hubiera oído que Alejandro era el nuevo faraón y que lo saludara como «hijo de Amún», uno de los cinco títulos reales egipcios, que Calístenes entonces tradujo como «hijo de Zeus» para su público griego. O, lo que es más probable, que intentara dirigirse a Alejandro en griego llamándole «mi muchacho» (*o paidion*), pero que se equivocara y dijera «*o paidios*» en su lugar, lo cual a los macedonios que estaban escuchando les sonó como las dos palabras «*paidios*» o «hijo de Zeus». Este desliz lingüístico gozó de un amplio crédito en la antigüedad, y, puesto que los griegos creían que estos afortunados errores que se producían en los momentos solemnes eran augurios favorables, Alejandro lo habría tomado por otro signo del cielo. Las frecuentes visitas de los enviados griegos garantizaban que buena parte del personal del templo pudiera manejar unas pocas palabras en griego, pero no hay razón para suponer que la pronunciación del sumo sacerdote fuera siempre perfecta.

El saludo preciso que le tributó el sacerdote importa mucho menos que lo que Alejandro deseaba que se creyera al respecto; de acuerdo con su propio historiador, era el hijo engendrado por Zeus como resultado de su visita, y es muy discutible el modo en que surgió esta creencia y la causa que la motivó. A primera vista, el reino de Egipto parece prometer una explicación; en el Alto Egipto, el faraón siempre había sido adorado como «hijo de Amún», y cada vez que cambiaba la dinastía de los faraones, ya fuera por el usurpador Tutmosis III, los saítas nativos o los invasores persas, la nueva línea se acomodaba al pasado mediante el mito de la paternidad divina. Psamético I, más de trescientos años antes de Alejandro, empezó una nueva dinastía, pero, en lugar de poner el énfasis en su madre terrestre, quizá debido a que era libia, divulgó su relación filial con Amún, «que me engendró por sí mismo, para complacer a su corazón», puesto que Amún era un padre que podía compartir con los anteriores faraones nativos. Como Psamético, Alejandro fue el fundador de una dinastía nueva y extranjera; su relación filial con Amún debió de ser enfatizada por los sacerdotes para adaptarse a las antiguas tradiciones, y puede que la gente de Alejandro la recogiera, traduciendo Amún por Zeus, como había sido siempre la costumbre griega. Por tanto, la relación filial de Alejandro habría sido conocida antes de partir hacia Siwa; cuando regresó a Menfis, salieron a su encuentro enviados de los oráculos griegos de Asia con mensajes para confirmar a su divino padre, y si el «hijo de Zeus» no era otra cosa que el faraón explicado en términos griegos, los enviados pudieron haber sido advertidos de ello antes de que Alejandro dejara Alejandría para viajar al desierto.

Esta influencia egipcia puede muy bien ser una parte de la verdad, pero no es necesariamente toda la verdad. La veneración de carácter duradero que Alejandro tributó a Zeus Amón sugiere que, en efecto, alguna especie de revelación tuvo lugar en Siwa, y no hay margen para ello si su relación filial sólo era la traducción griega de un título del faraón; probablemente ya era faraón en la época en que llegó a Siwa, y tanto si fue coronado oficialmente en Menfis como si no, Alejandro estaría ya familiarizado con sus nuevos títulos reales: es posible que no los entendiera del todo, pero ciertamente los escuchó, quizá de boca de los sacerdotes egipcios nativos que había en su corte, o de los griegos que habían vivido durante mucho tiempo cerca del emplazamiento de su nueva Alejandría. Es verdad que Lina reina de los Ptolomeos fue honrada posteriormente como «hija de Amón», simplemente como una mera cortesía para ajustar su vinculación oficial con el Amún de los faraones a través de su marido; puede que el emperador romano Vespasiano fuera agasajado como «hijo de Amón» cuando entró en Egipto como faraón. Pero estos leves paralelismos con los futuros gobernantes occidentales pertenecen a un período posterior, cuando Egipto había sido helenizado y Alejandro había hecho famoso el parentesco con Amón. Sólo en una estatua griega póstuma Alejandro es mostrado incluso con la corona y los

símbolos de un faraón; no se sabe que ninguno de sus amigos o historiadores aludiera a su realeza en Egipto en ningún otro momento, y dicha realeza no influyó en su vida, no más de lo que influyó más tarde cuando, al convertirse en rey de Persia, no demostró ningún conocimiento ni preocupación por las doctrinas igualmente sagradas del dios Ahura Mazda. Y, sin embargo, Siwa y su parentesco con Zeus seguirían siendo temas vigentes hasta el último año de su reinado, cuando Egipto ya había sido olvidado; es posible buscar un origen más profundo, y este origen se encuentra, además, cerca de casa.

También entre los griegos, haber «surgido de Zeus» era una reivindicación inteligible y no demasiado contundente. Por ejemplo, se creía que el primer macedonio había sido hijo de Zeus; «vástago de Zeus» es una descripción que se aplica frecuentemente a los reyes épicos de Homero, y, en los tiempos de Alejandro, la realeza extranjera de Chipre sostenía que Zeus estaba a la cabeza de su árbol familiar, mientras que los reyes de Esparta podían ser descritos como la semilla de Zeus. La expresión «descendiente de un dios» también podía ser utilizada en sentido figurado: el poeta y filósofo Platón fue alabado como «hijo de Apolo» por su pupilo más inteligente, pero esto podía significar simplemente que también Platón tenía un dominio divino de las artes. No obstante, el hecho de que Alejandro descendiera de Zeus fue descrito por los griegos con la palabra *genesis*, y lo más lógico es que esto significaría fundamentalmente que era el hijo engendrado por Zeus, no un descendiente lejano.

Sorprendentemente, también había un precedente griego para esta reivindicación. En los poemas de Homero, varios reyes y héroes tenían a un dios como padre reconocido, y este carácter aún más azul de la sangre entre tanta sangre azul era un elemento que otorgaba un prestigio especial a su reputación, mientras que en la Sicilia griega, unos diez años antes de que naciera Alejandro, esta fantasía heroica llegó a su máxima expresión. Dionisio II, gobernador de Siracusa, sostenía que había sido engendrado por Apolo, y compuso una inscripción en verso para su estatua a fin de resaltar este hecho de manera pública e inequívoca. Por tanto, aun sin la influencia de Egipto, la reivindicación de haber sido engendrado por un dios podía ser compartida y entendida por los griegos, y es justo que nos preguntemos si Alejandro esbozó su nueva relación filial a partir de su propio trasfondo griego o bien a partir de un título faraónico que apenas entendía.

Una vinculación más íntima con Zeus no era, en modo alguno, algo extraordinario para él. Su padre Filipo había sido reconocido como alguien especialmente protegido por Zeus, y en las monedas los rasgos de un Filipo con barba habían mostrado una clara semejanza con el rey de los dioses. Los reyes macedonios contaban a Zeus entre sus antepasados, y puede que llevaran la simbólica *aegis* o capa de piel de cabra como prenda habitual, del mismo modo que Alejandro fue

representado con dicha capa en las estatuas que le erigieron póstumamente en Egipto, y que su amigo Ptolomeo fue representado llevándola en los retratos de las monedas mientras fue faraón. En los sacrificios y dedicatorias, Alejandro honró repetidamente a Zeus, que seguía siendo el dios más importante de su vida: cuando, en sus últimos meses de existencia, recibió a enviados de los templos griegos de todo el Mediterráneo y los admitió en su presencia en función de su importancia, los representantes de Zeus Olímpico fueron los primeros y los de Amón, en Siwa, los segundos, pues Alejandro todavía consideraba a Amón como el propio Zeus griego en su forma libia. No es cierto que después de Siwa Alejandro pensara que era hijo de un dios libio extranjero, al que llegaría a honrar por encima de todos los dioses griegos de su infancia hasta el día de su muerte; en Siwa, más bien, un oráculo libio que hablaba por boca del Zeus griego apoyó la creencia de que era el hijo del dios griego Zeus. Alejandro estaba familiarizado con Zeus, si no con Amón, mucho antes de haber viajado a Siwa, y es posible, por tanto, que el oráculo de Amón sólo hubiera confirmado una creencia que durante mucho tiempo había crecido en él. Un desliz afortunado de la lengua del sacerdote, refiriéndose a su papel místico como nuevo faraón, pudo haber trasformado la suposición en convicción a partir de Siwa para el resto de su vida.

Hay una prueba nada despreciable que apoya esta tesis. Durante los primeros años de vida de Alejandro, un griego culto dejó constancia de que, en el momento de la concepción, la matriz de Olimpia fue sellada con la marca de un león, lo que atestiguaba que su hijo sería como un león; otros dicen que su vientre fue sacudido por un rayo, emblema de Zeus, y puede que estas anécdotas fueran conocidas por el propio Alejandro. En una carta, que sin embargo puede ser una falsificación, se dice que le aseguró a Olimpia que le revelaría las «profecías sagradas» del oráculo de Siwa cuando regresara, pero, puesto que a quien hizo esta promesa fue a su madre, sugiere que Alejandro formuló una pregunta relacionada con su parentesco y que esta cuestión ya había sido discutida en privado por ambos. Además, parece ser que la propia Olimpia sostenía sus propios puntos de vista sobre el tema.

«La fama de Alejandro —alegan algunas anécdotas posteriores que contó su historiador Calístenes— depende de mí y de mi historia, no de las mentiras que Olimpia difundió sobre su parentesco». Las mentiras, entonces, gozaron de un amplio crédito entre la posteridad, y se dice que, cuando partió hacia Asia, su madre le contó a Alejandro «el secreto de su nacimiento» y le «ordenó que actuara de manera digna e él», una historia dudosa que no fue apoyada por uno de os más brillantes estudiosos de la generación posterior a la muerte de Alejandro, un hombre que además era conocido por su escepticismo en lo tocante a todas las informaciones relacionadas con la divinidad de Alejandro: evidentemente, estaba dispuesto a creer que Olimpia tenía sus propias opiniones sobre el parentesco de Alejandro, aunque él creía que eran

equivocadas. Respecto a estos rumores privados, los matices de un chiste ateniense pueden de nuevo ser relevantes. Cuando Alejandro ascendió al trono, el orador Demóstenes le quitó importancia tratándolo de mero Margites; pero Margites no sólo era conocido como un bufón homérico: sexualmente era un bobo que no sabía nada de las cosas de la vida ni conocía la identidad de su madre ni de su padre. El chiste perduró a lo largo de la historia, quizá porque resulta doblemente apropiado: mientras ridiculizaba a Alejandro como el nuevo Aquiles, también puede que se burlara de un rumor habitual relacionado con el hecho de que su padre no había sido Filipo, sino algún dios disfrazado, quizás incluso el propio Zeus. Alejandro, un simple Margites, no sabía quiénes eran sus padres; Demóstenes había visitado Pela durante la juventud de Alejandro, por lo que fue un testigo griego excepcional sobre las habladurías que circularon acerca de los primeros años de vida de Alejandro.

Tal vez esto resulte demasiado ingenioso para ser decisivo, pero hay vínculos con el siciliano Dionisio que sugieren que el trasfondo puede ser verdad. El padre de Dionisio había tenido dos hijos de sus dos esposas: una de ellas era una siciliana de su Siracusa natal, la otra una extranjera del sur de Italia, y se creía de manera generalizada que ambos hijos habían sido concebidos durante la misma noche y que él había contraído matrimonio con las dos esposas el mismo día. Ahora era Dionisio, hijo de la extranjera, el que sucedía a su padre pese a ser el más joven de los dos; sus derechos de sucesión no dejaban de ser objeto de discusión, por lo que reivindicar abiertamente que había sido engendrado por un dios lo ayudaría a obtener la necesaria preeminencia. Puede que por esta razón Dionisio se describiera a sí mismo públicamente como «surgido del acto sexual de Febo Apolo»; dado que además era un poeta con más pretensiones que capacidad, Apolo pudo haberlo atraído especialmente como dios de los artistas. Veinte años más tarde, las circunstancias de Olimpia eran perceptiblemente similares. Aunque era madre de un hijo prometedor, había sido destituida de la corte en favor de una noble esposa macedonia y había visto amenazada la sucesión para su hijo. Al igual que la madre de Dionisio, Olimpia era una extranjera; también era una reina de ascendencia heroica por derecho propio. Disgustada con el nuevo matrimonio o deseosa de afirmar su superioridad sobre las muchas otras mujeres de Filipo, pudo muy bien haber propagado la historia de que su hijo era especial porque no le debía nada a Filipo y era hijo del dios griego Zeus. El conocimiento del sexo en el mundo antiguo no era lo bastante amplio como para refutarla, pues el papel de la mujer en la concepción era entonces tan desconocido como lo siguió siendo hasta el siglo XIX. Si en Tesalia eran capaces de creer que las yeguas podían concebir a través del impetuoso viento del oeste, no había ninguna razón por la que la reina de Macedonia no pudiera haber sido visitada por Zeus con un disfraz equivalente. Todo el mundo estaba de acuerdo en que los reyes y héroes del mito y la épica de Homero eran hijos de Zeus: una esposa espartana del siglo VI

afirmó haber sido objeto de una «concepción divina», e incluso se la atribuyeron al filósofo Platón, una leyenda que Aristandro, el adivino de Alejandro, promocionó en su libro. Alejandro, como muchos, pudo haber llegado a creer de sí mismo lo que empezó a leer sobre otros.

La creencia era de corte homérico y estaba enteramente en consonancia con la emulación de Aquiles, que era el motivo principal de Alejandro; si esta creencia era algo latente cuando entró en Egipto, las tradiciones relativas a la filiación divina del faraón y los procedimientos seguidos en el oráculo de Siwa pudieron haberse combinado para confirmárselo y provocar su difusión en el mundo griego a través de Calístenes. Quizá por un afortunado desliz de la lengua, quizá por una observación que se le hizo privadamente en el interior del santuario oracular, y que fue tan concluyente como el saludo en las escalinatas, el sacerdote de Amón confirmó lo que Alejandro seguramente había sospechado durante mucho tiempo por influencia de su madre, y la casualidad que, según parece, auspició la confirmación de Amón no tenía por qué desacreditar la propia sinceridad de Alejandro. Su favor hacia Amón fue duradero, como lo fue su nueva relación filial; cuando los macedonios se amotinaron al final de la marcha, se contó que lo habían ridiculizado y que le habían dicho «ve y lucha tú solo con ayuda de tu padre», refiriéndose a Zeus, no a Filipo. Los insultos de los amotinados rara vez son referidos con exactitud, y puesto que no hay ningún testigo que pueda describir el motín, se han conservado versiones alternativas de los insultos. Ahora bien, con independencia de esto, se sabe que la relación filial con Zeus Amón permaneció como un tópico en la corte, de manera que los hombres descontentos tenían donde escoger el insulto que sabían más hiriente; parece ser que Alejandro llevaba a su padre divino en el corazón, y los soldados lo sabían. Sin embargo, fue a raíz de los acontecimientos que tuvieron lugar en Siwa, no de los títulos del faraón, cuando la relación filial fue confirmada por primera vez.

Podría pensarse que este favor hacia Zeus disminuyó su respeto hacia Filipo, con más razón si Alejandro había estado vinculado de alguna forma a los planes para asesinar a su padre; también a los psicólogos les gustaría ver en el amor de Alejandro por Hefestión la búsqueda de una figura paterna, posteriormente encontrada en Zeus. «Te reconoces de Amón —se le hizo decir a uno de los oficiales de Alejandro, borracho y ultrajado, en una biografía escrita cuatrocientos años más tarde— y has renegado de reivindicar a Filipo», pero todavía no hay ninguna prueba de que esta queja llegara a justificarse. Cuatro siglos más tarde, podía citarse una carta que supuestamente había escrito Alejandro a los atenienses para tratar sobre el tema más polémico de la política ateniense del momento, en la que se dice que Alejandro se refirió a Filipo como «aquel al que llamaban su padre». Entre tanta correspondencia ficticia atribuida a Alejandro, esta carta no puede considerarse digna de confianza, sobre todo por tratarse de un tema tan emotivo, y hay poderosas razones para

rechazarla como propaganda ateniense elaborada con posterioridad. Es más revelador que, después de la muerte de Alejandro, sus sucesores persuadieran rápidamente al ejército de que uno de sus últimos planes habría sido construir una pirámide gigantesca en Macedonia en honor de Filipo. Estos planes quizá fueron falsificados por los oficiales para garantizar su rechazo, pero todavía tenían que parecerles verosímiles a los soldados; el plan relativo a la pirámide es una prueba de que las dos caras de la visión que Alejandro tenía de su padre gozaban de amplia credibilidad entre muchos hombres corrientes al final de su vida. Podía creerse que honraba a Filipo con generosidad, pues no había ninguna prueba de que hubiera renegado de él. Pero también podía desear honrarlo a la manera egipcia, con una pirámide «tan grande como la del faraón Keops»; en Egipto, por tanto, la gente eran, conscientes, de que Alejandro, el faraón, había encontrado un padre más verdadero que podía influir incluso en los honores rendidos a Filipo. El plan para la construcción de la pirámide prueba lo que los soldados creían de Alejandro, no lo que Alejandro creía de sí mismo. Pero Alejandro pronto iría más allá de los logros de Filipo y, cuanto más lejos fuera, más debería reclamar para él la protección especial de Zeus Amón.

Mientras tanto, la leyenda creció con rapidez en torno a este tema, llegando incluso a decirse que Zeus Amón había visitado a Olimpia para engendrar a su hijo; algunos decían que lo había hecho disfrazado como el último faraón de Egipto, otros como su serpiente de compañía, e incluso estas absurdidades llegaron a convertirse en un tema importante para el futuro. En Roma, por ejemplo, cien años después, los contemporáneos dijeron que Escipión, el conquistador de Cartago, había sido concebido por medio de una serpiente porque se pensaba que su gloria rivalizaba con la de Alejandro, mientras que circularon rumores similares en relación con Aristómenes, un héroe de la libertad frente a Esparta en la Grecia meridional, y también en relación con el futuro emperador Augusto tras ser adoptado por Julio César, un rival pasajero, a su vez, de Alejandro. No sería la última vez que un mito sobre la realeza de Alejandro perduraría durante más de tres siglos como un estímulo y un modelo para los hombres ambiciosos, pero el propio mito volvía la mirada hacia el mundo homérico.

Semejante habilidad para inspirar este tipo de temas de carácter personal y de ratificarlos para el futuro a través de sus propios logros es lo que proporciona a Alejandro su impresionante atractivo. La visita a Siwa no fue calculada en relación con el resultado a que dio lugar; fue hermética y caprichosa, pero su conclusión constituye quizás el rasgo más importante en la búsqueda de su personalidad. «Zeus —se creyó posteriormente que había dicho Alejandro— es el padre común de los hombres, pero hace suyos a los mejores de una manera particular»; como muchos emperadores romanos después de él, Alejandro llegaría a creer que estaba protegido por un dios como si fuera su propio «compañero» divino, no como un amigo de dios,

a la manera de los paganos destacados de la antigüedad romana tardía, ni como un esclavo de dios, en la frase más lúgubre de los cristianos que los reemplazaron, sino como un hijo de dios, una creencia que se ajustaba de manera convincente a su propia actitud homérica, en cuya obra favorita, la *Ilíada*, los hijos de Zeus todavía luchaban y morían bajo la mirada celestial de su padre.

Alejandro no pretendía que la verdad sobre su visita a Siwa fuera conocida por todos, y por esta razón es imposible estar seguros exactamente de cómo se confirmó la visión que difundió de sí mismo. Sólo el resultado es seguro, y puesto que dejó el oráculo poniendo rumbo a Menfis por un camino de caravanas distinto a través del desierto, sería un error explicar su consulta como decepción o calculada arrogancia. Es demasiado fácil racionalizar una época que expresa sus necesidades humanas de maneras distintas a la nuestra, y, en cuanto a la arrogancia, extendida por los romanos y ampliada desde entonces, es un cargo que también puede refutarse. La historia de Zeus Amón y Alejandro habría de tener una larga duración, y sólo finalizaría mediante el uso de la fuerza.

Casi novecientos años después, en 529 d.C., los habitantes nativos de un pequeño oasis cerca de Siwa todavía adoraban a Alejandro y a Zeus Amón, pese a que el cristianismo ya se había convertido en la religión reconocida del Imperio durante los últimos doscientos años. El emperador romano Justiniano consideró adecuado intervenir y prohibir esta mala práctica, poniendo fin, al parecer, a la historia de la jactancia de un joven imprudente. Sin embargo, el mismo mito había conducido a los macedonios a la India y a las fronteras orientales del mundo, y ahí permanecía firmemente instalado, donde por primera vez se hizo público, como un foco de lealtad para los siglos sucesivos en un mundo que cambiaba con rapidez. Cuando millones de personas, ahora como entonces, todavía depositan su fe en un ulterior hijo de dios, no corresponde al historiador explicar la creencia que ayudó a Alejandro a seguir adelante. Más bien resulta saludable recordar que la reivindicación de haber sido el hijo engendrado de un dios ya se había formulado antes, que fue secundada por los Compañeros y que finalizó, al parecer, en los abucheos de unos amotinados embargados por la ira.

15. EL AVANCE HACIA ORIENTE

Desde Amón hasta Menfis, Alejandro siguió una ruta de caravanas que se dirigía directamente hacia el este a través de casi quinientos kilómetros de desierto, un viaje que duró dieciocho días o más, pero que no tuvo destacados contratiempos, aparte de la guía continua, en opinión de Ptolomeo, de dos serpientes parlantes. Una vez de regreso a Menfis, el nuevo hijo de Zeus se relajó, dando rienda suelta a su generosidad y su sentido del mito. Se ofreció un sacrificio al rey Zeus, el dios griego al que Alejandro creía haber visitado bajo Siwa en una forma libia, y en honor de Zeus desfiló el ejército, un preludio de la celebración de festivales literarios y más juegos atléticos. Mientras tanto llegaron los enviados de los oráculos griegos de Asia Menor y se encontraron en el ejército un hervidero de rumores acerca del misterioso peregrinaje de su rey.

En el templo de los Branquíadas, cerca de Mileto —escribió Calístenes, con una elocuencia que pretendía complacer a su patrón—, el manantial sagrado empezó a fluir de nuevo pese a que había sido abandonado por Apolo desde que su santuario fuera saqueado por el persa Jerjes ciento cincuenta años atrás. Sus mensajeros traían muchos oráculos acerca del nacimiento de Alejandro como hijo de Zeus y detalles de sus historias futuras. La sibila de Éritras, una anciana profetisa griega, también había hablado acerca de sus nobles orígenes.

El fin del sacrilegio persa, las profecías de victoria y el nacimiento divino; un año y medio más tarde, el historiador de Alejandro entrelazaría estos temas. Puede que estos enviados hubieran navegado hacia Egipto antes de que Alejandro regresara de Siwa, pero no necesitaban ser advertidos de antemano de su ascendencia divina. En cualquier caso, tenían motivos para visitarlo tras la reciente guerra naval, y además en Éritras Alejandro estaba considerando un generoso plan de construcciones. Al llegar a Menfis, los enviados quizás adaptaron su mensaje al nuevo tema del peregrinaje; en Éritras, Alejandro era adorado como un dios, presumiblemente desde poco después de haber liberado la ciudad, por lo que era algo natural complacerlo con el nombre de Zeus.

Tras haber recibido novecientos hombres de refuerzo de Antípatro, que tal vez ya temía por la seguridad de Tracia y la Grecia meridional, Alejandro organizó la administración de Egipto. Puede que la lista que se ha conservado sea incompleta, pero su lectura resulta muy interesante. Al igual que bajo los persas y los faraones nativos, el país se dividió en dos, probablemente entre el Alto y Bajo Egipto. No se nombró a ningún sátrapa, quizá porque el título persa resultaba ofensivo, pero se eligieron dos nomarcas, y, si el título es oficial, tenía muchos precedentes entre los persas y los nativos. Uno de los nomarcas, Petisis, tenía un célebre nombre egipcio y

probablemente pertenecía a la más alta aristocracia nativa del Bajo Egipto, un área cuya otra famosa y noble familia ya había sido rehabilitada por Alejandro; el otro, Doloaspis, tenía un nombre iranio y gobernaría probablemente el Alto Egipto, o el Egipto meridional, donde sin duda anteriormente ya había ocupado un cargo. Sus deberes incluían la justicia local, así como la administración, pero puesto que ambos eran orientales se puso a un general macedonio en cada una de las mitades del país. Como antes, se dejó a un almirante con una pequeña flota en el delta del Nilo; los dos centros urbanos de Menfis y Pelusio fueron guarnecidos con mercenarios, unos cuantos Compañeros y varios comandantes, incluyendo un oficial procedente de una zona atrasada de Grecia al que se le concedió un secretario, quizá porque era analfabeto. A Libia, hasta donde Alejandro entró, se le asignó un gobernador de distrito, pues se trataba de la tierra al este de Menfis en la que vivían los árabes. Como era habitual en el Imperio de Alejandro, estos comandantes hicieron poco para transformar el modelo que habían heredado del gobierno persa.

Maravillándose por el tamaño y la fortaleza del país, se dice que Alejandro no quería que lo controlase un solo hombre. Y, sin embargo, el nativo Petisis rechazó el cargo de nomarca, quizá porque el dominio militar y financiero se favorecieron en detrimento suyo; se decía que se dejó a Doloaspis como único oficial supremo, mientras que en el Bajo Egipto había un oficial griego con el ingenio y el poder necesarios para gobernar, por todo excepto por el nombre. El griego Cleómenes había vivido en Náucratis, en el Delta, antes de la invasión de Alejandro; era un hombre brusco y estaba bien acomodado en su nuevo oficio como recaudador de impuestos de Alejandro en Egipto y Libia. Era un trabajo de una dificultad peculiar. La economía egipcia siempre había circulado en especie, no en dinero, y desde que los faraones perdieron las minas de oro de Nubia no existía ninguna fuente local de metales preciosos para acuñar monedas. Sin embargo, el alquiler de barcos y ejércitos mercenarios habían conllevado la necesidad de disponer de dinero, e incluso, antes de Alejandro, el faraón Teos confió sus finanzas militares a un experimentado general ateniense que gravó con lingotes las contribuciones de los sacerdotes de los templos y de los nobles, es decir, los únicos que los poseían, y los convirtió en monedas para pagar a las tropas. Cleómenes era consciente de esta tradición empresarial griega; sus órdenes fueron recaudar los impuestos de Egipto sin interferir en los poderes del nomarca, y, puesto que tenía que fabricar monedas para la flota, las guarniciones mercenarias y la construcción de Alejandría, que él supervisaba, empezó a imponer el mismo tipo de impuestos que su predecesor ateniense. Sus poderes financieros le hicieron el único señor de Egipto, aun cuando no se lo denominara sátrapa; Cleómenes acuñó sus propias monedas y también pudo haber preparado el sistema de monopolios estatales con el cual sus sucesores, los Ptolomeos, llevaron finalmente a Egipto a adoptar una economía centralizada. Por supuesto, sus oficiales no eran más

filántropos que el resto de los que gobernaron Egipto en la antigüedad.

La intromisión financiera nunca fue del agrado de los templos, pero Alejandro, con diligencia, tuvo en consideración sus sentimientos. Una de las responsabilidades de un faraón virtuoso, en opinión de la clase sacerdotal, era restaurar y adornar los antiguos templos del campo, y fue un gesto determinante en atención a sus deseos que Alejandro ordenase la construcción de un nuevo recinto en dos antiguos templos del dios egipcio Amún. Además, cada uno de los proyectos se hacía en honor de unos faraones que habían muerto más de mil años atrás, pero que eran venerados como modelos perfectos de gobierno sacerdotal. Estos honores fueron bien escogidos, pero Egipto tenía que reconciliarse con el faraón extranjero a su propio modo, y lo hizo, como muchas otras veces, a través de un mito del pasado.

El último faraón nativo, Nectanebo II, había huido hacia el sur para escapar de los invasores persas doce años antes de la llegada de Alejandro, pero, al igual que Harold de Inglaterra o Federico Barbarroja, se creía que debía regresar bajo la forma de un hombre joven para compensar el fracaso de la guerra, del que de todos modos se culpaba a la magia o la ira de los dioses. La liberación de Alejandro dio pie a este renovado interés por el tema; el nuevo faraón, aunque no fuera el propio Nectanebo, era al menos lo bastante joven como para ser su hijo, y en vida de Alejandro, o muy poco después, se dijo que cuando Nectanebo desapareció se dirigió a Pela, donde convenció a Olimpia para que hiciera el amor con él impresionándola con su dominio de la astrología y, de acuerdo con una versión posterior, disfrazándose con las ropas de Amón para parecerse al padre divino de Alejandro. Si Alejandro podía ser adoptado, también podía ser menospreciado. Como reacción al dominio persa, los egipcios ya habían idealizado a un faraón anterior llamado Sesostris e inventado una carrera de conquistas en la que éste copiaba y superaba las hazañas del persa Darío I. Cuando Alejandro fijó un nuevo nivel de éxitos, incluso Sesostris tuvo que ponerse al día para aventajarlo; era amable con aquellos a quienes conquistaba, hacía más prisioneros que ningún otro rey y, a diferencia de Alejandro, medía «más de dos metros». Tras nueve años de marcha, como su rival, también se afirmaba que había muerto a la edad de treinta y tres años, no debido a la bebida o el veneno, sino suicidándose, un final que superaba los rumores de la muerte de Alejandro.

Antes de que Alejandro pudiera violar la sagrada ley de los sacerdotes, dejó Menfis a principios de mayo de 331 y construyó un puente en el Nilo a su regreso a Fenicia. Mientras iba en barca por el Nilo, sucedió una catástrofe. El joven hijo de Parmenión, Héctor, cayó al agua y estuvo a punto de morir ahogado debido al peso de sus ropas; al llegar a la orilla el muchacho murió, con gran pesar de Alejandro, quien ordenó que fuera enterrado con magnificencia. Correspondería al emperador romano Juliano, siete siglos después, acusar a Alejandro del asesinato del muchacho; las conjeturas maliciosas para desacreditar a Alejandro no son sólo una moda moderna.

Ptolomeo también dijo, quizá acertadamente, que Filotas, hijo de Parmenión, era sospechoso de una conspiración en Egipto, y este «complot» pudo haber estado relacionado con el ahogamiento de su hermano. No se emprendió ninguna acción contra él y, cuando dejó Menfis, volvería a dar pruebas de sus métodos con los rebeldes.

Una razón para su rápida partida de Egipto fueron las noticias de una revuelta invernal al norte, en Salmaría. Durante el asedio de Gaza, tanto el gobernador persa de Samaria como sus soldados se rindieron; muy poco tiempo después murió, y se puso en su lugar a un macedonio, pero sólo para que los nativos lo quemaran vivo mientras Alejandro estaba en Egipto. La respuesta de Alejandro fue contundente. Destruyó las principales ciudades de Samaria y ejecutó a todos los líderes rebeldes que cayeron en sus manos; el resto fueron localizados y ejecutados en sus guaridas en el desierto, donde permanecieron los cuerpos, los sellos y los documentos hasta ser hallados en un reciente descubrimiento. El método de Alejandro con los rebeldes, el único que tenía, era implacable, y los hallazgos en las cuevas de Wadi Dalayeh constituyen un duro recordatorio de lo que significaba cruzarse en el camino de un hijo de Zeus.

La ruina de los samaritanos complació a los judíos, y probablemente sea cierto que, cuando Alejandro reasentó Samaria, dio una parte a los judíos a modo de regalo libre de impuestos. Hubo mucha conmoción en Jerusalén porque el gobernador persa de Samaria se había casado recientemente con la hija del sumo sacerdote; ahora ambos pueblos estaban divididos y la ruina de Samaria debió de haber acelerado el establecimiento de un templo samaritano rival en las cercanías del monte Gerizim. Aunque Alejandro sin duda se reunió con los líderes judíos, la historia de que hizo una reverencia ante el sumo sacerdote es obviamente una leyenda judía. A Pérdicas se le ordenó probablemente que asentara a los veteranos macedonios en Jerash y otros lugares cercanos; serían los primeros de los muchos colonos que posteriormente convertirían la región en una segunda Macedonia.

Desde Samaria, Alejandro siguió su camino hasta los restos de Tiro, donde fue recibido por su flota levantina. Eso fue a mediados de mayo, pero en Tiro Alejandro se entretuvo hasta finales de julio; sin embargo, esta inactividad tenía sentido. Hasta que Darío no hubiese reunido un gran ejército procedente de todas las provincias orientales, Alejandro no atacaría el interior; no quería otro Isos, sino un combate decisivo que resolviera el dominio de Asia en una victoria total sobre todas las tropas del Imperio. Como la «conquista» de la flota persa por tierra, también esta audaz estrategia estaba bien concebida. Si Darío hubiese rechazado este desafío, habría conservado ciudades como Babilonia o Hamadán en el centro de su Imperio y habría agotado a Alejandro con un asedio tras otro, quemando los suministros de alimentos allí donde fuera posible. Puede que Alejandro ya hubiese oído que Darío estaba

reuniendo todo un ejército imperial; de no ser así, no tenía nada que perder con el retraso, creyendo de forma acertada que el Gran Rey caería finalmente en la tentación de una gran batalla campal. El único error sería marchar tierra adentro contra un enemigo evanescente, y Alejandro era demasiado inteligente como estratega para hacer esto.

Como esperaba, el peligro se estaba preparando tras él y ante él. Durante los últimos quince meses, había sido consciente del malestar reinante en el sur de Grecia, inspirado por Esparta y su infatigable rey Agis, pero hasta entonces no había tomado a Agis más seriamente que los almirantes persas que habían negociado con él. Desde que desembarcó en Asia, Alejandro había sacado once mil soldados frescos de los Balcanes y, en fechas recientes, había ordenado la formación de otro gran contingente, muchos de cuyos soldados serían reclutados en el sur de Grecia. Quizá fueron las noticias de esta cuarta conscripción lo que finalmente alentó a Agis a la rebelión abierta; había regresado de sus victorias en Creta con una pequeña banda de mercenarios; los supervivientes griegos de Isos estaban con él y, con su acostumbrado escaso sentido de la oportunidad, la asamblea espartana votó evidentemente por la guerra.

Desde Tiro, Alejandro tomó las medidas necesarias. Envió un centenar de barcos chipriotas y fenicios a Creta para desbaratar los esfuerzos de Agis y limpiar el mar de la plaga de piratas, mientras que uno de sus probados almirantes navegaría a Grecia y «ayudaría a los griegos del Peloponeso, a aquellos en quien pudiera confiarse de cara a la guerra persa y que estuvieran haciendo caso omiso de los espartanos». Mediante esta única orden, Alejandro fue directo al corazón del asunto, comprobando que muchos griegos odiaban el pasado de Esparta lo suficiente como para no brindar a los espartanos ninguna ayuda. Con Isos derrotado y la flota persa disuelta, la rebelión abierta se había producido un año tarde, y un número muy superior de griegos se unirían a Antípatro en vez de a Agis cuando fueran a una batalla campal.

Por medio de la diplomacia, Alejandro consolidó su dominio de la situación. Durante la guerra naval, las bases marítimas estratégicas de Quíos y Rodas habían sido reforzadas con guarniciones; ahora se quejaban, y se ordenó que las guarniciones se retiraran. La leal Mitilene había desafiado a la armada persa durante más tiempo que ninguna otra ciudad de Lesbos, y por tanto se le reembolsaron los costes de su resistencia y se le concedió una tierra vecina. Una vez más, llegaron enviados de Atenas para suplicar por la liberación de los prisioneros atenienses y, en esta ocasión, Atenas añadió una de sus galeras solemnes a la flotilla de embajadores como una prueba especial de su buena fe. Fue entonces cuando se envió al ateniense Aquiles para complacer a su homónimo rival. Complacido con el nombre, Alejandro liberó a los prisioneros, pero atenuó sus favores con discreción, manteniendo a las tripulaciones de los veinte barcos de guerra atenienses como rehenes y, por tanto,

forzando a Atenas a rechazar las llamadas de ayuda de Agis. Atenas todavía temía por las vidas de unos cuatro mil ciudadanos que seguían en poder de Alejandro y se creía, correctamente, que una llamada de Esparta para liberar a los griegos suscitaría el suficiente recelo como para que llegase a triunfar.

Estos favores fueron retribuidos como correspondía al clima del momento. En Atenas, se sabe que la segunda de las naves solemnes cambió de nombre y que de *Salaminia* pasó a llamarse *Ammonias* un año después del éxito de la embajada de la otra nave. No hay ningún precedente en el hecho de bautizar un barco con un nombre tan obviamente relacionado con un dios, y aunque quizás el barco había sido utilizado para llevar regalos de Atenas a Amón, es mucho más probable que su nuevo nombre hiciese referencia a los nuevos honores que Alejandro tributaba a Amón, noticia que había circulado por el campamento de Tiro. Con la esperanza de recibir favores futuros, las pequeñas adulaciones valían la pena, pues Mitilene así lo puso de manifiesto en un clima más sincero de gratitud; en las monedas de la ciudad, Alejandro pronto fue representado llevando un casco con plumas y adornado con el cuerno de carnero, símbolo de Amón. Estas monedas son una buena prueba local del modo en que las noticias acerca de su peregrinación se difundieron y de que se sabía que era algo que a él le importaba, aunque la datación sigue siendo un tema controvertido; una vez más, su «divinidad» no se originó en sus propias exigencias o en su arrogancia, sino en la gratitud de una comunidad cívica por un notable favor público.

Convencido de que no podía hacerse nada más que fuera de utilidad en relación con Esparta, Alejandro continuó matando el tiempo en Tiro durante los meses de mayo, junio y julio. De nuevo hizo sacrificios a Melqart; cambió a los oficiales encargados de las finanzas, nombrando a dos recaudadores de impuestos para Asia occidental cuyas obligaciones han provocado desde entonces una gran discusión entre los eruditos porque no hay ninguna prueba que sea decisiva. Para Alejandro, la paciencia de su ejército constituía un problema más inmediato: hacía casi dos años que los Compañeros de a Pie no luchaban en formación o que la caballería de los compañeros no cabalgaba contra un enemigo. Del campamento llegaron noticias de que los soldados se habían dividido en dos facciones, una bajo un líder llamado Alejandro y la otra bajo un líder llamado Darío; habían empezado lanzándose terrones de tierra unos a otros, después habían pasado a los puñetazos y ahora estaban luchando con palos y piedras. Era precisamente lo que Alejandro debía de haber temido, por lo que separó a los dos bandos y ordenó que ambos líderes disputasen un duelo mientras el ejército, sentado, los contemplaba: él prepararía a Alejandro, y Filotas, el hijo de Parmenión, a Darío. Ganó Alejandro y se le concedió, en un clima de buen humor, la posesión de doce pueblos rurales y el derecho a vestir el atuendo persa; con destreza, un desastre se había convertido en un entretenimiento, y la

recompensa del vencedor fue el primer indicio de los honores orientales que Alejandro quería para sí mismo cuando el verdadero Darío muriera.

Para mantener las diversiones, Alejandro encabezó procesiones y dispuso festivales literarios y juegos atléticos. Entre los reyes de Chipre que se habían unido a su flota, el mecenazgo de la cultura griega había sido durante mucho tiempo una animada cuestión política. La música y las obras dramáticas griegas ya se habían implantado en otras partes de Chipre, y el único rey chipriota al que Alejandro sancionó era el gobernador de una ciudad portuaria fenicia de la isla que se había resistido repetidamente a la influencia de los griegos. Con un sensato conocimiento de los personajes, Alejandro invitó a los reyes chipriotas a financiar y patrocinar un festival de las artes. Con la apasionada extravagancia que durante mucho tiempo distinguió la historia de Chipre, compitieron en la producción de las obras y recitales más magníficos; los coros cantaron ditirambos griegos y los actores griegos más famosos representaron tragedias, y aunque Alejandro se sintió decepcionado porque su amigo Tésalo no ganó el primer premio, debió de sentirse complacido con el entretenimiento que suponía para sus hombres. Varios reyes y nobles chipriotas lo acompañaron en su marcha a la India, y uno de ellos sería distinguido como el más capaz de sus gobernadores en una provincia de Irán; no sería ésta la última vez que los chipriotas ayudaran a Alejandro. Mientras tanto, él posiblemente le estuvo dando muchas vueltas a dos problemas de capital importancia.

El primero eran los suministros. Los refuerzos de los Balcanes y el reclutamiento de nativos y prisioneros había compensado más o menos todas las pérdidas y la provisión de guarniciones locales; la proporción de la caballería respecto a la infantería había aumentado porque los soldados de infantería estaban más expuestos a las heridas y las enfermedades, y por tanto había unos cuatro mil hombres de infantería y siete mil de caballería en disposición de marchar a través del desierto hacia el Éufrates, un viaje de tres días para el cual se estimó la cifra de dos mil carretas de suministros, dado que el ejército no podía vivir totalmente de la tierra. Puede que los cereales aportados por los nativos se encontraran apilados a lo largo de la carretera, mientras que al otro lado del río había que elegir entre dos rutas, ambas famosas por su fertilidad, y la posibilidad de retomar el Camino Real, donde las casas de posta guardaban suficientes provisiones para satisfacer, al menos, a los oficiales. En cualquier caso, los suministros en grandes cantidades debían prepararse de antemano. En los alrededores de Tiro había abundancia de madera para las carretas, mientras que los bueyes y los camellos podían ser requisados a los nativos, pero constituía una prueba de las inquietudes de Alejandro el hecho de que, antes de partir, hubiese «destituido al sátrapa de Siria por no proporcionar su cuota de suministros». Sin embargo, estas provisiones dependían de un problema más amplio: ¿cuándo debería marchar hacia el interior y cómo podría estar seguro de que Darío estaría

preparado para la necesaria batalla campal?

La única debilidad palmaria en el ejército de Alejandro era la falta de un adecuado servicio de información de vanguardia, y los exploradores a caballo no eran suficientes para cubrirlo. El ejército de Darío se encontraba a más de mil kilómetros al este en Babilonia, una ciudad que ninguno de los oficiales de Alejandro había visto; aunque Darío fuera a revelar sus intenciones cuando estuviese listo para la batalla, Alejandro podría encontrarse muy bien marchando hacia el interior sin esperanzas de librar la contienda campal que quería. Pero Darío tenía motivos para anunciar sus planes. Una vez que hubiese reunido a su gigantesco ejército no desearía quedarse a esperar en las llanuras de Babilonia, aunque estuvieran ricamente abastecidas, pues pronto se vería afectado por el aburrimiento y la indisciplina. En los confusos informes sobre las ofertas de paz de Darío, se registra una, tercera y última, hecha mientras Alejandro estaba demorándose en Tiro; apenas cabe duda de que es falsa, pero es probable que Darío enviara un mensaje, no de paz sino de su disposición para la batalla, y que, por tanto, influyera en la fecha para obtener ventaja. Alejandro actuó de inmediato y se vio forzado a dejar Tiro en un momento en que ello no era del todo conveniente; los últimos refuerzos de los Balcanes, reunidos durante el invierno anterior, no habían llegado todavía, aunque probablemente habían partido por carretera hacia Asia. Unos quince mil hombres iban a quedarse atrapados entre Asia y Europa, incapaces de ayudar a Alejandro contra Darío o a Antípatro contra el rey espartano Agis en las dos batallas campales que estaban a punto de tener lugar.

A mediados de julio, Alejandro mandó que Hefestión se adelantara para construir en dos lugares distintos sendos puentes sobre las caudalosas aguas del Éufrates y para que se dispusiera a seguir en cuanto los carpinteros y los ingenieros hubiesen hecho su trabajo. Para Darío no podía haber sorpresas, probado como está que su planificación era competente. Alejandro se vio obligado a construir un puente sobre el Éufrates en el punto habitual de Tápsaco. Después tenía para elegir dos caminos diferentes: podía girar a la derecha y seguir el Éufrates en dirección sureste hasta Babilonia, siguiendo los pasos de Jenofonte a lo largo de un valle bien abastecido pero surcado por canales en los que se podían construir presas contra los invasores; o bien podía ir al norte desde el Éufrates y entonces pasar a la derecha para bordear los montes de Armenia, cruzar la frontera más distante del río Tigris y después girar al sur, dirigiéndose a Babilonia por el Camino Real. Era impensable que intentara marchar a través del desierto virgen que había en el ángulo comprendido entre estas dos rutas; Alejandro estaba constreñido a tomar una de ellas, pero hasta que Darío no supiese cuál no podría elegir su campo de batalla. La que serpenteaba a lo largo del Tigris, al norte, era más larga y arriesgada, pues implicaba cruzar la rápida corriente del río; la manera de forzar a Alejandro a seguir esta ruta era devastar la única

alternativa que le quedaba. Entonces no habría ninguna duda de que la batalla se libraría al norte de Babilonia, un lugar que estaba convenientemente cerca de la carretera principal desde las satrapías superiores. Por tanto, Darío envió a Maceo, su sátrapa más experimentado, para que esperase en el Éufrates con tres mil jinetes, muchos de ellos griegos mercenarios, e incendiase la ruta del valle del sureste, pues Alejandro avanzaba hacia el río. Al ver la destrucción, Alejandro se vería obligado a dar la vuelta hacia el norte por el bien de los estómagos de su ejército, con lo cual Maceo podría regresar al ejército principal tras haber determinado el lugar de la batalla.

El sátrapa Maceo partió como se le había ordenado; era un hombre que probablemente rondaba los sesenta años y que gozaba de una alta consideración debido a su pasado. Durante treinta años, había gobernado una satrapía en el oeste, primero en Cilicia y después como sátrapa supremo de Fenicia, Cilicia y «Siria, más allá del Éufrates y del lado de acá»; en su nueva misión, su experiencia local había de serle de gran utilidad. Es probable que tuviera parientes en Babilonia y posiblemente incluso sabía hablar griego, pues dos tercios de su grupo de avance eran mercenarios griegos, y las monedas que acuñó como sátrapa habían mostrado con holgura la influencia de Grecia; ciertamente, conocía el obvio punto-puente del río Éufrates, la ciudad de Tápsaco, probablemente en la curva del río en Meskene; antes de que Hefestión pudiera organizar sus dos puentes artificiales para que Alejandro cruzara, Maceo ya había tomado posición en la otra orilla. Por tanto, el sátrapa y el favorito real se vieron las caras durante varios días; Hefestión no se atrevía a terminar los puentes por miedo a que Maceo los destrozase, y Maceo esperaba ser testigo de la llegada de Alejandro desde Tiro a través del desierto. Cuando Alejandro llegó, Maceo hizo que sus jinetes dieran la vuelta y desaparecieran para ir a quemar el valle del Éufrates, como se le había ordenado, bloqueando así el avance de Alejandro en esa dirección. Había cumplido plenamente su misión, pero hay margen para algunas conjeturas. Dos mil griegos habían aguardado con él en una orilla del río, en la otra orilla, varios miles más veían con inquietud el retraso que estaba provocando. Como cabe esperar, ambas tropas se gritarían unas a otras en la lengua que compartían. Hefestión, quizás, ofreció promesas, y puede que incluso los dos comandantes intercambiasen mensajes en el momento en que Alejandro llegó. De algún modo, el más significativo de estos mensajes fue oído por Maceo. Éste iba a dirigir toda el ala derecha en la batalla que tendría lugar al norte de Babilonia, y ninguna sección se comportó de un modo más inexplicable que la derecha persa, que dio al traste con una victoria aparentemente certera y huyó del campo de batalla, donde había sido rodeada. Maceo fue con ellos a Babilonia, donde, una semana más tarde o poco después, fue rehabilitado como gobernador y conservó el derecho a acuñar sus propias monedas de plata. Es concebible que la batalla de Gaugamela se ganara en

parte en las orillas del Éufrates y que la rehabilitación de Maceo no fuera tanto un signo de magnanimidad como una recompensa previamente pactada.

En ausencia de Maceo, Alejandro terminó los dos puentes y los amarró el uno al otro con cadenas de hierro, algunas de las cuales todavía se conservaban en el lugar cuatrocientos años más tarde, oxidadas pero presumiblemente auténticas. Una vez cruzado el río, tomó la única ruta que no había sido incendiada, como Darío había pensado, «manteniendo el Éufrates y las montañas armenias a su derecha y marchando hacia el norte, porque todo ello era más conveniente para su ejército; los caballos podrían encontrar forraje, los alimentos podrían sacarse de la tierra y el calor no era tan abrasador». Alejandro probablemente disponía de guías locales para ayudarlo, pues ningún manual griego había descrito su ruta. Al pie de las montañas armenias, pasó al este y siguió la desgastada carretera del río Tigris, deteniéndose cada vez que se necesitaban más suministros. Mientras tanto, en Armenia, el encargado griego de realizar prospecciones oyó hablar de las ricas minas de oro de los nativos.

Desde el Éufrates hasta el Tigris había algo menos de quinientos kilómetros, contados en pasos, como era habitual, por los agrimensores macedonios, pero Alejandro se entretuvo de cinco a siete semanas en un viaje que podría haber hecho en quince días. En el camino, capturó a espías del ejército persa que le contaron que «Darío estaba acampado en el río Tigris, con la intención de detenerlo si lo cruzaba. Su ejército era mucho mayor que el que tenía en Isos». Sólo entonces Alejandro se apresuró a avanzar. Cuando llegó al Tigris no encontró a Darío, por lo que los macedonios pudieron cruzarlo sin hallar oposición; la infantería vadeó la impetuosa corriente, y la caballería se alineó a cada lado de la infantería para frenar la fuerza arrolladora del agua que les llegaba por encima de la cintura. En la otra orilla, Alejandro dejó descansar al ejército, permitiéndole que se alimentara a costa de la fértil campiña; el 20 de septiembre hubo un eclipse de luna, y Alejandro hizo sacrificios al Sol, a la Luna y a la Tierra, demostrando que conocía la causa natural del portento. Todavía era posible creer que estas causas naturales eran por sí mismas los efectos de un augurio, y los profetas y los videntes estuvieron de acuerdo en predecir que la batalla se libraría durante aquella luna y que se había anunciado el propio eclipse de Persia.

La seguridad y parsimonia de Alejandro al cruzar el Tigris parecen demasiado afortunadas para ser creíbles. Al cruzar el mismo río, setecientos años más tarde, el emperador romano Juliano encontró en la orilla opuesta la resistencia de toda la caballería persa, mientras que la campiña que tenía a sus espaldas había sido incendiada tan a conciencia que su ejército no podía retirarse sin correr el riesgo de una hambruna; por otro lado, delante de él la corriente del río fluía tan rápida como una flecha, de manera que tuvo que destruir sus numerosos barcos, sabiendo que

nunca podrían superarla. Alejandro cruzó por el vado idóneo, el moderno Abu Dhahir, donde el propio Camino Real de los persas atravesaba el río y conducía al sureste, a Gaugamela y Arbela, el eventual lugar de la batalla contra Darío. Sus movimientos habían sido predecibles desde el principio hasta el final, pues sólo había dos rutas que condujeran al Tigris, y una ya había sido incendiada; los espías incluso le habían advertido de la oposición que hallaría en el Tigris y, tras disponer de un mes para maniobrar, Darío lo había dejado provisto de alimentos y con un paso libre.

El ritmo de los acontecimientos, por sí solo, no puede excusar al Gran Rey. Quizá se demoró de manera imprudente en su cuartel general hasta que Maceo regresó galopando del Éufrates, a unos novecientos cincuenta kilómetros de distancia, con las noticias de que Alejandro, en efecto, había girado hacia el norte como se esperaba; quizá su cuartel general se encontraba en un lugar tan al sur como Babilonia. Pero incluso entonces, en la segunda mitad de agosto, pasaron tres semanas o más antes de que Alejandro alcanzara el Tigris, tiempo suficiente para que una gran fuerza de caballería se apresurara a recorrer, como máximo, unos seiscientos cuarenta kilómetros y ocupar el cruce del Camino Real, de los cuatro vados posibles el que obviamente elegiría Alejandro. Los jinetes, como descubriría Juliano, podían defender el río con la ayuda de la corriente, y la grave devastación mataría de hambre a cualquier enemigo en la retirada. Parece ser que el plan se había discutido, pues cuando los exploradores de Darío fueron capturados advirtieron a Alejandro de los planes de resistencia en el Tigris; asimismo, como harían los auténticos espías, puede que sólo inventaran el plan para defraudar a su captor, pero tres días más tarde, en la otra orilla, una pequeña fuerza de caballería apareció e intentó incendiar las pilas de grano. Quizá Darío vaciló y después les ordenó ir al norte del río cuando ya era demasiado tarde; de haberse aplicado con rapidez, el plan habría funcionado, como funcionó el del rey Sapor contra los romanos de Juliano en la misma zona. En este punto, al menos, no había excusa: Darío había sido estúpido, además de lento.

Sin embargo, es más fácil detectarla estupidez cuando se conocen los acontecimientos que siguieron. En ese momento, la aparente locura de Darío era un indicio de su estado de ánimo, ese elemento imponderable que la historia ha tendido a olvidar. Para un Rey de Reyes, elegido por Ahura Mazda y apoyado por un ejército que posteriormente los vencedores cifrarían en un millón de soldados, los cuarenta y siete mil soldados de Alejandro estaban pidiendo ser aplastados. En Isos, el terreno y los dioses habían sido desfavorables, pero en el lugar escogido de Gaugamela, a ciento veinte kilómetros al sureste del paso del Tigris, el campo de batalla se había alisado para usar las armas tradicionales del Imperio, la caballería y los carros con hoces, que el sistema feudal del ejército seguía manteniendo. Hircanos del Caspio, indios del Punjab, medos del centro del Imperio y escitas aliados del otro lado del Oxo; esta caballería tribal de los pueblos de las satrapías superiores compensaba la

disminución de la infantería griega mercenaria a causa de las pérdidas y las deserciones, que ahora ascendía meramente a cuatro mil leales. Cuando éstos y muchos otros estaban esperando, siendo al menos cinco veces más numerosos que el enemigo, ¿qué necesidad había de provocar la devastación o de realizar una inquietante división de las tropas? Podrían simplemente haber disuadido a Alejandro de avanzar contra un enemigo mucho más numeroso de lo que él creía. En Gaugamela, el campo escogido por el rey, se había preparado el terreno, y en la retaguardia de Alejandro había un río que dificultaría su retirada. Pero si bien Alejandro subestimó las cifras de los persas, Darío subestimó el genio militar de su oponente.

Actualmente disponemos de una pista excepcional que explica las consecuencias de este malentendido. Al margen de la tradición griega, tenemos los fragmentos de una «crónica» diaria, que incluye signos astronómicos, recopilada en escritura cuneiforme por un escriba babilonio. Un fragmento del 18 de septiembre cuenta que «se desató el pánico en el campamento ante el rey (persa)», seguramente al saberse la noticia de que Alejandro había cruzado el Tigris.

En la tarde del 21 de septiembre, el día después del eclipse, Alejandro levantó el campamento y marchó más allá del Tigris a través de la campiña que sus guías llamaban Aturia, transcribiendo su nombre arameo al griego. La ruta seguía la línea bien definida del Camino Real; a su derecha, fluía el río; a su izquierda, se alzaban las montañas del Kurdistán que bordeaban las tierras de los medos; ante él galopaban los exploradores a caballo buscando infatigablemente al enemigo. Durante tres días completos, recorrieron el sureste y exploraron cien kilómetros sin encontrar ninguna señal, pero al alba del 25 de septiembre regresaron en tropel informando que el ejército en marcha de Darío había sido avistado. Una vez más, se trataba de un fallo del servicio de inteligencia, pues tras una mirada más atenta el «ejército» se convirtió en un millar de jinetes que habían sido destacados para incendiar todos los graneros. Llegaron demasiado tarde para defender el Tigris y, antes de que sus teas causaran mucho más daño, fueron derrotados por Alejandro y sus lanceros a caballo en una típica carga rápida y enérgica. Se hicieron prisioneros y esto puso las cosas en su sitio, pues advirtieron a Alejandro de que «Darío no se encontraba lejos, con un gran contingente». La tarde del 25, Alejandro ordenó hacer un alto en el camino para valorar la situación. Tuvieron que excavar una zanja, colocar a su alrededor una empalizada y organizar un campamento base para el séquito con el equipaje y el personal no militar.

Alejandro permaneció en este campamento, a una distancia de poco más de diez kilómetros del enemigo, durante los cuatro días siguientes, en modo alguno preocupado por la falta de suministros. Sin duda era el momento de comprobar el estado físico de los caballos y de sacar brillo a la madera y la cuchilla de las sarisas,

pero cuando llegó la noche del 29 de septiembre, Alejandro finalmente formó a su ejército en orden de batalla y lo puso en marcha poco antes de la medianoche, sin duda con la idea de sorprender a Darío al amanecer. Alejandro ya había sido visto desde los montes que había ante él, quizá por Maceo y una pequeña fuerza de vanguardia, pero él no se dio cuenta de ello. A unos seis kilómetros y medio de donde se encontraban las líneas de Darío, Alejandro remontó la cadena que domina la llanura al norte de Jebel Maqlub; contempló la población de Gaugamela en primer plano y el Tell Gomel o «joroba del camello» junto a ella, de donde el lugar toma su nombre. En este punto, hizo que la vanguardia de su ejército se detuviera y reunió a todos sus comandantes para celebrar un improvisado consejo de guerra. Nadie ha dado explicaciones de esta acción, pero es obvio que, en el último momento, los planes para atacar lo habían preocupado. Muchos de los presentes en la reunión le aconsejaron que marchase directo hacia adelante, pero Parmenión sugirió que lo más adecuado era acampar e inspeccionar las unidades del enemigo y el terreno, para comprobar si había obstáculos ocultos, como estacas y zanjas. Por una vez, se dice que el consejo de Parmenión prevaleció, quizá porque era auténtico, y se ordenó que los hombres acamparan manteniendo su orden de batalla.

No es difícil encontrar razones que justifiquen la vacilación de Alejandro; aunque eso no quiere decir que esas razones sean verdaderas. Sin duda, había esperado sorprender a su enemigo al amanecer, sólo para comprobar desde la cima en la que se encontraba que las tropas ya estaban sobre aviso y alineadas para la batalla; posiblemente nunca hasta ese momento se había dado cuenta del sobrecogedor despliegue numérico que Darío podía disponer en el campo de batalla. Sin el elemento sorpresa, ahora había pocos motivos para apresurarse, sobre todo porque el consejo de Parmenión de efectuar un reconocimiento era sensato; había muchas cosas con las que ocupar un día más y, si esperaba, Darío pagaría cara su previsión, púes debía mantener a sus súbditos armados esperando otro día y otra noche. La batalla empezaría con una prueba de nervios, y Alejandro habría dictado sus términos.

Por todas estas razones era aconsejable realizar un alto, pero el nerviosismo actuaba quizás como un arma de doble filo, pues era una amenaza no sólo para los persas que esperaban, sino también, como posteriormente sus historiadores se resistieron a admitir, para el propio ejército macedonio. Los hombres habían marchado en la oscuridad hacia un enemigo que era muy superior a cualquiera de los que habían visto jamás, y sabían que su rey se lo jugaba todo en el futuro encuentro. Se dice que en cierto momento fueron presa de tal pánico que Alejandro tuvo que ordenar un alto para que pudieran dejar las armas en el suelo hasta que se recuperaran; la ocasión fue probablemente la noche del 29 de septiembre, cuando Alejandro hizo dejar las armas, pues los soldados, viendo cien mil hogueras delante de ellos, tenían motivos sobrados para estar aterrorizados. A la tarde siguiente,

Alejandro fue a ofrecer algunos sacrificios secretos asistido por su adivino Aristandro y, que sepamos, por primera y única vez en su vida, mató una víctima en honor del Miedo. Este misterioso gesto pudo haber sido su forma de propiciar un poder que estuvo demasiado visible la noche anterior.

Tras un día de valiosos reconocimientos, la moral de su ejército halló motivos para recuperarse. El 30 de septiembre, Alejandro tomó a un grupo de Compañeros y galopó en círculo alrededor del campo de batalla; vieron que se habían dispuesto trampas y estacas en el suelo para contener una carga de caballería, mientras que en todas partes se había nivelado el lugar para los doscientos carros escitas. Era posible detectar las líneas generales del plan de batalla de Darío, y, por una vez, lo que Alejandro podía poner en marcha era el servicio de inteligencia. Regresó al campamento y, al ver que caía la noche, se fue con el profeta Aristandro a ofrecer los necesarios sacrificios. Cuando se terminaron las ofrendas, Parmenión y los nobles compañeros de más edad fueron a reunirse con él en la tienda real. Todos a una, instaron a Alejandro a atacar bajo la protección de la noche, contando con Parmenión para ayudar a exponer el caso, pero el rey dio una réplica memorable: «Alejandro —respondió— no roba sus victorias». Tanto si la observación se hizo realmente como si sólo se trató de una adulación inventada por sus cronistas para complacer al rey, era una respuesta tan extravagante como el momento merecía. Un ataque nocturno habría comportado un riesgo confuso, por lo que era mejor renunciar a él. Alejandro, como un verdadero heleno, nunca había despreciado los ardides en interés de su ejército: ¿acaso no había salido la noche anterior en formación para atacar, si no en la oscuridad, al menos al romper el alba? Alejandro respondió con descaro para que otros pudieran oírlo o, al menos, registrarlo en su mito público; a continuación, Alejandro se dio media vuelta tras haber ordenado una marcha para la mañana siguiente, entró en su tienda y se instaló cómodamente para una noche de planes, analizando todo lo que había visto durante las primeras horas de la mañana, mientras las hogueras se consumían en el campamento del anfitrión enemigo que durante tanto tiempo había buscado.

16. LA VICTORIA DE GAUGAMELA

Absorto en sus pensamientos, Alejandro se sentó a la luz de las antorchas y reflexionó sobre las tácticas que iba a emplear con la llegada del nuevo día. Fuera de la tienda real, la medianoche llegó y marchó, pero hasta la madrugada Alejandro no se metió en la cama, donde enseguida se durmió. Había despuntado el alba del primero de octubre, pero el rey seguía durmiendo. El sol de la mañana se alzaba resplandeciente y los oficiales, según cuentan, empezaron a preocuparse, hasta que Parmenión dio algunas órdenes a las tropas y reunió a un grupo de generales para despertar a Alejandro. Lo encontraron relajado y tranquilo, y con una respuesta preparada para hacer frente a sus recriminaciones: «¿Cómo puedes dormir —le preguntaron— cuando todavía tienes que ganar la batalla?» «¿Cómo? —replicó con una sonrisa—. ¿Es que no creéis que la batalla ya está ganada, ahora que vamos a ahorrarnos tener que perseguir a Darío, que incendia su tierra y cuya lucha consiste en la retirada?».

Puede que esta historia sea descabellada, pero sin duda Alejandro se sintió aliviado de que, como durante mucho tiempo había planeado, el dominio de Asia fuera a depender de una batalla campal. La batalla, en sí misma, resultó sobrecogedora. Los informes dijeron que las cifras del enemigo eran inmensas y se situaban alrededor de un cuarto de millón de hombres como mínimo, aunque nunca pudieron ser calculadas con precisión. En una llanura abierta, sin barreras naturales para proteger los flancos, Alejandro estaba condenado a ser rodeado por la caballería del Gran Rey, millares de jinetes que procedían no sólo de las áreas del Imperio en las que se criaban caballos, de Media, Armenia e incluso, detrás de sus líneas, de Capadocia, sino también de las tribus de las satrapías superiores, de la India, Afganistán y otros lugares; algunos jinetes eran además arqueros, y todos ellos habían nacido para cabalgar, en especial los nómadas escitas, unos aliados procedentes délas estepas que se encontraban al otro lado del Oxo. Frente a ellos, cuyo número quizás ascendía a treinta mil hombres, la caballería de Alejandro apenas sumaba siete mil jinetes, y ni siquiera el armamento estaba a su favor. Muchos jinetes enemigos llevaban pesadas armaduras, una ventaja dudosa si la lucha se volvía abierta y había que moverse, pero, desde Isos, Darío había revisado las armas de ataque de su caballería y la había dotado de escudos más grandes, de espadas y unas lanzas ofensivas, que no eran jabalinas, para que las utilizaran en la línea de batalla contra los Compañeros de Alejandro. En cuanto a los jinetes que llevaban las sarisas, esta vez se encontrarían con la horma de su zapato: puede que algunos de los jinetes

escitas lucharan con una lanza que requería la utilización de ambas manos, y probablemente por este motivo Darío los colocó en el lado opuesto a la derecha de Alejandro, donde un par de años antes había podido ver a sus equivalentes macedonios en acción. Sólo la infantería de Darío era notoriamente débil, pues, aunque sus efectivos eran numerosos, los soldados no tenían la instrucción militar de los Compañeros de a Pie de Alejandro. Pero Darío no esperaba que el combate se ganase a pie.

En relación con el problema general del cerco, los exploradores informaron a Alejandro de detalles precisos que había que examinar con atención. En el centro del frente persa, donde por tradición Darío situaría su propia posición, se habían colocado unos quince elefantes indios cuyos bramidos y colmillos ahuyentarían a los jinetes y caballos macedonios si cargaban frontalmente, puesto que hasta entonces los caballos nunca habían visto u olido a los elefantes. A cierta distancia del frente persa, se habían clavado estacas y, en el suelo, se habían ocultado obstáculos como precaución adicional contra la caballería de Alejandro, mientras que más cerca de la línea de combate el terreno había sido nivelado para que los doscientos carros de guerra con hoces de los persas realizaran una carga de contraataque. Anteriormente, esta antigua forma de ataque había sido eludida con éxito por los griegos, pero, en las actuales circunstancias, suponía un peligro añadido. El objetivo de los carros era tanto la falange como la caballería, y, para evitarlos, la mejor opción de Alejandro era irse hacia un terreno accidentado, fuera de la zona que había sido alisada. Este terreno accidentado, aparte de obligarlo a girar para dirigirse a él, probablemente desequilibraría la concentración de sarisas de su propia falange; al igual que los carros de guerra, las sarisas también eran más efectivas en terreno llano.

Hay pocos méritos más elocuentes de la inteligencia de Alejandro que el plan que urdió para anticiparse a estos peligros. Su frente básico de batalla fue el mismo que él y su padre utilizaron durante mucho tiempo: los Compañeros de a Pie, unos diez mil hombres, blandían las sarisas en el centro, mientras que el flanco derecho, sin escudos, estaba protegido por los tres mil Portadores de Escudo que, a su vez, se comunicaban con la agresiva ala derecha de la caballería de los Compañeros, guiada por el propio Alejandro y precedida por unos dos mil arqueros, honderos y lanzadores de jabalinas agríanos dispuestos para llevar a cabo una refriega de largo alcance. En el ala izquierda, el flanco protegido con escudos de los Compañeros de a Pie se unía directamente con Parmenión y la caballería griega, que libraría su acostumbrada batalla defensiva como si fuese el ancla del inclinado frente de batalla. La amenaza de verse flanqueados y cercados exigió precauciones especiales. En el extremo de cada ala, Alejandro añadió unidades mixtas de caballería pesada e infantería ligera, ocultando a los soldados de a pie entre los caballos e inclinando el conjunto en un ángulo perpendicular a su frente, ya oblicuo, para que se desplegaran hacia atrás

como alerones tras su propia caballería, que se adelantaría y protegería de algún modo los flancos y la retaguardia si estas unidades de vanguardia empezaban a ser cercadas. Si el cerco continuaba, tenían órdenes de dar la vuelta en dirección a una pendiente todavía más pronunciada, hasta situarse en los ángulos de la derecha de la línea del frente y unirse, en el extremo más alejado, a la segunda protección que Alejandro había preparado. Los hombres que la integraban permanecerían a cierta distancia, tras la retaguardia del rectángulo que formaban los Compañeros de a Pie; consistía en la infantería integrada por unos veinte mil griegos y bárbaros dispuestos en formación de reserva, que darían media vuelta si la caballería del enemigo burlaba las defensas de los flancos y aparecía al galope por la retaguardia. Esta media vuelta realizada por los reservistas transformaría al ejército de Alejandro en un rectángulo hueco, atestado de lanzas en la línea de combate, la retaguardia y los lados, y aunque había riesgos evidentes si las unidades de la retaguardia se veían forzadas a retroceder hasta sus defensas en la línea del frente, y sin la posibilidad de una retirada, la utilización de reservistas y de una formación hueca era una sofisticación poco habitual, por no decir sin ningún precedente, en la guerra griega. Estos recursos, diseñados para organizar una defensa estando en inferioridad numérica, se convertirían en un ejemplo que no sería olvidado; los planes específicamente diseñados contra los elefantes, los obstáculos y los carros de guerra se pondrían de manifiesto en el transcurso de la acción.

Tras un sueño reparador, pero no excesivo, Alejandro ordenó a sus unidades que tomaran estas nuevas posiciones y regresó para ponerse la armadura de una manera digna de cualquier héroe homérico:

La camisa había sido tejida en Sicilia y el peto estaba hecho con dos grosores de lino, que procedía del botín conseguido en Isos. El yelmo, de hierro, era un trabajo de Teófilo y relucía como si fuera de plata pura, mientras que la pieza para el cuello, que asimismo era de hierro y estaba tachonada con piedras preciosas, se ajustaba a él perfectamente. La espada era increíblemente ligera y estaba muy bien templada; era regalo de un rey chipriota. También llevaba una clámide, trabajada de un modo más elaborado que la armadura. Había sido teñida por Helicón, el famoso tejedor de Chipre, y se la había regalado la ciudad de Rodas.

Con este atuendo tan cosmopolita, Alejandro montó uno de sus caballos de reserva y cabalgó para pasar revista a las tropas; sólo cuando hubieran concluido los preliminares haría avanzar al envejecido Bucéfalo.

Cabalgando arriba y abajo del frente de batalla, Alejandro exhortó a cada unidad como pensaba que correspondía. Tenía muchas cosas que decirles, tanto a los jinetes tesalios como a los otros griegos que, situados en el extremo izquierdo, estaban bajo el mando de Parmenión, «y cuando ellos lo instaron a gritos para que los condujera contra los bárbaros, Alejandro cambió la lanza de la mano derecha a la izquierda y empezó a invocar a los dioses, exhortándolos —según contó Calístenes— a que, si verdaderamente él era descendiente de Zeus, lo defendieran y ayudaran fortaleciendo

a los griegos». Este ruego dice mucho de cómo Alejandro deseaba que lo vieran. Lejos de ser algo blasfemo o inverosímil, la referencia a su especial descendencia de Zeus constituía el clímax apropiado para arengar a las tropas griegas en un momento de gran excitación; de manera similar, en la víspera de otra batalla, Julio César recordaría a sus hombres que descendía de la diosa Venus, a la que reivindicaba como su protectora familiar. En términos generales, las palabras de Alejandro no tienen por qué significar nada más que la afirmación de que Zeus era su antepasado, como el de todos los reyes macedonios, y, en este anodino sentido, la misma frase podría aplicarse a los reyes de la Sicilia griega o a los medio bárbaros de Chipre. Ahora bien, esta ascendencia estaba fuera de discusión, y ni Alejandro ni su historiador cortesano la habrían limitado con las palabras «si verdaderamente era…». Esta cauta referencia implica un significado más profundo, y, para una audiencia que había convivido con los rumores y las adulaciones que se habían ido acumulando desde Siwa, las palabras habrían de tomarse seguramente como una insinuación de que su rey descendía directamente del dios. Incluso en este caso, constituían un grito de aliento, no algo imposible; su cuidada expresión no constituye una prueba de que Alejandro fuera escéptico en relación con las historias que se contaban acerca de su origen divino. A diferencia de otros, se dio cuenta de que estos delicados asuntos nunca pueden considerarse seguros. Aristandro, el sumiso adivino que lo acompañó a lo largo de las líneas vestido con una capa blanca y ciñendo una corona de oro en la cabeza, le prestó su apoyo: Aristandro «señaló un águila —símbolo de Zeus y de las monedas reales de Alejandro— que volaba sobre la cabeza de Alejandro y dirigía su vuelo directamente contra el enemigo». Preparándose para luchar por sus vidas, ningún soldado desearía discutir que el pájaro en el cielo fuese un augurio menos trascendental.

Lleva su tiempo hacer que las órdenes y las exhortaciones lleguen a sus destinatarios, y no pudo haber sido hasta el mediodía cuando Alejandro finalmente marchó con sus cuarenta y siete mil hombres hacia la llanura para enfrentarse con un enemigo que era seis veces más numeroso y al que había mantenido a la expectativa, armado, inquieto y soñoliento, durante los últimos dos días. Se han hecho muchas cábalas sobre lo que siguió luego, pero, en el avance, se produjeron unos hechos que sólo sirven para desacreditar tales intentos; ningún general, y menos aún un rival de Aquiles, habría permanecido en una posición estratégica ventajosa para describir el conjunto del combate, y ningún historiador, y menos que nadie Calístenes, estaría en situación de contemplar el escenario con una mirada objetiva. Sin duda, sería imposible disponer de una amplia visibilidad: el enemigo se basaba en los jinetes, que siempre cargan y van a toda velocidad en una competición frenética, y la llanura de Tall Gomel es árida y polvorienta. Todas las versiones coinciden en que la batalla terminaría en una inmensa nube de polvo. Cuando las órdenes sólo podían

transmitirse mediante las trompetas o de boca en boca a los alejados comandantes, cuya alineación les permitía elegir entre varias posiciones alternativas, este polvo constituiría un problema de vital importancia: «Cualquiera que haya sido testigo de una carga de caballería en tiempo seco sobre un *maidan* indio, será capaz de describir lo que supuso el polvo en Gaugamela. En una ocasión como ésta, el escritor recuerda que la visibilidad se reducía a trescientos o cuatrocientos metros».[7] En todos los relatos de la batalla, tanto los antiguos como los modernos, el polvo sólo puede intervenir cuando la lucha ya casi ha finalizado. Pero si la retirada se vio oscurecida por una nube de polvo, lo mismo sucedió con el avance sobre un terreno exactamente igual; como los filósofos, los historiadores de Gaugamela harían mejor en sacudirse primero el polvo de encima y en lamentarse después de que ellos, al igual que Alejandro, son incapaces de ver desde el principio.

Cuanto más excluido de los hechos se encuentra el historiador, más impone un patrón al desorden que aquéllos presentan: los coetáneos se apresurarían a describir una batalla rica en giros y maniobras de flanqueo, y, al cabo de veinte años, un historiador literario terminó haciéndose un lío con los detalles y los reelaboró. Cuatrocientos años más tarde, un historiador romano entrelazó de manera torpe estas diversas narraciones y ahora, dos mil años después, los hombres dibujan mapas para reconciliar unas discrepancias que deberían dejarse tal cual. Para los participantes, una batalla no es una situación ni ordenada ni explicable; los primeros relatos de Gaugamela hablan más del clima en la corte de Alejandro tras la victoria que de los acontecimientos en el propio campo de batalla. El romanticismo y la adulación destacan lo que siguió; y aunque con el botín se obtuvo un documento coherente, el orden de batalla de los persas, ni siquiera esto es digno de ser creído sin reservas. Puede que sólo fuera una copia entre muchas otras y que nunca llegara a ponerse en práctica.

Entre el polvo y el desorden, se admite de forma unánime un movimiento crucial que resulta plenamente creíble porque se trataba de una costumbre. Al sonar la señal del avance final, quizás a un kilómetro y medio del frente de batalla enemigo, que lo solapaba con holgura, Alejandro avanzó en diagonal, como sus hombres habían aprendido de Filipo desde hacía tiempo, empujando a los Compañeros a la derecha, hacia delante, y apoyando a Parmenión y a los griegos que estaban detrás, a la izquierda. Sin embargo, cuando estuvo más cerca, Alejandro empezó a conducir al conjunto de la apretada formación hacia la derecha, un movimiento perpendicular que fue posible gracias a la formación en cuña de sus unidades. Parmenión y la izquierda estaban ahora expuestos a un cerco todavía más peligroso, pero si Alejandro conseguía cabalgar al otro lado de la izquierda persa impediría que su propia ala de la caballería fuera flanqueada; para igualarlo, los persas probablemente se desplazarían a la izquierda y, aprovechando su brevísima sorpresa, podría abrirse una brecha en el

frente, que no estaba minuciosamente dispuesto en forma de cuñas triangulares. En el extremo de la derecha, al que ahora se dirigía Alejandro, el terreno era abrupto y poco apropiado para los carros con hoces, y se encontraba muy alejado de las estacas y los obstáculos que se habían instalado contra una convencional carga frontal. La línea de avance era sólida, aunque se malogró parcialmente debido a los rápidos reajustes de los persas.

También Darío podía mover con rapidez a su caballería hacia la izquierda, y si bien esta acción le costaría el control de la batalla, el desplazamiento no se produjo mucho antes de que el grupo de jinetes que se encontraba más lejos cabalgara en paralelo a las unidades de la derecha de Alejandro, dejándolas atrás y recuperando, una vez más, la posición exterior. Mediante este galope desenfrenado, la carrera que Alejandro había iniciado hacia la derecha fue detenida antes de que alcanzase el terreno accidentado; de inmediato, unos dos mil jinetes escitas y bactrianos fuertemente armados dieron comienzo a su esperada carga para flanquearlos y cercarlos. Sin embargo, estos jinetes no estaban preparados para afrontar una réplica inteligente por parte de los flancos móviles de las defensas macedonias. Primero, alrededor de unos setecientos jinetes, los que encabezaban la caballería mercenaria, los provocaron para que realizaran un ataque directo que los desvió de la retaguardia con la promesa de un victoria fácil; después, cuando se encontraron sin retirada posible, el resto de las defensas de los flancos se lanzaron para repelerlos, primero los jinetes peonios, después los varios miles de mercenarios veteranos que iban ocultos en medio. «Si cada unidad de caballería contuviera soldados de infantería —había escrito Jenofonte en un opúsculo sobre el mando de la caballería—, y si éstos se ocultaran detrás de los jinetes, entonces, al aparecer de repente y empezar a golpear, creo que contribuirían al máximo a conseguir la victoria». La maniobra había sido utilizada por los generales tebanos a los que Filipo a menudo había copiado; Alejandro, que también había leído a Jenofonte, lo vio de la misma manera, y los escitas, enredados entre lo que les había parecido un enemigo fácil, se encontraron en inferioridad numérica y se vieron forzados a retirarse.

Mientras los escitas retrocedían al flanco del extremo, el resto de la izquierda de los persas salió en tropel para apoyarlos; en las alas interiores y en el centro, los carros con hoces pasaron a toda velocidad mientras el terreno todavía era liso. De nuevo a la manera de Jenofonte, Alejandro se les habían anticipado. Al frente de la caballería de los Compañeros se habían colocado unos dos mil agríanos y lanzadores de jabalina para efectuar disparos de largo alcance; su descarga fue precisa, y los aurigas que continuaron fueron arrojados enseguida de las plataformas por las unidades más valerosas del ejército de Alejandro, que al mismo tiempo se dedicaron a herir a los caballos con largos cuchillos. Quienes sobrevivieron a este doble asalto fueron recibidos por los Compañeros que estaban situados detrás: las filas se

rompieron en todas partes y los carros de guerra se desbocaron, sin causar ningún daño, a través del campamento en el que se encontraba el equipaje, en la retaguardia, donde terminaron siendo destrozados a manos de los mozos de cuadra y los escuderos reales. Para ser efectivos, los carros debían cargar en línea recta sin ser interceptados, y Alejandro lo sabía; primero los interceptó y después, como Jenofonte había sugerido y él mismo había puesto en práctica contra los carromatos de los tracios cuatro años antes, despejó un camino en el que las ruedas con hoces giraran sin lograr su objetivo. Según los oficiales macedonios, los carros de guerra «no causaron víctimas»; otros, con cierto gusto por el dramatismo, dijeron que «amputaron muchos brazos, con escudos y todo; más de un cuello fue rebanado mientras las cabezas caían al suelo con los ojos todavía abiertos y conservando la expresión del rostro». En el centro y el extremo de la izquierda, donde la mayoría de los carros cargó con un resultado desconocido, puede que esto fuera verdad. No obstante, debieron de rasguñarse muchas espinillas, seguramente el polvo se removió y la batalla debió de empezar a oscurecerse.

La maniobra decisiva, que tuvo lugar alrededor de Alejandro, no se olvidó y quedó registrada. «Todo el arte de la guerra —escribió Napoleón— consiste en una defensa bien razonada y circunspecta, seguida de un ataque rápido y audaz». Se había contraatacado a los escitas y los carros de guerra con cautela, y fuera lo que fuese lo que sucedió en el extremo izquierdo, que nadie describe con claridad, el ataque masivo en la derecha fue valientemente apoyado por un flanco defensivo inferior en número, por lo que la velocidad y la audacia pudieron empezar a entrar en juego. Los agitados movimientos del ala izquierda de los persas, primero cabalgando hacia un lado para coincidir con Alejandro, después corriendo hacia adelante para flanquearlo, abrieron una brecha en la que el ala izquierda se encontró con la izquierda del centro; esa zona, que era donde se encontraba el carro de Darío, invitaba a que se entrara en ella. «El segundo principio de la estrategia —escribió Clausewitz, maestro en la teoría de este arte— es concentrar las fuerzas en el punto donde van a darse los golpes decisivos, pues el éxito en este punto compensará todas las derrotas en los puntos secundarios». Anticipándose tanto a Clausewitz como a Napoleón, Alejandro dispuso la caballería de los Compañeros en su habitual formación en cuña y mostró a las brigadas de infantería más cercanas el camino para realizar una ofensiva contra el centro de los persas, desprotegido, desordenado y no excesivamente superior en cifras inmediatas. Como un experimentado lateral en el campo de fútbol, sus primeros movimientos habían sacado a la defensa de la derecha; entonces se detuvo, cambió de dirección y se precipitó hacia el centro, dirigiéndose hacia el objetivo del Gran Rey y evitando con habilidad a los elefantes, que estaban inmovilizados.

Los Compañeros cargaron, fueron a descansar entre los lanceros y después se abrieron paso a empujones; los Portadores de Escudo los siguieron con las tres

brigadas de la derecha de los Compañeros de a Pie, que marchaban a paso ligero, «en formación compacta y plagada de sarisas» y dejando oír su grito, *Alalalalai*. En el más puro estilo homérico, se dice que Alejandro arrojó una lanza a Darío, que le pasó rozando y mató al auriga que estaba a su lado; sin duda los Inmortales y los parientes reales se inquietaron mucho ante este penetrante ataque y, puesto que los cadáveres se amontonaban unos encima de otros, Darío hizo girar su carro y se deslizó hacia el sur a través de la nube de polvo que lo cubría para ponerse a salvo en el Camino Real. No hay duda de que unos tres mil Compañeros y ocho mil soldados de infantería cambiaron el rumbo de la batalla al concentrarse en un punto débil. Sin embargo, las posiciones secundarias todavía estaban en peligro, y el premio principal, Darío, no sería localizado o adelantado con facilidad.

Puesto que la historia se centra en Alejandro, del que llegó a decirse que «quiso solucionar todo el asunto», es decir el millón de hombres que estaban involucrados, «por medio de sus propias heroicidades», los acontecimientos que tuvieron lugar en otros lugares del frente han quedado más o menos sin explicar. A la derecha, cuando Darío huyó, una fuerza compacta de caballería irania empezó a cargar sobre un flanco defensivo al que superaba ampliamente en número, y, sin embargo, parece ser que la entrada en la batalla de los aproximadamente seiscientos jinetes que llevaban sarisas hizo que, de repente, los iranios dieran la vuelta para huir; en el lado izquierdo, Parmenión se veía expuesto a todos los intentos que las unidades que se encontraban bajo el mando de Maceo hacían para rodearlo, pero el único resultado fue una carga destinada a flanquearlos realizada por unos tres mil jinetes enemigos, que continuaron precipitadamente hasta el campamento en el que se guardaba el equipaje, situado detrás de las líneas, donde, al parecer, intentaron liberar a los prisioneros y a la reina madre persa. «Ni una palabra salió de sus labios; ni su color ni su expresión cambiaron, pues permaneció sentada, sin moverse, para que quienes la miraran no estuviesen seguros de la opción que prefería». Antes de que pudiera decidirse, sus rescatadores desaparecieron de la historia, tal vez porque se enteraron de la huida de Darío, o quizá porque las unidades de reservistas regresaron para hostigarlos.

Sólo en el centro la situación era inequívoca. En la precipitada carga de Alejandro contra Darío, aquél había llevado las unidades de la derecha de los Compañeros de a Pie con él, pero las tres filas de la izquierda, que luchaban para mantenerse en pie, permitieron que su línea se rezagara y se expusieron a que se abriera una amplia brecha en el centro, como en Isos, por la que los persas y los indios se colaron encantados siguiendo la luz del día a través del muro de sarisas. Si se hubieran vuelto contra los flancos débilmente armados de los Compañeros de a Pie, podrían haber ocasionado un daño indescriptible, pero también ellos intuyeron el lejano campamento en el que se encontraba el equipaje y, por tanto, fueron a toda velocidad a situarse en medio, masacrando a los miembros desarmados del séquito con la

esperanza, quizá porque así se les había ordenado, de rescatar a la familia del Gran Rey. No contaron con la línea de reservistas de Alejandro, cuyo papel desde el principio hasta el final es difícil de comprender. Tanto si se dividieron, al igual que el frente, y permitieron que los indios acabasen en primera posición, como si no, ahora se las arreglaban juntos lo bastante bien como para enfrentarse a los saqueadores y caer sobre ellos desde la retaguardia. Gracias a las originales precauciones de Alejandro, finalmente el equipaje se salvó de sus diversos atacantes y la familia de Darío continuó prisionera.

Mientras ponía en fuga el centro de los persas, no podía saber si el resto de sus líneas estaban en peligro o si eran capaces, con mayor fortuna, de subsanar sus diversas debilidades. Puede que tuviera vagas sospechas de lo que ocurría, pero no pudo haberlo visto. El polvo se arremolinaba a su alrededor, y había que esquivar las cimitarras y embestir contra unos turbantes que apenas se veían para permanecer con vida: la carga de Alejandro se interrumpió detrás de los elefantes, y los soldados de infantería más valientes aprovecharon para acometerlos, supuestamente con tridentes de bronce diseñados para apuñalar. Esta escaramuza sólo podía añadir más confusión. El único objetivo seguro era Darío, y se sabía que se había retirado, por lo que Alejandro abandonó todos los peligros secundarios y se lanzó con un grupo de jinetes en su persecución. Si esta acción parece tan impetuosa como la desastrosa conducta del príncipe Ruperto en Edgehill, no hay que creer que no fuera también una acción irresponsable: a través de la polvareda y los combatientes orientales, Alejandro no habría podido regresar a tiempo para ayudar a la izquierda o el centro, aunque hubiera sabido que era necesario. Si posteriormente la historia tuvo que inventar una excusa, ésta no fue para explicar la persecución que inició Alejandro, sino el hecho de que la persecución de un premio de vital importancia se saldara con un fracaso. Se necesitaba un chivo expiatorio y, como tantas otras veces, la culpa recayó en Parmenión: mientras Alejandro iba en pos de Darío acompañado por dos mil jinetes, al parecer llegó un mensajero de parte de Parmenión suplicándole que ayudara a la izquierda.

La súbita aparición de este mensajero presenta muchos problemas. Diferentes historias lo sitúan en momentos diversos, variando su mensaje y la réplica de Alejandro: unos dicen que Parmenión le comunicó que temía por el equipaje, a lo cual Alejandro respondió que se olvidara de él y que combatiera al enemigo, mientras que otros dicen que Parmenión pidió refuerzos, por lo que Alejandro hizo rechinar los dientes y se sintió obligado a regresar. Es altamente improbable que un mensajero hubiese llegado a alcanzar a Alejandro a través de la multitud que se agolpaba en la encarnizada batalla; por lo general, en esto estuvieron de acuerdo los historiadores, presumiblemente porque Calistenes fue el primero que dijo que Parmenión fue lento e incompetente en la lucha; de este modo, el cuento del «mensajero» podría haber

sido puesto en circulación por los aduladores con el fin de explicar por qué Alejandro se retrasó y no consiguió capturar a Darío. Se alegó que su segundo en el mando lo había hecho regresar y, en la época en que se hizo pública la excusa, Parmenión había sido asesinado por miedo a una traición. Una vez más, la historia pudo haberse reescrito para complacer a Alejandro y difamar al general al que mandó asesinar.

Si la persecución fracasó, ello se debió más que nada al polvo y a la retirada masiva de la caballería persa; ésta intentaba separarse y seguir a Darío, al tiempo que Alejandro intentaba abrirse camino a través de sus líneas, y, con la persecución y la huida que tenía lugar, la lucha entre los dos bandos fue particularmente salvaje. Sesenta de los Compañeros que rodeaban a Alejandro fueron heridos, entre ellos Hefestión, antes de que los persas fueran definitivamente liquidados; por entonces, Darío se encontraba ya muy lejos, tras haber cruzado el río Zab Menor. Allí cambió su carro de guerra por un caballo y cabalgó hacia el Camino Real que pasaba cerca de Arbela, a unos cincuenta kilómetros del campo de batalla, una encrucijada de rutas en el corazón del Imperio. Alejandro lo seguía con retraso. En el momento en que más o menos alcanzó la otra orilla del Zab, empezó a caer la tarde con la oscuridad propia del mes de octubre y ya no pareció posible llevar a cabo una rápida captura. Por otro lado, los caballos necesitaban descansar, pues el ritmo de la persecución había sido demasiado extenuante para ellos; hasta medianoche no continuaron por el sureste hasta Arbela, donde llegaron a la mañana siguiente a través del Camino Real. Las primeras exploraciones revelaron que hacía rato que Darío había pasado por ahí; además, había dejado el camino que podría haberlo llevado por el sureste hasta Babilonia y había tomado una ruta por las montañas, más corta y menos transitada, hasta Hamadán, punto de encuentro de los caminos que conducían a las satrapías superiores. Su rastro llevaba a las montañas poco conocidas del Kurdistán, por unos pasos que alcanzaban una altitud de casi tres mil metros, y, en vez de arriesgarse a perderse entre unos habitantes nómadas y hostiles, Alejandro se contentó con el espléndido almacén de tesoros de Arbela y la posibilidad de una marcha segura por el sur hasta las riquezas de Babilonia. La fuga de Darío constituyó una gran decepción, pero, a pesar de todo, los hombres aclamaron a Alejandro como nuevo rey de Asia.

En el campo de batalla, y tras la huida de su real comandante, el enemigo pronto perdió brío. A la derecha, los escitas y los bactrianos habían escapado, pues se pusieron nerviosos al ver a los jinetes armados con sarisas; en el centro, los Compañeros de a Pie se habían repuesto y, a la izquierda, Parmenión había conseguido rechazar una masa de caballería enemiga a pesar de la abrumadora superioridad numérica y de la estratégica posición que ocupaba. Una voz disidente sostuvo que, de hecho, tanto él como sus jinetes tesalios lucharon magníficamente pese a que otros lo acusaran de pereza e incompetencia; tal vez la brillantez de su actuación sea cierta, y también las noticias de la retirada de Darío debieron de

ayudarle, así como la presencia de Maceo, que pudo muy bien tener presentes los contactos que había mantenido con Hefestión apenas un mes antes en el Éufrates. Maceo, comandante de toda la derecha de los persas, no tardó en desentenderse de Darío y cabalgar hacia Babilonia, donde se rindió al cabo de pocas semanas y consiguió su rehabilitación. Maceo sabía, lo cual resulta de lo más sospechoso, dónde sacaría provecho.

En la derrota, «se contaron cerca de trescientos mil persas muertos y muchos más fueron hechos prisioneros, y además ningún elefante ni carro de guerra quedó intacto; de los soldados que rodeaban a Alejandro, cerca de un centenar fueron asesinados, pero más de un millar de caballos murieron a causa de las heridas o del agotamiento durante la persecución». Estas cifras absurdas son el remate final de un relato sobre una batalla en la que cuesta saber qué partes se salvan de ser una descarada y absoluta adulación de Alejandro. La repentina carga de Alejandro desde la derecha hacia el centro fue evidentemente crucial y forma parte de la mejor tradición de ataque de los generales; en otros puntos de su frente de batalla, la obsesión de los persas por apoderarse del campamento de los equipajes y la curiosa falta de habilidad que demostraron para sacar provecho de su superioridad numérica fueron bendiciones cuyo mérito Alejandro no podía atribuirse. La marca de un gran general es hacer que el enemigo parezca insustancial, y la planificación, la audacia y la rapidez de decisión de Alejandro superaron con mucho las del mando enemigo: ganó de un modo magnífico y ya nunca más tendría que volver a luchar por Asia a tan gran escala.

Mientras regresaba de la fracasada persecución, su propia posición todavía no parecía tan decisiva. En Gaugamela, Alejandro se apoderó de lo que un persa denominaría el Imperio occidental: todavía tenía que acercarse a lo que los iranios consideraban su hogar. Al este y el sureste se extendían las provincias de los medos y los persas, de los bactrianos, los sogdianos y las tribus de las montañas, adonde Darío podía retirarse desde Hamadán y levantar una segunda línea de resistencia. Hasta que Darío no fuese capturado, Alejandro no sería rey de Asia, y lo sabía. En el primer arrebato de la victoria, la imagen que quería dar de sí mismo todavía era la del vengador de los griegos: Alejandro escribió a sus aliados griegos «que todas las tiranías habían sido abolidas y que ahora los hombres se gobernarían a través de sus propias leyes», una reivindicación más cierta en relación con Asia Menor que con la península griega, donde las juntas militares todavía florecían bajo su alianza. En su mensaje se explayó también en los detalles: al otro lado del Mediterráneo, enviaba botines de victoria a una ciudad italiana del sur que, como aquellos Compañeros que conocían el oeste se encargaron de recordarle, era la cuna de un atleta griego que ciento cincuenta años antes había ido a luchar por los griegos contra Jerjes, el persa sacrílego. Esta preocupación por las nimiedades de carácter arcaico se debe, en parte, a la autopropaganda, pero seguramente también es un signo de que el tema de la

venganza se tomaba en serio.

Ni siquiera al paisaje se le escatimaron conmemoraciones. Tras el campo de batalla se levantaba la colina de Tall Gomel, que los nativos denominaban «joroba del camello». Sin embargo, el escenario de una victoria gloriosa no podía llamarse así: Alejandro lo rebautizó con el nombre de Nikatorion, montaña de la Victoria, en su propia lengua griega, y mucho después de que los detalles de la batalla se fueran olvidando sólo sobreviviría este nombre. Un nombre que suscitaba viejas asociaciones en el este, que podía ponerse en sirio y perdurar como *awana Niqator*, la casa de postas de la victoria, nombre de una estación de relevo situada en un camino cuyo antepasado había sido el Camino Real de los persas. Sin duda la victoria había sido memorable, pero no sería la última: el nombre, dado en un momento de exultación, persistiría durante seiscientos años y establecería una moda que seguirían Pompeyo y otros romanos victoriosos, pero Darío había escapado, un hecho que ni siquiera un supuesto mensaje de Parmenión podía ocultar. Sería necesario efectuar una marcha más larga y mucho más dura antes de que el nuevo señor de Asia pudiera denominarse a sí mismo su legítimo rey.

17.EL BOTÍN.
DÍAS TRANQUILOS EN BABILONIA

El 2 de octubre, Alejandro dejó el campamento de Darío en Arbela y marchó hacia el sur, siguiendo el Camino Real, que todavía determinaba su ruta, manteniendo el río Tigris a su derecha. Había perdido toda esperanza de capturar a Darío en el primer arranque de la persecución y, como había hecho antes en Gaugamela, era más prudente esperar y ver si el Gran Rey reunía un último ejército para ofrecer resistencia en terreno abierto. Mientras tanto, la necesidad de suministros y la perspectiva del tesoro lo hicieron girar al sur, en dirección a Babilonia y a la promesa de una bien merecida recompensa para sus soldados. El dietario del escriba babilonio registra que un «mensajero» llegó a Babilonia el 8 de octubre y anunció algo, probablemente unas palabras tranquilizadoras referentes a la ciudad, el templo principal y su propiedad. Sin duda, Alejandro había ordenado que el mensajero se adelantara. Por su parte, dejó rápidamente el campo de batalla, una decisión que los aduladores justificaron por el hedor que despedían los cadáveres de los enemigos y por el miedo a las enfermedades que podían provocar. La zona era famosa también por los vapores venenosos, y Alejandro no tardó en detenerse para examinarlos.

En Kirkuk, donde el Camino Real se bifurcaba hacia el este, Alejandro «admiró una sima que había en el suelo y de la que continuamente salía fuego, como una fuente, y se maravilló del torrente de nafta que había cerca, lo suficientemente prolífico como para formar un lago». Para hacerle una demostración, los nativos «rociaron el sendero que conducía a los cuarteles reales con una fina capa del líquido, se situaron en un lugar elevado y aplicaron antorchas a las manchas húmedas. La noche estaba empezando a caer. Con la rapidez del pensamiento, las llamas prendieron de un extremo a otro de la calle y siguieron ardiendo». Por primera vez se habían mostrado los Fuegos Eternos de Baba Gurgan a los griegos, y, a sugerencia de un ateniense que lo atendía durante el baño, Alejandro permitió un segundo experimento. En la corte, había un muchacho «sin ninguna gracia pero con una voz agradable para el canto»; con el fin de descubrir si la nafta ardería tan bien como una hoguera, se presentó voluntario para que lo rociaran con el líquido y le prendieran fuego. Sin embargo, las llamas, que sólo pudieron sofocarse tras arrojarle varios cubos de agua, le causaron graves quemaduras. El muchacho sobrevivió, horrorizado y lleno de cicatrices, lo que constituye una advertencia para todos aquellos que creen que, en cuestiones de ciencia natural, los griegos preferían la teoría a la experimentación.

Después de dejar los Fuegos Eternos, Alejandro envió un mensajero por el este hasta Susa, el siguiente punto en su previsible trayecto, mientras que él mismo abandonó el Camino Real y tomó el otro gran sendero de la historia, que habría de conducirlo hasta Babilonia por el sur. Cerca de Tuz-Kharmatu, Alejandro observó la fuente local de betumen y se enteró de que este material se había utilizado en la construcción de las murallas de Babilonia; en Opis, volvió a cruzar el Tigris y marchó por los canales de la ribera occidental, a través de unas tierras de labranza tan rebosantes de mijo y cebada que el ejército pudo comer hasta hartarse. En todas partes fueron recibidos por las palmeras datileras, que eran la perla de la economía de Babilonia y una fuente de madera, cerveza, comida y colchones para las camas; los persas habían popularizado una canción acerca de sus trescientos sesenta usos, según decían, uno por cada día del año babilonio. El 18 de octubre, el dietario babilonio sitúa a Alejandro en Sippar anunciando, sin duda también para Babilonia: «No entraré en vuestras casas [¿ni en vuestros templos?]».

Las tierras por las que viajó Alejandro habían servido a Persia durante mucho tiempo con cosechas, nuevos estados y un tributo con el que ninguna otra tierra del resto del Imperio podía rivalizar. Se habían cumplido doscientos años desde que Babilonia cayó por primera vez en manos del rey persa y, desde entonces, se había sangrado la maravillosa fertilidad de su tierra: las tribus iranias dejaron su vida en el desierto y las montañas para robarle a Babilonia acres de tierras de labranza, vías fluviales y viviendas en la ciudad; sólo los documentos de negocios nativos pueden dar idea de un cambio social de semejante calibre. No es que los iranios encontrasen Babilonia más agradable que sus hogares, pues el calor era sofocante; quinientos años más tarde, un visitante chino todavía hallaría a sus sucesores viviendo en casas subterráneas refrigeradas con hielo, un elocuente comentario sobre lo que habían sufrido sus antepasados. Muchos fueron a Babilonia porque no les quedó más remedio; algunos fueron más afortunados y vivieron fuera de la ciudad, disfrutando del relativo frescor de la corte persa y gobernando los estados occidentales a través de esclavos y agentes nativos, un regalo libre de impuestos de su rey; otros eran siervos del gobierno, jueces, capataces y recaudadores de los impuestos anuales, por lo que tenían que establecer sus hogares allí donde trabajaban. No todos eran iranios. Entre ellos vivían los grupos de soldados extranjeros a los que el rey había instalado en tierras comunales a cambio de impuestos o del servicio militar; las comunidades de indios, árabes, judíos y antiguos nómadas cambiaron el aspecto de áreas enteras de la campiña de Babilonia, hasta el punto de que Alejandro estuvo marchando fundamentalmente a través de las haciendas de los extranjeros y los favoritos persas en su camino hacia la mayor ciudad que había en el este.

Desde hacía mucho tiempo, la corte y el Imperio habían extraído de las planicies que rodeaban Babilonia el excedente del que dependía su propio funcionamiento. En

el este, en el centro de Irán, las tierras de labranza escasean y siempre se ha venerado el agua, pero en Babilonia se recaudaban cada año 1000 talentos de plata, quinientos eunucos y un tercio de los alimentos necesarios para proveer la corte de los persas, los cuales procedían de la población nativa y de los colonos militares: el ceremonial del Gran Rey entre sus parientes reales dependía del excedente que se obtenía de las cenagosas llanuras de Babilonia. Se creía que, en otro tiempo, el sátrapa local había albergado en sus cuadras dieciséis mil ochocientos caballos de su propiedad, sin contar los caballos para la guerra, y que mantenía una jauría de perros con los ingresos de cuatro pueblos asignados para este propósito. Los dignatarios privados se habían beneficiado también, de un modo no menos llamativo, de una tierra con una larga tradición de grandes estados reales. Parisatile, esposa de Darío II, era dueña de pueblos de Babilonia cuyos impuestos pagaban su guardarropa; algunos financiaban sus zapatos y otros sus cinturones, mientras que en las extensas haciendas que poseía cerca de Babilonia, administradas por sus propios espadachines y jueces, trabajaban cuadrillas de esclavos. Fuera de la ciudad, un eunuco persa o un favorito de Paflagonia podía acceder a un parque arbolado o a una plantación de raras palmeras datileras, mientras que sus vecinos eran unos expatriados que, como los hacendados, habían bautizado sus nuevas haciendas con nombres iranios; a través de sus agentes, en un solo día un príncipe persa podía arrendar en Babilonia dos mil trescientas ovejas y cabras, y podía poseer tierras de labranza en no menos de seis distritos separados, desde Egipto hasta Persia, tierras que eran administradas por silvicultores y alguaciles locales. Era un estilo de vida aristocrático que muy pocos macedonios, y todavía menos los griegos, habían podido saborear.

«En Babilonia —escribió el botánico Teofrasto a partir de los informes de los soldados de Alejandro— los terrenos mal cultivados producen una cosecha cincuenta veces mayor, y los bien cultivados cien veces mayor. El cultivo consiste en dejar que el agua permanezca en el suelo tanto tiempo como sea posible para que se forme limo; llueve muy poco, pero, en contrapartida, el rocío riega las cosechas. En principio, siegan las cosechas en crecimiento dos veces —una práctica que sorprendería a la mayoría de los granjeros en suelo griego—, y después dejan que los rebaños pasten en los campos; en Babilonia, a diferencia de Egipto, hay muy pocos hierbajos y los pastos son tiernos». Por tanto, en Babilonia las recompensas eran grandes, en especial para el propio Alejandro, aunque la larga sombra del rey persa se cernía sobre buena parte de los bienes más valiosos de la campiña. No sólo los había cedido a sus favoritos, sino que, al igual que habían hecho los reyes de Asiría antes que él, el rey persa se había quedado con las mejores haciendas reales; en las transacciones privadas, los compradores incluso pedían que se garantizase que ninguna de las tierras en cuestión pertenecía al rey persa. Para el rey, no suponía gran cosa arrendar una única hacienda por nueve mil fanegas de grano, un buey y diez

carneros al año; poseía y alquilaba graneros, granjas de pollos con un cuidador para las aves de corral del rey, casas en las ciudades, establos e incluso el derecho a pescar. A menudo, los vastos estados que poseía se encontraban en los márgenes de los canales, por lo que se beneficiaban de la irrigación cercana, un privilegio que a un granjero nativo podía costarle un cuarto de su cosecha anual de dátiles. En cuanto a los canales, esas arterias de la vida de Babilonia, el rey también poseía un buen número de ellos y los alquilaba a las empresas locales independientes, que imponían un peaje por el transporte y el riego, vendían la pesca y cubrían los costes con los beneficios. Entretanto, los canales provocaban que en ellos se formase limo, dejando sin agua los cultivos de los que dependía la vida en Babilonia, y nadie tenía la voluntad o el equipamiento necesario para solucionarlo.

Alejandro era el heredero del rey, y Babilonia marcó el primer paso, y el más importante, en su progreso para convertirse en el hombre más rico del mundo; Babilonia y sus tierras de labranza podían mantener los despilfarros de la corte de un rey de Asia. Junto con los estados del campo, a menudo en manos persas, estaba la propia ciudad y su tesoro, una recompensa de inimaginable valor; la llegada a Babilonia sería crucial, pues supondría el primer encuentro de Alejandro con una ciudad asiática desde que la victoria lo había hecho señor del Imperio persa occidental. Alejandro no podía haber empezado de un modo más prometedor. Varios kilómetros al norte de las murallas torreadas de la ciudad, Maceo cabalgó para darle la bienvenida llevando a sus hijos como muestra de lealtad; el hombre que había liderado el ala derecha de los persas sólo siete días antes ofrecía ahora la rendición de Babilonia, como posiblemente se había convenido de antemano.

Alejandro no estaba de ningún modo tan seguro de lo que iba a suceder como sus historiadores supusieron. Cuando tuvo a la vista las murallas de sólido ladrillo de Babilonia, dispuso a su ejército como si fuera a la batalla y ordenó un avance prudente, con la esperanza de parecer un libertador y no otro rey saqueador. Estaba fingiendo, y además temía una trampa, pero sus esperanzas no se verían decepcionadas. Al acercarse, las puertas de Babilonia se abrieron y por ellas salieron en tropel los oficiales de la ciudad, que bajaron por un camino sembrado de flores y guirnaldas, y en cuyos bordes se habían colocado altares de plata cargados de incienso. El comandante persa de la fortaleza llevó manadas de caballos y rebaños, jaulas con leopardos y leones domesticados; tras él danzaban los sacerdotes y los adivinos de Babilonia, cantando sus himnos al son de los laúdes y los sacabuches. Ya más tranquilo, Alejandro conservó un guarda armado y subió al carro real; los nativos lo siguieron a través de la puerta principal de la ciudad y después hasta el palacio de los persas, donde la ovación continuó durante toda la noche. El dietario babilonio, en la fecha del 21 de octubre o después, alude a Alejandro de forma extravagante llamándole «Rey de Todo».

El recibimiento que Alejandro tuvo en Babilonia fue abrumador, un momento tan asombroso en su carrera como cualquier victoria sobre Darío. El miedo y el deseo de aplacar a un conquistador explican la sumisa rendición de los gobernadores persas, aunque fueron los ciudadanos quienes les obligaron a actuar, y sus motivos venían de mucho más lejos. Es un error aludir a la economía y subrayar el largo dominio de los persas sobre la tierra y los recursos de Babilonia; puede demostrarse que, bajo el gobierno persa, tanto en Babilonia como en Egipto el número de trueques o los intereses de los banqueros se cuadriplicaron o más en un lapso de cien años; sin embargo, en una sociedad que no utilizaba un sistema monetario y donde la gran masa de la población vivía de lo que podía cultivar o de lo que recibía de sus señores, poco podía hacerse para contrarrestar un incremento del coste de los lujos o un descenso del valor de la plata. Bajo el dominio persa, el número de escrituras relacionadas con la venta de esclavos también aumentó de manera significativa, y sólo había una clase de siervos que perteneciera a las haciendas del rey persa; los contratos establecen incluso medidas más estrictas para prevenir los intentos de fuga. Sin embargo, puede que muchos fueran prisioneros de guerra extranjeros, y la esclavitud en los estados de un rey venido de fuera no era nada nuevo para los babilonios. Alejandro no estaba heredando el alzamiento de un proletariado largamente oprimido; en una sociedad en que la religión era muy poderosa, inspiraría mayor descontento el florecimiento evidente de la injusticia y la impiedad que la visión de una perpetua guerra de clases. Por supuesto, el dominio persa nunca fue universalmente aceptado por los babilonios prominentes. Al parecer, según oyó decir Alejandro, los ultrajes infligidos a sus dioses y templos eran obra de Jerjes: en una fecha tan reciente como 336-335, un pretendiente real, con un nombre histórico, apareció en las listas de los reyes babilonios en lugar del rey persa Darío III, recién elegido. El genio de Babilonia consistió en recopilar allí donde más tarde los griegos se dedicarían a explicar; los hechos se acumularon sin enmarcarse en una teoría abstracta y, por tanto, nunca hubo ninguna doctrina de revolución de clases que pudiera aplicarse a una esclavitud que los babilonios no cuestionaban. Durante cerca de dos mil años, Babilonia había observado, no explicado; sin embargo, los babilonios habían visitado la Academia de Platón en Atenas, y se dice que Calístenes copió y envió a su pariente Aristóteles los registros de muchos astrónomos de Babilonia, que según los rumores abarcaban treinta y cuatro mil años. Únicamente en Grecia esta información llegaría a utilizarse para elaborar una teoría general del cielo; hay signos inmediatos de los efectos que tuvieron, pues el astrónomo Calipo pronto calculó con mayor precisión la duración del año griego a partir de un ciclo que él empezó en julio de 300. Al parecer, utilizó registros babilonios y sus dataciones indican que eran de la época de Alejandro.

La rendición de Babilonia también puede explicarse a partir de los gestos que, en

contrapartida, tuvo Alejandro, probablemente fruto de un acuerdo previo. En el interior de la ciudad, recibió al clero en audiencia y ordenó la restauración de los templos que Jerjes había dañado, en especial el famoso E-sagila, que «se construyó con oro y joyas para que brillase como el sol —según escribió Nabucodonosor, su fundador—, mientras que para los techos se utilizaron cedros dorados del Líbano y, para el suelo del lugar más Santo de los Santos, incrustaciones de oro rojo». A sugerencia de los sacerdotes, Alejandro hizo sacrificios a Bel Marduk, el dios de la ciudad, presumiblemente agarrando la mano de la estatua para mostrar que recibía su poder, como los antiguos reyes babilonios, de un encuentro personal con el dios. Una vez más, Alejandro se benefició de las pasadas fechorías de Jerjes: como en Lidia, Caria o Egipto, también aprendió, a través de amigos e intérpretes, dónde sería más apreciada la diplomacia.

En Babilonia, este respeto hacia las comunidades del templo constituyó durante mucho tiempo el precepto de un gobierno prudente y noble, incluso bajo el brutal Imperio asirio del siglo VIII a.C., pero el ejemplo de la historia fue traicionado por los gobernadores persas. En torno al personal y las propiedades del templo se agrupaban las asambleas de la ciudad, dirigidas por un concilio de sacerdotes pero formadas a partir de una clase más amplia cuyos vínculos con el templo a menudo eran débiles o ancestrales. Estas asambleas nativas habían sido forzadas a pagar impuestos al rey persa, a proporcionarle vino, cerveza, productos de granja y grupos de trabajadores para cuidar de los rebaños reales, los edificios y los jardines. No se sabe de ningún rey persa que hubiese pagado el habitual diezmo a los templos; y, algo que nunca había sucedido antes, se había ordenado a los esclavos del templo que cortasen los juncos del rey, que cocieran sus ladrillos y esquilasen sus ovejas, al tiempo que los oficiales reales vigilaban para que los trabajadores y los impuestos fueran enviados como él ordenaba. Durante los setenta años que duró su conquista, Babilonia se sublevó cuatro veces contra esta interferencia; en 482, Jerjes envió a su cuñado para que castigase definitivamente a Babilonia abriendo una brecha en sus murallas, negándole el estatus de capital de satrapía y omitiendo su título honorífico del protocolo real. Las tierras del templo se confiscaron, aunque por poco tiempo; los edificios sagrados de E-sagila y el alto zigurat sagrado de Etemenanki resultaron dañados, y la estatua de oro maciza del dios Bel Marduk se bajó para fundirla. En la procesión para dar la bienvenida a Alejandro, la clase sacerdotal y los oficiales de la ciudad bailaron tras el comandante persa, y, en vista de lo sucedido en el pasado, la actitud de estos hombres cultos no era sorprendente. A cambio, se vieron recompensados con favores, y, como tantas otra veces, lo que Alejandro concedió se convirtió en un precedente para sus sucesores. Los reyes macedonios continuaron dando dinero para reconstruir los templos y se denominaron a sí mismos Rey de las Tierras, un antiguo título honorífico que se refería de un modo específico a Babilonia,

pero que, desde Jerjes, había sido omitido por los reyes persas; los monarcas que sucedieron a Alejandro respetaron a los ciudadanos de los templos, permitiéndoles que redactaran sus documentos en el arcano lenguaje de los escribas y haciendo que quedaran exentos de determinados impuestos sobre las ventas, que por otro lado imponían al resto de la ciudadanía de habla griega a través de un supervisor de contratos real. Como comunidades privilegiadas en una vasta extensión de la tierra del rey, las asambleas del templo babilonio se parecían a las ciudades griegas libres de Asia, y determinados favores reales fueron comunes a ambas. Como en el Asia griega, también en Babilonia las tierras donadas a un cortesano tenían que registrarse ahora como parte de un templo cercano al territorio de la ciudad, en contraste con los aleatorios regalos de los reyes persas; presumiblemente, este privilegio se dio por primera vez con Alejandro.

Sin embargo, había algunas reservas. Alejandro había ordenado la reconstrucción de E-sagila, el mayor templo de la ciudad, cuya altura había alcanzado anteriormente los setenta metros, pero no garantizó los fondos necesarios; al parecer, había que sacar el dinero de los terrenos del templo, pero los sacerdotes habían disfrutado durante mucho tiempo de estos excedentes financieros al no quedar ningún edificio del templo que los absorbiera. Además, el vengador de Jerjes aún quería gobernar, por lo que sus planes combinaban el tacto y la firmeza. A Babilonia se le restituyó el estatus de capital de satrapía, que había perdido hacía mucho tiempo, pero todavía había que cobrar el tributo y mantener guarniciones en la fortaleza de la ciudad: las tropas que las integraban se dividieron entre dos oficiales, ambos con estados en la Macedonia de Filipo; uno de ellos era hermano de un adivino que debía de tener muchas cosas en común con los numerosos astrólogos babilonios. La elección del sátrapa fue más discutible: Maceo, el renegado virrey de Siria de Darío, fue designado para gobernar la provincia a cuya rendición había contribuido. Este curtido oficial persa iba a ser vigilado por dos generales y un recaudador de impuestos real, pero parece ser que públicamente su dignidad no se vio muy afectada; una vez más, Maceo alcanzó la dignidad de sátrapa, y probablemente se continuaron acuñando monedas de plata marcadas con su nombre, un privilegio persa que Alejandro posteriormente tendió a reemplazar con sus propios diseños estándar. Esta rehabilitación fue sorprendente y puede que recompensara una traición pactada de la ciudad: al igual que el rey Ciro, el conquistador persa de Babilonia, es posible que también Alejandro eligiera como primer gobernador a un hombre con contactos nativos, pues los dos hijos de Maceo tenían un nombre que derivaba de Bel, el principal dios de Babilonia. Puede que Maceo se hubiese casado con una babilonia.

En la misma tónica, Alejandro dio la satrapía de Armenia a Mitrines, el iranio que había sometido Sardes tres años antes, y rehabilitó al comandante del fuerte persa en Babilonia, de este modo, introdujo una costumbre que se impondría en su Imperio,

pues ahora los sátrapas persas que se rindieran podían esperar ser devueltos a las provincias que habían gobernado para Darío, aunque, como en Egipto o Caria, se pondría a su lado a un general macedonio para mantener a las tropas locales en manos leales. Esta oferta alentaría la rendición y evitaría problemas innecesarios de lengua y organización; los mismos sirvientes persas volverían a ser empleados allí donde fuera posible y ocuparían lugares destacados en el Imperio, y eso a pesar de la consigna del castigo y la venganza griega.

Tras haber dado a conocer sus disposiciones, Alejandro descansó en Babilonia durante casi cinco semanas. Había muchas cosas que ver en la ciudad, cuyo tamaño había sido exagerado por los griegos; las enormes murallas dobles de ladrillo y betumen, de más de diecinueve kilómetros de circunferencia, la puerta Ishtar, con torretas y placas esmaltadas con dibujos de animales, el Zigurat sagrado, que se elevaba siete plantas y medía ochenta y dos metros de altura, eran lugares extraordinarios, y todos ellos figurarían en las diversas listas posteriores de las Maravillas del Mundo. Entre casas altas y adustas, construidas sin ventanas para conservar el frescor, los principales caminos de la ciudad corrían en líneas casi rectas, y su trazado sólo se interrumpía con el curvo cauce del río Éufrates, que se cruzaba por un famoso viaducto de piedra. Para un griego, la ciudad se había construido a una escala inimaginable, y los cuarteles generales de su gobierno, que serpenteaban entre la puerta Ihstar y el río Éufrates, no eran menos asombrosos: Alejandro se instaló en el más meridional de los dos palacios, un laberinto con unas seiscientas habitaciones y cuyos cuatro vestíbulos principales convergían en el salón del trono y el patio principal, construido por Nabucodonosor en unas proporciones que no desmerecerían en un duque de Mantua o un dogo veneciano. Desde el palacio, Alejandro visitó el fuerte septentrional en el que una vez Nabucodonosor guardó sus tesoros y expuso sus obras de arte, como si de un museo se tratase, «para que todo el mundo las examinara»; puede que Alejandro los considerase propiedad de los persas, «mientras admiraba los tesoros y muebles del rey Darío». Una increíble cantidad de lingotes completaba su recompensa, suficientes como para poner fin a todos los problemas financieros de su carrera; en Babilonia, nunca se habían utilizado monedas, pero una nueva acuñación ayudaría a convertir los sólidos lingotes en algo que los soldados pudieran utilizar.

Las riquezas no eran lo único que interesaba a Alejandro. Alrededor de los edificios del palacio se encontraban los Jardines Colgantes, en cuyas terrazas artificiales se habían plantado tantos árboles que a los griegos, por su parte jardineros mediocres, les pareció que se trataba de un bosque suspendido en el aire; se decía que los cedros y las píceas habían sido trasplantados por Nabucodonosor para consolar a su reina siria de la añoranza que sentía en una tierra pelada y extranjera. Alejandro se interesó por el parque dispuesto en terrazas y sugirió que se introdujeran plantas

griegas entre los abundantes árboles orientales; este deseo, si bien admirable, no tuvo demasiado éxito, pues sólo la hiedra se adaptó al nuevo clima. Mientras tanto, el ejército se entregó a los bajos placeres: en tanto que Alejandro inspeccionaba los jardines, los soldados se resarcían de la escasez de mujeres sufrida durante los tres últimos años con las artistas de strip-tease de los burdeles de la ciudad. La paga, que procedía del tesoro de la ciudad, era extremadamente generosa y los mantenía con buen ánimo; era una recompensa que posiblemente se les debía desde hacía tiempo.

Disfrutando de los placeres de Babilonia, resultaba tentador olvidar que Alejandro todavía estaba comprometido en una guerra que no había terminado. Darío aún estaba vivo, y sin duda se preparaba para una nueva ofensiva en las montañas próximas a Hamadán; sin embargo, no iba a ganarse nada persiguiéndolo en invierno a través de un país tan agreste como desconocido, y, cuanto más tiempo transcurriera, más se vería expuesto Darío a otro encuentro en terreno abierto. Los palacios del Imperio, llenos de tesoros y listos para ser tomados, se encontraban en el este; su captura aislaría a Darío de sus muchos seguidores persas supervivientes y no le dejaría otra elección que la de retirarse a unos desiertos situados todavía más al este, donde su realeza no podría seguir siendo indiscutible. Desde un punto de vista táctico y financiero, tenía sentido continuar por el Camino Real, de manera que, a finales de noviembre, Alejandro partió hacia él a través de un país bien provisto de alimentos, los cuales, en invierno, no podían reunirse desde el Irán central. Su destino era Susa, el centro administrativo del Imperio, y, puesto que había enviado una carta a su sátrapa por medio de un mensajero, Alejandro esperaba otra rendición.

No se había alejado mucho de Babilonia cuando se encontró con un recordatorio de todo lo que dejaba tras de sí. En el Camino Real, fue recibido finalmente por los refuerzos procedentes de Grecia que había reunido el otoño anterior: macedonios, griegos y unos cuatro mil tracios, famosos por su ferocidad, sumaban aproximadamente quince mil hombres, que incrementaron su fuerza al menos en un tercio. En una campiña famosa por estar bien surtida, Alejandro se detuvo para reubicar las nuevas tropas. La infantería se distribuyó de acuerdo con la nacionalidad, y a los Compañeros de a Pie se les añadió una séptima brigada de macedonios; en la caballería, los escuadrones se subdividieron en secciones y se escogió a los comandantes de dichas secciones no por su raza o su cuna, sino por su mérito personal. Estas pequeñas unidades tenían más movilidad, y sus mandos divididos resultaban más dignos de confianza. Con el mismo espíritu de eficiencia, se celebraron competiciones, y se cambió la corneta, que era el sistema utilizado por el ejército para emitir señales, por el método persa de las hogueras, cuyo humo no se perdía entre el barullo de la multitud.

La suerte de estos refuerzos había sido extraña; se habían visto atrapados en medio de emergencias antes de que pudieran participar en las batallas en las que

habrían sido más útiles. Llegaron demasiado tarde para Gaugamela pero abandonaron Grecia demasiado pronto para poder ayudar a Antípatro con la revuelta espartana, que finalmente alcanzó un punto crítico; en el otoño de Gaugamela, cuarenta mil macedonios y aliados marcharon a los montes cercanos a Megalópolis, en el sur de Grecia, y desafiaron a los espartanos y sus aliados a una batalla campal doblándolos en número. En una lucha feroz, Agis, el rey de Esparta, fue asesinado y sus rebeldes derrotados, pero el mérito correspondió más a los aliados de Antípatro, griegos a su vez, que a los relativamente pocos macedonios que había en el ejército; la rebelión de Agis había sido heroica, pero, en el más genuino estilo espartano, se había producido demasiado tarde, y fueron más los griegos que contribuyeron a sofocarla que los que se unieron en la lucha por esa libertad que con tanta frecuencia Esparta había traicionado. Para los aliados que conocían los antecedentes de Esparta, la causa de un rey espartano era incluso menos recomendable que la del propio Alejandro.

Sin embargo, los refuerzos no sabían nada del resultado de la rebelión. Sólo podían hablar del peligro que se cernía en el sur de Grecia, y un Alejandro ansioso pasó revista a sus nuevas tropas y continuó esperando una carta o un signo de sus contactos en Susa. En unos días, llegó el hijo del sátrapa para calmar su inquietud. Se ofreció a guiarlo hasta el río Kara Su, conocido por los griegos como la fuente de agua potable del rey persa; allí lo estaba esperando su padre con doce elefantes indios y una manada de camellos en prueba de amistad. Veinte días después de dejar Babilonia, a principios de diciembre, Alejandro entró, pues, en la provincia y en el palacio de Susa, que se encontraba al final del Camino Real que había determinado su ruta durante los tres últimos años.

«Susa —escribió uno de los oficiales que lo acompañaban— es una tierra fértil, pero el calor es increíblemente sofocante. A mediodía, las serpientes y los lagartos no cruzan las calles de la ciudad por miedo a abrasarse; cuando la gente quiere bañarse, saca el agua fuera para calentarla, y si dejan la cebada extendida al sol, salta como si estuviera en un horno». A principios de diciembre, lo peor del clima había pasado, si bien sus efectos eran visibles en la apariencia de la ciudad. «A causa del calor, las casas están cubiertas con un tejado de tierra de un metro de espesor, y las construyen grandes, estrechas y altas; las vigas de tamaño adecuado son escasas, pero utilizan palmeras, que tienen una propiedad peculiar: son rígidas, pero cuando envejecen no se comban. En cambio, los tejados se curvan hacia arriba, lo que proporciona un soporte mucho mejor». Incluso Babilonia parecía preferible a un clima como éste.

Los palacios no carecían de magnificencia. «La ciudad —escribió un compañero tesalio— no tiene murallas»; a pesar de lo que muchos habían creído, «su circunferencia es de treinta y dos kilómetros y se extiende hasta el final del puente del Kara Su». Los griegos pensaban que había sido fundada por Titono, héroe de una interminable edad antigua, pero de hecho había sido construida por el primer Darío,

unos doscientos años antes de Alejandro, y se encontraba en la tierra de los elamitas, que una vez fueron dueños de un imperio, pero a quienes los persas habían reducido hacía mucho tiempo para utilizarlos como escribas, guardas de palacio y aurigas. Cada provincia del Gran Rey había ayudado a construir Susa. La madera de sisu para las columnas se había traído en barco desde la India, y los artesanos y orfebres procedían de las ciudades del Asia griega; entre las tallas y los trabajos en oro, los esmaltes, las alfombras y las maderas preciosas, Alejandro se encontró con que era dueño de otro gigantesco tesoro de lingotes, en esta ocasión un legado más personal de los reyes persas. Sobre la plataforma central de la ciudad, cada rey había construido su propio edificio del Tesoro; en los dormitorios reales, en la cabecera y al pie de la cama del rey, había dos arcones privados llenos de tesoros, mientras que la cama estaba guardada por el famoso plátano dorado, durante mucho tiempo un símbolo de las riquezas de Persia. Sin embargo, el tesoro más impresionante lo constituían las pilas de bordados púrpuras, cuya antigüedad era de ciento noventa años, aunque todavía se conservaban tan frescos como si fueran nuevos debido a la miel y el aceite de oliva que habían mezclado en las tinturas. Heredero de la fortuna más magnífica de su tiempo, Alejandro había entrado de lleno en una nueva escala de poder; sólo era el principio cuando ordenó que se enviaran 3000 talentos —seis veces más que los ingresos anuales de la Atenas del siglo IV— a Antípatro para ayudarlo a sofocar la revuelta espartana, pues todavía no se sabía que ésta había terminado de manera satisfactoria.

Su entrada en Susa fue un momento emocionante, puesto que los griegos celebraron la caída de un palacio cuyas amenazas y riquezas habían determinado muchos de sus asuntos durante los últimos ochenta años. Alejandro no desperdició la ocasión: en Susa hizo sacrificios a los dioses griegos y organizó juegos de gimnástica griega, y, al entrar en el interior del palacio, le fue mostrado el alto trono de oro de los reyes persas, donde tomó asiento bajo su baldaquín dorado; Demarato, que le había dado a Bucéfalo y era el más leal de sus compañeros griegos, «se deshizo en lágrimas al verlo, como suelen hacer los ancianos, y habló de la gran alegría que se habían perdido los griegos que habían muerto antes de poder ver a Alejandro sentado en el trono de Darío». Sin embargo, la altura del trono fue una cuestión embarazosa, pues mientras que un rey persa podía descansar sus pies sobre un taburete, Alejandro no necesitó una banqueta para los pies sino una mesa, prueba de su baja estatura. Sus hombres hicieron rodar una mesa hasta el trono, pero aquel insulto a los muebles de Darío entristeció sobremanera a un eunuco persa que estaba curioseando, hasta el punto de que no pudo contener el llanto; Alejandro vaciló, pero, siguiendo la sugerencia de Filotas, el hijo mayor de Parmenión, parece ser que templó su corazón y dejó la mesa de Darío bajo sus pies. En este trivial momento de vacilación, se planteó por primera vez el nuevo problema al que Alejandro se enfrentaba, aunque su

reacción fue parca. Un griego había llorado de alegría por lo que un persa había lamentado, y Alejandro, el primer hombre que había de gobernar a ambos pueblos, tendría que encontrar pronto un equilibrio entre ambos.

En Susa, su actitud siguió siendo incontestablemente griega. Como el nuevo acuerdo exigía, Alejandro restituyó al sátrapa persa que se había rendido y, por seguridad y conveniencia, dejó junto a él a un general macedonio, un tesorero, una guarnición y un comandante de la ciudad. Hay otros detalles más reveladores. En el interior del palacio se encontraron estatuas de, al menos, dos de los héroes populares atenienses más famosos, los cuales eran reverenciados como los asesinos del último tirano de Atenas. Jerjes se las había llevado de Atenas en 480 como parte del botín; Alejandro ordenó que fueran llevadas de regreso, lo que constituía una buena réplica para aquellos atenienses que también a él lo llamaban tirano. Alejandro no era meramente el vengador de las equivocaciones de Jerjes, sino que se estaba haciendo pasar por el simpatizante del culto más democrático de la ciudad griega a la que más temía. Su propaganda estuvo tan bien fundamentada como siempre, quizá siguiendo el consejo de Calístenes. A cambio, dejó allí a la madre de Darío, las hijas y el hijo que había capturado en Isos, y designó a unos maestros para que les enseñaran la lengua griega.

Tan lejos, en Susa y Babilonia, la visión que Alejandro tenía de sí mismo y de su expedición no se había puesto a prueba. En Babilonia, Alejandro pudo continuar explotando la venganza de Jerjes que en otro tiempo su padre había concebido para los griegos; en Susa, los persas habían sido los primeros en abrirle su palacio, «sobre todo porque la ciudad nunca había conseguido nada importante, sino que parecía que siempre había estado sujeta a otros». A partir de Susa, Alejandro ya no estaría atravesando un imperio largamente sometido; con acierto, decidió que no se dedicaría a perseguir a Darío hasta que los flancos y la retaguardia de su ejército estuvieran protegidos y la estación permitiera encontrar provisiones cerca de Hamadán. Ahora su ruta lo conducía por el este a la provincia de la Pérside, la tierra natal de los gobernantes del Imperio. Allí no había nadie a quien liberar o vengar; era probable que encontrara resistencia y que ésta proviniera de hombres que estarían luchando por sus hogares.

Tras dejar Susa a mediados de diciembre, a los cuatro días Alejandro cruzó el río Karun y recibió la primera advertencia de que el mundo que había más adelante era diferente. En los montes que se alzaban sobre el camino vivía una gran tribu de nómadas que siempre habían cobrado un peaje a los reyes persas a cambio de un paso seguro a través de sus tierras de pastoreo; este acuerdo era algo nuevo para Alejandro, y no precisamente de su agrado, por lo que, en un ataque realizado al amanecer, cuyas dos descripciones mantienen pocas semejanzas la una con la otra, derrotó a sus habitantes y los obligó a suplicar por sus tierras. Los nómadas apelaron a Sisigambis,

la reina madre persa y tía de su líder; Alejandro le hizo caso y concedió a los nómadas que continuaran utilizando sus tierras al coste de cien caballos, trescientos animales de carga y treinta mil ovejas, la única moneda en la que podían pagar. Las ovejas constituían un suministro valioso, pero en el inmutable equilibrio de Oriente, donde los nómadas y los aldeanos regateaban y luchaban unos contra otros por sus derechos, no había manera de solucionar un problema que era tan antiguo como el propio paisaje.

A los tres días de marcha, después de dejar a los nómadas, el peligro tomó otro cariz. Era natural que esperasen encontrar problemas en el límite de la propia tierra natal de los persas, y Alejandro afrontó la tarea que tenía ante sí dividiendo sus fuerzas: allí donde el camino se bifurcaba al sureste, Parmenión tomó el equipaje y a los soldados equipados con armamento pesado y los llevó a través de las actuales Behbehan y Kazarun hasta Persépolis, centro ceremonial del Imperio persa, mientras que la caballería de los compañeros, los Compañeros de a Pie y las unidades equipadas con armamento ligero siguieron a su rey hacia el este de la provincia, por una ruta abrupta pero directa a través de las montañas. De este modo, ningún piquete sería capturado antes de que pudiera replegarse y advertir a Parmenión. Lo que siguió después quedó ensombrecido por Gaugamela, pero no fue precisamente uno de los recuerdos más felices de la carrera de Alejandro.

El camino terminaba en un estrecho barranco de una altura de más de dos mil metros; estaba flanqueado por densos bosques de roble y una nevada había contribuido a ocultar los baches. Al cuarto día, los guías nativos señalaron las llamadas Puertas de Persia, una escarpada barrera montañosa que los geógrafos árabes alabarían más tarde como un paraíso terrestre; se llegaba a ellas a través de un desfiladero particularmente estrecho y, al final, las rocas parecían formar un muro. Alejandro entró con cuidado, pero tan pronto como estuvo dentro se vio que el muro era artificial. Sobre el muro se habían dispuesto catapultas persas y, a uno y otro lado, las cimas estaban repletas de persas, «al menos cuarenta mil», en la atemorizada opinión de los oficiales de Alejandro.

Los piquetes empezaron provocando una avalancha de grandes rocas desde arriba, mientras los arqueros y las catapultas descargaron sobre unos enemigos «atrapados como osos en un foso». Muchos macedonios se pusieron a arañar las paredes de roca en busca de huecos para subir por ellas, pero sólo consiguieron caer en el intento; no había nada que pudiera hacerse salvo retirarse, por lo que Alejandro condujo a los supervivientes a unos seiscientos metros al oeste, al claro actualmente conocido como Mullah Susan. Aunque se sabía que había un camino más fácil que trazaba una amplia curva por el noroeste para eludir el desfiladero, Alejandro, con toda la razón, se negó a tomarlo; «no deseaba dejar a sus muertos sin enterrar», lo que en las batallas antiguas suponía la aceptación de la derrota, y no podía arriesgarse a que los

persas se retiraran a Persépolis y le tendieran una emboscada a Parmenión y los carromatos con el equipaje que se aproximaban. No parecía haber ninguna salida, hasta que un pastor que estaba prisionero habló de un escarpado camino de ovejas que rodeaba el muro de los persas y conducía a la parte de atrás. Como tantos guías e intérpretes en la historia, el pastor sólo pertenecía a medias a la comunidad a la que ahora traicionaba; era medio licio por nacimiento y no conocía las montañas más que una persona de fuera. La información era muy arriesgada, pero Alejandro no tuvo otro remedio que darla por buena.

Al igual que cuando se asedia una ciudad, Alejandro dividió primero sus fuerzas en varios puntos de ataque. Unos cuatro mil hombres mantendrían las hogueras ardiendo y ahuyentarían las sospechas de los persas. El resto traería suministros para tres días y lo seguiría por el camino del pastor hasta la cima del paso de Bolsoru, cuya altitud era de casi dos mil trescientos metros. El viento del este les arrojaba la nieve sobre el rostro en medio de la oscuridad de diciembre y los empujaba contra la densa arboleda de robles que había a su alrededor, pero, después de haber recorrido unos ocho kilómetros por una ruta casi impracticable para las mulas, alcanzaron la cima, donde Alejandro dividió a sus soldados. Cuatro brigadas de Compañeros de a Pie, demasiado pesadas y torpes para la emboscada, descenderían a la llanura y prepararían un puente sobre el río hacia Persépolis; el resto tuvo que seguir cuesta arriba durante otros once kilómetros de terreno resquebrajado hasta que sorprendieron y masacraron a tres grupos externos de piquetes persas. A primera hora de la mañana, cayeron sobre la retaguardia del muro persa. Un toque de trompeta alertó al ejército, que se encontraba más lejos, en el campamento base: desde la vanguardia hasta la retaguardia, los persas fueron masacrados sin piedad. Sólo unos pocos escaparon hacia Persépolis, donde los habitantes supieron que estaban sentenciados y les negaron cualquier ayuda. En cuanto al resto, muchos se lanzaron desde los precipicios presa de la desesperación y otros corrieron hacia las unidades que se habían situado tras la emboscada para negociar con los fugitivos. Después de uno de los pocos desastres de su marcha, a principios de enero Alejandro era libre para entrar en Persia como quisiera.

La manera en que Alejandro entró en Persia constituyó una advertencia para el futuro. Por primera vez, había luchado contra los iranios en su territorio; no iban a ser liberados, vengados o conquistados mediante consignas diplomáticas, aunque al otro lado de Persia, el montañoso «sur profundo» de la lealtad irania, se encontraba el imperio libremente agrupado de las tribus iranias que se extendía a un lugar situado tan al este como el Punjab y tan al norte como Samarcanda, algo que los griegos desconocían. Por primera vez, la expedición se movía por entero más allá de los mitos de venganza y liberación con los que había partido.

En Persia, la diferencia se planteó sin que llegara a solucionarse. Alejandro

todavía era el griego vengador del sacrilegio persa, el mismo que, al parecer, les había dicho a sus soldados «que Persépolis era la ciudad más odiosa del mundo». Por el camino, Alejandro se encontró con las familias de los griegos que habían sido deportados a Persia por los anteriores reyes y, consecuente con su consigna, los honró de manera llamativa, dándoles dinero, cinco mudas de ropa, animales de granja, cereales, un viaje gratis a casa y la exención de impuestos y acosos burocráticos. En el río Pulvar, se demolió un pueblo nativo con el propósito de obtener madera para construir un puente; el gobernador de Persépolis sólo pudo enviar un mensaje de rendición y esperar el mismo trato de que habían sido objeto sus compañeros sátrapas en el oeste. Al recibir su carta, Alejandro se apresuró a cruzar la llanura denominada Marv-i-dasht y vio ante él, en la distancia, los palacios con columnas que se elevaban sobre una plataforma de quince metros.

Esta tierra persa —escribió Darío I, el constructor de Persépolis, en la inscripción de la muralla sur— que Ahura Mazda me dio, que es hermosa y contiene buenos caballos y buenos hombres, por la gracia de Ahura Mazda y la mía, el rey Darío, no teme a los enemigos… Por la gracia de Ahura Mazda construí esta fortaleza, pues Ahura Mazda ordenó que debía construirse, y de este modo la construí segura, hermosa y apropiada, justo como deseaba hacer.

Sin embargo, a principios de enero de 330, el centro ritual del Imperio persa había caído en manos de un invasor macedonio. El destino de Persépolis estaba en el aire y no había ningún Ahura Mazda que pudiera dilucidarlo.

18. EL SAQUEO DE PERSÉPOLIS

Entre la montaña de la Misericordia y el río Araxes, sobre una terraza artificial de dieciocho metros de altura, se levantaban los edificios del palacio de Persépolis, centro ceremonial del Imperio persa. Se construyeron para que fueran impresionantes, una enorme afirmación del poder real al pie de unas montañas en las que el dominio persa nunca pudo extenderse. Todas las puertas del palacio estaban recubiertas de bronce; había dos salas de audiencias, una sala del tesoro y las habitaciones del rey; había escaleras, dependencias para los guardas y un harén real. La altura de las paredes de ladrillo, adornadas con oro y cristales, casi alcanzaba los veinte metros; unas altas columnas de madera o de mármol, acanaladas y situadas sobre bases con forma de campana, sostenían los techos de madera de cedro. Los tambores de las columnas eran irregulares y los capiteles estaban abigarradamente modelados en forma de parejas de toros o de monstruos arrodillados espalda contra espalda; las puertas eran enormes y difíciles de manejar, el pavimento era una locura y el estilo del palacio resultaba demasiado embrollado para resultar agradable. Una vez al año, Persépolis se convertía en el escenario de un gran acontecimiento, cuando los enviados de todos lo pueblos del Imperio acudían con sus regalos para celebrar la Fiesta del Tributo. Sobre las escaleras de piedra y a lo largo de la parte frontal de los muros de la terraza, los relieves tallados describían la ceremonia: había hileras de Guardias Inmortales que permanecían firmes, con los extremos redondeados de las lanzas descansando sobre sus pies; había nobles medos y persas subiendo las escaleras, algunos hablando, otros sosteniendo flores de loto o lirios —el acompañamiento de un banquete real—, y, mientras los enviados del Imperio esperaban engalanados con sus atuendos nacionales, listos para ser conducidos al interior por los cortesanos, el Rey de Reyes aguardaba sentado en la sala de las cien columnas, esculpido sobre un trono de oro, junto con su personal, y atendido por los ahuyentamoscas reales. Durante casi doscientos años, el poder de Persia se había reunido en Persépolis para celebrar su fiesta anual.

Ahora, en junio de 330, Alejandro se acercó a la ciudad con un ejército formado por unos setenta mil hombres, reunidos después de cruzar las montañas; subió el largo tramo de peldaños bajos de la escalera noroeste hacia la Puerta de Jerjes y sus dos toros monumentalmente esculpidos. Era un empinado ascenso a un mundo de gran pomposidad desconocido hasta la fecha para los griegos, pero el gobernador persa estaba esperando a Alejandro para darle la bienvenida. Le mostraron la sala con columnas de Darío I, cuya superficie era de cuarenta y cinco metros cuadrados,

estaba conectada con la residencia real a través de un estrecho pasadizo; Alejandro caminó por la pequeña cámara central hasta la sala de las cien columnas de Jerjes, en cuya entrada se mostraba al rey persa apuñalando a las bestias del mal, el león-grifo alado y el león con cabeza de demonio, esos funestos antepasados del Diablo en el mundo occidental. Tras esta sala se encontraba el tesoro, un edificio de ladrillos de barro cuyo suelo, de un rojo descolorido, y cuyas relucientes columnas de yeso se iluminaban por medio de dos pequeños tragaluces, y fue aquí donde Alejandro encontró su recompensa: 120.000 talentos en lingotes sin acuñar, la fortuna personal más grande del mundo.

Alejandro ya había alentado a sus soldados hablándoles de Persépolis como la ciudad más odiosa de Asia, y, durante los últimos cuatro años, los hombres habían arriesgado sus vidas con la esperanza del saqueo; por tanto, no se los podía dejar merodeando por la terraza, y, cuando el rey reapareció, les dio al fin la orden para la cual habían estado sirviendo durante tanto tiempo como soldados. Subieron por las escaleras atropelladamente, en una orgía de pillaje que la arqueología ha ayudado a confirmar. Entre las ruinas de Persépolis se encontraron jarras y cristales hechos añicos; las cabezas de los relieves habían sido mutiladas y había pruebas de un vandalismo que no puede atribuirse al paso del tiempo. El tesoro del palacio, en cuanto propiedad de Alejandro, no fue saqueado; en otros lugares, las estatuas de mármol fueron arrojadas desde los pedestales y sus miembros troceados y esparcidos por los suelos; los guardias y los habitantes fueron asesinados indiscriminadamente, mientras que a las mujeres les arrancaron los vestidos y las joyas hasta que, según parece, Alejandro pidió que las perdonaran. Locos por conseguir una parte del limitado botín, los soldados empezaron entonces a luchar entre ellos.

La venganza contra Persia había sido un tema presente en la política griega durante más de cien años y había alcanzado finalmente su punto culminante en este saqueo de Persépolis: con un ejército formado por tribus montañesas de Macedonia y por un número cada vez mayor de tracios, la cruzada no podía haber tomado otro cariz. Sin embargo, este momento culminante no afectó en absoluto a los problemas de la propia posición de Alejandro y, como sucede a menudo, el apogeo del entusiasmo ya contenía los primeros atisbos de duda; una anécdota ilustra este nuevo estado mental:

Al ver una enorme estatua de Jerjes derribada por las hordas que habían forzado su camino hasta el palacio, Alejandro se detuvo a su lado y se dirigió a ella como si estuviera viva: «¿Pasaremos de largo —dijo— y te dejaremos en el suelo porque luchaste contra los griegos, o te levantaremos de nuevo a causa de tu naturaleza, por lo demás elevada?». Durante un buen rato, Alejandro se quedó mirando y pensando sobre el asunto en silencio, pero finalmente pasó de largo.

El vengador de los griegos estaba empezando a tener dudas: tanto si era el azote de Jerjes como si era su heredero, ¿cómo iba a gobernar, después de todo, en calidad de

rey de Asia? Estos eran los problemas más acuciantes, y por el momento los dejó tal cual estaban, igual que a la estatua. Darío estaba reuniendo un nuevo ejército en Hamadán, y parecía muy probable que tuviera lugar otra batalla campal; Alejandro no podía suponer que, al cabo de seis meses, Darío habría muerto y que el problema de cómo gobernar volvería a presentarse con una gravedad tal que haría imposible continuar ignorándolo.

Aunque Persépolis fue saqueada, Alejandro moderó el pillaje con su habitual preocupación por la seguridad y por que el tesoro se agrupara de manera adecuada. Los soldados fueron enviados al este, a la cercana montaña de la Misericordia, y por tanto a Pasargada, donde Ciro el Grande había construido un pequeño palacio unos veinte años antes de la fundación de Persépolis; el gobernador persa del palacio se rindió, y se informó a Alejandro de que había un tesoro de 6000 talentos mientras él aún estaba pensando en cómo centralizarlo. Ordenó que se enviaran desde Susa diez mil animales de carga y cinco mil camellos para ayudar a transportar allí todo el tesoro que había en suelo persa, pues Persépolis no iba a continuar siendo el almacén del Imperio. Mientras se esperaba que llegaran estos carros de transporte, el ejército principal pudo descansar. No así Alejandro, que partió hacia las colinas que había en los alrededores de Persépolis con un piquete de infantería y un millar de jinetes.

Su intención era someter al resto de la provincia de Persia, abrupta, populosa y rara vez visitada por su rey. La nieve de principios de primavera no constituía un incentivo para una campaña como ésta en la montaña, pero, siempre que el grosor del hielo resultaba excesivo para el ejército, Alejandro desmontaba y empezaba a romperlo con un azadón, dando un ejemplo que sus hombres se sentían obligados a seguir. De nuevo su determinación fue decisiva, pues los pastores persas de las montañas nunca habían esperado un ataque durante el invierno y acudieron para rendirse tan pronto como oyeron que serían tratados con benevolencia; los nómadas vecinos, que habían permanecido independientes bajo los reyes persas, fueron sorprendidos en sus cuevas y lo recibieron con una rendición, la cual apenas afectaría a su modo de vida. Tras treinta días de duro esfuerzo, Alejandro ya había visto lo suficiente en relación con los habitantes de las tribus y regresó a Persépolis, donde continuó distribuyendo los más generosos regalos «a sus amigos y otros que ayudaron de acuerdo con sus méritos». Hubo banquetes, juegos y sacrificios a los dioses, y este descanso fue la calma que precedió al estallido de una segunda tormenta.

Mientras el tesoro se sacaba del palacio, se tomaron diversas disposiciones, como si Persépolis todavía fuera un lugar importante. El gobernador persa fue rehabilitado en su rango, y se designó a uno de los hombres de Alejandro para que se pusiera al frente de una guarnición de tres mil macedonios. El trato que habría de recibir la provincia de Persia constituía un problema de difícil solución, pues lógicamente

nunca había pagado impuestos ni había sido sometida mientras gobernaba el Imperio. Una vez más, el tacto de Alejandro se aplicó a una víctima controvertida: nombró sátrapa a un aristócrata persa, hijo de una de las Siete Familias, cuyo padre había sido asesinado en la batalla del Gránico; fue una elección juiciosa en una zona donde dominaba el sentimiento de amargura. Después, una tarde de finales de primavera, sucedió algo que parecía una burla de los nombramientos que se habían llevado a cabo: los palacios de Persépolis ardieron y todo el mundo coincidió en que el fuego empezó con la aprobación de Alejandro.

Ningún acontecimiento de la expedición de Alejandro ha provocado más disputas y especulaciones, y sólo cuando se excavó Persépolis pudo apreciarse el alcance de la devastación. En la sala de las cien columnas de Jerjes, el grosor de las cenizas de la madera que cubría el suelo era de un metro, y los análisis demostraron que se trataba de madera de cedro, el material del que estaban hechas las vigas del tejado del edificio. Así pues, las vigas empezaron a caer desde una altura de dieciocho metros sobre un fuego que los ladrillos de barro de las paredes y las columnas de madera sólo contribuyeron a alimentar: el resultado era incontrolable, y la sala del tesoro y gran parte de la sala de audiencias ardieron al mismo tiempo. Como acto de destrucción, no puede competir con la de Tebas o Gaza en la carrera de Alejandro. Por no hablar de los hechos: su explicación es otra historia.

Según los oficiales de Alejandro, el fuego del palacio fue un acto calculado de venganza; en la historia de Ptolomeo es donde puede rastrearse el motivo de un modo más detallado:

> Alejandro prendió fuego a los palacios persas, pese a que Parmenión le había aconsejado salvarlos, en particular porque no era lo más conveniente para él destruir lo que ahora eran sus posesiones: los pueblos de Asia no irían a su encuentro si se comportaba de ese modo, como si Alejandro hubiera decidido no ejercer su dominio sobre Asia, sino pasar a través de ella meramente como un vencedor. Pero Alejandro replicó que deseaba vengarse de los persas por haber invadido Grecia, por haber arrasado Atenas y quemado sus templos.

El incendio era, por tanto, la culminación de la venganza de los griegos.

Después del brutal saqueo y de haber sacado los lingotes, sin duda podría parecer lógico que Alejandro hubiese incendiado un palacio que no servía para ningún propósito útil. Alejandro habría esperado a que los metales preciosos hubieran sido transportados por medio de animales de carga, y después habría dedicado un gesto final a los aliados griegos a los que iba a disolver al cabo de un mes. Pero Parmenión, el infortunado consejero, es una figura que se desgastó de tanto repetirse en las historias, especialmente porque el verdadero Alejandro pronto se comportaría como el permanente rey de Asia, mientras que Parmenión encontraría la muerte, en parte quizá porque aquél receló de la conducta que, presuntamente, el general le había aconsejado adoptar en Persépolis. Además, si el incendio hubiese sido algo tan cuidadosamente planificado, el acuartelamiento previo de Persépolis no parece una

orden categórica: «Todos convienen —escribió erróneamente Plutarco— en que Alejandro se arrepintió rápidamente y ordenó que se apagase el fuego». Por tanto, había una versión rival en la que el incendio había sido un error; esta versión también merece ser tenida en cuenta.

A diferencia de Ptolomeo, el autor de esta versión no era un amigo personal de Alejandro, pero, a los veinte años del suceso, publicó un libro en el que a menudo exageraba las cosas y en el que a veces se equivocaba, y que redactó basándose, en parte, en las historias que le contaron los hombres del ejército de Alejandro, en parte en otros escritos y, quizá, en lo que vio con sus propios ojos. La noche del incendio, escribió, el rey y sus Compañeros habían celebrado un banquete; había mujeres, el vino corría con generosidad y los músicos se sumaron al jolgorio.

> Relajado por la música, el rey iba presumiendo;
> las batallas concluidas las luchaba de nuevo,
> tres veces derrotó a los enemigos y tres veces mató a los caídos.
> El Amo vio cómo se desataba la locura…

Entre las mujeres se encontraba la encantadora Tais, una cortesana de Atenas que había seguido al ejército a través de Asia; cuando el banquete estaba muy avanzado, hizo un discurso alabando a Alejandro y tomándole el pelo, desafiándolo a que se divirtiera con ella. Era por las mujeres, dijo, para castigar a Persia por el saqueo de Grecia, para castigarla más duramente de lo que habían hecho los soldados, y por eso prendería fuego a la sala de Jerjes, saqueador de su Atenas nativa. Sus palabras fueron acogidas con gritos de aplauso, pues los Compañeros clamaron venganza por la ruina de los templos griegos; Alejandro se puso de pie de un salto, llevando una guirnalda en la cabeza y una antorcha en la mano, y pidió que se formara una turba en honor al dios Dioniso.

> El jovial dios triunfante viene:
> ¡que suenen las trompetas, que batan los tambores…!
> Las bendiciones de Baco son un tesoro,
> beber es el placer del soldado,
> rico el tesoro,
> dulce el placer,
> dulce es el placer después del dolor.

Mientras las flautistas animaban el canto, los invitados cogieron antorchas y la atolondrada procesión siguió a Tais hasta la terraza. En lo alto de la escalera, primero Alejandro y después Tais arrojaron las teas al suelo de la sala de las cien columnas; quienes iban detrás los siguieron y, cuando las llamas se elevaron, las columnas se prendieron y empezaron a arder. Las chispas volaron a través de la plataforma; los soldados del campamento llegaron corriendo, temiendo un accidente; sólo tuvieron tiempo de ver caer las vigas envueltas en llamas; los techos del palacio empezaron a

desplomarse. Persépolis tenía su propio suministro de agua y un sistema de desagües, pero no había ninguna esperanza de mantener semejante incendio bajo control; Alejandro hizo más daño del que pretendía y, cuando los vapores del vino desaparecieron, se arrepintió de su proceder.

Ésta era la historia, adaptada de la original por tres autores distintos al cabo de trescientos años. El autor romano puso el énfasis en el vino y quitó importancia al papel de Tais; los dos griegos hicieron hincapié en la mujer y el frenesí, permaneciendo más fieles a la fuente común; siglos más tarde, dieron pie a que Dryden, que subrayó el poder de la música, escribiera *El festín de Alejandro*, una de las mejores odas en lengua inglesa. La historia que compartían dejaba el motivo de la venganza griega como trasfondo, pero no se imputaba a ninguna conversación con Parmenión o a una destrucción planificada con fines políticos. Lo que Ptolomeo atribuyó a la resolución, otros lo atribuyeron a una mujer, el vino y las canciones. Es a partir de esta profunda diferencia donde debe empezar la búsqueda de la verdad.

Cuando hay un conflicto entre los relatos, resulta tentador creerse el más dramático, pero la historia de Tais, omitida por los oficiales de Alejandro, a menudo se ha juzgado y encontrado deficiente: «Por supuesto —se ha dicho— no hay necesidad de creer ni una sola palabra de esto», y «naturalmente, el relato fue repetido con entusiasmo por escritores posteriores, e incluso hoy en día goza de crédito». Sin embargo, en Tais hay algo más que una divertida leyenda, pues la historia siempre es humana, y, tras el incendio de Persépolis, subyacen entresijos de carácter muy humano.

Tais, la ateniense, no se había unido al ejército macedonio por un capricho pasajero; en primer lugar, tuvo que haber estado segura de su cliente y, por una vez, sucede que un asunto de carácter tan privado nos es conocido. En un libro sobre la conversación en los banquetes, se nombra a este cliente: se trata nada menos que de Ptolomeo, el amigo de Alejandro, del historiador y futuro faraón de Egipto; es una referencia al azar, pero está confirmada por una inscripción que honra a un hijo de Ptolomeo y Tais como vencedor en una carrera de carros de dos caballos en Grecia. De repente, el misterio del incendio adquiere un aspecto muy diferente: aun estando todos de acuerdo en que la venganza inspiró la ruina de Persépolis, fue Ptolomeo quien omitió cualquier mención de Tais y explicó el asunto por medio de un debate entre Alejandro y Parmenión. Es sabido que Ptolomeo solía alterar o suprimir la historia para desacreditar a sus rivales personales. Lo que pudo haber hecho en el caso de un enemigo, pudo haberlo hecho corregido y aumentado en el caso de una dama a la que había amado. Tras la muerte de Alejandro, Ptolomeo se casó por razones políticas, pero Tais ya le había dado tres hijos y no era una amante fácil de olvidar. Incluso puede que Tais estuviese presente mientras su amante reescribía el pasado. «Nadie excepto el audaz, nadie excepto el audaz merece la imparcialidad…».

¿Cómo podía involucrar Ptolomeo a la madre de sus tres hijos en un acto de vandalismo que incluso Alejandro había lamentado? Era mucho mejor dejar a Tais fuera de la historia y reemplazar un momento de intoxicación con una sobria refutación del difunto y desacreditado Parmenión. A través de su firme respuesta, Alejandro parecería muy seguro de sus acciones y nadie sospecharía que la amante del historiador había estado tras el gesto de venganza.

Y sin embargo, la propia irrelevancia del gesto, los nombramientos anteriores, el relato del arrepentimiento y las dudas se han conservado para impugnar la honestidad del relato de Ptolomeo. Alejandro, aunque de un modo vacilante, había empezado a dudar de su papel como castigador de los persas, y es bastante plausible que hicieran falta el vino y el aliento de una mujer para realizar una acción que no había descartado en absoluto:

> El príncipe, incapaz de ocultar su dolor,
> miró a la doncella
> que inspiró su dolor
> y suspiró y miró, suspiró y miró,
> y de nuevo suspiró y miró:
> al fin, oprimido a la vez por el vino y el amor,
> el victorioso vencido se hundió en su pecho.

En una época de indecisión, el palacio se quemó porque un futuro faraón tenía una amante, porque el vino corrió, la mujer provocó y otro rey presumió ante ella; el incendio puede explicarse a la luz de la vieja política, pero tres meses después, cuando Alejandro ya no era el castigador de Jerjes, sino su heredero, el incendio fue justamente lamentado como fruto de un error poco meditado.

Podría parecer que sólo la dama escapó de la culpa por la ruina que había ocasionado. Quizás esto es lo que parecía, pero, de un modo lento y artero, se acabaría haciendo justicia a su nombre. La historia de Ptolomeo era demasiado reservada para que llegase a ser ampliamente leída, pero el autor que contó la verdadera historia de Tais era expresivo y más del gusto del público romano; de Roma, su historia pasó a la Italia medieval, cuando hacía mucho tiempo que ya no se leían los escritos de Ptolomeo. Mientras tanto, otra Tais la había representado en una comedia romana como una muchacha esclava que se mostró desleal con su señor; el poeta Dante combinó a las dos y el resultado mereció un lugar en el Infierno. En el Octavo Círculo, mientras los aduladores son azotados por los demonios, Tais recibe finalmente su merecido. «Antes de que dejemos este lugar», dice Virgilio, el guía de Dante:

> … Haz que penetre tu mirada
> avante —dijo el guía— y tenla atenta
> hasta que por tus ojos sea alcanzada

la desgreñada meretriz mugrienta
que rascándose está con las merdosas
uñas, y se alza, agáchase o se sienta.

Esa es la puta Tais a quien «¿Hermosas
prendas hallas en mí? dijo su amante,
y respondió: «¡Más bien maravillosas!».

Más basta ya, y sigamos adelante.[8]

Tras esta pregunta y esta respuesta subyace una fina ironía que Dante apreció: sin duda Ptolomeo se ganó el exultante elogio de Tais gracias a un delicado silencio que durante dos mil años pareció convincente. El faraón correspondió a su amante, el incendio de Persépolis se trasladó a la página de la política razonada y sólo a través de la confusión de un poeta se hizo justicia a su nombre: finalmente Tais fue condenada, pero es que la justicia poética nunca ha formado parte de la prosa de la política y de los reyes.

TERCERA PARTE

CLITO:

¡Ah, dejad que me pudra con harapos macedonios
en vez de brillar con las modas de Oriente!
¡Ay, por las adoraciones que exige,
que este viejo cuerpo se ase en llamas infernales
o dejad que me enjaule, como a Calístenes!

NATHANIEL LEE,
Las reinas rivales (1677), acto 4, 1.

19. LA HERENCIA DE DARÍO

Como muchos gestos desafiantes, el incendio de Persépolis pronto parecería un gesto anticuado. Durante el verano siguiente, Alejandro rompería con el pasado, un cambio tan notable que llegó a explicarse a través de un cambio paralelo en su carácter; de ahí que la historia de los tres años posteriores hablara tanto de la victoria de Alejandro sobre las tribus de Irán como de la derrota debida a su creciente orgullo e indisciplina. De las dos batallas, la que libró contra sí mismo es la más enigmática, pues, aunque la expedición comportó nuevas tensiones y conflictos, la historia le asignaría a Alejandro el papel que más se avenía a sus ideas preconcebidas. La verdad probable se halla en un nivel más profundo; a veces permanece en la oscuridad, a veces resulta ciertamente más sutil.

A mediados de mayo, Alejandro dejó Persépolis y tomó el camino principal hacia el norte para recorrer los setecientos veinticinco kilómetros que lo separaban de Hamadán, esperando tener que librar una batalla campal antes de capturar a Darío. Por el camino, se unieron a él los refuerzos que había llamado el noviembre anterior, unos seis mil hombres que incrementaban el ejército a más de cincuenta mil soldados, sin contar con el carro del tesoro y el equipaje, cada vez más voluminoso. Esto último se convertiría en una carga pesada e incómoda si el asunto acababa en una persecución de Darío en vez de en una lucha abierta. Sin embargo, Darío no parecía decidirse. Desde Gaugamela había huido a Hamadán a través de un camino de montaña con unos diez mil leales, incluyendo las tropas griegas mercenarias, y al principio se había quedado en su territorio con la esperanza de que en el campamento de Alejandro estallase la discordia. No obstante, cuando sus perseguidores giraron hacia el norte para darle caza, Darío planeó una huida hacia Balj, en Afganistán, el lejano hogar de muchas familias nobles del Imperio; después, al descubrir que Alejandro se aproximaba demasiado deprisa, cambió de nuevo el rumbo y decidió retirarse de Hamadán y dirigirse a las cercanas Puertas del Caspio con un grupo de soldados escitas y cadusios. De esto le llegaron rumores a Alejandro, pero ni los escitas ni los cadusios acudirían en su ayuda; por consiguiente, se produjeron peleas entre los seguidores de Darío. Quienes tenían sus hogares cerca de Balj estaban determinados a retirarse allí, y por tanto arrestaron a su rey en la fértil llanura de la actual Khavar con la intención de escapar al este tan rápido como pudieran. El principal defecto de Darío era su falta de resolución. Ahora esta indecisión le costaría la vida.

Mientras tanto, las actividades de Alejandro habían variado en función de sus

informaciones. Avanzó sin descanso hasta un lugar tan alejado como la actual Isfahán, apoderándose a su paso de las tribus locales y de un palacio persa; después, al enterarse por primera vez de la huida de Darío, se apresuró a ir hasta Hamadán y, tras una larga semana de marcha siguiendo a su presa, llegó allí a mediados de junio, ansioso por hacer acopio de provisiones y continuar hacia el norte. Incluso durante su marcha apresurada encontró tiempo para decidir dos cambios trascendentales: la parte de los tesoros del palacio que estaba siendo transportada desde Persia se guardaría en Hamadán, custodiada por una guardia temporal de seis mil macedonios, mientras que todos los soldados griegos aliados y la caballería tesalia serían licenciados del servicio militar. Capaz de reemplazar a sus aliados griegos con los recientes refuerzos, Alejandro abandonó de este modo un mito que empezaba a estar anticuado; después del atolondrado clímax alcanzado en Persépolis, la consigna de la venganza griega no iba a extenderse a la persecución y la captura del rey persa, de manera que, en el futuro, la guerra sería una aventura personal, no una venganza pública. Los aliados podían alistarse como aventureros y compartir el entusiasmo a título privado. Muchos lo hicieron, tentados por la promesa de una bonificación tres veces mayor que la espléndida cifra de despedida que se les pagó a quienes rehusaron; éstos recibieron los salarios acordados, un suntuoso regalo en efectivo y una escolta hasta el litoral, junto con el botín obtenido y los recuerdos. 9000 talentos y muchos objetos valiosos desaparecieron en un momento; a los generales de categoría inferior, que se encontraron con que sus unidades se licenciaban, se les dieron nuevas órdenes; en cuanto a Parmenión, depositaría el tesoro en Hamadán y lo dejaría en manos de Hárpalo, el amigo de Alejandro, y después marcharía al noroeste con una gran fuerza contra los cadusios, de cuya ayuda había dependido Darío hasta entonces. Puesto que esperaban encontrarse en Gurgán, Alejandro y su general se despidieron brevemente. Nunca más volverían a verse.

Al avanzar hacia el norte, Alejandro estaba sometiendo a sus intendentes a una grave tensión. Los documentos persas prueban que los principales caminos fuera del Oxo estaban equipados con casas de posta en cada etapa del viaje para que los oficiales pudieran disfrutar de comidas regulares si disponían de las credenciales correctas. Por tanto, los generales de Alejandro tenían asegurada la comida cualquiera que fuera el paisaje, pero los soldados disponían de los carros y de poco más, puesto que a los mercaderes que seguían al ejército no les debía de resultar nada fácil ofrecerles los habituales productos en una tierra de tribus del desierto y que carecía de ciudades. Hubo meses enteros de raciones escasas en los que el ejército tenía mayores posibilidades de sobrevivir si se dividía, y estaba también el problema de la paga. Los espléndidos y maravillosos regalos hechos en Hamadán eran una buena promesa para el futuro, pero no hay nada que indique de qué modo pagó Alejandro a sus hombres durante los seis años siguientes. Al parecer, llevó con él una parte del

tesoro, y sabemos que los reyes posteriores recurrieron a una acuñación especial durante los viajes; los lingotes de oro necesarios para hacer frente a la paga del ejército durante un año no debían de constituir una carga tan voluminosa como para que resultara imposible de transportar desde Hamadán hasta la India, y, según parece, los lingotes de plata, valorados según su peso, fueron utilizados como moneda en el alto Irán bajo los reyes persas. Es posible que se pagara a los soldados con este metal sin acuñar, pues el total de las monedas de Alejandro encontradas en el alto Irán es desdeñable, y las pequeñas unidades para el intercambio diario son particularmente raras. El saqueo y el pago en especies debió de ser muy importante, aunque la mayoría de las noticias que tenemos al respecto provienen de relatos latinos posteriores, y puede que los hombres prestaran sus servicios por la promesa de recibir una recompensa inmensa cuando regresaran a casa. Sin embargo, las cantidades y la disponibilidad de dinero nunca pueden calcularse, por lo que hay un aspecto crucial en la relación entre el rey y sus soldados que es un misterio insoluble. Utilizando índices estándar, que sin duda Alejandro mejoró, los siguientes seis años fueron inmensamente caros; el tesoro podía hacerles frente, pero incluso aunque los métodos de su financiación sean desconocidos, y probablemente seguirán siéndolo, no debería olvidarse que la contabilidad y sus entresijos son un factor importante.

Durante once días Alejandro condujo a un pelotón, elegido por su movilidad, hacia el norte desde Hamadán a una velocidad frenética; puesto que las caravanas árabes posteriormente necesitarían nueve días para realizar el viaje, Alejandro debió de dejar el camino principal, tal vez con la esperanza de atrapar a Darío en un desvío. Decepcionado, regresó al Camino Real y cabalgó hasta Ragai, donde permaneció por espacio de cinco días; muchos soldados sucumbieron, exhaustos, y varios caballos galoparon hasta morir.

Una vez más, fueron los rezagados quienes revelaron lo que había sucedido. Dos babilonios, uno de ellos el hijo de Maceo, informó del arresto de Darío; con unos pocos jinetes elegidos, Alejandro corrió de inmediato hacia el este para tomarles la delantera a los traidores. Después de galopar dos días temerariamente, descansando sólo durante el calor de la tarde, alcanzó el último campamento conocido de Darío en el límite del Dasht-i-Kavir: allí le dijeron que unos asesinos habían escondido a Darío en una carreta y que, al parecer, se dirigían a Shahroud, aunque no dudarían en abandonarlo si se veían obligados a ello. El tiempo que se ahorrara en el desierto podía ser decisivo, por lo que la infantería ligera, que era más apropiada, montó a caballo con la orden de seguir un audaz atajo que lo bordeaba. De sol a sol, se cubrieron unos sesenta y cuatro kilómetros de un yermo paisaje salino, y finalmente, cuando el calor de la mañana empezó a intensificarse, vieron una caravana de carretas que se tambaleaba en el lejano verdor dirigiéndose al este por el camino principal cerca de la actual Damghán. Por última vez, los caballos corrieron a medio galope, a

trompicones, lo cual al menos bastó para levantar una polvareda y asustar a su desprevenida presa. Alejandro sólo tenía sesenta hombres a su lado cuando detuvieron la caravana y desmontaron los carros para inspeccionarlos. Sin embargo, a pesar de la búsqueda, no encontraron a Darío en ninguna parte.

Con gesto de cansancio, un oficial macedonio se apartó para ir a buscar agua por los alrededores del camino; en su búsqueda, llegó a un carromato cubierto de barro que había sido abandonado por sus ocupantes. Miró y vio que en su interior había un cadáver atado con cadenas de oro, lo que significaba que se trataba de un rey persa: como Yazdegerd III, el último rey de la dinastía de los Sasánidas que huiría de los invasores árabes mil años después, Darío III, último de los reyes Aqueménidas, había sido acuchillado y abandonado por sus propios cortesanos. Sólo en la leyenda se le dejó el suficiente aliento para saludar a quien así lo había encontrado y encomendarse a la nobleza de Alejandro. Los oficiales de servicio insistieron de manera conveniente en que Darío había muerto antes de que Alejandro pudiera verlo. Los asesinos estaban ya demasiado lejos como para poderlos atrapar.

Al encontrarse con el cadáver de su enemigo, Alejandro se comportó de un modo sorprendente. Se quitó la capa que llevaba y envolvió con ella el cuerpo. Darío sería llevado a Persépolis para recibir un funeral digno de su realeza. Los prisioneros persas fueron interrogados y a los nobles se los colocó aparte para su puesta en libertad: la nieta del predecesor real de Darío fue devuelta a su marido, un aristócrata local, y, al cabo de pocos días, el propio hermano de Darío se alistó en el cuerpo de los Compañeros macedonios. Y, sin embargo, cuando estaba vivo, Darío había sido acusado de ser enemigo de Alejandro; él fue «quien inició primero la enemistad» y se decía que «sólo recuperaría a su familia y sus posesiones si se rendía y suplicaba en su favor»: fue un completo cambio de tono, y los soldados debieron de observarlo con asombro. Para tranquilizarlos, se distribuyeron entre ellos regalos de una generosidad extraordinaria procedentes del tesoro capturado.

Gracias a la muerte y la captura de Darío, Alejandro se vio convertido en el heredero del Imperio que anteriormente había venido a castigar. Con todo, la realeza de Persia no iba a asumirse a la ligera; sus raíces se hundían en la historia y, al igual que el gobierno del Imperio, se había nutrido de sus pueblos sometidos. Alejandro iba a heredar unas tradiciones que ya había ofendido. Nunca llegaría a aceptarlas del todo, pero es importante darse cuenta de lo que significó su ejemplo y de por qué no podía hacerles justicia.

Aunque los griegos habían denunciado durante mucho tiempo que la monarquía persa era servil, e incluso habían explicado ese rasgo como consecuencia del debilitador clima de Asia, se trataba sin embargo de un gobierno encomiablemente versátil. «Los persas —había escrito Heródoto— admiten las costumbres extranjeras más fácilmente que el resto de los hombres», y cuantas más cosas sabemos de ellos

más cierta resulta esta afirmación. Doscientos años antes de la llegada de Alejandro, habían derrocado el Imperio de los medos y se habían anexionado la antigua civilización de Babilonia, pero en ambos casos se habían aprovechado de la experiencia de sus súbditos. De los medos adquirieron las artes de la comodidad cortesana y el aislamiento de la realeza, junto con un legado lingüístico y arquitectónico que sólo ahora empieza a recuperarse; de Babilonia y Asiría tomaron los antiguos mitos reales, ya fuera el del Árbol de la Vida o el del ajusticiamiento del León Alado del mal que tanta santidad dio a Persépolis, mientras que, en un plano más humilde, asimilaron la ley y la burocracia, para las cuales su propia vida pastoril y analfabeta no estaba preparada. Como siempre, las nuevas necesidades se cubrieron con recursos internacionales: escribas de Babilonia y Susa llevaron las cuentas del rey en un lenguaje que éste no podía hablar; los griegos sirvieron como médicos, escultores, intérpretes y bailarines; los carios y los fenicios gobernaron la flota; los magos de los medos se ocuparon de las plegarias y los sacrificios, al menos inicialmente, mientras que, para que sirvieran en las guarniciones de las satrapías, se trajeron indios a Babilonia, hombres del Oxo a Egipto, marineros griegos al golfo Pérsico y bactrianos de Irán a Asia Menor. Sin embargo, este intercambio no se limitaba a las aptitudes y al servicio en el gobierno.

Al desplazarse al oeste para gobernar en la extranjera Babilonia, la nobleza persa se había casado libremente con sus súbditos. En menos de dos generaciones, en los documentos comerciales locales abunda la mezcla de nombres persas y babilonios, aunque, incluso entre la nobleza, un persa podía casarse con una judía, una armenia o una egipcia, y su matrimonio era considerado legal por los babilonios, los árabes o los hebreos. Bajo el dominio persa, Babilonia se convirtió en una tierra de mestizos, e incluso se sabía que el rey persa mantenía una amante babilonia. En las capitales del Imperio, en Menfis igual que en Babilonia, había barrios de extranjeros que se denominaban según la nacionalidad de sus habitantes, exactamente igual que en las ciudades de Alejandro y en las de los reyes griegos que lo sucedieron, pero estas zonas segregadas no aislaron a un pueblo de otro, y la Babilonia persa, especialmente, fue un mundo integrado. Esta integración no se limitó al matrimonio: en la corte persa, las tallas de Persépolis constituyen un documento preciso sobre los oficiales del Imperio persa. Los Guardias Reales de las dependencias privadas de palacio son todos persas y se distinguen por la empuñadura de oro de sus lanzas; dependen del alto mando persa. Sin embargo, nada más salir de dichas dependencias, en las salas públicas y a lo largo de las grandes escaleras, los responsables del alto mando son a menudo medos, mientras que los lanceros están mezclados con súbditos de Susa, cuna del antiguo Imperio elamita, integrados en los nueve «Miles» restantes de Guardias Inmortales que servían como tropas de élite del rey. En cuanto a la policía de la corte, el modelo es aún más impresionante. El rey empleaba a los

encargados de los látigos, que controlaban a la muchedumbre cuando llevaba a cabo procesos públicos; junto a sus látigos de oficio, estos servidores transportaban las alfombras y la silla real, prueba de que también supervisaban la comodidad del rey. Y, sin embargo, en Persépolis cada uno de estos altos oficiales aparece con la capa y el sombrero esférico, lo que demuestra que son medos; y si los medos supervisaban el escabel del rey, había mozos de cuadra medos que se ocupaban de sus caballos, mientras que los elamitas de Susa estaban al cuidado de los carros de guerra. La mitad de los enviados del Imperio eran conducidos ante el rey por mayordomos persas, y la otra mitad por medos; ante el rey, el Representante de la Casa Real presenta su informe, haciendo una ligera reverencia, y también él, el más alto oficial de la corte, es un medo. Los persas no excluyeron a los pueblos cuyos imperios conquistaron: de los nativos de Susa reclutaron escribas y guardias de infantería, y también adoptaron el estilo de sus vestidos y mantos con pliegues, sus dagas, sus estuches arqueados y sus zapatos abotonados. De los medos, famosos por utilizar cosméticos y por llevar pantalones de vivos colores, pendientes y botas con tacones altos, los persas atrajeron a los oficiales para que hicieran la corte confortable y mantuviesen a su rey en un apropiado aislamiento.

Sin tener en cuenta este contexto persa, los planes que tenía Alejandro para el gobierno habrían parecido innecesariamente radicales. Ya en verano de 330 había signos de que el acierto de esta integración no se perdería con él más que con sus predecesores persas: Alejandro asignó las satrapías que se encontraban al este de Babilonia a orientales, de las que éstos conocían la lengua y las tribus. Incluso el más conservador de los aduladores griegos había aconsejado una política de este tipo a Filipo cuando llevaba a cabo la cruzada de los griegos; Alejandro se había rodeado de persas a los que consideraba amigos honorarios y ahora respetaba al difunto Darío del mismo modo que los antecesores de Darío habían respetado en otro tiempo a los reyes a los que sustituían, tanto si estaban vivos como si estaban muertos. Para administrar sus conquistas, Alejandro necesitaba la misma destreza que los persas habían demostrado antes que él, tanto a nivel local en Babilonia, donde los impuestos pasaban a través de una compleja cadena de recaudadores y oficiales regionales, como en las sedes del gobierno, en Susa o Hamadán, donde la mayoría silenciosa de oficiales encargados de los suministros, los tesoreros, capataces, administradores de tierras y contables habían servido durante mucho tiempo a la nobleza persa, aunque fueron completamente ignorados por los historiadores griegos. Los documentos locales prueban que, bajo el dominio persa, mil trescientos cincuenta trabajadores pertenecientes al Tesoro podían ser despachados mediante un simple envío desde Persépolis, mientras que un atraso en el trabajo podía hacer que los escribas siguieran ocupándose de recibos y registros durante más de seis años. Al igual que los persas, Alejandro seguramente asignó estos puestos a la burocracia extranjera y a la

población de siervos, al menos en lo tocante a los impuestos y suministros: lo que había hecho para la cancillería debía hacerlo ahora, como era lógico, para la corte, y como los persas habían tratado a los medos Alejandro iba a tratar ahora a los persas.

No obstante, el proceso no fue tan fluido como podría parecer. Por un lado, se encontraban los veteranos que habían estado luchando durante treinta años, formados con Filipo y a menudo resentidos con los griegos y, por supuesto, con los orientales. No habían pasado su juventud con amigos que sabían hablar persa o con tutores que escribían sobre los magos. Querían el poder para ellos, tesoros y quizás el final de la marcha. No habían esperado compartir el gobierno de las ciudades conquistadas, como tampoco los griegos habían esperado que su cruzado se convirtiera en el rey de los persas. Los griegos cultos habían mostrado tanto cariño por la idea de lo bárbaro como por las clases más bajas: había oficiales macedonios cuyos sentimientos podían ser parecidos, especialmente si Alejandro amenazaba su posición con servidores orientales.

Su consentimiento sólo se aceleraría debido a las características de la realeza persa, pues si bien la corte de los persas era una sociedad entremezclada, el propio rey se situaba por encima de ella en un venerable aislamiento. El acceso al rey estaba controlado por el alto mando y los chambelanes, y, durante las audiencias, los visitantes debían mantener las manos estrictamente bajo la capa. Los griegos creían que ningún hombre sería recibido a menos que antes se hubiese lavado y se hubiese puesto vestiduras blancas; ciertamente, a cualquier súbdito que se sentara en el trono de oro del rey o que se pasease por la alfombra real le esperaba la muerte. Una vez admitido, el visitante se llevaba las manos a los labios en un respetuoso gesto que los griegos reservaban para sus dioses, mientras que los suplicantes o las clases más humildes además se arrodillaban. Durante las comidas oficiales de la corte, el rey comía bajo un velo en compañía de su esposa, su madre y sus hermanos reales; bebía principalmente agua hervida, comía un pastel de cebada y sólo tomaba vino en una copa de oro con forma de huevo. Los miembros de la corte podían incluso reservar comida procedente de su mesa como una ofrenda a su reverenciado espíritu. En vida del rey, se mantenía encendido en su honor un fuego real que sólo se apagaba cuando moría: en su funeral, los miembros supervivientes del alto mando eran ejecutados junto a la pira. Aunque no era adorado como un dios viviente, era el elegido de Ahura Mazda y su protegido favorito, y se vestía como correspondía a su majestad. Cabalgaba en un carro engalanado tirado por caballos blancos; la túnica que llevaba, con franjas blancas y púrpuras, caía sobre un vestido cuyos bordados eran de oro y que, según se decía, costaba 12.000 talentos; los collares y brazaletes que lucía también eran de oro; se protegía del sol con una sombrilla e iba acompañado por un Ahuyentamoscas, mientras que el tocado era sencillo y redondeado, como una chistera alta pero sin ala; los zapatos eran acolchados, teñidos de un color azafrán

claro, sin hebillas ni botones, y la faja estaba tejida con hilo de oro puro. Se movía como un dios entre los hombres, distante pero solitario y a menudo inseguro.

Aunque fuera respetuoso con el difunto Darío, Alejandro nunca podría competir con esta aura religiosa. Sus oficiales no la habrían entendido, y ya después de Gaugamela, la desafiaría de manera deliberada mediante la propaganda: las monedas procedentes de las acuñaciones de Asia occidental mostraban un león-grifo, símbolo persa del caos y el mal, pero, lejos de aparecer acuchillado por el rey persa como en Persépolis, se mostraba al grifo dando muerte a unos persas, justo al revés del mito real. Cuando un rey persa subía al trono acudía a Pasárgada, el lugar donde se encontraba la tumba del rey Ciro, y se vestía con un tosco uniforme de piel para consumir una comida ritual de higos, leche agria y hojas de terebinto. Esta antigua ceremonia recordaba antiguas leyendas de la juventud de Ciro, en la sociedad nómada que una vez fue Persia; tras esta comida, el nuevo rey incluso se ponía la capa del rey Ciro. A través de los autores griegos y de sus amigos persas, Alejandro sabía lo mucho que los persas reverenciaban el recuerdo de Ciro, por lo que no tardó en querer mostrar ciertas semejanzas con este rey en su propia propaganda. Sin embargo, sólo en el *Román* se explica que se notificó a todos los persas mediante una proclama que el nuevo rey de Asia mantendría sus tradiciones como antes. No sabemos si Alejandro aprendió a hablar persa con fluidez y, aunque a menudo se valió de magos orientales, nunca ordenó esta tradicional ceremonia real para sí mismo. Era un extranjero que había incendiado Persépolis y no podía entender tales rituales nómadas. No obstante, los rituales sobrevivirían mucho tiempo después de que sus logros se hubiesen olvidado.

Ahora bien, Alejandro también iba a aproximarse al alto Irán, donde se esperaba la debida dosis de tradición de cualquier aspirante al reino persa. En el proceso, Alejandro podía ofender a sus generales más veteranos, pero había que llegar a un compromiso entre los escrúpulos macedonios y las expectativas orientales. Si hubiera sido débil o hubiera carecido de imaginación, nunca lo habría intentado. Pero Alejandro no era así, y en unas semanas la corte se convirtió en un hervidero de chismes y conjeturas.

En primer lugar, Alejandro se aseguró de su posición. Al dejar la zona donde había sido asesinado Darío, regresó al cuerpo principal de sus tropas y, tras un breve descanso, las llevó desde los límites del desierto hasta los pasos de los montes Elburz, dirigiéndose al norte, en dirección al mar Caspio, a través de bosques de robles y castaños, barrancos montañosos y guaridas de lobos y tigres. Se sabía que los cortesanos de Darío y los soldados griegos que lo sirvieron hasta el final habían huido a esas zonas boscosas en busca de refugio. En menos de una semana, el antiguo visir, uno de los asesinos de Darío, prometió rendirse a cambio de un perdón que posteriormente se atribuyó a los encantos del eunuco que lo acompañaba. El perdón

formaba parte de una política más moderada según la cual todos aquellos que se rendían debían ser indultados, por lo que Alejandro empezó a preocuparse menos por castigar a los asesinos de Darío que por sacar a los nobles persas de los bosques para incorporarlos a su causa, donde podrían ayudar a resolver los problemas de lengua y gobierno. En efecto, el eunuco era una figura a la que había que respetar, y de todos los hallazgos que se hicieron en los meses transcurridos cerca del Caspio ninguno demostraría ser más valioso o extraordinario; con el persa Bagoas, Alejandro inició una relación que duró toda la vida.

El nombre de Bagoas iba ligado a numerosos y desagradables recuerdos; unos diez años antes, un tal Bagoas, también eunuco, se había hecho famoso sirviendo como general persa, primero en Egipto y después en Asia occidental, donde llevó a Hermias, el primer patrón de Aristóteles, a la muerte. Después envenenó al predecesor de Darío e hizo rey a este último, sólo para que, en pago de su acción, acabara envenenado él también, según dijeron algunos; el famoso jardín arbolado de Bagoas en Babilonia pertenecía ahora a Parmenión, que lo había recibido como regalo. No obstante, parece ser que el Bagoas de Alejandro era joven y extremadamente apuesto; una lista de los oficiales de Alejandro honra a «Bagoas, hijo de un tal Farnuces», quien quizá tenía relación con la costa helenizada de Asia; de ser así, puede que Bagoas fuera bilingüe, y probablemente se trataba sólo de un joven eunuco cortesano amado por su afectación. Lo que Hefestión pensaba de él sólo podemos imaginarlo, pues la gran importancia que tuvo Bagoas quedó oculta tras el decente silencio que guardaron los amigos de Alejandro. Así pues, el más sorprendente de los íntimos de Alejandro es también el menos conocido, sin que por ello deba minimizarse el papel que desempeñó; además de ser una servicial fuente de información sobre los persas, también era la prueba más rotunda de que Alejandro encontraba agradable la compañía de los orientales; en pocas semanas, Bagoas pudo considerarse el primer signo de los nuevos tiempos.

Al continuar atrayendo seguidores desde los territorios salvajes, Alejandro ofreció las condiciones para un nuevo empleo a los mil quinientos griegos mercenarios que habían permanecido devotamente al lado de Darío. Primero se mostraron reacios, pero después aceptaron el trato que se les proponía y en el que todavía se reconocía a Alejandro como caudillo aliado. Quienes se habían unido a Persia antes de que Filipo declarase la guerra fueron puestos en libertad, mientras que los que habían luchado contra los decretos de los aliados griegos tuvieron que alistarse en el ejército de Alejandro a cambio de la misma paga. Rico y sin que nadie lo desafiara, Alejandro se había distanciado mucho de la masacre de los «rebeldes» griegos en el Gránico; después, partió por un breve espacio de tiempo para ir en busca de las tribus de las montañas circundantes; durante unos instantes, que resultaron gloriosos, éstas consiguieron tenderle una emboscada a Bucéfalo, pero ante la furiosa amenaza de

devastación proferida por Alejandro, se rindieron y devolvieron el caballo. La brusquedad con que se trató a las tribus de las montañas no pudo menos que impresionar a sus nuevos amigos persas, ya que durante mucho tiempo la autoridad de sus reyes había zozobrado frente a esos pueblos inaccesibles.

Reunidos de nuevo, Alejandro y sus soldados marcharon por las laderas de la montaña a Zadracarta, la capital de Gurgán, cerca de la ribera meridional del mar Caspio. Alejandro entró en la exuberante jungla de un paisaje tropical en el que abundaban los alimentos y que se beneficiaba del frescor de las lluvias de verano, un auténtico lujo: ningún griego había visto nunca antes nada semejante y los oficiales quedaron convenientemente impresionados: observaron los abetos plateados, los robles rebosantes de savia y los precipicios que había en la costa, por encima de los cuales los «ríos fluían, dejando espacio suficiente para que los nativos organizaran festines e hicieran sacrificios en las cuevas que hay debajo, disfrutando de la luz del sol y viendo cómo el agua pasaba por encima sin causarles ningún daño, mientras que ante ellos se extendía el mar y una ribera tan húmeda que en ella crecían la hierba y las flores». El propio mar no era menos misterioso. Bajo el mando del primer rey Darío, había sido explorado doscientos años atrás por Escílax, un marinero de Caria cuya pequeña embarcación alcanzó la orilla norte y descubrió que había otra masa de tierra más allá. Los hechos no se conocían muy bien en Grecia, aunque puede que Aristóteles le hablara de ello a su antiguo discípulo, y puesto que muchos creían que el Mar Exterior del mundo fluía alrededor de la costa norte de Asia, Alejandro se preguntó si el Caspio no sería un golfo de ese mar. Por primera vez, tuvo la sensación de encontrarse en un posible límite del mundo, y tanto si esta cuestión le entusiasmaba como si no, al final de su vida retomaría el plan para descubrir la verdad. Mientras tanto, sus seguidores habían probado el agua del Caspio y habían notado su intenso dulzor, todavía manifiesto en nuestros días; también les sorprendió la gran cantidad de pequeñas serpientes de agua que había. Sin embargo, dejaron su extensión sin definir y, durante quince días, descansaron en Zadracarta mientras Alejandro hacía sacrificios a sus dioses habituales y celebraba los primeros juegos atléticos que vieron las gentes de Gurgán. Durante esas dos semanas, se dejó constancia de dos acontecimientos, tan romántico uno como memorable el otro.

Se contaba que, de las orillas del mar Caspio, llegó la reina de las amazonas acompañada por trescientas mujeres a las que prudentemente dejó fuera del campamento macedonio. Con un solo pecho y adiestrada para la guerra, le dijo a Alejandro que deseaba tener un hijo suyo. A pesar de Bagoas, «la pasión de la mujer, que era más entusiasta que la del rey, hizo que él pasara treinta días satisfaciendo sus deseos». Pero ninguno de los historiadores de Alejandro estaba dispuesto a apoyar esta controvertida historia, ni siquiera el mayordomo mayor de la corte, que era quien debía de haber conducido a la reina a su presencia, y por tanto el episodio tuvo que

descartarse como una mera leyenda. Durante mucho tiempo, los griegos habían situado a las amazonas cerca del Mar Negro, no sin razón, pues allí las tribus eran de carácter matriarcal y estaban gobernadas por mujeres. Ahora bien, el Mar Negro se encontraba a cientos de kilómetros del mar Caspio, por lo que la visita de la reina de las amazonas fue inventada por dos historiadores que, al parecer, confundieron la geografía. Quizás una reina de una zona cercana acudió al campamento. En cualquier caso, las amazonas eran demasiado famosas como para que los románticos reconocieran que Alejandro no las recibió.

Aun descartando un idilio con una amazona, Alejandro no se había quedado de brazos cruzados. En Zadracarta, la nobleza persa continuó uniéndose a él desde sus refugios en las estribaciones de los Elburz: algunos eran antiguos sátrapas; uno de ellos, Artabazo, era un antiguo amigo invitado a la corte de Filipo. Padre de Barsine, la amante persa que Alejandro tomó en Isos, trajo nada menos que a sus siete hijos, que en el futuro se convertirían en intérpretes y oficiales de segundo rango. La política de indultos y su relación con Barsine ayudaron a que el número de orientales al servicio de Alejandro aumentara considerablemente. Esta reserva de colaboradores persas siguió siendo un elemento central en los planes para el Imperio a lo largo de su vida. Resultaba prudente, y era un gesto de cortesía, procurar que esta nueva nobleza se sintiera como en casa, y en las conversaciones puede que se discutiera sobre lo que siempre habían sabido en los tiempos en que gobernaba un rey persa. Alejandro no vaciló más; como heredero de Darío y admirador de Bagoas, empezó a llevar algunas prendas del atuendo real persa.

Es importante entender cómo lo hizo exactamente. Rechazó los excesos de los medos, tales como los pantalones reales o el sobrepelliz de mangas cortas, y no hay noticia de que llevara la tiara redonda o el tocado real en ninguna ocasión. Se contentó con la túnica a franjas blancas y púrpuras, la faja y la cinta o diadema que antiguamente habían llevado el rey y sus parientes reales. Ahora el uso de la diadema era exclusivo del rey, y éste a veces la llevaba alrededor del sombrero macedonio, de color púrpura, o en ocasiones directamente sobre la cabeza. A los Compañeros se les dieron sombreros púrpuras similares y clámides bordadas con púrpura, como los oficiales Ataviados con la Púrpura de la corte persa, y se los invitó a que adornaran los caballos con arneses y arreos persas. En lo sucesivo, el acceso a Alejandro estuvo controlado, como en Persia, por los mayordomos y el alto mando, cuyo comandante en jefe era el griego Cares de Lesbos, quien presumiblemente era bilingüe y que más adelante escribió unas vividas memorias. También se dijo que las concubinas de Darío fueron restituidas, «trescientas sesenta y cinco en total», según los griegos, quienes gustaban de hacer coincidir el número de las costumbres persas con los días del año babilonio, que era el que ellos seguían. Las concubinas nunca vuelven a mencionarse y es poco probable que estuvieran disponibles en los salvajes territorios

del mar Caspio. Sin embargo, no hay duda de que antes o después Alejandro las reclutó.

Este reajuste estaba destinado a suscitar comentarios. «Fue entonces —escribió un historiador romano cuatrocientos años más tarde— cuando Alejandro dio rienda suelta a sus pasiones y transformó su continencia y autocontrol en altivez y libertinaje». Este aspecto, bien conocido, pasa por alto la cuestión de que Alejandro no fue el primer rey griego que llevó la diadema o el atuendo persa. Durante los últimos setenta años, los tiranos de Siracusa, en Sicilia, se la habían puesto sucesivamente, no porque tuvieran alguna conexión con Persia sino porque creían, de manera equivocada, que el rey persa era considerado un dios viviente, y también ellos deseaban ser vistos a través de su vestimenta como los representantes del dios Zeus en la tierra. Estos matices de la religión no habían de pasar desapercibidos al observador griego casual que ahora veía a Alejandro con diadema y que ya sabía hasta qué punto el rey subrayaba su relación con Zeus. No formaban parte de los propósitos de Alejandro: se trataba de un asunto político, aunque modesto al fin y al cabo. Alejandro rechazó las prendas persas más vistosas porque sus oficiales se habrían molestado, y únicamente se ponía las otras en presencia de los orientales. Sin embargo, sólo por llevar diadema Alejandro instauró una moda duradera: la llevarían sus Sucesores cuando, uno tras otro, reclamasen su herencia asiática, y ciento cincuenta años después de su muerte todavía sería imitado por los lejanos reyes griegos de la Bactriana, aislados de Occidente en el alto Irán. Según se contaba, el propio Alejandro se había referido a ella denominándola «el botín de la victoria», pero también se trataba de una concesión a su nueva posición: como rey, no como agente de la venganza griega, se dirigía hacia el corazón de las tribus iranias, y adoptó en su tiempo libre una parte del atuendo al que sus súbditos estaban acostumbrados. Después de tres duras victorias, unas pocas costumbres persas pueden parecer un gesto irrelevante. Pero después de éstas vendrían algunas más, e incluso estas pocas son importantes: cuando Julio César planeó invadir el Imperio de los partos siguiendo los pasos de Alejandro, hubo quienes en Roma le aconsejaron, como medida de precaución, que se pusiese la diadema y el atuendo persa aun antes de entrar en Asia.

Para el personal de Alejandro, estos cambios revelaban nuevas ambiciones. Alejandro ya había hablado de conquistar Asia, pero, como herederos de Darío, ahora veían que Asia significaba todo el Imperio persa y que no podrían regresar hasta que, como mínimo, se hubiesen apropiado de una gran parte de él. Sería una marcha dura, pues Alejandro había puesto su corazón en dos reinos. Un detalle de su cancillería lo deja bien claro. Como siempre, las cartas necesitaban ser atendidas a diario, pero Alejandro no tardó en encabezarlas con fórmulas de cortesía, excepto cuando escribía a Antípatro o a Foción, un político ateniense de confianza; en otras utilizaba el «nos»

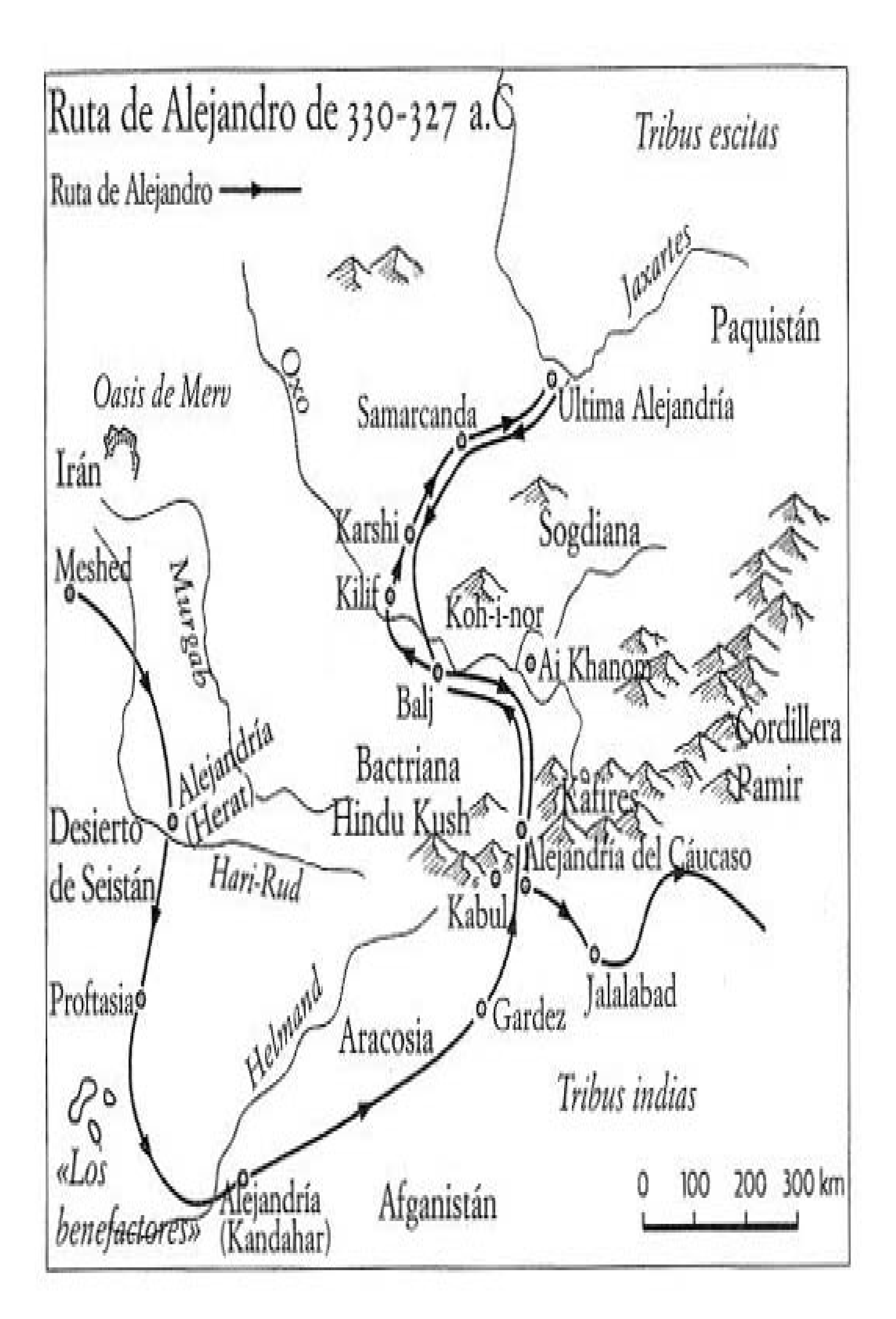
mayestático desde el principio hasta el final, distinción de un monarca absoluto. Las cartas que se enviaban a Europa llevaban el sello de su viejo anillo, pero las que se remitían a Asia estaban estampadas con el antiguo sello de los reyes persas.

Este tipo de pretensiones no empezaron a prosperar hasta que Alejandro hubo reconocido el terreno. Tres semanas antes, había estado esperando la llegada del resto de su ejército tras la captura de Darío cerca de Damghán; estaba cansado y acababa de recibir noticias de que su cuñado Alejandro, rey del Epiro, había muerto en una batalla en el sur de Italia. Hizo que sus hombres se detuvieran para el duelo junto al camino que conducía a Kandahar, y durante tres días acamparon en una fortaleza a la que rebautizó con el nombre de Hecatómpilo, «Ciudad de las Cien Puertas», por su posición en las rutas locales. Un siglo más tarde, la fortaleza creció hasta convertirse en la primera capital del Imperio parto y, aunque muchos buscaron su famoso emplazamiento, no fue hasta 1966 cuando las controvertidas mediciones de los propios agrimensores de Alejandro contribuyeron a su descubrimiento. A unos cinco kilómetros al sur del camino que conduce a las Puertas del Caspio, en Shah-i-Qumis, un grupo de altos montículos se precipitan formando una prominencia semejante a un acantilado por lo llano de su árida planicie. Al norte y al oeste, se alzan los lejanos picos de los montes Elburz, pero, en todos los demás aspectos, el paisaje se reduce a una meseta sin árboles y a la vasta y yerma extensión del desierto de sal de Dasht-i-Kavir. Fue aquí donde Alejandro reunió a sus tropas y les pidió silencio bajo el sol de julio. En la Ciudad de las Cien Puertas habló a los hombres de su ejército de las pasadas victorias, de la necesidad de continuar adelante con la conquista y de la facilidad con que Oriente sería de ellos. Habían visto el final de la cruzada y, con la muerte de Darío, habían empezado a hablar de sus hogares. Pero Alejandro se burló de este consabido rumor. Con su retórica los entusiasmó hasta que los hombres se olvidaron de su agotamiento y sus aspiraciones parecieron extenderse hasta el lejano horizonte. Después, tras haber despertado el fervor, hizo una pausa. Se hizo el silencio, la recompensa a los grandes discursos, y el grito afirmativo de respuesta estalló como el oleaje en el mar: ¡Llévanos! ¡Llévanos a donde tú quieras!

20. EL PROCESO CONTRA FILOTAS

Por el hecho de llevar la diadema, Alejandro reclamaba la totalidad del Imperio de Darío. Para ganarlo, tendría que dirigirse al este, a los refugios de Afganistán, a través de puertos de montaña y estepas de arena. «En Khorasán —dice el proverbio persa— las postas del Camino Real son tan interminables como la charla de una mujer», y más adelante se abría un mundo de espacios inmensos y movimientos lentos donde no se producía otro bullicio que no fuera el del correo real en el Camino Real, el único que había. Nada podía obtenerse desde la cuenca del Irán central hasta el sur y el sureste, pues pertenecía a los Desiertos de Sal y Muerte; no era, por tanto, un lugar que tuviesen en cuenta los colonos y las rutas. Como cualquier viajero, lo que haría Alejandro sería bordearlo; de este modo, yendo hacia el este desde su base en Gurgán, Alejandro marchó a través de un paisaje infinitamente llano, agobiado por el calor y el hambre pero siendo consciente de que se trataba sólo de la antesala de un mundo de tribus y señores hasta entonces desconocido por los griegos.

Debido a la escasez de alimentos, tuvo que marchar rápido; además, el ejército se había reducido debido a las secciones destacadas en Hamadán. Tras haber recorrido casi seiscientos cincuenta kilómetros, Alejandro se detuvo en la moderna Meshed, donde sus Compañeros persas explicaron a los agrimensores del campamento que, en ese punto, tenían que escoger entre dos rutas. Una de ellas, la futura ruta de la seda procedente de China, conducía al noroeste a través del monte y el desierto, al otro lado del oasis de Merv, a la provincia de la Bactriana, de donde se había informado que el rebelde Beso, uno de los asesinos de Darío, «se había puesto la tiara —un símbolo de realeza— y se había proclamado a sí mismo rey de Asia» con la ayuda de los refugiados persas, los nómadas y la nobleza local. El otro camino, que también llevaba a la Bactriana, torcía hacia el sur desde Meshed en dirección a las dunas y praderas de Seistán, y después giraba al noreste hacia el valle del Helmand, en el corazón de las montañas del Hindu Kush, y cruzando por tanto uno de los cuatro pasos elevados existentes en los nuevos dominios de Beso a lo largo de las orillas del río Oxo. Por el momento, Alejandro prefirió la primera de estas dos alternativas, la mitad de larga que el rodeo por el sur.



Ruta de Alejandro de 330-327 a.C
Ruta de Alejandro
Tribus escitas
Jaxartes
Paquistán
Oxo
Oasis de Merv
Samarcanda
Última Alejandría
Irán
Karshi
Sogdiana
Meshed
Murgab
Kilif
Koh-i-nor
Ai Khanom
Balj
Cordillera
Pamir
Alejandría (Herat)
Bactriana
Hindu Kush
Kafires
Desierto de Seistán
Alejandría del Cáucaso
Hari-Rud
Kabul
Jalalabad
Proftasia
Gardez
Helmand
Aracosia
Tribus indias
«Los benefactores»
Alejandría (Kandahar)
Afganistán
0 100 200 300 km

Una casualidad afortunada lo impulsó a realizar esta elección. Meshed estaba situada en la frontera de la antigua satrapía de Aria, que los persas llamaban Hariva y que, como su nombre implicaba, era el centro de las tribus iranias, que habían vivido allí al menos durante quinientos años; la denominación de Ariana, de donde procede la moderna palabra Irán, ya se aplicaba alas tierras orientales que se encontraban más lejos, incluso en un lugar tan alejado como las fronteras del Punjab. Posiblemente fue desde Aria, situada en torno al oasis de Hariva y regada por el río Hari-Rud, de donde los iranios empezaron a desplazarse hacia el oeste en sus tempranas correrías tribales: este historial la habría convertido en una provincia difícil de atravesar —y no digamos de controlar— para el heredero de Darío, de no ser porque su sátrapa Satibarzanes fue a Meshed y se rindió en la frontera. Jefe de la caballería de los arios en Gaugamela, y después, como Beso, asesino de Darío, a pesar de todo Satibarzanes fue restituido en su alto cargo y se le proporcionó un escuadrón de vanguardia de lanzadores de jabalina a caballo, iranios como él, para que vigilaran a los macedonios cuando pasaran a lo largo del límite de su provincia, que sólo estaban interesados en saquear para proveerse de suministros. Así pues, al tiempo que mostró su favor hacia el asesino de un rey, Alejandro se preparó para perseguir a otro, pero primero hizo que se apilara el exceso de equipaje sobre unos carros y lo reunió en el centro del campamento; entonces prendió fuego, en primer lugar a sus propios carromatos y después a los otros, tras haber dado él mismo ejemplo. A partir de aquí, los animales de carga servirían como transporte en unos caminos que resultaban demasiado abruptos para las ruedas. El ejército aceptó la repentina pérdida del equipaje sabiendo que Alejandro también la había sufrido; sin embargo, al menos se permitió que los hombres se llevasen a sus concubinas nativas.

Satibarzanes partió con sus guardias hacia la lejana capital de su provincia y, a mediados de agosto, Alejandro continuó desde Meshed por el este hacia la ruta de la seda, todavía esperando sacar al pretendiente Beso de su lejana base en Balj. No había llegado muy lejos por la frontera de la satrapía de los arianos cuando recibió graves noticias que lo obligaron a apresurarse por el sur hacia el corazón de la provincia; Satibarzanes había asesinado a sus guardias, había alzado en rebelión a dos mil jinetes y había bloqueado la fortaleza de la capital. Durante dos días, Alejandro marchó a toda prisa con una escuadra hacia el sureste, recorriendo los ciento doce kilómetros que lo separaban de la capital, Artacoana, donde la crueldad de las represalias estuvo a la altura de la miserable traición que se había cometido contra la confianza. Los rebeldes se refugiaron en un monte bastante boscoso, pero los hombres de Alejandro prendieron fuego al sotobosque y quienes se quedaron dentro se asfixiaron y abrasaron hasta morir; en Artacoana, las torres de asedio abrieron brechas en las murallas de la ciudad, y todos los alborotadores fueron capturados para ser ejecutados o esclavizados. Alejandro ordenó que el resto se reasentase en el lugar,

que se rebautizó con el nombre de Alejandría y se reforzó con nuevas murallas y veteranos macedonios. El resultado todavía se conserva en Herat, su moderna sucesora, pero no sería la última vez que, en Oriente, una Alejandría se limitara a ampliar las construcciones de una antigua ciudadela persa y la corte de una satrapía. Mientras tanto, Satibarzanes no aparecía por ninguna parte. Al tener noticias del avance de Alejandro, había escapado al valle del Hari-Rud y desaparecido en las estribaciones del Hindu Kush para colaborar con Beso. Había cometido un error garrafal en el que perseveraría.

En vez de dedicarse a perseguirlo, Alejandro dio marcha atrás en sus planes. No quería regresar de nuevo a la ruta de la seda en el noroeste, sino acercarse directamente a los secuaces de Beso; para ello, Alejandro encomendaría Aria a un persa, puede que al hijo de Artabazo, el oriental de mayor confianza, y seguiría la ruta más sinuosa justo al sur, a Seistán, el valle del Helmand y, finalmente, hasta los pasos que cruzaban el centro del Hindu Kush. Fue una decisión extraordinaria, llena de sorpresas y dificultades, pero que no carecía de sentido estratégico. Satibarzanes seguía sin ser capturado en el camino alternativo más corto, y Alejandro no deseaba encontrarse con él y con Beso por primera vez a finales de otoño en un valle árido que facilitaba que les tendieran una emboscada. También se supo que el sátrapa de Seistán era uno de los asesinos de Darío. Si lo dejaban en paz, podría unirse a Beso y bloquear la retaguardia de Alejandro. De los tres enemigos, éste debía ser derrotado el primero.

Envalentonado por los seis mil refuerzos que habían llegado de parte de Antípatro y del oeste, Alejandro marchó como deseaba desde Herat hasta las fronteras de Seistán, asustando tanto a su sátrapa que el hombre huyó para refugiarse entre los indios más próximos del Punjab. Pero pronto fue arrestado y enviado de vuelta para ser ejecutado «por su crimen contra Darío»; por entonces, Alejandro había aprendido los peligros de la clemencia y prefirió aparecer como el honrado vengador de Darío. A principios de otoño, Seistán no era el mejor lugar para dar a los enemigos una segunda oportunidad: sus polvorientas llanuras son azotadas por el estacional Viento de los Ciento Veinte Días, que sopla a través de los precipicios y las dunas de arena del noroeste y que, a ras de tierra, levanta unas nubes tan grises que los hombres tienen que luchar para mantenerse en pie, sin contar con lo que sucede cuando hay que marchar con una sarisa en las manos. Este viento arranca las hojas de la vegetación de matas y arbustos, lo que resultaba molesto para los caballos de Alejandro, que ya habían pacido imprudentemente entre los venenosos euforbios de Herat. Y en cuanto a los treinta y dos mil soldados, andaban escasos de comida en una tierra en la que la cosecha se recogía temprano a fin de evitar los cortantes vientos: por tanto, los soldados arrastraron las tiendas para descansar nueve días en Farah, sede del palacio del sátrapa local, en la frontera norte de la moderna Seistán.

Hambrientos y zarandeados por el viento, a los soldados se les podía perdonar que envidiasen la oportuna ausencia de Parmenión, que se encontraba en Hamadán. Durante los últimos tres meses, el anciano general se había quedado al cargo de las comunicaciones, lo que quizás era el síntoma de una inminente jubilación, puesto que ya tenía más de setenta años. Su ausencia tendía a apoyar esta sospecha. Las últimas órdenes conocidas que había recibido eran que se reuniese con Alejandro en Gurgán en julio, pero nunca llegó, y podría pensarse benévolamente que las órdenes fueron canceladas para que Parmenión se quedase donde estaba. Lo habían dejado con unos veinticinco mil hombres, los tracios, los mercenarios veteranos, los tesalios, los jinetes peonios y seis mil Compañeros de a Pie, a cuyos cuatro batallones se les había ordenado que supervisaran la llegada del tesoro a Hamadán. Clito había recibido órdenes de ponerse al mando de estos cuatro batallones tan pronto como hubieran terminado el trabajo, pero, por la época en que él llegó a Seistán, aún no habían alcanzado a Alejandro. Incluso en el caso de que estos batallones todavía se encontrasen en el camino, viajando desde Hamadán, el contingente que retenía Parmenión era numeroso. Aún controlaba a casi veinte mil soldados en un momento en que Alejandro tenía poco más de treinta mil en su propio campamento. La relación de fuerzas entre el rey y el general estaba casi equilibrada; en Farah, el general iba a aparecer por última vez en un asunto de extraordinaria importancia: «A salvo del exterior, Alejandro sería atacado de repente desde dentro de casa». Fue un asunto de lo más misterioso. Quienes pudieron conocer la verdad contaron pocas cosas acerca de lo sucedido: otros elaboraron esa verdad haciendo libremente suposiciones a partir de los rumores y las habladurías.

Según Ptolomeo, a Filotas, el hijo de Parmenión, le revelaron la existencia de un complot. Sin embargo, no consiguió pasarle el informe a Alejandro, pese a que visitaba la tienda del rey un par de veces al día. Una segunda versión se ocupa de los detalles, y, a falta de nada más convincente, hay que creerla. Se decía que el asunto empezó cuando un macedonio llamado Dimno le contó a su joven amante que había un complot en marcha para asesinar al rey. Le dio los nombres de los conspiradores y le explicó, en el máximo secreto, que lo iban a intentar al cabo de tres días. Sin embargo, su amante, que era joven e indiscreto, le contó el secreto a su hermano Cebalino, y, como todos los jóvenes a los que se les cuenta un secreto, le pidió que hiciera lo que él mismo no había hecho: no decir nada del complot. Pero Cebalino se puso nervioso. Estaba anonadado y no quería ser cómplice del asesinato, por lo que se dirigió al oficial de mayor graduación que conocía y le contó todo lo que se le había escapado a su hermano. El oficial era Filotas, el hijo de Parmenión.

Filotas iba a la tienda de Alejandro un par de veces al día, pero durante dos días postergó informar de las averiguaciones realizadas por Cebalino aduciendo que el rey había estado ocupado y que no había tenido ocasión de sacar el tema en su presencia.

Cebalino empezó a desconfiar. El tiempo pasaba deprisa, por lo que Cebalino recurrió a uno de los pajes reales que encontró de guardia en el arsenal. El paje, que tenía acceso privado al rey, se dirigió de inmediato a los aposentos de aseo reales, donde encontró a Alejandro tomando un baño. Tras ser informado del complot, Alejandro ordenó que se arrestara a los implicados; Cebalino relató la historia y se defendió alegando ser un confidente leal; Dimno fue citado a declarar al ser el origen de la información, pero se suicidó, seguramente antes de que pudieran interrogarlo. El rey perdió a su principal testigo y se quedó con una confusa lista de nombres que Dimno había pasado a su amigo, y su amigo a su hermano. Sólo un hecho estaba claro: Filotas había sido informado de un complot, pero había ocultado la información durante los últimos dos días. Era preciso investigar este punto sin pérdida de tiempo.

Es aquí, probablemente de manera equivocada, donde el historiador romano hizo que el drama se desarrollase con rapidez, elaborando las historias originales cuatrocientos años después del acontecimiento. En primer lugar, se dice que Alejandro recibió a Filotas a solas y que, cuando Filotas imploró perdón, Alejandro le tendió la mano derecha como signo de que su negligencia no sería castigada. Filotas abandonó la tienda y, de inmediato, Alejandro llamó a sus amigos más íntimos para pedirles su opinión. No le tenían ninguna simpatía a Filotas, y el leal Crátero los indujo a aprovechar la oportunidad y volver al rey en su contra. Su actuación sería decisiva.

Esa tarde, a Filotas le tocaba cenar en la tienda del rey. Llegó puntualmente, fue recibido sin ningún comentario por unos amigos que lo odiaban y ocupó su lugar cerca de Alejandro. Nadie reveló sus sentimientos. Mientras un plato seguía a otro, los invitados hablaron de las órdenes para el día siguiente; el ejército iba a levantar el campamento al alba y, previendo la dura marcha que les aguardaba, la fiesta terminó a una hora razonable. Filotas se retiró a su tienda, pero a medianoche lo despertó el ruido de los pasos de los Portadores de Escudo: habían venido a arrestarlo. Todos los caminos que rodeaban el campamento se habían bloqueado para impedir su huida.

Es más que probable que esta puesta en escena, aunque colorista, fuera inventada para un público romano, muy acostumbrado a este tipo de acciones encubiertas por parte de sus emperadores. Alejandro podía permitirse el lujo de actuar sin rodeos, y Ptolomeo, el único testigo ocular, sólo dice que Filotas fue arrestado y llevado ante los macedonios, donde Alejandro lo acusó «enérgicamente»; Filotas se defendió, pero «vinieron los que habían informado y lo declararon culpable, tanto a él como a sus socios, de varios cargos obvios», entre ellos, sin duda, el de conspiración, «y en especial por el hecho de que Filotas había tenido noticias de un complot, como admitió, pero había evitado cualquier mención acerca del mismo». Filotas «y quienes le ayudaron en la conspiración» fueron alanceados por los macedonios. Otros dijeron, probablemente de manera equivocada, que después del proceso Filotas fue torturado

hasta que confesó, y que sólo entonces lo mataron lapidándolo. Su confesión, de ser cierta, diría más de la tortura que de su culpabilidad: parece ser que Ptolomeo no añadió ninguna «prueba» de la complicidad de la víctima, ni siquiera la lapidación, que sugiere la culpabilidad de Filotas. Es la única pena de muerte que tiene un carácter comunitario y que involucra a una muchedumbre que, en consecuencia, debe creer en el crimen de su víctima.

No satisfecho con siete inculpados, Alejandro amplió la investigación. Entre sus oficiales había cuatro hermanos de una familia tinfea de las tierras altas que era peligrosa a causa de su amistad con Filotas. Hacía tiempo que uno de los hermanos se había destacado como líder de un batallón; otro huyó tan pronto como supo que Filotas había sido arrestado, y su huida fue tan sospechosa que los otros tres hermanos fueron conducidos ante los soldados y juzgados por sus historiales. Sin embargo, su defensa fue vehemente y consiguieron ser absueltos; de inmediato, pidieron partir para traer de vuelta al otro hermano, una petición que parecía garantizar su inocencia, y, por tanto, con su nombre limpio de sospechas, mantuvieron sus puestos de confianza. Amintas murió de una herida de flecha dos meses más tarde; Átalo asumió el mando de la brigada de su hermano fallecido y, finalmente, se casó con una hija de Pérdicas, una alianza bien calculada; Polemón progresó gracias al matrimonio de su hermano y reapareció después de la muerte de Alejandro como almirante de la flota de Pérdicas. Estos hermanos son el raro ejemplo de una familia que sobrevivió a una crisis y cuya estrella volvió a estar en alza.

Otros fueron menos afortunados. Habían transcurrido casi cuatro años desde que Alejandro el Encesta fue puesto bajo custodia como posible traidor y, durante ese tiempo, el rey lo había mantenido prisionero, considerándolo demasiado peligroso para soltarlo. Ahora era el momento de sacarlo a colación; quizás había estado envuelto en el complot, quizá no era más que un sospechoso plausible, pero Alejandro dispuso que el jefe de los Portadores de Escudo empezara el juicio ante un ejército preparado para esperar que la traición llegara desde cualquier lugar. Alejandro el lincesta escuchó la acusación, flaqueó y no encontró nada que decir como réplica, puede que porque los cargos fueran más allá de la verdad, quizá debido a que estaba involucrado en el complot de un misterioso oriental llamado Sisines, de quien no recordaba nada. Algunos soldados lo acribillaron con sus lanzas hasta matarlo; el incidente era demasiado desagradable para incluirlo en las historias de Ptolomeo y Aristóbulo, lo cual es un indicio de los sentimientos que podía haber suscitado.

Lo que siguió después fue demasiado infame para ser suprimido. En medio de la crisis, Alejandro dirigió sus pensamientos hacia el sospechoso más peligroso de todos. Filotas era hijo de Parmenión, y Parmenión estaba a kilómetros de distancia en Hamadán, controlando los tesoros, las encrucijadas del Imperio y a más de veinte mil

soldados. Estaba también el peligro de Clito y los seis mil macedonios; todavía no se habían unido al ejército y, en el mejor de los casos, se encontraban en el camino, a unos pocos kilómetros de Hamadán. Parmenión podía llamarlos e inclinar la balanza entre las dos mitades del ejército si se llegaba a una lucha abierta. Hamadán se encontraba a un mes de marcha por una ruta todavía amenazada por Satibarzanes.

Como era habitual, Alejandro conocía los medios y al hombre adecuado para el trabajo. Envió a buscar a Polidamante, un amigo de Parmenión, que acudió asustado a su presencia temiendo que su vieja amistad fuese ahora a costarle la vida. Alejandro jugó con sus inquietudes y sólo le dijo lo que a él le interesaba que supiera; cuando Polidamante escuchó lo que se le pedía, obedeció, agradecido de que el pasado no fuera a volverse contra él. Tenía que llevar unas cartas a Parmenión, una de parte de Alejandro y otra firmada con el sello de Filotas, y debía entregar además órdenes escritas a los generales que estaban bajo el mando de Parmenión. El viaje era urgente y la ruta principal no era ni directa ni segura; se vestiría como un nativo y viajaría con un camello entrenado para las marchas rápidas, directamente a través del desierto de Dasht-i-Lut. Dos guías le mostrarían el camino mientras sus hermanos más jóvenes quedaban retenidos como rehenes.

Polidamante se apresuró a llevar a cabo una misión cuyos detalles desconocía. Los camellos estaban preparados; el desierto no les causó ningún problema. A los once días alcanzaron Hamadán, habiendo acortado el viaje en tres semanas y demostrando esa extraordinaria rapidez, en un vasto territorio, que posteriormente convertiría a los camellos en la punta de lanza de los ejércitos árabes. Polidamante buscó a los generales de Parmenión, como se le había ordenado, y les entregó el mensaje escrito; su líder, un noble macedonio, dijo que sería mejor abordar a Parmenión a la mañana siguiente. Los generales se pusieron a deliberar mientras el mensajero se retiraba.

Poco después del alba, Parmenión estaba preparado para recibir a su visitante. Al parecer, se encontraba dando un paseo por los jardines del palacio de Hamadán con los generales a su lado; la aparición de su amigo lo complació y, después de abrazarlo, empezó a abrir las cartas. Primero, una nota de Alejandro con noticias de una nueva expedición; después, el comunicado sellado como si fuera de su hijo Filotas. Empezó a leerlo «con una expresión de evidente satisfacción», cuando sus generales desenvainaron las dagas y lo acuchillaron repetidamente. Sólo entonces se daría cuenta Polidamante de lo terrible de su misión; no había sido enviado con un mensaje táctico, sino con las órdenes para el asesinato de su protector. Al ser un conocido de Parmenión, su presencia no había levantado sospechas.

La noticia provocó una conmoción en Hamadán. Los soldados amenazaron con amotinarse a menos que los asesinos se rindieran, y no se calmaron hasta que las cartas de Alejandro, en las que se explicaba que Parmenión y Filotas habían

conspirado vergonzosamente contra la vida del rey, se leyeron en voz alta. Esto bastó para satisfacer a los hombres humildes y, en cinco semanas, algunos de ellos se unieron a las tropas principales de Alejandro en Seistán. Pero lo que bastó para el ejército no basta para la Historia. Las muertes de Filotas y Parmenión fueron momentos de grave crisis cuyos efectos se hicieron sentir en el alto mando. Necesitan ser cuidadosamente investigadas.

No puede haber ninguna duda de que, en efecto, se había preparado un complot contra el rey. Dimno, el primero en revelar esta información, se suicidó cuando fue citado a declarar; un suicidio tan repentino sólo puede deberse a una culpabilidad consciente, pues sin duda sabía que iba a morir y no quería ser el primero en hablar. En cuanto a los nombres que ya había revelado a su amante, todos ellos son, por lo demás, desconocidos, y aunque se trataba de hombres de cierto rango, sus nombres no dan ninguna pista acerca del motivo. Ahora bien, sus ambiciones son menos discutibles. Eran un grupo de seis y debieron de haber estado discutiendo a propósito del futuro antes de actuar. Se proponían asesinar a quien era el rey y el general más extraordinario de toda la historia antigua, dejando al ejército dividido y sin líder en las inmensidades de Seistán, con unas tropas rebeldes delante y unas tierras que estaban lejos de haber sido pacificadas a sus espaldas. Puede que un hombre que se hubiese sentido personalmente agraviado hubiese dado el golpe de manera irresponsable para satisfacer su ira. Ahora bien, un grupo de seis habría tenido planes para un reemplazo, especialmente de cara a la guardia personal de Alejandro, unos hombres que no se quedarían de brazos cruzados después de un asesinato. En este punto es donde se plantea la cuestión de Filotas, el hijo de Parmenión.

Filotas, aunque poderoso, había sido durante mucho tiempo objeto de murmuraciones y sospechas. Había servido al rey desde la infancia, como amigo, pero el pasado sugiere que su relación nunca fue muy estrecha. Cuando el joven círculo de amigos de Alejandro fue exiliado por Filipo siete años atrás, Filotas permaneció en la periferia del grupo, quizá como delator. Después, en las intrigas de los primeros meses de Alejandro, casi escogió el bando equivocado; había sido amigo de Amintas, el anterior rey al que Filipo había suplantado y que Alejandro mandó asesinar, y había casado a su hermana con Átalo, el más resentido de los enemigos de Alejandro. Sin embargo, a diferencia de otros, Filotas corrigió sus errores de cálculo: en pocos meses fue invitado a dirigir la caballería de los compañeros, un extraordinario honor para un hombre joven que, sin duda, debió a la influencia de su padre. Era un trabajo exigente, y en todas las batallas campales había luchado bajo el mando del propio Alejandro. Presumiblemente, él y Alejandro discutirían sobre sus respectivas heroicidades. No eran hombres cuyas capacidades pudieran menospreciarse, y muy pronto la relación entre ambos empezó a ser tensa.

Entre el botín procedente de Isos, Parmenión encontró a una noble dama

macedonia llamada Antígona, a la que la flota persa había capturado durante el verano anterior a la batalla. La dama se había hecho a la mar desde su hogar para participar en un culto mistérico en la isla egea de Samotracia. Filotas quedó prendado de ella y la tomó como amante; una noche, en la cama, ambos se habrían burlado de Alejandro y contado fantasiosas historias con la tontería propia de la intimidad compartida. Filotas bebería y se jactaría de sus incomparables proezas: para ser honestos, él y Parmenión habían hecho todo el trabajo, mientras que Alejandro sólo era un niño que gobernaba en su nombre. Antígona pensó que era valiente y divertido, y se lo contó a sus amigos. Los amigos se lo contaron unos a otros hasta que llegó a oídos de Crátero, el devoto general del rey. Antígona fue emplazada y se le pidió que continuase manteniendo su relación con Filotas. Sin embargo, a partir de entonces, tales alardes y atisbos de insolencia le serían comunicados a Alejandro.

Fue un año después de estos sucesos, en Egipto, según contó Ptolomeo, cuando se informó por primera vez de que Filotas estaba organizando un complot, si bien Alejandro no creyó en aquel rumor «a causa de su larga amistad y de la estima que sentía por Parmenión». Es difícil saber cómo hay que interpretar esto. Posiblemente el rumor se inventó para hacer que la eventual conspiración pareciera más plausible; es posible, pero el hermano más joven de Filotas se había ahogado recientemente en el Nilo, un accidente que puede que llenara de rencor a la familia y que provocara que Filotas expresara a su amante la irritación que sentía. Y, desde Egipto, esta vaga sospecha no disminuyó. Filotas era fanfarrón y rico; se rumoreaba que su radio de caza abarcaba más de treinta kilómetros, e incluso Parmenión le había advertido «que fuera menos protagonista». Pero el consejo era pésimo en un momento en que el poder de la familia empezaba a decaer.

Cuando llegaron a Seistán, Parmenión pasaba de los setenta, y Filotas era el único hijo vivo que le quedaba. Un mes antes, su segundo hijo, que dirigía a los Portadores de Escudo, había muerto en el desierto de Aria, y por aquel entonces Alejandro andaba demasiado escaso de alimentos como para detenerse y honrarlo. Se dejó a Filotas para que atendiese el funeral y, como en Egipto, puede que reflexionase con disgusto sobre la pérdida de su familiar. Otros dos colegas habían muerto recientemente o habían sido enviados lejos, a las provincias, y el propio Parmenión se encontraba a una gran distancia, en Hamadán, donde pronto se lo podría jubilar. Parmenión controlaría por poco tiempo las rutas, el tesoro y veinte mil soldados extranjeros, lo que bastaba para que fuera peligroso incluso bajo la vigilancia de cuatro comandantes independientes; también estaban los seis mil veteranos de Clito, que por primera y última vez se encontraban fuera del alcance de Alejandro. Éste disponía, como máximo, de treinta y dos mil hombres, pero, en otros dos meses, el ejército principal podía reunirse con Clito y los otros, y Parmenión estar muerto. Era la última posibilidad. Si Alejandro era depuesto, padre e hijo podrían unirse para

crear un nuevo rey, ninguno más plausible que Alejandro el lincesta, yerno del virrey Antípatro, él mismo de sangre principesca. Al regresar del funeral de su hermano, Filotas habría tenido la posibilidad de conspirar e involucrar a seis cómplices que finalmente lo decepcionaron.

Todavía había que convencer a los conspiradores, y en este caso había principios que podían invocarse. Sólo seis semanas antes, Alejandro había llevado el atuendo persa por primera vez, tras haber puesto punto y final a su expedición griega y haber licenciado a los aliados griegos que tan a menudo habían luchado bajo el mando de Parmenión. El nuevo vestuario y la vida en la corte eran el símbolo de nuevas ambiciones, las cuales no se verían satisfechas hasta que Asia hubiera sido invadida; mientras tanto, los persas eran respetados en vez de castigados, quizá para disgusto del propio Filotas, que en Susa había incitado a Alejandro a utilizar la propia mesa del rey como un mero taburete bajo sus pies. Se ha dicho que, en el transcurso del juicio, se mencionó un detalle que quizá resulte demasiado inusual como para que sea sólo una ficción histórica; Alejandro denunció a Filotas por hablar en griego y desdeñar el dialecto macedonio de los soldados que estaban escuchando. Alejandro pudo haber aprovechado una acusación que, por otro lado, podía haberse vuelto contra él. Si algún soldado pensaba que sus vestidos persas traicionaban las tradiciones macedonias, que considerara primero el caso de Filotas, demasiado altivo para utilizar incluso su dialecto nativo. El juicio del rey puede que fuera bastante más enérgico, y es posible que jugara con los prejuicios de los hombres corrientes. Sin embargo, seguramente fueron unos prejuicios similares los que alentaron primero a los conspiradores; puede que quisieran una monarquía macedonia, no devaneos con la diadema, y, después del saqueo, regresar al Asia occidental. La conspiración vino inmediatamente después de la transformación del mito de Alejandro: «Alejandro tuvo razón —escribió Napoleón en su retiro en Santa Elena— al asesinar a Parmenión y a su hijo, porque eran unos brutos que consideraban que era un error abandonar las costumbres de los griegos». Cuando dos acontecimientos están tan cerca en el tiempo, sin duda resulta atractivo vincularlos como causa y efecto.

Este trasfondo de principios y personalidades hace que la culpabilidad de Filotas sea muy plausible, pero no basta para probarla. En el caso de Filotas, hasta donde sabemos, había muy pocas verdades sólidas que los confidentes pudieran aducir. Era imposible que supieran que él estaba envuelto en la conspiración, pues lo eligieron como el hombre adecuado para exponérsela a Alejandro; había más cómplices de los que no eran conscientes en ese momento, pero su ignorancia acerca de Filotas no podía haber respaldado sus otras pruebas. Si, en efecto, Filotas hubiera estado tramando un complot, habría recibido las tentativas de acercamiento del informante como un extraordinario golpe de suerte; podía haber arreglado las cosas para silenciarlo, o al menos actuar con diligencia antes de que se dirigiera a otro. Pero

Filotas no había hecho nada de esto: simplemente se había limitado a ocultar el rumor, y aunque esta negligencia se volvería en su contra, refuerza la hipótesis de que él no formaba parte de la conspiración. No se la tomó en serio porque no sintió preocupación; quizás esto, en sí mismo, fuera algo punible, en particular para los amigos de Alejandro, que lo odiaban. En Seistán, las influencias se dejaban sentir especialmente entre los guardias personales y los jefes de la falange, y de nuevo Crátero era el más destacado de todos ellos. Pero Filotas era un hombre de la caballería, cuyas secciones se habían subdividido hacía un año entre subalternos escogidos por su mérito y nobles que se distinguían por su nacimiento. Por tanto, Filotas era vulnerable e impopular, y puede que los enemigos liderados por Crátero aprovecharan la oportunidad para hacerlo caer.

Aun así, el asunto es más un misterio que un escándalo. Según dijeron, se citó una carta que Parmenión había escrito a sus dos hijos al menos un mes antes: «En primer lugar, id con cuidado, pues de este modo llevaremos a cabo nuestros planes». Incluso aunque fuera auténtica, la carta era de lo más ambigua: no fue de mucha ayuda que Filotas, como ultimo recurso, acusase del proyecto a un tal Hegéloco, pues Hegéloco había muerto recientemente. Nadie creyó que Filotas fuera inocente, y es absurdo idealizarlo como un mártir de la crueldad de Alejandro simplemente porque las historias apenas cuentan nada. Ni la fecha ni el método elegido para su muerte sugieren que se tratase de una purga despiadada. Si Alejandro hubiese querido asesinar a un hombre inocente, podría haberlo envenenado, expuesto al peligro de la batalla o hacer que se perdiera discretamente durante la siguiente marcha por la montaña; no necesitaba procesarlo con torpeza en un juicio público, donde otros sospechosos se las ingeniaron para ser absueltos a pesar del procesamiento. Sobre todo, el momento todavía no estaba maduro para llevar a cabo un asesinato con alevosía. Un intrigante despiadado habría apartado primero a Parmenión de sus recursos, habría esperado a Clito y los seis mil veteranos y, después, se habría abalanzado sobre ellos en secreto: el hombre que organizó un inoportuno juicio en Seistán seguramente debía de creer que la razón, y un agravio, estaban de pronto de su parte. Las cifras ciertamente no lo estaban.

Tanto si fue justa como si no, la condena de Filotas hizo que el asesinato de Parmenión fuera algo inevitable. Era un grave riesgo que, sin embargo, debía asumirse, pues Parmenión era la figura más poderosa de todo el ejército —un hombre muy instruido a su vez en el arte del asesinato judicial—, y posiblemente no convenía dejarlo con vida para que utilizara sus recursos y seguidores en una rebelión con base en Hamadán. Un enfrentamiento con los veteranos de Clito y veinte mil soldados no era un plato de gusto, sobre todo porque custodiaban el dinero y podían conseguir más comida. Parmenión, el poderoso padre de un hijo condenado, era una amenaza casi sin precedentes desde el acceso de Alejandro al trono, y no sorprende lo más

mínimo que éste organizase su asesinato como medida de autodefensa. Es irrelevante alegar que Alejandro quizás interpretó mal las pretensiones de su general: entre los macedonios, el rey que en un momento de crisis esperase hasta estar seguro sería el primero en encontrar la muerte. No había ninguna ley para proteger y limitar la monarquía: un carácter fuerte podía hacer oídos sordos a la tradición, y el instinto de supervivencia llegaba hasta donde la aprobación de la gente lo permitía. Se dijo, puede que de manera acertada, que los soldados aprobaron en Seistán el asesinato de Parmenión antes de que fuese ordenado: ciertamente, a muchos de ellos les importó muy poco cuando escucharon la noticia, e incluso los soldados de Hamadán se calmaron. Alejandro tenía amigos allí, entre ellos Hárpalo, el tesorero, y esos amigos lo apoyaron; sin duda por requerimiento real, a partir de ahora la memoria de Parmenión se mancillaría en las historias de la corte. Probablemente la victoria en el Gránico y el incendio de Persépolis se reescribieron en perjuicio de un general asesinado.

Entre los oficiales hubo consternación. Los nobles de la caballería sintieron pánico y empezaron a huir hacia el desierto, temiendo por su pasada amistad a la luz de lo que había sucedido. Alejandro se vio forzado a anunciar que los parientes de los conspiradores no serían castigados, aunque el trato urgente que dispensó al padre de Filotas indicaba exactamente lo contrario. En una situación de emergencia nada se rompe con más rapidez que una camarilla de familiares y amigos: Filotas, por ejemplo, fue acusado del modo más enérgico por su propio cuñado, mientras que Parmenión fue asesinado por ese mismo cuñado renegado en Hamadán. Estos hombres estaban asustados por sus antiguas relaciones y las traicionaron de manera decisiva. Otros, ausentes del campamento, no pudieron ser tan atrevidos; quizás Asandro, el hermano o sobrino de Parmenión, estaba fuera, en el oeste, buscando refuerzos, pero no se sabe que le encomendaran otra tarea cuando llegó al campamento un año y medio después. Puede ser que muriera a causa de alguna enfermedad o de una herida, pero es más probable que el nombre de Parmenión pesara negativamente sobre él.

Con el complot descubierto a medias, Alejandro no podía permitirse ser magnánimo. Durante algunos meses, las cartas que los soldados enviaban a casa se abrieron y censuraron en secreto: los pocos simpatizantes conocidos de Parmenión fueron apartados a una unidad conocida como «los alborotadores», junto con cualquiera que se hubiese quejado en sus cartas del servicio militar. La disciplina iba a ser severa, pero «ningún grupo fue más entusiasta en la guerra: eran los más valientes por el hecho de haber sido deshonrados, tanto porque querían reparar sus errores como porque el valor era más manifiesto en una pequeña unidad»: todo aquel que fingiese estar enfermo siempre podría ser abandonado en la siguiente Alejandría.

Quedaba la caballería de los compañeros. Habían sido dirigidos por Filotas, «pero

no se consideró seguro encomendarlos ahora a ningún otro hombre». Hefestión tomó la mitad del mando por ser un oficial que estaba libre de sospecha y del que se sabía que simpatizaba con las costumbres persas de Alejandro; la otra mitad del mando se dejaría en el aire hasta que llegaran los seis mil macedonios de Hamadán. Su lealtad, o su desconocimiento, había contribuido a decidir el destino de Parmenión. Muchos eran veteranos, hombres de Filipo, y llegaron para encontrarse con una corte que había cambiado mucho respecto de la que habían dejado en Hamadán; ahora su rey tenía eunucos, mayordomos y portaba una diadema. Había que recompensarlos y asegurar su lealtad; habían sido conducidos al campamento por Clito, que también era un veterano y el jefe de caballería más experimentado. Clito fue nombrado segundo hiparca junto con Hefestión, que nunca había dirigido a jinetes. Su ascenso pronto fortalecería un alto mando que se encontraba amenazado, pero no se trataba de una recompensa debida exclusivamente a la elección de Alejandro.

La última palabra, y la única cierta, vino del propio Alejandro. Antes de dejar Farah, decidió rebautizarla con el nombre de Proftasia, un rompecabezas sólo hasta que se traduce. Pues Proftasia es la palabra griega que significa Previsión; por tanto, así es como Alejandro se veía a sí mismo, no como un juez provisto de pruebas, sino como un rey que golpeaba antes de que otros pudieran golpearlo a él. La justicia o injusticia del complot de Filotas nunca se conocería de un modo preciso, ni el propio Alejandro había esperado tampoco conocerla con precisión. Sin embargo, por primera vez en la historia se había dado publicidad a una conspiración; su superviviente había actuado rápido y, como finalmente el viento de Seistán había empezado a soplar, llegó el momento de que Alejandro considerase el mejor modo de llevar su «previsión» a otros lugares.

21. MÁS ALLÁ DEL HINDU KUSH

A los pocos días de haber hecho gala de su capacidad de previsión, Alejandro emprendió una marcha de una audacia ejemplar. Su objetivo no era humillar a los amotinados, sino capturar a Beso y la provincia de la Bactriana; para ello, pese a que Satibarzanes seguía sin haber sido capturado, Alejandro dejó atrás las provincias iranias y se preparó para sufrir un frío y un hambre tan intensos como nunca antes había soportado. No se habría arriesgado a ello si no hubiese considerado que los hombres y los oficiales eran dignos de confianza. La moral común y el ejemplo personal los sacarían adelante por sí solos: ni el ejército ni su jefe se verían decepcionados.

A finales de septiembre de 330, Alejandro dejó Farah y siguió la ruta regular del desierto en dirección al este, hacia Kandahar y los lejanos montes de la cordillera del Hindu Kush; los seis mil hombres de Clito se unieron a él al cabo de un mes, por lo que Alejandro se encontró conduciendo a más de cuarenta mil hombres por un país en que los alimentos no podían transportarse en carretas, en que los animales de carga deberían enfrentarse a un camino traicionero y donde el invierno que se aproximaba dificultaría que pudiesen vivir de la tierra. Durante los últimos dos meses, el ejército había andado escaso de comida, por lo que no resultó sorprendente que Alejandro otorgase su favor a una tribu situada en la frontera de Seistán, «observando personalmente que no se gobernaban a sí mismos como otros bárbaros de la zona, sino que, como los griegos, reivindicaban el uso de la justicia». Este pueblo justo era el de los *arimaspoi* o «benefactores», que doscientos años antes habían salvado a Ciro y al ejército persa de morir de inanición: en sus orígenes habían sido nómadas escitas, y es posible que fueran ellos quienes destruyeron la incipiente cultura urbana de Seistán; sin embargo, en su segunda aparición en la historia, la comida tanto como la teoría política fueron la causa de que el sedicente heredero de Ciro les diera dinero y tantas tierras como quisieron. Los «benefactores» serían gobernados por el antiguo ministro de Darío.

En las cercanías de Kandahar, el paisaje desértico daba paso a una relativa exuberancia en torno al curso medio del río Helmand. La provincia, llamada Aracosia, era conocida por los persas como «la tierra bien regada», un nombre que la gente de Alejandro transcribió al griego: además de ser fértil, también domina el estrecho corredor entre los picos que se extienden hacia el noreste, al interior de Afganistán. Durante mucho tiempo, la historia de Persia puso de manifiesto la importancia de su sátrapa, y, por primera vez desde Gaugamela, Alejandro arrebató

una provincia entera de manos orientales y se la asignó a un experimentado macedonio, puede que para que ejerciese el mando en exclusiva; quizás el cambio también reflejaba las protestas por la reciente conspiración. Se dejó a algunos soldados para que mantuvieran abiertas las comunicaciones y se le ordenó al sátrapa que se instalara en la actual Kandahar, rebautizada con el nombre de Alejandría, cuya dotación se vería ampliada ahora con la presencia de cuatro mil soldados. A finales de noviembre, Alejandro dejó el calor de esta tierra baja y emprendió la ruta más dura del país: cruzaría las montañas del Hindu Kush y escrutaría los alrededores de Balj en busca de Beso. La marcha era táctica, pero sin embargo asombrosa. El Hindu Kush se extiende de norte a sur como la espina dorsal de un dragón entre la India e Irán; se ganó por primera vez su actual denominación, que significa «asesino hindú», a causa de la elevadísima tasa de mortalidad entre las esclavas indias que fueron llevadas como ganado a Irán a través de sus pasos por los mercaderes medievales. Entre los antiguos «alpinistas», Aníbal es quien actualmente ostenta el lugar de honor por haber cruzado los Alpes. Sin embargo, el ejército de Alejandro era mayor que el del cartaginés, y el camino que siguió, no menos espectacular. A diferencia de Aníbal, Alejandro tuvo el sentido común de dejar a los elefantes fuera de una aventura tan desagradable; caso de que hubiera elefantes en su ejército, pudieron haberlos soltado en la reserva para elefantes que se encontraba al oeste de Kandahar, conocida por los persas y todavía auspiciada por los reyes Ghaznavi unos mil quinientos años después. Allí los animales podían revolcarse en ciénagas de barro caliente, felices de disfrutar de las comodidades invernales que precisaban.

Los hombres y los animales de carga fueron menos afortunados. Llegaron malas noticias acerca de que, con toda seguridad, Satibarzanes había regresado a las tribus que habitaban los alrededores de Herat, así como de que había iniciado otra revuelta entre los iranios de Partía y Aria. Alejandro debió de haber lamentado la inicial confianza depositada en él, pues ahora se encontraba con que su retaguardia estaba amenazada por una valiosa fuente de apoyo para Beso, dado que habían proporcionado al rebelde ayuda y caballos desde su base en Balj. Escaso de soldados, Alejandro sólo podía destacar a seis mil hombres para proteger la guarnición de Herat; el ejército principal, que constaba al menos de treinta y dos mil hombres, recibió órdenes de continuar la larga y dura travesía por el valle del Helmand, amenazado por el invierno, el hambre y las rebeliones que tenía delante y detrás. Las cifras del ejército nunca habían sido tan reducidas. Es poco probable que siguieran el trayecto de la actual carretera desde Kandahar hasta Kabul, el tramo de quinientos quince kilómetros que tan famoso se haría entre los ingleses Victorianos de la década de 1880 debido a la marcha de liberación del general Roberts; los guías nativos y la antigua carretera persa los mantuvieron en el terreno más abrupto y montañoso hacia el este, un camino largamente utilizado que debía conducirlos a través de Gardez,

posteriormente convertida en una ciudad griega, y después por las vertientes que descienden por la ladera oriental a los valles del Punjab. Fue allí donde se encontraron con una tribu que los persas conocían como indios, una descripción poco precisa para un pueblo de la periferia de las llanuras del Paquistán occidental, pero, puesto que la comida era muy escasa, no había tiempo que perder en estas primeras indicaciones sobre el mundo que se encontraba al otro lado. El cielo invernal flotaba taciturnamente sobre la espesa nieve y, cuanto más escalaban, más dificultades tenían los soldados para respirar debido a la falta de oxígeno. Los rezagados pronto se perdieron en la tenebrosa luz, expuestos a la congelación y a una muerte segura; otros daban traspiés sobre la nieve acumulada durante las ventiscas, que era imposible de distinguir de la blancura llana de los salientes. Buscaron refugios donde pudieron, pero había que tener una vista muy aguda para reconocer bajo la capa cada vez más densa de nieve las chozas nativas de ladrillo, cuyos tejados, como en nuestros días, tenían forma de cúpula. Una vez que dieron con ellos, los nativos se mostraron dóciles y les proporcionaron todos los alimentos de los que podían prescindir: «Encontramos comida en abundancia, excepto —escribieron los oficiales con nostalgia— aceite de oliva». Ahora bien, no hay manera de apiñar a treinta y dos mil hombres para protegerlos del invierno en los desfiladeros que conducen a Begram y Kabul; para el ejército, la única esperanza de alivio era mantenerse en movimiento, mientras Alejandro hacía todo lo que podía para mantener alta la moral: ayudaba a los que tropezaban y levantaba a los que se caían. Durante mucho tiempo, la abnegación fue una de las bases de su liderazgo.

Sin embargo, la marcha no era una lucha gratuita contra la naturaleza. Al desplazarse durante el invierno, Alejandro había sorprendido a las tribus de las montañas y, como descubrirían después los ejércitos británicos, la nieve y el hielo eran con mucho preferibles a las emboscadas de los nativos, que conocían y vigilaban las montañas de los alrededores. También cabía la posibilidad de atrapar a Beso sin que éste se diera cuenta. A salvo en el otro lado del Hindu Kush, Beso podría haber esperado que Alejandro lo dejara en paz o, al menos, que la invasión no se produjese hasta finales de verano; mientras tanto, cuando la nieve se hubiera derretido podría cabalgar hacia el oeste, a Herat, a través de los pasos que había cerrado y unirse a Satibarzanes en la revuelta que incluso se había extendido a Partía, lo que constituía una grave amenaza. Por tanto, si Alejandro se dirigía a la Bactriana, las comunicaciones de Beso con el oeste podrían cortarse y sería posible aislarlo en las calurosas satrapías de los nómadas que se extendían a lo largo del río Oxo. De un modo absurdo pero comprensible, Beso no hizo ningún intento por bloquear los pasos septentrionales del Hindu Kush en una época tan temprana del año. No imaginó que su enemigo les haría frente, pero con Alejandro no había nada verdaderamente imposible; su previsión no se limitaba a los miembros de la familia de Parmenión, y

tan pronto como le fue posible intentó cruzar la barrera montañosa.

Al este de la moderna Kabul, el ejército regresó a los valles siguiendo la actual carretera principal hacia la India y pudo descansar en un terreno liso. Todavía estaban rodeados por un anillo de montañas, pero, una vez superado lo peor del viaje, se les permitió establecer un campamento de invierno en la capital de la satrapía persa de Capisa. De nuevo, Alejandro se puso en marcha para refundar una fortaleza persa, colonizándola como una ciudad griega con siete mil nativos y con todos los veteranos y soldados mercenarios de los que su menguado ejército podía prescindir. El resultado, conocido como Alejandría del Cáucaso, nunca ha sido encontrado, aunque unas esporádicas excavaciones francesas en Borj-i-Abdulla, al sur de la actual Begram, dejaron al descubierto vestigios de torres griegas y la muralla de una ciudad que sucedió a esta Alejandría ciento cincuenta años más tarde. Situada en las suaves laderas de estas estribaciones, la cuenca más rica del área, la ciudad seguramente estaba destinada a vigilar las antiguas rutas que cruzaban el Hindu Kush, pues en los valles de Begram y Kabul convergen nada menos que tres caminos principales, mientras que la ciudadela domina la confluencia de dos importantes ríos, el lugar preferido por los persas para levantar un fuerte de este tipo. Durante los últimos doscientos años a partir de Ciro, los persas habían mantenido una guarnición en el mismo emplazamiento estratégico; Alejandro, como haría tantas veces en el Lejano Oriente, siguió el ejemplo para crear una Alejandría a partir de sus predecesores persas. Aunque su emplazamiento no era nuevo, el estilo de vida de la nueva ciudad era completamente diferente: nunca había habido un teatro en un puesto de avanzada persa, pero ciento cincuenta años después de Alejandro, Alejandría del Cáucaso todavía contenía tallas de actores cómicos griegos, ataviados para salir al escenario que había prosperado dentro de sus muros. Incluso en las casas de postas para veteranos, el estandarte de la cultura griega se alzaba desafiante en un valle afgano.

No fue hasta mayo, con siete meses de retraso, cuando Alejandro «hizo sacrificios a los dioses habituales»; nunca antes se habían elevado por los aires sacrificios en honor de los Olímpicos en un lugar situado tan al este, y Alejandro exhortó a su ejército en el punto culminante de la marcha. Como haría Tamerlán después, Alejandro se disponía a escalar los contrafuertes septentrionales del Hindu Kush por el paso de Khaiwak, cuya altitud es de 3.350 metros, antes de descender a las llanuras de la Bactriana y al otro lado de Asia. La cara sur, más cercana, que se eleva hacia el cielo al otro lado de Begram, no se acometió hasta que la nieve empezó a fundirse. El problema era el hambre, no el frío. La marcha hasta la cima duró una semana, pero la comida era desesperadamente escasa excepto por las plantas de terebinto y asa fétida, sabrosas pero sin sustancia. Aunque las historias despachan brevemente la experiencia, todavía puede vislumbrarse el paisaje que los acompañó; los amaneceres y los atardeceres son de una intensidad tal que incluso los terratenientes procedentes

de los cerros de la Alta Macedonia no pudieron menos que sentirse conmovidos al contemplarlos. La luz despide ráfagas azules y violetas sobre la nieve que se deshace, alcanzando la rosada roca de la montaña y los macizos de las espinosas armerías marinas, una planta punzante como un erizo que recubre las laderas y causa molestias al viajero desprevenido. «Un delgado velo púrpura —escribió un explorador alemán que, como Alejandro, viajó a través del Hindu Kush a principios de la estación—, muy tenue y tan difuso como la brisa, se dibujaba diariamente en el cielo por el lado de oriente. Mientras lo contemplaba, las nubes se convirtieron en llamas y adquirieron el tono rojo de la sangre; los picos nevados se encendieron, mientras un profundo e inexpresable anhelo me invadió por completo». La misma sensación de anhelo la observó en Alejandro su historiador romano más imparcial, quizás acertadamente; era una emoción que lo conducía a la búsqueda del mito o de lugares cargados de misterio; vivir el pasado homérico era lo propio de un rey. En el Hindu Kush, el mito y el paisaje se combinaban para dar rienda suelta a este pasado.

«En medio de las montañas, había una roca cuya altura era de ochocientos metros y en la cual los nativos señalaron la cueva de Prometeo, junto con el nido de la mítica águila y las marcas de las cadenas». En la leyenda griega, el héroe Prometeo fue castigado por su talento inventivo y encadenado por Zeus a una roca en el este, donde un águila le roía el hígado; aquí, en el Hindu Kush, parecía que finalmente se había descubierto el lugar de su castigo. Sin embargo, este mito, el más grande de todos, siempre se había situado en el Cáucaso, a kilómetros de distancia hacia el noroeste; con el fin de reconciliar el mito y la geografía, la gente de Alejandro sostuvo que el Hindu Kush estaba unido al Cáucaso por una prolongación que se extendía hacia el este. Desde entonces, los eruditos antiguos y modernos han tratado su error con crueldad, despreciándolo como una mera adulación que, de manera deliberada, relacionaba a Alejandro con las lejanas montañas del Cáucaso, una región que él nunca alcanzó. Sin embargo, esta actitud implica no comprender un error muy humano. El nombre griego del Hindu Kush, el Paropamiso, derivaba de la palabra persa *uparisena*, que significa «pico sobre el que el águila no puede volar». El águila formaba parte de la sabiduría local y, como en el caso de Prometeo, era un símbolo con una historia propia: en el mito local iranio, el águila Sena salvó al héroe Dastan, hijo de Sam, de un cruel encarcelamiento. Evidentemente, los nativos contaron la historia al personal de Alejandro y, al punto, éstos identificaron los detalles con su propio Prometeo; si esas montañas encerraban a la mítica águila, tenían que ser el Cáucaso fuera cual fuera la geografía, pues era allí donde se sabía que se encontraban Prometeo y el águila. Las marcas de las cadenas se detectaron con facilidad en el Hindu Kush sobre la superficie de una roca que no presentaba irregularidades; para los oficiales de Alejandro, la geografía sólo era precisa si primero se adecuaba al mito, y aunque el Hindu Kush es más grande que las montañas griegas y su superficie

erosionada está tan tostada como el pan de sus habitantes, se trata de un paisaje con un inequívoco aire griego.

Mientras las estribaciones de la cara sur sugerían el mito, la cima del llamado Cáucaso prometía una recompensa aún mayor. Aristóteles, que no sabía nada de la China ni del Lejano Oriente, creía que el límite oriental del mundo podía verse desde la cumbre del Hindu Kush, y quizá su antiguo discípulo, después de las horas dedicadas a la geografía en la escuela, se acordó al menos de esto; puede que, en Grecia, esta creencia fuera común entre la gente corriente, y, para un hombre de veintiséis años, no podía haber una ambición más transcendental. Una corta marcha hacia el este bastaría para que Alejandro pudiese contemplar el límite del mundo y ver cómo las tierras fronterizas de la India se fusionaban con el arremolinado océano. Para un explorador, un objetivo de estas características no necesita más explicación, mientras que para un Aquiles toda lucha para alcanzar ese límite se situaba fundamentalmente al servicio de la gloria. Desde la cima del paso de Khaiwak, la geografía de Aristóteles ya debía de parecer sospechosa a cualquier hombre del ejército que la recordara. En el este se alzaba una cadena de montañas tras otra, pero por el momento Beso importaba más que el problema del fin del mundo, por lo que se persuadió al ejército para que se dirigiera hacia el norte en su busca, descendiendo por la pared opuesta del Hindu Kush.

Para llevar a cabo el descenso, que fue extremadamente penoso, se necesitaron al menos diez días. La capa de nieve, en la cara norte, todavía era gruesa y ocultaba el recorrido del paso; sólo un paralelismo puede mostrar lo que esto podía significar. En abril de 1398, Tamerlán cruzó la misma pared del Khaiwak obligando a sus mongoles y a él mismo a arrastrarse por los glaciares a cuatro patas, a tener que llevar a rastras a los animales de carga por medio de trineos de madera y a balancearse sobre los barrancos por puentes hechos con cuerdas que se ataban a grandes rocas; se perdieron más hombres en esa travesía que durante todo el año que duró la campaña. Los caballos de Alejandro se calzaron con las botas de piel que los generales griegos usaban para hacer frente a los montones de nieve profundos o resbaladizos; sin embargo, sufrieron severamente, pues sus necesidades ocupaban un segundo lugar en relación con las de los jinetes. Los nativos habían almacenado los alimentos en hoyos bajo el suelo, que eran difíciles de encontrar y aún más duros de romper; el hambre se extendió entre el ejército mientras que las pocas jarras de vino y miel disponibles se vendían a unos precios absurdamente altos. En las pendientes más bajas, donde los hierbajos y la famosa trucha de río marrón constituían la dieta de los soldados, los animales no encontraban forraje, y pronto se dieron órdenes de sacrificarlos y utilizar su carne como alimento. Las matas de las espinosas armerías marinas, que los nativos utilizaban como leña, estaban enterradas bajo la nieve; a falta de otro combustible, los caballos y los mulos de carga se sazonaron con jugo de asa fétida y se comieron

crudos.

Los soldados se salvaron gracias a la incompetencia de Beso y a una victoria fortuita cerca de Herat. Mientras Alejandro descendía penosamente el Hindu Kush, una rápida y enérgica carga de caballería pudo haber hecho que reinara la confusión, sobre todo porque Beso había empezado a quemar las cosechas en las llanuras. En lugar de seguir con esta devastación, Beso se asustó, probablemente ante las malas noticias procedentes de Satibarzanes y el oeste, y cabalgó unos trescientos kilómetros hacia el norte atravesando el Oxo, deteniéndose sólo para quemar las embarcaciones como medida de precaución. Su don de mando era muy pobre y los ocho mil hombres de la caballería local de la Bactriana desertaron indignados, viendo pocas alternativas salvo la de unirse a la rápida rendición de su rica provincia natal. Al descender de las estribaciones a principios de junio, Alejandro recorrió sin problemas el camino a través de Kunduz hasta la capital local de Balj, madre de ciudades, y permitió que los soldados se refrescaran en su oasis, relativamente generoso. También necesitaba esperar que llegara el resto del equipaje y del equipo de asedio para reemprender la marcha.

Situada a orillas de un riachuelo, Balj era mucho más antigua que el Imperio de los persas, y debió de haber servido como centro para los primeros comerciantes de la Bactriana al menos mil años antes de caer en manos del Gran Rey; «la portadora de banderas», así la habían denominado los poemas sagrados de los persas, y junto con la bandera persa, su palacio se adornó con la imagen de Anahita, diosa del agua del Oxo y muy apropiada para el oasis de Balj, donde era adorada con su corona de estrellas y su capa sagrada hecha con pieles de nutria.

Para un hombre que venía del paso de Khaiwak, la provincia de Balj, «tierra de mil ciudades», se desplegaba como una alfombra que poco a poco se iba desdibujando. Sobre la superficie llevaba claramente inscrita la marca de su lugar en la historia: en sus llanuras alternaban el desierto de grava y los focos fértiles, el primero un hogar para los nómadas, los segundos para las aldeas estables, y ambos paisajes habían convivido en una atmósfera de continua desconfianza. Para quienes la controlaban, la provincia tenía ricos recursos: oro en los ríos, caballos excepcionales y minas de plata y rubíes; en los montes del noreste de Badajshán se encontraba el único yacimiento de lapislázuli que se conocía en el Imperio persa, cuyos fragmentos azules habían sido utilizados como artículo de lujo y como moneda para comerciar con Seistán y el sur durante los últimos dos mil años. Las aldeas se ajustaban a los contrastes del paisaje: fueron construidas para protegerse tras el cuadrado que trazaba un muro de ladrillo, a cuyo lado interior se adosaban las casas de la aldea, dejando espacio en el centro del pueblo para que se estabularan los rebaños en caso de invasión. En cada esquina del muro se levantaban torretas fortificadas, mientras que una atalaya vigilaba la entrada por la puerta central: el modelo, como un fuerte de

juguete, subsiste en los pueblos *qal'eh* del Alto Irán, inventados y conservados como refugios contra los nómadas. Así pues, tanto en la provincia como en el norte y el noroeste de sus límites con el Oxo, los nómadas eran el peligro que Alejandro podía deducir de las aldeas que veía a su alrededor.

En este mundo extraño y distante, los persas habían gobernado a través de la baronía local, que vivía segura en castillos y fortalezas excavadas en la roca y era atendida por ejércitos de criados. A menudo su sátrapa era un pariente consanguíneo del rey, pero se desposaba con damas nobles de la Bactriana confiando en que fueran sus parientes políticos quienes lo apoyaran; Alejandro, que reconoció las virtudes naturales de la administración persa, no deseaba perturbar el pasado, por lo que prefirió buscar a un iranio que resultara apropiado para darle continuidad. Del modo más oportuno, el anciano persa Artabazo llegó a Balj a principios de junio. Como sátrapa con experiencia en el oeste y como viejo amigo de la familia real macedonia, era también el hombre con el que más posibilidades tenía Alejandro de entablar una relación de consanguinidad con los iranios, pues Artabazo era el padre de Barsine, la amante que Alejandro había tomado después de Isos. Fue muy agradable verlo de nuevo, en especial porque traía excelentes noticias de carácter militar. Había estado liderando la caballería contra la rebelión de Satibarzanes en los alrededores de Herat, y ahora le informaba de que él y sus tres camaradas generales habían derrotado a los socios rebeldes de Beso en una feroz y valerosa carga de caballería, y que el propio Satibarzanes había sido alcanzado por una lanza y había muerto. Presumiblemente fueron estas noticias las que provocaron que Beso se retirara con una rapidez tan desacertada. El error que Alejandro había cometido al confiar en un rebelde había sido finalmente reparado; ahora la retaguardia estaba a salvo, y Alejandro podía designar al leal Artabazo, padre de su amante, para que gobernase a sus conciudadanos iranios en la Bactriana. De este modo, se respetó la tradición local, y puesto que a finales de junio el sol calentaba cada vez más, el ejército dejó Balj y se fue tras el menguado rastro de Beso, un plan que resultó más arduo de lo que imaginaron. Apenas sumaban treinta mil hombres, pero siguieron adelante sin quejarse, ni del comportamiento de los hombres descontentos con la reciente purga de su caudillo, ni de las ambiciones de éste, ni del hecho de que hubiese adoptado unas pocas costumbres persas. Todavía era el Alejandro al que amaban, por el que habían marchado desde Persépolis y habían recorrido casi cinco mil kilómetros de desierto dando tumbos, por el que habían pasado hambre y habían cruzado la barrera que la nieve erigía entre dos mundos en el transcurso de un solo año.

Desde Balj, el rastro de Beso se dirigía al norte, hacia el Oxo, a través de ochenta kilómetros de un desierto de grava. Los mismos soldados y caballos que se habían helado de frío un mes antes padecían ahora terriblemente a causa del calor del verano, ya en su plenitud, incapaces de tragar la poca agua que sus guías les habían

aconsejado que llevaran. Era imposible viajar de día, cuando el calor parecía resplandecer sobre la arena e incluso los lagartos se ocultaban bajo la grava; la noche apenas era más agradable, aunque las historias más piadosas omitieron cualquier mención de las pérdidas humanas. Desde el primer día hasta el último, Alejandro mostró por qué podía pedirle tanto a su ejército: cuando le llevaron dentro de un yelmo el agua que habían recogido en una pequeña fuente en el desierto, se negó a aceptar el privilegio y la tiró, compartiendo las privaciones de sus soldados. Cuando por fin alcanzaron el río Oxo, el ejército se había dispersado tanto que tuvieron que encender hogueras en una colina cercana para guiar a los soldados hacia el campamento. Alejandro «se mantuvo alerta siguiendo su recorrido y se negó a tomar ningún alimento ni bebida, ni quiso refrescarse en modo alguno hasta que todo el ejército hubo pasado ante él». Los hombres se animaron con su ejemplo, y ese mismo día, entrada ya la noche, Alejandro y su ejército durmieron en el campamento cercano a Kilif, donde las amarillentas aguas del Oxo se estrechaban y los juncos hacían que su corriente fluyese de un modo más lento.

Antes de cruzarlo al día siguiente, los macedonios de más edad, los que no estaban en forma y los pocos jinetes tesalios que habían ido voluntariamente a Hamadán recibieron una generosa paga y fueron enviados de vuelta con órdenes de engendrar hijos, los soldados del futuro: sin duda, hubiesen preferido ahorrarse los últimos ochenta kilómetros. El río Oxo es ancho y sosegado, y cinco días después de que sus compañeros partieran el resto del ejército se encontraba ya en la otra orilla, gracias a un método de transporte oriental muy conocido. Beso había quemado las barcas de los nativos y allí no había madera para construir un puente, por lo que los soldados cosieron las pieles de las tiendas de campaña, como en el Danubio, y las rellenaron con heno para hacer balsas flotantes, método que, hasta la fecha, era el tradicional para cruzar un río en el este. En cuanto hubo pasado al otro lado del Oxo, el ejército puso pie en la Sogdiana, la provincia nororiental del Imperio persa; desde allí, una de sus rutas, largamente utilizada, parte a través del desierto en dirección a China, la única vía de comunicación por la que viajaban los mercaderes de la Sogdiana llevando cualquier cosa a los hogares de su clientela china, desde melocotones y loto hasta danzas y religiones subversivas. Para el ejército de Alejandro, China era desconocida y la Sogdiana no era más que un páramo arenoso de piedra y tamarisco, un lugar que sólo prometía enfermedades, escaramuzas con las tribus o más Alejandrías situadas a kilómetros de distancia de los olivares que conocían en casa. Sólo Beso podía haberlos atraído hacia allí.

Por el momento, la persecución continuaba recompensándolos. Beso había sido incompetente y, al igual que Darío, sufría el acoso de los cortesanos independientes; cuando el enemigo cruzó el Oxo, estos esbirros detuvieron a Beso y acordaron entregarlo. Se envió a Ptolomeo para que se hiciese cargo del traidor, que se

encontraba en una aldea remota, y éste se lo llevó, desnudo y sujeto con un collar de madera. Después fue puesto en el lado derecho del camino por el que marchaba Alejandro, y Alejandro pasó, detuvo su carro y le preguntó por qué Beso había asesinado a Darío, su benefactor y legítimo rey. Beso echó la culpa a sus ayudantes, pero la excusa no se consideró satisfactoria: ordenó que fuera azotado y declarado asesino antes de ser conducido a Balj para recibir un ulterior castigo. El incidente dice más de la astucia de Alejandro que de su severidad. Sólo un año antes, Satibarzanes, otro de los asesinos de Darío, se había rendido y había recibido un conspicuo perdón, pero, al igual que Satibarzanes, Beso había añadido la rebelión a la traición, y los rebeldes, en la ética de Alejandro, sólo podían esperar el tratamiento más severo. El crimen de Beso no había consistido tanto en haber ayudado a asesinar a Darío como en el hecho de haberse proclamado nuevo rey de Asia. No obstante, Beso fue condenado como asesino: en el verano de 329, Alejandro tenía a orientales sirviendo en su ejército y deseaba convencerlos de su nueva posición. Todavía luchaba para cumplir una venganza, pero ya no era tanto una venganza de los griegos por el sacrilegio cometido por los persas como una venganza de los persas por el asesinato de Darío. Beso, el pretendiente real, fue despojado de su prestigio al abrigo del último mito de Alejandro.

Con Beso convenientemente encadenado, la marcha hacia el norte podría haber finalizado, de no haber sido porque resultaba lógico cabalgar hasta el cercano río Jaxartes y reclamar la frontera noreste del Imperio persa. Cerca de Karshi, Alejandro adquirió caballos locales, de magnífico linaje, para reemplazar a los muchos que habían muerto en el desierto; en los alrededores del Korum-tag, la única colina en la monotonía arenosa del paisaje, sus hombres fueron hostigados por los nativos mientras buscaban comida, puede que con excesiva desesperación. Al parecer, durante las represalias fueron asesinados unos veinte mil nativos, aunque éstos se las arreglaron para herir a Alejandro en la pierna con una flecha y romperle el hueso, lo que entrañaba cierto riesgo en un clima desértico que facilitaba la gangrena. La herida provocó una pelea, no un retraso, pues se determinó que Alejandro sería llevado sobre una camilla para mantener a la expedición en movimiento, y la elección de los porteadores adecuados dividió al ejército. La caballería y la infantería se pelearon por el privilegio, una escisión que se reabriría seis años más tarde tras la muerte de Alejandro. Pero, en la Sogdiana, Alejandro estaba allí para intervenir, y dispuso que la caballería y la infantería podían hacer el trabajo por turnos. Las lealtades fueron satisfechas y, tras cuatro días de marcha por el desierto, el ejército alcanzó Samarcanda, que por aquel entonces todavía era meramente un palacio de verano de los gobernantes iranios, construido con murallas de ladrillo. Samarcanda estaba regada por un río que los soldados bautizaron con el nombre de Politimeto, palabra griega que significa «muy valioso», sin duda una referencia al oro que se

lavaba en su lecho y que todavía es recordado en el actual nombre Zarafshán, es decir, «que dispersa oro». Desde allí sólo quedaban doscientos noventa kilómetros hasta el río fronterizo. Los pueblos nativos fueron saqueados en busca de comida y los que se resistieron fueron incendiados. Probablemente Alejandro todavía no era capaz de andar.

Alcanzaron la frontera en julio, cuando el nivel de humedad era sólo del 5 por ciento y la temperatura a la sombra alcanzaba los 43 grados. En la actual Kurkath, a unos pocos kilómetros al sur del vado principal, el río estaba custodiado por un puesto de avanzada persa que Ciro había levantado doscientos años atrás, y, como en el Hindu Kush, Alejandro ordenó construir una nueva Alejandría para reemplazarlo. «Pensó que la ciudad estaría bien situada y que tendría posibilidades de crecer, especialmente como guarnición contra las tribus que había al otro lado, y confiaba en que se convertiría en una gran ciudad tanto por el número de colonos que confluyeran allí como por el esplendor de su nombre». En el último punto, Alejandro estaba equivocado; la Última Alejandría pronto fue acosada por los nómadas y refundada por su sucesor como una Antioquía; después fue conocida con la moderna denominación de Khojend, y posteriormente, cuando fueron otros los nombres que parecían espléndidos, como Stalinabad, y después como Leninabad.

El propósito de la ciudad era inequívoco: mejorar la defensa de una frontera que había ocupado un lugar preponderante en el pasado de los persas. Al contemplar Persia a través de los ojos de un griego occidental, a menudo esta preocupación se ha infravalorado. Posteriormente, para los persas, no fueron tanto las derrotas infligidas por los griegos en Maratón las que perduraron cual incómodo recuerdo, como el hecho de que su gran rey Ciro y su profeta Zoroastro hubiesen muerto luchando contra los nómadas de las estepas septentrionales. La provincia de la Sogdiana era a Asia lo que Macedonia a Grecia: una barrera entre una civilización frágil y los inquietos bárbaros que había al otro lado, tanto si se trataba de los escitas de la época de Alejandro y de otras posteriores, como de los hunos blancos, los turcos y los mongoles que finalmente llegaron al sur en avalanchas para destruir el delgado barniz de la sociedad irania. En esta provincia-barrera, Alejandro siguió el ejemplo de su padre y reforzó la Sogdiana, como hizo Filipo en Macedonia, con ciudades y colonias militares para mantener a los escitas en el lugar al que pertenecían. Los enviados ya habían cruzado el río Jaxartes para hablar con el rey de los escitas y espiar a sus gentes, que eran los jinetes más expertos conocidos al este de Irán. Tenían mucha movilidad y eran peligrosos, y sus soberbias bridas, copas, alfombras y tiendas constituyen un recuerdo de que el mundo palaciego de Asia y la vida urbana de los griegos sólo fueron breves paréntesis en un viejo mundo de nómadas, tan ligero como polvoriento, pero no menos permanente, y, en ningún caso, era una sociedad que debiera infravalorarse. Era un augurio de los tiempos el hecho de que en una historia

de amor persa, traducida al griego por un mayordomo de la corte de Alejandro, desde mediados del siglo VI el personaje del villano hubiese cambiado, pasando de ser un aristócrata de la Bactriana a un jefe escita.

Antes de que se hubiera empezado a construir la Ultima Alejandría, llegaron noticias de una rebelión, no entre los escitas sino en la retaguardia. Desde que desembarcó en Asia, Alejandro había exigido de sus hombres que marchasen a un ritmo terriblemente duro, a menudo sin comida, pero nunca los había enredado en una lucha lenta y autosostenida contra guerrilleros. Ahora, por primera vez, la velocidad de su marcha iba a aminorarse. Esta rebelión sogdiana agotaría la paciencia del ejército durante dieciocho insatisfactorios meses, plantearía nuevas exigencias a su mandato y traería un clima de duda a su entorno. Las causas eran simples; cuatro de los esbirros de Beso todavía estaban libres, liderados por Espitámenes, el persa cuyo nombre tiene vínculos con la religión de Zoroastro. Ahora los cuatro empezaron a sembrar entre los nativos la desconfianza hacia los macedonios. Para ello había una poderosa razón. Al buscar ansiosamente comida en el desierto de la Sogdiana, el ejército de Alejandro había saqueado campos de arroz, robado ganado y requisado caballos, castigando con severidad cualquier amago de resistencia. No había ningún otro recurso con el que alimentar a los treinta mil soldados, pero se trataba de un modo peligroso de comportarse. Mientras tanto, los nativos veían cómo se instalaban guarniciones en los principales pueblos; la vieja ciudad de Ciro empezó a transformarse en una Alejandría, y, al igual que en la Bactriana, Alejandro prohibió que los cadáveres se expusieran a los buitres porque eso repelía a su sensibilidad griega. Del mismo modo que en la India los británicos prohibieron inmolar a la esposa en la pira del marido, en el ritual denominado *sati*, los escrúpulos morales de Alejandro le costaron la popularidad, pues los sogdianos no habían visto cómo Persia era derrocada sólo para tener que soportar una mayor injerencia por parte de sus conquistadores. Era el momento de liberarse de cualquier imperio, en especial cuando se habían dado órdenes de convocar una reunión en Balj, a la que se esperaba que asistiría la baronía local. Si acudían, podrían ser tomados como rehenes. Por tanto, los bactrianos se unieron a la resistencia; sin duda, se trataba de los mismos bactrianos a los que medrosamente Beso había abandonado, y, desde Balj hasta el Jaxartes, Alejandro topó con su desafiante presencia.

Haciendo caso omiso de los guerrilleros nómadas que se habían unido para poner el sur en pie de guerra a lo largo del Oxo, Alejandro se volvió contra los aldeanos rebeldes de los pueblos más cercanos. Allí sus guarniciones habían sido asesinadas, por lo que devolvió el cumplido a los siete asentamientos responsables en cuestión de tres semanas. Las fortificaciones de ladrillo de los *qal'ehs* fueron tratadas con desprecio. Pese a que no se habían transportado torres de asedio por el Hindu Kush, había maquinaria desmontable para lanzar piedras lista para ser armada en caso de

que fuera necesario; no hubo necesidad de montarla en los tres primeros pueblos, que sucumbieron en un par de días a las obsoletas tácticas de los grupos de escaladores apoyados por proyectiles, mientras que los dos pueblos siguientes fueron abandonados por los nativos, que corrieron hacia un cordón de caballería que estaba aguardándolos; en las cinco poblaciones, los hombres que presentaron batalla fueron masacrados y los supervivientes, esclavizados. El sexto pueblo, la guarnición fronteriza de Ciro en Kurkath, era con diferencia el más fuerte debido al elevado montículo sobre el que se encontraba. Allí, las murallas de barro eran un objetivo apropiado para las catapultas, pero su actuación fue mediocre, quizá porque había escasez de munición; hay pocas piedras en el desierto del Turquestán, y no pudieron haberse transportado muchos cargamentos de rocas a través del Hindu Kush. Sin embargo, Alejandro se dio cuenta de que el curso de agua que todavía corría al pie de las murallas de Kurkath se había secado con el calor y ofrecía un inesperado paso para los soldados si avanzaban a cuatro patas. Se ordenó el habitual fuego de cobertura y, al parecer, el rey se arrastró junto con sus soldados a lo largo del lecho del río, prueba de que la lesión en la pierna se había curado con una sorprendente rapidez. La astucia era conocida en Grecia y, una vez dentro, las puertas se abrieron de golpe para los sitiadores, aunque los nativos continuaron resistiendo e incluso le provocaron a Alejandro una conmoción al apedrearlo en el cuello. Ocho mil hombres fueron asesinados y otros siete mil se rindieron: el respeto de Alejandro por Ciro, su recién encontrado antepasado, no se hizo extensivo a los aldeanos rebeldes que lo habían herido, por lo que Kurkath, la ciudad de Ciro, fue destruida. El séptimo y último pueblo dio menos problemas, y sus habitantes fueron meramente deportados.

Al parecer insensible a sus heridas y al sol de agosto, Alejandro dejó el Oxo, que estaba crecido, y reemprendió los planes para su nueva Alejandría. Los únicos materiales de construcción disponibles eran la tierra y el ladrillo, de ahí que las murallas y el trazado principal estuviesen terminados en menos de tres semanas. Tampoco había escasez de colonos después del asedio y la destrucción recientes: los supervivientes de Kurkath y de otros pueblos se fusionaron con mercenarios voluntarios y veteranos macedonios, y fueron destinados a vivir en el lugar más caluroso que hay en el curso del río Jaxartes, donde el sol redobla el calor debido a las abruptas colinas que se alzan en la otra orilla. Las casas tenían el techo plano y estaban construidas sin ventanas para conservar el frescor, pero de las comodidades de la vida, los templos y lugares de encuentro nada puede decirse hasta el momento. Los nuevos ciudadanos fueron elegidos entre los prisioneros, así como también entre los voluntarios, y se les concedió la libertad a cambio de prestar servicio en la guarnición: tendrían que vivir con griegos y veteranos macedonios extremadamente reacios a sus costumbres nativas, y siendo conscientes de que habían sido elegidos tanto por su impopularidad entre los comandantes de su sección como por sus

discapacidades físicas.

Si los rebeldes que se encontraban al sur habían sido imprudentemente olvidados en el entusiasmo inicial que producía la creación de una nueva Alejandría, no pasó mucho tiempo antes de que impusieran bruscamente su presencia al enemigo. El saqueo de siete pueblos cercanos no había afectado en nada al verdadero corazón de la revuelta; Espitámenes y sus jinetes nómadas todavía andaban sueltos tras las líneas, y durante la construcción llegaron noticias de que estaban asediando a los miles de soldados acuartelados en Samarcanda. El mensaje alcanzó a los escitas en la otra orilla del río-frontera: se reunieron en desafiantes formaciones, pues se dieron cuenta de que Alejandro estaba siendo presionado para retirarse. La situación era grave, dado que el número de soldados de Alejandro era el más bajo de toda la campaña tras la reciente fundación de diversas Alejandrías y destacamentos; atrapado entre dos enemigos, Alejandro escogió tratar con el que estaba más cerca y destacó solamente a dos mil soldados mercenarios para liberar Samarcanda, quedándose él mismo con unos veinticinco mil hombres, no más, para impresionar a los escitas. Dos generales de la caballería mercenaria compartieron el mando del destacamento de Samarcanda con un oriental bilingüe que servía como intérprete y oficial del alto mando. Nunca más volverían a verlos.

Mientras la fuerza de liberación cabalgaba hacia el sur, Alejandro se quedó para darles una lección a los escitas. Al principio ignoró sus provocaciones y continuó construyendo, «haciendo sacrificios a los dioses habituales y después organizando un certamen de caballería y gimnasia» como demostración de su fuerza. Pero a los escitas les importaban muy poco los dioses griegos, y menos aún las competiciones, de manera que empezaron a gritar obscenidades desde la otra orilla del río; Alejandro ordenó que las balsas de piel rellenas se pusieran a punto mientras realizaba un nuevo sacrificio y examinaba el augurio. Sin embargo, los augurios se consideraron desfavorables y el adivino de Alejandro se negó a interpretarlos de forma falsa: rechazado por los dioses, Alejandro recurrió a las ballestas. Fueron colocadas en la parte alta de la orilla, apuntando al río que había en medio: los escitas se asustaron tanto cuando la artillería se usó por primera vez en el campo de batalla, que se retiraron en cuanto uno de los jefes murió bajo una de aquellas misteriosas flechas. Alejandro cruzó el río, los Portadores de Escudo cubrieron a los hombres que iban sobre las balsas hinchadas, los caballos nadaron junto a ellas y los arqueros y los honderos mantuvieron a los escitas a distancia.

En la otra orilla, el combate fue breve pero magistral. Las tácticas de los escitas se basaban en el cerco puesto por los jinetes, que llevaban pantalones y, en su mayor parte, no usaban armadura: cabalgaban alrededor del enemigo y disparaban flechas al pasar; otros tal vez acorralaban al enemigo por medio de las lanzas. También Alejandro tenía lanceros, así como arqueros escitas a caballo que habían servido

durante un año en su ejército. Conocía las tácticas y las afrontó como había hecho en Gaugamela; primero, atrajo a los escitas a la batalla con una fuerza de avance perceptiblemente débil; después, mientras ellos trataban de cercarlos, desplazó a la caballería principal y a la infantería ligeramente armada y cargó a su manera. Pues los lanceros, y no los arqueros, eran los únicos que podían repeler a los arqueros nómadas, de manera que los escitas fueron empujados hacia atrás, sin dejarles espacio para maniobrar; después de perder a un millar de hombres, huyeron a los montes cercanos y se pusieron a salvo, a una altura de unos novecientos metros. Alejandro los persiguió sin tregua durante unos trece kilómetros, pero se detuvo para beber el agua de la región, «que era mala y le provocó una diarrea incesante, por lo que el resto de los escitas escapó». Todavía sufría por la herida que había recibido recientemente en el cuello, que además le había hecho perder la voz, y su afección estomacal fue una excusa convincente para abandonar una persecución sin esperanza, sobre todo cuando sus cortesanos anunciaron que ya había «rebasado el límite establecido por el dios Dioniso». Como la cueva de Prometeo, este tema mítico, importante para el futuro, no debería tratarse de un modo demasiado escéptico. En el puesto de avanzada de Ciro, que Alejandro había tomado por asalto, se encontraron altares para cultos orientales que los macedonios equipararon con los ritos de sus propios Heracles y Dioniso. Si Dioniso no había ido más allá del puesto de avanzada de Ciro, el lugar donde más lejos había llegado su equivalente culto oriental, entonces Alejandro podría sin duda consolarse por haber perdido a los escitas. Los augurios se habían justificado con su enfermedad y su fracaso.

Irrumpir en los límites de Dioniso fue una recompensa escasa por lo que siguió. Mientras el rey escita enviaba a unos embajadores para desvincularse del ataque, argumentando que había sido obra de guerrilleros espontáneos, Alejandro escuchaba un informe mucho menos grato de lo que sucedía detrás de las líneas. Los dos mil soldados que fueron enviados de vuelta a Samarcanda para vérselas con el rebelde Espitámenes habían llegado cansados y escasos de alimentos; sus generales empezaron a pelearse cuando Espitámenes apareció de repente y les dio una dura lección librando a caballo una batalla en movimiento. A diferencia de Alejandro, los mediocres generales no sabían cómo hacer frente a las vertiginosas tácticas de los arqueros escitas a caballo, sobre todo porque los doblaban en número: la fuerza de liberación se vio atrapada en una isla del río Zeravshan y todos los hombres fueron asesinados sin excepción. La diferencia entre los generales del frente y los reservistas no podía haberse mostrado más claramente, sobre todo porque Alejandro juzgó mal al enemigo, no tanto en lo tocante a sus cifras como a su habilidad. Incluso aunque se hubiese permitido concentrar una fuerza mayor en la insuficiente línea del frente, la velocidad de Espitámenes también la habría destruido; lo adecuado hubiera sido designar a un general de primera clase con un mando único, mientras que Alejandro

había designado a tres hombres equivocados y había permitido que discutieran. El error era irritante y no se escatimaron medios para repararlo.

Al recibir las primeras noticias del desastre, Alejandro reunió a unos siete mil hombres, entre Compañeros e infantería ligera, y corrió con ellos a través de los trescientos kilómetros de desierto que lo separaban de Samarcanda en sólo tres días y tres noches. Semejante velocidad en el calor de principios de otoño es asombrosa pero no imposible, aunque Espitámenes volvió a escapar sin problemas de un enemigo cansado y sediento, desapareciendo por el oeste hacia los estériles pasos de los nómadas de su séquito. Por tanto, sólo cabía enterrar a los dos mil muertos, castigar a los pueblos cercanos que se habían unido a los nómadas en su victoria y deambular a lo largo del río Zeravshan intentando descubrir el rastro de los rebeldes. La búsqueda no obtuvo recompensa y, finalmente, incluso Alejandro la abandonó: al volver a cruzar el Oxo, se acuarteló para pasar el invierno en Balj, donde tuvo que limitarse a reflexionar sobre el contratiempo más evidente de la expedición y sobre el descenso de sus fuerzas, que ahora apenas sumaban veinticinco mil hombres.

Dos heridas, una rebelión continua y la escasez de hombres y comida habían hecho que los últimos seis meses fueran particularmente frustrantes. Pero justo cuando parecía que sus perspectivas no podían ser peores, la esperanza de una nueva estrategia iba a llegar del modo más oportuno al campamento de invierno. Desde Grecia y las satrapías occidentales, los refuerzos formados por veintiún mil seiscientos hombres, la mayoría griegos contratados, finalmente habían emprendido el viaje a la Bactriana bajo el mando de Asandro, que quizás era hermano de Parmenión, y el fiel Nearco, que dejó su ignominiosa satrapía en Licia para unirse a su amigo en el frente de batalla. Era, con diferencia, el reclutamiento más grande recibido hasta entonces, y permitiría que el ejército recuperara su antigua fuerza; si se dividía en destacamentos, de inmediato los problemas de Alejandro se reducirían. Los asaltantes esporádicos podrían ser abatidos por unidades independientes y, en consecuencia, el teatro de la guerra se estrecharía. Afortunadamente, los peñones y castillos del este no presentaban problemas; al norte, más allá del Jaxartes, un asalto había impresionado tanto a los escitas que enviaron embajadores para ofrecer a su princesa en matrimonio. En la Sogdiana central, se asignaron tres mil soldados acuartelados a una región que había sido castigada dos veces; los nuevos mercenarios podían ahora custodiar Balj y el Oxo para que sólo las estepas adyacentes al oeste y el noroeste permanecieran abiertas para Espitámenes. Incluso allí, su libertad acababa de verse restringida.

Hasta Balj llegaron enviados de parte del rey de Kharezm, que no era un desierto silencioso y yermo como sugirieron los poetas, sino el reino más poderoso que se conocía al noroeste del Oxo, el punto donde el río se ensancha para encontrarse con el mar de Aral. Kharezm dejó pocas huellas o historia escrita hasta que las

excavaciones rusas pusieron de manifiesto que se trataba de un reino estable y centralizado, defendido por sus propios jinetes vestidos con cota de malla, al menos desde mediados del siglo VII a.C.; en la actualidad, planea como una sombra débilmente perceptible sobre mil años de historia en el Alto Irán. En el arte y la literatura, Kharezm muestra la influencia del Imperio persa al que una vez estuvo sometido; era una tierra de colonos terratenientes, y sus intereses no eran los mismos que los de los nómadas que vivían alrededor de los desiertos de Arena Roja y Negra. Espitámenes estaba utilizando estos desiertos como base, y la seguridad fue lo que inclinó a Kharezm al lado de Alejandro. Su rey incluso intentó desviar a los macedonios contra sus propios enemigos, ofreciéndose a llevarlos al este en una expedición al Mar Negro. Alejandro rechazó la propuesta con diplomacia, aunque complacido por tener un nuevo y sólido aliado: «No le convenía en ese momento marchar al Mar Negro, pues su preocupación de entonces era la India». Fue la primera pista de lo que sucedería en el futuro: «Cuando hubiese dominado toda Asia, regresaría a Grecia, y desde allí llevaría a toda su flota y al ejército al Helesponto e invadiría el Mar Negro, como se sugirió». Por tanto, por primera vez se pensó que Asia incluía la India, y no precisamente la India del Imperio persa. No obstante, las negativas diplomáticas no son una prueba segura de sus planes, y resultaba fácil hablar del futuro en el campamento de invierno, la estación en la que los generales hablan para pasar el rato; era sólo para atrapar a Espitámenes por lo que se requería al rey de Kharezm. En esta dirección, se habían suscitado esperanzas de que se lograría una temprana victoria: los nuevos refuerzos estaban formados en brigadas, y cuatro prisioneros sogdianos fueron adscritos a los Portadores de Escudo porque Alejandro se enteró de que afrontaron su ejecución con una audacia desacostumbrada. Cuando pasó el invierno, el traidor Beso fue enviado a Hamadán, donde los medos y los persas votaron que había que cortarle la nariz y las orejas, el trato tradicional reservado a un rebelde oriental.

22. EL ASESINATO DE CLITO

Nada dice tanto del estado de ánimo de los hombres como el modo en que interpretan un augurio, y cuando Alejandro dejó Balj en la primavera de 328 para acometer otro año de lucha, recibió por casualidad uno muy revelador. Cuando se montó el campamento en el río Oxo, brotaron del suelo dos fuentes cerca de la tienda real; una era de agua, la otra de un líquido «que salía a borbotones y cuyo aroma, sabor y brillo no eran distintos del aceite de oliva, aunque la tierra no era apropiada para los olivares». Añorando la vida entre lámparas de aceite y la cocina del Mediterráneo, los oficiales se sirvieron del aceite de oliva para describir el petróleo: Alejandro mandó llamar a Aristandro, el adivino real, quien dictaminó que la fuente era un signo de trabajos, pero que después de los trabajos, vendría la victoria. Era la primera vez que los occidentales se encontraban con el petróleo en Irán, y lo utilizaron para justificar su paciente esperanza en un futuro mejor.

Su estrategia, al igual que la fuente de petróleo, prometía la victoria tras un trabajoso esfuerzo. Mientras buscaban a Espitámenes, el ejército había dividido su nueva fuerza en seis secciones, dos para quedarse y custodiar la Bactriana, tres para cruzar el Oxo y una para fortificar el oasis occidental de Merv, durante mucho tiempo vinculado a la satrapía de Balj. Aunque estaba a una distancia de más de trescientos kilómetros a través del tedioso desierto, Merv era un foco de civilización fértil y estratégico que podía reforzarse para rechazar a Espitámenes si éste intentaba exportar la rebelión al oeste a través del mar Caspio. Se le ordenó a Crátero que fundara una Alejandría en ese lugar y que fortificara las colonias más pequeñas del interior del oasis. Al final, su destacamento sería el que decidiría la guerra.

A lo largo del Oxo, el objetivo seguían siendo los sogdianos, lo que resultaba irritante. Las guarniciones no habían impedido que iniciaran una tercera revuelta y que conquistaran ciudad tras ciudad, arrasándolas como castigo y asentando de nuevo en ellas a hombres leales. Era una tarea estival que los haría sudar, y hasta agosto las secciones no se reunieron finalmente cerca de Samarcanda. Todavía no se había sacado a Espitámenes de las estepas occidentales, pero mientras se esperaban noticias suyas los oficiales accedieron a disfrutar de un bien merecido descanso. Cerca de Bazaira había una boscosa reserva de caza, regada por fuentes naturales y plantada con densos matorrales: en otro tiempo, los iranios habían construido torres a modo de refugios para los cazadores, pero nadie se había acercado a los cobertizos desde hacía cien años. A Alejandro le encantó esta oportunidad de practicar deporte y sacar provecho, y soltó a sus hombres en el bosque con órdenes de matar a todo lo que se

moviera. Al parecer, el total de piezas cobradas ascendió a cuatro mil animales, lo que no era tanto una masacre como el necesario aprovisionamiento de una despensa que había andado escasa de carne durante más de un año. En la leyenda, la cacería dejó una huella curiosa: se inventó una carta en la que Alejandro describía sus aventuras en la India a su tutor Aristóteles, y en ella hacía referencia a una lucha con bestias salvajes en lo que llamó su Noche de Terror. La historia puede que surgiera de la matanza llevada a cabo en la Sogdiana, pero a las pocas semanas iba a producirse una verdadera Noche de Terror. No fue precisamente como sugirió el *Román* de Alejandro.

En Samarcanda, unas pocas noches más tarde, Alejandro estaba celebrando un banquete con sus amigos griegos y con los oficiales del ejército. Debería tenerse en cuenta lo duro que era este momento en su carrera. Durante un año entero, Espitámenes le había impedido entrar en la India y aún había pocas posibilidades de que pudiera capturarlo con rapidez. El único roce que los macedonios habían tenido con él había acabado en desastre; desde entonces, habían ido recuperando cansinamente los pueblos sogdianos en pleno verano, pero el proceso todavía no se había terminado. Durante la cena, el vino del lugar corrió en abundancia, y ello era más un signo de que los nervios estaban crispados que de la nueva barbarie que posteriormente a los historiadores les gustaría detectar en Alejandro, pues, al igual que Filipo, él siempre había disfrutado de las juergas y ahora, en las actuales circunstancias, tenía una excusa. Beber mucho es el corolario de la supervivencia para un viajero que pasa el verano en la Sogdiana, y las pocas fuentes de agua que subsisten son naturalmente salobres y están contaminadas con salitre. El vino era la única alternativa para aplacar la sed y se tomaba en unas cantidades que asombrarían a un europeo: como los nativos, los macedonios lo bebían solo, una costumbre considerada demasiado fuerte para los griegos, que lo economizaban mezclando el vino con una tercera parte de agua. Las circunstancias pueden explicar el hecho de beber, pero no pueden justificar lo que siguió. Mientras Alejandro bebía y cenaba, tuvo lugar un incidente tan vergonzoso que, al parecer, Ptolomeo lo suprimió de sus memorias, mientras que el octogenario Aristóbulo se limitó, una vez más, a sus consabidas argucias.

Cuando dos contemporáneos se muestran tan reservados, es difícil estar seguro de lo que sucedió. Ciertamente se desencadenó una pelea debido a la bebida, cuando el vino indujo a algunos hombres a fanfarronear y adular, y a otros a rebatir lo que no les gustaba oír. El invitado que más discutía era Clito, hiparca de la caballería de los compañeros, que ya debía de tener cierta edad; su hermana había cuidado de Alejandro cuando era un niño. Él y el rey empezaron a gritar y a provocarse el uno al otro, irritándose a causa de todo lo que habían bebido, y no se sabe cuál de los dos hizo más para avivar la pelea. Alejandro fue el primero que perdió los nervios, y con

ellos perdió totalmente el control. Los invitados que se encontraban cerca de él intentaron sujetarlo, o al menos de eso persuadieron a los historiadores, pero las provocaciones de Clito continuaron y Alejandro empezó la lucha con la primera arma que encontró a mano. Se dijo que le lanzó a Clito una manzana que había sobre la mesa; después, decidido a matarlo, Alejandro buscó su espada. Pero, por lo visto, prudentemente uno de sus guardias se la había llevado. Así pues, Alejandro les gritó a sus propios Portadores de Escudo en dialecto macedonio, «un hecho que provocaba una especial alarma»: ordenó a su corneta que tocara una nota de advertencia y, como el hombre se negó, le propinó un puñetazo en la cara. Mientras tanto, la suerte de Clito es aún más confusa. Según algunos, fue sacado a empujones de la habitación por sus amigos y depositado al otro lado de una zanja y un muro de barro. Sin embargo, Clito desafió todos los obstáculos y encontró por su cuenta el camino para regresar al comedor, de manera que apareció tambaleándose en la puerta justo cuando Alejandro, furioso, estaba gritando «¡Clito!». «¡Aquí está Clito, Alejandro!», contestó, y entonces Alejandro se precipitó hacia él con una lanza. Otros niegan que Clito hubiese llegado a abandonar la habitación, lo cual resulta más plausible: Alejandro simplemente se apoderó de la lanza de un guardia y lo mató allí mismo. El cuento del regreso de Clito, al que se añadía que la culpa era sólo de Clito, constituye una advertencia de lo lejos que pueden llegar las excusas cortesanas.

Al parecer, el asesinato le causó al rey una repugnancia indescriptible. Horrorizado, dijeron los apologistas, apoyó la controvertida sarisa contra la pared y quiso arrojarse sobre la punta: en el último momento, le faltó valor para hacerlo y se metió en la cama, según afirma la mayoría, donde permaneció consternado durante tres días enteros, repitiendo las palabras «el asesino de mis amigos» en fragmentos incoherentes, entre sollozos y sin dejar de mortificarse. Durante tres días no tomó ninguna bebida o alimento, ni se ocupó de su cuerpo, y sólo después fue capaz de ayudarse a sí mismo gracias a la tenaz persuasión de sus amigos. La carga de la vergüenza era intolerable, quien podía infligir el peor castigo al asesino era él mismo. Calístenes y otros cortesanos prudentes difundieron una explicación que se podía utilizar para exponer ante el mundo la idea de un sentido del honor profundamente herido. Nunca eran lentos cuando se trataba de encontrar una excusa. Durante mucho tiempo, los macedonios habían celebrado una fiesta anual en honor a Dioniso, el dios griego del vino y de las fuerzas de la vida: Alejandro no había rendido el debido sacrificio al dios de la estación, y, en su lugar, había hecho una ofrenda a Cástor y Pólux, hijos de Zeus. Así pues, al haber ofendido a Dioniso, el dios había castigado a quien había sido negligente al consumir vino, su agente en la tierra. Al menos los historiadores disfrutaron con su pobre defensa; el ejército, que prefería a su rey antes que a Clito, suplicó a Alejandro que olvidara el accidente. Clito, adujeron, mereció ser asesinado.

Cuando estalla una pelea de este tipo, puede iluminar el pasado como un relámpago y liberar el trueno que durante mucho tiempo ha permanecido inquietantemente en el aire. Sin embargo, con Clito y Alejandro el relámpago tiene varias bifurcaciones, y el trueno a menudo ha sido mal comprendido. Lejos del comedor de Samarcanda, los griegos eran libres de hacer conjeturas sobre las causas de la pelea: no sentían ningún cariño por Alejandro, y donde los historiadores sólo vieron una reyerta personal, desencadenada por los insultos a la reputación de los soldados, los griegos idealizaron el conflicto y le asignaron a Alejandro el papel de tirano y a Clito el del campeón de la libertad que se oponía con obstinación a todas las costumbres orientales; Clito protestó porque odiaba la adulación y los exagerados paralelismos de Alejandro con Amón, los dioses y los héroes. «Los dos amigos que se pelearon no eran realmente dos hombres; eran más bien dos visiones distintas del mundo que estallaron con una violencia elemental». Si esto fuera correcto, indicaría la existencia de una profunda fuente de conflictos en la vida de la corte durante los dos últimos años. Pero las pruebas son ficticias, los contendientes estaban totalmente ebrios y, en lugar de principios elevados, había unos hechos, que no se conocían, en el trasfondo del asunto.

Días antes de la juerga, a Clito se le había asignado un nuevo cometido. Iba a gobernar la Bactriana, una satrapía que se encontraba tras las líneas. Para un antiguo hiparca de los Compañeros, se trataba de una pobre recompensa: aunque se iba a dotar a la Bactriana de unos quince mil soldados griegos, lo que implicaba una responsabilidad importante, la vida de un soldado en las zonas despobladas tenía fama de ser deprimente, y no ayudaba precisamente saber que Alejandro nunca designaba a sus amigos íntimos a las satrapías que quedaban lejos de la corte. Por tanto, Clito había sido degradado: un compañero suyo, también oficial, fue asimismo destinado a la Bactriana, pero prefirió negarse y ser ejecutado antes que dejar el centro de poder. Mientras los Compañeros, sus iguales, ganarían la gloria en la India, Clito viviría y envejecería junto al Oxo, donde la única esperanza de distinción que tenía un soldado era repeler las ocasionales incursiones de los desconocidos nómadas. Jubilado en contra de su voluntad, Clito empezó a beber, llenando una copa tras otra, y al final estalló en insultos.

Su caída debió de tener una causa. Tras el complot de Filotas, había sido promovido al mando de los Compañeros con Hefestión, quizá por razones que Alejandro no controlaba del todo. Clito era el jefe de caballería más experimentado. También mandaba sobre los seis mil macedonios que entonces estaban temporalmente destacados en Hamadán. Estos veteranos resultaron cruciales para eliminar a Parmenión y, cuando llegaron, se encontraron con una nueva monarquía persa y con la familia del general purgada. Su lealtad necesitaba un reconocimiento, y quizás Alejandro fue con pies de plomo. Hefestión simpatizaba con las costumbres

persas; muchos macedonios no. El segundo hiparca debía ser un macedonio leal y un hombre de Filipo. Clito era ambas cosas, por lo que se hizo con el cargo. Aun así, había preferido a su rey antes que a Parmenión y, desde Seistán, Alejandro no se había comportado de manera más oriental. Quizás a Clito no le habría importado si lo hubiera hecho: nunca se habría jubilado en la Bactriana, bastión de la baronía irania, si hubiese creído seriamente que los iranios eran despreciables. Hubo otros macedonios leales que continuaron sirviendo con fidelidad. Los problemas de Clito eran más personales. Envejecía y había estado enfermo; en el último año no había dado las órdenes de campaña más importantes, y, cuando los refuerzos alcanzaron Balj, posiblemente seis hiparcas, o más, fueron designados para sustituirlo. Quizás había sido herido; quizás había sido grosero con Hefestión, a quien también otros detestaban. Su degradación pudo muy bien haber sido algo personal: ciertamente no se debió al hecho de odiar las diademas y los mayordomos persas, o a una repentina pasión por la libertad, como conjeturaron los filósofos griegos. Como opción provisional para estabilizar la crisis de Seistán, y además él ya había sido jubilado en el pasado.

«El vino —decían los griegos de manera proverbial— es el espejo de la mente», y una pelea de borrachos reflejaría mucho de éstos; sólo lamentamos lo que decimos en un momento de pasión porque esto nos pone mucho más en evidencia a nosotros que a nuestras víctimas. Lo esencial de los insultos que causaron el asesinato de Clito todavía puede recuperarse, pero los detalles siguen siendo oscuros; se exaltaron, como apuntan todas las observaciones, porque estaban atrapados en prolongadas y latentes obsesiones, y la reputación, no la política, estaba seguramente en la raíz de todas ellas. Alejandro, según dijeron algunos, estaba escuchando después de cenar una canción que se burlaba de los generales a los que Espitámenes había derrotado un año antes: este tipo de sátiras sobre asuntos delicados se daba en otros ámbitos del círculo de Alejandro, y apenas habrían servido de alivio en caso de que Alejandro se hubiera culpado secretamente a sí mismo del desastre. Otros dijeron, lo cual resulta menos plausible, que Alejandro estaba censurando a su padre Filipo, o que aprobaba a los aduladores que lo hacían. No hay duda de que el pasado salió a relucir, aunque puede que Filipo no fuera insultado abiertamente; de pronto, Clito se levantó para recusar los hechos; era un veterano y había salvado la vida de Alejandro en el Gránico; no le gustaba escuchar cómo se menospreciaban las pasadas glorias, por lo que defendió las hazañas de los hombres de más edad. La gloria de Alejandro, insistió, era una gloria macedonia; el rey se otorgaba el mérito de cosas que no había hecho. Tras un año de reñida y tediosa lucha contra los rebeldes, la crítica de este anciano resultaba de lo más enervante porque era certera; la emulación de los héroes y las adulaciones de Calístenes son una prueba de la preocupación que sentía Alejandro por su reputación personal, y en Samarcanda, en un año de escasos

progresos, era fácil sugerir que Alejandro quizá podía perder su orgullo de general. Se habían herido sentimientos muy profundos: los jóvenes y los viejos empezaron a gritar, hasta que enloquecieron al ver amenazado su prestigio. No importa que no conozcamos las burlas finales, pues estaban borrachos y habían empezado mofándose mutuamente de sus hazañas. La incompetencia sexual, la pequeña estatura de Alejandro, la valentía senil de Clito, el fracaso en la captura de Espitámenes: tenían abundantes reproches que intercambiar, por más que los invitados de más edad intentaran detenerlos. Sin duda, Clito bromeó acerca de padre Amón y entonces, de repente, se vio atravesado por una sarisa, sin posibilidad de retirar lo que había dicho.

El arrebato de Alejandro fue espantoso e imperdonable; como Aristóteles debió de enseñarle, «el hombre que peca cuando está borracho debe ser castigado dos veces, una por pecar, la otra por emborracharse». Sin embargo, podemos llegar a comprenderlo. Los ideales de Alejandro eran los del Aquiles de Homero, destinado a la gloria y respaldado por sus logros personales, pero violento; en la *Ilíada* de Homero, incluso Patroclo, el amante de Aquiles, había abandonado por primera vez el hogar paterno a causa de un asesinato cometido en su juventud. Llamar homérico al asesinato de Clito no es aprobarlo, pero es establecer el patrón de lo que siguió. Alejandro se metió en la cama, como el Aquiles de Homero con motivo de la muerte de Patroclo.

> Acordándose de ello
> lágrimas muy lozanas derramaba,
> unas veces yaciendo de costado,
> otras veces, empero, boca arriba,
> y otras veces echado de costado.
> Por fin se puso en pie y,
> angustiado, andaba dando vueltas
> por la orilla del mar…

Mucho peor que Aquiles, Alejandro no había enviado a un Compañero a morir en la batalla: lo había asesinado él mismo durante una cena delante de sus invitados. Los apologistas quizás exageraron su inmediato deseo de morir, pero no es acertado, teniendo en cuenta los pocos rasgos que conocemos del carácter de Alejandro, subestimar estos tres días de autocastigo o quitarles importancia como si se tratara de una representación calculada. Alejandro no pretendía torturarse a sí mismo para asustar a sus soldados y oficiales con el temor de que nunca se recuperaría; comprensiblemente, los soldados rasos no mostraron la menor aflicción por la muerte accidental de un veterano miembro de la caballería, y si los oficiales hubieran sido propensos a conspirar, lo más insensato que podía hacerse era retirarse a la cama durante tres días enteros y dejarlos a solas con sus planes. Las cosas no sucedieron como si Clito hubiese sido el portavoz de una oposición basada en los principios; no se sabe de ningún oficial que perdiera su puesto por haber mantenido amistad con él,

y, como para apaciguar la conciencia de Alejandro, el propio sobrino de Clito continuó gozando de un alto favor entre los amigos del rey durante el resto del reinado. El asesinato fue tan doloroso precisamente porque fue una desgracia personal y un accidente; Alejandro sufrió del mismo modo en que vivía, a gran escala, y una crisis personal no lo llevó a ejercer una tiranía oriental, sino a adoptar su actitud homérica ante la vida.

Sin embargo, esa noche de terror también puso de manifiesto una verdad que conocen todos los jóvenes: que hay una división más profunda entre un anciano y un joven que entre una clase y otra, o un credo y otro, y un hijo que tiene éxito no puede ser arengado sobre lo mucho que logró la generación de su padre. No es que los veteranos pensaran que Alejandro había cambiado para ir a peor: continuaron sirviéndole, e incluso ascendieron al alto mando, si bien a partir de entonces seguramente vacilarían antes de ensalzar el pasado que compartieron con Filipo ante un hombre que sentían, y con razón, que debía tanto a su iniciativa y a la guía de Zeus Amón como a cualquier padre terrestre. Alejandro no renegó de Filipo, como tampoco traicionó las aspiraciones de su padre; simplemente lo superó. No hay ninguna razón para suponer que Filipo no se habría sentido feliz invadiendo toda Asia, llevando la diadema persa y acentuando su relación con Zeus, pero cabe dudar si alguna vez llegó a tener el suficiente brío para hacerlo. Fuera lo que fuera lo que dijo Clito, Alejandro había probado que sí podía hacerlo, y su sorprendente éxito hizo que las comparaciones de un anciano fueran más hirientes por el hecho de no ser ciertas. No se trata ahora de rebajar las cualidades de los hombres de Filipo, pero habían logrado mucho más en cinco años junto a Alejandro de lo que habían conseguido durante veinte años con su padre: los meses que siguieron al asesinato de Clito muestran del modo más significativo por qué el estilo característico de Alejandro siguió fascinando al mundo clásico mucho después de que los méritos de su padre se hubiesen olvidado.

Tras la muerte de Clito, el infortunio de Alejandro empezó a desvanecerse. Los sogdianos que resistían fueron dominados y sus bastiones se fortificaron de nuevo en cuestión de semanas, lo que dejó de inmediato a Espitámenes sin su principal fuente de apoyo. Puesto que sus ocho mil jinetes nómadas eran claramente inferiores en número, Espitámenes sólo pudo asaltar Balj detrás de las líneas, donde tendió una emboscada a los pocos soldados y a los inválidos que quedaban, asesinando a la mayoría, entre ellos a Aristónico, que fue arpista de Filipo y de Alejandro y que murió «luchando no como un músico, sino como un hombre valeroso». El asalto fue una sorpresa bien calculada, pero contribuyó muy poco a hacer avanzar su causa; cuando Espitámenes intentó desaparecer por el oeste regresando al desierto, fue interceptado por Crátero, que regresaba del oasis de Merv y hostigó ferozmente a sus escitas en una carga de caballería. En aquel momento, los sogdianos y los bactrianos

estaban sirviendo en el ejército de Alejandro, y Espitámenes parecía más un bandido que un jefe rebelde. Sin embargo, tenía pocas esperanzas de repetir una incursión por sorpresa tras las líneas; en el primer intento, corrió hacia una división de la retaguardia de Alejandro y fue completamente derrotado a pesar de que había reclutado a tres mil vagabundos escitas. Incluso estos desesperados supervivientes se desanimaron, y, por tercera vez en dos años, el enemigo de Alejandro fue traicionado por sus propios cómplices. Asesinaron cínicamente a su jefe persa y, mientras el otoño llegaba a su fin, la cabeza de Espitámenes fue enviada como prueba al ejército macedonio.

Ahora bien, Alejandro aún no se sentía satisfecho, lo que era típico en él. Tres de los secuaces de Espitámenes, todos ellos antiguos subalternos de Beso, todavía andaban sueltos por la zona, mientras que la mitad oriental de la Sogdiana nunca había sido sometida. Los rebeldes se habían retirado allí para ponerse a salvo, de manera que, tras pasar un par de meses en el campamento de invierno, se envió al ejército al este; todavía los incomodaba el hambre, pues los alimentos de la región hacía tiempo que habían menguado. Mientras marchaban, la nieve se posaba copiosamente sobre las laderas y, al cabo de tres días, una impresionante tormenta eléctrica los obligó a retroceder en busca de un refugio, mientras fulguraban los relámpagos y el granizo bombardeaba las armaduras. Alejandro se puso a la cabeza y los condujo a unas chozas nativas donde pudieron encender una hoguera gracias a la leña de los bosques circundantes: incluso ofreció su silla real, junto al fuego, a un soldado raso que vio que tenía escalofríos y que estaba agotado. Sin embargo, cerca de dos mil hombres no llegaron al campamento, y se decía «que las víctimas todavía podían verse congeladas en los troncos de los árboles contra los que se habían apoyado».

Cerca de la actual Hissar, en las montañas Koh-i-nor, se informó de que un último grupo de rebeldes sogdianos había sido acogido en la baronía local. Su fortaleza natural parecía inexpugnable; los exploradores calcularon que «medía casi cinco mil metros de altura y que su circunferencia era de más de veinticuatro mil metros», y cuando Alejandro les pidió a los jefes que parlamentasen y les ofreció, a través de uno de los hijos de Artabazo, un paso seguro a cambio de la rendición, se limitaron a carcajearse y decirle que se marchara a buscar soldados con alas. Alejandro odiaba que se burlaran de él, y más aún que le dijeran lo que podía o no podía hacer. Si sus hombres no podían volar, al menos podían escalar; cuando los enviados se marcharon, los heraldos invitaron a los escaladores a que dieran un paso al frente y se pusiesen en marcha.

La recompensa que recibirían estaba a la altura del peligro que correrían. El primero en escalar la roca recibiría 20 talentos, doce veces la bonificación que se pagaba a los soldados aliados por cuatro años de servicio en Asia; el resto recibiría

una paga de acuerdo con su posición en la carrera hacia la cima. A los trescientos experimentados escaladores que se presentaron voluntarios se les ofreció que se equiparan con cuerdas de lino y estacas de hierro, y esa misma noche de invierno, bajo la pálida luz de las estrellas, se desplazaron hacia la otra cara de la roca, que era muy difícil de vigilar.

Escalaron con la paciencia de los curtidos alpinistas. Cada cien metros, más o menos, clavaban estacas en las grietas y en la nieve helada, acumulada durante las ventiscas; pasaban las cuerdas por las estacas y se colgaban atándose a los extremos. De camino hacia la cima, treinta escaladores resbalaron y encontraron la muerte, quedando enterrados en la nieve sin posibilidad de recuperar sus cuerpos, pero cuando las primeras luces del alba aparecieron en el cielo, los doscientos setenta restantes alcanzaron la cumbre. No había tiempo para celebrarlo: las volutas de humo que ascendían por los respiraderos de la roca que tenían debajo les informaban de que los sogdianos ya estaban en movimiento. Tenían que darse prisa si no querían quedar en inferioridad numérica. Habían convenido con Alejandro, que se había quedado observando durante toda la noche al pie de la roca, hacer una señal mediante banderas de lino. Marcándose un farol, envió heraldos para que invitaran a los pelotones enemigos a que mirasen hacia arriba y viesen a sus soldados voladores; los centinelas se dieron la vuelta, y al ver a los escaladores sobre ellos, se rindieron creyendo que se trataba de todo un ejército. Las familias de la baronía que dejaron el fuerte fueron perdonadas con vistas al futuro, pero a pesar del registro que los soldados llevaron a cabo no había grandes cantidades de provisiones que encontrar.

Había una segunda roca no menos espectacular. Unos ochenta kilómetros al sureste de Leninabad, donde la carretera a Boldzhuan cruza el río Vachshi, se encuentra el risco denominado Koh-i-nor, un nombre corriente en el área que no dice nada de su extremada altura e inaccesibilidad: «Con alrededor de tres mil metros de altura y nueve kilómetros y medio de perímetro», estaba protegido por un profundo barranco cuyo único puente había sido destruido. El desafío de un asedio siempre sacaba lo mejor de la audacia de Alejandro. Se ordenó a los soldados que trabajaran por turnos día y noche hasta que hubiesen talado suficientes pinos para salvar el abismo con un improvisado paso elevado. Primero descendieron por los precipicios utilizando escaleras de mano y clavaron estacas en las paredes rocosas en el punto más estrecho del barranco; después pusieron sobre el entramado estacas de madera de sauce y las recubrieron con una gruesa capa de tierra, como si fuera un camino allanado para el ejército y su armamento. «Al principio, los bárbaros se rieron de un intento que creían completamente desesperado», pero, al igual que el pueblo de Tiro, muy pronto empezaron a ver lo que un hijo de Zeus podía hacerle al paisaje. El puente a través del barranco estaba terminado y empezaron a disparar flechas, quizá procedentes de ballestas, contra los escondites del enemigo; sus propios disparos de

respuesta rebotaban contra los cobertizos y las pantallas macedonias sin causarles ningún daño. La ingeniería los asustó, aunque su guarida todavía era inaccesible para los soldados, y sólo se permitió al barón Oxiartes, un prisionero del primer peñasco, pedirle a gritos a su jefe que se rindiera y que salvase la piel: no había nada, declaró, que no pudiera ser capturado por el ejército de Alejandro, lo cual era en cierto modo mentira, puesto que el peñasco todavía era inexpugnable, si bien ahora estaba expuesto a los disparos de las catapultas. Sisimitres, el jefe, aceptó, y cuando Alejandro llevó a quinientos guardias para que inspeccionasen el fuerte, él mismo se entregó, como era de esperar. Para complacer a sus captores, también mencionó la despensa, que estaba llena de grano, vino y cecina, sin contar con los rebaños que tenía estabulados: había suficiente, se jactó, para alimentar a todo el ejército de Alejandro al menos durante dos años. No podía haber dicho nada más oportuno. Después de pasar hambre durante dos años, la preocupación recurrente de conseguir suministros para el campamento finalmente se había solucionado. No había necesidad de volver a pasar hambre, y a Sisimitres, un barón que se había casado con su propia madre, quizá porque era zoroástrico, se le restituyó el peñón como muestra de agradecimiento por parte de un rey que tenía suficientes razones para mostrarse afable.

Como broche de estos acontecimientos, la lucha por el Alto Irán había terminado. Tras dos años de derramamiento de sangre y de una arbitraria despoblación a gran escala, era el momento de regresar a Balj y considerar el futuro de las provincias que los reyes persas, a mucha distancia en Susa, habían tendido a confiar a miembros de su propia familia. Los iranios conservarían las arterias principales de la región como gobernadores de la Sogdiana, y la vieja ciudadela persa junto al Oxo y el río Kokcha se reconstruiría como una enorme Alejandría, con un palacio y un trazado regular de las calles; todos los parientes capacitados de Alejandro estaban muertos, por lo que él mismo se vinculó a la nobleza sogdiana de un modo que gozaba de una larga tradición. Entre las cautivas del primer peñasco se encontraban las hijas del barón sogdiano Oxiartes; una de ellas, Roxana, era la dama más hermosa de toda Asia, dijeron quienes la vieron, haciéndose merecedora de su nombre iranio, «estrellita». Todos coincidieron en que Alejandro se quedó embelesado al verla; algunos decían que la conoció en un banquete y que, de repente, se enamoró de ella perdidamente. Hoy en día está de moda explicar la pasión con argumentos convincentes y destacar el trasfondo político, pero no es así como lo vieron los contemporáneos. Sin duda el matrimonio tenía un sentido político, pero había otras damas iranias que también habrían servido para el mismo propósito. Puede que Alejandro siguiera los dictados de su cabeza, pero nadie puso en duda que a sus veintinueve años eligió a la única muchacha que inflamó su corazón.

Con alimentos en abundancia, Alejandro dispuso un espléndido banquete nupcial

en la cima de la elevada fortaleza de Sisimitres. Su inconfundible estilo no lo había abandonado y dio a la ocasión un decidido toque de caballerosidad, pues Alejandro y Roxana simbolizaron su unión delante de los invitados cortando un pan con una espada y comiéndose cada uno una mitad, como recién casados que eran. El hecho de compartir el pan era una costumbre irania, que todavía se practica en el Turquestán, aunque la espada era un detalle militar que puede que aportara el propio Alejandro. Pero quien mejor captó el clima del momento fue su contemporáneo Eción, un experimentado pintor griego; en su pintura de la boda de Alejandro, por desgracia perdida, retrató

un dormitorio muy hermoso, con un lecho nupcial sobre el que Roxana estaba sentada; era una muchacha extraordinariamente encantadora, pero miraba con modestia al suelo, sintiendo vergüenza ante Alejandro, que permanecía de pie junto a ella. Había varios cupidos sonrientes: uno permanecía detrás de ella y le retiraba el velo que le cubría la cara; otro le quitaba el zapato, mientras que un tercero tiraba de la capa de Alejandro para acercarlo a ella. Mientras tanto, Alejandro le ofrecía una guirnalda, en tanto que Hefestión ayudaba como padrino de boda, sosteniendo una antorcha encendida y apoyándose en un joven muchacho, probablemente Himeneo, el dios de los matrimonios. En la otra cara había más cupidos jugando, en esta ocasión entre la armadura de Alejandro; dos levantaban su lanza, otros dos arrastraban su escudo por las empuñaduras, sobre el que se sentaba un tercero, presumiblemente su rey; otro se había escondido bajo el peto, como para tenderles una emboscada.

De este modo, a través de la imaginación barroca de un maestro griego, *Las nupcias de Alejandro y Roxana* ganó un premio en los juegos del festival de Olimpia, en Grecia, y sobrevivió a través de la descripción de un visitante romano para influir en Sodoma y Botticelli.

Como Aquiles, se dijo, Alejandro se había casado con una dama cautiva. Pero en política, si no en personalidad, el nuevo Aquiles había llegado lejos desde su peregrinaje a Troya. Nadie podría haber pensado que un discípulo de Aristóteles, que en una ocasión se negó a tomar una esposa, se enamoraría apasionadamente de una dama del Alto Irán, que se casaría con ella y que la utilizaría como prueba de buena voluntad hacia la conquistada baronía irania; su suegro, además, había sido un íntimo colaborador de Beso en una rebelión que había detenido a Alejandro durante dos peliagudos años. Sólo había un obstáculo. Como padre de Barsine, la primera amante de Alejandro, puede que Artabazo se sintiera decepcionado con la decisión de Alejandro de casarse con Roxana, en particular porque se sabía que Barsine estaba encinta de su primer hijo. No obstante, Artabazo ya había renunciado a su mando en la Bactriana alegando lo avanzado de su edad antes de que hubiera planes de matrimonio; la satrapía, que primero se le había ofrecido a Clito, sería ahora para otro macedonio con una amplia y conveniente fuerza de griegos mercenarios. Artabazo nunca sería el abuelo del reconocido heredero de Alejandro, pero no se sabe que arrastrara un resentimiento duradero, y sus hijos continuaron siendo honrados. Se retiró con el cargo de gobernador del primer peñasco sogdiano en lugar del barón Ariamazes, que fue crucificado. Resulta irónico que fuera el mismo peñasco en que

había sido capturada Roxana.

Los planes de Alejandro iban ya más allá del matrimonio. En Balj, ordenó que se seleccionara a treinta mil muchachos nativos para el entrenamiento militar; sus armas serían macedonias y la lengua que hablarían sería la griega. Fue el intento más enérgico de llevar a cabo una amplia helenización del Irán hecha por un rey occidental: como los pajes reales de Filipo, no sólo serían muchachos a los que mantendrían como rehenes contra la mala conducta de sus padres, sino que también se convertirían en la tropa subordinada del futuro, cuando los veteranos macedonios se retiraran y el ejército pudiera nutrirse de orientales occidentalizados. Después de un año de frustración, de asesinato incluso, al fin había tomado forma un plan creativo; los iranios, lejos de ser tratados «como plantas y animales», serían llamados para compartir el Imperio, obligados sólo a Alejandro y educados fuera de su entorno tribal. Si los muchachos y sus padres se sentían agradecidos por ello es otro asunto. Al mismo tiempo, los cortesanos de Alejandro también notarían el cambio: en tanto que los oficiales de caballería fueron redistribuidos, Hefestión tuvo que ser promocionado para preservar su especial dignidad, y quizá fue ahora cuando se convirtió en el segundo oficial en el mando de Alejandro. El título que ostentaba era el de quiliarco, y su cargo llevaba responsabilidades militares. Sin embargo, tanto el cargo como el título eran creaciones de los reyes persas.

Para impulsar cualquier cambio de este tipo, necesariamente surgirían complicaciones.

En mi caso, los esfuerzos de aquellos años para vivir con las vestiduras de los árabes e imitar su mentalidad me hicieron abandonar mi yo inglés…; al mismo tiempo, no podía ponerme con sinceridad en la piel de un árabe: sólo era una afectación… A veces, estos yoes conversaban en el vacío, y entonces la locura estaba muy cerca, como creo que estaría cerca del hombre que pudiera ver las cosas al mismo tiempo a través de los velos de dos costumbres, de dos educaciones, de dos entornos.

Aunque Lawrence de Arabia fue el hombre que más se acercó a una faceta de Alejandro, teorizó allí donde Alejandro sólo actuó para el momento. No obstante, también Alejandro tenía dos velos ante la vida, y los dos yoes conversaron, si no en el vacío de la locura, al menos a un nivel cotidiano en el que las tensiones no son menos reales por el hecho de ser públicas. En Balj, en la primavera de 327, con Roxana como novia y Hefestión quizá como visir, la tensión estallaría y su víctima sería un hombre al que la lucha de los dos últimos años había dejado solo en un lugar muy lejano.

23. LA CONSPIRACIÓN DE LOS PAJES

En la leyenda persa se afirmaba que Alejandro envió muy pronto a Roxana a Seistán, cuya ciudadela le ofreció como regalo de bodas para mantenerla a salvo cuando los hombres se retiraran hacia el Punjab; no obstante, esta cuestión no está clara, pues sin duda Roxana fue a la India, y probablemente las murallas de la capital de Seistán pertenecen a una fecha posterior. Es probable que Roxana se quedara en el campamento, donde habría asistido a uno de los episodios de la vida de su marido que más se han tergiversado. Este episodio no puede entenderse fuera de su contexto persa, prueba del cambio en los planes de Alejandro. Una vez comprendido, permite entrever ni que sea un poco su temperamento, y lo que vemos resulta revelador: se trata de la cuestión de un beso cortés.

A diferencia de los chinos, que no tienen ninguna palabra para referirse a la acción de besar, los reinos del Oriente antiguo habían incluido durante mucho tiempo en el vocabulario de su corte un término para el gesto de besar. Este gesto se practicaba en la sociedad real de los asirios, y de ahí pasó a ser adoptado primero por los medos y después por los persas; su equivalente era conocido en Grecia, probablemente como un préstamo de Oriente, y los griegos describieron tanto la práctica oriental como la suya propia por medio de una sola palabra, *proskynesis*. Las únicas descripciones de esta práctica se escribieron bajo el Imperio romano, pero se ajustaban bastante bien a lo que aparece en las tempranas esculturas de los griegos y los persas: la persona que tributaba la *proskynesis* se llevaba una mano a los labios, por lo general la derecha, y se besaba la punta de los dedos, quizá soplando el beso hacia su rey o su dios, aunque el hecho del soplar los besos sólo queda constancia en la sociedad romana. En los relieves de Persépolis, los nobles que suben la escalera del palacio o el séquito que aparece en la tumba del rey Artajerjes pueden verse a medio camino de realizar este gesto, mientras que el Intendente de la Casa Real se besa la mano ante el Gran Rey, inclinándose ligeramente hacia delante mientras lo hace. Estas imágenes persas y la elección de las palabras por parte de los griegos demuestran que en tiempos de Alejandro la *proskynesis* podía llevarse a cabo con el cuerpo erguido, inclinado o postrado. Los romanos creían que, cuando Alejandro solicitaba la *proskynesis* a sus más íntimos amigos, esperaba que se arrodillaran ante él. Sin embargo en Persia, como en Grecia, sólo un suplicante o un inferior abyecto se apoyaría en el suelo sobre rodillas y manos. Únicamente cuando los cortesanos o los aristócratas caían en desgracia o imploraban un favor se postraban ante el rey. La *proskynesis* en sí misma no lo requería.

En Persia y Grecia sus usos sociales eran distintos. En Grecia era un gesto reservado sólo a los dioses, pero en Persia se tributaba también a los hombres. «Cuando un persa se encuentra con otro en la calle —escribió Heródoto con esa aguda perspicacia hacia las costumbres extranjeras que hace de él el más atractivo de los historiadores griegos—, uno puede deducir si ese otro es su igual de la siguiente manera. Si es su igual, ambos se besan en la boca en lugar de saludarse verbalmente; si el primero es de condición ligeramente inferior al otro, sólo lo besa en la mejilla; si es mucho menos noble, se arrodilla y tributa la *proskynesis* a su superior». Había otra categoría que no se veía en la calle: el encuentro con el Gran Rey. Puesto que el rey era sobrehumano en su majestad, todo el mundo le tributaba la *proskynesis*; sin embargo, los cortesanos y los parientes reales eran lo bastante nobles como para que se les excusara de la reverencia o la postración que la acompañaba, de manera que solamente se inclinaban. Los griegos observaron esta costumbre, y, puesto que ellos mismos tributaban la *proskynesis* a sus dioses, por medio de una pequeña sofistería algunos pudieron sugerir que el rey persa era considerado él mismo como un dios. Los griegos inteligentes sabían que esto era un error: en Persia también se rendía *proskynesis* a las clases altas por parte de las clases inferiores, y ni siquiera en Persia toda la clase superior era divina. Era un gesto social, aunque de carácter profundamente tradicional.

En Balj, Alejandro decidió poner a prueba la *proskynesis* entre sus amigos macedonios. La decisión era audaz: la *proskynesis* había causado problemas en el pasado, cuando los griegos se encontraban con los persas, y era susceptible de ser malinterpretada, pues, al margen de lo que pensaran los persas, no constituía la manera en que a un griego libre le gustaba saludar a un mortal. Se había permitido al más radical de los dramaturgos atenienses, Eurípides, mostrar cómo se tributaba *proskynesis* a un hombre en el escenario, pero incluso entonces Eurípides lo presentó como una extravagancia foránea. En Persépolis, en el Tesoro, las manos de los oficiales que tributan la *proskynesis* son las partes más dañadas de las esculturas, que por otro lado están bien conservadas: puede que el ejército de Alejandro las mutilara a propósito, pensando que se trataba de un gesto absurdo. Se sabía que, en algunas ocasiones, los embajadores griegos en la corte persa habían adoptado una actitud igualmente desafiante: uno de ellos envió una carta al rey en vez de tributarle la *proskynesis*, y, al parecer, otro dejó caer su sortija al suelo para, de este modo, agacharse con objeto de recogerla y parecer respetuoso mediante este movimiento, aunque el gesto de besar en sí se perdió en el momento de inclinarse hacia adelante. Este tipo de obstinados rechazos tenía menos que ver con la religión que con el orgullo; si además los griegos iban a Persia en condición de prisioneros o suplicantes, al menos a los ojos del rey se esperaba de ellos que se postraran, así como también que tributaran la *proskynesis*, y es sabido que los griegos consideraban excesiva esa

doble humillación. A Aristóteles le habían hablado de un elefante entrenado para rendir *proskynesis* al rey, sin duda enviando el beso con su trompa, pues Aristóteles no creía que los elefantes pudieran flexionar las dos patas delanteras al mismo tiempo. Ahora bien, los griegos libres no eran animales, y lo que era adecuado para un elefante no llegaría a serlo para un heleno.

No obstante, griegos como Temístocles o Alcibíades habían sido lo bastante sensibles como para actuar como los persas cuando estaban en Persia, y fue con este espíritu como Alejandro mencionó el tema de la *proskynesis* a sus Compañeros. Como heredero de Darío, Alejandro habría estado recibiendo este homenaje por parte de los iranios durante los tres últimos años: para ellos era algo natural, del mismo modo que lo había sido para la reina de Darío cuando fue hecha prisionera en Isos. Alejandro había continuado atrayendo a más y más iranios como rehenes o colaboradores. Se habían reclutado brigadas de iranios para luchar en la India, y en la corte se habían añadido los siete hijos del anciano Artabazo a los hermanos y hermanas de Roxana, a la hija de Espitámenes, a muchos nobles locales y a un nieto del último rey Artajerjes; Alejandro incluso tenía consigo a dos magos y a un rajá fugitivo del Punjab. Si estos orientales veían que los macedonios lo saludaban sin tributarle primero sus respetos, podían empezar a preguntarse si él era un verdadero rey; esta creencia «empezaría entre los esclavos y se extendería rápidamente por todas partes», y finalizaría en una larga y sangrienta revuelta nativa, lo cual era un riesgo que no merecía la pena correr. Los nuevos refuerzos y el reclutamiento de griegos y orientales implicaban que los macedonios estuvieran ahora en clara inferioridad numérica en el ejército; antes de invadir la India, los cortesanos macedonios debían ceder el paso a sus nuevos seguidores y adoptar sus costumbres por el bien de la uniformidad social. Sin embargo, como en el caso de Clito, los escritores posteriores interpretaron este conflicto de un modo diferente; al ordenar *proskynesis*, insistieron, Alejandro no estaba considerando el protocolo cortesano: lo que pretendía era ser adorado como un dios.

Es verdad que, en Grecia, la *proskynesis* sólo se tributaba a los dioses y que sin duda Alejandro era consciente de ello. Pero en el Alto Irán no tenía sentido pensar en la práctica griega. Alejandro era rey de Asia, y sus cortesanos debían tolerar la práctica de una costumbre social asiática; en un sentido muy similar, Alejandro llevaba la diadema, que entre los griegos se afirmaba que representaba a Zeus y, entre los persas, el derecho a ser rey, aunque Alejandro trataba esta cuestión desde un punto de vista persa, como heredero de Darío, no como rival de los dioses. Lo mismo sucedería con la *proskynesis*: su propio maestro de ceremonias describió el primer intento de introducirla, y, puesto que el incidente tuvo lugar durante una fiesta, él debía de estar presente en el comedor y seguramente vio el resultado por sí mismo. El asunto poco tenía que ver con un Alejandro tirano que pretendía convertirse en una

divinidad.

Alejandro, dijo su sirviente, había ordenado un banquete y estaba presidiendo la sobremesa: los invitados habían sido cuidadosamente elegidos y se les había advertido lo que se esperaba de ellos. Una copa de oro, llena de vino, fue pasando desde su asiento, y cada uno de los invitados se puso en pie y bebió de ella, frente al hogar que quizás había detrás de la mesa real; brindaron o vertieron una libación, pero el hecho es que hasta aquí todo se desarrolló como en cualquier banquete griego. Entonces los invitados hicieron como los orientales: tributaron *proskynesis* a Alejandro, besándose la mano y quizás inclinándose ligeramente, como los oficiales de las esculturas persas. Después de este gesto, caminaron hasta la mesa real e intercambiaron besos con Alejandro, quizás en la boca, es más probable que en la mejilla. Esta ceremonia sencilla y sin pretensiones la realizaron por turno todos los invitados. Cada uno fue bebiendo, besándose la mano y siendo besado a su vez por el rey, hasta que le llegó el turno a Calístenes, primo de Aristóteles. Calístenes bebió de la copa, pasó por alto la *proskynesis* y caminó directo hacia Alejandro esperando recibir el beso correspondiente. Sucedió que Alejandro se encontraba hablando con Hefestión y no se dio cuenta de que su historiador cortesano lo había engañado. Pero uno de los Escoltas se inclinó para señalar el error, y puesto que Calístenes no había cumplido, Alejandro se negó a besarlo. «Muy bien —dijo Calístenes—, me marcho con un beso de menos».

Este episodio de sobremesa explica de forma inequívoca la intención de Alejandro. Antes de imponer la proskynesis, el rey deseaba experimentarla en privado con un pequeño y selecto grupo de amigos: primero le rendirían homenaje, tal como los iranios de las clases intermedias se lo rendían a su rey, y después, puesto que eran sus macedonios, con quienes había compartido tantas cosas, éstos serían recompensados con un beso, que entre los persas sólo se intercambiaba entre iguales o entre el rey y sus parientes reales. Este beso les restauraba su antigua dignidad y refutaba cualquier posible insinuación de que Alejandro buscaba la *proskynesis* porque quería parecer divino: nunca un dios había destruido la ilusión de su divinidad dando a sus adoradores un beso privilegiado. El plan difícilmente podría haberse emprendido de un modo más razonable, y, pese a la indignación de los romanos, los filósofos y otros que no tuvieron en cuenta el contexto persa, Alejandro salió de él increíblemente bien parado. Era un experimento social y, por una vez, un testigo describió de forma precisa lo que Alejandro estaba haciendo.

Quedaba Calístenes, poco dispuesto a colaborar. Como «adulador que intentó hacer de Alejandro un dios», habría sido sin duda la última persona de la corte que hubiese hablado contra el hecho de tributar honores divinos a un hombre en vida, pero como griego que había trabajado con Aristóteles vio esta costumbre social de un modo diferente. Rendir *proskynesis* a un hombre había parecido durante mucho

tiempo algo servil, al menos para los griegos, y además Calístenes había sido educado para creer en los valores de la cultura griega; conocía y analizaba los detalles de los mitos griegos; estaba de acuerdo con la idea de que algunos egipcios eran realmente descendientes de un ateniense; incluso reivindicaba que el nombre «Fenicia» derivaba de la palabra griega para designar la palmera (*phoinix*). Al igual que su pariente y colega Aristóteles, Calístenes veía el mundo bárbaro como inferior al de los griegos y, al parecer, al principio de su historia describió el oleaje del mar de Licia como si le hiciera una reverencia al rey, como si le tributara *proskynesis*. Esto podía pasar para las olas bárbaras, pero para un griego empapado del pasado griego era un gesto que olía a servilismo. Los griegos cultivados no debían tener ningún trato con la decadencia oriental: puesto que el gesto de besar la mano estaba condenado al fracaso, él se negaría y se atendría a las consecuencias.

No es fácil determinar qué tipo de relación mantuvieron en los últimos tiempos Calístenes y Alejandro, sobre todo porque los oficiales de Alejandro nunca se refieren a ello en sus historias. Seis meses antes, dijeron otros, fue muy importante el consuelo proporcionado por Calístenes cuando Alejandro se desesperó tras el asesinato de Clito; posteriormente, los amigos griegos y los filósofos no se mostraron de acuerdo, pues no deseaban creer que el pariente de Aristóteles hubiese consolado a un hombre al que ellos vilipendiaron tratándolo de tirano. Había otro filósofo griego en la corte, Anaxarco, que había llegado de una ciudad de Tracia y era conocido, a causa de sus opiniones, como «el Satisfecho»: fue él, dijeron los admiradores de Aristóteles, quien hizo revivir a Alejandro después del asesinato enseñándole la doctrina clásica de los tiranos orientales, esto es, que cualquier cosa que hiciera un rey era justa y correcta. «Anaxarco —escribió un posterior seguidor de Aristóteles— sólo alcanzó una posición de influencia por la ignorancia de sus patronos: el vino se lo servía una muchacha desnuda, elegida por su belleza, aunque, de hecho, lo único que esto revelaba era la lujuria de aquellos a quienes servía». En contraste con él, Calístenes fue ensalzado por su austeridad y autosuficiencia, como correspondía a un pariente de Aristóteles; su fama como adulador gratuito fue convenientemente pasada por alto. No sería la última vez que las rivalidades académicas incidieran en la escritura de la historia, maltratando a Anaxarco e idealizando a su rival Calístenes. Sin embargo, un día Anaxarco moriría como un héroe, sin deberle nada a los discípulos de Aristóteles, mientras que Calístenes sería recordado sobre todo por haber aclamado a su patrón como el nuevo hijo de Zeus.

Desde las palabras de consuelo que siguieron al asesinato de Clito hay signos, que no están datados, de que el rey y el historiador habían discrepado en otras ocasiones. En una ocasión, escribió el Maestro de Ceremonias de Alejandro, durante una cena una copa de vino puro dio la vuelta hasta llegar a donde estaba Calístenes; un comensal le dio un codazo y le preguntó por qué no bebía. «No quiero beber de la

copa de Alejandro —replicó— y después necesitar al dios de la medicina». Como la *proskynesis*, beber vino puro no era una práctica griega, y, una vez más, Calístenes se negó a traicionar sus ideales griegos. Los filósofos contaron una segunda historia, que al parecer Calístenes había confiado al esclavo que le leía en voz alta: una vez, mientras bebían durante la sobremesa, le pidieron a Calístenes que hablase elogiando a los macedonios, lo que hizo de una manera tan efusiva que todos los invitados aplaudieron y lo cubrieron de flores. Después Alejandro le pidió que los denigrara con la misma soltura, y Calístenes acometió el tema y disgustó a su audiencia por el evidente placer que sentía al hacerlo. De ser cierta, esta improbable historia dice mucho de la sofistería de Calístenes; al parecer, al escuchar esta historia Aristóteles hizo la observación de que su primo era un orador capaz, pero que por desgracia le faltaba sentido común. Si este incidente siguió al asunto de la *proskynesis*, puede que Alejandro se sirviera del defecto de su historiador para desacreditarlo en público.

Posiblemente la cuestión de la *proskynesis* fue el detonante que provocó el alejamiento definitivo entre ambos hombres. Hasta entonces, Calístenes no debió de haberse ganado precisamente un gran afecto entre los macedonios, a los que arruinaba la diversión en las fiestas y cuyas heroicidades individuales describía de forma incorrecta a pesar de que él nunca pisaba el campo de batalla. Sin embargo, ahora había otros que no pensaban de un modo muy diferente a como lo hacía él: uno de los macedonios más veteranos se había burlado de un persa con motivo de la *proskynesis* y le dijo que golpease más fuertemente el suelo con el mentón cuando lo vio postrarse para tributar los exagerados respetos propios de un inferior abyecto. La historia volvió a contarse de varios oficiales, y parece ser que en cada ocasión Alejandro perdió los nervios con el macedonio en cuestión. Era bastante justo. Si los macedonios empezaban a burlarse de la vida oriental, entonces la armonía en la corte, a la que Alejandro se había comprometido, nunca se alcanzaría: por lo general, los hombres más ancianos eran los que encontraban más duro tener que adaptarse a las costumbres orientales, aunque esto no impidió que varios miles de veteranos continuaran sirviendo y sintiéndose satisfechos, o que un oficial como Crátero, firmemente tenaz en sus hábitos macedonios, siguiera ascendiendo con rapidez a pesar de sus principios. El asunto no suponía una división absoluta, y sólo si el tema se hubiera llevado mal se habría convertido en algo preocupante. Aunque los ancianos podían refunfuñar, cuando pocas semanas más tarde tuvieron que elegir, fue a Calístenes a quien encontraron desamparado ante su muerte, y aunque la leyenda sostiene que una única negativa por parte de Calístenes abortó todos los planes en relación con la *proskynesis*, está lejos de ser cierto que la costumbre fuera abandonada. Ni Ptolomeo ni Aristóbulo mencionan el intento de introducirla, quizá porque pensaban que era insignificante, aunque es más probable que su silencio sea deliberado, una prueba más de los sentimientos que esta cuestión podía suscitar en

ciertos sectores. Para un público griego, una descripción clara de lo sucedido habría puesto los hechos inmediatamente posteriores bajo una luz siniestra, y, por otra parte, tampoco los historiadores querían exponer a Alejandro a la crítica de quienes no habían servido con él.

Algún tiempo después de la fiesta y los percances relacionados con ella, quizás al cabo de unos días o tal vez de unos meses, el ejército principal estaba acuartelado cerca de un pequeño pueblo de la Bactriana. Mientras cuatro divisiones se desplegaban en abanico para capturar al último de los cómplices de Espitámenes en la frontera del desierto de Arena Roja, se descubrió en el campamento un grave complot contra la vida del rey: no tenía absolutamente nada que ver con los ancianos ni con los inadaptados. El complot se fraguó entre los pajes reales macedonios, muchachos de unos quince años que habían sido enviados para unirse al ejército tres años atrás. De acuerdo con la historia —aunque sólo se trata de conjeturas—, uno de ellos, el hijo de un destacado comandante de caballería, había empañado el palmarés de Alejandro como cazador: un jabalí salió en dirección al rey y, antes de que pudiera dispararle, el paje lo atravesó con una lanza y lo mató. Alejandro se irritó por el hecho de que, por una vez, alguien hubiese sido más rápido que él. Ordenó que azotaran al paje mientras los otros muchachos miraban. Alejandro incluso le arrebató el caballo.

También en este caso las costumbres persas pueden ser relevantes. Entre los persas, era una convención permitir que en las cacerías fuera el rey quien efectuase el primer disparo al blanco, y se sabía que quienes rompían la regla eran azotados: puede que en Macedonia hubiera una regla similar, pero la muerte de un jabalí tenía un significado especial, ya que era el acto mediante el cual un joven ganaba el derecho a reclinarse en el banquete. Tanto si fue víctima de un ultraje persa como si no, el paje se sintió ofendido, por lo que involucró a siete compañeros en un complot para asesinar al rey. Los pajes reales estaban en una buena posición para consumar el asesinato. Hacían turnos de guardia por la noche fuera de la tienda de Alejandro y tenían un acceso diario y directo a su persona; como eran más o menos cincuenta, la guardia nocturna recaería en uno de los ocho conspiradores durante los próximos quince días. Pronto llegaría la noche en que le tocaría quedarse de guardia a Antípatro, el hijo de Asclepiodoro, y puesto que probablemente sólo se quedaba de guardia un paje cada vez, había de ser fácil para Antípatro dejar entrar a sus cómplices.

Finalmente, llegó la noche del turno de Antípatro. El plan era simple: entrar en el dormitorio real y apuñalar a Alejandro mientras dormía. No se menciona a Roxana, quizá porque todavía dormía en sus propias dependencias, probablemente situadas aparte del ejército; ahora bien, más preocupante que una esposa era la costumbre de Alejandro de no regresar a la cama antes del alba, pues al alba se producía el cambio

de guardia. Sin embargo, valía la pena correr el riesgo, y cuando Alejandro se marchó a primera hora de la noche para ir a cenar con sus amigos, los pajes albergaban muchas esperanzas. No obstante, la cena resultó muy animada y el rey se quedó bebiendo y contemplando algún espectáculo: por suerte, la conducta que lo llevó a quemar Persépolis y a asesinar a Clito le salvaría la vida en esta ocasión. Cuando amaneció, Alejandro todavía se encontraba de juerga con los Compañeros, un hecho que chocó tanto al octogenario Aristóbulo que se inventó una excusa en su historia. Alejandro, escribió, dejó la mesa a una hora razonable, pero de camino a la cama se encontró con una adivina siria. Esta adivina llevaba siguiendo al ejército desde hacía mucho tiempo y habría estado profiriendo palabras de advertencia, una costumbre que al principio Alejandro y sus amigos encontraron divertida; sin embargo, cuando todas sus advertencias se demostraron verdaderas, Alejandro la tomó en serio e incluso le permitió vigilar junto a su cama mientras él dormía. En esta ocasión, la adivina le imploró que regresara con sus amigos y que siguiera bebiendo; Alejandro obedeció, no porque le gustara el vino sino porque confiaba en la mujer, y de este modo siguió emborrachándose hasta el alba. Esta apología en relación con los hábitos noctámbulos de Alejandro es muy sorprendente: Alejandro, sostuvo Aristóbulo, sólo se sentaba ante una copa de vino para conversar, como un corpulento académico: los hechos parecían demostrar lo contrario, pero, incluso después de la muerte de Alejandro, se pensó que hacía falta esta clase de apologías por parte de aquellos que lo habían conocido en persona.

Borracho, no sumisamente supersticioso, Alejandro regresó a su tienda de madrugada. Un nuevo paje había reemplazado a Antípatro, y Alejandro pudo irse a la cama más seguro de lo que podía imaginar. De nuevo, sus enemigos fueron incapaces de mantener un secreto. En cuestión de horas, uno de los pajes habló del complot a su amante y amigo, o eso fue lo que se rumoreó: el amigo se lo contó al hermano del paje; el hermano se lo contó a dos Escoltas, uno de los cuales era Ptolomeo. Rápidamente la noticia llegó a Alejandro, que arrestó a todos los implicados y los torturó. Los informantes fueron absueltos; el resto, dijeron algunos, fueron juzgados ante los soldados y apedreados hasta morir. De ser cierto, este castigo implica que los presentes creían sin reservas en su crimen, aunque es más probable que tuviera lugar una ejecución en privado.

Aunque los pajes eran culpables sin el menor atisbo de duda, necesitaban un motivo; una vez más, las conjeturas de la posteridad se centran en la política, asignándole a Alejandro el papel de un tirano oriental. Al parecer, a modo de autodefensa, el cabecilla de los pajes discurseó contra la tiranía, contra el hecho de llevar el atuendo persa y la continua práctica de la *proskynesis*, contra la bebida y los asesinatos de Clito, Parmenión y todos los demás: él y sus amigos preparaban un golpe en nombre de la libertad, y, además, según su cronista romano, ya no querían

seguir oyendo hablar más de Amón. Sin embargo, estos discursos no son en absoluto fiables, y hay algunos detalles que también pueden explicar el descontento de los pajes. El cabecilla había sido azotado de un modo degradante, pero además su padre había ostentado el alto mando en la caballería de los compañeros desde que Alejandro accedió al trono. Aproximadamente un mes antes del complot, el padre fue enviado de regreso a Macedonia, siendo despojado de su cargo «para ir en busca de refuerzos»; nunca volvió a aparecer por el campamento. Otro conspirador era hijo del antiguo sátrapa de Siria: recientemente había dejado su provincia y se había unido a Alejandro con los últimos refuerzos, pero no se le devolvió el cargo de gobernador ni se le dio otro mando. En los dos casos en los que no se sabe nada acerca de los padres de los pajes, puede demostrarse que éstos habían cambiado de cargo en los últimos tres meses; un tercer paje era hijo de un tracio, un hombre al que no preocupaba que se traicionaran las costumbres macedonias. Pero el informador es la excepción importante. Puesto que su hermano no formaba parte del complot, el honor de su familia no estaba en juego. De ahí quizá su indiscreción. Como en el caso de las muertes de Parmenión y Clito, probablemente el complot de los pajes se relacionaba al final con el mismo viejo problema: la degradación de los oficiales que pensaban que merecían un destino mejor o de mayor duración. Parmenión había envejecido, y Clito, fueran cuales fueran los motivos personales, había ido perdiendo el favor en la corte; los padres de los pajes eran víctimas de cambios en el alto mando que ellos desconocían. Los muchachos de quince años se preocupan más de sí mismos y de la posición de sus padres que de los principios del pensamiento político griego: más allá de este hecho, sus motivos no pueden rastrearse.

El propio complot fue aún más lejos. El misterio seguía rodeándolo pues, ¿cómo podían cinco jóvenes haber decidido cometer un asesinato y haberlo planeado cuidadosamente sin considerar las consecuencias? Puede que sólo dieran rienda suelta a sus emociones, solidarizándose con un amigo que había sido insultado y rompiendo una lanza en favor de la reputación de sus padres; puede ser, pero también había motivos para buscar un estadista de más edad y, en esta ocasión, la elección no recayó en un macedonio: fue Calístenes a quien arrestaron, torturaron y ejecutaron. «Los pajes —escribió Aristóbulo— admitieron que Calístenes los había instado a que llevasen a cabo la temeraria acción», y Ptolomeo escribió más o menos lo mismo. Sin embargo, otros se mostraron más escépticos.

Sin duda se puede argumentar que el arresto del historiador estaba justificado. Calístenes fue condenado como instigador, no como participante, y se decía que el paje que había actuado como cabecilla había sido su discípulo, por lo que posteriormente los griegos sostuvieron que fueron sus estudios de filosofía humanística los que lo impulsaron a asesinar al tirano Alejandro. Probablemente la relación que ambos mantenían sea cierta, pues Calístenes habría terminado los

Hechos de Alejandro en el momento en que los aliados griegos finalizaban su servicio, el episodio donde resultaba más lógico concluir el panegírico, y puesto que los pajes llegaron al campamento sólo poco antes de que el tema del libro hubiese concluido, el historiador habría tenido tiempo para hacerse cargo de la educación de la joven nobleza. Indignado con la *proskynesis*, con el hecho de que el vino se bebiera sin mezclar con agua y con la política oriental de Alejandro, Calístenes habría influido en los sentimientos de seis jóvenes discípulos que tenían sus propias razones para la desafección. Sin embargo, excepto la palabra de los oficiales al servicio de Alejandro, no hay nada que pruebe la culpabilidad del historiador, y puesto que la palabra de éstos, en sí misma, no basta, la verdad sigue siendo incierta.

Resulta verosímil que a Alejandro le molestase la oposición de Calístenes, que su réplica «me voy con un beso de menos» hubiese sido demasiado directa como para ser olvidada y que se aprovechara la primera oportunidad para limpiar la corte de una presencia enemiga; verosímil, tal vez, pero sigue sin poder probarse. La importancia de Calístenes fue a menudo exagerada, y es muy dudoso que su solitaria muestra de obstinación importase lo bastante como para provocar que lo asesinaran sin motivo. No obstante, los pajes conspiraron, y el complot tenía mucho más sentido si había sido alentado por su disgustado tutor. Cuatrocientos años más tarde se citaría una carta atribuida a Alejandro, la cual, en caso de ser auténtica, apoyaría firmemente la inocencia del historiador. Iba dirigida a los tres comandantes de la falange de infantería, que casi con seguridad se encontraban fuera del campamento en el momento del complot: «Bajo tortura —decía la carta—, los pajes confesaron que sólo ellos habían conspirado y que nadie más conocía sus planes». Con todo, es altamente improbable que la correspondencia privada entre Alejandro y sus oficiales se hubiera conservado para que la utilizaran los historiadores, sin contar con que se trataba de una nota cuyo contenido era peligrosamente franco. Las falsificaciones abundaban, y, en el caso de la controvertida muerte del pariente de Aristóteles, los griegos tenían muchas razones para inventar una prueba de su inocencia. Alejandro no tenía ninguna necesidad de escribir a los tres generales aproximadamente una semana después desde el campamento base y, de manera implícita, acusarse a sí mismo de asesinato. Si hubo una carta auténtica en ese momento, quizá sea la misiva que, según se dijo, había escrito a Antípatro, de quien se sabe que hizo pública su propia correspondencia: en ella, Alejandro acusa a Calístenes de conspiración y afirma que quería castigar «en primer lugar a quienes habían enviado al sofista», lo cual era presumiblemente una amenaza contra Aristóteles. La ejecución del pariente de Aristóteles no contribuía a mantener las buenas relaciones entre Alejandro y su antiguo tutor, y, en una primera reacción de enojo, Alejandro pudo en efecto haber hecho voto de venganza. Sin embargo, el yerno de Aristóteles siguió gozando de un alto favor en la corte y estas amenazas nunca llegaron a nada: si consideramos este

asunto recurrente en la leyenda, puede que la amenazadora carta sólo fuese también una invención posterior.

Quien dijo la última palabra, y la única cierta, fue Anaxarco el Satisfecho, como era de esperar. «Mucho estudio —escribió— puede ayudar enormemente a los hombres o puede hacerles mucho daño: ayuda al que es inteligente pero daña al que habla demasiado, al que dice lo que le place esté donde esté. Uno debería conocer la medida correcta y apropiada de todas las cosas: tal es la definición de la sabiduría». El recelo hacia los académicos fue durante mucho tiempo una característica del pensamiento griego, y resulta tentador verlo aquí como una alusión al momento concreto. Calístenes, su rival, había sido el hombre inteligente que podía hablar sobre terremotos y sobre la derivación de nombres de lugares a partir de palabras griegas conocidas, o calcular la fecha de la caída de Troya; al final Calístenes murió a causa de su indiscreción, al oponerse a una política que consideraba bárbara porque estaba constreñido, como otros aristotélicos, por una estrechez de miras muy propia de los griegos que le impedía ver lo que era apropiado. Su historia es extraña: es la del adulador que redactó un informe sobre una cruzada de venganza de los griegos en los términos más elogiosos, que aclamó a su caudillo como al hijo de un dios, que calumnió a Parmenión cuando su patrón lo asesinó y que, finalmente, cambió de idea cuando el paladín se convirtió en rey. Es por sus primeros años por lo que él y Alejandro deberían ser recordados, pues el rey y el erudito aristotélico habían hecho juntos el camino a través de Asia Menor, el rey emulando a su amado Aquiles, el erudito mejorando sus textos de Homero y señalando los lugares vinculados con los poemas homéricos. Sin embargo, como sucede a menudo, el mecenazgo se agrió. «Alejandro y las acciones de Alejandro —se decía que había observado Calístenes— dependen de mí y de mi historia: no he venido para ganarme la estima de Alejandro, sino para hacerlo glorioso a los ojos de los hombres». Cuando el historiador murió, ni siquiera los que sabían la verdad se pusieron de acuerdo sobre la manera en que fue ejecutado.

Según Ptolomeo, Calístenes fue torturado y ahorcado, como merecía serlo un conspirador culpable; según Aristóbulo, que involucra menos directamente a Alejandro, Calístenes fue encadenado y llevado ante el ejército hasta que finalmente murió, no por orden de Alejandro, sino a causa de una enfermedad. Cares, el chambelán de la corte, no estaba de acuerdo: Calístenes estuvo «encadenado durante siete meses para que pudiera ser juzgado en Grecia por el consejo aliado en presencia de Aristóteles», sin duda una cuidadosa réplica a los colegas de Aristóteles, que ya se quejaban de que Calístenes hubiera sido asesinado sin un juicio justo. Teofrasto, discípulo de Aristóteles, incluso escribió un panfleto titulado *Calístenes, o sobre el duelo*, en el que se lamentaba de que Alejandro era un «hombre con un grandísimo poder y una elevadísima fortuna, pero que no sabía cómo utilizar sus activos». Por el

contrario, Cares, el chambelán, sostuvo lo siguiente: Calístenes se volvió «excesivamente gordo y estaba plagado de piojos», resultando en cualquier caso fofo y asqueroso, y murió apenas un año después de caer en desgracia, antes de que pudiera ser juzgado públicamente. Los relatos apologéticos que hablaban de una prolongada enfermedad pronto se invirtieron: a Calístenes, dijeron algunos, lo mutilaron miembro a miembro, le cortaron las orejas, la nariz y los labios: lo encerraron en un pozo, o en una jaula, con un perro o un león, y sólo contó con la ayuda del altruista Lisímaco, futuro rey en Europa, que le pasó a escondidas una dosis de veneno.

Cuando los testigos llegan al punto de inventar historias tan elaboradas es que el impacto que tuvo entre los eruditos griegos la muerte de Calístenes no fue ni pasajero ni insignificante; de ahí que ni Ptolomeo ni Aristóbulo registraran las negativas de aquél a tributar la *proskynesis*, pues ello le hubiera conferido el glamour de los héroes. Calístenes prosperó gracias a la adulación y murió de forma controvertida, y pocos episodios permiten comprender más claramente las dificultades que entraña la búsqueda de Alejandro que el hecho de que su propio historiador, según dijeron los contemporáneos informados, muriese de cinco maneras distintas.

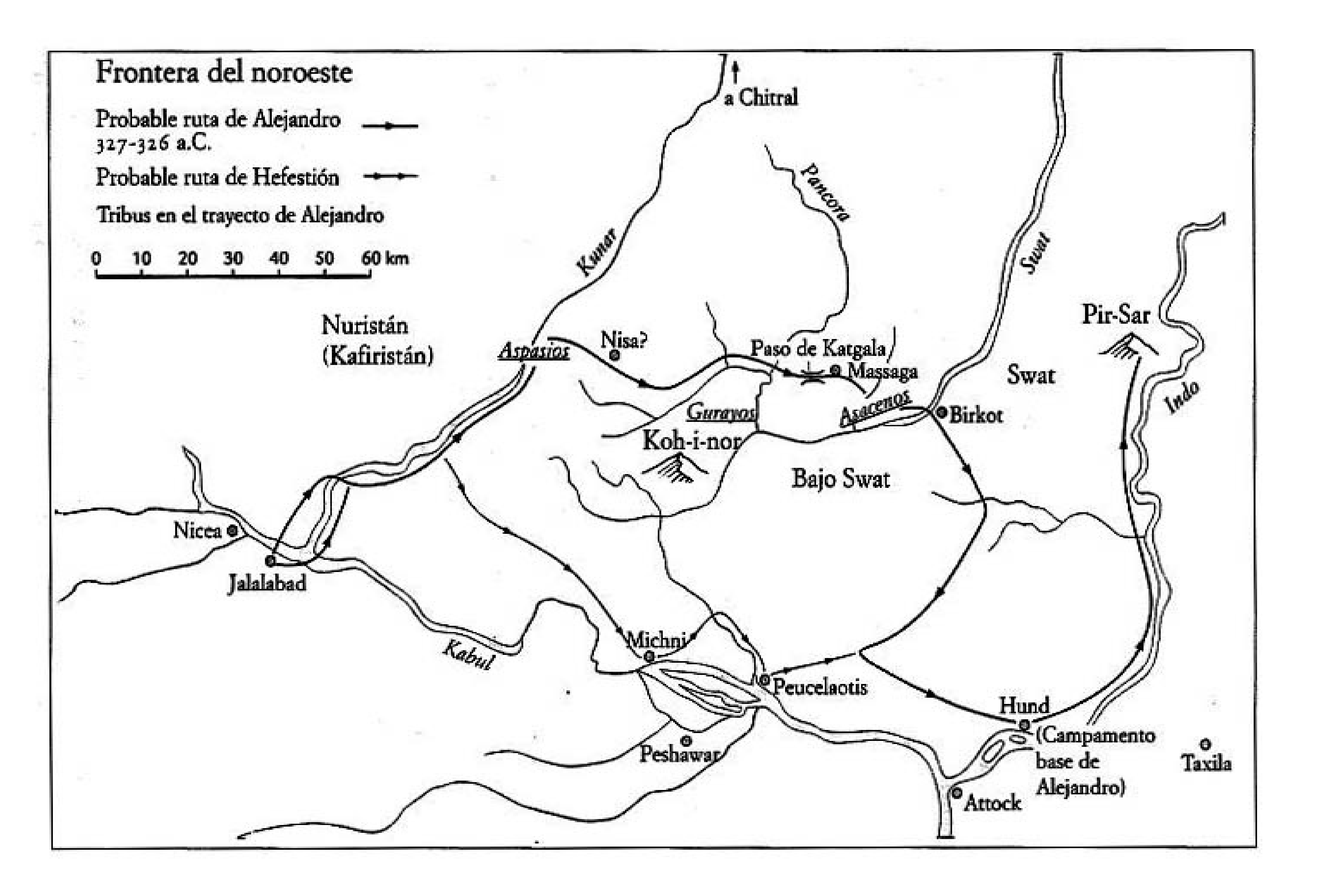
24. LA INVASIÓN DE INDIA

Cerca de Balj, los disturbios que se produjeron en la corte no indispusieron a los macedonios con su rey: los soldados continuaron sintiéndose satisfechos, no se produjeron cambios entre los oficiales, y, pese a los rigores de los últimos dos años, Alejandro se sentía lo bastante seguro como para volver sobre sus pasos con el objetivo de acometer la gran aventura de su vida. Cruzaría el Hindu Kush y marcharía por el este hasta la India, un reino cuyos comerciantes y especias ya se habían visto en el Oxo, pero cuyo modo de vida sólo era conocido por los griegos a través de los relatos maravillosos de los primitivos fabuladores.

En este punto, las ambiciones que albergaba Alejandro tienen que deducirse de las pruebas circunstanciales. Había vuelto a escribir públicamente a Darío en 332 a.C. exponiéndole tanto el argumento «oficial» de que estaba vengando los antiguos crímenes de los persas contra los griegos, como el argumento personal de que se veía a sí mismo como «rey de Asia». Seguramente en Siwa había preguntado a qué dioses y diosas debería ofrecer sacrificios durante la marcha, y puesto que tales sacrificios, «de acuerdo con el oráculo de Amón», se tributarían posteriormente cuando alcanzara el Océano meridional (pues eso creía) en la desembocadura del río Indo, es muy probable que ya en 331 a.C. hubiera preguntado al dios a quién honrar cuando alcanzara el Océano, el límite del mundo. Tras la muerte de Darío continuó reclamando el antiguo Imperio persa, pero también había indicios de este otro plan subyacente más ambicioso. Subiendo por el río Jaxartes, Alejandro fundó una ciudad con el nombre programático de «Ultima Alejandría», más allá del anterior puesto de avanzada de Ciro. ¿Por qué señaló este límite? Casi con seguridad no lo hizo simplemente porque se tratara del límite del antiguo Imperio persa. Alejandro también lo veía como el punto en que Asia conectaba con Europa. A diferencia de Alejandro, nosotros poseemos mapas y globos terráqueos precisos, pero lo cierto es que, por encima de esta frontera de la Sogdiana, Alejandro estaba perdido. Sus oficiales observaron una vegetación que les resultaba familiar; por primera vez en tres años vieron abetos y, al otro lado del río, hiedra, la planta de Dioniso, y verdes matas de boj. Conocían estas plantas en Europa y, a partir de ahí, dedujeron equivocadamente que el Jaxartes era el límite entre Europa y Asia. La Última Alejandría, por tanto, se levantó en la frontera noreste de Asia.

¿Dónde se situaba entonces la frontera oriental de Asia? Aristóteles escribió que se encontraba justamente al otro lado del «Cáucaso», nuestro Hindu Kush, y Alejandro esperaría encontrarla delimitada por el Mar Exterior. En invierno de 329-

328, ya había respondido a las peticiones del rey Farasmanes al mencionar sus planes para entrar en la India. Seguramente, había tenido este plan en mente durante años: «la India», cuyo tamaño era incierto, sería la puerta al límite oriental de Asia, el límite exterior del mundo. La conquista del mundo puede que fuera un objetivo demasiado grande para Alejandro en esta etapa: debió de haber observado que había una extensión de «Europa» al otro lado del Danubio o entre el Danubio y su errónea idea de «Europa más allá del Jaxartes», que ni él ni Filipo habían conquistado. ¿Habría regresado algún día para conquistarla también? No podemos saberlo porque Alejandro murió muy joven. Lo que sí sabemos es que sospechaba que el mar Caspio, que ya había dejado atrás, podía ser una parte del océano que rodeaba el mundo en su frontera norte: posteriormente, Alejandro enviaría a un oficial para descubrir la verdad. Los límites del Océano constituían ciertamente una de sus preocupaciones, y con este gran plan iba a entrar ahora en la India. No pretendía ser sólo «el último de los reyes persas aqueménidas», en el sentido de que sus conquistas se detendrían donde las de aquéllos. Sin duda estos reyes gobernaron en la parte más cercana de la India nororiental, y también reinaron a lo largo del curso del río Indo. Sin embargo, nunca habían pasado al otro lado del Punjab y, hacia 350 a.C., el control que ejercían en el curso inferior del Indo plantea dudas significativas. Siglos más tarde, nuestro principal historiador en prosa, Arriano, utiliza la palabra «hiparca», que puede significar «gobernante subordinado», para referirse a los príncipes indios de la zona. Es posible, pero no seguro, que signifique que todos eran «subordinados» del rey persa. Aunque lo fueran, ciertamente Alejandro no intentó acabar con ellos. Alejandro quería llegar al Mar Exterior, el límite oriental del mundo, donde honraría a los dioses exactamente como su padre celeste Zeus se lo había anunciado cuatro años antes.


Frontera del noroeste
Probable ruta de Alejandro
327-326 a.C.
Probable ruta de Hefestión
Tribus en el trayecto de Alejandro
0 10 20 30 40 50 60 km
a Chitral
Kunar
Pancora
Swat
Nuristán
(Kafiristán)
Aspasios
Nisa?
Paso de Katgala
Massaga
Gurayos
Asacenos
Birkot
Swat
Pir-Sar
Indo
Koh-i-nor
Bajo Swat
Nicea
Jalalabad
Kabul
Michni
Peucelaotis
Peshawar
Hund
(Campamento
base de
Alejandro)
Attock
Taxila

Tras estas asombrosas ambiciones hay también una ininterrumpida «lógica» territorial. A lo largo de la historia, los ejércitos se han adentrado desde las llanuras que hay alrededor de Kabul hasta la India como si de una marea continua se tratara, y Alejandro, al invadirla, estaba anticipando a los posteriores reyes griegos de la Bactriana, los kushanos, los hunos blancos, los mongoles y los mogoles, y otros que cayeron sobre la India desde el Hindu Kush. Las consignas y la cara pública de la campaña eran, naturalmente, egocéntricas: la conquista de «Asia», seguramente en dirección al Mar Exterior, y la gratuita restauración de la «libertad» y la «autonomía» a todos aquellos pueblos que se rindieran lealmente. Después, serían gobernados y gravados con impuestos por los dirigentes que Alejandro designaría. Por consiguiente, los patriotas y los rebeldes serían ejecutados sin vacilación, como lo habían sido en Tebas, Tiro o la Sogdiana. No obstante, Alejandro no desahogó la frustración que arrastraba en esa amplia mayoría de pueblos que se rindió. La India que él invadió no constituía en absoluto una unidad pacífica e idílica. Los diversos rajás se temían, se odiaban y continuaban luchando unos contra otros. Muchos de ellos incluso se unieron a la invasión de Alejandro —como lo hicieron miles de guerreros indios, de los cuales no todos eran reclutas—, de modo que al final doblaron el tamaño del ejército. En el potencial de esta fuerza nueva y abrumadora, los hombres vieron enseguida un medio para liberar viejos odios y contiendas entre los pueblos nativos: la unidad del «nacionalismo» indio no era algo evidente.

En el plan ideado por Alejandro encontramos también, además de al conquistador y al «benefactor inexorable», al explorador. Y es que el aburrimiento es la fuerza vital que siempre se omite en los relatos; Alejandro tenía veintinueve años, era invencible y se encontraba en el límite de un continente desconocido: volver sobre sus pasos habría sido sumamente aburrido, pues la vida en Asia apenas podía prometerle otras actividades que no fueran la caza, la tediosa sofocación de rebeliones y la elaboración de decretos provinciales. Únicamente en un discurso dirigido a sus soldados se alude al hecho de marchar hacia el océano oriental, el límite del mundo tal como los griegos lo concebían; si bien el discurso no es fiel a la realidad, resulta tentador, y no sólo porque es romántico creer que esta anécdota se basa en hechos reales. Si la ambición de Alejandro era alcanzar el límite del mundo, este objetivo obedecía más a la curiosidad que al anhelo de poder.

Para una mente curiosa, este mundo nuevo y extraño era irresistible, y sobre la curiosidad de Alejandro no puede haber ninguna duda. «Sus soldados —dijo un contemporáneo que estaba en una buena posición para saberlo— se llevaron una visión muy superficial de la India, pero Alejandro era lo bastante perspicaz como para ser más exacto y, por lo tanto, dispuso que describieran el lugar aquellos que lo conocían». Las leyendas griegas sobre la India formaban parte de la educación de cualquier príncipe; los hombres de Alejandro habían oído rumores acerca del oro de

la India, del que se decía que era extraído por hormigas gigantes o que estaba custodiado por grifos: estarían ansiosos por conocer la verdad sobre los esciápodos, unos hombres que se tendían boca arriba y se procuraban sombra con su único pie descomunal. Se decía que en la India había hombres que vivían doscientos años, que hacían el amor en público, que se dividían en castas y que la lana con la que tejían sus ropas crecía en los árboles; corrían fábulas acerca de la cetrería, la magnífica púrpura, las esencias y la plata; y también sobre los unicornios de cabezas rojas y ojos azules, los pigmeos y una especie de acero que podía alejar las tormentas. Al igual que los primeros misioneros cristianos que visitaron la India, que consideraron a los indios descendientes de Santo Tomás, los griegos fueron a Oriente con sus propios mitos e historias, y relacionaron lo que vieron con lo que ya sabían. Nadie los preparó mejor que su propio Heródoto; las crecidas de los ríos, los vestidos de los indios y las plantas silvestres son descritos en los términos de Heródoto, y en cuanto a las hormigas que extraían oro, Nearco, el oficial de Alejandro, escribió: «Yo no he visto ninguna, pero trajeron muchos de sus despojos al campamento macedonio». Hacía falta algo más que ir allí en persona para acabar con las criaturas de las fábulas griegas. «En un valle del Himalaya —escribió uno de los topógrafos de Alejandro a su regreso—, vive una tribu cuyos miembros tienen los pies al revés. Corren muy deprisa, pero como no pueden respirar en otro clima, no pudimos llevarle ninguno a Alejandro». Así es como empieza la historia del Abominable Hombre de las Nieves.

El Punjab ya había sido visitado por los occidentales, y no sólo por los hombres más valientes de la primitiva historia de Grecia, como Escílax, el marinero de Caria, sino también, como bien pronto creerían los soldados, por los dioses griegos Heracles y Dioniso en un pasado remoto. Seis mil cuarenta y dos años, afirmaban los indios, separaban la invasión de Dioniso de la de Alejandro; se hacía hincapié en el hecho de que desde entonces se gobernaban ellos, un tema que Alejandro tuvo en cuenta, y no se mencionaba al Imperio persa. En cuanto a Heracles, había llegado un poco más tarde, pero los macedonios verían en la India reses marcadas con el signo de la maza que el héroe siempre llevaba consigo. Estos paralelismos con los dos antepasados divinos de los reyes macedonios no pueden desestimarse en la búsqueda de Alejandro, y a los pocos meses de producirse su invasión aflorarían en agudo contraste con el trasfondo del mito indio. El nuevo hijo de Zeus estaba ansioso por emular a su predecesor; durante la primavera anterior a la invasión, Barsine, la amante persa de Alejandro, dio a luz a un niño que se creyó, quizá de forma errónea, que era hijo de Alejandro. Hábilmente, al niño se le puso el nombre de Heracles, como el héroe de carne y hueso del momento, aunque Alejandro nunca lo reconoció con todos los honores después de su matrimonio con Roxana.

Situada entre el mito y la fábula, la India representaba para un conquistador la oportunidad de alcanzar la gloria inmortal. La lucha sería dura, exactamente lo que le

gustaba a Alejandro. Sus oponentes eran reyes por derecho propio, la clase de enemigo que él prefería, y, dado que el Punjab estaba dividido en tribus independientes, la mayoría de las cuales tenían más vínculos con Irán que con la India, era de suponer que resultaría fácil indisponerlas entre sí. La religión Hindu había arraigado desde hacía mucho tiempo en las llanuras, pero nunca había penetrado en los salvajes reinos de las montañas. El budismo era prácticamente desconocido y no existía la amenaza de una guerra santa. Si Alejandro triunfaba, su nombre jamás sería olvidado, y ni siquiera en los brindis los hombres podrían seguir jactándose de que las hazañas de Filipo habían sido superiores a las suyas: Alejandro conquistaría lo que ningún rey autóctono había conseguido y daría a conocer un nuevo mundo a Occidente; comparadas con esto, las proezas de Aquiles resultaban provincianas.

Cuando se desmanteló el campamento de verano en la Bactriana, se pusieron de manifiesto los cambios que habían tenido lugar en el ejército que Alejandro conducía hacia el este. Había crecido en número, pero sólo ligeramente. En los últimos cuatro años no se habían recibido nuevas tropas macedonias. Catorce mil hombres procedentes de los refuerzos griegos del último reclutamiento se quedaron para supervisar las dos provincias del Oxo; faltaba la caballería tracia y peonía, mientras que la mayoría de la infantería tracia y de otros pueblos bárbaros estaba prestando servicio en las guarniciones de Partía y Hamadán. Unos cincuenta mil hombres permanecían en la India, apenas unos cuantos más que en Gaugamela, aunque constituían un contingente considerable según los parámetros de la guerra clásica. Pero, en conjunto, eran otros hombres, pues sólo unos treinta y cinco mil procedían del occidente de Europa. Los Compañeros de a Pie abandonaron la sarisa porque resultaba muy incómoda en terreno montañoso y jamás volvieron a utilizarla con Alejandro, y los Lanceros a Caballo hicieron otro tanto y se unieron a la caballería de los compañeros, cuyo número había mermado y se situaba meramente en mil ochocientos macedonios, ya que no se habían enviado refuerzos desde su país de origen. Por lo que respecta a los arqueros, en lo que la India era más poderosa, había como mínimo tres mil; a pie, las fuerzas se mantenían con tres brigadas formadas por los mercenarios incorporados recientemente, en su mayoría griegos de Europa y Asia, pero ahora estaban a las órdenes de la nobleza macedonia. Los jinetes iranios de la Bactriana y la Sogdiana pasaron a formar parte de la caballería, aunque se mantuvieron en unidades separadas de las unidades griegas y macedonias: incluso había un millar de arqueros a caballo que se habían reclutado entre los nómadas de Espitámenes. En conjunto, el ejército era más ligero e independiente, y estaba mejor equipado con proyectiles. Los iranios le habían aportado equilibrio, y los oficiales de Alejandro no desaprovecharon las fluidas tácticas de los arqueros a caballo nómadas que había a lo largo del Oxo.

Sin embargo, la novedad más radical era la estrategia de mando. Se rearmó a los Compañeros de a Pie y se los agrupó en brigadas, en siete batallones cuyos oficiales, en los casos en los que habían sido sustituidos, eran hermanos de los anteriores barones; la comandancia de la infantería de las tierras altas de Alejandro era, en buena medida, un asunto familiar. No obstante, entre los complots y las destituciones, la caballería había perdido todos los vínculos con Filotas, Parmenión, Clito y el pasado. Los mermados escuadrones de los Compañeros se habían diseminado en seis hiparquías, tal vez más, durante los últimos ocho meses, y sólo uno de los mandos conocidos se había labrado un nombre como jefe de los jinetes. Los demás eran buenos amigos, como Ptolomeo o Hefestión, u hombres como Pérdicas o Leónato, más conocidos como escoltas reales; el escuadrón real de Compañeros, en otro tiempo liderado por Clito, fue rebautizado y pasó a ser dirigido por el propio Alejandro. Todos contaban con amigos y familiares, si bien los inconstantes flujos de influencia ya no pueden rastrearse de manera provechosa: un oficial de primera clase, que en otro tiempo fue apartado junto con los amigos de Parmenión, era distinguido ahora por los futuros amigos de Pérdicas, que lucharían para mantener el imperio indiviso tras la muerte de Alejandro. Más claro era el caso de los Reales Portadores de Escudo, rebautizados ahora como Escudos Plateados a causa de su nueva y elegante coraza de plata. En un principio, esta escogida unidad de infantería veterana había estado bajo la responsabilidad de un hijo de Parmenión, pero poco antes del complot perpetrado por su familia este hijo había muerto; ahora los Escudos Plateados ponían sus ojos en los nuevos oficiales, entre los que se encontraba Seleuco, el futuro rey de Asia, y Nearco, que era amigo de Alejandro desde la infancia y pronto se convertiría en el almirante de la flota de la India. El comandante supremo de los Escudos Plateados era Neoptólemo, vinculado con la familia real epirota y, en consecuencia, con Olimpia, la madre de Alejandro. Hacia el verano de 327 surgió un nuevo grupo de generales, y no sólo de entre los Reales Portadores de Escudo. Estos hiparcas y jefes de escuadrón, hombres dignos de confianza, hicieron posible que el ejército pudiera dividirse con más libertad para acometer diversos ataques simultáneos en cualquier momento. Este tipo de división había constituido durante mucho tiempo un principio de la táctica de asedio de Alejandro, pero no de sus batallas campales. Espitámenes había demostrado que los subordinados de segunda no podían llevar a cabo la tarea. También Parmenión y Filotas habían demostrado que especialmente la caballería no podía confiarse a un único hombre.

En las provincias estaba surgiendo un modelo parecido, aunque era menos apremiante por el hecho de estar más alejado. En junio, Alejandro volvió a marcha lenta al Hindu Kush y lo atravesó sin problemas en diez días, probablemente siguiendo la misma ruta de la vez anterior y no el traicionero camino que discurre a través de la actual Bamiyan, que se convirtió en un santuario de Buda. Las nieves se

habían fundido, y después de haber hallado alimentos en abundancia en las fortalezas de la Sogdiana, se disiparon los temores acerca de la posibilidad de padecer una segunda hambruna mientras las tropas avanzaban por los pastizales, entre las alondras, las aterciopeladas laderas y el penetrante olor del ajenjo y las rosas silvestres. En el descenso, cerca de Begram, se encontraron con que la nueva Alejandría del Cáucaso estaba dando problemas. Su comandante fue depuesto por insubordinación; era el octavo nombramiento que avalaba el fracaso en las catorce satrapías conquistadas desde el año de Gaugamela, y, si bien su sustituto fue otro oriental, se trataba, exceptuando al padre de Roxana, del último iranio a quien Alejandro ofrecería un gobierno. El experimento con los sátrapas nativos llevado a cabo durante los últimos cuatro años había resultado conveniente pero arriesgado, y, al desaparecer por el este, Alejandro estaba fomentando la rebelión de quienes se quedaban tras él; salvo dos excepciones, a su regreso se encontraría con multitud de problemas. «Quiero ir a la India —pusieron en boca de Alejandro en una carta ficticia, escrita mil años después en la Persia sasánida—, pero temo dejar con vida a mis nobles persas. Me parece más prudente encargar a alguien que los destruya para que pueda llevar adelante mi propósito sin preocupaciones». A lo que se le hizo replicar a Aristóteles: «Si destruyes al pueblo farsi, habrás derrocado uno de los mayores pilares de la excelencia del mundo. Cuando entre ellos ya no existan los nobles, te encontrarás en la necesidad de ascender a quienes no lo son a su rango y posición; ten por seguro que no existe maldad o calamidad, ni inquietud o plaga en el mundo que corrompa tanto como el ascenso de los viles a la condición de nobles». Nadie ha expuesto nunca con mayor claridad una visión de la nobleza persa más que el Aristóteles de la leyenda persa. Sin embargo, al regresar de la India, el Alejandro real tendría más motivos para poner en duda este consejo.

Los pocos meses de verano que quedaban discurrieron de forma apacible en el Hindu Kush, lo que constituía un descanso para los hombres que, de lo contrario, hubiesen entrado en la India bajo un sol atroz; esto también les proporcionaba un tiempo valioso para el reconocimiento y la instrucción de las nuevas unidades. Durante los últimos dos años, el rajá Sasigupta había permanecido en el campamento; era un hombre «que había huido de la India para unirse a Beso, pero que ahora demostraba a los macedonios que era digno de confianza». A falta de mapas, Sasigupta constituía una valiosa fuente de información local; a principios de otoño, Alejandro abandonó la Alejandría del Cáucaso y descendió bruscamente de las estribaciones del Hindu Kush hasta que tropezó con el río Laghman y pudo examinar el panorama del Punjab que se extendía ante él. Al otro lado del Laghman fortificó un pueblo nativo y lo bautizó con el confiado nombre de Nicea, ciudad de la Victoria, un concepto en el que siempre hacía hincapié. Después envió a un heraldo hacia el este por el camino que discurría por el cauce del río Kabul, utilizado desde hacía mucho

tiempo, con el fin de que convocara a los rajás del valle a una reunión, sin duda siguiendo el consejo de Sasigupta. Los rajás llegaron a principios de octubre y, mientras tanto, Alejandro declaró iniciada la campaña mediante un sacrificio, que una vez más se dedicó a la diosa Atenea de la Victoria.

Su insistencia en la victoria no era infundada. Alejandro estaba conduciendo a un ejército profesional que contaba con catapultas, arietes y torres de asedio hacia un mundo independiente formado por tribus fronterizas, numerosas pero muy dispares entre sí. La caballería india no tenía ni punto de comparación con los escuadrones de los Compañeros y los iranios; los *yantras* de sus héroes épicos tan sólo eran hondas y catapultas elementales. El hierro y el acero del que disponían gozaban de fama, como también sus arqueros, pero carecían de la disciplina de los Portadores de Escudo. En los valles, los reyes todavía confiaban en los carros de guerra, una fuerza insignificante para los macedonios de Gaugamela. Había un único peligro y Alejandro sabía que era muy real: con las primeras noticias de la invasión, los rajás del Punjab enviarían a buscar a sus *mahouts*, lo cual significaba que lucharían como sus antepasados, dirigiendo la trompa y los colmillos de la mayor especie animal conocida en el mundo y montados en su lomo. En la India, Alejandro fue el primer general occidental que entabló una seria batalla con el *Elephas maximus*, «obra maestra de la naturaleza, la única que, siendo grande —escribió John Donne—, es inofensiva»: las catapultas no eran nada comparadas con la amenaza de un elefante en celo o *mast*.

El elefante predominaba tanto en la mitología india que se decía que sostenía el mundo sobre su lomo. Sin embargo, en un lapso de cinco años Alejandro lograría hacerse con él: los elefantes vigilarían su tienda y sus imágenes adornarían su carro fúnebre, mientras que, poco después de su muerte, su íntimo amigo Ptolomeo haría representar en las monedas egipcias a Alejandro ataviado con un birrete de piel de elefante. Como resultado, el elefante se convirtió en Occidente en un símbolo de las grandes pretensiones. César llevaría uno a Britania, Claudio, dos; Pompeyo intentaría entrar en Roma sobre un carro triunfal tirado por elefantes, pero descubriría que la puerta de la ciudad era demasiado estrecha y tendría que apearse para atravesarla. Gracias a Alejandro, por primera vez se tuvo un conocimiento más exacto de los elefantes en Occidente: en sus magníficas obras de historia natural, Aristóteles describió uno con tal exactitud que su descripción sólo puede ser fruto de una disección, posiblemente basándose en los informes proporcionados por otros. También sabía cómo curar su insomnio, sus heridas o sus problemas estomacales, y cuánto trigo o vino se les debía dar para que se mantuvieran en buenas condiciones. Sin embargo, al igual que los oficiales de Alejandro, Aristóteles estaba convencido de que los elefantes podían llegar a vivir doscientos años, y también subestimó exageradamente el tamaño de su pene.

A través del ejército de Alejandro, la destreza de los *mahouts* nativos y los elefantes se introdujeron por primera vez en Grecia. La utilización de la *howdah,* o silla en forma de torre, sobre el lomo de los elefantes se hizo popular, y dado que ni en el arte ni en las fuentes literarias fiables se hace referencia alguna a que sea originaria de la India, puede que la *howdah* fuera una invención de los ingenieros griegos. Tres años después de la muerte de Alejandro, sus oficiales utilizaban a los elefantes para abatir árboles, detener el curso de los ríos y derribar las murallas de las ciudades. Se los adornaba como en la India, con campanillas y cobertores escarlata, y, también como en la India, eran utilizados como verdugos. Sin embargo, antes de Alejandro nunca se habían visto elefantes en un paisaje tan poco adecuado para ellos como el de Grecia. En el campo de batalla, su primera embestida demostró ser decisiva, aunque los defensores pronto aprendieron el efecto que tenían los tablones recubiertos de clavos bajo sus sensibles pies: cuando se encontraban con zanjas, los elefantes se detenían al instante, ya que no podían saltar. Ahora bien, cuando los elementos defensivos parecían estar ganando la partida, los Ptolomeos enviaron cazadores para peinar las selvas de Etiopía en busca de ejemplares nuevos y más bravos, mientras que Cartago, al reunir nuevos contingentes, empezó a explorar las zonas fronterizas en el oeste en busca de una réplica apropiada. Aníbal encontró elefantes y se sirvió de ellos para aterrorizar Italia; Roma, que aprendía rápido, devolvió la cortesía a los macedonios y envió emisarios hacia el este, a los lodazales sirios de los Seléucidas, con órdenes secretas de desjarretar a cualquier elefante que encontraran. Dos años después, el Imperio seléucida se desmoronaba.

Cuando los enemigos retrocedieron, los romanos convirtieron a los elefantes en un espectáculo. Los elefantes bailaban, hacían sonar los címbalos, andaban sobre la cuerda en los circos y, durante doscientos años, el público estuvo fascinado con lo que Alejandro fue el primero en hacer posible. Sin embargo, el elefante fue el último en bramar y el que lo hizo más fuerte, ya que a mediados del siglo IV, cuando el poderío persa se reavivó, cientos de elefantes marcharon con paso decidido hacia Occidente a través de Asia bajo los auspicios del terrible nombre de Sapor, «la más monstruosa y terrorífica —escribió un testigo romano— de todas las unidades de guerra».

Con la caída del Imperio occidental los elefantes desaparecieron de Europa, salvo como ocasional artículo de regalo; aun así, durante seiscientos años simbolizaron una frontera abierta entre Oriente y Occidente, una frontera que Alejandro fue el primero en traspasar. Esta fue quizá su contribución más duradera al mundo clásico.

Si Alejandro no hubiese invadido la India, nunca se habría enrolado a los elefantes para que prestasen servicio en los ejércitos mediterráneos. Su captura es arriesgada y los inconvenientes que presentan son grandes. Les desagrada el frío invierno y se encuentran más a gusto en los lodazales cálidos; deben comer dos veces

al día como mucho debido a su mala digestión, llegando a consumir más de cuarenta y cinco kilos de heno y casi doscientos treinta litros de agua diarios. Aristóteles sabía de un elefante que bebía unos seiscientos treinta litros de agua entre el alba y el crepúsculo y que, al anochecer, volvía a empezar. Los elefantes tienen un gran oído, pero su visión es muy precaria; pueden nadar pero son incapaces de saltar, y como medio de transporte no resultan muy útiles; alcanzan una velocidad media de unos nueve kilómetros por hora cuando van sin carga y, si la llevan, sólo avanzan durante breves períodos de veinte minutos cada hora. Por lo general no se reproducen en cautividad, si bien los machos pasan unos meses terribles de celo durante los cuales segregan un fluido de unas glándulas que tienen cerca de las sienes que los vuelve demasiado huraños como para poder controlarlos. Lo peor de todo es que los elefantes no tienen espíritu de equipo. Aunque sean muy afectuosos con su cuidador y cariñosos con los niños pequeños, las guerras de los humanos no significan nada para ellos y huyen en estampida tanto entre amigos como entre enemigos. Víctor, el elefante más famoso de la historia de Grecia, sirvió durante mucho tiempo en el ejército de Pirro, pero cuando vio a su *mahout* muerto ante las murallas de la ciudad se negó a abandonarlo: lo izó desafiante entre los colmillos y vengó salvaje e indiscriminadamente al hombre que amaba, aplastando a más amigos que enemigos. En la guerra, una devoción de este tipo constituía un arma de doble filo.

No obstante, los hombres hacían todo lo posible para infundirles valentía. En la India, los aguijoneaban, los adornaban con campanillas y los alimentaban con vino. En Ceilán se les hacía tomar opio. Eran adiestrados para que sacudiesen a los atacantes con la trompa, al menos hasta que éstos llevaron el elemento disuasivo de una coraza de púas. Se les reforzaron los colmillos con largas dagas de acero con las puntas envenenadas y se les protegió el cuerpo con una cota de malla de hierro, a la vez que siete guerreros o más disparaban y lanceaban desde la silla de montar que llevaban en el lomo, incluso sin la protección de la *howdah*. Lo más importante es que, aunque a los elefantes les asustaba que los ratones subieran por su trompa, sacaban de quicio a los caballos. En Gaugamela, la caballería de los compañeros de Alejandro había burlado con éxito a los pocos elefantes de los contrarios, pero en el Punjab tendrían que hacer frente a cientos de ellos, esta vez cara a cara. Alejandro estaba sumamente preocupado.

Las primeras noticias que Alejandro recibió en la India decían que tenía a los elefantes de su parte, ya que, a principios de octubre, los rajás del valle del Indo habían seguido a su heraldo hasta la frontera y habían prometido que tendría a su disposición veinticinco ejemplares. Semejante recibimiento empujó a Alejandro a dividir sus tropas. El camino principal discurría a orillas del Indo hacia el lejano pueblo de Taxila, donde vivía el rajá Ambhi, que había acudido para rendirse, según lo esperado. Hefestión, los mercenarios y la mitad de los Compañeros lo seguirían a

través de las llanuras de Peshawar y cruzarían el Indo en Hund, donde el río se desvía hacia el norte. En las últimas etapas, Ambhi los guiaría y abastecería, ya que por el camino podrían tomar ciudades como Pushkalavati, la Ciudad del Loto, con sus extensos campos de caña de azúcar y arena; sin embargo, su gobernador resistió tras el foso y las murallas de adobe durante casi un mes y acabó siendo ajusticiado por ello. Entretanto, Alejandro se había dirigido con unos veintidós mil soldados hacía el norte, a las tierras altas del Swat, con el objetivo de proteger este importante flanco de la ruta mediante tácticas de terror: era la única vía segura para regresar a Irán, y, como estratega cauto que era, no iba a dejar que las tribus del norte cortasen el camino cuando todavía esperaba noticias y refuerzos de Asia. Dado que los reyes nativos no se habían rendido, Alejandro decidió combatirlos en lugar de sobornarlos. Escogió una ruta en la otra orilla del río Alishang, ya que, según le informaron, era la que estaba mejor abastecida, y se lanzó, contando con la guía de Sasigupta, a una ardua campaña que duró seis meses. Las tribus de las colinas eran numerosas y estaban decididas a resistir con valentía entre las montañas y los rápidos de los ríos, que eran difíciles de cruzar, sobre todo en diciembre. Como no se rindieron, Alejandro no se mostró en absoluto dispuesto a ser más amable con los patriotas resistentes de lo que era habitualmente: no auguró nada bueno el hecho de que lo hiriesen en la primera ciudad, y «los macedonios mataron a todos los prisioneros, furiosos porque le hubieran hecho daño a su Alejandro».

No obstante, el funesto asunto de la guerra tuvo sus compensaciones. En lo alto de los verdes valles de las colinas occidentales del río Swat, quizá cerca del pico de Koh-i-nor, se levantó un campamento en una fría noche de diciembre y los hombres empezaron a buscar leña para encender hogueras a una altitud de más de mil quinientos metros. Hicieron una hoguera y, cuando vieron que no había suficiente madera, los soldados astillaron unas cajas cuadradas de madera de cedro que encontraron convenientemente distribuidas por la colina: no se percataron de que estaban quemando los ataúdes de los difuntos del lugar. Los nativos no tardaron en tomar represalias, pero un breve ataque los hizo retirarse y optaron por la rendición. Los mensajeros encontraron a Alejandro en su tienda, «todavía cubierto del polvo de la marcha pero completamente armado, llevando un yelmo y blandiendo una lanza. Al verlo de este modo se quedaron pasmados y cayeron de rodillas al suelo guardando un completo silencio». Con la mediación de intérpretes, se acordaron los términos de la rendición: para satisfacción de Alejandro, el gobierno de la ciudad estaba en manos de los aristócratas, trescientos de los cuales pasarían a servir en su caballería, mientras que otro centenar, después de un breve debate, se dejaría allí para que mantuviese a la nobleza en el poder. Durante la conversación, Alejandro se dio cuenta de un hecho sorprendente: estas tribus habían sido puestas allí por el dios Dioniso y su ciudad era el recóndito santuario de Nisa; por consiguiente, la montaña

era un lugar sagrado. En Grecia, los extasiados seguidores de Dioniso llevaban coronas de hiedra en la frente; en esta colina de la India, única entre todas las que habían visitado, la hiedra común crecía con profusión. ¿Qué mejor prueba podían desear los soldados? Dioniso había recorrido esa ruta antes que ellos.

Hablar de Dioniso infundía energía a los fatigados soldados, y el propio Alejandro «deseaba que los mitos de las correrías de los dioses fueran ciertos». El culto al dios era antiguo y estaba muy arraigado en su Macedonia natal, y un hijo de Olimpia no podía subestimarlo. Como siempre, Alejandro estaba ansioso por investigar, y la caballería de los compañeros y el escuadrón real de Infantería fueron invitados a unirse a él para visitar las umbrosas arboledas, el mirto, el boj y el laurel, símbolos del dios y una bendición para los ojos, cansados de ver rocas y desiertos de sal seca durante tanto tiempo. Aquel lugar era el paraíso de un jardinero, y los soldados recogieron hiedra y trenzaron sus ásperos tallos para hacer coronas. Adornados con guirnaldas de hiedra, cantaron himnos al dios en la ladera y lo invocaron a través de sus numerosos nombres, tras lo cual Alejandro le ofreció un sacrificio formal. «Muchos de los oficiales de alto rango se adornaron con guirnaldas de hiedra y —como varios escribieron— cayeron rápidamente en trance poseídos por el dios e invocaron la llamada de Dioniso, corriendo frenéticamente en desbandada». *Ite Bacchai, ite Bacchai*… Puede que las palabras del coro más memorable de la tragedia griega, probablemente escritas en la propia Macedonia, resonaran en una colina paquistaní.

Este episodio merece ser creído, aunque resulta difícil de explicar. Conviene buscar en primer lugar un sustrato indio, y hay algunos paralelismos que resultan impresionantes. Los oficiales de Alejandro le pusieron el nombre de Mero a esta colina, la palabra griega que designaba el muslo y la vinculaba con Dioniso, que, según se creía, había nacido del muslo de Zeus. Pero puede que fuesen los indios quienes dieron lugar a este nombre, ya que, de acuerdo con la cosmogonía hindú, se creía que el mundo flotaba, como los cuatro pétalos de un loto, alrededor de Meru, su montaña principal, que había surgido de las aguas que rodeaban la cumbre de los indolentes dioses. Es posible que Alejandro oyera hablar de Meru a los indios del campamento y, como tantas veces sucedía, que identificase la palabra con la que él conocía en griego. Por lo que respecta al dios, un Dioniso Hindu fue mencionado repetidamente por posteriores visitantes griegos a la India, y, en el panteón nativo, lo más probable es que se trate del dios Hindu Shiva, que es adorado por bailarines y tañedores de címbalos ataviados como las bacantes griegas, con pieles de animales salvajes. La hiedra, Meru y Shiva parecen haber alentado la extravagancia macedonia: posteriormente, los eruditos de la Alejandría egipcia culparon del incidente al gusto por la adulación que sentía Alejandro, pero se trataba de hombres de mente estrecha. Nunca habían visto las tierras altas del Swat ni habían compartido

las peripecias de un explorador en tierras indias.

Sin embargo, esta explicación india presenta ciertas dificultades, ya que la gente de Dioniso conspira en una extraña historia que tiende a desacreditarla. Alejandro se encontraba en la actual región de Chitral, colindante con el Nuristán, en la frontera oriental de Afganistán, lugar de origen del pueblo conocido desde hacía mucho tiempo como los kafires, cuyos antepasados vivieron en Chitral y en las tierras altas del Swat, donde compartieron el lenguaje de los kafires y muchas de sus elegantes fábulas tradicionales. Los kafires son uno de los pueblos más humildes y encantadores de Asia. Algunos de ellos tienen la piel blanca y a veces su cabello es rubio. Tienen la nariz aquilina y poseen facciones nobles, y llevan un tocado de lana en el que los más imaginativos han creído ver la *kausia* de ala ancha de los macedonios. La hiedra es abundante en sus frondosas montañas, y sus gentes, como Dioniso, son muy aficionadas al vino; su música y sus cantos son famosos, y su arquitectura en madera tallada resulta peculiar y a menudo está decorada. Era inevitable que estos kafires atrajeran la atención de los británicos de la época victoriana. En el siglo XIX, las prácticas de los kafires no eran ni las de los hindúes ni las de los musulmanes, por lo que algunos dijeron que eran primitivos cristianos no corrompidos por la Iglesia católica; unos dijeron que eran judíos, mientras que otros creyeron que eran griegos descendientes de las guarniciones de Alejandro, de ahí que tuvieran una apariencia europea, un mito que era tan viejo como Marco Polo y que todavía se sigue repitiendo; incluso Kipling hizo a estos protohelenos el honor de dedicarles una historia. No obstante, las investigaciones demostraron que no hablaban griego y que Jesús les traía sin cuidado, y pronto los orígenes de este pueblo perdieron su popular atractivo. Sin embargo, se había observado un hecho extraño: de entre todas las tribus del Hindu Kush, únicamente los kafires exponen a sus muertos en ataúdes de madera, y esto recuerda la búsqueda de leña de los macedonios: los soldados destruyeron los ataúdes que había en los alrededores para distribuirlos por los campamentos, y esta práctica en relación con los difuntos constituye probablemente un vínculo a través de miles de años, de modo que los kafires del Nuristán podrían ser realmente descendientes del pueblo que Alejandro encontró. Esto hace que surjan dudas acerca de una posible relación entre Dioniso y Shiva, dios de los hindúes.

Las investigaciones han demostrado que los kafires hablan una lengua cuyas raíces derivan de los primeros dialectos indoeuropeos; así pues, los kafires son descendientes de los primeros invasores que, desde la India hasta Europa, arrasaron las tierras a su paso hacia Occidente varios miles de años antes de Alejandro; de ahí su apariencia europea, una característica que también explica hasta cierto punto la atracción que ejerce su frontera noroeste sobre las damas aventureras británicas. Su religión, antes de que fueran obligados a convertirse al islam, no incluía a ningún dios

Hindu que pudiera compararse a Dioniso; adoraban a un dios del cielo, al que los griegos llamaron Zeus Ombrios y a un dios demonio en la forma de una piedra, pero no eran hindúes adoradores de Shiva. Sin embargo, rendían un vigoroso culto al íbice o cabra montés, como correspondía a gentes que vivían en los hábitats más favorables para este animal, y puesto que el culto griego a Dioniso incluía el sacrificio y la consumición de una cabra, el paralelismo resulta impresionante. Posiblemente Alejandro presenció u oyó hablar de este culto extático de los kafires, cuya relación con su propio Dioniso parecían confirmar los jardines naturales y la apariencia occidental de sus interlocutores.

Tras Dioniso le llegó el turno a Heracles. En un principio, el hijo rival de Zeus recorrió un laborioso itinerario siguiendo las aguas de los ríos Alishang y Kunar, manteniéndose en la orilla norte y destruyendo una sólida fortaleza construida en lo alto del paso de Katgala: el terreno era empinado, las murallas estaban protegidas por fosos y a los asediados se sumaban siete mil soldados mercenarios provenientes del Extremo Oriente. En una escaramuza preliminar, una flecha procedente de las almenas de la fortaleza hirió a Alejandro en el tobillo; puesto que el pie se le quedó paralizado por el dolor, un ateniense que practicaba la lucha libre y que durante mucho tiempo había demostrado sus habilidades en las filas intentó compensar al rey por la herida citando un verso de Homero: «Icor —observó— es lo que fluye de las venas de los dioses inmortales». «Tonterías —replicó Alejandro—, esto no es icor, es sangre». Alejandro se había hecho merecedor de honores divinos debido a sus proezas y deseaba que se supiera que había sido especialmente favorecido por su padre Zeus, pero no se hacía ilusiones respecto a su carácter mortal y nunca hubiera afirmado que se había convertido en dios.

Tras haber sido herido y obligado a retroceder, Alejandro se acordó de sus ingenios de guerra. Ordenó construir un terraplén, como en Gaza, desde el cual las catapultas y las torres de asedio podrían conseguir que las descargas alcanzaran su objetivo, pero los nativos contemplaron con sumo placer cómo se desmoronaba el primer puente levadizo bajo el peso de los macedonios. Las catapultas resultaron más eficaces, y, cuando uno de los arqueros hirió de muerte al caudillo indio, los hombres de las tribus se dieron por vencidos ante la superioridad de la ingeniería de Alejandro. Las tropas mercenarias se rindieron y se integraron en las filas de Alejandro, pero sólo para acabar siendo masacradas cuando intentaron huir a la noche siguiente. El resto fue perdonado, incluyendo a la madre del caudillo, que se consoló del hecho de haber perdido a su hijo por culpa de una catapulta durmiendo con Alejandro y concibiendo un sustituto.

Había transcurrido la mitad del invierno y la destrucción de dos fortalezas más en las tierras altas mantuvo al ejército muy ocupado durante el nuevo año; la lucha continuó siendo encarnizada y el tiempo muy frío, pero los suministros no constituían

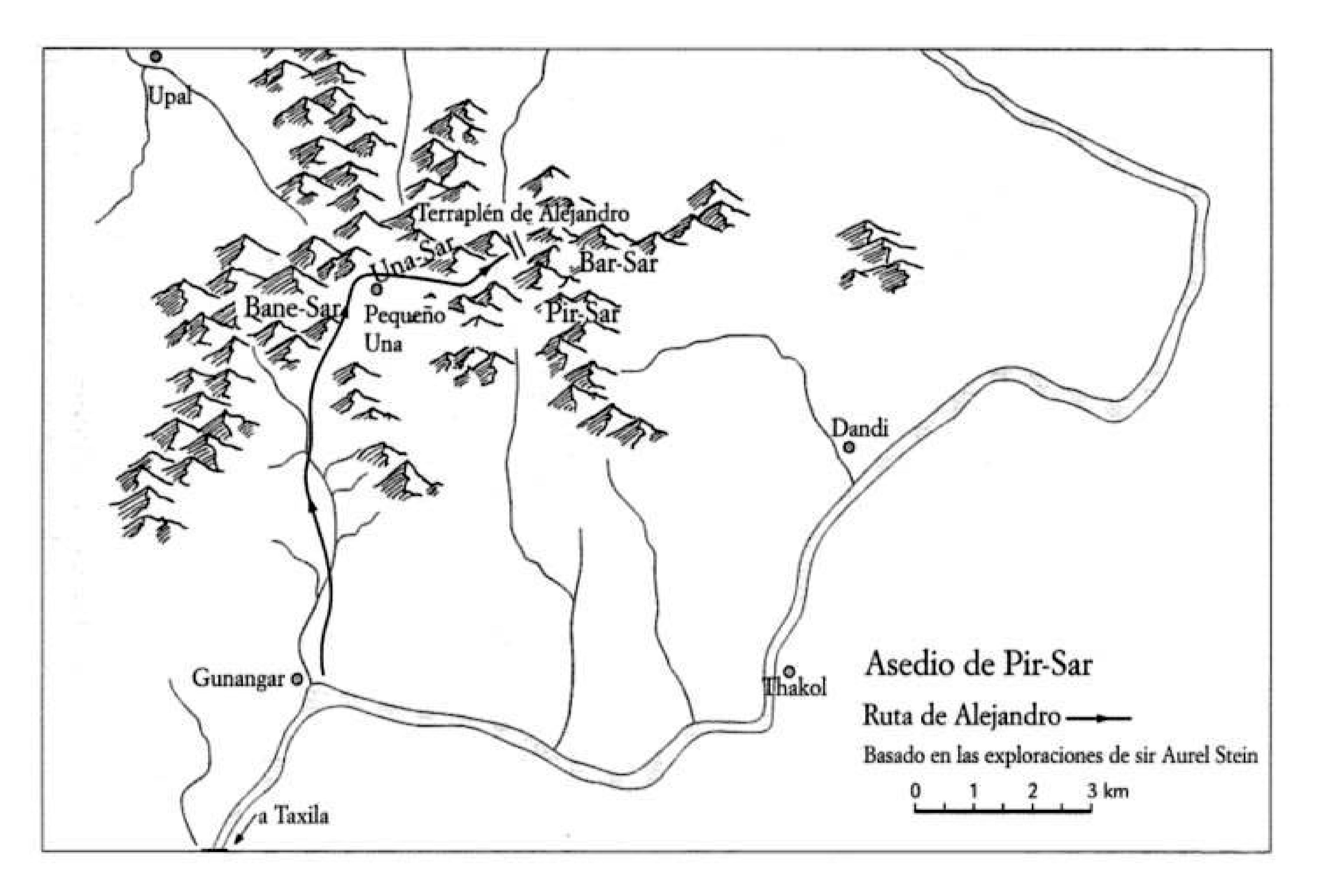
un problema, ya que tres meses antes habían capturado una rebaño formado por doscientas treinta mil reses; de éstas, Alejandro separó las mejores, pues «deseaba enviarlas a Macedonia para que trabajaran la tierra», un signo de la perspicaz visión que tenía para la agricultura, de la que dependían todas las economías antiguas: el resto bastó para alimentar al ejército durante varios meses con leche y carne, dos lujos más bien raros en la dieta del mundo clásico. Mientras tanto, la campaña se orientaba cada vez más hacia el este. Al otro lado de las colinas del Swat, en la orilla este del río Indo, vivía un rajá cuyos súbditos históricamente siempre habían apoyado a los actuales enemigos de Alejandro. Los agitadores y las tropas mercenarias ya habían empezado a dar problemas, y dado que Alejandro saqueaba y fundaba una ciudad tras otra en la frontera del Indo, los supervivientes seguían retrocediendo hacia esta única fuente de ayuda. A principios de marzo, habían sido acorralados en las tierras altas del noreste, descuidando el propio Indo, y habían huido a un escarpado ramal montañoso situado al norte de Attock que ni el mismo Heracles hubiese sido capaz de tomar, según dijeron los soldados del ejército de Alejandro. Por fin el escenario estaba preparado para que la carrera de Alejandro alcanzase su punto culminante y para que éste se convirtiera en el asediador más grande de la historia.

En 1926, gracias a las exploraciones de sir Aurel Stein, se determinó la situación de este ramal montañoso llamado Aorno; los arqueólogos confirmaron este magnífico descubrimiento. Efectivamente, el Aorno es tan impresionante como sugería la historia de Ptolomeo. Cuando el curso del río Indo se desvía hacía el oeste por encima del valle de Nandihar, la curva que forma rodea este complejo de ramales y crestas. Entre ellos se encuentra el Pir-Sar, «el pico del hombre santo», un precipicio enorme coronado por una cima extensa y llana que se alza sobre una altura de dos mil cien metros, protegido en la parte este por el caudaloso río Indo, al que desciende en una serie de resbaladizas gargantas. Exactamente al norte, el ramal todavía mayor de Bar-Sar se eleva hasta formar un afilado cono y converge con el Pir-Sar, primero a través de laderas cubiertas de hierba, y después por un barranco particularmente traicionero; por el oeste, hay agrestes precipicios que descienden unos seiscientos metros hasta una zona de valles, para volver a erguirse dando lugar al pico más alto de toda la cordillera. Hacia el sur, el último montículo del Pir-Sar se divide en tres estrechos ramales, a cual más inaccesible. Por lo que se refiere al Pir-Sar en sí, su cumbre llana ofrece una visión lo bastante espectacular como para conseguir inquietar incluso a los guardias macedonios más curtidos, tanto si se dirige la vista hacia las cornisas de la cabecera del Alto Swat, bloqueado por el hielo, como al sur, al otro lado del Indo, hacia las planicies de color verde metalizado que rodean Peshawar. Sin ningún género de dudas, se trataba de un lugar para alpinistas, no para guerreros.

Desde esta ventajosa posición estratégica, el sinuoso y ascendente avance de

Alejandro por las orillas del Indo sería fácilmente detectado. El ejército no podía encontrar en ningún lado de la roca un acceso fácil; tenían que elegir entre una ruta que discurría por escarpados peñascos o bien una que atravesaba un barranco. Además era imposible rendir por hambre al enemigo, ya que el Pir-Sar tiene manantiales de agua y una cima lo bastante extensa como para sembrar cultivos, como todavía hacen los *gujars* locales. Los precipicios y las gargantas resultaban demasiado escarpados para que las catapultas pudieran alcanzarlos: cuando los nativos hablaban de Krishna, su dios hindú, adorado por hombres vestidos con pieles de león, los macedonios no pudieron menos que compararlo con su real antepasado Heracles y hacer correr la voz de que ni siquiera él había sido capaz de tomar por asalto el Pir-Sar. Para Alejandro, esto constituía una razón más para intentarlo.

Desde el paso, Alejandro había realizado una breve visita al Indo para supervisar la construcción de puentes, de la que se ocupaba Hefestión; después se aproximó al Pir-Sar remontando el río desde el sur. Las tropas más pesadas y la mayor parte de la caballería se dejaron en la base más cercana para preparar los suministros con vistas a un largo asedio, mientras que los arqueros a caballo y las tropas de elite especializadas en emboscadas continuaron ascendiendo por el oeste durante un día y medio, hasta que tuvieron un golpe de suerte que resultó decisivo: unas tribus cercanas se rindieron y se ofrecieron para conducir al ejército hasta el punto en el que el asalto resultaba más fácil. Como de costumbre, a falta de cualquier otra alternativa, lo creyeron. Ptolomeo y Eumenes, el secretario de Alejandro, fueron enviados en misión de reconocimiento y, dirigiéndose directamente al norte desde el río, se apoderaron del ramal conocido como Pequeño Una, al oeste del propio Pir-Sar, ayudados por el follaje de los rododendros salvajes y los pinos. Después de levantar una empalizada en la cumbre de la colina, hicieron señales de fuego, tal como habían acordado. Alejandro las vio, pero también los enemigos, y se necesitaron dos días de escaramuzas y el envío de un mensajero indio nativo antes de que el rey, el secretario y el historiador pudieran reunirse, ya a salvo, en la cresta donde se encontraba la avanzadilla de las tropas.


Upal
Terraplén de Alejandro
Una-Sar
Bar-Sar
Bane-Sar
Pequeño Una
Pir-Sar
Dandi
Gunangar
Thakol
a Taxila
Asedio de Pir-Sar
Ruta de Alejandro
Basado en las exploraciones de sir Aurel Stein
0
1
2
3 km

Desde el Pequeño Una las perspectivas parecían mucho más favorables. El Pir-Sar, dijeron los guías, era vulnerable por la cara norte, que permanecía oculta, de modo que Alejandro tomó el difícil camino de la meseta de Burimar, hasta que pudo descansar en la gran hondonada natural del barranco de Burimar-Kandao, cuya profundidad es de unos doscientos cuarenta metros. En este lugar Alejandro era vulnerable por arriba y prácticamente incapaz de defenderse, pues el barranco resultaba demasiado ancho y profundo para el alcance de sus catapultas. Sin inmutarse, ordenó una vez más que el paisaje se transformase a su conveniencia. Tuvieron que cortar las ramas de los muchos abetos que había cerca, algunas de las cuales por suerte se habían caído, y ordenó levantar en el barranco un terraplén tan ancho como un río del Punjab para poder alcanzar su objetivo con las catapultas. Estos increíbles terraplenes se empezaron a construir al amanecer, y Alejandro fue el primero en coger la pala para después «supervisar y elogiar a los que trabajaban con ahínco, pero también para castigar a los que se detenían un instante para descansar». Al cabo de un día habían avanzado cincuenta y cuatro metros, pero puesto que el terraplén se desmoronó por los márgenes del barranco, el trabajo se retrasó y los soldados tuvieron que trabajar tres días más antes de alcanzar la línea de fuego del extremo más cercano del Pir-Sar. Probablemente, el terraplén consistía más bien en una plataforma que en un relleno completo; su diseño de ramas y zarzas entrelazadas demuestra, una vez más, la destreza de los soldados en cuestiones de carpintería.

Sin embargo, tomar una posición en el Pir-Sar no iba a ser fácil. Alejandro escogió a treinta destacados oficiales, y «volviéndose hacia ellos al son de la trompeta les ordenó que lo siguieran, ya que quería ser él el primero en llegar al peñasco». Cerca del saliente de la roca, Alejandro cambió de opinión y puso a los guardias a la cabeza, sólo para ver cómo morían aplastados por los cantos rodados que lanzaban desde arriba: tuvo suerte de salir con vida, y por ello se retiró durante los dos días siguientes. Los tambores de los indios retumbaron noche y día para celebrar el repliegue del enemigo, pero la tercera noche trajo el silencio, el resplandor de una antorcha y el intento de un ataque por sorpresa. Izándose él mismo por la pared de roca con la ayuda de una cuerda, en esta ocasión Alejandro condujo a los Portadores de Escudo al ataque, matando a numerosos enemigos y despejando la cumbre para construir altares a Atenea, diosa de la victoria. Aurel Stein descubrió restos que posiblemente pertenezcan a estos altares. Los topógrafos midieron el peñasco con una exactitud extraordinaria, y llegó entonces el momento de emprender el descenso, ya que, desde Balj hasta el Indo, la última amenaza para las filas había sido violentamente dispersada. «No podía menos de preguntarme —escribió Stein con la prueba del paisaje ante él— cómo la historia del Aorno no había sido tratado en su conjunto como un mito… Yo no tenía una victoria por la que dar gracias, pero aun así también me sentí tentado de ofrecer una libación a Palas Atenea por haber

cumplido la esperanza de un investigador, acariciada y postergada durante mucho tiempo».

Las últimas nieves de la primavera se estaban fundiendo por todo el valle de Barandu cuando Alejandro abandonó el Pir-Sar y se dirigió a la última ciudad de los nativos, atravesando bosques de rododendros, prímulas y clemátides alpinas. Ahora su afán lo constituían los animales, no las plantas, pues una vez que se encontrase en la gran llanura del Indo estaría en el territorio de los elefantes. Alejandro envió a dos unidades de los Portadores de Escudo para que inspeccionasen el terreno, con órdenes especiales de interrogar a los prisioneros sobre el número de elefantes que estaban al servicio de los rajás. Alejandro animó a los *mahouts* del lugar a que capturasen ejemplares a fin de destinarlos a su propio uso, cosa que hicieron, montándolos e incorporándolos a las filas tras un entrenamiento muy breve, con la excepción de dos machos díscolos que se precipitaron por un barranco. Los *mahouts* y los macedonios avanzaron unos ciento sesenta kilómetros siguiendo la ribera del Indo hasta la encrucijada de Jand, donde el obediente Hefestión hacía ya tiempo que había levantado un puente.

En Hund, el Indo fluye de manera lenta y expansiva. Hace un alto entre las estribaciones del Himalaya y las gargantas de Attock, para volver a discurrir por las llanuras con una anchura de casi diez kilómetros, invitando al viajero a solazarse en él. Ambhi, rajá de Taxila, había estado abasteciendo a la avanzada del ejército de Hefestión con grano, otro golpe de fortuna para el cuerpo de suministros. Ambhi envió regalos al otro lado del Indo que incluían tres mil toros, diez mil ovejas, numerosos talentos de plata y treinta elefantes. En primer lugar, Alejandro sacrificó los toros «a sus dioses habituales —entre los cuales presumiblemente se contaba Amón— y organizó juegos atléticos y una exhibición de caballos». Los sacrificios fueron propicios, por lo que él mismo se encargó de los barcos y del puente de Hefestión, y quizá también de las pieles rellenas, y cruzó el Indo para ofrecer un sacrificio en la otra orilla, agradeciendo que las balsas no se hubieran hundido. Ambhi le dio la bienvenida, con «los elefantes que se erigían como castillos en medio de sus tropas», y tan pronto como los dos trabaron amistad, marcharon hacia la llanura del noroeste de Rawal-Pindi para tener el primer contacto verdadero con la vida de la India.

A la sombra de las colinas de Murree, junto al río Tamra-Nala, Taxila, el pueblo de ladrillos de adobe, acogió a los visitantes más exóticos que jamás había visto. A diferencia de las fortalezas del Alto Swat, Taxila se levantaba en la encrucijada de tres caminos principales, a lo cual debía su gran prosperidad. Era la sede de maestros y doctores hindúes, aunque es improbable que por aquel entonces lo fuera también de los budistas, a cuyo fundador los griegos llamaron Buda y que, según ellos, era el hijo de un soldado compañero de Dioniso; sin embargo, Taxila carecía de cualquier

refinamiento externo digno de una ciudad universitaria. En la calle principal se entrelazaban las casas viejas, construidas sin ninguna planificación y cuyos techos planos retenían el calor; todas eran de alturas diferentes, con paredes de adobe y piedras toscamente cortadas que dificultaban el paso de los transeúntes; las sencillas habitaciones traseras tenían el suelo de tierra y daban a la calle por la angosta abertura de una simple ventana. En el centro de la ciudad se erigía un único edificio público, una sala grande y combada sostenida por vigas de madera; a la derecha y a la izquierda corrían los estrechos callejones propios de los barrios bajos de la India, donde la suciedad y la oscuridad apenas eran paliadas por la presencia de los basureros comunitarios. Mientras Alejandro cabalgaba para ofrecer un sacrificio se encontró con los rajás locales y celebró un *darbar* o recepción en el consistorio, mientras los oficiales tomaban buena nota de los alrededores.

Físicamente los hindúes son delgados —escribió Nearco, el almirante de Alejandro—. Son altos y mucho más ligeros de peso que otros hombres… Llevan pendientes de marfil (al menos los ricos), se tiñen la barba, unos del blanco más puro, otros de azul oscuro, rojo, púrpura o incluso de verde. Visten ropas de un lino que resulta sumamente luminoso, quizá debido al color oscuro de su piel: llevan una túnica que les llega hasta la pantorrilla y se cubren los hombros con un manto. Otro se lo enrollan en la cabeza… Calzan zapatos de piel blanca, profusamente decorados, con suelas tan gruesas que los hacen parecer más altos. Y todos, exceptuando a los más humildes, llevan parasoles en verano.

Como muestran las esculturas persas, se recogían el cabello en un moño y por lo que respecta a sus costumbres:

Aquellos que son demasiado pobres para dar una dote a sus hijas —escribió Aristóbulo— las ponen en venta en el mercado cuando son muy jóvenes, y convocan una reunión de compradores armando ruido con conchas y tambores. Cuando se acerca un comprador, primero le muestran la espalda desnuda de la muchacha hasta los hombros, después la parte delantera; si la muchacha le gusta y ella consiente, se va a vivir con él en los términos acordados.

En otras tribus indias, las vírgenes sin peculio eran ofrecidas como galardón en los combates de boxeo, donde su falta de dinero no importaba, mientras que las ricas, para tener éxito, sólo necesitaban hacer una proposición de matrimonio acompañándola con un elefante de regalo. Cuando el marido fallecía, «algunos decían que las viudas se arrojaban a la pira funeraria, y que las que se negaban caían en desgracia». Esta costumbre, denominada *sati*, se acompañaba de otra práctica que Alejandro ya había intentado prohibir en el Alto Irán: la exposición de los cadáveres a los perros y los buitres. Para alcanzar la felicidad ultraterrena, ninguna otra cosa preocupaba más a los griegos que un funeral apropiado, y Alejandro no podía soportar que sus súbditos desatendieran esta cuestión.

Otros descubrimientos fueron más agradables. En el mercado verían a hombres sabios que ungían a todos los transeúntes con aceites para demostrarles su favor y escogían a cambio lo que querían sin pagar por ello, ya fueran higos, uvas o miel.

Alejandro observó que pertenecían a dos sectas distintas: unos llevaban los cabellos largos y los otros la cabeza totalmente afeitada, y quiso conocer a sus jefes, para lo cual envió a Onesícrito, el timonel griego de la flota, a buscarlos. Alejandro escogió cuidadosamente a este hombre, ya que Onesícrito sabía tanto de filosofía como de las cosas del mar, pues había estudiado con el gran Diógenes, maestro de la escuela griega de los cínicos. Las sabidurías de Oriente y Occidente mantuvieron un educado debate. Por fortuna, Onesícrito también estaba escribiendo una historia.

A unos tres kilómetros de Taxila, el timonel se reunió con cincuenta sabios que estaban sentados o tendidos desnudos en diferentes posturas. Uno de ellos, a quien los griegos llamaron Calano, se rió en voz alta «al ver que el visitante llevaba una capa, un sombrero macedonio de ala ancha y botas hasta las rodillas». Onesícrito fue invitado a desnudarse y a sentarse para escuchar sus enseñanzas. «Pero el calor del sol —explicó más tarde— era tan abrasador que nadie podía caminar descalzo por el suelo, sobre todo a mediodía». Menos intrépido que su maestro Diógenes, Onesícrito sentía vergüenza, hasta que el más anciano y sabio de los gurús, llamado Mandanis, lo excusó y comenzó a hablar. «Mandanis —dijo Onesícrito— alabó a Alejandro por su amor a la sabiduría, aunque gobernara un imperio tan vasto. Era el único filósofo armado que había visto en toda su vida… A continuación preguntó por Sócrates, Pitágoras y Diógenes, poniendo énfasis en que éstos parecían haber sido hombres decentes y sencillos, aunque por lo visto prestaron mucha atención a las cosas convencionales y no la suficiente a la naturaleza». Para esta conversación se necesitaron tres intérpretes. «Puesto que mis intérpretes sólo entienden el lenguaje más simple», se cree que Mandanis podría haber dicho, «no puedo demostrarte para qué sirve la filosofía. Sería como preguntarle al agua pura por qué no fluye a través del barro». Sin embargo, Onesícrito filtró la oscura sabiduría de los gurús a través de sus ideas griegas preconcebidas: apenas podía entenderlos, así que, «timonel de la fantasía y no de la flota», los interpretó como si estuvieran de acuerdo con su filosofía. Por consiguiente, en la historia que escribió, los hindúes dieron fe de las verdades de Diógenes el Cínico.

Aunque no se les comprendió bien, dos de estos sabios desnudos fueron a la Taxila ocupada. Allí compartieron mesa con Alejandro y «comieron de pie… El más joven y ágil de ellos se balanceó sobre una pierna y se cogió con las dos manos a una viga de madera de un metro y medio de largo; cuando se le cansó la pierna, cambió a la otra y permaneció allí durante todo el día». Como prueba de su autocontrol, abandonó el campamento y rechazó cualquier aliciente para regresar, pues allí hubiera estado a la entera disposición de Alejandro. El más viejo de los dos había finalizado los treinta y siete años de ascetismo que le habían sido prescritos y era libre de elegir su manera de vivir, de modo que durante los dos años siguientes siguió al ejército desde Taxila hasta Susa e impartió sus enseñanzas entre los oficiales

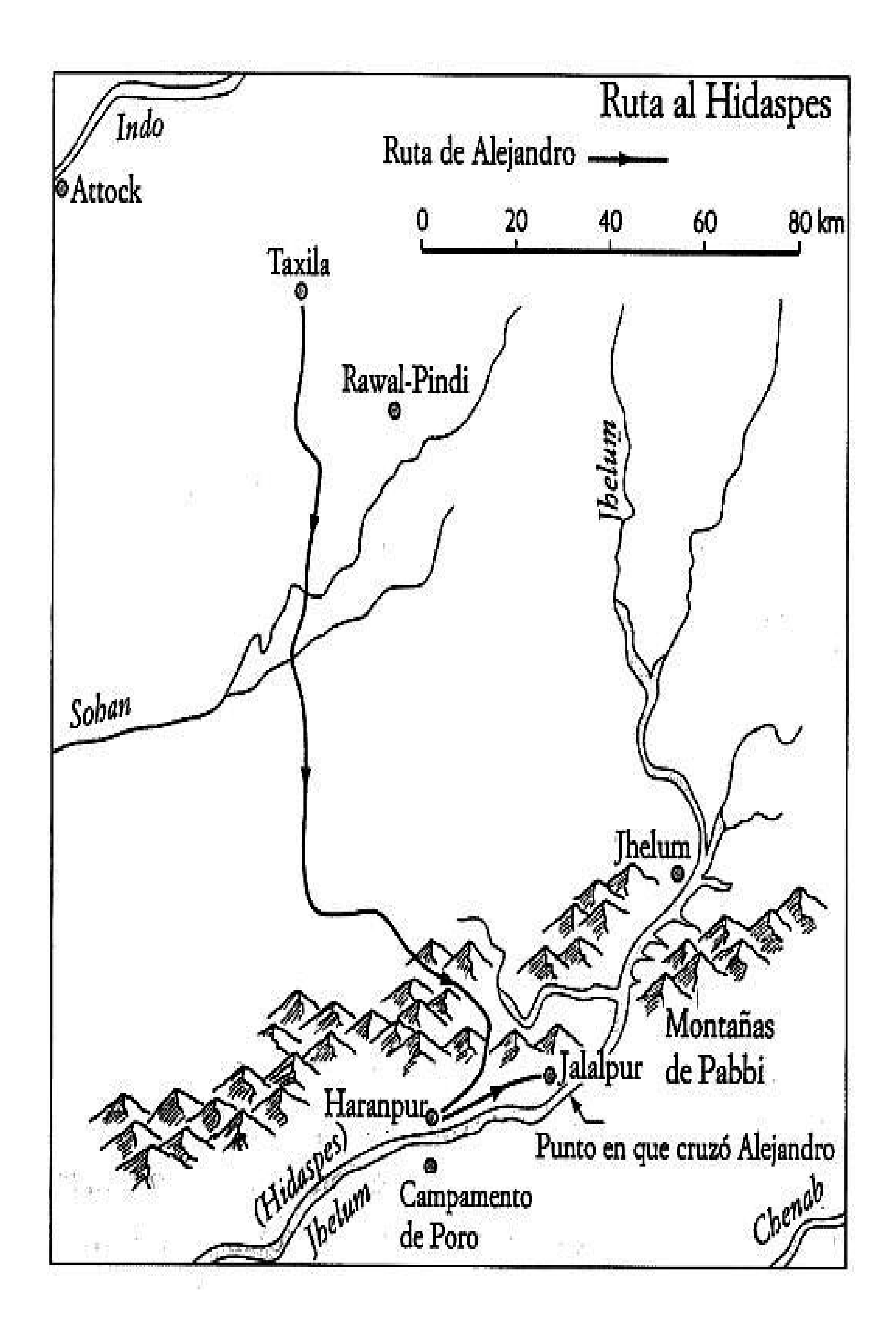
interesados. Su muerte, a la edad de setenta y nueve años, causó una gran conmoción.

Difícilmente la leyenda podía haber dejado este encuentro entre Oriente y Occidente tal como se produjo. El tema se embelleció con variaciones y, durante dos mil años, el nombre de los gimnosofistas o filósofos desnudos formó parte de la cultura común de los hombres de letras. En la India, sus encuentros con Alejandro pasaron a través del *Román* a *Las preguntas de Milinda*, un texto clásico budista; en el Mediterráneo, fueron un tema destacado en las obras y poemas de los eruditos renacentistas de Florencia; en Inglaterra, después de la muerte de Cromwell, los caballeros puritanos aún alardeaban de su fervor revolucionario por el ideal de los gimnosofistas, alabando a los indios en los panfletos que escribían por haber sido puritanos *avant la lettre* y denunciando a Alejandro como un monarca del tipo de Carlos II. La fama de los gimnosofistas se extendió más allá de su ciudad, junto a las colinas de Murree, y todo ello gracias a que un discípulo de Aristóteles atravesó el Hindu Kush en busca del Océano Oriental y a que un discípulo de Diógenes dejó los barcos de su isla natal de Cos, se unió a la expedición y, en la India, aceptó exponerse a los rigores del sol del mediodía.

25. LA BATALLA DEL HIDASPES

Entre las peculiaridades de Taxila había una que, para Alejandro, iba a ser mucho más significativa que todos los gimnosofistas y elefantes: las primeras lluvias de la primavera habían empezado a caer. Sin embargo, aunque los sabios indios que estaban con él eran famosos por sus conocimientos acerca del clima, Alejandro no prestó atención a esto y volvió a la tarea que tenía entre manos. Era bastante sencilla. Los rajás del Punjab tenían sus enemistades locales y, como de costumbre, Alejandro pretendía jugar con ellas enfrentando a unos contra otros. Ambhi de Taxila le había hablado de su vecino Poro, que gobernaba en el sureste a lo largo de la frontera que delimitaba el río Jhelum; tenía elefantes y un gran ejército, y era probable que crease problemas. Los rajás más amistosos del norte fueron recibidos y rehabilitados, pues los pensamientos de Alejandro se habían vuelto ahora hacia el este y no quería interferir en los gobiernos nativos, siempre y cuando sus líneas estuvieran seguras: a Ambhi se le permitió llevar la diadema real y fue recompensado con un botín de 1000 talentos, una vajilla de oro y plata, el atuendo persa y treinta caballos engualdrapados, para disgusto de, al menos, un oficial macedonio que no podía encontrarle ningún mérito a un indio decadente.

A principios de mayo, Alejandro reclutó a cinco mil indios y dejó Taxila para no regresar nunca jamás al río Tamra-Nala y su provincia. La campaña en el río Swat no había logrado más éxitos inmediatos que otros intentos en la historia de exterminar las guerrillas de las montañas. Alejandro había construido murallas, dejado guarniciones macedonias y restituido a los jefes nativos allí donde había sido posible, pero, al cabo de tres meses, las tribus de los alrededores del Pir-Sar se alzarían en una revuelta y asesinarían a su sátrapa. Sería preciso imponer un castigo más severo para tenerlos sometidos durante otros ocho años. En cuanto a Taxila, también recibió una guarnición y un asentamiento de soldados inválidos, pero se necesitarían otros doscientos años para que la presencia de los griegos en Irán y la India la obligase a romper con el pasado. Si Alejandro hubiese regresado entonces se habría encontrado con una ciudad muy distinta: ya no habría visto el caótico desorden de un suburbio indio, sino el ordenado rectángulo de un trazado griego de calles, que finalmente se defendería con una muralla de piedra cuya anchura, de seis metros, estaba reforzada por torres cuadradas a modo de contrafuertes.


Ruta al Hidaspes
Ruta de Alejandro
0
20
40
60
80 km
Indo
Attock
Taxila
Rawal-Pindi
Jhelum
Soban
Jhelum
Montañas
de Pabbi
Jalalpur
Haranpur
Punto en que cruzó Alejandro
(Hidaspes)
Jhelum
Campamento
de Poro
Chenab

Al noroeste del valle, Pushkalavati, la Ciudad del Loto, adoptaría también un aire nuevo y similar: sus callejones se convirtieron en amplias avenidas, cuyas líneas rectas estaban flanqueadas por bloques regulares de tiendas y casas, entre las que de vez en cuando se intercalaba un santuario budista. Cuando la cultura griega rebasó las ciudades del noroeste del Punjab, lo hizo de manera decisiva; unos trescientos años después de Alejandro, la nueva ciudad de Taxila estaba dominada por un templo, quizá dedicado al culto del fuego, y su fachada se distinguía por las clásicas columnas jónicas. Estos cambios forman parte de una historia distinta: la de las conquistas de los reyes griegos que surgieron en la provincia de la Bactriana un siglo después de Alejandro, y de los nómadas escitas posteriores, quienes al parecer continuaron con los planos de las ciudades griegas que vieron en su camino desde la Sogdiana hasta la India. Alejandro había situado en la Extrema Asia a los bisabuelos de unos griegos que un día modificarían la vida urbana en las llanuras cercanas a Rawal-Pindi, si bien el cambio, en sí mismo, no se le puede atribuir a él.

El camino que conducía al río Jhelum era corto, llano y fácil. Se envió a un emisario para que le pidiese a Poro que llevara su tributo y se encontrase con Alejandro en la frontera del río. Poro replicó que ciertamente iría a la reunión, pero que su tributo serían hombres armados. No quedaba más remedio que luchar. Una marcha de unos ciento ochenta kilómetros llevó a los hombres y los elefantes a un campamento apropiado, probablemente cerca de la actual Haranpur, el paso fronterizo del Jhelum que el sultán Mahmud utilizaría mil cuatrocientos años más tarde y, que, en la actualidad, es cabeza de puente del ferrocarril construido por los británicos. Incluso sin catalejos, a los exploradores difícilmente les podían pasar desapercibidos los contornos del ejército de Poro en la otra orilla, unos cinco kilómetros al sur: la caballería parecía estar formada por unos cinco mil jinetes, la infantería por más de treinta mil hombres, y, puesto que a los macedonios les gustaba exagerar el número de sus enemigos, no hay duda de que sus fuerzas eran bastante inferiores a las de Alejandro. Sin embargo, los elefantes de que disponían les trajeron a la mente las preocupaciones de los últimos meses: había doscientos, o eso les parecía a los atacantes, que esperaban con los arreos puestos la señal de avanzar. En medio de los dos ejércitos el río crecía rápidamente, como preludio de los monzones de junio. Alejandro no disponía ni del tiempo ni de la cobertura necesarios para llevar por barco a sus propios elefantes a la otra orilla: Poro tenía la ventaja de quien se encuentra en posición defensiva, y sólo una táctica extraordinaria le demostraría que la defensa, al menos en el campo de batalla, puede tener sus pros y sus contras. Siglos más tarde, cuando en Egipto Napoleón empezó a leer las historias de Alejandro, la batalla del Jhelum fue la que atrajo particularmente la atención de su admirador; aunque no fue tan espectacular como la de Gaugamela, fue la más sutil que se había visto hasta entonces en el campo de batalla.

En Haranpur, al pie de la cadena montañosa de Salt y al oeste de los montes Pabbi, el Jhelum fluye rápido y su lecho alcanza una anchura de unos ochocientos metros. Tan pronto como Poro vio el campamento de Alejandro, envió comandos para que subieran por la orilla del río y se desplazó para vigilar en persona la encrucijada más cercana. El plan era predecible, pero bastaba para bloquear el camino de Alejandro: «La enorme masa de sus elefantes estaba situada a lo largo de la orilla, y, cuando los aguijoneaban con cuidado, fatigaban el oído con sus espantosos bramidos». Alejandro no podía cruzar un río crecido para enfrentarse a unos animales que asustarían tanto a los caballos que éstos, probablemente, saltarían de las balsas en mitad de la corriente y nadarían de regreso para ponerse a salvo: por tanto empleó la astucia, ganando tiempo para el reconocimiento, mientras que Poro no veía ningún motivo para lanzar el primer ataque. Incluso las lluvias del monzón servirían pronto a los propósitos de Alejandro.

Como en Gaugamela, Alejandro empezó la batalla con una guerra de nervios. Parte de las embarcaciones y de las balsas de piel se lanzaba cada día al río, como si se preparasen para un ataque, y se las hacía navegar arriba y abajo fuera del alcance de las flechas, irritando a los comandos que se encontraban en la otra orilla; el ejército se dividió en patrullas, que recibieron órdenes de hacer mucho ruido para mantener a Poro en estado de alerta. Alejandro llegó a hacer creer a sus hombres lo que pretendía que Poro creyera. Por el campamento corrió la voz de que no sería posible cruzar el Jhelum durante el monzón y que, por tanto, los hombres debían prepararse para acampar y permanecer allí hasta finales de otoño. De manera ostensible, acarrearon alimentos desde la campiña cercana y los almacenaron donde los exploradores de Poro pudieran verlos. Al observar los suministros, el rajá supuso que Alejandro pretendía demorarse.

Y sin embargo, incluso después de una o dos semanas, Poro no podía estar seguro. Por la noche, oía a la caballería del enemigo cabalgando a medio galope arriba y abajo de la orilla y rompiendo la calma de la oscuridad del Punjab con su *Alalalalai*. Cuando el estruendo aumentaba, los guardias tenían que moverse para seguirlos; se liberó a los elefantes y éstos se apresuraron hacia la línea del frente, paralela a la de los propios jinetes de Alejandro. Por fortuna, los caballos son animales que no precisan más de tres horas de sueño, por lo que su humor no sufrió por ello, pero para los jinetes era más agotador. Tan pronto como tenían al enemigo en posición, el ruido cesaba, para volver a empezar luego en otra parte. Noche tras noche continuaron estas parodia de ataque, hasta que los guardias de Poro se negaron a seguirle el juego a Alejandro. Habían visto los suministros de sus enemigos y confiaban en el monzón que se avecinaba; la próxima vez, permanecerían en sus puestos y pasarían la noche en paz.

Contra un hombre como Alejandro la paz es una aspiración peligrosa. Durante las

exploraciones llevadas a cabo se había descubierto una curva en el río, a unos veintisiete kilómetros río arriba desde Haranpur. Las orillas estaban densamente arboladas y, en la parte en la que se encontraba Alejandro, el promontorio de Mangal Dev alcanzaba una altitud de trescientos metros; una zanja de medio kilómetro de largo discurría junto a él por el lecho principal, que parecía ser muy estrecho, en parte porque estaba dividido por una isla. Un lugar alejado y oculto, exactamente lo que Alejandro había estado esperando. Podía tomar un grupo selecto, dejando a otros para que se encargasen de distraer al enemigo, esconderse en la maleza cerca del Mangal Dev y deslizarse a lo largo del río protegido por la oscuridad de la noche. Sus recientes maniobras habían calmado tanto las sospechas de los indios que un trajín más no haría que se extrañaran. Los guardias de Poro no eran lo bastante numerosos para detenerlo, y para cuando el rajá oyese las noticias en el campamento, la fuerza principal de Alejandro estaría a salvo en tierra firme. Esta estrategia nunca se habría considerado si Alejandro no hubiese tenido la máxima confianza en sus oficiales. Algunos actuarían como señuelos, otros se encargarían del transporte: mientras, las amarillentas aguas del Jhelum crecían y cobraban rapidez.

La noche del gran ataque se encendieron hogueras cerca de Haranpur para fingir un campamento permanente. Se le ordenó al leal Crátero, que a menudo era el segundo en el mando, que se quedara en la base con más de un tercio del ejército: se le habían dado instrucciones para dos posibles emergencias, dependiendo de la conducta de los elefantes.

Si Poro huía o llevaba a todos sus elefantes por la orilla hacia el punto en que cruzaba Alejandro, Crátero tenía que vadear el río y atacar el campamento indio situado en el otro lado, aunque hubieran dejado a muchos soldados para protegerlo. Pero si Poro mantenía siquiera a unos pocos de sus elefantes donde ahora se encontraban, Crátero no debía en modo alguno aventurarse en el río, excepto en el caso de una victoria macedonia.

No se puede ser más prudente ante la amenaza de un elefante en una batalla.

Unos pocos kilómetros siguiendo la orilla, entre Crátero, en Haranpur, y el cruce cerca de Mangal Dev, los tres comandantes mercenarios se apostaron con todos los soldados contratados; se les ordenó que afrontaran el río sólo cuando los indios hubiesen entrado de lleno en la batalla. Este sería el cometido de los aproximadamente seis mil hombres de infantería y cinco mil jinetes escogidos por su equilibrio y experiencia. Los Portadores de Escudo, los lanzadores de jabalina agríanos y los arqueros no temían a los ríos, y menos aún a los elefantes; las cifras indican que no se destacaron Compañeros de a Pie para la línea del frente. La caballería, en lo que Poro era más débil, era fundamental para el plan: el escuadrón real y las tres brigadas de los Compañeros cargarían del modo habitual, atacando al enemigo con las lanzas, mientras que los escitas, los arqueros a caballo y la flor y nata de los jinetes iranios, probablemente armados con jabalinas, empezarían por inmovilizar al enemigo en un radio mayor. Alejandro conduciría a los soldados en

persona, acompañado por los escoltas y los generales de brigada: según dijeron algunos, se dejó a Ptolomeo detrás para que sirviese de distracción, pero el propio Ptolomeo insistió en que embarcó con los líderes y luchó tan duramente como ellos. No era una aventura que un futuro faraón estuviera dispuesto a admitir que se había perdido.

Los preparativos se habían realizado con paciencia. Las barcas se habían cortado en secciones y acarreado, presumiblemente de noche, hasta el vado elegido, donde fueron ensambladas de nuevo y escondidas entre la maleza junto con las habituales balsas, que se cosieron aprovechando las pieles de las tiendas y se rellenaron con heno. La tarde prevista para vadear el río, Alejandro recorrió las líneas por detrás como si buscara suministros y condujo a las tropas dando un rodeo por el bosque cercano al vado de Mangal Dev. Allí tenían que esperar y cruzar cuando oscureciese. Sin embargo, nada puede hacerse para que el clima se adapte a los planes; en cuanto cayó la noche, estalló una tormenta de verano, con lluvia, truenos y silbidos, por lo que incluso los gritos de guerra de los macedonios hubieran resultado inaudibles. El ruido era bienvenido, pero las nubes tapaban la iluminación que podían procurar los astros y los hombres tuvieron que sentarse hasta que el viento y la lluvia amainaron, viendo cómo pasaban las horas hasta que el amanecer estuvo peligrosamente cerca. La corriente era más fuerte que nunca cuando Alejandro botó un barco de treinta remos, mostrando a sus soldados el camino de lo que él creía que era tierra firme.

Mientras se instalaba en la otra orilla fue divisado por los comandos de Poro, que dieron la vuelta y regresaron galopando a lo largo de diecisiete kilómetros de terreno abrupto hasta la base en que se encontraba su rajá. Parecía demasiado fácil para ser cierto: tardarían al menos una hora y media en regresar, y, para entonces, Alejandro ya habría podido desembarcar a buena parte de los once mil hombres y cinco mil caballos para repelerlos. Sin embargo, tras la tormenta, Alejandro vio que no había desembarcado en la otra orilla, sino en la isla, aparentemente situada en mitad de la corriente. Había un vado que cruzaba hacia tierra firme, pero el río había crecido de un modo tan rápido que no podía detectarse con facilidad, sobre todo en un momento de apuro: no había tiempo para volver a manejar los botes y dirigirse a la orilla. Alejandro tenía que servir de ejemplo a sus hombres. Espoleó a Bucéfalo hacia el río y calmó al viejo caballo hasta que sintió el tranquilizador repiqueteo sobre un lecho duro debajo, y se mantuvo derecho contra el agua que ahora le llegaba a la espalda. Incluso cuando son sólo cuatro o cinco caballos los que tienen que remontar un río, conviene ser el primero en cabalgar hacia la orilla; cuando cinco mil caballos están esperando su turno, los que llegan tarde no pueden menos de sentir terror de que la ciénaga se revuelva a causa de los que van delante. Sin embargo, incluso sin estribos, los jinetes consiguieron estabilizarse mientras los caballos luchaban por mantenerse a flote. La infantería les siguió con el agua hasta el pecho, lo que resultaba de lo más

incómodo para quienes llevaban petos.

Una vez en la otra orilla, Alejandro avanzó apresuradamente con la caballería. Este audaz movimiento estaba muy bien planeado. Las tropas de avance que Poro enviaría serían las más rápidas de su ejército, sin duda la caballería y los carros, pues querría llegar antes de que los macedonios hubiesen cruzado el río. En esto había fracasado, por lo que la infantería ligera macedonia no necesitaría contraatacar. Los jinetes de Alejandro eran superiores al total de la caballería de Poro, y los carros no eran una amenaza para los veteranos de Gaugamela, reforzados por los arqueros a caballo. Si Poro decidía desplazar a todos sus efectivos de golpe, incluyendo los elefantes, pasarían varias horas antes de que apareciera, y, mientras tanto, la infantería macedonia se habría reunido con su rey y los Compañeros, agradecida por la cobertura que les habían proporcionado.

La réplica de Poro, cuando se produjo, fue descrita de modos diversos, tanto en lo referente al número como al resultado. Según Ptolomeo, que afirmaba haber estado presente, ciento veinte carros y dos mil caballos llegaron a toda velocidad por la orilla del río sólo para precipitarse contra un ala inclinada de Compañeros y jinetes arqueros, que atacaron en escuadrones y muy pronto mostraron a los indios por qué eran los mejores jinetes del mundo. Los carros eran de la variedad rápida de cuatro caballos y cayeron víctimas del suelo embarrado que la reciente tormenta había vuelto extraordinariamente resbaladizo. Acribillados por los arqueros a caballo, sus yuntas corrían a toda velocidad sin respetar los frenos, hasta que los lanzadores de jabalinas se vieron atrapados dentro de las zanjas, alejados de las líneas. Los que no pudieron darse la vuelta fueron exterminados, entre ellos su general: algunos dijeron que se trataba del hijo de Poro, otros que del hermano de Poro; en cualquier caso, murió antes de revelar su identidad. La caballería de Alejandro había conseguido una prometedora victoria: se detuvieron, con los flancos de los caballos todavía húmedos a causa de la lluvia, y, cuando el frente de la infantería los adelantó, los once mil hombres pudieron esperar su próximo objetivo, el propio Poro, situado a unos veinticuatro kilómetros de distancia.

La situación de Poro no era envidiable, pero en modo alguno desesperada. A media mañana, se encontró amenazado por dos lados a la vez. Crátero estaba esperando para cruzar directamente el río en el lado opuesto, mientras que Alejandro ya lo había cruzado y se estaba desplazando por la orilla, tomando posiciones para llevar a cabo un ataque en pinza. Alejandro, por tanto, era su primera prioridad, y Poro haría bien en alejarse de la base para encontrarse con él. Los elefantes y los soldados permanecerían allí para detener a Crátero, que se mantenía al otro lado en la retaguardia, aunque Poro mal podía permitirse dividir a sus fuerzas. Su caballería era inferior en número, quizás en una proporción de tres a uno, y los supervivientes del avance hablaban con desaliento de su derrota, pues aunque los indios eran expertos

jinetes, sus habilidades parecían ahora irrelevantes:

Llevan dos jabalinas y un pequeño escudo: sin embargo, los caballos no van acolchados y no usan bocados griegos, aunque atan una muserola de piel cosida alrededor del hocico y los labios del caballo y la ajustan con púas de bronce o hierro: los ricos, no obstante, utilizan marfil. Las púas no son muy afiladas, pero en la boca del caballo ponen una barra de hierro que es como un pincho, y a la que sujetan las riendas. Cuando tiran de las riendas, esta barra domina al caballo, pues los pinchos se le clavan, forzándolo a obedecer.

Contra los Compañeros, las jabalinas y las primitivas cadenas de freno no permitían realizar ni una contracarga ni una maniobra brusca. Como ya había descubierto el grupo de avance, ambas maniobras serían esenciales para la victoria.

Al menos, la infantería india tenía las cifras a su favor. Incluso después de haber dejado hombres para hacer frente a Crátero, Poro tenía al parecer unos treinta mil soldados de infantería a su disposición. Esto hacía que su infantería fuese superior a la de Alejandro en una proporción de cinco a uno, mientras que ni los soldados mercenarios ni ninguno de los siete batallones de los Compañeros de a Pie habían cruzado el río; tampoco cabía la posibilidad de que éstos desplegaran su lucha en formación compacta con sarisas. La habilidad propia de los indios era el tiro con arco:

Sus arcos son tan altos como los propios arqueros y, para dispararlos, los apoyan en el suelo y los pisan con el pie izquierdo, tensando mucho la cuerda del arco. Las flechas que utilizan miden algo más de un metro, y no hay ningún escudo ni peto, por duro que sea, que pueda repelerlas. Con la mano izquierda sostienen un escudo de piel, más estrecho que su cuerpo pero no mucho más corto.

Otros llevaban jabalinas, mientras que «todos empuñaban una espada ancha que medía algo más de un metro: la empuñaban con las dos manos, por lo que los golpes podían ser más efectivos». A pesar de estas espadas, la lucha cuerpo a cuerpo era un peligro que los indios preferían evitar. No así los macedonios: Poro no tenía infantería pesada y nada que pudiera siquiera compararse con los Portadores de Escudo de Alejandro.

Al avanzar subiendo por la orilla a un terreno arenoso, Poro distribuyó a sus tropas para sacar la máxima ventaja. Los elefantes se situaron a un metro y medio o a tres metros aparte, muy por delante del resto del ejército: se erguían como bastiones y cada uno llevaba cuatro hombres o más en el lomo, aunque no podían haber sumado doscientos, como Ptolomeo quizá dedujo, pues en ese caso su línea habría abarcado entre tres y seis kilómetros de ancho. Puesto que no era seguro poner soldados en las brechas que se abrían entre ellos, la infantería se alineó detrás, ajustándose cuidadosamente a los intervalos y solapándose en los extremos; en los flancos se concentraban la caballería y los carros con la esperanza de encontrar un camino más despejado. Mientras tanto, los tambores tocaban al son de la batalla y su ritmo complacía el oído musical de los elefantes, «que miraban a distancia, como torres,

sobresaliendo entre una muralla de hombres armados». Destacándose entre ellos cabalgaba Poro, vestido con una magnífica coraza y una capa de algodón indio; llevaba el pelo recogido con un nudo en lo alto, como era la moda, y a los macedonios les pareció que medía más de dos metros.

También Alejandro se había detenido para recomponer sus filas. Superado en infantería, si no también en jinetes, había de usar la cabeza, pues cada unidad tenía sus limitaciones; combinadas, todavía podrían hacer lo que él quería, siempre y cuando se les pidiera que lo hicieran en el orden correcto. Los Compañeros podían cargar sobre la infantería ligera de los indios y mostrarse más hábiles que los pocos jinetes que había en cada ala, pero no podían atacar a los elefantes sin que se desatara el pánico. Los Portadores de Escudo, los arqueros y los agríanos estaban equipados para vérselas con los elefantes y se igualaban a los indios que llevaban espadas, pero eran vulnerables a una carga de la caballería enemiga. Los arqueros a caballo podían hostigar a los carros, pero no a los elefantes: las flechas más pesadas de los indios no tendrían el alcance de las de Alejandro, y el terreno resbaladizo podía dificultar los métodos de sus arqueros. Todos estos factores fueron sopesados hasta que Alejandro resolvió las contradicciones. El plan estaba casi listo: tenía la virtud añadida de su inventiva.

Alejandro decidió confiar plenamente en los jinetes para llevar a cabo una incursión. A causa de los elefantes, dejarían el centro solo y se concentrarían en el ala izquierda de los indios; como de costumbre, su frente era oblicuo. Alejandro, los arqueros a caballo, los orientales y dos escuadrones de Compañeros liderados por Hefestión y Pérdicas estaban mucho más adelante: los dos escuadrones que quedaban descenderían tras ellos formando un ángulo y serían dirigidos por Ceno, el general de brigada en quien más se podía confiar. Sus órdenes eran claras: mientras Alejandro y el cuerpo principal de la caballería cabalgaba hacia la izquierda de los indios, él separaría sus dos unidades de la retaguardia y se desplegaría tras la derecha de los indios. No era algo tan arriesgado como parecía. La carga principal de Alejandro en la izquierda provocaría que los indios agrupasen a toda la caballería de ambos flancos y que lo siguieran por miedo a ser cercados: se congregarían apresuradamente contra la principal amenaza, quedando fuera de su visión la derecha, para cuya defensa no tenían suficientes jinetes. El cerco realizado por Ceno los cogería por sorpresa y, con un poco de suerte, Ceno llegaría a la retaguardia de los indios precisamente cuando Alejandro se abriese paso por la izquierda. Primero, atraer a toda a la caballería enemiga a un flanco; después, cargar contra ellos desde delante y desde atrás al mismo tiempo, y, una vez derrotados, lanzar a los Portadores de Escudo contra los elefantes. La batalla se libraría en unas etapas bien definidas y se basaría en el desplazamiento de la caballería, lo cual ya se había demostrado decisivo en Gaugamela.

Los indios hicieron frente al desafío como se esperaba. Cuando Alejandro empezó a galopar hasta situarse a gran distancia a la izquierda de los hombres de Poro, éstos desplazaron a toda la caballería hacia un ala y lucharon contra él sin darse cuenta de que Ceno se acercaba rápidamente por el otro flanco. Los arqueros a caballo dispararon y cargaron; los Compañeros los siguieron con entusiasmo; los indios todavía estaban rezagados formando columnas y no tenían tiempo para abrirse en abanico en el frente. Poco después, Ceno estaba corriendo a toda velocidad alrededor de la retaguardia de los indios, a su derecha, el último ataque que podían haber esperado. Los indios intentaron llevar atrás uno o dos escuadrones para hacerles frente, pero la conmoción de la carga de Alejandro contra su izquierda los trastornó tanto que se dispersaron en el centro y buscaron ponerse a salvo entre los elefantes. Los Portadores de Escudo, los arqueros y los agrianos vieron ahora su oportunidad. Como los *mahouts* instaban a los animales a arremeter contra todos los Compañeros que esperaban acosar a la caballería que se replegaba, las mejores brigadas de infantería del ejército de Alejandro se agolparon entre ellos provistos de un arma sorpresa. Mientras los arqueros y los lanzadores de jabalina agríanos apuntaban a los *mahouts*, los tres mil veteranos de los Portadores de Escudo acometieron con hachas las patas de los elefantes y valientemente les rebanaron las trompas con las curvadas cimitarras. Alejandro conocía los puntos débiles de un elefante y había equipado a sus hombres de acuerdo con ello.

Con los tendones cortados y las trompas mutiladas, unos cincuenta elefantes quedaron fuera de juego; el resto salió en estampida creando una gran confusión, pisoteando y acometiendo con sus colmillos tanto a amigos como a enemigos: «Fue particularmente terrorífico ver cómo cogían a los hombres y las armas con sus trompas y los lanzaban violentamente contra el suelo». La batalla, al igual que sus descripciones, se volvió extremadamente confusa, pues los Compañeros cargaron contra los jinetes indios que huían, y Crátero finalmente empezó a cruzar el río mientras los soldados mercenarios les caían encima desde río arriba. Sin embargo, la señal de la derrota no quedó sin registrar: «Cuando los elefantes se cansaron y ya no encontraron fuerzas para cargar, empezaron a retirarse poco a poco, emitiendo sólo un leve silbido». Los macedonios fueron testigos del último recurso de los elefantes: cuanto estuvieron demasiado contrariados para barritar, «mostraron su aprehensión golpeando con fuerza el suelo con el extremo de la trompa y emitiendo una corriente de aire, hasta entonces retenido, como si fuera una válvula de presión». La batalla del Jhelum empezó con una carga de la caballería y terminó con el silbido de angustia de los elefantes.

Poro no estaba nada dispuesto a capitular. Había luchado en el grueso de la batalla, y sólo cuando fue alcanzado por una flecha en el hombro derecho aguijoneó a su elefante para que se retirara: «Alejandro había visto su poderío y gallardía, y

deseaba salvarlo. Por consiguiente, envió al indio Ambhi para que lo alcanzase y le transmitiese un mensaje. Sin embargo, cuando Poro vio que su viejo enemigo se aproximaba, hizo girar a su elefante y se colocó en posición de arrojar una jabalina». Ambhi dio media vuelta justo a tiempo, y lo que Alejandro hizo entonces fue enviar a un prisionero indio que le resultara menos irritante al rajá para intentar un acercamiento diferente. Poro se mostró más dispuesto a escuchar e incluso desmontó, pues tenía sed.

Su elefante —dicen las historias más fantasiosas— era de los de mayor tamaño y había demostrado ser excepcionalmente inteligente y solícito con su rey. Mientras Poro se mantuvo activo, el animal repelió de forma vigorosa a sus atacantes, pero cuando vio que Poro desfallecía a causa de las múltiples heridas recibidas, dobló las rodillas y lo bajó al suelo con suavidad, temeroso de que pudiera caer; con la trompa agarró las lanzas una a una y las sacó del cuerpo de su amo.

Alejandro y unos pocos Compañeros acudieron para encontrarse con su regio enemigo. «¡Alejandro! ¡Mi noble señor! —puso en boca de éste siglos más tarde el gran poema épico de los persas—. Nuestras dos huestes han sido destrozadas en la batalla; las bestias salvajes se alimentan de los sesos de los hombres; las pezuñas de los caballos patean sus huesos. Pero ambos somos héroes, bravos y jóvenes… Ambos, nobles en elocuencia e ingenio. ¿Por qué el destino del soldado debe ser la masacre? ¿O la mera supervivencia después de la refriega?». Por una vez, la leyenda halló justificación en la historia. Mientras Poro se aproximaba, esbelto y tremendamente alto, Alejandro envió un intérprete para que le preguntase cómo deseaba ser tratado. «Como un rey», respondió, y se hizo tan merecedor del respeto de Alejandro que fue rehabilitado como rajá y se dejó su reino intacto: mientras Alejandro avanzaba, siete nuevas tribus y dos mil nuevas ciudades se añadirían a los dominios de Poro, una espléndida recompensa por la derrota sufrida. La caballerosidad convenía a la política de contrarrestar a unos rajás del Punjab con otros, pero los historiadores indios fueron incapaces de creer en esta inteligente generosidad, y todavía argumentan que, si Poro recibió tales honores, entonces la supuesta derrota de la India en el Jhelum sólo puede ser una falsedad occidental.

La victoria, aunque rotunda, tuvo un revés. Alejandro había ganado un rajá y una nueva tropa formada por elefantes, pero también había perdido a un amigo de toda la vida. En la escaramuza con los carros de Poro, Bucéfalo fue gravemente herido y, a las pocas horas de la batalla, se informó de que el viejo caballo había muerto; otros, leales a su leyenda de invencibilidad, sostuvieron que el colapso se había producido debido a su avanzada edad. Eran noticias tristes, pero al menos se le podrían rendir honores; Alejandro ya había decidido fundar dos ciudades a orillas del Jhelum, y la más cercana de las dos ofrecía la oportunidad de tributarle sus respetos. A la ciudad situada más al este del campo de batalla la llamó Nicea, Ciudad de la Victoria; a la más occidental, cerca del lugar en que Bucéfalo cruzó el río, la llamó Bucéfala en

memoria del aguerrido caballo. Se organizó una procesión fúnebre, que Alejandro dirigió en persona, y los restos del animal se enterraron presumiblemente en la ciudad que llevaba su nombre; el lugar, que pronto resultaría dañado por las inundaciones, nunca ha sido localizado.

La fama de Bucéfalo no se puede borrar tan fácilmente. Desde Balj hasta Egipto, es recurrente el novedoso tema de un caballo con cuernos en el arte que se cultivó bajo los sucesores de Alejandro: tanto en las acuñaciones orientales como en las occidentales, lo encontramos en las monedas de plata de Seleuco, el Sucesor del rey en Asia; también aparece sobre una placa de yeso en el reino egipcio de los Ptolomeos. Ahora Seleuco se haría famoso por matar a un toro valiéndose sólo de sus manos, y de ahí que se dijera que sus muchos retratos lo mostraban llevando cuernos de toro. Seleuco también conmemoraría a un caballo que en una ocasión le salvó la vida con una magnífica estatua en Antioquía. Pero estos dos motivos juntos no explican del todo por qué su caballo aparece con cuernos ni por qué el Egipto de los Ptolomeos, sus oponentes declarados, copió el mismo diseño. Es muy probable que un tema que es compartido por Seléucidas y Ptolomeos derivara de Alejandro, su único modelo común. Bucéfalo, dijo una autoridad tardía, «no tenía, como algunos creen, cuernos, sino que iba adornado con cuernos de oro, eso decían, para la batalla», como el arnés que servía para cargar, cuyo nombre significa Cabeza de Buey. De ser cierto, esto podría explicar los caballos con cuernos de los sucesores: subrayaban los diferentes vínculos que mantenían con Alejandro, pero también revivían el recuerdo de Bucéfalo, incluso en la cara de las monedas que habitualmente estaba reservada a un dios. Tales recuerdos difícilmente murieron. Más de doscientos cincuenta años más tarde, en la estatua ecuestre de Julio César que se erigió en Roma, su caballo se escogió para sugerir los rasgos de Bucéfalo. Mil años después, el viajero Marco Polo se entretuvo en Balj con las historias de los gobernadores de Badajshán, entre los Pamires y el Oxo, cerca del emplazamiento de la Alejandría más nororiental. Sus caballos, le contaron, descendían de Bucéfalo, y por tanto habían nacido con un cuerno en la cabeza; sin embargo, los celos en la familia real habían provocado que el único semental fuera ejecutado, y por eso ahora el linaje se había extinguido. Los hombres nunca podrían igualar a Alejandro, pero al menos podían reivindicar sus atributos, incluyendo los verdaderos cascos y arneses del caballo que durante veinte años lo llevó a lomos y que murió en el río Jhelum, como un héroe cuyo recuerdo no habría de caer en el olvido.

26. EL GANGES ATRAE

Después de la victoria en el Jhelum y de fundar Bucéfala, Alejandro tributó un sacrificio al Sol. La elección de este dios era un símbolo de sus ambiciones: su marcha iba a llevarlo al este, hacia el lugar en el que nacía el sol, y Alejandro iba a recibir la ayuda de un intervalo soleado en una climatología caracterizada por el monzón que se avecinaba. «En la India —escribió una vez un griego que se había refugiado en la corte persa— nunca llueve»; las conversaciones con los sabios y los rajás le enseñarían a Alejandro cuál era la realidad. En el Hindu Kush, Alejandro había desafiado la nieve; en su camino a Siwa y la Sogdiana se había enfrentado al desierto. En la India, cuando los hombres hablaban de las lluvias de verano, Alejandro pensaba que un sacrificio al Sol era todo lo que necesitaba. A los soldados se los alentó hablándoles de tesoros y de regalos en monedas de oro: Alejandro les demostraría que un hijo de Zeus no puede ser disuadido por los elementos.

Durante un mes, su despreocupada actitud hizo que el peligro aumentase, ya que se entretuvo en el reino de Poro disfrutando de los suministros que le proporcionaban las trescientas ciudades de este fértil país. Mejor habría sido aconsejarle que se apresurara a ir al este: había tres ríos más del Punjab en su ruta y, desde mediados de junio en adelante, estos ríos bajarían peligrosamente crecidos debido a las lluvias del monzón. Sin embargo, sus pensamientos se dirigían hacia otro nuevo y prometedor plan. Alejandro creía que se encontraba cerca de una ruta que los conduciría directamente de regreso a casa, y cuando llegara el día de poner en práctica su teoría necesitaría una flota. Envió hombres para que remontaran el Jhelum, a los densos bosques de abetos que había en las laderas inferiores del Himalaya, y les ordenó que talasen madera para construir barcos, una tarea que a los macedonios, poseedores de la mejor madera de los Balcanes, les resultaba familiar. Los pinos y los fragantes cedros del Himalaya, que a menudo medían seis metros de circunferencia, constituían un desafío para sus técnicas de ingeniería forestal; los hombres tuvieron que armarse de valor en esos entornos desconocidos. Podían verse serpientes de alarmante tamaño deslizándose por el sotobosque, y, a distancia, el parloteo de los monos se confundía con un enemigo que se aproximaba. También había tigres, que según los indios podían atacar a los elefantes, y también pavos reales de color verde azulado que impresionaron tanto a Alejandro que prohibió a sus hombres que los matasen.

Cuando cruzaba el Indo dos meses antes, Alejandro había observado a los cocodrilos a lo largo del río; ahora, al marchar al este hacia el Chenab, el tercero de los cinco ríos del Punjab, quedó impresionado por una especie de racimos que crecían

en sus orillas. Le recordaban las cosechas que había visto en Egipto cinco años atrás, y ello, junto con los cocodrilos, lo llevó a formular una peculiar teoría: estas aguas de la parte alta del Punjab debían de ser seguramente la fuente perdida del río Nilo, puesto que compartían la flora y la fauna. Sabía que el Chenab se unía al Indo: el Indo, supuso, fluía por el suroeste a través del desierto y torcía por el sur del golfo Pérsico hasta el Alto Egipto, donde cambiaba su nombre por el de Nilo. La visión del mundo que tenía Alejandro se condensó para adaptarse a lo poco que había visto de él. El océano índico y la vasta extensión de Arabia y el Mar Rojo eran unos obstáculos de los que todavía no era consciente y, a lo largo de su vida, Alejandro continuó subestimando la extensión del Imperio persa desde el norte hasta el sur, así como la distancia al oeste desde el Oxo hasta el Mar Negro. «Muy poco después —escribió su almirante Nearco— descubrió su error acerca del Indo», pero cuando empezó a dar órdenes de cortar madera, y de ponerla a secar, para construir barcos Alejandro esperaba finalmente explorar el Indo y la costa de regreso a Egipto y a su Alejandría una vez realizados sus objetivos en el este.

Estos objetivos parecían posibles a causa de su concepción geográfica errónea. Se creía que la India estaba delimitada por el Océano Oriental, que constituía una parte de las aguas que fluían alrededor de la idea del mundo que tenían los griegos y, aunque los hechos todavía no eran seguros, no parecía que el límite de la India estuviera excesivamente lejos. Si, en efecto, el Mar Oriental era el objetivo de Alejandro porque era el límite del mundo, entonces, enfrentando a cada rajá con su vecino y aplastando cualquier resistencia que pudiese encontrar, Alejandro podría poner rumbo hacia este emocionante límite y coronar su carrera con una visión que ni siquiera Aquiles había esperado alcanzar. «Tú, Zeus, posees el Olimpo; yo he puesto la tierra a mis pies». Incluso en el caso de que Alejandro sólo quisiera dirigirse al este para explorar y conquistar la India —un objetivo para el que el límite del mundo era algo secundario—, la limitada visión que tenía de la India y la falsa visión del Nilo todavía constituían un impulso poderoso; con independencia del objetivo por el que siguió adelante, su tierra natal, descendiendo por el Indo-Nilo, estuvo siempre a su alcance. Sus ambiciones eran tanto las de un explorador como las de un conquistador, y sólo a los hombres que nunca han participando en una búsqueda y en una lucha contra la naturaleza puede parecerles que esto sea una locura. Sin embargo, por primera vez desde la batalla de Isos, Alejandro estaba viviendo bajo un grave error y, a partir del Chenab, las cosas empezaron a ir mal.

Los nativos eran numerosos, aunque sus armas eran anticuadas: sólo en la frontera del Chenab Alejandro obligó a treinta y siete ciudades, y al menos a un número igual de pueblos, a rendirse, añadiendo medio millón de ciudadanos al reino de Poro. Para los macedonios no era nada nuevo encontrarse en inferioridad numérica, pero había peligros que requerían un temple aún mayor. «En la India —

escribió Teofrasto, el botánico, que había oído los informes de los supervivientes y es demasiado sagaz como para que no le creamos—, los macedonios comieron una clase de trigo tan fuerte que muchos llegaron a reventar». Son poquísimas las observaciones de este tipo en relación con las dificultades a las que tuvieron que hacer frente; las únicas cifras convincentes relativas al número de heridos aparecen en una ocasión en la que Alejandro no se encontraba presente. Pero ésta, al menos, tiene el mérito de ser inolvidable. Otros comieron de un árbol «que no era particularmente alto, pero cuyas vainas, parecidas a una judía, medían unos veinticinco centímetros de largo y eran tan dulces como la miel»; se trataba del primer contacto de los griegos con un plátano, o quizás un mango, pero la fruta les ocasionó tantos trastornos estomacales que Alejandro les prohibió que la tocaran, «y no es probable que sobrevivas —escribió Aristóbulo— si te comes uno» en contra de las órdenes de Alejandro. Otros árboles eran seguros, o como mínimo menos preocupantes: en el río Chenab, los soldados se quedaron asombrados ante el baniano, la maravilla de la dendrografía india. «Los brotes de un único árbol se extienden formando un enorme cenador que proporciona sombra, como una tienda con muchas columnas», y es tan ancho que «cincuenta jinetes podían refugiarse del sol del mediodía bajo sus ramas». Una inspección más cuidadosa mostró que cada «tronco» separado era un brote gigante de un mismo sistema de raíces, mientras que los frutos eran pequeños pero deliciosamente jugosos. Más al este, había informes que hablaban de un baniano que arrojaba una sombra de casi un kilómetro, lo que en modo alguno es imposible: el preciado baniano del Jardín Botánico de Calcuta, que ocupa 1,6 hectáreas y cuya circunferencia mide cuatrocientos metros, parece un inmenso bosque.

Incluso el baniano estaba a merced de la climatología. Cuando el Chenab estuvo a la vista, el verano se encontraba ya muy avanzado, por lo que el monzón empezó a soplar de verdad y entonces el ejército entendió por qué los pueblos de la localidad se habían construido sobre taludes y montículos. Cuando la lluvia empezó a caer de forma torrencial, el río se desbordó de su lecho y volvió a la vida como si despertase de un largo y reluctante sueño. Los barrancos empezaron a inundarse y los diques no pudieron seguir conteniendo el flujo de agua. El campamento tuvo que moverse a toda prisa, pues la corriente crecía —tres metros, seis metros, nueve metros— hasta reventar los terraplenes, desdeñando a los invasores. Los hombres se retiraron a los pueblos y vieron correr el agua a través de las llanuras, por lugares más altos incluso que los elefantes, y cuando se fijaron, advirtieron una amenaza que no podía evitarse con facilidad: las inundaciones provocaban que las casas estuvieran plagadas de serpientes.

«Su número y ferocidad —escribió Nearco— eran asombrosos: en la época de las lluvias se refugiaban en los pueblos más altos y, por tanto, los nativos construían las

camas muy por encima del suelo, y aun así se veían forzados a abandonar sus hogares debido a esta abrumadora invasión». Algunas especies de pitón, que podían alcanzar un tamaño de siete metros, iban en busca de un rincón seco: otras eran tan escuálidas que pasaban desapercibidas, pero eran estas pequeñas serpientes, los escorpiones y las cobras los que causaban más molestias. «Se escondían en las tiendas, en los cacharros de cocina, en los setos y las paredes: los que sufrían su mordedura sangraban por todos los poros, y agonizaban, y morían muy rápidamente antes de que se pudiera encontrar remedio en las drogas y raíces de los indios encantadores de serpientes», cuyas habilidades, sin embargo, eran notablemente efectivas. Con urgencia se reunieron suministros médicos procedentes de todos los cuarteles, mientras que, siempre que era posible, los hombres colgaban las hamacas entre los árboles y pasaban una angustiosa noche alejados del suelo. Sólo podían esperar que su situación mejorase si cruzaban el Chenab.

Pero el Chenab rugía y espumeaba en su cauce, cuya anchura era de unos dos kilómetros y medio. Aunque Alejandro eligió el tramo más ancho y menos difícil de cruzar, incluso Ptolomeo admitió que muchos de los que cruzaron, más bien en embarcaciones que en balsas de piel rellenas, fueron lanzados contra las rocas, por lo que «no fueron pocos los que se perdieron en el agua». Una vez en la otra orilla, se envió a Hefestión para que tratase con los indios que había al norte, mientras que Poro regresó para reclutar tantos elefantes como fuera posible, un signo de que Alejandro estaba esperando una lucha feroz. Los suministros serían escoltados hacia el este tan pronto como el río lo permitiera, y mientras tanto Alejandro viviría de la tierra.

Al marchar hacia el este, Alejandro vadeó el río Ravi con sus tropas más ligeras y obtuvo la rendición de las tribus más cercanas. Sus hombres le hablaron de los kathaioi, una tribu que vivía en las llanuras cercanas a Lahore y que era belicosa por naturaleza; se decía que habían planeado ofrecer resistencia y que habían inflamado a las tribus del sur del Indo. Alejandro se apresuró a ir a su territorio en una marcha rápida de tres días, con sólo un día para descansar, y llegó a Sangala, su fortaleza más grande. Los kathaioi habían levantado una triple línea de carretas desde las que podían defenderse; la caballería fracasó al intentar provocar que bajaran de la colina, por lo que la infantería cargó contra ellos y los hizo retroceder tras la sólida muralla de ladrillo de Sangala. Alejandro no disponía allí de maquinaria de asedio, y sólo podía cercar el fuerte mientras se excavaban túneles para hundir la muralla; de imprevisto tuvo lugar una incursión nocturna que les costó a los indios quinientos hombres. Justo cuando los túneles se terminaron, llegó Poro con cinco mil voluntarios indios y las máquinas de asedio, un mérito de la sección de transporte, que los había conducido a través del barro acumulado por el monzón de verano. La maquinaria ya no era necesaria, pues el trabajo de los zapadores había dado sus

frutos; la muralla se hundió en el túnel, se colocaron escaleras en las brechas y la valiente resistencia que ofrecieron no pudo salvar a diecisiete mil indios de morir acuchillados, según Ptolomeo, y a otros setenta mil de ser capturados. «En el asedio murieron menos de un centenar de soldados de Alejandro», pero más de mil doscientos fueron heridos, una proporción insólitamente alta para ser admitida por Ptolomeo, que además incluía a muchos oficiales. Los heridos eran otra pesada carga sobre la moral de los hombres, y mientras tanto retumbaban los truenos y diluviaba sobre los cansados hombres.

Las tribus vecinas eran perseguidas hasta la muerte si huían, y perdonadas si se rendían; Alejandro «no quería ser severo con ellas si se quedaban y lo recibían como a un amigo, no más severo de lo que había sido con otros gobiernos indios independientes que se rindieron por voluntad propia». El hecho de insistir continuamente en el «antiguo autogobierno» era una cobertura débil, pero reveladora, para la campaña; las cosas mejoraron momentáneamente cuando el ejército alcanzó el reino de Sopeites, cerca de Lahore y el río Beas.

Cuando los ingenios de guerra de Alejandro se alzaron cerca de la capital, salió a su encuentro el rey del lugar, una figura de gran estatura vestida con bordados de púrpura y oro, sandalias doradas y brazaletes y collares de perlas. Empuñaba un cetro con incrustaciones de valioso berilo, por lo cual los historiadores le dedicaron sus cumplidos:

Entre esta gente, la característica más extraña es su respeto por la belleza: eligen al más apuesto como rey. Cuando nace un niño, dos meses después de su nacimiento el consejo real decide si es lo bastante hermoso para merecer vivir…; en cuanto a los adultos, se tiñen la barba de toda clase de colores brillantes con el objetivo de mejorar su aspecto. Por muy extraño que parezca, los novios y las novias incluso se eligen entre ellos.

Había razones para estos agradables recuerdos: el antiguo nombre de la región que rodea Lahore significa «prosperidad», y durante varios días el ejército celebró suculentos banquetes, mientras que, al menos los oficiales, fueron acomodados a resguardo de la lluvia. El rey los entretuvo con su famosa raza de perros, cuyo pedigrí incluía sangre de tigre: cuatro de ellos acosaron a un león en público y se negaron a soltar las ancas del animal incluso cuando se ordenó a los cuidadores que les cortaran una de las patas traseras. El espectáculo apelaba al amor que Alejandro, quien fue obsequiado con uno de los perros, sentía por la caza; también se hablaba de la existencia de filones de oro y plata en el lugar, que fueron verificados en el intervalo por el jefe de los prospectores griegos en persona. La tierra de la prosperidad poseía un enorme montículo de sal: «Sin embargo, los indios no tienen experiencia en acuñar o fundir metales, y son más bien ingenuos acerca de lo que poseen».

Al este de Amritsar sólo quedaba un río más del Punjab que cruzar, y no había duda de que ahora Alejandro quería ir más allá de él. No hacía falta que sus hombres tuvieran mucha imaginación para suponer lo que pretendía hacer en la otra orilla:

durante las últimas semanas, habían estado reuniendo a todos los elefantes que pudieron encontrar y ahora esperaban la llegada de una hornada de refuerzos de Grecia y Asia, mucho más grande de las que habían recibido hasta entonces. Los indios se unirían a la marcha, así como también algunos de los prisioneros que no habían sido vendidos: el total de efectivos del ejército al recibir los refuerzos ascendió, al parecer, a ciento veinte mil hombres, el doble de su anterior número, siendo lo suficientemente grande como para emprender una expedición al Océano Oriental o para echarle una ojeada al límite del mundo habitado. Es cierto que se había cortado madera para armar una flota en el Jhelum, pero llevaría tiempo que se secase, e incluso una vez construidos los barcos no sería necesario utilizarlos de inmediato.

Sin embargo, Alejandro iba a pasar de la prosperidad a la desilusión. Los oficiales habían escuchado historias de la India e incluso conocían el nombre y la existencia de Ceilán, pero era difícil conectar estos retazos de información con la interminable y parduzca llanura a través de la cual arrastraban las carretas y el equipo empapado en medio del barro, que engullía a los elefantes y hacía que la marcha fuera increíblemente lenta. Alejandro había hablado de un viaje de cuatro meses desde Taxila y estaban dispuestos a creerle, pero en la frontera del Beas, el siguiente rey después de la tierra de la prosperidad dio la primera advertencia clara de lo que había más allá. Puede que sus conocimientos fueran toscos, pero en lo fundamental eran inequívocos; al otro lado del Beas había una tierra de paz y fertilidad, con buenos cultivos, gobernada por aristócratas y bien provista de elefantes. Más allá del Indo, si Alejandro regresaba y descendía por él, le esperaba un viaje de doce días a través del desierto, y después, el Ganges; su anchura era de unos «seis kilómetros y medio»; era el más profundo de todos los ríos de la India, y a lo largo de su curso más bajo se extendían las tierras del rey Ksandrames, cuya infantería se decía que contaba con doscientos mil hombres, que disponía de igual número de jinetes o más, y que tenía dos mil carros y cuatro mil elefantes que lo apoyarían hasta la muerte. Las noticias ofrecían un dramático panorama. Como el conquistador que vio por primera vez una embarcación en el desconocido reino de los incas, Alejandro había sido advertido de una civilización de la que el mundo occidental nunca había oído hablar. Por primera vez, oyó el nombre de Dhana Nanda, el último de los nueve grandes reyes de Magadha, cuya dinastía había gobernado durante los últimos doscientos años desde su espléndido palacio en Palimbothra, donde el Ganges fluye hacia el Océano Oriental.

Es difícil creer en semejante revelación. Al parecer, Alejandro interrogó a Poro a fin de confirmarla, lo que éste en efecto hizo, añadiendo que Ksandrames era un tipo de hombre muy común, pues sólo era el hijo de un barbero y había sido elevado al trono gracias a una intriga familiar. Esto resultaba prometedor en relación con la

invasión, mientras que una indagación más detallada proporcionó una pintura bastante clara del paisaje, llegando a especificar incluso las tortugas que nadaban en el Ganges. Sin embargo, los hombres empezaron a hacer conjeturas de todo tipo, y era obvio el peligro que esto encerraba. Personalmente, Alejandro acariciaba la idea de una lucha con otro imperio que, como el de Darío, se apoyaba en su antigüedad. Alejandro quería elegir el mejor momento para anunciarlo: los regalos extraordinarios ayudarían a preparar a la audiencia, en especial cuando las lluvias daban señales de empezar a amainar.

Por tanto, a los soldados se les permitió saquear el país cercano, lo que no era poca cosa en una tierra en la que las piedras preciosas podían ser suyas simplemente recogiéndolas; en un río como el Chenab, las piedras preciosas flotaban por la superficie, hasta el punto de que a ningún ojo atento le pasarían desapercibidos los berilos y diamantes indios, los ónices, los topacios, los jaspes y las amatistas más diáfanas del mundo clásico. Mientras los hombres buscaban fortuna, se convocó a las mujeres y los niños al campamento y se les prometieron pagos regulares de cereales y dinero. Este soborno sería inútil: cuando los soldados regresaron del saqueo, se reunieron en grupos y discutieron con resentimiento sobre los rumores acerca del futuro. Su humor no había mejorado cuando Alejandro reunió a los comandantes para explicarles finalmente sus planes relativos a lo que había más adelante.

La acogida que tuvo su discurso no estuvo a la altura de su brillantez. Los oficiales lo escucharon en silencio y, durante un rato, se sintieron demasiado violentos para aceptar su invitación a responder. Finalmente, el veterano Ceno se atrevió a traducir sus sentimientos en palabras: los hombres nunca aceptarían una marcha contra un enemigo semejante, y, si Alejandro quería dirigirse al este para ir hacia el Ganges, debería ir sin sus macedonios. Esta afirmación no era tanto un motín como la expresión de una profunda desesperación. Los hombres habían recorrido más de dieciocho mil kilómetros en los últimos ocho años, con independencia del clima o el paisaje; las cifras oficiales hablaban de que habían matado al menos a setecientos cincuenta mil asiáticos. Habían sufrido dos hambrunas y sus vestidos estaban tan hechos jirones que la mayoría se vestían con prendas indias: los caballos tenían las patas doloridas y las carretas resultaban inútiles en unas llanuras que se habían convertido en una ciénaga. Finalmente el clima había hecho mella en su espíritu. Durante los últimos tres meses, las lluvias los habían empapado hasta la médula. Las hebillas y los cinturones se habían corroído y las raciones se pudrían, pues el moho estropeaba el grano; las botas estaban agujereadas y todavía no habían terminado de pulir las armas cuando la humedad volvía a cubrirlas otra vez de verdín a causa del moho. Y, mientras tanto, el río Beas corría ante ellos, desafiándolos a que lo cruzasen en busca de una batalla con elefantes, no contra decenas o centenares, sino contra varios miles. Se les había dicho, correctamente, que los elefantes al este del Ganges

eran más grandes y feroces, e incluso se habló de una raza más pesada que vivía en la isla de Ceilán.

El alegato no podría haber sido expuesto por un interlocutor más respetable. Ceno había servido en el ejército durante veinte años, últimamente como hiparca en la caballería de los compañeros, y Alejandro siempre lo había elegido para las misiones más arduas. Por tanto, los generales de menor condición se sintieron libres para aprobar sus palabras: «Muchos incluso derramaron lágrimas como prueba ulterior de que no querían hacer frente a los peligros que tenían delante». Alejandro se puso furioso y los culpó de echarse atrás. Cuando el enfado no surtió efecto, los envió fuera y empezó a enfurruñarse. No hay nada más duro para un hombre que ver cómo se desafía todo lo que ha planeado, sabiendo que sólo podrá llevarlo a cabo si los demás son capaces de pensar en sus propios términos con valentía.

A la mañana siguiente, Alejandro convocó de nuevo a los oficiales y les dijo que «iría por su cuenta, pero que no quería forzar ni a uno solo de sus macedonios a ir con él; encontraría a los hombres que estuviesen dispuestos a seguirlo. En cuanto a los que querían irse a casa, podían marcharse ahora y contarles a sus amigos que habían abandonado a su rey en medio del enemigo». Sin embargo, los oficiales habían adoptado una posición al respecto y no estaban dispuestos a que los avergonzaran para obligarlos a rendirse. Se negaron, y llegó el momento de la última amenaza del rey: Alejandro se retiró furioso a su tienda y se negó a ver a los Compañeros durante dos días enteros con la esperanza de que su preocupante actitud hiciera que se lo repensaran.

Un profundo silencio se apoderó del campamento. Los hombres estaban enfadados porque el rey había perdido los estribos, pero no iban a cambiar de posición. Pasaron horas hasta que se armaron del coraje suficiente para menospreciarlo y abuchearlo si mantenía su enfado por más tiempo. Esta obstinación se demostró decisiva, pues Alejandro se dio cuenta de que era un hombre vencido. Como su héroe Aquiles, no podía soportar la vergüenza de una humillación pública: envió a buscar a los sacerdotes y los adivinos y les dijo que quería ofrecer un sacrificio para saber si debía cruzar el Beas. Trajeron algunos animales, «pero cuando se sacrificaron, las ofrendas no estuvieron a su favor». Ahora que podía alegar la desaprobación de los dioses, Alejandro dejó a un lado la vergüenza y reunió a sus íntimos amigos y a los viejos Compañeros para decirles que, al parecer, había llegado el momento de retirarse. Hacía sólo tres años que había desobedecido los augurios y había cruzado el Oxo desafiando a dioses y adivinos.

Cuando se anunció la noticia, un suspiro de alivio recorrió las filas y muchos estallaron en lágrimas porque sus deseos se habían hecho realidad. Entre semejantes muestras de júbilo, el respeto a los dioses era el único consuelo que le quedó al orgullo de Alejandro. El ejército se dividió en doce secciones, a cada una de las

cuales se le ordenó que construyese un altar para los doce dioses griegos del Olimpo, «para dar gracias a los que los habían llevado victoriosos hasta tan lejos, y a modo de monumento por todo lo que habían pasado juntos». Los altares tenían que ser enormes, «tan altos como las torres más altas e incluso más anchos de lo que serían las torres»: Alejandro no deseaba ser recordado como un rey al que el río Beas había humillado. Otros dijeron que construyó un campamento tres veces mayor que el que había utilizado y que lo rodeó con un foso de quince metros de ancho y doce metros de profundidad. Dentro se construyeron barracones con unas camas que medían casi dos metros y medio de largo y comederos dos veces mayores del tamaño normal; por el suelo se esparcieron enormes armaduras y unos bocados y bridas increíblemente grandes, «para probarles a los nativos que sus hombres eran grandes, demostrando que poseían una desmesurada fuerza física». Posteriormente, la leyenda afirmó que los altares se dedicaron al padre Amón, el hermano Apolo, el Sol y los Cabiros, unos dioses agrestes que gozaban del favor de la madre de Alejandro, Olimpia.

Sólo la arqueología dirá hasta qué punto estos rumores son ciertos y, aunque han sido varios los que han buscado este campamento, nadie hasta la fecha ha sido lo bastante afortunado como para encontrar lo que podría ser uno de los monumentos más extravagantes del pasado clásico. No hay duda sobre los altares, pero, hasta que se pruebe sobre el terreno, la megalomanía del campamento sólo es un rumor postumo. Lo que sí es cierto es que Alejandro conoció su primera derrota y que, cuando alcanzó el Jhelum por la ruta por la que había venido, encontraría cierto alivio en la disminución repentina de las primeras lluvias de otoño. Después de cruzar el Amritsar, Alejandro regresó al río Ravi y, por tanto, al río Chenab, menos crecido que antes; aquí la retirada se interrumpió brevemente debido a una repentina pérdida en el alto mando. Ceno, el hiparca, «murió de enfermedad, y Alejandro lo enterró de un modo tan magnífico como las circunstancias lo permitieron». Sólo habían transcurrido unas semanas desde que su valiente protesta consiguiera que el ejército emprendiera el camino de regreso.

«Como tantas otras veces, el *Führer* se quitó de encima a un colega inoportuno no mediante la dimisión, sino alegando una supuesta enfermedad, y lo hizo meramente para preservar la fe del pueblo alemán en la unidad interna de sus líderes; incluso cuando ya casi todo había concluido, siguió fiel a su costumbre de observar un decoro público». Los paralelismos entre Hitler y Alejandro han estado de moda, pero nada prueba que sean válidos. Si Ceno era un hombre enfermo, su alegato para regresar a casa resultaba de lo más comprensible; quizá padecía disentería, quizá lo mordió una serpiente, pero, en cualquier caso, el hombre que públicamente frustró los planes de un hijo de Zeus no vivió para disfrutar de los resultados de su consejo.

La retirada que Ceno impulsó siempre ha despertado simpatías. Los planes de Alejandro en relación con Oriente nunca han sido bien recibidos por los

historiadores: muchos han argumentado que jamás existieron, y otros han sostenido que cualquier mención al Ganges debe descartarse como una leyenda. Con independencia de los hechos, estos argumentos asumen que ningún hombre en su sano juicio habría querido seguir adelante; un juicio de este tipo tiene dos caras, y sólo una es respaldada por los relatos griegos de la campaña. Ciertamente, el reino de Magadha era poderoso, pero los informes relativos a su poderío no eran menos fantásticos que los que hablaban de los legendarios ejércitos de los héroes épicos indios; además, a pesar de la abundancia de elefantes, el reino estaba aquejado de una dolorosa decadencia. En la tradición nativa de los jainas, Dhana Nanda, el último de sus reyes, fue recordado durante mucho tiempo como el hijo de una mujer normal y corriente, nacido, por tanto, fuera de la casta de dirigentes y detestado por muchos de sus cortesanos. En el libro épico de Ceilán se dice que extorsionó a sus súbditos arrebatándoles montañas de oro, que escondió miserablemente en las aguas del Ganges. Alejandro, sorprendentemente, conocía todo esto a la perfección a través de sus informantes: Ksandrames, dijo Poro, no era «más que el hijo de un barbero», y ser el hijo de un barbero no es sólo una expresión común en la India para referirse a un rey débil y de baja cuna, sino que las historias indias posteriores repiten exactamente lo mismo sobre el propio Dhana Nanda. El último representante de la dinastía Nanda no sabía muy bien lo que quería hacer ni había mantenido las lealtades de Magadha; como Cortés, Alejandro se quedó en el umbral de una vieja civilización, rica pero desgarrada por el descontento interno. El viaje desde el Beas hasta el Océano Oriental habría durado otros tres meses siguiendo un camino real, y sus oficiales lo sabían tan bien como él. Sin embargo, se negaron a seguir.

Sólo el futuro puede probar lo que se perdieron. A los tres años de la muerte de Alejandro, surgió un pretendiente en el norte de la India, el mauriano Chandragupta, que reunió un ejército y se apoderó de Magadha. Dhana Nanda fue depuesto y, diez años más tarde, Chandragupta se encontraba presionando incluso la frontera del Punjab, quizá con la ayuda de las sediciosas tribus de las tierras altas. A cambio de quinientos elefantes, Seleuco, el sucesor de Alejandro en Asia, fue forzado en su derrota a concederle las provincias indias; Chandragupta regresó a Palimbothra, donde hizo caso a su ministro Kautilya y gobernó con gran pompa durante otros veinte años. Tras la empalizada de madera del palacio, mantuvo un patio abierto para los enviados griegos, que llegaban por el camino real desde Amritsar, admiraban su harén y paseaban por unos jardines que parecía que hacía cien años que eran suyos. Según los griegos, cuando le preguntaban cómo lo había conseguido, Chandragupta replicaba: «Observé a Alejandro cuando yo todavía era joven; Alejandro —explicaba— estuvo a punto de apoderarse de la India porque su rey era muy odiado y despreciado, tanto por su carácter como por su baja condición».

Si un imitador indio pudo hacerlo, también podía haberlo hecho su amo diez años

antes: el reino de Dhana Nanda podría haberse indispuesto contra él y Alejandro podría haber paseado entre los pavos reales de Palimbrotra, mejorado su empalizada y disfrutado de los estanques con peces en los que los príncipes indios siempre habían aprendido a navegar. Pues, no muy lejos de sus puertas, el Ganges se extendía formando un estuario y se deslizaba bajo las palmeras a través de las riberas de unos campos de cieno pardo: el río pedía que lo siguieran, y Alejandro sólo tenía que haberlo hecho durante otros nueve kilómetros para ver la orilla del mar ante él; hubiese concluido, de manera equivocada pero conmovedora, que finalmente se encontraba cerca del fin de su mundo. El Océano Oriental estaba a tres meses de marcha, y los soldados se negaron a seguir. El sueño que el conquistador había acariciado durante los últimos años se desvaneció cuando él sabía perfectamente que podía haberse hecho realidad.

CUARTA PARTE

Pirrón de Elis empezó siendo un pintor desconocido y sin peculio; después se unió a Alejandro y le siguió a todas partes. Se encontró con los magos y habló con los gurús indios, y, como resultado de esto, su punto de vista cambió. Fundó el escepticismo, la filosofía más noble, insistiendo en que el juicio debe suspenderse y que de nada es posible decir que pueda conocerse. No hay ninguna cosa, decía, que sea buena o conmovedora, justa o injusta; nada existe realmente excepto por los hábitos y las convenciones de los hombres, y aquéllos gobiernan el modo en que éstos se comportan.

Pirrón vivió según estos principios. No evitaba nada ni tomaba precaución alguna contra el peligro, tanto si éste procedía de caminos, precipicios o perros; los ignoraba porque nunca confió en lo que le mostraban sus sentidos. Sobrevivió, pero, según dicen los hombres, sólo debido a que sus amigos paseaban siempre a su lado y lo vigilaban.

DIÓGENES LAERCIO,
Vidas de los filósofos, 9, 61

27. EN EL FIN DEL MUNDO

La retirada del Beas fue una contrariedad, no una situación peligrosa. Los soldados estaban más exhaustos que llenos de rencor, y, en cuanto a los oficiales, ninguno de ellos conspiró para sacar ventaja de la derrota de su rey. Pues era una derrota, y la vergüenza pesaría mucho más en la mente de Alejandro que los desdeñables miedos. No sería fácil vivir con semejante revés a la idea que tenía de la gloria, el corazón de sus valores homéricos. Alejandro alcanzó el Jhelum sólo para encontrarse con que Bucéfala había sido arrasada por las lluvias, y, lo que aún era peor, llegaron noticias de los cuarteles de las mujeres de que Roxana, que esperaba su primer hijo, había sufrido un aborto.

Sólo Poro se benefició del nuevo estado de abatimiento. Las «siete naciones y dos mil ciudades» que había entre el Jhelum y el Beas se añadieron a su reino; Alejandro y sus hombres habían perdido interés, ahora que la marcha al este se había cancelado. Sólo había una ruta, hacia la izquierda, que prometía a Alejandro la aventura que necesitaba. Habría resultado ignominioso volver sobre sus pasos a través del Hindu Kush; por tanto, había llegado el momento de utilizar la madera para los barcos y explorar por el sur, bajando por el Jhelum hasta el río Indo. No era la ruta más segura a casa, pero, como vínculo entre las conquistas en el este y el oeste, esta vía fluvial se demostraría inestimable. Aunque finalmente, gracias a los nativos, Alejandro había descubierto que el Indo no lo llevaría hasta el Nilo y el Alto Egipto, puede que prefiriera mantener esta esperanza entre sus cansados soldados.

De regreso al Jhelum, le estaban esperando más de treinta y cinco mil soldados frescos procedentes del oeste que incrementaron los efectivos del ejército a ciento veinte mil hombres, una fuerza masiva para los estándares clásicos; también habían traído suministros médicos y conjuntos nuevos y elegantes de armaduras recubiertas de oro y plata. Y, lo que era más importante, estos refuerzos elevarían la moral. Se necesitarían ochocientos barcos de varias formas y tamaños para viajar por el Indo, pero era tal la energía del ejército recién equipado que dos meses más tarde la flota estaba lista para ser manejada por las expertas tripulaciones de chipriotas, egipcios, griegos de la Jonia y fenicios, que habían seguido a Alejandro del mismo modo que antes siguieron las peripecias de los reyes persas. El viaje corriente abajo, hacia el Mar Exterior, podía comenzar.

Es un lugar común de los sermones y los relatos históricos que los hombres poderosos son corruptos y que el precio que pagan es la soledad y ver cómo crece a su alrededor la inseguridad. Sin embargo, en la vida real, los malvados encuentran la

manera de prosperar, y no todos los déspotas terminan de un modo más miserable de como empezaron: el poder puede trastocar la cabeza de los hombres, pero sólo los virtuosos o los que no se comprometen insisten en que esto siempre debe costarles el alma. Resulta inevitable que con Alejandro empiece a plantearse este problema moral: sintiéndose frustrado, ¿perdió el juicio y, en su aislamiento, comenzó a poner en práctica métodos de un manual del tirano? A menudo el fracaso se manifiesta en un estilo general de liderazgo: puede que no deje delegar el trabajo y, al mismo tiempo, se niegue a culparse a sí mismo de las consecuencias; puede estar demasiado agotado para tomar una decisión firme, y demasiado inseguro para resistir la menor sospecha. No es más que una leyenda la historia que cuenta que, cuando Alejandro oyó hablar a su filósofo Anaxarco del número infinito de los mundos posibles, lloró al pensar que él ni siquiera había conquistado el único que conocía. La necesidad de justificar una ambición malograda puede impulsar a un hombre a emprender demasiadas cosas; los moralistas esperarían que, como mínimo, el primer desplante que el ejército le hizo a Alejandro indicara su pérdida de contacto con la realidad.

La historia no confirma que esto fuera así. Puesto que ningún oficial describe el estado de ánimo del rey en las reuniones, es imposible, como siempre, repartir el mérito de las actuaciones del ejército entre Alejandro y su alto mando. Sin embargo, los acontecimientos no sugieren ni autocracia ni indecisión nerviosa. En dos meses, se había construido toda la flota con la madera talada, un logro que hay que atribuir a la energía de los oficiales y los carpinteros, y Alejandro inauguró la obra con su estilo característico. Tras los juegos atléticos y las competiciones musicales, ordenó que se sacrificaran animales para que se repartieran libremente a cada sección, y entonces,

al subir a bordo, se detuvo en la proa y vertió una libación al río con un cuenco de oro, invocando a Posidón y las Ninfas del mar, al Chenab, el Jhelum y el Indo, y al Océano en el que desembocan. Después, vertió una libación para su antepasado Heracles y para Amón, y para los otros dioses a los que generalmente rendía honores, Posidón, Anfítrite y las Ninfas del mar, y ordenó que los trompeteros anunciaran el avance.

Los marineros respondieron, reconfortados por la degustación de la carne de los sacrificios y por la pompa y variedad de la expedición. Había embarcaciones planas para los caballos, un barco de treinta remos para los oficiales, trirremes con tres hileras de bancos, chalanas circulares y ochenta enormes gabarras para transportar los suministros. Estas últimas, los famosos *zohruks* que todavía se utilizan en el río Indo, se construyeron por primera vez para que las usaran los griegos; cada una de estas embarcaciones era capaz de cargar más de doscientas toneladas de grano, siendo uno de los préstamos más valiosos que Oriente le hizo a Alejandro; su calado poco profundo y su enorme y única vela demostrarían muy pronto de lo que eran capaces en fuertes corrientes frente al habitual trirreme griego.

Bajo el ardiente sol, los hombres remaban desnudos. No se habían escatimado ornamentos en las embarcaciones; por primera vez, las velas de una flota griega se

habían teñido de un púrpura intenso, «cada oficial compitiendo con su rival, hasta que incluso los bancos tenían un aspecto asombroso cuando el viento hinchaba sus emblemas multicolores». Entre todo este lujo, las líneas habían sido cuidadosamente ordenadas: los navíos de carga, los transportes para los caballos y los barcos de guerra se mantuvieron todos separados en los intervalos prescritos, y ningún barco rompió la línea.

El asombroso estruendo de los remos al chocar con el agua, al que precedían los gritos de los timoneles que daban las órdenes a los remeros para iniciar cada brazada, no tenía parangón: las orillas del río eran más altas que los barcos y encerraban el ruido en un espacio estrecho, por lo que éste se magnificaba y resonaba de un lado a otro… Los grupos solitarios de árboles que había en ambas orillas contribuían a aumentar el efecto.

También se oyeron las famosas canciones de Sinde, cuyos ritmos ningún viajero, ni entonces ni ahora, podría olvidar. La forma de embarcar a los caballos sorprendió tanto a los curiosos nativos que muchos de ellos

se apresuraron a seguir la flota, mientras que otros fueron atraídos por los ecos y fueron corriendo a lo largo de la orilla, cantando sus propias y delirantes canciones. Los indios son aficionados a cantar y bailar como ningún otro pueblo en la tierra.

Alejandro había tratado de involucrar a los oficiales en la empresa. Con el respeto por los métodos del gobierno ateniense que lo caracterizaba, había designado a treinta y dos trierarcas: diecinueve macedonios, diez griegos, dos chipriotas y Bagoas, su favorito persa, que se haría cargo de sus propios barcos, los financiaría y sin duda competiría por la eficiencia en su mantenimiento. La mayor parte del equipaje seguiría por tierra con una escolta. Sólo podemos hacer conjeturas sobre su tamaño mediante comparaciones. Por entonces, se decía que Alejandro había empleado unos quince mil caballeros; en la misma área, en el siglo XIX, los ejércitos británicos admitieron que necesitarían cuatrocientos camellos para cargar el grano suficiente para alimentar a sus caballos un solo día. Nearco, el comandante de la flota, dijo que el tamaño de la expedición era de ciento veinte mil hombres, y no es probable que esta cifra se deba a la exageración o a la adulación. Cuando las familias, las concubinas y los comerciantes se sumaron a un viaje que seguramente duraría nueve meses, el alcance de las obligaciones que tenían los intendentes empezó a hacerse patente.

Necesitamos —escribió un coronel británico en una época en que la pólvora, las botas pesadas y los estribos habían aumentado las necesidades de los soldados— un extraordinario número de hombres, mujeres y niños, ponis, mulas, asnos y bueyes, y carretas cargadas con todo tipo de cosas imaginables e inimaginables: cereales, sal, vestidos, dulces, chales, zapatillas, herramientas para los torneros, los carpinteros y los herreros, material para los sastres y los zapateros, los perfumistas, los armeros, ordeñadoras y macheteros; los muchis debían trabajar la piel, los puculias transportar el agua, mientras que los nagurchis supervisarían la cantina del viaje. ¡Qué de camellos! ¡Qué gutural gorjeo de gemidos surgiendo de las largas gargantas de los machos lascivos y agresivos! Las varas resonando mientras algunos animales tiraban la carga y salían corriendo, y los cansados sirvientes a

menudo caían o perdían miserablemente la columna; miles de camellos muriendo, no sólo por el cansancio sino a causa de los maltratos, siempre excesivos. Esta es la descripción del equipaje de un ejército en la India; sólo el mercado de Smithfield puede rivalizar con él.

La protección y los suministros de la caravana de equipajes más grande que se había visto nunca en el Punjab era una razón apremiante para luchar con cualesquiera de los nativos que la amenazaran a lo largo de la ribera oriental. Otra razón era que Alejandro quería conservar todas las conquistas y despejar el río, al igual que los primeros reyes persas, como frontera natural para su Imperio. Incluso antes de la retirada del Beas, Alejandro había sido advertido de la resistencia de una tribu local a la que llamaban los malios. Durante mucho tiempo, sus miembros habían repelido los ataques de Poro y amenazado con oponerse a todos los invasores. Puesto que no era una práctica habitual de Alejandro dejar a esta clase de enemigos ilesos, empezó por sojuzgar a sus vecinos en las primeras etapas del descenso por el Jhelum y después planeó ir en busca de los malios, desembarcando en el punto en el que este río se encuentra con el Chenab. Hasta entonces, los barqueros nativos lo habían sobrellevado todo con audacia, sin mostrar ningún miedo en entornos tan extraños como lo fue el Zambeze para la primera tripulación europea. Sin embargo, en ese punto empezaron a hablar con nerviosismo de la corriente y, en una curva que apareció de repente en el río, los exploradores se dieron cuenta de a qué se referían. El Chenab fluía a su izquierda; «escucharon el rugido de los rápidos y detuvieron los remos… incluso los timoneles se sumieron en un temeroso silencio, asombrados por el ruido que se avecinaba». No había ninguna esperanza de detenerse antes de que los remolinos atraparan a los navíos de carga y los voltearan, cargados con grano y caballos; estas embarcaciones eran lo bastante pesadas como para mantenerse a flote, pero los barcos de guerra más ligeros quedaron destrozados con las colisiones, hasta el punto de que el propio Alejandro se vio obligado a abandonar el buque insignia real y nadar para salvar su vida. La perspectiva de tener que efectuar continuas reparaciones constituía otro elemento de tensión sobre la moral de los hombres.

Para no arriesgarse a sufrir un ataque de los nativos en el intervalo, Alejandro dejó las embarcaciones dañadas y prudentemente dividió sus fuerzas: Hefestión y lo que quedaba de la flota navegarían por adelante para cortarles el paso a los fugitivos. Ptolomeo, el equipaje y todos los elefantes seguirían lentamente detrás, mientras que Alejandro se llevaría a los soldados más fuertes para sorprender al grueso de los malios con sólo doce mil hombres. El plan se ajustaba al estilo más audaz de Alejandro e implicaba que la lealtad de sus hombres estaba fuera de toda duda. Estaba determinado a atrapar a su enemigo de improviso y, con admirable decisión, eligió la ruta más dura e inesperada: se intervino en los pueblos y, hasta que no se rindieron, no se les concedió más clemencia de la habitual. En primer lugar, los soldados se abastecieron de agua, procedente del río Ayek, y después atravesaron los

sesenta y cinco kilómetros de barro endurecido del desierto de Chandra en una sola noche, por lo que llegaron a tiempo para tomar por asalto a los desprevenidos habitantes de la fortaleza de Kot Kamalia y dar caza a los fugitivos que huían a las marismas de Harapur. Conduciendo a las tribus del este al otro lado del río Ravi, pusieron rumbo a la abrupta Tulamba, una ciudad que más tarde demostró ser demasiado para Tamerlán, y la «fustigaron tenazmente» hasta que todos los ciudadanos fueron esclavizados. Después, los hombres vacilaron y se preguntaron qué sentido tenía todo aquello.

Difícilmente se los podía culpar. Eran un cuerpo selecto, aislado de la flota, y muchos de los miembros de la infantería pasaban de los sesenta años; su dureza era única, aunque estaban exhaustos tras una marcha forzada de tres días a través del desierto, pero Alejandro no quería dejar solos a los malios. Su capital dominaba el río Ravi, circunstancia que podían utilizar para hostigar el equipaje de Alejandro, que se aproximaba hacia allí; habían reunido soldados contra él y no podían esperar que un hijo de Zeus diese la vuelta. Alejandro sabía que tenía que ir a su encuentro, y, en esta ocasión, una de sus famosas arengas bastó para que los agotados soldados reaccionasen. Lo escucharon hablar, sin duda de dioses y héroes, de Heracles, Dioniso y de su propia fortuna pasada; la emoción cedió ante los argumentos que conocían de sobras y «nunca antes fue tan entusiasta el grito que surgió de las filas, pues se ofrecieron a que los llevase adelante con la ayuda del cielo». No era la primera vez que Alejandro se salvaba gracias a sus habilidades oratorias, un don que a menudo había observado en su padre Filipo.

La arenga apremió al ejército a seguir adelante, pero ante las torres de la cercana fortaleza de Aturi los hombres empezaron de nuevo a rezagarse. Cuando se socavaron las murallas y se apoyaron escaleras contra la ciudadela, le correspondió a Alejandro trepar por ellas y «avergonzar a continuación a los macedonios uno a uno». Después de un breve descanso, se alcanzó el momento cumbre de la marcha: un enorme contingente de indios, «al menos cincuenta mil», se había reunido cerca de un vado al otro lado del río Ravi. Finalmente se trataba de los malios, pero éstos fueron hostigados hasta tal punto por los dos mil jinetes macedonios que se replegaron al otro lado del río y se encerraron en la ciudad más grande que tenían, la fortaleza de Multan.

Multan es un nombre grabado en el corazón de todos los ingleses que estuvieron en la India a mediados de la era victoriana; sólo alguien que hubiera participado en el asedio de Moolraj el Sij llevado a cabo por el capitán Edwardes en 1848 podría explicar a lo que se enfrentó Alejandro en este fatídico momento de su carrera. Como Edwardes, Alejandro estaba en inferioridad numérica, en una proporción de más de diez a uno; se acercó cruzando el río y acordonó la muralla exterior con sus jinetes hasta que la infantería pudo alcanzarlo. Multan, tanto entonces como ahora, era una

ciudad doble, circundada por una muralla situada cerca de la orilla del río y un terraplén interior que delimitaba la empinada ciudad-fortaleza ubicada en el centro. Su posición era de superioridad y la vista panorámica abarcaba una llanura de mangos, palmeras datileras y granados junto al río. La suntuosidad no era la cualidad distintiva. Multan, dicen todavía hoy las gentes del lugar, es famosa por cuatro rasgos: los cementerios, los mendigos, el polvo y el calor. En los primeros meses del año 325, Alejandro se encontraba atacando una fortaleza que era maldecida por su carácter poco amistoso.

Cuando llegó la infantería, Alejandro condujo a los hombres contra una de las pequeñas puertas cuyas sucesoras, siglos más tarde, darían acceso a los zapadores escoceses de Edwardes. La puerta cedió y los macedonios entraron en tropel: en un punto más alejado de la muralla, escribió Ptolomeo, anotándose un tanto en contra de su enemigo, «los soldados bajo el mando de Pérdicas se quedaron atrás». El siguiente ataque dio a los historiadores más de un incentivo para discrepar. El objetivo era la ciudadela propiamente dicha, que desafiaría a Edwardes durante dos semanas más de lo que lo había hecho la ciudad exterior. Alejandro se la encomendó a los zapadores y a los que abrían túneles, y envió a buscar a los hombres encargados de las escaleras. Su avance era lento, por lo que Alejandro se apoderó de la escalera que estaba más cerca y escaló él mismo las almenas; le siguieron tres oficiales veteranos, uno de los cuales llevaba el escudo sagrado de Aquiles que Alejandro había tomado en el templo de Troya a modo de botín. Los defensores indios fueron apartados con unos pocos golpes de espada hasta que el rey se alzó en lo alto, como en Tiro, con su reluciente armadura brillando contra el cielo.

Más abajo, las escaleras se habían roto y la guardia no pudo escalar la muralla. Alejandro estaba aislado en el ataque a las torres cercanas. Un hombre prudente habría saltado hacia atrás y regresado junto a sus compañeros, pero la prudencia nunca hizo que Alejandro estuviera dispuesto a perderse la gloria y, por tanto, lo que hizo fue saltar hacia la ciudad. Fue una hazaña memorable, aunque de lo más irresponsable. Cayó de pie junto a una higuera que le proporcionó una ligera protección contra las lanzas y flechas de los enemigos, pero éstos muy pronto se abalanzaron sobre él y tuvo que acometer una enérgica autodefensa. Repartió tajos con la espada y lanzó cuantas piedras encontró a mano: los indios retrocedieron, pues los tres acompañantes de Alejandro habían saltado para unirse a él llevando el escudo sagrado. Sin embargo, la destreza de los indios como arqueros fue su perdición; los que habían acudido para ayudarle resultaron heridos, y una flecha de casi un metro de largo atravesó el peto de Alejandro y se le clavó en el pecho. Cuando un indio corrió hacia él para acabar con su vida, Alejandro tuvo fuerzas suficientes para acuchillar a su atacante antes de que éste pudiera rematarlo; después se desplomó mientras la sangre manaba a borbotones bajo su escudo troyano.

Fuera, sus hombres habían hecho pedazos las escaleras y habían clavado las piezas en la muralla de arcilla a modo de peldaños; algunos se subieron a espaldas de otros y alcanzaron la almena, desde donde pudieron ver a su rey herido, y se lanzaron sobre él para protegerlo. Los indios habían perdido su oportunidad y, puesto que los enemigos habían roto las trancas de las puertas, huyeron para ponerse a salvo. Los macedonios se abalanzaron para vengar el agravio y, como los británicos que dos mil años después sufrieron la muerte de dos civiles, masacraron a la población de Multan, incluyendo a todas las mujeres y niños.

El examen médico demostró que la herida de Alejandro era extremadamente grave; los macedonios tenían pocas esperanzas cuando lo sacaron fuera sobre su escudo. Según Ptolomeo, que no estuvo presente, «por el corte salió aire, además de sangre»; esto podría ser una prueba indudable de que la flecha había perforado la pared del pulmón de Alejandro, lo que no se contradecía con la teoría médica de los griegos. Puesto que no se conocía la circulación de la sangre y estaba ampliamente extendida la creencia de que el corazón era la sede de la inteligencia, podía argumentarse que las venas estaban llenas de aire o de espíritu vital y que, en el caso de una herida, el aire salía primero, abriendo paso a la sangre. Puede que Ptolomeo sólo quisiera indicar que el espíritu vital se había escapado de las venas del rey, y de ahí la rapidez con que se desvaneció. Pero si, en efecto, la flecha perforó el pulmón como sugiere su largura, la herida constituye un acontecimiento de primera importancia. Alejandro nunca se libraría de ella; sería un obstáculo para el resto de su vida, y el mero acto de caminar, por no hablar de luchar, requeriría un extremo coraje. Después de Multan, no se sabe que se expusiera nunca más de un modo tan aguerrido en la batalla. Es verdad que no hay otros asedios que se describan con detalle, pero, cuando se menciona a Alejandro, éste siempre está viajando a caballo, en carro o en barca. El dolor que le provocaba la herida, quizá las lesiones de un pulmón perforado, fueron un lastre con el que tuvo que aprender a vivir. También lo hicieron sus cortesanos, pero, como suele suceder, ninguno de sus historiadores vuelve a referirse a sus problemas.

Por el momento, no estaba nada claro que Alejandro salvara la vida. Su médico griego, de la escuela hipocrática, le había arrancado la flecha, pero rápidamente se extendió el rumor de que Alejandro había muerto. Incluso Hefestión y el campamento situado en la vanguardia oyeron este rumor, y cuando recibieron una carta diciendo que Alejandro acudiría a reunirse con ellos, la acogieron con indiferencia pensando que era una falsedad de los generales y la guardia. Una semana después, Alejandro estaba listo para llevar a cabo lo que sabía que tenía que hacer. Ordenó a sus oficiales que lo condujeran al río Ravi y que lo embarcaran corriente abajo, hacia el grueso del ejército; la escena que sigue fue descrita por su almirante y nos da una idea de lo que suponía ser liderado por un hijo de Zeus.

Tan pronto como la embarcación real se aproximó al campamento, donde Hefestión y la flota estaban esperando,

el rey ordenó que se quitara el toldo de la popa para que todos pudieran ver su figura. Sin embargo, los soldados todavía no se lo creían, diciendo que era sólo el cadáver de Alejandro que era trasladado para el funeral. Pero entonces, el barco se situó en la orilla y él levantó su mano a la multitud. Los hombres lanzaron gritos de alegría, alzando las manos al cielo o hacia el propio Alejandro, muchos incluso derramaron involuntariamente lágrimas en este momento inesperado. Algunos de los Portadores de Escudo le llevaron una litera para transportarlo fuera del barco, pero Alejandro les dijo que no, que debían traerle un caballo. Y cuando lo vieron montado de nuevo sobre su caballo, los aplausos estallaron en todo el ejército: en las orillas y los bosques cercanos resonó el alboroto. Entonces Alejandro se aproximó a su tienda y desmontó para que pudieran ver que también caminaba. Los hombres se apiñaron a su alrededor y algunos intentaron tocar sus manos, otros sus rodillas, otros sus ropas; otros simplemente lo miraron de cerca y le dirigieron palabras que expresaban su devoción antes de apartarse. Algunos lo agasajaron con cintas, otros con todas las clases de flores que la India presentaba en esta época del año.

«Sus amigos estaban enfadados con él por correr semejante riesgo ante el ejército; decían que eso correspondía más a un soldado que a un general». La queja los delata; después de la muerte de Alejandro, ninguno de ellos lograría despertar nunca una devoción semejante. Un griego ya anciano se adelantó, observando el enojo de Alejandro: «Ser valiente —dijo con su tosco acento— es cosa de hombres», y añadió un verso de una tragedia griega: «El hombre de acción es deudor del sufrimiento y el dolor». Alejandro lo aprobó y lo incluyó entre sus amistades más íntimas. Había expresado el verdadero lema de un Aquiles homérico.

Fue como si la herida hubiese unido al rey y al ejército, pues no hubo más conatos de amotinamiento, sino sólo un asombroso alivio. En cuanto a los indios nativos, la masacre de Multan los indujo a enviar regalos de rendición e implorar por su «antigua independencia, de la que habían disfrutado desde Dioniso». Los regalos consistían en lino, un millar de cuadrigas, acero indio, leones y tigres de enorme tamaño, pieles de lagarto y caparazones de tortuga; bastaron para incorporarlos a la satrapía del noroeste de la India, pues es un punto de suma importancia el hecho de que Alejandro todavía intentaba gobernar lo que había conquistado. Tras una o dos semanas de convalecencia, en las que destacó la celebración de un espléndido banquete para los insignificantes reyes indios, que se reclinaron sobre un centenar de sofás de oro, Alejandro ordenó que la flota navegara hasta la curva en la que los ríos del Punjab se encuentran con la perezosa corriente del Indo; allí, sin duda desde su litera de enfermo, Alejandro puso de manifiesto sus continuos planes para el futuro. En primer lugar, repartió la satrapía de la India inferior entre un macedonio y el padre iranio de Roxana; después, cerca de Sirkot, fundó una Alejandría y la abasteció con diez mil soldados, mandándoles que construyeran astilleros «con la esperanza de que la ciudad llegaría a ser grande y gloriosa». Un poco más abajo del Indo hizo lo mismo, repitiendo las órdenes de construir astilleros y reforzar las murallas de la ciudad. Aunque los numerosos barcos que habían resultado dañados necesitaban ser reemplazados rápidamente, estas dos bases navales eran algo más que la respuesta a

una emergencia circunstancial. Podían ser puntos fuertes y duraderos en un plan para convertir el río Indo en frontera y canal de comunicación: los barcos procedentes de los astilleros patrullarían el río, mientras que las llanuras del norte que rodeaban Taxila y Bucéfala estarían cómodamente a su alcance.

Alejandro no se contentaría con unos simples astilleros. Ya había decidido explorar una nueva ruta, y por eso los veteranos, los elefantes y varias unidades de infantería se separaron para regresar a Susa por el camino habitual, resolviendo los problemas —de los que recientemente habían llegado noticias— que había entre los iranios del suroeste del Hindu Kush. El núcleo duro del ejército acompañaría a Alejandro, a pesar de su herida, hacia la desembocadura del Indo, desde donde podrían adentrarse en el desierto por el oeste y hacer el camino a casa siguiendo la orilla del golfo Pérsico por una ruta terrestre famosa por su dificultad. Una flota de tamaño considerable lo bordearía al mismo tiempo para comprobar el paso marítimo desde el Indo hasta la costa persa; la tarea del ejército era secundaria: mantener abastecida a la flota a lo largo de la ribera. Era un plan visionario que ahora empezaba a manifestarse. Si la flota y el ejército podían seguir adelante hasta Babilonia y la desembocadura del río Éufrates, reabrirían una valiosa vía de comunicación entre Asia y la India.

El objetivo, en líneas generales, merecía la pena, y la decisión de llevarlo a cabo era inteligente; bajo el Imperio romano, la ruta se convertiría en un frágil nexo entre la India y el mundo occidental. Sin embargo, el pasado muestra también la auténtica dimensión del plan de Alejandro, pues esta vía marítima era un paso de una asombrosa antigüedad. Dos mil años antes de Alejandro, el comercio procedente del valle del Indo había circulado en dirección al oeste, hacia el golfo Pérsico, llevando cobre, gemas, hierro y quizá pavos reales a los puertos cercanos a Susa. Heredero de esta larga historia de aventura, el rey de Persia Darío I había conquistado las mismas provincias fronterizas de la India y había enviado a buscar a Escílax, el explorador cario: aquél le había dicho que investigara el Indo y que navegara a través del océano Indico hasta el golfo Pérsico. Escílax ya había navegado por el Caspio. También había recorrido la costa de Arabia, hasta que regresó al golfo Pérsico y avivó el interés de su patrón en reabrir el canal de Suez de los faraones. Era un hombre emprendedor, y el Indo no causó problemas a su pequeña embarcación: escribió en griego el relato de su viaje y se lo dedicó, con fábulas y todo, a Darío. No hay ninguna razón para suponer que Alejandro lo hubiese leído, aunque demostró que posiblemente conocía el precedente persa del lugar: la primera de sus Alejandrías en el Indo se construyó en el emplazamiento de una antigua guarnición persa, observada por Escílax, que se había establecido doscientos años atrás. Una vez más, el mérito relativo a la ubicación de una Alejandría no corresponde a su homónimo, sino a un distrito administrativo persa olvidado durante mucho tiempo, cuyos edificios

proporcionaron los materiales para construir la ciudad.

El desarrollo posterior de este tipo de urbanizaciones depende de la guerra. La flota de Alejandro había estado en el río durante seis meses o más, y, en la primavera de 325, se encontraba todavía a dos meses de viaje desde el océano; los hombres estaban necesitados de comida, y cuando oyeron hablar de un próspero reino en la ribera oriental cuyo rey todavía no había enviado emisarios, siguieron entusiasmados a Alejandro en una incursión. Su aproximación fue tan rápida que los indios se asustaron y les enviaron joyas y elefantes para sobornarlos, y admitieron además que «estaban equivocados, pues era el modo más seguro de que Alejandro les concediera lo que querían». Alejandro admiró su nueva conquista y dejó a su rey al mando, supervisado por otra guarnición:

Aquí los hombres gozan de una larga vida, algunos alcanzan la edad de ciento treinta años… Incluso utilizan un sistema de rancho soldadesco, como los espartanos, en el que los hombres son alimentados a expensas del Estado. Tienen minas, pero no utilizan ni el oro ni la plata; no se ocupan mucho de la ciencia, excepto de la medicina; algunas de las otras ciencias, como la teoría militar, están consideradas una práctica criminal.

Este intento de explicar una comunidad brahmánica en términos griegos no se ajustaba a los acontecimientos que siguieron. Mientras el ejército se desplazaba al este para incendiar y destruir las ciudades rebeldes en la frontera, el rey brahmán rompió su palabra y permitió que sus súbditos se rebelaran del modo más implacable, pues lo que los alentaba no era un manual militar sino los sermones de las sectas brahmánicas. Su resistencia se convirtió en una venganza sagrada, apoyada por el uso de flechas envenenadas, y sólo finalizó cuando se colgó a los eruditos instigadores y se destruyeron todas las comunidades conflictivas. Los suplicantes fueron perdonados en nombre de los dioses, pero «más de ochenta mil indios» fueron ejecutados, de acuerdo con la versión más exagerada, que de este modo afirmaba que el total de nativos muertos en los últimos seis meses ascendía a más de doscientos cincuenta mil. Las cifras no son fiables pero debieron de impresionar, no horrorizar, a la mayoría de los lectores. No por quemar y masacrar a patriotas mal equipados el estilo de hacer la guerra de Alejandro se había vuelto de repente más salvaje, fruto de la irritación provocada por un fracaso y una herida; como en Tebas, Tiro o Gaza, como en el Swat, y no menos que en la Sogdiana, el trato que Alejandro daba a los rebeldes nunca había mostrado ninguna clemencia ni había dado motivos a los patriotas para esperar el perdón. Sin embargo, con el fin de mantener contentos a sus hombres, les permitió que por una vez saquearan lo que habían sometido.

No fue hasta mediados de julio cuando finalizó el viaje por el río. El ejército acampó cerca de Pátala, en el último de los insignificantes reinos que era lo bastante rico como para abastecerlos; la mayoría de los nativos había huido, y mientras fortificaban pueblos y cavaban pozos para obtener agua en el suelo de esquisto que limitaba con el desierto, Alejandro dispuso que se construyera un muro en la

ciudadela de Pátala y otro astillero en la parte alta del estuario del Indo. El resultado, llamado la Ciudad de Madera, se construyó con este material, el único que tenían a mano. Cuando el trabajo le pareció satisfactorio, Alejandro se embarcó con sus amigos en las naves más veloces y dispuso una rápida incursión hacia el cercano océano. Para un hombre herido, el riesgo era considerable, pues los nativos habían huido y no había pilotos locales que pudieran ser reclutados. Alejandro sabía que tenía que mostrar el camino a los barcos antes de pedirles que siguieran: tenía sus razones, pero, una vez más, puesto que no conocían el lugar, estas razones se verían frustradas debido a la aparición del monzón en el mes de julio.

Los oficiales habían llegado a acostumbrarse al calor que hacía en verano en el gran desierto de Thar, que se extiende al este a lo largo de la otra orilla del Indo. En los relatos lo describieron de un modo detallado, e incluso habían observado las gambas y los pequeños peces que hay en el río. Sin embargo, no habían contado con la lluvia y el viento. Tan pronto como Alejandro se embarcó en el delta, una tormenta hundió a muchos de los barcos más sólidos, y aunque durante las reparaciones finalmente se capturaron guías procedentes de las tribus cercanas, ni siquiera sus habilidades podían evitar la climatología. A medida que el delta se ensanchaba, el viento soplaba tan fuertemente desde el mar que los remeros perdieron el ritmo y se vieron forzados a refugiarse en aguas estancadas. Después de permanecer anclados, descubrieron que se habían elevado y que estaban en tierra seca: era la primera vez que los marineros de Alejandro se encontraban con la marea, «y ésta les causó una consternación considerable, sobre todo cuando a su debido tiempo el reflujo cambió y los barcos se encontraron flotando de nuevo en el río». Entre las tripulaciones macedonias, esta novedad conllevaba un mayor riesgo y se tomaron más precauciones, de modo que Alejandro envió a dos de sus navíos de transporte más sólidos, de fondo plano, para inspeccionar ulteriores peligros antes de proseguir su avance. Informaron de que había una isla convenientemente situada en mitad de la corriente; Alejandro siguió adelante con algunos de sus más bravos capitanes hasta que, finalmente, el embate de las olas pudo oírse en el trirreme real. Había alcanzado el Mar Exterior, pero no se trataba del mar oriental al que en otro tiempo se había dirigido.

El éxito envalentonó a las tripulaciones. En primer lugar, Alejandro «ofreció sacrificios en la isla que había en la desembocadura del río a aquellos dioses que, según dijo, le había indicado Amón»; al día siguiente, navegó hasta una isla que se encontraba más lejos y ofreció diferentes sacrificios a diferentes dioses; «también éstos se hicieron de acuerdo con la profecía de Amón». Después, aventurándose directamente hacia mar abierto, «sacrificó toros al dios del mar, Posidón, y los arrojó a las aguas; vertió libaciones y lanzó su copa de oro y los cuencos dorados a las olas». Al regresar al campamento base remontando el río, buscó un brazo occidental

en el estuario del Indo y también lo exploró, encontrando que era más navegable debido al refugio que proporcionaba un lago que había tierra adentro. Aquí, en lugar de sacrificios, lo que dejó fue un proyecto para construir un cobertizo destinado a los botes e instalar una guarnición.

Estos sacrificios no eran el gesto de gratitud de un explorador romántico; el Mar Exterior sólo era visitado con un propósito, y hacía tiempo que Alejandro había revelado cuál era. Mientras el ejército marchaba al oeste siguiendo la orilla, los barcos dejarían la desembocadura del Indo, torcerían para cruzar el océano índico y entrarían en el golfo Pérsico con el viento del monzón tras ellos; para una flota recién ensamblada, la perspectiva resultaba aterradora, y por tanto Alejandro había ido al océano y había hecho disposiciones para comprobar en persona la primera etapa con un apropiado sentido del deber. En sus planes sólo quedaba un cabo por atar: puesto que él marcharía por tierra, necesitaba un oficial para dirigir la expedición naval. Buscó entre sus amigos y eligió, con gran acierto, a un cretense que también escribiría una historia.

Alejandro —escribió el cretense Nearco, que se había establecido en Macedonia desde hacía mucho tiempo y que, a lo largo de su vida, siempre fue amigo del rey— deseaba apasionadamente hacerse a la mar desde la India rumbo a Persia, pero temía la duración del viaje y la posibilidad de que la expedición pudiera encontrarse con una región desierta, que no pudiese hallar un fondeadero o que anduviese escasa de suministros y que, por tanto, fuese completamente destruida. De ser así, esto no mancillaría sus pasadas hazañas ni borraría toda su buena suerte. Aun así el caso, su deseo de hacer algo que fuera nuevo y extraño triunfó sobre sus miedos.

Sólo un explorador puede comprender el poder de estos sentimientos; Alejandro discutió con Nearco las posibles opciones del almirante, «pero —escribió su amigo, escogiendo astutamente las palabras— mientras se enumeraba una opción tras otra, Alejandro ponía objeciones a todas ellas; algunos hombres, dijo, no eran lo bastante resistentes; otros no deseaban arriesgarse por él; otros anhelaban regresar a casa». Y de este modo se preparó terreno para Nearco: «Mi señor —dijo—, yo estoy preparado para dirigir tu expedición, y que el cielo me ayude en la empresa». Alejandro objetó que «no deseaba exponer a uno de sus propios amigos a semejante penuria y peligro». Nearco imploró y rogó, y finalmente se le permitió ir.

La elección quizá fue menos dramática de lo que su héroe sugirió en las memorias que escribió; Nearco había estado comandando la flota durante los últimos diez meses. También los preparativos fueron incómodos. Muchos de los trirremes estaban anegados o apenas habían sido reparados, y, en cuanto a las finanzas, el aspecto más misterioso de la carrera de Alejandro, por una vez se sabe que añadieron un motivo de ansiedad. Las arcas del tesoro de viaje del rey estaban vacías, de manera que el dinero para contratar guías y comprar suministros sólo podía conseguirse recaudando un impuesto entre sus amigos. La decisión fue impopular y varios intentaron zafarse, entre ellos el propio Eumenes, el secretario real, que al

parecer se negó a entregar dos terceras partes de su paga hasta que Alejandro ordenó que se prendiera fuego a su tienda para poner al descubierto el auténtico alcance de su riqueza. Una vez que se acató, el impuesto forzó de hecho a los oficiales a involucrarse en los preparativos: «El esplendor del equipo, la elegancia de los barcos y la sorprendente preocupación por los oficiales y las tripulaciones, animaron incluso a aquellos que muy poco antes habían mostrado inquietud por la empresa».

Así fue como Alejandro desafió a los vientos, a su herida y a la falta de pilotos para aventurarse en el Mar Exterior. «Lo que contribuyó en gran medida al entusiasmo de los marineros fue el hecho de que Alejandro hubiera navegado por cada una de las desembocaduras del Indo en persona y hubiera ofrecido sacrificios a los dioses del mar. Siempre habían creído en la extraordinaria buena suerte de Alejandro, y ahora sentían que no había ningún riesgo que no pudiera asumir y salir airoso de él». De ahí el viaje al océano, pues una lesión en el pulmón no alteró la actitud de Alejandro a la hora de liderar a sus hombres. Sin embargo, los siguientes tres meses de marcha sí acabarían alterando la fe de los soldados en la suerte e infalibilidad de su caudillo.

28. MARCHA A TRAVÉS DEL DESIERTO DE MAKRAN

La nueva expedición había de convertirse en la empresa más desagradable de la carrera de Alejandro. También es la más desconcertante. La posteridad ha adornado a Alejandro con muchas virtudes diferentes, cada una de las cuales se ajusta a los gustos de cada época: ninguna se ha generalizado tanto ni ha sido tan persistente como la idea de su invencibilidad. Instauró un modelo para los emperadores romanos y mantuvo su atractivo ciento cincuenta años después de su muerte para los reyes y los colonos de las Alejandrías del Alto Irán. Sin embargo, los últimos tres meses de 325 deberían haber desmentido la leyenda. Alejandro el Invencible iba a sufrir una derrota extremadamente grave; peor aún, a primera vista, parece incluso como si él mismo la hubiera provocado. Para muchos, esto es tan impensable que se ha llegado a considerar que la ruta y sus objetivos, en contra de los hechos, estaban en otros lugares, y, en algunas disquisiciones, incluso se ha llegado a transformar las condiciones del terreno para salvar su reputación.

Mientras la flota se hallaba inmovilizada a causa de los vientos adversos en la desembocadura del Indo, el ejército de tierra partió a través de las llanuras estériles y arenosas que se despliegan al noroeste de la actual Karachi. Agosto tocaba a su fin y el agua escaseaba, pero en los alrededores del río Hab habían conseguido expulsar a las tribus oritas, «durante mucho tiempo un pueblo independiente», tras una escaramuza. No se mostró la más mínima clemencia y, cerca del lago Siranda, los soldados pudieron saciar su sed. Habían recorrido ya casi doscientos cincuenta kilómetros con una temperatura de 38 grados, y muchos sufrían irritaciones en la piel causadas por la arena; todavía estaban incendiando y arrasando la resistencia local que encontraban a su paso, pero no mostraban signos de desfallecer ante la tarea que les esperaba. Las intenciones del rey, por tanto, merecen considerarse con atención.

Su almirante, Nearco, que mientras tanto se había demorado en el Indo, dejó una breve explicación.

No es que Alejandro ignorase las dificultades del viaje, pues había oído que ninguno de los que se habían aventurado por ese camino llevando consigo un ejército lo había atravesado sin sufrir graves percances; la reina Semíramis, a su regreso de la India, sólo trajo de vuelta a veinte supervivientes; el rey Ciro únicamente a siete. Estos rumores le insuflaron el deseo de rivalizar con Ciro y Semíramis; al mismo tiempo, Alejandro deseaba estar cerca de su flota y mantenerla abastecida con todo lo necesario.

Las tribus del desierto habían enviado emisarios para rendirse cinco años atrás, por lo

que las dificultades del lugar sin duda le eran familiares. Sin embargo, no hay ninguna leyenda conocida que vincule a Semíramis, heroica reina de Babilonia, con semejante marcha por el desierto. El único monumento local era la «colina de Semíramis», identificada al final del viaje, donde Alejandro y Nearco se reencontraron. Por entonces los soldados habían sufrido de un modo terrible y cualquier excusa fue bienvenida. Podría decirse que el nombre de Semíramis fue acogido por los supervivientes a modo de consuelo, al haber marchado también ella a través del desierto; «sólo veinte» lo consiguieron, dijeron los oficiales, mientras que Alejandro había «salvado» a miles. Bagoas y otros persas podían añadir una historia similar en relación con Ciro. Cuando partió, Alejandro no necesitaba ningún precedente, ni tampoco lo sugería el paisaje. Las dificultades de la aventura, como siempre, lo atrajeron, tanto a él como a sus hombres. Los percances de otros reyes sólo se inventaron al final. Sin embargo, fue la flota lo que mantuvo a Alejandro en su fatídica ruta.

Puesto que había fundado otra Alejandría en el río Maxates, en el emplazamiento de una de las antiguas ciudades comerciales del desierto de Beluchistán, había dos líneas de avance disponibles por el oeste. Como Tamerlán o Baber después de él, Alejandro podía alejarse de la orilla del golfo Pérsico y dirigirse al noroeste, donde las aguas del río Porali riegan la fértil zona de Welpat; Alejandro alcanzaría el lugar en el que se encuentra la actual Bela, desde donde un abrupto camino bordea los montes de la costa, al sur, y corre por el oeste hasta Kirman a través de una campiña rodeada de acantilados y arena que sólo es soportable gracias a los racimos de dátiles y los campos de cereales. Si aquí hubiera habido un paso seguro, el ejército de Alejandro habría sido un buen rival para las legendarias hazañas de Ciro y Semíramis, pero él y sus hombres se encontraron bloqueados desde la orilla por una cadena de montañas; a una distancia de cientos de kilómetros, no podría ponerse en contacto con la flota o cavar pozos a su conveniencia. Por tanto, Alejandro probablemente inició la ruta intentando tomar el camino hacia el sur de las colinas, y en muy pocas ocasiones debió de alejarse más de treinta kilómetros del mar hasta que alcanzó Gwadar. Después de todo, su plan dependía del vínculo entre la flota y el ejército; los gedrosios, un pueblo del Makran, habían enviado noticias de su rendición nada menos que en el otoño de 330, por lo que la resistencia, en el peor de los casos, sería de carácter tribal.

El plan, en sí mismo, sin duda valía la pena. Apoyada desde tierra, la flota navegaría hacia el oeste desde el Indo hasta el golfo Pérsico, y de ahí a la costa de Babilonia; un canal fluvial era en el mundo antiguo lo que de algún modo fue el ferrocarril en el siglo XIX europeo, y si la flota de Alejandro tenía éxito en su navegación reabriría la ruta más rápida disponible entre Asia y la India. Ahora bien, la velocidad que podían alcanzar los barcos no siempre era predecible. Con viento de

popa, el viaje hacia el oeste duraba al menos seis semanas: regresar a la India sólo sería posible en primavera, cuando el monzón cambiase de dirección. Aunque para los mensajeros y la estrategia el valor que tenía este itinerario era limitado, como ruta comercial ofrecía algunos riesgos y muchas posibilidades para los marineros pacientes. En la India, Alejandro había descubierto lujos y materias primas que las cortes de Asia estarían encantadas de utilizar, y, a lo largo de la historia, los lujos han sido el motivo que ha impulsado a los comerciantes a emprender las rutas más espectaculares. Los exploradores de Alejandro habían encontrado oro, plata y montículos de sal; sus soldados habían recogido piedras tan preciosas como el jaspe y el ónice en los ríos que se les había pedido que cruzaran. Había marfil, cuernos, muselina y balas de algodón listas para ser recogidas; los perros y los elefantes indios eran un cargamento valioso. Y, sobre todo, estaban las especias: los espicanardos y la casia, el cardamomo, la balsamina y la mirra, el ácoro aromático, el bedelio resinoso y el *putchuk*, que crece en el Punjab y el delta del Indo.

La lista de las especias que los griegos conocían después de la muerte de Alejandro era cinco veces más variada que antes. Para elaborar medicinas y cocinar, para las esencias, los fumigantes y los jabones, una amplia gama de especias hacía las delicias de los hombres ricos, y, si bien el comercio entre la India y Asia debía de ser un negocio lento y peligroso que era mejor dejar en manos de los mercaderes extranjeros, sólo en especias había suficiente importación para hacerlo atractivo. Resultaba mucho más barato realizar el transporte por barco; sólo un lujo inestimable poseía el valor necesario para que un comerciante corriera el riesgo de acometer un viaje tan largo.

Con relación a este tema, los planes de Alejandro eran ambiciosos: había pedido a sus almirantes que se mantuvieran cerca de la costa y que inspeccionaran cualquier cosa que pareciera un puerto, un suministro de agua o un trecho de tierra fértil; tenía esperanzas de colonizar la orilla y facilitar el viaje a los futuros marineros, pero incluso en este punto se le habían anticipado; la exploración del océano Indico y el golfo Pérsico no era una idea tan nueva como parecía. Durante los últimos dos mil años, los comerciantes habían estado navegando por el oeste desde el océano Indico hasta Babilonia, y en otro tiempo habían prosperado las ciudades junto a los ríos de la costa del Makran; los reyes persas habían heredado la tradición, y, doscientos años antes de Alejandro, Darío I había establecido a marineros griegos y carios en la desembocadura del Éufrates para acelerar las rutas navales que se encontraban en ese punto procedentes del este. Cuando se construyó el gran palacio persa de Susa, la madera de siso para las columnas se embarcó desde el Punjab siguiendo la misma ruta marítima que ahora Alejandro planeaba explorar. Como en el Indo, Alejandro no era consciente de que el capitán Escílax había navegado doscientos años atrás y demostrado a su emprendedor amo persa la existencia de una ruta comercial que se

utilizaba desde hacía mucho tiempo.

Por tanto, siguiendo una antigua ruta marítima, Alejandro eligió marchar cerca de la orilla. De acuerdo con su almirante, «no ignoraba las dificultades de la ruta». Cinco años atrás, Alejandro había recibido embajadores de los gedrosios, hombres del Makran, que habían prometido rendirse, pero el comentario de Nearco, que se queda corto, no deja claro cuál era el alcance de sus conocimientos. Al marchar por este camino del sur, Alejandro estaba intentando acometer la ruta más abominable de toda Asia. Desde entonces, ningún ejército comparable lo ha intentado nunca, y los pocos exploradores que se atrevieron sufrieron de un modo tan atroz que dudaron incluso de que el Invencible pudiera haberlos precedido, a menos que el desierto del Makran hubiese sido más benigno en la época de Alejandro que en la suya. Ahora bien, esta marcha deliberada por la costa está fuera de discusión. En cuanto al desierto, si bien había albergado ciudades junto a los ríos de la costa dos mil años atrás, la geología sugiere que nunca ha sido benigno. Los oficiales de Alejandro lo describen como «menos abrasador que el calor de la India», pero no pueden decir lo mismo de sus dunas de arena o su esterilidad. «Alejandro no ignoraba las dificultades…». Sólo un explorador puede comprender la marcha a través del Makran, pues posee ese tipo de temperamento que ha llevado a los hombres a intentar escalar la pared más escarpada del Everest en la peor estación del año o a conquistar el Polo Norte con la ayuda poco adecuada de un globo de aire caliente. Hay un impulso en el hombre que lo induce a atreverse con lo que otros han pensado que no era posible realizar; por otro lado, Alejandro nunca había creído en lo imposible. Makran era la ambición de unos hombres que deseaban batir un récord y que no habían dejado nada que conquistar salvo un paisaje que incluso la propia Persia había dejado en paz. No es que la ruta fuera difícil; posiblemente era la marcha más infernal que Alejandro podía haber elegido. Pero nadie se opuso.

Hay indicios de que Alejandro sabía que las cosas serían más o menos así. Unos dos meses antes, cuando se aproximaba a Pátala descendiendo por el Indo, ya había destacado a todos los veteranos macedonios a los que quería licenciar, probablemente unos diez mil, y los había enviado junto con dos brigadas de mercenarios y todos los elefantes al oeste, hacia las faldas del Hindu Kush, desde donde podrían seguir por el exuberante y agradable valle del Helmand y alcanzar el centro del Imperio sin tener que pasar por las incomodidades del desierto. Por consiguiente, se sabía que el viaje por el Makran era una dura prueba, pero el resto del ejército tenía la esperanza de que el riesgo valiera la pena, lo que de algún modo indica que se tenía cierto conocimiento de la zona. Se entretuvieron entre Pátala y Karachi hasta principios de agosto; no avanzarían por las arenosas dunas del Makran hasta septiembre, para cuando podía muy bien esperarse que las cortas pero regulares lluvias cayeran sobre las colinas y fluyeran hacia la costa. Si hay una estación favorable para el Makran,

ésta se sitúa tal vez a finales de otoño; la costa, por ejemplo, constituye un prolífico hogar para la planta llamada algodón de seda (*Calotropis procera*), de dulce fragancia, que derrama sus semillas altamente venenosas desde junio hasta principios de septiembre. El cálido viento estival las arroja contra el rostro de los viajeros que se desplazan en verano y que, en consecuencia, sufren por ello; al entrar en el Makran a mediados de septiembre, Alejandro evitaría al menos el desalentador viento y el veneno.

Sin embargo, la cuestión de los suministros es la más adecuada para calcular las precauciones que adoptó, pues éstos no dependen meramente de la competencia o incompetencia de Alejandro, un tema al que las diferentes líneas de investigación se han aproximado de manera distinta a pesar de lo exiguo de los hechos. Los suministros dependen también del alto mando de Alejandro y, si bien no se trata de minimizar o justificar la catástrofe, la marcha a través del Makran había sido acordada y discutida por los mismos oficiales del alto mando que habían transportado a más de cien mil hombres por el Indo y equipado a un ejército hasta un lugar tan alejado como el Beas. No hay duda de que en el pasado los soldados habían pasado hambre, pero esto constituía una razón de más para prever sus necesidades en el futuro. Se sabía que el Makran era un desierto difícil y, pese a ello, los oficiales confiaban en que Alejandro los llevaría a través de él; es impensable que hubiesen adquirido esta confianza sin que se les hubiera explicado previamente cuáles eran las posibles fuentes de comida. Si Alejandro hubiese decidido intimidarlos hablándoles sólo del desafío de llevar a cabo una exploración plagada de dificultades así como de las penurias de Ciro y Semíramis, habría estado justificado que desertaran o que envenenaran a un caudillo que claramente había perdido el sentido de lo que era posible. No hicieron ninguna de estas dos cosas y, de hecho, hay pruebas de que la marcha había sido cuidadosamente planificada. La región que rodeaba Pátala era rica en cereales y ganado, y Alejandro había ordenado saquear las pilas de cereales amontonadas por los nativos: «los suministros para cuatro meses de expedición» fueron debidamente almacenados en el campamento base antes de que los hombres partieran hacia el río Hab, y cuatro meses era lo que probablemente duraría una marcha por el desierto a través del país de los oritas y los gedrosios.

La suerte que corrieron estas provisiones en Pátala es más misterioso. Los carromatos y los animales de carga siguieron al ejército de tierra por el desierto, junto con los niños, las mujeres y los comerciantes. Está claro que Alejandro y sus hombres no eran conscientes del castigo a que iba a someterles el Makran, y que él esperaba que una parte de las provisiones podría transportarse a través de la arena por medio de fardos y carros.

Sin embargo, Alejandro no podía haber planeado escoltar más que una pequeña parte de los suministros en el séquito del ejército. Su volumen era excesivamente

grande, por lo que la estrategia sería la misma que aplicó durante los años transcurridos en la costa mediterránea. Las provisiones del ejército se cargarían en unas enormes gabarras para almacenar grano que, de este modo, abastecerían al conjunto de la expedición desde el mar. Los relatos sólo dan a entender que Alejandro estaba preocupado por abastecer a la flota de agua, y no hay ningún comentario claro sobre su propia dependencia de los barcos. Puede que se trate de la ocultación de un plan que fracasó, o puede ser un ejemplo más de la concentración de historias contradictorias sobre el papel desempeñado por Alejandro. Pues el vínculo con la flota se planeó seguramente para salvar a Alejandro, pero, por una vez, su famosa buena suerte lo abandonó.

En primer lugar, los vientos del monzón soplaron en el Indo hasta mediados de octubre y retuvieron a la flota con los suministros durante tres meses. Alejandro no había tenido en cuenta el clima de la estación. En segundo lugar, las tribus lanzaron un ataque. Antes de entrar en el Makran, Alejandro dejó a varios miles de soldados, a un Escolta y a un sátrapa para rematar la conquista de los oritas y levantar la nueva Alejandría en el antiguo emplazamiento del río; al parecer, al sátrapa se le dieron órdenes tajantes, y éstas se deducen fácilmente de lo que siguió. Cuando la flota finalmente alcanzó el primer almacén que había en su territorio, los soldados cogieron suministros para diez días. Estaba claro que el sátrapa iba a constituir el vínculo entre Alejandro y la flota. Se le había ordenado que llenara sus almacenes para ajustarse al ritmo del ejército y que detallara los puntos de encuentro con Alejandro. Estos lugares se habrían especificado a partir del conocimiento de la región de los oritas. Sin embargo, cuando Alejandro marchó por el oeste, los oritas que había alrededor de la nueva Alejandría se unieron a sus vecinos y hostigaron al sátrapa y a la flota que se encontraba en algún lugar del Indo. Quizá quemaron una parte de los suministros almacenados. Lo que sí es seguro es que asesinaron al sátrapa en una dura batalla. Mientras tanto, Alejandro estaba lejos, en el Makran, y diariamente se desesperaba por contactar con la flota y los principales suministros. Nunca se le ocurrió culpar de su ausencia al incesante viento. Sólo podía pensar que el sátrapa había traicionado sus órdenes, por lo que envió las disposiciones necesarias para que fuera depuesto tan pronto como el ejército hubiese superado el desierto. No sabía que el hombre había muerto y, menos aún, que responsabilizaba de lo sucedido a alguien que era inocente, aunque su culpabilidad resultaba plausible.

Alejandro estaba dirigiendo a un ejército de tierra que era grande, cuando no excesivo; alrededor de la mitad de los Compañeros de a Pie y tres cuartas partes de los Portadores de Escudo, muchos de los cuales sobrepasaban los sesenta años, habían sido enviados a casa por la ruta más fácil; sin embargo, la expedición de Alejandro todavía sumaba unos treinta mil combatientes, ocho mil de los cuales eran macedonios, aunque ser precisos en este punto es imposible, puesto que

desconocemos el número de barcos y marineros destacados con la flota. Se los podría haber alimentado sin problemas si el sátrapa de los oritas, en la retaguardia, hubiese cumplido las órdenes y si el Makran no hubiese sido un desierto mucho más terrible que el que conducía a Siwa. Pero la flota se retrasó, y la marcha a través del Makran fue tan indescriptiblemente atroz que ninguno de los dos oficiales que muy probablemente lo atravesaron pudo ofrecer una crónica que fuera más allá del dulce perfume de las diferentes clases de flores del desierto y de un trivial esbozo de anécdotas.

Le correspondería a Nearco, que seguía la expedición por mar, describir lo que realmente sufrieron los soldados que fueron por tierra; Nearco debió de oírlo con suficiente claridad por boca de Alejandro y de sus oficiales cuando finalmente se reencontraron. El inicio del viaje en tierra de los oritas no fue nada comparado con las pruebas que siguieron; en el Makran, el territorio de los gedrosios, el paisaje era tórrido, yermo y descorazonador. Los hombres sólo viajarían de noche, aunque ni siquiera entonces la temperatura bajaba de los 35 grados, y cuando la verdadera naturaleza del desierto se pusiera de manifiesto, se verían forzados a recorrer veinte o incluso veinticinco kilómetros en una sola etapa. Sobre grava sólida habían demostrado que podían hacerlo, pero el Makran no es sólido; es una ciénaga blanda de arena fina que forma dunas y valles como olas en un mar turbulento.

En algunos lugares las dunas eran tan altas que había que subir y bajar abruptamente, sin mencionarla dificultad de sacarlas piernas de los profundos hoyos que se formaban al avanzar por la arena; cuando se montaba el campamento, a menudo se dejaban unos dos kilómetros y medio de distancia hasta los pozos de agua para evitar que los hombres se zambulleran en ellos para aplacar la sed. Muchos se habrían arrojado a su interior aun llevando puesta la coraza y habrían bebido como peces bajo el agua: después, al hincharse, su cuerpo habría subido a la superficie tras haber exhalado su último aliento, con lo cual la pequeña porción de agua disponible quedaría inutilizada.

Las esperadas lluvias de verano, que fluirían de las montañas y «empaparían las llanuras y llenarían de agua los ríos y los pozos» todavía no habían caído a lo largo de la costa; esto era mala suerte y, para colmo de infortunios, cuando las lluvias cayeron por fin lo hicieron fuera de su campo de visión, en las montañas, y sorprendieron al ejército acampado cerca de un pequeño cauce. Poco antes de medianoche, la corriente empezó a crecer con el aluvión de agua fresca que manaba desde su fuente, lo que provocó una inundación en un abrir y cerrar de ojos. «Se ahogaron la mayoría de las mujeres y los niños que todavía seguían a la expedición, y la corriente arrastró todo el equipamiento real, incluyendo los animales de carga que quedaban. Los hombres apenas consiguieron salvarse a sí mismos e incluso perdieron muchas de sus armas».

Al hambre se sumó la desesperación. Mientras los animales de carga sobrevivían, podían sacrificarse de manera extraoficial y los soldados se los comían; muchos animales murieron a causa de la sequía o se hundieron en la arena, «como si fuera barro o nieve virgen», y éstos eran un blanco legítimo incluso para los oficiales. Los

dátiles y los corazones de las palmeras estaban disponibles para quienes estuvieran en situación de apoderarse de ellos, mientras que se intercambiaban las ovejas y la harina molida a los nativos: en el Makran era costumbre que, en los años en los que la cosecha maduraba sin abrasarse, se almacenase suficiente cantidad como para que durase las tres estaciones siguientes. Cuando al principio la flota no consiguió reunirse con el ejército, Alejandro se la jugó. Había seguido adelante por la ruta más aconsejable, pero finalmente se dirigió tierra adentro en plena desesperación. Sin embargo, tan pronto como encontró alimentos, demostró su grandeza. Razonando que por aquel entonces la flota también debía de estar pasando hambre, ordenó que una parte de los alimentos se llevara a la costa. Esta decisión condicionaría la nueva ruta del ejército. Como de costumbre, Alejandro no sería el primero en reclamar su parte cuando emprendieran la marcha. No así sus hombres, que se comieron las provisiones cuando se les confió su envío a la costa.

Cuanto más cerca se mantenían de la costa, mayores molestias les causaban los gedrosios. Los hombres del Makran eran «poco hospitalarios y unos completos brutos. Dejaban que las uñas les crecieran desde que nacían hasta que se hacían viejos, y llevaban el cabello enmarañado: su piel estaba quemada por el sol y se vestían con pieles de animales salvajes (o incluso de grandes peces). Se alimentaban de la carne de las ballenas que quedaban varadas». Era un pueblo que todavía vivía en la Edad de Piedra y cuyos habitantes utilizaban sus largas uñas en vez de herramientas de hierro: el ejército llamó a estos vecinos «ictiófagos», devoradores de peces, porque atrapaban a los peces mediante redes hechas con corteza de palmera y se los comían crudos. Construían las casas con caparazones de ostras y huesos de ballena, como hacían los esquimales pero en un ambiente más cálido; unas pocas ovejas deambulaban por la orilla del mar, donde el desierto da paso a los guijarros y a los acantilados de sal; las mataban y se las comían crudas, pero su carne sabía horriblemente a pescado. Los peces muertos habían infectado todo el territorio debido al calor, que nunca, ni siquiera en una noche de otoño, se moderaba, por lo que los cadáveres se descomponían y llenaban el aire del hedor de la putrefacción. El ejército llegó incluso a recoger la fragante citronela que crecía en los valles del desierto para utilizarla a modo de cama o en los techos para las tiendas, con el fin de disipar el insoportable olor de la descomposición que los rodeaba.

Había otras plantas que eran menos agradables. Cuando empezó la marcha, los mercaderes orientales que seguían al ejército, estuvieron recogiendo con entusiasmo las especias que crecían en el desierto, entre las tierras de los oritas y los alrededores de la nueva Alejandría, y cargándolas en sus mulas con la seguridad de que encontrarían un mercado y una fortuna si conseguían llevarlas a casa. Sin embargo, la mayor parte de las mulas había muerto y la recolección de plantas se consideró un peligro, pues entre las especias crecía una adelfa venenosa cuyas hojas, puntiagudas y

ásperas como las del laurel, segregaban un jugo que provocaba que los hombres o los animales que las comían echaran espuma por la boca como si se vieran afectados por la epilepsia y que murieran entre terribles dolores debido a las convulsiones que provocaba. No dejaban pastar a las mulas y los caballos, pues también crecía en esas tierras un tipo de euforbia con pinchos cuyo jugo lechoso, utilizado por los pigmeos para envenenar las flechas, dejaba ciegos a los animales si llegaba a tocarles los ojos. Sus frutos estaban incitantemente desparramados por el suelo.

Una vez más, fueron las serpientes las que acabaron con las esperanzas que tenían los hombres de estar tranquilos. Se escondían detrás de los matorrales de las laderas y mataban a todo al que alcanzaban; si un hombre se alejaba del campamento, se exponía a un grave peligro, pero cuanto más avanzaba la marcha más eran los que se perdían. «Algunos se desesperaban a causa de la sed y se tendían a pleno sol en medio del camino; otros empezaban a temblar y sacudían las piernas y los brazos hasta que morían, como si tiritaran o tuvieran un ataque de escalofríos. Otros desertaban, caían dormidos y perdían la caravana, por lo general con un desenlace fatal». Para quienes sobrevivieron, los dátiles aún verdes de las palmeras resultaron ser un alimento demasiado fuerte, y muchos murieron de una repentina presión en el estómago. Para quienes los dejaban atrás, debía de parecerles una muerte feliz; el hedor, los mosquitos y las incesantes subidas y bajadas por unas dunas que parecían ser siempre la misma infundieron a los hombres la creencia de que nunca lograrían salir con vida de allí; finalmente, cerca del cabo de Ras Malan, a unos quinientos kilómetros del punto de partida, los guías nativos admitieron que se habían perdido. Los riscos de arena no permitían tener ningún punto de referencia y ya no se veía el mar: se habían adentrado demasiado en el interior y habían cometido el último error que podían permitirse.

En medio de esta crisis, necesitaban que un hombre con la cabeza clara se hiciese cargo de la situación e insistiese en el único cálculo que podía salvarlos. Seguimos sin saber a ciencia cierta cómo logró Alejandro soportar la tensión del Makran; existen historias acerca de los sacrificios que él mismo se impuso, pero probablemente son deudoras de su anterior marcha por el Oxo, y, puesto que hacía menos de un año que había recibido la herida de flecha, el polvo y el calor sólo podían aumentar el dolor que sentía. Sabía que no podía desfallecer y todavía continuaba dirigiendo a sus soldados, pero ya no se sentía lo bastante bien como para pasar hambre o sed y servir de ejemplo. No caminaba, cabalgaba, y eran sus caballos los que se llevaban la peor parte. Ciertamente no se quedó atrás, pero en el desierto conviene ser el primero; cuando los guías anunciaron que se habían perdido, Alejandro se hizo cargo de la situación con su habitual sentido de la autoridad y condujo a un grupo de jinetes al sur del ejército principal hasta que alcanzaron de nuevo la costa. Fue la decisión de un líder responsable, puesto que, con la ayuda de

las estrellas, el mar constituía un punto de referencia que eran capaces de encontrar; el viaje resultó extenuante, pero fue mejor que esperar a morirse de hambre o de sed en el campamento. Al excavar en el esquisto al lado del mar, sus ayudantes encontraron agua potable y dispusieron que se informase al ejército que venía detrás; Alejandro, mientras tanto, se quedó agradecido junto al improvisado oasis. En una crisis, salir a explorar tiene sus recompensas.

Cuando llegó el resto del ejército, no pudieron menos que mostrarse de acuerdo en seguir la costa y confiar en lo mejor. Estaban perdidos y hambrientos, y durante una semana anduvieron desesperadamente como pudieron por la playa de guijarros. Pero de repente, cerca de Gwadar, los guías empezaron a reconocer el territorio que se alzaba a su derecha; era el borde del mismo sendero que conocían al norte del valle. De ser así, se encontraban cerca de los límites del Makran, y el bienestar de la flota podía olvidarse por ahora. Arriesgando las últimas fuerzas que les quedaban para lograr sobrevivir, se adentraron hacia el interior y, para su alivio, el terreno se allanó y se hizo más suave: los matorrales persistían, pero aquí y allá aparecían pastos para unos pocos rebaños, y, por una vez, los guías demostraron que estaban en lo cierto. Otros trescientos kilómetros los llevarían a la capital del lugar, a Pura; desde allí, sería una etapa fácil hasta el acordado punto de encuentro con la flota y los reservistas cerca de Kirman. Sin embargo, en la cabeza de Alejandro pesaba el hecho de que sabía que sus planes de abastecimiento habían fracasado y que era muy poco probable que la flota hubiese sobrevivido.

De hecho, la flota había tardado mucho en zarpar. El viento no paró de soplar en el Indo a contracorriente y los nativos regresaron para atacar de un modo más decidido tan pronto como Alejandro marchó hacia el oeste. No fue hasta la segunda semana de octubre, quizás el 13 de ese mismo mes, que los barcos pudieron zarpar, e incluso entonces se vieron retenidos durante casi cinco semanas en el límite del océano Indico debido a las brisas adversas que procedían del mar; a fin de variar sus platos, los marineros recogían mejillones, navajas y ostras, que eran de un tamaño inusualmente grande y solían encontrarse en charcas en el mar. Cuando el viento viró a mediados de noviembre, finalmente empezaron a navegar hacia el oeste de verdad, conscientes también de que Alejandro se encontraba cerca del final de aquella marcha de pesadilla. Muchas de las gabarras de fondo plano que transportaban el grano fueron enviadas al océano índico, a mar abierto, a fin de cargarlos suministros que permanecían en Pátala y depositar las pilas de comida para el ejército a lo largo de la orilla; varios barcos de la flota eran trirremes o barcos de guerra con tres hileras de remeros y, por consiguiente, no podían almacenar agua para más de dos días de navegación, por lo que finalmente dependían de los planes que tenía Alejandro de excavar pozos. Durante la primera semana, entraron por el río Hab para reunir raciones para diez días en el almacén que Alejandro les había dejado cerca de la

nueva Alejandría; allí oyeron las noticias que Alejandro desconocía, es decir, el importante alzamiento de los oritas y sus vecinos, y la muerte del sátrapa oficial. Sin embargo, todo estaba lo bastante tranquilo para que continuasen; era evidente que el plan relativo a los suministros había fracasado y que incluso el ejército que iba delante se estaba muriendo de hambre.

Puesto que cuando se detenían por la noche no encontraban ni los víveres almacenados ni el agua prometida, también ellos empezaron a andar escasos de alimentos. Al cabo de dos semanas, dirigieron sus ballestas contra una multitud de ictiófagos y los echaron de la playa para robarles sus rebaños; aquí había unas pocas cabras; allí una provisión de dátiles, pero las pilas de grano que esperaban encontrar no aparecían por ninguna parte. Irrumpieron en una aldea en busca de harina de pescado y asaltaron las cabañas para conseguir camellos, que fueron sacrificados y consumidos crudos. En una tierra recubierta de sal y arena, no había grano ni leña, y el único alboroto lo provocaban las ballenas, que se les aparecieron por primera vez a los griegos mar adentro, «expulsando chorros de agua de tal modo que los marineros quedaron aterrorizados y soltaron los remos». Siguiendo un consejo de los nativos, Nearco replicó cargando contra ellas audazmente, con las trompetas atronando, los remos golpeando el agua y los marineros elevando un gutural grito de guerra; naturalmente dotadas de un oído muy fino como sus parientes del Ártico, las ballenas se sumergieron a toda velocidad y sólo salieron a la superficie muy por detrás de la flota, donde continuaron expulsando agua pacíficamente y recibiendo los aplausos de las tripulaciones. Hasta dos meses más tarde no inspeccionaron de cerca una ballena, cuando estaban fuera de la costa de Persia; descubrieron que medía «más de cuarenta metros de largo y que su piel era gruesa y estaba cubierta de ostras, lapas y montones de algas marinas». Aquí no había nada con lo que matar el hambre, y Nearco, al igual que los europeos en el Ártico, nunca imaginó que las ballenas pudieran ser arponeadas para aprovechar la grasa.

Por entonces, en unos seiscientos cincuenta kilómetros a lo largo de la costa, se habían reclutado intérpretes y pilotos entre los nativos, y Nearco probablemente conversó con ellos a través de sus propios intérpretes persas. La información que aportaron, cuando fue traducida dos veces, provocó la alarma. Había algunas islas, afirmaron, cerca de la costa del Makran que estaban habitadas por espíritus malignos, y los griegos, criados con la *Odisea* de Homero, las identificaron con la isla del Sol y una ninfa del mar desconocida. Los que visitaban la isla del Sol desaparecían, mientras que quienes pasaban junto a la ninfa del mar eran atraídos hacia las rocas y se convertían en peces. La leyenda cobró crédito debido a la repentina desaparición de un barco de guerra y su tripulación egipcia. Se pensó que el Sol los había hecho desaparecer por arte de magia y, como metáfora, esto sin duda era cierto. Le correspondió a Nearco visitar la isla y refutar la leyenda sobreviviendo a la

experiencia.

Si bien las islas no hicieron honor a su fama, no pasaron muchos días antes de que los pilotos señalaran algo aún más curioso de lo que habían sospechado. En el estrecho de Ormuz, donde el océano índico baña la costa de Arabia y corre hacia el interior del golfo Pérsico, señalaron el promontorio árabe de Ras Mussendam a estribor, y explicaron que «desde este punto, la canela y otras especias se importaban a Babilonia». Una perspectiva nueva y hasta entonces no imaginada se extendía más allá de sus palabras.

El informe sobre este comercio de especias era bastante exacto. Había estado funcionando durante más de mil años y ya había despertado la curiosidad de Alejandro. Ahora bien, entre las especias no había ninguna que fuera más rara o preciosa que la canela, una planta cuyo hábitat natural se sitúa increíblemente lejos del mundo clásico. Para el historiador griego Heródoto, la canela era una especia que crecía más allá de las fuentes del Nilo, en una jungla protegida por pájaros monstruosos; los romanos, que intercambiaron con los árabes todo cuanto pudieron, tenían una idea más clara de los hechos que había tras la leyenda, pues siguieron el rastro del comercio de la canela por la costa sureste de Asia y descubrieron que la isla de Madagascar estaba relacionada con él. Los rumores iban más lejos. Se decía que la canela se embarcaba en balsas que navegaban a través del Océano Oriental en un viaje que duraba al menos cinco años enteros, y, por una vez, los rumores de la geografía antigua estaban justificados. El hábitat natural de la canela no es Arabia, ni siquiera la costa litoral de África: la canela crece de forma salvaje en los remotos valles de Malasia. A través de esta planta única, los griegos y los romanos habían llegado, sin darse cuenta, al otro lado de su mundo. En otro tiempo, la canela viajaba a través del océano índico desde Malasia hasta Madagascar; desde Madagascar se llevaba por la costa de África hasta Arabia y el Mar Rojo, y por tanto hasta la clientela de los palacios orientales. Sin embargo, en la época de Alejandro los árabes habían conseguido cultivarla en sus tierras, aunque las importaciones desde su misteriosa fuente en el sur continuaron; cuando les mostraran a los marineros de Alejandro la ruta comercial de la canela fuera de Arabia, entrarían en contacto con un producto que había viajado más que su rey. La canela había visto en otro tiempo la verdad, la que el motín en el Beas evitó que Alejandro explorase: el mundo se extendía más allá del Ganges.

Por el momento, los marineros siguieron adelante. Se les había encargado que explorasen la costa del golfo Pérsico y andaban demasiado escasos de suministros como para entretenerse con informes exóticos. Habían transcurrido los primeros días de diciembre y los hombres llevaban embarcados más de diez semanas; estaban acalorados, sometidos a la incómoda estrechez de los barcos y hambrientos, pero el viento todavía los impulsaba, y, como siempre, el desenlace se produjo de forma

repentina. Dos días navegando en el golfo Pérsico con brisa de popa los llevó al fin a una costa amistosa: cerca de Bander Abbas encontraron grano y árboles frutales, y supieron que ya no volverían a pasar hambre.

«Todas las cosechas crecían en abundancia —escribió el almirante—, a excepción de los olivos». Era el lamento profundo y revelador de un griego que se encontraba lejos de lo que conocía en casa. Sin embargo, cuando unos cuantos marineros exploraron la isla, pronto compensaron esta nostalgia: encontraron a un hombre con vestiduras griegas que los abordó en griego. Todo parecía demasiado maravilloso para ser verdad, y el sonido de su lengua nativa hizo que se les saltaran las lágrimas: las lágrimas se convirtieron en gritos de alegría cuando el hombre declaró ser un miembro del ejército y que el propio Alejandro no se encontraba muy lejos.

Desde que se puso a buscar la ruta interior, cuando los guías no consiguieron encontrar los límites del Makran, Alejandro no había permanecido ocioso. Era sólo cuestión de pocos días que él y los supervivientes saliesen del desierto, y era consciente de que necesitaría comida de inmediato. Por lo tanto, se ordenó que los conductores de camellos galoparan hacia el norte, el noreste y el noroeste, a cuantas provincias pudieran alcanzar, donde tenían que conseguir animales de transporte y comida caliente para que fuese enviada sin tardanza a las cercanías de Kirman. Es tal la velocidad de un dromedario, en especial por el yermo desierto de sal de Dasht-e-Kavir, que la orden incluso llegó al sátrapa de Partía, cerca del mar Caspio. Las noticias causaron conmoción entre los hombres, que no esperaban ver vivo a Alejandro, y menos aún que regresase de la terrible experiencia del Makran. Al menos tres sátrapas se ofrecieron a ayudarlo, de modo que cuando Alejandro salió del desierto, a mediados de noviembre, encontró alimentos y animales de carga esperando en las fronteras de Carmania. Fue una compensación a los repetidos fracasos de las últimas ocho semanas.

La propia Kirman era una tierra de matojos, caracterizada sólo por los pozos, el pastoreo y las minas de oro rojo, plata, bronce y arsénico amarillo. Sus gentes no resultaban muy atrayentes, e inevitablemente eran levantiscas, sobre todo porque Alejandro no había pasado antes por este camino:

> Puesto que los caballos escasean, la mayor parte de esta gente utiliza asnos, incluso para la guerra. El dios de la guerra es el único al que adoran, y al que también ofrecen un asno a modo de sacrificio: son un pueblo agresivo. Nadie se casa hasta que no ha cortado la cabeza de un enemigo y se la ha llevado al rey: entonces el rey la guarda en su palacio, donde trocea la lengua, la mezcla con harina y él mismo la prueba. Da el resto al guerrero para que se la coma con su familia; el hombre que posee más cabezas es el más admirado.

Y sin embargo, este espantoso rincón del Imperio tenía sus bendiciones: los nativos cultivaban viñedos.

Después de pasar sesenta días en el desierto, los supervivientes difícilmente podían haber soñado que vivirían lo suficiente para probar el vino de nuevo. Habían

visto cómo miles de hombres morían a su alrededor, quizá la mitad de sus camaradas y casi todos los seguidores del campamento. Si cuarenta mil personas habían seguido a Alejandro en el desierto, sólo quince mil habían sobrevivido para ver Kirman. Todas estas cifras son conjeturas, pero no distorsionan las condiciones en que se encontraban los hombres. Se estaba de acuerdo en que «ni siquiera la suma total de todos los sufrimientos del ejército en Asia podía compararse con las penalidades sufridas en el Makran». Los supervivientes eran hombres deshechos y desconcertados que necesitaban reafirmar su identidad común; hubo cierto consuelo cuando los veteranos y los elefantes los encontraron en la frontera de Kirman, a salvo y contentos de haber dado un rodeo por el valle del Helmand, si bien también traían noticias del malestar que había en las satrapías orientales. Aunque no se podía hacer que desapareciera la ansiedad, al menos podía mitigarse con una muestra de alivio que nadie recibió mejor que Alejandro, quien se sentía atormentado por la creciente convicción de que había embarcado a su flota hacia una muerte segura. Los amigos más íntimos que lo habían acompañado en la marcha estaban todos vivos, y esto, por sí solo, ya constituía un motivo para dar gracias, al menos en contraste con la suerte sufrida por los otros: «Los sacrificios —escribió Aristóbulo, que los vio— se ofrecieron como muestra de gratitud por la victoria sobre los indios y por la supervivencia del ejército en el Makran». Hay todo un mundo de duras experiencias que se silencia en estas exiguas palabras.

Los hombres que han escapado de morir de hambre y sed no son moderados en sus celebraciones, pues cuando finalmente la civilización se pone a su alcance es duro para un explorador respetarla o aceptar sus reglas menores. Así, aunque hubo juegos atléticos y un certamen artístico, también hubo, naturalmente, una juerga continua.

Durante siete días, desfilaron por Kirman; a Alejandro lo transportaban ocho caballos a paso lento mientras celebraba festines día y noche con sus Compañeros sobre una tarima elevada, construida con forma de rectángulo; lo seguían docenas de carromatos, algunos con doseles de púrpura y bordados, otros con tejados hechos con ramas, que se mantenían frescas y verdes para que protegieran del sol. Dentro, sus amigos y comandantes yacían adornados con guirnaldas y bebiendo vino. No podía verse ni un escudo, ni un yelmo, ni una sarisa, pero durante todo el viaje los soldados no dejaron de echar vino en las copas, las cuernas y los cuencos decorados; mientras iban y venían, hacían un brindis tras otro. El estridente sonido de las flautas, las siringas y otros instrumentos de cuerda llenaba la campiña con su música; las mujeres alzaban sus gritos en honor a Dioniso y seguían el recorrido de la procesión como si el dios fuera escoltándolos en su camino.

Las crónicas acerca de esta famosa marcha triunfal dejarían su huella en el rumbo que tomaría la pompa real durante siglos. En la historia de la realeza griega, el regreso de un rey triunfante y la manifestación de un dios a sus devotos son ceremonias muy parecidas después de la muerte de Alejandro: el tema de Dioniso era uno de los favoritos, no sólo para Alejandro, sino también para los macedonios, y su sentida celebración tras ocho semanas de sufrimiento es muy comprensible. También Dioniso había regresado tras sus victorias en la India, aunque no a través de un desierto o con

una herida en el pulmón que hacía que resultara más cómodo desfilar en un carro tirado por ocho caballos; la rivalidad de Alejandro con Dioniso no era una vana leyenda, sino un hecho que las costumbres constatadas en la India Hindu habían ayudado a confirmar. El de Dioniso era el único precedente griego para una marcha triunfal india, y, como antepasado de los reyes macedonios y dios de la victoria, a la que Alejandro había ensalzado a lo largo de su carrera, era natural seguir su ejemplo en esta extraordinaria procesión. Sin embargo, lo que comenzó como un arrebato de euforia después del desastre, pasó a los Ptolomeos en Alejandría y, por tanto, a los generales de Roma, a los triunfos de Mario y Marco Antonio, el nuevo Dioniso, y al emperador Caracalla, que afirmó que en sus marchas triunfales bebía de las copas que Alejandro había utilizado en la India.

A pesar del triunfo que Alejandro podía celebrar, predominaba el temor por la flota. De nuevo se culpó a las comunicaciones, pues aunque Alejandro se divirtió en la marcha por Kirman e intentó alejar las peores sospechas, no podía saber que un rezagado del ejército ya se había encontrado con los marineros en la costa y que sus preocupaciones eran infundadas. Sin estar al corriente, el ejército todavía estaba angustiosamente preocupado en la capital de Kirman, pero a no muchos kilómetros de distancia, Nearco ya había bendecido su buena suerte y alineado los barcos para que fuesen reparados tras una empalizada doble y un resistente muro de barro. El mensaje llegó repentinamente al campamento del ejército; el gobernador que se encontraba cerca de la costa se había apresurado a ir al interior con unas noticias que esperaba que le reportasen una rica recompensa. «Nearco —anunció— viene con sus barcos». Alejandro quería creerle, pero como los días pasaban y Nearco no aparecía, ni siquiera por los muchos lugares a los que envió a buscarlo, Alejandro empezó a desesperar, e incluso ordenó que el gobernador fuera arrestado por difundir una historia que sólo hacía que la desilusión fuese mayor. «Tanto por su expresión como por su apariencia, Alejandro mostraba que estaba terriblemente disgustado».

Bajando por la costa, finalmente una partida de reconocimiento tuvo más suerte. Se encontraron con un grupo de cinco o seis hombres «con el cabello largo, sucios, cubiertos de salmuera, arrugados y pálidos debido a las noches sin dormir y otras penurias». No sospecharon nada más, ni siquiera cuando los vagabundos les preguntaron por el lugar donde les estaba esperando Alejandro; siguieron cabalgando hacia el mar suponiendo que los hombres eran unos vagabundos del lugar. Pero cuando se marchaban, uno de los vagabundos se dirigió a otro y dijo: «Nearco, supongo que estos hombres están viajando por el mismo camino que nosotros sólo para encontrarnos, pero tenemos un aspecto tan lamentable que no pueden reconocernos. Deja que les diga quiénes somos». Nearco estuvo de acuerdo y, tan pronto como habló, los miembros de la partida se dieron cuenta de que su melenudo interlocutor no era otro que el almirante de la flota.

Los mensajeros corrieron para encontrarse con Alejandro, pero, en medio de su entusiasmo, sólo pudieron decirle que habían encontrado vivos a Nearco y otros cinco. Al punto Alejandro asumió que sólo estos pocos habían sobrevivido del conjunto de la expedición, y la noticia contribuyó poco a alegrar su estado de ánimo, sumido en una desesperación que la visión de Nearco, con el pelo tan largo y despeinado, no consiguió aliviar. Tendiéndole a su almirante su mano derecha, lo llevó a un lado y empezó a llorar amargamente: «El hecho es que al menos tú —le dijo— y estos otros habéis regresado para consolarme del desastre; pero dime, ¿cómo fue destruido el resto de los barcos?». «Pero, mi señor —se afirmaba que había replicado Nearco—, tus barcos están a salvo y listos, y tu ejército también; venimos con la noticia de que han sobrevivido». Alejandro lloró de nuevo mientras su almirante le contaba que estaban reparando las embarcaciones en la desembocadura del río. Después, en uno de esos escasos testimonios que se conservan de su manera de pensar, se dice que «juró por el Zeus de los griegos y el Amón de los libios que le complacían más estas noticias que si hubiese regresado tras haber conquistado toda Asia»; su dolor por la supuesta pérdida de la flota había pesado más que toda la restante buena suerte. En su extrema emoción, Zeus Amón le vino de un modo natural a la mente y, por una vez, un amigo registró sus palabras. No obstante, esta «conquista de toda Asia» era una afirmación que servía de muy poco en comparación con la espantosa verdad del Makran.

El gobernador que primero había traído la noticia fue puesto en libertad y se decretó un segundo sacrificio para propiciar la seguridad del ejército, anunciando juegos y un certamen musical en el que Nearco sería el invitado de honor. Agasajado por sus compañeros oficiales y cubierto con cintas y flores por las filas, Nearco ocupó el lugar de honor junto al rey: «No voy a permitirte —le dijo Alejandro— que vuelvas a correr semejante riesgo: algún otro llevará la flota por la orilla hasta Susa». A lo que Nearco objetó: «Mi señor, siempre te obedeceré, pues es mi deber, pero se me confió una tarea difícil y peligrosa, por lo que ahora te ruego que no me quites lo que queda, la parte fácil y merecedora de gloria, y la pongas en manos de otros». Alejandro accedió y dejó que su valiente comandante llevara la flota hasta la etapa final del viaje del monzón desde la India hasta los palacios persas.

Así pues, el rey y su almirante se sentaron y disfrutaron del festival en el palacio real de Kirman. Las flautas empezaron a tocar una melodía para la danza coral, y los actores se prepararon para competir con sus obras y recitaciones. Sin embargo, por más vehementemente que actuaran, había unos hechos que todos podían ver por sí mismos. La caballería de los compañeros se había reducido a la mitad; las filas de los Compañeros de a Pie estaban muy por debajo de sus efectivos: los Portadores de Escudo sólo parecían numerosos porque únicamente unos pocos habían sido destacados al Makran. Los oficiales de alto rango todavía estaban vivos, y también

Alejandro, pero habían sufrido un revés que era exasperantemente irreversible. Habían marchado con un ejército por el desierto más mortífero de Asia y habían fracasado a la hora de encontrarse con la flota para proveerse de suministros, como habían acordado. Sus errores e infortunios sólo pueden captarse a grandes rasgos, y sigue habiendo cuestiones complejas que nunca llegarán a comprenderse; los hombres habían seguido adelante durante ocho semanas, incluso cuando dos días en el desierto del Makran podrían haber bastado para hacer que se rebelaran; cuando la caravana de suministros no consiguió llegar al primer punto, un general más prudente seguramente habría dejado un destacamento para advertir a la flota y después habría regresado al río Hab tan pronto como los padecimientos empezaran a hacerse manifiestos. Alejandro siguió hacia adelante y, de manera sorprendente, ni los hombres ni los oficiales se amotinaron contra él. Quizá lo único cierto es que la prudencia nunca influyó en Alejandro cuando disponía de un plan glorioso preparado con detalle. Como Aquiles, Alejandro antepuso la proeza al consejo sensato, y su alto mando sintió lo mismo. Tuvo que ser un desierto el que abatiese los ánimos que habían ayudado a conquistar Asia.

En medio de estas amargas verdades, la actuación se detuvo en el palacio de Kirman y la música y la danza cesaron. Se concedieron los premios habituales, ninguno de los cuales fue más prominente que el que recibió el persa Bagoas, el eunuco que había servido a Darío y que tan alto había subido en el favor amoroso del nuevo rey. Vestido con las guirnaldas de honor, Bagoas «atravesó el teatro y ocupó su asiento como campeón de la danza al lado de Alejandro; los macedonios observaron y aplaudieron, y le gritaron al rey que besara al vencedor, hasta que finalmente Alejandro rodeó con sus brazos a Bagoas y lo besó una y otra vez». En un momento de euforia, todo se había casi olvidado. Casi, pero no del todo. El rey podía besar a su favorito persa y recompensarlo por una danza que sólo un hombre de Oriente poseía la habilidad necesaria para ejecutar, pero miles de hombres que habían luchado para castigar a Persia yacían muertos y enterrados bajo la arena del Gedrosia. Alejandro el Invencible, el nuevo Dioniso triunfante, había enviado a sus más valientes seguidores a la muerte. Y si alguna lección podía aprenderse de la historia del Imperio persa era que las noticias de una gran catástrofe favorecían la deslealtad de los hombres y que el fracaso iba siempre acompañado de la sublevación.

29. BODA EN SUSA

Lo que verdaderamente conmocionó a los hombres destacados en las satrapías de Asia no fue tanto el desastre del Makran como el simple hecho de que Alejandro hubiera regresado. Muy pocos entre sus sátrapas, y menos aún entre quienes se encontraban en Grecia y Europa, esperaban verlo de nuevo; en el Irán oriental, el malestar ocasionado por la noticia de su herida crecía día a día. Por increíble que pareciera, Alejandro había reaparecido. La historia de los seis meses siguientes de su carrera se centra en un problema que Alejandro había dejado pendiente al marchar hacia el este: cómo conservar un imperio extenso y diverso haciendo frente a una lengua extranjera, al calor y a la lentitud de las comunicaciones.

Un problema al que no faltaron respuestas. «Lo mejor —le aconsejó una vez más el Aristóteles de la leyenda persa— es dividir el reino de Irán entre sus príncipes y otorgarle el trono a quienquiera que designes para una provincia; no otorgues ascendencia ni autoridad a ningún otro, que cada uno sea incontestable en el trono de su propio dominio… Después surgirán entre ellos muchas discrepancias y desacuerdos; rivalizarán por el poder, se jactarán de sus riquezas y disputarán sobre el rango, y, con tanta presunción y altanería, con tanto discutir sobre los criados, no buscarán la venganza ni recordarán el pasado. Cuando tú te encuentres en los límites remotos de la tierra, cada uno de ellos amenazará a su colega con el terror que tú suscitas, invocando tu poder y tu apoyo». Esta palmaria exposición sobre la actitud de un caballero persa no habría complacido a Maquiavelo. Altamente impresionado por la larga obediencia de Asia a los sucesores de Alejandro, Maquiavelo lo explicó como la rendición de un reino de sirvientes, no de nobles. A diferencia de estos, los sirvientes no pueden ser utilizados en contra de sus amos, pero, una vez que caen, caen para siempre al no contar ya con el aprecio del pueblo. Darío gobernó entre sirvientes, y su derrota le otorgó a Alejandro un reino sin recursos para la rebelión.

De los dos filósofos, este Aristóteles demostró más comprensión hacia el aprieto en que se hallaba Alejandro, pero tampoco él previo que los iranios se rebelarían. Mientras Alejandro navegaba por el Indo, posiblemente los observadores en Asia sólo estaban de acuerdo en una cosa: en que probablemente el Imperio se estaba desmoronando.

Durante el breve tiempo que Alejandro permaneció en Kirman, catorce de las veintitrés provincias del Imperio mostraron signos de malestar y revuelta. El problema no era nuevo, puesto que había preocupado a Alejandro ya desde la victoria de Gaugamela; de hecho, sólo uno de sus muchos gobernadores, Antígono el Tuerto,

conservaría la misma satrapía durante su reinado. Las causas varían en cada lugar. En la Bactriana, donde los nativos habían sido eliminados en el transcurso de dos años de guerra, fueron los colonos griegos mercenarios los que se rebelaron. Creyendo que Alejandro había muerto, eligieron a un experimentado ateniense como rey y se apoderaron de Balj en el otoño de 325. Después pelearon entre ellos y, por la época en que Alejandro regresó, no habían logrado escapar de la Alejandría que detestaban. Los mercenarios también fueron culpados de sublevación en la India. Tan pronto como Alejandro dio la vuelta para regresar a casa, se alzaron y asesinaron al sátrapa Filipo. Las noticias no alcanzaron a Alejandro hasta que llegó a Kirman, desde donde rápidamente ordenó que la provincia se repartiera entre un tracio y el rajá Ambhi. Los cabecillas ya habían sido castigados por los escoltas reales.

En el Hindu Kush fue de nuevo diferente. En la primavera de 325 habían llegado noticias, a través del padre de Roxana, de que el gobernador iranio del interior se mostraba agitado. No era la primera vez que la voluntad de independizarse causaba problemas entre estas tribus de las montañas; el hombre fue depuesto, y el padre de Roxana se hizo cargo de la satrapía de una provincia que resultaba vital para el control de los caminos que conducían a Balj y la India. Mientras tanto, al sur de estas rutas de capital importancia, en el valle del Helmand, la oportunidad estimuló la rebelión: el sátrapa macedonio había muerto a causa de una enfermedad y, antes de que la petición de un sustituto pudiera llegar hasta Alejandro, los jefes iranios intentaron hacerse con el poder. No obstante, Alejandro tuvo la respuesta adecuada para ellos. Cuando apartó a los veteranos y a los elefantes de la marcha por el Makran, los envió a través del placentero valle del Helmand para que solucionaran el problema de camino casa. Así lo hicieron, y los iranios sublevados fueron llevados a Kirman, encadenados y listos para ser ejecutados.

Pronto llegaron otros prisioneros para unirse a ellos. Entre los medos, se había impuesto un pretendiente que «llevaba la tiara vertical y se proclamaba a sí mismo rey de los medos y los persas»; sin embargo, el sátrapa local, aunque iranio, tenía razones para mostrarse leal, por lo que encadenó al pretendiente junto con sus cómplices iranios. El gobernador de las vecinas tribus de las montañas, también un iranio, se había negado repetidamente a cumplir las órdenes y había huido de un último llamamiento realizado tres años atrás: sólo entonces fue capturado y enviado ante el rey, que lo condenó a muerte. En la propia Kirman, hogar de las tribus de cazadores de cabezas, posiblemente el gobernador fue acusado de insubordinación, pues Alejandro nunca había conquistado el país y sus costumbres agresivas apoyaban las sospechas. Cuando Nearco abandonó el palacio y se reunió de nuevo con la flota, se encontró con que el nuevo gobernador todavía no había pacificado a las tribus que se habían apoderado de las fortalezas locales y que continuaban mostrándose tan problemáticas como su reputación sugería.

En el oeste, el panorama era similar. Un aristócrata pretendiente al trono se había apoderado de la mismísima tierra natal de los persas; la provincia de Susa y sus tribus vecinas estaban gobernadas por dos iranios sospechosos que antiguamente habían sido servidores de Darío y que debían de encontrar tentadora la ausencia de Alejandro. Al noroeste, en las tierras altas de Armenia y Capadocia, los gobernadores de Alejandro nunca habían llegado a consolidarse y el poder había pasado de nuevo a los iranios y sus refugiados; en Frigia, las tribus colindantes carecían de gobierno, probablemente tras haber asesinado al sátrapa, mientras que en Europa las tribus tracias habían destruido mucho de lo que Filipo y Alejandro se habían esforzado por mantener durante los últimos veinte años a través de las colonias y un tributo. Habían sido alentados por unas aspiraciones fallidas en nombre de Alejandro: durante el último año, uno de sus generales había llegado con un gran ejército desde Europa para atacar a los nómadas que habitaban alrededor del Mar Negro y de quienes Alejandro había hablado al rey de Kharezm como un posible objetivo. El clima y la resistencia nativa aniquilaron su ejército, un desastre que dio alas a un levantamiento tracio, por lo que muchos observadores creyeron que Alejandro regresaría ahora para vengarlo. En las nueve provincias más pacíficas, figuras familiares como la de Ada, la reina madre, y Maceo habían muerto, mientras que el experimento con gobernadores nativos en Egipto no había durado mucho tiempo. No podía decirse que la lucha por el Imperio hubiese terminado en Gaugamela.

La prueba de la fortaleza de un imperio radica en su capacidad de supervivencia. Sobre el papel, Alejandro parecía peligrosamente frágil, pues sólo estaba apoyado por cuarenta mil soldados provinciales, unas dos docenas de Alejandrías y un alto mando que había incluido a nueve de los antiguos sátrapas de Darío. Y, sin embargo, ninguno de los pretendientes al trono o de los sátrapas problemáticos había conseguido organizar una revuelta popular, salvo algunos focos entre las tribus montañesas. Es un error describir su rebelión como un levantamiento nacionalista, como si Asia fuera el siglo XIX europeo. El campesino iranio no se sentía parte de una nación con unos límites bien definidos: sólo sabía que gran parte de su producción iba a parar a sus distantes amos, como todavía es el caso para tres cuartas partes del campesinado, y la identidad de estos amos les era más o menos indiferente. Cuando Alejandro regresó de manera inesperada, la lucha no se libraba entre naciones o clases, sino en el alto mando allí donde éste estaba en manos de iranios prominentes. Habían transcurrido seis años desde Gaugamela, pero los nobles de Darío no habían estado tan ociosos como Maquiavelo sugirió.

Una crisis de lealtad de estas características puede contemplarse desde dos perspectivas: desde la de las provincias, donde se originó, o desde la de Alejandro, que la reprimió. Es cierto que Alejandro acababa de dejar el Makran y estaba viviendo con el recuerdo de este importante desastre; al principio tenía los nervios a

flor de piel y por eso había arrestado al primer mensajero que llevó información sobre el regreso de Nearco, porque le pareció que las noticias que traía eran injustificadamente buenas. No obstante, el mensajero fue puesto en libertad cuando se demostró que estaba en lo cierto y, por otro lado, las semanas de celebraciones contribuyeron en buena medida a elevar la moral del ejército. Por medio de una inversión de la lógica del héroe, para un nuevo Aquiles haber escapado del Makran podía empezar a parecer un triunfo personal, una hazaña de supervivencia allí donde Semíramis había fracasado y una victoria en la lucha contra las fuerzas más nefastas de la geografía. «Me complace más la noticia de tu regreso que la conquista de toda Asia», recordaba Nearco que había dicho Alejandro, y Asia, por consiguiente, se había estrechado para abarcar sólo el recorrido del ejército. Actualmente, esta autodefensa parece fruto de la debilidad y del mal gusto; sin embargo, va rotundamente contra toda evidencia atribuir los arrestos que siguieron sólo al supuesto sentimiento de inseguridad de Alejandro o a un nuevo y caprichoso clima de sospecha. Las detenciones no constituían nada nuevo para el superviviente de Parmenión, de los pajes o de las intrigas posteriores al asesinato de Filipo, sin mencionar que tampoco lo eran para ningún otro rey macedonio; con todo, que sepamos, ni uno solo de sus cortesanos, de los Compañeros miembros del séquito o de los consejeros del alto mando perdió su cargo o su vida durante el año siguiente. Si hubiera sido preciso culpar de lo ocurrido en el Makran a un chivo expiatorio, era entre estos servidores donde debía haberse llevado a cabo una purga. Las detenciones no afectaron a la corte, sino que se produjeron en el entorno del alto mando provincial, y es desde las provincias desde donde debe interpretarse lo sucedido. En cada caso se lanzaron acusaciones contra las víctimas, y aunque estos cargos no tenían por qué ser necesariamente ciertos, a menudo hay un trasfondo independiente que los hace totalmente creíbles. La revuelta irania y los disturbios en las satrapías se contrarrestaron por medio de gestos que buscaban despertar las simpatías provinciales, pues frente a un intento de rebelión irania, la unión de sátrapas y súbditos era un riesgo que Alejandro no podía permitirse.

Cuando los rebeldes iranios llegaron a Kirman para ser sentenciados, la improbabilidad de que se produjera semejante unión se hizo obvia. Entre los gobernadores que habían traído los alimentos y los animales de carga solicitados aparecieron los generales tracios y macedonios de Hamadán, quienes no habían visto a su rey en los últimos seis años. Sus últimas actividades conocidas habían estado relacionadas con el asesinato de Parmenión, cuando se deshicieron del anciano general obedeciendo el mandato de la carta de Alejandro: cuatro de ellos permanecieron en Media desde entonces, en el punto central de las comunicaciones del Imperio hacia el Alto Irán, donde debieron de haber recibido órdenes regulares en relación con el transporte de hombres y equipo. Seis mil soldados procedentes de su

guarnición los acompañaban, pero rápidamente se lanzaron quejas contra su conducta. Los acusadores nativos insistieron en que los generales habían permitido el saqueo de las propiedades del templo, un delito contra las creencias locales particularmente cargado de emotividad; era evidente que eran culpables, pues cuando una invasión griega entró en Hamadán unos cien años más tarde observó que las tejas de plata y las piedras preciosas habían sido arrancadas del templo por los hombres de Alejandro, un sacrilegio que no se corresponde con las pacíficas y conciliadoras visitas del propio Alejandro. Sus generales fueron seguramente los responsables, y también fueron acusados de violar a damas respetables, un crimen que, según cuentan las anécdotas, Alejandro siempre había detestado. Su oficial de mayor rango, hermano del mismo Ceno que había hablado en el río Beas, «los había sobrepasado a todos en sus locas pasiones, hasta el punto de violar a una virgen aristócrata y dársela después a su esclavo como concubina». Estos arrebatos de violencia eran graves, pero no sorprendentes: dos de los generales eran comandantes de los tracios, a quienes tales excesos nunca habían disgustado. Cuando se escucharon estas categóricas incriminaciones, seiscientos soldados fueron condenados a muerte, una represalia que difícilmente habría podido llevarse a cabo en presencia de cinco mil de sus compañeros, a menos que hubiera motivos para justificarla. En un clima similar, marcado por las indagaciones y la aplicación de justicia, los cuatro comandantes fueron arrestados y dos de ellos ejecutados por orden de Alejandro. Las acusaciones contra un tercero no parecieron convincentes y sólo fue arrestado, aunque nadie mostró ningún pesar por la muerte de sus criminales compañeros. Habían ultrajado a los nativos y habían dado rienda suelta a sus ambiciones en el centro neurálgico de los caminos del Imperio. En ambos casos estaban mejor fuera de juego, y la inmensa mayoría de los soldados aprobó su muerte.

La mala conducta de cuatro generales y seiscientos soldados pronto alentaría una orden más audaz: al igual que hizo el último rey que gobernó Persia con éxito, Alejandro «ordenaría a sus sátrapas que licenciaran a sus ejércitos mercenarios». Esta orden, que se registró de manera escueta, es oscura y necesita ser matizada. Los colonos de las Alejandrías quedarían exentos porque eran ciudadanos, no mercenarios, y sabemos que permanecieron en su territorio hasta la muerte de Alejandro. No está claro si los ejércitos que estaban en las provincias todavía eran mercenarios o si ahora servían a Alejandro formando parte de su ejército principal. Tampoco la orden está claramente fechada en ninguno de los siguientes seis meses. Las noticias de un alzamiento de mercenarios en la India, así como la revuelta griega en la Bactriana y la purga de criminales procedentes de Hamadán, probablemente ayudaron a Alejandro a tomar tan difícil decisión; la economía y la necesidad de restablecer su propio ejército real también constituían motivos para centralizar a los soldados. Se criticó la idea diciendo que estaba mal concebida, pero Alejandro había

de saber que no tenía sentido hacer pública a distancia una orden a menos que esperara ser obedecido; en consecuencia, diez mil mercenarios, como mucho, deambularían sin control, muchos de ellos nativos, no griegos. Buscarían un medio para ganarse la vida, y sus efectos se sentirían más en Asia Menor, donde las hordas más numerosas de vagabundos eran algo muy habitual. Por lo tanto, era de vital importancia que ningún sátrapa recusara la orden una vez dictada: sólo se necesitaba un disturbio más para que Alejandro aprovechara la oportunidad y la dictase. Con los mercenarios en mente, Alejandro emprendió la marcha desde Kirman, envió a Nearco de regreso a la flota y se dirigió hacia el oeste por el camino que conducía a Fars, utilizado desde hacía mucho tiempo para acceder a los grandes palacios persas situados en el centro del Imperio. Habían transcurrido casi siete años desde la última vez que Alejandro pasó por ellos, y no podía sino preguntarse qué era lo que iba a encontrar; estaba entrando en la segunda, y más delicada, etapa de su regreso.

La marcha desde Kirman hasta la provincia de Persia no era complicada, y a principios de la primavera de 324 Alejandro se encontraba ya en Pasárgada, apenas a ochenta kilómetros de Persépolis. Por una vez sus pasos pueden seguirse de manera exacta, pues al llegar a Pasárgada se detendría en el umbral de la tumba de Ciro, un edificio que sus oficiales ya habían visitado seis años atrás y que, sobre la plataforma de piedra en que se alza, todavía se conserva en gran parte como Alejandro lo vio entonces. En el interior de la angosta puerta de entrada del frontispicio, descubrió signos inequívocos de vandalismo. En su primera visita, los oficiales habían hablado de un sarcófago de oro con un lecho al lado y un cobertor, alfombras y tapices púrpuras. La capa del rey, sus pantalones, sus túnicas teñidas de azul, sus collares, cimitarras y pendientes con piedras preciosas, todo se había dejado sobre el lecho y la mesa; ahora habían desaparecido. El sarcófago había sido forzado y habían esparcido de cualquier modo el esqueleto de Ciro por el suelo.

Puesto que Alejandro llevaba mucho tiempo afirmando que era el heredero de Ciro, se sintió profundamente disgustado por esta falta de respeto. Torturó a los magos, que tradicionalmente vigilaban la tumba a cambio de una oveja y un caballo para los sacrificios mensuales, pero éstos no señalaron a ningún culpable y la investigación se abandonó. Se le ordenó al historiador Aristóbulo que supervisara las reparaciones y que sustituyera las vestiduras reales; tenía que bloquear la puerta con piedras y arcilla, y estamparle el sello del rey. Mientras llevaba a cabo su cometido, Aristóbulo describió el edificio de un modo lo bastante preciso como para que los exploradores lo reconocieran dos mil años después, e incluso parafraseó el epitafio del rey Ciro en griego. Aristóbulo comprendió además las probables causas del robo: «Sin duda no era obra del sátrapa —escribió—, sino de los bandidos, pues dejaron todo aquello que no podían transportar con facilidad. Fue un ejemplo más de los disturbios de los rebeldes durante la ausencia de Alejandro en la Bactriana y la

India». Finalmente, un macedonio fue condenado, quizá con justicia, a muerte por el delito cometido.

Sin embargo, al sátrapa iba a llegarle pronto su hora. Procedente de una de las más nobles familias iranias, había tomado el mando de Persia cuando murió el hombre que Alejandro había designado; había actuado de forma arbitraria, por lo que fue a encontrarse con el ejército llevando enormes presentes de oro, monedas, caballos, muebles y vajillas con piedras preciosas para excusar su autopromoción. Fue recibido como esperaba, y, desde los montes cercanos a Pasárgada, marchó con el rey a Persépolis, donde podría haber sobrevivido si los nativos y los edificios no hubiesen servido de prueba contra él. Se descubrió que había «saqueado los santuarios y las tumbas reales» que dominan la terraza de Persépolis, y que había «asesinado a muchos persas de forma injusta». También había sido un usurpador en una provincia peligrosamente nacionalista de Asia, y se adujeron suficientes cargos como para que fuera ahorcado, con Bagoas actuando como intérprete y quizá como acusador. Fue sustituido por Peucestas, el oficial que había ayudado a salvar la vida de Alejandro en Multan y que desde entonces, como agradecimiento, ostentaba el cargo de Escolta personal. La elección fue de lo más diplomática en una provincia en la que las tradiciones persas estaban muy arraigadas, pues tras su nombramiento Peucestas se vistió con prendas orientales y aprendió persa, para gran satisfacción de los nativos. En un permanente clima de reconciliación, Alejandro distribuyó los habituales regalos de dinero entre las mujeres persas cuando pasó a través de su provincia, una costumbre que recordaba la historia del rey Ciro, si bien había sido descuidada por los últimos reyes persas. También expresó su pesar porque el palacio real de Persépolis se hubiera incendiado; era demasiado tarde para reparar el daño causado por las palabras de una mujer y la euforia suscitada durante un banquete, pero, como indica el respeto que sentía por la memoria de Ciro, su mito se había transformado mucho desde los primeros días de la invasión. Cuando los sátrapas eran sospechosos convenía, como en el caso de los generales de Hamadán, reforzar el sentimiento de proximidad entre sus súbditos. Los reyes persas apenas habían sido vistos en Persia durante los últimos treinta años.

Mientras Nearco llevaba la flota hasta el extremo del golfo Pérsico, Alejandro dispuso los suministros que necesitaba y dejó Persépolis para marchar hacia el oeste y encontrarse con su almirante en Susa. Al llegar allí a finales de marzo, de nuevo se vio envuelto en las intrigas de los sátrapas iranios. Fue recibido por el gobernador local y su hijo; ambos habían servido a Darío en Gaugamela y después habían comprado su rehabilitación a Alejandro. Según dijeron algunos, Alejandro mató al hijo alanceándolo con su propia sarisa y puso al padre en prisión, quejándose de que sólo le había traído dinero para sobornarlo, y no suministros para el ejército, un descuido que siempre era muy grave pero que aún lo era más después del episodio del

Makran, cuando se habían dado órdenes de que todos los puestos de suministros que había en las principales carreteras tenían que ser aprovisionados por los gobernadores al paso del ejército. Esto y la sospecha de insubordinación constituyeron la causa de que el hombre fuese ejecutado; del mismo modo, se halló culpable, quizá justamente, al último de los cuatro generales de Media de robar los tesoros sagrados de Susa. Fue condenado a morir con retraso.

Con las ejecuciones llevadas a cabo en Susa, la breve purga finalizó; ello no constituía ninguna novedad. En los tres años anteriores a la invasión de la India, fueron condenados a muerte muchos más oficiales sospechosos de conspiración que los que fueron ejecutados en los años posteriores al Makran. Desde que salió del desierto, Alejandro había destituido a cuatro gobernadores iranios y a cuatro pretendientes iranios junto con sus cómplices; había tenido que ponerse al nivel del tan evocado ofensor de los iranios eliminando a cuatro notorios villanos de Hamadán. El diseño de la estrategia había sido vital. Incluso antes de invadir la India, Alejandro había abandonado la política de servirse de los sátrapas iranios de Darío, a los que al principio se había complacido en recibir y rehabilitar. Sin embargo, por el verano de 326, seis de los sátrapas iranios ya se habían puesto a prueba y mostrado incompetentes, mientras que otros dos nunca habían llegado a establecer su gobierno en sus satrapías; después de las recientes ejecuciones, sólo cuatro, excluyendo a los rajás indios, continuaron desempeñando un alto cargo provincial. De éstos, uno era el padre de Roxana; otro era Artabazo, padre de Barsine, que era un anciano y estaba confinado al mando de un fuerte de la Sogdiana; el tercero gobernaba la agreste zona del norte de Media como si fuera un ducado independiente y demostró ser tan digno de recuerdo que su nombre, Atrópates, pasó a denominar la provincia de Azerbaiyán; el cuarto iranio, Fratafernes, era la llamativa excepción, pues era el único sátrapa que había servido a Darío y que todavía mantenía su satrapía de Partía cerca del mar Caspio; había sido lo bastante leal como para enviar comida caliente y a sus dos hijos en camello a Carmania en respuesta a las peticiones de Alejandro desde el Makran. En otros lugares, los macedonios u otros europeos habían ocupado el lugar de los iranios sospechosos, pues eran hombres en los que no se podía confiar cuando Alejandro estaba ausente debido a su pasado compromiso con Darío. Un tracio gobernaba a los indios; con mejor fortuna, un chipriota gobernaba las rudas tribus de la provincia natal de Arriano; Peucestas, el macedonio, complacía a los persas al haber adoptado sus vestidos, sus costumbres y su lengua. Durante este tiempo, se dice que Alejandro se convirtió en una persona propensa a creer en las acusaciones y a castigar «incluso a los infractores menores con dureza, porque sentía que seguirían obstinándose en cometer crímenes aún más graves». En esas circunstancias, era una actitud prudente y puede muy bien ser cierta, aunque durante los cuatro años que siguieron a Gaugamela un gran número de cortesanos fueron ejecutados por meras

sospechas. Doce arrestos rápidos bastaron para hacer que el Imperio volviera a la calma, y así continuó no sólo durante el corto tiempo que duró la vida de Alejandro, sino también a lo largo de los cuarenta años de egoístas luchas en el oeste entre los sucesores macedonios. Los nobles habían tenido su momento y, a partir de entonces, el Imperio funcionaba como si se lo hubieran arrebatado a los sirvientes. En la mitad oriental de Asia, la mayoría de los nuevos designados permaneció en el poder durante los ocho años siguientes y fueron ensalzados por su buen gobierno. En definitiva, la purga que tuvo lugar en el este dio señales de éxito: pasarían setenta años o más antes de que el gobierno macedonio en Asia se viera debilitado de nuevo en tantas provincias, y también entonces las pautas y las provincias afectadas fueron extraordinariamente similares.

Sin embargo, en la primavera de 324 el destino de la parte oeste todavía era incierto. Desde Kirman, la noticia del regreso del rey se había propagado de manera espectacular hacia la costa, y en Babilonia se dejó constancia de su rápido viaje: el comandante de la guarnición de la ciudad había acudido para encontrarse con Alejandro cerca de Susa, pero «al ver que estaba castigando a sus sátrapas con severidad, envió una carta a su hermano en Babilonia, que casualmente era un adivino. Temía por su propia seguridad y, sobre todo, tenía miedo del rey y de Hefestión». El adivino, después de preguntar por los detalles, recurrió a sus artes y preparó una respuesta memorable. Mientras tanto, las noticias habían cruzado el territorio y, a principios de verano, alcanzaron los refugios de Cilicia y la orilla del mar Egeo. Hárpalo, tesorero del Imperio, las escuchó con consternación y se retiró a las estancias privadas del castillo de Tarso para reflexionar sobre su propia posición. Tenía un historial vergonzoso y sabía, como oficial que había estado en Hamadán cuando Parmenión fue asesinado, cómo era tratado un sospechoso en tiempos de crisis.

Entre los oficiales macedonios de Alejandro, famosos por su afición a la lucha, a la bebida y a las botas con tachuelas de plata, ninguno resulta más simpático que el tesorero Hárpalo. A Alejandro siempre le había gustado; habían crecido juntos, pero como Hárpalo era cojo no podía emplearse en el servicio activo. No obstante, había seguido al ejército y, poco antes de Isos, viajó desde Asia hasta Grecia con una misteriosa misión, probablemente como espía real. Después de Isos, regresó para reunirse con los soldados, y, cuando Alejandro empezó a acuñar sus primeras monedas en Asia, Hárpalo se convirtió en uno de los tesoreros del ejército. Sus responsabilidades habían aumentado con el botín obtenido, hasta el punto de que tres años más tarde se lo pudo dejar en Hamadán para que centralizase las riquezas del Imperio persa. Mientras Alejandro luchaba en la India, Hárpalo siguió llevando una vida sin ajetreo tras las líneas. Posiblemente enviaba libros para las lecturas iluminadoras de su rey, organizaba los refuerzos mercenarios y supervisaba el envío

de conjuntos nuevos y elegantes de armaduras al Punjab. Hárpalo pasó gran parte de su tiempo en el corazón de Babilonia, donde mejoró el palacio de los persas añadiendo un alegre pórtico griego de yeso al patio interior. En una tierra extraña, también encontró consuelo en la jardinería. A petición de Alejandro, tenían que plantarse especies griegas en las terrazas de los Jardines Colgantes de Babilonia; Hárpalo buscó el lugar adecuado para ellas, aunque el tórrido suelo de arena no fue del agrado de la hiedra, que se negó a hechar raíces.

El tesorero, un hombre rico pero solitario en su jardín, había sentido la necesidad de tener compañía femenina y, al igual que Ptolomeo, sus gustos se inclinaban por las cortesanas de Atenas. A través de unos amigos de la ciudad, había oído hablar de la experta Pitionice; le envió una invitación y, como hizo Tais, Pitionice dejó el Pireo para probar fortuna en el este. Hárpalo no escatimó honores para impresionarla, e incluso se hizo llevar por barco a Babilonia peces exóticos desde el distante Mar Rojo; durante dos o tres años, el tesorero y su novia esclava convivieron en los Jardines Colgantes hasta que, a pesar de los romances que mantenía con otras mujeres nativas, Hárpalo descubrió que se había enamorado. Pitionice le dio una hija, pero, en la época en que se informó de que Alejandro estaba navegando por el Indo, ella murió y, en su lecho de muerte, pidió a su amante que hiciera justicia a su recuerdo. No iba a ser Hárpalo quien la defraudara y, en el proceso, él mismo se vio envuelto en un escándalo.

Era inevitable que Alejandro tuviera amigos en las ciudades griegas del Imperio y que esos amigos, que a menudo se restablecían en su tierra natal gracias a su favor, demostraran que sabían expresar su agradecimiento. En la isla egea de Quíos vivía Teopompo, el panfletista, un hombre rico que había viajado por Grecia en nombre de la historia sólo para escribir provocadoras calumnias acerca de casi todos los hechos que había visto u oído. Veinte años antes, había pasado algún tiempo en la corte de Filipo y no había escatimado insultos al describir al rey y a sus cortesanos. Pero los tiempos pronto cambiaron: Filipo se convirtió en el amo de Grecia y, más tarde, su hijo Alejandro sería el dueño y señor de Asia y el Egeo, de modo que Teopompo se encontró en deuda con los hombres que habían sido objeto de sus vituperios. Por tanto, escribió un panegírico a cada uno de ellos, y, cuando Alejandro regresó de la India, Teopompo le envió una estilizada carta en la que respetuosamente hablaban de algunos temas relacionados con el oeste. Entre éstos estaba la conducta de Hárpalo: Pitionice «era una esclava y una ramera de mucho cuidado, pero, ahora que había muerto, él le había construido dos monumentos que costaban más de 200 talentos. Uno se había erigido en Babilonia, el otro en Atenas», al lado del Camino Sagrado de la ciudad de Eleusis, enmarcado por una perspectiva de la Acrópolis al fondo: era mucho más grande que cualquier otro monumento, decía la gente, por lo que un extranjero ingenuo pensaría que honraba a Pericles o a algún héroe similar del

pasado. Su ataúd había sido escoltado hasta la tumba por un enorme coro de músicos famosos y, para que no fuera olvidada, «este hombre, que pretende ser tu amigo, ha dedicado un templo y un recinto sagrado a Pitionice Afrodita, diosa del amor, no sólo despreciando la venganza de los dioses, sino también haciendo burla de los parecidos honores que se te han conferido a ti». Hárpalo había inmortalizado a su amante nada menos que como una diosa en una época en la que otros ya estaban tributando honores divinos a su rey. También había impuesto una moda, pues a menudo las amantes reales del futuro serían llamadas Afroditas y adoradas de un modo similar.

Sin embargo, incluso las diosas necesitan ser reemplazadas. Buscando una vez más en los burdeles de Atenas, Hárpalo había atraído a la famosa prostituta Glícera al este y había dejado Babilonia para encontrarse con ella en la costa de Asia; ambos se retiraron a Tarso, donde «Glícera fue aclamada como una reina y recibió *proskynesis* del pueblo; se prohibió ofrecerle a Hárpalo ninguna corona de honor sin ofrecérsela también a ella. En un pueblo cercano, Hárpalo erigió una imagen suya de bronce en vez de una de Alejandro». El romance lo mantenía alejado de Babilonia, pero en Tarso había un importante centro monetario y un gran almacén cerca de éste, por lo que Hárpalo todavía podía fingir que se ocupaba de sus obligaciones. La prueba de su irresponsabilidad todavía puede verse en las raras series de monedas de plata, acuñadas en Tarso, que no llevan ninguno de los tipos de letra de Alejandro, sino que regresan a los viejos diseños persas de los días en que los sátrapas eran independientes; al haber perdido los gobernadores de Alejandro el derecho a acuñar sus propias monedas de plata, este desafío significaba una rebelión abierta. Cuanto más perdiera el tiempo Hárpalo con su dama, más cerca de casa estaría el rey. Alejandro no toleraría la presencia de ningún «rey ni reina» en Tarso.

Que Alejandro recibiera o no la carta de Teopompo cuándo regresó a los palacios persas carece de importancia. Probablemente la carta llegó tarde, pero incluso sin ella Hárpalo sabía qué cargos podían imputársele. Cuando llegaron noticias a Tarso de una purga en el este y de la inflexibilidad del rey, Hárpalo tuvo motivos de sobra para alarmarse: en cierta ocasión él también había estado en Hamadán, donde hacía poco que cuatro generales y seiscientos soldados habían sido ejecutados debido a su mala conducta. Hárpalo tenía dos hermanos, pero uno ya no estaba en la corte para suplicar por él, pues lo habían dejado como sátrapa de la India occidental, donde permanecería hasta el final de sus días, y el otro, jefe de los arqueros, o estaba muerto u ocupado en la frontera del Makran. Y lo que era aún peor, el rey se aproximaba a Babilonia, donde su ausencia, aparte del monumento a Pitionice, bastaba como prueba de su mala conducta. A través de sus amantes, Hárpalo estaba bien conectado con Atenas, y además había obsequiado con grano a la ciudad para ayudarla durante una época de hambruna persistente; a cambio, lo habían hecho ciudadano honorario, por lo que no resultó extraño que Hárpalo decidiera coger a su hija, poner a salvo a

todos los soldados y el dinero que pudo, y embarcar rumbo a Atenas cruzando el mar a principios de verano.

Alejandro se encontraba cerca de Susa. Cuando, probablemente en mayo, le llegó la noticia, lo cogió por sorpresa. Hárpalo, dijeron dos mensajeros, había huido con seis mil soldados mercenarios y otros tantos talentos, y se dirigía a Atenas, presumiblemente con la intención de sobornar a los ciudadanos para que lo defendieran. Alejandro no se lo podía creer y arrestó a los mensajeros. Sin embargo, la confirmación les valió la liberación, y esta última amenaza de los mercenarios provocó que ordenara la definitiva disolución de las otras tropas mercenarias de los sátrapas. Hárpalo no podía ser tratado tan a la ligera. Conocía a demasiados oficiales macedonios y, a diferencia de Agis o de los almirantes persas, tenía suficiente dinero para organizar un ejército; se despacharon órdenes a Atenas para que se procediese a su arresto, tanto por parte de Olimpia, la reina regente en Macedonia, como del veterano gobernador de la costa de Asia. Atenas, por tanto, tenía razones para vacilar, y por aquel entonces Alejandro tenía sus motivos para interesarse más de cerca por los asuntos de Grecia.

Junto con las noticias de la huida de Hárpalo sucedió que Alejandro recibió una carta de Europa, no del indignado Teopompo, sino del Consejo de las ciudades griegas aliadas. En su ausencia, las políticas griegas también resultan demasiado oscuras como para seguirlas en detalle, pero en cualquier caso el liderazgo macedonio sólo había servido para agravar las tendencias más claras de los últimos doscientos años. Desde que Filipo conquistó Grecia, se habían producido golpes y contragolpes en un contexto de siete años de hambre y sequía; los exilios y las incriminaciones personales no habían sido frenadas por el consejo aliado de Filipo, en especial ante las revueltas de Tebas y Esparta, pues a los macedonios les convenía ver a sus enemigos expulsados. Tres años de malestar espartano en el sur de Grecia y las batallas que ello conllevó en el año de Gaugamela habían expuesto a los pocos espartanos aliados a las represalias de Antípatro y sus generales, quienes naturalmente fortalecieron su control deponiendo a los antiguos rebeldes e instaurando unas juntas militares en las que sentían que podían confiar. El descontento, los nuevos gobiernos y una guerra demasiado larga habían significado, como siempre, que las partes derrotadas fueran obligadas a exiliarse; no podían esperar ninguna ayuda de los generales de Antípatro, que habían contribuido a expulsarlos, y, a pesar de las cláusulas de una «paz común entre aliados», los delegados del consejo griego de Filipo no podían, o no querían, intervenir. Más de un total de veinte mil griegos deambulaban como vagabundos por la Península, y, como había sucedido tan a menudo en los anteriores cincuenta años y en una época de severa hambruna, su miseria, aunque no constituía un motivo para la revolución, podía convertirse en una amenaza. La carta del Consejo probablemente hacía

hincapié en el peligro y, en respuesta a ella, Alejandro intervino con la medida más incomprendida de su reinado: envió una proclama en la que, entre muchas otras cosas, ordenaba que los exiliados de las ciudades griegas aliadas fueran devueltos a casa.

Esta orden repentina causó un revuelo que todavía puede percibirse en los discursos de los oradores griegos; cada ciudad se veía afectada de un modo diferente, y resulta tentador escoger los comentarios más agudos como un resumen de la acogida que tuvo. El Decreto de los exiliados se vio, de este modo, como el ultraje final de un déspota o como el esfuerzo de un atemorizado tirano por restaurar un equilibrio que él mismo había perturbado. De hecho, el problema era local, y el decreto estaba dentro de los límites legales; la mayor parte del mismo fue bien recibida. No dictaba una orden directa para cada ciudad, sino una proclama general que dejaba a los gobiernos las manos libres para que cada uno la llevara a cabo de acuerdo con sus propias leyes locales. En la práctica, la distinción entre orden y proclama era académica, y la palabra del rey estaba respaldada por la espada. Sin embargo, la teoría había sido acordada por los aliados griegos cuando juraron obedecer a los macedonios, y los sucesores de Alejandro la reavivarían cuando quisieran complacer la opinión liberal de los griegos. Al fin y al cabo, en teoría una ciudad era libre de rechazar el anuncio, mientras que otras obedecían «de acuerdo con su propia decisión y su ley». Técnicamente, su derecho al autogobierno no había sido infringido por una proclama cuyos contenidos estaban respaldados por los poderes de Alejandro como líder de los griegos. El consejo aliado tenía el deber de prevenir «las muertes ilegales o los exilios en las ciudades miembros», pero este ideal apenas se había podido poner en práctica debido a la rebelión de Esparta y las medidas de seguridad adoptadas por un mariscal macedonio y unos generales que se sabía que eran favorables a las juntas militares. Se dejó que fuera Alejandro, como caudillo aliado, quien interviniese y mantuviese los juramentos de su alianza, del mismo modo que anteriormente, después de la guerra contra los persas en el Egeo, Alejandro había intervenido en las islas que formaban parte de la alianza y que se habían desestabilizado. La firmeza de su intervención no se refleja en un nuevo método de tiranía, sino en los poderes de la constitución jurada por sus aliados griegos; éstos, a decir verdad, eran extremos, pero catorce años atrás su constitución no había sido obra de Alejandro, sino de su padre Filipo.

El decreto se limitó a las ciudades aliadas y a los exiliados desterrados durante la corta vida de la paz griega. Lo acompañaba una petición de que las ligas griegas locales se disolvieran, lo cual, si bien resultaba más ventajoso para Alejandro, estaba en consonancia con la promesa de la alianza de mantener la independencia local, una consigna que Filipo ya había utilizado contra las ligas de Grecia y los imperios.

En la mayoría de las ciudades el decreto fue bien acogido, pero la legalidad, como

de costumbre, tenía sus peculiaridades. Alejandro no deseaba restablecer a los tebanos en la ciudad que había destruido, y puesto que el consejo aliado había ratificado de todos modos su destrucción, Alejandro no tuvo escrúpulos a la hora de anunciar exenciones. Sin embargo, su propósito era mucho más profundo que estas nimiedades de conveniencia. Muchas de las familias a las que ahora iba a rehabilitar habían sido anteriormente enemigas, pero la mayoría de ellas cambiaría de opinión a cambio de un regalo caído del cielo, el más efectivo que un político podía prometer: el caso de Teopompo, que primero fue un calumniador y después un panegirista, era prueba suficiente de ello. Alejandro podía afirmar, con razón, que él no había sido el responsable del destierro de los exiliados, pues eran las ciudades las que mayoritariamente lo habían provocado por medio de sus propios decretos. Al mismo tiempo, Alejandro podía atribuirse el mérito de su regreso con la ayuda de Antípatro, a quien había escrito dándole instrucciones ulteriores. Los exiliados habían sido rehabilitados con bastante frecuencia a lo largo de la historia de Grecia, pero nunca había habido un hombre lo suficientemente poderoso como para restablecer en las ciudades a sus antiguos enemigos y saber que se beneficiaría de ello; un gesto tan efectista seguramente le procuraría apoyos, en especial entre las ciudades más débiles; que fuera cumplido con prontitud era complicado, y la obediencia a veces resultaba dolorosa, pero nadie podía acusar a Alejandro de romper su juramento como caudillo aliado: eligió a un hijo adoptivo de su tutor Aristóteles para llevar la proclama a Grecia y leérsela a los exiliados reunidos en los Juegos Olímpicos a principios de agosto. Seis años como rey de Asia no habían hecho que el caudillo de los griegos y el saqueador de Tebas se convirtiera en un déspota mayor para sus aliados de lo que era antes.

Este decreto masivo no estaba vinculado con la disolución de los mercenarios de los sátrapas: muchos de ellos no eran griegos, muy pocos habían sido obligados a exiliarse y ninguno de los que corrían libres intentó regresar a casa basándose en esto. Este decreto se relaciona más bien con las noticias acerca de Hárpalo. De hecho, era mejor que esos veinte mil griegos vagabundos, muchos de ellos exiliados por los agentes de Antípatro, fueran enviados a casa antes de que Hárpalo pudiera sobornarlos; el decreto también asustaría a Atenas, su destinataria. Durante cuarenta y un años los atenienses habían disfrutado de la tierra y los caballos de Samos, a cuyos propietarios se había exiliado de la isla. Ahora Alejandro estaba hablando abiertamente de «dar Samos a los samios», y sólo la diplomacia lo disuadiría de ello. Los exiliados habían dejado la isla antes del reinado de Filipo, por lo que los atenienses podían alegar que se trataba de un caso especial. Sin embargo, cualquier apoyo que dieran a Hárpalo los arruinaría. Por supuesto, podían intentar luchar por la isla, pero la mayor parte de Grecia dio la bienvenida al nuevo decreto y Alejandro razonó que Atenas no se arriesgaría ni se permitiría llevar a cabo una guerra ella sola.

Los acontecimientos demostrarían que había juzgado el riesgo con perspicacia. De este modo, mientras se aproximaba al palacio de Susa a principios de verano, Alejandro se sintió lo bastante seguro como para ocuparse de que reinara la armonía entre sus propias clases dirigentes y, tras la confusión, dar fuelle a un plan creativo. Antes de que pudiera revelar sus planes, la India, por última vez en su vida, atrajo su atención.

Cálano, el gimnosofista hindú, había seguido al ejército durante todo el camino desde el Punjab. Nunca se había sentido enfermo, pero el clima persa lo había debilitado y, a la edad de setenta y tres años, le dijo a Alejandro que prefería morir antes que ser un inválido. Alejandro discutió con él, pero el faquir insistió en que se construyese una pira funeraria, un trabajo que se confió a Ptolomeo. Encabezando una larga procesión, Cálano fue llevado en una litera hasta su lecho de muerte, «coronado con guirnaldas al estilo indio y mientras cantaba himnos en su propia lengua». En la pira, se esparcieron copas de oro y mantos para darle la bienvenida, pero él se las devolvió a sus seguidores: subió a la pira y se reclinó a plena vista de todo el ejército. Alejandro «no quería ver este espectáculo de un amigo», y el resto de los presentes «estaban asombrados de que no rechistase lo más mínimo en medio de las llamas». Sonaron los clarines, pues la pira empezó a arder; el ejército entonó su grito de guerra y los elefantes lanzaron estridentes bramidos como si estuvieran en la batalla. «Los cuerpos se pueden mover de un lugar a otro —se decía que Cálano le había escrito a Alejandro—, pero no se puede obligar a las almas, no más de lo que puedes obligar a los ladrillos o las piedras a hablar».

Lo que vino a continuación fue convenientemente olvidado: en honor de Cálano, Alejandro organizó juegos y un certamen musical, así como un

concurso de beber vino puro —dijo su maestro de ceremonias—, porque los indios eran muy aficionados a esto. Los premios en metálico eran cuantiosos, pero treinta y cinco de los participantes murieron inmediatamente presa de los escalofríos, mientras que otros seis sobrevivieron por poco tiempo en sus tiendas. El ganador se bebió casi catorce litros, pero incluso él murió al cabo de cuatro días.

Esta monstruosa orgía, apoyada con gusto por los participantes, es un valioso recordatorio de cómo era la vida en el entorno de Alejandro: fue casi una prefiguración de las tragedias que tendrían lugar al año siguiente.

Un festival infortunado no disuadiría a Alejandro de una continuación aún mayor. Desde el desierto, las diversiones de la vida cortesana se habían incrementado de manera justa y adecuada; al entrar en Susa, corrió la voz de que iban a celebrarse unas bodas estivales. A falta de nobles damas macedonias, los oficiales no habían disfrutado de una celebración familiar de este tipo durante los últimos diez años, y los detalles relativos a las novias debían de esperarse con entusiasmo. Cuando se anunció el evento, provocó un enorme asombro: los novios eran el propio Alejandro y los Compañeros de la corte macedonia, mientras que las novias eran damas iranias de

alta cuna.

De los muchos festivales celebrados por Alejandro, éste fue, con diferencia, el más excepcional. El hombre que finalmente había destituido a la mayoría de los iranios de su gobierno iba ahora a desposar a las mujeres con más de noventa de sus oficiales; la pompa se ajustaría a la dignidad del emplazamiento palaciego de Susa.

Noventa y dos cámaras nupciales —escribió el maestro de ceremonias de Alejandro— se prepararon en un único palacio; en una sala se construyeron cien dormitorios y, en cada uno de ellos, las camas estaban decoradas con motivos nupciales que habían costado medio talento de plata: la propia cama de Alejandro tenía las patas de oro. Todos sus amigos personales fueron invitados a la recepción nupcial y se sentaron enfrente de donde se encontraban Alejandro y los otros novios; el resto de los soldados y marineros, así como los embajadores extranjeros, asistieron a las diversiones en el patio que había fuera. La sala se adornó sin escatimar gastos, y estaba equipada con suntuosos cobertores y sábanas de lino, y con alfombras de color púrpura y escarlata con bordados de oro. Para sostener la tienda se construyeron columnas de una altura de nueve metros, doradas y plateadas, y con incrustaciones de piedras preciosas. Alrededor del recinto de la sala, que medía casi ochocientos metros de circunferencia, se colgaron costosas cortinas en barras doradas y plateadas; la tela estaba tejida con figuras de animales e hilo de oro. Los banquetes, como era habitual, se anunciaron mediante un toque de trompeta; la boda se festejó durante cinco días enteros. Los artistas, tanto extranjeros como griegos, prestaron sus servicios; entre ellos sobresalían los prestidigitadores de la India y las celebridades de Siracusa, Tarento y Lesbos. Hubo canciones y recitales, y músicos que tocaban el laúd, la flauta y la lira; los actores de la compañía de Dioniso complacieron al rey con generosos regalos, mientras que las tragedias y las comedias fueron representadas por sus estrellas griegas favoritas.

La factura de la boda no habría dejado en mal lugar a un sha, pero la adulación contribuyó a equilibrar las cuentas, pues «las coronas que enviaron los emisarios sumaban unos 15.000 talentos».

Las bodas, en sí mismas, estuvieron bien vistas y se celebraron según la costumbre persa: «Se colocaron sillas para los novios y, tras la bebida, las novias se sentaron junto a sus maridos, que las cogieron de la mano y las besaron, siendo Alejandro el primero en hacerlo. Nunca mostró mayor cortesía y consideración hacia sus súbditos y compañeros». Las uniones se habían dispuesto según una adecuada precedencia. Alejandro tomó dos nuevas esposas junto a Roxana: la primera de ellas era la hija mayor de Darío, la segunda, la hija más joven del anterior rey Artajerjes III; a la hija de Darío se le hizo cambiar su nombre de doncella, una práctica común entre los macedonios, y tomar el de Estatira, el mismo nombre de la esposa de Darío, a la que Alejandro había respetado mientras fue su prisionera hasta que murió de parto. Desde un punto de vista político, era una decisión prudente unir mediante bodas a las dos casas reales de Persia a la vez, con la intención de dar continuidad a un nombre de familia, pero la política también se combinaba con los sentimientos; Hefestión se casó con la hija más joven de Darío, hermana de la nueva esposa de Alejandro, «porque Alejandro quería que los hijos de Hefestión fuesen sus propios sobrinos y sobrinas». Esta unión constituye una rara oportunidad para acercarse al vínculo entre los dos hombres.

Hubo otras relaciones no menos paradójicas. Es probable que muchas novias sólo

fueran unas niñas, de acuerdo con la práctica griega e irania, pero servían a un plan más intrincado. Ptolomeo se convirtió en el cuñado de Eumenes, el secretario griego al que pronto detestaría; tanto Eumenes como Nearco, al casarse con las hijas de Barsine, la primera amante de Alejandro, se convirtieron en yernos-hijastros del rey; estas hijas eran asimismo medio griegas, y esto convenía mucho al propósito de Alejandro. Seleuco, comandante de los Portadores de Escudo, se casó con la hija de Espitámenes, el enemigo rebelde de Alejandro, una unión que tendría consecuencias de largo alcance. No obstante, estas ironías maritales no restaban mérito a las intenciones de Alejandro. Tras un tiempo de grave incertidumbre en su Imperio, Alejandro deseaba vincular a los griegos y a la nobleza macedonia, de donde procedían ahora la mayoría de sus gobernadores, con las niñas de la aristocracia nativa a la que finalmente habían suplantado. Del mismo modo que los cortesanos persas se casaron en otro tiempo con medos y babilonios, también los macedonios se casarían ahora por el bien de la política con las hijas de los persas leales; Alejandro había dejado a la familia de Darío en Susa para que aprendiera griego cuando marchó a Irán y la India, y, al visitarla de regreso, se sintió satisfecho de que estuvieran listas para formar parte de su futuro. Después de dos siglos de desacuerdos entre Persia y Grecia, esta fusión deliberada no tenía precedentes. Las bodas se celebraron públicamente y se dispusieron de acuerdo con la típica mezcla, tan propia de Alejandro, de previsión y sentido de la teatralidad, y también se extendieron a la tropa. A falta de mujeres macedonias, durante la campaña los soldados habían tomado amantes asiáticas, y las investigaciones revelaron que incluso después de la marcha a través del Makran su número ascendía a diez mil. Al igual que los novios de ascendencia noble, cada uno de los soldados recibió una dote real a cambio de comprometer su nombre y tener a su amante asiática oficialmente reconocida como esposa.

Un orden de este tipo conllevó diversas consecuencias. Las mujeres serían las más beneficiadas, pues de repente se convertirían en esposas de pleno derecho, sus hijos tendrían que ser reconocidos y sus maridos no podrían abandonarlas sin más o sustituirlas por una mujer de posición más elevada. Ahora bien, Alejandro no iba a gastarse una enorme suma en dotes simplemente para que sus soldados convirtieran a sus hijos en legítimos; le habría convenido más, como pronto se demostró, que la siguiente generación la hubiesen formado hijos bastardos que no tuvieran a nadie a quien mirar excepto a su rey. Lo que importaba es que se trataba de mujeres asiáticas, al igual que las novias de sus Compañeros eran iranias: las bodas eran un intento de incluir a sus súbditos en un Imperio cuyos puestos en las satrapías procedían mayoritariamente de ellos. Las asiáticas habían sido tomadas como amantes porque no había otras alternativas, pero Alejandro las estaba elevando a una posición a la que las poblaciones griegas en el exterior siempre se habían resistido de forma enérgica.

En los únicos casos conocidos en las ciudades griegas situadas en una tierra extranjera, los niños de las madres bárbaras no fueron reconocidos como ciudadanos; después de Alejandro, en las colonias militares en las que las familias obtenían una tierra del rey a cambio del servicio, puede demostrarse que los griegos y macedonios preferían casarse con sus hermanas y nietas antes que compartir su propiedad con una mujer nativa. Sólo en la campiña asiática, donde no quedaba otra alternativa y había menos cosas en juego, los matrimonios mixtos fueron algo común en las siguientes generaciones de los sucesores de Alejandro. Se trataba más de una cuestión de prestigio que de prejuicio racial, que a pesar de todo era importante. Alejandro sabía que tenía que ofrecer el soborno de la dote para legitimar los matrimonios mixtos a una escala que nunca se volvió a intentar. Entre los oficiales, todos estaban complacidos con el honor, aunque algunos pocos recelaran de que sus novias fueran orientales. Ninguno de ellos se atrevió a negarse.

Fue un momento espléndido de caballerosidad, pero tras él acechaba una torpeza que podía haber estallado estropeándolo todo. Desde el verano anterior, Alejandro había decidido enviar a casa a los veteranos macedonios, y, con este propósito, los había mantenido aislados; habían regresado de la India por el valle del Helmand y, puesto que se habían ahorrado el Makran, los diez mil habían sobrevivido, de manera que eran superiores a los macedonios supervivientes en una proporción que era al menos de dos a uno. La edad y el estado físico aconsejaban que fueran enviados de vuelta, pero, en un momento en que Alejandro estaba casando a iranias con Compañeros y aprobando los matrimonios mixtos de los soldados, la disolución de los veteranos adquiriría un aire nuevo y doloroso. Sin embargo, había que convencerlos para que regresasen a casa, pues los años venideros ya no se acomodaban a unos hombres que tenían sesenta años y a los que a menudo molestaban las políticas orientales de su rey; no hay nada más peligroso que la franqueza de los viejos amigos, en especial cuando el prestigio está en juego. Durante las semanas inmediatamente posteriores se pondría de manifiesto si la franqueza terminaría desembocando en conflictos y si los soldados veteranos de Alejandro acabarían triunfando allí donde los sátrapas, los exiliados y los mercenarios habían fracasado en sus intentos de derrocarlo.

30. AMOTINAMIENTO EN OPIS. LA MUERTE DE HEFESTIO

Temiendo a sus veteranos, una vez más Alejandro preparó el terreno recurriendo a la generosidad. Era una de sus tácticas más viejas, que casi le había salvado la vida en el río Beas. Las bodas de Susa habían sido la mayor muestra de despilfarro de su carrera y ninguno de los invitados podía decir que no había disfrutado, pero la tropa, en cambio, necesitaba una recompensa aún mayor que las dotes recibidas para sus amantes. Con el fin de equilibrar las festividades celebradas con sus oficiales, Alejandro anunció que estaba dispuesto a pagar las deudas de todo el ejército. Probablemente a los soldados se les debían atrasos, puesto que un tesoro en monedas tan grande nunca se habría podido transportar para mantener la paga al día en la India, pero lo que Alejandro tenía en mente no eran sólo las pagas atrasadas; los soldados también debían de haber vivido a crédito con los comerciantes del campamento, las mujeres y los intendentes, puesto que no cobraban en especies, y había que pagar estas deudas a los muchos seguidores del campamento que habían sobrevivido para cobrarlas. Al principio, los hombres sospecharon que esta asombrosa oferta era una manera de entrometerse en sus deudas, pero cuando se les aseguró que sus nombres no se anotarían, ellos mismos se presentaron ante los contables del ejército. «Un rey —dicen que afirmó Alejandro— nunca debe obrar de manera que no sea diciéndoles la verdad a sus súbditos, y un súbdito nunca debe suponer que un rey obra de manera que no sea diciéndole la verdad». Era una observación reveladora, pero no muy afortunada. Sólo una monarquía había insistido en las virtudes de decir la verdad, y era precisamente la de los persas. Junto con el atuendo de los herederos de Ciro, Alejandro había adoptado abiertamente sus ideales, y, en una época en la que Oriente estaba demasiado en entredicho, a sus veteranos no debió de complacerles escuchar estas palabras.

El resultado de su promesa fue la cancelación de una enorme deuda que ascendía a unos 10.000 talentos o, dicho de otro modo, a dos terceras partes de los ingresos anuales del tesoro del Imperio persa en su mejor momento. Esta generosidad se acompañó con las habituales recompensas a los méritos, pues el valor que tenían las medallas no se perdió con Alejandro. Nearco, que ahora regresaba del océano, Peucestas y otros Escoltas que habían salvado al rey en Multan, así como Leónato, que había derrotado a los oritas, todos ellos fueron agasajados con coronas de oro y honrados, por tanto, públicamente. El rey estaba desplegando su magnanimidad, pero entonces llegó al campamento una nueva multitud que, de repente, desbarató su

calculado intento de establecer la armonía.

Procedentes de las Alejandrías y los pueblos tribales de Irán, aparecieron en Susa treinta mil jóvenes iranios vestidos con prendas macedonias y entrenados en las artes macedonias de la guerra. Habían transcurrido más de tres años desde que Alejandro, encontrándose cerca de Balj, ordenó que fueran seleccionados y entrenados, y no podían haber llegado en un momento más delicado. Cuando empezaron a desplegar su instrucción militar fuera de la ciudad, corrió rápidamente la voz de que Alejandro los había nombrado sus Sucesores; había, además, hechos que apoyaban los rumores que circulaban por el campamento. Casi la totalidad de la caballería de los compañeros había marchado a través del Makran y había sufrido la pérdida de casi la mitad de sus jinetes. Todavía no había nuevos macedonios disponibles, por lo que Alejandro había completado las filas con iranios escogidos que, hasta entonces, habían estado sirviendo en unidades separadas. Después del desastre, había cuatro nuevos escuadrones mixtos de Compañeros, y a éstos se añadía ahora un quinto cuyos miembros eran llamativamente orientales. Ni siquiera el propio batallón del rey quedaba al margen. Los asiáticos más estimados, hombres como el hermano de Roxana o los hijos de Maceo y Artabazo, fueron alistados en sus exclusivas filas y equipados con las lanzas macedonias en lugar de las jabalinas nativas. Desde un punto de vista militar, la caballería irania era más que adecuada en relación con las exigencias de su rey, pero no era su competencia lo que estaba en juego. Se les había asignado un lugar en la camarilla más macedonia de todas; era como si un general británico hubiese abierto las filas de los Guardias Granaderos a los cipayos indios, y, como sucede con muchos cambios altruistas, éste fue impopular desde el principio.

El soldado raso odiaba lo que veía. Durante mucho tiempo había convivido con pistas que auguraban todo esto: el atuendo persa, aunque moderado, de Alejandro; sus mayordomos, sus Compañeros persas y la *proskynesis*, al menos por parte de los orientales. Sin embargo, mientras su propia posición estuvo asegurada, estas ligeras innovaciones 110 le importaron lo bastante como para rebelarse contra ellas; disfrutaba de su amante asiática y, además, Oriente era una fuente fabulosa de riquezas. No obstante, cuando sintió que había sido suplantado, todo lo que Oriente representaba le pareció peligroso y vergonzoso. Su concubina se había convertido ahora en su esposa legal y no le gustaba la imagen de los matrimonios persas del rey; olvidó toda lógica y le molestó que Peucestas le hiciera el juego a los persas en la provincia natal de los persas como si éstos fueran unos seres privilegiados. Empezó a rezongar, temiendo a los sucesores por lo que implicaba su nombre; ¿qué sabían ellos de la hambruna sufrida en el Hindu Kush, de los elefantes del Punjab o de las dunas de arena del Makran?

Por el momento, Alejandro podía evitar una confrontación desplazándose hacia el oeste; el camino que había emprendido, como el de los veteranos, todavía conducía a

casa, y los informes de la última etapa del viaje de Nearco por el golfo Pérsico habían despertado su interés por las rutas fluviales desde Susa. Alejandro descubrió que podía navegar por el río Pasitigris, aventurarse por el mar o por un canal de enlace y regresar por la desembocadura del Tigris hasta encontrar el Camino Real; la idea lo atraía, por lo que destacó a su nuevo cuñado Hefestión para que guiase a las tropas que estaban allí por tierra, y él se embarcó con la flota para llevar a cabo el viaje. El Pasitigris era plácidamente navegable y le permitió inspeccionar los métodos de riego de la zona, pero el Tigris había sido bloqueado con presas «porque los persas, que no eran muy buenos navegantes, las habían construido a intervalos regulares para impedir que algún barco remontara el río y se apoderara del país». Alejandro «dijo que estos dispositivos de defensa no se correspondían con un ejército victorioso y les demostró que no valían nada desmantelando sin dificultad lo que los persas se habían aplicado tanto en preservar».

En la desembocadura del Tigris, Alejandro fue capaz de aligerar su carga. En el punto donde el canal Dur-Ellil se encuentra con el límite oriental del estuario del río, los reyes persas habían establecido una guarnición real doscientos años atrás y la habían dotado de colonos carios, compatriotas del capitán de navío Escílax y, por tanto, muy apropiados para desempeñar cometidos navales en el golfo Pérsico. La guarnición se encontraba en muy mal estado y Alejandro se sintió inclinado a reemplazarla; ahora que Nearco había explorado el golfo Pérsico, una ciudad en la desembocadura del Tigris permitiría que los marineros carios reanudasen sus funciones y serviría como puerto para las embarcaciones indias y los comerciantes. Los descendientes de la guarnición caria fueron reclutados como colonos y se mezclaron con aquellos veteranos del ejército a los que fue posible librarse de manera diplomática. Una vez más, una Alejandría seguía el ejemplo de un antiguo puesto de avanzada oriental, y de nuevo estaría a la altura de las esperanzas de su fundador. La nueva Alejandría duró apenas cien años antes de ser arrasada por las inundaciones, pero el lugar fue restaurado en dos ocasiones por los reyes griegos y partos, y se convirtió en el principal puerto para el comercio del Próximo Oriente con la India; la visitó el emperador romano Trajano, y mil años después de su fundación por Alejandro todavía era mantenida por los árabes. El despejado paralelogramo que formaban sus calles y casas, diseñado como si fuera un campamento militar, ha sido hallado en fechas recientes durante un reconocimiento aéreo llevado a cabo por los ingleses. Las Alejandrías, como su fundador previo, eran su pasaporte más seguro a la posteridad.

Por consiguiente, tras haberse librado de unos pocos centenares de veteranos, Alejandro dejó su nueva ciudad en construcción y navegó por el Tigris, desmantelando las presas y permitiendo a sus agrimensores que midieran la longitud del río. En Opis, en la curva que describe el río al sur de la actual Bagdad, Alejandro

se detuvo para encontrarse con Hefestión y el ejército de tierra. Ahora sabía que no tenía escapatoria. Desde este punto en adelante, su ruta y la de los veteranos tenían que separarse, pues era imposible seguir por el Tigris con los barcos y, en Opis, la red de caminos ofrecía una alternativa; Alejandro podía ir por el oeste hacia Babilonia o seguir la gran ruta oriental hacia Media y Hamadán. El clima de finales de verano haría de Babilonia un lugar insoportablemente caluroso, de manera que, al igual que los reyes persas, Alejandro optó por hacer una visita a Media y por el frescor de los pabellones de caza de Holwan. Ahora bien, si los veteranos lo seguían, retrocederían y se alejarían del camino que los conduciría a su tierra. Tenían que ir al oeste, y en Opis la cuestión se planteó abiertamente.

Desde que habían visto a los sucesores en Susa, los soldados estaban huraños y descontentos. En Opis, Alejandro los reunió a todos y les dijo que los de más edad y los enfermos serían licenciados y enviados de vuelta a Macedonia; recibirían magníficas recompensas «para que sus amigos sintieran envidia de que volvieran a casa y para que quienes permanecieran en activo esperasen recibir un trato igual». Fue la sugerencia peor recibida de todas las que había hecho. Los soldados se amotinaron y lo hicieron callar a gritos. «Sigue luchando —le dijeron, al parecer— en compañía de tu padre —refiriéndose a Amón, no a Filipo—, pero si disuelves a los veteranos, deberás disolvernos a todos». Otros informes difieren, pues los insultos de los amotinados nunca se registraron con precisión, pero tanto si los hombres hicieron referencia a Amón como si no, su desobediencia recibió una respuesta tajante. Alejandro saltó de la plataforma, escoltado por sus oficiales de mayor confianza, y señaló a los instigadores que quería que arrestaran. Capturaron a treinta hombres y se los llevaron para ejecutarlos. Alejandro volvió a subir a la plataforma y lanzó uno de sus poderosos discursos. Después se marchó furioso a las dependencias reales, donde se encerró negándose a ver a ninguno de sus Compañeros o a atender sus requerimientos personales. Sólo se permitió entrar a los más íntimos. No se sabe que ninguno de sus oficiales describiera el motín, pero no hay dudas sobre las cuestiones que estaban en juego. Nadie se quejó de que Alejandro hubiera perdido el sentido de la proporción o su capacidad para gobernar el Imperio, aunque muchos oficiales, incluido un hiparca, se pusieron del lado de los veteranos, una extraña escisión entre los comandantes de Alejandro y sus íntimos amigos. No lo abuchearon porque los hubiera llevado al Makran o porque probablemente los embarcaría en nuevas batallas, sino porque estaba intentando excluirlos del futuro que sabían que él todavía ofrecía. No fue el motín de unos hombres que deseaban regresar a casa, puesto que, después de haber pasado diez años en Asia, un hogar en los límites de la Alta Macedonia había perdido los ya de por sí escasos atractivos que tenía: los antiguos pastores de las montañas habían visto y saqueado un mundo muchísimo más rico y querían permanecer en la cúspide. No tenían intención de entregarlo a un cuerpo de Sucesores

orientales y a una brigada mixta de Compañeros persas cuando había macedonios perfectamente capacitados, o eso sentían, para ocupar su lugar. Fue el motín de unos hombres que querían quedarse donde estaban; si hubiesen perdido su fe en Alejandro, lo habrían asesinado en el momento en que saltó de la plataforma, con escoltas y todo. No hicieron nada de eso porque lo necesitaban.

Sin embargo, Alejandro lo vio de un modo diferente. Muchos de los hombres a los que deseaba licenciar superaban los sesenta años y algunos incluso llegaban a los setenta; a menudo estaban enfermos y, por lo general, eran reacios a los cambios. Si Alejandro hubiese sabido cómo iban a regresar y dominar los campos de batalla después de su muerte, puede que hubiera vacilado, pero en Opis Alejandro estaba pensando en su propio futuro e imaginaba que, a corto plazo, los ancianos constituirían un lastre. Las ambiciones de Alejandro pondrían a prueba los recursos humanos de Macedonia, una fuente a la que no había podido recurrir durante los últimos siete años, y tenía sentido llamar a sus amplias reservas orientales para abastecer un ejército que había sido humillado en el Makran. Sólo la provincia de Persia tenía más combatientes que los que su padre había dirigido nunca en su nueva Macedonia, y, al reclutarlos, Alejandro podía involucrarlos en los beneficios y las responsabilidades de la conquista. Las bodas que Alejandro celebró en Susa, sus Compañeros iranios y los sucesores eran una prueba de que sabía dónde se encontraría la leal clase gobernante del futuro, lo que constituye un gran mérito por su parte. No quería una corte formada exclusivamente por macedonios, como tampoco quería la igualdad o la fraternidad entre los hombres; quería, acertadamente, «recurrir a los mejores reclutas, tanto si eran griegos, macedonios o bárbaros». No había mejor salvaguarda contra la inflamación de los sentimientos nacionalistas de los pueblos que había conquistado que invitar a sus gobernantes a formar parte de su corte.

Los soldados lo amenazaron con algo que pensaban que Alejandro nunca haría, pero, tratándose de Alejandro, no pasó mucho tiempo antes de que anunciara que él haría exactamente lo mismo. Le habían dicho que si licenciaba a cualquier veterano todos desertarían y lo dejarían con sus nuevos amigos iranios; tras un silencio que no auguraba nada bueno en la tienda real, llegó la noticia de que los iranios eran para él el perfecto ejército del futuro y que con ellos bastaba. Iranios serían los Portadores de Escudo, los Compañeros, los Compañeros de a Pie y los Escuadrones Reales; los comandantes del ejército tendrían que escogerse entre los orientales más selectos, que serían tratados como los iguales del rey y, por tanto, se les permitiría el tradicional privilegio de saludarlo mediante un beso. Los siguientes dos días después del anuncio, Alejandro permaneció en su tienda, viendo sólo a sus oficiales iranios y a los Compañeros y Escoltas más cercanos a él. Se estaba marcando un atrevido farol, pero si los soldados seguían obstinándose, sin duda él llevaría adelante su plan.

Con los cabecillas muertos y los sueldos en peligro, los soldados vacilaron, desconcertados por el nuevo anuncio hecho por Alejandro. Era una situación muy diferente a la del motín en el Beas. Allí Alejandro también había amenazado con seguir adelante sin sus hombres, pero ellos sabían que resultaban indispensables. En esta ocasión, lo habían amenazado con abandonarlo y él había dado muestras claras de estar preparado para hacer lo mismo. Muchos oficiales oyeron que sus cargos estaban pasando a los iranios, lo cual da a entender que también ellos habían simpatizado con el motín. Los amigos más cercanos a Alejandro se mantuvieron contra ellos, y esta lealtad no podían resquebrajarla. Eran hombres amenazados y sintieron miedo:

Corrieron a las dependencias reales y dejaron las armas delante de la puerta, como una ferviente súplica a su rey; después se quedaron de pie y empezaron a gritar que se les permitiese entrar; prometieron que entregarían a los instigadores del motín, y que no se moverían de la puerta, ni de día ni de noche, hasta que Alejandro se apiadara de ellos.

No sería la última vez en la historia que un grupo de agitadores llevara a una mayoría a donde ésta desearía no haber ido jamás.

Alejandro «salió rápidamente y, cuando vio su implorante actitud y escuchó cómo muchos de ellos lloraban y se lamentaban, también él empezó a derramar lágrimas». Un viejo hiparca de la caballería de los compañeros se ofreció para expresar las súplicas de los hombres. Se había hecho a los persas, dijo, parientes reales de Alejandro, con el tradicional derecho a besar al rey, pero «ningún macedonio había disfrutado todavía de semejante honor». Alejandro replicó que de ese día en adelante los llamaría a todos sus parientes, ampliando un tratamiento que los complacía en la mejor tradición de los reyes macedonios, con lo cual «el hiparca se adelantó para besarlo, como hicieron todos los que quisieron hacer lo mismo. Después recogieron sus armas, gritaron y entonaron la canción de victoria en el camino de regreso al campamento». Dueño del momento, Alejandro acompañó su éxito con un acertado festival: ofreció sacrificios a los dioses habituales, incluyendo por tanto a Amón, y anunció un banquete público para los miembros veteranos de la corte y el ejército.

Este banquete se planificó con el inimitable estilo de Alejandro. El festín se dispuso sobre el césped, y alrededor de Alejandro se sentaron los macedonios que ocupaban puestos de responsabilidad; en un círculo exterior, se sentaron los iranios; en otro, más exterior, los distinguidos representantes de otras tribus del Imperio. Fue una escena de júbilo y ritual a la mayor escala: los sacerdotes griegos y los magos dirigieron las ceremonias, según su estilo propio y característico, y presidieron las libaciones que Alejandro y quienes estaban a su alrededor vertían juntos, sirviéndose el vino de un mismo gran cuenco. Los que estaban en los círculos exteriores los imitaron, hasta que la camaradería compartida concluyó con una plegaria común. Alejandro, que estaba en medio, realizó súplicas para que obtuvieran «otras

bendiciones y por la concordia entre los macedonios y los persas, y por que compartieran el gobierno del Imperio entre ellos». Todos los invitados, que sumaban unos nueve mil, vertieron una libación común y la acompañaron con un grito de triunfo.

En este momento memorable, el triunfo era de Alejandro.

Poco después, todos aquellos macedonios que eran demasiado viejos o que estaban incapacitados para luchar se separaron de él, pero ahora de forma voluntaria; sumaban más de diez mil. Alejandro les dio la paga completa, no sólo por sus servicios pasados, sino también por el tiempo que duraría su viaje a casa; además, los obsequió con una bonificación de un talento.

Cuando llegasen a Macedonia, los veteranos serían lo bastante ricos como para ocupar una posición social más elevada de lo que nunca podían haber imaginado diez años atrás; para un soldado raso, una bonificación de un talento equivalía a más de quince años de salario, y las bonificaciones se añadían a lo que ya habían saqueado en la India y a las alhajas orientales. «Si tenían algún hijo de sus mujeres asiáticas, habían de marcharse sin ellos para no llevar peleas y conflictos a Macedonia entre los extranjeros y los niños extranjeros, y las familias macedonias y las esposas que ya habían dejado allí». Estos nuevos huérfanos dependerían enteramente de Alejandro, pues sus madres ya no serían reconocidas como esposas y, según la ley griega, los hijos de madres no reconocidas eran considerados ilegítimos. También habían sido llevados a vivir al campamento, donde Alejandro prometió velar por que fueran educados al modo macedonio y especialmente entrenados para la guerra; «cuando crecieran, Alejandro los llevaría a Macedonia y se los entregaría a sus padres». La promesa de una educación macedonia fue una cuidadosa concesión a los sentimientos de los veteranos, pero la irrupción de varios miles de bastardos asiáticos en la vida de las mujeres macedonias, que hacía mucho tiempo que habían sido abandonadas, fue una de las situaciones nada envidiables que se ahorró la historia gracias a la muerte de Alejandro. No es de extrañar que «su promesa fuera vaga e incierta».

No obstante, su forma de manejar el motín fue absolutamente magistral. Su discurso, el rápido arresto de los líderes, la completa aceptación de las precipitadas amenazas de sus hombres, los dos días de silencio y el banquete de reconciliación: ningún hombre podría haber hecho marchar a un ejército a través del Makran sin que la experiencia lo hubiese transformado, pero hay escenas, como ésta, que demuestran que el cambio no le había costado a Alejandro su asombrosa facilidad para liderar a los hombres. No mostró ni la indecisión ni la mezquindad que se atribuye a los déspotas decadentes en las fábulas y los sermones; puesto que era un político, Alejandro era por supuesto despiadado, pero, precisamente porque era un gran político, poseía el extraño don de hacer que su propósito pareciera convincente. Nunca podría haber obligado a sus amotinados a que suplicasen de manera abyecta a menos que hubiera sido, por encima de todo, un hombre de una extraordinaria

personalidad; las mismas tácticas burdas en un mero tirano habrían terminado en una guerra en el campamento o en su ejecución por parte de los escoltas. Los generales que lo sucederían aprendieron bastante pronto esta lección.

Sin embargo, el banquete fue su golpe maestro. Consiguió que los macedonios y los iranios se sentaran juntos, los macedonios a su alrededor en la posición de honor, los iranios en el círculo exterior, y convenció a hombres que sólo dos días antes habían estado ridiculizando este tipo de pretensiones a unirse de común acuerdo en libaciones conjuntas y en una plegaria por la participación y la concordia entre los dos pueblos. La concordia era una consigna de la época, pero las emociones de los presentes se manejaron de manera brillante, y este esfuerzo no se olvidó: el esquema de la fiesta en Opis sería copiado ocho años después de la muerte de Alejandro por un oficial que la había presenciado, de nuevo en un momento de crisis y fricciones. El don de liderar a una multitud puede ser peligroso, pero en Opis se había aplicado al más encomiable de los fines; en la emoción de un banquete común, muchos soldados y quienes se habían negado a compartir el Imperio con las familias orientales de elevada posición fueron total y justamente derrotados.

Hasta estos últimos años Alejandro no había luchado para cambiar las cosas, sino para hacerse con el poder. Los manuscritos reales del Imperio persa todavía estaban guardados en los mismos archivos; el Camino Real todavía circulaba a través de las mismas casas de posta, con la misma amenaza inmemorial de levas y requisamientos. En la corte había amigos honorarios, parientes reales, Fuegos Reales, el harén real, eunucos y un rey que, de manera estudiada, llevaba la diadema persa; los broches de oro y las telas púrpuras se convirtieron en distintivos de rango, e incluso el gasto diario para las cenas del rey y los Compañeros siguió al mismo nivel fijado desde hacía mucho tiempo por los reyes persas. En las provincias, había sátrapas, «ojos del rey» y tesoreros bajo el mismo nombre persa: la mayoría de las Alejandrías se habían construido en los lugares donde previamente se encontraban los puestos de avanzada de los persas, aunque su cultura, el trazado de sus calles y sus constituciones fueran diferentes. El único cambio perceptible en el gobierno, aparte de alteraciones menores en las fronteras de los sátrapas, era que gradualmente los sátrapas habían perdido el derecho a acuñar sus propias monedas de plata. Esta continuidad no puede ser censurada, pues frente a los inalterables hechos del tiempo, la distancia y la tradición nativa, haber realizado cambios profundos en el Imperio habría sido algo ingenuo o irresponsable. Sin embargo, desde un punto de vista griego, esta continuidad era en sí misma sorprendente; cuando llegó al extremo de las novias iranias y los sucesores, rompió por completo con la consigna de la primera invasión. Para los griegos que estaban en su tierra natal, el cambio más memorable de Alejandro fue el haberse mostrado conservador con lo que había conquistado, pero este conservadurismo cambió de forma durante su expedición. Había empezado, de

manera equivocada, volviendo a designar a los sátrapas de Darío; por la época en que se casó con Roxana, estaba planeando el futuro, empleando a iranios como unidades separadas del ejército y pensando ya en reclutas iranios más jóvenes. Desde que salió del Makran, había mostrado una creciente predisposición a tratar a todos los orientales que resultaban útiles como iguales en la corte y el campamento, si no en los mandos de las satrapías; sería incorrecto explicar esto sólo en términos de que tenía que restituir sus duras pérdidas en el desierto, como si sus treinta mil Sucesores iranios hubiesen sido elegidos tres años antes de que el intento del Makran hubiese sido siquiera proyectado. Igual que a la reina persa y a sus hijas, a estos nuevos reclutas se les enseñaría griego y serían educados en las costumbres macedonias; los niños de las bodas de Susa, al igual que las familias abandonadas de los veteranos que regresaban, serían educados de modo parecido, con la baza añadida de que tras ellos había padres mixtos.

La política de fusión de Alejandro no se extendió a un nuevo modo de vida. Por razones políticas, Alejandro deseaba reclutar a sus súbditos orientales y que hubiera matrimonios con ellos, pero no estaba actuando desde una fe racial en el mestizaje o desde una creencia en una cultura mestiza de sangre nueva. A todos sus cortesanos y soldados se les daría una educación griega o macedonia, del mismo modo que Barsine y sus parientes habían sido criados al modo griego. Los ideales de expandir la cultura griega a través de las ciudades y de dignificar Asia con una educación griega ya estaban en las mentes de muchos contemporáneos; Alejandro ha sido saludado como el fundador de la hermandad de los hombres o criticado por traicionar la «pureza» de la raza, pero debería ser juzgado como el primer hombre que quiso occidentalizar Asia.

Tras el banquete, resultó algo natural el hecho de que los veteranos licenciados fueran conducidos a casa por los oficiales más viejos y conservadores. Su mando se confió a Crátero, un amigo íntimo de Alejandro que era famoso por su aspecto obstinadamente macedonio: no gozaba de muy buena salud, por lo que se le asignó a Poliperconte, que tenía setenta años, como su segundo en el mando. Poliperconte pertenecía a la familia real del reino montañoso más atrasado vinculado a Macedonia, y, como oficial que en una ocasión había ridiculizado el acto de *proskynesis* de los persas, debía de sentir muy pocas simpatías hacia el futuro gobierno de Alejandro. La partida de sus diez mil hombres menguaría al ejército de macedonios, sobre todo en los batallones de infantería, donde los tres mil Escudos Plateados, la mayoría veteranos del cuerpo de los Portadores de Escudo de Filipo, se marchaban a casa con sus comandantes destrozados por la guerra. Quizá únicamente seis mil de los veintitrés mil macedonios reclutados durante los últimos diez años para servir en Asia habían sobrevivido o seguían sirviendo en un ejército que lucía un aspecto oriental. Alejandro no dejó de conmoverse al ver partir a sus camaradas: «Durante la

despedida de todos ellos, Alejandro tenía lágrimas en los ojos, y también ellos lloraron cuando lo dejaron». Crátero, al llegar, tenía que hacerse cargo de Macedonia y de la «libertad de los griegos», esa engañosa consigna de la alianza griega de Filipo, «mientras Antípatro llevaba a jóvenes macedonios como reemplazo». Alejandro había escrito a Antípatro que los veteranos y sus familias deberían disfrutar de asientos de honor en el teatro durante el resto de sus vidas; después de diez años de ausencia, era natural que deseara ver en persona a su anciano general, que ahora tenía setenta años, pero no se sabe con certeza si el nombramiento de Crátero en Macedonia era temporal o permanente. Los rumores que circulaban en el campamento sugerían que finalmente Antípatro iba a ser sustituido después de sus muchas discusiones con la reina Olimpia, pero «no se dice abiertamente que Alejandro hiciera o dijese nada que implicara que había dejado de tener a Antípatro en la misma gran estima de siempre». No tenía mucho sentido invitar informalmente al general a que se dirigiera hacia Asia a través de las órdenes de un general que partía, a menos que Antípatro estuviera más que dispuesto a aceptar. Y sin embargo, esto no era ni mucho menos lo último que se oiría sobre este general en la historia de Alejandro.

Cuando los veteranos dejaron Opis, muchos de ellos enfermos como Crátero e incapaces de realizar una marcha rápida a casa, Alejandro se entregó a las diversiones de sus amigos. Tras las grandes emociones de los últimos tres meses, era el momento de recuperar fuerzas, y puesto que por primera vez no había en perspectiva una guerra inminente, parecía de vital importancia comprobar quiénes estaban de su lado. Durante la expedición, la edad, las batallas y las conspiraciones habían dado cuenta de la mitad de su famoso cuerpo de oficiales, unos cincuenta y cinco Compañeros y gobernadores, pero resulta más sorprendente que durante los últimos tres años casi todos sus íntimos amigos y coman dantes hubieran sobrevivido a los desastres. Desde el inicio de la invasión india, que sepamos, sólo dos generales desaparecieron de la corte, uno de los cuales era Ceno, el hiparca, que estaba enfermo; después del Makran, el resto de grandes nombres todavía estaba con él: los Compañeros de a Pie, los Portadores de Escudo y cinco de las nueve brigadas de la caballería de los compañeros seguían teniendo los mismos comandantes. Entre los siete escoltas reales no había habido cambios; estaban más cerca que nunca del hombre al que protegían y dieron la bienvenida a Peucestas como el octavo entre ellos. Exclusivamente macedonios, eran los nobles a los que Alejandro amaba y en quienes confiaba, tanto si eran hombres rudos como Leónato, famoso por su afición a la gimnasia, o astutos como Ptolomeo, un amigo de la infancia; Hefestión todavía ejercía su supremacía, fielmente entregado a las costumbres iranias de su rey y amante. Cada uno de ellos tenía su familia y sus favoritos, aunque no había ninguna camarilla como la de Pérdicas, que incluía a dos de los jefes de los Compañeros de a Pie. El posible

sucesor de Alejandro basaba su influencia en los hombres importantes, pero éstos eran un grupo dividido. Si no hubieran apoyado a su rey, Alejandro nunca habría podido ganar el motín de Opis, pues los gobernantes nunca caen a menos que sus generales y hombres de confianza estén divididos entre ellos.

Los Escoltas no eran los únicos amigos íntimos. Desde su infancia, Alejandro había estado bien predispuesto hacia los griegos de fuera, y buena parte de los miembros del círculo que lo ayudó a subir al trono todavía vivía para compartir las esperanzas y problemas de cada día. Nearco, un amigo de toda la vida, estaba felizmente a salvo en la corte; el bilingüe Laomedonte, cuyo hermano Erigió, más querido incluso, había sido enterrado con gran ceremonia seis años atrás, estaba a su lado para rememorar todo lo que habían pasado en las últimas décadas. Éumenes, el secretario griego, había servido primero a Filipo y después se había ganado la plena confianza de Alejandro: sus artimañas habían funcionado en privado durante mucho tiempo y despertado celos y sólidas alianzas, hasta que su influencia provocó que chocase constantemente por nimiedades con Hefestión. Otros griegos de Filipo eran apreciados por talentos menos amenazadores. Tésalo, el actor trágico, siempre había sido uno de los favoritos de Alejandro, una amistad duradera que los premios que había recibido en la escena griega no enfriaron en absoluto. Todavía estaba con el rey en Opis, dispuesto a conversar sobre Eurípides o a recitarlo después de cenar. El filósofo Anaxarco ofrecía una compañía civilizada, y los ingenieros griegos siempre podían ser consultados sobre sus nuevas máquinas de guerra. Arquitectos y artistas, músicos y poetas de todo tipo estaban encantados con aquel mecenazgo amistoso, mientras que los médicos y adivinos griegos podían reclamar una elevada posición debido a unas habilidades que resultaban esenciales. Aristandro, el adivino, era querido y estaba vivo. Filipo, el médico, y sus colegas continuaban estando ahí, colaboradores obligados de un rey en un país plagado de enfermedades y venenos. Los pajes y los muchachos encargados de los juegos fueron promovidos, si bien de forma más caprichosa; Cares, el maestro de ceremonias griego, era tan apreciado como su elevada posición requería, mientras que los aristócratas griegos de Tesalia, que siempre estaban preparados para echar un trago o jugar a los dados, habían prosperado adecuadamente. Entre los griegos, incluso en el caso de que sus oficiales lo hubiesen abandonado, el rey no tenía motivos para sentirse falto de amigos.

Oficialmente Alejandro cenaba cada día con sesenta o setenta Compañeros, y también aquí había amigos que merecían un tratamiento de cortesía. Los regimientos estaban a salvo, en buenas manos, especialmente ahora que ocho de los comandantes más ancianos habían partido hacia Macedonia: hombres como Seleuco, futuro rey de Asia, o Alcetas, hermano de Pérdicas, simpatizaban con el plan de compartir su posición con nobles iranios escogidos. Era fácil que agradasen debido a sus opiniones, mientras que los propios iranios eran una fuente fresca de camaradería, no

sólo el privilegiado Bagoas, sino también la familia de Roxana, los hijos de Maceo y el propio hermano de Darío, ya un Compañero. Especialmente Sisigambis, la madre de Darío, tenía a Alejandro en una alta consideración. Los diez mil veteranos habían sido reemplazados por diez mil guardias inmortales iranios de Susa, un millar de los cuales servían ataviados con sus espléndidos bordados, junto al cuerpo más cercano al rey, el de los Portadores de Escudo macedonios, como nueva guardia de honor fuera de la tienda del rey. Puede que Hárpalo hubiera abandonado a su amigo Alejandro, pero con su nuevo personal iranio y sus íntimos amigos macedonios, por no mencionar las numerosas concubinas del harén real, tres esposas orientales, Bagoas y una amante, Alejandro no era un solitario que reflexionaba sobre la brusca deserción de su tesorero. Vivía entre tres grupos de amigos, unos griegos, otros macedonios y otros orientales, y su preocupación eran los celos y la incompatibilidad de una compañía tan diversa. Los hombres que aman a un hombre poderoso o popular no se quieren unos a otros, y no es sorprendente que Crátero, por ejemplo, odiase a Hefestión, que Hefestión odiase a Eumenes y que Éumenes odiase al líder de los Portadores de Escudo. Alejandro, en el centro, no ahorraba esfuerzos en su interés. Había mostrado que lloraría cuando se despidiera de sus amigos veteranos; ahora, tenía más dinero que ningún otro hombre en el mundo y estaba encomiablemente deseoso de gastarlo. Emocional y financieramente generoso, tenía las cualidades para festejar a su corte, ahora más que nunca después de haber dejado atrás el desierto. A cambio, estos hombres le entregaron su devoción y, excepto en el caso de Clito y de la familia de Parmenión, la corte había preservado a la mayoría de sus miembros destacados a lo largo de los últimos seis años.

Por tanto, no fue en un estado de aislamiento enfurruñado como Alejandro dejó Opis con su menguado ejército en agosto, y como para subrayar este punto, consintió en ir a visitar los lugares de interés en su camino a Hamadán por el noreste. Alejandro viajó a través de la frontera meridional de Holwan, observando a los descendientes de una comunidad griega asentada allí por los persas ciento cincuenta años atrás; después de una breve estancia, cruzó la llanura abierta de la principal ruta por el norte y dio un rodeo hasta Bísitum, el lugar en el que se encontraba la famosa inscripción del rey Darío en una cara del acantilado, unos ciento cincuenta metros por encima del suelo: «De acuerdo con la rectitud he caminado; ni al débil ni al fuerte mal he juzgado». Alejandro no pudo haber leído los antiguos caracteres persas que se alzaban sobre él, pero el santuario dejó su marca en la historia griega como «un lugar muy apropiado para los dioses». El nombre Bísitum significa «lugar de los dioses»: los oficiales de Alejandro quedaron lo bastante impresionados como para pedirles a los guías una traducción.

Desde Bísitum, el ejército se dirigió a Hamadán a través de los campos de Nisa, los famosos pastos de los rebaños y caballos del rey; allí los animales trotaban hasta

agotarse entre la exuberante alfalfa de Media. Habían esperado encontrar a más de ciento cincuenta mil, pero ahora apenas podía verse un tercio de esa cifra; se decía que el resto había sido robado por los ladrones, una prueba añadida del vandalismo que reinaba entre los medos en ausencia de Alejandro. El sátrapa iba a compensar esta decepción: ofreció a su rey un centenar de amazonas, armadas con hachas y un pequeño escudo, pero «Alejandro las envió lejos del ejército para prevenir que fuesen violadas por los macedonios». Inevitablemente, como las alemanas que intentaron unirse a la segunda cruzada, se alegó que eran mujeres de las tribus de las amazonas: sólo a través del mito podían los griegos y los medievales europeos dar crédito a la visión de una mujer en la guerra. De ser cierta, la historia apunta al respeto que Alejandro sentía por las mujeres, pues las despidió temiendo las violaciones que siempre había aborrecido.

El otoño casi había finalizado cuando el ejército finalmente inició su lento avance hacia la ciudad almenada de Hamadán, palacio de verano de los reyes persas cuya circunferencia medía más de un kilómetro y medio; estaba construida alrededor de un templo de plata, con azulejos de color turquesa y relumbrantes joyas. Los meses calurosos del año habían pasado de forma relajada; era la primera vez que los supervivientes disfrutaban de la ociosidad del verano en las últimas tres estaciones de campaña. Se hacían conjeturas sobre adonde los llevaría la próxima guerra, pero nada seguro se había revelado y todavía había quienes argüían que su próximo objetivo se situaba en Grecia. Por entonces, el Decreto de los exiliados se había leído en los Juegos Olímpicos de Grecia y había recibido los aplausos del público, formado por más de veinte mil exiliados; después del primer recibimiento, la huida de Hárpalo había fracasado, pues finalmente las puertas de los atenienses se cerraron para él y huyó con sus mercenarios a la isla de Creta para reflexionar. Sólo dejó una pequeña parte de su dinero a los políticos atenienses. Sin embargo, las noticias de su fracaso no llegarían a Hamadán hasta septiembre; en el campamento seguramente pensaban que Atenas había sido siempre su enemiga y que ahora se sentía ofendida por una parte del Decreto de los exiliados. La ciudad todavía elegía cada año a extremistas como generales. También podía haber un nuevo peligro en la orden dada a los sátrapas asiáticos de licenciar a sus mercenarios, pues aunque en ningún lugar habían provocado una rebelión, unos diez mil deambulaban sin control por la costa de Asia Menor y podían constituir una tentación para cualquier ateniense que buscase la guerra y quisiera reclutarlos. Allí, en Hamadán, se hablaba de una marcha de castigo contra Grecia y de asediar Atenas; otros debieron de recordar cómo había evitado siempre Alejandro cualquier conflicto con la ciudad, y debieron de razonar que su marcha los llevaría a alguna otra parte. Al Mar Negro, quizá, contra los nómadas que recientemente habían destruido un ejército macedonio, o contra los escitas que vivían alrededor del mar de Aral, como Alejandro había dado a entender en alguna ocasión.

Y, el Caspio, ¿era un lago o un golfo del océano? Y, si era un lago, ¿quién vivía al otro lado? Pero Alejandro no descartaba nada y, cuando finalizó el otoño en Hamadán, siguió con el clima de ociosa festividad ordenando otra semana de juegos atléticos y certámenes artísticos, sacrificios a los dioses y comida y vino para todos.

Hay una curiosa anécdota en relación con los entretenimientos que siguieron. Se ha conservado el prólogo de una comedia que probablemente se representó por primera vez en Hamadán, y que se creía que había sido escrita por Alejandro. Quizás él añadió unas pocas líneas, pero su autor principal era Pitón, que, o bien era un escritor teatral procedente del sur de Italia, o un sofista griego conocido por su gordura y que había servido con los macedonios desde el reinado de Filipo. No hay ninguna duda sobre cuál era el tema. El escenario se dispuso como si se tratase de la pantanosa entrada al ultramundo griego. A la derecha, se levantaba el simulacro de un mausoleo: un grupo de magos orientales aparecía como coro y consolaba al personaje principal, evocando a un espíritu de entre los muertos. La necromancia no era nada nuevo en el teatro griego, pero en este caso aludía a un asunto del momento: el mausoleo quería representar el monumento de Hárpalo a su amada; el personaje principal era el propio Hárpalo, al que se referían mediante el apodo «hijo de un falo», y el fantasma al que los magos evocaban no era otra que la Pitionice a la que había amado. El diálogo se abría con observaciones convenientemente cáusticas sobre Atenas, la hambruna griega, Glícera y el tesorero rebelde: como los cantantes en Samarcanda la noche del asesinato de Clito, los dramaturgos sabían que podían divertir a sus patronos ridiculizando públicamente al amigo que lo había abandonado. Sin embargo, un año que parecía que al fin superaba el desastre y la revuelta iba a finalizar en una tragedia que nadie se esperaba.

En Hamadán, Hárpalo no era el único amigo que se perdía los festivales. El rey y sus Compañeros bebían en las habituales fiestas, pero Hefestión cogió fiebre y se metió en cama; los juegos continuaron sin él, y su médico lo confinó a su habitación y le recetó una dieta estricta. Como no parecía nada serio, el médico lo dejó para asistir al teatro; sin estar tampoco preocupado, Hefestión no hizo caso de las órdenes del médico y se comió un pollo cocido regándolo con una jarra de vino. Su desobediencia agravó la fiebre, quizá porque ya era tifoidea y reaccionaba ante cualquier ingesta repentina de comida; cuando el médico regresó, encontró a su paciente en estado crítico y, durante otros siete días, la enfermedad no mostró ningún signo de que fuera a remitir. Los juegos continuaron, aunque Alejandro estaba muy preocupado; hubo conciertos y competiciones de lucha, pero al octavo día, cuando la multitud estaba viendo las carreras de muchachos en el estadio, llegó a los asientos reales la noticia de que Hefestión había sufrido una grave recaída. Alejandro se apresuró a acudir junto a su cama, pero cuando llegó ya era demasiado tarde. Su Hefestión había muerto sin él, y fue con este cruel colofón como Alejandro se vino

abajo por segunda vez en su vida. Y en esta ocasión, sería mucho más grave.

Su pesar fue tan incontrolado como los rumores que circularon sobre el mismo, pues una pena semejante no se había vuelto a oír desde las horas que siguieron al asesinato de Clito; algunos dijeron que se quedó día y noche junto al cadáver negándose a apartarse de él; otros que colgó al médico por negligencia y que ordenó que se destruyese un templo local dedicado al dios de la salud en señal de duelo. Sin duda se negó a comer o beber durante tres días, y se enviaron emisarios al lejano oráculo de Amón en Siwa para preguntar si era correcto adorar al difunto como a un héroe. En este trágico momento, el rey se entregó una vez más a sus consuelos personales, pues se dijo, y probablemente sea cierto, que se cortó el cabello en memoria de Hefestión y que cortó la cola y las crines de los caballos que había en el campamento. El ritual tiene un precedente persa, pero, lo que es más revelador, también posee su parangón en la Grecia de Homero: en la *Ilíada*, Aquiles esquiló a sus caballos en honor de su difunto y amado Patroclo, y puesto que Hefestión había sido durante mucho tiempo reconocido como el nuevo Patroclo del Aquiles Alejandro, es del todo apropiado que primero Amón, y después Homero, afloraran con motivo del sufrimiento de Alejandro.

En su desenfrenado lamento, Alejandro iba a mostrar cuánto le importó la única relación verdadera que tuvo a lo largo de su vida. Durante una semana o más, no se encontró en situación de tomar ninguna decisión; Bagoas, Roxana y el consuelo de los Escoltas no significaban nada para él, y los preparativos para el funeral se aplazaron hasta que Amón diese su respuesta. Los cortesanos sólo podían esperar y sugerir que Hefestión necesitaba un monumento local; transcurrieron dos semanas antes de que Alejandro se recobrara lo bastante como para aprobarlo y decretar que, al igual que todos los demás Compañeros caídos, Hefestión debía ser honrado con una gran piedra con la talla de un león: el león de Hamadán todavía se conserva en nuestros días más o menos donde Alejandro ordenó que se instalase. Los monumentos de leones fueron el único legado macedonio al arte y se extendieron hasta la India desde un reino en el que estos animales todavía abundaban; siglos más tarde, cuando Hefestión ya hubiese sido olvidado, las damas de Hamadán untarían la nariz de su león con mermelada, pidiendo hijos y un parto fácil. Hefestión acabó siendo famoso como símbolo de la fertilidad.

Sin embargo, esta perspectiva no podía consolar a Alejandro. Era un hombre destrozado que se había desvinculado de todas las cosas materiales; sentía la pérdida de su amor de un modo tan amargo como nunca había sentido ninguna otra pérdida a lo largo de su carrera, y no parecía que ni el tiempo ni las renovadas ambiciones pudieran reconciliarlo con el dolor tan repentino que experimentaba. Durante un mes, se preparó para dejar Hamadán, que había llegado a odiar, pero un elemento nuevo y escalofriante había penetrado en la atmósfera de la corte. Nuevo, aunque no del todo

inesperado. Hefestión había muerto, Alejandro casi desesperaba de vivir, y un hombre al menos se había demostrado acertado, lo que resultaba de lo más curioso. Cinco meses antes, cuando los sátrapas rebeldes estaban siendo purgados, el comandante de Babilonia le había pedido a su hermano, un adivino, que verificara los augurios de la ciudad; a su debido tiempo, se había ofrecido un sacrificio para considerar en primer lugar el destino de Hefestión. Se había descubierto que, de manera sorprendente, al hígado de la víctima sacrificada le faltaba un lóbulo; sin tardanza, el adivino envió una carta a su hermano, que se encontraba ahora en Hamadán, informándole de que no tenía nada que temer de Hefestión puesto que la muerte le rondaba. Hefestión había muerto, como se había predicho, el día después de que la carta fuera abierta en Hamadán; el comandante se quedó muy impresionado por el augurio de su hermano, y mientras tanto, sin que se supiera, el hermano hizo otro sacrificio. Esta vez la ofrenda era para Alejandro y, una vez más, el hígado no tenía lóbulo; había una carta que estaba ya de camino hacia Hamadán prediciendo más muertes. Sólo en un momento de crisis los adivinos detectan malos augurios: la muerte estaba en el aire, y los hombres empezaron a recordar cómo el indio Cálano había subido a la pira y había organizado una críptica despedida: se decía que le había dicho al rey que lo vería de nuevo en Babilonia. Todo era muy extraño: el hígado no tenía lóbulo, el sofista hindú había hablado, al parecer, de muerte y de un funeral babilonio, y ahora, desde Hamadán, apenas un mes más tarde, Alejandro se disponía a empezar una marcha dando un rodeo a través de los montes de Luristán, al suroeste de Mesopotamia, de manera que, hasta la fecha, en realidad había evitado Babilonia. Nadie sabía adonde los llevaría el próximo año, si a Grecia o al Caspio, si hacia el oeste, a Cartago, o hacia el sur, hasta los árabes de los valles de Hadramawt. La decisión era de Alejandro, y sin embargo, por muy firme que se mantuviera ante la pérdida de Hefestión, los augurios indicaban que jamás llegaría a tomarla.

31. VENERACIÓN DIVINA

No hay nada más difícil que comprender a Alejandro después de la muerte de Hefestión. Era un hombre que vivía a una escala formidable, si bien disponía de los recursos necesarios para hacerle frente y de años de grandes logros para justificarla. Desde un punto de vista psicológico, no hay duda de que había quedado destrozado, pero eso también les sucede a muchas personas cuando fallece el ser amado, incluso aunque no tengan el recuerdo de una desastrosa marcha por el desierto realizada el año anterior; una cuestión muy distinta es saber cuánto tiempo duraron los efectos. Hacia finales de año Roxana estaba embarazada, de modo que una parte de la vida de Alejandro no se interrumpió, y la idea de tener un hijo y heredero le proporcionó una reconfortante estabilidad. Con el paso de los años Alejandro había cambiado, era inevitable, pero el cambio no se plasmó tanto en los incognoscibles recovecos de su mente, donde Amón y Aquiles todavía ocupaban un lugar destacado, como en el estilo de vida que llevaba. La pompa en medio de la cual se movía constituye el punto central de los últimos días de Alejandro y merece la pena que nos detengamos en ella.

Si un cortesano nos hubiera dejado sus memorias, seguramente habría comentado que durante el último año los festejos se habían sucedido como nunca antes en la historia de Grecia. Esta tendencia siempre había estado presente en los reinados de Filipo y Alejandro, pero Alejandro iba ahora rumbo a Babilonia, donde este despliegue podía contar con toda la maquinaria del despotismo centralizado que tradicionalmente se había desarrollado alrededor de una economía basada en los canales reales. Las cuadrillas de trabajadores reales, los tesoreros y, sin duda, la vieja burocracia habían sobrevivido a la caída de Darío. Desde el Makran, el ejército vivía para las grandes ocasiones: las bodas de Susa, el banquete en Opis y los aciagos juegos de Hamadán. Babilonia y su estructura podían superar todas estas celebraciones con los últimos ritos que se iban a dedicar a Hefestión. Tres mil atletas y artistas fueron convocados para participar en los juegos. En Babilonia, en cuanto los enviados regresaran del oráculo de Amón con la propuesta de adorar a Hefestión como un héroe, se celebraría un funeral completo. Corría el rumor de que se necesitarían para la ocasión 10.000 talentos, que aportarían el rey y los súbditos; después de la muerte de Patroclo, la primera preocupación de Aquiles había sido tributar a su amigo los honores adecuados, tanto para contribuir a su propio prestigio público como para proporcionarle consuelo al difunto. Ahora Alejandro hacía gala de la misma actitud heroica.

Aunque este gasto constituía un despilfarro extraordinario, Alejandro podía

permitirse hacerse cargo de una parte de él. Su actitud para con el dinero no era distinta a la que había tenido su padre Filipo, como tampoco a la que tenía cualquier caballero acaudalado en el mundo clásico; en la medida en que era un bien material, el dinero existía para ser gastado, no ahorrado, por lo que semejante manifestación de consumismo constituyó un rasgo imperecedero en la vida de las antiguas ciudades aristocráticas, ya fueran griegas, romanas o bizantinas. Entre los hombres de la Antigüedad, se cultivaba con acierto el arte de ir públicamente a la bancarrota, y Alejandro fue fiel a esta actitud a la mayor escala posible. Es muy probable que las únicas cifras de que disponemos relativas a las reservas de su tesoro sean poco fidedignas, pero, al parecer, de los 180.000 talentos que se decía que había capturado de los palacios persas, sólo quedaban cincuenta mil cuando murió. Sin duda la malversación tuvo que ver con estas cifras, pero, puesto que los pocos gastos conocidos en los últimos seis años totalizaban unos 50.000 talentos, el desembolso de un capital de este calibre puede que se acerque bastante a la verdad, a pesar de que tanto las fuentes como las estadísticas son dudosas. Esta decidida sangría de las reservas no era nada nuevo para los griegos, sobre todo a falta de una doble contabilidad; Pericles, el tan elogiado político ateniense, siguió una política que habría llevado rápidamente las reservas de Atenas a la bancarrota si no hubiera muerto a tiempo. Sin embargo, los 50.000 talentos que quedaban, y el tributo anual de otros doce mil o más, todavía hacían de Alejandro, con diferencia, el rey más acaudalado del mundo. Los pagos en especie eran más importantes que los pagos en dinero, pero no disponemos de cifras; Alejandro recibía también enormes regalos de los mensajeros y, mientras tanto, podía acuñar nuevas monedas de los lingotes que los reyes persas habían guardado en sus salas y habitaciones a modo de decoración. La fundición, el grabado, la acuñación y el corte de los moldes: en estos trabajosos procesos, que resultaban esenciales, debieron de estar ocupados durante mucho tiempo los expertos griegos entre los bastidores del Imperio de Alejandro. Gracias a sus habilidades, ni siquiera Hárpalo y los 6000 talentos que había sustraído tuvieron que lamentarse como una grave pérdida; por aquel entonces, en Babilonia las finanzas se confiaron a un griego de la isla de Rodas que, en una ocasión, había demostrado la típica astucia de sus paisanos poniendo en marcha un plan de seguros para los oficiales contra las pérdidas ocasionadas por los esclavos fugitivos.

Celebrar funerales privados a expensas de un tremendo gasto público no era nada nuevo en el Imperio persa, pero, en la corte, los últimos ritos tributados a Hefestión habían abierto también tentadoras posibilidades. Hefestión había muerto como quiliarca, o gran visir, con control sobre la caballería de los compañeros y acceso al favor privado de Alejandro; en el caso de que se produjesen campañas en Arabia o en el oeste, Alejandro podría muy bien seguir el precedente persa y designar a un suplente real para compartir un imperio que, como sus Sucesores muy pronto

descubrieron, constituía una carga demasiado pesada para un solo hombre. El cargo de quiliarca era prestigioso, pero no debió de sorprender a nadie el hecho de que Pérdicas, de ascendencia real, fuera designado para desempeñarlo: sus amigos y parientes ya dominaban los pocos altos cargos de la corte, y además Pérdicas había sido tradicionalmente leal a Alejandro y a su política oriental. El mando de la caballería de Pérdicas pasó a Éumenes, el secretario, una designación que resultaba más controvertida. Había macedonios que odiaban a este griego intruso y cultivado; además, podían argumentar que Éumenes odiaba a Hefestión, lo que había provocado que ambos se peleasen de continuo, incluso por cosas tan insignificantes como las viviendas de sus esclavos o los honores tributados a un joven flautista griego. Sin embargo, Éumenes se había adaptado a los planes orientales de su rey y era un hombre valioso y astuto. Por consiguiente, limpió su nombre dedicando sus armas al difunto Hefestión, entendiendo, presumiblemente, que éste era ahora un héroe divino. Otros Compañeros se sintieron obligados a seguirle: no podía permitirse que el secretario les ganara por la mano.

Aparte de la pérdida de Hefestión, los cortesanos veían a su alrededor que muchas cosas estaban cambiando. En el ejército, la cantidad de macedonios era diez veces inferior a la de orientales, y, con este cambio fundamental en la relación de poder, el nuevo estilo de reinado que se había desarrollado desde la muerte de Darío se proyectó de manera más visible. Alejandro despachaba los asuntos desde un trono de oro, y aunque, como ya había hecho antes, llevaba la diadema persa, el ceñidor y la túnica con pliegues, ahora empuñaba también un cetro de oro: su tienda oficial estaba sostenida por columnas de oro y cubierta con un suntuoso baldaquín adornado con lentejuelas; en el interior, los quinientos Portadores de Escudo que quedaban vigilaban los sofás con pies de plata, ayudados por un millar de arqueros orientales vestidos de color escarlata intenso, bermellón y azul real. Quinientos Inmortales persas permanecían de pie detrás de ellos exhibiendo sus magníficos bordados y las empuñaduras de sus lanzas, talladas en forma de granada; fuera de la tienda, el escuadrón real de elefantes impedía el paso a los visitantes no autorizados, acompañados por mil macedonios, diez mil Inmortales persas de menor rango y quinientos Ataviados con la Púrpura privilegiados. Los magos, las concubinas, los miembros del personal y los mayordomos bilingües mantuvieron el protagonismo que se habían ganado en Persia durante los últimos doscientos años.

A través de este esplendor, Alejandro y sus cortesanos participaron de la antigua aparatosidad de la monarquía persa. Cuando concedían audiencia en los jardines, reclinados en los recargados sofás, estaban siguiendo un precedente persa de larga tradición; el trono del rey y la tienda de audiencias hundían sus raíces en el pasado de Persia, como también lo hacían los quemadores de incienso que humeaban a su lado. Los visitantes tributarían la *proskynesis* persa a Alejandro, que también cabalgaría en

el carro de honor, símbolo de su condición de rey y conquistador, impulsado por un tiro de resistentes caballos blancos procedentes de Media; estos animales tenían un componente sagrado para sus seguidores. Como un rey persa, Alejandro celebraba dos cumpleaños y era honrado con un Fuego Real de carácter personal; los cortesanos orientales ofrecían sacrificios a su augusto espíritu, mientras que incluso sus empedernidos hábitos de bebedor se vinculaban con las virtudes necesarias de un reinado persa. Para un visitante griego que no estuviese acostumbrado a ellos, estos privilegios orientales tenían matices difíciles de apreciar. De haber visto este tipo de pompa antes, habría sido sobre los escenarios, donde los dramaturgos griegos la habrían presentado como un exceso asiático engreído y presuntuoso. Había un decidido toque teatral en la nueva magnificencia de Alejandro, pero el engreimiento era excusable desde un punto de vista político. De manera prudente, Alejandro estaba desempeñando el papel del monarca persa ante sus filas cada vez más numerosas de orientales: era lo que esperaban. No hay duda de que Alejandro disfrutaba con ello, aunque por desgracia los matices religiosos de carácter más profundo se le escapaban: Alejandro nunca dio pruebas de comprender al dios Ahura Mazda, protector de los reyes persas. Lo que perdió en su entorno persa, donde la autoridad del rey derivaba del hecho de su realeza, lo recibió, en cambio, de los griegos; en las agradecidas ciudades griegas de su Imperio, Alejandro empezó a ser libremente aclamado por sus logros como si fuera un dios.

Al igual que la difunta Pitionice, la amante de Hárpalo, Alejandro ya había estado recibiendo adoración divina por parte de los griegos de Asia antes de llegar a Hamadán. No se trataba de un nuevo tipo de consuelo que se hubiese buscado solo cuando el desastre del Makran o la muerte de Hefestión empezaron a hacer que Alejandro se sintiera incompetente. Era una demostración libre de admiración diplomática: las ciudades ofrecían sacrificios en su nombre, especialmente en su cumpleaños, celebraban juegos llamados Alejandrinos, reservaban un recinto sagrado y un altar en su honor o llevaban su imagen en procesión junto con las de los otros doce dioses del Olimpo griego. La ciudad, no los adoradores particulares, erigió su culto por las buenas obras de Alejandro o con la esperanza de ser beneficiaría de ellas; para la gente sencilla, esta adoración significaba verter libaciones en el altar que había fuera, junto a la puerta de su casa, los días de las grandes procesiones, cuando el rey, o su imagen, era escoltado por las calles. Los ciudadanos de a pie verterían la libación para el rey utilizando un cuenco plano y barato, hecho de cerámica vidriada y estampado con el retrato real; uno de estos cuencos reservados para Alejandro proviene de la Alejandría de Egipto, lo que implica la adoración en vida de su fundador. Al igual que en la Roma primitiva, existía la tradición de tributar honores divinos a los difuntos distinguidos, honores que se fundían con el culto de carácter similar que se tributaba a los héroes; sin embargo, Alejandro estaba siendo

adorado en vida, un honor cuyos orígenes e impacto han sido discutidos o denunciados con vehemencia, aunque también explicados de manera convincente.

«Resultaría extravagante —había escrito Aristóteles por aquellas fechas— que un hombre dijera que amaba a Zeus». El amor a dios no era una idea tan extraña para los hombres corrientes, aunque no podemos acercarnos a los dioses de la Grecia del siglo IV con las expectativas y actitudes de un cristiano moderno. Si bien la frontera entre los dioses y los hombres no podía ser salvada por el amor, se trataba, en principio, de una frontera abierta. «No pretendas —decía un antiguo poema griego muy famoso— convertirte en Zeus»; convertirse en Zeus no era, por tanto, un objetivo imposible, pero, como recordaban los mitos, era algo imprudente y desaconsejable. Y, sin embargo, una verdadera muestra de excelencia sobrehumana podía llevar a un hombre a cruzar aquella frontera; hacía mucho tiempo que este tipo de excelencia se le había reconocido a Alejandro en dos ámbitos diferentes. Por un lado estaban los hombres de genio y misticismo, descritos en términos generales como dioses entre hombres: Pitágoras y Empédocles, los dos destacados filósofos de la Magna Grecia, habían impresionado tanto a sus seguidores que fueron considerados seres divinos, e incluso hubo al menos un artista y un curandero que se consideraron a sí mismos divinos, pese a que otros no estuvieran de acuerdo. Por otro lado, y de un modo más ostensible porque eran más populares, estaban los hombres que sobresalían por sus logros, entre los cuales no había ninguno más extraordinario que Eutimo, el púgil que había vivido ciento cincuenta años antes de Alejandro. También procedía del sur de Italia, de la Magna Grecia, pero se había abierto camino como púgil con tres victorias en los Juegos Olímpicos, además de haber demostrado su excelencia frente a un misterioso adversario llamado el Héroe de Témesa; se creía que sus dos estatuas, tanto la de Olimpia como la de su pueblo natal en Italia, habían sido alcanzadas por un rayo el mismo día, y, como reconocimiento a sus hazañas, Eutimo fue consagrado en vida por el oráculo de Delfos, que ordenó que se le ofrecieran sacrificios, como se hizo repetidamente: «Esto no tenía nada de particular, excepto que los propios dioses lo habían ordenado». Como correspondía a un dios, Eutimo vivió hasta una edad muy avanzada, e incluso se creyó que había escapado de la muerte desapareciendo en el río de su tierra, que algunos siempre habían sospechado que era su padre. En pocos meses, el problema de cómo un dios podía morir iba a planteárseles a Alejandro y a sus cortesanos en unos términos sorprendentemente similares.

Ahora bien, los políticos, al igual que los atletas, eran asimismo hombres poderosos y autores de hechos heroicos, y, en algunos casos particularmente destacados, también habían sido adorados como dioses. En la Magna Grecia, los griegos de Sicilia habían agasajado a Dión, su famoso salvador del momento; antes, en el Asia griega, los exiliados habían rendido honores similares al general espartano Lisandro, quien, como Alejandro, los había rehabilitado, si bien estos exiliados eran

tiranos y oligarcas que fueron promovidos en nombre de la libertad. Pero este tipo de deificaciones no se limitaba a los confines del mundo griego, a Sicilia, famosa por sus excesos, o a la costa de Asia, donde la adoración de los emperadores romanos arraigaría de un modo tan profundo y duradero: en el pensamiento griego era algo tan antiguo como la épica de Homero y, por ejemplo, puede postularse de los reyes espartanos o del ateniense Pericles. Sin embargo, en su mayor parte, los hombres poderosos e independientes no habían ascendido en el mundo cerrado de las ciudades de la Grecia peninsular como en los reinos de Sicilia y Asia. Con el ascenso de Filipo, las condiciones se alteraron; el padre de Filipo, el rey Amintas, fue adorado en el santuario de una ciudad griega cercana, probablemente en vida, mientras que el propio Filipo murió complaciendo a los griegos en un festival que lo entronizaba entre los dioses, y apenas cabe duda de que habría sido adorado con más profusión en las ciudades griegas si hubiese sobrevivido. Filipo había construido un Filipeo en Olimpia, en el que se exhibían estatuas de Olimpia, Alejandro y él mismo, y la forma redonda de este edificio, así como el oro y el marfil de las estatuas, implican quizá que fue ideado como lugar de adoración. «El hombre que conquiste Persia —le había dicho un panfletista griego— habrá ganado una gloria igual a la de los dioses»; Aristóteles, de manera más cautelosa, sugirió que un hombre sólo podía «llegar a convertirse en un dios» a través de una demostración de excelencia suprema. El filósofo no se mostraba inclinado a creer que tal excelencia fuera posible, pero entonces su discípulo Alejandro fue al este, conquistó Persia y desplegó unas cualidades tan extraordinarias, desde Babilonia hasta los picos de Pir-Sar, que todo el mundo estuvo de acuerdo en que las reservas de Aristóteles eran infundadas.

En este contexto, la adoración de Alejandro no era algo blasfemo ni carecía de precedentes. En mayor medida incluso que Dión y Lisandro, Alejandro había liberado a las ciudades griegas y había rehabilitado a los griegos exiliados; ningún demócrata que regresara a Asia ni ningún exiliado rehabilitado en Grecia sentirían el más mínimo escrúpulo en adorarlo como a un dios por su acción benefactora. Se han dicho muchas cosas, a menudo por parte de los romanos, acerca de la esclavitud que suponía la adoración clásica del gobernante. Resulta más revelador que las ciudades griegas casi siempre tributaran esta adoración a cambio de que se impulsara lo que quedaba de sus libertades, mientras que, para el hombre de la calle, un culto público a Alejandro sólo significaba otro día de fiesta, de juegos y celebraciones, trabajo de construcción y la oportunidad de disfrutar del raro lujo de comer carne, la bendición más tangible de un sacrificio religioso en el mundo antiguo. Sin embargo, no se tienen noticias de que se le rindiera ningún culto a Alejandro en vida en ninguna ciudad griega de la Península, aunque los enviados griegos no tardaron en dirigirse a él vestidos como si se tratara de una delegación que fuera a encontrarse con un dios; sólo una anécdota posterior hace referencia a una carta de Alejandro solicitando esta

adoración por parte de los griegos, pero esta historia es tan inverosímil como poco fidedigna. En Atenas, la única fuente contemporánea de comentarios sobre el tema, la supuesta divinidad de Alejandro, se relaciona con las habituales anécdotas y los ingeniosos epigramas atribuidos a sus muchos enemigos atenienses; sin embargo, resulta verosímil que, tras muchas discusiones acaloradas, al final de su vida se le acabara rindiendo adoración pública en la ciudad. La prueba todavía no es concluyente, pero incluso si le hubiesen negado dicha adoración no habría sido por una cuestión de principios elevados: cuando Alejandro marchó por primera vez a Grecia, los atenienses se apresuraron a ofrecerle «honores incluso mayores que los que le habían conferido a Filipo», y es difícil imaginar de qué honores podía tratarse si no de un eventual acto de adoración. Al cabo de veinte años se apresuraron a ofrecer cualquier honor divino posible al macedonio que los había liberado más allá de cualquier controversia. En el año 324, en especial, las ventajas pasadas y futuras que Alejandro había proporcionado a la ciudad no parecían discutibles, e incluso si seguía habiendo quienes se oponían a tributarle honores divinos, éstos no fueron obligados por una exigencia del propio Alejandro. Se trataba, por tanto, de una adoración espontánea y dispersa, de una adulación esperanzada cuando no de una admiración genuina.

Sin lugar a dudas el propio Alejandro se habría sentido complacido de recibirla. A lo largo de su vida, siguió siendo un hombre escrupulosamente religioso que realizaba sacrificios a los dioses apropiados de manera cuidadosa y consultaba sus oráculos y videntes antes de emprender ninguna acción memorable. Hay numerosos ejemplos de ello; incluso en estos últimos meses, Alejandro se había sentido tan impresionado por la historia de un muchacho griego de una pequeña ciudad de Caria, según la cual éste había sido milagrosamente rescatado y sacado del mar por un delfín, que lo llamó y lo nombró sacerdote del dios del mar Posidón en Babilonia. Es impensable que un hombre de estas características se hubiese atrevido a aceptar, y no digamos exigir, honores divinos si hubiesen ido en contra de su propia religión tradicional. La deificación era algo desde siempre aceptado en el pensamiento griego; Alejandro había visto el ejemplo de su padre y había estudiado con un tutor que no veía nada blasfemo en que se dedicaran, en vida, sacrificios, recintos o himnos; se trataba de rendir grandes honores, nada más, pues el mundo antiguo no establecía distinciones entre homenaje y adoración. La única cuestión era si había alguien que en verdad los mereciese, pero los logros de Alejandro estaban fuera de toda duda: Alejandro parecía imbatible, y por eso en Atenas, y presumiblemente en otros lugares, se sugirió que debía ser adorado como un dios invencible. El tema de la invencibilidad, que él tanto había promovido, encontró de este modo su expresión final a pesar de la marcha a través del Makran.

Estos honores divinos eran algo más que una evolución comprensible del pasado.

Con la sola excepción de Julio César, Alejandro es el único hombre en la historia antigua cuya divinidad siempre sería ampliamente aceptada y creída. En este aspecto, su extraordinaria carrera rompe por completo con sus predecesores: él mismo se convirtió en un precedente y, después de Alejandro, la historia de la pompa y la realeza nunca volvería a ser la misma. Sus Sucesores reales invocaron su nombre, su guía y su invencibilidad, copiaron su afirmación de ser hijo de un dios, confirmándola a través de un oráculo, e incluso adoptaron la manera en que inclinaba la cabeza o llevaba la diadema. Entre los romanos, la huella que dejó fue incluso más profunda; en este caso, sus efectos perduraron más de quinientos años, primero en el establecimiento de un culto a la diosa de la Victoria, probablemente en base a las primeras noticias de sus extraordinarios éxitos, y después en las continuas imitaciones por parte de políticos y emperadores, desde Escipión hasta Caracalla, que reclamaba para sí la capa o el peto de Alejandro, que copió su escudo y sus estatuas e incluso rescató la memoria de su caballo. Los obispos cristianos de Antioquía todavía se inquietarían a finales del siglo IV al encontrarse con que sus congregaciones preferían la imagen de Alejandro en los sellos de sus anillos; para el mundo clásico, Alejandro se había convertido en el prototipo de la gloria y la excelencia sobrehumana, y los hombres eran reacios a olvidarle.

Proyectar todo esto de forma retrospectiva sobre su vida es difícil, pero probablemente sea correcto hacerlo. Para muchos de sus adoradores, Alejandro tenía el aura añadida de la ausencia. Como mucho, lo habían visto en una sola ocasión, cuando por primera vez los liberó, dejándolos poco después con el recuerdo de un hombre joven en la plenitud de su gloria. Si a su regreso hubieran ido a la corte, habrían encontrado los signos de la divinidad ampliamente inscritos en su apariencia: la diadema persa sugería de forma inequívoca que era un representante de Zeus, los zapatos de color azafrán evocaban a Dioniso, y la *proskynesis* que recibía, aunque sólo fuera por parte de los persas, implicaba para los que no eran críticos con ella que el propio Alejandro era divino. En el arte, estos temas proliferaron en todas partes, y es un error limitar la documentación de este hecho a los años posteriores a la muerte de Alejandro; su favorito Apeles ya lo había pintado sosteniendo el rayo, justo como más tarde el mismo artista lo representaría entre los dos hemisferios, un símbolo de los a su vez divinos Cástor y Pólux, y un tema relevante en relación con la supuesta ascensión de Alejandro a los cielos. «Yo poseo la tierra —rezaba la inscripción que había bajo su estatua—, tú, Zeus, posees el Olimpo», y sobre una medalla, probablemente fabricada para conmemorar la campaña india, este Zeus sobre la tierra fue representado a caballo, atacando al elefante de Poro y empuñando el rayo de Zeus. El tema se repite en una gema grabada y, en Egipto, después de su muerte, pequeñas estatuas de terracota lo muestran llevando la égida de Zeus, es decir, el manto de piel de cabra, en uno de sus brazos. Estos humildes monumentos

constituyen quizás una prueba de cómo lo recordaba el soldado raso, y presumiblemente derivan de una escultura original de su tiempo. En cuanto a su heroico antepasado Heracles, Alejandro fue representado luciendo el yelmo con la cabeza de un león en otras series de esculturas, talladas probablemente poco después de su muerte para el sarcófago del rey de Sidón, su propio Compañero: el yelmo era un símbolo de Heracles, y sin duda Alejandro lo llevó en la vida real. Sobre las monedas, el retrato estándar que los macedonios hicieron de Heracles se basaba en los rasgos de Alejandro: había precedentes para esto, nada menos que en los retratos de Apolo que aparecían en las monedas de oro acuñadas por Filipo, los cuales estaban inconfundiblemente influenciados por los rasgos de Alejandro; las monedas también muestran a Alejandro llevando, en vida, los cuernos de carnero de Amón, y éste era un tema que él había hecho suyo. Tanto en el arte como en la literatura se establecerían paralelismos entre Alejandro y Dioniso, pero si bien había claras similitudes entre la procesión triunfal de aquél al dejar el Makran y la epifanía o manifestación de Dioniso y otros dioses, se trata de un tema que sólo surgiría después de la muerte de Alejandro, fundamentalmente cuando los Ptolomeos empezaron a hacer derivar a sus descendientes del propio Dioniso a través de Filipo. Al llevar el vestido oriental, Alejandro había asumido, sin ser consciente de ello, algunos rasgos de la apariencia de Dioniso, pero la conexión era accidental y, aunque Alejandro podía emular a Dioniso, en particular en la India, nunca intentó representar directamente al dios.

Entre los escépticos, pronto estuvo de moda explicar la divinidad de Alejandro como un truco diseñado para impresionar a sus súbditos. Los historiadores tienen demasiada tendencia a adjudicar a las figuras del pasado su propia incredulidad; harían mejor en preguntarse por qué la respuesta que ellos consideran increíble fue sentida como necesaria por unos hombres que compartían con ellos la misma condición humana. Si es cierto que los escritos de Aristóteles reflejan el estado de ánimo de sus contemporáneos, entonces existía ya el sentimiento de que los dioses eran indiferentes al destino del hombre y que se contentaban con vivir en esa cómoda indiferencia. Después de Alejandro, este sentimiento de un universo vacío de divinidad se hace más patente. «Los otros dioses —decía un himno ateniense dedicado a uno de los sucesores de Alejandro veinte años más tarde— están muy lejos, o no tienen oídos, o no existen, o no nos prestan atención. Pero tú, a quien vemos delante de nosotros, no estás hecho de madera ni de piedra, sino que estás vivo y eres real». Había algo de verdad en este sofisticado tributo: Alejandro, más que ningún otro Sucesor, era la mayor fuente de poder sobre la tierra, y el poder había sido durante mucho tiempo la marca distintiva de los dioses griegos. Al igual que los dioses, Alejandro era extraordinariamente rico y de ascendencia real, y con una sola orden podía cambiar el rumbo de la vida de los hombres: los honores divinos

reconocían este poder ganado gracias a sus logros exactamente como los panfletos griegos habían predicho que sucedería, y lo poco que se conoce del carácter de Alejandro sugiere que habría aceptado la comparación con gratitud y seriedad. En cuanto a la manera como le afectó esto al final de su vida, sólo se ha conservado una descripción: fue escrita por un panfletista griego que conocía muy bien los detalles de la corte, probablemente porque había estado allí. Se trata, en cualquier caso, de una descripción extraordinaria.

Alejandro —escribió Efipo de Olinto en un panfleto sobre *Las muertes de Hefestión y Alejandro*— se vestía con las vestiduras sagradas de los dioses en las cenas festivas, y a veces llevaba la capa púrpura, el calzado y los cuernos de Amón; a veces se ponía el vestido de la diosa Ártemis, que a menudo llevaba incluso cuando iba sobre su carro de guerra, donde se vestía con prendas persas y exhibía un arco y una lanza atados a la espalda. A veces también se vestía como Hermes, sobre todo en las fiestas, cuando se calzaba las sandalias aladas, se ceñía el ancho sombrero y sostenía un caduceo en la mano; a menudo llevaba una piel de león y un mazo, como Heracles… Rociaba los suelos de su palacio con perfumes valiosos y vinos de dulce aroma; la mirra y otros inciensos se quemaban para su disfrute. Sin embargo, un profundo silencio reinaba entre todos los presentes, pues estaban atemorizados: Alejandro tenía instintos asesinos y era bastante inaguantable; también parecía ser «melancólico», es decir, irascible.

Este relato no es sólo una clara demostración de que Alejandro llevaba vestidos de mujer como Ártemis; es también el único juicio que se conserva sobre su carácter escrito por un contemporáneo en los últimos meses de su reinado. Es cierto que, en los casos actuales de delirios religiosos, los paranoicos que se consideran a sí mismos dioses se visten, con independencia del sexo, con vestidos masculinos o femeninos para insinuar su divinidad, pero, desde la ascensión del cristianismo, cualquier evidencia psiquiátrica moderna tiene una relevancia muy dudosa para el mundo de Alejandro; lo más importante es que el propio Efipo es un testigo al que difícilmente puede concedérsele una gran credibilidad. Su ciudad natal, compartida por Calístenes y posiblemente por Aristóbulo, había sido destruida por los macedonios de Filipo, y Alejandro había anunciado recientemente en Grecia que se negaba a reconstruirla; lo poquísimo que se conserva de su obra es o bien gracioso o bien contiene prejuicios flagrantes contra los macedonios. La propia historia de su vida es incierta: es probable que se trate del mismo Efipo que fue conocido como autor de comedias, que había ganado premios en Atenas y cuyas obras se burlaban de las supuestas pretensiones divinas de otros griegos famosos, un tema cómico común. Incluso había satirizado al filósofo Platón: ciertamente escribía de manera maliciosa y sus valoraciones deben ser ponderadas con extrema precaución.

En líneas generales, estas valoraciones tienen sentido: vestirse como un dios tiene una curiosa historia que ayuda a valorar el supuesto comportamiento de Alejandro. Había mitos griegos que advertían de sus maléficas consecuencias, pero, en la práctica, los gobernantes y otros hombres que destacaban por su talento pensaban de manera distinta. Unos noventa años antes de Alejandro, el pintor Parrasio había

paseado por las calles de Atenas ataviado con un vestido púrpura, una corona de oro, una cinta blanca y zapatos dorados, al tiempo que empuñaba un bastón dorado y se proclamaba hijo de Apolo, dios de las artes, y afirmaba estar en estrecho contacto con Heracles, el héroe deificado, a través de los sueños. En algunas ocasiones, los sacerdotes llevaban vestidos divinos, como lo hacían engalanados con los vestidos de una diosa quienes realizaban el sagrado juramento en Siracusa; en la Heraclea griega, en el Mar Negro, el tirano Clearco, un discípulo de Platón y un hombre que se modeló a sí mismo siguiendo el ejemplo de los reyes sicilianos, ya había lucido un vestido púrpura, botas mullidas y una corona de oro, y caminaba precedido por una imagen del águila de oro de Zeus. Se teñía la cara de rojo para hacerse pasar por Zeus y sugerir el divino icor, y le puso a su hijo el nombre de Rayo, un símbolo que él llevaba a menudo en lugar del cetro. Sin embargo, había un extraño precedente que puede que tuviera más significado para Alejandro, puesto que es probable que él mismo lo viera.

Cuando Alejandro era joven, vivía en Siracusa, una ciudad caracterizada siempre por la pompa, el famoso curandero Menécrates. Había tratado con éxito varios casos de epilepsia que los médicos no habían sabido curar y, puesto que la epilepsia era conocida como la enfermedad sagrada, el curandero, que no pedía que le retribuyeran por sus servicios, reivindicaba legítimamente que estaba inspirado por la divinidad: de este modo Menécrates se denominaba a sí mismo Zeus, se vestía con el oro y la púrpura habituales, y se rodeaba de un grupo de antiguos pacientes que también iban ataviados como dioses. Uno era un general de Argos que había servido con los persas y que había gozado entre ellos de un gran favor, y que pasó a llamarse a sí mismo Heracles y a vestirse de acuerdo con su condición; el otro, un tirano de una pequeña ciudad griega de Asia que Alejandro había liberado después del Gránico, llevaba el vestido y las alas de Hermes, y sostenía un caduceo; un tercero iba vestido como Apolo, un cuarto como el dios de la medicina, mientras que el quinto no era otro que Alexarco, el hijo de Antípatro, posiblemente el hombre más extraordinario de la generación de Alejandro; se denominaba a sí mismo «el Sol», y tras la muerte de Alejandro fundaría una estrafalaria comunidad llamada Ciudad de los Cielos en la cima del monte Atos.

Vinculado con el virrey de Macedonia, al parecer el grupo de Menécrates visitó a Filipo en la corte, donde, entre muchas ramas de mirto, el nuevo Zeus se reclinó en una magnífica mesa mientras sus ayudantes quemaban incienso y vertían libaciones en su honor. Posteriormente se insinuó que los invitados macedonios se habían reído tanto al verlo de esta guisa que Menécrates huyó del comedor abochornado, pero, en vista de las ambiciones de Filipo, Pela no era el lugar adecuado para que los hombres ridiculizasen a un aspirante a dios. Alejandro seguramente había visto u oído cosas acerca de la condición divina del médico.

Es importante que, al igual que en el caso de Menécrates, de Alejandro sólo se dijera que se vestía como los dioses en los banquetes. En virtud de una antigua costumbre, los griegos organizaban tradicionalmente banquetes para los dioses en los que se preparaba una mesa vacía y se dejaba una ración de alimentos para la deidad apropiada: en Atenas, doce invitados a una cena que representaban a los doce dioses del Olimpo fueron elegidos para cenar en «presencia» de Heracles, y en Delfos y a lo largo de todo el mundo griego se conocían festines sagrados de carácter similar. Ahora bien, el propio Alejandro era un dios; no necesitaba una mesa vacía, pues podía manifestar su presencia en una epifanía, o momento de revelación, con motivo de esta clase de cenas sagradas ofrecidas en su honor. El momento de la epifanía de un dios viviente pronto sería abiertamente celebrado por sus sucesores, y es muy creíble que en un «banquete de los dioses» ofrecido en su propio honor, el Alejandro divino se vistiera como correspondía a su dignidad. Los cuernos de Amón y las babuchas constituían, naturalmente, su elección favorita, y sólo serían imitados por una reina posterior de la dinastía de los Ptolomeos; la piel de león de Heracles no era nada fuera de lo común, y los eruditos romanos conocían a más de cuarenta imitadores griegos de Heracles; el caso de Hermes es más sorprendente, pero se puede hallar un paralelismo con el grupo de Menécrates y las gemas de Ptolomeo II, en las que aparece con el yelmo adornado con las alas de Hermes. En cuanto a Ártemis, el contexto es principalmente romano: se decía que el emperador Calígula prefería vestirse como una diosa más que como un dios, mientras que de Heliogábalo y Galieno, ninguno de los cuales fue apreciado por los senadores que escribieron su historia, se contaba que se exhibían respectivamente como Deméter y la Gran Diosa Madre. Entre los sucesores de Alejandro, Demetrio el Asediador aparecería como Atenea, pero sólo porque era adorado por los atenienses; sin embargo, se contaba que un filósofo cínico se había vestido de gris, como una Furia femenina, se había ceñido una corona con los doce signos del Zodíaco y había advertido a sus discípulos de que había sido enviado desde el ultramundo para juzgarlos. La mayoría de los relatos sobre el travestismo real son calumnias, y, en el caso de Alejandro, claramente es así. Vestido como Ártemis, Alejandro llevaba «el atuendo persa y un arco y una lanza» de una variedad macedonia especialmente apreciada para cazar. Durante mucho tiempo los griegos intolerantes se habían burlado del atuendo persa calificándolo de afeminado; al ver a Alejandro luciéndolo sobre su carro y armado sin duda alguna para ir de caza, Efipo se burló pretendiendo que el nuevo rey divino que se vestía de manera afeminada estaba intentando parecerse a la diosa de la caza. Sólo era un chiste, y no muy bueno, por cierto.

Atribuir el uso de ropas divinas también era una calumnia habitual. Los enemigos de Augusto, por ejemplo, sostuvieron posteriormente que, de joven, Augusto se había vestido como Apolo y había organizado un banquete sagrado entre doce amigos

ataviados como los dioses. Sin embargo, en Grecia, y no en Roma, esta costumbre tenía unas raíces que podían rastrearse, y, a pesar de la parcialidad de Efipo, Alejandro podía muy bien haberse engalanado como las obras de arte sugieren repetidamente. Había precedentes orientales también para los extravagantes tocados, mientras que Bucéfalo probablemente había llevado cuernos y la imagen de Filipo había sido transportada en procesión, sin duda con mucho ornamento, entre los doce dioses del Olimpo. En resumen, por tanto, puede que Efipo dijera la verdad, una verdad, además, sobre la divinidad que ostentaba Alejandro entre sus amigos. Sobre si era «inaguantable, de instintos asesinos y manifiestamente melancólico», eso es algo que no puede determinarse sólo a partir de Efipo; en la Antigüedad, la melancolía se relacionaba con una naturaleza inconstante e impulsiva, más que un estado de ánimo de lánguida apatía. No hay signos de que el temperamento de Alejandro fuese entonces más nervioso que en el momento de acceder al trono. Muy lejos de acobardar a sus cortesanos hasta sumirlos en el silencio, Alejandro todavía cazaba, jugaba a los dados y a la pelota, bromeaba y participaba profusamente en banquetes con sus Compañeros. Una vez más, no se sabe que ninguno de ellos perdiera la vida o el puesto durante los meses siguientes. Como él mismo había dicho, era sangre, y no icor, lo que corría por sus venas.

No obstante, sigue estando ahí el hecho de que la muerte de Hefestión lo había trastornado y que, durante un año, el desastre del Makran fue la última aventura del «conquistador de toda Asia». No hay duda de que Alejandro también había estado bebiendo copiosamente desde la tragedia de Hamadán, aunque la única pista de que Alejandro cayera en una total extravagancia aparece en las Efemérides reales, un testimonio sospechoso cuyo propósito pronto saldrá a la luz. Por un lado, Alejandro podía permitirse un enorme gasto en la corte y un gran despliegue de la pompa y, por otro, su divinidad resultaba comprensible; sin embargo, estos temas también planteaban la cuestión de si el antiguo genio se había esfumado. Ahora bien, a falta de otras pruebas, este genio interior sólo puede juzgarse a través de los acontecimientos, y el mensaje que proporcionan sigue siendo diáfano.

A las seis semanas de la muerte de Hefestión, Alejandro dejó Hamadán y se dirigió al sur por el Camino Real, y por un corto espacio de tiempo se dedicó a invadir a los nómadas que flanqueaban su avance en los montes de Luristán. Al atacarlos en invierno, Alejandro los sorprendió y derrotó en menos de seis semanas: «En este lugar los hombres habían sido independientes desde los primeros tiempos; vivían en cuevas y comían bellotas y setas, así como la carne ahumada de los animales salvajes». Los reyes persas siempre habían estado de acuerdo en sobornarlos a cambio utilizar el Camino Real, pero Alejandro se negó a hacerlo y «planeó asentar a estos nómadas en ciudades para que pudieran convertirse en colonos que cultivaran los campos». Cuando la cultura griega urbana entró en

contacto por primera vez con los nómadas, no consiguió entenderlos e intentó, de manera arrogante, amoldarlos a su propio esquema de vida. El plan, como descubriría el sha Reza Pahlevi en los años treinta, implicaba sufrimientos personales para las víctimas y la destrucción de un modo de vida que lo único que hacía era acomodarse al paisaje: Alejandro ni siquiera podía prometer mejores medicinas ni el falso señuelo de un empleo mejor. Quería asentar a estos trotamundos libres y orgullosos en ciudades sólo porque ponían en peligro su ruta. Inevitablemente fracasó, y siete años más tarde los mismos nómadas bloqueaban el Camino Real a sus Sucesores como venganza.

De regreso a Babilonia, la residencia de invierno de los reyes persas, le salieron al encuentro embajadas de todos los lugares del mundo. Libios, etíopes y cartagineses lo coronaron y le suplicaron amistad; los celtas y los escitas le presentaron sus respetos, como también hicieron los íberos de España, que los griegos sólo conocían a través de los ejércitos de los tiranos de Sicilia. Del sur de Italia llegaron enviados de las tribus con las que su cuñado había estado luchando hacía poco; entre ellos, dijeron algunos, vinieron embajadores de Roma, una ciudad que ya contaba con unos ciento cincuenta mil habitantes y que había dominado a sus vecinos latinos el año en que Filipo había dominado Grecia, pero que se había visto envuelta en una guerra con sus vecinos samnitas. Alejandro ya había mantenido correspondencia con Roma sobre la regulación de la piratería en el Adriático; su cuñado había firmado un tratado temporal con la ciudad, y era comprensible que, incluso en un momento de crisis, Roma enviara emisarios para velar por su posición en el extranjero. Los romanos, que posteriormente prefirieron a sus propios héroes antes que a Alejandro, no recibieron demasiado bien la sugerencia de llevar a cabo una misión de este tipo. Ptolomeo ni siquiera señaló que tuvieran especial interés, mientras que a los discípulos de Aristóteles Roma sólo les parecía una ciudad griega más.

Estos mensajeros procedentes de lugares remotos plantearon de repente la cuestión de qué haría Alejandro a continuación, lo cual constituye una pista sobre cuál era su estado de ánimo. Si Cartago, Libia y España prometían amistad, había pocos motivos que le impidieran marchar hacia el oeste a través de Egipto por las Columnas de Hércules —el actual estrecho de Gibraltar— y bordear la costa de España para ir a Italia, donde su cuñado había perdido la vida en una expedición. Se extendió el rumor de que la conquista del oeste era su nueva ambición; algunos incluso sugirieron que quería circunnavegar toda África y entrar en el Mediterráneo desde el Atlántico. Este extraordinario viaje ya había sido realizado por un capitán cartaginés que invirtió en ello dos años enteros y sufrió una terrible travesía, muy conocida en la corte gracias a la historia de Heródoto. Que Alejandro considerara esta opción sólo es una posibilidad, pues el rumor del plan puede que se remonte a Nearco, con quien Alejandro había discutido planes en Kirman la primavera anterior.

Las opiniones y los rumores sobre África circulaban por el campamento, pero, puesto que se envió a exploradores para que navegaran alrededor de Arabia y subieran hasta el Mar Rojo, es más probable que, si Alejandro tenía planes para el oeste, los acometiera de un modo más directo a través del canal de Suez y que llegara al Mediterráneo por el oeste. Las posibilidades son una cosa, las intenciones otra, y es una pérdida de tiempo elucubrar sobre lo que un hombre habría podido hacer finalmente con su vida; más a corto plazo, sus planes estaban fuera de toda duda. Se le encomendó a un macedonio que llevase constructores de barcos por el norte hasta Gurgán, para que cortasen madera en los densos bosques que Alejandro había visitado siete años atrás. Tenían que construirse buques para explorar el Caspio y ver «si se unía con el Mar Negro o con el Mar Exterior que fluía alrededor del mundo y bordeaba la India». En Babilonia, se talaron cipreses para la construcción de un gran contingente de nuevos barcos de guerra: los quinquerremes y los cuatrirremes ya se estaban desmontando y se acarreaban por tierra desde el Líbano y Chipre, todo para apoyar una expedición al otro lado del Mar Exterior, a Gurgán. Tenía que haber incluso heptarremes, que Alejandro patrocinó por primera vez. Después de «dominar toda Asia», como había señalado, Alejandro había fijado sus objetivos en los árabes; con estos preparativos, finalmente la corte se dio cuenta de dónde se desarrollaría el próximo año. Calor, arena y lejanía: los desiertos del sur de Arabia iban a reclamar su presencia.

En un famoso cuadro pintado por Apeles, Alejandro aparecía sobre un carro de guerra, seguido por un prisionero que llevaba las manos atadas a la espalda; los romanos de la época de Julio César interpretaron a este prisionero como la Guerra, y a Alejandro, por tanto, como el rey que triunfó sobre la belicosidad, una alegoría que Virgilio suscribió y aplicó a Augusto a través de los detalles de la pintura, como una profecía de que bajo su Imperio no habría más guerras. Esta fantasía romana se alejaba mucho del original: si había alguna actividad que Alejandro no podría haber abandonado nunca, ésta era la lucha, pues ni siquiera al final de su vida mostró ningún signo de haber triunfado sobre su afán belicista. Los árabes habían sido amistosos aliados de varios reyes persas, en especial cuando Egipto había requerido atención: en la tumba de Artajerjes III, reciente reconquistador de Egipto, un árabe era presentado como uno de los dos únicos dignatarios extranjeros que lucían el prestigioso collar y el brazalete, ambos de oro, tal vez porque su tribu había participado en la invasión de Egipto. Alejandro había «oído que estos árabes sólo adoraban al cielo y a Dioniso, y supuso que él no sería indigno de ser adorado como su tercer dios si los conquistaba y les daba, como a los indios, su antiguo y tradicional derecho al autogobierno». Alejandro no luchaba para exigir su propia adoración: deducía, correctamente, que si triunfaba merecería honores divinos, del mismo modo que una «liberación» similar lo había hecho merecedor de ellos en las ciudades del

Asia griega. Sin embargo, sólo por medio de una visión distorsionada de la historia persa y árabe, que ya había coloreado su expedición a la India, podía describirse su propósito como la restauración de la antigua independencia de sus víctimas.

El pretexto de Alejandro, dijo su oficial Aristóbulo, era que los árabes nunca le habían enviado una embajada, «pero, de hecho, su ansia de conquista era insaciable y deseaba ser dueño de todo». Sus ejércitos se habían desplegado en Italia y en la India, a lo largo del Mar Negro y, por el norte, hasta el Danubio, y es un error que se comete a menudo racionalizar los motivos que tenían los hombres para ir a la guerra, como si lucharan más por las ganancias que por la gloria. No obstante, había otro objetivo en la expedición a Arabia además del de la mera conquista universal: en el valle del Hadramawt, las especias crecían de un modo tan prolífico que los árabes las utilizaban en vez de leña y enviaban constantemente un excedente al norte por medio de camellos y caravanas, las cuales exhalaban tal perfume que los «conductores se adormilaban y sólo superaban su somnolencia oliendo betumen o pieles de cabras». En balsas, estas especias viajaban hasta la desembocadura del Éufrates, y después río arriba hacia Babilonia en embarcaciones fluviales para llegar, transportadas a pie, hasta la propia ciudad: había mirra e incienso, oasis de casia, ramas de canela naturalizada y campos en los que crecía el espinacardo. Para un hombre que hacía que rociasen con fragantes perfumes los suelos de su palacio, estos lujos eran algo irresistible. Alejandro también estaba entusiasmado con los informes que hablaban de la existencia de puertos a lo largo de la costa de los árabes. Podían fundarse nuevas Alejandrías para que controlasen la ruta comercial alrededor de Arabia hasta el Mar Rojo y el golfo Pérsico, y éstas podían enriquecerse y hacerse famosas por sus ganancias: en otro tiempo, el sur de Arabia había pagado anualmente como tributo un millar de talentos de incienso a los reyes persas, y aunque un viejo proverbio oriental decía que «nunca le muestres a un árabe el mar ni a un fenicio el desierto», no había razón alguna por la que estas especias no pudieran desviarse desde las caravanas hasta la flota.

El plan había tomado cuerpo en la mente de Alejandro al menos desde su encuentro con Nearco en Kirman. Allí habían hablado de los indicios detectados en el golfo Pérsico de una ruta de las especias, y se había enviado a cuatro exploradores, uno tras otro, en embarcaciones de treinta remos para localizar su origen. El primer explorador, que era uno de los capitanes de Nearco, navegó hacia el sur y llegó sólo hasta Bahrein; el segundo, hijo de un general ateniense exiliado, le siguió en el invierno posterior, tras la muerte de Hefestión, y elaboró un informe más detallado de la historia natural de Bahrein, que incluía los mangles y naranjales que todavía caracterizan el lugar. Tampoco él llegó más lejos. Al mismo tiempo, un tercer capitán había partido haciendo el viaje en sentido contrario, es decir, desde el canal de Suez hacia el Mar Rojo y rodeando Arabia hasta el golfo Pérsico; el calor y la sed lo

derrotaron y, a mitad del viaje, decidió regresar. El cuarto explorador, un chipriota, era más audaz: logró llegar hasta el promontorio de Adén, «pero, a pesar de las órdenes de navegar cerca de Egipto, tuvo miedo y regresó, informando de que Arabia era incluso más grande que la India». Sin embargo, por la ruta habían navegado los comerciantes locales sin inquietarse y sin ningún temor al menos durante doscientos años.

Tanto la exploración del Caspio como la conquista de Arabia eran ambiciones que podían alcanzarse y manifestaban el arte de lo posible, que Alejandro nunca había dejado de cultivar. Ninguna de las dos era tan original como a él le parecía: los imperios podían ascender y caer por medio de la sarisa y la catafracta, pero desde la primera dinastía de los faraones el comercio había estado circulando desde el Mar Rojo, Egipto y el reino de Punt, pasando por la isla de Bahrein y subiendo hacia el golfo Pérsico. El capitán Escílax, en todas partes un precursor, ya había descubierto el secreto de las fuentes del Caspio: también él había navegado a lo largo de las costas de Arabia, partiendo del Mar Rojo y saliendo al golfo Pérsico, listo para informar sobre la necesidad de reparar el canal de Suez de los faraones. Animado por la idea, su patrón Darío I había limpiado el canal y reabierto la ruta desde Persia, rodeando Arabia en dirección al Mediterráneo, y esta ruta había sido utilizada del mismo modo desde el Egeo por los embajadores y desde Fenicia por los comerciantes. En el mejor de los casos, Alejandro recuperaría el antiguo conocimiento de los mares que tenían los persas; en el peor, habría reavivado una ruta comercial tan antigua como la propia historia, pues una vez más, y sin darse cuenta, Alejandro iba a restablecer y desarrollar, no a cambiar.

En el campamento algunos habían pedido con insistencia que se llevase a cabo una expedición más novedosa: «En un festival en Hamadán —escribió Efipo—, Gorgo, el oficial encargado de las municiones reales, que era un griego de la isla de laso, coronó a Alejandro, hijo de Amón, con tres mil coronas de oro y anunció que cuando asediara Atenas le proporcionaría diez mil conjuntos de armaduras y otras tantas catapultas». Era cierto que en Hamadán podía haberse hablado de un ataque a Atenas por parte de los oficiales subalternos: Hárpalo había huido allí y, tras una primera negativa, había sido recibido, mientras que la ciudad continuaba eligiendo, para desempeñar el cargo de general anual, a hombres que se sabía que se oponían de manera implacable a los macedonios, e incluso habían elegido a ese mismo Trasíbulo que tantos problemas le había ocasionado a Alejandro en el asedio de Halicarnaso diez años atrás. También estaba el asunto de la posesión ateniense de Samos, que el decreto de restaurar a los exiliados griegos había puesto de repente en peligro. Alejandro ya había anunciado en el campamento que quería «dar Samos a los samios», pero puede que esto sólo fuera una calculada amenaza ante las noticias de las actividades de Hárpalo: no obstante, los colonos atenienses de la isla habían

servido como base a la armada persa durante la guerra en el Egeo, y este recuerdo no jugaba a su favor. Efipo, como de costumbre, sabía cómo provocar la maldad. El nombre de Gorgo resultaba odioso a la mayoría de los atenienses, pues Gorgo tenía contactos locales en el conflicto sobre Samos y había presionado con insistencia a favor de la causa de los exiliados samios; gracias a hombres como Gorgo, la perspectiva para los colonos atenienses era mala, y, en el otoño de 324, los astutos atenienses ya se habían decantado por la adulación para salvar la isla. A la sombra de Samos se estuvo debatiendo si Atenas debería adorar a Alejandro como a un dios: Demades había recordado a su audiencia que «no deberían proteger el cielo sólo para descubrir que habían perdido la tierra», en tanto que Demóstenes había comentado que «Alejandro podía ser reconocido como hijo de Zeus, pues eso a él le importaba un bledo, y como hijo de Posidón también, si realmente lo quería», mientras este reconocimiento hiciese probable la salvación de los colonos samios. Alejandro, como Atenas admitía, era invencible, pero al menos podían seguirle la corriente ofreciéndole una adoración con la que se sabía que lo complacían los griegos en otros lugares. Nadie puso objeciones de principio a la cuestión de adorar a un hombre en vida, sólo al hecho de que ese hombre fuera el «tirano» Alejandro. Sin embargo, la diplomacia se sobrepuso a la repugnancia y, en el otoño en que murió Hefestión, los atenienses enviaron emisarios junto con otros griegos para dar la bienvenida a Alejandro como a un dios y después exponerle su caso.

Se olvida con facilidad que la decisión de restaurar a los samios había sido recibida con sumo agrado por otros embajadores griegos. Desde Hamadán, Alejandro no tenía motivos para asediar Atenas durante el regateo; Efipo escribió los rumores después de su muerte y sólo puso el nombre de Gorgo en la propuesta para añadir un verosímil toque de maldad. Y en cuanto a su coronación como hijo de Amón, tal presunción les parecía creíble a los contemporáneos, y ni Efipo ni los atenienses hostiles se preocupaban mucho por la verdad; posteriormente se inventó una carta acerca de la posesión de Sanios, escrita como si fuera dirigida a Atenas, en la que se hizo que Alejandro se refiriera a Filipo con la expresión «al que llaman mi padre», y que confirma, por deducción, la reclamación ateniense de la isla. Su verdadera visión de Amón era menos extrema y, en cualquier caso, mal podían burlarse los atenienses de las adulaciones que se rumoreaba que había pronunciado Gorgo cuando, al cabo de veinte años, ellos mismos estarían alabando a uno de los sucesores de Alejandro como verdadero «hijo del Sol y de la diosa Afrodita».

Con todo, la amenaza de Alejandro había ultrajado Atenas en una época en la que su posición en Grecia no era tan segura como a menudo lo había sido. Nuevas levas de refuerzos, bastante numerosas, se habían reunido en el este, procedentes de Macedonia, para reparar las brechas que el Makran había abierto en el ejército, y no sólo era que los recursos humanos del país se pusieran a prueba con esta petición,

sino que además Europa iba a cambiar de general. Antípatro tenía más de setenta años y, a través de las cartas y las embajadas, durante mucho tiempo había sido objeto de quejas, tanto por parte de Olimpia como de los demócratas griegos; Alejandro había guardado silencio, pero en una ocasión se quejó de que su madre lo estaba castigando duramente por los nueve meses escasos que lo había llevado en su seno. Mientras Olimpia fuera reina y Antípatro meramente general, nunca podría haber paz entre ellos. Ahora Crátero se acercaba con órdenes de sustituir al general, quizá de manera temporal mientras él visitaba Asia, quizá para más tiempo, pues Alejandro podía querer retener a Antípatro en Asia como segundo en el mando, según contaban las habladurías. Pasarían algunos meses antes de que Crátero regresase, delicado de salud y con diez mil veteranos; sus avejentadas tropas planeaban pasar el invierno en Asia, pues Alejandro siempre se lo había permitido, y por decisión propia no dejarían la costa hasta el verano, cuando navegar resultara más fácil; sin embargo, había disturbios locales en Cilicia que podían retenerlos por más tiempo. Sólo habían partido para regresar a casa después de haber perdido un motín, y no tenían prisa; no obstante, había el riesgo de que Atenas perdiese del todo el sentido común y luchase por reclamar su derecho sobre Samos antes de que hubieran regresado. Las noticias de la reciente rebelión en Tracia y la grave derrota macedonia en el Danubio sólo podían estimular la empresa.

Había un hombre con la temeridad necesaria. El ateniense Leóstenes había visto a su padre someterse a Macedonia y, en el exilio, aceptar estados cerca de Pela; Leóstenes, por su parte, no había estado de acuerdo, por lo que había servido como capitán mercenario y, ya en la madurez, se había revelado como un oponente a Macedonia. En julio de 324 fue elegido como uno de los diez generales atenienses del año; cuando se hizo con el puesto, Alejandro ordenó a sus sátrapas que disolvieran a sus ejércitos mercenarios, y, en el otoño de 324 y la primavera de 323, los soldados fugitivos empezaron a reunirse a lo largo de la costa asiática. Las cifras no eran muy grandes, alrededor de ocho mil, no más, pero Leóstenes vio en estos soldados una oportunidad: los almirantes persas y los oficiales de alto rango que habían escapado de la flota de Alejandro nueve años atrás todavía deambulaban libres, dispuestos a acompañar a los soldados a Grecia. Cares y Autofradates, ambos héroes de la guerra empezada por Memnón en el Egeo, estaban esperando para vengarse, y Cares había utilizado anteriormente a los soldados licenciados por los sátrapas con buenos resultados. Si los embarcaba hasta el extremo sur de Grecia, una famosa base mercenaria, Leóstenes podía mantenerlos para Atenas a través de sus antiguos contactos profesionales. Alejandro todavía corría peligro a causa de los mismos cabecillas de los piratas, como en los años en los que comenzó su invasión.

El intento era arriesgado y no contaba con la aprobación general. Atenas podía disponer de una flota de más de trescientos barcos, pero nunca podría financiarlos,

pues Hárpalo ya se había ido de la ciudad con el dinero y los soldados antes de que Leóstenes ocupara el cargo: era una esperanza perdida, pues pronto llegaron noticias de que Hárpalo había sido asesinado en Creta a manos de un espartano de su séquito y de que sus soldados estaban planeando asaltar el norte de África en vez de regresar. Por lo tanto, Atenas se quedó con una parte muy pequeña del dinero que tanto tiempo había necesitado, con la perspectiva de unos ocho mil mercenarios que también necesitaban paga, con una flota sin tripulantes en dique seco y con un motivo de queja en Samos, la isla que deseaba fervientemente colonizar. Los planes de Leóstenes de contratar mercenarios ya habían visto caer al rey espartano Agis; ni siquiera después de la muerte de Alejandro añadieron nunca más de cinco mil soldados a los recursos de la ciudad. En vida de Alejandro, las previsiones eran menos tentadoras, pues éste disponía de una enorme flota oriental, y, mientras tanto, los Escudos Plateados y otros veteranos macedonios estaban marchando al oeste desde Opis, en etapas lentas, peligrosamente cerca de la costa y de un rápido viaje en barco a casa.

Mientras se dejaba que Leóstenes intrigara en un segundo plano, una nueva embajada partió en otoño para suplicar que se eximiera a Samos del regreso de los exiliados; prudentemente, la asamblea de Atenas se había dado cuenta de que debía intentar agotar todas las posibilidades antes de arriesgarse a una revuelta desesperada. Al tiempo que los embajadores viajaban, Alejandro se dirigía al sur en un carro de guerra, alejándose de los nómadas de Luristán en dirección a Babilonia, la habitual residencia de invierno de los reyes persas y el escenario, siete años atrás, de la bienvenida más triunfal de su carrera. Entonces, con la euforia inicial de la victoria, Alejandro había ordenado que el templo sagrado de E-sagila fuese restaurado junto con el zigurat escalonado de Etemenanki. Sin embargo, los sacerdotes de Babilonia habían preferido ocuparse de sus propias finanzas, pues mientras los templos estuvieran sin acabar podían gastar los beneficios que proporcionaba la tierra sagrada en cosas más agradables que los sacrificios y el brillo de la plata, y habían retrasado los planes de construcción a su conveniencia. Si Alejandro entraba en la ciudad, se enfurecería y les metería prisa, y por tanto los sacerdotes se encaminaron hacia el Tigris para detenerlo.

Los sacerdotes, muy versados en astrología, lo disuadieron con una profecía. Su dios, le dijeron, le advertía que no entrase de ningún modo en Babilonia por el oeste; algunos dijeron que Alejandro los desdeñó, pero Aristóbulo, que estaba en mejor posición de saberlo, insistió en que el rey dio un cuidadoso rodeo por el Éufrates, intentando evitar los barrios occidentales de la ciudad, hasta que fue detenido por las marismas locales. Sin duda los sacerdotes sabían esto, y, al advertirle que no se acercara por el oeste, esperaban mantenerlo completamente fuera de la ciudad. Aunque Alejandro respetaba las advertencias de los dioses, no se sometería al ardid

de sus angustiados ministros; marchó con paso desafiante a través de la puerta occidental y, al cabo de pocos días, la tierra se movió, pero fue debido a los nuevos cimientos del templo. Una vez más se recaudaron diezmos de los bienes de los templos, una útil adición al tesoro real.

En Babilonia, mientras avanzaba el invierno, Alejandro continuó con el mismo estado de ánimo, tomando decisiones audaces. Nearco y los exploradores informaron de sus descubrimientos en el golfo Pérsico, incluyendo las islas de Bahrein y Failaka, que Alejandro bautizó con el nombre de Ícaro en honor del héroe griego, y allí hablaron de las perspectivas de la expedición contra Arabia. A pesar del fracaso de los exploradores en su intento de rodear Arabia, se ordenó que se excavase en Babilonia un puerto con cobertizos para un millar de barcos, lo cual suponía, con diferencia, la flota más grande que nunca se había reunido en el mundo de Alejandro y una fuerza que daba verosimilitud a los rumores de que después de Arabia vendría África o el oeste. Pero el asunto no se acababa ahí. Mientras se talaban los cipreses en el campo para hacer frente a esta extraordinaria demanda, los oficiales de reclutamiento fueron al este, a Siria y Fenicia, «para contratar o comprar hombres habituados al mar, pues Alejandro intentaba colonizar la ribera del golfo Pérsico, ya que pensaba que no sería menos próspera que la propia Fenicia». Los comerciantes y los mensajeros del futuro pasarían por esta nueva Fenicia en su reabierta ruta desde la India y almacenarían sus cargamentos en estas nuevas ciudades portuarias; también los colonos serían marineros, capaces de seguir los vientos primaverales del este hasta el Indo o de encaminarse al sur para hacerse con las especias de Arabia y los recientemente conquistados reinos árabes del Hadramawt. Era un plan con visión de futuro. No cabe duda de que a Alejandro las energías no lo habían abandonado, ni tampoco la crueldad con la que él y Filipo siempre habían trasplantado asentamientos. Sin embargo, tras la orden de construir un millar de barcos, sus oficiales abrigaban la sospecha de que África seguiría a Arabia, y que esto supondría navegar alrededor del sur del mundo.

Cuando llegó la primavera, Alejandro se apresuró a ponerse una vez más manos a la obra. La vida de Babilonia siempre había dependido de su intrincado sistema de canales y, puesto que Alejandro había navegado por el Éufrates para inspeccionar los emplazamientos para su puerto y los nuevos asentamientos, pudo darse cuenta de que el riego estaba innecesariamente bloqueado, «a pesar del trabajo que llevaron a cabo durante tres meses diez mil asirios para mejorarlo». Observando un tramo de terreno pedregoso, ideó una sencilla desviación para desbordar el río y sustituyó la faena de diez mil trabajadores por medio de una simple observación; después, siguiendo la corriente, exploró las marismas en la desembocadura del Éufrates y, cómo era propio de él, embelleció las descuidadas tumbas de sus antiguos reyes y colaboradores. Una zona junto al mar parecía invitar a fundar otra Alejandría, por lo que ordenó que se

seleccionara a un número suficiente de griegos mercenarios y veteranos incapacitados para que fuesen sus ciudadanos; pero mientras Alejandro regresaba en barco de su nueva creación, «gobernando la embarcación en persona», sufrió un ligero percance; parte de su flota se perdió, y una repentina brisa se llevó por los aires su sombrero real, junto con la diadema, y lo dejó enganchado en una mata de juncos. Un marinero desconocido nadó hasta el lugar para recuperarlo y, de manera imprudente, se puso el sombrero en la cabeza tan pronto como lo liberó de los juncos; recibió un talento como recompensa, pero algunos dijeron que fue decapitado siguiendo el consejo de los adivinos antes de que pudiera disfrutarlo, y otros, lo cual resulta más verosímil, que fue azotado. Todos estuvieron de acuerdo en que había pecado al ponerse la diadema, que ya se había convertido en un símbolo muy poderoso de realeza, y su comportamiento irreflexivo no tardaría en considerarse un augurio.

De regreso a Babilonia, continuó el flujo de planes, que, en esta ocasión, afectaban a la configuración final del ejército. Los mercenarios licenciados del Asia occidental habían llegado para servir en el corazón del Imperio junto con veinte mil nativos persas y un grupo de nómadas. Los persas fueron traídos por su sátrapa Peucestas; todos ellos eran arqueros y lanzadores de jabalina, reclutas con armamento ligero procedentes de la provincia que más motivos tenía para mostrarse hostil de toda Asia, pero Alejandro los enroló en sus brigadas macedonias, donde las filas, tanto en la vanguardia como en la retaguardia, estaban encabezadas por veteranos macedonios muy bien pagados. Era el momento culminante de su integración en el ejército: aparte de sus Sucesores y Compañeros iranios, y de su caballería irania, los Compañeros de a Pie iban a ver redoblada su fuerza y los persas superarían en número a los macedonios en una proporción de tres a uno. Durante cuatro años los Compañeros de a Pie ya habían luchado en un orden más abierto sin sus sarisas; es posible que finalmente a los macedonios que estaban en la vanguardia y la retaguardia se les devolviera su famosa arma, mientras que los persas con armamento ligero dispararían flechas o jabalinas por encima de sus cabezas. En primer lugar, una descarga de largo alcance en el centro procedente de los arcos compuestos hechos de cuerno y piel; después, un avance con tres hileras de dieciocho lanceros a pie respaldados por un núcleo de soldados con armamento ligero para impulsar el ataque. La creación de una falange mixta de persas y macedonios demostraba sentido común y también magnanimidad, pues dejaba libres a las filas de en medio para un uso más diverso.

Mientras se reclutaba a los soldados, no se permitió que ni la disciplina ni el entrenamiento aflojaran el ritmo: los barcos ya habían sido construidos y «Alejandro entrenaba constantemente a los hombres, haciendo que los barcos de guerra de tres hileras de bancos compitieran una y otra vez con los de cuatro hileras para conseguir las coronas de la victoria». Como diversión, Alejandro incluso escenificó una batalla

de prueba en el río, donde las tripulaciones se lanzaban manzanas unas a otras desde las cubiertas de la flota real; la moral debía estar alta para enfrentarse con los árabes, y Alejandro no escatimó esfuerzos para mantenerla. Mientras tanto, llegaron embajadas de los griegos, Atenas incluida, y se las escuchó siguiendo un orden que revela la importancia de los asuntos que habían de tratar; primero la religión, después los regalos; después las disputas externas y los problemas internos y, al final de todo, las peticiones concernientes al regreso de los exiliados. Algunos enviados habían acudido llevando coronas, como si honrasen a un dios, por lo que estas embajadas religiosas, que incluso tuvieron prioridad sobre los regalos, debían de estar relacionadas en buena medida con la propia adoración de Alejandro. Entre estos adoradores, los grandes santuarios griegos tenían preferencia; primero Zeus Olímpico, después el Amón de Siwa, «de acuerdo con la importancia de sus respectivos santuarios»: para Alejandro, el Amón libio seguía siendo un subordinado equivalente al Zeus que conocía en Grecia. A la mayoría de las embajadas se les dio una generosa respuesta a cambio de las coronas de oro, incluso aunque no hubieran ido para adorarlo y, por tanto, pasaran a ocupar un puesto inferior en la lista. Sin embargo, ofrece una rara visión de los últimos meses de Alejandro el hecho de que antepusiera a los dioses y la adoración de su persona a todos los demás asuntos griegos.

A finales de primavera, esta visión se hizo más patente en el diseño final del monumento dedicado a Hefestión. Cuando los arquitectos prepararon los planos, Alejandro

abrió una brecha de unos dos kilómetros en las murallas de Babilonia y ordenó que se recogieran los ladrillos de barro cocido. Después trazó un cuadrado, cuyos lados medían unos ciento ochenta metros de largo, y lo dividió en treinta secciones; en cada una de ellas, los pisos de la tumba se apoyaban en troncos de palmeras. Las paredes exteriores estaban decoradas, en primer lugar, con las proas de oro de doscientos cuarenta quinquerremes, cada uno de los cuales estaba equipada con dos arqueros arrodillados que medían casi dos metros y con guerreros armados, todavía más altos, entre los cuales colgaban paños de fieltro escarlata. En el piso siguiente, se colocaron antorchas que medían unos seis metros y medio con coronas de oro y se remataron, en medio de sus destellos, con águilas que tenían las alas desplegadas; había serpientes que se enroscaban alrededor de sus bases. El tercer piso mostraba una escena de caza, el cuarto una pelea de centauros de oro, el quinto una hilera de toros y leones dorados. El sexto mostraba armas persas y macedonias, mientras que el último estaba coronado con sirenas huecas, en cuyo interior podía esconderse un coro para cantar un lamento por el difunto.

Al parecer, la altura que alcanzaba el conjunto era de unos sesenta metros; la palabra «pira» lo describía, pero una «pira» podía ser un monumento. No tenía que quemarse.

Puede que estas dimensiones no fueran más que un rumor. No se ha encontrado ningún rastro de este monumento, probablemente porque su patrocinador murió antes de que se erigiera; el deseo de terminarlo se citaba entre los últimos planes de Alejandro, que sus oficiales tal vez exageraron para asegurarse de suscitar su rechazo. De ahí quizá las enormes dimensiones, aunque de todos modos no habría sido algo imposible de realizar. Para un hombre menos poderoso, este monumento habría

supuesto una locura impensable, pero en este caso la ostentación estaba en consonancia con la preocupación que sentía un héroe de que se viera que rendía al difunto los más gloriosos honores, y, tratándose de Hefestión, Alejandro no iba a empequeñecer sus ideales homéricos. Disponía del tesoro para financiarlo y tenía los arquitectos para llevarlo a cabo. Desde tiempo inmemorial, los faraones habían construido pirámides, del mismo modo que los duques construirían palacios y los obispos catedrales de mayor tamaño, y sólo una mente paranoica puede sostener que esta nueva extravagancia faraónica constituye una «prueba» definitiva de que Alejandro estaba loco de atar. El diseño era fantástico y obviamente estaba influenciado por la arquitectura babilonia; desde un punto de vista estético puede que fuera horroroso, pero la fealdad, por sí sola, no es una prueba de que un hombre haya perdido la razón, y además estaba el monumento de Hárpalo a su amante en Babilonia, que exigía ser superado. Por otra parte, no todos los grandes diseños fueron aceptados. Cuando el arquitecto de Alejandro propuso tallar la ladera del monte Atos por una de sus caras, Alejandro se negó: la megalomanía exige una grandiosidad imposible, pero en Babilonia, corazón del despotismo centralizado que había pasado a los reyes persas junto con el sistema de canales reales, las inmensas fuerzas de trabajo de que disponían los reyes hacían que la construcción de edificios inmensos fuese una posibilidad tentadora.

Buscando una oportunidad de verse favorecidos, los nativos, los generales, los enviados y los soldados compitieron con los regalos para la celebración de los funerales, y, con su ayuda, la inversión ascendió finalmente a más de 10.000 talentos. Se tallaron numerosas imágenes de Hefestión en oro y marfil; se ordenó a las provincias que apagaran el Fuego Real hasta que la ceremonia hubiese concluido, un privilegio extraordinario que, si Alejandro comprendía su significado, sugiere que se había considerado la posibilidad de que Hefestión fuera su sucesor y sustituto real, pues los Fuegos Reales sólo se apagaban cuando moría un rey. Una llegada oportuna dio un significado profundo a la ocasión: los enviados regresaron de Siwa con la noticia de que Amón había aprobado la adoración de Hefestión, si no como un dios al menos como un héroe. Tributar honores de este tipo a un difunto distinguido no era nada extraño en la tradición griega, pero Alejandro añadió su total entusiasmo al nuevo culto anual. Diez mil animales sacrificiales fueron inmolados y asados como un primer honor que se le rendía al héroe, y sin duda otras ciudades en el Imperio lo seguirían con la esperanza de obtener una recompensa. Probablemente algunos destacados macedonios ya habían sido adorados localmente como héroes después de su muerte, del mismo modo que Hárpalo había adorado a su amante; posiblemente incluso Atenas se sintió entonces obligada, por razones diplomáticas, a tratar a Hefestión tal como su amante públicamente había indicado.

Sin embargo, de un modo muy atinado, el culto se había retrasado hasta que un

oráculo dio su aprobación: Alejandro, aunque divino, no había perdido en modo alguno el respeto hacia los dioses, sobre todo cuando el dios era Amón. Gracias al funeral de Hefestión, Alejandro también iba a tener sus últimos tratos con Egipto y Alejandría: desde que había partido como faraón, el griego Cleómenes había ascendido del rango de tesorero al de sátrapa y había empezado a demostrar la misma visión de un monopolio financiero que posteriormente sería desarrollado por el gobierno de los Ptolomeos. En tiempos de hambruna, Cleómenes había negociado astutamente con el grano; como resultado, había amasado unos 8000 talentos para el tesoro de Egipto y puesto los cimientos de la economía estatal. Alejandro escribió una carta a este tiburón financiero pidiéndole que construyese dos santuarios dedicados a Hefestión en Alejandría y que no ahorrara gastos en su diseño: el nombre de Hefestión, se dijo, se inscribiría en todos los contratos entre los comerciantes de la ciudad, un honor que posteriormente tuvo su equivalente bajo los Ptolomeos. A cambio, informó el propio Ptolomeo, quien pronto haría que Cleómenes fuese asesinado, «los delitos pasados y futuros de Cleómenes serían perdonados». No debería darse demasiada importancia a esta oferta tan sospechosa, sobre todo procediendo de una carta parafraseada y reproducida por un contemporáneo tendencioso; la moralidad también tenía su precedente en el Antiguo Oriente. «Apruebo —había escrito Heródoto— la siguiente costumbre: en Persia, el rey no ejecuta a un hombre ni tampoco los nobles asesinan a un sirviente por una única acusación. En su lugar, meditan el asunto, y si consideran que los delitos son más numerosos o más importantes que sus servicios, sólo entonces recurren a la venganza; de otro modo, lo dejan libre». Para Alejandro, no había ningún servicio más gran de que un obsecuente respeto hacia el difunto Hefestión.

Entre las desafiantes decisiones de los últimos tres meses, este detalle fundamental no puede pasarse por alto. Con el fin de honrar la memoria de Hefestión, Alejandro estaba tensando el poder al límite. En otras partes sus planes eran ambiciosos y factibles, pero había de contener su pena por la pérdida de Hefestión si quería realizarlos. Pues Alejandro no había perdido el control sobre sí mismo. El diseño de la campaña de Arabia lo preocupaba vivamente y tenía la intención de navegar personalmente con la flota: la partida se programó para mediados de junio, la estación más calurosa en el golfo Pérsico. La elección de la fecha quería evitar un segundo Makran. Si la flota iba a navegar rodeando Arabia y a entrar en el Mar Rojo, como sus exploradores, aunque sin éxito, habían intentado, se necesitaba alcanzar la punta este del promontorio de Adén a principios de octubre, cuando los vientos del monzón viran y empujan a los barcos al noroeste hacia el canal de Suez. Partir en junio era, por tanto, un buen consejo. Sin embargo, también se le pidió a un ejército de tierra que los siguiese mientras la flota navegaba desde la isla de Falaika a Bahrein y Aden. Esto fue motivo de alarma. Después del Makran, es asombroso que los

soldados volvieran a ser destacados a un conocido desierto de arena en verano. La orden, que ignoramos cómo fue recibida, nos recuerda que, en Alejandro, el intrépido explorador todavía quería triunfar sobre las dificultades de la naturaleza.

El plan era factible, pero se basaba en una confianza sin reservas. La espectacular fiesta que se celebró con motivo del funeral era un escenario peligroso y, cuando llegó a un punto crítico, se produjo un augurio que muestra claramente el clima que había tras los decorados. Durante las ceremonias, Alejandro abandonó su trono, según algunos para ir a beber.

Un hombre desconocido, que algunos creyeron que era un prisionero, vio el trono vacío y los sofás de pies de plata que los Compañeros habían abandonado: pasando a través de la guardia de eunucos, el hombre caminó hasta el trono y se sentó en él, y empezó a ponerse los vestidos reales. Sin embargo, los eunucos, negándose a arrastrarlo fuera a causa de cierta costumbre oriental, se rasgaron las vestiduras y se golpearon el pecho. Alejandro ordenó que el hombre fuese torturado, pues temía un complot, pero el desconocido sólo dijo que lo había hecho porque de repente se le había ocurrido. Por lo que los adivinos profetizaron que acechaba una catástrofe incluso mayor.

Es difícil interpretar este curioso incidente. Durante mucho tiempo los babilonios habían celebrado una antigua fiesta en la que un esclavo se vestía como su rey o su señor y mandaba sobre los demás durante un día, pero esta fiesta tenía lugar a principios de otoño y no puede ser relevante para justificar las actuaciones de Alejandro a finales de mayo. La fiesta de año nuevo en Babilonia se ajustaba más a la fecha, pero entonces el rey no era reemplazado; simplemente iba caminando a cuatro patas hasta la estatua del dios Bel. En una única ocasión el rey cedía su puesto a un plebeyo: cuando las tablas astrológicas presagiaban futuras desgracias. Entonces un sustituto ocupaba su lugar, durante cien días como mucho, y asumía la carga de la desgracia del rey: si en el intervalo el rey moría, el sustituto se convertiría en rey, aun cuando no fuese más que el jardinero real. La última vez conocida que se practicó esta sustitución fue por parte de los reinos asirios cuatrocientos años atrás, pero puede que la clase sacerdotal de Babilonia mantuviera vivo su recuerdo e incluso que lo aplicara a Alejandro. Si el sustituto había actuado sin darse cuenta, tanto peor, como los adivinos observaron, pues no habría desviado la fatalidad que las estrellas habían predicho. Quizá los sacerdotes le habían dado instrucciones y lo habían enviado para que ocupase el trono porque temían por el futuro de Alejandro: así lo supusieron al menos los eunucos, que lloraron al ver a un chivo expiatorio real, y quizá su lamento estaba justificado.

En pocas semanas se demostraría que los eunucos y los horóscopos estaban alarmantemente en lo cierto. Un clima de inquietud todavía turbaba los vericuetos de la corte, entre las fiestas y las nuevas ambiciones: estaba el augurio del hígado sin lóbulos, el de la diadema perdida en el río y, ahora, el del sustituto que misteriosamente había ocupado el trono. Quizá los hombres temían que la energía de Alejandro no podía durar demasiado, que sólo servía de tapadera a un rey que había

perdido a su amado Hefestión. Por otro lado, las recientes decisiones que había tomado no eran en absoluto las de un líder que se derrumbaba: Arabia, Cartago, Sicilia o el Caspio, no eran, ninguna de ellas, ambiciones más desmesuradas que la primera invasión de Asia con unos pocos barcos, con poco dinero y pocos hombres. Más rico que ningún otro hombre vivo, Alejandro concentraba ahora su Imperio únicamente en su persona: «En Egipto, un dios y un autócrata; en Persia, un autócrata pero no un dios; entre los griegos, un dios pero no un déspota, y en Macedonia ni un dios ni un déspota, sino un rey casi constitucional». Las amplias categorías de la historia siempre son incruentas y nunca son tenidas en cuenta por quienes las integran, y el desasosiego persistió. El funeral de Hefestión había sido algo gigantesco. Los planes para Arabia también eran gigantescos. Corría el rumor de que Babilonia se convertiría en el centro del Imperio al estar magníficamente situada para la ruta marítima al este, de la cual los soldados tenían los recuerdos más penosos. Sobre todo, corrían rumores sobre el propio Alejandro. Desde Fasélide a Samarcanda, en casi cada ocasión en la que los historiadores lo describen en su tiempo libre, Alejandro está disfrutando de una velada y su cara está enrojecida por el vino. Hay informes de que Babilonia había fomentado que cada noche se produjesen excesos con la bebida, de los que Alejandro apenas se reponía al día siguiente. Estos informes pasaron a ser cruciales contra los planes para Arabia. Alejandro había sido herido en nueve partes distintas de su cuerpo en los últimos doce años, había perdido a su amante y, además, los adivinos habían predicho una devastadora catástrofe que los cortesanos no podían evitar. La pregunta más interesante era la única que las estrellas no pudieron responder: la de si finalmente sus cortesanos tomaron cartas en el asunto para quitarlo de en medio.

32. LA MUERTE DE ALEJANDRO

Tras una vida llena de misterios, habría sido impropio de Alejandro que hubiese muerto de una forma sencilla. La simplicidad no era lo suyo, de modo que Alejandro no hizo nada de esto. No es que su muerte fuera poco memorable. Bien al contrario: el recuerdo de cómo murió era demasiado peligroso como para hablar de ello abiertamente y, al principio, sus oficiales frenaron la publicación de los detalles; sabían lo que podían llegar a perder sólo con la calumnia que se construyó alrededor de los hechos. Pero entonces su propio secretismo generó rumores, y pronto se encontraron con que estaban peleando entre ellos. La muerte de Alejandro empezó a verse envuelta en sus disputas y terminaron atribuyéndola a un crimen que usaron para culparse unos a otros sin ningún respeto por la verdad. Los últimos días en Babilonia dicen tanto de los sucesores como de Alejandro, un sesgo que no augura nada bueno en relación con el único problema importante: ¿qué provocó que Alejandro muriera a la edad de treinta y dos años?

Cualquier respuesta a esta pregunta debería partir del día 29 de mayo. Entre augurios y oscuras profecías, Alejandro había intentado conjurar la mala suerte, si no valiéndose de un rey sustituto al menos por medio de una serie de sacrificios; con un humor aparentemente generoso, se volcó en las diversiones y los festejos, dejando a un lado el funeral de Hefestión y animando a la corte de cara al futuro. Nearco fue coronado almirante de la campaña contra Arabia, y los preparativos iban a continuar para que el viaje empezara el 4 de junio. Tras dejar a la multitud que se había congregado para rendirle honores, Alejandro cenó, bebió hasta bien entrada la noche y asistió tarde a un banquete que ofrecía Medio, un Compañero de Tesalia; algunos dijeron que Medio lo había abordado; otros, con más astucia, dijeron que el banquete llevaba tiempo preparándose, pues se trataba del día de la fiesta tesalia en honor de la muerte de Heracles, y Medio seguía siendo fiel a sus tradiciones nativas. Todos están de acuerdo en que la juerga se prolongó, pero el modo en que se desarrolló fue objeto de una enérgica discusión; en torno a esta cuestión gira la verdad sobre la muerte de Alejandro.

La descripción más antigua que puede fecharse con alguna certeza es lacónica y hostil. Alejandro, en el transcurso de la cena ofrecida por Medio,

> pidió una copa con las tres cuartas partes de vino y brindó por Proteas; en respuesta, Proteas tomó la copa, cantó las alabanzas del rey con exagerada efusividad y vació su contenido en medio de los aplausos generales. Un poco después, Proteas brindó con la misma copa por Alejandro. Alejandro tomó la copa y bebió con ganas, pero no pudo aguantar la tensión. Se desplomó sobre unos almohadones y la copa se le cayó de las manos. Como resultado de esto, cayó enfermo y falleció durante su enfermedad.

Su muerte se produjo «debido a la ira que Dioniso sentía contra él por haber asediado Tebas, su ciudad natal». Esta explicación absurda no carecía de ironía. La ira de Dioniso había sido evocada con anterioridad para disculpar al asesino ebrio de Clito: el tal Proteas que hizo que Alejandro bebiera hasta morir era el sobrino de Clito.

Aunque no es imposible que Alejandro muriera en parte debido a la bebida, es improbable que esta frívola crónica sea verdad; una vez más, su autor era Efipo, nada menos que un insidioso propagador de rumores. Otros vieron la orgía de otro modo. «En la última cena con Medio —escribió un autor desconocido, posteriormente llamado Nicobulo— Alejandro recitó un extracto de la *Andrómeda*, la obra de Eurípides, que había memorizado; después bebió a la salud de cada uno de los veinte invitados que estaban presentes con vino puro. A su vez, cada uno de los invitados brindó con igual cantidad de vino y, poco después de dejar el banquete, Alejandro empezó a sentirse mal». Después de haber brindado por veinte invitados, esto no resulta sorprendente. De golpe, surge la pregunta: aparte de Medio, el anfitrión, ¿quiénes eran los otros diecinueve?

En este punto la historia se acelera y entran en juego los dos documentos más curiosos relativos ala carrera de Alejandro. El primero es un panfleto que no se encuentra en ninguna crónica. Está insertado en la *Vida y hazañas de Alejandro*, un texto en buena medida ficticio y de notoria imaginación, gran parte del cual se compiló unos quinientos años después de la muerte de Alejandro. Se conserva en cuatro variantes, tres de las cuales finalizan con una crónica detallada de la muerte de Alejandro. Su estructura y la información personal pertenecen, y ello puede demostrarse, a una época muy temprana, que se sitúa a los diez años del suceso; es como si una nueva prueba de la muerte de Stalin se encontrara sólo en un libro póstumo de cuentos infantiles rusos. Cada texto ha sido alterado o ampliado por manos posteriores y, a menudo, los manuscritos están corrompidos, pero su estructura se remonta al panfleto original y merece ser tomado en serio. Proporciona lo que los contemporáneos, como el texto admite, tuvieron miedo de publicar: una lista completa de los veinte invitados a la cena de Medio y una explicación del motivo de su presencia allí.

Los veinte nombres están seleccionados de un modo convincente: entre ellos se encuentran los de Ptolomeo, Pérdicas, el secretario real Eumenes y el médico Filipo, el ingeniero griego Filipo, el almirante Nearco y el persófilo Peucestas. Los veinte son conocidos con independencia de que hubieran tenido motivos para estar en Babilonia, y la mayoría de ellos pudo haber estado presente en la cena de Medio. Se dijo que más o menos catorce de esos nombres tenían un motivo más que poderoso para asistir a la cena. Esa noche había un taimado complot para envenenar al rey, y esos catorce invitados lo conocían y lo aprobaban.

Al parecer, el complot había sido planeado en Europa unos meses antes y tenía

como eje la familia de Antípatro. Como subraya el panfleto, los motivos de Antípatro no son difíciles de imaginar: el abuso ilimitado de la reina reinante, Olimpia; el lento pero amenazador acercamiento de Crátero y los veteranos; las órdenes que lo instaban a acudir a Asia y la ejecución de viejos amigos, como Parmenión, o de parientes, como Alejandro el lincesta. Cualquiera de estos motivos era causa de resentimiento y pudo haberlo impulsado a defenderse. Dos de sus hijos ya estaban en Babilonia, y hacía poco que había enviado a Casandro, el tercero y el que tenía más carácter, para que se encontrase con ellos. Iba provisto, según dice el panfleto, de un pequeño cofre de hierro que contenía veneno y que estaba revestido con la pezuña de una mula, el único material lo bastante resistente para contenerlo. Posteriormente fueron muchos los que pensaron que este veneno era agua helada de la mortífera laguna Estigia, que fluía a través de las montañas de Arcadia antes de desembocar en el más allá; pero Arcadia quedaba lejos de Antípatro, y las actuales cataratas del Mavroneri, emplazamiento de la antigua Estigia, defraudan la creencia de los antiguos en el poder de sus aguas infernales.

La llegada de Casandro a Babilonia en los últimos meses de la vida de Alejandro es un hecho histórico: es cierto, además, que siete años más tarde iba a mostrarse como un oponente implacable a la memoria del rey y que incluso asesinaría a Olimpia, mientras que las habladurías sostenían que no podía mirar la estatua de Alejandro sin inquietarse y desmayarse. Una vez allí, continúa el panfleto, Casandro le pasaría el veneno a su hermano Yolao y prepararía su huida, pues Yolao era mayordomo del rey y podía mezclar el veneno con el vino real sin ser descubierto: todo lo que necesitaba era la ocasión adecuada, y ninguna resultaba más propicia que el banquete de Medio, pues Medio, decía el panfleto, estaba enamorado de Yolao. Si la fiesta era en honor de la muerte de Heracles, no habría que temer que Alejandro cambiase sus hábitos en relación con la bebida. Tradicionalmente se hacía circular «una copa de Heracles», y Alejandro, émulo y descendiente de Heracles, sería seguramente el primero en beber de ella. La entrada en escena del veneno parecía asegurada.

El panfleto menciona más cómplices además de Medio y el mayordomo. De los veinte invitados, se decía que seis eran inocentes: Ptolomeo, Pérdicas, Éumenes y otros tres. Los otros catorce, entre ellos Nearco y el médico Filipo, estarían conversando oportunamente mientras Alejandro bebía el vino adulterado. Todos ellos habían jurado mantener el secreto y esperaban obtener un provecho personal de un cambio de rey.

La noche del banquete, decía el panfleto, todo sucedió según lo planeado. Alejandro bebió de su copa y «de repente, aulló de dolor como si le hubieran atravesado el hígado con una flecha». Al cabo de unos minutos, ya no pudo soportarlo. Les dijo a sus invitados que continuaran bebiendo y se fue a su

dormitorio: era ya un hombre sentenciado. Entre todos estos sensacionales detalles, sólo un hecho es seguro: quienes estuvieron presentes en el banquete no querían que sus nombres se hiciesen públicos. Puede que fueran culpables; puede que sólo temieran las inevitables calumnias. Sólo lo que vino después puede ayudar a averiguarlo.

Si, en efecto, Alejandro fue envenenado, la dosis debería haber sido lo bastante grande como para matarlo sin correr el riesgo de quedarse cortos. No tenía ningún sentido darle la mitad de la dosis, o una cantidad dudosa de veneno; incluso sin el cianuro, el mundo antiguo poseía los suficientes conocimientos de herboristería como para producir un veneno infalible. La estricnina, por ejemplo, se extraía desde hacía mucho tiempo de la nuez vómica, conocida por la escuela de Aristóteles, y ciertamente habría matado a un joven macedonio. Pero sus efectos son más o menos instantáneos, y aquí la secuencia cronológica de la muerte de Alejandro adquiere una gran importancia: por suerte, la fecha, que apareció publicada, es el único hecho bien atestiguado en todo este asunto. A partir de un calendario babilonio contemporáneo, se sabe que Alejandro murió el día 10 de junio, mientras que el banquete de Medio, de acuerdo con la única fecha precisa, tuvo lugar el día 29 de mayo: por tanto, se registró que el rey había estado enfermo durante más de diez días y, sea lo que sea lo que lo mató, no pudo ser estricnina ni ningún otro veneno instantáneo. Hay otras posibilidades, más remotas, y hay confusiones en la medicina antigua que pueden ser relevantes, pero, a falta de un veneno concreto, el documento alternativo merece ser considerado. Se trata nada menos que de las *Efemérides reales*, los Diarios Reales de Alejandro.

En torno a estos Diarios, que en la Antigüedad se creía que habían sido publicados por Éumenes, el secretario real, y por un tal Diódoto, planea un misterio insoluble. De un modo bastante brusco, en referencia a los últimos días del reinado, los Diarios son citados por fuentes secundarias posteriores como una crónica de los asuntos que ocupaban a Alejandro día a día; para frustración de los historiadores, que sólo disponen de tres largas citas, los Diarios muestran a Alejandro cazando pájaros y zorros, celebrando banquetes o jugando a los dados, y todas estas actividades parecen concentrarse en su último mes en Babilonia. Quizás era así como se desarrollaba toda la obra, pero quienes pudieron leer los Diarios en su totalidad observaron que constantemente se referían a las recurrentes juergas de Alejandro, incluso al hecho de que se pasaba todo el día durmiendo para recuperarse de sus orgías nocturnas. Esta franqueza resulta muy sorprendente. Los hábitos de bebedor de Alejandro se convirtieron rápidamente en un tema delicado, en parte a causa de las habladurías, en parte porque el asesino de Clito no siempre había suscrito la sobriedad; unos veinticinco años más tarde, Aristóbulo alegaría, contradiciendo los hechos, que «Alejandro sólo se demoraba mucho frente a una copa de vino por el gusto de

conversar», como si fuera un robusto hombre del campo. Y, sin embargo, ahí estaba supuestamente Éumenes, el antiguo secretario, publicando un diario detallado de las continuas francachelas del rey; los tres breves extractos de que disponemos describen cinco orgías en el último mes, tras cada una de las cuales Alejandro necesitó treinta y seis horas de sueño antes de poder empezar de nuevo a cazar, beber y jugar a los dados. El propósito de esta extraña publicación sólo puede deducirse de sus contenidos.

El tema es recurrente hasta el punto de resultar tedioso. Se decía que el mes en que se produjo la muerte del rey había empezado con una sucesión de fiestas, una con Éumenes, otra con Pérdicas, otra en la «casa de Bagoas», no el eunuco sino el antiguo visir, cuya residencia campestre, cerca de Babilonia, era famosa por sus raras palmeras datileras y se había convenido que fuera propiedad del rey. Habían pasado ocho años desde que Alejandro se la regaló a Parmenión como recompensa. En cada ocasión, Alejandro se había pasado después todo el día durmiendo, recobrando fuerzas. El 29 de mayo, después de esta sarta de orgías nocturnas, Alejandro cenó muy tarde con sus amigos, bebió todavía hasta más tarde con Medio, dejó la habitación sintiéndose bien, se bañó, durmió y, al día siguiente, volvió a «beber otra vez hasta bien entrada la noche». Esta vez se fue para darse un baño, comió un poco, pero se quedó dormido en la bañera «porque ya estaba empezando a tener fiebre». La fiesta de Medio, lejos de demostrarse fatal, fue repetida al día siguiente, y sólo entonces Alejandro se puso enfermo, no tras ingerir una copa de veneno, sino tras bañarse, dormir y tener fiebre.

Es muy difícil no percibir una parcialidad deliberada en el tono de un diario de este tipo. Alejandro, parece subrayar, no hizo nada fuera de lo habitual al beber copiosamente en el banquete de Medio, pues había estado bebiendo mucho durante los meses anteriores. Además, no lo mató la bebida, sino una enfermedad imprevista. Los relatos de los posteriores días guardan asimismo silencio acerca del veneno. Al día siguiente, Alejandro fue sacado en litera para realizar sacrificios a sus dioses habituales, entre ellos sin duda Amón, y después se quedó en su dormitorio dando detalladas instrucciones a sus oficiales acerca de la expedición a Arabia, que todavía pretendía iniciar al cabo de cuatro días. Después fue llevado en barca a los jardines que había al otro lado del Éufrates, probablemente al palacio de verano de Nabucodonosor, en el barrio más septentrional y fresco de la ciudad; allí continuó realizando sacrificios, se bañó, habló con los oficiales y jugó a los dados con Medio, aunque tuvo fiebre durante toda la noche. Sin embargo, al día siguiente su estado empeoró y ni siquiera pudo llevar a cabo el sacrificio. El hecho de desplazarse al «palacio cerca del estanque» no hizo que mejorara, si bien, para los siguientes dos días, los Diarios todavía insisten en que continuó dando instrucciones a los oficiales acerca del viaje. Al final incluso a los oficiales se les ordenó que esperasen fuera, en

el patio, y, el 7 de junio, el rey, que de hecho estaba muy enfermo, fue llevado de vuelta en barca al palacio principal, donde había empezado a tener fiebre. Cuando sus oficiales fueron a verle, Alejandro ya no podía hablar; el 8 y el 9 de junio no hubo novedad, y la noche del 9 sucedió el único incidente en el que tanto los Diarios como el panfleto coinciden: los soldados de caballería se amotinaron.

Durante los últimos diez días sólo habían visto la barcaza real flotando arriba y abajo por el Éufrates. Los oficiales les habían dicho que Alejandro estaba enfermo pero vivo, y puesto que los días pasaban sin que aquél se mostrase, los soldados estuvieron cada vez más inclinados a no creerlos. Pensaban que los Escoltas los habían engañado, por lo que se reunieron fuera de las puertas del palacio y empezaron a intimidar a los oficiales que estaban de guardia. Hacía dos días que estos oficiales de segundo rango habían visto a Alejandro por última vez, y entonces sólo habían visto a un inválido que había perdido el habla; ellos también podían sospechar una conspiración de silencio por parte de sus superiores y, por tanto, dejaron entrar a los soldados. «Uno a uno desfilaron ante la cama de Alejandro, vestidos con sus túnicas militares; el rey ya no podía hablar, pero les hizo una señal a cada uno de ellos, levantando la cabeza con gran dificultad y haciéndoles gestos con los ojos». Sin hacer ruido, los soldados salieron por la otra puerta. Al día siguiente, al anochecer, dicen los Diarios, se anunció que Alejandro había muerto.

Salvo por el desfile de los hombres, que difícilmente puede negarse, las Diarios Reales no tienen ningún parecido con el panfleto en la descripción que proporcionan de los días que siguieron al banquete de Medio. En el panfleto, no hay conversaciones con los oficiales, no hay juegos de dados con Medio y no hay navegaciones arriba y abajo por el Éufrates; en su lugar, hay escenas con Roxana y Pérdicas. Después del envenenamiento, dice el panfleto, Alejandro se sintió desasosegado e incapaz de soportar a sus amigos y doctores: quería vomitar, e inocentemente le pidió al culpable Yolao que le hiciese cosquillas en la garganta con una pluma, que Yolao, como verdadero hijo de Antípatro, ya había untado con más veneno. Después Alejandro hizo que sus amigos se fueran, a excepción de Pérdicas, al que designó como Sucesor; pasó una tarde agitada y, al caer la noche, salió, realizando un último y memorable esfuerzo.

En el palacio había una puerta que conducía al río Éufrates; Alejandro había ordenado que se abriera y que se dejara sin su guardia habitual. Cuando todos sus amigos se hubieron marchado y llegó la medianoche, Alejandro se levantó de la cama, apagó la vela y se arrastró a gatas hasta la puerta, pues estaba demasiado débil para caminar. Jadeando, se dirigió hacia el río, pues quería arrojarse a él y desaparecer en la corriente. Pero cuando estaba cerca, miró a su alrededor y vio a su esposa Roxana que corría hacia él.

Roxana había visto que la habitación estaba vacía y supuso que su marido se

había ido para ofrecer una despedida digna de su coraje; siguiendo el sonido de sus gemidos, le siguió la pista hasta la orilla del río, donde lo abrazó y le suplicó, entre lágrimas, que desistiera. Lamentándose de que Roxana hubiera empañado su gloria, Alejandro permitió que su esposa lo llevara de vuelta a la cama.

Tanto si esta historia es cierta como si no, era pertinente y ejerció su influencia. Como observaba el panfleto, se creía que Alejandro era un dios, y los dioses no se hacen honor a sí mismos si mueren en público; en Roma, cuando murió Julio César, su cuerpo se dejó para que fuera examinado, pero, en relación con las afirmaciones sobre su divinidad, resultó decisivo el hecho de que un cometa apareciera de pronto en el cielo y permitiera que los hombres concentraran la creencia en la inmortalidad de su alma en esta súbita nueva morada. Al igual que Julio César fue al cielo, Alejandro quería ir al agua; posteriormente se pensó que otras divinidades habían hecho lo mismo, y fue tal el impacto de la «partida» de Alejandro que, seiscientos años más tarde, los obispos cristianos todavía se ponían nerviosos cuando se sugería que el emperador Juliano el Apóstata en realidad no había muerto, sino que había desaparecido, como Alejandro, en las aguas del Tigris, por lo que un día podría reanudar el trabajo de persecución que había llevado a cabo en vida.

De vuelta a la cama, decía el panfleto, Alejandro escribió su testamento y sobrevivió durante otros nueve días con la ayuda de los fármacos y cataplasmas de Roxana; finalmente, tras haberse despedido de sus soldados entre abundantes lágrimas, en sus horas finales le entregó su anillo a Pérdicas y murió al recibir una tercera dosis de veneno: «Mientras agonizaba, puso la mano de Roxana sobre la de Pérdicas y se la encomendó haciendo un gesto con la cabeza: después, cuando sus fuerzas se apagaron, Roxana le cerró los ojos y lo besó en los labios para atrapar el alma que lo abandonaba». Así, de un modo apropiado para un héroe homérico, el alma de Alejandro dejó su cuerpo «y el rey abandonó la vida para irse con los dioses».

Sin embargo, tanto el panfleto como los Diarios Reales discrepan de forma llamativa sobre la causa y el desarrollo de la enfermedad de Alejandro. Allí donde discrepan, el autorizado nombre de Éumenes y los coherentes detalles de los Diarios han dado a menudo la impresión de tener más peso, y por eso, por lo general, la historia de los últimos días de Alejandro se escribe únicamente a partir de los Diarios. Y, sin embargo, ni los Diarios, ni Éumenes ni su ayudante Diódoto son del todo creíbles. Ciertamente, los Diarios pudieron alterarse desde la época de Éumenes; según se cuenta en ellos, la noche de la muerte de Alejandro un grupo de amigos suyos consultaron al dios Serapis en su templo babilonio para preguntarle cuál era el tratamiento más prudente. No es probable que Serapis existiera en esa época, ya que por lo visto fue creado por Ptolomeo como un dios grecorromano unos veinticinco años más tarde. Si Serapis se entrometió en los Diarios, tal vez también lo hicieron

muchos otros.

No resulta convincente desechar todos los Diarios como una falsificación posterior hecha por alguno de los diversos escritores desconocidos que dieron a sus obras un título similar. Los detalles que aparecen son demasiado verosímiles, incluso en lo concerniente a la geografía de Babilonia, que no se contradice con el probable trazado de las calles de la ciudad en el año de la muerte de Alejandro. La falsedad, más bien, reside en el tono. Si los Diarios fueron publicados por Éumenes, el antiguo secretario real, debieron de estar apoyados por Pérdicas, que se convirtió en su señor después de la muerte de Alejandro; ambos respetaban la memoria de Alejandro en cuanto herederos de su Imperio y nunca habrían publicado una crónica tan comprometedora respecto a ese mes final de orgías a menos que hubiera habido alguna razón para ello. Los Diarios parecen gratuitos, excepto como respuesta a las habladurías de que los oficiales envenenaron a Alejandro; incluso en este punto son curiosamente irrelevantes. Después de haberse demorado hablando sobre un mes en el que Alejandro había estado bebiendo de forma copiosa, los Diarios insisten en que sólo murió de fiebre; unos hombres preocupados por preservar el nombre de Alejandro y refutar el cargo de envenenamiento sólo tendrían que haber descrito el desarrollo de su grave enfermedad, quizá con un parte diario ofrecido por los médicos reales. La afición a la bebida podía explicarse como una consecuencia de la sed de un hombre enfermo, exactamente la línea que siguió cuarenta años más tarde el ex oficial Aristóbulo defendiendo la sobriedad de su señor. El mes de orgías de los Diarios no se ajusta ni a la actitud de Éumenes hacia Alejandro ni a una argumentación en contra de un supuesto envenenamiento.

Sin embargo, seguimos teniendo a ese misterioso co-autor, Diódoto. Al parecer, había venido de Eritrea, una ciudad griega de Asia Menor; sólo se conoce a un Diódoto en las vidas de Filipo y Alejandro, y resulta sorprendentemente apropiado. Diódoto, un griego capacitado y cultivado, había servido a las dinastías griegas en Asia Menor, desde donde fue recomendado a Antípatro como asesor; el contacto asiático más cercano para los macedonios era el gobernador de Eritrea, por lo que es muy posible que este Diódoto llegara primero a sus oídos a través del tirano de su región. Resulta muy atrayente conjeturar que se convirtió en un ayudante del alto mando, un Éumenes para el sustituto Antípatro. De ser así, su autoría de los Diarios se aclara. Fueron publicados como si se hubieran encargado de ello los dos secretarios griegos de Pérdicas y Antípatro, y debían de pertenecer al período comprendido entre los dos años siguientes a la muerte de Alejandro. Después de esto, Éumenes estaba ocupado fuera de la corte y Antípatro y Pérdicas luchaban el uno contra el otro. Los Diarios, por tanto, debieron de ser una obra muy temprana. Hay indicios, aunque no pruebas, de que los rumores del envenenamiento llegaron muy rápidamente a Grecia, y puede que los Diarios fueran una refutación inmediata.

No obstante, pueden aducirse importantes objeciones a esto. El tono y los contenidos de los Diarios no son los de la autodefensa de un oficial; está también la parcialidad del panfleto. Obviamente, el panfleto fue concebido por los seguidores de Pérdicas después de que éste se volviera contra Antípatro; pone el énfasis en Pérdicas como heredero de Alejandro, señalándolo incluso como el marido elegido para Roxana, y denuncia que fue la familia de Antípatro quien envenenó a Alejandro. Por tanto, Pérdicas no podía haber publicado recientemente, a través de su secretario, unos Diarios que desmentían de forma rotunda las calumnias subsiguientes contenidas en el panfleto de sus oficiales; el uno habría hecho al otro demasiado poco convincente para que fuera digno de crédito. Al parecer, los Diarios no aparecieron en vida de Pérdicas, una probabilidad que se ve apoyada por el escrito de un historiador alrededor de 312 y que proporciona los informes alternativos que éste había leído sobre la muerte de Alejandro. Se refiere, sin creérsela, a la historia de Antípatro y el veneno, que habría leído en el panfleto de Pérdicas, pero no muestra ningún conocimiento, hasta donde su historia puede rastrearse, de ninguno de los detalles de los Diarios. Si éstos ya se hubiesen publicado, habría sido difícil ignorar su enorme peso entre los relatos alternativos.

Los Diarios sólo eran necesarios para refutar los rumores de envenenamiento, por lo que debían de estar vinculados a un hombre al que se supiera que estos rumores habían afectado. Si no pertenecen a Antípatro, calumniado por Pérdicas, pueden concernir a su hijo Casandro, que fue violentamente acusado de asesinato por Olimpia a los siete años de morir Alejandro; otros nueve años después de esto, destacados miembros de la escuela de Aristóteles, también vinculados a Casandro, fueron inculpados de haber envenenado a Alejandro por su veterano oficial, Antígono el Tuerto, en aquel entonces gobernador de Asia. Las dos líneas convergen en Casandro, el candidato favorito para envenenador de Alejandro. Tal vez hizo circular primero los Diarios a modo de respuesta; podía afirmar que los había encontrado entre los papeles de Diódoto, en especial si Diódoto había sido ayudante de su padre. Casandro era el único de los sucesores que luchaba contra el recuerdo de Alejandro y que necesitaba refutar el cargo de asesinato; se habría alegrado de presentar el último mes de Alejandro como una interminable orgía, sosteniendo a la vez que había muerto de fiebre y no por algo que hubiese bebido. Sus amigos del círculo de Aristóteles tenían un interés similar. A muchos de ellos no les gustaba Alejandro, sobre todo porque había asesinado a su compañero, el filósofo Calístenes, y aunque la calumniosa respuesta de Antígono, según la cual Aristóteles había envenenado a su regio discípulo, no era cierta, su recuerdo perduró durante quinientos años y fue sostenido contra la escuela aristotélica por el emperador romano Caracalla. También los filósofos estaban interesados en ofrecer un relato alternativo.

Entre este grupo de aristotélicos, el más interesante es Demetrio, el colega de

Casandro, que huyó de Atenas debido a la calumnia lanzada por Antígono de que Aristóteles había preparado el veneno fatídico. Demetrio fue un autor prolífico; huyó a Egipto y escribió el primer libro sobre el nuevo dios Serapis, detallando las muchas curaciones que el dios había propiciado a través de los sueños. La mención de Serapis en los Diarios siempre ha parecido una torpe intrusión; un hombre como Demetrio, al que los detalles de los últimos días de Alejandro afectaban sobremanera, pudo haber insertado el nombre del nuevo dios de la salud, al que patrocinaba de un modo tan ferviente, en el lugar de una desconocida deidad babilonia. Además, tres de los cuatro oficiales que, según se dice, consultaron a Serapis sobre cuál había de ser el mejor tratamiento para Alejandro son conocidas víctimas o enemigos de Antípatro, que difundió la calumnia del envenenamiento contra Demetrio y su maestro Aristóteles; también Casandro se había unido a una alianza contra Antígono para defenderse o vengarse del maltrato de esos oficiales de alto rango. Otros detalles, como la «casa de Bagoas», por ejemplo, eran conocidos, al margen de los aristotélicos, en el círculo de Casandro. Para acabar con las calumnias lanzadas contra ellos mismos y contra Casandro, es muy posible que publicaran o elaboraran los Diarios en nombre de los secretarios de los regentes. El tono de los Diarios, su fecha y contenidos se ajustarían claramente a su propósito.

Si el panfleto empezó como propaganda a favor de Pérdicas y si los Diarios fueron confeccionados por Casandro y su círculo, entonces las diversas causas de la muerte de Alejandro sólo pueden juzgarse en base a sus propios pros y contras, no en base a las autoridades. La bebida puede descartarse como causa principal, precisamente como Aristóbulo, el ex oficial de Alejandro, sabía que debía hacerse; los Diarios son la única pista de que Alejandro bebía más de la cuenta antes de su muerte, y es probable que fueran escritos por unos hombres que lo odiaban. Posiblemente sea irrelevante que uno de los médicos personales de Alejandro escribiera como un experto en alcoholismo, aunque es interesante el hecho de que recomendara contra el veneno la inútil prescripción de una dieta regular de rábanos. La fiebre parece una causa mucho más verosímil que la bebida. Alejandro había estado navegando por los canales de Babilonia, donde la malaria había sido endémica durante mucho tiempo, y, aunque su repentino declive tras una semana de enfermedad no es un patrón común de la malaria, las consecuencias de su herida en el pecho pudieron ser más graves de lo que se creía. Estaba, dijo Efipo, «melancólico»; es una teoría atrayente, pero errónea, que la enfermedad de la melancolía de los antiguos sea idéntica a la malaria, cuyos síntomas son a menudo los mismos; por otro lado, Efipo quería dar a entender con esa palabra que estaba «irascible». Esto, más bien, hace pensar en el envenenamiento de un rey que era «insoportable y de instintos asesinos».

Sin embargo, no hay pruebas de que los oficiales conspiraran entre ellos o con

Antípatro antes de la muerte de Alejandro. Ciertamente, la calurosa y exigente marcha a Arabia estaba sólo a una semana vista; el panfleto también se refiere, de un modo que resulta sugestivo, a los nombres de los invitados en la fiesta de Medio, «que Onesícrito, el timonel real, se negó a citar por miedo a su venganza». Onesícrito publicó su libro a los dos años del suceso, pero las palabras del panfleto no implican que mencionara abiertamente el veneno. Puede que empezara por la extraña historia, repetida posteriormente por los autores que se sirvieron de su relato, de que Alejandro bebió de la copa de Heracles, que gritó como si lo hubiese atravesado una flecha y después se desmayó. Otros creyeron esta historia sin aceptar por ello el rumor de envenenamiento; así pues, también pudo haberlo creído Onesícrito, pero es posible que no osara mencionar el veneno como tampoco a los invitados, y que, por tanto, sólo se atreviera a registrar que en la fiesta había sucedido algo dramático. Era un oficial y un contemporáneo, pero es un testigo muy poco fiable; es el único que sustenta la posibilidad del veneno y naturalmente con su palabra no basta.

Conspiradores aparte, el veneno en sí mismo resulta técnicamente inverosímil. En una época que carecía de un concepto claro de la enfermedad o de los peligros de la comida o el agua en malas condiciones, era comprensible que a menudo se culpara de las enfermedades repentinas a la lenta acción de un veneno, una causa que sólo se identificaba después de que una cadena de misteriosos efectos desembocaba en el fatal desenlace. Sin embargo, a menos que los venenos lentos sean sofisticados, no puede garantizarse que sean letales: un ácido, por ejemplo, habría hecho que Alejandro «aullara como si lo hubiera atravesado una flecha» y después habría actuado lentamente en su interior hasta que finalmente habría hecho mella en su estómago o quemado sus cuerdas vocales impidiéndole hablar, pero es muy dudoso que la medicina antigua estuviera familiarizada con un ácido de estas características. Los venenos de los herbolarios eran rápidos e irremediables, tanto si se trataba de la cicuta, el eléboro o la belladona, y, excepto como explicación de una misteriosa enfermedad, un veneno lento no era algo que resultase necesario en la trastienda de ponzoñas de la antigua Grecia. Si Alejandro hubiese sido envenenado, probablemente le habrían suministrado una dosis masiva que garantizara su muerte repentina. Y, sin embargo, tanto los Diarios como los panfletos y los calendarios oficiales insisten en que transcurrieron doce días entre el fatídico banquete de Medio y la muerte del rey.

Es difícil pasar por alto este dato. La detallada narración de los Diarios sólo es lo suficientemente explícita en el hecho de que, durante los últimos cinco días de su vida, Alejandro dio pruebas indudables de estar vivo; ahora bien, el 9 de junio los soldados desfilaron ante su cama y supuestamente vieron cómo movía levemente la cabeza y los ojos mientras el rey «les hacía una señal», dicho esto con una palabra griega que, por lo general, significa un gesto de la mano derecha. Alejandro no dijo nada; yacía en cama sin moverse; pero esta señal implica que todavía estaba vivo y

que no se le había dado ningún veneno con tanta antelación como el 29 de mayo. Ha habido demasiadas acusaciones de envenenamiento en la historia antes del siglo XIX como para que la de Alejandro sobreviva a esta funesta contradicción.

Quienes están habituados a la muerte de los hombres poderosos no se sorprenderán de que la de Alejandro sea un misterio difícil de resolver más allá de la controversia. En este aspecto, la historia se ha repetido a menudo, pero, atendiendo al modo y las circunstancias, es más útil decir: Alejandro murió, un hombre «del que, por lo general, se admitía que era de una naturaleza superior a la que se atribuye a los mortales»; nadie volvería a llevar su atuendo divino en su totalidad, y los testigos, aunque se ahorraron una marcha a Arabia, se quedaron asustados y desconcertados en una tierra que se encontraba muy lejos de casa. Fuera del dormitorio real, nadie estaba seguro de lo que había sucedido; cuando se anunció el desenlace, el día 10 de junio, una oscuridad que no presagiaba nada bueno se cernió sobre las almenas y las calles principales de Babilonia. Los hombres se perdieron por la ciudad, sin atreverse a encender ni una luz; no era que su dios invencible hubiese muerto, sino que, así lo dijeron, «partió de la vida entre los hombres», y él mismo, una divinidad semejante al sol, los dejó sin luz mientras su alma ascendía a su morada entre las estrellas. El alma de Alejandro era inmortal, pero su cuerpo permaneció expuesto en las desoladas salas del palacio de Nabucodonosor; y mientras los soldados se inquietaban por su futuro, los oficiales ya estaban murmurando las últimas divinas palabras de su rey. «Cuando le preguntaron a quién le había dejado el reino, él contestó: “Al más fuerte”. Añadió que preveía que sus destacados amigos organizarían un gran competición fúnebre en su honor». Tanto si murió a causa de la fiebre como del veneno, Alejandro expiró sin ser capaz de hablar, por lo que todas estas observaciones sólo pueden ser consideradas leyendas. Sin embargo, Alejandro estaba mirando, creían sus hombres, desde los cielos, y, al cabo de una semana, la segunda de las dos frases que supuestamente había dicho empezó a revelarse más cierta que la primera. La competición fúnebre había empezado, pero habrían de pasar muchos años antes de que pudiera verse al más fuerte hacer su aparición.

33. EL HELENISMO EN ORIENTE

Los hombres creyeron que Alejandro había subido al cielo, pero durante los doce años siguientes debió de parecer asimismo que todos los que lo habían ayudado estaban malditos. La situación en Babilonia era la prueba del precio que un rey debía pagar por asesinar a todos sus rivales al ser entronizado, una política que fortaleció el trono por un corto período de tiempo y que después lo dejó en manos de los barones. Ninguna de las hermanas de Alejandro se había casado mientras él reinaba, quizá deliberadamente, quizá debido a que no había maridos adecuados en Asia. Cuando Alejandro murió, Roxana estaba embarazada, pero su hijo no nacería como mínimo hasta al cabo de seis semanas, y, además, podía darse el caso de que fuera una niña. Alejandro también había dejado un hijo bastardo, Heracles, fruto de su relación con Barsine, la primera amante persa, pero el niño, que tenía tres años, había sido ignorado y ningún macedonio lo tomaba en serio. Oficiales tan destacados como Pérdicas, Leónato o el anciano Poliperconte reivindicaban la realeza de la sangre que les corría por las venas aludiendo a sus propias dinastías locales de las tierras altas de Macedonia; sus reivindicaciones habrían tenido pocas posibilidades de éxito de no haber sido porque Arrideo, el hijo bastardo de Filipo y el único adulto vivo que había en la familia real de Alejandro, era un deficiente mental. Había que elegir, y puesto que Alejandro le había legado el anillo a Pérdicas, su visir, suya fue la primera decisión; despreciando al idiota macedonio, Pérdicas incitó a los Escoltas y a la caballería a favor del niño que Roxana esperaba. Sin embargo, los Compañeros de a Pie fueron alentados por Meleagro, su general de brigada, para que reivindicasen a Arrideo, una cara que conocían y que, con todos sus defectos, no tenía sangre oriental. El odio de los hombres corrientes por la política oriental de Alejandro no había desaparecido con su muerte. También Meleagro se había quejado en una ocasión de los honores indebidamente tributados a los indios conquistados.

El resultado fue una pelea que sorprendió incluso a los oficiales. Pérdicas y Ptolomeo huyeron con sus amigos a la sala donde yacía Alejandro, pero se encontraron con que la puerta había sido abatida por la infantería de Meleagro, que empezó a acribillarlos con lanzas; fueron detenidos a tiempo, y Pérdicas se retiró con su caballería a los campos que había fuera de Babilonia, donde inició una insidiosa venganza. Impidió que los alimentos entraran en la ciudad hasta que el hambre obligó a Meleagro y a la infantería a llegar a un acuerdo: si Roxana daba a luz un varón, Arrideo debería compartir el reino, y el recién nacido y Arrideo estarían bajo la custodia conjunta de Pérdicas y Meleagro. De acuerdo con la costumbre, el ejército

fue purificado de la mácula de la muerte de Alejandro marchando entre las dos mitades de un perro destripado; sin embargo, cuando todos hubieron bajado la guardia, Pérdicas se apoderó de treinta hombres que pertenecían a la facción de Meleagro y los arrojó a los elefantes para que éstos los ejecutaran. Meleagro se quitó la vida al ver que su causa era desesperada. De un modo clarísimo, el orden se había venido abajo pese a que Alejandro sólo llevaba muerto una semana. Efectivamente, ésta fue la «era de la paradoja», pues con las noticias de su muerte los griegos, instigados por Atenas y su general Leóstenes, se alzaron en rebelión, mientras que los persas se afeitaron la cabeza y lamentaron el fallecimiento de un rey justo; Sisigambis, madre de Darío, ayunó hasta la muerte, que le sobrevino al cabo de sólo cinco días, llorando la pérdida del hombre cuya caballerosidad había admirado ya desde su captura en Isos. Fue el gesto más revelador de la actitud cortés de Alejandro para con las mujeres, y, con el campamento sumido en el caos, no se puede reprochar a Sisigambis su lúgubre visión del futuro.

En un año, los conflictos de los nobles macedonios estallaron en Asia y el Mediterráneo. Para muchos, el Imperio era una unidad y debía permanecer así; para unos pocos, había reinos que forjar, ya fuera en Egipto, donde Ptolomeo se apoderó primero de una satrapía y la hizo independiente, o en Macedonia, donde la muerte de Antípatro hizo nacer las esperanzas de un reino separado. Durante los veinte años siguientes, el separatismo creció y se impuso sobre la unidad, hasta que el mundo se dividió en cuatro: Ptolomeo se quedó con Egipto; Seleuco, en otro tiempo líder de los Portadores de Escudo de Alejandro, con Asia; Lisímaco, un antiguo Escolta, con Tracia, y, con Macedonia, cualquier rey que pudiera alzarse y mantener el apoyo inicialmente recibido. Fueron años de guerra y asesinatos a gran escala, que arrastraron a la gente con ellos; seis años después de la muerte de Alejandro, un ejército de las satrapías superiores se encontró con un ejército del Asia occidental en las agrestes montañas del interior de Media, quizá cerca de la actual Kangavar, y, a media mañana, iniciaron una feroz batalla. Los dos bandos habían sufrido la derrota de una de sus alas, la noche estaba cayendo y los ejércitos se habían alejado unos cinco kilómetros del campo de batalla. Se reunieron y, de mutuo acuerdo, formaron de nuevo a sus líneas, elefantes incluidos, para continuar luchando a la luz de la luna. Sólo a medianoche se detuvieron para enterrar a los muertos; en cada bando, desde el principio hasta el final de la batalla hubo unidades macedonias acuchillándose unas a otras.

La racha de desastres empezó también entre los íntimos de Alejandro. En Babilonia, Roxana envió a buscar a la segunda esposa de Alejandro, la hija de Darío, que ahora se llamaba Estatira, y la envenenó con la aprobación de Pérdicas. El niño de Roxana había resultado ser un varón, Alejandro IV, que quedó bajo la custodia de Pérdicas; al cabo de tres años, Pérdicas fue acuchillado por sus guardias después de

que les pidiera que se enfrentaran a los cocodrilos y los arenales para cruzar el Nilo. Crátero, que era amado por los soldados como un verdadero macedonio, murió aplastado en el mismo mes, después de que su caballo tropezase durante una batalla; sus soldados fueron conquistados por el secretario Éumenes, que en el transcurso de la victoria acuchilló a un comandante de los Portadores de Escudo. Ptolomeo ya había asesinado al nomarca Cleómenes y se había apoderado de Egipto. A este asesinato siguieron otros: los de los parientes de Pérdicas, los de varios reyes de Chipre y el de Laomedonte, sátrapa de Siria, uno de los más viejos amigos de Alejandro. Anaxarco el Satisfecho se negó a adular a un rey chipriota; su terquedad le costó la vida, y su lengua fue triturada en un almirez con una mano de mortero; Peucestas fue destituido de Persia, lo que hizo que los persas, que lo apreciaban, se enfurecieran; Poro fue asesinado por un tracio que codiciaba sus elefantes; los Portadores de Escudo veteranos, con más de sesenta años a sus espaldas, regresaron a los campos de batalla de Asia y lucharon con una ferocidad que resultó decisiva hasta que uno de sus generales fue arrojado a una fosa y quemado vivo. El resto de la unidad fue relegado a la satrapía de Kandahar, a cuyo sátrapa se le ordenó que formara grupos de dos o tres hombres y que los utilizara en misiones particularmente peligrosas para asegurarse de que nunca se unieran y regresaran. Mientras tanto, Tais vio cómo su hijo prosperaba al tiempo que Ptolomeo tomaba esposa por razones políticas; el filósofo Pirrón, que había acompañado a Alejandro, regresó a Grecia y fundó la escuela de los escépticos, que profesaban no saber nada con certeza. Nadie volvió a hablar de Bagoas.

En Grecia, la situación no era mucho más prometedora. Leóstenes de Atenas murió en una batalla y su rebelión se vino abajo; Demóstenes, en el exilio, ingirió veneno; Aristóteles fue expulsado de Atenas a causa de su pasado macedonio y terminó sus días en la casa de su madre, en la isla de Eubea, afirmando que, en su soledad, la afición que sentía por los mitos había aumentado; cuando Antípatro murió de viejo, Olimpia no tardó en enfrentarse a su hijo Casandro. Con la ayuda de sus tracios, Olimpia asesinó al rey Arrideo y a un centenar de amigos y familiares de Casandro; a Eurídice, sobrina nieta de Filipo, le envió cicuta, una soga y una espada, y le dijo que eligiera; Eurídice se ahorcó con su cinturón, lo cual llevó a Casandro a tomar represalias. Asedió a Olimpia en la ciudad costera de Pidna, lo que la obligó a tener que alimentar a sus elefantes con serrín; Olimpia se comió a los que murieron, junto con los cadáveres de sus criadas. Nueve meses después se rindió y se encaminó a la muerte con orgullo; Casandro asesinó a su familia y se volvió contra Roxana, que estaba visitando Grecia con su hijo; fueron asesinados por sus esbirros doce meses después de haber sido encarcelados. Casandro, el más despiadado de los hijos de Antípatro, deshonró a un hermano y una hermana que se desvincularon de él; su hermano fundó una comunidad marginal en el monte Atos, y sólo su hermana se

mantuvo firme en estos tiempos salvajes, defendiendo a los inocentes y ayudando a las parejas sin recursos a casarse a sus expensas.

Mientras el mundo se hacía pedazos a causa de las contiendas y la ambición, a Alejandro no se le permitía descansar en paz. En Babilonia, los egipcios lo embalsamaron para la posteridad, y mientras los oficiales se preguntaban quién buscaría su amistad, hicieron correr la voz de que el deseo del moribundo había sido ser enterrado en Siwa, convenientemente lejos de todos sus rivales. Mientras tanto, los últimos planes de Alejandro se confeccionaron a partir de sus papeles oficiales y fueron mostrados a los soldados: la pira de Hefestión tenía que terminarse con independencia de su coste; iba a construirse un millar de barcos de guerra en Oriente, más grandes que los trirremes, para una campaña contra Cartago por todo el norte de África, hacia el estrecho de Gibraltar, y de regreso por la costa de España y, por tanto, hasta Sicilia; se distribuirían carreteras y muelles a lo largo de la costa norte de África; existía un proyecto detallado para construir seis templos, cuyo coste era enorme, que pasarían a ser centros religiosos griegos y macedonios; en Troya se erigiría el templo más grande posible, mientras que Filipo había de tener una tumba igual a la mayor pirámide de Egipto; por último, pero no por ello menos importante, «las ciudades deberían fusionarse, y los esclavos y la mano de obra deberían intercambiarse entre Asia y Europa, y entre Europa y Asia, con el fin de llevar a los dos continentes más grandes a un acuerdo común y a una amistad de carácter familiar por medio de los matrimonios mixtos y los vínculos de familiares y amigos».

Ninguno de estos planes es inverosímil en su espíritu o diseño. De hecho, ya se había ordenado construir un puerto para albergar un millar de barcos en Babilonia, y, después de Arabia, la conquista de Cartago y de Occidente era seguramente un plan razonable, modesto incluso para un hombre joven que tenía el tiempo y el dinero a su favor, así como un récord de victorias que llegaban nada menos que hasta el Punjab. La oposición no era fuerte, y Cartago se encontraba en un momento tan bajo que, a los doce años de la muerte de Alejandro, sería asaltada y ocupada por aventureros sicilianos. Y en cuanto a las construcciones, si Alejandro podía permitirse cualquier cosa que quisiera, entonces seis grandes templos y uno gigantesco en Troya eran ambiciones comprensibles, junto con el hecho de que proporcionarían un trabajo que sería bienvenido por los obreros y ciudadanos de las ciudades elegidas; una pirámide para Filipo no era una idea insensata procediendo de un hijo al que los veteranos habían censurado por preferir a su «padre» Zeus Amón desde la visita a la tierra de los faraones. La fusión de Europa y Asia es el plan que más llama la atención; «la concordia común» era una consigna política de la época y, por tanto, una consigna vacía, pero el plan de los matrimonios mixtos y del traslado forzoso de pueblos se amoldaba al hombre que había ordenado que se sacaran colonos de Oriente para poblar las nuevas ciudades del golfo Pérsico, que había dado su aprobación a las

esposas orientales de sus soldados y que había forzado a los Compañeros a tener esposas iranias. Era un plan memorable, aunque resultaba alarmante; su anuncio, sin embargo, no dejó de levantar sospechas.

Cuando se leyeron los últimos planes a los militares, los oficiales tuvieron motivos para pretender su cancelación. En el oeste, las intenciones de Antípatro no eran seguras, y Crátero ya había llegado a las costas de Asia con las órdenes de Alejandro y los diez mil veteranos que estaba llevando a casa; todavía no había ninguna razón para desconfiar de sus ambiciones, pero Crátero sería quien mantendría el equilibrio entre Asia y Macedonia si sus cortes, tan diferentes, no podían cooperar. Mientras tanto, era un momento de consolidación hasta que naciera el hijo de Roxana y el asunto de la custodia se pusiera en marcha; ahora bien, los rivales podían afirmar que Alejandro había querido que las cosas fuesen de otro modo. Crátero o Antípatro suponían un peligro, pues podían hacer públicos los papeles que Alejandro les había dejado; a sus compañeros oficiales les convenía que dichos documentos se aireasen primero en Babilonia y que se acordara que era imposible poner en práctica sus disposiciones antes de que alguien intentara invocar su autoridad. Los planes fueron leídos por Pérdicas, amigo y patrón de Éumenes, el secretario real; lo que Éumenes pudo haber hecho con los últimos días de los Diarios de Alejandro pudo también haberlo hecho con los planes, exagerando su envergadura para asegurarse de que los soldados rechazarían los excesos. La pira de más de setenta metros de altura para Hefestión, el coste de los templos y el tamaño de la pirámide de Filipo no son extravagancias impensables; tampoco son una prueba de que Alejandro hubiese perdido el sentido de lo posible, pues los faraones habían construido pirámides antes que él y la arquitectura de carácter colosal no era nada nuevo para los reyes que vivían en Babilonia o Susa. Sin embargo, en su contexto político, estos planes quizá obedecen más a la inventiva de Pérdicas que a los deseos de Alejandro; el hombre que los leyó no pretendía que se aprobaran, y los «traslados y matrimonios en masa entre Asia y Europa» eran una poderosa amenaza para los soldados que habían rechazado a un hijo de Roxana como el único heredero iranio. Posiblemente Pérdicas lanzó la sugerencia: «Se dieron cuenta, pese al profundo respeto que en el pasado habían sentido por Alejandro, de que estos planes eran excesivos, y por eso decidieron que ninguno de ellos se llevaría adelante». Aun así, los planes tuvieron que parecer convincentes, tanto a quienes los anunciaron como a los presentes; la conquista de Occidente, los honores rendidos a los dioses griegos, un tributo a Filipo que era quizá demasiado apremiante para ser sincero, y, sobre todo, la temida unión de Asia y Europa y los asentamientos urbanos a una escala mucho mayor de lo que nunca se había hecho antes, todo esto fue lo que los amigos y los soldados creyeron que había preocupado al rey al final de su vida. Sobre el modo en que Alejandro fue visto por sus hombres en los últimos tiempos, no hay ninguna

prueba más segura que el espíritu, si no los detalles, de estos planes finales.

Los hombres que alteraron los planes de Alejandro a su conveniencia podían asimismo intentar sacar provecho de sus restos mortales. La posesión del cadáver de Alejandro era un símbolo excepcional de prestigio, y, mientras Occidente y Antípatro no parecieran seguros, no era probable que ningún oficial de Babilonia lo dejara abandonar Asia; se habló de celebrar un funeral en Siwa para mantener tranquilos a los soldados, y, durante un par de años, los ingenieros estuvieron ocupados con los intrincados planos del carro fúnebre. Mientras tanto, se verificó la situación en Macedonia y se comprobó que era amistosa, hasta el punto de permitir que finalmente el cadáver fuera trasladado a casa. Alejandro iba a yacer entre especias en un ataúd de oro con una tapa de oro, cubierto con bordados púrpura y sobre el que descansaban su coraza y el famoso escudo troyano; sobre el ataúd se alzaba un baldaquín con columnas, cuya altura era de unos once metros para dar cabida a una amplia bóveda, hecha con oro y piedras preciosas, de la que colgaba una cortina con anillas, borlas y campanas de aviso; en la cornisa se habían tallado figuras de cabras y ciervos, y en cada ángulo de la bóveda había figuras de oro de la Victoria, el tema en el que Alejandro había hecho hincapié al cruzar Asia, hasta el Punjab, tomándolo de Atenas. A cada lado de la bóveda había pinturas sujetas a unas redes: Alejandro con el cetro y sus escoltas asiáticos y macedonios, Alejandro y los elefantes, la caballería y los barcos de guerra; el ataúd estaba custodiado por leones de oro y, sobre el techo del baldaquín, se izó un estandarte púrpura sobre el que se había bordado una corona de olivo. Había precedentes para un carro de este tipo y se situaban precisamente en Asia, donde recordaba el carro ritual del dios Mitra, un matiz divino que quizá promovieron los admiradores persas de Alejandro; el carro se construyó al estilo persa, y el baldaquín y la decoración de grifos y leones se asemejaban al ornamento del trono de los reyes persas. Sesenta y cuatro mulas escogidas tiraban de cuatro yugos separados, al modo persa; las ornamentadas ruedas y los ejes se habían levantado para protegerlos de los baches, y se había previsto que los ingenieros y los encargados de repararlos los escoltaran en su camino. Cuando el conjunto estuvo preparado, Pérdicas, su guardián, se hallaba luchando con los nativos de Capadocia, la única brecha en el Imperio occidental de Alejandro; así pues, estaba fuera de juego, y mientras tanto Ptolomeo, nuevo sátrapa de Egipto, se había hecho amigo del oficial que estaba al mando del cortejo. Macedonia no fue consultada; el carro partió en secreto hacia Egipto, y Ptolomeo acudió allí para encontrarse con el botín que justificaría su independencia. Se adelantó a los rivales que no habían hablado con el suficiente entusiasmo de Siwa y, en lugar de enviar el ataúd al desierto, lo expuso primero en Menfis y después, finalmente, en Alejandría, donde todavía pudo ser visto por el joven Augusto cuando visitó Egipto trescientos años más tarde. Desde entonces el féretro nunca volvió a verse. A pesar de los intermitentes rumores, la actual

Alejandría no ha revelado el lugar en el que se encuentran los restos de su fundador; probablemente fue Caracalla quien visitó por última vez el cadáver y éste fue destruido durante los disturbios que padeció la ciudad a finales del siglo III d.C.

Aunque, tras su muerte, Alejandro acabó sirviendo a la causa de la independencia protagonizada por Ptolomeo, los objetivos por los que había luchado durante diez años eran mucho más amplios. A diferencia de Ptolomeo, Alejandro creyó que era posible que un único poder gobernase desde el Mediterráneo hasta las remotas tierras de la India, estableciendo las bases del Imperio en Macedonia y apoyándose en la inagotable abundancia de Babilonia y de las tierras de labranza que había a su alrededor. Para este fin, y también para facilitar la importación de artículos de lujo de la India y de Oriente, Alejandro había planeado reabrir las antiguas rutas marítimas que anteriormente confluían en el golfo Pérsico. Creía que, una vez hecho esto, la nobleza irania conquistada debería compartir la corte y el gobierno de los vencedores, y que el ejército y el futuro del Imperio acabarían dependiendo de los reclutas nativos occidentalizados y de los hijos de los matrimonios mixtos de soldados criados al estilo macedonio. Y, sobre todo, creía que la cultura y el gobierno significaban ciudades como las que conocían todos los griegos, una convicción que no excluía el estilo de vida de los nómadas, infinitamente más antiguo y versátil. A menudo se ha dicho que estas tres convicciones sin duda habían de irse a pique debido a los prejuicios de sus Sucesores o a la realidad de cualquier época que viniera después. Sin embargo, Alejandro no era un juez tan ingenuo o superficial.

Desde un punto de vista político, la creencia de que era posible un Imperio que se extendiera desde el Mediterráneo occidental hasta la India no fue refutada por el modo en que fracasó a los treinta años de su muerte. Aquellos años fueron caóticos, pero no se sabe que los nativos se alzaran seriamente contra el gobierno macedonio ni una sola vez, excepto en las ciudades de la Península griega, que, por otro lado, nunca se habían controlado con firmeza; allí el alzamiento fracasó al cabo de un año. De hecho, Egipto, una parte de Irán y el Punjab se perdieron para la corte, que se encontraba en Babilonia, pero si Egipto se separó fue porque su nuevo sátrapa Ptolomeo luchó para cumplir sus aspiraciones de ser un faraón independiente; unos veinte años después de la muerte de Alejandro, la India, el Hindu Kush y probablemente el valle del Helmand hasta Kandahar fueron entregados al precio de quinientos elefantes al nuevo y despiadado imperio de Chandragupta, admirador de Alejandro y heredero del reino oriental de Magadha, cuyo último gobernante había sido derrocado; si los hombres de Alejandro no se hubieran amotinado en el Beas, Magadha habría caído en manos de Occidente y el ejército de Chandragupta no habría presionado tan pronto en la frontera oriental. Al cabo de ochenta años de la muerte de Alejandro, los hombres de las tribus de Partia, en el curso bajo del Oxo, habían invadido nuevas tierras de pastoreo al sur y el suroeste del río, y habían

cortado la única ruta terrestre que quedaba hasta la rica satrapía superior de Balj y la Sogdiana; allí los generales griegos y macedonios adoptaron el título de rey, quizá tanto por impotencia como por una siniestra ambición. Estos partos, que posteriormente llegarían a dominar Asia, eran unos nómadas y unos desconocidos que sólo se habrían visto forzados a internarse en las satrapías de Alejandro debido a la incontrolable presión que ejercían sobre ellos el clima y la actividad pastoril; en cuanto a los reyes de la Bactriana, eran griegos y macedonios que, como Alejandro, llevaban la diadema, y fueron al este para reclamar sus conquistas indias en campañas tan sorprendentes como desconocidas para nosotros. Ni los reyes ni los partos eran súbditos nativos; de hecho, el Imperio de Alejandro nunca fue desafiado ni desde abajo ni desde dentro.

Asegurado desde el interior, el unificado reino planeado por Alejandro podría haberse hecho realidad sólo con que sus comandantes supremos se hubiesen puesto de acuerdo entre ellos, pues Ptolomeo, Chandragupta y los partos sólo desgajaron las porciones a las que aspiraban en los momentos en que los sucesores asiáticos se encontraban en otros lugares, inmersos en luchas entre ellos, sus hermanos y sus esposas. Hubo represalias, pero, en cada caso, llegaron demasiado tarde y por parte de unos reyes que eran presionados por los rivales del Asia occidental; la India y el Irán oriental no se entregarían tan a la ligera al astronómico precio de quinientos elefantes que se pedía por ellas; una prueba de las prioridades que establecían los reyes la constituía el hecho de que estos elefantes se desplazaron rápidamente al oeste, donde ganaron la decisiva batalla que convirtió a Seleuco en rey de Asia. Atrapados entre Oriente y Occidente, los sucesores dieron prioridad a Occidente y a sus luchas familiares; de haber vivido Alejandro, su personalidad habría descollado sobre el Imperio y los habría mantenido unidos para rechazar a todos los nómadas o a Chandragupta. En otros veinte años, habría instruido a sus hijos para que lo sucedieran. Y en cuanto al Occidente lejano, las victorias del epirota Pirro y del siciliano Agatocles en los cincuenta años siguientes demostrarían que los planes occidentales que Alejandro había insinuado al final de su vida, y que ya había iniciado a través de su cuñado, no eran algo imposible. Tanto Pirro como Agatocles se vincularon con los sucesores mediterráneos de Alejandro; de su herencia, lo que se dejó en manos de estos dos aliados menores podría haber sido logrado seguramente por el propio Alejandro y después confiado a reyes subordinados. La «charca de ranas» de los griegos se habría extendido desde Sicilia hasta el río Beas.

El problema, por tanto, no fue que hubiese una carencia importante de mano de obra, ni que estallase un arrebato de odio nativo que contrariase los objetivos de Alejandro; el problema fueron los enemigos mucho más antiguos del tiempo y la distancia, combinados con los oficiales que lucharon entre ellos debido a la circunstancia de su muerte prematura. Puesto que los sucesores perdieron el Este, a

menudo se ha pensado que lo desdeñaron. No obstante, esto es dictar un juicio improbable sobre lo que no se conoce. Se ha afirmado con frecuencia que la convicción de Alejandro de que la corte y el ejército debían incluir iranios y una amplia clase de orientales helenizados fue víctima de los prejuicios de sus oficiales; de nuevo, esta cuestión es demasiado complicada para pasarla por alto sin más. Hacia el siglo III, los oficiales del tribunal de justicia de los reinos de los sucesores eran casi todos exclusivamente griegos; habían sido atraídos desde el Egeo a título personal para entrar a formar parte del servicio del rey, donde ni la clase social ni el lugar de nacimiento eran tenidos en cuenta. Incluso la presencia de macedonios en los trabajos administrativos fuera del ejército era relativamente rara. Esta sociedad abierta no fue más allá de los inmigrantes griegos con talento. En el Egipto de los Ptolomeos, los nativos helenizados sólo eran elevados al rango supremo de la corte en muy raras ocasiones; el nombre de «persa» se limitó a una clase privilegiada de colonos mixtos. Apenas hay una satrapía irania o un sirviente iranio conocido en la corte occidental de los Seléucidas; sólo se sabe que emplearon a iranios en su ejército, donde resultaban demasiado valiosos como para despreciarlos. Además, podía parecer que estaban ahí en aras de la «la asociación y la concordia del Imperio» de Alejandro. Los herederos de estos colonos recurrieron a tortuosos matrimonios endogámicos para evitar incorporar a esposas nativas a las propiedades de sus familias; hay muy pocos griegos en las ciudades orientales de los que se sepa que se casaron con mujeres con nombres nativos. Los prejuicios de la clase dirigente fueron los que finalmente se impusieron.

Puede que la victoria de estos prejuicios no fuera total o inmediata. En Egipto, Ptolomeo empezó empleando a algunos nativos en altos cargos, y quizá sólo endureció su política después, bajo la influencia de los filósofos de la escuela aristotélica. En Asia, noventa y dos iranias se casaron con Compañeros, pero sólo cinco son conocidas en su nueva calidad de esposas. Tres fueron abandonadas tras nuevas bodas de carácter político con mujeres occidentales, pero, de las otras dos, una, la hija del rebelde Espitámenes, era la esposa de Seleuco. Cuando Seleuco se convirtió en rey de Asia, no se divorció de ella; su hijo, Antíoco I, fue enviado a Irán para que se convirtiera en regente, donde viviría entre nobles que aún recordaban la guerra de resistencia llevada a cabo por su abuelo. No podía decirse que se hubiese elegido a un hombre que no sentía simpatía por el Este o por la promoción de los iranios. En las satrapías superiores, los iranios y los griegos tenían motivos para presentar un frente común contra los nómadas, una tendencia que los orígenes de Antíoco debieron de haber alentado. El método de gobierno de los Seléucidas todavía es desconocido, pero probablemente los nobles se agruparon alrededor de este rey medio iranio. El rechazo de la «concordia» de Alejandro sólo pudo haberse desarrollado de forma gradual mientras los miembros de su propia generación morían

y se llevaban con ellos su recuerdo. Es posible que en el Alto Irán este recuerdo nunca muriese del todo.

En consecuencia, en Asia los sucesores vivieron a la sombra de Alejandro. Abandonaron sus planes para Arabia, pero puede que no abandonaran enseguida la política que él había seguido en la corte y que, del mismo modo que se agruparon en torno a un rey medio iranio, lo siguieran en la tarea de refundar y dar nuevos nombres a un buen número de ciudades griegas en Asia. Alejandro creía que el modelo de ciudad griega merecía ser diseminado por toda Asia, en los lugares donde se alzaban las antiguas ciudadelas persas, y esta creencia fue su contribución más duradera a la historia. Su juventud había transcurrido en el marco de una sociedad palaciega, pero había visto a su padre Filipo fundar ciudades en lugares como el Mar Negro, situados muy al este; también había aprendido cosas de su tutor, pues Aristóteles basaba su teoría política en la red de las ciudades griegas; éstas habrían de perdurar mucho más tiempo que la sucesión vacía de los reyes de Asia, y florecerían en la costa asiática occidental durante mil años, hasta que el ascenso de los árabes y el islam redujo a sus vástagos a un puñado de fortalezas asediadas. La delgada costra de la cultura clásica sólo se formó en estas ciudades, conectadas por caminos agrestes y rodeadas de tribus extranjeras; sin embargo, aunque las conquistas de Alejandro abrieron una vasta frontera al este y al sur, esta nueva sensación de espacio significó tan poco para los asuntos diarios de los griegos como la conquista de la Luna para el ruidoso nacionalismo del planeta Tierra. En Grecia, la edad de los reyes no mató el espíritu de las ciudades-estado, pues éstas lucharon y protestaron tanto como en la edad de Pericles; políticamente, se trataba de una nueva era, de federaciones más amplias y uniones más estrechas, que en su mayoría fueron manejadas por sus amos macedonios con un cierto desinterés. En Asia, la época de los reyes Sucesores no fue sensiblemente más severa para la libertad de las ciudades griegas y el autogobierno de lo que lo fueron los imperios de Atenas, de Esparta y de Darío que habían funcionado antes; todavía había margen para maniobrar. El momento verdaderamente decisivo tiene lugar con las conquistas romanas, consolidadas por Augusto en un imperio desde 31 a.C. en adelante. Los romanos no eran favorables a la libertad democrática de los griegos y, por tanto, promovieron una renovada difusión de la oligarquía.

Con el primer impacto de las conquistas de Alejandro se habían establecido unas dieciocho Alejandrías en la zona comprendida entre el este del Éufrates y el Punjab; hace setenta años sólo podíamos hacer conjeturas acerca de sus características, y dichas conjeturas eran fundamentalmente pesimistas. Pobladas con nativos y con los heridos de guerra de Alejandro, su apenas intuido estilo de vida suscitó escasa admiración, hasta que las inscripciones y los restos arqueológicos hallados entre Susa y el Oxo empezaron a revelar su lado humano. Cuanto más lejos se deja a un hombre

de su hogar, con más tenacidad se apega a todo lo que un día significó algo para él. En Afganistán, donde el río Kokcha fluye desde las montañas y las minas azules de Badajshán para incorporarse al curso superior del Oxo, desde donde se avista Rusia y el corredor que atraviesa los Pamires en dirección a China, la enorme ciudad griega de Ai Khanum empezó a salir a la luz en la década de 1960; por desgracia, las guerras que han tenido lugar desde 1978 han provocado la ruina y el saqueo de la mayor parte de la región. Es posible que originariamente se tratase de una Alejandría, fundada después del año 329 a.C.: probablemente las pruebas todavía se encuentren en la acrópolis, que permanece sin excavar, mientras que, hasta la fecha, los hallazgos procedentes del lugar que hay debajo son de «principios del período helenístico». Todavía puede defenderse que se trata de la «Alejandría de la Sogdiana» (no «del Oxo»), fundada sobre un fuerte fronterizo persa en los meses posteriores al final de la rebelión de Espitámenes. A unos cinco mil kilómetros de distancia del Egeo, había ciudadanos griegos, macedonios y tracios que disfrutaban de los templos, los gimnasios y las palestras exactamente como si estuvieran en una ciudad de la Grecia peninsular; el amplio techo de madera del enorme palacio, hecho con ladrillos de barro, estaba protegido por un porche con delicadas columnas corintias y se apoyaba sobre capiteles tallados en forma de hojas de acanto de estilo griego. Así como en nuestros días los enclaves norteamericanos de las estaciones de radar intentan reproducir la vida de California en la costa norte del Ártico, territorio de los esquimales, con la bendición del Papa, este pueblo fronterizo entre barones sogdianos y un desierto de tonos ocres creó una copia perfecta de la enseñanza moral de los Siete Sabios tal como estaba grabada en Delfos, centro sagrado de su tierra griega de origen. «En la infancia, lo apropiado; en la juventud, autocontrol; en la madurez, justicia; en la vejez, sabios consejos; en la muerte, ausencia de dolor». La redacción y los caracteres, al igual que las esculturas de mármol encontradas en la ciudad, son tan puramente griegos que parecen un fragmento de la lejana Atenas.

Alejandría de la Sogdiana no es la única ciudad de estas características. En Kandahar, la Alejandría de Aracosia, Alejandro dejó a seis mil griegos y veteranos para que se establecieran junto con los nativos en una Alejandría más grande y amurallada que se había construido alrededor del antiguo fuerte persa; veinte años después de la muerte de Alejandro, la ciudad fue entregada al indio Chandragupta con una exigencia concreta: que los ciudadanos griegos pudieran casarse con indios de cualquier casta. Sin embargo, los hijos y los nietos de los griegos habían mantenido de un modo tan intenso su estilo de vida que el nieto de Chandragupta, el rey budista Asoka, pudo presentar un edicto sobre la fe budista cerca de Kandahar grabado con letras claramente griegas y redactado en un impecable lenguaje filosófico griego. Asoka escribía para los herederos de Alejandro, para el público griego de una Alejandría que, trescientos años después, todavía era descrita como una

ciudad griega por un geógrafo griego del golfo Pérsico. «Quienes se alaban a sí mismos y critican a sus vecinos son unos egoístas que lo único que desean es sobresalir, pero sólo se hacen daño a sí mismos…». Los preceptos budistas sonaban con elegancia en una lengua que podría haber escrito Platón, y estuvieron arropados por la habitual bienvenida que recibían de un adorador en un oráculo griego. Kandahar no era un simple puesto militar. Era una ciudad con filósofos, intérpretes, canteros y maestros griegos, donde se podía leer a los clásicos o poner en escena una obra griega; en la fortaleza de Alejandro se hablaba de otras cosas aparte de la carga de los Compañeros en Gaugamela o de las virtudes de las espadas de caza de los tracios.

En estas Alejandrías, la gente de los Balcanes volvían a empezar y, de forma natural, seguían el estilo de su pasado. Del mismo modo que los ingleses dejaron campos de criquet a lo largo del río Yangt Tse, los colonos de Alejandro construyeron gimnasios sin atender ni al calor ni al paisaje; cada ciudad griega que se establecía en el Este necesitaba uno, que se ponía bajo el patrocinio de Heracles y del dios Hermes, mientras que en la «isla de Ícaro», que Nearco había descubierto en el golfo Pérsico, los festivales atléticos del calendario griego se celebraban con una temperatura estival que debería haber hecho imposible el esfuerzo. La tenacidad de los colonos griegos y macedonios fue asombrosa. En Dura, una colonia militar del Éufrates, las familias con nombres macedonios puros pueden rastrearse a lo largo de los cuatrocientos años posteriores a su fundación; todavía mantenían férreamente bajo su control las adjudicaciones de tierras, que preservaban a través de matrimonios endogámicos. Cuando la propiedad estaba en juego, no se introducía a la ligera una esposa nativa, pues la tierra de labor de un colono se le arrendaba tanto a él como a sus herederos; las mismas razones que los impulsaban a mantener cerrado el círculo familiar los llevaban también a aferrarse a la cultura griega que les era propia, al margen de los intrusos nativos. Para ello, el colono se casaba con su hermana, su sobrina o su nieta antes que con una extranjera.

En estas ciudades, los deportes y el gimnasio formaban parte de la educación de todo ciudadano destacado, pues estos hombres no eran unos esclavos a merced de la lejana corte. Prestaban sus servicios entre los magistrados y un cuerpo de ciudadanos a los que el rey dirigía sus respetuosos requerimientos; los decretos se transmitían en el estilo farragoso del dialecto ático; a los oficiales no se les permitía ocupar el mismo cargo dos veces seguidas y, como en Atenas, estaban sometidos a un control legal cuando dejaban los cargos públicos; la ley griega regulaba los acuerdos públicos y privados, y lo poco que conocemos de los detalles no le habría parecido extraño a un juez del Egeo. Tampoco le habrían resultado raros los entretenimientos de las ciudades, pues a través de toda Asia Alejandro había organizado festivales dramáticos y artísticos al estilo griego, y la literatura griega no desapareció tras él;

Sófocles era leído en Susa, las escenas de Eurípides inspiraban a los artistas griegos de la Bactriana y, en la Alejandría del Cáucaso, se representaban piezas cómicas; Babilonia tenía un teatro griego, mientras que la leyenda del caballo de Troya era una de las favoritas en Ai Khanum, donde los hombres debían de haberla leído en la versión de los poetas épicos arcaicos; Homero, merecidamente, llegó hasta la India, e incluso acabaron disfrutando de él en Ceilán, junto con Platón y Aristóteles. Los colonos de Irán no generaron nuevos textos clásicos, aunque un colono de Susa escribió un insípido himno griego a Apolo; la compañía de expatriados no promueve la aparición de nuevos escritores a menos que sean novelistas, y ningún griego después de Homero demostró tener el talento necesario para crear el tipo de novela adecuado. Las ciudades orientales no tenían punto de comparación con la biblioteca de Alejandría ni con los puestos que allí podían ocupar los estudiosos, y, por tanto, estas ciudades no desarrollaron nunca una escuela académica de poetas a partir de la literatura con la que aún disfrutaban. Cuando se le pidió a un hombre que se dedicaba a las letras que se quedase en una de las nuevas ciudades griegas de Mesopotamia, contestó que «un plato no puede contener un delfín»; estos «platos» que había al otro lado del Efrateos no contaron con ningún escritor creativo que les honrara.

Sin embargo, gracias a su tenacidad estas ciudades mantuvieron abiertos los horizontes de un mundo griego amplio y uniforme, y en esto fueron más lejos que en la gloria literaria. «El mundo, mis hijos…», declaraba el rey budista Asoka en el río fronterizo que hay en el noroeste de la India; y en una época en que las luchas de los sucesores en el Asia occidental desconciertan a los historiadores que actualmente se ocupan de ellas, Asoka escribió sobre la preocupación que sentía por cada uno de los cuatro reyes griegos que gobernaban el territorio comprendido entre Babilonia, el lejano Epiro y el Adriático. Este horizonte abierto proporcionó a los viajeros una nueva libertad. Los monjes budistas de Asoka partieron en viajes misioneros desde la India hasta Siria, donde puede que estimularan la aparición de los primeros movimientos monásticos en la historia del Mediterráneo; los griegos de Jonia ayudaron a establecer una ciudad en el golfo Pérsico y, mientras los sucesores batallaban, griegos procedentes de Egipto viajaban y se establecían al sur del Caspio; los embajadores griegos iban por carretera desde Kandahar hasta el Ganges y la corte india de Palimbothra; los preceptos délficos de Alejandría de la Sogdiana habían sido copiados y llevados hasta esta ciudad por el filósofo Clearco, probablemente un discípulo de Aristóteles, que hizo a pie los casi cinco mil kilómetros que separan Belfos del Oxo. Después escribió panfletos en los que hacía derivar la sabiduría de los judíos y los brahmanes de la de los magos, y también reprodujo diálogos entre filósofos griegos y orientales, concediendo una marcada ventaja a estos últimos. En la generación posterior a Alejandro, este aristotélico habría pasado de una Alejandría a la siguiente en su viaje a través de Irán, visitando sus nuevos gimnasios y hablando

con hombres que compartían la práctica de la filosofía griega; había una reconfortante regularidad en estas nuevas ciudades griegas, construidas sobre viejos fuertes y ciudadelas persas y situadas a orillas de algún río o, siempre que era posible, en el cruce entre dos ríos; algunas fueron colonizadas a partir de las ciudades del Asia occidental, y todas utilizaban el mismo dialecto oficial que Filipo había introducido en su corte. Se ajustaban a un modelo, y sus calles rectas discurrían sobre un plano rectangular, lo que significaba que, desde el Punjab hasta el sur de Italia, los griegos estaban como en casa. Sólo añoraban los olivos, pero en Babilonia los macedonios plantarían viñas a la manera de su tierra natal.

El mérito de este desafiante entramado corresponde directamente a Alejandro; dependía de él, y su muerte estuvo a punto de destruirlo, ya que los colonos griegos de las satrapías superiores se rebelaron al saber la noticia, «pues añoraban su educación griega y su estilo griego de vida, que sólo habían abandonado por el miedo que sentían de Alejandro cuando estaba vivo». Tuvo que ser un ejército enviado por Pérdicas a Babilonia el que los trajera de regreso y, de este modo, salvara al Irán griego para la historia: varios miles fueron asesinados, pero desde luego, no la mayoría. Algunas ciudades, las que había en el oasis de Merv y la Ultima Alejandría, fueron rápidamente atacadas por los nómadas y tuvieron que ser reconstruidas; las ciudades que había en la India pasaron a Chandragupta; las del Alto Irán se quedaron aisladas al cabo de ochenta años, y, en dos siglos, todas las ciudades griegas al otro lado del Éufrates fueron invadidas por los partos y los nómadas del Asia central. Sin embargo, la política sólo es una parte de la historia, y los griegos y la cultura griega no desaparecieron cuando se produjo un cambio de amo; puesto que los años parecen minutos cuando uno se encuentra a tanta distancia, cuesta recordar que las ciudades griegas que había en Irán duraron tanto como el Imperio británico en la India. Del mismo modo que la cocina británica continúa estropeando las cocinas del Caribe y que aún se enseña a Shakespeare en las escuelas indias, igualmente pueden rastrearse las huellas de los griegos durante otros setecientos años, tanto en el trazado de las ciudades construidas por sus primeros soberanos nómadas como en las formas de las pequeñas figuras de arcilla que fueron objeto de comercio desde Samarcanda hasta China, así como en los alfabetos y los escritos del Asia central o en el asombroso arte funerario de los nómadas que vivían al otro lado del Oxo. El único libro detallado sobre las ciudades y rutas del Asia central, que fue escrito por un occidental en el Imperio romano, obtenía la información de un mercader macedonio cuyo padre había dejado su hogar colonial en Siria para instalarse en la Bactriana, donde había controlado el comercio de la seda que iba desde el Oxo hasta China.

Desde un punto de vista político, esta difusión de la cultura griega convino a Alejandro; durante el proceso, hizo retroceder por la fuerza los límites del Mediterráneo, hasta el punto que la «charca de ranas» de los griegos amenazó con

alcanzar el Mar Exterior. El significado que tenía este nuevo horizonte era enorme. Tres siglos más tarde, la frontera que establecerían sus sucesores romanos se detendría en el río Éufrates, pero incluso entonces dicha frontera no fue nunca tajante. Un viajero de la Siria romana que fuera hasta el Creciente Fértil de los partos no pasaría a un mundo diferente caracterizado por la barbarie, pues los pueblos semitas constituían una vigorosa unidad que los fuertes y fronteras no podían dividir. Asimismo, en las satrapías superiores que se encontraban al otro lado de estos pueblos, el legado mediterráneo de Alejandro no murió del todo. La sangre común del helenismo todavía sobrevivía en las técnicas y en los colonos, mientras que también fluía desde la Alejandría egipcia, por las costas de Arabia y hasta la India, por la gran ruta marítima que su fundador había querido hacer realidad. Al otro lado de la frontera romana, los hombres no eran unos bárbaros; para un historiador de la Italia senatorial, «tenían la deplorable cualidad de no ser lo bastante bárbaros». La cultura griega no se había limitado a los colonos griegos; era dominante y había invitado a sus súbditos a rendirse a ella.

Para una época que ha visto cómo Irán se ha doblegado a los ideales de la industria occidental y cómo Norteamérica es imitada por un Japón que ha perdido su carácter propio, este efecto de la conquista de Alejandro es tan fascinante como escurridizo. Cada área respondió de manera diferente: así lo hicieron las amplias divisiones de Egipto, Asia Menor, los pueblos semitas e Irán, y, en su interior, cada desierto y valle, cada montaña y cada llanura cultivada por los terratenientes respondió también a su modo; los estrechos ramales de una carretera o la cercanía de un reino y una corte occidentalizada pudieron impulsar a algunas tribus a alejarse de su pasado y a adoptar las técnicas y la lengua de los griegos, mientras que los vecinos del interior continuaron con sus rebaños y pastos a la manera de sus antepasados. El arameo de los sirios, los dialectos iranios y el habla del campo del interior de Asia Menor no murieron ante la nueva lengua griega común, pero ciertamente quedaron en un segundo plano. En Irán no había un alfabeto nativo; en el oeste, los dialectos locales sobrevivieron, pero apenas destacan en los testimonios que se han conservado, salvo en los nombres de dioses nativos y en el hecho de que, bajo un gobierno griego, un fenicio escribió la prehistoria de su pueblo en prosa aramea.

Puesto que estos dialectos retrocedieron ante el griego de sus gobernantes, los resultados de su occidentalización fueron diversos y pocas veces edificantes. El florecimiento de la ciencia y la erudición en el Egipto de los Ptolomeos del siglo III fue obra, fundamentalmente, de los inmigrantes griegos del viejo mundo egeo; surgió como un apéndice a la historia de la Grecia clásica, que debía muy poco a los egipcios occidentalizados. El caso especial de la Alejandría de Egipto se reflejó en el destino de Babilonia. Los Sucesores promovieron sus comunidades-templo a la manera de las ciudades griegas libres, y esta tolerancia hizo que el helenismo

extranjero afectara sólo a unos pocos gobernadores y sacerdotes nativos; los inmigrantes griegos eran más escasos y no suponían una gran distorsión. En consecuencia, el Creciente Fértil no perdió su vigor; cuando los partos se apoderaron de esta área dos siglos después de Alejandro, el Creciente Fértil les proporcionó un estilo artístico nuevo y espiritual, así como una arquitectura floreciente de bóvedas y arcos. Sin embargo, estos estilos debían más a la cultura semita que a los estratos superiores del gusto griego, que nunca asfixió la unidad cultural de los nativos.

La brillante excepción fue Siria, siempre disputada por los ejércitos de los sucesores. Las circunstancias forzaron a Seleuco a fundar cuatro ciudades en lugares subdesarrollados, desviando el comercio de caravanas procedente del golfo Pérsico por un camino que discurría por la parte más atrasada del país. El helenismo se apoderó de estas ciudades y de sus cercanas colonias militares: la única excepción la constituye la cultura de los deportes, pues no hay juegos atléticos atestiguados en los primeros testimonios helenísticos de esta zona. Había, en cambio, filósofos y una escuela de poetas sirios, los cuales escribieron ingeniosos epigramas griegos y se refirieron a sus hogares como la «Atenas de Asiría». Los abandonaron bastante pronto, pero importa más el hecho de que Siria se hubiese unido a la cultura común de los griegos que el que no pudiera retener a sus hijos más brillantes. Esta cultura perduró y se convirtió en el engranaje que difundió el cristianismo. Sin esta lengua griega común, el cristianismo nunca se hubiese extendido más allá de Judea.

Al este del Éufrates, entre los iranios, el helenismo recibió una atención menor, en parte porque durante largo tiempo se conoció mucho menos: pocos persas helenizados son mencionados por su nombre en la literatura griega que se ha conservado, y la sensación de que existía una frontera abierta, donde se podía hablar griego desde Siria hasta el Oxo, sólo puede deducirse a partir de la perspectiva que proporcionan los geógrafos griegos y de las aleatorias observaciones que aparecen en las historias escritas por occidentales. Recientemente la arqueología ha añadido nuevos testimonios, un proceso que todavía no ha terminado: en un tiempo de nuevos comienzos, el grandioso experimento de la frontera oriental de Alejandro merece aún otra reflexión.

En primer lugar, las generalidades. Después de Alejandro, la cultura griega se convirtió en la cultura de cualquier asiático que desease triunfar, y, por tanto, arrasó en los círculos de las clases gobernantes de Asia. «Hagamos un pacto con los gentiles —escribió el autor judío de la única obra histórica que describe los conflictos del Oriente helenizado—, pues desde que somos distintos a ellos hemos descubierto muchas cosas malas…». Las ganas de pertenecer al mundo griego se adueñaban de los triunfadores en todas partes; no importaba en absoluto que una gran porción del Imperio de Alejandro se hubiera desmembrado en reinos locales al cabo de cien años. Del mismo modo que la romanización de la Europa occidental sólo arraigó gracias a

los esfuerzos de los terratenientes locales cuatrocientos años después de las conquistas de César, la helenización de Oriente encontró a sus mejores servidores en estos reyes locales, puesto que necesitaban que la cultura griega circulase a través de sus súbditos para asegurar la existencia de secretarios, tesoreros, generales y oradores, con el fin de defender su causa en el amplio mundo griego. Alejandro nunca había controlado Capadocia, el refugio montañoso de muchos seguidores de Darío, y, bajo los sucesores, se convirtió en un reino independiente con una aristocracia irania y un linaje de reyes. Sin embargo, doscientos años después de Alejandro, esos reyes auspiciaron a los actores griegos y acuñaron monedas de puro diseño griego; los hombres cultos de Capadocia mantenían contactos con Delfos, y una antigua colonia militar asiria emplazada en las llanuras de Capadocia se había convertido ya en una ciudad griega que observaba las leyes del reino de Alejandro y redactaba decretos en un griego perfectamente equilibrado. El vecino rey de Armenia disfrutaba con la literatura griega, y, si bien su reino nunca reconoció a los sucesores, él mismo escribió una pieza teatral; las familias helenizadas de Jerusalén se mostraron deseosas de comprar al rey seléucida el privilegio de instalar un gimnasio para convertir Jerusalén en una ciudad griega llamada Antioquía, pues querían incorporarse al legado de Alejandro, y si su deseo era tan fuerte es porque era espontáneo.

Invocar en este punto el nombre de Alejandro no está demasiado fuera de lugar. Aparte de su lucha incesante, los años transcurridos en las «satrapías superiores» al otro lado de Hamadán habían introducido la lengua griega en la vida de los iranios en etapas diversas, deliberadas y calculadas, que incluían los persistentes juegos, sacrificios y festivales a la manera griega, el reclutamiento de treinta mil nativos para la instrucción militar griega, matrimonios mixtos y planes para sus hijos, maestros griegos para la reina persa y sus hijas, el hecho de hablar griego en la corte, la utilización de comandantes griegos en su ejército integrado, y, sobre todo, el establecimiento de más de veinte mil griegos y veteranos en las reconstruidas Alejandrías, donde se mezclaron con los ciudadanos nativos y, por tanto, difundieron su lengua a través de sus esposas, sus familias y de sus habitantes y correligionarios. Cada Alejandría era una ciudad con todos los derechos en la que los hombres tenían que votar decretos en griego y aceptar la ley griega; la ciudadanía fue un privilegio que no se extendió a todos los nativos que vivían en estas ciudades, como tampoco se concedió una ciudad a todos los grupo de soldados que Alejandro había asentado como colonos. Una ciudad era una fundación especial y distinta. Del mismo modo que los reyes persas habían otorgado tierras a los arrendatarios feudales a cambio del servicio militar, Alejandro fundó las colonias militares en su propio nombre, heredando los colonos del Gran Rey y añadiendo por su parte a otros pobladores. Más de una docena de estos asentamientos se dejaron para que actuaran como defensa

contra los nómadas allí donde la provincia de Media da paso a las estepas desérticas; no eran Alejandrías en el pleno sentido de la palabra, pero sus militares terratenientes llegaron a adoptar la ley y la lengua de sus patronos occidentales. De estos «ciudadanos de segunda clase» es de donde proceden las contribuciones más impresionantes a la expansión de la cultura griega entre los iranios. Todavía no se ha excavado ninguno de estos asentamientos en las satrapías superiores, pero en Dura, en el Éufrates, que fue una de las primeras colonias de los sucesores, todos los contratos legales que se conocen y que se sitúan en los siguientes cuatrocientos años se ajustan a la ley griega, aunque la mayoría de los colonos eran nativos orientales y hacía tiempo que la colonia había pasado a ser gobernada por los partos; en las llanuras de Lidia, en la costa occidental de Asia, los colonos hircanios que Ciro había instalado llegarían a ser denominados hircanios macedonios, y conservarían su atuendo militar macedonio incluso bajo el Imperio romano. Cerca de Hamadán, en las agrestes montañas del Kurdistán, un territorio que Alejandro apenas había pisado, los colonos con nombres iranios todavía redactaban las escrituras de venta de sus viñedos en un griego aceptable y se ajustaban de un modo claro a la ley griega un siglo después de que el dominio griego en Asia hubiera finalizado; tratándose de un lugar tan alejado, esto constituye la prueba más convincente de la expansión de la lengua por los extremos más inaccesibles de Irán. Seguramente estos colonos eran descendientes de los mismos colonos-jinetes que los primeros sucesores de Alejandro asentaron en aquellas tierras.

Por medio de la corte y las ciudades, sólo en las satrapías superiores Alejandro había llevado la lengua y las costumbres griegas a unos cien mil orientales; este número aumentaría de una generación a otra, aunque las cifras de los primeros orientales helenizados por Alejandro son irrelevantes, pues griega era la cultura del gobierno y, por tanto, tarde o temprano tenía que imponerse. Dentro de unos límites, la helenización tenía que ser evidente. Estos límites no eran exigentes: un oriental se convertía en un griego reconocido simplemente por hablar la lengua y compartir los juegos y las costumbres de una corte o una comunidad griega. No es que tuviera que hablar sólo griego: era posible una situación de bilingüismo en la vida cotidiana, en el seno de la familia o en los contextos locales. No tenía que cambiar su religión, y el color de su piel era irrelevante; la única excepción era la desnudez, pues los griegos entrenaban desnudos en los gimnasios, una costumbre que los orientales encontraban repugnante y embarazosa; además, no era la menor de las preocupaciones de los judíos helenizados en su nueva Jerusalén el hecho de que sus compañeros atletas vieran que habían sido circuncidados. Los nombres «griego» y «macedonio» se aplicaron libremente a judíos, sirios, egipcios o persas a condición de que hablaran griego y adoptaran las costumbres griegas, si no los dioses griegos; entre los primeros cristianos, la palabra «heleno» se aplicó a todos los paganos, sin tener en cuenta su

raza o religión.

Puesto que no excluyó a nadie, la cultura griega pudo extenderse de manera universal; para hacerlo, también tuvo que parecer digna de admiración. En nuestros días, la sumisa rendición de Oriente a la cultura occidental es una rendición al desarrollo tecnológico e industrial, a la que contribuyen el turismo, la música pop y el mundo anodino y vertiginoso de los hombres de negocios. En el Imperio de Alejandro, el transporte por tierra era terriblemente lento y sólo las personas pacientes y resistentes podían viajar; desde un punto de vista económico, los griegos no prometieron ningún milagro, y aunque Cleómenes y los Ptolomeos promovieron la economía real de Egipto por las monedas con las que contrataban a los soldados y los marineros, quien salía ganando con este hábil intercambio era el gobierno, no la gran masa de población egipcia. La fundación de una Alejandría en Egipto y el hecho de reabrir la ruta marítima desde la India hacia Occidente fueron buena prueba de que Alejandro tenía la misma perspicacia que su padre en lo tocante a las virtudes del comercio, aunque el comercio que Alejandro esperaba fomentar no afectaría de manera profunda al mundo agrícola de la mayor parte de Asia. El comercio de Alejandría sólo floreció gracias a los intermediarios griegos de la cercana Rodas y a las ciudades clientes que disponían de un puerto o de un río para recibirlos, mientras que la actividad comercial desde la India constituía la arriesgada forma de vida de una minoría que llevaba artículos de lujo a Occidente, a las cortes de los ricos, no a los pueblos de las tribus y los campesinos. Al abrir una sucesión de nuevas cecas desde Sardes hasta Babilonia, Alejandro promocionó una amplia acuñación de monedas en el mismo estándar ateniense que ya había prevalecido en los centros monetarios de los sátrapas de la costa de Asia; por tanto, circuló un mayor número de monedas que seguían el estándar y el diseño real, que por lo general era el que se utilizaba en Grecia, lo cual resultaba sin duda útil y cómodo para el comercio al por menor y para pagar a los militares mercenarios. Sin embargo, en un mundo agrícola en el que la mayoría de los hombres vivía en un sistema de economía natural, los escasos hallazgos de monedas de pequeño importe no pueden apoyar las aplastantes teorías sobre la acuñación de moneda que los coleccionistas de valiosas piezas de oro y plata han atribuido al pasado clásico; incluso se culpó a Alejandro de promover la inflación en el Egeo por el hecho de haber acuñado monedas con excesiva rapidez gracias a los grandes tesoros de Darío, como si la sociedad agrícola griega se hubiese visto perturbada alguna vez por las fluctuaciones de los tetradracmas de plata o por la supuesta superabundancia de monedas valiosas, buena prueba de lo que todavía queda por descubrir. En cuanto a los nómadas de Asia y los aldeanos del campo, no tenían necesidad de disponer de unas monedas que circulaban, como mucho, en las ciudades. El hallazgo más notable de pequeñas monedas de cambio acuñadas por Alejandro en Irán son los óbolos de bronce encontrados en las bocas de los esqueletos

de los nómadas al otro lado del Oxo, que presumiblemente fueron colocados para realizar la habitual ofrenda griega al barquero Caronte, que llevaba al difunto en barca por el río del ultramundo griego.

Si bien los griegos no prometieron una amplia prosperidad, como sus herederos occidentales impresionaron a Oriente con sus habilidades técnicas. En algunos lugares fue como si estuvieran funcionando en un «tercer mundo» subdesarrollado: «Cuando los indios vieron que los macedonios utilizaban esponjas —escribió Nearco—, los imitaron cosiendo cabellos y ensartándolos en una especie de ovillo; después apretaban la lana para convertirla en una especie de fieltro, la cardaban y la teñían de diferentes colores. Muchos de ellos también aprendieron rápidamente a hacer los "cepillos" que utilizábamos para el masaje y los frascos en los que transportábamos el aceite». Desde un punto de vista técnico, los indios podían entrenar a los elefantes y curar las mordeduras de las venenosas serpientes, pero probablemente fue un ingeniero griego el primero que ideó la *howdah* para el lomo de los elefantes, y siempre se acudía a los médicos griegos cuando se precisaba recurrir a la cirugía en el caso de heridas graves. «Los indios tienen aquí grandes reservas de sal, pero son muy ingenuos sobre lo que poseen…». El rastreador griego de Alejandro informó detalladamente sobre los diferentes minerales que poseía cada provincia asiática, y, aunque la minería era un arte antiguo en Asia, puede que los griegos introdujeran la técnica de partir las rocas con fuego entre unas tribus que, anteriormente, extraían piedras preciosas de los lechos de sus rápidos y caudalosos ríos. Los agrimensores griegos midieron a pasos las primeras distancias exactas a través de unos territorios que, de otro modo, se habrían medido con las etapas variables de una hora de viaje; durante mucho tiempo, el riego había sido la técnica básica que dominaban los granjeros iranios, pero dos nuevas Alejandrías muestran signos de que se mejoró el sistema acuífero, seguramente gracias a los habitantes griegos. Posiblemente las herramientas y el calendario de la agricultura cambiaron poco, pues en esto la sabiduría local siempre tiene más autoridad, además de que los excepcionales resultados que obtenían los iranios impresionaron a los observadores griegos. No obstante, la difusión de árboles y plantas valiosas a través de las fronteras abiertas del Asia griega puede rastrearse en los enérgicos esfuerzos que hicieron los Ptolomeos para importar nuevos cultivos y especias a Egipto (que carecía de aceite de oliva); los reyes menores del Asia griega perpetuaron su modelo de jardines. En sus edificios, los arquitectos griegos podían construir techos sin soportales más amplios que los edificados por los constructores de Persépolis, mientras que el sencillo trazado rectangular de sus ciudades fue adoptado en los oasis que había a lo largo del Oxo y continuado por los nómadas cuando finalmente irrumpieron en las ciudades; las elevadas murallas y fosos constituyeron una defensa necesaria frente a los nuevos métodos de asedio de estos pueblos, y la defensa se reforzó además con la

introducción del resorte de torsión, que tanto había sorprendido a los nómadas del Oxo. En Siria, los griegos incluso excavaron nuevos puertos en bahías que sus hábiles predecesores fenicios habían dejado en su estado «natural».

Esta capacidad de inventiva era tanto más impresionante por cuanto constituía una ruptura con el pasado persa. Los persas se apropiaron de las técnicas de sus súbditos, pero los griegos llevaron las suyas con ellos y después las ampliaron. En la Alejandría de Egipto, la edad de oro de la ciencia experimental griega bajo el patrocinio de los Ptolomeos es la contribución más pura al ingenioso intelecto de los griegos, pues ningún persa había calibrado una catapulta, estudiado la anatomía humana, aplicado el poder del vapor a los juguetes o dividido el mundo en zonas según el clima. Si bien la ciencia griega fue, durante demasiado tiempo, seguidora del dogmatismo de Aristóteles, siempre más teórico que práctico, ello constituye, sin embargo, el síntoma de una nueva actividad intelectual. La explotación financiera de Egipto era una cuestión que había que dejar en manos de los griegos, como ya habían advertido los faraones; en Alejandría, bajo los Ptolomeos, la tasación, la agricultura, la mejora de los canales, la acuñación de moneda y las leyes comerciales contribuyeron a abrir una nueva economía para el mundo griego. Los médicos griegos que visitaron la ciudad llevaron el estudio de la anatomía humana mucho más lejos de lo que lo había hecho la magia egipcia; la biblioteca real promovió el nacimiento de la filología clásica y el desalentador aumento de la erudición textual. Mientras Babilonia fue el centro intelectual de Asia, los griegos utilizaron las anotaciones babilonias sobre astronomía y dedujeron la precesión de los equinoccios, que ningún compilador había detectado; mientras un babilonio escribía un libro sobre las propiedades mágicas de las piedras, en la nueva capital babilonia de los sucesores un griego argumentaba que la Tierra giraba alrededor del Sol y que las mareas podían estar influenciadas por las fases de la Luna. Los babilonios se ocuparon de lo particular, pero los griegos contemplaron lo general, y sólo era de esperar que la cultura política más desarrollada del mundo influyera en el gobierno local, en la forma de un decreto babilonio o en la redacción de un manifiesto judío. Los griegos tenían una elegante teoría matemática y el poder del razonamiento abstracto; una pila simple para galvanizar cobre con plata ha sido encontrada en la Babilonia parta, y no es extraño que su invención se atribuya a un griego.

A las tribus y los pueblos de Irán, estas técnicas debieron de causarles la misma impresión que los rifles y las miras telescópicas a los primeros observadores indios. Los griegos tenían armas más fundamentales, su arte y su lengua, dos creaciones del pasado clásico que todavía impresionan en un mundo industrial. Esculpir y pensar en griego iba a traducirse en el empleo de una lengua más sutil, pues como muy bien dijo un romano en la época de las controversias teológicas, si empezaba a discutir sobre la Trinidad en latín, no podría evitar caer en ninguna de las tres graves herejías.

Estas nuevas herramientas abrieron paso a un mundo nuevo. No hay ninguna historia escrita sobre la helenización de las satrapías superiores, pero conocemos su arte y unas pocas inscripciones, y éstas quizá son más reveladoras que los meros acontecimientos.

En Irán, Alejandro dejó el griego como única lengua escrita. Ningún dialecto iranio contaba con textos escritos y, por tanto, el pobre arameo de los persas se seguía utilizando para la administración nativa. Con la fastidiosa persistencia de una jerga simplificada, su escritura floreció lejos y durante bastante tiempo, pasando a Kharezm, al otro lado del Oxo, donde sirvió de primer alfabeto nativo quinientos años después de Alejandro, y luego a China, donde siglos más tarde fue utilizada en el Templo del Cielo de Pekín. El arameo literario siguió utilizándose para la ficción literaria en el Oriente Próximo: el Libro de Tobías, en la Biblia, con el episodio de Tobías y el ángel, atestigua su utilización y sus amplios horizontes. Sin embargo, el arameo no era un competidor serio para el pensamiento profundo, si bien la larga tradición de los rapsodas iranios continuó floreciendo en los *gosans* profesionales que cantaban en la corte de los partos. En todas las Alejandrías que había en Irán, el griego era la única lengua que se utilizaba en los poemas escritos y en la educación de los soldados; de este modo, los clásicos griegos ejercieron su atractivo sobre Oriente con un impacto que sólo ha sido igualado por las canciones populares del Occidente actual. En el palacio de Nisa, corte de los reyes partos en el curso bajo del Oxo, las obras griegas se representaban ante un público compuesto por antiguos nómadas, mientras que en los documentos palaciegos se han encontrado directrices para confeccionar una máscara para un actor trágico. Es posible que el teatro griego influyera incluso en las obras teatrales del norte de la India. En la vecina Armenia, se escribieron versos de Eurípides, quizás en un texto escolar, en una época en que la provincia estaba gobernada por un rey iranio independiente; en el período romano, la leyenda de Cástor y Pólux era conocida en las tierras altas del Swat, sobre el Indo; en el Punjab, quinientos años después de Alejandro, los budistas indios todavía esculpían la leyenda del caballo de Troya junto a la vida de Buda, un tema que ahora sabemos que pasó directamente al vecino reino griego de la Bactriana a través de los herederos de Alejandro. En Ai Khanum, se ha encontrado incluso un papiro que pertenece a principios del siglo II a.C. y cuyo texto versa sobre filosofía griega: quizá por aquel entonces la ciudad tenía su propia biblioteca.

Lo mismo ocurre con el arte. Las monedas y los arreos de plata de los griegos de la Bactriana evidencian una destreza admirable, y en el palacio parto de Nisa podemos apreciar ahora la profunda influencia que ejerció sobre los vecinos iranios. Las copas iranias estaban talladas con la leyenda de Dioniso; Afrodita, Heracles y Hera estaban esculpidos en mármol; el palacio incluía un gimnasio y columnas con hojas de acanto, un estilo que dejó su rastro en el arte del Punjab durante otros

cuatrocientos años. Estos reyes eran los hijos de los nómadas iranios, pero, del mismo modo que la Rusia de los zares apostó por la cortesía y la educación de los franceses, ellos adoptaron el arte griego; su buen gusto tenía una historia increíblemente larga, tanto entre los nobles como entre la cultura diferente de los nómadas. La influencia griega puede rastrearse en los diseños de las alfombras orientales que se han encontrado en el Asia central y que son del mismo amplio período de Nisa; también la encontramos en la escultura y la arquitectura de un palacio y un templo iranio en Surkh Kotal, en Afganistán, un siglo después de que los nómadas se hubiesen apoderado de la Bactriana griega, así como en las monedas para Caronte puestas en la boca de los difuntos al otro lado de la frontera noreste del Imperio de Alejandro, y en las figuras de arcilla hechas en Samarcanda unos setecientos años después del último rey griego de la Bactriana. A través de la ruta marítima planeada por Alejandro, que partía de la Alejandría de Egipto, seguía por el folio Pérsico y llegaba hasta el río Indo, el arte griego de Alejandría alcanzó el Punjab y el Irán superior durante al menos quinientos años; puede que sus diseños contribuyeran a asegurar la larga vida del arte griego en la zona, y sin duda influyeron en los primeros relieves budistas que se tallaron en el noroeste de la India. Estos diseños también llegaron a través de la ruta que Alejandro había decidido reabrir.

Y, sin embargo, la helenización de Irán no fue ni lo suficientemente amplia ni profunda como para que sus efectos fueran permanentes. Estuvo compitiendo con una cultura diferente, la de la nobleza irania, para la cual una ciudad era más la suma de sus grandes familias que una ciudadanía autogobernada en una parte del territorio del rey. Para estos iranios, la familia representaba la única continuidad de la vida, y se caracterizaba por las genealogías y las normas rígidas de los antepasados; una cultura que se extendía a través de ciudades y administraciones no podía funcionar mediante las formas simples del gobierno rural. Ya en Nisa, los documentos de los partos estaban escritos en arameo, no en griego, y los nombres de los cortesanos eran todos iranios, mientras que las antiguas palabras del gobierno rural iranio se mantuvieron inalteradas: el impuesto de la comida para la mesa del rey, la tasa sobre la tierra y el alguacil de la aldea, las satrapías y los castillos de los nobles. «Al que te obligue a andar una milla, vete con él dos»; la palabra que Cristo utilizó para referirse a esta imposición en la Judea helenizada era la antigua palabra persa para referirse al servicio obligatorio en los puestos del Camino Real. En el campo, Alejandro no había pretendido cambiar las cosas. Los oficiales que vivían en la capital no podían viajar con rapidez, ni de forma barata, por un Imperio de vastas extensiones en el que abundaban las montañas boscosas, de modo que Alejandro optó por mantener las antiguas estructuras persas. Las nuevas ciudades griegas eran los puntos que había elegido para asegurar la lealtad entre los miembros de las tribus y los jefes del desierto, y, una vez que estas ciudades cayeron en manos de los nómadas o del

empuje más fuerte de las alianzas familiares, Irán sólo pudo alimentarse de los recuerdos del gobierno persa; no fue una casualidad que el diseño del trono de la Persia aqueménida perdurara bajo el gobierno griego en el arte cortesano del Irán superior. Además, Persia ya estaba dispuesta a retroceder hacia su pasado, pues los sucesores de Alejandro habían dejado la montañosa provincia natal de los persas a los reyes subordinados, y, como es natural, éstos no privilegiaron el helenismo. Quinientos años después de Alejandro, fue en este «sur profundo» del sentir iranio donde empezó la gran recuperación persa, con una nueva dinastía de reyes que, de repente, recuperó los títulos del Imperio de Darío. Sin embargo, estos nuevos triunfos persas también se inscribieron sobre una roca en una traducción oficial al griego. Atrapados entre los nómadas y los barones tribales, los herederos de las ciudades griegas de Alejandro dieron lugar, al menos, a una corte persa de hacendados rurales, si bien el resplandor de las ascuas del helenismo todavía podía verse en el brillante fuego de la Persia Sasánida.

Durante los siglos de su lento declive, la educación que los griegos recibieron de Oriente es un asunto mucho más delicado. A pesar de que, para los geógrafos occidentales, las conquistas de Alejando parecían haber abierto un conocimiento más amplio y preciso del lejano Oriente en aquellos lugares en los que los hombres hablaban griego, su propia visión de Oriente no fue sensiblemente más correcta. Puede que el único avance fuera más espiritual que científico. Al igual que los intelectuales occidentales que idealizaron la Rusia estalinista, los académicos, desde la distancia, atribuyeron ideales utópicos a unos pueblos del lejano Oriente que no habían visto; esta actitud era posible porque sentían que la filosofía de Oriente merecía ser respetada. Aunque los debates entre los sabios orientales y los filósofos griegos ya habían aparecido en la literatura griega, bajo el dominio griego persistió el tema de que Oriente poseía la sabiduría más antigua y venerable. Lejos de suprimir a los dioses orientales, los griegos los identificaron con los suyos y, a través del arte, se hace patente una cierta actitud de deferencia hacia los dioses resultantes de esa combinación. En las representaciones de deidades greco-orientales, en especial en el caso de las numerosas diosas madre halladas en el este, el elemento oriental tiende a ser dominante; no es difícil imaginar cómo, para algunos griegos, la religión llena de contrastes de los Olímpicos cedió terreno ante la moral y la fe espiritual de Buda. De esto hay huellas incluso en los limitados testimonios que poseemos; hubo macedonios, probablemente en las colonias de Asia Menor, que siguieron a los Magos y adoptaron la adoración del fuego de los iranios, mientras que, en las ciudades griegas del Asia occidental, la influencia de las familias iranias, que controlaban los sacerdocios de la ciudad consagrados a la diosa Ártemis, su propia Anahita, no pudo haber sido insignificante. Cuando los reyes de la Bactriana griega pusieron a dioses indios paganos en sus monedas, puede que intentaran algo más que

hacer una diplomática referencia a los indios que vivían en sus reinos, en tanto que es muy probable que entre los griegos abandonados a Chandragupta y sus sucesores indios se produjeran conversiones al budismo, nada menos que a través de los matrimonios con nativas. Un oficial de los restablecidos reinos griegos del noroeste de la India escribió una dedicatoria a Buda en griego, mientras que otro, quizás un macedonio, hizo lo mismo doscientos años después de que hubiera finalizado el dominio griego; estos retazos testimoniales sugieren que los budistas griegos no fueron algo fuera de lo común. Para quienes contemplan al enorme atractivo que la religión oriental tiene entre los jóvenes del Occidente industrializado dominante, no hay nada sorprendente en la conversión de los griegos.

Si los griegos fueron conscientes de que Oriente poseía una sabiduría, la interpretaron en cualquier caso según sus propios patrones occidentales. A diferencia de los británicos, que promovieron el estudio de la cultura india nativa, los griegos no se interesaron tanto por la tradición oriental, excepto allí donde podían decantarla hacia sus propios conceptos; la mirada que arrojaron sobre Oriente estaba determinada por Platón y Heródoto, y su propia cultura definió los puntos que debían observar. Cada tribu y comunidad oriental se ajustó a la prehistoria de los mitos y héroes de los griegos, sin mostrar ningún respeto por sus orígenes independientes; Buda se convirtió en el descendiente de un compañero-soldado de Dioniso durante la invasión de la India, del mismo modo que los tesalios del ejército de Alejandro ya habían deducido que los armenios eran hijos de su héroe Jasón, porque llevaban prendas de vestir de estilo tesalio. No hay datos de que ningún escritor griego hablase un dialecto iranio, y los orientales que escribieron libros en griego sobre la historia de sus reinos adaptaron su narración a los conceptos que resultaban comunes a los griegos; un autor helenizado no podía distanciarse de las actitudes griegas que había decidido compartir. Entre los griegos, el profeta Zoroastro fue descrito más como un mago que como un reformador religioso; sólo es una leyenda sin ningún valor la historia de que Alejandro ordenó que se efectuara una traducción griega de los muchos escritos de Zoroastro que encontró en Persépolis.

Cuando la historia del Oriente helenizado sea conocida de un modo más completo, seguirá pareciendo una historia de oportunidades perdidas, de nuevas fronteras desperdiciadas por las peleas de los sucesores de Alejandro. Nunca estaremos seguros de cuáles fueron las verdaderas intenciones de Alejandro, pero puesto que pasó a través de los pueblos y los páramos de las tribus que vivían al otro lado de Hamadán, tuvo que ser fácil (aunque no lo sea para nuestra moda poscolonial) sentir que una educación griega y las aspiraciones de los griegos constituían una fuerza procedente de un mundo superior. La amplia y absoluta ruptura con el pasado que tuvo lugar en el este después de las conquistas de Alejandro ha parecido mucho más obvia a los historiadores del arte oriental que a los estudiosos de

los dispersos testimonios escritos. Sin embargo, el arte es una medida de la sociedad y, cuanto más lo conocemos, más nos parece que el papel de Alejandro merece ser considerado decisivo.

La mayoría de historiadores han creado a su propio Alejandro, y una visión parcial del personaje corre el riesgo de haber pasado por alto la verdad. Hay aspectos que no pueden ser discutidos, como la extraordinaria resistencia que tenía un hombre que sufrió nueve heridas. Una de esas heridas le partió el tobillo, otra fue causada por una flecha que le atravesó el pecho, otra por una saeta que, lanzada desde una catapulta, le atravesó el hombro. Dos veces lo alcanzaron en la cabeza y el cuello, y en una ocasión se le nubló la vista a causa de un golpe. En el frente de batalla siempre demostró una valentía que rayaba en la locura, una actitud que desde entonces muy pocos generales han considerado adecuada; Alejandro se propuso mostrarse como un héroe y, desde el Gránico hasta Multan, dejó tras de sí un rastro de heroicidades que nunca ha sido superado y que quizás es asumido con demasiada ligereza como uno más de sus muchos logros. Hay dos maneras de conducir a los hombres: delegar toda la autoridad y rebajar la carga del líder, o compartir cada dificultad y decisión y hacer que los demás vean que uno se ocupa del trabajo más duro, prolongándolo hasta que todos los demás hombres hayan terminado. El método de Alejandro fue este último, y sólo quienes han sufrido el primero pueden entender por qué sus hombres lo adoraban; algunos recordarán la ligereza con la que los hombres hablan del ejemplo de los líderes, pero también se acordarán de cuánto le cuesta, tanto a la voluntad como al cuerpo, mantener vivo ese ejemplo.

Alejandro no sólo fue un hombre resistente, resoluto y valiente. Luchador mortífero, tenía sin embargo amplios intereses aparte de la guerra: la caza, la lectura, el patrocinio de la música y el teatro, así como su duradera amistad con artistas, actores y arquitectos griegos; se preocupaba por los alimentos que tomaba y se interesaba diariamente por sus comidas, apreciando las codornices de Egipto o las manzanas de los huertos occidentales; desde los pozos de nafta del Kirkuk hasta el «pueblo de Dioniso» de la India, Alejandro demostró tener la curiosidad del explorador nato. Tenía una perspicaz preocupación por la agricultura y el riego, que había aprendido de su padre; también de Filipo procedía su constante interés por las nuevas ciudades y por su trazado y sus leyes. Su generosidad era famosa y le encantaba recompensar la misma disposición de espíritu que se exigía a sí mismo; disfrutó de la amistad de los nobles iranios y, cuando se relacionaba con mujeres, tenía con ellas un trato cortés. Del mismo modo que la experiencia oriental de los últimos cruzados llevó por primera vez la idea del amor cortés a los aposentos de las mujeres en Europa, puede que la visión que Alejandro tenía de Oriente le impulsara a llevarse esta cortesía consigo. Es extraordinario cómo los cortesanos persas aprendieron a admirarle, pero la doble simpatía para con los estilos de vida de Grecia

y Persia fue quizá la característica más singular de Alejandro. Era asimismo impaciente y, a menudo, presuntuoso; los mismos oficiales que lo adoraban debieron de haberlo encontrado a menudo intratable, y el asesinato de Clito constituía un atroz recordatorio de cómo la petulancia podía convertirse en ciega cólera. Aunque bebía como vivía, sin escatimar nada, su mente no estaba abotargada por una indulgencia excesiva; no era un hombre al que se pudiera enojar o al que pudiera decírsele lo que no podía hacer, y siempre tuvo firmes puntos de vista sobre lo que quería.

Junto con estos bruscos modales iban la disciplina, la rapidez y un astuto sentido político. Pocas veces daba una segunda oportunidad, pues por lo general lo defraudaban; encaraba los asuntos con inteligencia y audacia, tanto en lo que respecta a su insistencia de que la expedición que emprendía era el reverso del sacrilegio persa —aunque la mayoría de los griegos se opusiera—, como a su lúcida convicción de que la clase dirigente del Imperio debía recaer conjuntamente en iranios y macedonios, y de que la corte y el ejército debían permanecer abiertos a cualquier súbdito que pudiera servirlos. Era generoso y calculaba su generosidad para que se ajustara a sus propósitos; sabía que era absurdo esperar hasta estar seguro de que los conspiradores eran culpables. Como gran estratega, asumió riesgos porque tenía que hacerlo, pero siempre intentó protegerse, «derrotando» a la flota persa desde tierra o aterrorizando las tierras altas del Swat por encima de su ruta principal hacia el Indo: la calculada espera hasta que Darío pudo iniciar una batalla campal en Gaugamela fue increíblemente eficaz, y su plan de abrir la ruta marítima desde la India hasta el Mar Rojo fue una prueba de la amplia visión que tenía de las realidades económicas, que la Alejandría de Egipto todavía atestigua. La misma audacia animó la fatal marcha a través del Makran; poseía sentido táctico, tanto en el Hidaspes como en la política que siguió en Babilonia y Egipto, pero la confianza que tenía en sí mismo podía contrarrestarlo y la suerte no siempre estuvo del lado de esa confianza. En este punto, es muy revelador el hecho de que el beneficio racional no fue la causa de su constante búsqueda de conquistas, como lo ha sido en la mayoría de las restantes guerras a lo largo de la historia. A través de Zeus Amón, Alejandro creyó que estaba especialmente favorecido por el cielo; a través de Homero, eligió el ideal de un héroe, y, para los héroes de Homero, no podía haber marcha atrás ante las exigencias del honor. Ambos ideales, el divino y el heroico, propulsaron su vida demasiado alto como para que ésta perdurase; cada uno de ellos era el ideal de un romántico.

Un romántico no debería ser «romantizado», pues Alejandro pocas veces es compasivo y siempre se muestra distante, pero resulta tentador ver en él, por primera vez, la complejidad de la naturaleza romántica en el seno de la historia griega. Están los pequeños detalles, la espontánea respuesta que daba a cualquier muestra de nobleza, el respeto por las mujeres, el aprecio que sentía por las costumbres orientales, el extremado cariño que profesaba a su perro y, de manera especial, a su

caballo; deliberadamente, sus artistas cortesanos crearon un estilo romántico al realizar su retrato, y quizá sea revelador el hecho de que, del saqueo de Tebas, la única pintura que eligió para él fue la de una mujer cautiva pintada con ese estilo intensamente emocional que sólo un romántico habría apreciado; también fue un hombre de ambiciones apasionadas, que valoró la intensa aventura que supone lo desconocido. No creía que nada fuera imposible; un hombre podía hacer cualquier cosa, y él casi lo demostró. Nacido en un mundo que se encontraba a caballo entre Grecia y Europa, vivió fundamentalmente para los ideales de un pasado distante, esforzándose en hacer realidad una época a la que había llegado demasiado tarde.

Amigo, si por desertar de la guerra que tenemos delante
tú y yo estuviésemos destinados a vivir para siempre, sin conocer la vejez,
abandonaríamos; yo no lucharía entre los primeros,
ni te enviaría a la batalla que confiere gloria a los hombres.
Pero tal como están las cosas, cuando los ministros de la muerte están cerca
a millares, y cuando ningún hombre nacido para morir puede escapar de ellos o siquiera eludirlos,
vayamos.

Ningún hombre volvió a llegar nunca tan lejos como Alejandro en este sentido. La emulación de Aquiles, el héroe de Homero, fue revivida por su sucesor, el rey Pirro, pero éste no poseía el talento necesario para que sus victorias frente a Roma y en Sicilia fuesen rotundas, y murió sumido en el fracaso, abatido por una mujer. Después, la emulación se limitó a las lápidas de los últimos gladiadores romanos, que se llamaban a sí mismos con nombres sacados de Homero, los últimos campeones heroicos de una era en la que las perspectivas de los héroes se estrecharon y el mundo se redujo a la arena del circo.

A los cinco años de la muerte de Alejandro, sus Sucesores en Asia se reunieron cerca de Persia para discutir sus diferencias; ni siquiera se los podía convencer de que se sentasen juntos, hasta que alguien sugirió reunirse en la tienda real de Alejandro, donde todos ellos podrían hablar como iguales ante el cetro, las vestimentas reales y el trono vacío de Alejandro. Estos hombres habían sido sus oficiales, pero eran incapaces de deliberar en común sin su presencia invisible. Con la muerte de Alejandro, la atmósfera que había impregnado la corte se había desvanecido, y lo sabían. Sólo un amante de Homero puede sentir lo que esa atmósfera debió de haber sido.

NOTAS, ADDENDA Y BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

NOTA GENERAL SOBRE LAS FUENTES

Por comodidad, a lo largo del libro reproduzco muchas citas y opiniones en nombre de los historiadores originales de Alejandro: Calístenes, Ptolomeo, Aristóbulo, Nearco y Onesícrito. No me cansaré de insistir en que todas estas citas y opiniones sólo son conocidas de segunda o tercera mano, tal como fueron parafraseadas por otros escritores clásicos cuatrocientos años más tarde, algunas de las cuales se escribieron quizá para dar cuenta de los banquetes, la geografía o la gramática. No puede esperarse que se haya conservado ninguna palabra o frase del original, sobre todo porque los autores macedonios eran conocidos por la mediocridad de su estilo; aun así, en ocasiones las fuentes secundarias mencionan a los autores originales, y, en otras, los nombres originales pueden restituirse, casi con seguridad, por medio de comparaciones y confrontando los resúmenes. En estos raros casos, en lugar de escribir «decía Aristóbulo, tal como es citado por Estrabón, el geógrafo augusteo», he escrito simplemente «como decía Aristóbulo». Sólo lo hago en los casos en los que considero que la identidad del original es segura y únicamente cuando deduzco que el sentido general, y no la redacción, es auténtico.

Una breve introducción a los nombres que hay tras las citas: Calístenes nació en Olinto, en el noreste de Grecia, una ciudad que fue destruida por Filipo; era pariente de Aristóteles, el tutor de Alejandro, probablemente su primo, y fue contratado como historiador ya de cierto prestigio para escribir sobre las hazañas de Alejandro en Asia, si no antes. Ptolomeo, el macedonio, era amigo de Alejandro desde la infancia y fue uno de sus oficiales. Escribió una historia después de la muerte de Alejandro, cuya fecha de publicación es desconocida. Gobernó Egipto después de la muerte de Alejandro, y fundó la dinastía de los Ptolomeos. Nearco había nacido en Creta, pero residió en la ciudad griega de Anfípolis, que Filipo conquistó y anexionó a Macedonia; también él fue un amigo de la infancia y acabó siendo almirante de Alejandro; publicó unas memorias de su servicio también tras la muerte de Alejandro. Onesícrito era de Astipalea, en la isla de Cos; estudió con el filósofo Diógenes y acabó sirviendo como alto oficial en la flota de Alejandro; su extravagante obra posiblemente fue la que apareció primero después de la muerte de Alejandro. Se ignora el origen de Aristóbulo, aunque el nombre es conocido en Olinto, pueblo natal de Calístenes y cercano a su última residencia en Casandrea; sirvió a Alejandro, pero el único trabajo que se le conoce es haber restaurado la tumba de Ciro en Pasárgada. Quizás era arquitecto y, visto el tono apologético de su historia, resulta tentador llamarlo el Albert Speer del «Alexanderreich». Empezó a escribir tras cumplir

ochenta y cuatro años, al menos treinta y tres años después de la muerte de Alejandro.

Hay otro historiador que nos interesa: el poco conocido Clitarco, cuyo padre había escrito una pintoresca historia de Persia y que probablemente nació en el pueblo jonio de Colofón, un lugar con una larga tradición de poetas. Escribió en un majestuoso estilo retórico y fue considerado poco fidedigno, aunque habilidoso. No se sabe que siguiera a Alejandro o que fuera testigo de su carrera, pero se puso a escribir hacia el año 310 a.C., al cabo de treinta años de la muerte de Alejandro, y había leído la obras de Calístenes, Onesícrito y Nearco. Se decía que se había instalado en Alejandría de Egipto, donde pudo haber hablado con los oficiales y veteranos macedonios, pues su obra abarcaba más de diez libros en los que se percibía que había tenido acceso a detalles precisos.

Los principales autores secundarios son Arriano, un griego de Bitinia (al noroeste de Turquía), que llegó a ser cónsul romano bajo el mandato del emperador Adriano y escribió la *Anábasis de Alejandro Magno*, probablemente cuando estaba en su madurez, hacia 150 d.C. Había leído mucho, pero compuso su obra basándose principalmente en Ptolomeo y Aristóbulo, y, para los últimos tres libros, en Nearco. Diodoro de Sicilia vivió quizás hacia el año 20 a.C. y escribió una historia universal resumiendo a la ligera historias originales, confundiendo fechas y seleccionando los episodios tanto por su contenido moral y su demostración de las vicisitudes de la fortuna como por su valor histórico; en el libro 17, se ocupa de Alejandro recortando simplemente la historia de Clitarco y añadiendo unos pocos comentarios de su cosecha. Justino vivió quizás hacia 150 d.C. y es una fuente de tercera mano; lo que hizo fue resumir la obra de Pompeyo Trogo, un galo cultivado, probablemente de la época augustea (hacia 10 a.C.), cuyos libros no se han conservado; a menudo sus fuentes muestran huellas de Clitarco, y también de Aristóbulo y Calístenes, pero al ser compendiado por Justino su narración resulta muy dispar y no puede analizarse de manera provechosa. Quizá Trogo se sirvió de uno de los muchos autores que escribieron después de las historias originales. El romano Quinto Curcio escribió una historia de Alejandro de la que se han conservado los libros III-X; al igual que Diodoro, hace pleno uso de Clitarco, parafraseándolo sin contemplaciones a su propia manera latina, e incorpora otra fuente, cercana a una de las de Arriano, quizás Aristóbulo, quizá Ptolomeo. Creo que había leído los originales en griego y que los tradujo. La fecha de su redacción es desconocida, pero en Tácito se menciona un senador que se ajusta a su persona; de ser así, supongo que escribió hacia 45 d.C., pues recuerda muchísimo al emperador Calígula, cuya preferencia por Alejandro y su supuesto gusto por las costumbres orientales no eran del agrado de los senadores contemporáneos, costumbres que a veces fueron registradas con palabras que corresponden a las de Curcio sobre Alejandro. Hay otras pistas en su libro que apoyan esta comparación; además, es interesante comparar su relato sobre los debates

sucesorios después de la muerte de Alejandro con la crisis del año 41 d.C., cuando Calígula murió y Claudio (del que se decía que era retrasado, como Arrideo, el hijo bastardo de Filipo) obligó a los nobles a reconocerlo como emperador.

Por último tenemos a Plutarco, el griego de Queronea cuya *Vida de Alejandro* refleja sus numerosas lecturas y su amplio conocimiento de muchas de las historias originales, parafraseadas en sus propios términos a principios del siglo II d.C. y distorsionadas a veces por errores de detalle. La *Vida* que escribió formaba parte de una serie de biografías agrupadas en parejas; la biografía de Alejandro era paralela a la de César. También escribió obras retóricas defendiendo a Alejandro contra la acusación de que tuvo más suerte que talento.

Siempre resulta fácil criticar las insuficiencias de los historiadores coetáneos de Alejandro, pero deberíamos recordar que ningún griego había registrado anteriormente las hazañas de un rey vivo, de un modo detallado, sin moralizar o escribir panegíricos, y que nunca antes, ni después, ha habido un rey que haya realizado unas hazañas tan extraordinarias como las de Alejandro.

UNA NOTA SOBRE LAS NOTAS

Estas notas, de carácter selectivo, no pretenden ser completas; sin embargo, espero que contribuirán a explicar todas las afirmaciones que hay en el texto que parezcan poco corrientes o demasiado someras. La bibliografía sobre Alejandro elaborada por la investigación moderna ha aumentado repentinamente. N. J. Burich, *Alexanderthe Great: a bibliography* (1970) incluye más de mil artículos, muchos de ellos irrelevantes; E. Badian se ocupa de muchos artículos aparecidos durante los últimos veinte años en *Classical World* (1971), nos 3 y 4. El completísimo estudio de Jacob Seibert, *Alexander der Grosse* (1972)› abarca un amplio campo sin señalar los méritos más obvios que tienen los artículos que cita. Para quienes deseen acercarse a la vasta producción de estudios sobre Alejandro, me remito a Badian y Seibert; creo que he incluido cada uno de los artículos que mencionan, salvo cuatro que eran inaccesibles, y aquí me refiero sólo a los que amplían nuestro bagaje de conocimientos. Omito aquellos en los que se atacan los unos a los otros o los que, en mi opinión, se basan en lo que no conocemos; del mismo modo, he eludido los que confunden lo poco que sabemos. Enumerar las razones para rechazar tantas opiniones habría requerido un volumen complementario que no aportaría nada nuevo a la búsqueda de Alejandro, el único trabajo que verdaderamente interesa al historiador.

Para aquellos a quienes gusta multiplicar las referencias antiguas a un hecho a grandes rasgos similar, puede resultarles provechoso consultar las muy concienzudas observaciones a pasajes paralelos en el texto de la *Vida* de Plutarco de Konrat Ziegler (vol. II. 2 en la colección Teubner, 1968); sobre los muchos temas de carácter

general, donde actualmente el interés suele ser muy amplio, he optado por destacar los mejores estudios o los más recientes, dejando para el lector el seguimiento de la bibliografía en las citas. Además de Arriano, Curcio, Plutarco, Justino y Diodoro, sólo hay dos libros indispensables para los estudiosos de Alejandro, un hecho alentador que la ingente bibliografía no debería ocultar: el de Félix Jacoby, *Fragmente der Griechischen Historiker* (1929), vol. 2B, n.° 117 ss., con un comentario en el vol. 2D que quizás es, con diferencia, el mejor de la serie, y el libro de H. Berve *Das Alexanderreich auf prosopographische Grundlage*, vol. 1, pp. 147, 180-186 y 276 (con mapa) y todo el admirable vol. 2 (1926). Nunca podría haber escrito este libro sin estas dos grandes obras de referencia, y mi profunda deuda hacia ellas resultará obvia a los colegas que se dedican a la investigación, que a su vez dependen también de su ayuda. Por lo demás, el estudio de Alejandro sólo avanzará, si es que puede hacerlo, cuando los historiadores saquen sus propias conclusiones y se liberen de las que han sacado otros. Un excelente ejemplo es el destino del libro de W.W. Tarn, *Alexander the Great*, 2 vols. (1950), el trabajo más influyente en inglés tanto para críticos como para admiradores; la breve narración del vol. 1 es explicada en treinta y seis apéndices en el vol. 2, pero, puesto que treinta y cinco de los treinta y seis son persistentemente erróneos, tanto por el método como por las pruebas, no he tenido en cuenta esta obra a la hora de escribir el presente libro. Sin embargo, los esfuerzos de creer o refutar a Tarn todavía continúan a ritmo acelerado.

Tras haber preparado largos apéndices sobre el ejército desde 331 hasta 323, una minuciosa recopilación de las fuentes y las discusiones detalladas de los testimonios de la batalla del Gránico, el asesinato de Clito y, sobre todo, la muerte de Alejandro, entiendo que es mejor relegarlos a las publicaciones especializadas porque sus resultados son en su mayor parte negativos y se alimentan de puntos de vista académicos antagónicos.

En pocas palabras, parto de la cuestión de la relativa escasez de hombres que tuvo Alejandro desde noviembre de 330 hasta el invierno de 329-328. Creo que en invierno de 329-328 se introdujeron siete hiparquías por razones estratégicas, cuando llegó un número masivo de refuerzos. Al mismo tiempo, tres nuevas brigadas de infantería, probablemente de mercenarios no macedonios semientrenados, se añadieron bajo el mando de Gorgias, Meleagro y Clito el Blanco (pronto reemplazado por Átalo, hijo de Andrómenes). Estos cambios precedieron al asesinato de Clito; puede que contribuyeran a aquella pelea, pero no lo reflejaban.

Los Compañeros habían disminuido a mil novecientos aproximadamente, pero creo que los jinetes iranios todavía no ocupaban las hiparquías interiores. A mi entender, ciento veinte mil hombres son, de hecho, una cifra verosímil para el inicio del viaje al Indo; como máximo, cuarenta mil habrían llegado a entrar en el Makran,

probablemente menos, dependiendo del (¿considerable?) tamaño de la flota de Nearco. Sospecho que, en este caso, la flota era mayor que el ejército de tierra. Después del Makran, todos los cálculos son imposibles.

Por lo que se refiere al Gránico, sostengo que la historia de Diodoro de Sicilia es de una minuciosidad merecedora de respeto y está apoyada por otras fuentes y pasajes, aunque creo haber probado el cálculo erróneo que Diodoro hace del tiempo; la prefiero a las de Arriano, Ptolomeo, Aristóbulo y Plutarco por varias razones, y en Arr. i, 14, 8 sugiero que es Ptolomeo quien elaboró el tema del insensato consejo de Parmenión. En Quinto Curcio (¿Clitarco?) el consejo de Parmenión tiende casi siempre a ser aceptado; por tanto, también en Aristóbulo (*apud* Plut. 21). Pero en Arriano (excepto para Arr. 3, 9, 3-5, muy probablemente debido también a Aristóbulo), Parmenión siempre es rebatido. Del mismo modo que (creo) Calístenes pudo, en una ocasión, haber hablado con desdén de Pérdicas, también desairó a Parmenión (véase Plut. 33); sugiero que Ptolomeo elaboró el tema contra Parmenión, como evidentemente hizo contra Pérdicas.

En cuanto a Clito, considero que el moderado relato de Quinto Curcio y Justino debería diferenciarse de la tiranía, la filosofía, la divinidad y la decadencia oriental subrayadas por Arriano y Plutarco (que no usa a Cares como fuente principal). Contrastan los dos roles que atribuyen a Calístenes y Anaxarco y las diferentes cronologías del episodio; al igual que Arriano, el prólogo a DS 17 prueba que Diodoro relató el incidente «fuera de lugar». Sospecho que ello tiene que ver con el propio sesgo moral de Diodoro, no de Clitarco. Todas las fuentes apenas hablan acerca de la causa de la pelea. Ptolomeo la omite.

Sobre las fuentes, creo que Plutarco utiliza todo el tiempo una colección de «cartas» de Alejandro, y, si una de ellas es una falsificación (no hay duda de que una al menos lo es), entonces todas son sospechosas. No estoy de acuerdo en que cada una debería comprobarse según su propia importancia; además, un análisis de este tipo es circular. Sugiero que hay más verdad en la hostilidad peripatética de la que actualmente se acepta, aunque menos de la que Tarn deduce. Estoy convencido también, contra los recientes cuestionamientos, de que Clitarco fue la única fuente para DS 17 (las discrepancias entre F1 y DS 17, 14 pueden explicarse) y de que los abundantes paralelismos entre Quinto Curcio y Diodoro de Sicilia se deben a él (muy lejos de exagerar esta circunstancia, E. Schwarz, RE 4, 1873 ss. la planteó de un modo demasiado suave y vago). En cuanto a Ptolomeo, acepto los argumentos de sesgo personal en principio, pero no estoy de acuerdo con algunos detalles; sugiero que sus posteriores relaciones con Tais, Laomedonte, Cleómenes, Cirene, los reyes y la flota chipriota, la «libertad» griega, Pérdicas (aplicable incluso de un modo más amplio de lo que se ha demostrado), Siria e incluso Amón (Paus. 9, 16, 1) dejaron, todas o casi todas, una huella en Arriano.

En cuanto a la muerte de Alejandro, la perspicaz explicación de A. B. Bosworth, *CQ* (1971) pp. 112 ss., conduce a conclusiones que no puedo aceptar, y menos aún la supuesta «evidencia» en DS 18 de un complot para eliminar a Alejandro. Otras hipótesis pueden encuadrarse en los Diarios y me refiero, por ejemplo, a estudiar la influencia de Casandro (y, curiosamente, de algunos peripatéticos) como una alternativa. Serapis, buena parte del panfleto romano, la cita de Eliano de los Diarios y el probable papel que jugaron Ptolomeo y Aristóbulo necesitan un nuevo enfoque.

En las notas siguientes, utilizo estas abreviaturas:

Esquin.	Esquines
Esquil.	Esquilo
Am. Mar.	Amiano Marcelino
AP.	Antología Palatina
Apol. Rod.	Apolonio de Rodas
Ap.	Apiano
Ar.	Aristófanes
Arist.	Aristóteles
Aristób.	Aristóbulo
Aristóx.	Aristóxeno de Tarento
Arr.	Arriano
Asclep.	Asclepiódoto
Aten.	Ateneo
Aten. Mee.	Ateneo el Mecánico
B.E.	Expedición Yale a Babilonia, volumen y número de tablilla
Baquíl.	Baquílides
Berve	H. Berve, *Das Alexanderreich aufprosopographische Grundlage*, vol. 2 (1926). Cada nombre tiene un número, que cito cuando es necesario; de otro modo, «Berve, V. V.» significa «véase la entrada para el nombre en cuestión en Berve, voi. 2».
Calíst.	Calístenes
Callíx.	Calíxeno de Rodas
Cic.	Cicerón
Clit.	Clitarco
Curc.	Quinto Curcio
D. Cris.	Dión Crisòstomo
DC	Dión Casio
Dem.	Demóstenes
DL	Diógenes Laercio
DS	Diodoro de Sicilia; las referencias se ofrecen sólo con el número del capítulo (p. ej. DS 53) y se refieren únicamente al libro 17.
E. Byz.	Esteban de Bizancio
El.	Eliano
El. Táct.	Eliano el Táctico

En. Táct.	Eneas el Táctico
Eratós.	Eratóstenes
Eur.	Eurípides
Eus.	Eusebio de Cesarea
Frontin.	Frontino
Gel.	Aulo Gelio
GHI	M. N. Tod, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, vol. 2
HCPA	J. R. Hamilton, *Hist. Comm. on Plutarch's Alexander* (1968)
Hdt.	Heródoto
Hes.	Hesíodo
Hesiq.	Hesiquio
Jer.	San Jerónimo
Hld.	Heliodoro
Hom.	Homero
Hig.	Higinio
Hip.	Hipérides
Isócr.	Isócrates
Jos.	Flavio Josefo
Jul.	Juliano
Jul. Val.	Julio Valerio
Just.	Justino
Lib.	Libanio
Liv.	Tito Livio
Luc.	Luciano de Samosata
Lis.	Lisias
Macrob.	Macrobio
Nep.	Cornelio Nepote
Onesícr.	Onesícrito
Ov.	Ovidio
Paus.	Pausanias
Pd.	Píndaro
Filóstr.	Filóstrato
Filarc.	Filarco
Plat.	Platón
Plin.	Plinio, *Historia universal*
Plin. J.	Plinio el Joven
Plut.	Plutarco, *Vida de Alejandro* (se cita sólo el numeral referente al capítulo; las otras obras del autor se citan con las abreviaturas comúnmente aceptadas).
Polien.	Polieno
Polib.	Polibio
Procop.	Procopo de Cesarea
Ptol.	Ptolomeo

Escim.	Escimmo
Sóf.	Sófocles
Estr.	Estrabón
Suet.	Suetonio
Sím.	Símaco
Tác.	Tácito
Teof.	Teofrasto
Tuc.	Tucídides
Teóc.	Teócrito
Teop.	Teopompo
Timot.	Timoteo de Atenas
Tzetz.	Tzetzes
Val. Máx.	Valerio Máximo
Virg.	Virgilio
Vitr.	Vitruvio
Jen.	Jenofonte

Otras referencias se explican por sí mismas. Las inscripciones y las publicaciones periódicas están citadas de una forma inteligible para los académicos, que son los únicos que las utilizan. Todos los fragmentos, a menos que se especifique otra cosa, hacen referencia a las cifras que aparecen en F. Jacoby, *Fragmente der Griechischen Historiker* (Efipo 126 F1 significa fragmento 1 de Efipo, historiador n.° 126 en la compleja disposición de Jacoby).

NOTAS AL CAPÍTULO 1

Datación: Arr. 1, 1, 1 (arconte «Pitodemo», seguramente Pitodelo) supone julio de 336; cf. *IG* 22, 1, 240, Jos., *A. J.* 19, 93 es un extraño malentendido. *Matrimonio tío-sobrina*: L. Gernet, *Anthropologie de la Grèce antique* (1968), pp. 344 ss. y los ejemplos de esta particular afinidad que J.K. Davies indica en su *Athenian Propertied Families* (1970), n.^{os} 8792 y 11672. *Filipo el caudillo*: *GHI*, vol. 2, n.° 177 con notas, pp. 228-229. El hecho de que Filipo sea denominado el caudillo implica, a mi entender, que se daba por sentado la idea de una alianza desde el principio, quizás a través de las alianzas individuales suscritas con muchas ciudades en 338-337 (C. Roebuck, *CP* [1948], p. 73). Una simple paz no tendría un caudillo, sino un presidente: cf. el liderazgo de Esparta de sus *aliados* peloponesios (G. E. M. de Sainte Croix, *The Origins of the Peloponnesian War* [1972], pp. 303 ss. y la sugerencia de N.G.L. Hammond, *Epirus* [1967], pp. 538 ss., de una hegemonía similar por los molosos en el Epiro de Filipo). *Matrimonio de Cleopatra*: Berve, V. V.

«Cleopatra», n.° 434. *Pelea*: Just. 9, 7, 3; Plut. 9, 6-10; Sátiro *apud* Aten. 13, 557d-e. La ocurrencia sobre la ilegitimidad seguramente no apuntaba a la falta de pura sangre macedonia de Alejandro; la propia madre de Filipo era iliria (Estr. 7, 7, 8) y el ejemplo de Dionisio II sugiere que puede que la pureza de sangre no importara (pero contrasta con el heredero de Pisístrato: Hdt. 1, 61; 5, 94; Tuc. 6, 55, 1). La observación se refiere al estatus de divorciada de Olimpia o, al ser sospechosas todas sus fuentes, a la tontería de la serpiente (Plut. 2, 6, y en especial Just. 9, 5, 9, donde esto debe de ser el *stuprum* de Olimpia). *Hijos de Cleopatra*: Carano (a pesar de Tarn) sin duda existe y la *noverca* debería, por lógica en Just. 9, 7, ser Cleopatra. Si fuera hijo de un anterior matrimonio —no conocemos su edad o su tribu natal— no habría sido el rival que fue (Just. 9, 7, 3; 11, 2, 3). Cleopatra tuvo una hija, Europa, de Filipo (probablemente); Aten. 13, 557e. Pero DS 17, 2, 3 no especifica el sexo del bebé nacido unos pocos días antes de la muerte de Filipo; Paus. 8, 7, 7 (confundido por Berve) se refiere explícitamente a un *hijo varón* de Cleopatra y no es demasiado grave que Sátiro, citado por Ateneo, no mencione a este niño (apenas vivió unos días). La fecha del nuevo matrimonio de Filipo es completamente incierta: puede que fuera a principios de la primavera de 337 y Eurídice-Cleopatra (un matrimonio por amor, según Sátiro) podía estar ya embarazada de Filipo. Puede que diera a luz a Europa en el verano de 337; DS 93, 9 y Plut. 10, 5 demuestran que estaba casada en la época del asalto de Pausanias (Hamilton, *HCPA*, acerca de Plut. 10, 5 está en desacuerdo con esto sin motivo, excepto por un deseo de desacreditar la historia) y, si esto estaba relacionado con una campaña iliria (DS 93, 6), puede que la campaña tuviese lugar en el verano de 337. Alejandro habría huido ese verano para regresar en otoño, cuando el asunto de Pixódaro, un prolongado proceso de idas y venidas, podía haber tenido lugar al final de la estación de navegación de 337 o (como yo prefiero) en la estación de navegación de 336. Carano habría sido concebido en octubre de 337; su nacimiento y el (¿reciente?) exilio de los amigos de Alejandro lo habrían apremiado en julio de 336. Sin duda Europa y Carano son distintos (Just. 9, 7, 3; 11, 2, 1 y el plural retórico *fratres* en Just. 12, 6, 14 como opuesto a Just. 9, 7, 12 y Aten. 557c), y esto anula la lógica de Just. 9, 7 para asumir a un hijo desconocido, por ejemplo, por Fila la elimiota (así Berve; entonces él sería mayor y todavía resulta más extraño que Sátiro-Ateneo no mencione a este hijo). Dada la cronología, Carano es seguramente el bebé varón de Cleopatra: su nombre también tiene una justa resonancia de realeza macedonia (Just. 7, 7, 7) que sólo pudo haber asustado más a Alejandro (¿cf. el nombre Europa?). La prueba del Filipeo en Olimpia es seductora (Paus. 5, 20, 9). Tenía estatuas del padre de Filipo, de Alejandro, Olimpia y Eurídice, probablemente encargadas hacia la primavera de 337. Por supuesto Eurídice puede ser la madre de Filipo, pero su nueva novia se llamaba Eurídice antes de su matrimonio (Arr. 3, 6) y puede que Filipo estuviera tan interesado en ella que la

incluyera en el monumento. De ser así, el matrimonio se confirma para principios de 337. *Alejandro del Epiro*: Berve, n.° 38. *Egas*: Teof., *Vent*. 27 es decisivo para un emplazamiento en las estribaciones septentrionales del monte Olimpo; Teofrasto vivió en Macedonia y su conocimiento local, incluso de la Filipos tracia, da testimonio de sus viajes (P. Collart, *Phillippes* [1937], pp. 185 ss.). Edesa es un nombre muy moderno para la antigua Vodhena (si ésta deriva de la palabra frigia *bedu*, agua, deberíamos recordar el relato de la ocupación frigia del monte Bermio: Calíst. F54); quizá no se trate de la antigua Edesa, que por otro lado era distinta de la antigua Egas: véase Plut., *Pyrrh*. 26, 1. Las tumbas reales siempre están situadas en Egas, no en Edesa: véase DS 22, 12. En septiembre de 1970, observé el fenómeno de las nubes de Teofrasto en la actual Vergina: para los cementerios que hay allí, cf. *Balkan Studies* (1961), pp. 85 ss. y para, por lo demás, el inexplicable palacio: «Vergina», *Studies in Med. Archaeol*. XII (Lund). Ambos artículos son de M. Andronicos; a pesar de una moneda de Lisímaco en los cimientos del muro, la datación del palacio está lejos de ser segura. Véase Addenda. *Fuentes sobre el asesinato de Filipo*: Arist., *Pol*. 1311b es básico y puede que contribuyera a inspirar a DS 16, 92 ss. (a partir de Dilo el ateniense —DS 76, 5—, y observa el sesgo ateniense quizás en 77, 3 y 92, 2; el tema del sofista en 94 es un lugar muy común). Just. 9, 6-7 es de fuente desconocida, pero no menos valiosa; simplemente porque estas fuentes son dramáticas, sus «hechos», no sus motivos, no son necesariamente falsos. *Entorno persa*: Just. 10, 3 DS 17, 5, 3; El., *V. H*. 6, 8. *Estatua divina*: DS 16, 92, El., *V. H*. 5, 12; Aten. 6, 251 b; Luc., D. *mort*. 1, 3, 2; Callíx., *FGH* 627 F2; *OGIS* 332, 1, 27. S. Weinstock, *HTR* (1957), p 235, notas 142-143, sobre la probable utilización por Alejandro (*Syll*.3 589, líneas 41 ss.: sobre la pompa de aquellos momentos. O. Weinreich, «Lykien Zwolfgotterrelief», *SHAW*. (1913), pp 1 ss. es magistral. Para Julio César, cf. DC 43, 45, 2; Cic., *Att*. 13, 28, 3. ¿Inventó Filipo este honor? *Honores divinos de Filipo*: GHI 191, con el que cabe comparar Zeus Seleuceo y Afrodita Estratonice; la forma adjetiva probablemente significa «Zeus como patrono de Filipo», y no es una divinización muy directa de Filipo, a diferencia, por ejemplo, de Júpiter Julio, Pitionice Afrodita o Heracles Témiso (*FGH* 80 Fr). Con Arr. 1, 17, 10 ss., cf. A.D. Nock, *HSCP* (1930), p. 56, nº 2, cuyas dudas yo no comparto; más pruebas en C. Habicht, *Gottmenschentum und die Gnechische Städte* (1970), pp. 12 s. ¿Filipo fue adorado con seguridad en las ciudades recién fundadas por él? DS 92, 6-93, 1 demuestra que los motivos de Filipo no eran ningún sacrilegio, y Suda, V. V. «Antípatro» es irrelevante. Los lectores de J. Becker, *De Suidae Excerptis Historicis* (1915) vacilarán antes de aceptar cualquier entrada en la Suda como histórica, aparte de sus testimonios sobre el sacrilegio, cuando recurre en tantas ocasiones a compiladores como el monje cristiano Jorge. *Muerte de Pausanias*: DS 94, 4 (¿abreviado por DS?) insinúa el lugar del asesinato; *Pap. Oxyrh*. 1798. *FGH*

148, línea 16 menciona *apotympanismós* (aquí, *autón*, puesto que ha sido restablecido, se refiere probablemente a Pausanias, 110 a un cómplice). El extraordinario *Ho Apotympanismos* (1923) de A.E. Keramopoullos, con la completa revisión de L. Gernet, *REG* (1924), p. 261, y Ar., *Teof*. 930-946; Esquil., *Pr*. 1 ss., demuestra la verosimilitud de esto; Just. 9, 7, 10 latiniza la estaca convirtiéndola en una cruz, pero observa correctamente que el cuerpo fue enterrado. Esto se ajusta a *apotumpanismós* con exactitud, y, encadenado, Pausanias pasó hambre durante unos días en los que pudo hablar. *Oráculo*: DS 91, 2; Paus. 8, 7, 6; cf. El., *V.H*. 3, 45 (Trofonio). *Motivo*: A.B. Bosworth, CQ (1971), pp. 93 ss. no es convincente; no explica la secuencia cronológica del asesinato, un año o más después del nuevo matrimonio de Filipo, o por qué la Lincéstide (cuya política debía más a los ilirios) no debió de sentirse igualmente «excluida» por la epirota Olimpia. Entre muchas otras objeciones, ¿cómo sabemos que Cleopatra era una habitante del llano? Puede que también fuera lincesta. *Motivo de queja de Pausanias*: DS 93, 8-9 demuestra que ocurrió después del nuevo matrimonio de Filipo; no hay motivos para una fecha anterior a 344. «Pleurias» puede ser Pleurato o Glaucias (Arr. 1, 5, 6) y hay suficientes campañas contra Iliria de las que no se sabe nada (véase Curc. 8, 1, 25; Frontín. 2, 5, 10, 3, 4, 5) para que una se ajuste al verano de 337 o incluso de 336. Pero la posición de Pausanias como Escolta (si es precisa) casa mal con su juventud (cf. Just. 9, 6, 5). *Aristóteles, testigo poco fidedigno: véase Pol*. 1304a, con R. Weil, *Aristote et l'histoire* (1960). *Oréstidas*: DS 93, 3 con Hammnond, *Epirus*, pp. 52 ss. *Caballos*: Just. 9, 7, 9, cuyo plural da un papel a los cómplices. El tema de la venganza, aplicable (en Aristóteles) sólo a Pausanias, y su muerte súbita en DS 16 (¿equivocada?) no descarta la purga de los cómplices en DS 17, 2, 1 y Just. 11, 2, 1 (cf. Arr. 1, 2, 5); otros, como Alejandro de Lineo, puede que hablaran, y Pausanias pudo utilizar ayuda en la puerta. Es un error analizar el asesinato a partir de versiones opuestas; todas ellas encajan, pero ninguna fuente es de fiar. Pausanias no fue asesinado por dos compañeros oréstidas, pues Leónato era también un lincesta por vía de la madre de Filipo (Berve, s. v. «Leónato» está equivocado aquí, dando lugar a la fantasía en C.B. Welles, *Diodorus* [1963], Loeb, p. 101, nº 2: no sabemos de qué Átalo se trata, dejando a un lado si Pérdicas —¿de mediana edad?— ya era amigo de Alejandro). *Complicidad de Alejandro*: sólo se insinúa en Just. 9, 7; Plut. 10, 6 demuestra mediante el conector *gár* que no tiene ninguna otra prueba que esta ingeniosa cita de Eurípides. Según Just. 9, 7, 3, es cierto que el nacimiento de Carano es un motivo para creer en la posible culpabilidad de Alejandro, pero no es una prueba, aunque Plut., *Dem*. 3 es oportuno. Alejandro le había salvado la vida a Filipo (Curc. 8, 1, 24) y la pregunta de la Vulgata en Siwa —véase DS 17, 51, 2— recuerda que todo sigue siendo un misterio. No obstante, la culpabilidad de Alejandro es una hipótesis antigua y sensacionalista —por ejemplo, Niebuhr en la década de 1820—;

no hay pruebas, y E. Badian, *Phoenix* (1963), 244, simplemente las ha reavivado con retórica y sin Carano. En cualquier caso, el «silencio» de Diodoro no prueba nada acerca de la inocencia de nadie. Sin embargo, para un papel similar al de Olimpia, la seléucida Laódice y el asesinato de Antíoco III en 246 es una comparación sugerente: Ap., *Syr*. 65; Phylarc. *FGH* 81 F24; Polien. 8, 50 y Just. 27, 1, 1. El servicio de inteligencia de Demóstenes en 336 (Plut., *Dem*. 22; Esquin. 3, 160) no implica que fuera un cómplice (así Mary Renault, *Fire from Heaven* [1970]), sino que los «espías» atenienses en el norte (Esquin. 3, 77) naturalmente le llevaron las noticias primero a él, y con mucha rapidez.

NOTAS AL CAPÍTULO 2

Véase la Bibliografía para las obras sobre Macedonia. *Nuevo reino de Filipo*: A. Momigliano, *Filippo il Macedone* (1934). passim. Obsérvese cómo el mito real de Hdt. 8, 137 s. se amplía en Teop. F393 para incluirla Oréstide en el legado de Carano. Liv. 45, 18, 3 y 29, 11 son una excelente prueba de cómo Macedonia podía unificarse mejor. *Inundación de los pantanos*: Hom., *Il*. 21, 157-158. *Pesca*: véase Aten. 7, 328; Dem. 19, 229; Hdt. 5, 16, 4 para Peonía. *Minerales*: mapas útiles en O. Davies, *Román. Mines in Europe* (1935) Y DS 16, 8, 6-7 (probablemente viejos intereses mineros de Pisístrato). Berve, s. v. «Gorgo» con R.J. Hopper, BSA (1953). pp. 200-254 (1968), pp. 293-326 para las técnicas disponibles; R.J. Forbes, *Metallurgy in Antiquity* (1953); R. Pleiner, *Iron-work. in ancient Greece* (1969). *Canalización*: Estr. 9, 2, 18; Teof., C.P. 5, 14, 6 y la inscripción de Filipos en CRAI (1938), p. 251, *Bosques*: Tuc. 2, 100, 2; Teof., loc. cit.; Hdt. 7, 131 y G. Glotz, *REG* (1916), p. 292; Teof., H. P. 9, 2, 3 (vivido). *Caza*: véase Hdt. 7, 125-126; Jen., *Cyn*. 11. *Trucha*: El., N. A. 15, 1 .*Frutos*: véase Teop. 115 F152. *Heracleo*: Ps.- Escílax 66 s. sobre el conjunto de esta costa. *Dío*: Estr. 7 F17; Liv. 44, 7, 3; AD (1915), pp. 44 s.; PAE (1931), pp. 47-55; PAE (1933)» pp.59 s.: ArchD. (1966), pp. 346 ss. *Orfeo*: Paus. 9, 30, 5; O. Kern, *Orphicorum fragmenta*, F342; Timot., *Persae* 234-236; Estr. 7, 17-18. *Ciudades costeras*: U. Kahrstedt, *Hermes* (1953), pp, 89 ss. no es convincente. *Ciudades ricas*: Ps.-Arist., Oec. 1350 a 22. *Territorio de la ciudad*: DS 16, 8, 5 y 34, 5.*Murallas*: Polien. 4, 2, 15; DS 13, 49, 1 *Momentos de libertad*: Dein 1, 14; IG 42, 94 para 360 s. *Comercio en el interior*. Meiggs y Lewis, *Greek Inscriptions* 65, líneas 20 s. *Tribunales*: Ps.-Dem. 7, 12 ss.; A.R.W. Harrison, CQ (1960), pp. 248 ss. *Hoplitas*: Tuc. 4, 124. *Pela*: Ps.-Escim. 624-625; Estr., *Epit*. F20, 22; Plut., *Mor*. 603c; Ph. Petsas, *Balkan Studies* 4 (1960), pp. 157 ss. (bibliografía completa). *Mosaicos*: C. M. Robertson, JHS (1965), pp. 71 ss.; de nuevo en C. Picard, RA (1963), p. 205. *Leóngrifo*: las monedas con este emblema procedentes de las acuñaciones en Asia sobre la llegada de Antípatro a Siria en 321-320 (G. E Hill, JHS

[1923], pp. 160-161) quizás implican que era su insignia o sello de regente; el tema cae en desuso en Macedonia, hasta donde yo sé, después de su muerte. A.M. Bisi, *Il Grifone* (1965) es útil; los modelos de alfombras iranios pueden ser relevantes (E von Lorentz, *Rom. Mitteil*. [1937], p. 165), especialmente según J. Boardman, *Antiquity* (1970), p. 143, por su influencia en las pinturas de las tumbas macedonias. *Pinturas*: véase Ph. Petsas, *Ho Taphos Tes Leukadias* (1966); K.A. Romaios, *Ho Taphos Tes Berginas* (1951) y dibujos de Dio en PAE (1930), pp. 45 ss. *Rosas*: Teof., H. P 6, 6, 4; Hdt. 8, 138, 2; Teof., C. P 1, 13, 11 y Rosalia en *HTR* (1948), pp. 153 ss. *Habitantes de las tierras altas*: E Papazoglou, *ZAnt* (1959), pp. 167 ss.; N.G.L. Hammond, *Epirus* (1967); J.B. Wace, BSA (1911-1912), pp. 167 ss. *Títulos*: véase Arr., *Ind*. 18 oP. Perdrizet, BCH (1897), pp. 112 ss. *Poblados fortificados*: Tuc. 2, 99 ss.; 4.125 s.; A.E. Keramopoullos, PAE (1933), pp. 63 ss.; AE. (1932), pp. 48-133; *Stud. Pres to Ed. Capps*, pp. 196 ss. *Tinfeos*: Estr. 7, 7, 9; Hesiq., s. v. «Dipaturo»; E. Byz., s. v. «Tinfe»; Tzetz. sobre Licofrón, *Alex*. 800 (Poliperconte); Berve, s. v. «Amintas», hijo de Andrómenes, y sus hermanos «Átalo», «Simias», «Polemón» y «Filipo», hijo de Amintas. *Oréstides*: Estr. 7, 7, 8; Hammond, *Epirus*, p. 528 (muy relevante si está correctamente fechado). Berve, s. v. «Pérdicas», «Crátero», «Anfótero», «Alcetas», «Pausanias, hijo de Cerasto». *Lincéstide*: Estr. 7, 7, 8; Tuc. 4, 125 s.; Hdt. 5,92 s. sobre los Baquíadas; Plut., *De lib. educ*. 20; Plut. 40, 1 = Filarco *apud* Aten. 539d. *Vestimenta de las tierras altas: ZAnt* (1953), pp. 226 y 234. ¿Es casualidad que el esclavo de precio más elevado en Meiggs y Lewis 79 y p. 347 («Hermocopid Lists») sea una mujer macedonia? *Ovejas*: Arr. 7, 9, 2 (fuente sospechosa); A.M. Woodward, *JHS* (1913), p. 337 —magnífica inscripción—. Obsérvense las carretas tiradas por bueyes en la Alta Macedonia: Tuc. 4, 128, 4. *Política elimiota*: Escolios a Tuc. 1, 57, 3; Arist., *Pol*. 1311b 11 y obsérvense las ricas tumbas elimiotas en *AE* (1948-1949), pp. 85 ss.; Berve, s. v. «Ceno», «Cleandro» y posiblemente los hijos de Macatas, Hárpalo, Tauro y Filipo (¿y Calas, hijo de Hárpalo?). Pero hay un Macatas conocido en el Epiro (Polib. 27,15, y otro en *S. G. Dial*. *Inschr*. 1371) y las tierras bajas (IG 10, 1032 —¿hacia el siglo III a.C.?—; otro en Syll. 13, 269 J); éste es sin embargo un ejemplo del extremo peligro de razonar sobre las facciones simplemente a partir de las pistas geográficas del nombre del padre de un hombre. La facción elimiota, por ejemplo, en E. Badian, *JHS* (1961), p. 22 sigue siendo una conjetura y nada más. *Nuevas ciudades de Filipo*: véase DS 16, 71; Estr. 7, 6, 2; Plin. 4, 41; Etym. Magn., s. v. «Bine». Suda, s. v. «*Doúlon pólis*» y «*Ponerôn pólis*»; just. 8, 5, 6. *Feudalismo*: Arr. 1, 16, 5; Plut. 15, 3; *SIG* 332 da a los titulares de tierras libertad para vender sus propiedades hereditarias. Doble residencia de Ptolomeo, hijo de Lago, Ptolomeo, hijo de Aristónoo, Pérdicas y otros en Berve. *Clanes*: a efectos actuales, J.K. Campbell, *Honour, Family and Patronage: a Study of Institutions and Moral Valúes in a Greek Mountain Community* (1964). *Compañeros*:

DS 17, 16, 4 (número aproximado);J. Kalléris, *Les Anciens Macédoniens* (1954), s. v. «hetaireídia» y «peligán» (una palabra también usada en inscripciones de colonias macedonias en Siria). *Títulos*: W. W. Tam, *Alexander the Great*, vol. 2, pp. 138 ss. Kalleris (véase «edeatros») recopila unos pocos oficiales de la corte macedonia, pero el estilo del siglo IV de la monarquía macedonia es desconocido. *Enemistad de sangre*: Curc. 6, 11, 20; DS 19, 51. *Matrimonio*: Hdt. 5, 92 sobre los Baquíadas incestuosos. Para su propósito general, en especial el papel de la dote y el *kýrios*, cf. W.K. Lacey, *Family in Classical Greece* (1968); también W. Erdmann, *Die Ehe im alten Griechenland* (1934). Liv. 45, 29 demuestra su importancia en el poder macedonio. *Juicios*: Curc. 6, 8, 25 (la verdadera lectura del manuscrito no es la que hacen los alemanes) puede ser la propia conjetura de Curcio; las teorías del «Staatsrecht» y las Asambleas del Ejército claramente definidas son irrelevantes y no las puedo refutar aquí. Polib. 5, 27, 6 es demasiado vago para probar nada. *Choque de lanzas*: Curc. 10, 7, 14 y, por su importancia, G.E.M. de Sainte Croix, *The Origins of the Peloponnesian War* (1972), p. 348 (excelente). *Matrimonios en masa*: la discrepancia en las cifras entre Polibio y Calíst. F33 y Arr. 1, 29, 4, ¿puede deberse a Polibio, que incluye a cientos de novias casadas en 334? Curc. 7, 5, 27 sobre reyes y tasa de natalidad. *Amintas, hijo de Pérdicas*: Berve, s. v., con Cínane, Filipo, hijo de Arrideo (en especial Plut. 10, 2 y 77, 7). *El asunto de los carios*: debió de suceder durante la estación de navegación en el Egeo, es decir, en el otoño de 337 o, más probablemente, mientras se esperaba la invasión de Filipo, a finales de la primavera de 336; de ser así, sería casi un preludio del asesinato de Filipo. Plut. 10, 1-4; Arr. 3, 6, 5 lo menciona; cf. Isócr., *Pan*. 162. *Sucesión*;. Hdt. 8, 139, 2 con los estimulantes paralelismos en el estudio de M. Southwold sobre modelos de sucesión en Buganda, en *Assoc. Soc. Anthrop. Monographs*, n.° 7 (1968), sobre todo subrayando la importancia de la edad. *Purgas*: cf. Filipo en Just. 8, 3, 10; también Libro de Daniel 6, 24; véase Hdt. 3, 119; Just. 10, 2, 5; Am. Mar. 23, 6, 81; 24, 5, 3; 17, 9, 51 Eus., *Praep. Evang*. 8, 14 y los paralelismos de Buganda de Southwold. *Alejandro de la Lincéstide*: Arr. 1, 25 y Berve, s. v.; DS 16, 93 s. es demasiado breve para ser tachado de «incompatible» con los cómplices mencionados en DS 17, 2 y Arr. 1, 23; 2, 14; Just. 9, 6, 9 les da un posible papel. *Éropo*: Polien. 4, 2, 2; cf. la útil lista de nombres macedonios en I.I. Russu, *Ephemeris Dacoromana* (1938). *Amigos de Amintas*: J. R. Ellis, *JHS* (1971), pp. 15-25 cita las inscripciones necesarias; pero su conclusión es casi toda inaceptable. Debería haberse hecho referencia a A. Aymard, *Études d'Hist. Anc*. (1967), pp. 100-122 y 232-235 (valioso); comparto sus importantes dudas de la página 120. Obsérvese a partir del ejemplo de Dosón y Filipo (Aymard, pp. 234-235) cómo un regente podía hacerse llamar rey; incluso si esta inscripción de Lebadea se leyó correctamente (en la actualidad, se ha perdido), ¿quién la grabó, cuándo y hasta qué punto era oficial? No lo sabemos (IG 12, 71, en especial líneas 25 ss., es una

prueba tentadora de la existencia de varios reyes a la vez en Macedonia, y no sólo de las tribus de las tierras altas; posiblemente el reino de Alejandro I se dividió entre los hermanos, cada uno de los cuales adoptó el título; el paralelismo puede ser relevante para Filipo y Amintas IV). Berve, s. v. «Amintas», «Aristomedes» (con la nueva inscripción de *AD* (1966), pp. 45 ss. posiblemente restaurada), «Neoptólemo, hijo de Arrabeo» (¿seguramente el famoso Arrabeo de la Lincéstide?). Arr. 1, 5, 4 fecha la muerte de Amintas lo más aproximada posible. *Amintas, hijo de Arrabeo*: ¿hermano de Neoptólemo, sobrino de Alejandro de la Lincéstide? Just. n, 5, 8 puede que se refiera a él, pues los exploradores a caballo estuvieron en Asia —estoy de acuerdo con R.D. Milns, *JHS* (1966), pp. 167-168— y fue su líder en 334 (Arr. 1, 14, 1). *Vínculos de Parmenión*: Curc. 6, 9, 17 y 10, 24. *Ejecución*: Just. 11, 2, 2; 12, 6, 14. *Arenga al ejército*: DS 17, 2, 2; Just. 11, 1, 10 (Arr. 1, 16, 5 implica que estas exenciones de impuestos eran temporales). *Funeral de Filipo*: DS 2, 15, 19, 52, 5; Liv. 40.; Hesiq., s. v. «*Xanthiká*». En Beocia se conocen festivales similares; cf. Curc. 10, 9, 11 para la muerte de Alejandro. Sobre el estilo «macedonio» de las tumbas, cf. Ph. Petsas, en *Atti del 7 Congresso Internazionale di Archeologia Classica* (1961), pp. 401 ss. con una amplia bibliografía. *Asesinato de Euríloco*: Berve, s. v. con Just. 12, 5, 14. *Átalo*: DS 17, 2, 4-5 (órdenes de llevarlo de vuelta, a ser posible vivo); Plut., F)em. 23,1; Berve, s. v. Mecateo, el guía griego: DS 17,2,5 con Plut., *Eum*. 3; DS 18, 14, 4 (un conocimiento tal de Cardia sería inestimable; ¿quizá ya en 336 era amigo de Antípatro? En este caso, constituiría una razón para la enemistad entre Antípatro y Éumenes, también de Cardia: Plut., *Eum*. 5, 5). *Oréstidas*: Berve, s. v. «Crátero», «Pérdicas», «Anfótero», «Alcetas», «Atalante» y «Pausanias, hijo de Cerasto». *Tinfeos*: Amintas, hijo de Andrómenes, su hermano Átalo, Simias, Polemón, Poliperconte, Filipo, hijo de Amintas. *Eordia*: Ptolomeo, hijo de Lago, Aristónoo. Elimea: Cleandro, Ceno y posiblemente (no seguro) Hárpalo (obsérvense los muchos Macatas conocidos fuera de Elimea), y, de ser así, Tauro y Filipo, hijo de Macatas. Posiblemente también Calas, hijo de Hárpalo, que terminó al frente de la vanguardia, 335-334. No insistiré lo bastante en que, a pesar de la utilización que hago de las localidades en este libro, estos lugares de origen pueden ser irrelevantes (por ejemplo, para los pajes de Filipo, realojados en las tierras bajas), engañosos (véase Hárpalo) o incluso controvertidos. Tomemos, por ejemplo, a Pitón, hijo de Crátero; cuando en 321-320 ayuda a Ptolomeo, su colega de Eordia, a asesinar a Pérdicas, puede verse un vínculo bastante grande. Sin embargo, se cree que a Ptolomeo no le gustaba Aristónoo, también de Eordia, incluso hasta el punto de introducir un sesgo en su historia; los eordos habían sido expulsados por los reyes de Egas y puede que sus tierras fueran colonizadas con extranjeros exóticos; la propia ciudad natal de Pitón es discutida. Arr. 6, 28, 4 lo hace proceder de Eordia: *Ind*. 18, 6 (seguramente basado en un documento oficial) hace de él un hombre de Alcómenas

que, con Estr. 7, 326 y muchos otros, ha sido identificado sin ningún genero de dudas por F. Papazoglou, *Klio* (1970), p. 305 como en la Lincéstide. Esto explica por qué Just. 13, 4, 13 (que se basa en Jerónimo) lo llama Pitón de Iliria. ¿Podía un noble poseer tierras en dos o tres áreas de las tierras altas, como había hecho Pitón en la Lincéstide y (Argead) Eordia? ¿Llevaron sus esposas sus posesiones con ellas? No lo sabemos, y todos los intentos de construir facciones macedonias, incluso aunque sea algo válido en principio (por mi parte soy escéptico), conllevan una importante cuestión de detalle. En conjunto, observo hombres con (posibles) vínculos o nombres o padres epirotas: Neoptólemo, el jefe de los hipaspistas, Aribas, el Escolta Personal hasta 332, posiblemente Meleagro, hijo de Neoptólemo. Los diferentes destinos de los diferentes lincestas en 336-333 son una advertencia ante un enfoque de este tipo. *Apariencia de Alejandro*: los textos literarios están recopilados en C. de Ujfalvy, *Le Type physique d'Alexandre* (1902) y son seleccionados por T. Schreiber, *Studien über das Bildnis Alex*. (1903). La bibliografía es amplia (cf. J. Seibert, *Alexander der Grosse* [1972], pp. 51-61): actualmente los mejores resúmenes están en E.J. von Schwarzenberg, BJ (1967), pp. 58 ss., y T. Hölscher, *Ideal und Wirklichkeit in den Bildnissen Alexanders des Grossen* (1971); H.P. L'Orange, *Apotheosisin Ancient Portraiture* (1947) es fascinante; G. Kleiner, en JDAI (1950-1951), pp. 206-230 y «Über Lysipp», en *Festschrift B. Schweitzer* (1954), pp. 227 ss. son más válidos que M. Bieber, *Alexander in Greek and Roman Art* (1964). *Artistas oficiales*: Plut. 41-43 con J.P. Guepin, BABesch (1964), p. 129. Afeitado: cf. Teop. F225, línea 32. Estilo de corte de pelo: véase Plut., Pomp. 2; El., *V.H.* 12,14 y todos los monumentos salvo la escena de caza del sarcófago de Alejandro. Tiene implicaciones heroicas (Holscher, pp. 27-28) y leoninas (Ps.-Arist., Phy- siogn. 806b; cf. E. Evans, TAPhS [1969] para este tema desatendido). La creencia en Éforo 70 F217 es relevante; Ps.-Calíst. 1, 13; Jul. Val. 1, 13. El mosaico de la caza del león de Pela muestra el color de su cabello; cf. El., *V. H.* 12,14. *Ojos*: Plut. 4; Pomp. 2 y von Schwarzenberg, p. 70 s. La tradición de los ojos de distinto color en Ps.-Calíst. i, 13; Jul. Val. i, 7; Tzetz. 11, 368, 8 s. seguramente 110 tiene ningún valor. *Fragancia*: Aristóx. *apud* Plut. 4,41; el bizantino Tzetzes, en su *Quilíada* (citado por Ujfalvy, p. 31), también atribuye esta opinión a Teofrasto, probablemente (no es seguro) a través de una lectura errónea de Plut. 4, 4. *Altura*: Curc. 5,2,13 (aunque los tronos persas eran elevados); 7, 8, 9; 6, 5, 29; Arr. 2, 12, 6; Ps.- Calíst. 2,15 y sobre todo 3, 4. No desearía tener que llevar el pequeño yelmo de caballería macedonio que hay en el Ashmolean Museum de Oxford. *Hazañas de juventud*: Plut. 9 con *GHI* 129, línea 21 (restituida), para un ejemplo de un sello de un rey suplente. Curc. 8, 1, 24-25 es seductor. No hay ninguna «deslealtad» en bautizar una ciudad como Alejandrópolis durante el reinado de Filipo; nada sugiere que fuera una mera colonia. Just. 9, 5, 5 puede ser la única visita de Alejandro a Atenas.

Historias de la infancia: Suda, s. v. «Marsias»; DL 6, 4, 84 con Berve, s. v. «Onesícrito» y «Filisco» (¿su tío o su padre?). *Cumpleaños*: Plut. 3, 5; Arr. 7, 28, 1; El., *V. H*. 2, 25 con W. Schmidt, *Geburtstag im Alterum* (1908); Hdt. x, 131; 9, 110; Plat., *Alc*. 121c; Génesis 40, 20 (el Faraón); Ester, passim. *Éfeso*: Plut. 3, 6-7 (los magos están en lo cierto). *Leyendas sobre el nacimiento*; Arr. 4, 10, 1; Plut. 3, 3 (Eratóstenes). *Olimpia*: Plut. 2, 2; Curc. 8,1 , 26; Just. 7, 6, 10-11; Aten. 557 b-c (cronológico) con *Samothrace*, vol. 2, parte 1: «The Inscriptions» (1960), p. 13 con *Syll*.3 372, líneas 5-6. *Retratos de Olimpia*: U. Scchilone, *Enciclopedia dell'arte antica* (5), p. 672 (demasiado poco crítico). *Monedas*: W. Baege, *De Macedonum Sacris* (1913), p. 86, con Duris 76 F52 y la carta (¿espuria?) de Aten. 14, 659 s.; Cic., *Div* 2, 135; E. R. Dodds, *Eurípides's Bacchae* (introducción, passim). Teof., *Peri Eusebeias* F8 (ed. Potscher) da en el blanco; cf. Plut. 2, 2. *Dodona*: N.G.L. Hammond, *Epirus*, p. 438, n. 5. *Atrocidad*: Just. 9, 7; Paus. 8, 7, 7; DS 19, 11. *Votos a la Salud*: Híp, *Eux*. 31. *Tutores*: Berve, s. v. «Leónidas»; n, 469 y 470 puede ser el mismo hombre; Plut. 5 y 24. La lista en Ps.-Calíst. 1, 13 está viciada y es imposible de verificar; Menecmo, discípulo de Eudoxo, también es citado (¿correctamente?) por Estobeo; Anaxímenes estaba en efecto en la corte (Paus. 6, 18, 3). *Primera aparición*: Esquin. 1, 168. *Música*: El., *V. H*. 3, 32; Suda, s. v. «Timoteo»; D. Cris. 2, 26; también la moneda en C. M. Kraay Max Hirmer, *Greek Coins* (1966), pl. 171.565, ¡donde Apolo presenta el aspecto de Alejandro! *Caza*: Jen., *Cyn*. 13, 18; Hdt. 7, 125-126; Plut. 23. *Perros*: Plut. 61, 3; Teof. 115, F340; DS 92. *Bucéfalo*: Cares *apud* Gel. 5, 2; Plut. 6 y A. R. Anderson, *AJPh* (1930), pp. 1-21 para su leyenda; E. Byz., «Bucéfalo» es interesante. La fecha (¿345-344?) la ofrecen Plut., *Tim*. 21 y DS 76, 6 contra Ps.-Calíst. *Montar*: Curc. 6, 5, 18 con Jen., Eq. 6,16 ;Pólux 1, 213. *Mecenazgo macedonio*: Hdt. 5, 22; Tuc. 2, 99, 3; Hes. F3 (West); Pd. F120-121 (Snell);Baquíl. F20b (Snell); Suda, s. v. «Hipócrates» y «Melanípides»; Plut., *Mor*. 1095d; Timot. F24 (Page); El., *V. H*. 14, 17; Aten. 8, 345d; El., *V. H*. 2, 21; Eur., F232-246 (Nauck) con Hig., *Fab*. 219 y B. Snell, *Griechische Papyri der Hamburg*… (1954), pp. 1-14. El., H. 13, 4, 1 y el epigrama del macedonio Adeo (AP 7, 51; Gel. 15, 20, 9) es ingenioso (cf. Am. Mar. 27, 4, 8); Eur., *Bacch*., especialmente versos 556 s. con las notas de Dodds. *Inmigrantes*: Paus. 7, 25, 6; Teop. F387; Dem. 50, 46; 19, 196; Isócr., *Philip*. 18-19; Escolios a Esquin. 2, 21; Ps.-Esquin., Ep. 2, 14; Jen., *Hell*. 5, 2, 13. *Emigrantes*: Tuc. 6, 7, 3; Plut., *Pel*. 26. *Jenofonte*: Dem. 19, 196; cf. Curc. 5, 9, 1; DS 16, 52, 3-4. *Pintura*: la amistosa junta militar en Sición en C.M. Robertson, *Greek Painting* (1955) y Berve, I, pp. 73-79. Cf. la estela macedonia de Vergina en N. Andronicos, BCH (1955), p. 87 y la tosca cerámica gris «minia» encontrada en el siglo IV cerca de Pela, Kozani y Vergina; sus primitivos antepasados fueron clasificados por W.A. Heurtley, *Prehistoric Macedonia* (1939). *Campaspe*: Plin. 35,

86; Luc., *Imagin*. 7; El., H. 12, 34. *Macedonios y griegos extranjeros*: Arr. 2, 10, 7; 3, 22; 5, 26, 6; 7, 9, 4 distingue griegos y macedonios. *Ind*. 18, 3 y 18, 7 subraya el contraste particularmente claro; Plut., *Eum*. 8 sugiere una reacción violenta. Antes de idealizar una sólida tradición campesina de Macedonia traicionada por Alejandro, deberíamos recordar la diversidad de las tribus de la Alta Macedonia, cada una de las cuales tenía sus tradiciones propias, ya «traicionadas» por Filipo. Cuando Arr. 2, 14, 4 identifica a griegos y macedonios en una carta de Alejandro, esto puede reflejar el propio estilo de escritura de éste (cf. Hdt. 5, 20 para las ganas de los Argéadas de ser griegos); asimismo, puede reflejar las propias creencias de Arriano, pues en la época romana Macedonia parecía una «parte de la Hélade»: obsérvese que *Ind*. 18, 4-6 compara a Nearco y a otros con los griegos; GHI 182 insinúa algo distinto, quizá porque se trata de un documento más temprano. «Macedonio», como bajo los sucesores, ya es un título de prestigio, no de pureza racial. *Cosmopolitas*: véase Berve, s. v. «Éumenes», «Critobulo», «Hipócrates», «Jenócrates», «Anaxarco», «Aristónico», «Poliído», «Gorgo», «Filónides» y «Aristandro», y Luc., *Philip*. 21-22. Idiotas en Teof. F236. *Orientales*: Berve, s. v. «Sisines», «Artabazo» y «Barsine»; DS 16, 52, 3-4 con Plut., *Eum*. 1 y Aristób. *apud* Plut. 21. Pertenecía a la realeza gracias a su madre Apame, hija de Artajerjes II; Tarn no se debe tener en cuenta. *Pajes*: Arr. 4, 13,1; Berve, s. v. «Pérdicas» (Arr., *Ind*. 18,5; Curc. 10, 7, 8). Leónato (Arr. 6, 28, 4; *Ind*. 18, 3; Curc. 10, 7, 8). Aristónoo: An., *Ind*. 18, 5 y Arr. 6, 28, 4. Ptolomeo: ídem; cf. Berve, I, pp. 25 ss. sobre la identidad de los escoltas reales. *Habitantes de las tierras altas*: Menelao en GHI 143 y 148; Jen., *Hell*.; Suda, s. v. «Antípatro»; Esquin. 2, 43 y 47. *Hefestión*: cf. la lista de títulos de obras de Aristóteles y Jenócrates. *Lisímaco*: Arr. 7, 5, 6; Just. 15, 3, 6. *Hárpalo*: Teof., H.P. 4, 4, 1. *Dioses arcaicos*: véanse en especial los hallazgos de Kallipolitis de los siglos V-IV en Kozani, en Elimea, excelentemente publicados en *AE* 1948-1949 p. 85. *Joyas*: H. Hofmann & P. F. Davidson, *Jewellery from the Age of Alexander* (1965). *Amantes*: Berve, s. v. «Tais», «Glícera», «Pitionice». *Heródoto*: Ptol. F2; Calíst. F38; Nearco F8, 17, 18 y 20 (aunque Arr. 6, 28, 6 deduce que su estilo era tosco y su gusto por Heródoto se debe únicamente a Arriano); Teop. F1-4 (¿preparado por Filipo en Asia?). El propio Alejandro lo recoge en Plut. 34, 3. Véase ahora también O. Murray, *CQ* (1972), pp. 200 s. *Alexarco*: O. Weinreich, *Menecrates Zeus* (1933), p. 12 ss. y 108 ss. con completa bibliografía. *Tutor de Alejandro*: Carta de Espeusipo (ed. Bickermann-Sykutris), passim. *Panegírico de Teopompo*: F255-256; fue discípulo de Isócrates (de ahí, quizá, la maliciosidad de Isócr., Ep. 5, escrita después de su rechazo en favor de Aristóteles). Los vínculos platónicos de Filipo pasaron a través de Eufreo, Jenócrates, los tiranos de Sición y Hermias, etc. No hay ninguna razón para ver la elección de Aristóteles como política. M. Brocker, *Aristotles ais Alexanders Lehrer* (1966) y W. Hertz, *Gesammelte Abhandlungen* (1905), pp. 1 ss. son ambos excelentes. *Su padre*:

DL 5, 1. *Estagira*: Brocker, pp. 28 ss. y el manuscrito en DS 16, 52, 9, y la maldad de Demócares *apud* Eus., Praep. *Evang*. 15, 13-15. *Sus honorarios*: Aten. 9, 398e; Sen., *Dial*. 27, 5; DL 5, 12-16; Gel. 3, 17. Contra Plin. 8, 16 y 44, cf. J.D'Arcy Thompson, *PCPhS* (1948), p. 7. *Riquezas*: DL 5, 12-16 para su testamento, con el exagerado Aten. 398e; Gel. 3,17. *Hombre sabio*: DL 5, 31. *Mieza*: Ph. Petsas, en *Makedonika* (1967), pp. 33 ss. *Datación*: DL 5, 2 y Filócoro *apud* Filodemo, *Index Acad*. 6, 28 sobre la ausencia de Aristóteles en Macedonia el año de la muerte de Espeusipo. *Escritos para Alejandro*: Brocker, p. 30, ninguno de ellos pueden fecharse y todos son desconocidos. F658 (Rose) puede ser espurio. *Filósofo armado*: Onesícrito F 17a. *Aristóteles y los jóvenes: Rhet*. 1389a; *Pol*. 1340b 30. *Amistad con Antípatro*: El., *V.H*. 14, 1; Suda, s. v. «Antípatro»; DL 5, 9; Paus. 6, 4, 8. *Hefestión*: DL 5, 1, 12; G. A. Gerhard, *Phoenix von Kolophon* (1909), pp. 140 ss., y Carta de Diógenes, *Epist*. 24, p. 241 (Teubner). El único busto posible de Hefestión se encuentra en el Museo de Estambul, aunque la identidad es discutida. *Homosexualidad*: G. Devereux, *SO* (1965), pp. 68 ss. es interesante, pero no universalmente cierto; H. Licht, *Sexual Life in Ancient Greece* (1932) necesita ser superado; K. Bethe, RhM (1907), pp. 438 ss. sólo es parcialmente refutado por K.J. Dover, BICS (1964), pp. 31 ss.; Jen., Lac. 2, 12 con H. I. Marrou, *A History of Education in Antiquity* (1965), pp. 61 ss.; Teop. F 225. *Alejandro y el sexo*: Plut., *Mor*. 717F 65f y, en especial, Plut. 22, 6 con Arist., *Nic*. 1102b; Plut. 22; 40, 2; 41, 9. Teof. *apud* Aten. 43 5a. *Su hermana*: Plut., *Mor*. 818c. *Carta de Isócrates: Epist*. 5, que yo acepto como auténtica. *Orígenes de Ptolomeo*: Plut., *Mor*. 458b y *Nobil*. 19. *Mieza*: Berve, s. v. «Peucestas». *Filipo y Homero*: Ps.-Calíst. 1, 35, en la recensión citada por Brocker, p. 55. *Aquiles*: Plut. 5, 8; Arr. 1, 12; Plut. 8, 2; Estr. 13, 1, 27; Plin. 7, 108; Aten. 537c; Onesícr. F38; Plut. 26,1-2 (de muchas fuentes). *Apodos*: Pericles como Néstor (Plat., *Conv*. 221c): obsérvese *Suet*., Caes. 50, 1 para Pompeyo y César. *Homero en Macedonia*: Aten. 620 (Casandro); DL 4, 46 y Plut., *Mor*. 182f. Cf. la vasija de Mégara en la Lincéstide, publicada en *AJA* (1934), p. 474; también *SEG* (15), n. 473: una inscripción de una vasija helenística. *Filipo*: DS 16, 87, 2; Isócr., *Panathen*. 74-80; Hdt. 1, 2 s. y el precedente de Agesilao en Jen., *Hell*. 3, 4, 3-4. *Margites*: Esquin. 3, 160; Plut., *Dem*. 23, 2; Marsias 135 F3; cf., quizá, Hip. pro Licofrón 6, 21; Polib. 12, 4a; Escolios a Esquin. 3, 160; Arist., *Nic*. 1141a 12; Plat., *Nic*. 2, 147b; Suda, s. v. «Margites» y especialmente Eustatio 1669, 41 (citado en *Homeri Opera*, vol. 5 [Oxford], p. 158); sobre la autoría del poema, Suda, s. v. «Pigres el Cario» (más o menos de la edad de Filipo) es interesante. *Calístenes*: 124 T10, F10, F14, línea 18, F32, F53; cf. Aristób. F6. L. Pearson, *Lost History of Alexander* (1960), pp. 36 ss. ve la verdad básica pero se hace un lío con los detalles. *Arte*: T. Holseher, *Ideal und Wirklichkeit* (1971), p. 28 y notas 80, 82, 183; von Schwarzenberg, *BJ* (1967), sobre todo p. 106, notas 65-66; C. Heyman, *Antidorum W. Peremans* (1968), p. 115, para las monedas. *Embajada de*

Aquiles: Arr. 3, 6, 2. *Relevancia de Homero*: Plat., *Ion*, passim; *Rep*. 1-3; Dem., discursos 18 y 19; Arist. F495-500. A. W.H. Adkins, *Merit and Responsibility* (1970); *Moral Valúes and Political Behaviour in Ancient Greece* (1972); muy relevante es J. G. Peristiany (ed.), *Honour and Shame: the Valúes of Mediterranean Society* (1965): y cf. los magníficos libros de P. M. Leigh-Fermor, en especial *Mani and Roumeli*, passim. Para *to philotimon*, cf. Arr. 7, 14, 4-5. *Costumbres macedonias*: Arist., *Pol*. 1324b (¿fecha?); Ptol.- Arr. 4, 24, 4; Aten. 18a; Plut., *Mor*. 338d con la excelente nota de E. Fraenkel, *Aeschylus's Agamemnon*, vol. 3, p. 754. *Caza*: cf. la inscripción en BSA (1911-1912), p. 133 para Heracles el Cazador; el deporte era esencial para el sustento. *Brindis*: Efipo 126 F1 y 2 con Nicóbulo 127 F1; amigos invitados en Berve, s. v. «Ifícrates», «Píndaro»; Arr. 2, 5, 9. *Compañeros*: C. A. Trypanis, *RhM* (1963), pp. 289 s. ve su contraste con la realeza; cf. F. Carrata Thomas, *Gli eteri dell'Aless. Magno* (1955) para una recopilación de sus diferentes nombres. El término *idioxenos* puede que se aplicara a los cortesanos griegos de Filipo y puede que hubiera una creciente clase de Amigos (oficiales); la terminología de Diodoro (a pesar de K.M.T. Atkinson, *Aegypt*. [1952], pp. 204 ss.) no basta para demostrarlo. *Hetairídeia*: Aten. 527d. *Filipo y la gloria*: la carta de Espeusipo, publicada por E. J. Bickermann & J. Sykutris en *Abhandlungen der Sächsischen Akademie*, vol. 80 (Leipzig 1928), es una prueba espléndida, junto con mucho de Isócrates, como *Philip*. 114, 118-120 y 132-145. Compárense los fragmentos similares del *Arquelao* de Eurípides, ed. Nauck: por ejemplo, 236-240, 244 y 246. Para Alejandro, Démades, *Peri dodekaet*. 12 es una prueba contemporánea. *Motivos de los hombres*: Tuc. 1, 75-76; 3, 82. *Verso de Homero favorito de Alejandro*: véase Plut., *De fort. an*. 1,3 (el verso varía en otras fuentes). Todas estas anécdotas en sus diversas formas deben leerse con cuidado, debido al gusto de la Segunda Sofística por los paralelismos con Homero, especialmente sobre los deberes de la realeza: cf. O. Murray, *JRS* (1965), pp. 161 ss., con copiosas notas. Cf. Luc., *D. Mort*. 12. *Sueño homérico*: Plut. 26, 3; E. Byz., s. v. «Alejandría» cuenta una historia similar refiriéndola a Jasón de Argos y haciéndola sospechosa, a menos que Jasón y Heraclides la tomaran de un prototipo fiable (como yo sugiero). La posibilidad de que su narrador Heraclides pueda haber sido el autor alejandrino no representa nada en cuanto a su veracidad; es una simpleza confiar en los historiadores locales para los «hechos» locales. *Habitantes de las tierras bajas de Creta*: Estr. 6, 3, 2 y 6; Estr. 7 Fu; Arist, F443 (todo se refiere a Botiea). *Micenas*: Paus. 7, 25, 6.

NOTAS AL CAPÍTULO 4

Tesalia: DS 17, 4, 1; Just. 11, 3; Polien. 4, 3, 23. *Estado de Grecia*: obsérvese en especial P.A. Brunt, *CQ* (1969), pp. 245 ss.; una sociedad más abierta puede

deducirse, en Atenas, de J.K. Davies, *Athenian Propertied Families* (1970) y S. Perlman, *Athenae* (1963), p. 327 y P. del P. (1967), p. 161; obsérvense, por ejemplo, los orígenes de Lisandro, Epaminondas, Ifícrates, y las discusiones internas en Esparta a mediados del siglo IV. *Arbitraje*: *GHI* 179, y, sobre la Liga, U. Wilcken, *Sitzb. Berl. Akad*. (1922), pp. 97 ss., (1929), pp. 291 ss. (fundamental, pero hay que leerlo de manera crítica). *Guarniciones*: Plut., *Arat*. 23, 2; DS 16, 87, 3; 17, 3, 3; El., *V. H*. 6, 1. *Libertad*: Polib. 9, 28 con 18, 13-14; nótese SIG3 317. *Esparta*: G.E.M. de Sainte Croix, *The Origins of the Peloponnesian War* (1972) cita los testimonios; las alianzas con Atenas en el Peloponeso en 340 deberían considerarse contrarias al compromiso de Esparta en otras partes del sur de Italia; cuando regresan los reyes espartanos, los estados del Peloponeso miran rápidamente de nuevo hacia Macedonia. *Diógenes*: Plut. 14, 2; Arr. 7, 2, 1; Plut., *Mor*. 331. *Invencible*: Plut. 14, 6; DS 93, 4; SIG 251h y Tarn, vol. 2, p. 338. Hip. en Dem. 32, 4. S. Weinstock, *HThR* (1957), pp. 211 ss. (brillante). *Instrucción de Filipo*: Polien. 4, 2, 1; 2, 2; 2, 15; Frontin., *Strat*. 4, 1, 6. *Criados*: Tuc. 3, 17, 3; 7, 75, 5; *IG* 22, 1751 (*therapontes* como criados); Teof., *Char* 25, 4; Hdt. 7, 229 y 9, 29 (¡siete ilotas por espartano!). *Provisiones*: Frontin., Strat. 4, 1, 6; Polien. 4, 2, 10; Polib. 16, 24, 5 y 9 (sobre los higos). Dem. 18, 157, sobre las responsabilidades de los aliados, es muy interesante (cf. *GHI* 183 y notas, y, para el principio, Tuc. 6, 31, 5; Jen., *Cyr*. 6, 2, 38). *Ingenieros de Filipo*: E.W. Marsden, *Greek and Román Artillery* (1969-1970) es la obra definitiva: Aten. Mee. 10, 5 s. y Filón, *Par*. 83,7. *Ala derecha*: Polien. 5, 16, 2 (Pámenes) y por tanto ya en 359 conocido por Filipo (DS 16, 45). Cf. el ala izquierda en Leuctra: Plut., *Pel*. 23, 1. *Caballería*: Teop. F225b (¿qué fecha en la línea 30?); DS 16, 4, 3 con 17, 17, 3-5. *Yeguas*: Just. 9, 2. Compárense los caballos sobre monedas de Alejandro I con las de oro de Filipo en el dibujo de la tumba de Dio, finales del siglo IV (*PAE* [1930], p. 45), o en el sarcófago de Alejandro. *Compañeros*: V. von Graeve, *Der Alexandersarkophag* (1970), pp. 88 s.; A. Rump, *Abh. Berl. Akad*. (1943), pp. 1 ss. En el arte, véase la tumba de Alcetas en Termessos. En otra parte quiero estudiar el número creciente de monumentos que muestran a soldados macedonios. *Tácticas de caballería*: Hdt. 4, 126-128; Tuc. 7, 30; Jen., *An*. 6, 3, 7-8; Tuc. 7, 78; Jen., *Hipp*. 7-8. *Jinetes macedonios*: Tuc. 2, 100; cf. Jen., *Hell*. 5, 2, 41. Obsérvense las monedas de Alejandro I con jinete y dos lanzas, una para alancear, otra para arrojar. Es concebible que los Compañeros copiaran esto y que el arte sólo los muestre con la segunda lanza. *Lanzas de la caballería*: Arr. 1, 15, 5 contrasta con Jen., *Hell*. 3, 4, 14 y Polib. 6, 25. *Portadores de sarisa*: Berve, vol. 1, p. 129. M. Rostovtzeff, *Iranians and Greeks in South Russia* (1922), placa 29; J. Baradez, *Tipasa, ville antique deMaurétanie* (1952), p. 18 y quizá los portadores de jabalina de los ejércitos romanos en el este: En. Táct. 4, 3; Estr. 10, 1, 12. Al parecer, la caballería de los cruzados medievales utilizaba lanzas de más de veinte codos de largo (Ibn Munqidh

1,131); cf. el sello de Pons de Trípoli en G. Schlumberger, *Sigillographie de l'Orient* (1943), placa 18, n. 5. *Prodromoi*: sugerido en Jen., *Hipp*. 1. Para la sarisa con las dos manos, cf. el ejemplo en F. Studnicza, *JDAI* (1923-1924), pp. 68-72. *Cuñas*: Asclep., *Tact*. 7, 3; Migne, PG 36, 6ra; Arr. 1, 6, 3; 3, 14, 2; El. Táct. 16, 6. Arnés: J.K. Anderson, *Ancient Greek Horsemanship* (1961), pp. 40-78; también I. Venedikov, *Bull. de l'Inst. Arch. Bulgare* (1957), pp. 153 ss.; P. Vigneron, *Le Cheval dans l'Antiquité gréco-romaine* (1968), cap. 2 (excelente). *Compañeros de a Pie*: el término «falange» en Arriano simplemente significa un frente de infantería (véase Arr. 5, 21, 5), como en otras partes en griego, y no debería aplicarse a las brigadas provistas de sarisa sólo como término técnico. *Sarisa*: M. Andronicos, *BCH* (1970), pp. 91 ss.; también Teof., *H. P*. 3, 12, 2 = Asclep., *Tact*. 5, 1; Polib. 18, 29, 2 (empezando por las longitudes helenísticas). Cf. la estela del Pangeo en *BCH* (1931), p. 172 n. 1. El «codo corto macedonio» es una fantasía: cf. Jen., *An*. 4, 7, 6 para un codo corto calíbico. En las primitivas crónicas egipcias hay referencias a enemigos de «cinco codos» de alto; no había un codo faraónico corto. Los cornejos serían *Cornus mas* y, posiblemente, *australis*. La especie *sanguínea* es demasiado endeble. *Invención de Filipo*: DS 16, 3, 2 (un largo proceso) con Marsias, *FGH* 135 F17. Las puntas de lanza en D.M. Robinson (ed.), *Olynthus*, vol. X, pp. 378-446 son quizá sarisas, aunque no tan largas como los hallazgos de Andronicos en Vergina. Cf. las encontradas en Lion de Queronea; Polien. 4, 2, 2 (que menciona el *synaspismos*, una maniobra de la falange) sugiere que la formación de los Compañeros de a Pie luchó en esta batalla, pero todas sus informaciones son vagas y argumenta a partir del «silencio» sobre la falta de peso. *Filas y capas*: Calíst. en Polib. 12, 19, 6; Arr. 1, 6, 1 para la básica 8 en fondo, contra la de 10 de Arr. 7, 23, 3 y el fragmento de Anaxímenes, *FGH* 72 F4. Asclep. 6, 2 y Arr. 15, 2 implica que 16 se convierte en la profundidad helenística. Plut., *Aem*. 18, 3 (cf. Jen., *An*. 1, 2, 16) sobre las capas. *Orígenes*: DS 15, 44 (¿de 2,5 a 4 metros?); Nep., *Iphicr*. 1, 3-4; *Chabr*. 1; Jen., *An*. 1, 8, 9; *Cyr*. 6, 2, 10; 7, 1, 33; Hdt. 7, 8, 1 (para el precedente egipcio); Escol. Townley a *Iliada* 13, 152 y Polib. 18, 29-30; Asclep., *Tact*. 4, 3 (importante); véase ahora W.K. Pritchett, *Ancient Greek Military Practices*, vol. 1 (1971), pp. 144 s. (más pruebas arqueológicas actualmente disponibles que utiliza para el escudo macedonio y demasiado dogmático en sus asunciones). *Coraza*: G.T. Griffith, *PCPhS* (1964), pp. 3 ss. no es convincente; los petos pueden ser costosos (Ar., *Pax* 1210 s. no es del todo absurdo) pero Filipo tenía minas, podía utilizar piel (obsérvese la hoguera de corazas de repuesto en Curc. 9, 3, 22), y Arr. 1, 20, 10, ¿implica que los macedonios siempre llevaban armadura? Cf. A. Hagemann, *Griechische Panzerung* (1919) para testimonios arqueológicos más completos; cf. también el peto del soldado de infantería ptolemaico en *Berytus* (1964), pp. 71 ss. A veces algunas brigadas de los Compañeros de a Pie son llamadas «las más ligeras» o «más móviles»: véase Arr. 3,

23, 2. Quizá los hombres del centro no llevaban mucha armadura, una noción a la que ayuda un frecuente error editorial en el texto de Arriano. En Arr. 2, 23, 2; 4, 23, 1 y 6, 6, 1, el único manuscrito fiable (A) lee *astheteroi*, que no debería ser enmendado por *pezetairoi*; Arr. 7, 10, 5 tiene los dos términos juntos en el manuscrito, lo que implica que eran distintos. Algunos de estos *astheteroi* fueron (en parte) liderados por el elimiota Ceno, después por su sucesor Pitón, y servían en el centro de la «falange», donde uno esperaría tropas más ligeras; la brigada de Ceno a menudo fue elegida por Alejandro para unirse a los Portadores de Escudo en escaramuzas más ligeras (la brigada de Amintas en 330 pudo haber sido similar). El significado de su nombre es oscuro y Arr. 4, 23, 1 s. deduce (¿equivocadamente?) que abarcaba a todos los Compañeros de a Pie; no había ciudades o ciudadanos (¿*asthétairoi*?) en Elimea, por ejemplo. *Escudo macedonio*: obra magistral de M. Launey, *Recherches sur l'armée hellénistique* (1949), pp. 346 ss.; P. *Couissin, Institutions militaires et navales* (1932), pp. 76 ss.; R. Zahn, en *Festschrift für C. Schuchhardt*, p. 48; si el soldado con un escudo de este tipo en las monedas peonías del rey Patrao es un peonio (o más probablemente un macedonio), este escudo puede ser otro de los préstamos de Filipo. Cf. también los escudos en las monedas de muchas colonias militares en Asia Menor: véase L. Robert, *Villes d'Asie Míneure*, pp. 32-33; Asclep., *Tact*. 5, 1 para el tamaño. *Dagas*: Plut., *Aem*. 20, 5. *Cretenses y honderos: Olynthus*, vol. X, pp. 378-446. *Portadores de Escudo*: probablemente una creación de Filipo. Teop. *apud* Escolios a Dem., *Ol*. 11 (Dindorf, p. 76) es demasiado confuso para ser pertinente. *Coraza*: los soldados macedonios en el sarcófago de Alejandro aparecen armados como describo; a pesar de Von Graeve, pp. 93-95, no pueden ser Compañeros de a Pie, pues sus escudos son demasiado grandes para permitirles sostener una sarisa. Seguramente los Portadores de Escudo llevaban un escudo adecuado (de ahí, por ejemplo, Arr. 1, 1, 9) y, por tanto, no una sarisa, que requería ambas manos. *Su ligereza*: Arr. 2, 4, 3 y, en especial, Arr. 3, 18, 1;3, 18, 5 y 3, 28, 2-3 son decisivos. Naturalmente se los llama parte de la «falange», porque falange sólo significa línea (o unidades) de infantería. *Esclavos y reclutamiento de ejércitos*: A.W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. 1, pp. 14 ss.; Tuc. 1, 141, 3: *Población*: la recuperación y el tamaño de las tribus de las tierras altas (lo bastante populosas como para proporcionar todo el contingente de los Compañeros de a Pie, o la mayor parte de él, a Alejandro. Cf. Berve 1, p. 114 con DS 57, 2, donde supongo que Crátero, el oréstida, y Amintas, el tinfeo, lideraban a los oréstidas y los tinfeos, haciendo dos brigadas de cada una de estas dos tribus a las que primero Filipo hizo formar parte de «los macedonios») y el tamaño de la nueva y populosa «Macedonia Oriental» no son tenidas en cuenta para calcular la ascendente tasa de natalidad en el interior de Macedonia desde 359 hasta 320. Asimismo, los posibles reclutamientos de esclavos como macedonios pudieron haber hecho aumentar las cifras. *Esclavos*: véase Polien. 4, 2, 21; Just. 9, 7, 15; Dem.

19, 305; 19, 139. Plut. 16, 2 es explicado por el Etym. Magn., s. v. «Desio» (mes de la cosecha); la fiesta Desia (¿cosecha?) es actualmente conocida en una inscripción de la Lincéstide, hacia el siglo II a.C. (F. Papazoglou, *Klio* [1970], pp. 305 ss.).

NOTAS AL CAPÍTULO 5

Just. 9, 1-4 es el marco (¿con Curc. 8, 1, 24?) para Arr.-Ptol. 1, 1, 4-1, 4, 8 y Estr.-Ptol. 7, 3, 8 (las citas de Arr. 1, 4, 7-8 y Ptol. F2 difieren, pero sugieren que Ptolomeo había leído personalmente a Heródoto; cf. Hdt. 4, 93). *Agríanos*: Arr. 1, 5. *Dioniso*: Suet., *Aug*. 94, 5; Macrob., *Sat*. 1, 18, con Arist., *Mirab*. 122; Hdt. 6, 125, y *BCH* (1961), pp. 812 ss. para hallazgos allí; cf. la vasija y el papiro dionisíacos en *AD* (1963), pp. 192 ss.: *Perros de caza*: Polien. 4, 2, 16; también En. Táct. 22, 14. *Balsas*: Jen., *An*. 1, 5, 10; su historia se extiende desde las esculturas asirías a los *utricularii* del ejército romano. Hdt. 4, 72 (caballos rellenos de los escitas). *Ilirios*: N. G. L. Hammond, *BSA* (1966), p. 239. *Asesinatos de Olimpia*: Just. 9, 7, 2; 12, 6, 14; Paus. 8, 7, 7. *Demóstenes*: Esquin. 3, 239; Dem. 1, 10, 18; Plut., *Dem*. 20. *Trasfondo tebano*: Just. 9, 4, 6; Paus. 4, 27, 5; 9, 1, 3. Démades, *Peri tes dodekaetias* 3 s. *Beotarcas que regresan*: Arr. 1, 7, 11. *Asedio*: Arr.-Ptol. 1, 7, 7; 1, 7, 10-11; 1, 8, 5 subraya la vacilación de Alejandro para atacar (cf. Plut. 11, 7; DS 9, 2). Arriano-Ptolomeo 1, 8 culpa a Pérdicas, el enemigo de Ptolomeo; cf. DS 12, 3 (seguramente correcto). Arr.-Ptol. subraya la profunda opinión dividida de Tebas (1, 8, n; cf. Plut. 11, 12); los macedonios sólo entraron en la ciudad gracias a la apatía de los tebanos (x, 8, 5) y ganaron con facilidad (1, 8, 5 s), los beocios de menor valía sobresalieron en el saqueo (Arr. 1, 8, 8 y DS 13, 5; Just. 11, 3, 8; Plut. 11, 5). Pero DS 9, 1 subraya la unanimidad tebana, el entusiasmo (9, 5; 10, 2; 10, 6; 11, 4) y la fuerte resistencia; las reservas en 12, 1 posiblemente son las fuerzas bajo el mando de Antípatro mencionadas en Polien. 4, 3, 12. Todos están de acuerdo en la incursión desde Cadmea; sólo Diodoro de Sicilia menciona las pérdidas macedonias (DS 14, 1). *Destino de la ciudad*: Arr. 1, 9, 9 implica que la devastación se atribuyó sólo a los aliados del momento (la mayoría beocios). Plut. 11, 11 es poco específico; DS 14 describe un decreto de todo el consejo aliado, cf. Just. 11, 3, 8, aunque el saqueo de Tebas se convirtió en el tema favorito de la retórica. Las secuelas en Atenas, etcétera (Arr. 1, 10), me parece que se ajustan mejor con el encuentro en aquel lugar. Dada la parte de los beocios (subrayada también por DS 13, 5), la cuestión es de carácter académico; finalmente seguiría una ratificación oficial. *Venta de prisioneros*: Clit. F1 debe ser leído en el contexto del orador de Ateneo (4, 146-148), preocupado por minimizar las riquezas de los griegos y probablemente sin citar directamente, sino resumiendo (¿injustamente?) la descripción de Clitarco. Seguramente, Clitarco también es la fuente de DS 14, 4, donde no queda del todo claro que esta plata se

obtuviera únicamente de la venta de prisioneros. El enorme botín (no vendido) en 14, 1 no es incompatible con Clit. Fi (la segunda parte del cual probablemente no es de Clitarco), dada la tendencia del orador citado por Ateneo a minimizar las riquezas de los griegos. El «conjunto de las riquezas» significa «el conjunto de las riquezas de las que se apercibió Alejandro». Para el precio de los esclavos en lotes más pequeños, cf. W.K. Pritchett, *Hesperia* (1956), p. 277. Los prisioneros eran vendidos en bloque como ganga; véase *Hellen. Oxyrr*. 12, 4; Tuc. 8, 28, 4 (¡20 dracmas por cabeza!). *Pérdidas tebanas*: DS 14, 1 = Plut. 11, 12. *Casa de Pindaro*: Plut. 11, 6 y Arr. 1, 9, 10 con Pd. F106; D. Cris. 2, 33. W. Slater, *GRBS* (1971), p. 141 no es convincente. *Flota cargada de grano*: ¿se refiere Ps.-Dem. 17, especialmente 20, a las actividades de otoño de la flota del Danubio de Alejandro en 335? De ahí que no se mencione el desastre tebano (cf. G.L. Cawkwell, *Phoenix* [1961 , p. 74, que fecha el discurso hacia 332-331). Pero Macedonia ya había ocupado Sestos y el Helesponto en 335, y la vanguardia de la flota necesitaba alimentos. *Víctimas atenienses*: Plut., *Dem*. 23 (Aristób., a pesar de Jacoby); DS 15, 1; Plut., *Phoc*. 9; Suda, s. v. «Antípatro» (diez víctimas); Arr. 1, 10, 4 (¿Ptolomeo, no Aristóbulo?). *Festival*: DS 16; Arr. 1, 11. *Propuesta matrimonial*: DS 16, 2; Plut., *Dem*. 23, 5; Berve, s. v. «Balacro» 200, «Ceno» 439; Arr. 1, 24, 1-2. *Amigos de Parmenión*: «Filotas» 802, «Nicanor» 554, «Asandro» 165, «Ceno» 439, «Hegéloco» 341, «Amintas» 57, «Átalo» 181, «Poliperconte» 654, «Simias» 704. *Invasión de Italia*: Arist. F614 (Rose); Just. 12, 2,1; 23, 1, 15; Estr. 6, 280; Liv. 8, 24, 4. *Alejandro y Roma*: Estr. 5, 23, 2 es verosímil; Memnón, *FGH* 434 F18, 2 ligeramente menos por tanto (cf. el sorprendente paralelismo en Ps.-Calíst., Arr. 1, 29-30). También, W. Hoffman, *Rom und die Griechische Welt in 4 Jhdt*. (1934) para un resumen del contexto.

NOTAS AL CAPÍTULO 6

Antípatro y Olimpia: Berve, s. v.; también Berve, s. v. «Cleopatra» para sus peleas; *GHI* 196, líneas 10 y 21 demuestran que Olimpia fue regente de Macedonia, Cleopatra del Epiro; sus dos reinos no figuran en el catálogo del grano y su presencia como las dos únicas personas privadas (con un gran número de recibos) es por otro lado absurda. *Invasión griega*: Filóstr., *V. Sóf*. 1, 9, 4; Lis. 33; Jen., *Hell*. 6, 1, 12; Isócr. 5, 119; Paus. 6, 17, 9; Plut., *Mor*. 1126d; Isócr., *Epist*. 3, 3 es importante; cf. 5, 18, *Panath*. 10-14; *Philip*. 129-131; N. FL Baynes, *Byzantine Studies and Other Essays*, pp. 144-167 (excelente) y S. Perlman, *Hist*. (1957), pp. 306-317. *Paz entre aliados*: *GHI* 177, 183; Ps.-Dem. 17 (muy importante), *GHI* 179, 192 y en especial A. Momigliano, *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico* (1966), pp. 406 ss. *Atenas*: la extraordinaria inscripción ha sido muy bien tratada por M. Ostwald, *TAPhA* (1955), pp. 103-128. *Monedas de la Victoria*: A.R. Bellinger,

Studies, pp. 12-13 no lo ha entendido. H.A. Thompson, *Studies in athenian Architecture, Sculpture and Topography*. W.S. Ferguson (1940), pp. 183 ss. puede estar en lo cierto; S. Pedman, NC (1965), p. 57 es sugestivo; obsérvese DS 18, 26, 6 para el tema de la *nike*. *Opinión de Alejandro*: Onesicr. F19; DS 62, 7. *Cruzada*: no ocupa un lugar preponderante en Isócrates (pero cf. 4, 3, 15); DS 16, 89, 2; Just. 9, 4, 6-10; Arr. 2, 14, 4 con Plut., *Per*. 17 y Tuc. 1, 96, 1. Polib. 3, 6, 12-14 es muy interesante. *Atenas*: Licurgo en Leócrates; Ps.-Dem. 17, passim; Hip. 3, 29-32, cf. F.W Mitchel, *Athens in the Age of Lycurgus* (1970). Polib. 5, 10 es engañoso: *IG* 22, 1628, 22 sobre los barcos de Atenas (cf. DS 18, 10, 2). También U. Kahrstedt, *Hermes* (1936), pp. 120 ss. sobre el contingente ateniense. Arriano (a través de Ptolomeo, ¿el eventual garante de la libertad griega?) no resalta toda la hostilidad griega y ateniense hacia Macedonia, en cualquier caso una idea extraña para él. *Tespios*: AP 6, 344- *Sicilia*: Berve, s. v. «Demarato». *Empleo de sátrapas*: Isócr., *Philip*. 103-104. *Calístenes*: *FGH* 124 con F. Jacoby, *RE* (Pauly) 10.2, col. 1680, un estudio excelente, aunque no se sabe que Calístenes fuera pro tebano o entusiasta de la regeneración nacional. T2 es posible, pero no una prueba indiscutible del parentesco exacto con Aristóteles; Cares F15 demuestra el carácter muy íntimo de su vínculo, probablemente como discípulo y tutor (A.B. Bosworth, *Hist*. [1970], pp. 407 ss. sólo es una nimiedad y ciertamente no impide un estrecho vínculo entre Calístenes y muchos peripatéticos). Cf. T23 con F42, F10 (Troya), F23, F24, F29 (poesía arcaica F19, F38 [Hdt.]. *Tontería*: T5, Plut. 54, T20 y especialmente T21 (el estudioso Filodemo probablemente es digno de confianza); F1 (heredera), F50 (Esparta), F43 con J.K. Davies, *Athenian Propertied Families* (1970), pp- 50-51; el mito de las dos esposas de Sócrates fue rebatido de un modo decisivo por E. Zeller, *Die Philosophie, der Griechen* (1963), vol. 2, 1, 54, que es sorprendente que volviera a aparecer al mismo tiempo en *CQ* (1970), p. 56; F46. *Panegírico*: F20, F2. Deberíamos recordar los débiles modelos literarios a disposición de Calístenes para su historia de un rey (*Ciropedia*, Teopompo, etc.). La referencia a la muerte de Darío en F14, línea 25 demuestra que esta sección no fue publicada como un despacho directo y enviada de regreso a la Grecia rebelde en 331. *Atenas y Egipto*: F51 con Anaxímenes 72 F20 y Plat., *Tim*. 23d. *Cruzada*: Jacoby sobre F28 es ingenioso; F10 puede ser pertinente; F36 no demuestra nada. *Homero*: T10, quizá T6, F10a, 12, 13, 14, 32, 33 y 53. L. Pearson, *Lost History of Alex*. (1960), pp. 36 ss. es correcto en principio, pero no en los detalles. *Persia*: véase la bibliografía al final del libro para la mayoría de lo que sigue. *Límites del Imperio*: Plut. 65, 6, una historia predilecta, cf. Hdt. 1, 134, 2. *Darío*: Berve, s. v., también s. v. «Bistanes, hijo de Oco», cf. Arr. 2, 14, 5. *Comunicaciones*: Plut. 69, 1 con la carta de efecto retardado en L. Robert, *Hellenica*, vol. 7, p. 7 y A. Aymard, *REA* (1949), p. 34. F. Oertel, *Festschrift Braubach* (1964), pp. 32 ss. se ocupa de Damastes *FGH* 5 F8 en términos de un viaje por el canal de

Suez, para el cual cf. J. Breebart, *Mnemosyne* (1967), pp. 422 ss. F. Lammert, *RE* 21.2, cols. 2438-2442 subraya de manera acertada los muchos puentes flotantes del Imperio. Sobre las señales de fuego, un tópico descuidado, Esquil., *Ag*. 282 para la palabra persa; Arist., *Meteor*. es esencial. Sobre los camellos, cito a un viajero chino Tang a la Bactriana, como en el magnífico estudio sobre sinología de E.H. Schafer (1950), pp. 165 ss. *Gobierno personal del rey*: muchos testimonios tempranos, especialmente *Persep. Fort. Tablets*, n.° 6764; cf. Jos., *A. J*. 13, 4, 4; Hdt. 3, 84 sobre broches. La tradición personal perduró, de ahí el arte del apretón de manos en la época de los Sasánidas. *Iguales honorarios*: Jen., Cyr. 2, 1, 3; 7, 5, 7 y sobre todo DS 17, 59 para un millar de «Parientes» reales en el ejército. *Burocracia*: para las raciones por nacimiento, *Persep. Fort. Tablets*, ed. R.T. Hallock (1969), n.° 1219; cf. Hdt. 1,136. Los pesos y medidas en testimonios arameos de Elefantina mezclan los de las tablas de Persépolis. *Papeletas de suministros*: *Persep. Fort. Tablets*, nº. 1351, 1358, 1404. *Debilidad persa*: final en Jen., *Cyr*., probablemente genuino; Isócr. 4, 140-149; 5, 95-100. Para su poder, compárese su flota en 334-333 con los informes similares en la invasión de Egipto de DS 15, 42 s. *Agrimensores de Alejandro*: compárese *GHI* 188 con *SEG* 14, 376 y H. Bengtson, *SO* (1956), pp. 35 ss. sobre Filónides. *Suministros*: Jen., *Cyr*. 6, 2, 25-40 es básico; en 396, el reducido ejército de Agesilao llevó comida a Asia para seis meses (cf. Jen., *Hell*. 3, 4, 3); acerca de la misma cantidad que llevó Alejandro, Jen., *An*. 1, 10, 18 es crucial (cuatrocientas carretas para diez mil hombres durante quince días). Nicias recomiénda los panaderos a Sicilia en Tuc. 6, 22; probablemente hasta Isos, los soldados de Alejandro se preparaban sus propias comidas (Arr. 2, 8, 1; cf. Jen., *Hell*. 7, 2, 22). ¡Allí capturaron a los cocineros de Darío! Los soldados también podían ser pagados con dinero y dejar que se sirvieran ellos mismos en una ágora acordada de antemano, por lo que quizá los suministros de Alejandro estaban descentralizados. *Jardines persas*: P. Grimal, *Les jardins romains* (1943), pp. 86 ss. es excepcional; cf. Jen., *Oec*. 4, 13 -14 y 20; los jardineros, de una clase, quizá pueden detectarse en *Persep. Treas. Tabl*. (ed. G.E. Cameron) nº. 14 y 31. *Edad de la paradoja*: Esquin. 3, 132. *Hambre*: *GHI* 1961, línea 3, con notas en pp. 275-276. *Templos que albergaban el fuego sagrado*: K. Schippmann, *Iran. Feuerheiligtumer* (1968) sobre una tradición que, como están demostrando ahora las excavaciones, se extiende hasta Media; cf. el probable templo del fuego aqueménida encontrado en Seistán y del que han informado los italianos en *East & West* en los últimos diez años. *Contrato de arrendamiento prolongado*: B. E. 9, 48, de 420 s.

NOTAS AL CAPÍTULO 7

Revuelta de Egipto: F. Kienitz, *Politische Geschichte Ägyptens* (1953), pp. 185 ss.

dedica mucho espacio a la controvertida figura de Khabgesha; que su rebelión continuara en 335-334 todavía es una posibilidad. *Acercamiento*: Arr. 1, 11, 5 s.; DS 17, 2 = Just. 11, 5, 10 (Clitarco y, por tanto, no un anacronismo romano). *Las vírgenes*: A. Momigliano, *CR* (1945). PP- 49~53; también G.L. Huxley, *Studies in hon. Of V. Ehrenberg* (1967), pp. 147 ss.; E. Manni, *Miscellanea Rostagnea* (1963), pp. 166 ss.; la datación es incierta, pero el milenio de Licofrón puede ser el de Alejandro (véase más abajo). *Sacrificios troyanos*: Arr. 1, 12,1-3 (su palabra *légousin* no excluye a Ptolomeo ni a Aristóbulo como sus fuentes); DS 17, 3; Just. 11, 5, 12; Plut. 15, 8; El., *V.H*. 12, 7; cf. Cic., *Arch*. 24; Sím., *Epist*. 60, 72, Jer., *Vit. Hil*. 1; Petrarca, *África* 9, 51-54 sigue el tema. También Ps.-Calíst. 1, 42, 9-12. *Menecio*: Arr. 1, 12, 1, y obsérvese el veleidoso Cares (Curc. 4, 5, 22). *Dicearco*: F. Wehrli, *Die Schule des Aristoteles* (1967), vol. 1, pp. 13 ss., especialmente frag. 23 .*Jerjes*: H.U. Instinsky, *Alexander der Grosse am Hellespont* (1949) no es convincente, nada menos porque los detalles de Hdt. 7, 43 y 54-55 son diferentes de los de Arriano; para la copa de oro, cf. Arr. 6, 19, 5, donde Jerjes no está en entredicho, y para los dejes heroicos de las *phialai* (muy pertinente aquí) H. Luschey, RE, s. v. «Phíale», con testimonios de culto. *Tesalios*: Filóstr., *Her*. (ed. Teubner), p. 208, líneas 8 s.; también Hld. 3, 5; ¿permaneció la caballería siempre con Parmenión (Arr. 1, 11, 6)? *Caracalla*: DC 79, 16, 7; 18, 2 y F.G. Millar, *A Study of Cassius Dio* (1964), pp. 214 ss. Estoy agradecido a C.G. Hardie por llamarme la atención sobre esto. *Camino homérico*: Hom., *Il*. 6, 13-15. *Tributos de Alejandro en Troya*: Estr. 13, 1, 26-27, donde remite el tributo incluso antes de su victoria.

NOTAS AL CAPÍTULO 8

Cifras de soldados: DS 17, 3, con Plut., *Mor*. 327d-e (Arr. 1, 11, 3 prefiere Ptolomeo a Aristóbulo); Plut. 15, 1; Just. 11, 6, 2; Calíst. *Apud* Polib. 12, 19, 1; sobre la confrontación con Polien. 5, 44; DS 7, 10 (que nombra a los macedonios en la vanguardia), véase, por ejemplo, P. A. Brunt, *JHS* (1963), pp. 341 s., y R. D. Milns, *JHS* (1966), pp. 167 ss. Todas las cifras son especulaciones; la caballería es en especial incierta. *Cícico*: Polien. 5, 44, 5; DS 17, 7. *Salarios de Memnón*: Ps.-Arist., *Oec*. 1351b. *Lámpsaco*: la fuente común de Paus. 6, 18, 2, Val. Máx. 7, 3, 4 y Suda, s. v. «Anaxímenes» no es probable que sea buena, pero puede haber una verdad en esta sarta de anécdotas predilectas, y es que finalmente Alejandro visitó el lugar. En Arr. 1, 12, 6 el único manuscrito fiable lee *prosaktios*, por lo general enmendado para el dudoso río Practio, lo que da como resultado un desvío curioso en la ruta de Alejandro sobre el impracticable desfiladero de un río (W. F. Leaf, *Strabo on the Troad* [1923], pp. 71 ss. contiene toda la geografía). Si leemos *par'akten* como «a lo largo de la costa», Alejandro iría naturalmente al norte, a Lámpsaco, una ciudad

conocida por su opulencia: cf. Jen., *Hell*. 2, 1, 19; obsérvese Ps.-Arist., *Oec*. 1351 para la acuñación de monedas persas en ese lugar. *Planes persas*: Arr. 1, 12, 9 = DS 18, 2 = Calístenes a través de una prisionera persa, quizá Barsine, ¿la esposa bilingüe de Memnón? *Tirano en Zelea*: *SIG*3 279 con Berve, s. v. «Nicágoras» es, a mi entender, prueba suficiente. *Monedas de Memnón*: A. E. M. Johnston, *JHS* (1967), p. 86. *Haciendas persas*: un amplio tema, Jen., *Hell*. 3, 1, 25-27; 3, 2, 12; 4, 1, 15-16; 4, 1, 33; Jen., *An*. 4, 4, 2; 4, 4, 7; *Oec*. 4, 5; 4, 20; Plut., *Alc*. 24 y, en especial, Jen., *An*. 7, 8, ¡demuestra que doscientos siervos no eran más que un puñado! ¿A quién pertenecían los once *khoroi* en la fuente del Gránico (Kaibel, *Epigr. Graec*., n.° 335)? Seguramente a los persas; cf. E. Benveniste, *Paideuma* (1960), p. 199 para el nombre persa de estos dominios. Sobre *pyrgos-tyrsis-baris*, cf. L. Roben, *Noms indigènes en Asie Mineure* (1963), pp. 14-16, con bibliografía. J. Keil-Premerstein, *Dritte Reise*, p. 102 proporciona el plano de una «torre» de este tipo. *Desio*: Plut. 16, 2, *Etym. Magn*., s. v. «Desio». *Cifras persas*: Arr. 1, 14, 4, Pero DS1 9, 5 da incluso menos caballos. *Armadura persa*:]en., *An*. 1, 8, 7; *Eq*. 12; P. Bernard, *Syria* (1964), p. 195 es notable, amplía a K. Anderson, *JHS* (1960), pp. 7-8, quien cita a un tesalio con armadura en una moneda, ¿quizá relevante para la caballería de Alejandro? Cf. E. Ebeling, *Zeits. Assyr*. (1952), pp. 203 ss. *Batalla*: véase mi próximo estudio. Plut. 16 es similar a Arr. 1, 13-16, a pesar de los añadidos y lapsus de memoria; Aristób. *Apud* Plut. 16, 15= Arr. 1, 16, 4, pero sin duda Aristóbulo no fue la única fuente de Plutarco o la única autoridad de Arriano. Arr. 1,13-16 debería concordar también con Ptolomeo. DS 19-21 = Fragm. Sabbait. *FGH* 151 F1, líneas 3-4 (acampados); Curc. 8, 1, 20 = DS 20, 6, contra Arriano y Plutarco. Obsérvense los hircanos en DS 19, 4: totalmente correcto; Estr. 13, 629; Tác., *Ann*. 2, 47; Plin. 5, 120; Head, *BMC Lydia*, p. 122; A. Fontrier, *Mouseion* (1886), p. 11 para el emplazamiento. Apoyo a Diodoro de Sicilia-Clitarco contra Arriano-Ptolomeo-Aristóbulo; obsérvese Jen., *An*. 3, 4, 35; Curc. 3, 3, 8 sobre los hábitos nocturnos de los persas, muy relevantes para una batalla al amanecer. *Odio de Esparta*: véase Isócr. 5, 74-75; Dem. 5, 18; 6, 9; 6, 13-15; 19, 10-11, 260-262, 303-306. Véase G. E. M. de Sainte Croix, *The origins of the Peloponnesian War* (1972), pp. 159 ss. y en especial Apéndice XXX. *Consigna*: Arr. 1, 16, 4; Plut. 16, 18. ¿Quién la redactó? ¿Calístenes? *Nuevo milenio*: Duris *FGH* 76 F41, y, para las posibles resonancias homéricas del mes (Targelión = Desio), Calíst. 124 F10a y b (importante). *Némesis*: Calíst. F28; cf. Just. 11, 6, 10. Para los bactrianos en la fuerza lidio-jónica en DS 19, 4, cf. los nombres bactrianos en Jonia en L. Robert, *Noms indigènes* y «Orontes the Bactrian», líder de la revuelta de los sátrapas en 360 s.

NOTAS AL CAPÍTULO 9

Asia Menor: W. Judeich, *Kleinasiatische Studien* (1892); G. Glotz-Cohen, *Histoire grecque*, 4, 1, pp. 21 ss. También M. Rostovtzeff, en *Studies pres. to W. Ramsay* (1923), pp. 366 ss.; sobre los tiranos y los favoritos persas, la lista en H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen* (1967), pp. 332-340 y vol. II, pp. 690 ss. son inestimables; el hallazgo de una inscripción que documenta el impuesto sobre la tierra del rey persa en los estados griegos propietarios fuera de las *poleis* de Asia Menor ha sido anunciado por J. Crampa, pero su estudio aún no ha sido publicado. Cf. Jen., *Hell*. 3, 4, 25-26 para las prioridades persas; el tributo viene primero. *Primeros movimientos*: Just. 11, 6, 1; Arr. 1, 17. *Troya*: Estr. 13, 593. *Zelea*: Berve, s. v. «Nicágoras» en la (imposible de datar) *Syll*. 1, 297. *Sardes*: Arr. 1, 17, con los abundantes testimonios sobre la intromisión de los jueces y la ley persa en los asuntos provinciales: véase Hdt. 3, 14; 3, 31; 5, 25; 7, 194 y declaración general en Dar. Bis. 1, 21. Amplia visión en E. B. Kraeling, *Brooklyn Aramaic Pap*. (1953), pp. 36 ss. En el papiro Cowley de Elefantina hay jueces persas activos en Menfis, así como en la colonia (16, 7; 20, 4; 27, 9; 42, 2 y 7: los *typt*, por ejemplo en Daniel 3, 2, pueden ser oficiales de policía y el *frasaka*, un interrogador: W. Eilers, *Irán. Beamtennamen*, pp. 5-43; Cowley 37 con Eilers, p. 28); también en *Babylonia*, passim; véase B. E. X 97, jueces del canal del rey en B. E. X 8, 92; jueces de la casa de Parisatis, *UM* 133; jueces de la corte de la satrapía de Gobrias, B. E. X 84, 97, 128; jueces de los Pueblos del Mar, B. E. IX 75. También el terreno jurisdiccional de los Ojos del Rey: véase Cowley 27, 9; Jen., *Cyr*. 8, 6, 16; también los comandantes de guarnición tenían poderes judiciales (Cowley 1, 3; 25, 2; Kraeling 8, 2 s.), y Sardes tenía una guarnición irania formada por un millar de soldados y un gran número de colonos hircanos acampados en las cercanías. Asimismo, Persia alentó de forma persistente los golpes de estado de los oligarcas en las ciudades griegas; a la vista de esta breve selección a partir de los documentos, las observaciones de E. Badian, *AncSoc* (1966), p. 45 no son afortunadas. Los judíos no son un argumento opuesto, pues si Ezra aplicaba la Torá, también tenía que aplicar la propia ley del rey (Ezra 7, 25 s.). En Sardes, Alejandro llevó el cambio, como había anunciado. Libertad y democracia: A. H. M. Jones, *Greek City* (1940), p. 157, con *OGI* 222, 226, 229, 237. *Alejandro y los aristócratas*: Arr. 5, 2, 2 .*Nueva era*: C. Habicht, *Gottmenschentum un dgriechische Städte* (1970, 2ª. ed.), p. 24. *Culto*: Estr. 14, 640; Plut., *Mor*. 335a. Habicht, pp. 18 s. y 251. Véase *SEG* 4, 521 para su persistencia. *Precedente*: véase Lisandro (*AA* [1965], p. 440, decisivo). *Sintaxis*: véase *GHI* 185. Arr. 1, 17, 7 implica que también se pagó en Sardes, por tanto, no limitado a una liga griega. La cuestión de si los griegos de Asia pertenecían a la Liga de Corinto es un moderno misterio cuya importancia se me escapa (e, imagino, se le escapó a Alejandro) por completo; E. Badian, *AncSoc*, pp. 43-53 replantea la visión de A. H. M. Jones, *Greek City*, p. 316, nota 14 como sigue: algunas ciudades griegas en Asia Menor pagaban una contribución; los miembros de la Segunda

Confederación Ateniense pagaban contribuciones; por tanto, todas las ciudades griegas de Asia eran miembros de la Liga de Corinto. Aparte de ser un *non sequitur*, esto no tiene en cuenta a Arr. 1, 17, 7, lo que supone (a mi juicio) ¿que Sardes también pagaba contribuciones sin pertenecer a ninguna liga? *Alcímaco*: Berve, s. v., con W. G. Forrest, *Klio* (1969), pp. 201-204. Creo que era el macedonio enviado a Atenas en 338. Mileto: Arr. 1, 18, 3 s. con DS 22 (detalle diferente). Motivos para la flota en 22, 5 = Arr. 1, 20 (la mayoría) = ¿Calístenes? En 1, 18, 7 tal vez deberíamos recordar que Ptolomeo utilizó él mismo la flota chipriota después de la muerte de Alejandro. ¿Es Ptolomeo o Arriano responsable de omitir a los atenienses retenidos (DS 22, 5)? Jen., *Hell*. 4, 1, 14 es pertinente para los méritos del transporte por mar, en contra del transporte por tierra, en Asia Menor. La financiación de barcos por los aliados de Quíos en 332-331 (*GHI* 192, 9), ¿no se pidió probablemente a todos los aliados en 334? *Magistratura de Mileto*: *Inschr. von Milet* 112. *Hijo de Darío*: Berve, s. v. «Ariobarzanes», 116. *Caria*: *SIG* 345, 46; Head, *Hist. Num*., p. 617 (monedas), *Panunyes's elegiacs* (*SEG* 4, 191), J. M. Cooky G. E. Bean, *BSA* (1955), pp. 143 ss.; G. Bockisch, *Klio* (1969), pp. 118 ss. acumula una historia completa de las dinastías carias. *Ada*: Estr. 14, 656 y 635, y Berve, s. v.; Alejandría de Latmo (E. Byz., «Alejandría») es probablemente Alinda, pues a mi juicio no hay otra alternativa en esta área. *Halicarnaso*: G. E. Bean y J. M. Cook, *BSA* (1955), pp. 85 ss. es esencial, señala los méritos de DS 23, 4-27. De nuevo, Arriano omite la hostilidad de los atenienses (DS 25, 6). La escapada de Pérdicas (Arr. 1, 21, 1) no puede ser una mera ficción maliciosa de Ptolomeo como también aparece en DS 25, 5 (Diodoro de Sicilia-Clitarco no utiliza a Ptolomeo); quizás ocurrió realmente, o en Calístenes, y por tanto inspiró a Ptolomeo para sus mentiras sobre *Tebas*. *Destrucción*: Vitr. 2, 8, 10-14; Plin. 35, 172 contra Arr. 1, 24, 6; DS 27, 6. Ptolomeo hizo campaña allí a favor de sí mismo en 309-308, ¿quizá pertinente en su historia? *Nuevos edificios en Asia*: J. M. Cook, *BSA* (1958), p. 34; Plin. 5, 117; Estr. 1, 58 (Clazómenas); Éritras (Plin. 5, 116), Ilion (DS 18, 4, 5). *Priene: GHI*184-185 (donde el encabezamiento *basileus* no es decisivo para la fecha). *Regalo de tierras*; la formulación de *GHI* 186, 9-13 recuerda muchísimo frases similares en *SIG* 278, líneas 9-11 y *OGIS* 9, 10, donde los sucesores también otorgaron tierra a los Favoritos Reales. K.M.T. Atkinson, *Antichthon* (1968), pp. 32 ss. es un buen estudio que corrige las cuestiones que no son plausibles en Rostovtzeff. *Nuevos propietarios*: Plut., *Eum*. 8, sólo cierto testimonio, pero también deberían añadirse los sátrapas. También los tiranos macedonios como Eupólemo, Antipátrides (Polien. 5, 35), Filétero, Filomelo y los muchos otros reunidos en Berve, Tyrannis (1967), vol. I, p. 418 y notas a p. 718; no habrían estado satisfechos con las propiedades ordinarias. Obsérvese, sin embargo, la posibilidad de que, a pesar de Alejandro, los descendientes de Proeles y Demarato continuaran con sus estados eolios (¿y su tiranía?) tal como estaban (T. Homolle,

BCH [1896], pp. 505 ss.). *Siervos*: G. Sventiskaya, VDI (1967), pp. 85 ss. cita un testimonio muy completo, con la correcta parcialidad de Party. K.M.T. Atkinson, pp. 37-41 es decisivo contra el punto de vista de Rostovtzeff de que los siervos fueron liberados. *Hircanos*: Estr. 13, 629; Jen. *An*. 7, 8, 15 (magnífico testimonio); DS 17, 19, 4 (Espitrídates también fue sátrapa de Lidia), la columna Pozzuoli tallada bajo el reinado de Tiberio, el testimonio de Tácito y las inscripciones son admirablemente resumidas por L. Robert, *Hellenica* (6), pp. 19 ss. Deberíamos recordar siempre estas colonias: cf. A. Keramopoullos, *Athena* (1904), pp. 161 ss.; también lugares como Cambisene, Jer- jene, Come de Dares, Ciropedion. *Ciudadanos iranios*: necesita un estudio. Las sabias observaciones de P. Bernard, *Syria* (1964), pp. 211 ss., con una completa bibliografía señalan un tema que, por mi parte, debería elaborar en otro lugar. Anahita: L. Robert, *Hellenica* (6), caps. 2-4 es el mejor estudio; los testimonios de los magos de Asia Menor se extienden ahora desde los relieves de Dascilio hasta Pausanias, con una amplia bibliografía correspondiente. Cf. P. Herrmann, *Ergebnisse einer Reise in Nordost Lydien* (1962) para más detalles. *Neokóroi iranios*: Berve, s. v. «Megabizo» y la sorprendente inscripción (que irritantemente no se ha publicado) referida por L. Robert, *CRAI* (1953), pp. 410-411, también dice que contiene algunos «beaux noms Cariens», confirmando que la helenización de los carios del interior fue una cuestión del siglo III a.C. Obsérvense las monedas del iranio Maifernes en Celenas (*Noms indigénes*, p. 349) con Anahita como un símbolo. Obsérvense también los magos de Éfeso en Plut. 3, 7, en aquel lugar sacerdotes de Ártemis-Anahita.

NOTAS AL CAPÍTULO 10

Campaña licia: Arr. 1, 24, 5-29. Freya Stark, *JHS* (1958), pp. 102 ss. se ocupa de las cualidades de los testimonios. *Augurio*: Plut. 17, 4, muy interesante. *Teodectes*: Plut. 17, 95 Onesícr. F22. *Alejandro el lincesta*: Arr. 1, 25; Aristób. F2b, líneas 8 ss., un pasaje de cierta importancia para la fuente histórica de Alejandro que ha pasado desapercibido: Alejandro el lincesta lideró a los tracios en 335 (Arr. 1, 25, 1) y se pensó que, sin duda, había estado presente en Tebas (Arr. 1, 7, 6). En este fragmento 2b, línea 4, se insiste en que el culpable fue un macedonio; Plut. 12,3 dice «un tracio», pero se trata sólo de un desliz, provocado por el hecho de que Alejandro el lincesta lideró a tracios. A pesar de la frecuencia del nombre Alejandro, estoy dispuesto a apostar que estos dos Alejandros son el mismo hombre y que (una vez más) Aristóbulo ha confundido (¿deliberadamente?) el fallecimiento de un sospechoso. DS 32, 1 tiene la fecha correcta; para Sisines, cf. Curc. 3, 7, 11, muy explícito y creíble. *El sobrino del lincesta*: Berve, s. v. «Amintas», hijo de Arrabeo; Arr. 1, 28, 4 con su subsiguiente desaparición. *Muerte de Alejandro el lincesta*: DS 80, 2 especifica que estuvo encarcelado tres años, es decir, un arresto en 333; cf.

Curc. 7, 1, 8 («tres años enteros»). Curc. 8, 8, 6 y 10, 1, 40 se refiere a «dos pruebas» contra el lincesta; probablemente se trata de un intento de Quinto Curcio o de su fuente de combinar las dos historias del arresto. Obviamente, Quinto Curcio conocía ambas historias, pues la ausencia del arresto en Bk 3 significa que habló de él en Bk 2, durante 334, prefiriendo la versión de Arriano. ¡Pero su preferencia no es una prueba de la verdad! Naturalmente Arriano no señala esta (probable) discrepancia entre Ptolomeo y Aristóbulo; durante 334, Aristóbulo no dice nada, habiéndolo dicho todo en 335 en la historia de Timoclea, que Arriano omite; por tanto sólo tomó el relato de Ptolomeo, el único disponible. *Monte Clímaco*: Calíst. F31; presumiblemente Calístenes también menciona una ayuda divina, de ahí Arr. 1, 26, 2 y el acuerdo general sobre ello por parte de los historiadores de Alejandro, bien observado por Jos., *A. J*. 2, 2, 348. *Marcha frigia*: Curc. 3, 1, 1-8. *Nudo gordiano*: Arr. 2, 3; Curc. 3, 1, 14; Just. 11, 7, 3; EL, N. *A*. 13, 1. *Macedonia y Frigia*: Calíst. F54; Marsias *FGH* 135 F4. cf. E. A. Fredricksmeyer, *CPh* (1961), pp. 160 s. *Telmiseos*: Arr. 2, 3, 3. El aspecto importante es que Alejandro esperó hasta el último día de su estancia: cf. Arr. 2, 4, 1, «sobre el día siguiente». Obsérvese que el dios frigio se identificó con Zeus Soberano (Arr. 2, 3, 6), particularmente apropiado cuando Alejandro era un rey bajo la protección, evidentemente en aumento, de Zeus (por ejemplo, lluvias en Sardes, águila en Mileto, Clímaco, etc.). *Regreso a casa de los griegos: Curc*. 3, 1, 9.

Magos: Arist. F6; Teop. *Apud* Plut., Mor. 370c; 115 F65, con J. Bidez & F. Cumont, *Les Mages hellénisés*, vol. 2, p. 78. Guerra naval: DS 27, 6 (Cos como base); Arr. 2, 1 (obsérvese la guarnición de Alejandro en Mitilene—2, 1, 4) y DS 29, la mayoría pertenecen a mayo. DS 29, 4 es vago, pero 31, 4 es quizá demasiado pesimista (¿están estos griegos en la Península?). *Piratería*: Arr. 2, 1, 2. Flota de Alejandro: 3, 1, 9 s. *Mitilene*: Arr. 2, 1, 4; presumiblemente se acordaba reanudar la paz con cada rey persa. Posiblemente los almirantes quieren decir «ser nuestros aliados, libres e independientes como en 386» —¡pero su redactado y en especial Arr. 2, 2, 3 (Ténedos) implica que las islas se habían sentido complacidas siendo aliadas desde 386!—. Esto no es imposible, pues la interferencia persa y de los sátrapas en el Egeo, 386-334, necesita un nuevo estudio: cf. *GHI* 138, 155, 165; Dem. 15, 9; Polien. 5, 44, 3; Teop. F121; Dem. 15, 3, 14 y las pruebas, por supuesto, para 336-333. *Alejandro y Ancira*: Curc. 3, 1, 22; Calíst. F53. *Capadocia*: Estr. 12, 1, 1-4 con *Geographi Graeci Minores* (Muller), 2, 86. Berve s. v. «Sabictas», «Abistamenes» y las tropas para Darío en Arr. 3, 11, 7. *Puertas Cilicias*: Jen., *An*. 1, 2, 20; Curc. 3, 4 (Curc. 3, 4, 10 = Calíst. F32, 33); Arr. 2, 4, 3 .Darío: DS 30; Curc. 3, 2-3; los paralelismos entre el atuendo de Darío y el supuesto vestido de Calígula (Suet., *Cal*. 52) constituyen un dato más que me inclina a favor de una fecha claudia para Quinto Curcio. Para la señal de la ejecución, cf. Jen., *An*. 1, 6, 10. *Guerra naval*: Arr. 2, 2; Curc. 3, 3, 1. Arr. 2, 2, 2 demuestra que Farnabazo dejó ciento noventa barcos en Licia. H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers* (1933), p. 183 escalonó las cifras con precisión. *Cardaces*: Estr. 15, 734 (puede que ésta no sea su explicación —cf. los diversos pasajes en el *Thesaurus* de Esteban, s. v. «Cardaces», col. 960, en el vol. 5 de la edición de 1841, lo que implica que el nombre significa meramente soldados contratados). *Colonos babilonios*: G. Cardascia, *Les Archives de Murasu* (1951) es fundamental; sobre los estados del rey, cf., especialmente, W. Eilers, *OLZ* (1934), p. 95 para los favoritos persas; Cardascia, pp. 82-83; feudos: Cardascia, p. 8, también *Recueils de la Société Jean Bodin* (1958), pp. 55 ss. y M. Dandamayev, *Pestschrift Eilers* (1967), pp. 37 ss. (que prueba el origen medo). *Tasas y recaudación*: Cardascia, pp. 78 ss. y sobre todo 98 s. *Inalienable*: cf. San Nicolo, *Ungnad: Neubab. Rechtsurk*. 1, n.° 10 y *Código de Hammurabi* 36-38. Un acreedor podía apoderarse de la cosecha, pero nunca de la tierra; una mujer tampoco podía poseerla. El propietario sigue siendo responsable, a pesar del usufructo; *Ur Excavation Texts* IV, n.ª 59, 60, 101, 106. *Continuidad del feudo en los tiempos seléucidas*: Moore, *Neobab. Busin. And Admin. Docs*. (1935), p. 139. *Judíos adoptados*: Cardascia, pp. 180-181 con paralelismos. Cf. p. 29, n. 5 y B. E. X 37 para las propiedades familiares. Compárese G. R. Driver, *Aramaic Documents* (1957) —sobre todo n.° 1—. *Armas de los judíos*: E. Ebeling, *Zeit. Ass*. (1952), pp. 203 ss. Mientras el rey agotaba la plata de sus propios tesoros, la plata

para el mantenimiento de los soldados y el *ilku* terminarían escaseando; ¿dónde estaban las minas de plata de Mesopotamia? *Sueño de Darío*: Plut. 18,6; Curc. 3, 3, 2-5; DS 31, 7. *Sus cifras*: Hamilton, *HCPA*, p. 48. *Marcha*: Curc. 3, 3, 8 (imagino que esta precisa relación procede de Clitarco; DS 31 tiene un lugar para ella. Su padre Deinón escribió una sólida historia de Persia). *Enfermedad de Alejandro*: DS 31, 4 no menciona la carta de Parmenión, pero su silencio (!) no demuestra nada. Curc. 3, 4, 15 no garantiza que Parmenión permaneciera en Tarso, como tampoco lo hace Arr. 2, 5 (después de un largo intervalo). Just. 11, 8, 5 puede ser correcto; ¿quizá Parmenión había arrestado a un espía en la retaguardia de Alejandro? En vista de las secuelas de Alejandro, no creo a Curc. 3, 5, 10; DS 31, 6. Para la «culpabilidad» de Parmenión, cf. Ps.-Calíst. 2, 8, 25. Las variantes entre Plut. 19; Arr. 2, 4, 7-11; Just. 11, 8, 3-9 y Curc. 3, 5-7 no son significativas. *Guerra naval*: Arr. 2, 2 (los barcos de guerra persas necesitaban bases diarias, de ahí el retraso en las Cicladas). *Misión de Parmenión*: Arr. 2, 5, 1;,*An*. 1, 4. *Anquíalo*: Arr. 2, 5, 2-4 con Calíst. F34; Aristób. F9; Aten. 530a; Estr. 14, 5,9. *Solos*: Arr. 2, 5, 6, pero con 7, cf. 2, 13, 4 (¿cayó de nuevo Cos?). *Alejandro el lincesta*: DS 32, 1. *Trayectoria de Hárpalo*: Arr. 3, 6, 7 con Taurisco que fue *staleis* (sugerido oficialmente). Creo que Hárpalo era un espía; de ser así, ¿es éste un error de Arriano u otro ejemplo del desconocimiento de los motivos de Ptolomeo-Aristóbulo en el sanctasanctórum? *Marcha y geografía*: Ps.-Escílax 102 sitúa Malo junto al río Píramo (cf. Estr. 14, 5, 16) y Jen., *An*. 1, 4, 1-6 da veinticinco parasangas (es decir, veinticinco horas de marcha) hasta el puerto de Miriandro (cinco horas de marcha —esto es, por caminos muy agrestes— desde las Puertas Sirio-Cilicias, la actual Columna de Jonás). Los dos días de marcha para acercarse (*pros*) a Miriandro de Arr. 2, 6, 2 es algo perfectamente posible, según dice, a doce horas normales por día: cf. M. Dieulafoy, *Mem. de l’Acad. Inscr. et Bell.-Lett*. (1914), p. 58 para paralelismos. También DS 18, 44, 2 para la posible velocidad de la marcha de sesenta y cuatro kilómetros al día durante siete días. *Movimientos de Parmenión*: de la manera más interesada, Curc. 3, 7-8 ha desordenado la relación de la vulgata y la fuente (última) de Arriano en un conjunto incoherente; cf. Plin.-J., *Ep*. 5, 8, 12 para esta *onerosa collatio*. DS 32, 2-33 no sabe que Darío fue hacia la retaguardia de Alejandro (DS 32, 4, la última frase es decisiva): Quinto Curcio emplea este frío preliminar, de ahí que 3, 7, 5-10, especialmente 10, ignore los dos días de marcha (3, 7, 5) y deduzca que Alejandro esperó, siguiendo el consejo de Parmenión, en Isos; después sigue la historia de Sisines, desconocida por Alejandro; Curc. 3, 8, 12 se ajustaría a DS 32, 3 y 31, 2, pero entonces (haciendo caso omiso de 3, 7, 10) recoge la versión de Arriano: Arr. 2, 7, 1 = Curc. 3, 8, 13-17. De nuevo, retoma la versión de Diodoro de Sicilia, lo que es una locura, que sostiene que Alejandro simplemente esperó en Isos: Curc. 3, 8, 18 y sobre todo 19, 3, 8 y 20 es un esfuerzo para arreglar su embrollo; 3, 8, 22-23 = Arr. 2, 8, 1 y 2 (al alba). Haciendo caso omiso de los cien

estadios de Calístenes, baja a los treinta estadios de Diodoro (3, 8, 24 = DS 33, 1); 3, 8, 27-3, 9, passim = Arr. 3, 10, 1 = DS 33, 4; Curc. 3, 10, 4 = Just. 11, 9, 3; 3, 11, 1-5 vuelve a la fuente de Arriano; 3, 11, 7 se ajusta a Diodoro de nuevo. Este embrollo (también detectable en Gaugamela) es de Curcio en el peor de los casos. *Tácticas de Darío*: si las actividades de Parmenión en el embrollo de Curc. 3, 7, 7 son ciertas, ¿habrían ido estos bárbaros para advertir a Darío? *El consejo del desertor*. Arr. 2, 6, 3 = Plut. 20. La vulgata le da el mismo papel mucho antes a Caridemo. C. L. Murison, *Historia* (1972), pp. 399 ss. ha resumido los numerosos y viejos puntos de vista sobre estos preliminares, con sus refutaciones y un buen mapa; creo que ha situado Isos demasiado lejos al sur, mientras que en las pp. 420-421 hace varias deducciones injustificadas que no están en ninguna fuente (de hecho, ningún agente se deslizaría fuera de Solos para advertir a Darío en Siria, porque probablemente, al igual que Alejandro, no sabía que se encontraba allí).

NOTAS AL CAPÍTULO 12

Discurso de Alejandro: un problema muy interesante. Arr. 2, 7, 3 puede muy bien no ser una composición personal de Arriano; DS 33, 1 = Arr. 2, 7, 3 sobre el evidente favor de los dioses (¿quizá no el comentario más obvio en la posición de Alejandro?). Just. 11, 9, 2-7 está sorprendentemente cerca de Curc. 3, 10 y seguramente debido a Clitarco (Curc. 3, 10, 1-2, precediéndolo = DS 33, 4 = Clitarco). Quinto Curcio sitúa su discurso donde Arriano coloca su exhortación de última hora (Arr. 2, 10, 2), pero incluso en este caso tienen paralelismos: por ejemplo, Arriano recoge a Quinto Curcio y el tema de Justino de un punto diferente para cada unidad (pero insiste en la debilidad persa, no en el botín) y también la perspectiva de conquistar Asia; Arr. 2, 7, 6 = Curc. 3, 10, 5 = Just. 11, 9, 6 (*cumulus* recoge la palabra favorita de Arriano, *peras*). Me gustaría mucho saber si Alejandro había mencionado ya esta gran perspectiva (cf. Arr. 2, 3, 7); no obstante, Arriano puede haber compuesto su discurso a partir de «información de fuera» en Clitarco y la vulgata, donde el tema de la conquista del mundo siempre estuvo presente. En 2, 7, 8, *legetai* (¿quién? ¿Ptolomeo?) demuestra que la referencia de Jenofonte no es de Arriano. *Sacrificios*: *Pap. Oxyrr.*, *FGH* 148, 44, col. 2. *Lugar de la batalla*: A. Janke, *Auf Alexanders des Grossen Pfaden* (1904), 53 (aceptado con malos argumentos por F. W. Walbank, *Hist. Gomm. on Polybius*, vol. 2, sobre Polib. 12, 17, 3). W. Dittberner, *Issos* (1908) argumenta bien para el Payas; las dos medidas decisivas son los cien estadios iniciales entre Darío y Alejandro (Polib.-Calíst. 12, 19, 4: el Deli, más al norte, requiere esto para que sean unos ciento sesenta estadios) y en especial el campo de catorce estadios de ancho (Polib.-Calíst. 12, 17, 4. Falso del ancho Deli). *Exploraciones de los persas*: Arr. 2, 8, 5; Curc. 3, 8, 27-30. *Puentes de la batalla*:

Calíst. F35 ha influido mucho en Arr. 2, 7-11 (aunque Ptolomeo lo sigue del modo más absurdo). Arr. 2, 11, 8-9 sobrepasa a Polib. 12, 20, 4; Arr. 2, 10, 3 implica que Alejandro fue el primero que se lanzó a la carga —cf. Arr. 2, 7, 4; 2, 10, 1 para la cobardía persa—; Polib. 12, 18, 11 implica que los persas empezaron la carga por la derecha de Alejandro, a menos que Polibio haya confundido la derecha de Darío con la de Alejandro. Calístenes-Polibio está de acuerdo con el flanco de Arriano en el frente de Alejandro, el orden en que se acercó y su estrechez, la situación de Darío en el centro, sus treinta mil griegos mercenarios (Arr. 2, 8, 6 = Curc. 3, 9, 2 = Polib.-Calíst. 12,18, 2) y sus treinta mil hombres de caballería en el frente (Arr. 2,8,5= Polib.-Calíst. 12, 18, 2). Calístenes-Polibio no cuenta a los cardaces, pero Arriano da la cifra de sesenta mil y Curc. 3, 9, 3 y 5 da la de cuarenta mil más veinte mil de infantería en la izquierda y el centro de Darío. Por lo tanto, presumiblemente Calístenes da también la cifra de sesenta mil. Arr. 2, 8, 6 los llama hoplitas, no peltastas, pero, por ejemplo, Arr. 1, 1, 8 (cf. Polien. 4, 3, 27, línea 10, ed. Teubner, 1887) demuestra que un hoplita grecorromano significa un «hombre armado». Incluso podría aplicarse a un Compañero de a Pie. Arr. 2, 10, 3 pone a Alejandro a la derecha, pero no entra en conflicto con Polib.-Calíst. 12, 22, 2 . *Deseo de Alejandro de estar «opuesto» a Darío*: esta necesidad sólo se refiere al ángulo de la carga en el centro de Alejandro. Quinto Curcio continúa combinando las dos fuentes (3,9 = Arr. 2, 8, 5-7; 2, 9; 3, 11, 1-3 = Arr. 2, 9, 2; 2, n, 2.; 3, 11, 4-9 = DS 33, 6-34, 4. La vulgata choca abiertamente con Calístenes: DS 33,1 = Curc. 3, 8, 23, dando treinta estadios donde Calístenes da cien. *Mosaico de Alejandro*: A. Rumpf, *AM* (1962), pp. 229-241 me parece más plausible que B. Andreae, *Das Alexandermosaik* (1967). *Botín*: Curc. 3, 11, 16; 3, 13; DS 36, 5; Plut. 20, 6-8. *Reinas y damas persas*: DS 35, 5 = Curc. 3, 11, 21-23 con un énfasis similar en la Fortuna. Ptol.-Arr. 2, 12, 3-5 = Curc. 3, 12, 1-12 = DS 37, 3-4. Pero el énfasis en la legalidad en Arr. 2, 12, 5 es de Ptolomeo y Aristóbulo, una visión interesante. 2, 12, 6-8 = DS 37,5= Curc. 3, 12, 13-23 termina moralizando, lo que implica que la pista viene de Clitarco. Plut. 20 sigue a Arriano; no menciona la historia de Hefestión. La vulgata (correctamente) juega con la amistad entre Alejandro y Sisigambis. *Herida de Alejandro*: Arr. 2, 12, 1 = Cure. 3, 12, 2 = Cares F6 (proporcionada por Darío) = DS 34, 5 = Just. 11, 9, 9 = Calíst. seguramente. *Carta de Parmenión*: Aten. 13, 607f- 608a —¿genuina?—. *Barsine*: Aristób. *apud* Plut. 21; Plut., *Eum*. 1 —decisivo para que sea la hija de Artabazo y, por tanto, de sangre real a través de Ápame, su madre—. Casada primero con Méntor —Curc. 3, 13, 14, sus hijos— y después con Memnón. Cf. Just. 11, 10, 2 y Curc. 3, 13, 12 s. sobre otros importantes prisioneros; también, Curc. 3, 12, 26 = DS 38 ,2 sobre el hijo de Darío. *Libertad de los griegos*: Teop. F253, línea 21. *Acuñaciones reales*: Bellinger, p. 50 resume.

A. H. M. Jones, *The Cities of the Eastern Román Provinces* (1971, 2ª. ed.) y V. Tcherikover, *Hellenistic Civiliz. of the Jews* (trad. inglesa 1961), especialmente pp. 40-41 y 90 ss., da un perfil cultural; G. F. Hill, *History of Cyprus* (1940), vol. 1, pp. 125-156 y DS 16, 42 ss. (datación errónea) son esenciales. Sobre el asedio, Y. Yadin, *Warfare in Biblical Lands* (1963), el trabajo definitivo de E. W. Marsden, *Greek and Roman Siege Artillery* (1969-1970), con el que tengo una gran deuda, y el importante texto impreso por R. Schneider en *Akademie der Wissenschaften Göttingen, Philol.-Hist. Klasse Abhandl*. XII (1912), pp. 1-87 explica el desarrollo de la maquinaria: para las defensas, cf. E. E. Winter, *Greek Fortifications* (1971). Brulotes: cf. Tuc. 7, 53, 4. *Ollas de fuego*: Polib. *apud* Suda, s. v. «*pyrphóros*». *Barcos*: L. Casson, *Ships and Seamanship in the Ancient World* (1971), s. v. «quinquireme»; O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien* (1935), pp. 193 ss. sólo es para entusiastas, y pedante desde el principio hasta el final. *Fuentes*: sobre el mar, Arr. 2, 13, 4-6 y Curc. 4, 1, 34-39 (DS 48, 5-6 = Clitarco); Curc. 4, 5, 13-22 y Arr. 3, 2, 3-7 son cruciales, pero falta la cronología. Arr. 2, 13, 3 = DS 48, 2 = ¿Calíst.-Clit.? sobre la quema de barcos: piratas en Arr. 3, 2, 4; Curc. 4, 7, 18. La carta en Arr. 2, 14 = esbozo de Curc. 4, 1, 10, y por tanto es original, aunque parafraseada (véase la misma palabra *ákhari* de Arr. 2, 14, 8). Con 2, 14, 5, cf. Hdt. 3, 2 y la supervivencia de Bistanes, hijo de Oco (Arr. 3, 19, 5). G. T. Griffiths, *PCPhS* (1968), p. 33 plantea los testimonios para las embajadas de Darío, pero saca ingeniosas conclusiones de DS 39, 2 que son demasiado subjetivas; DS 39, 3 = Curc. 4, 5, 1 = Just. 11, 12, 3 = Clit. y, por tanto, va con el asedio de Tiro, no con Arr. 2, 14 (¡no es una carta inverosímilmente arrogante!). La tercera embajada en DS 54, 2 = Curc. 4, 11 = Just. 11, 12, 10 = Clit., y es seguramente una confusión de fechas, quizás embrolladas debido a la muerte de la esposa de Darío; Plut. 30, 1 atribuye esto al parto, es decir, seguramente en la primavera de 332 (¡a pesar de C. B. Welles, *Diodorus of Sicily*, ed. Loeb, p. 277!), y Arr. 4, 20, 1 puede corroborar la fecha (aunque ella en ese momento todavía está viva —4, 20, 2 quizás es un error—). Seguramente esta «tercera» embajada es la segunda de Arriano; Quinto Curcio y Justino combinan las fuentes y por tanto señalan tres embajadas, pero, de hecho, Clitarco omitió la de Márato y ¿simplemente confundió las fechas de las otras? La oferta del Halis es la única discrepancia que puede reflejar verosímilmente la deshonestidad de Alejandro en Marathus o Tiro, pero yo lo dudo. *Sidón*: Abdalónimo es conocido como un jardinero por DS 47, 4 = Curc. 4, 1, 16 = Plut., *Mor*. 340d = Just. 11, 10, 9 = Clit., posiblemente. S. Smith, «Practice of kingship in early Semitic kingdoms», en Myth, *Ritual and Kingship* (1958, ed. S. H. Hooke), especialmente pp. 58-59, es relevante, con H. E. Hirsch, *Archiv der Orientforschung* (1963), p. 5. Desde el principio hasta el final, la obra de V. von Graeve, *Der Alexandersarkophag* (1970), es importante, en especial pp. 125-132; el

silencio de Arriano puede posiblemente deberse a las propias experiencias de Ptolomeo en Sidón (¿contra Abdalónimo?) en 312. *Asedio de Tiro*: cf. Just. 9, 2, 10 ss.; para la «causa», Polib. *Apud* DS 30, 18 sobre las leyes de la guerra. Curc. 4, 2 ss. está mucho más cerca de DS-Clit.; subraya las dificultades (4, 3, 7 = DS 42, 5; 4, 2, 12 y 4, 3, 25-26 = DS 44; 4, 41 = DS 45, 7). ¿Arriano-Ptolomeo? omite las crucifixiones (Cure. 4, 1, 17 = DS 46, 4 = Just. 18, 3, 18 = Clit.); Arr. 2, 20, 4 omite a Pérdicas (Cure. 4, 3, 1), ¿quizás a través del sesgo de Ptolomeo? El (unánimemente acordado) heroísmo de Admeto debería acordarse a través de Calístenes. Cares F7 *apud* Plut. 24, 14 es valioso. *Asedio de Gaza*: Quinto Curcio atribuye tres heridas a Alejandro (¿correctamente?); Arriano sólo una. Batis en Curc. 4, 6, 29 = Clit.; también cf. Hegesandro, *FGH* 142 F5 con Arist. F495-500. E. Rohde, *Psyche* (1923), pp. 582 ss. es sugestivo. *Reasentamiento*: Just. 18, 3, 19 (para Tiro, con asedio de Antigono); Jos., *A. J*. 13, 150 s. (para Gaza). *Sistema monetario de los reyes*: Bellinger, *Essays*, pp. 50-56 es una prueba de lo poco útiles que resultan las generalizaciones. El estándar ático también se utilizó en Cilicia y Fenicia antes de Alejandro (cf. A. Reifenberg, *Jewish Coins* [1947], pp.8 ss.), y quizá por Acemilco de Tiro (F. Cross, *Biblical Archaeology* [1963], pp. 110 ss. —posiblemente, sin embargo, una moneda de 332-331—). Los reyes también acuñaron sus propias monedas después de Alejandro; raramente, pero cf. BMC *Catal*. *Phoenicia*, pp. 19-20 y 66. *Alejandro y Chipre*: Berve, s. v. «Pnitágoras», con Duris F12; Pumiatón gobernó Cicio, el puerto menos helenizado de la isla, y por tanto su castigo aquí no sería sorprendente. Para la captura de Tiro del gran Evágoras, cf. Isócr. 9, 62, que subraya que fue tomada por la fuerza.

NOTAS AL CAPÍTULO 14

Baratra: DS 16, 46; 20, 73. Berve, s. v. «Amintas», «Sabaces». Filosofía *egipcia*: DL, proem. 2. *Gobierno persa*: G. Posener, *La première domination perse en Egypte* (1936); E. Seidl, *Einführung in die ägyptische Rechtsgeschichte* (1956); F. K. Kienitz, *Pohtische Geschichte Ägyptens* (1953) recorre la mayoría de los escasos testimonios; la introducción a E. B. Kraeling, *Brooklyn Aramaic Papyri* (1963) es el mejor estudio de los documentos arameos. Para los monopolios del Estado, J. M. Wickersham, *BASP* (1970), p. 45 útilmente destaca Hdt. 2,94 como opuesto a la práctica ptolemaica. *Papyr. Rylands* 9, 7, 10 (cf. Seidl, pp. 30 s.) es un testimonio de la larga tradición relativo a la opresión de los campesinos egipcios, no una innovación de Persia, Cleómenes o Ptolomeo. Hdt. 2, 149; 3, 89; 4, 166 habla de tributo persa; W. Spiegelberg, *Die sogennante demotische Chronik* (1914) es un texto de incalculable valor, pero escrito estrictamente desde el punto de vista de un sacerdote. *Tierra del templo*: Kienitz, pp. 125-126, que cita el estado del templo de

Edfu. Para los testimonios de las guarniciones, véase la bibliografía sobre Persia. *Semtutafnakht*: H. Schaefer, *Pestschrift für G. Ebers*, pp. 92 ss. *Poder de la clase sacerdotal*: Plat., *Pol*. 290d con J. Gwyn Griffiths, CR (1965), pp. 150 ss.; cf. O. Murray, *JEA* (1970), p. 141, una investigación excelente. *Artajerjes y Apis*: Deinón *apud* Plut., *Mor*. 363c; 355c; El., *N. A*. 10, 28. *Coronación*: sólo en Ps.- Calíst. 1, 34, 2, quizá confirmada por los títulos oficiales en los templos; cf. el busto de Alejandro en la corona del faraón en T. Schreiber, *Studien über das Bildn. Alex*. (1903), p. 149. *Divinidad del faraón*: G. Posener, *De la divinité du Pharaon* (1960) no es convincente, pero reúne los testimonios; la mejor recopilación es todavía A. Moret, *Caract. relig. de la roy. phar*. (1902). *Etiopía*: Curc. 4, 8, 3 con el mito de Nectanebo en O. Weinreich, *Der Trug Nektanebos* (1911). *Calístenes y el Nilo*: F12 es plausible, incluso en la forma extrema de 12 a; J. Partsch, *Abhandlungen Leipz. Akad*. (1909), p. 551 no es concluyente frente a la verdad sobre ello, no más que el argumento circular de P. Bolchert, *Neuer Jarbuch der KI. Alt*. (1911), p. 150. *Alejandría*: Arr. 3, 1, 5-3, 2. Con Plut. 26, 5 compárese Ps.-Calíst. 1, 32, 4 y E. Byz., s. v. «Alejandría»; Curc. 4, 8, 6. *Racotis*: Estr. 17, 792, con Estr.-Eratós. 17, 802. G. Jondet, *Les Ports submergés de l'ancienne île de Pharos* (1916) sugiere un puerto anterior. *Motivos*: Plut. 26, 2; Arr. 3, 1, 5s. cita la fama; Vitr. 2, praef. 4 aboga por el comercio. V. Ehrenberg, *Alexander und Ägypten* (1926), pp. 23 s. subraya el buen emplazamiento del puerto. No observo ninguna evidencia, salvo un relativo silencio, que pruebe el punto de vista de J G. Milne, *JEA* (1939), pp. 177 ss. de que el comercio griego con Egipto se había agotado; Dem. 56 y quizá la Estela de Náucratis (cf. U. Wilcken, AZ [1900], p. 133) implican lo contrario. *Sobre el comercio alejandrino*: Estr. 17, 793 es de lo más esclarecedor; sobre el papel de Rodas, véase el estudio y la bibliografía de E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique* (1966), vol. 1, pp. 133-186 y los interesantísimos testimonios para la koiné de los mercaderes de Rodas, tratados por G. Pugliese Carratelli, *Annuario* (1939-1940), pp. 147 ss., sólo uno de los cuales está tentadoramente fechado en el siglo III a.C. El antiguo comercio ptolemaico se organizó de manera lenta, aunque era una de las principales prioridades del rey; cf. E. Ziebarth, *Beiträge zur Geschichte. Seeraubs und Seehandels in alt. Griech*. (1929), pp. 90 ss. para testimonios comparativos en otras partes. *Guerra naval*: Curc. 4, 5, 13-22 es esencial; Arr. 3, 2, 3-7 la registra, como de costumbre, cuando es anunciada a Alejandro. Cf. Curc. 4, 8, 11. *GHI* 191, líneas 30-32 es muy efusivo; *GHI* 192 es demasiado impreciso para garantizar que el comportamiento de Alejandro en Arr. 3, 2, 7 contradice abiertamente la línea 15. Puede que sólo surgiera después de que los cabecillas fueran sentenciados por Alejandro; podía decir, línea 14, que iban a ser arrestados de acuerdo con el decreto de los aliados, pero, igual que los cabecillas espartanos en 331-330, tenían que ser juzgados por él personalmente, quizá como especificaban los juramentos de sus aliados en los casos peligrosos. Asimismo, si en

la línea 20 *mekhri an* significa «hasta», no «tanto tiempo como» (no hay nada decisivo en ello), entonces, ¿la inscripción puede pertenecer a un contexto más antiguo? Sin duda, los comentarios de U. Wilcken, *Alexander the Great*, p. 120 son demasiado dogmáticos. *Visita a Amón*: C. B. Welles, *Historia* (1962), p. 271 no debe tenerse en cuenta porque está equivocado desde el principio hasta el final; su argumento de que la fecha de fundación de 25 Tybi es una fecha de abril se refuta fácilmente por la probabilidad de que Ps.-Calístenes utilizara el calendario romano, equivocadamente, más que el calendario ptolemaico, como asume Welles. *Amón y leyenda*: A. R. Anderson, *HSCP* (1928), pp. 7 ss. *Motivos*: Calíst. F14 (subrayo que esto sólo se conserva gracias a una cita y recomposición de Estrabón). Obsérvese, sin embargo, que las palabras de Estrabón implican, al menos, que una parte de las historias de Alejandro fue digna de crédito. La mención de la muerte de Darío, como fue predicha por los oráculos enviados a Menfis, fecha la versión final de Calístenes en 330 como muy temprano. *Perseo*: en Egipto, Hdt. 2, 91, 2, 15 y A. B. Lloyd *JHS* (1969), p. 79; el testimonio relativo a Perseo en Libia es tardío (Escolios a Pd. 10, 47; Apol. Rod. 4, 1513; Ov., *Met*. 4, 617), y antes de Alejandro no se dice que hubiese consultado el oráculo de Siwa. Para su integración, Hdt. 6, 53-54; 7, 61; 7, 150; E. Babelon, *Catalogue des monnaies grecques: Les rois de Syne, Arménie et Commagéne*, p. 29 s., pl. 8, 1; p. 38; cf. Malalas, p. 199 (ed. Bonn) para los Seléucidas y los tipos similares de monedas de la dinastía de Mitrídates; cf. F. Cumont, *RA* (1905), p. 180 y el excelente estudio de G. Glotz, *Dictionnaire des Antiquités*, s. v. «Perseo». En cuanto héroe argivo, Perseo apelaría a Alejandro como rey argeada (cf. Filipo V); como un vínculo greco-persa para Alejandro, el nuevo rey persa. *Móvil de Arriano*: Arr. 3, 3, 1-2. Trataré de ello en un estudio en otra parte; de nuevo subrayo que ninguna de las cláusulas explicativas (o algún otro pasaje) puede remitirse a Ptolomeo o a Aristóbulo en particular; Arr. 3, 3, 6 demuestra la amplia lectura del autor, e incluso si Ptolomeo fue responsable, sin duda esto no hace que el motivo sea cierto, en vista de las serpientes parlantes, su propio papel como faraón y el favor hacia Amón (Paus. 9, 16, 1). Ni una sola palabra de Arr. 3, 3, 1-2 puede adjudicarse a ninguna fuente, y el supuesto paralelismo con Curc. 4,7,8 no me impresiona. *Orígenes de Amón*: A. Fakhry, *The Siwa Oasis* (1944) sustituye las primeras discusiones; J. Grafton Milne, *Miscell. Gregoriana* (1941), p. 145 llama la atención sobre un posible original libio; C.J. Classen, *Historia* (1959), pp. 349 ss. es incompleto. Amasis fue descifrado por Fakhry, p. 73; *Cirene*: F. Chamoux, *Cyréne sous les Battiades* (1953) fecha el templo de Zeus Amón hacia 500. *Amante de Amasis*: Hdt. 2, 181. El vínculo de Amasis con Amón ayuda a explicar la consulta que realizó allí su amigo Creso (Hdt. 1, 46). *Difusión en Esparta*: Paus. 3, 18, 3 y 21, 8; DS 14, 13, 6 (vínculo familiar). Paus. 5, 15, 11 para Olimpia, con F. Chamoux, *Études 2* (1959), p. 31 y el nuevo papiro de Siwa (hacia 150 a.C.) para Paramón; este

trío puede reflejar una práctica egipcia. *Pindaro*: Pd., P. 4, 5 y 9, especialmente 4, 17; Frag. 17; Paus. 9, 16; *Vita Pindari* 1, 29 (Westermann); Suda, s. v. «Píndaro». *Lisandro*: Plut., *Lis*. 20, 4; Paus. 3, 18, 3; E. Byz., s. v. «Afitis»; DS 14, 13. Cimón: Plut., *Cim*. 18, 7 (algo de verdad aquí); *Nic*. 13, 14, 7. *Atenas*: A.M. Woodward, *BSA* (1962), p. 5; S. Dow, *HThR* (1937), p. 184; A. Dain, *Inscriptions grecques du Musée du Bardo* (1936), n.° 1 (Zeus Amón en Atenas); *IG* 22, 1496, línea 95, *IG* 22, 338; Eur., *Alc*. 112 s.; Ar., *Av*. 618. Hipónico, hijo de Calías, tenía el sobrenombre de Amón (sea cual sea la razón, o el mérito, de la historia). *Amón en el Egeo*: cf. Head, *Hist. Numm. under Melos, Mitylene, Lampsacus*; también las monedas de las dinastías licias en los siglos V y IV y su reflejo más al este, la acumulación de las impresiones con sello de Mesopotamia (de monedas griegas), en E. Porada, *Iraq* (1960), pp. 220 ss. *Nectanebo*: Fakhry, pp. 77-79; su origen libio, como argumenta Kienitz, *Politische Geschichte Ägyptens* (1953), puede concordar con este afán constructor. *Curiosidad*: Arr. 3, 3, 1-2 tiene la palabra *pothos* donde Curc. 4, 7, 8 tiene un *ingens cupido*; no debería tomarse muy en cuenta su particular elección de las palabras, pero el tema de «un fuerte apremio» arraiga a partir de Calístenes, quien (en la cita de Estrabón) menciona *philodoxia*. *Ejemplo de Aristóteles*: Arist., *Constit. Cyr*., F531 (Rose) y, en especial, F103; cf. Aten. 2, 44d. *Cirene*: DS 49, 2; Curc. 4, 7, 9. Por extraño que parezca, Arr. 7, 9, 8, en un discurso recopilado por Arriano se refiere a la sumisión de Cirene; sin embargo, sospecho que Ptolomeo lo suprimió durante 332-331, pues Ptolomeo era más que un simple «amigo y aliado» de Cirene. *Ruta de Alejandro*: Bayle St John, *Adventures in the Libyan Desert* (1849) es el mejor relato; G. Steindortf, *Dürch die Libysche Wüste Zur Ammonsoase* (1904) es también un estudio útil, aunque su descripción del lugar en *Zeitschrift für Äg. Sprache und Altert*. (1933), p. 1 (con H. Ricke y H. Aubin) es sustituido por Fakhry y estropeado con errores. De las fuentes, Curc. 4, 7,10 = DS 49, 3 = Clit., evidentemente muy influenciado por Calístenes (lluvia, cuervos-guía, aunque no las nubes). Plut. 27, 2 cita a Calístenes; 29, 27, 1 puede quizá ser también suyo en el planteamiento; el comentario más importante está en Arr. 3, 3, 6, sobre la multiplicidad de los relatos. Aristóbulo está de acuerdo con los cuervos de Calístenes; con las serpientes de Ptolomeo, cf. Teof., H. P 4, 3 y Arist., H.A. 8, 29. A qué propósito (religioso o meramente maravilloso) servían en la mente de Ptolomeo estas serpientes-guía es algo que no pretendo saber. Curc. 4, 7, 30 menciona camellos; la descripción en DS 49, 6 y 50 es confirmada en detalle por St John y presumiblemente estaba también en Calístenes (¿que acompañó a Alejandro?). Eratós. *Apud* Estr. 1, 3, 4 y 15 es interesante; ¿es el camino de trescientos estadios la ruta de regreso directa desde Siwa a Menfis, puesto que el camino de Paretonio tiene sólo trescientos veinte kilómetros (mil setecientos estadios) aproximadamente? En ese caso, la medida puede ser la de un topógrafo que la midió en pasos. *Oasis*: deberíamos esperar grandes cosas de la

excavación empezada por Ahmed Fakhry y publicada en *Beiträge zur Ägyp. Bauf. und Altertumsk*. (1971), pp. 17-33 y ZPE *Epig*. (1972), p. 68, su primer hallazgo de importancia. *Primavera del Sol*: Hdt. 4, 181; Arist. F153, y especialmente Cares F8, confunden su geografía (¿el fallo es de quien los cita?, cf. F15), pero seguramente es relevante para Siwa. *Sobornos*: Just. 11, 11, 6; cf. su relato de los amigos de Alejandro preguntando si deberían adorarlo como a un dios (11, 11, 11), inaceptable basándose sólo en la palabra de Justino, pues es muy incompetente en este punto. *Recibimiento privilegiado de Alejandro*: Calíst. F14. *Saludo*: me mantengo firmemente al margen del punto de vista de U. Wilcken, Sitzb. *Preuss. Akad*. (1928), p. 576; (1930), p. 159; (1938), p. 101; ciertamente, Estrabón, citando a Calístenes, menciona los otros elogios como *ta hexes*, lo que implica que las está narrando en orden. Pero en *touto mentoi* rompe con el orden de la lista, en mi opinión, y culmina la lista con la primera adulación de todas, la «noticia expresa» (¡*rhetos* nunca significa «en muchas palabras» en griego antiguo!) de que Alejandro era hijo de Zeus. Las precisas razones de Wilcken para ver esto como el saludo del sacerdote son decisivas. Las palabras de Calístenes-Estrabón, «el sacerdote *hypoknnomenou ton Dia*», demuestran decisivamente que Calístenes (y, por tanto, Alejandro) identificaban a Zeus con Amón; cf. Pd. F17 y, más allá de todo argumento, la inscripción ateniense de 360, registrando ofrendas a Zeus Amón: *A. Dain*, *Insciptions grecques du Musée du Bardo* (1936), n° 1. Para una identificación similar de Amón-Ra como Zeus Tebano, cf. inscripciones *BMI*, n° 1088 (también de finales del siglo IV a.C.). F. Taeger, *Charisma* (1959), vol. 1, pp. 193-194,n. 17 incluye a Amón y Zeus en sus intercambiables formas, observando cómo la costumbre griega prefería el nombre Zeus. *Procedimiento del oráculo*: J. Cemy, *BIAO* (1930), p. 491; (1936), p. 40, y especialmente en *Brown Egyptological Studies*, vol. 4 (1962), p. 35 con todas las ilustraciones; éstas son fundamentales para DS 50, 6-51, 2; cf. Luc., *Syr*. 7. *Sanctasanctórum*: Fahkry, Siwah Oasis, pp. 72-73. *Orden de la ceremonia*: muy controvertido y probablemente insoluble. El tamaño del patio del templo, al menos como es visible en nuestros días, no deja mucho espacio para una procesión completa como la descrita por DS 50, 6, pero la palabra de Estrabon-Calistenes *themisteia* y los «gestos y signos» (¿o *symbola* significa gestos, como Cerny apunta para Egipto?) seguramente garantizan que tuvo lugar una procesión. R. Laqueur, *Hermes* (1931), p. 467 argumenta acertadamente que *themisteia* comporta una procesión, por lo que Estrabón-Calístenes está diciendo, en efecto, que el ritual egipcio se llevó a cabo y que los amigos de Alejandro no pudieron escuchar la barca correctamente. *Hypokrinomenos ton Dia* significa «en el papel de Zeus» sólo en el sentido de «hablando de su parte». Imagino que esto tuvo lugar en el santuario después de la procesión, pese a que las «doncellas» fueron conducidas al patio pequeño. Ciertamente no creo que DS 50, 6 sea una descripción convencional basada en la

práctica egipcia en otros lugares; definitivamente recoge a Calístenes y es cierto en el caso de Siwa. Sin lugar a dudas, como subraya Wilcken, los amigos no escucharon el mensaje del oráculo; era un secreto y permaneció como tal. *Respuesta complaciente*: Arr. 3, 4, 5. *Sacrificio*: Arr. 6, 19, 4-5. Arr., *Ind*. 18, 11 puede ser pertinente; *Ind*. 36, 3 no; Jen., *An*. 3, 1, 6. *Preguntas de leyenda*. Curc. 4, 7, 26 = DS 51, 2 = Just. 11, 11, 9 = Plut. 27, 4 = Clit., y quizá muchos otros; Plut. 27, 5, aunque dudo si esto incluye a Calístenes (las respuestas de las que se da parte en Menfis en F14 serían una decepción si de estas preguntas de Siwa hubiera informado Calístenes; no obstante, la decepción era una parte inevitable de la verdad y quizás era artísticamente satisfactoria para un episodio que se centraba en Siwa). Estoy impresionado con los dos sacrificios hechos de acuerdo con el *epithespismos* de Amón en el Indo en Arr. 6, 19, 4-5, cada uno a un dios diferente de un modo distinto. Quizás esto implica una detallada conversación en Siwa, a menos que Alejandro estuviera invocando el nombre de Amón a la ligera en 325. *Entre amigos*: Plut. 47, 11-12, también en la India. *Sacrificio habitual*: Arr. 6, 3, 2, donde la libación (igualmente un honor) se hace a Heracles, su antepasado, a Amón y a los otros dioses, como era su costumbre. *Tois allois* es decisivo en el sentido de que Amón y Heracles también formaban parte de los «dioses habituales»; el texto no debería enmendarse (uno de los peores errores de Tarn), y, si algo se sigue de la mención de Heracles como *propator*, es que, siguiendo la secuencia, Amón es *pater*, ¡y no que «no es nada especial»! *Nearco*: cf. Arr., *Ind*. 35, 8, donde el te demuestra la estrecha identificación de Zeus *kai Ammon* en el pensamiento de Alejandro. *Muerte de Hefestión*: Arr. 7, 14; Plut. 72, 3; DS 115, 6. *Entierro en Siwa*: DS 18, 3, 5; Curc. 10, 5, 4; Just. 12,15, 7. *Monedas de Ptolomeo*: H. Kricheldorf, *Munzen und Medaillen Sammler* (1969), p. 641; O.H. Zervos, *ANSMusN* (1967), pp. 1 ss. *Monedas locales*: J.F. Healey, *NC* (1962), p. 65. *Énfasis de Calístenes*: T21; F14, líneas 19 y 24; F36; Megástenes (véase mi nota *ad loc*.) en Arr. 7, 2, 3; Estr. 15, 1, 9. *Seleuco*: Just. 15, 4, 3; DS 19, 90, 4; F. Sokolowski, *Lois sacrées des cités grecques* (1955), n° 24; *OGIS* 212, línea 13; 219, línea 26. *Paidios*: Plut. 27, 9 (¿quiénes eran estos *enioi*?). Sólo el nuevo papiro publicado en *ZPE* (1972), p. 68 atestigua todavía el griego en Siwa, y data aproximadamente del año 150 a.C. Pero el griego debía de conocerse desde 500 y las visitas de Cirene; el nombre del gobernador Etearco, helenizado en Hdt. 2, 32, puede explicar más de Heródoto que del temprano helenismo de Siwa. *Circunstancias en Egipto*: prolijo sumario en M. Gyles, *Pharaonic Policies* (1956), pp. 48 ss.; cf. J.H. Breasted, *Ancient Records of Egypt*, 4, 942; Hdt. 3, 2-4. Pero Siwa no era un simple títere en manos de Egipto y, pese a que su ritual era egipcio, no necesariamente habría dado la bienvenida a Alejandro por medio del título de faraón. La coronación en Menfis, de ser cierta, ¿precedió o siguió a Siwa? *Abucheos en Opis*: Arr. 7, 8, 3; Just. 12, 11, 6; ninguno irrefutable. *Macedón*: Hes. F3 (West). *Reyes espartanos*: Tuc. 5, 16, 2; Hdt.

6, 57-58; Jen., *Lac*. 15, 9; *Hell*. 3, 3. *Linaje de Hermes*: Helánico, 323 F24a, c. *Platón*: DL 3, 1, 2, cf. Pitágoras: Porfirio, *In Pythag*. 2. *Génesis*: los dos ejemplos que sólo hablaban de descendencia citados por Laercio y Estrabón son irrelevantes; Hdt. 2, 146; Sóf., *Tr*. 380. Ambos significan paternidad: cf. Calíst. F14, línea 24, con seguridad no son únicamente palabras de Estrabón; Arr. 3, 3, 2; 7, 29, 3. Esta es una reivindicación más fuerte que, por ejemplo, la hecha por Ptolomeo Filadelfo en *OGIS* 54, que es llamado *apogonos* de Zeus. *Héroes homéricos*: *Il*. 24, 55 y 66. Cf. Hes., *Teof*. 96; U. von Wilamowitz, *Der Glaube der Hellenen*, vol. 1, p. 332 ss. para la paternidad de Zeus. *Dionisio*: Plut., *Mor*. 338b. *Égida*: Polib. 12, 12b (Calíst. T20) y las estatuillas en P. Perdrizet, *Mon. Piot* (1910), p. 598. *Enviados* en 324: DS 113, 4. *León sobre la matriz*: Éforo, 70 F217 (probablemente Éforo estaba muerto hacia 330, o al menos había escrito su libro). *Rayo*: Plut. 2, 3. *Carta* (sospechosa, sobre todo porque no se encuentra en la mayoría de la tradición): Plut. 27, 8, como opuesto a *hoi pleistoi*. *Calístenes*: Arr. 4, 10, 2: podría ser una anécdota más tardía, pero Arr. 4, 10, 1 sólo puede demostrar que Arriano no había leído la historia de Calístenes. Eratós. *Apud* Plut. 3, 3. (Eratóstenes pudo no haber creído el rumor de Olimpia, pero ¡ciertamente creía que ella lo difundió! P. M. Fraser, *PBA* [1970], p. 198, nota 2 ha perdido esta distinción). *Anth. Graec*. 13, 725 es una comparación interesante. *Margites*: Escolio a Esquin. 3, 160; Tzetzes, «Quilíadas» 4.867, 6.592 (importante); Suda, s. v. «Margites», «Eustatio» 1669, 41 en *Homeri opera*, vol. 5 (Oxford), p. 158. Obsérvese cómo las inscripciones posteriores llaman a Alejandro hijo de Zeus o *ho ek Dios*: cf. *IG* 10, 275, 276 y 278; Kaibel, *Griech. Inschr*. 1008; *IG* 22, 4260; todos son testigos de la larga vida del tema. *Herederos de Dionisio I*: Plut., *Dio*. 2, que implica rivalidad entre las esposas; *Dio*. 6; Teop. *apud* Aten. 425; DS 16, 6. Dionisio II, como Alejandro, era el hijo mayor. *Repudio de Filipo*: Plut. 50, 11, con Curc. 8, 1, 42. Pero era muy natural para un romano recalcar esto, en la búsqueda, por parte de los oradores, de algo que decir (véase Curc. 6, 9, 18; 6, 10, 26-27; 6, 11, 5; 8, 5, 5; 8, 10, 29 —una reveladora cita incorrecta de Aristób. F47—; Curc. 8, 7,13). El tema está relacionado con Filotas probablemente a causa de su supuesto complot en Egipto, Arr. 3, 26, ¡de otro modo inexplicable en la mente de Quinto Curcio! Curc. 8, 1, 23 es un asunto distinto al repudio de Filipo. De todos modos, Alejandro ya estaba enfadado en Opis y Samarcanda, por lo que la mención de Amón en sí misma no lo puso furioso: Arr. 7, 9, 2 (pese a la ficción del autor) sugiere que el propio Arriano no creía en la historia del «repudio». DS 15, 4, 5 es el mejor testimonio de las creencias de los contemporáneos. *Carta ateniense*: Plut. 28, 2. Los argumentos de Hamilton, donde son positivos, son circulares y no prueban nada; la redacción, en especial la palabra algo sorprendente de *polis* para cleruquía, se ajusta a las inscripciones de los samios que regresaron a Samos, pero esto no garantiza la autenticidad de la carta. Seguramente una carta más de la colección falsificada. *Nectanebo*: Onesícr. F3 9

puede no ser un desliz para Ps.-Calístenes; cf. O. Weinreich, Der *Trug Nektanebos* (1911). *Escipión*: Liv. 26, 19, 7. *Octaviano: Epigramm. Bobiensia* 39 con Asclepíades 617, F2; cf. Paus.4, 14, 7-8 sobre el héroe mesenio Aristómenes. El paralelismo más interesante es el de Arsínoe II, favorecida por las comparaciones como huésped de los dioses egipcios e incluso llamada «hija de Amón», quizá por referencia a Alejandro, más probablemente por referencia a títulos faraónicos egipcios. Cf. J.G. Milne, *Studies presented to F. U. Griffith* (1932), pp. 32 ss.; obsérvese cómo los emperadores romanos, como Vespasiano (*Acts of Pagan Martyrs*, ed. Musurillo [1954], n° 5b, pp. 15 ss.), también fueron llamados «hijos de Amón», de nuevo seguramente por una interpretación griega del título del gobernante egipcio. Pero por entonces Egipto estaba helenizado y era más que un libro abierto para los extranjeros; no creo que esta interpretación fuera probable, sin mencionar que fue muy significativa para Alejandro y su alto mando en 331. En última instancia, alimentó un fuerte deseo, por razones griegas, de creer en él. *El mejor de los hombres*: Plut. 27, 11, posiblemente una observación hecha verdaderamente en alguna ocasión por Alejandro. Sin duda es independiente de la anécdota precedente de Plutarco. *Ruta de regreso de Alejandro*: muy lejos de ser «imposible», fue descrita al fin por W. Jennings-Bramley en *GJ* (1896), pp. 597 ss. *Justiniano*: Procop., *De aedibus* 6, 2. El sacrificio a Zeus Soberano en Menfis no necesitaba tener nada que ver con Amón-Ra; Alejandro era rey y estaba protegido por Zeus, y, por lo tanto, el título (que aparece más tarde en la historia griega, frecuentemente en Beocia) era tan natural como en Gordio, donde el rayo de Zeus aprobó que el rey cortara el nudo.

NOTAS AL CAPÍTULO 15

Éritras: Paus. 2, 1, 5; Plin. 5, 116 (probablemente nunca completado); *Syll*. 1014 (culto hacia 270 a.C.); DS 3, 34, 7 (probablemente Agatárquides) en épocas de navegación. *Administración de Egipto*: Arr. 3, 5, 2 con Curc. 4, 8, 4 (confuso y breve; tanto para Quinto Curcio como para una fuente precisa de los círculos oficiales). Ninguno de esta administración era nuevo. Véase especialmente G.R. Driver, *Aramaic Documents* (1957), la fuente más instructiva sobre el gobierno persa en Egipto, aunque considero que se equivoca con las fechas (creo que Arsames es el hijo del rey activo en la década 460-450; 5, 7, a pesar de la nota de Driver, de hecho puede leerse como Ínaro, el rebelde libio, datando así la revuelta; también los oficiales de Arsam: Artavanta, Artahanta, Artacaya, Artarahya pueden identificarse todos con personajes en Heródoto conocidos en esta fecha temprana. *Alto y Bajo Egipto*: Driver, 2, 2; 5, 6; y la controvertida área«Tshetres» (*Pap. Cowley* 24, 39; 27, 9) o Patro (*Pap. Ryland* 7,13) que probablemente (a pesar de J. Leiboviteh, *Bull. Inst. Egyp*. [1934-1935], p. 69) significa Alto Egipto. *Nomarcas*: A.E. Samuel, *Essays in*

honour of C.B. Welles (1966), p. 213 subraya la vaguedad del término griego; no obstante, obsérvese el antiguo título faraónico de «Gobernador del Sur» en J.H. Breasted, *Ancient Records of Egypt*, 1, 320 y 364, y el de *frataraka* («el más importante») que tiene su base en Elefantina (*Pap. Cowley* 27) y es más que un simple general (obsérvese sobre todo la probable utilización del título en las monedas de las dinastías de Persépolis del siglo III a.C.). Si Elefantina es la sede administrativa para todo Tshetres o Alto Egipto, entonces *Pap. Cowley* 16, 7, 20 y 30 da nomarcas persas, 490-410. Doloaspis contiene el sonido iranio «aspa» en su nombre. Para el de Petisis, cf. el importante testimonio del Petisis de Psamético I, *Pap. Ryland*, vol. 3, 9,5, en especial línea 13, con las notas de Griffith, pp. 71 ss. y 106 ss., escrito también por un Petisis, un sacerdote de finales del siglo VI a.C. A mi entender, el vínculo de Alejandro con Petisis está fuertemente sugerido en la conocida adhesión de Semtutafnakht (resumida en EK. Kienitz, *Polit. Geschichte Ágypt*., p. 111), cuyo origen en Heracleópolis es probable y cuyo antepasado epónimo (imagino) también fue, como Petisis, extremadamente importante bajo Psamético y a partir de entonces. Para una continuidad similar, cf. J. Vercoutter, *BIAO* (1950), p. 86. *Generales y almirantes*: cf. la práctica saíta en la útil tabla en M. Gyles, *Pharaonic Policies and Admin*. (1959), p. 76. Obsérvese cómo los oficiales podían mantener montones de títulos (cf. Kienitz, p. 42). *Guarniciones*: Aram. *rab hayla* (*Pap. Cowley* 1, 3; 16, 17, etc.). El capataz puede ser un Ojo del Rey —C. 27, 9—. El secretario es probablemente el escriba: Hdt. 3, 128, 3: *Pap. Cowley* 17, 1; *Pap. Ryland* 17, 2. *Tesoreros*: no hay un paralelismo exacto con Cleómenes, pero *Pap. Cowley* 26 se refiere a los contables del tesoro. Berve, s. v., con sus monedas en B. Emmons, *ANSMusN* (1964), p. 69. E. Will, *REA* (1960), pp. 254 ss. lo contextualiza; cf. el comentario de B.A. van Groningen sobre Ps.-Arist., *Oec*. 2 (1933); Luc., *Rh. praec*. 5 puede referirse a su ascenso al poder. *Métodos persas*: Driver, 7 y 12 son interesantes; ¿emplearía Cleómenes únicamente a agentes egipcios? *Templos*: A.T. Olmstead, *History of the Persian Empire* (1948), p. 512 para referencias. *Nectanebo*: O. Weinreich, *Der Trug Nektanebos* (1911) es excelente. *Sesostris*: H. Kees, *RE* 2.2 (1923), col. 1861 con F. Pfister, «Studien zum Alexanderroman», *WJA* (1946), pp. 56 ss. *Héctor*: Berve, s. v., con Jul., *Ep*. 50 (Loeb), 446a, para leer en el contexto de una carta aun hombre llamado Nilo. Arr. 3, 26, 1 puede ser pertinente. *Samaria*: Curc. 4, 8, 9 con F. M. Cross, *Biblical Archaeology* (1963), pp. 110 ss., que justifica la injustamente controvertida Sanabáleta en Jos., *A.J*. 11, 311, 25. Just. 36, 3 apoya a Curcio; F.M. Cross, *HThR* (1966), pp. 201 ss. apóya las concesiones de tierra mencionadas en Jos., *A.J*. 11, 344. Este importantísimo hecho es omitido por Ptolomeo (Arriano), sospecho que debido al papel de Pérdicas en esta área tan delicada para los sucesores. E. Byz., s. v. «Gerasa» (con Henri Seyrig, *Syria* (1965), p. 25; también en *Syria* (1961), p. 75; también Eus. 2,116 y Sincelo, p. 496 (Bonn)

para ciudades de Samaria; cf. E. Byz., s. v. «Dión». Agís: Arr. 3, 6, 7 (cuyo uso del tiempo pasado es un golpe decisivo contra el hecho de retrasar la derrota hasta 330; Curc. 6, 1, 21 es otro). Curc. 4, 1, 39 sobre Creta: la discrepancia entre las órdenes navales en Arriano y Quinto Curcio no es grave; ambos las fechan en Tiro (Curc. 4, 8, 16) y cada uno da la mitad de las órdenes. Refuerzos: DS 49, 1 = Curc. 4, 6, 30; Curc. 5, 1, 40-41. No puedo estar de acuerdo con la suposición de G. Wirth, *Historia* (1971), p. 629, de que estos hombres combatieron a Agis y después se hicieron a la mar en invierno para ir a Siria. *Isleños*: Curc. 4, 7, 12. Aquiles: Arr. 3, 6, 2. *Amonias*: *Aten*. 61, 7 con Dein, F14, 2. Este es el primer ejemplo de la subsecuente práctica de dar a un barco el nombre de un dios: creo que era una estudiada adulación, hecha en los meses posteriores a Agis y a las noticias de Gaugamela. *Mitilene*: J. R. Healey, NC (1962), p. 65, donde la datación depende de la plausible asunción de que los propios tipos y estándares de monedas de Alejandro llegaron a excluir cualquier otra nueva acuñación de Mitilene en la segunda mitad de su vida, y que esta acuñación es el último tipo de aleación de la propia Mitilene. Cf. *GHI* 201, líneas 45-47 (estoy de acuerdo con Welles y Bickerman para la fecha de 332-330); deberíamos recordar a Erigió, Laomedonte y Cares, todos ellos mitilenios altamente honrados con Alejandro. *Pelea del ejército*: Eratós. en Plut. 31, 1-5; muy notable. *Chipriotas*: Plut. 29 con Berve, «Estasanor», «Nicocreonte», «Pasícrates». *Cifras*: Arr. 3,12, 5. *Suministros*: los once días de Curc. 4, 9, 12 no pueden ser para el total de la etapa desde Tiro a Tápsaco; sólo un cálculo parcial como en la mayor parte de las fuentes. Arr. 3, 6, 8 expone el problema; Jen., *An*. 1, 10,18, la escala. DS 19, 58, 2-3; 20, 75, 3 para los paralelismos. *El supuesto tercer ofrecimiento de paz de Darío*: Curc. 4, 11; DS 54; Just. 11, 12, 7-16; Plut. 29, 7 y la historia deTireo (Arr. 4, 20, 1-4) que, en cualquier caso, pertenece a 332 .*Dos rutas*: E.W. Marsden, *Campaign of Gaugamela* (1964), p. 12 es un libro entretenido, pero se equivoca a menudo. Jen., *An*. 1, 4-6 con R.D. Barnett, *JHS* (1963), pp. 1 ss. *Campamento de Juliano*: Am. Mar. 24, 1 s. *Maceo*: Arr. 3, 7; DS 16, 42 y J.P. Six, NC (1884), pp. 97 s. DS 55, 1-2 y Curc. 4, 9, 12 confunden el Éufrates y el Tigris y las dos diferentes operaciones, una en cada río: (1) Maceo con tres mil (Arr. 3, 7) o seis mil (Cure. 4, 9, 7 y 12) jinetes para bloquear el Éufrates y probablemente incendiar la ruta al sur; (2) Satrópates y mil hombres para incendiar los graneros de la otra orilla del Tigris. Curc. 4, 9, 7 y 14 (donde Maceo puede ser un error). Pasan unas seis semanas entre estas dos tareas. *Tápsaco*: comparto las dudas de Barnett, p. 3, n. 8 sobre el nuevo lugar al norte sugerido por W.J. Farrell, *JHS* (1961), pp. 153 ss. Obsérvese también que estaba sólo a siete etapas de viaje por el río desde Babilonia: Aristób. F56, 11, línea 18. *Ruta de Alejandro*: Arr. 3, 7, 3; Estr. 11, 9, 1 sobre las minas de oro; Eratós. en Estr. 2, 1, 38 sobre la distancia. *Tigris*: Arr. 3, 7, 5 con DS 55, 3 = Curc. 4, 9, 15-21. Compárese DS 19, 17, 3; también Libanio, *Orat*. 17, 262-263, Am. Mar. 24, 8, 5; 24, 6 -7 para el apuro de

Juliano en este lugar. La cronología de Marsden, p. 75, está equivocada; sus conjeturas para las cifras de batalla de los persas hacen demasiadas asunciones injustificadas. *Vanguardia de Darío*: Arr. 3, 8, 1; Curc. 4, 9, 24 = 4, 10, 10 (Satrópates y mil hombres en Curc. 4, 7, 9). Los actos heroicos de Aristón en Plut. 39, 1 corresponden a este pasaje. *Pánico*: Polien. 4, 3, 26; Curc. 4, 12, 14-17; Plut. 31, 5. *Ataque al amanecer*: Arr. 3, 9, 2-3. *Respuesta de Alejandro*: Plut. 31, 11 = Arr. 3, 10, 1 = Curc. 4, 13, 3 = Calístenes seguramente (el *legousi* de Arriano puede incluir a Ptolomeo y Aristóbulo).

NOTAS AL CAPÍTULO 16

Alejandro dormido: Plut. 32; DS 56; Curc. 4, 13, 17-25; Just. 11, 13, 1-3. *Armamento nuevo*: Curc. 4, 9, 3-5; DS 53, 1-2. *Estacas*: Curc. 4, 13, 36; 4, 15, 1; Polien. 4, 3, 17 (Marsden, pp. 41 ss. no es convincente). *Orden de batalla de Alejandro*: DS 57 = Curc. 4, 13, 26-31 = Arr. 3, 12 (excepto para el nuevo líder del batallón de Amintas) = Calíst., seguramente. *Amphistome taxis*: Polib. 2, 28, 6: Arr., *Tact*. 29, 1; Asclep., *Tact*. 3, 5. *Reservistas*: Tuc. 5, 9, 8; Jen., *An*. 6, 5, 9; *Hell*. 6, 4, 12. *Ejemplo de César*: DC 41, 34, 1. *Diothen gegonos*: cf. Isócr., *Ev*. 13-14, 9, 3. *Orden de batalla de los persas*: Aristób.-Arr. 3, 11, 3 = Curc. 4, 12, 6 s. (que llena los huecos de Aristóbulo) = Calíst., seguramente. Arr. 3, 8, 3 proporciona los comandantes, no el orden de batalla, y, por tanto, no es un doble de 3, 12 u obviamente sacado de Ptolomeo. *Dos fuentes de Curcio*: 4, 13, 17-34 = DS 57; 4, 14, 8 = DS 59, 2; 4, 15, 1-11 = DS 59, 5-8; 4, 15, 12-15 Y 18-19 se ajusta a Arr. 3, 13, 3; 14, 1-2. *Actos heroicos de Alejandro*: Arr. 3, 14, 3; DS 60, 1; Curc. 4, 15, 19. *Huida de los persas*: Arr. 3, 14, 3-6 sigue siendo muy desconcertante: como en Isos, Arriano es más severo con la conducta de Darío que Diodoro de Sicilia o Quinto Curcio (obsérvese 4, 16, 9 —¿para un prisionero persa?—). *Mensaje de Parmenión*: cf. Calíst. *Apud* Plut. 33, 10 (¿cuánto de esta cita es del propio Calístenes?) con DS 60, 8, Arr. 3, 15, 1 y Curc. 4, 16, 2 y 19, quienes afirman que el mensaje fue obedecido; DS 60, 7 (Alejandro estaba demasiado lejos para ser alcanzado) recoge Curc. 4, 16, 3; probablemente Quinto Curcio combina de nuevo dos historias diferentes, y de ahí la torpeza de 4, 16, 16-19. Plutarco hace lo mismo; Plut. 32, 5-7 puede ser la historia de Diodoro (cf. Polien. 4, 3, 6), mientras que 33, 9 mezcla a Arriano. Hamilton, *HCPA*, p. 83 defiende la «estructura» de estos capítulos sin explicar las frases absurdas utilizadas en 37, 8. *Los heridos alrededor de Alejandro*: Cure.4, 16, 32 = DS 61, 3 = Arr. 3, 15, 2 = ¿Calíst.? Carta de Alejandro a los griegos: Plut. 34, 2. *Sur de Italia*: Plut. 34, 3 con Hdt. 8, 47; ¿prueba de que Alejandro (y su alto mando) conocían las obras de Heródoto? *Monte de la Victoria*: Estr. 16, 1, 4; 15, 1, 9; DC 36, 50, 3; Suet., *Aug*. 18, 2. Cf. Zoroastro F12 conj. Bidez-F. Cumont, *Les Mages hellénisés*, vol. 2, 119.

Motivos: DS 65, 5 = Curc. 5, 2, 8= Clit.; Arr. 3, 19, 1 puede ser comparable (¿en última instancia Calístenes por medio de un cautivo persa?). *Enioi* en DS 85, 5 es muy interesante. Imagino que no se trata de una amplia lectura de DS, sino de un reflejo de diferentes historias relatadas por Clitarco, una al lado de la otra. *Marcha al sur*: DS 64, 3 = Curc. 5, 1, 11, quizás explicada por Am. Mar. 23, 6, 16-17. *Babilonia persa*: G. Cardascia, *Les Archives des Murasu* (1951) es fundamental y un estudio magnífico; G. Driver, *Aramaic Documents* (especialmente nº 2 y 5 con notas) es pertinente. *Fertilidad*: Hdt. 1, 192; 3, 92-94, sobretodo Hdt. 1, 193; Teof., *H.P*, 3, 3, 5; Jen., *An*. 1, 6 s. *Palmeras*: E. Benveniste, *JAs* (1930), pp. 193-225. *Soldados extranjeros*: Cardascia, pp. 6-7, B. E. 9, 28, 10, pp. 8 ss. *Parisátide*: Jen., *An*. 2, 4, 27 (esclavos); *UM* 50, 60, 75 y especialmente 133; Jen., *An*. 1, 4, 9; Ctesias F8 9; Plat., *Alc*. 123b. *Territorio de Bagoas*: Teof. 2, 6, 2; Efemérides 117 F2. *Estados mencionados*: Cardascia, pp. 82-83 Para cuatro señores iranios. *Contratos de arrendamiento de Ársames*: Driver, passim, resumiendo útilmente los nueve documentos en pp. 88 s.; cf. I.M. Diakonoff, *VDI* (1959), p. 70. *Favoritos*: W. Eilers, *Iranische Beamtennamen*, pp. 52 y 90 sobre un eunuco de Paflagonia. *Garantía*: VS 6, 171. *Tierra del Rey*: B. E. 9, 7; *UM* 2, 16; 73, 5, 58, 59 y rendimiento de las cosechas en Cardascia, p. 160; *UM* 133, vol. 2, 1, 63 (pollos). *Arrendamientos de canales*: Cardascia, pp. 77, 130; B. E. 10, 84, 123. 10, 54 es un usufructo de pesca. *Bienvenida*: Curc. 4, 1, 17 s. (importante, y cf. F. Pfister, *RE* Suppl., 4, 277, s. v. «Epifanía» para los paralelismos religiosos). *Inflación*: W. Dubberstein, *AJSL* (1939), p. 20 reúne retazos de testimonios y generaliza sin hacer el menor caso de la calidad de las cosas vendidas, la escasa información, etc. *Tasa de interés*: Cardascia, p. 5: un 13,5 % bajo Nabucodonosor se convierte en un 40-50% para los Murasu (B. E. IX 6, 66, 68 —sin embargo, el riesgo de sus préstamos era más alto, y sus gastos generales de capital eran mayores—). Cf. G.R. Driver y J.C. Miles, *The Babylonian Laws*, vol. I, pp. 173 ss. (sobre un 20% en los antiguos períodos de Asiría y Babilonia). *Pap. Cowley* 10 y 11 son buenos paralelismos: una tasa de alrededor del 60% para la plata. *Pap. Kraeling* 11, 3 presenta la tasa más elevada con diferencia (50% al mes) que se pagaba por el grano: deberían considerarse siempre factores especiales. Sin embargo, un 6-8% era común en el Egipto romano y los Aqueménidas estuvieron sacando la plata de las provincias para llevarla a Susa. *Esclavos*: los *garda* en los territorios babilonios —B. E. X 92, 127, 128, 95, 118— son probablemente Trabajadores Reales; véase W. Eilers, *Iranische Beamtennamen*, pp. 63-67. El estatuto exacto que tenían es incierto; los rusos asumen que son esclavos, y subrayan las cláusulas contra la huida de los esclavos (no es un rasgo nuevo en la ley babilónica —ni en ninguna otra—; cf., para Alejandro, Ps.-Arist., *Oec*. 1353a). M. A. Dandamayev, *Palestin. Sbornik* (1965), p. 84 se ocupa de las listas detalladas de esclavos fugitivos de un

modo muy interesante. *Calístenes*: Jacoby T3 con Theon., *Alex. Comm. on Almagest*. 3, 1 y B.L. van der Waerden, *Archiv für Orientforsch*. (1963), p. 98. *Bel y la clase sacerdotal*: Arr. 3, 16, 4-5 con I.M. Diakonoff, en *Festschrift B. Landsberger* (1963), pp. 343 ss.; G.H. Sarkisian, *VDI* (1952), pp. 68 ss. y A. Aymard, REA (1938), pp. 1-42, un estudio excelente. Debería ocuparme del rey y los templos en otro lugar; cf. M. Dandamayev, *VDI* (1966), pp. 17-39 (excelente) y *Festschrift Franz Altheim*, pp. 82 ss. (diezmos). Sin embargo, obsérvese Ps.-Arist., *Oec*. 1352b para su regreso en 323 a.C. *Favores*: G.H. Sarkisian, *VDI* (1953), pp. 59-73 con S. Smith, *Babylonian Historical. Texts* (1924), pp. 150-159; también *Eos* (1957), pp. 29-44. *Gobernadores de Alejandro*: Arr. 3,16,4 con Curc. 5, 1, 43; DS 64, 6. Las monedas con león en Bellinger, pp. 62-65 no están fechadas con tanta certeza como muchos creen; su estándar ático se había utilizado durante años en Fenicia y, a pesar del rastro de sus cuatro marcas de acuñación (¿para cada uno de los cuatro años de Maceo en la Babilonia de Alejandro?), podrían pertenecer a finales de 340 o 334-331. Para un posible vínculo con Babilonia, Berve, s. v. «Antibelo», «Brocubelo» o «Artíboles». Pero el nombre Mazday-Maeeo se deriva de Ahura Mazda. *Lugares de interés de Babilonia*: F. Wetzel, E. Schmidt & A. Mallwitz, *Das Dabylon der Spätzeit* (1957); F.E. Ravn, *Herodotus' Description of Babylon* (1942), muy útil; R. Koldewey, *Das Widerestehende Bab*. (1925) y en especial *Die Königsburgen von Babylon* (1931-1932, dos partes); cf. el correcto estudio en F. Schachermeyer, *Alexander in Babylon* (1970), pp. 49 ss. *Jardines colgantes*: Plut. 38,15; *Mor*. 648c; Teof., H. P. 4, 4, 1 (¿es el fracaso de la hiedra un taimado golpe a los paralelismos de Alejandro con Dioniso? Cf. la precedente referencia escéptica a Mero y Dioniso). *Paga*: Curc. 5, 1, 45 = DS 64, 6. Esto podría totalizar más de 2000 talentos de golpe. *Refuerzos*: DS 65,1 = Curc. 5, 1, 39-42, como opuesto a Arr. 3, 17, 10 (Arriano es muy poco convincente en toda esta fase). *Revuelta de Agis*: fechada por Curc. 6, 1, 21 (contra Diodoro de Sicilia, que nunca es una fuente para la cronología). DS 73, 5 = Curc. 6, 1 (admitiendo que la narra fuera de lugar); DS 62 está mejor situada; 63, 1 es importante. *Tesoros de Susa*: Curc. 5, 2 ,8; Plut. 36. *Demarato*: Plut. 37, 7; *Ages*. 15, 4; *Mor*. 329d; DS 66, 3 con Curc. 5, 2, 13-15 (obsérvese la amplia correspondencia entre ellos, incluso en el discurso que recogen, aunque Diodoro pone énfasis en los cambios y azares de la Fortuna). A. Alföldi, *La Nouvelle Clio* (1950), p. 357 no es decisivo; teorías como la de H. Montgomery, *OAth* (1969), pp. 1 ss. (que el llanto del eunuco era ritual) son absurdas. *Festivales griegos*: Arr. 3, 17, 6; Curc. 5, 2, 17= DS 67, 1. *Nómadas*: DS 67, 4 = Curc. 5, 2, 3. Arriano está de acuerdo con la ruta alternativa (Arr. 3, 17, 2), pero no en el rechazo (Cure. 5, 3, 9) ni en el ataque del Tauro. Ptol. *apud* Arr. 3, 17, 6 mezcla Curc. 5, 3, 12, pero no 5, 3, 15; no pretendo comprender cómo Ptolomeo y Clitarco (?) podían estar parcialmente de acuerdo sin Aristóbulo (y, por tanto, ¿no a través de Calístenes?). *Puertas persas*: Aurel Stein, *GJ*

(1938), pp. 314 ss.; E. Herzfeld, *Peterm. Mitteil*. (1907), mapa 2 con tablilla 292 de Ur para Llaves de Ansan (*kleides* persas) y el árabe *Hamdallah nuzhat* 129. *Batalla*: DS 68 = Curc. 5, 3,4 = Clit. Arr. 3, 18, 2 exagera las cifras dadas en DS 68, 1= Curc. 5, 3.17; Arr. 3, 18, 3 es tan reticente sobre la derrota como de costumbre. Curc. 5, 4, 20 y 30 confunde el papel de las brigadas de Ceno —Arr. 3, 18, 6—. La marcha por el monte fue terriblemente rápida: Arr. 18, 6 dice *dromoi*, y demuestra la ligereza de los hipaspistas. Arr. 3,18, 9 no especifica si este Ptolomeo es Ptolomeo hijo de Lago. Plut. 37, 2 = Curc. 5, 4, 10= Polien. 4, 3, 27 sobre el guía licio. Curc. 5, 4, 14 podría ser una corrupción respecto a los arqueros y la caballería (cf. Arr. 3, 18, 4); Polien. 4, 3, 27 adjudica el papel de Meleagro a Hefestión y Filotas. «*La ciudad más odiosa*»: DS 70, 1 = Curc. 5, 6, 1. *Prisioneros griegos*: Just. 11, 14, 11-12; DS 69, 2 = Curc. 5, 5 (cuatro mil, no ochocientos griegos, pero DS 69, 8 = Curc. 5, 5, 24).

NOTAS AL CAPÍTULO 18

Persépolis: E.F. Schmidt, *Persepolis* (1953-1957), vols. 1 y 2; G. Walser, *Die Völkerschaften aus der Persepolis Reliefs* (1966); las especulaciones astronómicas de W. Lentz & W. Schlosser, *ZDMG* (1969), p. 957 me parece que son irrelevantes. *La ciudad más odiosa*: Curc. 5, 6, 1= DS 7, 1= Clit. *Matanza*: DS 70, 2 = Curc. 5, 6, 6= Plut. 37, 3 (refiriéndose a Persépolis, después de una supuesta laguna en los manuscritos). *Camellos*: DS 71, 2 = Curc. 5, 6, 9. *Pasargada*: Cure. 5, 6, 10; Arr. 3, 18, 10; la *prote epidemia* en Aristób. F51b, línea 22 es distinta de la restauración en 324, a pesar del orden ligeramente vago de los acontecimientos en las líneas 15-25. *Campaña persa*: Curc. 5, 6, 12-19 (treinta días). *Datación*: Curc. 5, 6, 12, donde los manuscritos están deteriorados y el *sub* en cualquier caso es impreciso. La fuerte nevada sugiere una campaña a mediados de marzo; DS 73, 1 ha invertido la secuencia. Probablemente Alejandro alcanzó Persépolis a mediados de enero de 330 y se marchó (Plut. 37,6) a mediados o a finales de mayo; las confusiones expresadas en C.A. Robinson, *AJPh* (1930), pp. 22 ss. son un ejemplo más del fracaso de los académicos para darse cuenta de cuán rápidamente podía marchar un ejército, especialmente el ejército de Alejandro cuando era más reducido y estaba hambriento, por las áridas estepas iranias (cf. R.D. Milns, *History* [1966], p. 256, para otro ejemplo de esto). Estr. 15, 2, 10 significa lo que dice: noviembre de 330, como posible fecha, según demuestra mi texto. Nombramientos: Arr. 3, 18, 11, con Berve, s. v. «Reomitres»; Curc. 5, 6, 11. *El incendio*: Arr. 3, 18, 11-12 (¿Ptolomeo?), si Estr. 15, 3, 6 proviene efectivamente de Aristóbulo, quien omite (¿gracias a la cita de Estrabón?) el consejo de Parmenión. Pero, de todos los lugares, seguramente aquí, si Ptolomeo hubiese discrepado de Aristóbulo, Arriano habría dado su alternativa. *Arrepentimiento de Alejandro*: Plut. 38, 8 (acordado, e inmediato); Curc. 5, 7, 11

(«acordado», e inmediato). Arr. 6, 3, 1 (seis años más tarde). Si Alejandro se arrepintió en el lugar y ordenó al instante que se apagara es mucho más dudoso (Arriano, Curc. 5, 7, 6-8 y Diodoro no mencionan o implican esto), de modo que no puede decirse mucho sobre la observación displicente de Plut. 38, 8. Incluso en el caso de que lo ordenara, la arqueología demuestra que la extinción no dio resultado. *Tais*: Clit. F11, de ahí Curc. 5, 7, 1 (pone el énfasis en el vino), Plut. 38 (¿es 38, 7 una conjetura?); DS 72 es la fuente de Dryden, que subraya la locura y el arrebato dionisíaco. Cabe destacar que todas las versiones subrayan de un modo parecido el tema de la venganza; esto, al menos, ¿puede ser debido a Calístenes? *Tais y Ptolomeo*: Plut. 38, 2; Aten. 13, 576d; *SIG* 314; ciertamente Diodoro de Sicilia y Quinto Curcio exageran el papel heroico de las mujeres (Sisigambis, la amazona, la esposa de Espitámenes, etc.) y su fuente pone el énfasis en Ptolomeo, quizás incluso más que la historia del propio Ptolomeo (DS 103, 6 = Curc. 9, 8, 22; DS 104, 5 = Curc. 9, 10, 6 = Clitarco, que, después de todo, era un alejandrino), pero dudo que estas dos tendencias pudieran combinarse para inventarse la historia de la amante como una pirómana. Curc. 5, 7, 10, si a alguien le interesa, analiza la historia de Arriano, rechazándola firmemente como una mera tapadera.

NOTAS AL CAPÍTULO 19

Persecución de Darío: G. Radet, *Mélanges Glotz*, vol. 2 (1932), p. 765; también A. von Stahl, *GJ* (1924), p. 312 para el final. *Refuerzos*: Curc. 5, 7, 12 ¡se hace un lío con Sócrates el macedonio y Platón el ateniense! Probablemente estos soldados trajeron las noticias de la rebelión de Agis: si Plut., *Ages*. 15 mantiene alguna relación con la verdad (¿la registraría en Media?), no puedo decirlo. *Planes de Darío*: Curc. 5, 8, 1= Arr. 3, 19, 1; 5, 8, 2 = DS 73, 2 = Arr. 3, 19, 3 o el segundo. *Isfahán*: *Tabae* en Curc. 5, 13, 2-3 sería Gabas, pues estaba en la frontera de Media-Paraitacene (Arr. 3, 19, 4) y Estr. 11, 1, 18 y DS 19, 26, 1; 34, 7 mencionan allí un palacio en Gabas. De Persépolis a Hamadán hay unos setecientos veinticinco accidentados kilómetros, lo que supone unas seis semanas de marcha. *Fines de la cruzada*: Arr. 3, 19, 5, contra Curc. 6, 2, 17 = DS 94, 3 (Clitarco). En Gaugamela, Erigió lideró la caballería aliada, pero en 3, 20, 1, en Hamadán, lidera a los mercenarios a caballo; evidentemente su unidad aliada se había dividido. Por tanto, Clitarco no sirvió como aliado griego, pues no sabía cuándo serían enviados a casa los aliados griegos. DS 74, 3-4 (Cure. 6, 2, 17) explica los «voluntarios» en Arr. 3, 20, 6. *Ordenes de Parmenión*: Arr. 3, 20, 7, un pasaje inexplicable, pues parece que desobedeció; el único propósito de ir a Hircania sería encontrarse con Alejandro, pero nunca lo hizo. En 20, 8, Clito es el Negro, el futuro hiparca. *Finanzas*: Arr. 3, 20, 7 probablemente se refiere sólo a una parte del tesoro de los persas, pues una gran parte se trasladó a Susa (DS 71, 2); DS

80, 3 contradice esto, ¿equivocadamente? No sabemos si había un tesorero jefe, y todavía menos si Hárpalo era un jefe de este tipo. Los lectores de A.R. Bellinger, *Essays*, p. 48 ss.; A. Andreades, *Anuales d'histoire économique* (1929), pp. 321 ss., y R. Knapowski, en *Geschichte Mittelasiens im Altertum* (1970, ed. F. Altheim & R. Stiehl) reconocerán que no podemos determinar en absoluto provechosamente las finanzas de Alejandro, sino tan sólo recordar el problema. Las detalladas cuentas de Knapowski constituyen la tentativa más positiva, pero están llenas de suposiciones sin argumentar; quiero subrayar que no sabemos casi nada del pago en especies, de la repartición del botín (aparte de la quema del equipaje), del sistema de medidas de Alejandro (¿qué era para él un talento?), ni de la paga de su ejército (DS 64, 6 no es necesariamente la paga de los soldados macedonios para dos meses; *GFI* 183 no prueba nada; Arr. 7, 23, 3 es el único punto de referencia, pero sólo para 324, y ¿estamos seguros de que el residente es un residente ático?); sólo la fe en las cifras del manuscrito podría sugerir que Just. 12, 1, 3 (190.000 talentos en Hamadán) y DS 80,3 y Estr. 15, 3, 9 (180.000 talentos con Parmenión en Hamadán) significan que 10.000 talentos fueron llevados al este por el propio Alejandro. Para el testimonio del lingote con Alejandro, 330-325, cf. Curc. 8, 12, 15; el oro era más valioso según el peso. Las acuñaciones de viaje en Irán son conocidas (por ejemplo, las monedas del parto Gotarzes acuñadas *kata ten strateian*; pero en cualquier caso, si se utilizaba una moneda en barra en Irán (cf. A.D.H. Bivar, *Irán* [1971], p. 97 para esta posibilidad), la acuñación no sería necesaria. En general, se trata de un problema insoluble, en el que la terriblemente tediosa clasificación de las monedas de Alejandro no puede avanzar, si no es para poner en entredicho cualquier generalización que persista. Las implicaciones de DS 74, 5 = Curc. 6, 2, 10 (si no se aplican equivocadamente a los propios oficiales de Alejandro) son de largo alcance. *Casas de posta*: cf. *Persep. Fortif. Tabl*. Nº 1351, 1358, 1555; Driver 6; Ps.-Arist., *Oec*. 1353 a. *Ruta de Alejandro*: obsérvese que dividió sus fuerzas en Hamadán con vistas a la velocidad y a conseguir suministros más fácilmente. Curc. 5, 13 es desesperadamente confuso, e ignora su estancia en Hamadán. Para el viaje de nueve días en carromatos a Ragas, cf. las cifras comparativas en J. Marquart, *Philologus*, Suppl. 10 (1907), pp. 19 ss.; Arr. 3, 20, 2 probablemente lo aplica a los once días en total de Alejandro, lo que implica que dio un rodeo. *Arresto de Darío*: Curc. 5, 8, 6-12, 20 es retórico y no se debe a ninguna fuente mercenaria (aunque Bagoas y otros debieron de haber discutido el asunto más tarde). Los pocos detalles que da son en gran parte conocidos por Arr. (21, 1, 4-5, 10); las cifras son demasiado elevadas (Arr. 16, 2; 19, 5). Barsentes es omitido; a Darío se le hace «saber» griego (Cure. 5, 11, 5 —¡en realidad lo cree Marsden, *Gaugam*., p. 61—), por lo que hace un discurso demostrando que un griego lo había salvado (Cure. 5, 11, 9); de hecho, necesitaba un intérprete (Cure. 5, 13, 7)» cuya captura coincidió con Arr. 3, 21, 4; ¿fue posiblemente la fuente de los detalles

del enemigo en 21, 4-6? *Persecución*: Von Stahl, pp. 312 s. la finaliza cerca de Damghán, a mi entender más verosímil que la más distante de Radet, Shahroud. En las últimas dieciocho horas, Alejandro recorre entre setenta y dos y ochenta kilómetros; como Damghán se encontraba a unos trescientos veinte kilómetros y tardó seis días, ¿puede que pasara un día haciendo incursiones antes de partir? Just. 11, 15, 1 llama al pueblo del arresto Tara, seguramente Khavar (Plin. 6, 17, Coarene). *Muerte de Darío*. Arr. 3, 21, 10 (22, 2 tiene la pobre visión de Darío habitual, quizá la de Arriano era la de sus fuentes, aunque es un tema recurrente, no compartido por Quinto Curcio ni por Diodoro). El relato de Arriano no descarta Plut. 43, 3-4, aunque está mucho más adornado (cf. Plut. 30, 12; Arr. 4, 20, 3); cf. Just. 11, 15; Curc. 5, 13, 24. Uno se pregunta quién dio la versión alternativa en DS 73, 4; ¿la conoce Diodoro a partir de sus propias lecturas, o la había mencionado Clitarco a partir de, por ejemplo, Onesícrito? *Conducta de Alejandro*: Plut. 43, 5; Mor. 322f; Curc. 6, 2, 7 (este Histaspes es una figura muy importante en la vida de Alejandro: cf. Arr. 7, 6, 5). *Regalos*: Plut. 74, 5; Curc. 6, 2, 10, ambos hacen referencia a Hamadán; DS 78, 1. *Préstamos persas*: Hdt. 1, 135, 2. *Legado de los medos*: I.M. Diakonov, *Istoriya Midii* (1956) es un estudio destacable, seguido de un brillante artículo en W.B. Henning, *Memorial Vol*. (1968), pp. 98 ss., sobre el medo como fuente del antiguo persa; M. Mayrhofer, *AAWW* (1968), pp. 1 ss. es un arriesgado intento de reconstrucción de la lengua perdida de los medos; las excavaciones en Nush-i-Jan (Irán, 1968 ss.), Takht-i-Suleiman (ed. H.H. von der Osten, 1962) y otros lugares enumerados en W.G. Culican, *Medes and Persians* (1965), en cualquier caso un libro mejor sobre los medos que sobre los persas, se suman a los crecientes estudios. Para sus tribus, cf. H. von Gall, *Arch. Mitt. Irán* (1972), pp. 261 ss. *La vida cortesana*: el extraordinario capítulo de W. Hinz, *lran. funde und Forschungen* (1968), pp. 63 ss. ha arrojado una nueva luz; Hdt. 1, 99, los dos primeros libros de la Ciropedia, y Hdt. 1, 135; 7, 6,1 s. siguen siendo algunas de las fuentes clásicas que se ajustan a sus observaciones de los relieves de Persépolis. *Babilonia*: cf. D.J. Wiseman, *Iraq* (1966), p. 155; A.J. Sachs, *Iraq* (1953), p. 167; G. Widengren, *Ancient Near East Relig*. (1951), pp. 20 ss. «Rey de Reyes» es un título conocido en Urartu; si los persas tomaron prestado su simbolismo, ¿se tomaban estos elementos en serio? Sus propios rituales nómadas son un asunto distinto. *Persep. Fortif. Tablets*, nº 1807, 1810, 1821-1822, 1828, 1830. *Griegos y otros*: G. Goossens, *La Nouvelle Clio* (1949), pp. 32 ss. todavía es útil. Es extraño que R.T. Hallock no identificase al oficial «Yauna» (*PF* 1800, 1810) como un Yona, es decir, un griego, probablemente un intérprete, o al Karkis (*PF* 878, 882) como, seguramente, un cario, cuyos compatriotas fueron asentados como marineros por Darío I en el golfo Pérsico. *Matrimonio endogámico*: G. Cardascia, *Murasu*, pp. 6-7, *Rec. de la Soc. J. Bodin* (1958), pp. 115 ss.; Clay-Hilprecht, B. E. 9, pp. 27-28; 10, pp. 8-9; 88. Kohler y Ungnad, *Hundert ausgewahlte*

Rechtsurk. (1911), p. 73. Kohler-Peiser, *Aus dem babyl. Rechtsleben* (1898), vol. 4, p. 5 es un ejemplo particularmente sutil. *Encargados de los látigos y medos*: W. Hinz, *Iranische Funde*, pp. 63 ss. *Burocracia*: *Fortificaron Tablets* 6764 cita las propias palabras del rey, un acertado recordatorio de que el gobierno persa era personal, a pesar de las hordas de obreros y de oficiales de suministros que han salido ahora a la luz gracias a R.T. Hallock, *Fortificaron Tablets*: PF 1940, 1957, 1997 son citadas por el trabajo atrasado, pero debería remarcarse que la traducción de estos documentos es principalmente un acto de fe. *Aislamiento*: Hdt. 1, 99; 3, 84; Jen., *Cyr*. 8, 4, 2; 8, 3, 10; Hdt. 7, 16; Cares F4. *Comidas*: Ester 1 y 5; Heraclides 689 F2. Deinón *apud* Aten. 146c; DS 11, 69,1; Posidonio F68 (¿exagerado?). *Ofrendas de alimentos*: Teop. F124, un complemento fascinante a *CIG* 2693b, posiblemente del siglo V a.C., aunque estos sacrificios también se ofrecieron presumiblemente a hombres como Mausolo. G. Widengren, *Numen*, Suppl. 4 (1959), p. 242 hace interesantes sugerencias, no todas válidas. *Atuendo real*: Plut., *Them*. 16, 2; *Artax*. 24, 6; Jen., *Cyr*. 1, 3 y 8, 3; también G. Thompson, *Irán* (1965), p. 121; Anne Roes, *IA* (1964), p. 133 y *BO* (1951), p. 137 con completas bibliografías. La naturaleza exacta de la tiara puede discutirse invocando a lexicógrafos posteriores y el problema de la *kidaris*; creo que los relieves de Persépolis muestran al rey con la tiara y la *kidaris* en posición «vertical», y los testimonios escritos son demasiado tardíos o confusos para darse cuenta de que los dos términos se refieren a un único estilo. *León-grifo*: G. P. Hill, *JHS* (1923), p. 156. *Entronización ritual*: Plut., *Artax*. 2; Nicol. Damasc. 90 F66 con el brillante análisis de A. Alföldi, *Schiveiz. Archiv für Volkskunde* (1951), pp. 77 ss. No hay pruebas de que Alejandro conociera la *Ciropedia* o que, de hecho, tuviera que conocerla, una vez que los cortesanos bilingües se unieron a él para hablar de Ciro. *Proclamación legendaria de Alejandro*: Ps.-Calíst. 2, 21. *Campaña de los montes Elburz*: Arr. 3, 23-24; DS 75-76 = Curc. 6, 2-6, 5, muy cercanos, difieren de Arriano y dan un paisaje preciso. *Bagoas: Ind*. 18, 9 (a pesar de Berve) es la prueba más ingeniosa de su existencia y de su alto favor; puede ser correcto identificar a su padre con el licio Farnuces en Arr. 4, 3, 7 (¿quizá de habla griega?). La casa de Bagoas en Babilonia (*Diarios* F1 perdido en Plut. 39, 6) no era la del eunuco (Plin. 13, 41); DS 5, 3-6 es un tanto sospechoso acerca de la manera en que murió el Bagoas mayor, pero la edad y el aspecto probablemente descartan la posibilidad de que se trate del mismo hombre, y Nabarzanes, su compañero que se rindió, fue de todos modos el nuevo quiliarca en el antiguo puesto de Bagoas. *Caspio*: Arist., *Meteor*. 2, 1, 10; Estr. 11, 7, 4-5 no dice nada de la propia visión de Alejandro. J.R. Hamilton, *CQ* (1971), pp. 106 ss. necesita ser discutido de nuevo a la luz del dato de que el agua del sur del Caspio es famosa por su dulzor (véase *The Cambridge history of lran*, vol. 1, p. 48). *Amazona*: Plut. 46; Clit. F16 (¿vía Onesícrito?) con Just. 12, 3, 5; DS 77, 1 s.; Curc. 6, 5, 24 y M. Rostovtzeff, *Iran, and Greeks in S. Russia* (1928)

para el matriarcado. *Amigos persas*: Berve, s. v. «Artabazo», «Fratafernes», «Nabarzanes», «Bagoas», «Autofrádates»; obsérvese Curc. 6, 2, 9 sobre su número; la «conquista» de las tribus del bosque (cf. Betón F1 para sus hábitos) habría impresionado a estos nobles iranios, cuyos descendientes preferirían posteriormente al invasor árabe antes que la amenaza de los pueblos de las montañas. *Atuendo de Alejandro*: Eratós. *apud* Plut., *Mor*. 330a y el testimonio negativo del arte (sobre el medallón de Alejandro, éste lleva el yelmo con dos plumas, como en las monedas de Mitilene, no la tiara del rey), junto con Clitarco. DS 77, 5 refuta los excesos e imprecisiones de Plut. 45, 1-2; Arr. 4, 7, 458, 4; 9, 9; Curc. 6, 64 y Just. 12, 3, 8. *Ataviados con la Púrpura*: DS 77, 4-5 con Jen., *An*. 1, 2, 10; el espléndido jinete macedonio en P. Couissin, *Institutions militaires et navales* (1932), placa 1; Plut., *Eum*. 8. Los *purpurati* de Quinto Curcio tienen un contexto preciso, aunque libremente aplicado. amigos honorarios: véase Arr. 2, 11, 8 y 9, con 1, 17, 4 (¿es en *time* una frase precisa?). *Ind*. 27,8 (la misma frase, en jonio). Cf. Welles, *Royal Correspondence*, n.° 44, línea 2, 45 para la continuidad helenística. *Concubinas*: DS 77, 6; Curc. 6, 6, 8. *Diadema*: Liv. 24, 5, 4 para Sicilia: H.W. Ritter, *Diadem und Königsherrschaft* (1965); H. Brandenburg, *Stud. zur Mitra* (1966). César: DC 44, 11, 2; 44, 15, 3. Para matices sobre el *kandys*, o capa con mangas, que Alejandro rechazó, cf. A. Alföldi, *Studies in Honour of A. M. Friend* (1955), pp. 40 ss. *Forma de las cartas*: Cares F10; Curc. 6, 6, 6. «*Botín de la victoria*»: Curc. 6, 6, 5. *Cuñado*: Berve, s. v. «Alejandro del Epiro»; Just. 12, 1, 4. *Hecatómpilo*: DS 75, 1; Curc. 6, 2, 15, nombre omitido en Arr. 3, 23, 1, aunque Arriano escribió un libro sobre los partos. Emplazamiento encontrado por J.R. Hansman, *JRAS* (1968), pp. ni ss.; Eratós. en Estr. 11, 8, 9 da una distancia que no se ajusta a este lugar, pero las cifras de Eratóstenes no son de confianza o están alteradas: véanse las absurdas distancias dadas en Estr. 15, 3, 1. Las medidas de los partos en Estr. 11, 9,1 se ajustan al emplazamiento de Hansman (su corto estadio es un embrollo innecesario, pues el número de estadios sólo se da categóricamente); Von Stahl, *GJ* (1924), pp. 312 ss., quien de todos modos finaliza la persecución de Darío en el emplazamiento de Hansman; los montes Estibetes (Cure. 6, 4, 3; DS 75, 2) se ajustan bien: P. Pedech, *REA* (1958), p. 67. *Discurso y respuesta*: DS 74,3; Just. 12, 3, 2-3; Plut. 47; Curc. 6, 2, 15; 4, 1 coinciden ampliamente sobre un incidente que Arriano omite —¿acaso porque perjudica la lealtad de los hombres?

NOTAS AL CAPÍTULO 20

Aria: Arr. 3, 25, 5 no implica que Alejandro fuera al sur, a Herat, y que después subiera por el agreste valle del Hari-Rud, lo que supone un largo rodeo; los soldados, en Arr. 3, 25, 2, sólo necesitaron haber guardado la frontera de Aria, mientras

Alejandro partía por el camino más corto a Merv. *Equipaje*: Curc. 6, 6, 15 fecha esto mejor (¡todas las carreteras a Balj son malas!) que Plut. 57, 1; Polien. 4, 3, 10. *Herat: Avesta Vindev*. 1, 9; *Mithra Yasht* 10, 14;R.N. Frye, *The Heritage of Persia* (1963), pp. 23 ss.; Estr. n, 514; Plin. 6, 61; 6, 93 (importante). *Refuerzos*: Curc. 6, 6, 35. *Soldados de Parmenión*: un problema muy importante, pues ¿dónde estaban los seis mil macedonios de Arr. 3, 19, 7, dejados con Clito el Negro? La designación de Clito como hiparca en Seistán implica que él y esas cuatro brigadas-falanges se unieron a Alejandro por aquel entonces; aunque ¿antes o después del complot? Arr. 3, 25, 4 dice «teniendo entonces juntos a todos sus soldados», lo que implica que Clito se había reunido con Alejandro de nuevo en Partía. Pero Arriano no registra los refuerzos de Curc. 6, 6, 35, que llegaron a este punto, y esto pudo haberlo confundido; puede que sólo ellos se hubiesen reunido con Alejandro. Curc. 7, 3, 4 supone definitivamente que Parmenión todavía tenía bajo su mando a los seis mil macedonios, o, en el mejor de los casos, que aún estaban en camino. Los comandantes del ejército lo apoyan: las tres brigadas de Ceno, Crátero y Amintas estaban con Alejandro desde Hamadán en adelante, y estos tres son destacados no sólo en la narración de Arriano, sino también en el relato del proceso que hace Quinto Curcio; Pérdicas también figura en una ocasión en Quinto Curcio y, aunque había liderado una brigada de infantería, que ahora se había dejado con Clito, es llamado aquí *armiger* (Cure. 6, 8, 17), lo que sugiere que había cedido el mando a su hermano Alcetes, que posteriormente se supo que lo desempeñó. En este caso, su presencia en Seistán no implica la presencia de los soldados de Clito. Esto explica el escaso número de macedonios que se congregaron para escuchar el juicio en Curc. 6, 8, 23; en cuanto a Parmenión, sus órdenes de desplazarse al este (Arr. 3, 19, 7) probablemente habían cambiado, pues las estaba desobedeciendo, y esto seguramente se registró para explicar su asesinato. Sin duda él tenía las otras tropas en Arr. 3, 19, 7; Berve, s. v. «Cleandro», «Agatón», «Sitalces», «Heracón», «Ménidas» y quizá «Cérano». *Fuentes*: Arr.-Ptol. 3, 26, 2-3 es básico (¡obsérvese *iskhyros* en 2!), pero me da la impresión de que es demasiado breve en la redacción de 26, 2 para probar que el único testimonio real fue el silencio de Filotas; otros cargos eran «indiscutibles», y aunque Arriano los omite, 26, 3 y 4 hacen referencia con seguridad a la maquinación (*epiboule*) de Filotas. DS 79, 3 es menos seguro (pero obsérvese la «confesión» en 80, 2). La estructura de Curc. 6, 8, 1-11 es sugestiva: 6, 8, 15 se recoge claramente de nuevo en 6, 11, 10 (6, 11, 8 resulta muy burdo: ¿por qué posponer la muerte de Filotas?). Supone que Quinto Curcio elaboró dos fuentes: (1) Ptol.-Arr.: Filotas fue acusado en público; 6, 8, 25 es probablemente sólo una suposición de Quinto Curcio, y el texto del manuscrito verdadero es interesante. Como de costumbre, Quinto Curcio construye discursos a partir de unos pocos hechos del pasado (véase 9, 17, el «complot» egipcio). (2) Plut. 49, 11: Filotas fue

torturado en privado, excusa para que aparezcan más discursos en Quinto Curcio. Esto explicaría la doble sentencia (6, 11, 8; 11, 38), a no ser que Diodoro-Clitarco (seguramente la fuente principal de Quinto Curcio) mencionara las dos, el juicio público y la confesión por tortura (80,1-2). ¿Omitió Ptolomeo la tortura o la inventó Clitarco como excusa? *Sobre la lapidación*: R. Hirzel, «Die Strafe der Steinigung», *Abhandlungen Leipzig. Akad*. (1909), p. 25. *Lengua macedonia*: 6, 19, 34-35; 11, 4 (oportuna referencia a los frigios, antiguos gobernantes de Macedonia). *Alejandro el lincesta*: DS 80, 2; Curc. 7, 1, 7; no en Ptolomeo-Arriano, tampoco son los Alborotadores (Curc. 7, 2, 35-38 = DS 80, 4 = Just. 12, 4, 4-8 = Clit.). Sólo DS 79 = Curc. 6, 7 = Clit. tiene los preliminares, y éstos se parecen demasiado al complot de los pajes. *Sospechosos*: Curc. 6, 7, 15 es una relación que no sirve de nada, omite a Demetrio (Arr. 3, 27, 6). *Personas en el complot*: Berve, s. v. «Antígona», «Filotas» (especialmente Plut. 40, 1; 48, 4; DS 67, 7 y las reformas de la caballería en Arr. 3, 16, 11). *Purga*: Curc. 6, 11, 20, donde la «ley» es la manera que tiene Quinto Curcio de expresar una costumbre; cf. 8, 6, 28, no refutado por 8, 8, 18. Este miedo familiar tampoco es refutado por el hecho de que Ceno, el yerno de Parmenión, sobreviviera; renegó de Parmenión del modo más enérgico (Curc. 6, 9, 30) porque tenía que salvar su propia vida. Cleandro, el asesino, era hermano de Ceno. Por otro lado, según Berve, n° 165, Asandro (hermano de Parmenión, posiblemente) llegó sin saber nada al campamento en 329 (Arr. 4, 7, 2), y probablemente nunca volvió a ser mencionado. Filipo, hijo de Menelao, líder de los tesalios bajo Parmenión, también desaparece después de septiembre de 330. ¿Fue Parmenión la causa, o una mera casualidad, de que los tesalios fueran licenciados en 329? Erigió, que había liderado a los aliados en el ala izquierda bajo Parmenión, denunció enérgicamente a su comandante en jefe: Curc. 6, 8, 17 s. ¡Y después hablan de sólidas facciones en el ejército! Por supuesto, uno se pregunta si las referencias a Asandro en 323 (todas recopiladas en Berve, n.° 164) podrían referirse en parte al posible hermano de Parmenión (n.° 165). Quizás el también sobrevivió; es imposible demostrar la ruina de la facción de Parmenión, por no mencionar la «exterminación» de su familia sobre la que tan a menudo se especula actualmente. *Proftasia*: Plut., *Mor*. 328f; E. Byz., s. v. «Frada». Sólo un error de cálculo de Droysen ha ocultado el hecho de que es la actual Farah, que se encuentra a unos doscientos noventa kilómetros de distancia de Herat y, por tanto, a dos o tres kilómetros de las cifras procedentes de los topógrafos, de mil quinientos-mil seiscientos estadios, que se dan sin que sean cuestionadas y que están redondeadas en Estr. 11, 8, 9.

Ruta de Alejandro a Kandahar: K. Fischer, *BJ* (1967), p. 136 se ocupa de toda el área con gran minuciosidad, pero dado que Alejandro empezó desde Farah, no hay ninguna razón que explique la amplia curva que describió al sur pasado el lago Vanishing, salvo posiblemente los suministros, pues Seistán era un granero famoso incluso en tiempos de los árabes. *Arimasposi*: F.W. Thomas, *JRAS* (1906), pp. 180 ss.; *Cresias, apud* Focio, ya había hecho referencia a *Skythes amyrgioi* en Sacastane; cf. Helanico F171 sobre esta llanura escita. Me pregunto si la afluencia de estos escitas puso fin a la cultura urbana de Seistán, como explican cada año los excavadores italianos en *E & W*. Aracosia = Hetumati (en el *Avesta*). Etimandro en Plin. 6, 92. *Bisitum inscript*. 40 s. sobre la lealtad de su sátrapa Vivana en 521; también los testimonios en los Textos Rituales y las *Fortif. tabl*. de Persépolis para los contactos con Persépolis y Aracosia como sede de un culto haoma. *Sátrapas*: Berve, s. v. «Menón», con la admirable carta de navegación en su vol. 1, p. 276. *Kandahar*. K. Fischer, véase más arriba: cf. A. Fussmann, *Arts Asiatiques* (1966), p. 33. Las inscripciones de Asoka muestran Kandahar como un área donde el helenismo estaba vivo, lo que finalmente refuta la declaración de Tarn de que esta Alejandría se encontraba en Ghazni. La derivación de Kandahar de Iskander es correcta. *Elefantes*: el marfil de Harahvatis en la inscripción de Susa de Darío y las sabias observaciones de A. J. Toynbee, *Betiveen Oxus and Jumna* (1961), pp. 71 ss. sobre Lashkari Bazar. *Ruta de Alejandro*: A. Foucher, *La vieille route de Bactres á l’Inde* (1947) es el mejor relato de las posibilidades, en especial vol. 1, pp. 209 ss. sobre los vínculos entre la India y Aracosia. *Paisaje y suministros*: Arr. 3, 28, 1; 28, 9 es mejorado por Curc. 7, 3, 6 = DS 82-83 (correcto para el paisaje), cf. Curc. 7, 4, 22-25 y Estr. 15, 621. Cito de Emil Trinkler, *Through the Heart of Afghanistan* (1928). Para los siguientes dos años, F. von Schwarz, *Alex. Feldzugein Turkestan* (1893) es una guía indispensable para la geografía, basada en doce años de servicio militar en la Sogdiana (aunque equivocadamente diferencia Balj de Zariaspa; para los topógrafos, como en Estrabón y Plinio, eran idénticas). *Alejandría del Cáucaso*: Arr. 3, 28, 4; 4, 22, 4-5; DS 83 seguramente corrige el texto de Curc. 7, 3, 23. Obsérvese Plin. 6, 92 sobre Ciro y Capisa; cf. R. Ghirshman, en *Mem. Del. Arch. Fr. en Afghan*. (1946). DS 83 implica otras ciudades cercanas; cf. Ptol., *Geogr*. 6, 18, 4, una de las cuales puede ser Kabul. No sabemos si los griegos y los nativos disfrutaban de un estatuto cívico similar. *Para Prometeo*: DS 83, 1 = Curc. 7, 3, 22 = Clit. (¿vía Onesícrito?) duda de Eratóstenes: Estr. 11, 5, 5; Arr. 5, 3, 1-45; *uparisena* y contexto persa en E. Herzfeld, *The Persian Empire* (1968), pp. 336-337. *Aristóteles y el Hindu Kush*: Arist., Meteor. 350a. *Suministros*: Curc. 7, 4, 22 s. y, para los precios, cf. W.K. Pritchett, *Hesperia* (1956), pp. 182 ss. *Balj: Avesta*, Vendidad 1, 7; Yasht 5 (Anahita). Para sus murallas, *Monum. Preislam. d’Afghan*. (DAFA, vol. 19, 1964). Para los pueblos, S.P. Tolstov,

Drevnei Chorezmskoi Tsivil. (1948, trad. alemana 1953), pp.122-33. *Recursos*: W.W. Tarn, *Greeks in Bacina and India* (1951), pp. 78 ss. Lapislázuli en R.J. *Gettens, Alumni (Rev. du cercle des Alumni des fondations scientifiques*, 1950), pp. 342 ss.; G. Herrmann, *Iraq* (1968), p. 21. *Administración persa*: Esmerdis, hijo de Ciro, Histaspes, hermano de Jerjes, o Masistes son ejemplos de miembros de la familia del rey que gobernaron como sátrapas; de acuerdo con Ctesias, hubo una breve revuelta en Bactria bajo Artajerjes II. *Desierto de la Bactriana*: Curc. 7, 5 = prólogo a DS 17 = Clit. (correcto para el paisaje). ¡Arriano omite las dificultades! *Resistencia de Alejandro*: Curc. 7, 3, 17; 7, 5, 9 (mas verosímil aquí que en el Makran); 7, 5, 16. *Beso*: Arr. 3, 30, 4; 25, 8 con Arr. 3, 23, 4. *Bránquidas*: Curc. 7, 5, 28 = 5, 11, 4 = Calíst. (a pesar de F14, línea 22) es poco probable que haya llevado su historia tan lejos. Onesícrito (utilizado por Estrabón y Clitarco) es quizá el responsable (cf. Plut. 60, 3 para su cruzada espuria) y es imposible estar seguro de que su relato sea cierto. Sin embargo, no es una cuestión muy importante. *Independencia sogdiana*: Curc. 6, 3, 9, con la ausencia de su sátrapa y su comandante, junto con los indios independientes, a través de Beso en Gaugamela (Arr. 3, 8, 3). *Porteadores de Alejandro*: Curc. 7, 6, 7 s. *Cirópolis*: E. Benveniste, *JA* (1943-1945), pp. 163 ss. *La última Alejandría*: Arr. 4, 1, 3; 4, 1. *Nómadas*: cf. K. Jettmar, *Die Frühen Steppenvolker* (1969); M. Rostovtzeff, *Iranians and Greeks in South Russia* (1928); E.D. Phillips, *Brit. Journ. of Aesthetics* (1969), pp. 4-18 es una buena introducción a su arte; Arist., Pol. 1256a vio su importancia. *Historia de amor*: Cares F5 en el comentario de Jacoby. *Espitámenes*: Estr. 11, 8, 8 lo llama persa, no sogdiano o bactriano. Espitámenes era pariente de Zoroastro. *Prohibición*: Onesícr., frag. 5. Las máquinas en Arr. 4, 2, 2 debían de ser catapultas, pues las zanjas detenían las torres; asimismo lanzaban piedras, pues aporrearon las murallas (Arr. 4, 3, 1). Destrucción de Cirópolis (Curc. 7, 6, 21) omitida por Arriano y (¿de ahí?) llama a los nativos en 4, 4, 1 «voluntarios». Curc. 7, 6, 27 = Just. 12, 5, 4 dice prisioneros, lo que es correcto. Arriano omite a Meleagro y Pérdicas (Cure. 7, 6, 19); ¿fueron suprimidos por Ptolomeo? *Nuevas ciudades/asentamientos en la Sogdiana y la Bactriana*: Arr. 4, 16, 3; Curc. 8, 1, 1; Just. 12, 5, 13; Estr. 12, 517 (incluye las siete ciudades arrasadas). *Límites de Baco*: Curc. 7, 9, 15; Plin. 6, 92; presumiblemente un culto haoma en la frontera. Las bajas en Curc. 7, 9, 16 se han omitido, y se han perdido en 7, 7, 39 y minimizadas por Arriano; también omite las cifras de los refuerzos en 4, 7, 2. *Kharezm*: S.P. Tolstov, *Drevnei Chorezmskoi Tsivil*. (1948, trad. alemana 1953); cf. el minucioso relato de M.M. Diakonov, en *Po Sledam Drevnikh Kultur* (1954), pp. 328 ss.; B. Rubin, Historia (1955), pp. 264 ss. se ocupa de la caballería antigua; los jinetes de Kharezm también pueden verse en las terracotas, ampliamente difundidas, encontradas en los palacios occidentales (M. Rostovtzeff, *YCIS* (1935), p. 188, pl. 7) donde evidentemente servían como guarniciones, una cuestión demostrada ahora a

través de los relieves en S.P. Tolstov, *Po drevnim deltam Oksi* (1962) de Koi-Kilgan-Kala. En la inscripción de Persépolis de Artajerjes II o III, Uvarazmis (Kharezm) se presenta como un área sometida; esto no significa que todavía lo fuera. Curc. 7, 4, 5 y Arr. 4, 15, 4 demuestran su independencia en los tiempos de Alejandro; la influencia arquitectónica de los estilos aqueménidas en Kharezm, observada por S.P. Tolstov (1962), pp. 112, 114 y 128, puede implicar o no su pertenencia al Imperio. *Cifras del ejército e hiparquías*: véase mi estudio de próxima aparición.

NOTAS AL CAPÍTULO 22

Augurio: Plut. 57,5; Arr. 4, 15, 7-8 (subraya el papel de Ptolomeo): Curc. 7, 10, 13-14. *Merv*: Plin. 6, 47 supone una Alejandría en ese lugar, y los testimonios de Plinio son buenos en estas ciudades; Curc. 7, 10, 15 lo apoya, y para una espléndida e ingeniosa deducción, F. Schachermeyer, *Alexander der Grosse* (1949), pp. 515-516, n. 187 aduce que Crátero era el oficial al mando en Merv. *Bazaira*: Curc. 8, 1, 10-19 con R. Merkelbach, *Die Quellen der Alexanderroman* (1954),pp. 48 y 252; cf. el prólogo de DS 27, es decir, Clitarco. *Fuentes para Clito*: véase mi estudio de próxima aparición. *Su relegación*: Curc. 8, 1, 20. *Su sobrino*: Berve, s. v. «Proteas». *Muerte de Espitámenes*: Arr. 4, 7, 7 no apoya a Curc. 8, 3,1-15, típicamente romántico. *Rocas de la Sogdiana*: Curc. 8, 4 = DS, prol. = Clit. sobre la tormenta de nieve. *Trono de Alejandro*: Curc. 8, 4, 15; Val. Máx. 5, 5, 1; Frontín., *Strat*. 4, 6, 3. *Geografía*: F. von Schwarz, *Alex. in Turkestan*, pp. 75 ss., especialmente sobre la inexpugnabilidad de la segunda roca. Curc. 7, 11, aunque 28-29 es intenso, sitúa la primera roca en invierno de 328; por tanto, también lo hace el prólogo de DS 17, una excelente prueba más de su fuente al pie de la letra. Clitarco. Arr. 4, 18, 4 (Ptolomeo, probablemente) omite la crucifixión de Ariamazes, pero la sitúa, seguramente de manera acertada, a principios de 327. La roca de Sisimitres (Curc. 8, 2, 19) lleva también el nombre regional de Roca de Coriene (Arr. 4, 21): sólo Curc. 8, 2, 20 menciona, correctamente, el río en su quebrada. *Matrimonio con Roxana*: Arr. 4, 19, 5 no es cronológicamente preciso; Estr. 11, 517 fecha la boda a partir de la roca de Sisimitres; Curc. 8, 4, 21 un poco después; los alimentos de Sisimitres (Curc. 8, 4,18 s.) son el preludio esencial a este banquete de bodas. Curc. 8, 4, 21 (enmienda el manuscrito para Oxiartes) implica que de regreso visitó a Oxiartes; probablemente la boda se sitúa aquí (a partir de Arr. 4, 21, 10). Plut. 47, 2 y Curc. 8, 4, 23 hablan específicamente de amor en el banquete; Arr. 4, 19, 5 (quien cita a Ptolomeo, a Aristóbulo y opiniones contemporáneas) insiste en el amor; Plutarco y Arriano aprueban la continencia de Alejandro (¿un tema de Aristóbulo?). Quinto Curcio no explica que Roxana ya había sido una cautiva; Arriano confunde la secuencia cronológica, por lo que el amor a primera vista parece incluso más plausible. *Costumbre nupcial*: M. Renard & J. Serváis, *AC* (1955), p. 29

no dan ningún argumento válido contra la observación de esta costumbre por Von Schwarz en el Turquestán; Curc. 8, 4, 27 es meramente una conjetura que ignora a Quinto Curcio. *Tintura*: Luc., *Im*. 7; Plin. 35, 34 para la fecha contemporánea de Etión, por lo que el estilo apasionado del cuadro refleja la historia de amor de los propios oficiales de Alejandro. *Oxiartes y Artabazo*: Arr. 3, 28, 10 (Oxiartes y Beso). Arr. 4, 17, 3 y Curc. 8, 1, 10 (nombramiento de Clito) fecha la renuncia de Artabazo unos meses antes del matrimonio de Roxana, por lo que es difícil que ambos estén relacionados; no obstante, Barsine había concebido a Heracles por la época de la boda de Alejandro, de manera que el asunto de Roxana debió de ser un desaire (DS 20, 20, 1 para la fecha de nacimiento del niño); sin embargo, obsérvese que Berve, s. v. «Cofen», resulta satisfactorio, por lo que una ruptura con Artabazo no se encuentra en ningún testimonio. *Sucesores o Epígonos*: Plut. 47, 6; Curc. 8, 5, 1 (importante). *Posible quiliarca*: lo razono del siguiente modo: Hefestión y Clito habían sido nombrados hiparcas en 330; en invierno de 329-328, creo que se nombraron más hiparcas, mientras que a Clito se le ofreció la Bactriana. Hefestión necesitaba un nuevo cargo, porque también él había sido ya un hiparca; en 327, la orientalización de Alejandro había dado su primer y último giro entre 330 y 324; sugiero que Hefestión se convirtió en quiliarca entonces, especialmente cuando Alejandro se estaba casando con una mujer y arriesgándose a provocar el resentimiento de su amor más antiguo. Para el cargo, que adoptó varias formas, sin que ninguna se distinga claramente por el término griego, sin contar a los lexicógrafos y las fuentes posteriores tan malas como El., *V. H*. 1, 21; cf. Arr. 3, 23, 3; Nep. 2 para su forma más elevada, aunque un ejército menor y los oficiales de la corte también podían denominarse «comandante de un millar»: Arr. 1, 22, 7.

NOTAS AL CAPÍTULO 23

Proskynesis: J. Horst, *Proskynein* (1932) recoge los testimonios griegos; Feodora, princesa de Sachsen-Meiningen, trata de este tema extraordinariamente bien en *Geschichte der Hunnen* (1963, ed. Franz Altheim), vol. 2, pp. 125 ss.; sin embargo, su argumento lingüístico falla a la vista de Calíst. F31, pues las olas no pueden soplar besos y, evidentemente, en la época de Calístenes (o en la de quien lo cita), la palabra *proskynein* podía utilizarse también en un sentido más amplio. Herzfeld y otros han interpretado que la escena de la audiencia, en Persépolis, representa al mayordomo medo protegiendo su respiración del Fuego Sagrado; esto es absurdo, pues los quemadores que hay junto a él pueden ser para incienso, sin ser de carácter sagrado, y los nobles en la tumba de Artajerjes realizan el mismo gesto sin que haya cerca un quemador. La visión más plausible, según la cual la mano indica que el medo está hablando, es puesta en entredicho por una reproducción muy curiosa de la escena que

hay en la parte interior de un escudo en el sarcófago de Alejandro, la cual aparece en la fotografía del excelente libro de V. von Graeve, *Alexandersarkophag* (1970), p. 7. Aquí la mano está sin duda tributando la *proskynesis*; cf. el jinete en la alfombra Pazyryk, actualmente en el Hermitage (siglo v a.C.). E. J. Bickermann, *PP* (1963), pp. 2141 ss. es otro buen estudio; Hamilton, *HCPA*, pp. 150-151 ha omitido este punto y no conoce la obra citada más arriba; para el contexto, B. Meissner, *Berlín Akad*. (1934), pp. 2 ss., y para las diferencias sasánidas, W. Sundermann, *Mitteilungen der lnst. für Orientfor*. (1964), p. 275. J.P.V.D. Balsdon, *History* (1950), pp. 363 ss. también es valioso, aunque la nota 48 sobre el curioso complejo del padre que tenía Alejandro cita mal el testimonio. Que los griegos creían que los persas tributaban la *proskynesis* a su rey porque era un dios (cf. «Jerjes, el Zeus de los persas», en el extravagante Gorgias, *apud* Longino 3, 2) está implícito en Isócr., Pan. 151 y afirmado en Curc. 8, 5, 11, ambos muy poco dignos de confianza. Jen., *An*. 3, 2, 13 no demuestra nada; Arist., *Mund*. p. 398, 22 (Bekker) no se debe tener en cuenta; los griegos se quejaban de que la *proskynesis* era esclavizante (Jen., *Hell*. 4, 1, 35; Plut., *Them*. 27, 4), *no sacrilega*: cf. R. W. Frye, *Irán. Ant*. (1972), p. 102 para la continuidad de la costumbre. *Embajadores griegos*: Hdt. 7, 136; Plut., *Them*. 27-28. Nep., *Con*. 3, 3 y, sobre todo, Plut., *Artax*. 22, 8 (donde *kypsas* descarta la postración) no son pruebas de que esta postración fuera una práctica estándar, sólo que el rey pensaba que los enviados griegos eran tan abyectos que a veces, cuando acudían como prisioneros o suplicantes, los obligaba ponerse a gatas. ¡La broma en Arr. 4, 12, 2 consistía en que el persa lo exageraba! *Elefante*: Arist., *H. A.* 498a 9, mejora las visiones de otros: cf. G. A. 709a 10; *H. A.* 630b, y El., *N. A.* 13, 22, 1. *Reina persa*: Arr. 2, 12, 6. *Fuentes*: Arr. 4, 10, 5 s. es completamente desechable e incluso poco probable que derive de un peripatético (y esto tampoco le otorgaría mucho valor, ¿verdad?). Arr. 4, 14, 2 es muy diferente de la visión de Aristóteles en *Rhet*. 1361a 36 (un honor bárbaro, ni más ni menos). Curc. 8, 5, 13 s. compártela misma estructura: un discurso a favor, un discurso en contra de Calístenes, un veto a la práctica, una burla de los persas. Sin embargo, las opiniones y el estilo no son similares a los de Arriano: Arr. 4, 10, 3 y 14, 3-4 son una prueba de lo mucho que había leído Arriano sobre este punto, y puede que él mismo compusiera en buena medida los discursos (¡Arr. 4, 11, 9 saca a colación a Jenofonte!). Sin duda, los paralelismos más cercanos son romanos de la época imperial: Ps.-Calíst. 2, 22, carta de Claudio a los alejandrinos y la propuesta de Cime a Labeón; cf. M. Charlesworth, *PBSR* (1939), pp. 1 ss. Cares en Plut. 54, 4 y Arr. 4, 12, 3 están en lo cierto, a lo que se suma L.R. Farnell, *JHS* (1929), pp. 79 ss.; es cierto que sabemos que una *eskhara* había sostenido el Fuego Sagrado en las procesiones (Jen., *Cyr*. 8, 3, 12), pero es una moda alemana ver este tipo de fuego en la mención que se hace aquí de bestia. *Actitud de Calístenes*: F23, 24, 42 y 50 para su helenismo; T21 es importante, cf.

T20; F31 está probablemente bastante cerca de sus propias palabras. Just. 12, 6,17; Curc. 8, 8, 22 (como consuelo). *Anaxarco*: Berve, s. v., con testimonios completos. Contra el sesgo de Clearco *apud* Aten. 548b (importante), cf. El., *V.H*. 9, 37; Timón F58; Filodemo, *De vitiis* 4, 5, 6 es muy interesante; cf. quizás Arr. 4, 10, 6-7 para el sentimiento; con 4, 11, 6, cf. 4, 9, 7. *Vino de Calístenes*: T12. *Su discurso*: Hermipo *apud* Plut. 54, 1 (dudoso, pues Hermipo estaba muy unido al peripatético). *Burla de los persas*: Arr. 4, 12, 2; Curc. 8, 5, 22; Plut. 74, cada uno de un oficial diferente. Sólo Curc. 8, 5, 20 y Plut. 53, 1 señalan a los más ancianos como especialmente hostiles, pero ambos pasajes son tendenciosos. *Tenacidad de Crátero*: cf. Plut., *Eum*. 6, 2. *Omisión de la proskynesis*: Sólo en la falsa versión de Arr., Just. 12, 7 y Curc. 8, 5, 21 se plantea que se omitió la *proskynesis*; Arr. 4, 14, 2 (aunque falso) implica una tradición diferente. El relato de Cares no dice nada en absoluto. DS 18, 61,1 demuestra que los macedonios se la tributaron postumamente a Alejandro como a un dios; no es inconcebible que Ptolomeo y Aristóbulo no dijeran nada, puesto que el incidente era insignificante, excepto para los seguidores de Calístenes. Pero su silencio (de ahí que Arriano no se refiera a ellos) puede haber sido cuidadosamente calculado. *Complot de los pajes*: Arr. 4, 12, 7; 13, 5; 14,1 demuestra lo mucho que había leído de Arriano sobre este tema. Sin embargo, la cercana y exacta similitud de Arr. 4, 13 con Curc. 8, 6, 1-23 sugiere que utilizaron una fuente común; Arr. 4, 13, 4; 13, 7 difiere trivialmente de Curc. 8, 6, 9; 6, 20. Ala vista de Arr. 4, 13, 5 = 8, 6, 16, esta fuente puede muy bien ser Aristóbulo, desde el principio hasta el final. Curc. 8, 6, 11 es la única pista para las fechas posteriores a la *proskynesis*: Estr. 11, 11, 4 da al pueblo el nombre de Cariatas, un nombre del que se puede seguir el rastro cerca del Oxo. *Costumbre de cazar de los persas*: Ctesias 688 F40; Jen., *Cyr*. 1, 4, 14; Plut., *Mor*. 173d. *Protestas*: Curc. 8, 7 s. recoge el falso Arr. 14, 2. En 8, 7, 2, ¡Sópolis de hecho se había ido a casa! (Arr. 4, 18, 3). *Padres*: Sópolis (Arr. 4, 18, 3) y Asclepiodoro (Arr. 4, 7, 2, con el participio de pasado en 4, 13, 4). Caricles puede ser hijo de un sátrapa leal de Lidia, pero para otro Menandro véase Plut. 57, 3. *Papel de Calístenes*: Arr. 4, 12, 7 implica dos puntos separados, Calístenes como cómplice y Calístenes como instigador. Sabemos que Ptolomeo y Aristóbulo afirmaron la complicidad de Calístenes (Arr. 4, 14, 1; cf. Curc. 8, 6, 24; Plut. 55, 4); esto era una variante de la historia (Arr. 4, 12, 7). Curc. 8, 8, 20 afirma que Calístenes era totalmente inocente (cf. «algunos» en Arr. 4,14,1), aunque sugiere una cierta implicación como instigador (8, 6, 24). *Carta de Alejandro*: si Hamilton puede deducir la ausencia de destinatarios a partir de Arr. 4, 22, con Curc. 8, 5, 2 y 22, en 1961, una falsificación del siglo III podría haberlo hecho mucho más fácilmente teniendo las historias originales, y no la desigual narración de Arriano. No consigo ver cómo se conservaría esta carta ni por qué Alejandro debería haberla escrito de un modo tan claro. Plut. 55, 6 dice: «Nadie conocía los planes de los pajes»; ¿no es esto

contradictorio respecto a la instigación de Calístenes? *Comentario de Anaxarco*: *Diels*, *Vorsokr*. 2, p. 239 (de Sobre la realeza). *Carta a Antípatro*: Plut. 55, 7, como si en vida de Calístenes sólo contara la acción retrasada de su muerte (¿apologética y, por tanto, falsa?). *Su muerte*: Arr. 4, 14, 3; Cares *apud* Plut. 55,9 (*Malloi Oxydrakai*, ¿puede ser un desliz del propio Plutarco?); Just. 15, 3, 3-7.

NOTAS AL CAPÍTULO 24

Mercaderes de la India: Aristób. F20 y cf. el comercio de bedelio, Teof., H. P. 9, 1, 2 y Plin. 12, 35. *Leyendas indias*: J.W. McCrindle, *Invasión of India by Alexander* (1896) es un buen manual para las fuentes;Ctesias 688 F45;Nearco F8,11 y17-20, y Betón 119 F4; E.J. Bickermann, *CPh* (1952), pp. 65 ss. es magnífico; cf. O. Murray, *CQ* (1972), pp. 200 s. *Heracles y Dioniso*: A. Dahlquist, *Megasthenes and Ind. Relig*. (1962) recoge muchos testimonios y presenta conclusiones equivocadas. La «fecha» en Megástenes *apud* Arr., *Ind*. 9, 9. El énfasis constante en la «antigua independencia» de la India y la ausencia de cualquier mención del precedente persa es interesante. *Heracles*: Berve, n° 353, a pesar de la voluntad de Tarn de no creerlo. *Alejandro y los reyes*: Plut. 4. *Ejército*: véase mi estudio de próxima aparición. *Sátrapas*: Arr. 4, 22, 5 y Berve 1, p. 276 (mapa de los sátrapas). *Sasigupta*: Berve, s. v. «Sisicoto», n. 707. *Nicea*: A. Foucher, *CRAI* (1939), pp. 435 s. *Ejército indio*: véase B.K. Majumdar, *Milit. Syst. in Anc. India* (1960). *Elefantes*: P. Armandi, *Hist. Mil. des Éléphants* (1843); H. Bonitz, *Index Aristotelicus* (1961), s. v. «Elefante»; H.F. Osborn, *Proboscoidea* (1936-1942), vols. 1-2 y R. Carrington, *Eléphants* (1958); un amplio tema, y también P. Goukowsky, *BCH* (1972), pp. 473 ss. sobre las *howdahs*. *Ruta de Alejandro*: Estr. 15, 1, 26 para su lógica; O. Caroe, *The Pathans* (1958), pp. 45 ss. mejora los puntos de vista de Stein. Las excavaciones de Swat por los italianos, referidas en East and West, no pueden relacionarse con el lugar o la fecha. *Peucelaotis*: M. Wheeler, *Charsada* (1962), establece un vínculo con Alejandro. *Nisa*: Arr. 5, 1-2; Curc. 8, 10, 7= DS, prol. = Clit.; Plut. 58, 6. *Kafirs*: E.T. Schuyler-Jones, *Annotated Bibliog. Of Nuristan* (1966) está lleno de cosas interesantes; G. Robertson, *Kafirs ofthe Hindu Kush* (1896); Eric Newby, *A Short Walk in the Hindu Kush* (1972, 2ª ed.) es el libro más deleitable al que remiten estas notas; K. Jettmar, *Proc. Amer. Philos. Soc*. (1961), pp. 79 ss. se ocupa del culto a la cabra montés y la danza extática de las mujeres (¿Bacantes?); cf. Robertson, p. 384; G.M. Grierson, *JRAS* (1900), pp. 501 ss. sobre la lengua kafir; F. Maraini, *Where Four Worlds Meet* (1964) para la religión kafir. *Meru*: Polien. 1, 1, 2; Curc. 8, 10, 12; Arr. 5, 1, 6. Cf. D.C. Sircar, *Ind. Stud. Past and Pres*. (1967) pp. 233 s. *Ataúdes*: Curc. 8, 10, 8. *Pir-Sar*: A. Stein, *On Alexander's Track to thelndus* (1929), especialmente pp. 100-159, es una obra maestra; cf. R. Fazy, *Mélanges Ch. Gilliard*

(1944), pp. 7 ss. *Mito de Heracles*: se dice que alentó a Alejandro (Arr. 4, 28, 4) a pesar crédito a Eumenes (enemigo de Ptolomeo) con actos heroicos que Arr.-Ptol. 4, 29, 1 limita a Ptolomeo. *Taxila*: Sir John Marshall, *Taxila*, vols. 1-3 (1951) y M. Wheeler, *Flames over Persepolis*, pp. 112-115; cf. la inscripción aramea encontrada en este lugar, de fecha incierta (¿seléucida?), por Cowley y Barnett, *JRAS* (1915), p. 340. *Costumbres indias*: Nearco Fu, 28; Aristób. F42; Onesícr. F5. *Gimnosofistas*: Onesícr. F17; Aristób. F41; Nearco F23; Arr. 7, 2, 2 s. se basa en Megástenes, no en Onesícrito (cf. 5, 15, 1). Plut. 65, 3 demuestra que el capítulo es un pastiche (contra Hamilton, *HCPA*, p. 180). Sólo Megástenes menciona el tema del «hijo de Zeus», no el contemporáneo; la drástica enmienda de J. Enoch Powell (*JHS*, 1939, p. 238) para Plut. 65, 2 ni tiene sentido ni es necesaria. U. Wilcken, *Sitzb. Berl. Akad*. (1923), pp. 161 ss. argumenta erróneamente que Aristób. F23 refuta todo el relato de Onesícrito. Su leyenda: Arr. 7, 1, 5 s., y el nuevo papiro de V. Martin y P. Photiades, *RhM* (1959), PP. 77~139; a pesar de J.D.M. Derrett, *C & M* (1960), pp. 64 ss., no creo que sea una obra perdida de Arriano. P. Pfister, *Hermes* (1941), pp. 143 ss. sobre la leyenda de los gimnosofistas; cf. J.D.M. Derrett, *ZRGG* (1967), pp. 33 ss., el mejor relato con diferencia del *Milindapanha* y su vinculación con el *Román d’Alexandre*.

NOTAS AL CAPÍTULO 25

Recompensa de Poro: Curc. 8, 12, 18; Estr. 15, 1, 28. *Nuevas ciudades*: M. Wheeler, *Flames over Persepolis* (1968), pp. 98-118 con nuevos testimonios. *Lugar de la batalla*: incierto, pero por mi parte prefiero A. Stein, *Arch. Reconn. in N. W. India* (1937), pp-1-36.*Batalla*: Arr. 5, 9-19; Curc. 8, 13-14; DS 87-89 (débil); Plut. 60 cita la propia carta de Alejandro, de la que sospecho profundamente; Plut. 60, 2 calcula el tiempo de la batalla (cf. Curc. 8, 14, 28), pero todos los demás detalles de la carta corresponden a Arriano, excepto a la absurdidad de los macedonios estupefactos (Plut. 60, 2) que, pese a Hamilton, *HCPA*, pp. 163 ss., seguramente la condena. Ptolomeo es dejado de lado en Curc. 8, 13, 23 y 27; no así en Arriano (y cf. Curc. 8, 14, 15). Curc. 8, 14, 5 nombra a Pérdicas; Ptol.-Arr. 5, 15, 1 ¿lo omite deliberadamente? En mi opinión, Ptolomeo-Arriano nunca menciona a los Compañeros de a Pie en la batalla (frente a DS 88, 2; Curc. 8, 14, 16 sobre sus sarisas contra los elefantes). En Arr. 5, 12, 2, creo que las brigadas de Clito y Ceno son hiparquías (cf. Arr. 5, 16, 3; y poco después, Arr. 5, 22, 6), y sospecho que Arriano ha confundido estos dos antiguos Comandantes de a Pie con sus antiguas unidades; Arr. 5, 13, 4 no menciona a Compañeros de a Pie en el frente de la infantería (falange sólo significa aquí «línea de batalla», al igual que muchas otras veces); Arr. 5, 14, 1 menciona a seis mil hombres de infantería (cf. 5, 18, 3), y a tres mil hipaspistas, mil agríanos y de dos mil a tres mil arqueros que inventa por su cuenta (Arr. 5, 12, 2; cf.

sus tres comandantes en 5, 16,3); Arr. 5, 13, 4 implica que Alejandro tenía más hiparquías que las tres de 5, 12, 2 para escoger. Sugiero que tomó también las de Clito y Ceno, y que ya no eran líderes de la falange, aunque Arriano los confundió bajo la palabra neutral *taxis*. *Carga de Ceno*: contra la derecha del enemigo (Arr. 5, 16, 3); Curc. 8, 14, 18 está confundido. *Armas-elefante*: Curc. 8, 14, 29. Para Poro, cf. Berve, s. v., n.° 683. *Bucéfalo*: sello de piedra en A.D.H. Bivar, *Journ. Num. Soc. Ind*. (1961), pp. 314-316, y O. Rubensohn, *Hellenistisches Silbergerät in antiken gipsabgussen* (1911), pp. 45-46 y pl. 6; E.T. Newell, *E. Seleucid Mints* (1938), en especial p. 239 y pl. 51; E. Babelon, *Les monnaies des Rois de Syrie* (1890), introd., pp. 18-25; Ap., *Syr*. 56; Malalas, p. 202 (ed. Bonn); Suda, s. v. «Bucéfalo» (texto enmendado). *Marco Polo*: A. Ricci, *Travels of Marco Polo* (1939), p. 57. *Medallón de Alejandro*: cf. también W. B. Kaiser, *JDAI* (1962), pp. 227 ss. *César*: DC 37, 54, 2;Plin. 8, 155 y S. Weinstock, *Divus julius* (1972), pp. 86-87.

NOTAS AL CAPÍTULO 26

F. Schachermeyer, *Innsbruck. Beitr. zur Kulturgesch*. (1955), pp. 123-135 (reimpreso en G.T. Griffith, *Main Problems*) es debidamente indulgente con los objetivos de Alejandro. *Sacrificios*: Curc. 9, 1, 1; DS 89, 3. *Clima*: Ctesias F45: cf. Arr. 5, 10, 1, para el conocimiento de Alejandro. *Madera*: DS 89, 4 = Curc. 9, 1, 4 = Estr. 15, 1, 29 = Clit., Onesícr. *Planes*: Nearco (*apud* Estr.) F20; Arr. 6, 1, 2; sus citas no concuerdan; Teof., *H. P 8*, 4, 5 (¿es posible que estos *pissatoi* desconocidos sean indios?). *Baniano*: Onesícrito y Aristóbulo en Estr. 15, 21-24: Teof., *H. P* 4, 4, 4-5; El., *H. A*. 5, 21 sobre los pavos reales de Alejandro (Curc. 9, 1) es muy gracioso. *Lluvias*: Aristóbulo y Nearco en Estr. 15, 1, 17-18: cf. *Ind*. 6, 5. *Serpientes*: Nearco Fiob; *Ind*. 15, 11; Aristób. F38; Onesícr. F16 y 22. La *Anábasis* de Amano es imperdonablemente sosa, omitiendo de entrada todos estos detalles. *Chenab*: Ptol. apud Arr. 5, 20, 8. *Misión de Poro*: Arr. 5, 21, 2. *Bajas indias*: Arr. 5, 24, 5 .*Reino de la Prosperidad*: S. Levi,JA (1890), pp. 234-240; Onesícr. Fu. *Perros*: Aristób. F38, 40 (cf. Estr. 15, 1, 31). *Refuerzos*: DS 95, 3; Curc. 9, 3, 21. *Ceilán*: Onesícr. F12 y 13. *Fegeo*: DS 93, 2 = Curc. 9, 2, 1-7;Plut. 62. *Magadha*: véase *Camb. Hist. Ind*. pp. 279 ss.; K.A.N. Sastri, *A History ofS. India from Prehist. Times…* (Oxford 1966), pp. 82 ss. *Ksandrames*: contra *Camb. Hist. Ind*., el nombre se deriva mejor de *Augrasainya*, hijo de Ugrasena (B. Prakash, *Stud. in Ind. Hist. and Civ*. [1962], pp. 104 ss. demuestra el vínculo con la dinastía de Magadha, por otro lado atestiguada en fuentes budistas). *Paisaje*: Arr. 5, 25, 1 conoce una tierra fértil al otro lado del Beas (¡cf. El., *H. A*. 15, 7!); DS 93, 2 (Curc. 9, 2) se refiere a una tierra desértica «al otro lado del río Indo», es decir, el desierto de Thar. D. Kienast, *History* (1965), pp. 184 ss. desea enmendar este «Indo» también para el Beas, y, por tanto, critica la geografía de

Clitarco. Sin embargo, Alejandro pudo, en efecto, haber preguntado también acerca del Indo; cf. Estr. 15, 1, 26 y 32 para este (inicial) conocimiento del desierto de Thar, adquirido quizá gracias a Fegeo en esta ocasión. Puesto que Alejandro pudo haber ido mucho más allá del Beas de lo que cree Kienast (Estr. 15, 1, 32 no excluye esto), el desierto de Thar pudo, en efecto, haberse encontrado cerca del sur (desconocemos cómo eran los ríos y la geografía esteparia del área en 326 a.C.). Sin duda el alejandrino Clitarco (que escribió unos veinticinco años antes que Megástenes) no se inventó esta referencia directa a Ksandrames, y, tanto si su geografía es un desliz como si no, el alto mando de Alejandro conocía la verdad al otro lado del Beas (cf. Arr. 5, 25, 1). *Ganges*: Policlito F10; Arr. 5, 26, 2; DS 18, 6, 2 no son descartables, sobre todo porque un camino real con mojones discurre desde Taxila hasta Palimbothra (Plin. 6, 61 s.). *Joyas en el río*: Plin. 37, 1-77. *Soborno*: DS 94, 3; Just. 12, 4, 11-12, ¡de nuevo omitido por Arriano! DS 94, 1-3 es excelente. *Motín*: Arr. 5, 28-29 (una vez más, Alejandro se enfurruña «durante dos días»); DS 95 = Curc. 9, 3,19 = Plut. 62, 7 = Just. 12, 8,16, y dudo que sea una mera leyenda. Filóstr., *V. Ap*. 2, 43 es interesante. *Dhana Nanda*: F.F. Schwarz, «*Die Griechen und die Maurya-Dynastie*», en F. Altheim, *Die Geschichte Mittelasiens im Altertum* (1970), pp. 267 ss. *Hijo de barbero*: B. Prakash, *Studies in Ind. Hist*., pp. 114 ss. y el *Jain Hermacandras Parisistaparvan* 6, 232 y 8, 2-3; para su papel, véase el *Visnupurana* 4, 24. *Sobre las cifras*: B.K. Majumdar, *Milit. Syst. in Anc. India* (1960) con paralelismos épicos; cf. S. Digby, *Warhorse and Elephant in the Delhi Sultanate* (1971), pp. 55 ss. para contrastar cifras. *Chandragupta*: Plut. 62, 9; *Mor*. 542d; B. Prakash, *Studies*, passim. Sobre Kautilya, los estudios son innumerables; véase U.N. *Goshal, Hist. oflnd. Pol*. (1966); H. Scharfe, *Unters. zur Staatsrechtl. des K*. (1968); Megástenes necesita un estudio; R.C. Majumdar, *Class. Accounts of India* (1960) y *JAOS* (1958), p. 273, (1960), p. 248 van en una mejor dirección que O. Stein, *Megastbenes und Kautil*. (S-B, Viena 1921). *Palimbothra*: L. A. Waddell, *Report on Excav. At Patna* (1903); M. Wheeler, *Flames over Persepolis* (1968); Megástenes, *FGH* 715 F18, 19 y 32; El., *H. A*. 13, 18.

NOTAS AL CAPÍTULO 27

Aborto de Roxana: *Epit. Mett*. 70. *Flota*: cf. *Ind*. 19-20 con los diferentes detalles y cifras de Arr. 6, 2, 3-4. Nearco da unas cifras relativas a la flota inferiores a las de Ptolomeo, y, respecto a la cantidad de ciento veinte mil hombres, véase mi estudio de próxima aparición. *Qurqurrus*: L. Casson, *Sbips and Seamanship in Ancient World* (1971), p. 163. El transporte de caballos por mar es, en sí mismo, una práctica que, por ejemplo, los normandos aprendieron de los árabes, y de este modo consiguieron embarcar a la caballería para cruzar el canal: *Dictionnaire des Antiquités*, s. v.

«Hipagogos» para los testimonios. ¡Uno se pregunta cómo los persas sasánidas llevaron caballos desde la India hasta Persia por mar! *Séquito del equipaje*: cita de Multan a partir de J. Dunlop, *M. D.* (1849). *Velas púrpuras*: Plin. 19, 22. *Malios*: Arr. 5, 22, 2 es importante en lo tocante a una enemistad previa. *Estilo de la campaña*: Arr. 6, 14, 2; 6, 20.1-2, cf. 6, 15, 1; 6, 6, 1 y en especial 6, 15, 7 yAristób. *apud* Arr. 7, 20, 1-2: restauración de la libertad y *autonomía*. Implica que las informaciones sobre el gobierno persa en el curso bajo del Indo eran escasas (Arr. 6, 14, 2, pero obsérvese el asombroso Curc. 9, 7, 14, que, en vista de los vínculos con Aracosia tratados por A. Foucher, *La vieille route* (1947), vol. 1, p. 209, puede no estar equivocado; cuantas más cosas sabemos de Aracosia, más debe tenerse en cuenta). *Atrocidades*: Arr. 5, 24, 3-5 para su existencia antes del motín. Los que se rindieron fueron tratados con clemencia (DS 96, 2, 3; Arr. 6, 4, 2; DS 102; Curc. 9, 8, 4-7), pero se ensañaron con quienes se resistieron: DS 96, 3; Curc. 9, 4, 5-6; Arr. 6, 6, 3; 6, 6, 5-6, 7; 6, 11, 1 y DS 99, 4. *Objetivos de Alejandro*: M.E.L. Mallowan, *Iran* (1965), p. 1; W.F. Leemans, For. *Trade in the Old Babylonian Period* (1958), pp. 159 ss. da de ellos una visión objetiva. Para Alejandría-Opiane, cf. E. Byz. y Arr. 6, 15, 2, con E. Byz., s. v. «Opias», que cita a Hecateo (F299) y (en última instancia) a Escílax; DS 102, 4; Curc. 9, 8, 8 probablemente se refiere también a esta Alejandría, cuya localización (bajo un nombre antiguo equivocado) es tratada por Maj.-Gen.; A. Cunningham, *Ancient Geography of India*, vol. 1 (1871), pp. 170 ss. *Dudas de los amotinados*: Arr. 6, 7, 6; Curc. 9, 4, 16. *Multan*: Arr. 6, 8, 4 (la «ciudad más grande») y su topografía apoyan su emplazamiento (Plut., *Mor*. 327b y 344c son mera retórica). *Rescatadores de Alejandro*: la omisión de Aristónoo por parte de Arriano (Curc. 9, 5, 15) es menos probable que se deba a la tendenciosidad de Ptolomeo, que el vilipendio de Pérdicas en Arr. 6, 9, el cual no se encuentra en ningún otro lugar. Pero se ajusta a la visión de la historia «personal» de Ptolomeo, cuya presencia gloriosa desmentía la historia de Clitarco; el desmentido no prueba cuál de ellos escribió primero. *Audacias previas*: véase Arr. 4, 3, 3; 26, 6; Curc. 4, 4, 10. *Teoría médica*: véase Galeno 4, 78-79; F. Steckerl, *Fragms. of Praxagoras* (1958), pp. 17 ss. F Lammert, *Gymnas*. (1953), pp. 1-7 sobre la herida. *Recuperación de Alejandro*: Arr. 6, 12-13. *Ofertas de paz*: Curc. 9, 7, 15; 9, 8, 1. *Proyectos de construcciones*: Arr. 6, 16, 7; 6, 17, 1; 17, 4; 18, 1, 18, 7; 20, 1; 6, 20, 5, es seguramente Quilinépolis, la Ciudad de Madera, de Onesícrito y Nearco F13. *Brahmanes*: DS 102, 5 es más breve y oscuro que el creíble Arr. 6, 15, 6, prueba de por qué era necesaria la severidad; cf. los «ochenta mil» asesinados en el reino de Sambo, Curc. 9, 8, 15 = DS 102, 6 = Clit., donde Arr. 6, 16, 4 es más sutil y más realista. Arriano-Ptolomeo lo omite (¿Clitarco?) elogiando el asunto de la curación de Ptolomeo: Curc. 9, 8, 25; DS 103, 6; Curc. 5, 15, 2 y 7. *Destacamento de Crátero*: Arr. 6, 15, 5, lo recoge de nuevo en Arr. 6, 17, 3 (a pesar del cargo de Crátero en 6, 15, 7). Es concebible que la

masacre de los brahmanes fuera omitida por Ptolomeo o Aristóbulo (o ambos), y que Arriano diera una nueva fuente para esto, regresando a Crátero (cf. Just. 12, 10, 1), donde lo deja. Pero puede que el desliz sea simplemente estilístico, como muchos de los míos. *Sacrificios en Pátala*: Arr. 6, 19, 4-5, ambos referentes al (distinto) orden de Amón. Para la marea, cf. Arr., P. 37-40. Nearco: *Ind*. 20, especialmente 20, 2 (cercano a *pothos*) y 20, 11. *Financiación*: Plut., *Eum*. 2.

NOTAS AL CAPÍTULO 28

La marcha a través del Makran ha sido brillantemente tratada en el único artículo actual destacable sobre Alejandro: H. Strasburger, *Hermes* (1952), pp. 456 ss., y su nota en *Hermes* (1954), p. 251. Estoy de acuerdo en que Arr. 6, 23 = Ptol.; Arr. 6, 24-25 = Estr. 15, 2, 6-7, 1 = Teof., *H. P*. 4, 4, 13 = Nearco. Sin embargo, *polloi* en Arr. 6, 24, 1 implica que Nearco no era la única fuente (¿original?) para ofrecer un relato claro. *Embajada de los gedrosios en 330*: Arr. 3, 28, 1, una fuente importante del «conocimiento» de Arriano. *Geografía*: actualmente se sabe que la costa se ha hundido bastante (cf. la inspección más reciente por el Pennsylv. Mus. Team, publicado en su boletín «Expedition» de 1962). Las ciudades del tercer milenio quizás implican una prehistoria más amable de lo que Strasburger (y Sven Hedin) cree: cf. *Antiquity* (1962), p. 86 (1964), p. 307 para los informes. Pero R.H. Raikes y E. Dyson en *Americ. Anthropologist* (1961) y (1963) argumentan, a partir de un estudio, que este temprano asentamiento no presupone un clima más suave; obsérvese, sin embargo, Estr. 15, 2, 3, donde el Makran es «menos atroz» que la India. El calor por sí solo no constituía su principal horror. *Alejandría-Rambacea*: Arr. 6, 21, 5; 22, 3 para su hallazgo; DS 104, 8 la sitúa «cerca» del mar; Arr., *P*. 37 tiene noticias de una ciudad-capital que se encuentra a siete días tierra adentro, en un río. E. Byz., s. v. «Alejandría» habla de una Alejandría de Makarene (Makran), en el río Maxates; probablemente estaba cerca de Coccala (*Ind*. 23, 5 para el encuentro de Leónato con la flota), quizás en el actual río Purali y, sin duda, en un emplazamiento antiguo. Hasta qué punto importaba más el comercio de las especias (Arr. 6, 22, 4) que el contexto que lo rodeaba (*P*. 37), no pretendo saberlo. El emplazamiento de la ciudad junto a Aracosia (Curc. 9, 10, 7) no es un error; bajo la administración persa (véase Darío Bisitun 47, y el hecho de que ninguna provincia se llamara Gedrosia), el Makran formaba parte de Aracosia (de ahí Arr. 3, 28, 1), una disposición que recuperó Alejandro tras la muerte de los sátrapas. *Escaramuzas*: el énfasis puesto en Ptolomeo en DS 104, 5 = Curc. 9, 10, 7 = Clit. se omite a partir de Ptolomeo-Arriano; cf. el muy interesante DS 103, 6 = Curc. 9, 8, 21-28 = 5, 15, 2 y 7, probablemente Clitarco; cf. P. Goukowsky, *REA* (1969), p. 320 (no es convincente). Deberíamos recordar también la fuente «pro-Ptolemaica» (¿Clitarco?) en DS 18. *Motivos para la*

marcha: Nearco en Arr. 6, 24, 2-4 (en demasiadas ocasiones mal traducido); Estr. 15, 2, 5 (obsérvese «ellos dicen»-¿Nearco y Clitarco?-); *Ind*. 20, 1; 32, 10 (importante). *Semíramis*: Curc. 7, 6, 20; 9, 6, 23 y W. Eilers, *Semiramis* (1971) para su leyenda. *Comercio marítimo*: H. Schiwek, *BJ* (1962), pp. 43-86, pesado, pero contiene mucha bibliografía sobre la ruta de Nearco. N. Pigulewskaya, *Byzanz auf den Wegen nach Indien* (1969) merece la pena. *Especias*: J.I. Miller, *The Spice Trade of the Román Empire* (1969) cita muchos testimonios, pero hay que usarlo críticamente. *Comercio marítimo persa*: *Dar. Susa inscrip*. 30-35. *Alejandro y el alto mando*: *autoi ge* en Arr. 6, 23, 1 es el único rastro de desacuerdo. *Suministros*: Arr. 6, 20, 5 y Curc. 9, 8, 29; no para la guarnición, sino para la *stratia* (expedición, pero en Arr. 6, 21, 3 = ejército de tierra, no la flota). Puede que algunas de estas provisiones fueran consumidas por Nearco mientras duraron los vientos adversos (en los dos primeros meses), pero *Ind*. 21, 13 implica que los hombres pasaron hambre desde muy pronto. *Muerte del sátrapa*: *Ind*. 23, 5; Arr. 6, 17, 1; llamarlo un inocente chivo expiatorio es una pura fantasía. *La victoria de sus soldados*: DS 106, 8 tergiversa Curc. 9, 10, 19, cuya fuente y orden está siguiendo; *Ind*. 23, 5 (cf. Arr. 7, 5, 5) es el propio informe de Nearco y obviamente es correcto (R.D. Milns, *Alexander the Great* [1968], p. 235 es absurdo). *Fuentes para la marcha*: Strasburger, pp. 478-486 es excelente. *Viaje de Nearco*: *Ind*. 21-35. *Sus barcos para el grano*: *kerkouroi* en 31, 3, 23, 3. *Canela*: J.I. Miller, *The Spice Trade*, pp. 154 s. *Camellos de rescate de Alejandro*: DS 105, 6; Curc. 9, 10, 17; Plut. 66, 3; Arr. 6, 27, 3 (la nota de C.B. Welles en su *Diodorus*, pp. 426-427, Loeb, es otra de sus meteduras de pata). *Kirman*: Estr. 15, 2, 14; Onesícr. F32. *Diversión tras el triunfo*: Arr. 6, 28, 2; las dudas son importantes (a diferencia de 5, 1, 2, no tenían dioses para aplacarlos; cf. la diversión en Arr. 5, 2, 7, increíble para él), pero probablemente no había leído a Clitarco, que apadrinó primero la historia. DS 106, 1 = Curc. 9, 10, 22 = Plut. 67, 1-3 = Clit.; aunque era un alejandrino (Jacoby T12). Clitarco quizás escribió antes de que el mito de Dioniso fuese plenamente adoptado por los Ptolomeos. *Resultados*: cf. A. Alföldi, *Rom. Mitt*. (1954), pp. 88 ss.; F. Pfister, *RE*, suppl. 4, 177 ss., s. v. «Epifanía» (muy minucioso); Calíxeno, *FGH* 627 F2; Val. Máx. 3, 6, 6; Plin. 33, 150; DC 77, 7, 1. El silencio de Ptolomeo y Aristóbulo no tiene trascendencia: ¿podría haber empezado todo esto a partir de una mera leyenda literaria? *Regreso de Nearco*: Ind. 33-36, en especial 35, 8. *Bagoas*: Dicearco *apud* Aten. 13, 603a-b. *Cifras de las pérdidas*: inciertas, pero Strasburger, pp. 486-487, está equivocado.

NOTAS AL CAPÍTULO 29

Consejo de Aristóteles: Mary Boyce, trad. *Letter of Tansar* (1968) pp. 27 ss.; Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. 4. *Descontento provincial*: el mapa en Berve, vol. 1, p.

276 es inestimable. *Bactriana*: Curc. 9, 7, donde sospecho que Berve, nº 27 y 29 son el mismo hombre. La elección de un rey no es compatible con la medida de ir a casa, quizás un intento minoritario (Curc. 9, 7, 11 es vago). *Revueltas iranias*: Berve, s. v. «Tiriespis» (cf. Proexes); Arr. 6, 27, 2 (India); Menón (con Arr. 6, 27, 3); Arr. 6, 29, 3 (¿cuántos socios?) Berve, s. v. «Autofrádates» (reunidos ya de nuevo en el invierno de 328-327: Arr. 4, 18, 2; Curt, 8, 3, 17 y el arresto eludido; *regnum affectasse suspectus*, al final fue llevado a Susa en 325-324 y merecidamente ejecutado; Curc. 10, 1, 40-42 es una buena advertencia contra la propia retórica de Quinto Curcio); Berve, s. v. «Astaspes» (cf. Ind. 36, 8-¿la causa o el efecto de su arresto?-; Plut. 68, 6 sugiere que fue la causa); Berve, s. v. «Orontes» y «Sabictas»; Zopirión (una marcha muy interesante: Just. 12, 2, 16; 37, 3, 2 sobre su alcance; Macrob., *Sat*. 1, 11, 33 sobre su dirección, recordando los objetivos de Alejandro en Arr. 4, 15, 6; obsérvese cómo Olbia era una aliada de la Mileto «libre», *GHI* 195). *Supuesto reinado del terror*: E. Badian, en *JHS* (1961), pp. 16 ss. ha inspirado libros enteros de divulgación a través de sus mordaces comentarios; por desgracia, no sólo en sus opiniones sino también en muchos puntos básicos sus testimonios están equivocados. Hace tiempo que se le debe una minuciosa refutación. En su lista de víctimas, Apolófanes (no un chivo expiatorio, sino explicable simplemente en términos de una revuelta nativa y los deficientes caminos del Este), Autofrádates (mencionado antes), Antípatro (incierto) y quizás Agatón deberían eliminarse, dejando ocho destituciones seguras, cinco iranios, cuatro de ellos gobernadores bajo el reinado de Darío. Las estadísticas para 331-328, cuando los arrestos se hicieron en la corte, son mucho más impresionantes; por entonces, Alejandro no se había visto frustrado en el Beas. (Podemos omitir a Maceo, Frasaortes y otros entre 331 y 327 que «murieron a tiempo».) La lista de Badian de las detenciones no tiene en cuenta la geografía (en el caso de Atrópates), los testimonios (Estasanor: Arr. 6, 29,1; *Peucestas*: llegó la víspera de la muerte de Alejandro), la posible calumnia en el panfleto del último banquete de Alejandro (¿estaban presentes los veinte oficiales o sólo fueron acusados de haber estado presentes?) e, incidentalmente, los testimonios en relación con los sátrapas ausentes que a menudo vivían en la corte en la época persa (un amplio tema, Driver, *Aramaic Documents*, passim sobre Arsames, y especialmente Jen., *Cyr*. 8, 6, 4-5). *Creciente severidad de Alejandro: Ind*. 36, 1-2 es interesante; Arr. 6, 27, 4 no demuestra nada; 6, 27, 5 es un comentario del propio Arriano; 7, 4, 3 recoge 6, 17, 4 y es relevante (pero ¿quién dijo *legetai*?). Aristóbulo en 7, 18, 1 es el mejor testimonio, pero, de nuevo, Alejandro estaba castigando, ¡no dando rienda suelta a su frustración! DS 106, 2 (obsérvese el término *misoponeria*; ¿estaba esta idea presente en Clitarco?) piensa que está plenamente justificado; no hay ninguna fuente original objetiva con la que «arrancar» ningún «velo de irrealidad», pues incluso Clitarco escribió un elogio y todas las demás fuentes decentes eran cortesanos. Hay sólo la

necia retórica del propio Curcio; cf. su tergiversación de los arrestos de Astaspes (deliberadamente mal fechados: Curc. 9, 10, 21 y 30), Autofrádates (mal interpretado) y Orxines (confuso, véase más abajo). Me gustaría saber más de Plut. 68, 7, el propio Alejandro atravesando a un sátrapa con una lanza, pero obsérvese Plut. 68, 3, la reivindicación de la purga de Alejandro. Personalmente, no veo que fuera más severo que en el momento de su entronización (aunque a las fuentes posteriores les gustaba enfatizar su cambio para peor, al estilo romano). Curc. 10, 9, 18 y DS 18, 37, 2; 19, 51 dan una amplia visión de esta breve purga. *Generales medos*: Berve, s. v. «Cleandro», «Sitalces el Tracio», «Agatón» (en una ocasión tracios) y «Heracón». Es de lo más extraño que Badian no incluya el asesinato en masa de seiscientos mercenarios, pero después tampoco se refiere a los cargos esgrimidos contra sus líderes. *Saqueo del templo*: Polib. 10, 27 es muy relevante; para la ofensa, cf. la muerte de Antíoco III en Persia, DS 28, 5. *Violación*: véanse las anécdotas en Plut. 22, 41 y *Mor*. 333a. *Disolución de los mercenarios*: cf. Escolios a Dem. 1, 19 para el precedente; DS 106, 2-3, aunque por motivos geográficos Kirman (¿enero-febrero de 324?) sugiere que esta orden se sitúa después (¿a causa?) la huida de Hárpalo (¿para quién más había reunido dinero para escapar?). Hárpalo huyó de Tarso (Teop. F253-254), no de Babilonia, que está absurdamente lejos como para arrastrar semejante tesoro. Debería haber alcanzado Atenas hacia el 22 de julio de 324; fue admitido por Filocles, cuyo cargo de general (tal como es descrito en Dinarco 3, 1) se sabe que había pasado a otro hombre en 324-323 (IG 22, 1631). Badian, p. 42 llega a la misma conclusión por una razón equivocada y añade un argumento extraordinariamente vago del *Delio* de Timocles. Yo diría que Hárpalo llegó en julio, como Nicanor; habría huido de Tarso en junio con sus seis mil mercenarios. En este caso, la orden de los mercenarios corresponde aproximadamente a mediados de verano de 324; aparentemente los hombres que estaban en las Alejandrías no se vieron afectados (DS 18 ,7, 1 s.; ¿eran también mercenarios o ciudadanos del reino?) y me pregunto si Cleómenes, por ejemplo, tuvo que entregar sus tropas. Ciertamente, muchos no serían griegos ¡por no hablar de los exiliados! *Pasárgarda*: Aristób. *apud* Arr. 6, 29; Estr. 15, 3, 7; F51. La «primera visita» a la línea 22 fue a principios de 330; la orden de reparación se dio en la segunda visita. Plut. 69, 3 nombra a Polímaco como culpable. Aristób. F51b, línea 27 insiste en que no fue obra del sátrapa; Curc. 10, 1, 27 s. es, de este modo, una majadería, pues si el sátrapa había sido acusado de desvalijar Pasárgada, el apologético Aristóbulo no habría refutado la acusación. De hecho, Orxines fue colgado en Persépolis por expoliar tumbas reales (H. Strasburger, *Gnomon* (1937)» p. 492 pregunta «¿qué tumbas reales, entonces?». Respuesta: todas las que estaban alrededor de la terraza de Persépolis, que actualmente todavía puede verse). Arr. 6, 30, 1 no excluye a Bagoas entre los acusadores. Curc. 10, 1, 37 s. ¡es sólo efectismo romano! *Susa*: Abulites y

Oxatres, Berve, s. v.; Ps.-Arist., *Oec*. 1353a da un contexto valioso; cf. *Ind*. 38, 9. *Iranios leales*: Berve, s. v. «Atrópates», «Fratafernes», «Artabazo», «Oxiartes». Realmente no sabemos que sus sustitutos fueran «personas insignificantes». Puede que todos ellos fueran príncipes: DS 19, 48, 1-2 es muy relevante en cuanto a sus méritos; para Arcón, sátrapa de Babilonia, cf. su prestigiosa inscripción en *BCH* (1959), pp. 158-166, fechada por J. Bosquet para referirse a una victoria en los juegos antes de 334. *Adivino de Babilonia*: Aristób. *apud* Arr. 7, 18. *Hárpalo*: Berve, s. v., con todos los testimonios. *Pórtico de Babilonia*: F. Wetzel & E. Schmidt, *Das Babyl. Der Spätzeit* (1957), pp. 24 ss.; Teop. 115 F255-257 Y 253-254, en especial 253, líneas 25 ss., un comentario fundamental. Berve incluye también todos los valiosos testimonios de poetas cómicos. DS 108, 4: no sabemos si Hárpalo era el tesorero jefe o uno entre muchos. Para Pitionice Afrodita, cf. Aten. 254a, 588c, 587b y Plut., *Amat*. 9 (Belestice) y el conjunto de testimonios para Arsínoe Afrodita. *Monedas de Tarso*: E.T. Newell, *Tarsos under Alex*., pp. 16-22, seguramente un rastro de Hárpalo. H. von Aulock, *JNG* (1964), p. 79 no afecta a esto. El cercano tesoro en Cinda es tratado por R.H. Simpson, *History* (1957), 503. *Hermanos de Hárpalo*: Berve, s. v. «Tauron», posiblemente «Filipo» y «Calas, hijo de Hárpalo», pueden ser pertinentes; simplemente no sabemos que Macatas, el padre de Hárpalo, fuera elimiota (véanse mis contraejemplos en el cap. 2), o que este vínculo con el elimiota Cleandro hubiera sido más importante de lo que, al parecer, fue para Ptolomeo, quien favoreció a Aristónoo, su compañero de Eordia, o para Crátero, que favoreció a Pérdicas, también oréstida, en medio del caos no tan distinto que se produjo cuando finalmente Alejandro murió. Los antiguos vecinos pueden odiarse los unos a los otros más violentamente que a los extranjeros. *Arresto de mensajeros*: si la primera «huida» de Hárpalo fue planeada (como yo creo) por espionaje, Plut. 41, 8 debe de referirse a la segunda. *Carta de Grecia*: Curc. 10, 1, 43, donde *Coeni* es seguramente un error muy tonto del manuscrito o un desliz de Curcio para *tou koinou* del original griego. *Exiliados*: DS 18, 56, 3, y sobre todo 4-5, son un buen recordatorio de que los exiliados no dejaron de ser exiliados en 336-334. Arcadia, de donde procede la única inscripción segura que se refiere al Decreto de los exiliados (*GHI* 202), apoyó a Agis en 332-331 y se opuso a Alejandro en 336-335. En cada caso, los hombres habrían sido exiliados; cf. DS 18, 56, 4, lo que implica que muchos exiliados fueron desterrados desde 334 al interior de Grecia. P.A. Brunt, *CQ* (1969), pp. 241 ss. hace de un total de veinte mil una cifra plausible: DS 18, 8, 5 es bastante explícito acerca de que todos los exiliados se habían reunido, sumando más de veinte mil (¡ninguna razón para «añadir a sus esposas y familias», con Badian!). *Decreto de los exiliados*: ¡no es relevante para la deificación de Alejandro o para sus mercenarios! Si Alejandro hubiese querido que los mercenarios que deambulaban se fueran a casa, habría promulgado un Decreto de los mercenarios; de hecho, nada da a entender que

estos mercenarios fueran mayoritariamente exiliados y no vagabundos hambrientos; que se sepa, había muy pocos que fueran griegos. Badian, pp. 25-40 confunde toda la cuestión; en este caso, sólo observo que, incluso hacia finales de 323, meramente ocho mil estaban esperando en el Ténaro, y, mucho después del Decreto de los exiliados, no mostraron el más leve signo de regresar «a casa» (DS 18, 9, 1 y 18, 21, 1 son probablemente sus vestigios); que sin duda no había «más mercenarios en el servicio persa que aquellos que había en Isos» (la referencia a Hammond, *Hist. Of Gr*., p. 665 es vacía); que sólo en el Gránico (donde Alejandro masacró a la mayoría de griegos disponibles para Darío) hubo algunos griegos mercenarios tachados de traidores, y que éstos fueron enviados a las minas de Macedonia, no castigados con el exilio (Arr. 1, 16, 6); que los pocos griegos mercenarios que se dejaron después de la masacre en el Gránico y la dispersión de Isos, o bien murieron en Gaugamela o se redujeron a 330, y, por lo que se sabe, no se envió a ninguno de ellos al exilio (Arr. 3, 24, 5). Podrían complicarse las cosas, pero los mercenarios y los exiliados no son en absoluto el mismo problema; supongo que el Decreto de los exiliados se aplicó sólo ala Liga griega (DS 111, difícilmente es «una macabra y vivida descripción», no refuta esto, como tampoco especifica que los hombres involucrados fueran exiliados griegos, en vez de carios, egipcios, etc. Al igual que 106, 2, imagino que esto es una mera hipérbole; DS 18, 8, 5 es decisivo para las cifras en cuestión, ¡como también para los que fueron atraídos por Agis!). Si la orden de disolución se sitúa después de la huida de Hárpalo, el Decreto de los exiliados puede que fuera remitido a Grecia antes de que ningún mercenario estuviera deambulando. *GHI* 202, líneas 9-16 demuestra que en Tegea, al menos, muchos exiliados que regresaron habían sido extremadamente ricos. Arcadia fue famosa por los mercenarios, pero en Tegea, el lugar donde hay la prueba más sólida del regreso de los exiliados, también tenemos noticia de levantamientos después de Agis (Curc. 6, 1, 20), un aspecto más relevante. Deberíamos tener muy en cuenta las masas de exiliados que fueron expulsados incluso antes de 338. *El Decreto*: E. Bickermann, *REA* (1940), pp. 25 ss. es la única disertación sobresaliente, señalando su legalidad (en teoría) y la recuperación táctica de *diagrammas* en 319 (DS 18, 56, 1 y 56, 3). No tengo nada que añadir a un artículo que debería haber resuelto el asunto. *Portador del decreto*: Berve, s. v. «Nicanor», nº 557. *Fecha*: R. Sealey, *CR* (1900), p. 185. *Calano*: Plut. 69, 6-70, 2 (la orgía); Arr. 7, 3; 18, 6; DS 106; Estr. 15, 717-718; Aten. 437a; El. *V. H*. 2, 41; Cic., *Div*. 1, 47; Val. Máx. 1, 8, ext. 10; Suda, s. v. «Cálano». *Bodas*: Cares F4 y Arr. 7, 4, 4-8. Sobre los puntos del estatuto, cf., por ejemplo, W.K. Lacey, *The Family in Classical Greece* (1968). El matrimonio de Dura —el testimonio es notable—: F. Cumont, *Fouilles de Dura* (1926), cap. 6, nº 62-67 y pp. 344-345. Estr. 14, 5, 25 es correcto desde el punto de vista cultural; cf. Estr. 17,1,12, donde seguramente *migades* sólo significa griegos de origen griego mixto, no greco-egipcios.

Deudas: Arr. 7, 5, donde 7, 5, 2, a mi entender, no se lee como una invención de Amano (a pesar de Arr., prol. 2), sino como un relato directo de las (supuestas) palabras de Alejandro. Sólo la monarquía persa hacía alarde de la verdad como una virtud de los gobernantes. Arr. 7, 5, 3 está de acuerdo, lo que es interesante, con Just. 12, 11, 2-3 para el importe; el preciso Plut. 70, 3, con Curc. 10, 2, 9-11 (cf. DS 109, 2), parece preferible. Arriano subraya que era una deuda (*khrea*) superior a la paga (Arr. 7, 5, 1); resulta creíble que a los soldados se les debiera dinero para su *trophe*, y que hubieran podido pedir prestado dinero para comprar, en lugar de que se les diera dinero oficialmente durante la campaña india. Sin embargo, los indios no utilizaban un tipo de moneda fácilmente equiparable y los cálculos griegos eran inexactos. *Epígonos*: Arr. 7, 6; Plut. 71, omitido por Quinto Curcio. *Pérdidas de los Compañeros*: al parecer, siete hiparquías o más se redujeron a cuatro hacia 324 (Arr. 7, 6, 4); ciertamente, Hefestión es nombrado en el otoño de 324 quiliarca, liderando una quiliarquía de caballería, pero no era necesario que fueran mil hombres, como tampoco que una deca macedonia fueran diez hombres, o una centuria romana cien. En cualquier caso, la unidad sólo es llamada así después de volverse a abastecer en Susa: no creo que el número de las hiparquías se hubiese reducido a la mitad, puesto que las fuerzas de cada una habían ascendido a mil antes de que apareciera el nombre de quiliarquía. No puedo esclarecer el texto de 7, 6, 4, si de hecho está viciado; cf. 7, 8, 3 para un uso similar de *alia gar*: me ocupo de las hiparquías en otra parte. *Pasitigris*: Arr. 7, 7 con Estr. 16, 1, 9. Cf. los mapas en G.B. Le Rider, *Suse* (1965). *Alejandría*: Plin. 6, 138-139 conj. Hansman, *IA* (1967), pp. 21-58 (no todo es convincente); E. Herzfeld, *The Persian Empire* (1968), p. 9, un punto brillante; cf. Isaías 22, 5. El nombre árabe Karkh Maisan podría significar «fortaleza», como también «carios». *Reunión en Opis*: un asunto sutil, desaprovechado en Curc. 10, 2, 12, que ni siquiera informó de la llegada de los Epígonos: no sabemos si Ptolomeo o Aristóbulo registraron esto; hay acuerdo en los grandes rasgos, quizá todos a través de Clitarco; el virulento discurso de Alejandro (DS 109, 2; Curc. 10, 2, 14; Plut. 71, 4; Arr. 7, 9; Just. 12, 11, 7; por supuesto, el actual discurso en Arriano es su propia interpretación a partir de retazos de amplias lecturas y sin un valor independiente, no más que el de Quinto Curcio), el arresto de los cabecillas (Arr. 7, 8, 3; Just. 12, 11, 8; Cure. 10, 2, 30 están de acuerdo en que fueron trece) o el enfurruñamiento que duró dos días (Arr. 7, 11, 1; Plut. 71, 7; muy sospechoso después de una espera similar en el Beas y después del asesinato de Clitarco). *Nombramientos persas*: DS 109, 3; Plut. 71, 4; Curc. 10, 2, 5;Just. 12, 12, 3 y Arr. 7, 11, 3, el texto decisivo para la existencia tanto de *asthetarioi* como de *pethetairoi*. *Rendición entre llantos*: DS 109, 3; Just. 12, 12, 6; Curc. 10, 3, 5; Plut. 71, 6-8; Arr. 7, 11. *Ocurrencia acerca de Amón*: Plut. 71, 3 tiene una variante que quizá desacredita a Arr. 7, 8, 3 =Just. 12, 11, 6. *Lugar del*

motín: Quinto Curcio es demasiado fragmentario para ser específico; también lo son Diodoro de Sicilia (a pesar de 110, 3) y Justino; Plut. 71 no da ninguna localización, excepto un lugar entre Susa (70) y Hamadán (72). Sin duda, el descontento empezó en Susa. *Banquete*: Arr. 7, 11, 8-9 con Plut. 70, 3 (en orden trastocado, pero da el interesante detalle del regalo de una copa de oro). Plutarco conoce el *logos* en Arr. 7, 11, 9. *Homonoia*: Dem. 14, 36; Isócr., *Philipp*. 39-40; *Pan*. 173-174, etc. Cf. E. Skard, *Zwei religios. polit. Begriffe* (1932), un estudio de lo más útil, especialmente acerca de las virtudes de Heracles ajustándose a Alejandro. DS 18, 4, 4-5 y *GHI* 201, línea 30 demuestran que Arr. 7, 11, 9 no es sólo una adaptación de Arriano: la palabra *homonoia*, aunque bastante vacía de contenido, estaba definitivamente en el aire. *Promesa a los niños*: Arr. 7, 12, 2; cf. 7, 8, 1 con Plut. 71, 10. *Ethelontai ede* en Arr. 7, 12, 1 dice mucho: la partida de los veteranos había sido planeada desde Arr. 6, 17, 3; en Opis, sus correligionarios macedonios protestaron diciendo que, si se enviaba a casa a algún macedonio, todos ellos se marcharían (Arr. 7, 8, 3; Plut. 71, 3; Just. 12, 11, 5; Curc. 10, 2, 12 olvida el detalle de los reemplazos persas). *Imitación del banquete de Alejandro*: DS 19, 22. *Alejandro y los métodos persas*: véase Estr. 2, 69 (*gazophylax*); 2, 1, 6 (archivo real). *Episkopoi* en 3, 22, 1 y 28, 4 son presumiblemente los antiguos «ojos del rey». Ataviados con la Púrpura en Plut., *Eum*. 8, 7. *Orígenes de la cultura griega*: no es un ideal anacrónico para verlo en Alejandro; cf. Isócr. 5, 154 (quizá como es limitado por S. Perlman, *History* [1967], p. 338) y DS 1, 28, 9 (que utiliza a Hecateo de Abdera, que escribió bajo Ptolomeo I: O. Murray, *JEA* (1970), pp. 141 ss., especialmente p. 152 para la fecha y su importancia). A. Diller, *Race mixture among the Greeks before Alexander* (1937) ofrece un contexto útil para comprender la disolución por parte de Alejandro de su clase gobernante helénica, así como la tenacidad de los cuerpos civiles griegos en el extranjero (puede que fuera diferente en el campo, debido a los pocos griegos que vivían allí). Fuera de la cora de Egipto, obsérvese la rareza de los matrimonios mixtos en los (hay que admitir que escasos) testimonios referentes a los «ciudadanos» griegos en Egipto; W. Peremans, *Vreemdelingen en Egyptenaren* (1937) todavía es el estudio más completo, con los juiciosos puntos de vista de V. Martin, *Actes du 8º Congrés Int. de Papyrol*. (1955), pp. 85-90, que disminuyen ampliamente las cifras. F. Chamoux, *Cyréne sous les Battiades*, pp. 215-225 hace hincapié en esto. Estr. 14, 5, 25 descarta firmemente cualquier cultura greco-bárbara; obsérvese el famoso caso del macedonio que se casó con una árabe y educó a sus hijos como griegos (a juzgar por sus nombres): DS 32, 10. Esto coincide con Arr. 7, 12, 2; obsérvese el dispuesto favor hacia los hijos bilingües de Artabazo (por ejemplo 7, 4, 6); las hijas de Darío sólo se casaron tras aprender griego (DS 67,1). Peucestas fue la única excepción (Arr. 7, 6, 3 sólo tiene sentido si era alguien único); Alejandro, a pesar de Bagoas, los Magos y las diademas, estaba sobre todo a favor de una cultura y una clase

helenizada. *Veteranos de más edad*: Arr. 7, 12, 6 (su condición); Just. 12, 12, 8 (valioso); para Poliperconte, cf. Curc. 8, 5, 22; Antígenes era un hombre de Filipo (Plut. 70, 5); Crátero (Plut., *Eum*. 6; Plut. 47; DS 18, 4, 1). *Antípatro*: obsérvese que las órdenes todavía se dirigían a él (Plut. 71, 8 y DS 18, 8, 4). En Arr. 7, 12, 7 (¿basado en las amplias lecturas de Arriano?) es decisivo el hecho de que todas las ideas siniestras sobre el futuro de Antípatro eran conjeturas, y, en consecuencia, todavía lo son. A Plut. 49, 14 le falta algún dato o precisión (no hay razón para fecharlo en 324-323 más que en 330 o cualquier otro año); Antípatro puede que se ganara a los etolios con un tratado en 332-330, con el fin de liberarse de Agis; cf. DS 18, 25, 5 para un tratado falso similar con ellos. No hay ningún otro signo (¡y todavía menos después de 323!) de una amistad íntima entre Etolia y Antípatro. *Regreso de los veteranos*: la presencia de Antígenes y los puntos aducidos porF. Schachermeyer, *Alex. In Bab*. (1970),pp. 14, nota 10, y 160, nota 147, implican que los veteranos Escudos Plateados partieron todos para casa; DS 18, 12; Arr. 7, 12, 1; DS 109, 1; Just. 12, 12, 7 todos calculan entre diez mil y once mil. Las cifras en DS 18, 16, 4 corresponden a los propios veteranos de Alejandro y a los reclutas de Crátero «sobre la marcha» (es decir, en 323/322). *Generales fallecidos*: sólo Demetrio (aparentemente) y Ceno, los hiparcas. *Escoltas*: Berve I, p. 27. *Camarilla de Pérdicas*: Alcetas y Átalo, hijo de Andrómeno, con su familia: sólo dos de los cuatro (?) seguían siendo generales de brigada de los Compañeros de a Pie. F. Schachermeyer, *Alex. in Bab*., pp. 13 ss. describe las alianzas de la corte en 323, pero hace demasiadas deducciones del comportamiento de los hombres después de la muerte de Alejandro, que lo cambió todo, especialmente las lealtades personales. *Aristandro*: El., *V. H*. 12, 64 (omitido por Berve). *Cenas de Alejandro*: Efipo 126 F2. *Odios*: Plut. 47; Arr. 7, 12, 7; Plut., *Eum*. 10 y 55 (Antípatro). *Bísitum*: DS 110, 5. La ruta en 110, 3-4 no deja de tener lógica, una vez que nos damos cuenta de que se refiere a su viaje desde Susa a *Spasinou Charax* (los pueblos carios), después a través de Sitacene (cf. Estr. 16, 1, 17); Sambana se remonta a Kampanda (el viejo nombre persa para el distrito de Bísitum); después, a los Celones (emplazamiento de los exiliados de Éritras, Hdt. 6, 119, ¡no beocios!), después a Bísitum. Los intervalos de los días están incompletos y el orden en la lista está desordenado, pero ciertamente este itinerario se remonta a un testigo ocular. *Campos de Nisa*: DS 110, 6, redondeado en Arr. 7, 13, 1. *Amazonas*: Arr. 7, 13, 2 con S. Runciman, *A History of the Crusades*, vol. 2, p. 262, n. 1; también Jen., *An*. 4, 4, 17. *Hamadán*: DS 110, 6 (¿influenciado por la fabulosa ciudad de Heródoto o por Deinón, a través de su hijo Clitarco?) es refutado por el lúcido Polib. 10, 27. *Comedia de Hárpalo*: Aten. 586d; 595e-596b con B. Snell, *Scenes from Greek Drama* (1964), pp. 99 s. y H. Lloyd Jones, *Gnomon* (1966), pp. 16 ss. *Hefestión*: Arr. 7, 14, basado en amplias lecturas; una crítica muy justa (obsérvese que la historia dada en la forma abreviada de Epicteto 2, 22, 17, es

repetida aquí con incredulidad). Arr. 7, 14, 8 omite el papel de Pérdicas (DS 110,8) pero, en este caso, esto puede ser debido al recorte de Arriano, no a la malicia de Ptolomeo. Plut., *Pel* 34,2 y El., *V. H.* y, 8 tienen las almenas desmanteladas; Polib. 10, 27 se refiere a Hamadán como una «ciudad sin murallas», lo que puede ser pertinente. *Cabellos cortados*: cf. Plut. 72, 3 con Hdt. 9, 24. Cf. también Plut., *Eum*. 2, 9-10; Polien. 4, 3, 31 (con el comentario de Plut. 72, 5). *León de Hamadán*: Al Masudi, *Les Prairies d'Or* 9, 21 (trad. francesa 1865), cuya probabilidad fue correctamente planteada por el profesor Luschey en una conferencia en Teherán, todavía sin publicar; el León de Queronea, el León de Anfípolis (para Nearco) e incluso tal vez los leones en las columnas de Asoka sugieren que este estilo fue introducido y difundido por los macedonios (que vivían entre leones de la montaña). *Augurio*: Aristób. en Arr. 7, 18; preferible a Plut. 73, 3-5.

NOTAS AL CAPÍTULO 31

Finanzas de Alejandro: DS 114, 4 (contribución al funeral por parte de los súbditos) con Plut., *Artax*. 23, 5; *Eum*. 2, 5 (otra contribución personal). F. Altheim & R. Stiehl, *Die Aram. Sprache unter den Achaimen*. (1963), vol. 1, pp. 109 ss. se ocupa plenamente de los testimonios; Just. 13, 1, 9 es el texto crucial, una medida de la imposibilidad de conjunto del tema. Si 30.000 talentos parecen una suma tan absurda para un tributo anual (y lo es), ¡entonces no podemos simplemente enmendarla y, al mismo tiempo, sostener la cifra de cinco mil para las reservas! *Generosidad de Alejandro*: véase Plut. 39 con Jen., *Cyr*. 8, 2, 7 sobre la generosidad tradicional del rey persa: cf. Plut. 69, 1. También Teop. F224 (¿tendencioso?) para la actitud de Filipo. *El tesorero Antímenes*: Berve, s. v. con Ps.-Arist., *Oec*. 1352b; 1353a. A. Andreades, *BCH* (1929), pp. 10-18. *Quiliarca*: J. Marquart, *Philolous, Supplem*. (1907), pp. 222 ss.; P. J. -Junge, *Klio* (1940), p. 13; E. Benveniste, *Titres et noms propres en Iranien* (1966), pp. 68 ss.; W. Fíinz, *Irán. Funde* (1968), pp. 63 ss., el punto de vista más razonable; F. Schachermeyer, *Alex. in Bab*., pp. 31 ss. *Éumenes*: Plut., *Eum*. 2, 4. *Pompa*: DS 18, 60, 5 (trono y cetro —18, 27, 1—); Phylarc. 81 F (cf. DS 17, 17, 4; Curc. 9, 7, 15); Polien. 4, 3, 24; Duris 76 F49 con Cares 125 F4 (la tienda de audiencias servía también para las bodas). *Paralelismos persas*: cf. A. Alföldi, *La Nouvelle Clio* (1950), pp. 537; también *Studies in Hon. of A. M. Friend* (1955), p. 50 para el elemento teatral y el precedente de Dioniso. *Deificación*: Teop. F253, líneas 27 s. son decisivas para los honores divinos tributados por los griegos en algunos lugares antes de 324 a.C. (las *timai* deberían ser las mismas que las ofrecidas a Pitionice, por el sentido de la frase; para *time* como honor divino, cf., por ejemplo, Plut., *Mor*. 804b). *Honores*: *GHI* 201, líneas 45 s. (restaurado de un modo verosímil). Estoy de acuerdo con Welles y Bickermann en fechar esto para 332; deberían

recordárselas monedas de Amón en *NC* (1962), p. 65, de Mitilene. F. Salviat, *BCH* (1958), pp. 193 ss. contiene juegos de cumpleaños en Tasos hacia 300 a.C. Ch. Habicht, *Gottmenschentum und Griechische Städte* (1970, 2ª ed.) incluye testimonios posteriores en pp. 17 ss. S. Weinstock, *HThR* (1957), p. 234 da argumentos convincentes para la estatua de Alejandro en divina procesión. Pienso que no hay que tener reparos en admitir esto durante la vida de Alejandro en, por ejemplo, la Asia griega; esto era lo que Teop. F253 quería decir. *Aristóteles*: *M. m*. 1208b, no es refutado por K. Latte, *Kleine Schriften*, p. 51 sobre la afición por las deidades locales. *Convertirse en Zeus*: Pd., *I*. 5, 14; *O*. 5, 56, cf. el testimonio (posterior) para el mito de Salmoneo; Apd. 1, 89; Hig., *Fab*. 61. *Pitágoras y Empédocles*: El., *V. H*. 2, 26; 4, 17; 12, 32; 13, 19; Empédocles 31b, 112n, 4 s. (Diels). *Eutimo*: Plin. 7, 152, que cita a Calimaco; Paus. 6, 6, 4-12; El., *V. H*. 8, 18; Estr. 6, 1, y, *Inschr. von Olymp*., nº 144, cf. el atleta de Tasos en J. Pouilloux, *Thasos*, vol. 1, pp. 62 ss. *Dión y Lisandro*: Habicht, pp. 1-16, con el nuevo y decisivo testimonio en *AA* (1965), p. 44. *Filipeo*: Paus. 5, 20, 9 con K. Scott, *TAPhA* (1931), pp. 101 ss., un valioso punto de vista no refutado del todo por P. Herrmann, *Istanb. Mitteil*. (1965), p. 87, n. 49. Cf. el Aminteo en Pidna (Escolios a Dem., *Ol*. 1,5; Aristides 1, 715d). También el Timoleonteo (Plut., *Tim*. 34; DS 19, 6, 4); ¿era póstumo el Mausoleo? *Consejo del panfleto*: Isócr., *Philipp*. 132, 137, 145 y especialmente *Epist*. 3, 5; cf. Hes., *Teof*. 96; Isócr., *Nic*. 3, 26; Arist., *Pol*. 1288a 15; *Nic*. 1145A 23; *Rhet*. 1361a. *Libertad y reyes divinos*: Habicht, pp. 160 ss. y A.D. Nock, *Papers pres. to F. C. Grant* (1951), pp. 127 ss. *Alejandro y Atenas*: E. Bickermann, *Athenae* (1963), p. 70 con los testimonios completos sobre este tema insoluble. Hip., *Epitaph*. 21 es un contexto demasiado altisonante para empezar a ser decisivo; ¡no sabemos lo que Hipérides quería decir con *ananke*! La tumba para la amante de Hárpalo en el Camino Sagrado podría ser relevante en relación con la ocurrencia sobre los «sirvientes como héroes». Sin embargo, la acusación de Démades sugiere, a mi entender, que algunos honores se repitieron en 324-323 (El., *V. H*. 5,12; *Aten*. 251b). Debería reflexionarse sobre Arr. 1, 1, 3; Arr. 7, 23, 2 no prueba nada. Para la posterior actitud de Atenas, cf. Plut., *Dem*. 10, 1 y DS 20, 46. *La supuesta «petición» de Alejandro*: EL, *V H*. 2, 19; Plut., *Mor*. 219c comparten la única fuente que se ha conservado sobre ello y, al igual que Hogarth (cf. J.P.V.D. Balsdon, *History* 1950, pp. 383 ss.) creo que es «una afirmación tan carente de valor que no merece el crédito de ningún historiador responsable». El hecho de que los enviados se ciñeran coronas (como los *theoroi*) en Arr. 7, 14, 6 (donde *dethen* es una ironía de Arriano, lo que no significa necesariamente que la comparación fuera falsa) puede implicar adoración por parte de los griegos, pero no dice nada acerca de las peticiones de Alejandro. *Su religiosidad*: Luc., *Sol*. 8 (¡obsérvese la carta de Éumenes!); Val. Máx. 7, 3, ext. 1 (cf. Suet., *Aug*. 96, 2). *Delfín*: Duris *apud* Aten. 13, 606; EL, *N. A*. 6, 15; Plin. 9, 8; Pólux 9, 84, demostrado,

a mi entender, por la moneda de Head, *Hist. Num*. 528. *Su credibilidad*: A. Heuss, *A & A* (1954), p. 65 (excelente); L. C. Ruggini, *Athenaeum* (1965), p. 3; D. Michel, *Latomus* (1967), p. 139. M. Simón, *Rech. d'hist. judéo-chrétienne* (1962); DS 18, 60-61 es básico. *Zapatos color azafrán*: A. Alföldi, *Studies in Hon. of A. M. Friend* (1955), pp. 60 ss.; M. Bieber, *Archaeol. Jahrb*. (1917), p. 21. *Rayo*: Plin. 35, 92; Plut. 4 y el Medallón de Poro. *Castor* y *Pólux*: Plin. 35, 93 con F. Cumont, *Le Symbolisme funéraire des Romains* (1942), pp. 64 ss. *Gema de Niso*: Furtwangler, *Antik. Gemm*., placa 32, 11. *Estatuas egipcias*: P. Perdrizet, Monum. Piot (1913), pp. 59 ss.; J. Bernouilli, *Erhalt. Darstell. des Alex*. (1905), p. 112. El retrato en cerámica vidriada y decorada descrita en *Bull. van der Antik. Besch*. (1965), p. 80 sugiere que se trataba de un cuenco para el culto como los que se usaban en el culto ptolemaico al gobernante. *Monedas de Apolo*: Kraay-Hirmer, placa 171. Cf. Mausolo y Ártemis como Heracles y Deméter en las monedas. *Alejandro y Dioniso*: A.D. Nock, *JHS* (1928), pp. 21 ss. sigue siendo definitivo, aunque a veces peca de cierto exceso de lógica. *Dioses distantes*: P. Merlán, *ZPhF* (1967), p. 485 es importante; cf. el Himno a Demetrio (Duris F14). *Efipo*: 126 F5. No tiene absolutamente ninguna relación con el Efipo de Arr. 3, 5, 2, ¡cuyo patronímico no debería ser enmendado para hacerlo más étnico! Kock, *CAF*, vol. 2, pp. 250 ss. me parece que es el mismo hombre (probablemente); su victoria en Atenas en la década de 360 (*IG* 22, 23, 25, 145) sitúa su nacimiento hacia 390, y aun cuando si sus F3 y 5 han sido atribuidos con demasiada precipitación a las acciones de Alejandro en 335, F14 (contra Platón) y F17 son sugestivos. Ateneo, hay que admitirlo, no lo especifica como «calcidio» cuando lo cita; sin embargo, no tengo inconveniente en suponer que el Efipo comicus escribiría también en prosa. *Atuendo divino*: O. Weinreich, *Menekrates Zeus und Salmoneus* (1933) es un estudio brillante con un amplio despliegue de notas. *Parrasio*: El., *V. H*. 9, 11; Plin. 35, 71; J. M. Edmonds, *Elegy and iambus*, n.º 3. *Clearco*: Just. 16, 5, 8; Suda, s. v.; Isócr., *Epist*. 7, 12; Memnón 434 F11; M. Wallisch, *Philologus* (1955), p. 250. *Menécrates*: Aten. 289c; Weinreich, passim y en especial pp. 92 ss. para fuentes en todo Isócrates. Para Nícocles, 32 es valioso para la cuestión del exceso real en el atuendo. *Pretensiones divinas en Macedonia*: no creo que los macedonios encontraran estos cultos repugnantes a escala nacional; simplemente las inscripciones son demasiado escasas hasta la fecha para probar su base, o de otro tipo, en Macedonia, donde por otro lado había pocas ciudades en la mayoría de las regiones. P. Perdrizet, *BCH* (18), p. 417 es un buen preludio; los lectores de J. Bekker, *De Suidae Excerpt. Histor*. (1916) no quedarán muy impresionados por el supuesto shock de Antípatro en la entrada de la Suda, elaborada tendenciosamente con pasajes seleccionados por un monje bizantino a partir de un epítome sobre Virtudes y Vicios. *Festivales sagrados*: Diodoro el Cómico *apud* Aten. 239b;Plut., *Dem*. 12; *Ant*. 24; W. Herzog, *Heilig. Gesetze von Kos*, n. 10 (*Ab. Berl.*

Ak. 1928). Más en A.B. Cook, *Zeus* 2, 1168 s.; A.D. Nock, *HThR* (1944), pp. 150 ss. F. Herter, *WS* (1966), p. 556 sobre DS 18, 61; cf. Teóc. 17, 18. Debería compararse el banquete de Zalmoxis en Tracia; Teop. F31 con F. Pfister, en *Studies pres. to D. M. Robinson*, pp. 1, 112 ss. Estas prácticas son las que explican las ocurrencias que aparecen en *Quereas* y *Calírroe de Caritón* (6, 17, 2); el mejor ejemplo romano es la inscripción Gytheum para Augusto; Ehrenberg y Jones, nº 102. Sobre las epifanías, cf. F. Pister, *RE*, Supplem., vol. 4, 301 ss. *Atuendo de Alejandro*: E. Neuffer, *Das Kostum Alex*. (1929) todavía es útil; J.P. Tondriau, *RPh* (1949). p. 41 es un complemento inestimable. *Hermes*: Aten. 289c con Furtwangler, *Antike Gemmen*., pl. 31, 24, vol. II, 158, 24. *Heracles*: Varrón en Servio *apud* Virg., *Aen*. 8, 564. Lista completa en *RE* 3, nº 9. También A.R. Anderson, *HSCP* (1928), pp. 8 ss.; *Ártemis*: la estatua de Filipo en el templo de Ártemis de Éfeso es probablemente irrelevante. DS 18, 4, 5 es el vínculo de Alejandro con ella. *Paralelismos romanos*: en la inscripción Gytheum, Druso se vincula con Afrodita; Calígula en DC 69, 26, 6; Suet., *Cal*. 52; Filón, *Emb*. G. 78 omite el papel de la diosa; H. Delbruck, *A & A*. (1932), p. 21; Historia Augusta, *Heliog*. 28; Plut., *Dem*. 23 s.;DL6, 102 (Menedemo el Cínico). Como Ártemis, Efipo se refiere a la *sibyne* de Alejandro: para su significado macedonio, cf. Hesiq., s. v. “Sibine”; DS 18, 27, 2; Papiro Cairo Zenon 59362, líneas 34 s. *Para las actitudes hacia el atuendo divino*: Suet., *Aug*. 70 (un relato difamatorio). Sin embargo, obsérvese Suet., *Aug*. 94, 6. Weinreich, pp. 82 ss. trata bien a Salmoneo. Más paralelismos romanos en H. G. Niemayer, *Stud. zur Statuar. Darstell. Der Rom. Kais*. (1968), p.198; los sellos de piedra en E. Porada, *Iraq* (1960), pp. 220 ss., en especial pl. 31, 3, 9, constituyen un paralelismo muy curioso, posiblemente todos ellos describen a dioses y diosas. Véase también R. Merkelbach, *Ouellen des Alexanderroman*, pp. 252-253. *Alejandro como melancólico*: Efipo F5, línea 34; (véase Addenda). *Bebida*: los Diarios son la prueba más contundente del «creciente alcoholismo» de Arriano y son sospechosos; Aristób. F59 y 62 puede ser apologético, pero uno sólo hace una apología cuando piensa que hay un caso que merece ser defendido. *Nómadas*: Arr. 7, 15, 1; DS 111, 4-6; Arr., *Ind*. 40, 7-8 (importante); Plut. 72, 4 (el propio comentario de Plutarco); Estr. 11, 13, 6; DS 19, 19, 3. *Embajadas*: Arr. 7, 15; DS 113, 2; Just. 12, 13, 1. Clit. F31 especificó romanos, un detalle demasiado trivial como para habérselo inventado en torno al año 310 a.C.; el silencio de Ptolomeo y Aristóbulo (Arr. 7, 15, 6) puede explicarse por el desinterés o por la inclusión de los romanos en los tirrenos. Arr. 7, 15, 5 cita a dos oscuros historiadores, no necesariamente porque Arriano no hubiese leído a Clitarco, sino porque sólo estos dos contienen la profecía de Alejandro relativa al futuro renombre de Roma (naturalmente omitida por Clitarco). El silencio de Diodoro de Sicilia no prueba nada, aunque puede deberse al propio entorno de Diodoro más que a su negligencia. S. Weinstock, *HThR* (1957), p. 247 tiende a apoyar esta embajada

romana; por tanto, también los acontecimientos de 334-329 en el sur de Italia. Arr. 7, 15, 5 pone un interesante énfasis en el dominio del mundo —cf. *legousin*, que incluye a Ptolomeo-Aristóbulo—; cf. «realeza de Asia» en 15, 4. De hecho, Dionisio I puso en contacto a los griegos con los celtas y los íberos. *Nuevos planes*: la embajada de Cartago es importante: Just. 21, 6, 1; Frontín. 1, 2, 3; Orosio 4, 6, 21. QC 10, 1, 17 (que sigue los tratos con Nearco, en última instancia sacados de los *Indica*) cabe la posibilidad de que vuelva también a Nearco vía Clitarco. Arr. 7, 1, 2 habla de «algunos historiadores» al referirse a un plan en el que la palabra *eiso* después de Gadeira demuestra que se trata de la circunnavegación de toda África: cf. Plut. 68, 1 (fuente desconocida). Hdt. 4, 42-43 da una visión más amplia del plan. Sólo falta que Arr. 5, 26, 1 proceda de este rumor; no es cierto que la «geografía no sea de Alejandro», pues no conocemos las propias opiniones de Alejandro, y todavía menos lo que habría dicho para alentar a sus hombres. Arr. 7, 16, 2 insinúa que pensaba que el Caspio podría ser el Océano. ¿Cómo podía saber la verdad? Sin duda no se sabía de memoria las obras secundarias de Aristóteles. *Apeles y la guerra*: Plin. 35, 93-94; Virg., *Aen*. 1, 2945 *RE* 8 A, col. 2526 s. *Arabes*: Arr. 7, 20 (un *logos*, pero de hecho Aristób. F56: la cita de Estrabón no sugiere que el propio Aristóbulo considerara esto sólo como un *logos*). P.A. Brunt, *G & R* (1965), p. 211 cita este pasaje como testimonio para apoyar la «petición» de ser adorado que hizo Alejandro; en realidad, no hay aquí ni una palabra relativa a con ninguna demanda. En Arr. 7, 20, 1, Alejandro «no pensaba que fuera poco adecuado ser tan adorado»; en el pasaje de Estrabón, «supuso que sería tan honrado». A la vista de los honores que recibió en la Asia griega, era un comentario justo (y caustico). Sobre los árabes, cf. F. Altheim & R. Stiehl, *Die Araber in der alt. Welt* (1964), vol. I. Por desgracia, Estrabón y Arriano difieren en sus citas; Estrabón, en Jacoby, línea 22, dice que Alejandro «deseaba ser el señor de todos»; Arr. 7, 19, 6 (que cita esto, sin reconocerlo, como si lo adaptara a su propia visión, como hace en otras partes) dice que era insaciable (Arr. 7, 1, 4 sugiere que Estrabón puede estar más cerca del original). Estr. 785c dice que Alejandro deseaba fabricar su *basileion* en Arabia. *Especias*: Arr. 7, 20, 2; Aristób. F57; Estr. 16, 4, 19; Arr. *P*. 29. *Exploradores*: Arr. 7, 20, 7; Estr. 16, 765-766; Berve, s. v. “Hierón”, “Arquias” y “Andróstenes, hijo de Calístrato”, quiero suponer que hijo del famoso ateniense que fue exiliado a Tasos: *Dem*. 50, 52; Escílax 67. Esto se ajusta convenientemente a la conducta favorable a los macedonios de su pariente Calimedonte; Ps.-Esquin., *Ep*. 12, 8. *Gorgo*: Efipo F5; SIG 312; Berve, s. v. Puede tratarse muy bien del mismo hombre que era prospector de metales. *Samos*: *SIG* 312; DS 18, 8, 7; notas a *GHI* 90. Obsérvese en SIG 312 y DS 18, 8, 6 lo popular que fue esta decisión entre otros griegos. *Samos en 334*: Arr. 1, 19, 8. F.W. Mitchel, *Athens in the Age of Lycurgus* (1970) es útil para el contexto. *Trasibulo*: *CIA* 2. 808a, 39. *Ataque a Atenas*: Just. 13, 5, 1 y Curc. 10, 2, 2, son meras habladurías; cf. Aten. 59E

para un mayor contexto del campamento, todo lo hizo posible Hárpalo. Cuando se conoció el fracaso de Hárpalo, estas habladurías se vinieron abajo. *Deificación*: El., *V. H*. 5, 12; Val. Máx. 7, 2, 13; *Gnom. Vatic*. 236 (Sternbach); Timeo *apud* Polib. 12, 12, 3; Deinón en Dem. 94; Hipérides en Dem. 31, 15 s. *Carta de Alejandro*: Plut. 28, 2 (para ser rechazada a falta de pruebas). *Actitud de Atenas*: Duris 76 F13. *Marcha de Crátero*: ¡no hay nada siniestro en el tiempo que tardó! Eran hombres enfermos (Arr. 7, 12, 14); se perdieron la estación de navegación de 324; habían tenido problemas en Cilicia (DS 18, 22, 1), posiblemente en 324-323. Descansarían en invierno. *Leóstenes*: la cronología es muy difícil. Badian, *JHS* (1961), p. 27 la fecha erróneamente en un período anterior. DS 17, 111 (nuestro único guía, junto con 18, 9) es bastante explícito; en primer lugar, Alejandro licenció a sus mercenarios (orden dada en el verano de 324, ¿probablemente recibida y obedecida en julio?); los mercenarios anduvieron sin rumbo fijo (mejor no confundir el tema con Curc. 9, 7, 11, un pasaje muy embrollado); «después» (*meta tauta*) huyeron a Ténaro. «Finalmente» (*to teleutaion*) eligieron a Leóstenes como líder. Eran meramente ocho mil (DS 18, 9); no prestaron atención al Decreto de los exiliados porque no tenía nada que ver con la mayoría de ellos (cf. los otros —¿o los que quedaban?— dos mil quinientos, todavía en Ténaro en DS 18, 21). DS 18, 9, 4 sugiere que las negociaciones de Leóstenes tuvieron lugar en la primavera o a principios del verano de 323, cuando era general (cf. Berve). 50 talentos (111, 3) no garantizarían una fuerza muy importante; obsérvese la escasa ayuda ateniense en julio de 323 (DS 18, 11, 3). Paus. 8, 52, 5 es despreciable (para la cifra, cf. Curc. 5, 11, 5, por otro lado excesiva; Alejandro había asesinado a la mayoría y el resto se malogró con Agis o Amintas en Egipto; la sugerencia de E. Lepore, *PP* (1955), p.169, de que Pausanias copió la cifra de una inscripción votiva es absurda). Paus. 1, 25, 3 es asimismo caótico, aunque implica que esto tuvo lugar en vida de Alejandro. Me inclino a creer que Leóstenes nunca fue a Asia, que 110 gestionó ningún «servicio de ferry» y que simplemente se encontró con los hombres en el Ténaro (DS 111, 2-3 lo confirma). Los hombres de Hárpalo habían huido a África, llevando dinero (¿y otros mil mercenarios?) con ellos: (DS 18, 19, 2 con 17, 108, 6; hay que contrastar los seis mil hombres que da Arriano 156 F9, 16 s.). En la primavera de 323, las perspectivas de Leóstenes eran incluso peores que las de Agis (nótese el apoyo cauteloso de Atenas desde el principio hasta el final); incluso después de la muerte de Alejandro su esfuerzo fracasó, y quizá sólo contrató a cinco mil quinientos mercenarios (DS 18, 9 menos DS 18, 21). *Su padre*: los Escolios a Esquin. 2, 21 implican que había huido a Macedonia después de su exilio, tras la derrota infligida por Alejandro a Tesalia. *Almirantes persas*: la respuesta a Badian, p. 28 consiste en hombres como Autofrádates (nunca capturado o retenido en 331) y Cares (asimismo, Plut., *Mor*. 84c). Después de 331, Farnabazo se había unido a Alejandro y Barsine, que era

familiar suya (Plut., *Eum*. 7, 1). *Adivinos babilonios*: Aristób. *apud* Arr. 7, 16, 5 s. (cf. Ap., *Civ*. 2, 153) explica la entrada de Alejandro en Babilonia como si sólo se hubiera hecho después de un intento sincero de obedecer a los sacerdotes —¿es esto apología?—; Just. 12, 13, 3 (especifica a Borsipa); DS 17, 112; Plut. 73 (seguramente especifica en última instancia que Nearco es fuente) hace que los sacerdotes le adviertan que se quede completamente fuera de Babilonia. En Diodoro de Sicilia, Anaxarco lo convence para que entre. La firme autoridad de Nearco y Aristóbulo garantiza que Alejandro intentó tomarse estas advertencias (fuera cual fuera su naturaleza) en serio. *Planes para la flota*: Arr. 7, 19, 3 = Aristób. F56, confuso (ininteligible, creo) en Curc. 10, 1, 19; Plut. 68, 2; Plin. 7, 208 (importante); DS 18, 4, 4. *Canales*: Arr. 7, 21, 1 con Aristób. F56, línea 12 (Arabia, su motivo). La geografía aquí es muy controvertida: cf. R.D. Barnett, *JHS* (1963), pp.1 ss.y G.B. Le Rider, Suse (*Mém. de la mission archéol. en Irán 1965*), sobre todo los mapas. Probablemente la ciudad se encontraba en un antiguo puesto de avanzada, quizás el Diridotis de *Ind*. 41, 6. *Diadema*: Aristób. en Arr. 7, 22; cf. Ap., *Syr*. 64, con el breve DS 116, 5 (fuera del orden cronológico). Aristóbulo (contra Diodoro) insiste en que fue el resto de la flota el que se perdió, no la de Alejandro, y que el hombre no fue asesinado. Cf. Just. 15, 3,11 para el tema de la historia. *Ejército*: Arr. 7, 23, donde 23, 3-4 implica que, al menos, había unos seis mil setecientos macedonios en el campamento, si todos los veinte mil persas habían sido enrolados en la nueva «falange». Los refuerzos carios pueden incluir mercenarios que habían sido licenciados. *Festivales*: Cares F9 con Arr. 7, 23, 5. *Embajadas*: Arr. 7, 23, 2; DS 113, 3-4 (revelador). *Pira de Hefestión*: DS 115 (para el coste, cf. Arr. 7, 14, 8, que no menciona el papel de Pérdicas: DS 10, 8). Tanto Arriano como Diodoro de Sicilia especifican que iba a ser una pira (cf. DS 18, 4, 2); en Just. 12, 12, 12 aparece *tumulus*; Plut. 72, 5, un *taphos* y otras cosas. Soy bastante propenso a creer que Alejandro preparaba una pira inflamable; DS 115, 2 tiene el imperfecto *perietithei*, y nada sugiere que esta pira se terminara nunca (cf. 18, 4, 2, evidentemente todavía incompleta). Hamilton, p. 188 dice: «Sabemos que sin duda el monumento se acabó». Pero no lo sabemos. Puede que los rumores hincharan las dimensiones simplemente porque los trabajos nunca se terminaron; cf. los Últimos Planes. En Babilonia, el precedente de Hárpalo relativo a una tumba para su amante fallecida no debería olvidarse. Aparte de la forma de cubo de un zigurat, el componente griego del diseño es subrayado por C. Picard, *Manuel d’art grecque*, vol. 4, p. 1182. *Monte Atos*: Plut. 72, 7; *Mor*. 335c; Estr. 14, 641; Luc., *Im*. 9; Vitr. 2, 2, 3. *Funeral*: DS 114, 4-115, 1. *Culto*: Arr. 7, 14, 7; 23, 6 con Plut. 72, 4 (¡heroico *enagismos*!). DS 115, 6 con Luc., *Cal*. 17 están equivocados pero son explicados por E. Bickermann, *Athenaeum* (1963), pp. 81 ss. Hip., *Epitaph*. 21 es demasiado vago y oscuro para garantizar que finalmente Alejandro «pidió» las ciudades súbditas adoraran a Hefestión, y el plural

anankazometha puede referirse a toda Grecia, no sólo a Atenas. *Cleómenes*: Berve, s. v.; Ps.-Arist., *Oec*. 1352a debería leerse teniendo en cuenta el acertado comentario de van Groningen y los movimientos similares hechos por Cabrias bajo Tacos (E. Will, *REA* [1960], p. 254). Dem. 56, 7 s. simplemente es una queja desde el punto de vista ateniense; el hambre en Egipto (Ps.-Arist., *Oec*. 1352b 14-20) es el contexto de la ingeniosa práctica de Cleómenes. A pesar de la retórica de E. Badian, *JHS* (1961), p. 19, Arr. 7, 23, 6 (¡probablemente Ptolomeo!) todavía es el mejor testimonio para los «pecados» de Cleómenes; por otro lado, gobernó como cualquier otro oficial astuto en el Egipto ocupado, lo que convenía a las necesidades de Alejandro y demuestra la habilidad de muchos financieros actuales a la hora de intercambiar productos (que ningún socialismo «filantrópico» ha intentado nunca frenar). La carta en Arriano no es original; obsérvese su *akhari* que suena a Heródoto (cf. Arr. 156 F130). En cualquier caso, sospecho que Ptolomeo interfirió aquí. Para los contratos, cf. *Papyr. Hibeh* 199, líneas 11 s. para hallar un paralelismo ptolemaico temprano; también Welles, *RC* 36; al parecer, posiblemente se había previsto un sacerdote de Hefestión por medio de una orden de este tipo, y de ahí que Clitarco, que era un alejandrino, creyese erróneamente, a partir de los contratos, que Hefestión era plenamente un dios. *Extraño en el trono*: Arr.-Aristób. 7, 24, 1-3 (el mejor relato, que en 24, 3 menciona la tortura infligida por Alejandro; a diferencia de Diodoro de Sicilia y Plutarco, Aristóbulo no dice que el hombre fuera asesinado. ¡Cf. su relato sobre la diadema recuperada!). DS 116, 2-4 (que recoge el relato alternativo en Arr. 24, 2); Plut. 73, 7-74, la Peor versión (refutable por la anacrónica mención de Serapis). R. Labat, *Le Caractére religieux de la royauté assyro-babylonienne* (1939), PP-95-110 es un buen estudio del contexto. Beroso 680 F2 da la fecha de la Sacea, descartándola de este modo aquí; la descripción en Estr. 11, 8, 4-5 tampoco coincidiría con este asunto. DC 4, 1, 26 puede que meramente hiciera conjeturas basándose en este pasaje. Para el Festival del Año Nuevo babilónico, cf. Labat, p. 13, también irrelevante aquí. *Reyes sustitutos*: R. Labat, *Rev. d’Assyr*. (1945-1946), pp. 123-42; W.G. Lambert,. *AOF* (1957-1958), pp.109-112; (1959-1960), p. 119; S. Smith, en *Myth, Ritual and Kingship* (ed. S. Hook, 1958), pp. 58-59. Más recientemente, el comentario de Parpóla en *LESEA* (1971), pp. 54-65, una referencia que debo al profesor O.R. Gurney. Para la costumbre persa, que los eunucos invocaron e quivocadamente, cf. Curc. 8, 4, 15. Es muy relevante que los caldeos hubieran advertido a Alejandro que se quedara fuera de Babilonia; el gran respeto de Teofrasto por sus predicciones de muerte (registrado por Proclo, *In Tim*. 3, p. 151, ed. Diehl) puede derivar del modo en que la condena de Alejandro fue «predicha». «*En Egipto, un dios*»: cito de Tarn, *Alex*., vol. 1, p. 138. El error de Alejandro fue ejecutar al sustituto-chivo expiatorio, en vez de dejar que él cargara con la condena.

Desde la primera página hasta la última, el estudio de A. B. Bosworth, *CQ* (1971), pp. 112 ss. es el mejor; no obstante, véase mi estudio de próxima aparición. *Resistencia de los sucesores*: Onesícr. F37; DS 118, 2; Curc. 10, 10, 18; Just. 12, 13, 10. *Efipo*: F3, cf. Nicóbulo 127 F1 y 2, pero obsérvense las dudas en F1 sobre su identidad. *Panfleto*: planteado y discutido del modo más acertado por R. Merkelbach, *Die Quellen des Alexanderromans* (1954), pp. 220 ss., basado en A. Ausfeld, *RhM* (1895), p. 339; (1901), p. 517; cf. P. Ruggini, *Athenaeum* (1961), p. 285. Me ocupo de sus problemas, junto con los Diarios, en un próximo estudio. *Antípatro*: DS 118; Curc. 10, 10, 14; Arr. 7, 27; Just. 12, 14, 1; Plut. 77 con el agua de la Estigia en Paus. 8, 17, 6; Plin. 30, 149; Teof. *apud* Antígono de Caristo, Mir. 158 es citado erróneamente por Hamilton, *HCPA*, p. 215; Teofrasto menciona el milagro del agua venenosa, no su utilización por parte de Antípatro. Posiblemente, Aristóteles fue el primero que lo comentó y, por tanto, entró en la historia de la muerte de Alejandro (¡naturalmente se decía que Aristóteles lo envenenó a través de un infalible método aristotélico!) *Posterior miedo de Casandro hacia Alejandro*: Plut. 74; *Mor*. 180f, ambas historias no pueden fecharse. *Venenos*: cf. J. Berendes, *Die Pharmacologie bei den alt. Culturvolkern* (1891). Cuando R. D. Milns, *Alexander* (1968), p. 257 cita la estricnina como un veneno que los antiguos mezclaban en el vino, está confundiendo la soporífera *withania somnífera* con el mortífero *datura strymonium*; Teof., *H. P*. 7, 15, 4, también 9, 11, 5, los distingue claramente. Sólo la primera se utilizaba en el vino; no es letal. Por otro lado, la estricnina mata instantáneamente, nunca al cabo de diez días. *Diarios*: U. Wilcken, *Alexander the Great* (2ª ed., 1968), p. 236 fue el primero en ver este punto como propaganda. A.E. Samuel, *History* (1965), pp. 1 ss. aduce un paralelismo babilónico que es irrelevante y, por otro lado, falso, pues tales Diarios no eran conocidos (o posibles) en los reinos babilónicos. Gran parte depende de la fecha de F2a, pues si se lee *Diou menos*, *Dios*, en la correcta ecuación, debería ser octubre-noviembre. Véase mi artículo. *La topografía de la enfermedad de Alejandro*: V. Schachermeyer, *Alex. in Bab*. (1971),pp. 65 ss. *Inmersión en el Éufrates*: H. Pease, *HSCP* (1942), pp. 10 ss: con DL 8, 69; Suet., *Gramm*. 26 y C. Honn, *Stud. zur Geschichte der Himmelfahrt in Altertum* (1928). *Aristóbulo*: F59, contrastar Diarios F3, líneas 24-25. *Decreto para Yolao*: *Mor*. 849 (soy muy escéptico respecto a esto). *Testigos oculares en Atenas*: DS 18, 9, 4. *El envenenamiento en la historia*: David Douglas, *William the Conqueror* (1964.),pp. 408 ss. es una comparación útil; para Constantino, cf. Jul. 277d; Lib., *Or*. 18, 42; Am. Mar. 16, 2, 8. *Aristóteles y Caracalla*: DC 77, 7, 3. *Alejandro «más que mortal»*: Polib. 12, 23, 5. *Oscuridad*: Curc. 10, 5, 15-16. No puedo entender que esto tenga nada que ver con el querido Fuego Real de Schachermeyer (*Alex. in Bab*., p. 47). *Ascensión de Alejandro*: DS 18, 4, 1; 18, 56, 1 y *IG* 12, 2, 645. *Alejandro y las estrellas*: F. Salviat, *RA* (1966),

pp. 33 ss. para Tasos;Plin. 35, 93; W. Wirgin, *Hist. of Coins and Symb. In Anc. Israel* (1958), placas 6-7. *Últimas palabras*: omitidas por Ptolomeo y Aristóbulo —cf. Arr. 7, 26, 3, donde *porro* significa «más allá», como de costumbre, pues sabemos que Aristóbulo (Plut. 59) decía cosas «diferentes» de los Diarios—. DS 117, 4; 18, 1, 4; Curc. 10, 5, 5 (¡con un comentario romano sobre la deificación!); Just. 12, 15, 6; Arr. 7, 26, 3; Ps.-Calíst. 3, 33, 26. La fecha de la muerte de Alejandro es fijada por D.M. Lewis, *CR* (1969), p. 272; la leyenda de la implicación de Aristóteles es trazada por Plutarco, a través de un tal Hagnótemis, para Antígono. Esto implica que surgió hacia 308-306, cuando Antígono era hostil a Casandro y su «peripatético» esbirro, especialmente Demetrio de Fáleron, quien finalmente huyó a Egipto temeroso de Antígono; cuando Teofrasto, el asesor de Casandro, estaba escribiendo (¿por qué?) acerca del veneno del «agua de la Estigia», ¡la leyenda fue un regalo para la propaganda de Antígono! Finalmente, debería hacer hincapié en Diódoto, el coautor de Eumenes; Isócr., *Ep*. 4 se refiere al único Diódoto conocido en los círculos macedonios entre 360 y 320 y el hombre, un ex discípulo educado, que es empleado por Antípatro (4, 9). El autor de los Diarios procedía de Eritras: el discípulo de Isócrates había trabajado para «dinastías asiáticas» (4, 7), lo que se ajusta magníficamente a esta alusión. Si Diódoto trabajó con el personal de Antípatro, de hecho los Diarios pudieron publicarse como si fueran de Antípatro y Pérdicas, en nombre de sus respectivos secretarios. Quiénes fueron realmente los autores es otro asunto; sospecho que fueron retocados por el círculo de Casandro, posiblemente también por Demetrio de Fáleron, que escribió libros sobre las curaciones de Serapis. DS 19, 56, 1 puede ayudar a explicar algunos de los nombres citados favorablemente en Arr. 7, 26, 2.

NOTAS AL CAPÍTULO 33

El destino de los oficiales puede seguirse en Curc. 10, 5 (¿Jerónimo?); Just. 13, 1 s. y DS 18 y 19;E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique*, vol. 1 (1966) es el mejor estudio de la lógica de la lucha, con bibliografía completa sobre fechas y acontecimientos. En la descripción del carro fúnebre de Alejandro (DS 18, 26, 3), deberíamos fijarnos en su nombre, *harmamaxa*, un vehículo específicamente persa, y aplicar los precedentes de Mitra en A. Alföldi, *Rom. Mitteil*. (1935), pp. 127 ss., con una bibliografía completa. Los planes de Alejandro han sido puestos en una perspectiva reveladora por E. Badian, *HSCP* (1968), pp. 183 ss.; A.B. Bosworth, *CO* (1971),pp. 112 ss. ha planteado el problema de Pérdicas y Crátero. R. M. Errington, *JHS* (1970), pp. 49 ss. toma la pelea de los sucesores paso a paso hasta 321-320, pero deberíamos leer a Curcio (véase P. Schachermeyer, *Alex. in Bab*. [1970], pp. 81 ss. para el punto de vista menos plausible de que su fuente era Clitarco) con la crisis de

la sucesión de 41, no de 14 d.C. claramente en mente. No obstante, Just. 13,1 s. es un buen apoyo. El amplio tema de la expansión del helenismo sólo puede cubrirse aquí en la bibliografía; uno de los pocos persas helenizados conocido con el nombre de «Boxos» en los *Geographi Graeci minores*, vol. I, p. 111 s., 2-4, se basa en Agatárquides; está también el persa sin nombre cuyo epitafio griego en Alejandría es conocido en *AP* 7162. Obsérvese que hombres como Mitrídates (DS 19, 39, 2) y el medo Orontóbates (DS 19, 46, 5) aparecen brevemente en los ejércitos de los sucesores, en la corte de los Seléucidas y en su administración, de hecho los iranios siguen siendo muy raros. Las inscripciones de la Asia griega y de las cercanas islas del Egeo son una fuente rica en iranios helenizados, naturalmente bastantes entre los descendientes de nombres de familia medos y hombres de la Bactriana helenizados que hacen dedicatorias en Delfos.

ADDENDA

P. 13. Me complace ver que la sugerencia de que la antigua Egas es la actual Vergina ha sido apoyada con otros argumentos más sólidos por N.G.L. Hammond en su excepcional libro *History of Macedonia*, vol. 1, que sustituye todos los anteriores trabajos sobre la geografía histórica y la prehistoria del país. Hammond añade la sugestiva suposición de que el trono del siglo IV encontrado en una de las tumbas abovedadas de Vergina puede realmente ser de Filipo; sólo cabe esperar que las investigaciones continuarán en el lugar.

P. 173. M. Boyce, *JRAS* (1966), p. 110 ofrece un excelente estudio sobre la continuidad del culto al agua (Anahita) en Irán, con un ritual moderno.

P. 326. Debo subrayar que, aun cuando el sentido del motivo en Arr. 3, 2-3, 3 para la visita de Alejandro a Siwa derivase de Ptolomeo, esto no hace que sea verdad. No hay duda de que Ptolomeo no «estaba en desacuerdo» con las ideas de Alejandro acerca de Amón; aparte de las monedas que muestran su retrato con los cuernos de carnero sobre el birrete de elefante, Alejandro dedicó un altar en Siwa (Paus. 9, 16, 1). Posiblemente la palabra *pothos* no puede rastrearse antes de Alejandro a través de Aristóteles o de algún contemporáneo. Calístenes, citado por Estrabón, utiliza la palabra *philodoxia*, de ahí los temas del *ingens cupido* o *pothos* apremiándolo hacia Siwa, como están de acuerdo Arriano y Quinto Curdo. Quizá la utilización de *pothos* es un modismo de Heródoto (como argumenta H. Montgomery, *Gedanke und Tat*), y Arriano permite que las palabras de Heródoto estropeen la pureza de su pesado estilo ático en la *Anábasis* (véase *acharis atrekes*). Montgomery incluye los muchos usos de la palabra en los historiadores de finales de la época helenística; esto sitúa la práctica de Arriano en perspectiva, con la única reserva de que estos primeros usos están limitados a un *phótos* para fundar una ciudad, ser rey de Asia, etc., los cuales son *póthoi* que se adecúan a la carrera de Alejandro. Por tanto, sería posible, aunque innecesario, argumentar que algún historiador de Alejandro creó la palabra; por muchas razones, me niego a creer esto último.

P. 452 Isidoro, *Stathmoi* 15 y 5, n, 10, 1 demuestra que Artacoana y la nueva Alejandría eran distintas. Si Alejandría es Herat, deberían haber estado bastante separadas.

Caps. 21-24. Peter Levi, *Light Garden of the Angel King* (1972) es un estudio elegante y perspicaz sobre Afganistán, basado en un viaje de seis meses y un estudio

de los posibles emplazamientos griegos.

P. 623. La ruta inicial de Alejandro a través del Makran sigue siendo incierta. La propuesta de Stein (GJ, 1943) es una carretera demasiado fácil y se va a pique ante la insistencia de Estr. 15, 2,4-6 de que la marcha (repetidamente) tocaba la costa (aunque así lo expresa Estrabón, y carece de valor). Asimismo, supone que Alejandro abandonó su ruta por la costa tan pronto como la flota no se encontró con él cerca de su Alejandría. Por mi parte, lo dudo. La propuesta de Strasburger (Hermes, 1954) también es difícil; si Alejandro hubiese enviado a Toante para que inspeccionara la cercana orilla y la hubiese encontrado desierta, seguramente habría evitado una marcha a lo largo de ella. Sospecho que la verdad se encuentra entre Stein y Strasburger, con algunas curvas cuando los guías se equivocaron. Sin duda, la costa se ha alterado desde 324 a.C.

P. 666. Creo que no necesita ninguna prueba (en cualquier caso, no hay ningún testimonio sólido) de que el Decreto de los exiliados se envió a la Liga de Corinto. El Consejo, como en la recuperación de 302, se reunía con motivo de los principales festivales griegos, y, seguramente, el Decreto de Alejandro se reservó para los Juegos Olímpicos a fin de que coincidiera con una reunión del Consejo. Fue mantenido por Poliperconte en 319 cuando «liberó» a los griegos por medio de un edicto que recordaba en gran medida el propio edicto de Alejandro (DS 18, 56, en especial las últimas cláusulas). A pesar de las dudas de E. Will (*Histoire politique du monde hellénistique*, vol. 1, pp. 43 s.), todavía me inclino a favor del punto de vista de Larsen de que en 319 Poliperconte reactivó la Liga de Filipo. En este caso, es probable que el edicto de Alejandro sobre los exiliados, que él también reactivó, pasara a través de la misma unidad.

Los samios pueden sugerir otra cosa, puesto que fueron exiliados antes de que existiera la Liga, aunque fueron readmitidos en 324. Sin embargo, podría decirse que Filipo había forzado las cosas contra ellos en 338 y contra los propios estatutos de la Liga, al dejar a los atenienses en posesión de su isla. Al igual que las pequeñas ciudades beocias, Samos tenía derecho a ser «libre y autónoma», una cláusula que podría decirse que los sacerdotes atenienses infringieron. La decisión de Alejandro fue popular entre los otros griegos, y podría haber corregido la de Filipo en estas bases «legales» (cf. su disolución de la Liga Arcadia, también en 324). Si Alejandro solamente hubiese sacado un edicto completamente arbitrario, el precedente de Filipo no habría sido relevante o no habría merecido que se ampliase. Los atenienses pensaban que lo era, aunque fracasó. Por tanto, a fin de cuentas, no creo que los samios sean la excepción que refute mi punto de vista.

Ciertamente, la utilización de un edicto no era un acto nuevo de tiranía. No sabemos ni cuándo ni cómo les dieron «derecho» a Filipo y Alejandro para sacar

diagrammata para las ciudades griegas, pero claramente Filipo lo hizo (DS 18, 56) y Alejandro sacó una para Éreso en 332, que por lo general se asume que era miembro de la Liga (*GHI* 191, líneas 35, 60, 129 y 142, donde «*diagrapha*» es *diagramma*, aunque las «leyes» son las de la propia Éreso, un aspecto demostrado por las líneas 132 s. El conciso y vivaz resumen de Filipo III en 90-100 no tiene en cuenta el hecho de que se condena a los tiranos por decisión propia de Éreso: cf. línea 60). La copia del gobierno de Alejandro a Quíos (¿también mediante *diagramma*?) puede estar abreviada, pero presenta una brusquedad ya en la década de 330 que no se había visto en las inscripciones griegas desde el auge del Imperio democrático de Atenas. El *diagramma* de 324 no fue un enfoque nuevo. Puede que incluso estuviera redactado de una forma más diplomática que sus predecesores.

Los detalles son peliagudos. El edicto en DS18, 8 es, en el mejor de los casos, un pasaje, e iba seguido por el *diagramma* completo que resolvía sobre una herencia compleja (línea 57) y la propiedad de una casa (10), un recuerdo de que no deberíamos minimizar la importancia de la cancillería de Alejandro. No obstante, la Liga de Filipo, tal como se reactivó en 302, también aprobaba títulos sobre la herencia (*IGIV*, 12, 28, línea 50 (34): *kleronomoi*), por lo que el edicto de Alejandro puede que sólo ordenara que esto se aplicara a los exiliados que regresaron en 324.

Otras cláusulas reales aparecen insinuadas mediante acuerdos entre el texto de Tegea y otros textos que restauran totalmente a los exiliados en todo el reinado de Alejandro. Tanto en Mitilene (GHI 202, línea 31) y Tegea (línea 57), se hace un juramento de amnistía: puede que Alejandro prohibiera esto por lo que hemos dicho, quizá como en Éfeso en 334 (Arr. 1, 17, 12). En Tegea y Calimna (Michel, n.° 417) había tribunales de jueces extranjeros por orden del *diagramma* (Michel, línea 44). En Mitilene (líneas 21-23), los jueces eran exiliados y ciudadanos, una divergencia que fortalece la visión de que esta ley es de 332, no de 334. De ser así, la resolución de Alejandro sobre los exiliados se desarrolló (prudentemente) entre 332 y 324. Para este arbitraje extranjero, al menos entre estados, cf. *GHI* 170, tal como estaba prescrito por la Liga. Una vez más, los estatutos de la Liga pueden ser la fuente para una resolución en el *diagramma* de 324.

Estas cláusulas, comunes a Tegea y Calimna, me convencen de que el *diagramma* de los exiliados estuvo circulando a través de una unidad centralizada, no sólo a través de la distante noche de Antípatro. La Liga de Filipo prohibía los exilios y cambios de gobierno; quizá donde estos «males» ocurrieran a pesar del Consejo, una cláusula «daba derecho» al rey a intervenir por medio del *diagramma* (de ahí *GHI* 191; también la sumisión de los rebeldes espartanos a la voluntad de Alejandro en 330). Esto no hace que el Decreto de los exiliados sea menos riguroso, pero significa que, en 324, Alejandro no estaba actuando necesariamente por un nuevo capricho despótico ni que estuviera despreciando todas las formalidades.

P. 698. La conferencia de H. Luschey sobre el León de Hamadán ha aparecido en *Archaelogische Mitteilungen aus Irán* (1968), p. 115. Cap. 32. W.H.S. Jones, *Malaria in Ancient Greek History*, identificó los síntomas de la «melancolía» con los de la histeria nerviosa que él había observado en casos de malaria. Yo lo pongo en duda, y, por otro lado, «melancolía» podría usarse de un modo más amplio; de ahí que Aristóteles diga que todos los grandes poetas y filósofos tienen algo de melancolía, una palabra que con frecuencia aparece junto con *oxytes* o agudeza. Esta inconstancia o rapidez nerviosa es lo que Efipo alegó de Alejandro.

Cap. 33. El tema de la «conquista universal» no es ciertamente una invención moderna de los alemanes como un motivo para Alejandro. Arr. 7, 15, 5 (donde los *legousi* pueden incluir a Ptolomeo y Aristóbulo). La (en mi opinión, contemporánea) inscripción sobre el Alejandro de Lisipo con la Lanza y, sobre todo, Aristób. F56, línea 23 implican que estaba en las mentes de los contemporáneos. Las preguntas de la «vulgata» en Siwa son, al menos, un testimonio para las habladurías que siguieron, y debería considerarse hasta qué punto las posteriores aspiraciones de Demetrio el Asediador, que ponían el énfasis en Atenas como señora del globo, eran debidas a sus propias ambiciones desmesuradas o a un juego sobre las propias aspiraciones de Alejandro. Lo último es más probable: S. Weinstock, *Divus Julius* (1972) rastrea de un modo extraordinariamente detallado los efectos de esto y muchas más cosas.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

A. FUENTES

A pesar de los frecuentes e infructuosos cuestionamientos de los que es objeto, los debates más sólidos y detallados todavía se encuentran en los artículos que aparecen en Pauly-Wissowa, *Realenencyclopadie der Altertumswissenschaft*, de F. Jacoby (artículos sobre Calístenes y Clitarco) y E. Schwartz (Arriano, Aristóbulo, Curcio y Diodoro). Las discrepancias son, en su mayor parte, de carácter menor, excepto para la teoría de que Ptolomeo utilizó los Diarios Reales, que en la actualidad se admite que es irrelevante. P. M. Fraser, *Opuscula Atheniensia* (1967), pp. 27 ss. sigue siendo una aproximación esencial a los problemas de estos Diarios; H. Strasburger, *Ptolemaios und Alexander* (1934) tiene un gran valor por su erudición, aunque peca de optimista (cuando el comentario sobre Arriano de A. B. Bosworth esté completo, sin duda será imposible seguir ignorando la propia redacción de Arriano) y sobrevalora la propia imparcialidad de Ptolomeo.

En cuanto al sistema monetario, A.R. Bellinger, *Essays on the Coinage of Alexander the Great* (1963) sólo puede utilizarse de un modo crítico; E. Pegan, *Jahrb. Für Numism u. Geldgeschichte* (1969) p. 99, corrige un punto, la fecha de emisión de las monedas de oro de Alejandro, pero hay más cosas que deben ser refutadas. Tal vez éste será el logro de G. B. Le Rider, pero no he podido acceder a sus estudios sobre este tema en *Annuaire de l'École Pratique* 1968/9, 1969/70. Sobre el papel de la acuñación de monedas en la Antigüedad, M. H. Crawford, JRS (1970) p. 40 tiene algunos comentarios especialmente interesantes. B.

B. MACEDONIA

i. Cuestiones generales

CASSON, S., Macedonia, *Thrace and Illiria* (1926)
M. DELACOULONCHE, *Mémoire sur le berceau de la puissance macédonienne* (1858)
M. DIMITSAS, *He Makedonia en lithois phthengomenois* (1896)
N. G. L. HAMMOND, *Epirus* (1967)
L. A. HEUZEY y L. DAUMET, *Le Mont Olympe et l'Acarnanie* (1860)
—*Mission Archéologique en Maeédoine* (1876)
W. M. LEAKE (coronel), *Travels in Northern Greeee* (1835)
A. STRUCK, *Makedonische Fahrten, I and II: Zur Kunde der Balkan Halbinsel. Reise*

und Beobachtungen, nos. 4, 7 (1907/8)

ii. Testimonios

Inscriptiones Graecae, vol X, trata de las inscripciones encontradas en Macedonia, aunque las piedras halladas en puertos como Tesalónica pudieron haber llegado de otras partes. J. N. KALLERIS, *Les ancients macédoniens* (1954): diccionario de palabras macedonias.
I. I. RUSSOU, *Ephemeris Dacoromana* (1938): recopilación de nombres macedonios.
ARNOLD TOYNBEE, *Some Problems in Greek History* (1969): explicación basada en conjeturas de la historia macedonia arcaica.

iii. Estudios arqueológicos

Una amplia bibliografía de la mayoría de las excavaciones realizadas durante este siglo puede consultarse en la publicación periódica *Makedonika* (1966/7), pp. 277 ss., que continúa en números posteriores. Asimismo, la útil publicación anual *Balkan Studies* constituye una buena introducción; el volumen de 1962 contiene una visión general del tema. Aquí señalo unos cuantos artículos de especial interés; todavía no estamos en condiciones de rastrear los orígenes de la cultura material de Macedonia (aunque la tradición de una invasión frigia puede ser una pista; las llamadas tumbas «macedonias» tienen paralelismos en Gordio, la capital de Frigia), ni tampoco podemos señalar rasgos macedonios, si los hay, en la expansión del helenismo a través de Asia (aunque el principal edificio en Ai Khanum ya demuestra algunas similitudes interesantes con el palacio de Vergina). D. M. Robinson, *Excavations at Olynthus*, en especial los vols. II y X, sigue siendo la comparación esencial.

M. Andronicos, *Bergina* (1969)
—BCH (1958), p. 87: estelas funerarias de Vergina
C.F. Edson, *CP* (1951), p. 1: ruta de la Via Egnatia
—*Hesperia* (1949), p. 78: tumba de Olimpia, con inscripciones
B. Kallipolitis, *Arch. Ephem*. (1948/9), pp. 851 f.: hallazgos de finales del s. V en Kozani
A. E. Keramopoullos, *Arch. Ephem*. (1932), p. 32: hallazgos en la Alta Macedonia
—PAE (1940), pueblo construido sobre pilotes en Kastoria
G. P Oikonomos, *Aten. Mitt*. (1926), pp. 80 ss: bronces de Pela
P. Perdrizet, *BCH* (1898), pp. 335 ss.: tumbas macedonias
Ph. Petsas, *Balkan Studies* (1963), pp. 150 ss.: Pela

De las breves informaciones de hallazgos que se publican cada año en la BCH *Chronique des fouilles y el Archaeologikon Deltion*, las siguientes son interesantes:

BCH (196S), pp. 808-10 (cuenco de bronce, papiro y coraza en Derveni), (1966), p. 864 (murallas de Dio),p. 867 (Mieza),p. 871 (Pela). *Archaeol. Deltion* 16 (1960), pp. 721 s. se ocupa de Pela, 1957-60; 21 (1966), Chronik, p. 344 observa que las tumbas del s. IV en Edesa, cuyo tamaño sin embargo no se ajusta a las tumbas reales en Egas, no vienen aquí al caso.

C. PERSIA

i. Introducción general

Gertrude Bell, *Persian Pictures* (1894)
Cambridge History of Iran, vol. I (1968): geográfico
G. N. Curzon, *Persia and the Persian Question* (1892)
R. N. Frye, *The Heritage of Persia* (1963)
Anne Lambton, *Landlord and Peasant in Persia* (1953)
A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire* (1948)
G. Rawlinson, *The Fifth Oriental Monarchy* (1876)
E. H. Schafer, *The Golden Peaches of Samarkand* (1963)
Lt J. Wood, *A Journey to the Sources of the River Oxus* (1872)

ii. Documentos nativos

(a) En persa antiguo, una lengua heredada probablemente de los medos y utilizada sólo para las inscripciones oficiales de los reyes hasta c. 460; la corte de Alejandro hablaría persa medio. J. Duchesne-Guillemin lo analiza todo excepto los trabajos más recientes en *Kratylos* (1963), pp. 1 ss.

W. Brandenstein, *WienerZeitschr. für die Kunde Süd-und Ostasiens* (1964), p. 43: persa antiguo en Aristófanes
W. Eilers. *Beitr. zur Namenforschung* (1964), p. 180: estudio del nombre Ciro
W. Hinz, ZDMG (1963), p. 231; *Orientalia* (1967), p. 327: mejoras en el texto de Bisitun
R. G. Kent, *Old Persian Grammar, Texts and Lexicon* (2ª ed. 1953)
R. Schmitt, ZDMG. (1967), p. 27: medo y persa en Heródoto

(b) Babilonio

G. Cardascia, *Les Archives des Murasu* (1951): completa bibliografía de apoyo

(c) Elamita

G. G. Cameron, *Persepolis Treasury Tablets* (1948)
—JNES (1958). p. 161. (1965). p. 167: más pruebas del tesoro
R. T. Hallock, *Persepolis Fortification Tablets* (1969): vital, pero escaso, nuevas fuentes
W. Hinz. ZDMG (1960), p. 236: otra visión

(d) Arameo: una pequeña selección

R. A. Bowman, *Aramaic Ritual Texts from Persepolis* (1970)
E. Bresciani, «Le lettere aramaiche di Hermopoli», *Atti del. Acc. Naz. dei Lincei* (1966), p. 357
A. E. *Cowley, Aramaic Papyri of the Fifth Century B.C.* (1923)
G. R. Driver, *Aramaic Documents* (2ª ed. 1957)
E. Kraeling, *Brookyrn Aramaic Papyri* (1953)

iii. Estudios especiales

L. T. Altbaum. B. Brentjes, *Die Wachter des Goldes* (1972)
F. Bergman, *Archaeological Researches in Sinkiang* (*Sino-Swedish Expedition*, 7), p. 120: un arco iranio
P. Bernard, *Syria* (1964), p. 195, (195), p. 272: jinetes y arneses
M. Boyce, JRAS (1957), p. 10: trovadores persas
—JRAS (1966), p. 100, BSOAS (1969), p. 10, (1970). p. 22: Zoroastro P.R.L. Brown, *The World of Late Antiquity* (1971), pp. 160 ss.
M. A. Dandamayev, *Iran pri pervykh Akhemenidakh* (1963)
M. Echtecham, *L'Iran sous les Achéménides* (1946)
I. Gershevitch, BSOAS (1957), p. 317: madera en Susa
R. Ghirshman, *Un Village perse-achéménide* (1954)
G. Gropp, *Archaeol. Mitt. Iran* (1969), p. 147: templos-fuego
E. Herzfeld, *The Persian Empire* (1968)
W. Hinz, ZDMG (1960), p. 236: estabilidad de los precios
S. V. Kisselev, *Artibus Asiae* (1951), p. 169: caballería
B. Laufer, *Sino-Iranica*, con especial referencia a las plantas (1919) —*Felt How it was made and used* (1937)
R. Lyddeker, *Wild Oxen Sheep and Goats of All Lands* (1898)
M. Nicol, *Iran* (197), pp. 137-8: anticipo del informe sobre el reconocimiento del Camino Real
B. B. Porten, *Archives from Elephantine* (1968)
J. P. Roux, *Central Asiatic Journal* (1959), p. 27: el camello
E. H. Schafer, *Iranian Merchants in Tang Dynasty Tales, en Semitic and Oriental*

Studies Presented to William Popper (1951), p. 403
K. Schippmann, *IranischerFeuerheiligtumer* (1968)
D. Schlumberger, *L’Argent grec daus I’empire achéménide* (1953)
M. L. West, *Early Greek Philosophy and the Orient* (1971)
G. Widengren, *Festchr. L. Brandt* (1968), p. 323: feudalismo
F. Willmann, *Rocznik*. (1951/2,1953), p. 250: Anahita

El helenismo en Asia, en especial entre los iranios: los restos artísticos son tratados con una bibliografía completa en el excelente libro de D. Schlumberger, *L’Orient hellénisé* (1969). Las excavaciones soviéticas son más accesibles para quienes no pueden leer ruso en CA. Frumkin, *Soviet Excavations in Central Asia* (1970) y su estudio general en la Central Asian Review (1969); MA.R. Colledge, *The Parthians* (1967) enumera la mayoría de la literatura sobre los documentos partos y el arte asiático en el periodo parto. M.I. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Hellenistic World* (1953) sigue siendo el esbozo más destacable de la época; el ensayo más breve de A. H. M. Jones, *Past and Present* (1963), p. 1, es igualmente provocativo. Sólo enumero aquí unos pocos estudios especializados, la mayoría de los cuales no están contemplados en estas obras de carácter general.

B. PALESTINA Y SIRIA

M. Avi-Yonah, *Oriental Art in Roman Palestine* (1961)
Comte du Mesnil du Buisson, *Études sur les dieux phoemciens* (1970)
M. Hengel, *Judentum und Hellenismus* (1969)
B. Lifschitz, *Euphrosyne* (1970) p. 113: la expansión del griego en Palestina, un tema también discutido y, a mi entender, exagerado por M. Sevenster, *Do You Know Greek?* (1968).
H. Seyrig, *Syria* (1970), pp. 290 ss.: un brillante estudio de algunos efectos del gobierno Seléucida
J. B. Ward-Perkins, *Proc. Brit. Acad*. (1965), p. 175: el llamado arte «parto» de Mesopotamia
C. B. Welles y otros, informe sobre “Dura Europos, the Excavations” (1929 en adelante) y
C. B. Welles resume un punto crucial en “The Population of Roman Dura”, en *Studies Presented to A.C. Johnson* (1951), p. 251

B. BABILONIA

A. Al-Hail, *Sumer* (1964), p. 103: el elemento químico
A. Aymard, *Une Ville seleucide de la Babylonie*, reimpreso en *Études d’hist.*

ancienne (1967): un estudio brillante
R. A. Bowman, *Amer. Journ. Semit. Lang*. (1939), p. 235
G. Sarkisian, *Vestnik dreyney istorii* (1952), p. 68; (1953), p. 59. *Eos* (1956), p. 29
E. Unger, Babylon, *Die Heilige Stadt* (1931), esp. pp. 318-19 sobre el estilo griego en los decretos babilonios
El mejor estudio sobre Beroso y la astronomía griega y babilonia se encuentra en *Trans. Amer. Philosoph. Soc* para 1963; el estudio más provocativo sobre la ciencia helenística es el ensayo de C. Préaux, en *Studies presented to C. B. Welles* (1966)

C. IRANIOS OCCIDENTALES

A. J. Festugière, *Symb. Oslo*. (1950), p. 89: himno griego en Susa
C. Habicht, *Hermes* (1953), p. 251: texto escolar de Eurípides en Armenia
G. B. Le Rider, *Suse sous les Seleucides et Parthes* (1965)
E. H. Minns, *JHS* (1915), p. 22: documentos griegos procedentes de Avrornan
H. S. Nyberg, *Le Monde oriental* (1923), p. 182: los mismos documentos
L. Robert, *Noms indigènes en Asie Mineure* (1963), esp. pp. 457 ss. sobre la Capadocia helenizada
-*Epistemonike Epeteris of the Philos. School at Athens* (1962), p. 520: griegos en Susa
J. y L. Robert’s, *Bulletin Épigraphique* (*REG* 1961), nr 819 : deportes griegos
L. Robert, *Hellenica*, vol. 7, p. 7, vol. xi-xii, p. 8: inscripciones griegas en Irán.

D. SATRAPÍAS SUPERIORES

R. D. Barnett, *Iran. Antiqua* (1968), p. 34: tesoro del Oxo
P. Bernard, *Syria* (1968), p. in: capiteles corintios en Ai-Khanum -*Syria* (1970), p. 327: tronos de marfil estilo aqueménida
E. J. Bickermann, *CP* (1952), p. 65: brillante esbozo del acercamiento griego al este
A. D. H. Bivar, *JRAS* (1970), p. 65: ostraca de los partos en Irán
M. Boyce, *JRAS* (1957),p. 10: trovadores iranios y los partos
M. Bussagli, *Riv. dell’ Instit. naz. d’Archeol*. (1953), p. 171: arte griego en el Asia central
M. L. Chaumont, *Journ. As*. (1968), p. 16: ostraca de los partos
I. M. Diakonov, VA. Livshitz, *Dokumenty iz Nisy* (1960)
I. M. Diakonov, V.A. Livshitz, *Sbormk I.A. Orbel* (1960): nombres iranios en Nisa
-*Materialy i issledovaniva po arkheolog*. SSSR (1950), p. 161: monedas de Charon y nómadas del Oxo
R. Ghirshman, *Persian Art, the Parthians and Sassanids* (1962)

-*Begram* (1946), esp. sobre las murallas y el agua, para la cual cp.
H. Fischer, *Gnomon* (1966), p. 282
W. B. Henning, *Bull SAOS* (1960), p. 47; «Mitteliranisch», en *Handbuch der Orientalistik* (ed. B. Spuler), 1958, p. 22: uso del arameo en el Irán Seléucida; cp. la inscripción de Taxila inscription, el alfabeto *corasmiano* del siglo III d.C. y las pruebas chinas mencionadas en A. J. Toynbee, *Between the Oxus and the Jumna* (1961)
E. Herzfeld, *Archaeological History of Iran* (1935)
-*Iran in the Ancient East* (1941)
Sir John Marshall, *Taxila* (1951)
M. E. Masson, *VDI* (1951), p. 89: ciudad griega en el oasis de Merv; *VDI* (1954), p. 159: piedras-sello griegas en Nisa; *VDI* (1955), p. 42: ausencia de monedas de cambio pequeñas en los hallazgos en Irán antes del s. II d.C.
M. E. Masson, G.A. Pugachenkova: *Parfansky ritony Nisy* (1965)
E. H. Minns, *JHS* (1943), p. 123: revisión de K. V. Trever, citado más abajo
A. L. Mongait, *Archaeology in the USSR* (1961, pelican ed.), esp. pp. 239 ss. sobre las estatuillas de los nómadas
G. A. Pugachenkova, *VDI* (1952), p. 26: Merv
G. A. Pugachenkova, *VDI* (1951), p. 128: vasija de Termez
-*Iran. Antiqua* (1965): arte griego en Khaltchayan
B. Rowland, *The Art Quarterly* (1955), p. 174: escultura helenística en Irán
W. W. Tam, *Greeks in Bactria and India* (1951): para ser utilizado de un modo extremadamente crítico
S. P. Tolstov, *Iran. Antiqua* (1961): informe sobre Khwarezm en francés
-*Po drevnim deltam Oksa: Jakarta* (1962), esp. pp. 125 ss.: osarios de los nómadas
K. V. Trever, *Pamyatniki greko-baktribskovo iskusstva* (1940)
L. van den Berghe, *Archéol. de l'Iran ancien* (1959)
K. Weitzmann, *The Art Bulletin* (1943), p. 289: Eurípides sóbre la plata de la Bactriana
M. Wheeler, *Flames over Persepolis* (1968): material indo-griego

Con diferencia, los testimonios más importantes son las inscripciones de Asoka, de los que se ocupó primero L. Robert y otros en *Journ. Asiat*. (1958), pp. 1 ss. y los hallazgos en Ai Khanum, regularmente publicados en *Compte Rendu de l'Acad. des Inscript. et Belles Letres*, desde 1964 en adelante. Los informes de P. Bernard y D. Schlumberger en *BCH* (1965) y los de P. Bernard en *Proc. Brit. Acad*. (1967) son importantes; sin embargo, el mejor estudio es el de L. Robert, *CRAI* (1968), «Des Delphes a I'Oxus», p. 416, que cita el amplio abanico de los testimonios de las inscripciones griegas. El tema del caballo de Troya ha aparecido en Ai Khanum, explicando su presencia en el arte de Gandharan; hay indicios del conocimiento del

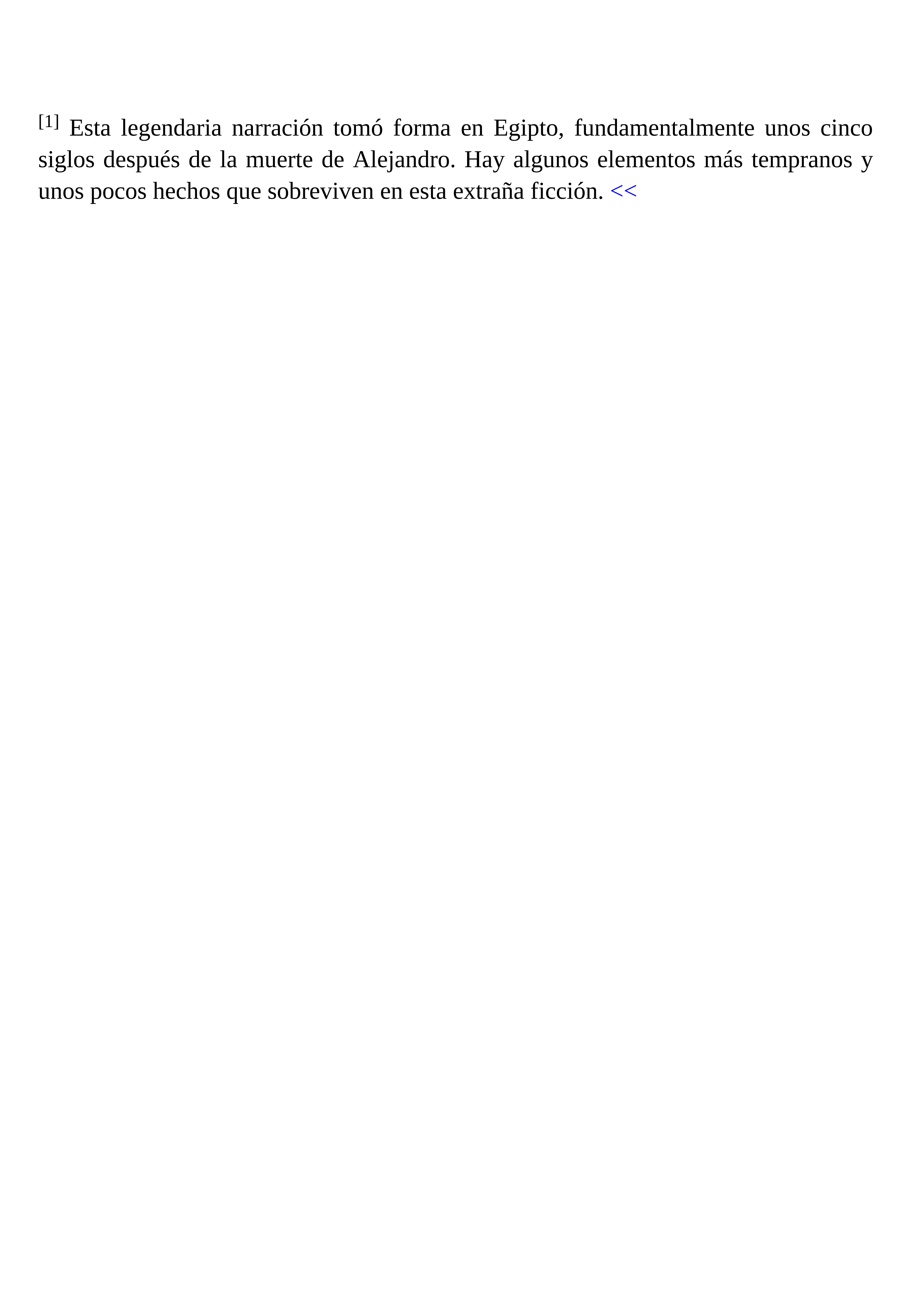
mito griego en las tierras altas de Swat en los muchos hallazgos italianos, publicados en *East and West* desde 1960 en adelante. De las inscripciones de Ceilán que nombran a Homero y los sabios griegos se ocupa S. Paranavitana, *The Greeks and the Mauryas* (1971).

Deberíamos esperar grandes cosas de Khanum; su emplazamiento en la ribera sur del Oxo no la descarta como Alejandría de la Sogdiana; la inscripción más importante de Darío I en un gran edificio en Susa se refiere al lapislázuli procedente de la Sogdiana, no de la Bactriana. Estas minas de lapislázuli estaban en el río Kokcha, como Khanum, que también estaba, por tanto, en la Sogdiana.



ROBIN LANE FOX (Eton, 1946) es miembro del New College de Oxford, universidad en la que obtuvo el doctorado en Historia Antigua. Durante más de treinta años ha sido también corresponsal del *Financial Times*. Es conocido en España por su libro *El mundo clásico: la epopeya de Grecia y Roma* (2007). Como parte de la investigación que condujo a la escritura de *Alejandro Magno,* viajó durante años entre Grecia y la India, buscando huellas del conquistador de Asia. Desde su publicación en 1973, *Alejandro Magno* (que ha recibido los Premios Duff Cooper Memorial, James Tait Black Memorial y W.H. Heinemann) se ha convertido en un auténtico libro de referencia.

Notas al pie



[1] Esta legendaria narración tomó forma en Egipto, fundamentalmente unos cinco siglos después de la muerte de Alejandro. Hay algunos elementos más tempranos y unos pocos hechos que sobreviven en esta extraña ficción. <<



[2] La traducción de todos los pasajes de la *Ilíada* es de Antonio López Eire. (*N. de la T.*). <<

[3] Por supuesto, no insinúo que la historia entera de Ptolomeo o sus precisas palabras se hayan conservado siempre; para este punto y para la identidad de nuestros principales historiadores, véase la Nota general sobre las fuentes al final de este libro.
<<

[4] A. Andrewes y K. J. Dover, *Historical Commentary on Thucydides* (1970), p. 410. <<

[5] Lacedemonios es la palabra griega habitual para referirse a los espartanos. <<

[6] Traducción de José Mª Álvarez. <<



[7] General de División J.F.C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great* (1958), p. 178. <<

[8] Traducción de Ángel Crespo. <<